

CK

BS575

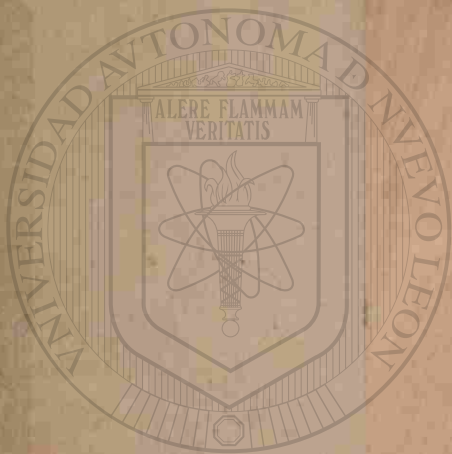
D3

c.1

1104-



1080044421



220
REGRESO
DE LA BIBLIOTECA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



246-64130
BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR.

LAS MUGERES

DE LA BIBLIA.

110108

FRAGMENTOS PRINCIPALES DE UNA HISTORIA DEL PUEBLO
DE DIOS.

Por *J. Bate G. Darbois*,

APROBADOS CON EFECTOS DEL CENSO DE 1874.
TRADUCIDOS LIVRAMENTE DEL FRANCÉS

Por *Agustín A. Franco*.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

37587

MÉXICO.

TIPOGRAFÍA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

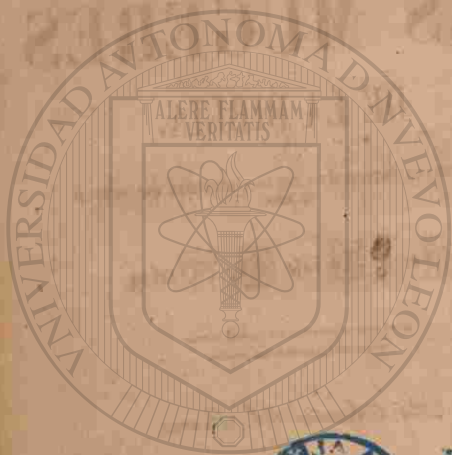
1851.



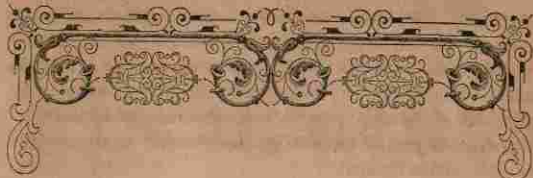
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B 9576
D 33



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO



LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

INTRODUCCION.

Juntar en una serie de cuadros los caracteres de mujer descritos por la Biblia; analizar y reproducir exactamente con sus tintas, sus coloridos y la diversidad de sus facciones, esas criaturas mas veces tan originales y fuertes, otras tan dulces y suaves; dar por engaste á todas esas fisonomías la sencilla y fiel narración de los sucesos en medio de los cuales se las vió aparecer, animarse y moverse; espresar, en fin, bajo la forma viva é interesante de la historia, bajo el velo de la personificación humana, las mas graves y necesarias verdades que la curiosidad de ciertas gentes no iria por cierto á buscar en libros de discusión y de enseñanza didáctica: hé aquí el plan y objeto de la presente obra.

Creemos que contemplada desde este punto de vista, es la historia de las mujeres de la Biblia fecundo manual de pensamientos y de sentimientos, y uno de los asuntos mas llenos de gracia, mas elevados y mas capaces de cautivar la atención de los lectores. Ni podia ser de otra manera. ¿Quién hay, por ejemplo, que no se sienta conmovido al escuchar el solo nombre de Eva, nuestra primera madre? ¿Podrá darse cosa mas pura, ni mas dulce á la vez, que esa arrobadora figura de Ruth, la hija

de Moab! ¿Qué desterrado conservó la memoria de su patria con mas amor ni mayor melancolía que Ester, la régia cautiva! Y qué ¡no hay bastante intriga, terror y sangre, no hay sobrado interes dramático en los reinados de Jezabel y de Atalia! ¡Y qué inocencia se ha visto, primero mas cobardemente oprimida, ni victoriosa despues de un modo mas inesperado y mas divino, que la de la pódica Susana!

La poesía y las artes han reproducido con entusiasmo la mayor parte de esas figuras que respiran al mismo tiempo la sencillez de las viejas edades del mundo, y la magestad de las cosas que atañen á la religion. Raro será el sitio donde el hombre haya dejado la huella de su paso y el sello de su ingenio, en que no aparezcan ellas, ora como brillantes episodios de una grandiosa epopeya, ora como resortes principales de una escena mas reducida. Las hallareis en las elegantes miniaturas de nuestras biblias, y en las espléndidas vidrieras de nuestras iglesias góticas; esculpidas en piedra ó en madera, fueron á adornar los artesones, las galerías y los campanarios de las catedrales; esparciólas, cual flores, la pintura por el Campo Santo, para traer á la mente uno de los mas magníficos recuerdos que ella les dió; nombrólas, en fin, la poesia en cantares que han sido, son y serán el orgullo de toda bella literatara. ¿No se ha escrito en Francia la historia de Ruth en versos llenos de dulzura y hechizo! ¡Y por ventura, Grecia y Roma, han hablado mas armoniosamente que el inimitable Racine en Ester y Atalia!

Otra faz hay por la cual merecen tambien ser estudiadas las mugeres de la Biblia. Varias de ellas se encontraron ingeridas en revoluciones morales y políticas; otras fueron dotadas de un carácter eminente; todas se mostraron al mundo con cualidades ó defectos cuya narracion no carece de utilidad. Hay mas aun: reunidas todas y consideradas á la vez, representan á nuestros ojos cuarenta siglos. Las leyes, las costumbres, las creencias de aquellos remotos tiempos, se ven resucitadas de esta manera en la porcion de la humanidad en que se encarnan mas fácilmente, y que les da en todas épocas una espresion mas sentida, mas animada y pintoresca. Al través de los rasgos peculiares que revelan el tiempo y la nacion, se reconocen los rasgos generales

que forman propiamente el carácter de la muger, estudio profundamente moral é instructivo, que enseña á todos, para su edificación ó su ruina, el mágico ascendiente de la debilidad sobre la fuerza, el indefinible encanto que escuda á la virtud en la persona de nuestras madres y nuestras hermanas, la naturaleza extrema de sus impresiones, y su influencia sobre los destinos públicos y privados.

En verdad que á este espectáculo no le faltan, ni grandeza en el conjunto, ni exactitud en los pormenores. En lo que tiene de vivo y dramático, aventaja con mucho á las frias consideraciones del moralista y del filósofo; en lo que tiene de real y positivo, merece mucho mas fijar la atencion que esos análisis y reflexiones literarias en las cuales se diserta sobre los personajes mentidos, creados por la fantasia de los escritores ilustres; finalmente, con lo que tiene de religioso y de sagrado, remueve convicciones mucho mas quecidas y respetables que esos intereses materiales cuyas combinaciones, progreso y decadencia, nos explica la historia profana.

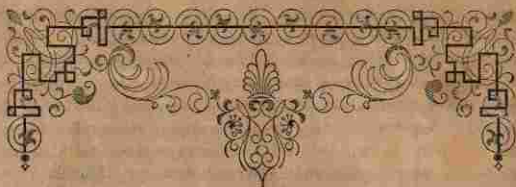
Bajo la verdad histórica, bajo esas fisonomias diversas, que todas tienen su significacion propia, hay una enseñanza cuyo valor doctrinal y cuya utilidad práctica son indisputables. ¿Quién hay que en su juventud no haya leído ú oído leer historias sacadas del Antiguo y del Nuevo Testamento! En las provincias donde los hábitos de fe viven aún, muchas familias interpolan con lecturas serias las conversaciones agradables y goces inocentes de las largas noches del invierno. Despues del trabajo y la distraccion del día, el padre, recogido en la pacífica dulzura del hogar doméstico y cercado de una risueña corona de niños, encanta su curiosidad con algunas narraciones bíblicas. Ha recibido de sus abuelos, y legará á su posteridad, el libro que encierra esas instructivas y deliciosas historias. A medida que crecen y pueden leer, reemplazan los niños á su padre, y se suceden en la grave y dulce funcion de recordar de esta manera á la familia los acontecimientos religiosos de los tiempos antiguos. De esta suerte se imprimen hondamente la fe y las creencias en aquellas almas vivas y ardientes por el privilegio de la juventud, al par que abiertas é ingenuas por la sencillez de las costumbres;

y guardan muchas veces de ellas hasta la tumba, un recuerdo lleno de frescura y de perfumes. Cuanto hay dulce y sagrado en la inocencia, en los gozos del hogar paterno y en la piedad filial, se retrata en su memoria bajo las formas de Rebeca, de Jacob y de Raquel, de Ruth y del joven Tobías. Llénanse también sus almas de admiración y patriotismo al contemplar el espectáculo de la lucha heroica sostenida por los Macabeos en honor de la verdad y la libertad, es decir, de las dos cosas más nobles y más dignas de conducir al hombre hasta el sacrificio.

Creemos, pues, que es un trabajo útil el representar la virtud y sus atractivos, el vicio y sus deformidades, bajo la transparencia de personajes populares ya en su mayor parte, poniendo así de manifiesto á los ojos del lector el tipo humano del bien y del mal, la medida viviente de lo que podemos hacer, y de lo que es deber nuestro el evitar. Queremos de este modo por nuestra parte y en nuestra esfera de acción, inspirar á los miembros de la familia y de la sociedad, el pensamiento y el amor de las cosas nobles y buenas, y uniendo con la historia más interesante y auténtica, la noción del deber y las lecciones de la virtud, volver acaso á algunas almas la memoria ó el gusto de los íntimos y apacibles gozos, reservados únicamente á la conciencia del hombre de bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



RUTH.

Iguals en precio á las cosas raras y de
lejanas tierras.

PROVERBIOS. XXXI.

CADA cosa tiene su naturaleza y sus leyes, cada virtud su belleza y su recompensa. La familia es la fuente del bienestar de las naciones y de los ciudadanos; y Dios ha hecho sagrado y querido para nosotros el hogar doméstico y ha derramado en nuestros corazones ó infundido en nuestra sangre la piedad filial y el amor fraterno, porque no se podría sostener la familia sin el desinteresado y reciproco amor de sus miembros. La dulce imagen de un padre, las cariñas y besos de una madre, los largos dias de la niñez pasados bajo la vigilancia amiga de un hermano ó de una hermana, son recuerdos todos que siguen al hombre hasta el sepulcro; que alimentan su ingenio, dominan sus pasiones, le regocijan en los dias de bienandanza, y son en la adversidad el primero y el último de sus consuelos. ¡Sentimientos tranquilos, virtudes sin brillo deslumbrador que se encuentran con un carácter mas poético en la infancia de los pueblos; pero que deben encontrarse tambien en los pueblos adultos, so pena de dejar á la vida humana sin encanto, á la familia sin vinculo de unidad, y á la nacion sin fuerza positiva!

Las doctrinas que acabamos de esponer nos parecen revestidas de un inequívoco atractivo en la sencilla y antigua historia de la moabita Ruth, tanto mas digna de presentarse á los ojos de nuestros contemporáneos, cuanto que el desamor hacía la familia y el fastidio de los goces domé-

ticos son la enfermedad del siglo. En todas las cosas humanas hay un principio de utilidad al par de un elemento de ruina; ganarán los países en civilización y en recursos con la difusión y mezcla de sus hijos en diversos puntos; pero es necesario cuidar á la vez de que no pierdan su nervio y su fuerza íntima, por el enflaquecimiento gradual y la ruina de las relaciones de parentesco y las virtudes interiores. He aquí la razón que hay para tratar de corregir en parte los gustos cosmopolitas é instintos egoístas de nuestra época, pintándole de las dulzuras de la familia y presentándole el espectáculo de un amor tierno y desinteresado, hijo de las afecciones domésticas. Todo esto hay precisamente en la sentida y deliciosa historia de Ruth, de ese modelo generoso y tierno de piedad filial, á quien Dios corona de gloria y de felicidad.

Era el tiempo en que á los Israelitas los gobernaban jueces, y cerca de ciento veinte años se habían pasado desde la administración gloriosa de Josué, cuando asoló una hambre terrible el territorio de Bethlechem. Es de creerse que el azote fué general, pues que hirió hasta aquella ciudad, cuyo nombre fué debido á la fecundidad de su suelo. Bethlechem en hebreo quiere decir *casa del pan*. Dios, que se complace en poner en las cosas de la materia ciertos presagios de las cosas mas espirituales, habia permitido sin duda que fuese llamada así, porque en ella debía nacer un día, según la carne, Aquel cuya doctrina es el verdadero alimento del hombre, el pan de las inteligencias. Sea lo que fuere de estas relaciones misteriosas, Elimelech, habitante de Bethlechem, tuvo de emigrar á la tierra de Moab, en union de su muger Noemi y de sus dos hijos. Muñó poco despues: sus hijos se casaron con dos moabitas, cuyos nombres eran Ruth y Orpha; pero pronto fueron á unirse en la tumba con Elimelech. ¿Serian arrebatados por el pesar del destierro? ¿ó fué su muerte prematura, como piensan algunos, la justa pena de sus alianzas prohibidas? Sabido es que Moisés habia excluido expresamente á los moabitas de la sociedad de Israel, y que tanto el espíritu como la letra de las leyes reprobaban esos casamientos peligrosos, en los cuales era mas frecuente la perversión del fiel que no la conversión del idólatra.

Privada de su marido y sus dos hijos, resolvió la triste Noemi volver á su patria en union de Ruth y Orpha, porque habia llegado á su noticia que apudado el Señor de su pueblo no seguian ya los estragos del hambre. Saló pues de la tierra estrangera y se puso en camino con sus dos nueras. Habian caminado ya un rato cuando les dijo Noemi: "Idos á la casa de vuestra madre; y que el Señor os trate con la misma bondad que habeis tratado vosotras á los muertos y á mí. ¡El os permita encontrar descanso en la mansion de los esposos que escogais de nuevo!" Entonces abrazó tiernamente á Ruth y á Orpha, quienes se pusieron á llorar y

respondieron: "Iremos contigo hácia tu pueblo;" sin embargo insistió Noemi, manifestándoles que le era imposible aliviar sus penas y que aquella adiecion no hacia mas que aumentar la saya propia; sus palabras llevaban impresa el sello de un vivo sentimiento de sus desdichas no menos que de una religiosa resignación. Orpha dió un beso de despedida á su suegra, y volvió á tomar el camino de Moab; pero Ruth, dulce, afectuosa, no quiso abandonar á Noemi.

Creyé esta deber todavía hacer á la jóven algunas reflexiones. "Mira, la dijo, tu hermana se vuelve á su pueblo y á sus dioses; parte con ella." Ruth le respondió: "No insistas en que te deje y me retire, porque á donde quiera que vayas, iré yo; en donde quiera que vivas, viviré yo también." Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. La tierra en que muera, me verá morir á mí tambien, y en ella quiero tener mi sepultura. Quiero que Dios me trate con todo su rigor, si no es solamente la muerte la que me pueda separar de ti."

Así es como Ruth hacia objeto esclusivo de su sacrificio á aquella muger cuyo hijo le habia sido tan querido, porque en las almas nobles y delicadas no es capaz el infortunio de romper los vinculos formados por la naturaleza ó por el afecto espontaneo; muy al contrario, estrecha la desgracia esos vinculos y les infunde cierta santidad. Aparece entonces la piedad intuitiva revestida del carácter de la ternura, y se torna ese sentimiento exquisito y profundo, que hace arrostrarlo y sufrirlo todo por los que son objeto de nuestro amor; hay mas aún, parece que los desgraciados se engrandecen con su misma debilidad y adquieren un nuevo título á nuestra compasión por los sacrificios que nos han costado. Y es necesario tributar gracias á Dios que ha dictado, sin duda, esta ley, porque la desgracia persigue obstinadamente á los que ha herido una vez, y él no quiere que el amor de los unos sea menor que el padecimiento de los otros.

Al ver una resolución tan firme, no quiso Noemi probar por mas tiempo á su fiel Ruth; y se encaminaron juntamente hácia Bethlechem. Cuatro dias por lo menos tuvieron que andar por aquel ancho valle donde reposa el lago Asfaltites, entre dos cordilleras de montañas que se estienden del Setentrion al Mediodia y ocultan su cima en un cielo profundo y sin nubes; porque Ruth habitaba la parte del país de Moab comprendida en la Arabia Petraea. Cuando hubieron llegado las viajeras á Bethlechem, se esparció la noticia por todas partes, y las mugeres decian: "¡Ahí está Noemi!", expresión que marcaba, ó bien el gozo que se experimenta al ver á una persona conocida despues de una ausencia dilatada, ó mas bien la satisfacción perversa con que son á veces acogidas las tentativas frustradas. Las almas pequeñas y viles jamas conceden la razón al desgraciado. Noemi respondia: "No me llameis Noemi (es decir, hermosa), llamadme Mara (es

decir, llena de amargura), porque el Todopoderoso me ha colmado de pesares. Sali de gala y el Señor me vuelve á traer de luto. ¿Por qué me dais el nombre de Noemí, cuando Dios me ha sumido en el abatimiento y la aflicción?" En aquellos siglos en que la inteligencia era grande, porque era viva la fe, se mezclaba el nombre de Dios con todos los discursos, del propio modo que su mano está mezclada con todos los acontecimientos.

En tiempo de la cosecha fué cuando Ruth y Noemí volvieron á Betlehem. La joven viuda dijo á su suegra: "Si así lo tuviérais á bien, iré al campo á recoger las espigas olvidadas por los segadores, por donde quiera que encuentre un padre de familia que me lo permita." Noemí consintió en ello. Sabido es que por las leyes de Moisés, el derecho de recoger las espigas olvidadas era propiedad esclusiva de los pobres, tanto indígenas como extranjeros; aun tenia obligación el amo de dejarles adrede algunas espigas, y no le era lícito volver á recoger la gavilla que se quedase por distracción en su campo. Salió, pues, Ruth; y siguió á los segadores recogiendo lo que caía de manos de estos. Una feliz casualidad, ó mas bien dicho, la Providencia de Dios, que siempre elige los medios mas convenientes de llevar á las criaturas á los fines que se propone su alta sabiduría, hizo que Ruth fuese á recoger espigas en el campo de un hombre muy rico llamado Booz, y pariente de Elimelech.

Booz, á su vuelta de Betlehem, se dirigió á su campo, y despues de saludar á sus segadores en nombre de Dios, tal cual se acostumbraba en aquellos tiempos de pureza primitiva, les preguntó quién era aquella joven que recogía espigas en el campo. Ellos le contestaron: "Es la moabita que vino con Noemí. Pidió esta mañana permiso de recoger espigas, y ha permanecido sin ir á su casa hasta la hora que ves." Se ve por estas palabras que, sin embargo del derecho que tenia Ruth de recoger espigas, no se atrevió á hacerlo sin pedir permiso, tanto por su carácter dulce y modesto, como por la timidez propia de un extranjero en tierra ajena.

Booz, que ya tenia noticia de la piedad filial y virtudes de Ruth, la dijo: "Escucha, hija mía; no vayas á recoger espigas en otro campo; quedate con mis criadas y sigue á los segadores, que no te molestarán, porque así se lo he mandado; y si tuvieres sed, ve á donde están las vasijas y bebe del agua reservada para mis sirvientes." Esta oferta, ligera en apariencia, era una señal de particular bondad en un país donde escasean las aguas y son estranados los calores. Prosternose Ruth y dió las gracias á Booz, admirada de su benevolencia, pues que ignoraba el estrecho vinculo de parentesco que la unia con él, ó ignoraba sobre todo que aquel encuentro debía procurarle algun día mayor gloria y mayor ventura que las que habia perdido.

Dijo también á Ruth Booz que se reuniese á los segadores á la hora de

comer y tomase con ellos alimento; y así lo hizo ella en efecto, comiendo una parte de lo que le dieron y guardando la otra para su suegra.

Levantóse en seguida y fuése á seguir recogiendo sus espigas. Y Booz dijo á sus criados: "Aun cuando quiera espigar en la mies, no se lo estorbéis; dejad caer tambien adrede algunas espigas para que las recoja sin avergonzarse, y cuidado con entristecerla ni causarle dolor."

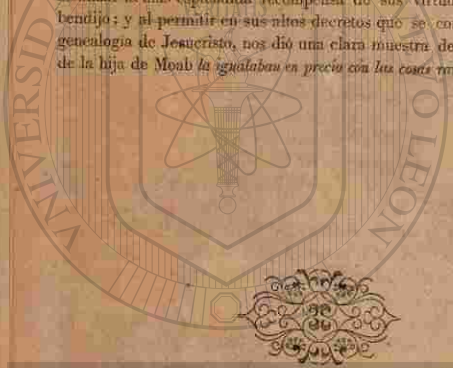
Ruth continuó su tarea hasta el oscurecer, limpió las espigas y se encontró con cerca de tres cuartillos de grano. Tornóse á la ciudad, y presentó á Noemí tanto el fruto de su trabajo, como el alimento que le habia reservado.—"¿Bendito sea, exclamó la suegra, quien se ha compadecido de tí! ¿En qué campo has espigado hoy?" Contóle Ruth cuanto le habia pasado con Booz. "¿Bendito sea de Dios! dijo Noemí, porque la benevolencia que tuvo con los vivos la conserva hasta con los muertos. Este hombre es nuestro pariente."

Signó infatigable Ruth en su tarea todo el tiempo de la cosecha, porque la obediencia y la firmeza de ánimo eran sus dos principales virtudes. Acabada la cosecha, explicó Noemí á su nuera el precepto de la ley de Moisés, que daba por esposo á la viuda el pariente mas cercano de su difunto marido. El objeto de esta disposición, era impedir la confusión y estension de las familias y herencias, así como tambien la mezcla del pueblo israelita con otros pueblos. Esta legislación y esta política eran exclusivas; pero no podian ser de otra manera, porque aun no habia llegado el tiempo de preparar, por medio de la mútua concordia y fusion de las naciones, la marcha rápida y el triunfo universal de la verdad entre los hombres. En vista del precepto ya dicho, Noemí ordenó á Ruth se adornase con sus mejores galas y se fuése á la era de Booz, á hacer valer su derecho. La docil Ruth obedeció el precepto; encaminóse á la era; encontró á Booz descansando con la cabeza apoyada sobre las gavillas, y sentándose á sus pies aguardó sumisa y silenciosa á que despertase. Despertó Booz, y viendo á sus pies á la moabita, le dijo: "Bendita seas de Dios, hija mía; tu virtud de hoy es superior á tus demas virtudes. Has dejado á los jóvenes, pobres y ricos, y has venido á pedir por esposo á un anciano, segun la ley de la tierra. Nada temas; haré cuanto me digas, porque en el pueblo te conocen todos por mujer de virtud. Soy tu pariente; pero hay otro mas cercano. Si éste no te quisiere por esposo, te juro por el Señor que me casaré contigo."

¡Sublime sencillez de las pasadas edades, que para ser expresada pone en tortura el artificial pudor de las lenguas modernas! Cuando hay alguien que se atreve á mostrarnos desde lejos alguna imágen de aquella ingenuidad perdida, se difunde por nuestra alma un dulce sentimiento de sorpresa y de placer, como el que nos conmueve al encontrar un tesoro perdido, ó al volver á abrazar á un amigo, despues de una larga ausencia.

Booz cumplió su palabra. Habló con el pariente mas cercano, el cual renunció á su derecho; y entonces convocó á los acañados y al pueblo, y delante de ellos declaró que aceptaba la sucesion de Elimelech y tomaba por muger á la viuda de Nahalon. No hubo uno solo que no aplaudiese esta resoluzion generosa, y le pronosticase toda clase de felicidades, porque Ruth, como habia dicho Booz, era conocida de todos como muger de virtud.

Y el señor dió un hijo á Ruth. Y este hijo recibió por nombre Obed; y Obed fue padre de Isai, padre de David, antecesor segun la carne del Hombre Dios que vino á morir por todos en la cima escarpada del Gólgota. Asi es como Ruth la estrangera, Ruth la viuda desvalida, llegó á alcanzar la mas espléndida recompensa de sus virtudes. El Señor la bendijo; y al permitir en sus altos decretos que se contase Ruth en la genealogia de Jesucristo, nos dió una clara muestra de que las virtudes de la hija de Moab *la igualaban en precio con las cosas raras y hijas.*



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lit. de Salazar

LA HIJA DE JEPHTÉ.

R. Refael, Editor.



LA HIJA DE JEPHTÉ.

Fue dulce hacia la muerte.
Beattie, oracion fuertea la Enciclopedia de Inglaterra.

VECES hay en que la lluvia del día anterior hace brotar las suaves y delicadas flores de la primavera; mas herido su cáliz por el viento de la mañana, se inclina sobre el tallo y parece estar próximo a perecer. Mas tarde, los rayos del sol de medio día vienen a corregir la inclemencia del cielo, y llenan los campos de calor y de luz. Entonces las flores levantan su mustia cabeza y parecen aprestarse á vivir siquiera el corto espacio que les ha sido concedido; pero ¡ay! roge en la tarde el huracán, que las deshoja y esparce sus tristes fragmentos por el suelo. Frágil y melancólico destino el de esas pobres flores, que brillan y se desvanecen, cual brilla y se desvanece una sonrisa en un semblante cubierto de lágrimas!

El destino de esas flores fue el destino en la tierra de la hija de Jephthé. No hay duda en que su infancia fue triste y llena de angustias, porque nació de un padre á quien la adversidad habia forzado á convertirse en jefe de una reunion de aventureros. Y despues, cuando Jephthé salvando á su país rescató con una gloria verdadera lo que acaso habia de vergonzoso en sus primeras hazañas, debió creer su hija por un momento que iba á reposar dulcemente en medio del renombre paterno; pero sucedió en el instante mismo del triunfo de un modo inesperado, y quedó como sepultada en el seno de aquella trágica felicidad.

Frecuentes eran las alternativas de prosperidad y desgracia que tenían que sufrir los israelitas, porque los actos de virtud y los crímenes se sucedían sin cesar en su vida social, y los pueblos, del propio modo que los individuos, tienen una responsabilidad, y Dios les hace cargar el peso de sus obras. Cuando observaba fielmente su ley la nación judía, rodaba su existencia quieta, venturosa y respetada de sus enemigos; pero cuando levantaba altares á los ídolos, venían luego las calamidades públicas á llamarla al deber y recordarle por medio de severas lecciones los preceptos olvidados. La abundancia ó la escasez, la paz ó la guerra, la libertad ó el cautiverio, eran consecuencias inevitables para aquella nación de su entrada en la senda del bien ó del mal. Así es que por el año 2220 de la creación del mundo se vieron los hebreos oprimidos por los amonitas, raza indomable que habitaba el oriente del Jordán entre la Arabia y la Colesiria. Pero así como habían caído en el oprobio por la desobediencia, se levantaron en gloria por medio del arrepentimiento. Invocaron la clemencia del Señor para sus faltas pasadas, lanzaron del suelo de la patria los ídolos de los falsos dioses, y volvieron al culto del Dios verdadero. Dejóse el Señor aplacar con la miseria de su pueblo, y le envió un libertador en la persona de Jephthé.

Era Jephthé hombre de valor, y lo llamaban sus compatriotas hábil en la guerra. Puede suceder que su valor le hubiese dado fama, y que ese valor lo debiese á la desgracia, porque si las almas débiles se abaten en medio de la adversidad, los corazones firmes por el contrario, nutren con ella y desarrollan el germen de los más nobles sentimientos. Los libros sagrados nos enseñan que había algún vicio en el nacimiento de Jephthé, del cual resultó que sus hermanos le lanzaron de la casa paterna, negándole el derecho de participar de la herencia y del hogar doméstico. A consecuencia de este lanzamiento hubo Jephthé hacia la parte setentrional del país de Galaad, en la tribu misma á que pertenecía. Buscó en la guerra los medios de subsistir; otros hombres pobres y vagabundos como él quisieron participar de sus desistios, y le nombraron jefe por su valor. A la cabeza de aquella gente colectiva, hizo frecuentes escursiones á los terrenos que habitaban los enemigos de Israel.

No se puede decir con exactitud cuáles fueron los padecimientos de la hija durante esta vida trabajosa del padre. La existencia entera de la hija de Jephthé aparece á nuestros ojos cubierta de un velo impenetrable: solamente el funebre acontecimiento que la revela y la termina, nos es conocido, y hasta el nombre de la joven doncella ha quedado sumergido en la noche del misterio. Del mismo modo hay en lo profundo del cielo estrellas para las cuales no tiene nombre la ciencia y que mantienen el equilibrio general de los mundos, aun cuando parezca que solamente ha-

cen resbalar por la tierra los destellos moribundos de su lejano esplendor. Por lo demás, ni referir un hecho de heroico desprendimiento y dejar en silencio el nombre propio de la victima, no es de creerse que haya querido la Biblia dar una doble lección á los hombres, que tan flojos son para hacer el bien y tan ardientes para imprimir en sus obras el sello de su personalidad?

Ya dijimos antes que los amonitas inquietaban á Israel, y precisamente recaían las hostilidades sobre el país de Galaad, que era el que quedaba en la frontera. Adelantáronse como en triunfo, y celebrando anticipadamente la victoria con gritos y otras muestras de la satisfacción del guerrero que nada teme y todo lo espera de su fortuna y su valor. Israel acampó cerca de la ciudad de Maspha; pero ninguno de los dos ejércitos se atrevió á empuñar la batalla. Conviniéron los príncipes de Galaad en confiar el mando del pueblo al que primero se atreviese á atacar al enemigo; pero no hubo uno solo que se arriesgase á hacerlo ó á cargar con la responsabilidad del mando.

Entonces se acordaron de Jephthé y fueron á implorar su socorro. Jephthé les echó en cara el trato que de ellos había recibido; pero se dejó por fin ablandar, sin duda por la consideración del peligro de la patria, y aceptó el mando so condición de que en el caso de que saliese triunfante, le reconocerían por príncipe y señor. Así juraron hacerlo; y el nuevo general dió principio á su misión de una manera que da la mejor prueba de que su moderación y su prudencia eran iguales á su valor. Abrió una negociación con los amonitas, y antes de romper las hostilidades trató de convencerlos con las armas de la razón de que ningún derecho tenían á usurpar la propiedad de Israel.

Ninguna mella hicieron en el ánimo del rey de los amonitas las prudentes observaciones de Jephthé, y ya no quedó más recurso que dar la batalla. Entonces fué cuando hizo Jephthé al Señor este celebre voto: "Si entregais á los amonitas en mis manos, os juro ofrecer en holocausto á la primera persona que atravesando el umbral de mi puerta se presente á mis ojos cuando vuelva vencedor."

Efectivamente, cayeron en sus manos los amonitas, y después de la mas completa derrota, volvió Jephthé á Maspha cubierto de gloria. Su hija única, la sola compañera de su hogar, salió á su encuentro al son de los instrumentos y de los coros gozosos que entonaban sus compañeras. Pero muchas veces viene á oscurecer el sol de nuestros días mas hermosos una nube negra y funeraria. En medio de la alegría del triunfo que le concedían, columbra Jephthé repentinamente á su hija, y recordando su promesa, desgarró sus vestiduras y exclama: "¡oh dolor! hija mía, me has perdido y te has perdido tú, porque he hecho un voto al Señor, y tengo de

cumplido!" La dulce y noble doncella contestó: "Padre mio, si habeis hecho un voto al Señor, tratadme según vuestra palabra, pues que el Señor os ha concedido vencer y castigar á vuestros enemigos. Una sea la gracia os pido, y es que me permitais retirarme por dos meses á las montañas á llorar mi virginidad en union de mis amigos."

Jephthé accedió á esta súplica de su inocente hija; y cumplido el plazo fatal, la joven se presentó á su padre, y se cumplió el terrible voto.

Durante el retiro de su hijo, Jephthé tuvo que reprimir una sedición excitada contra él por la tribu de Ephraim, separada por el Jordan de la tribu de Galaad. Orgullosos con su fuerza, y envidiosos del vencedor de los amonitas, los habitantes de Ephraim, bajo el pretexto de que no se les habia llamado contra el enemigo común, empezaron á propalar amenazas de guerra. Parece que esta queja no tenia fundamento alguno, puesto que Jephthé dijo: "Mi pueblo y yo tenemos una gran contienda contra los hijos de Ammon; yo os rogué que viniérais á mi socorro y no quisisteis; entónces yo espuse mi vida, y marché contra los hijos de Ammon; y el Señor los entregó en mis manos. ¿Por qué, pues me declararais la guerra?"

Pero estas razones no bastaron para restablecer la paz, y Jephthé se vio obligado á apoyarlas con las armas. Reunió prontamente á sus compatriotas ya dispersos, y atacó á los efraimitas, que ya habian atravesado el Jordan, los cuales, derrotados y arrojados hacia el río, no pudieron repararle, habiendo el vencedor tomado las orillas. A todo fugitivo que queria pasar, los soldados de Jephthé le preguntaban: "¿Eres de Ephraim?" porque los partidos no podian distinguirse por el traje. El fugitivo, por salvar su vida, respondia: "No."—"Pues di *schibboleth*," replicaban los de Galaad, con ese modo peculiar de pronunciaci6n que tan difícilmente se pierde, y que tan mal se imita en una edad en que los órganos han perdido su flexibilidad primera; pero los efraimitas, con el acento de su tribu decian: *sibboleth*; y al punto eran degollados. Un gran número pereció de este modo, y la fuga no fué menos desastrosa que la batalla. De este modo el orgullo y la injusticia recibieron su castigo, y coronando la victoria el buen derecho, Jephthé aseguró la paz y la dicha de su pais.

Se ignora en qué consistia precisamente el holocausto prometido por Jephthé. Muchos creen, atendiendo á la energía de las espresiones, que se propuso hacer á Dios un sacrificio verdadero y sangriento; otros piensan que su ánimo fué consagrar á Dios, de una manera especial, la primera persona de su casa que le saliera al encuentro. Nosotros solo diremos dos cosas: primera, que los sacrificios humanos estaban formalmente prohibidos en la ley de Moisés, y reputados abominables; segunda, que solo Dios, árbitro supremo de nuestros destinos, tiene derecho para exigir el sacrificio de la vida, á la hora y de la manera que sea de su

agrado. Así es que Jephthé no podia, al parecer, pronunciar un voto bárbaro y homicida, ni esperar que Dios le concediese por él la victoria.

De todos modos, el dolor del padre y de la hija se esplican y se comprenden facilmente. Si el voto tenia por objeto un sacrificio sangriento, es natural la afliccion de los dos; y si solo se trataba de consagrar al Señor por la profesión de una perpetua continencia, su misma fe religiosa debia hacerle esta obligacion penosa y amarga, porque, y esto era cierto en ambos casos, iba á morir sin posteridad. Los judios sabian que de una muger naceria el Salvador prometido, y por eso entre ellos el celibato lejos de ser honorífico, pasaba por un oprobio, y la esterilidad parecia una maldiccion. Estaba reservado al Evangelio el crear en el mundo otro es, piritu, y elevar la virginidad á la gloria de un triunfo y de una virtud elevando tambien el matrimonio á la dignidad de un sacramento.

La Judea glorificó con una solemnidad pública el sacrificio de la hija de Jephthé. Todos los años, las virgenes de Israel se juntaban para llorar, durante cuarenta dias, la pérdida de aquella noble victima del patriotismo y de la obediencia filial. Se ignora cuánto tiempo duró esta ceremonia en el pais de Galaad, al otro lado del Jordan; pero de este lado del río, la memoria de la virgen creció, y se desnaturalizó con el tiempo: en el siglo cuarto de nuestra era, las ciudades paganas de Sebaste y Naplusa (las antiguas Samaria y Sichem) la tributaban honores idolátricos.

Existen analogias, y aun semejanzas, entre el hecho que acabamos de referir, y lo que la fábula cuenta de Ifigenia. En ambos casos, las épocas, los nombres y las principales circunstancias, son las mismas: Agamenon, padre de Ifigenia, era contemporáneo de Jephthé: el nombre griego de *Iphigenia* podria muy bien significar hija de Jephthé ó Jephthé. Hija del príncipe que mandaba los ejércitos griegos, que partian para el sitio de Troya, Ifigenia debió ser inmolada para hacer propicios los vientos que retenian en Aulide las tropas dispuestas á embarcarse, así como la hija de Jephthé fué sacrificada para pagar la gloria de su padre. Ifigenia fué ofrecida, pero no inmolada: sin embargo ella fué perdida para Agamenon victorioso, habiendo llegado á ser sacerdotisa de un templo pagano en la Tauride. Por estas circunstancias han creído algunos que la aventura de la princesa griega no es otra cosa que el hecho desfigurado de la Historia Sagrada. Acaso toda la poesia y todos los sueños de la antigua Grecia no son otra cosa que el eco de una palabra lejana, que debilitada por la distancia, y transmitida ya al oído de los pueblos en sonidos entrecortados y mal comprendidos, fué cambiada por algunos hombres de ingenio en las mentiras armoniosas de la mitología.



ESTHER.

R. Bataillon.



ESTHER.

Natura y cielo juntos
A peñía la adoraron.
(Racine, *Esther*, acto III, escena 3.^a)

CONOCIDAS son las guerras de esterminio que se hacían en general los pueblos antiguos, y con especialidad las razas poderosas del viejo Oriente. La espada ó las cadenas, tal era la suerte de los vencidos en el campo de batalla; el incendio y el saqueo lo eran de las ciudades asaltadas; y el cuerpo entero de la nación desventurada, arrancado del suelo natal, iba á vegetar bajo otro cielo, donde se le concedía una medida de aire, de movimiento y de vida; á la manera del árbol que, perdida la copa es trasplantado á una tierra estrangera, y al cual parecen querer sofocar las plantas indigenas con su sombra celosa. La victoria de aquellos pueblos era una victoria despiadada.

De todos es tambien conocido que los judios sufrieron una prueba de esta naturaleza bajo el rey de Babilonia Nabucodonosor II, prueba cruel que duró setenta años. Este grande infortunio fué el que inspiró al profeta Jeremias y arrancó de su pecho esos chocuentes sollozos que jamas han podido igualar las lamentaciones de ningún otro proscrito; y ese mismo infortunio fué el que lloró de antemano otro profeta en este melancólico cantar:

Del Eufrates remoto en la orilla
De Juda me acordé con tristura,

Y al mirar su marcha hermosa,
La corriente con llanto aumentó.

De memorias funestas y amargas
Solo vive el dolor que alimento:
En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué (1).

Ciro, uno de los sucesores de Nabucodonosor, espidió un edicto célebre en la historia sagrada, autorizando á los judíos para volver á su patria y reedificar el templo de Jerusalem. Desde entonces terminó legalmente el cautiverio; pero de hecho las antipatías de algunos administradores subalternos y la rivalidad de los samaritanos, que á pesar de estar unidos por la sangre con los judíos, se hallaban muy apartados por intereses de política y religión, fueron la causa de que muchas familias prefiriesen continuar en la tierra extraña al lado de las cenizas de sus padres, que no huir hacia una patria donde su Dios aun carecía de altar.

De una de estas familias que esquivaron la vuelta á una patria que todavía no podían llamar completamente suya, nació Edissa ó Esther, una de las mujeres que mas útiles fueron al pueblo de Dios en sus tribulaciones. Los nombres que recibió, acaso por una disposición especial de la Providencia, significan en lengua hebrea la dulzura del mirto y la belleza de la luna. Perdió Esther á sus padres en la primavera de la vida, y el dolor de esta pérdida prematura, unido á la amargura del cautiverio, acaso habria quebrantado el valor de la huérfana, si ésta no hubiese contado con el apoyo y los consejos de su tío Mardoqueo. Cuando la paloma, lejos de su nido, es destrozada por las garras del buitro, no se lamentan en vano sus polluelos, porque Dios les envía un rayo de sol que los calienta, una gota de rocío que mitigue su sed, y El es tambien quien ordena al viento que deposite en su nido algunas semillas para nutrirlos hasta el día en que puedan por sí solos procurarse el alimento y gozarse en la bóveda azul del firmamento.

Crecía Esther en años y en virtud; pero vivía oculta y solitaria, á la manera de esas flores modestas arrojadas al descuido por la mano de la primavera, y que sepultan bajo la verde alfombra del prado su caliz y su perfume. Parecía condenada por siempre á la oscuridad y angustias que le habian acarreado los infortunios de su nación, cuando repentinamente el capricho de un tirano, ó mas bien dicho, Dios, que tiene en su mano el corazón de los reyes, cambió el curso de sus destinos.

Mal pudieron soportar los hombros de Cambises el peso de la gloria legada por Ciro su padre; y la conspiración que puso término á sus estrava-

gancias degollándole, dió fin por ceñir con la diadema las sienes de Asuero, conocido entre los escritores profanos con el nombre de Darío, hijo de Histaspes. De esta manera se vió Asuero señor de los pueblos numerosos que habitaban desde la India hasta el mar Egeo, y desde el Ponto-Euxino y el mar Caspio hasta la Etiopia y el Oceano; y adoptó el título de gran rey, ó rey de reyes, sin duda porque su imperio estaba formado de varios reinos conquistados, ó bien porque tenia reyes sujetos á su dominación.

Llegaba Asuero al tercer año de su reinado, cuando en medio de la embriaguez de su gloria y á fin de ostentar su magnificencia y sus riquezas, convidó á unos espléndidos banquetes á los príncipes de su corte, á sus oficiales, á los mas valientes de entre los medas y persas, y á los ciento veintisiete sátrapas ó gobernadores de las provincias de su imperio. Seis meses duró esta festividad; pero en la última semana quiso el rey tener tambien por convidado al pueblo de Susa, capital de sus vastos dominios. Puséronse meses en los jardines reales, y el lujo de los adornos compitió con la delicadeza de los manjares y los vinos. La reina Vasthi por su parte ofreció á las mujeres una fiesta suntuosa, que se celebró en el interior del palacio.

Habia llegado el día postrero de aquella larga solemnidad; mas era imposible que terminase sin alguna escena de estravagancia. Trastornado Asuero por los vapores del vino, ordenó que se presentase la reina en el festín cubierta de sus mas brillantes galas, á fin de que todos sus vasallos pudiesen contemplarla y admirar su belleza. No obedeció Vasthi la orden del monarca, y furioso éste al ver la indocilidad de su esposa, la repudió y mandó degradar en el acto. Inmediatamente fué ejecutada la sentencia.

Pero poco tiempo despues se despertó vivamente la memoria de Vasthi en el corazón de Asuero, y los cortesanos, desosos de borrar aquel recuerdo, le propusieron buscar en todo el imperio las doncellas mas hermosas y presentárselas en Susa, á fin de que escogiese de entre ellas la nueva reina de los persas. Esther fué una de las presentadas, y el esplendor de su belleza hizo en Asuero una impresion tan profunda, que la señaló desde luego por sucesora de Vasthi, celebrando sus nupcias con multiplicadas muestras de magnificencia y largueza.

Ninguna mella hizo en la sencillez del alma de Esther su elevacion á tan inesperada altura; ni dejó por esta razon de mostrarse dulce hacia Mardoqueo, y dócil á sus consejos, del propio modo que cuando vivía niña y huérfana bajo su tutela y su cuidado. De conformidad con su mandato, ocultó el nombre de su patria y de su pueblo; pero encontró el modo de llamar á Mardoqueo á la corte, y éste fijó su habitacion en la

(1) Esta version es del distinguido poeta mexicano D. José Joaquín Posada. — (N. del T.)

puerta del palacio. A pesar de que eran frecuentes las consultas del tío y la sobrina, se manejaron con tal discreción, que no hubo quien concibiese la mas ligera sospecha, y gracias á esta buena inteligencia, pudo trastornarse una conspiracion fraguada contra la vida de Asuero. Descubrióla Mardoqueo y dió parte de ella á Esther, quien á su vez dió al ministro los mismos informes: los culpables fueron cogidos, y habiendo sido interrogados y convenidos de su crimen, fueron condenados á muerte. Escribióse la historia de esta conjuración en los fastos del imperio, donde se apuntaban con exactitud y minuciosamente los acontecimientos de los reinados anteriores, los reglamentos establecidos y los servicios prestados á la patria: el nombre de Mardoqueo fué consignado en aquel registro, y esta fué por entonces la única recompensa que sus buenos oficios le valieron.

Vivia entonces en la corte de Persia un gran señor llamado Aman, que era oriundo de los amalecitas, una de las naciones que los hebreos habian arrojado de la Palestina al entrar en ella. Por favor ó por mérito este hombre habia llegado á ser el primer personage del imperio despues del rey: á su paso, todos los sirvientes del palacio doblaban la rodilla en señal de adoración, porque esta era la etiqueta prescrita por Asuero en honor de su favorito. El único que le refusó este homenaje fué Mardoqueo, y todos le preguntaban: ¿por qué no obedecéis como los demás el mandato del príncipe? Mardoqueo respondia: que siendo judío, su religion le prohibia observar el ceremonial idolátrico de la corte. Advertido Aman de la resistencia de Mardoqueo, fué grande su cólera, y pareciendo poco á su orgullo herido inmolar solo al supuesto culpable, resolvió envolver á todos los judios en una ruina comun. Tal vez queria satisfacer de este modo un odio hereditario y vengar la sangre de Amalec, derramada en otro tiempo por Saul en los campos de Hevila.

Con este designio Aman se presenta ante el rey Asuero, y le dice que el imperio alimenta en su seno á todo un pueblo que tiene sus leyes y sus costumbres aparte, que se resiste á la autoridad real; y le hace ver que es preciso no alentar la licencia con la impunidad: "Ordenad, pues, añade, que perezca ese pueblo; y para que no perdáis los tributos que de él se sacan, yo pondré diez mil talentos en vuestra tesorería." Esta suma era prodigiosa para un particular; pero Aman esperaba sin duda que su oferta no seria aduñada, ó que la fortuna de los proscritos seria confiscada en su provecho: conocia bien á su amo.

Efectivamente Asuero se quitó el anillo que usaba para sellar sus cartas, y le puso en manos de su ministro, diciéndole: "Guarda tu oro, y en cuanto á ese pueblo, haz lo que quieras." Se publicó en consecuencia un edicto sanguinario contra los judios, el cual fué traducido

en todas las lenguas del imperio, y enviado á sus ciento veintisiete provincias. Decíase en él que el gran rey, queriendo asegurar á todos sus pueblos los beneficios de una paz dichosa y duradera, y habiendo sabido que la odiosa nacion de los judios turbaba la universal armonía con la diversidad de sus hábitos, habia resuelto exterminarlos á todos en un mismo día, hasta á las mugeres y los niños, apoderándose de todos sus bienes.

Luego que Mardoqueo supo esta orden, rasgó sus vestiduras, é hizo todos los otros signos de duelo usados entre los orientales: vestido de un saco y cubierta de ceniza la cabeza, acompañaba en su pena á sus compatriotas, que llenaban la ciudad con sus lamentos, mientras que Asuero y su favorito se colazaban en los festines.

Entre tanto el imperio seguía ignorando que la reina pertenecía á la nacion condenada, y Esther ignoraba igualmente las desgracias reservadas á sus compañeros de destierro. Informada sin embargo por sus damas de la estremada aflicción de su tío, le mandó á buscar para saber la causa, enviándole vestidos convenientes para que se pudiese presentar; pero él no quiso dejar su luto, y esperó á que se le enviase un servidor fiel, por cuyo medio hizo llegar á manos de Esther el edicto publicado, rogándola que hablase á Asuero y emplease su influjo en favor de los judios: "Acordaos, la dijo, de los dias de vuestra humillación, y de que fuisteis alimentada por mi mano: invocad al Señor, hablad por nosotros al rey, y libertados de la muerte."

Esther respondió, que en Persia estaba rigorosamente prohibido penetrar en los aposentos del rey sin su orden espresa, y que al punto era entregado á la muerte cualquiera que no respataba esta prohibición, á no ser que el monarca inclinase hácia el culpable su cetro de oro en señal de clemencia. El valeroso anciano replicó: "Si guardais silencio, Dios hallará algun otro medio de salvar á los judios, y vos pereceis, vos y la casa de vuestro padre. Por otra parte, ¿quién sabe si vos habreis sido elevada al trono precisamente para salvarnos de la crisis en que hoy nos encontramos?" Esther cedió, y dijo: "Id, y que se reúnan todos los judios que están en Susa, para que rueguen por mí: que no se tome alimento ni bebida durante tres dias y tres noches; y yo ayunaré tambien con mis damas, y despues me presentaré al rey infringiendo las leyes del pais y arrojando el peligro y la muerte."

Esther depuso la pompa de sus vestiduras reales, y tomó otras que correspondian mejor á su aflicción y á su duelo: no embalsamaban ya su cabellera los perfumes preciosos; su frente estaba humillada en la ceniza, y su cuerpo sometido á los rigores del ayuno; en sus aposentos, tan risueños en otros dias, reinaba una sombría tristeza. De este modo oraba al Señor, y no fué vana su oración.

Al tercer día de su penitencia la reina se pone sus mas ricos adornos, y con todo el esplendor de la pompa se dirige á la presencia de Asuero. Dos de sus mugeres la acompañan; y apoyada en la una, parece que apenas se puede sostener, y la otra seguita á su señora levantando los flotantes pliegues de su luenga vestidura. Bajo su tez rubicunda y detras de sus ojos llenos de gracia y de resplandor, Esther oculta la tristeza y la inefable congoja de su alma. De este modo atraviesa todas las salas que conducen al aposento del rey, ante el cual aparece de repente. Asuero estaba sentado en su trono, y sus vestidos brillaban con el oro y la pedrería: alza sus ojos, y al punto el furor se manifiesta en su semblante. Temblorosa y perdida, Esther palidece y deja caer su frente sobre la jóven doncella que la acompañaba, á cuyo espectáculo enternecido el corazón del rey, deja que la masedumbre ocupe el lugar de su carácter feroz, y lleno de inquietud desciende precipitadamente de su trono, recibe á la reina en sus brazos, y la dice con ternura: "¿Qué tienes Esther? yo soy tu hermano, no temas: tú no morirás, porque la ley no se ha hecho para tí, sino para todos los otros: ven, pues, y toca este cetro;" é inclinando hacia ella su cetro de oro en señal de clemencia, la invita á hablar. Esther se escusa del pavor que la habia causado la magestad del gran rey, y vuelve á caer casi desvanecida, hasta que al fin recobrada, el rey la dice: "¿Qué quieres, reina Esther? ¿qué es lo que pides? aunque me pidieras la mitad de mi reino, yo te la daria;" pero Esther no juzgando todavía oportuno el momento propio para explicarse, convida á Asuero para un banquete, suplicándole que asistiese también Aman: Asuero le repite en el festin sus ofrecimientos; pero ella se limita á rogar al rey que asistiese al día siguiente con Aman á otro banquete, prometiendo manifestar en él sus deseos y sus votos.

Aman salió con grande alegría de su palacio; pero á la puerta de él estaba sentado Mardoqueo, que no se levantó para honrar al poderoso ministro, el cual veía con este acto de independencia, destruida toda su felicidad. Lleno de cólera vuelve á entrar en su casa, donde juntando á sus amigos con su muger Zará, les manifiesta la intensidad de sus riquezas, su inmenso poder, y el favor de que goza en la corte: "Pues bien, añade, de nada me sirve todo esto mientras mira al judío Mardoqueo permanecer sentado delante de mí á las puertas del palacio." Su muger y sus amigos le aconsejan levantar una horca y pedir al príncipe que Mardoqueo sea colgado en ella; consejo que fué inmediatamente aceptado por Aman.

Aquella misma noche Asuero no podia dormir, y para mitigar la fatiga del insomnio, envió á buscar los anales de su reino, donde habiendo legado á la conspiracion descubierta por Mardoqueo, quiso saber la re-

compensa que se habia decretado á un súbdito tan fiel; y entonces supo que aquel servicio no habia sido dignamente recompensado. A la mañana siguiente Aman se dirigió muy temprano al palacio con el designio de solicitar y de obtener la muerte de su rival. Asuero le preguntó: "¿Qué se debe hacer con un personaje á quien el rey desea colmar de honores?" El cortesano en su orgullo creyó que se trataba de él, y respondió, que era menester dar á aquel personaje los ornamentos reales, la diadema del rey, y el caballo que el rey montaba habitualmente, y que el primero de los príncipes y de los grandes de la corte caminase delante del triunfador, llevando las riendas del caballo y gritando por la ciudad: "Así será honrado aquel á quien el rey quiera honrar." "Pues bien, replicó Asuero, hazed inmediatamente todo lo que acabais de decir, con el judío Mardoqueo." El altivo amalecita se resignó, y tributó los honores que creia haber aconsejado para si mismo, al hombre á quien tanto odiaba; pero volvió á su casa llorando de rabia y con la cabeza cubierta para ocultar su oprobio, no habiendo recibido por todo consuelo de sus amigos y de su muger mas que lúgubres pronósticos sobre la ruina total de su fortuna, que acababa de vacilar delante de Mardoqueo.

En medio de esto, la hora del festin habia llegado, y los servidores del palacio fueron á buscar á Aman, que entró en los aposentos de la reina con el rey su señor. Asuero animó de nuevo á Esther para que pidiese lo que queria.

"Oh rey! respondió: si he encontrado alguna gracia ante vuestros ojos, os conjuro á que me concedais mi vida y la de mi pueblo. El y yo estamos condenados á la opresion, á la muerte y á la destruccion. ¿Pluguiera al cielo que se contentasen con vndernos como á esclavos! Seria un mal soportable, que yo deploraria en silencio; pero la crueldad de nuestro enemigo, ni al mismo rey perdona, y le arrebató numerosos vasallos."

"¿Y quien es el que se tiene por tan fuerte que á tanto se atreva?" preguntó Asuero.

Esther respondió: "Héle aquí; Aman es nuestro injusto y bárbaro perseguidor."

Fueron estas palabras un rayo para Aman, el cual se quedó sin habla, y sin atreverse á dejar que sus ojos se encontrasen con los del rey y la reina.

Levantóse Asuero lleno de cólera, salió de la sala del banquete y se retiró al jardín. Comprendió Aman que estaba perdido, y arrojándose á los pies de la reina le pidió la vida. Este acto consumió su ruina, porque al volver á entrar Asuero, creyó que llevaba su audacia hasta el extremo de faltar á la reina al respeto, y mandó que le diesen muerte. Uno de los ejecutores le manifestó que en la casa de Aman habia una horca, la mis-

ma que habia mandado levantar para colgar á Mardoqueo. "Colgadle en ella," dijo el rey, quien fué al punto obedecido.

En el mismo día declaró Asuero que todos los bienes de Aman quedaban confiscados á beneficio de Esther. Entregó su anillo real y nombró su primer ministro á Mardoqueo, quien le fué entonces presentado como pariente de la reina. Esta colmó tambien á su tío de riquezas y de honores, y le nombró intendente de su casa; pero no por favorecerle se olvidó del bien de todos sus compatriotas. Fué á ver llorando á Asuero, y le pidió con todo rendimiento la revocacion de las providencias sanguinarias dictadas contra los judíos. Consintió el rey en ello, y gracias á la diligencia de Mardoqueo, se dirigieron nuevas comunicaciones anulando la orden anterior, á las ciento veintisiete provincias. A mas de esto fueron facultados los proscritos para hacer con sus enemigos lo mismo que éstos habian querido hacer con ellos. No hay que admirarse de esta autorizacion. En todas las legislaciones antiguas se halla consignada la pena del talion, y hasta Moisés consagra ese modo cruel de hacer justicia: "Ojo por ojo, diente por diente." Estaba reservado á las naciones cristianas, modeladas por la mansedumbre del Evangelio, erigir en principio que la ley en su venganza, serena cuanto digna, no debe igualarse con la barbarie y arrebatos del culpable.

En el día señalado por Aman para la matanza de los judíos, éstos fueron los que cayeron armados sobre sus enemigos en todas las ciudades, villas y lugares de los vastos dominios de Asuero. Diez hijos de Aman fueron inmolados, en union de otros muchos; pero los judíos no se aprovecharon de la orden de confiscacion dada igualmente á su favor: se contentaron con castigar de muerte á sus antiguos perseguidores, y dieron á conocer con esto que la justicia y el celo, en vez de la codicia, eran los que habian armado sus brazos.

Para recordar aquella salvacion maravillosa, establecieron Esther y Mardoqueo una fiesta solemne que se celebraba cada año, precisamente en el día designado por Aman, para la destruccion del pueblo hebreo. Diósele el nombre de *fiesta de la Suerte*, en conmemoracion de que el amalecita, fiel á las supersticiones de su pais, habia sacado por suerte el día de su proyectada venganza.

Así fué aliviado el infortunio de los judíos. Esther apareció en la noche de su destierro, como la dulce y consoladora claridad de la aurora, que anuncia al viajero el nacimiento del día; y el día lució en efecto para Israel, porque aun despues de la muerte de la reina, siguieron los moras de la Persia impartiendo su proteccion. Gracias á ella, pudieron tornar á ver á Jerusalem y volver á levantar sus murallas, su templo y sus altares.

La historia de Esther nos enseña cuán cierta es una de las leyes que rigen al mundo. *La virtud es poderosa hasta en su debilidad, en tanto que la fuerza del hombre injusto es flaqueza, y solo flaqueza.*

ma que habia mandado levantar para colgar á Mardoqueo. "Colgadle en ella," dijo el rey, quien fué al punto obedecido.

En el mismo día declaró Asuero que todos los bienes de Aman quedaban confiscados á beneficio de Esther. Entregó su anillo real y nombró su primer ministro á Mardoqueo, quien le fué entonces presentado como pariente de la reina. Esta colmó tambien á su tío de riquezas y de honores, y le nombró intendente de su casa; pero no por favorecerle se olvidó del bien de todos sus compatriotas. Fué á ver llorando á Asuero, y le pidió con todo rendimiento la revocacion de las providencias sanguinarias dictadas contra los judíos. Consintió el rey en ello, y gracias á la diligencia de Mardoqueo, se dirigieron nuevas comunicaciones anulando la orden anterior, á las ciento veintisiete provincias. A mas de esto fueron facultados los proscritos para hacer con sus enemigos lo mismo que éstos habian querido hacer con ellos. No hay que admirarse de esta autorizacion. En todas las legislaciones antiguas se halla consignada la pena del talion, y hasta Moisés consagra ese modo cruel de hacer justicia: "Ojo por ojo, diente por diente." Estaba reservado á las naciones cristianas, modeladas por la mansedumbre del Evangelio, erigir en principio que la ley en su venganza, serena cuanto digna, no debe igualarse con la barbarie y arrebatos del culpable.

En el día señalado por Aman para la matanza de los judíos, éstos fueron los que cayeron armados sobre sus enemigos en todas las ciudades, villas y lugares de los vastos dominios de Asuero. Diez hijos de Aman fueron inmolados, en union de otros muchos; pero los judíos no se aprovecharon de la orden de confiscacion dada igualmente á su favor: se contentaron con castigar de muerte á sus antiguos perseguidores, y dieron á conocer con esto que la justicia y el celo, en vez de la codicia, eran los que habian armado sus brazos.

Para recordar aquella salvacion maravillosa, establecieron Esther y Mardoqueo una fiesta solemne que se celebraba cada año, precisamente en el día designado por Aman, para la destruccion del pueblo hebreo. Diósele el nombre de *fiesta de la Suerte*, en conmemoracion de que el amalecita, fiel á las supersticiones de su pais, habia sacado por suerte el día de su proyectada venganza.

Así fué aliviado el infortunio de los judíos. Esther apareció en la noche de su destierro, como la dulce y consoladora claridad de la aurora, que anuncia al viajero el nacimiento del día; y el día lució en efecto para Israel, porque aun despues de la muerte de la reina, siguieron los moras de la Persia impartiendo su proteccion. Gracias á ella, pudieron tornar á ver á Jerusalem y volver á levantar sus murallas, su templo y sus altares.

La historia de Esther nos enseña cuán cierta es una de las leyes que rigen al mundo. *La virtud es poderosa hasta en su debilidad, en tanto que la fuerza del hombre injusto es flaqueza, y solo flaqueza.*



ATHALIA.

Paris y Vils. Edouard



ATHALIA.

En ella están personificadas la impiedad perseguidora, la venganza, la ambición y la crueldad. Hija de Achab y de Jezabel, podría decirse que tiene miedo de no ser tan perversa como los autores de sus días, cuyos vicios parecen haber transmigrado á su alma por una secreta y misteriosa influencia, mas bien que por la autoridad del ejemplo. No hay que buscar ni el mas leve sentimiento de afecion de familia, ni de ternura natural en esa alma feroz. Al mismo cielo desafía; desoye la voz de la sangre; despoja y deja arruinarse el templo del verdadero Dios; y aun á aquellos de sus parientes que habia dejado con vida la enclilla del enemigo, ella los inmola para subir al trono en su lugar. Ninguna de las dulces virtudes de la mujer ha conservado, y ha tomado en vez de ellas los mas odiosos defectos del hombre.

Era cerca del año del mundo 3120. Un siglo hacia que la nacion hebrea se hallaba dividida en dos reinos: el de Judá, que comprendia las tribus de Judá y Benjamin, y el de Israel, compuesto de las otras diez tribus. Los reyes de Judá descendian de David; el orden de sucesion al trono y el culto legitimo, con una que otra escepcion, se conservaban entre ellos intactos; Jerusalem, la ciudad santa, y el templo de Salomon, formaban parte de su patrimonio. Los reyes de Israel, por el contrario, habian alterado la antigua fé, edificando altares en las montañas, á la manera de los paganos, y prohibiendo á sus vasallos ir al templo de Jerusalem, único sitio donde era entonces permitido ofrecer sacrificios. A veces se suscitaban diferencias entre ambos reinos, cuya decision se de-

jaba á las armas; pero era mas frecuente el que se prestasen mútuos auxilios contra los pueblos vecinos, y las familias reinantes emparentaban por medio del matrimonio. Así es como Athalia, hija de Achab y de Jezabel, que mandaban las tribus cisjordanas, se habia casado con Joram, rey de Judá, hijo del piadoso Josaphat.

En vez de imitar á su padre, cuya virtud, querida del Señor, habia sido coronada de prosperidad y de gloria, entró Joram en la carrera corrompida de los reyes de Israel, entregándose á las impiedades que le aconsejaba su muger. Y nada podia ser mas natural que esto, porque de la propia suerte que las virtudes de la muger atraen y preparan hacia el bien, así tambien sus vicios arrastran y precipitan al mal por medio de un funesto imperio. Su ejemplo y su palabra crean ó destruyen, con la inocencia y la dicha de la sociedad doméstica, una parte de la grandeza y prosperidad de las naciones. Ese ejemplo y esa palabra son como un reflejo del que fué el mas hermoso de los ángeles mientras permaneció fiel á la luz, y se tornó espantoso, tan luego como la hubo desconocido y abandonado. Pronto fueron Athalia y Joram dignos uno de otro; ella supo hacer nacer ó desarrollar en él la ambicion y la sed de sangre, y despues el menosprecio de las cosas divinas; porque es muy natural que la religion, esa fiel custodia de los derechos y freno de la fuerza, sea particularmente odiosa para los que no reciben otra inspiracion que la de su capricho, ni buscan en el poder otra cosa que el medio de obrar á su antojo.

Era Joram el mayor de varios hermanos, que habian recibido en herencia grandes cantidades de oro y plata, otros dones preciosos y ciudades fuertes en el reino de Judá. A todos los hizo perecer, no menos que á varios principes de Israel, á fin de asegurarse, á lo que él creia, un reinado pacífico y una autoridad independiente y sin contradiccion. Dios, que habia prometido no apagar la antorcha de David, no arrebató la corona á la familia del perverso principe; pero sí le castigo de un modo ruidoso, á fin de que así como tenia lugar la misericordia, conservase tambien la justicia sus derechos. Diversos fueron los infortunios que aquejaron á Joram: los idumeos, rebeldos contra él, rehusaron pagar el tributo, y quisieron darse un rey. Lobna, ciudad considerable situada en las fronteras de la Idumea, tambien rehusó la obediencia á su otro. Púsose en campaña y atacó al enemigo; mas éste, aunque vencido, no fué domado, y se mantuvo independiente.

Pero no solo hicieron cruel á Joram las instigaciones de Athalia, sino que le hicieron tambien prevaricador é impio. Levantó altares á Baal, dios de Tiro y de Sidon; y arrastró á sus pueblos á la apostasia. Pronto se dejó sentir la mano vengadora del Señor. Un Santo profeta dirigió

á Joram una carta, en la cual, despues de echarle en cara su idolatria y otros crímenes, y de poner en paralelo su detestable conducta con los ilustres ejemplos de David, Josaphat y otros reyes piadosos, le anunció que habia llegado la hora del castigo. En efecto: los filisteos y los árabes de las orillas del mar Rojo hicieron incursiones en las tierras de Judá, y despues de tomarlo todo se llevaron prisioneros á los hijos y mugeres del rey. Solamente Ochozias, el mas pequeño de todos, pudo salvarse. El mismo Joram fué herido de una enfermedad incurable, que le devoraba las entrañas; dos años duró su agonía, y al cabo de ellos murió, consumido por tan largo y horrible padecer. No fué quemado su cuerpo entre aromas, segun tenian costumbre de hacerlo con los reyes buenos, porque en sus últimos años se habia hecho odioso á la nacion. En Judea, lo mismo que en Egipto, juzgaba el pueblo á los monarcas despues de su muerte, y honraba su cadáver con la sepultura real, ó lo excluía de ella segun la justicia ó injusticia con que habia gobernado durante su vida. El anatema de la multitud cayó sobre Joram, como un castigo de sus iniquidades y para escarmiento de sus sucesores; esta solemne demostracion de ignominia debia caer á medias sobre la cabeza de Athalia.

Muertos por los árabes todos los otros hijos de Joram, fué saludado como rey Ochozias por los habitantes de Jerusalem; pero no tardó en mostrarse digno hijo de Joram. Los detestables consejos de Athalia le hicieron entregarse á la impiedad y la depravacion, en cuya senda no tardó en detenerle el brazo justiciero del Señor. Habia hecho alianza para resistir los ataques de los Sirios, con su tío el rey de Israel. Herido éste en una batalla, se retiró á curarse en una de sus ciudades adonde le fué Ochozias á visitar. Reunidos estos dos herederos de la raza maldita de Achab y Jezabel, fué como dispuso Dios que recibiesen el castigo. Jehú inspirado por el cielo para vengar la sangre de los profetas, é imponer á los principes prevaricadores la pena de que se habian hecho dignos, sorprendió á uno y otro, y les dio muerte. Ochozias mereció de sus vasallos una sepultura honrosa, solamente en memoria del gran Josaphat. De esta manera iban cumpliéndose las amenazas del Señor sobre la casa de Achab.

Aquellas revoluciones multiplicadas y sangrientas, que no eran en realidad sino otros tantos avisos de la Providencia, ninguna mella hicieron en el corazon endurecido de Athalia. Como esposa y como madre del rey, habia tenido ya en sus manos el poder; pero esto no podia satisfacer su ambicion. Quería mandar sola; queria que la autoridad suprema quedase fija é irrevocablemente en ella, porque la sed de mandar, tan solo satisfecha á medias, devoraba su alma detestable y perversa. Así es que no vaciló á la vista del crimen; y para asegurarse en el trono se decidió á remover el único obstáculo que segun su juicio la separaba de

él. Era éste la familia de Ochozias, los hijos que había dejado al tiempo de su muerte, y eran la sola esperanza de Judá y los últimos restos de la régia sangre de David. Mandólos matar su despiadada abuela, y entonces creyó que estaban ya cumplidos sus deseos y satisfechas sus esperanzas; pero Dios gobierna nuestras iras lo mismo que las del Océano: las deja subir y bajar, y se burla de su impotencia, arrebatando unas veces lo que persiguen y amenazan, y otras ocultándoselo con la magestad de algun insigne prodigio.

Tenia Ochozias una hermana llamada Josabeth, hija tambien de Joram, pero de diversa madre que Athalia. Esta princesa estaba casada con el pontífice Joiada, segun la costumbre introducida de mucho tiempo atras, de aliar por medio del matrimonio al sacerdocio con el imperio. Acertó Josabeth á llegar en el momento que degollaban á los principes sus sobrinos, y tuvo la destreza de salvar de la cuchilla de los verdugos al mas pequeño de ellos, llamado Joás, niño todavía de pecho, á quien ocultó con su nodriza en el templo, poniéndolos bajo la salvaguardia del gran sacerdote su marido. Allí permaneció el niño hasta la edad de seis años. Durante éstos, *reino Athalia sobre la tierra*, como dice la Escritura, hasta que por fin estalló súbita, inexorable y tremenda la ira vengadora del Señor.

Daba á Joiada su dignidad de pontífice una autoridad soberana en las cosas de la religion, y por consiguiente en el régimen político y judicial de aquel gobierno teocrático. Era el jefe de los sacerdotes y levitas, los cuales habian sido en todos tiempos los mas esforzados guerreros de la nacion, y cuyo celo por la ley les hacia tan decididos por la raza de David como por el culto legitimo del Señor. Juez del pueblo, era su derecho y su deber defender la inocencia oprimida, sostener los intereses de Judá y de la sangre real, y derribar á Athalia de un sèlio, para ella vedado por su sexo y por su cuna, y que mancillaba con el horror de sus crímenes. Por lo demás, prudencia y prevision, esfuerzo y generosidad, ardiente amor al bien público y sólida piedad hacia Dios, tales eran los dotes eminentes que captaban á Joiada el afecto, el respeto y la admiración universal. Hé aqui, pues, el hombre que resolvió quebrantar el yugo que abrumaba á la Judca.

Entraba Joás en los siete años, cuando creyó el gran sacerdote llegado el momento de la venganza. Cinco capitanes de centurias juraron ayudarle en la grande obra que meditaba, y partieron, segun sus instrucciones, á convocar á los levitas y los sacerdotes. En el dia señalado, se reunieron todos en el templo, y Joiada les presentó á su legitimo soberano; pero dejemos al historiador sagrado referir la catástrofe de Athalia y exaltacion de su nieto.

12. "Y sacó fuera al hijo del rey," dice el capítulo XI del libro cuarto de los Reyes, "y puso la diadema sobre su cabeza, y el testimonio: é hicieronlo rey, y lo ungieron: y dando palmadas, dijeron: Viva el rey.

13. "Y Athalia oyó las voces del pueblo que corría: y habiendo entrado al estruendo en el templo del Señor,

14. "Vió al rey que estaba sobre el trono segun costumbre, y los cantores, y las trompetas junto á él, y todo el pueblo de la tierra en regocijo, y tocando las trompetas: y rasgó sus vestiduras, y gritó: Traicion! traicion.

15. "Mas Joiada dió orden á los Centuriones que mandaban las tropas, y les dijo: Sacadla fuera del recinto del templo, y á todo aquel que la siguiere, matadlo á cuchillo. Porque el sacerdote habia dicho: No sea muerta en el templo del Señor.

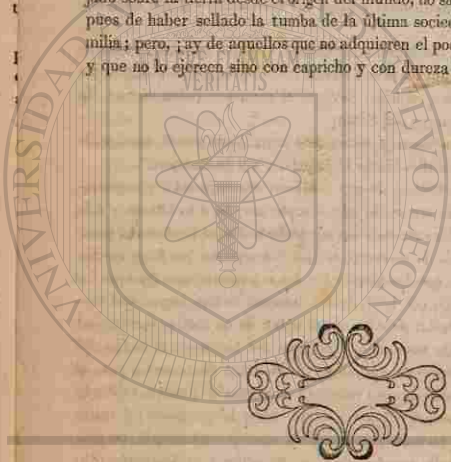
16. "Y le echaron mano, y sacáronla á empuellones por el camino de la entrada de los caballos, junto al palacio, y allí la mataron."

Así murió Athalia, victima de una ambicion desenfrenada, y memorable ejemplo del juicio tremendo que siempre acecha á la trania y á la impiedad. No todos los crímenes son tan desdichados, ni reciben tan pronto castigo; pero todos lo merecen, y tarde ó temprano les llega su dia. ¿Cómo sucede, pues, que los hombres se dejen arrastrar mas bien por las sendas de la injusticia, con la dudosa esperanza de una impunidad momentánea, que no desviar de ellas con el temor de un castigo inevitable? La razon es, que nada supera en el corazon del hombre á la fiebre del mando y al menosprecio de los peligros. Monarca destronado, pasa el hombre todo el destierro de esta vida entro ensueños de gloria; codicia la autoridad que no tiene; defiende con brazo celoso la que posee; y asalta toda autoridad rival, no tanto por destruirla, como por removerla con provecho suyo. Revestidle con las insignias del poder y los fastuosos títulos concedidos á la superioridad; acudid atento á esperar el francir de sus cejas, el movimiento de su mano, el murmullo de sus labios, y corred en seguida á ejecutar las órdenes que apenas ha llegado acaso á indicar, y vereis que se ensancha su pecho, que su espíritu conmovido parece aumentarse, que un lampo de orgullo ilumina su frente, y que se estremece como el niño que levanta en brazos, y que al verse mas arriba que vos, triunfa en medio de su fantástica grandeza. Para conquistar los honores todo lo arrostra y lo padece; y á la pérdida de ellos prefiere el casamiento de los dias, los insomnios de las noches, los peligros y la muerte. De la propia manera, cuando la mar azotada por los vientos de la tempestad corre y se precipita arrebatada, como el caballo que ha perdido el freno, el navegante impávido no teme entregar su frágil barquilla al furor de las olas

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

sube y baja con ellas; burla de la tormenta, y prosigue altivo su camino sobre las movedizas y escarpadas crestas del Oceano, al través de los escollos y de los abismos.

Así es la ambición. Noble y útil, como todos los sentimientos plantados en nuestro corazón por la mano de Dios, multiplica las fuerzas del hombre, y hace brotar portentos bajo su planta. Es entonces un reflejo de aquel santo celo con que el Criador rige á sus obras; y entonces no la proscribimos, sino que la dirige el cristianismo. Siempre será hermoso el poder: bajado sobre la tierra desde el origen del mundo, no saldrá de ella hasta después de haber sellado la tumba de la última sociedad y de la última familia; pero, ¡ay de aquellos que no adquieren el poder sino por el crimen, y que no lo ejercen sino con capricho y con dureza!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANNA,
Madre de Samuel.

1848, VII. 281-282



ANNA, MADRE DE SAMUEL.

Se alegrará la desierta y sin camino, y saltará de contento la soledad, y florecerá como lío.

ISAÍAS. CAP. XXXV.

DICES que la mayor parte de los hombres ilustres deben mucho á aquellas que les han dado el ser. Lo que hay acaso es que la ternura maternal despierta y nutre en el alma de los hijos los lampos del ingenio y los gérmenes de la virtud, porque á causa de su calor y pureza hay en un corazón de madre, mas que en cualquier otro, una imagen de lo verdadero y de lo bello, y una cierta revelación de las grandes cosas. Y acaso tambien lo que hay es que las madres, inspiradas por su amor, saben mejor que nadie interesar al cielo en el porvenir de sus hijos, porque Dios que ha dado al mundo el precepto y el ejemplo de la abnegación y el sacrificio, glorifica lo que ellas han consagrado con sus angustias, sus esperanzas y sus oraciones, y Arbitro soberano de todo, derrama según su voluntad sobre nuestros destinos la oscuridad ó el brillo. En efecto, no hay grande en la vida del hombre, sino lo que Dios pone en ella, y casi siempre lo mas grande que en ella pone no nos llega hasta despues de haber pasado por el corazón de la muger que nos llevó en su seno. Nada hay más propio para hacer comprender y amar estas doctrinas que el ejemplo que nos presenta la historia de Anna, madre de Samuel. Muger verdaderamente piadosa, se muestra paciente y dulce en sus penas; pone una sincera confianza en Dios, que fortalece el valor y llena los deseos de su

sierva; y vela sobre la infancia de su hijo con atento y delicado esmero, del mismo modo que se guardan y abrigan las afecciones queridas y puras. So el ala del Señor, se liberta la juventud de Samuel del contagio del mal; florece en virtudes, y embalsama con su perfume la tierra de Israel; y despues en la madurez de la edad, se torna Samuel en jefe del pueblo, juez de Saul, protector de David, y uno de los mas grandes profetas. Así es como todos los padres debian preparar el porvenir de su posteridad, porque la religion, no hay que dudarlo, es el mas seguro camino de la felicidad y de la gloria. En efecto, las ideas religiosas al paso que ensalzan el espíritu y ensanchan el corazon, colocan verdaderamente al hombre en la condicion natural del mérito; dan la inteligencia y el valor del deber, y aseguran el mantenimiento del orden, porque protegen el ejercicio de la autoridad y resguardan el honor de la obediencia. Bajo el punto de vista de los intereses eternos del individuo, nada es el buen éxito de las empresas, y lo es todo la santidad de las obras: bajo el punto de vista de los intereses temporales de las naciones, ¿quién podrá asegurar que á fuerza de virtud no se pueda contrapesar y aun vencer el ingenio? ó mas bien dicho, ¿no será por ventura la virtud una de las fuentes de ese mismo ingenio?

En el pais de Ephraim, en la ciudad de Ramatha, vivia un hombre de la tribu sacerdotal, llamado Elcaná. Esta ciudad de Ramatha es la misma que se llama Arimathea en el Nuevo Testamento, y es conocida actualmente con el de Ramla. Colocada en el camino de Joppe á Jerusalem, vió pasar bajo sus miras á los numerosos peregrinos de Occidente que iban á visitar la tumba de Cristo, y fué mas de una vez testigo de su valor. Las Iglesias que allí se edificaron se han convertido en bosques, y los minaretes dominan los olivares y palmeras que antaño coronaba la Cruz.

Elcaná tenia dos esposas: la de primer orden se llamaba Anna, es decir, *poseedora de la gracia*, y en verdad que mereció aquel título, por el espíritu de fe y de oracion de que estuvo animada; el nombre de la muger de segundo orden era Phenenna. Anna era estéril como Saul; Phenenna era fecunda é insolente como Agar. La casa de Elcaná, lo mismo que la de Abraham, fué perturbada por las disensiones consiguientes á la poligamia.

Anualmente iba Elcaná con sus mugeres é hijos á Silo, ciudad donde se hallaban desde el tiempo de Josué el Arca y el Tabernáculo, y á donde iba todo Israel á ofrecer sus sacrificios y oraciones, antes de la ereccion del templo de Jerusalem. Elcaná daba á Phenenna y á sus hijos lo que le tocaba del sacrificio, y solamente una pequeña porcion de él daba á su otra muger, la cual con este motivo tenia que recordar dolorosamente

te su esterilidad. A esto se agregaban las provocaciones y las burlas de su rival, que se olvidaba de que su título de esposa secundaria lo debía precisamente á la enfermedad de la primera, y que se olvidaba tambien de que los afligidos encuentran un consolador en el cielo, siempre que la tierra no les concede sino la injuria ó el desden.

En uno de los viajes á Silo, ya no le fué posible á Anna disimular por mas tiempo en presencia de Elcaná, y se puso á llorar sin querer comer. Notó Elcaná su afeccion y se dolió de ella. Anna tomó algun alimento por complacer á su marido, y despues se dirigió llena de angustia á la puerta del templo, en donde derramó muchas lágrimas y dirigió al Señor este voto ferviente: "Señor de los ejércitos, si volviendo los ojos mirares la afeccion de tu esclava, y te acordaras de mí, y no olvidares á tu criada, y dieres á tu sierva un hijo varon: le consagraré al Señor por todos los dias de su vida, y no subirá navaja sobre su cabeza." Anna, que era de la tribu sacerdotal, lo mismo que su marido, sabia muy bien que el objeto de aquella plegaria perteneceria á Dios por el título mismo de su nacimiento, y sin que en ello tuviese que ver la disposicion maternal; pero como la ley no obligaba á los levitas al servicio del templo, sino de los treinta á los cincuenta años, claro es que la promesa de la madre hacia extensiva á la vida entera esta obligacion. El signo exterior de esta consagracion especial, usada algunas veces entre los hebreos, era la larga cabellera que nunca debia tocar el hierro.

En aquel tiempo ejercia Heli en Israhel el cargo de gran sacerdote. Su ministerio le habia llamado al templo, cuando Anna vino á orar en él. Notó que hacia ademanes de gran fervor y movia los labios; pero la misma intensidad de su plegaria le habia apagado la voz, y Heli se imaginó que estaba ebria. Reprendiéndola; pero la humildad con que le contestó la pobre muger, hizo conocer su error al anciano, el cual le dijo: "Vete en paz, y que el Señor te conceda lo que le acabas de pedir." Anna repuso: "¡Oh! tu sierva halló gracia en tus ojos." Dicho esto se retiró, y comió, y desapareció de su rostro el abatimiento que antes lo habia cubierto.

Un año despues vió Anna premiada su piedad y su confianza en el Señor, pues dió á luz un niño, al cual puso por nombre Samuel, á fin de que su nombre recordase que se lo habia pedido al Señor. Elcaná se dirigió luego á Silo á dar gracias al Señor; pero Anna no le siguió, sino que permaneció en su casa, hasta que el niño estuvo en edad de ser ofrecido en el templo. Llévole entonces consigo, y lo presentó á Heli, dirigiendo al Señor el siguiente hermoso himno en muestra de su gratitud.

"Saltó de gozo mi corazon en el Señor, y se ha ensalzado mi poder en mi Dios: se ha ensanchado mi boca sobre mis enemigos: por cuanto me alegré en tu salud.

“ No hay santo, como es el Señor : porque no hay otro fuera de ti, y no hay fuerte como el Dios nuestro.

“ No multipliqueis hablando grandezas, vanagloriándoos : apartense de vuestra boca cosas viejas : porque el Señor es el Dios de las ciencias, y á el están patentes los pensamientos.

“ El arco de los fuertes fué quebrado, y los flacos han sido armados de fuerza.

“ El Señor es el que quita y da la vida, el que lleva á los infiernos y el que saca.

“ El Señor empobreció y enriqueció, abate y ensalza.

“ Del polvo levanta al mendigo, y del estiércol ensalza al pobre : para que se sienta con los príncipes, y ocupe un trono de gloria. Porque del Señor son los polos de la tierra, y sobre ellos asentó el mundo.

“ Guardará los pies de sus santos, mas los impíos quedarán mudos en tinieblas ; porque no será fuerte el hombre por su propia fuerza.

“ Al Señor temerán sus adversarios : y sobre ellos tronará en los cielos : el Señor juzgará los términos de la tierra, y dará el imperio á su rey, y ensalzará el poder de su Christo.”

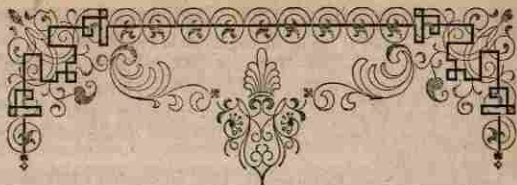
Así oraba Anna despues de que recibió el consuelo. Esta muger sencilla encontró en la religion una verdad de pensamientos que jamas pudieron igualar los filósofos del paganismo, y un calor de sentimientos que dejan muy atrás el entusiasmo facticio de los poetas.

¿ Quién de todos ellos ha pintado de un modo tan enérgico la sabiduría y la fuerza de Dios, las vanas esperanzas de los malvados y el triunfo seguro del varon justo? Desdenando la armonía de las sílabas estudiadas abre su alma con toda sencillez, y le fluyen las palabras mas nobles naturalmente y sin esfuerzo. No cabe duda en que el Espíritu Santo le dictaba este cántico; pero aun dejando á un lado la inspiracion, ¿no hay razon para decir que esas palabras de nobleza, lo mismo que las grandes obras, siempre nacen de un corazon nutrido en la verdad, y que el hombre del pueblo, la muger y el niño pueden tener y expresar sentimientos magnánimos, desde el momento mismo en que sean iluminados por la religion? La verdad y la virtud son el deber y el derecho de todos los miembros de la familia humana, y Dios ha permitido que los esplendores del ingenio, que no todos tienen, puedan ser empañados y aun ofuscados por las riquezas del corazon, que todos pueden tener.

Elicaná y Anna se volvieron á Ramatha, dejando á Samuel en Silo, para que sirviese al Señor bajo las ordenes del gran Sacerdote. Fué por parte de Anna un acto de grande valor separarse así del hijo único que tantas oraciones y lágrimas le habia costado; pero su pena tuvo varios



LA HIJA DE FARAON.



LA HIJA DE PHARAON.

FRECUENTES SON las veces en que se ocultan bajo un estorio: frágil y humilde las grandes cosas, y en que un origen oscuro encubre el brillo de su porvenir. Así es como se manifiesta de un modo mas sensible la acción de la Providencia, la cual, al producir resultados superiores á su causa aparente, nos obliga á buscar en lo que no se ve la fuente verdadera de los acontecimientos que asombran nuestras miradas. Así tambien asegura Dios contra las tentativas de la libertad humana la marcha de sus designios secretos, fijando los destinos del mundo en una cabeza sin gloria y sin fuerza, en quien nadie piensa sofocarlos ni oscurecerlos. Así finalmente se cumple la ley establecida desde el principio, que ha vinculado el buen éxito y la dicha en las tribulaciones, que ha impuesto por ley el sufrimiento á todo el que quiere ser grande delante de Dios y de los hombres, y que ha concedido solamente á los sudores, á las lágrimas y á la sangre el privilegio de la fecundidad.

Mirad esa cuna frágil que flota como el alcion sobre el ancho rio de Egipto. Las aguas profundas van á sumergir el ligero cesto de mimbres ó á estrellarle contra las raices gigantescas de algun sabino secular. Y aun cuando no lo devoren las olas; ¿qué puede ser de ese niño proscrito, hijo y hermano de esclavos que hienden el mármol y amasan el barro para levantar y adornar los palacios de sus señores? Pero Dios que ha dado un puesto en el aire al mosquito, y que reviste de verdor hasta la yerbecilla mas pequeña, oculta en un rincón de los campos, sabrá proteger á una criatura hecha á su semejanza y velar con celoso cuidado sobre el futuro libertador de un grande pueblo. La hija de Pharaon será condu-

cida como por el azar hacía el esquife amenazado; ella salvará al niño de la muerte y preparará el camino al elegido de la Providencia, cuyo instrumento y dulce imagen será. Del propio modo nos hallamos todos bajo la guarda de un ángel mejor y mas hermoso, forma invisible que aparta nuestros pasos del peligro, que hace lucir en nuestro espíritu una luz emanada del cielo y derrama en los oídos de nuestro corazón palabras de santidad y de virtud.

Jacob había bajado á Egipto con sus hijos, sus mugeres y los hijos de sus hijos. Esta familia desde entonces numerosa, se multiplicó cual una planta fecunda, y al cabo de ciento cincuenta años formaba ya un pequeño pueblo, y encontraba garantías de protección é independencia en el nombre y la memoria de José que había prestado á la nación tan distinguidos servicios. En aquellos tiempos y en aquel país, no era la sucesión del trono hereditaria, y el rey era escogido por el pueblo en atención á ciertas circunstancias. Así es que fué elegido un nuevo rey, que no había conocido á José, ni mostró tampoco sentimiento alguno de gratitud hacia los hermanos del antiguo ministro. Los beneficios pasados están como dormidos, dice un sabio, y son olvidados como los muertos.

Por lo demas es preciso confesar que los hebreos que habían venido á pedir hospitalidad á Egipto no se reputaban esclavos, y abrigaban la esperanza de volver algun día á la region habitada en otros tiempos por sus padres.

Vivian, pues, separados, en la parte oriental del bajo Egipto, donde conservaban sus costumbres particulares. Siempre ha sido lo mismo esta raza de granito que no han podido gastar treinta siglos y que ha salvado su código y su constitucion del naufragio de todas las legislaciones y de todos los tiempos!

Amenophis (tal era el nombre del nuevo Pharaon) no quería lanzar á los hijos de Israel por temor de empobrecer su reino, ni dejarlos libres para aumentar y prosperar por temor de tan peligrosos vecinos. Resolvió oprimirlos con discrecion, porque la política, que debia ser el respeto de los derechos y la práctica de los deberes, muy temprano se convirtió en el secreto de gobernar arbitraria y despóticamente. Primero se vieron condenados los hebreos á los trabajos mas duros, y procuró de tal manera hacerles odiosa la vida, que cuando recordaban despues aquel cautiverio, llamaban al Egipto un horno encendido.

Peró Dios dijo á la prudencia humana lo mismo que al Oceano: "Hasta aquí has de llegar y de aquí no pasarás." La opresion en vez de disminuir aumentó á los hebreos de una manera portentosa, del propio modo que un árbol destrozado por el acero, se cubre de ramas nuevas y mas numerosas. Entonces dió Amenophis la orden cruel de matar á todos los

hijos varones que les nacieran á los hebreos, y la ejecucion fué encomendada á las mugeres que asistiesen á las hebreas en el término de su gravidez; pero éstas no cumplieron con la órden, por cuya razon se vió Amenophis en el caso de declararse abiertamente y de mandar sin embargo que todos los hijos varones de los hebreos fuesen arrojados al Nilo.

Un dia la hija de Pharaon, llamada Thermutis segun unos, y Moeris segun otros, bajó al Nilo con intencion de bañarse y se puso á recorrer las orillas del rio en union de sus esclavas. Descubre repentinamente una cesta de mimbres que flotaba entre los cañaverales, y da órden de que se la vaya á traer á una de sus compañeras. Dentro de la cesta encuentra un niño que lloraba, y dice conmovida: "Esta es hijo de algun hebreo." En efecto, el niño era hijo de Amram y Jocabed, de la tribu de Levi. Era de extraordinaria belleza, y esta razon, unida al amor natural de sus padres, hizo que el niño fuese conservado ocultamente por espacio de tres meses; pero las pesquisas del tirano debian acabar precisamente por descubrirle, y la pobre madre, entre arrojár á su hijo á una muerte cierta y entregarle al peligro de otra menos segura, se decidió por este último estremo y le colocó en la cesta donde fué encontrado por Thermutis.

La madre había ordenado á Maria, hermana del niño, que cuidase á orillas del rio de aquella frágil barquilla, librada sobre las aguas á la misericordia de la Providencia. Tan luego como hubo visto Maria que la suerte de su hermano inspiraba compasion, se acercó á la hija del rey y la dijo: "¿Queréis que os vaya á buscar una muger hebrea que crie á este niño?" Dios que dirigia los acontecimientos, inclinó el corazón de la princesa, la cual consintió en lo propuesto por la pequeña Maria, quien corrió á llamar á su madre. Thermutis le entregó el niño; y de esta manera una sabiduria superior se burló de los cálculos de la humana prudencia, y la vara que debia castigar á los hombres injustos creció delante de sus propios ojos. Mas tarde, otra cuna se salvará del puñal de otro perseguidor, y algunos millares de inocentes degollados en Babilon no impedirán al Divino fugitivo establecer su monarquía inútilmente amenazada sobre los escombros del trono de Herodes. Tan luego como hubo crecido el niño, su madre lo devolvió á Thermutis, y ésta que segun varias tradiciones antiguas recogidas por Josefo, no tenía hijos, adoptó á Moisés.

Cuarenta años permaneció Moisés al lado de Thermutis, y las tradiciones que acabamos de citar refieren que en una expedicion contra los etiopes, obtuvo una completa victoria, y se distinguió por su habilidad y valor; pero esta expedicion duró largo tiempo, y antes de la vuelta de Moisés murió Thermutis. Penetrado de dolor y de reconocimiento, edificó en memoria de la princesa su bienhechora una ciudad, á la cual dió

el nombre de Moeris, que era el otro de Thermutis segun hemos ya indicado.

No es este el lugar en que debemos ocuparnos en recordar los trabajos del libertador de Israel, porque estos se refieren á una época en que la hija de Pharaon habia dejado de existir. En otra parte hablaremos de la serie de portentos que acompañaron la salida de la nacion escogida por Dios y su marcha al través de los mares y los desiertos hasta llegar á la tierra de promision. Entonces presentaremos al hijo adoptivo de Thermutis dividiendo con mano potente las aguas del mar Rojo, haciendo brotar agua de la roca de Horeb, y recifiendo las tablas de la ley de manos del mismo Dios, en la cumbre ardiente del Sini. Bástanos por ahora mostrar la cuna del profeta y del historiador sagrado, inútilmente amenazada por los hombres y sabiamente protegida por la Providencia. Esa cuna es el símbolo de aquellos á quienes el genio ó la virtud condenan á crudas fatigas y dolorosas probaciones: la borrasca los combate, pero esa misma borrasca los conduce, á semejanza de aquel atrevido navegante, que veinte veces próximo á perecer y veinte veces salvado, vagó largos dias por un Oceano sin playas conocidas, y volvió de sus laboriosas correrías despues de haber engrandecido al mundo.

lenitivos. Consolábala en primer lugar el mismo amor que profesaba al niño, porque era de aquellos que aun en la ausencia encuentran goces por medio del recuerdo; y en segundo, tenía el placer de verle siempre que venian á Silo á ofrecer los sacrificios de costumbre, en cuyas ocasiones le llevaba una túnica tejida por sus propias manos. La ternura maternal de esta muger fué recompensada por el cielo: el gran sacerdote bendijo á Eleaná y á Anná, deseándoles una posteridad numerosa. Efectivamente, el Señor les concedió tres hijos y dos hijas; y su vejez se coronó de gloria, del propio modo que la vieja palmera se rodea de los retoños que reverdecen á sus pies.

La infancia de Samuel fué, segun las tradiciones antiguas, tan santa como su vida posterior. A los doce años, la voz del Señor fué escuchada por él; y lo primero que le reveló fué el castigo que iba á dejar caer sobre Heli, por la negligencia con que veia los crímenes de sus hijos, y sobre éstos por su impietad. Veinte años despues se verificó aquella terrible profecía: los hijos de Heli perecieron en una batalla en que los israelitas fueron derrotados completamente por los filisteos, dejando treinta mil muertos sobre el campo de batalla. Sentado en su sitial recibió Heli la nueva de aquel desastre, así como tambien la de la muerte de sus dos hijos y la de la pérdida del arca de Dios; y al oír la nombrar cayó de su sitial y se hizo pedazos la cabeza.

Samuel fué proclamado juez del pueblo en lugar de Heli, y desempeñó su alta mision con gloria y provecho de Israel; pero éste, descontento de su suerte, pidió un rey al juez en su ancianidad. El Señor, indignado de la obstinacion de su pueblo, le concedió el don funesto que locamente pretendia, y Saul, de la tribu de Benjamin, fué elegido y consagrado. Apartóse el rey de las vias del Señor, y éste le castigó, anunciándole por boca de Samuel que habia concluido su reinado. Samuel recibió poco despues la orden de ungir á David como segundo rey de Israel. Conocida es la persecucion que de Saul tuvo que sufrir el nuevo monarca, y no lo es menos que Samuel participó de la adversa fortuna de David; mas conservó hasta el fin de su vida, sin embargo de esto, una influencia poderosa sobre los negocios públicos de su pais.

El ilustre profeta murió de edad avanzada. Fué enterrado en Ramatha, en el sepulcro de su familia; y todo Israel vistió luto por él. Hijo de la oracion, y consagrado á Dios aun antes de nacer, acabó en la plenitud una vida comenzada bajo tan religiosos auspicios. Hombre superior, se mostró modesto sin debilidad y firme sin dureza; los reyes le escucharon con respeto, y conservó imperio su voz hasta sobre el pueblo agitado por el espíritu de innovacion. Político habil, reformó el estado é hizo florecer la religion, que es la primera garantía del órden; político

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

honrado, solamente en la virtud buscó un contrapeso á la licencia, y pudo desafiar á sus conciudadanos á que señalasen en su vida ó en sus fallos una sola cosa que mereciese reprension. Así apareció Samuel: y si él es digno de ser citado cual modelo de príncipes por sus bellas cualidades, también merece su madre ser citada cual modelo de madres por su religiosa ternura; y nos atrevemos á decir que habria mas hijos como Samuel, si hubiese mas madres que quisiesen imitar la piedad de Anna.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Una de las

JEZABEL.

BIBLIOTECA DEL SARCOPAGO DE MEXICO



JEZABEL.

Por los años del mundo 3030, después de la muerte de Salomón, las doce tribus, reunidas hasta entonces en una sola república y después en una sola monarquía, se dividieron en dos estados, aproximados á veces por las circunstancias, pero divididos por lo común en religion y en intereses. El reino de Judá, que solo comprendia á la tribu de este nombre y á la de Benjamín, permaneció por lo común fiel á las creencias antiguas; y sus príncipes residían en Jerusalem. Las otras diez tribus formaron el reino de Israel, y esta separación del pueblo hebreo es conocida con el nombre de *el cima de Samaria*, porque esta ciudad fué su capital definitiva, y no Sichem, donde al principio habían fijado su corte los reyes de Israel. Imperó constantemente en Samaria el culto de los falsos dioses, porque fué la política quien lo estableció y sostuvo después. Durante medio siglo, la fuerza de las armas fué la que elevó al trono de Samaria á diferentes soldados sin mas título que su buena suerte. Uno de estos, llamado Amri, se asentó mas sólidamente, y al morir dejó la corona á su hijo Achab.

Achab fué impío y cruel; arrastró al pueblo hasta el altar de los falsos dioses con sus predicaciones, su ejemplo y sus leyes; y dió cima á sus crímenes y desdichas casándose con Jezabel, hija de Ethbaal, rey de Tiro y de Sidón. Tiro y Sidón, madres de colonias numerosas, reinas del comercio antiguo, enervadas por las dulzuras de un clima benigno y por las riquezas, no conocían mas religion que la del placer. Precisamente

su idolatría voluptuosa fué la que acarrió sobre ellas las maldiciones de los profetas, que se cumplen aun hoy día: Sour y Sais yacen como dos cadáveres; uno que otro árabe que recoge allí un rebato de cabras por la tarde, en derredor de las casas arruinadas; y uno que otro pescador que ayudado por sus hijos arrima á la playa una barca miserable, son los herederos de aquellos mercaderes ilustres, cuyo pabellon flameó en todos los mares, desde la Propóntide hasta la desembocadura del Bétis, y desde Pelusium hasta las costas de la Gran Bretaña.

Jezebel trajo á Samaria sus idoles y sus pasiones. Los otros reyes, al tomar por muger á alguna estrangera, habian exigido al menos de ella que profesase el judaismo; pero Achab, en vez de hacer esto con Jezebel, adoptó dócilmente todos sus dioses; levantó un altar público, y siguiendo la usanza de los paganos, consagró un bosque á Baal, divinidad adorada por los fanáticos. El pueblo todo se perdió en las vias criminales que le indicaban sus señores encañagados en la idolatría, porque nada es mas fácil para el poder que doblegar á los hombres ante el error, sobre todo cuando apoyan á este los atractivos del placer.

Mas para desacreditar á Baal, para perturbar la conciencia de Achab y Jezebel, y prevenir nuevas apostasias, hizo levantar Dios al profeta Elias, varon de espíritu elevado y alma generosa, digno por todos titulos de ser el vengador de las leyes. Así es como la maternal ternura de la Providencia coloca los remedios que ella misma ha creado al lado de los males producidos por los vicios de la humanidad; así tambien como, para servirnos de la gráfica expresion de un poeta de la antigüedad, crece la ortiga junto á la rosa, y cabe la planta venenosa el antidoto saludable que neutraliza sus letales efectos. Un día, pues, dijo Elias al rey culpable: —“Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun la palabra de mi boca.”

La palabra del profeta tuvo puntual cumplimiento; ni rocío ni lluvia hubo para aliviar la aridez de las tierras del reino; el cielo parecia de bronce. Tres años y medio duró el azote de la sequia. Advertido Elias por el Señor, y para ponerse á cubierto del resentimiento de Jezebel, se retiró á las orillas del torrente de Carith, en las cercanias del Jordan. Las aguas del torrente le proporcionaban que beber, y las aves del cielo, enviadas por la mano misma que las nutre, le llevaban algunos almacutos. Duró algunos meses este medio de subsistencia, y despues fué enviado el hombre de Dios á Sarephtha, donde recibió la hospitalidad de una pobre viuda.

Irritada entre tanto Jezebel, mandó buscar y dar muerte á los verdaderos profetas, en odio de Elias y de la religion judia. Eran los profetas de aquel tiempo como los monges del nuestro: apartados del mundo

y distinguidos del pueblo por su trago y su modo de vivir, se ocupaban en el estudio, en la oracion y en trabajos mecánicos.

Hacian contrapeso con sus virtudes á las iniquidades de la nacion ante la justicia celeste, y podian de esta suerte conjurar los infortunios públicos; por su ejemplo y sus palabras eran representantes y mantenedores de la religion, cuyos preceptos defendian contra la impiedad y desenfreno de los pueblos y de los principes. No habia menester tanto para hacerlos odiosos á la impura é idólatra Jezebel. Algunos hubo que pudieron salvarse de su furor, gracias á las circunstancias ó á algunos varones temerosos de Dios; pero muchos hubo que perdieron la vida durante aquella feroz persecucion. Ignórase el número de las victimas, pues guarda silencio la Escritura acerca de los pormenores de esta horrosa carniceria.

Siguióse la escasez á la sequia en el reino de Samaria; moria la yerba aun en el fondo de los valles y en torno de los secos manantiales; y los hombres y los brutos padecian por igual todos los tormentos de la sed y del hambre. Por todas partes envió Achab en busca de Elias para pedirle que devolviera la lluvia al árido suelo, ó para matarle en caso de que á ello se negase. Entonces dijo Dios á Elias: “Ve ante la presencia de Achab, para que haga yo caer lluvia sobre la tierra.” Obedeció el profeta; y una vez llegado delante de Achab, le echó en cara su idolatría y sus crímenes; despues convocó á todo el pueblo y á los falsos profetas, y uno y otros se reunieron en el monte Carmelo, tan célebre por haberlo habitado Elias. La mano del Señor le ayudó en aquel momento de probacion; y despues de haber demostrado la impotencia de los idólos al engañado pueblo, logró el santo profeta que una llama bajada del cielo devorase la victima que habia ofrecido al verdadero Dios, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Así es como prueba Dios la verdad de la religion á todas las razas humanas; no las llama á discurrir el fondo de las doctrinas, trabajo estéril al par que superior á las fuerzas del espíritu y del cuerpo; las llama á verificar hechos, que es un trabajo de observacion y de buen sentido vulgar. Si no es la religion para todos los hombres, no es para ninguno; si atañe á todo el mundo, fuerza es que todo el mundo pueda llegar hasta ella; y hé aquí la razon por que ha trazado Dios para alcanzarla un camino sencillo, tan fácil de ver como de seguir. Este camino es el de los hechos. Las verdades impuestas á la fé no se representan cual investigaciones metafísicas ni á título de teorías, sino á título de hechos y con el carácter de acontecimientos sensibles. Dios ha dicho esas verdades; las han escuchado los hombres, y se han ido repitiendo de boca en boca. Los que las recibieron para anunciarlas al mundo llevaban hondamente

impreso el sello de su misión divina; bajo su mano doblegaba la naturaleza sus inflexibles leyes; retrocedía la mar bajo sus pies; obedecían los astros sus mandatos; y á su voz tenia que devolver la muerte su ya insegura presa.

Una vez probada por Elias la santidad de su misión y la verdad de las doctrinas cuyo apóstol era, mandó quitar la vida á los falsos profetas, sin que se atreviese Achab á sostenerlos, sin duda por miedo del pueblo, que parecía animado en su contra. Predijo en seguida Elias que iba á cesar la sequía, y una lluvia copiosa vino á confirmar su vaticinio.

Pronto llegaron á oídos de Jezabel los prodigios operados por mano de Elias, no menos que la muerte de los sacerdotes de Baal. Irritóse su orgullo, bulleron las malas pasiones en su dañado corazón, y envió á decir al tramaturgo que había jurado vengar con su muerte la de los profetas de su falso Dios. Huyó Elias amedrentado; y se acogió á los desiertos de la Arabia Petrea. Abatido por tantas persecuciones y abrumado de cansancio, pidió al Señor que le aliviase de la pesada carga de la vida. Venció el sueño al pie del árbol donde había dejado caer su cuerpo desfallecido; pero un ángel vino á despertarle, mostrándole á su lado un pan y una vasija con agua. Merced á aquel alimento celeste, recobró el peregrino las fuerzas perdidas y pudo llegar al cabo de cuarenta días al monte Horeb, cercano al Sinai, donde Dios se dignó hablar desde una zarza que ardía sin quemarse, á su servidor Moisés; y donde, llevado en alas del rayo, conmovió bajo su carro de fuego la cima del monte, y vino á promulgar su ley á los oídos de un pueblo entero. Parécenos esta fuga del profeta una imagen de la vida, de ese triste y hermoso país, semejante á las soledades severas y magníficas que agosta el cielo de Oriente al tenerlas con el ardor y la riqueza de su fuego. Cumina el hombre por él, sostenido por un alimento celeste, hasta que llega á la eternidad, verdadero Sinai, donde habla Dios á sus escogidos, bañados de un torrente de luz, de amor y bienaventuranza.

Cerca del monte Horeb tuvo Elias una visión; y recibió del Señor la orden de unguir á Hazael rey de Siria y á Jehú rey de Israel, y de consagrar á Eliseo para que le sucediese en su misión. Así se preparaba una terrible venganza. "Cuantos se salvan de la cuchilla de Hazael, dijo el Señor, caerán bajo la de Jehú; y cuantos se salvan de la cuchilla de Jehú, morirán á manos de Eliseo." Elias cumplió al pie de la letra el precepto divino.

Por aquellos tiempos cometía Jezabel uno de esos cobardes y crueles abusos del poder que atraen infaliblemente sobre la cabeza de quien de ellos se hace reo un pronto y ejemplar castigo. Había en Jezabel un hombre llamado Naboth, poseedor de una viña poco distante del palacio

de Achab. Codiciábala el rey en extremo, y dijo á Naboth: "Dame tu viña, para que haga de ella un jardín; porque está cerca de mi casa, y yo te daré otra viña mejor ó te la compraré á dinero." Había prohibido Moisés á los israelitas que enagenasen sus heredades, si no era en caso de necesidad extrema, y aun entonces solamente por limitado tiempo. No se hallaba Naboth en tal necesidad, y temía por otra parte que enagenando á plazo la heredad, no podría recobrarla una vez que fuera cumplido, pues Achab que violaba abiertamente los derechos de Dios, no había de respetar, sin duda alguna, los de un hombre. Así es que, fiel á la ley, contestó á la pretensión real: "Dios me libre de cederos la herencia de mis abuelos." Estas leales palabras excitaron la rabia del rey, quien se volvió furioso á su palacio y rehusó todo alimento.

Acudió Jezabel y preguntó á Achab el motivo de su pesadumbre; y tan luego como lo supo, contestó con una horrible mezcla de ironía y resolución: "Grande por cierto es tu autoridad, y gobiernas bien el reino de Israel. Levántate y toma aliento, y sosiega tu ánimo, que yo te dare la viña de Naboth Jezrabelita."

Escribió en seguida, y envió á los ancianos y principales de la ciudad de Naboth, una carta á nombre del rey, sellada con su sello, y concebida en estos términos: "Promulgad un ayuno, y haced sentar á Naboth entre los primeros del pueblo. Y enviad bajo de mano dos hombres hijos de Belial, que atestigüen falsamente contra él, y digan: Ha blasfemado contra Dios y contra el rey; y sacadle fuera, y apedreadle, y así muera."

La orden despiadada é inícuca de la hija de Ethbaal fue obedecida en todas sus partes; y muerto el desdichado Naboth, se presentó Jezabel á Achab, anunciándole la muerte del poseedor de la viña tan codiciada, y que ya podía ir á tomar posesión de ella. Encaminábase con tal objeto, cuando le salió Elias al encuentro y le habló de esta manera por orden del Señor: "Mataste y después poseíste. En este lugar, en que lamieron los perros la sangre de Naboth, lamarán también la sangre tuya."

Dijo entonces á Elias Achab: "¿Por ventura me has hallado enemigo tuyo?"

Elias le respondió: "Te he hallado, porque te has venido para haber lo malo delante del Señor. Hé aquí que yo enviaré mal sobre ti, y seguraré tu posteridad, y mataré á todos los hijos de Achab desde el primero hasta el último. . . porque obraste de modo que me provocaste á ira, y has hecho pecar á Israel. Y de Jezabel también habló el Señor, diciendo: Los perros comerán á Jezabel en el campo de Jezrabel. Si muriere alguno de la raza de Achab en la ciudad, le comerán los perros; y si muriere en el campo, le comerán las aves del cielo."

“ lo.” Tan tremendos anuncios parecieron humillar el orgullo de Achab, el cual desgarró sus vestiduras, se cubrió de un cilicio y dió muestras exteriores de arrepentimiento.

Poco despues llegó Achab al término de su triste carrera. Quiso recobrar la ciudad de Ramoth-Galad, ocupada tiempo hacia por los reyes de Siria, y pidió auxilio para esta expedición á Josaphat, rey de Judá. Calculando que los enemigos dirigirían principalmente los tiros contra su persona, hizo que se revistiese Josaphat con las insignias reales, y el se disfrazó antes de dar principio al combate.

¡Precauciones inútiles! Había llegado su hora. A pesar de que Josaphat era el blanco de todos por las vestiduras de su dignidad, escapó ileso, en tanto que Achab, atravesado de una saeta, murió en la tarde. Condujeron su cuerpo á la capital, donde fué sepultado. Su carro y las riendas de sus caballos estaban salpicados con su sangre. Laváronlos en la piscina de Samaria, y, de conformidad con las palabras del profeta, lamieron los perros su sangre.

Llegó el tiempo también de que descargase el golpe sobre la cabeza de la perversa Jezabel. Un profeta joven, enviado por Eliseo, ungió rey de Israel á Jehú, el cual se dirigió en contra de Joram, hijo de Achab y rey de Israel á la sazón. Ochozias, rey de Judá, hijo de Athalia y nieto de Jezabel, había venido á visitar á Joram, cuando Jehú dió principio á la venganza matando á Joram por su propia mano y enviando gente en seguimiento de Ochozias. Dieron alcance á este último y le hirieron en la cuesta de Gaver, y fué á morir á poca distancia en Mageddo.

Dirigióse en seguida Jehú á Jezrahel, donde debía cumplirse la parte del vengador vaticinio de Elías relativa á Jezabel. Sabedora ésta de su entrada en la ciudad, se pintó los ojos con alcohol y adornóse la cabeza y se puso á mirar por la ventana.

Y dijo á Jehú: “¿Puede acaso tener paz Zambri, que ha quitado la vida á su Señor?”

Alzó el rostro Jehú, y viendo aquella muger que le interpelaba, preguntó quien era, y mandó en seguida que la echaran abajo. Obedecieron la orden; y la sangre de la reina infortunada salpicó la pared, en tanto que fué hollado por los caballos su cuerpo.

“Y habiendo entrado para comer y beber,” dice el capítulo IX del libro cuarto de los Reyes, “dijo Jehú: ¡Id á ver á aquella maldita, y enteradla: que al fin es hija de rey.

“Y habiendo ido á enterrarla, no hallaron sino la calavera y los pies, y la estremidad de las manos.

“Y volviendo le dieron el aviso. Y dijo Jehú: La palabra del Señor es, que habló por su siervo Elías Thesbitá diciendo: En el cam-

“po de Jezrahel, comerán los perros las carnes de Jezabel, y serán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrahel como el estiércol sobre la haz de la tierra, en tanto extremo, que dirán los que pasen: *¿Es esta aquella Jezabel?*”

¿Quién no se sentirá conmovido al ver á la odiosa Jezabel y su familia sepultados bajo tantas ruínas? ¿Quién no comprenderá la utilidad hasta material y social de la justicia y de la piedad?

No despleguéis jamás los labios contra Dios, ni levanteis el edificio de vuestra fortuna por medio de la rapina y del despojo. Si tal hiciéreis, llegará un día en que el soplo de la tempestad apague la blasfemia en vuestros labios y eche por tierra la obra de vuestros cálculos; y entonces ni os salvará vuestro poder de la mano vengadora del Señor, ni se escapará vuestra memoria de la maldición de los siglos venideros.



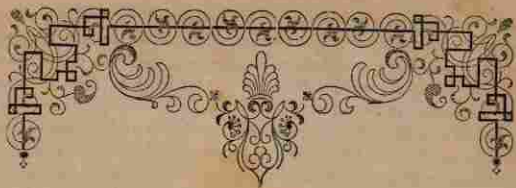
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS

®



LA REINA DE SABÁ.

Rafel, Vlla. Tabera



LA REINA DE SABÁ.

Mas que la salud y la hermosura he amado la sabiduría, y he decidido tomarla por mi luz, porque nada puede ofuscar su esplendor.

(Sap. Cap. vii.)

Al mediodía de la Siria, entre el mar Rojo, el oceano Indico y el golfo Pérsico, se estiende una region arenosa surcada por varias cordilleras de montañas y sembrada de vastos desiertos: esta region es la Arabia. La parte meridional de este gran país, cercada por las aguas, es menos estéril que el resto; y por razon de sus ricos frutos es conocida con el nombre de Arabia Feliz. Tuyo antaño minas de oro y plata, y fué, segun Plinio, rica en poderrias. Allí es donde la antigüedad entera ha colocado la cuna del fénix, ave portentosa, dotada por la fecunda imaginacion de los viejos escritores, del privilegio de la resurreccion. Allí tambien nacen el incienso, el balsamo y los demas aromas: poblado está el país de tan suaves olores, que arrebatados por los vientos hasta el mar, hacen respirar á los navegantes la Arabia antes con mucho de arribar á sus playas.

La tribu de los Sabeos era la mas afumada de todas las de la Arabia Feliz; y fueron sus riquezas frecuentemente el objeto de las ponderaciones de los escritores griegos y romanos. Su capital era Sabá, cuyo origen se hacia remontar hasta los tiempos cercanos al diluvio, y cuyo nom-

bre se derivaba de uno de los nietos del patriarca Heber. Hay algunos geógrafos que creen ser la actual ciudad de Zebid la antigua Saba; pero otros suponen que esta se hallaba situada en el lugar hoy ocupado por Marob. Este país, según el dicho del poeta Claudiano, fue gobernado por mujeres en un principio.

Por los años 3000 del mundo obedecían los Sabeos á una princesa, confundida por Josefo con la Nitocris de Herodoto y cuyo nombre, según las tradiciones arábigas, era Ballás. Es conocida en la historia solamente por el título de reina de Saba y por el viage que hizo á Jerusalem, con el fin de honrar á Salomon. Quiso ver las obras potentes y escuchar las sabias respuestas del monarca israelita, que llamaba entonces el Oriente con el brillo de su gran reino; lo quiso porque el ingenio y la virtud son el sello de los hombres de la Providencia, á quienes Dios marca de esa suerte para asegurarles el respeto, la confianza y el amor, para que se les pidan palabras de luz y se reciba la inspiración de sus ejemplos de fortaleza, del propio modo que aguardan las plantas una mirada del sol y algunas gotas de rocío para desarrollarse y florecer. En efecto, el mundo intelectual y el moral, lo mismo que el físico, se sostienen y brillan por la constante armonía de los elementos mas fuertes y mas débiles que encierran. Y es menester decir, en aliento y honor de todos, que muchas veces hay tanta grandeza de alma en reconocer y saludar la gloria, como mérito en conquistarla y sabérsela hacer perdonar.

Opinan varios intérpretes de la Escritura Santa que la reina de Saba, llevada de un impulso interior, venia á buscar á la Judea un tesoro mejor que las piedras preciosas y los perfumes de la Arabia, á saber, el conocimiento del verdadero Dios y del culto que le es debido; y el fundamento de esta opinion es que aun en la época en que no habia hablado el Cielo á la tierra sino en el Eden y desde las alturas de Sinal, época en la cual era consiguiente que las creencias refugiadas en Israel se hallasen entre los demas pueblos en el estado de meros vestigios, nada habia, mas que hoy, condenado irrevocablemente al error; y siempre fué posible para los espíritus sinceros y los corazones puros ir á sentarse en el banquete de la verdad religiosa. Resume la palabra divina sin fin en todo el mundo; todos los oídos la pueden escuchar, y toda libertad debe inclinarse, recibirla y obedecerla. Es de creerse que la reina de Saba fué á Jerusalem llamada por esa sabiduría sobrenatural, mas que atraída por una curiosidad cuanto á lo demas digna de elogio; y bajo este aspecto se la puede reputar la personificación de esas almas, que no pueden resignarse al envilecimiento de una vida meramente exterior y sensual, que buscan con lealtad lo que deben á Dios y á los hombres, y emprenden hácia la verdad y virtud una generosa romería.

Por lo demas, Salomon, entonces sabio y glorioso, tenia derecho verdaderamente á la admiración de sus contemporáneos. Sabida cosa es que su reinado fué para los israelitas una época incomparable de prosperidad y de gloria. La agricultura honrada, los atributos exigidos de los pueblos súbditos, las contribuciones impuestas á las herdades de los ciudadanos, los derechos que pagaban las mercenarias extranjeras, los trabajos de los sirvientes y de los esclavos eran en el interior los manantiales fuentes de los tesoros de Salomon. Para formarse alguna idea del estado de adelantamiento en que se hallaban las artes basta considerar la construcción del templo, monumento levantado en siete años, cuya significancia y primor le han hecho celebre tanto por la Escritura como por las tradiciones.

No perdía el tiempo Salomon en el exámen de fútiles y complicadas teorías acerca de la division del trabajo, la producción y division de la riqueza. Lo que recomendaba eran los ahorros, la economía y una laboriosa actividad, presentando todas estas cosas como otros tantos principios eficaces de la comodidad; y predicaba la virtud, la piedad y la caridad, como remedio de los deseos inquietos y arrebatadas pasiones del corazón humano. No habia un solo hombre en Israel y Judá que no permaneciese tranquilo bajo su viña ó su higuera, desde Dan hasta Bersabé, es decir, del uno al otro confín de la Palestina.

Rebosaba por el exterior la gloria de Salomon y hacia inclinarse á sus pies los pueblos y los principes de las mas lejanas tierras. Desde el Eufrates hasta el Mediterraneo, y desde las fronteras septentrionales de la Siria hasta Idumea y el Egipto; todos eran vasallos ó amigos suyos; le enviaban regalos y le pedian consejos. A sueldo suyo estaban los mas hábiles obreros de Tyro; traíanle sus bagales de remotas comarcas el oro, el marfil, los animales raros y las maderas olorosas. Dábale Memphis ó la hija de sus reyes por esposa; en una palabra, toda la grandeza y el poder que entonces existia sobre la tierra, tributaban homenaje á la grandeza, al poder y la subiduria del hijo de David. Su reputación se conserva hasta el dia entre los pueblos orientales de una manera prodigiosa, y han dado ellos su nombre de Soltiman á esos monarcas poderosos que según suponen en sus leyendas, han poseído el imperio de toda la tierra.

A esta gloria vino á visitar la reina de Saba, y á esta subiduria vino á proponer la solución de varios problemas. Entró en Jerusalem con la mayor ostentación, seguida de una magnífica escolta y de multitud de camellos cargados de oro, de armas y de piedras preciosas. Fué presentada al rey, le manifestó sus dudas y le hizo preguntas, según la costumbre muy bien recibida entre los antiguos, y sobre todo entre los orientales, de

ocuparse en resolver toda clase de enigmas sobre puntos de religión, de moral y de política; y la sabiduría de cada cual se revelaba en la sutileza y profundidad de sus respuestas.

Instigó Salomón á la reina acerca de todas las cosas que le preguntó; y tuvo esta ocasión de admirar la estension del talento y la esquisitez sagacidad que demostraba el gran rey en todas sus palabras y acciones. Dotado de un ingenio grande y feliz que encontraba en la luz sobrenatural un principio más de desarrollo y elevación, había hecho florecer todos estos dones por la experiencia reflexionada y por la virtud, que son la cultura del alma. Estaba con su gloria sin mancha; la sabiduría se desbordaba de sus labios como un río, y resplandecía en su conducta como un diamante encastado en oro; y de todos los tesoros que prodigaba su generosa hospitalidad, ninguno había más precioso que sus palabras y sus ejemplos.

La reina visitó los palacios y el templo que había subido levantar la magnificencia de Salomón; y la admiración de lo lustre extranjero, cuando en un principio, halló por fin palabras con que espresarse, y en el capítulo X del libro 3º de los Reyes leemos que habló á Salomón de esta manera: "Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra.

"Acerca de tus pláticas y de tu sabiduría; y no daba crédito á lo que me la contaban, hasta que yo misma he venido y lo he visto por mis ojos, y he hallado por experiencia que no me han dicho la mitad: mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.

"Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría.

"Bendito sea el Señor tu Dios, á quien has complacido, y te ha puesto sobre el trono de Israel, porque el Señor ama siempre á Israel, y te ha establecido rey para que lucieras equidad y justicia."

La reina permaneció, según es de creerse, algunos meses en Jerusalem; y cuando partió hizo á Salomón regalo de una suma inmensa de oro y abundantes perlas y piedras preciosas. La munificencia del rey supo corresponder á todos estos presentes con usura.

Después de la visita de la reina de Sabá, fue cuando Salomón, infiel á su gloria, se entregó en la corrupción y la idolatría. Depravó su corazón en medio de la abundancia, de ese escollo famoso por el naufragio de tantas ilustres virtudes; y su espíritu, trocado en juguete de la contradicción, traicionó las máximas de sabiduría que había profesado, á la imagen de un hijo de familia que sepulta el lustre de su nombre en la oscuridad de impuros, y viles, y vergonzosos placeres. ¡Triste y ejemplar monumento de la imperfección de las criaturas y de su natural inconsecuencia! No existe el bien en nuestras almas sino como una lige-

ra llama amenazada á todo instante por vicios y enemigos vientos, de los cuales solamente la atención y el valor la pueden salvar. Y á esto se agrega que una vez estinguida esa llama, ¿quién podrá, ó más bien dicho, quién querrá volverla á encender? Son un problema los últimos sentimientos de Salomón: ignorase si dió cima á sus errores con la desesperación y la impenitencia, ó bien buscó el perdón en la inmensidad de la clemencia Divina.

Nada nos dice la historia acerca del paradero de la reina de Sabá después de su viage á Jerusalem; pero todo nos induce á creer que siguió las lecciones de la sabiduría con más constancia que su real preceptor, porque ha sido celebrada por los Padres de la Iglesia como una santa mujer elegida de Dios, que supo corregir con la sinceridad de su fe el paguismo de su origen; y sobre todo, porque su nombre ha merecido un honor superior á todo elogio humano, pues la Sabiduría encarnada se dignó proponerla al mundo como un ejemplo de lo que se debe y una prueba de lo que se puede, cuando se trata de conocer la verdad y de practicar la virtud. "La reina del medio día se levantará en juicio contra los hombres de esta nación y los condenará, dijo el Señor, porque ha venido desde los confines del mundo á escuchar la sabiduría de Salomón."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALDE BIBLIOTECAS



LA MADRE DE LOS MACHABEOS.

Ret. y V. L. 1810.



LA MADRE DE LOS MACHABEOS.

Si es grande el amor con que se piensa en el
fin, es grande tambien el valor con que se entra
en la carrera.

(SAN AGUSTIN.)

Desde la salida de Egipto hasta la venida del Mesias, nunca se vieron la república y religion de los judios mas cruelmente perseguidas ni mas generosamente defendidas que bajo el reinado del rey de Siria Antioch Epiphane, es decir el Ilustre. Habiale dado este sobrenombre, mas bien que la atencion á su verdadero significado, la adulacion insensata de los ánicos, porque las solas cualidades que mas notables se hicieron en Antioch, fueron su estravagancia y su crueldad. Ambicioso al par que injusto, aspiraba á mantener á los judios bajo el yugo de sus armas; avaro al par que impio, codiciaba los tesoros del templo y meditaba la ruina de la religion. Tomó por asalto la ciudad de Jerusalem, é hizo degollar ó vender á ochenta mil de sus habitantes, de todas edades y sexos; manció con su presencia la casa del Señor, y entregó los vasos sagrados á las mas lamentables profanaciones. Volvióse despues á Antioquia cargado de un inmenso botin; pero dejó para gobernar á los ven-

cidos hombres mas barbaros que él, pues si hay algo que pueda sobrepujar á los rigores de un despota, es el servilismo feroz de sus ministros, almas abyectas, repugnante y horrible mezcla de sangre y de cieno.

Pero de la misma suerte que el suelo destrozado por la reja del arado rinde abundosas cosechas, así tambien se torna fértil en héroes la sangre de los pueblos oprimidos. Mujeres hubo que prefirieron la muerte á la apostasia, y fueron precipitadas de lo alto de las murallas de Jerusalem, juntamente con los tiernos niños que alimentaban en su seno; y muchos judíos perecieron quemados en las cavernas donde se habían refugiado para librar el día de descanso con ejercicios religiosos. Eleazar, anciano mas venerable aun por su sabiduría y su prudencia, que no por sus canas, espiró en un martirio cruel antes que infringir la ley, dejando de esta manera á toda la nacion un ejemplo de firmeza y de virtud con la memoria de su muerte. Nada hay que desespere mas á los tiranos que el ver en los hombres algo superior é inaccesible á la cachilla del verdugo; pero tambien nada hay mas consolatorio para las victimas que el poderse refugiar en lo que tienen mas querido, que es la conviccion, en lo que tienen mas inviolable, que es la conciencia: y allí, apoyadas en la fe del deber cumplido, esperar que la justicia de la eternidad repare las injusticias del tiempo.

Ofrecio entonces la nacion judía el espectáculo de muchos actos de valor, y es digno de citarse entre ellos con elogio la muerte de la madre de los Machabeos. Mujer de rara constancia, contempló la muerte con ojo tranquilo, sostuvo el valor de sus hijos, y les vió espirar en medio de los tormentos. Ella misma despues sufrió el martirio, agregando así la autoridad de su sangre derramada á la generosidad de su palabra, y haciendo comprender á todos los siglos cómo se desarrolla y ennoblece la ternura maternal por el amor de la religion y de la patria.

Es conocida esta mujer en la historia con el nombre de *madre de los Machabeos*; mas no porque hubiese pertenecido á la familia de aquellos esforzados guerreros que durante la misma época defendían con las armas en la mano el altar nacional y el hogar doméstico. Hay quien opine que el origen de esta denominacion es que uno de sus hijos se llamó Machabeo; pero no hay modo de sostener esta opinion sin dejar lugar á la duda. Lo único que hay positivo acerca de este punto es que Josefo, en el libro que nos ha dejado acerca de este episodio de la historia judaica, designa tanto á la madre como á los hijos con el nombre común de Machabeos.

Hemos dicho que Antioco se restituyó á Siria despues de su sangrienta hazaña contra Jerusalem. Dedicóse desde su reino á fomentar la realizacion de su proyecto, que era incorporar en sus estados la república

de los judíos; y á fin de dar una base sólida á la unidad política de los dos estados, quiso borrar toda diferencia de costumbres, de leyes y de religion, por ver si de este modo se efectuaba una fusion entre ambos pueblos.

A falta de derecho, la violencia era la que debía de ayudar en esta empresa, porque solamente dos fuerzas hay en el mundo, la persuasion y la espada. Mas para doblegar naciones enteras so el yugo de una idea, se necesita tiempo é ingenio, sobre todo cuando se lucha contra la verdad. No contaba Antioco ciertamente con los recursos del ingenio; y por lo que toca á su reino, bien se echa de ver que no tenia tiempo de esperar, con solo atender á que habia sido levantado en union de algunos otros por el soplo de Alejandro, sobre los cimientos ruinosos de una civilizacion decrepita. Llamó, pues, á los judíos al culto de las divinidades paganas, y les atrajo á la apostasia con el cebo de las costumbres corrompidas de la Grecia; en una palabra, fue alentada con favores la defecion y combatida la resistencia con suplicios.

Hallabase el rey en Antioquia cuando le trajeron de un lugar de la Judea á una mujer con sus siete hijos, acusados todos de invencible apego á la religion. Era aquella mujer nuestra heroína. Debíamla sus hijos la educacion, no menos que la vida, pues eran todavia muy jóvenes cuando la muerte los acrecentó á su padre. A fuerza de maltratarles se les queria obligar á comer viandas prohibidas; pero su resistencia era invencible, y el mayor de los hermanos Machabeos habló de esta manera al rey Antioco: "¿Qué buscas y qué quieres aprender? pronto estamos á morir antes que violar las leyes de Dios y de la patria." *¿Dios y patria?* no hay palabras que resuenen con magia mas potente en el oído del hombre, ni hay cosa mas noble que pueda amar su corazón. Los pueblos despiertan, se conmueven y combaten en nombre de la religion y la nacionalidad; y por ellas se han consumado mil sacrificios gloriosos, y ha corrido á raudales la sangre de los buenos. El altar y el hogar se nos presentan en los siglos pasados cual dos focos luminosos donde se concentran los movimientos instintivos y los libres esfuerzos de todas las generaciones; fijas están en ellos, hoy día, las miradas de todos los hombres, á pesar del egoismo y las preocupaciones materiales que devoran nuestra vida; y las edades futuras vendrán á rendirnos igualmente el doble homenaje de la lealtad y del respeto. El hombre se resigna á sufrir y á morir por esos grandes intereses y esas grandes esperanzas, que nunca se ven abandonados ni á los caprichos del desden, ni á los ultrajes de la fuerza brutal.

Rabioco Antioco al escuchar la noble respuesta del jóven Machabeo, le

bios imponen esa dolorosa expiación. No hay eternidad para las naciones; de consiguiente deben ser castigadas sus iniquidades dentro del tiempo; y por esto deja el cielo que á mas de las calamidades creadas por él sobrevengan las guerras y las persecuciones. Y sin embargo, ¡ay de aquellos que corrompen las conciencias por medio de los tormentos y euya espada se levanta contra la justicia! Azotes son de Dios, investidos por el de un formidable ministerio para restaurar un principio, y no para hacer triunfar sus intereses personales. Infociles con la mano que los envía, no pasan sin fruto para la humanidad, la cual se purifica bajo sus golpes; pero pasan por su propia desgracia, pues Dios los detiene y los quebranta, llamando á veces su agonía de dolores físicos y de torturas morales, y consignando su memoria manchada de sangre á la execración de la posteridad.

Contemplaba aquella madre admirable con ojo sereno el suplicio de todos sus hijos, sin que el verlos martirizados uno á uno comoviese su fuerte corazón. Y no se crea que aquel doloroso espectáculo, capaz de arrancar lágrimas al menos compasivo, no destruyese el alma de la pobre madre; pero es privilegio de las convicciones profundas, es sobre todo privilegio de la fé cristiana alzarse y ensancharse con la lucha, y armar nuestro frágil valor con todo el poder de las verdades por las cuales padecemos.

Un solo hijo quedaba por sacrificar. Humillado Antiocho por la heroica resistencia de todos los antioquios, quiso vencer á este, echando mano de blandas palabras y lisongeras promesas. La hipocresía y la bejeza fueron tan impotentes como la crueldad, y todos los esfuerzos del rey no fueron bastantes á hacer variar al niño de resolución.

Quiso entonces Antiocho intentar otro artificio, y aconsejó á la madre que inclinase á su hijo á desistir de su propósito. Después de una larga resistencia, consintió en hablar la madre; pero fue para decir al mártir en su lengua natid: "Hijo mio, ácuéto de mí, ácuéto de la que te ha llevado nueve meses en su seno, te ha alimentado tres años con su leche y te ha prodigado sus cuidados sin cesar hasta el presente día. Conjúrate, hijo mio, á que mires el cielo, la tierra, y todo lo que en ellos se contiene, y á que comprendas que Dios los ha creado de la nada lo mismo que á la raza de los hombres. No temas á un vil verdugo, cuando está sobre tí la mirada del Todopoderoso; hazte digno por el contrario de la compañía de tus hermanos, y recibe la muerte, para que te encuentre yo con ellos en el seno de la misericordia divina." ¿No es este el mismo lenguaje que algunos siglos despues de la madre de los Machabeos debían usar millares de madres cristianas, ó mejor dicho, la Iglesia,

nuestra madre común, cuando la rabia de diez emperadores seguidos vino á atormentar el cristianismo y á estrellarse impotente contra la flaqueza de la edad y del sexo? ¡Sublima poder de la verdad! Ella dice al error: "No podrás borrar uno solo de mis documentos, ni mezclar con ellos la ponzoña de tus sistemas." Y dice tambien á la persecucion: "Hiere, hiere, que la sangre de cada victima me da mil hijos mas." Y así es en realidad. No hay embate que la verdad no resista, ni lucha en la cual no salga victoriosa: rutila siempre en su frente el sello de la misericordia divina, y siempre aparece á nuestros ojos asombrados *vera*, fecunda y poderosa.

Aun hablaba la madre de los Machabeos, cuando el jóven, tendido ya sobre el potro del tormento, exclamó: "¿Qué es lo que estáis esperando? No quiero obedecer las órdenes del príncipe, porque solamente á la ley de Moisés presto obediencia. Y tú, tirano infame y cruel, no te regocijes de nuestro suplicio, ni creas que has de quedar impune. Ciertamente que el Señor despliega contra nosotros su celeridad por nuestros pecados; pero se reconciliará con nosotros, en tanto que para tí no hay esperanza."

Tan esforzadas palabras despertaron en el pecho del rey el mas extraño furor, y el mas jóven de los Machabeos fué martirizado por su orden mas cruelmente que sus hermanos, hasta que al cabo la muerte vino á poner término á sus padecimientos.

Quedaba la madre solamente; y los libros sagrados indican, pero no describen, su muerte. Segun el intérprete latino del libro *del imperio de la razon*, inmediatamente despues del martirio de sus hijos, arrastrada y desnuda, cortados los pechos y azotada con varas fué arrojada en una cascadera de agua hirviendo, en la cual espiró.

La justicia de Dios no tardó en descargarse sobre la cabeza del tirano. Hallabase en Asia, cuando recibió la noticia de que Judas Machabeo habia puesto á sus tropas en grande aprieto. Volvióse inmediatamente, exclamando con furor que iba á trocar la Judea en un vasto cementerio. Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando se sintió atacado de un horrible dolor en las entrañas. Da órden de que apresten el paso; precipitase sus caballos y vuelcan el carro; cae Antioch y se estropea todos los miembros. Sus llagas eran horribles y se le caía la carne á pedazos. Humillado el dolor; y el deseo de recobrar la salud le hizo prometer que no arrancaría su culto á la Judea, y aun asegurar que se volvería judío, abjurando de los falsos dioses. Razon sobrada hay para creer que estos ofrecimientos no eran sinceros. Al cabo murió aquel orgulloso monarca de la Siria, humillado por las victorias de sus enemigos y reconociendo á su pesar el poder de Dios.

Hemos dicho que en Antioquia recibieron los Machabeos el martirio: y todavia en tiempo de San Gerónimo podia verse su tumba en aquella ciudad. Autores ha habido que se admiran de que se colocase tambien la tumba de los Machabeos en Modin, camino de Joppe a Jerusalem; pero es porque confunden a los hijos de Machabea, segun la llama Josefo, con los caudillos hebreos que murieron combatiendo contra los reyes de la Siria. Modin fue la cuna y tambien el sepulcro de Judas Machabeo y su familia; y acaso se podria decir que fue igualmente el sepulcro de la nacionalidad judia. Siglo y medio se pasó despues de la muerte de los Machabeos sin que produjese un hombre grande la tierra de Judea. Al cabo de ese tiempo, debia retumbar bajo la planta del hombre-Dios.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Museo y V. H. 1898

DEBORA.



DEBORA.

Estos bien en sus carros, y aquellos en sus ca-
caballos; mas nosotros invocamos al nombre
del Señor Dios nuestro.

(SALMO XL.)

Trascientos cuarenta años trascurrieron desde la muerte de Josué, sucesor de Moisés, hasta la exaltación de Saul, primer rey de los israelitas. Fue gobernada la nación por jueces durante este intervalo, y estos jueces eran unos funcionarios, magistrados y dictadores á la vez, que administraban justicia y hacían la paz y la guerra. Era vitalicia la dignidad de estos caudillos; pero no se sucedían sin interrupción, porque eran hombres de circunstancias que aparecían en el momento del peligro, ora levantados por Dios de una manera notable y milagrosa, ora designados á la elección del pueblo por su valor y el conjunto de sus bellas cualidades.

En tiempos de tranquilidad todos reconocían la ley de Dios solamente; y bastaba con ella, porque arreglaba hasta los mas ligeros pormenores de la vida pública y privada, religiosa y civil; y no tenía la nación príncipe alguno cuya voluntad pudiese crear obligaciones nuevas. No hay duda que era suave una constitución política de esta naturaleza, porque daba mucho á la libertad; mas era peligrosa, porque humanamente ha-

blando, abría la puerta á la anarquía y llamaba al enemigo exterior. Así es que en el trascurso de tres siglos y medio seis veces fueron oprimidos los Israelitas por sus vecinos, y pesó la esclavitud sobre algunas partes de la nación durante largos periodos. Por otra parte, no debe dejarse de tomar en cuenta que podían haber evitado todos esos males con su fidelidad al Señor, porque todas esas calamidades sobrevinían á título de castigos, y cual una rigurosa consecuencia de la idolatría.

Ahora bien, después de haber soportado momentáneamente el yugo de un rey de Mesopotamia, y después de los Moabitas, véronse los Israelitas sujetos á los cananeos, indígenas á quienes no alcanzó la espada de Josué y que se habían refugiado en los montes, ó á orillas del Mediterráneo. Llamábanse Jabin el jefe de sus opresores durante esta tercera prohabio, y había una pequeña ciudad de la baja Galilea, al Oeste y no lejos del lago de Tiberíades. Sus hostilidades fatigaban sobre todo á las tribus de Nephthali, Zabulon é Issachar; tenía por general de ejército á Sisara; y á mas de sus soldados aguerridos, podía poner en campaña novecientos carros, armados de hoces, instrumentos finos en las guerras de la antigüedad, porque llevados con toda rapidez hasta la línea enemiga la atravesaban haciendo estragos espantosos. Veinte años retuvo á los Israelitas el temor de estas fuerzas bajo la dominación de Jabin; y oraban llenos de arrepentimiento á fin de que Dios se dignase por fin quebrantar aquella tiranía.

Gobernaba en aquel tiempo al pueblo de Israel una profetisa llamada Débora, esposa de Lapidot; pero hay razones para creer que su magistratura no fué tan estensa en sus funciones como la de los otros jueces de Israel. Parece que su misión fué conciliar los ánimos divididos por el interés, dar consejos y recordar la practica de las leyes religiosas y civiles. Su experiencia y su prudencia le grangearon la estimación y la confianza pública; mas la fuerza principal de sus juicios no pudo ser otra que la aceptación y buena voluntad del pueblo, sin que tuviesen sus resoluciones el carácter de reglamentos definitivos, porque es máxima recibida entre los intérpretes del derecho hebreo que las mugeres no juzgan ni gobiernan en Israel; y el gobierno de Athalia, en una época posterior, no fué tenido por administración legitima, sino por una usurpación y una tiranía.

La mansion de la profetisa quedaba entre Rama y Bethel, casi en los confines de Ephraim y Benjamin; y allí pronunciaba sus fallos, sentada bajo una palmera. Un dia envió Débora á llamar á Barac, de la tribu de Nephthali, y le dijo: "El Señor Dios de Israel te ha dado esta orden, anda y lleva el ejército al monte Thabor, y tomarás contigo diez mil

"combatientes de los hijos de Nephthali, y de los hijos de Zabulon: y yo te traeré á ti en el lugar del torrente Cison á Sisara, general del ejército de Jabin, y sus carros y toda su gente, y les pondré en tu mano."

Subido es que una tradición antigua señala al Thabor como el lugar donde el hombre-Dios hizo rutilar en la Transfiguración un lampo de su gloria celeste al través del velo de su humanidad. El monte Thabor se levanta aislado en medio de una vasta llanura; en su cima hay un espacio plano, como de tres mil pasos de estension, en el cual los reyes de Siria, los romanos y los turcos establecieron ó reedificaron una ciudad pequeña y algunas fortificaciones. Desde allí se domina todos los rios y vastos campos de aquellos contornos, y esto explica porqué la profetisa, en nombre de la prudencia humana, de la cual no nos dispensa la religión, aconsejó á Barac que se apoderase del Thabor. Por la llanura que se estende al pié de la montaña corre el torrente de Cison.

Barac respondió á la profetisa: "Si vienes conmigo, iré: mas si no quieres venir conmigo, no iré." Acaso la desconfianza dictó estas palabras, porque Débora sin retractarse, pareció sin embargo atouar sus magníficas promesas y replicó á Barac: "Bien está, iré contigo, mas esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque por mano de una muger será entregado Sisara."

Partió, pues, Débora en compañía de Barac; fueron llamados los combatientes de Zabulon y Nephthali, y marcharon al Thabor. Sabedor Jabin de los movimientos de los Israelitas, destacó á Sisara con sus novecientos carros y sus tropas. Tan luego como diviso Débora el ejército cananeo, hizo á Barac bajar á su encuentro con sus tropas. Un terror pánico se apoderó de los guerreros de Jabin y de su general, y el resultado fué la mas completa derrota.

Tuvo Sisara de abandonar su carro y salvarse á pié, llegando de esta suerte á la casa de Haber el Censo, jefe de una antigua familia indígena, espulsada en otro tiempo del cañon de Engaddi hacia el mar Muerto, y entonces refugiada en un valle de la tribu de Nephthali. Había permanecido neutral Haber en la lucha de Jabin con los Israelitas, pues sin declarar en favor de estos no habia renunciado á la alianza del otro. Creyó Sisara contar con la amistad de Haber y entró en su casa; pero sea porque Haber se hallase ausente ó porque Sisara en su precipitada fuga entrase en el departamento de las mugeres, separado siempre del de los hombres en Oriente, el hecho es que Jahel, esposa de Haber, fué quien le sabió al encuentro y le dijo: "Entrad acá, señor mio; entrad, y no temáis." Entró en efecto Sisara, y ella le cubrió con un manto. Fatigado de la carrera, pidió de beber el general derrotado á la esposa de Haber, y es-

ta le dió una odre de leche. Sisara, una vez saciada su sed, rogó á Jabel que se pasase á la puerta de la tienda, y que si alguno llegaba y le preguntaba si había allí alguno, respondiese que ninguno; y despues se entregó á un profundo sueño. Tomó entonces Jabel un clavo de la tienda y echó mano de un martillo, y aplicando el clavo á la sien del guerrero dormido, le traspasó con él á martillazos de parte á parte el cerebro.

La accion de Jabel fué una inspiracion del momento; y ella tenia razon sobrada para reputar á Sisara enemigo público y declarado; podia tambien haber conocido la mision extraordinaria de Débora, y tener por santa la guerra emprendida bajo sus auspicios; pero esto no obstante, y á pesar de hacer el debido elogio del valor é intenciones de Jabel, fuerza es confesar que faltó á la palabra que dió á Sisara y á la hospitalidad que habia invocado este caudillo. Cierio es que entre los pueblos antiguos tenia la guerra derechos mas crueles y estensos que hoy día; pero creemos que en todas las edades del mundo, mas caras y mas sagradas que la derrota de nuestros enemigos habrian sido para nosotros el respeto y la inviolabilidad de nuestra palabra.

Quando llegó Barac en seguimiento de Sisara, saltó Jabel á reclurle y le dijo: "Ven, y te mostraré el hombre que buscas." Entró Barac á la tienda, y vio á su enemigo que yacia muerto, en la misma postura en que le habian cogido la muerte y el sueño.

En medio del regocijo de la victoria compuso Débora un cántico célebre, en honor y gloria del Dios de Israel. No seremos nosotros tan temerarios que nos apartemos una sola linea del sencillo y sublime lenguaje de la profetisa. Hele aqui literalmente:

" Los de Israel que espontaneamente expusisteis vuestras almas al peligro bendecid al Señor.

" Oid reyes, escuchad principes: Yo soy, yo soy la que cantaré al Señor, diré una cancion al Señor Dios de Israel.

" Señor, quando salias de Seir, y pasabas por las regiones de Edom, moviose la tierra, y los cielos y las nubes destallaron aguas.

" Los montes se derritieron delante del Señor, y el Sinai á la presencia del Señor Dios de Israel.

" En los dias de Samgar hijo de Anath, en los dias de Jabel cesaron los caminos: y los que iban por ellos, anduvieron por veredas desviadas.

" Cesáron los fuertes en Israel, y dexaron de ser: hasta que se levantó Débora, se levantó una madre en Israel.

" Nuevos combates escogió el Señor, y él mismo derribó las puertas de los enemigos: no se vió escudo ni lanza en los cuarenta mil de Israel.

" Mi corazon ama á los principes de Israel: los que de propia voluntad os ofrecisteis al peligro, bendecid al Señor.

" Los que cabalgais sobre lucidas cabalgaduras y os sentais para juzgar, y andais por el camino, hablad.

" En donde fueron estrellados los carros y fue sufocado el ejército enemigo, allí sean cantadas las justicias del Señor, y su clemencia para con los fuertes de Israel: entonces el pueblo del Señor descendió á las puertas, y recobró el señorío.

" Levántate, levántate, Débora, levántate, levántate y entona un cántico; levántate, Barac, y echa mano de tus cautivos, hijo de Abinoem.

" Se han salvado las reliquias del pueblo, el Señor combatió en los valientes.

" Uno de Ephraim los derrotó en Amaléc, y despues de él uno de Benjamín contra tus pueblos, ó Amaléc: de Machir descendieron los principes, y de Zabulón los que acudillaron el ejército para guerrear.

" Los caudillos de Issachar fueron con Débora, y siguieron las pisadas de Barac, el qual se arrojó al peligro como á un precipicio y á un abismo: dividido Rubén contra sí mismo, se hallaron en contienda sus nombres de valor.

" ¿Por qué habitas entre dos términos, para oír las silbas de los rebanos? Dividido Rubén contra sí mismo, se hallaron en contienda sus nombres de valor.

" Galaad estaba en reposo á la otra parte del Jordan, y Dan atendia á sus navios: Aser habitaba en la costa de la mar, y se mantenía en sus puertos.

" Mas Zabulón y Nephthali ofrecieron sus almas á la muerte en el pais de Meroun.

" Vinieron los Reyes y pelearon, pelearon los Reyes de Chánaán en Thanach junto á las aguas de Mageddo, mas no llevaron ninguna presa.

" Del cielo se combatió contra ellos; las estrellas estando en su órden y curso pelearon contra Sisara.

" El torrente de Cison arrastró sus cadáveres, el torrente de Cadumim el torrente de Gisión: haella, ó alma más, los campeones.

" Las uñas de los caballos se rompieron, huyendo con impetu, y cayendo por precipicios los mas valerosos de los enemigos.

" Maldicid á la tierra de Meróz, dixo el Angel del Señor: maldicid á sus habitantes, porque no vinieron al socorro del Señor, en ayuda de sus mas esforzados guerreros.

" Bendita entre las mugeres Jabel muger de Haber Cinéo, y bendita sea en su tienda.

“Dio leche al que le pedía agua, y en taza de Príncipes le presentó manteca.

“Echó la mano izquierda á un clavo y la derecha á un mortillo de obreros, y buscando en la cabeza lugar para la herida, dió á Sisara el golpe, taladrándole con gran fuerza uno sien.

“Cayó entre sus pies: perdió las fuerzas, y murió: delante de sus pies se revolcaba, y yacía exánime y miserable.

“La madre de Sisara mirando por la ventana, daba alaridos, y decía desde su cuerno: ¿Cómo tarda en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los pies de sus cuatro caballos?

“Una de sus mujeres mas advertida que las otras, respondió estas palabras á la suegra:

“Quizá está ahora repartiendo los despojos y se está escogiendo para él la mas hermosa de las mujeres: vestidos de diversos colores se dan á Sisara por despojo, y se añotanán varios arreos para adorno del cuello.

“Así perezcan, Señor, todos tus enemigos: y los que te aman, así huyan, como respaldaron el salvó en su Orients.”

En tales términos celebró Débora el triunfo del pueblo hebreo. Descúbrese la fe en la Providencia al través de los sentimientos de un patriotismo activo y satisfecho, y el cántico revela con claridad la confianza en aquella fuente de donde emanán todos los descalabros y todas las victorias, y á la cual deban ir á consagrar todos los hombres la cantidad de sus horas de ventura, y la conformidad de sus horas de tribulacion.

Cierto es que interviene Dios sin cesar en la vida de los pueblos lo mismo que en la de los particulares; mas parece, esto no obstante, que ni muestra mas claramente su autoridad soberana en medio de las batallas, cuando torna á veces rebelde la victoria al poder del número y al ímpetu de los capitanes. Así es que todas las naciones de la antigüedad iban á la religion á bendecir sus guerras; á la entrada de las tropas en campaña precedían invariablymente la oracion pública y los sacrificios: si el ejército sufría una derrota, era ésta reputada un castigo del cielo; y si el triunfo coronaba los combates, iban á colgar en las paredes del templo los estandartes de los pueblos vencidos. Instruidos por los libros sagrados, y mas explicitos tambien en sus revelaciones mas verdaderas, veian los hebreos, por decirlo así, á Dios mismo dirigir los batallones, del propio modo que se siente su presencia al asistir á todos los grandes espectáculos de la naturaleza, ora sea en las llamas del océano profundo, ora en la inmensidad de un cielo puro y sereno. En efecto; solo Dios puede dominar las fuerzas vivas que dirige el ingenio y arroba el valor: su

mano es la que siembra el espanto entre los unos; su soplo el que derrama el entusiasmo entre los otros; su ojo el que fija la victoria; porque es el Señor Dios de los ejércitos.

Veinte años duró Barac después de su triunfo: respetaron su nombre los enemigos, y permanecieron sometidos á su gobierno los pueblos que salvó. Murio Barac; y hubo nuevos crímenes públicos que acarrearon nuevas calamidades sociales; y hubo nuevos arrepentimientos que no quedaron sin nuevas misericordias.

Conservó Débora hasta la muerte sus funciones, y siempre fué consultada como profetisa. Su extraordinaria misión le había grangeado la confianza no menos que la admiración de sus conciudadanos. Miróse en ella ejecutada con toda brillantez la ley superior, que por lo demás se encuentra visiblemente impresa en la marcha del mundo, y es que Dios escoge por lo común instrumentos frágiles para la ejecución de sus obras mas potentes.

Y fué instituido este orden para que aprendiese el hombre á no cifrar todas sus esperanzas en lo que se llama riqueza, fuerza é ingenio, sino á buscar en los cielos las causas y el motivo de sus victorias; porque el hombre no se pertenece á sí mismo con independencia; porque debe vivir y morir, cual brillan las estrellas del firmamento y mujen las olas del mar, á la voz y para honra y gloria del Eterno.



REBECCA.

Qué sea prudente como Rebecca.
(Oración de la Iglesia por las esposas, en la ceremonia del matrimonio.)

ESTABO en la palabra divina dejó Abraham la Caldea, para refugiarse por el lado de aquellas comarcas conocidas después con el nombre de Judea, en las cuales debían multiplicarse su raza como las estrellas del firmamento y las arenas del mar. Elevóse Abraham consigo á sus parientes mas cercanos, á Tharé su anciano padre, á su muger Sarai, á su hermano Nachor, y á Loth su sobrino. En el curso de su peregrinación, permanecieron bastante tiempo en la ciudad de Haran, en Mesopotamia, donde murió Tharé, y se quedó Nachor establecido. Prosiguió Abraham su camino, y llegó al valle que riega el Jordán, entre el lago de Tiberíade y el mar Muerto; y después se adelantó mas hacia el Mediodía, cual si quisiese querido pasar á Egipto. Y todas aquellas regiones estaban habitadas por los cananeos, pueblos idólatras y corrompidos.

La numerosa posteridad de Nachor fué prosperando en medio de aquellas razas movidas que lanzadas unas por otras, pero coronadas todas de gloria, ocuparon sucesivamente las llanuras de la Caldea y dieron por largo tiempo leyes al Asia entera. Habíanse perdido las huellas de su existencia y de su nombre so los pasos de tantos hombres y el

mano es la que siembra el espanto entre los unos; su soplo el que derrama el entusiasmo entre los otros; su ojo el que fija la victoria; porque es el Señor Dios de los ejércitos.

Veinte años duró Barac después de su triunfo: respetaron su nombre los enemigos, y permanecieron sometidos á su gobierno los pueblos que salvó. Murio Barac; y hubo nuevos crímenes públicos que acarrearon nuevas calamidades sociales; y hubo nuevos arrepentimientos que no quedaron sin nuevas misericordias.

Conservó Débora hasta la muerte sus funciones, y siempre fué consultada como profetisa. Su extraordinaria misión le había grangeado la confianza no menos que la admiración de sus conciudadanos. Miróse en ella ejecutada con toda brillantez la ley superior, que por lo demás se encuentra visiblemente impresa en la marcha del mundo, y es que Dios escoge por lo común instrumentos frágiles para la ejecución de sus obras mas potentes.

Y fué instituido este orden para que aprendiese el hombre á no cifrar todas sus esperanzas en lo que se llama riqueza, fuerza é ingenio, sino á buscar en los cielos las causas y el motivo de sus victorias; porque el hombre no se pertenece á sí mismo con independencia; porque debe vivir y morir, cual brillan las estrellas del firmamento y mujen las olas del mar, á la voz y para honra y gloria del Eterno.



REBECCA.

Qué sea prudente como Rebecca.
(Oración de la Iglesia por las esposas, en la ceremonia del matrimonio.)

ESTABO en la palabra divina dejó Abraham la Caldea, para refugiarse por el lado de aquellas comarcas conocidas después con el nombre de Judea, en las cuales debían multiplicarse su raza como las estrellas del firmamento y las arenas del mar. Elevóse Abraham consigo á sus parientes mas cercanos; á Tharé su anciano padre, á su muger Sarai, á su hermano Nachor, y á Loth su sobrino. En el curso de su peregrinación, permanecieron bastante tiempo en la ciudad de Haran, en Mesopotamia, donde murió Tharé, y se quedó Nachor establecido. Prosiguió Abraham su camino, y llegó al valle que riega el Jordán, entre el lago de Tiberíade y el mar Muerto; y después se adelantó mas hacia el Mediodía, cual si quisiese querido pasar á Egipto. Y todas aquellas regiones estaban habitadas por los cananos, pueblos idólatras y corrompidos.

La numerosa posteridad de Nachor fué prosperando en medio de aquellas razas movilizadas que lanzadas unas por otras, pero coronadas todas de gloria, ocuparon sucesivamente las llanuras de la Caldea y dieron por largo tiempo leyes al Asia entera. Habíanse perdido las huellas de su existencia y de su nombre so los pasos de tantos hombres y el

polvo de tantas centurias, si la Escritura no hubiese salvado su memoria, como la de tantos otros, del tiempo y del olvido. Tuvo, pues, Nachor varios hijos: uno de estos, llamado Bathuel, fué padre de Rebecca, aduadada con el nombre de abuela por todos los judíos.

Nada se sabe á punto fijo acerca de los primeros años de Rebecca. Su familia, lo mismo que la de todos los patriarcas, estaba entregada á la vida pastoril, bajo el cielo despejado y brillante de las regiones orientales. Todas las clases eran entonces laboriosas por igual, y los criados servían á los amos para ayudarlos en el trabajo, y no para eximirlos de él. No hay duda que Rebecca se ocupó en esos trabajos segun su edad y sexo, y tiene veinte años cuando fué pedida en matrimonio por Isaac su pariente. He aquí de qué manera le trajo el cielo la senda de sus futuros destinos.

Abraham era muy anciano, y de muchos dias, para servirnos de la sencilla expresion de la Escritura, cuando llamó á Eliezer, el mas viejo de sus criados, y le confió la delicada mision de buscar mujer para su hijo Isaac. Heredero de una promesa hecha á la humanidad desde su cuna, y depositario de la fé verdadera, no quiso contaminar, por medio de una alianza con los cananeos, la pureza de su sangre y su doctrina. Así es que obligó á Eliezer á que le jurase de la manera mas solemne no buscar para Isaac mujer alguna de la raza maldita de los cananeos, sino solamente de la patria y parentela del mismo Abraham. Preguntóle Eliezer si podria llevar á Isaac á Mesopotamia, en el caso que la mujer elegida para esposa recusase venir á Canaan á vivir con él, y Abraham le respondió en estos terminos: "Guardate de volver á llevar jamas mi hijo allá. El Señor Dios del cielo, que me sueó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, el que me habló, y me juró, diciendo: A tu linaje daré esta tierra, él enviará á su Angel delante de tí, y tomarás de allí mujer para mi hijo; y si la mujer no quisiere seguirte, no serás obligado al juramento. Solamente no vuelvas á llevar allá á mi hijo."

Tomó Eliezer diez camellos del hato de su señor, y habiéndolos cargado de lo mas precioso y rico que habia en casa de Abraham, se dirigió hacia la ciudad de Haran en Mesopotamia. Bien podia haber doce dias de camino desde Bersabé, residencia del patriarca, hasta Haran, porque Bersabé, segun varios geógrafos, se hallaba situada á corta distancia de Gaza, y Haran es la ciudad conocida en la historia profana con el nombre de Carrhus. Cerca de ella fueron derrotadas las legiones romanas, y muerto su general Crasso por el ejército de los parthos.

Llegó Eliezer al caer de la tarde, á la hora en que solian salir las mujeres á sacar agua, y puso á descansar sus camellos junto á un pozo. Di-

rigióse en seguida al Señor por medio de la siguiente oracion: "Señor, Dios de Abraham mi amo, asisteme, te ruego, en este dia, y haz misericordia con Abraham mi amo. Vedme: aqui estoy cerca de la fuente del agua, y las hijas de los moradores de esta ciudad saldrán á sacar agua. Pues la doncella á quien yo dijere: Abaja tu cántaro para que beba, y ella respondiere: Bebe, y aun á tus camellos daré tambien de beber: esta es la que has destinado para tu siervo Isaac: y por esto no conoceré que has hecho misericordia con mi amo."

Esta plegaria de Eliezer nos da una muestra de la confianza que la frecuencia de los prodigios habia infundido en las almas puras de los creyentes de corazon. Apela á Dios para que le ilumine en su difícil encargo, y el mismo se atreve á fijar el signo que ha de tomar por expresion de la voluntad divina, y que debe determinar su eleccion. Miró Dios con ojos bondadosos aquella confianza, que sin duda el mismo habia inspirado, y concedió al fiel criado de Abraham lo que le habia pedido.

Apenas acababa de dirigir su plegaria, cuando se presentó Rebecca, hija de Bathuel y nieta de Nachor, con un cántaro sobre el hombro. Admiró Eliezer las hermosas facciones y fresca virginal de la doncella, y la dijo, de conformidad con el agüero que se habia propuesto buscar: "Dame á beber un poquito de agua de tu cántaro." Ella le respondió: "Bebe, señor mio;" y abajó prontamente el cántaro sobre su brazo para darle de beber. Bebió Eliezer, y entonces añadió la doncella: "Tambien sacaré agua para los camellos, hasta que todos beban."

Gozoso en extremo Eliezer al ver que tan pronto habia encontrado el signo que habia implorado del Señor, regaló á la doncella dos zarcillos de oro (1), del peso de dos siclos, y otros tantos brazaletos del peso de diez siclos. Preguntóle despues, ¿de quien era hija, y si habia en su casa donde hospedarse él y sus camellos? Respondió el punto Rebecca que era hija de Bathuel, y que nada le faltaria en su casa. Oido esto, se postro Eliezer en tierra á dar gracias á Dios porque habia prosperado su viage en beneficio tan conocido de Abraham.

Fuese á casa inmediatamente Rebecca, contó lo que habia pasado; y al punto salió su hermano Laban al encuentro del huésped á la fuente fuera de la ciudad, lo llevó á casa, y puso la mesa; pero Eliezer dijo que no comeria hasta que dijese lo que tanta que decir. Hizolo así, concluyendo por proponer el casamiento de Isaac con Rebecca.

Despues de escuchar atentamente Laban y Bathuel la narracion y propuesta de Eliezer, le respondieron: "Del Señor ha salido esta plática:

(1) *Unos varones, dice la Vulgata; y lo mismo vieron los Setenta la palabra hebrea. Nota. Sin embargo, es preciso advertir que Neseem es el nombre de un sacerdote adorno de esta especie, ora les llevasen en los orejas, ora en la nariz, la frente ó las mejillas. (Nota del traductor.)*

"no podemos hablar contigo otra cosa, sino lo que á él piace. Ahí está el diante de tí Rebecca: tómala, y véte, y sea muger del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor."

Dio gracias postrado en tierra. Eliezer al Señor; y ofreció en seguida regalos á Rebecca y sus deudos. Celebráronse con un festin los desposorios de la nieta de Nachor; y al día siguiente de mañana dijo Eliezer: "Dejadme volver á mi amo." A esto respondieron los parientes de Rebecca: "Estése la muchacha con nosotros siquiera diez días, y despues se marchará."

"No queris detenerme," replicó Eliezer, "porque el Señor ha enderezado mi camino; dejadme ir á mi amo." Tratóse entonces de investigar cuál era la voluntad de la jóven; y ésta consintió en partir sin mas demora.

Subió la doncella con sus criadas, en los camellos, y siguieron todas á Eliezer, quien se encaminó hácia la tierra de su amo.

Isaac, hondamente afligido por la muerte de su madre, había salido al campo á meditar á la caída del día, cuando se encontró con la pequeña caravana del fiel servidor que había ido á buscarle una compañera para la fatigosa peregrinación de la vida, y escuchó la relación que le hizo Eliezer de su viaje. Tomó entonces Isaac por muger á Rebecca; y *la ama en tanto grado, dice el libro del Génesis, que se le templó el dolor que le había causado la muerte de su madre.*

En otro lugar hablaremos de los hijos de Rebecca. La época de su muerte no consta de una manera positiva; pero se sabe que fueron depositados sus restos mortales en la misma caverna donde reposaban las cenizas ilustres de Abraham y Sarai.

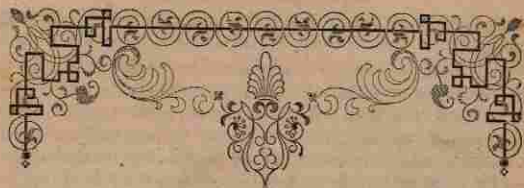
¿Qué cosa mas suave ni mas pura que la página deliciosa de las Sagradas Escrituras que acabamos de reproducir? ¿Cuánta sencillez, cuánto hechizo hay en el encuentro de Eliezer con Rebecca! Es ese encuentro la imágen de un mundo que pasó; pero nunca nos podrá venir á la memoria sin excitar á la vez las mas vivas simpatías y los mas delicados sentimientos.

Porque el hombre siempre conserva una relación secreta con todas las cosas nobles; y por mas esfuerzos que se hagan para corromperlo, siempre hace mella en su corazón el espectáculo de esas costumbres sencillas, principio de la virtud, cuando no son el fruto venturoso de ella.



ABIGAIL

Enf. - Vie. 1870



ABIGAIL.

La prudencia de una mujer vale un patrimonio entero.

ECCLESIAST. CAP. XXII.

DAVID anduvo errante mucho tiempo y por muy diversos lugares, desde el momento de su consagracion por Samuel hasta la muerte de Saul su predecesor y enemigo. El antiguo rey no podia perdonar á su jóven competidor, ni la gloria que le habia redundado por la derrota de Goliath, ni la dicha constante que le acompañaba en todas sus empresas, porque nada causa mayor pesadumbre á las medianías de elevado rango que la superioridad de sus inferiores. Saul trató varias veces de matar á David con sus propias manos; le envió á combatir con poca fuerza contra ejércitos numerosos, á fin de que pareciese en estas luchas desigual; le hizo perseguir cobardemente por asesinos, y él mismo se puso en persona á la cabeza de un cuerpo de tropas para darle alcance y quitarle la vida. David en su fuga recorrió las tribus de Judá y Benjamin, pasando de ciudad en ciudad; y pidió sucesivamente un asilo hospitalario á los países de Geth, de Mouh y de Idumca. Así fué como atravesó cual proscrito por ciudades que mas tarde le debían reconocer por su señor. ¡ Imágen del hombre que disputa su vida á los elementos, y que no llega á las glorias de su porvenir, sino al través de las tribulaciones de lo presente, figura sensible del Hombre-Dios, que fundó sobre los trabajos

y dolores de su vida mortal el poder de su nombre y el imperio de su Iglesia!

David dió fin por retirarse á los desiertos de la Arabia Petrea, que le ofrecian mayores seguridades de salvacion, y allí habitó en los alrededores de Paran y de Maón. Había tambien en aquella comarca una pequeña ciudad y una montaña que se llamaba Carmelo, pero diversa del monte tan célebre del mismo nombre en donde tuvo su morada el profeta Elias. El Carmelo de que hablamos quedaba al sur de la tribu de Judá y á alguna distancia del mar Muerto.

En el desierto de Maón vivia un hombre llamado Nabal. Este nombre no era de buen agüero, porque significa *insensato*, y por colmo de desgracia lo mereció Nabal, pues era un hombre duro, muy perverso y malicioso. Abigail su esposa era tan uotable por su grande hermosura como por su prudencia. Un día de la primavera oyó David en el desierto que Nabal estaba esquitando sus ovejas. Con este motivo, lo mismo que con el de las cosechas, daban festines los antiguos y celebraban fiestas á las cuales eran convidados todos los amigos. David envió á Nabal diez mozos para que le saludasen amistosamente y lo pidiesen algun socorro, fundándose en que él y su gente se habian manejado siempre en buena armonia con los pastores de Nabal y las habian ayudado á cuidar de su rebaño.

No era Nabal hombre de alma bastante elevada ni de bastante generoso corazón para reconocer ni agradecer tales favores; así es que recibió con desprecio á los mensajeros, contestando de un modo brusco su salutación fraternal y desairando su petición.

Los enviados de David se volvieron á dar cuenta del resultado de su mision después de que Nabal los hubo maltratado. Abigail supo de boca de uno de los criados de Nabal lo que acababa de pasar, y se afligió sobremañera, pues calculó todas las terribles consecuencias que la justa cólera de David debía tener para su casa y su familia. Desde luego se formó un propósito; pero conociendo la insensatez de su marido, se guardó muy bien de comunicárselo. Resolvió, pues, dirigirse á David en persona y esforzarse para aplacar su justo enojo. Tomó doscientos panes, dos odres de vino, cinco carneros cocidos, cinco sapos de polenta y una grande cantidad de uvas pasas é higos secos; y se puso en camino sin dar parte de nada á Nabal, como queda dicho. Por regla general no pueden las mugeres disponer de los bienes comunes sin consentimiento del marido; pero en las situaciones graves y comprometidas los inferiores que tienen prudencia deben salvar á los superiores que carecen de ella: entonces no queda mas gerarquía que la del talento.

Llegó Abigail al pie del Carmelo, y avistó á David, que venia con su

gente en direccion de los montes de Paran. Apéose de su cabalgadura, y saludó al guerrero irritado, haciéndole una profunda reverencia en tierra. Pidióle en seguida perdon de la falta cometida por Nabal, y suplicóle con todo rendimiento que aceptase las provisiones que llevaba, como una dádiva propiciatoria.—“Perdona á tu sierva este pecado,” le dijo entre otras cosas, “porque seguramente el Señor hará á tí, mi señor, una casa permanente, por cuanto tú, señor mio pelearás las guerras del Señor; y así no sea hallada culpa en tí en todos los dias de tu vida...” “Y cuando el Señor hubiere dado á tí, señor mio, todos los bienes que ha hablado acerca de tí, y te hubiere establecido Candillo sobre Israel, no te será esto en sollozo ni en escrúpulo de corazón, mi señor, el haber derramado sangre inocente, ó vengádate por tí mismo: y cuando el Señor hubiere hecho bien á mi señor, te acordarás de tu esclava.”

La dulce arenga de Abigail ablandó el arrado corazón de David, el cual respondió con mansedumbre:—“Bendito sea el Señor Dios de Israel, que te ha enviado hoy á mi encuentro, y benditas sean tus palabras, y bendita tú, que me has estorbado hoy el ir á derramar sangre, y vengarme por mi mano.”

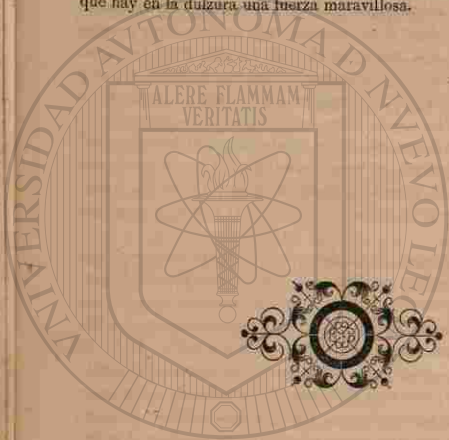
Aceptó en seguida el regalo de Abigail, y la dijo al despedirse:—“Véte en paz á tu casa; ves que he oído tu voz y que he honrado tu presencia.” Así fué como el rey profeta varió de resolusion y quedaron sin efecto sus terribles amenazas contra la casa de Nabal, amenazas que si se hubiesen realizado, habrian sido un borron en su historia. Mientras que está en la vida presente, puede el hombre y debe corregir, por medio del arrepentimiento, las faltas que se escapan á su fragilidad, y aun aquellas en que haya consentido su malicia. Hermoso seria permanecer siempre inocente; pero tambien es hermoso volverlo á ser: la virtud es el valor, y acaso se necesita mayor esfuerzo para volverse á levantar, que constancia para no caer.

Tomóse Abigail á su casa, y se encontró á Nabal entregado á las delicias y embriaguez del festín. Nada le dijo de lo acontecido, al verle en aquel estado; pero al dia siguiente se lo refirió todo, y fué grande el terror que se apoderó del corazón de Nabal. Diez dias despues murió, y David dió gracias al Señor que le habia evitado abreviar en un arrebatado de cólera aquella existencia.

La hermosura y prudencia de Abigail no dejaron de hacer en el corazón de David una impresion profunda, y cuando la vió libre por muerte de Nabal resolvió tomarla por muger. Envióle mensajeros con tal objeto, y Abigail, cuyo corazón no podia ser tampoco insensible á las altas prendas y gloria del gran rey, aceptó gozosa sus proposiciones y se puso luego en camino para irse á reunir con David. Dos años acompañó

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

al caudillo fugitivo de las persecuciones de Saul; y, cuando despues de la muerte de este en el monte de Gelboé vino David á Hebron y fué allí proclamado rey de Judá, dió Abigail á luz un hijo, del cual no vuelve á hablar la historia, acaso porque murió en sus primeros años. De esta época se pierden tambien las huellas de Abigail; pero lo poco que de ella nos ha conservado la Escritura Santa es mas que suficiente para enseñarnos que es la prudencia el mas rico de todos los tesoros, y que hay en la dulzura una fuerza maravillosa.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Fidel y Vda Zahay

AGAR.



AGAR.

*¿Quién dará agua á mi cabeza,
y á mis ojos fuentes de la grana?
(Jeremías.)*

¿A quién es desconocida la tan interesante como melancólica historia de Agar, de la mujer á la cual puede aplicarse aquella imagen de un poeta contemporáneo: A la mano de un libro que inclinado por el peso de la lluvia dobla sus llorosas hojas, si la mano del Señor pesa sobre vos y os agobia, bajad vuestra cabeza y llorad? Tanto la instrucción religiosa, que eleva la inteligencia del pueblo al nivel de los grandes sucesos, como el arte cristiano, que como una predicación muda cautiva por medio de la vista á los que por indiferencia ó por orgullo rebusan prestar oído á la voz de la Iglesia, hacen vivir el nombre de Agar, y nadie habrá entre nosotros que desconozca enteramente los destinos de esta esclava.

Y en realidad, entre las personas á quienes honró Dios en la tierra de una manera especial, y que fueron escogidas para ejercer una poderosa influencia sobre el porvenir religioso de las razas humanas, ocupa Abra-

ham, como hemos visto ya, uno de los mas eminentes lugares. Nosotros, os cristianos, le llamamos nuestro progenitor en la fé; los musulmanes le veneran como á padre de Ismael, tronco de las tribus árabes del Asia, en donde tuvo principio y se propagó principalmente la ley del famoso impostor de la Meca: los judíos se refieren á él, así por la sangre, por ser el progenitor de su pueblo, como por las creencias, por haber sido el depositario de las promesas que hizo el Señor sobre Israel, y el universo católico está lleno de sus recuerdos. Su vida, tan instructiva como brillante, encierra lecciones llenas de misterios, y todo lo que le rodeó, participando, por decirlo así, de sus colosales proporciones, resplandece hasta el presente bajo el inmortal reflejo de su grandiosa renombre. Así es como la existencia de Agar, sirvienta del padre de los creyentes, se halla elevada á la altura de un suceso, cuyo ruido llenará el mundo, y toma el carácter de una grave lección que se propondrá á la consideración de todos los siglos cristianos; pues que, esposa de segundo orden, y constituida madre en la esclavitud, es la figura del judaísmo, que no da á sus hijos sino una verdad elemental y una libertad incompleta; en tanto que Sara, esposa privilegiada, y asegurando á su hijo todos los derechos sobre la herencia paterna, es la figura de la Iglesia, que dá á sus hijos la libertad con gloria y la libertad con elusion.

Esta idea es demasiado fecunda y capital en la religion, para que la pintura, recibiendo las inspiraciones del dogma católico, dejase de reproducirla en sus cuadros. Hay en efecto numerosas y bellas composiciones, representando los diversos pasajes de la historia de Agar; Gozzoli, el Guercino, Benedetto Castiglione, Felipe Van-Dyck y Lesueur han pintado con superior maestría á Agar, castigada por Sara, ó bien despedida por Abraham. Andrés Sacchi y Carlos Maratte en la escuela italiana, Lebrun en la escuela francesa, y Bartolomé Spranger en la escuela alemana, nos han dejado magníficos cuadros de Agar en el desierto. Abraham, en el acto de despedir á su sirvienta, está lleno de moderacion y de dignidad en Lesueur; en Carlos Maratte, la cabeza de Agar, escuchando las palabras consoladoras del ángel, está llena de una admirable expresion. La historia casi entera de la esclava del patriarca caldeo, se mira tambien representada en alguno de los bajos relieves de la catedral de Milan.

Y aun humanamente hablando, y prescindiendo de la religion y del arte cristiano, la vida de Agar podiera ser tambien digna materia de legitima y elevada curiosidad, pues es la historia de las rivalidades que la poligamia dispierta y alimenta en el seno de las familias, y de las dolorosas heridas que hace á la ternura de las madres: es el cuadro interesante

de una pobre y débil muger que huye del descontento de su señora y se estravia en medio del desierto; pero á la cual se digna Dios consolar y sostener: es la relacion de los principios de un grande pueblo, que sucesivamente feroz, elegante, y despues salvaje, supo hacer la guerra y cultivar las artes, y que despues de cuarenta siglos, conserva aún en sus costumbres de hoy la traza de sus costumbres originarias.

Abraham habia recibido de Dios la promesa de una posteridad numerosa. Pero con todo, él iba avanzando en años, y Sara, su muger, era estéril. Sara toma para su servicio una jóven egipcia llamada Agar, y dijo á su marido: "Tú sabes bien que Dios no me concede hijos: recibe, pues, á mi sirvienta, que tal vez te los dará." En esta invitacion se sintió indudablemente movida por santas intenciones, proponiéndose preparar de este modo el cumplimiento de la palabra profetada en favor de Abraham. Mas como no puede encaminarse á un fin, por laudable que sea, sino por medios tambien laudables, no hubiera podido ella ofrecer á su marido una nueva esposa, si no hubiese estado entonces en uso la poligamia. En efecto, Dios habia positivamente cambiado por algun tiempo la primitiva condicion del matrimonio, ó tolerado, cuando menos, que se introdujese una grave modificacion en el contrato. Sin esta derogacion, hecha por autoridad divina, la pluralidad de mugeres habria sido un crimen: pero por efecto de esta derogacion, la pluralidad de mugeres era ya una cosa permitida, y las esposas eran igualmente legítimas, aunque no elevadas todas á igual categoria. Por lo demas, no debemos asimilar la conducta de los patriarcas en este punto á lo que se practicó por las naciones paganas, y menos aún á las habitudes de voluptuosa intemperancia que han dominado en el Oriente. Por las castas y religiosas costumbres de las antiguas edades, la muger de segundo orden se hallaba rodeada de un respeto y de una dignidad que aunca le dió la ley romana, por ejemplo, y de que el islamismo llegó hasta despojar á todas las mugeres.

La pluralidad de uniones (no de mugeres), ó la poligamia, ya eventual por la facultad del repudio, como en los judíos, ya actual por la cohabitacion como en los turcos, solo puede ser tolerada en aquel estado puramente doméstico de sociedad que precede á toda institucion pública, y se llama estado *patriarcal*, ó cuando se retienen aun sus hábitos; porque la multiplicacion de la especie que la poligamia favorece, solo en este estado de la sociedad puede convenir á una comarca que tiende á elevarse á la fuerza y dignidad de nacion.

Esta ley no es contraria á la naturaleza fisica, pues no priva la reproducción de los seres, y que muchos hijos puedan nacer de un solo padre

y de muchas madres; pero esta ley es imperfecta bajo los aspectos morales, porque rompe la unidad moral ó la union de los corazones, introduciendo muchas sociedades en una familia, y muchos intereses diversos en una casa.

Pero si la poligamia es solo imperfecta en el estado naciente de la sociedad, pasa á ser mala en un estado mas adelantado; porque á esta edad de una nacion, la comunicacion de los dos sexos es ya mas frecuente por la aproximacion y el roce de las familias, y menos inocente por el gusto de los placeres y el refinamiento de las artes, efecto del aumento de riquezas, y así enciende la pasion del amor, pasion sin peligro en un pueblo naciente, porque sigue á la union de los sexos, pero pasion terrible cuando la precede, como en un pueblo adelantado, en donde transforma la facultad del repudio en un tráfico de adulterios, y la poligamia en un bárbaro talibazo, en donde se nutrian los hombres para vigilar á las mujeres; estado contra la naturaleza del ser físico, que produce la opresion de la humanidad, el abandono de la infancia, y hasta, como observa el autor del *Espiritu de las leyes*, los amores contra la naturaleza, de lo cual cita notables ejemplos; estado por consiguiente opuesto á la naturaleza; y los torcos perecen, porque se abstienen en conservar en estado de nacion una ley soportable únicamente en el estado de familia, antes de toda nacion.

En este estado original de sociedad, ó vecino del estado original, como la poblacion es una necesidad, la esterilidad es una calamidad, y hasta un oprobio, y cuanto puede alterar la union es un tuerto. El hombre despierte la muger por causa de esterilidad, y hasta por no agradarle, *preter fertilitatem*. Tal es la ley de los judíos, ley que, como dirijida evidentemente á la multiplicacion del pueblo, conviene á la infancia de una nacion, y por esto en el día en los salvajes, como entonces en los judios, el hermano se casa con la viuda de su hermano. La ley de Moisés condenaba á muerte una muger adúltera, y era un acto de humanidad del marido el repudiarla, pudiendola enviar al suplicio (Beroger).

La ley que permite el repudio es una ley imperfecta, por considerar el matrimonio mas bien como la union de los cuerpos que como el vinculo de los corazones, pues se disuelve por enfermedades corporales. Es una ley dura, porque castiga una muger por las faltas de la naturaleza; le quita su existencia social por la esperanza incierta de una union mas fecunda, ó porque carga sobre ella sola la desgracia de una union estéril cuya falta puede ser imputada á su esposo, y no queda jamas probada contra la muger.

Pero esta ley no es contra la naturaleza de los seres en sociedad; es decir, que no es destructiva de las relaciones naturales del poder y de

los subordinados, pues deja esclusivamente en el hombre el atributo esencial del poder, el derecho de discutir las acciones de la muger y de juzgarlas, y no separa los hijos de su padre. Este poder en el hombre es hasta excesivo y llevado hasta el despotismo; y nótese de paso que en el nacimiento de la sociedad doméstica, como en el de la sociedad pública, el poder es siempre menos regulado y mas violento.

Hé aquí el motivo del repudio en los judios, ley imperfecta, y por su tiempo como todo lo imperfecto; pero ley que no era mala ó contra naturaleza, y aun pudiéramos creer, con muchos intérpretes, que la repudiacion en los judios era solo una separacion á *mensa et á thoro*, que permitia al hombre, y no á la muger, el contraer otra union; pues la ley del Deuteronomio llama á la muger despedida que ha pasado á segundas nupcias, *manchada y abominable ante el Señor*. Josefo (lib. XV, cap. XI) dice espresamente que las leyes no permiten, ni aun á las mugeres repudiadas, volverse á casar sin permiso de sus maridos.

En un pueblo naciente la ley de repudio puramente facultativa, no es de peligrosas consecuencias, porque se usa poco de ella, y por la vida frugal, laboriosa, y mas sanos alimentos de la familia, hay en los dos sexos menos deseos que provocan el repudio, y menos de esas enfermedades que le justifican. En esta edad social la pasion dominante del hombre no es el deleite, el marido considera á su muger mas por los servicios que le trae que por sus venturas exteriores. Así lo vemos en las clases inferiores, en las que el pueblo está siempre en la edad primera de la sociedad. Generalmente, cuanto mas un pueblo vive en el estado doméstico, son las mugeres mas dependientes y siervas. El salvaje deja á su muger todos los trabajos penosos; lo mismo era entre los germanos, y aun se observa en algunos países de Europa sometidos á la ley romana, en donde las relaciones de las personas domésticas son mas marcadas. El mismo paterno, que mira al divorcio con horror, creeria faltar al extranjero á quien honra y recibe en su casa, haciendo sentar su muger en la misma mesa.

Mas, á medida que la sociedad judica pasó del estado doméstico al estado público, la ley del repudio le convino menos, porque se usó mas de ella, y poco á poco esta confederencia del legislador produjo un libertinaje desenfrenado. Léase en la *Synopsis de la Crítica*, dice Rustigau; que Naaman hizo publicar por un heraldo: "¿Que muger tendrá cada día ó durante mi permanencia aquí?" La escuela del rabino Hillel enseñó que un hombre puede repudiar á su muger por haber dejado quemar una taza de caldo; y el rabino Akiba, que contó hasta 80.000 discipulos, inculcaba que el marido podia repudiar á su muger tan solo por-

que hallaba otra mas bella, y hasta sin pretexto alguno. Mas así en la familia como en el Estado, el abuso del poder prepara su caída; y el escaso de repudiar trajo el divorcio reciproco; la ley daba al marido el poder de repudiar á su muger, y la muger usurpo al fin el poder de repudiar á su marido. Jesucristo echó en cara á la Samaritana el haber tenido cinco maridos. El primer ejemplo fué dado por Susana, muger de Heródes el Grande, "la qual, dice Josefo, lib. XV, envió el libelo de repudio á su esposo Idumeo, contra el uso de nuestras leyes, que no dan este poder sino á los maridos."

El gobierno de la familia fué pues entre los judios de una severidad que rayó en dureza, y observese que el gobierno de este pueblo por el mismo Dios, fué también de una severidad extrema; y solo por sangrientos castigos y calamidades contenia en el deber á este esclavo pronto siempre á rebelarse.

Aunque el padre podia privar al hijo de la bendicion paternal, no podia derramar, como en las leyes paganas, la sangre del hijo; pues estaba reservado al poder público el castigo de muerte á la muger adúltera y al hijo rebelde.

El repudio, pues, conserva al marido el poder de juzgar á la muger y de condenarla al estradamiento doméstico, y es siempre un acto de jurisdicción aun cuando no es un acto de justicia; ley imperfecta, pero no viciosa ni mala como el divorcio reciproco, que es contra naturaleza, pues dió á la muger jurisdicción sobre el marido, atribuyéndole el poder de juzgarle y condenarle, bien sea que ella provoque el divorcio ó que tan solo le ratifique. Y como la muger es mas débil, usa con mayor frecuencia de este poder usurpado. El divorcio es provocado por las mugeres con mas frecuencia que por los maridos, y segun M^r Neker, "la confederación de las mugeres que solicitan el divorcio es muy numerosa." Montesquieu reconoció la diferencia entre la repudiación y el divorcio, pero no fué exacto en esta distinción. "Hay, dice, entre el divorcio y el repudio la diferencia, que el divorcio se hace por un consentimiento mutuo por omision de una incompatibilidad mutua, en vez de que el repudio se hace por la voluntad y la ventaja de una de las partes, prescindiendo de la voluntad y de la ventaja de la otra." Esta definicion en que supone el amor de las voluntades en la familia, y de consiguiente dos poderes no es exacta, pues el divorcio puede obtenerse, y sucede muy á menudo, sin el consentimiento, y hasta á pesar de la oposicion de una de las partes, sin que ésta halle incompatibilidad en vivir con el otro, y muchas veces hasta cuando ella pone su dicha ó á lo menos su deber, en soportarla. De esta diferencia, pues, entre el repudio y el divorcio mutuo y de

la razon natural en que se funda, debe concluirse que Dios, que toleraba en los judios una ley imperfecta, no hubiera permitido una ley contra naturaleza, como un padre que cierra los ojos á las ligerezas de un hijo, pero castiga su desobediencia.

La pluralidad simultánea de mugeres era admitida entre los asiáticos como lo es aún; pues este pueblo niño no ha podido salir aún del estado de imperfeccion. Mas esta especie de matrimonio lleva hasta el exceso el poder del hombre y la dependencia de la muger. Este despotismo doméstico se aviene muy bien con el despotismo político, y el despotismo político mantiene y fortifica el despotismo doméstico. Esto es lo que se ha visto siempre y se ve aun en el Oriente, esclavos en la familia y esclavos en el Estado. Los hijos en Egipto no osan sentarse delante de su abuelo, mientras que el pueblo tiembla ante los beys; y únicamente el exceso del poder doméstico mantiene en este desgraciado pais, como en otro tiempo en Roma, las familias bajo alguna forma de estado público de sociedad.

Ora la facultad mutua del divorcio sea la causa, ora sea el efecto del gobierno popular, lo cierto es que el divorcio mutuo, verdadera democracia doméstica que dá á la parte débil de la sociedad jurisdicción sobre la parte fuerte, y hasta el derecho de deponerla para trasportar á otra parte el poder, se halla entre los griegos con la democracia pública ó política, que atribuye al pueblo el poder soberano y la facultad de delegarle; pues el pueblo, así como la muger, si hace divorcio con el poder, es para pasar á un segundo convenio; y cuando Dios en la Escritura increpa al pueblo judío el querer renunciar á su alianza, no le dá otro nombre que el pueblo *adúltero*.

En la democracia de Atenas fué donde las leyes de Solon permitieron por primera vez el divorcio á la muger, que quizás ella se permitia antes de la ley. Este pueblo niño, como le llama Platon en el *Timeo*, en que, dice, nunca hubo vejez porque nunca adelantó en la senda social; este pueblo en su vana sabiduría que buscó siempre fuera de la naturaleza, *Graeci sapientiam quaerunt*, lo desnaturalizó todo en la sociedad doméstica, política y religiosa. Llevó á la familia la ley del divorcio mutuo, y de los amores abominables. *Mihi quidem haec in Graecorum gymnasiis una consuetudo videtur, in quibus uti liberi et concessi suis amoris*, dice Ciceron. El ensueño el ateismo al universo.

Después de estas sucintas observaciones acerca de la naturaleza de la poligamia y del repudio entre los judios, que puede servir como de complemento á lo que dejamos someramente indicando en la introducción; seguiremos la triste historia de la esclava de Sara. Luego despues que;

con sorpresa suya, se vió Agar admitida en el lecho de Abraham, no se mostró tan grande como lo exigía la elevada dignidad que tan inopinadamente le acababa de caer en suerte. Esposa de Abraham, pudo esperar un hijo, y viéndose mas feliz que su señora, la miró con cierto menosprecio. ¡Cosa admirable! Mas común y pronto es en el hombre el dejarse corromper por la dicha que ambiciona, que el dejarse oprimir por la adversidad que teme. ¿Acaso Dios nos hubiera dado mas fuerza contra el dolor, porque es mas frecuente que contra el placer, por ser este mas raro? O bien será así por la razon de que para hacer frente á la desgracia no se necesita sino valor, y para sostener el peso de la prosperidad se necesita virtud? Los triunfos nos embriagan, y parece que impeliendo hacia el puerto la nave de nuestra fortuna, el viento favorable nos hinchaba al mismo tiempo de orgullo; y que la seducción obra con mayor fuerza en aquellos que partiendo de inferior esfera llegan á mas alta region y de un modo inesperado. Ved aquí por qué el poder, cuando sube repentinamente de clases ínfimas ó abyectas á ejercer su acción sobre la sociedad, es cien veces mas opresor y arbitrario que cuando nace de una region que le es propia; y el hombre naturalmente elevado no anhela tanto satisfacer su engrandecimiento con la humillacion de los demas. Estos enjambres de reyes melio desnudos, en expresion de un célebre contemporáneo, que surgen de la hez de la sociedad, son los tiranos mas temibles del género humano, comparables únicamente en ferocidad con aquellos monstruos sobre el trono que esclavizaron el mundo, cuando la ley de Jesucristo no habia quitado aún de mano de los principes el cetro de hierro para darles en su lugar el báculo paternal. Si la humanidad está condenada á pasar por esta terrible prueba de opresion y de esterminios; si ha de verse conculcada aun cuando no sea mas que por un rápido periodo, por la ley brutal de la fuerza, y por la lúida superioridad del número; preciso será atacar los designios soberanos de la Providencia; pero forzosa será tambien confesar que semejante inaudita calamidad ó bien anuncia la agonía del mundo, ó bien necesita para conjurarse una voz tan poderosa como la que volvió á poner en órden los elementos descendiendo despues de la inundacion universal.

Pero al mismo tiempo que deploramos los destinos del mundo, si ha de dejar de ser gobernado por el poder de la inteligencia y de la virtud, y ha de gemir bajo el yugo inconcebiblemente tiránico de la muchedumbre desenfrenada, digámos con la misma imparcialidad á los grandes de la tierra, á los hombres elevados á la cumbre del poder ó de la fortuna, que la superioridad, de cualquier género que sea, no fué concedida á los hombres por la vana satisfaccion de su amor propio, ni para la opresion y

opresamiento de los demás hombres; pues si creó Dios las desigualdades en el mundo, fué para acrecentarlas entre sí por la ley de un mutuo y armonioso concierto: por esto colocó la fuerza al lado de la debilidad, á fin de que la humanidad pudiese ofrecer el espectáculo de todas las virtudes posibles, así de la dicha que se sabe campañear como del sufrimiento que sabe resignarse.

Sara quedaba espuesta pues al menosprecio de Agar; y como la desgracia suele ser suspicaz y sombría, quizás llegó hasta ser injusta con Abraham, pues que en sus quejas parecia echarles en cara el no hacer lo bastante para réprimir la insolencia de su sirvienta. Y respondió el patriarca: "Tu sirvienta está en tu poder, trátala como bien te parezca." Porque si bien Abraham era marido de Agar, no por esto dejaba de ser su señor; y la esclava, bien que elevada al rango de esposa secundaria, no por esto quedaba legalmente exenta del poder de su dueño, que conservaba sobre ella derecho de vida y muerte, siendo propiedad suya como parte de sus bienes. Con abandonar á Agar, hállabase libre Abraham de la especie de responsabilidad que Sara, demasiado prevenida, hacia posar sobre él, creyendo, como creia de otra parte, curar con este medio la herida que se habia abierto en el corazon de su mujer, pues suele suceder que cuando la venganza es fácil en demasia, se pierde el sentimiento y el deseo de vengarse.

Con todo, no así sucedió en Sara: ella castigó á su sierva con bastante severidad, y hasta ciertos autores han opinado que excedió los limites de una correccion permitida. Cada cual puede observar en sí mismo que en general, la virtud de la indignacion es mal entendida y peor practicada: muchos hombres se identifican con los titulos ó dignidades de que están revestidos, y se persuaden velar por el respeto de los principios, cuando no hacen mas que defender su persona; y así el esfuerzo que hacen para reducir á los otros á la senda del bien, es áspero como el egoismo, y esteril como una contradicción. Porque si se corrige, es sin duda ó para resarcir los daños causados, emendar faltas ó prevenir abusos, consecuenia unos y otros de una pasion ciegamente seguida. Si pues, al presentarse cualquiera como vengador de la verdad y de la justicia, obedece al impulso de sí mismo, ó sea á su propia pasion de cólera, de orgullo ó de interés, ¿cómo el inferior, que pecó por ignorancia ó debilidad volverá mejor á la voz del superior que peca con luces y fuerzas superiores? La correccion en tal caso no es ya un aviso paternal y saludable que el derecho dá al hombre, sino una inmoble querrela de hombre á hombre, de flaqueza á flaqueza. Verdad es que la falta del que castiga en nada justifica al que merece el castigo; pero por cierto que no le edi-

fica, antes bien viene á ser un escándalo fúnebre; y de este desorden moral de amarga transcendencia se lamentan muy justamente la religión y la sociedad.

Si, al contrario reconocemos, con otros escritores, que Sara, igualando la represión á los delitos, no hizo más que oponer un rigor discreto á un orgullo que no podía domarse por otros medios templados y conciliatorios, como así debemos creerlo; este acto de imprescindible justicia dá lugar á otras no menos importantes reflexiones.

Si justificamos, pues, á Sara por su severa resolución que tomó contra su orgullosa esclava, conforme al sentir de varios padres de la Iglesia, este rigor nos ofrece una imagen de la juiciosa severidad que el alma, siendo señora, debe desplegar sobre la carne, que es sierva. Al alma honrificamente decorada con los brillantes dobles de la inteligencia y de la libertad, fuerte por el íntimo sentimiento de su vida superior y celeste, corresponde reinar como soberana sobre el cuerpo que ella anima y dirige; el cuerpo empero, energía ciega y poder subalterno, pertenece doblarse docilmente á las órdenes emanadas del alma, de la cual si bien es glorioso compañero, pero no igual, y mucho menos señor. A menudo los sentidos chocan con gritos de sedición, la voz del mandato; se resisten con pertinaz descaño y llegan á amanzar el cetro del que debe mandarlos; y desde el seno de un miserable placer, insultan al espíritu que quería conservarles bajo la ley de una dependencia legítima. Entonces es cuando el espíritu debe acordarse con celoso empeño de su dignidad originaria, cutrar otra vez victoriosamente en su autoridad desconocida, hacer expiar á sus esclavos, los sentidos, sus pasadas insolencias, y sujetarlos otra vez á un yugo á que no tienen por cierto el derecho de sustraerse. Como el león debilitado por el cansancio y las heridas, que en el último esfuerzo de su rabia viene á espirar á los pies del cazador, así el auidaz levantamiento de los apetitos sensuales debe aplicarse y morir bajo el peso de los duros y numerosos combates con que debe luchar con ellos el espíritu. En una palabra: que Sara sepa hacerse temer, y debe obedecer Agar.

Este desorden moral en el individuo, produce el desorden moral en la sociedad doméstica, y este desorden multiplicado y generalizado, trasciende también en el trastorno y desquiciamiento de la sociedad pública. El mundo moral se halla íntimamente eslabonado desde el individuo á la familia, y desde la familia al cuerpo político y social. Una pasión perversa no dominada puede ser origen de inmensos desastres, y la transgresión de la ley contra la autoridad de la razón en el individuo, produ-

ce sucesiva y á veces rápidamente la transgresion y el desprecio de todas las leyes en una sociedad corrompida y desquiciada.

Cuando Abraham permitió á su esposa que obrase á su sabor contra su sierva, que también era esposa suya, fue para asegurar la inquietud de su muger, y manifestar al mismo tiempo que no tenía parte en los desmanes de su esclava. Sara le había inculcado su comportamiento de tolerancia, atribuyéndolo á una especie de ingratitud. Mal te portas conmigo, le dijo; yo te di á mi esclava por muger, la cual viendo que ha concebido, me mira ya con desprecio. Aun hace más Sara, apela á la justicia suprema de Dios, como si dijera: Si tú no me haces justicia, Dios será nuestro juez. ¿Que había de hacer entonces el patriarca, cuando Sara le culpa en cierto modo aquello de que ella misma es culpable? Lleno de aquella discreta mansedumbre que en ciertos casos es el mejor consejo de la rectitud, deja á la esclava á la disposición de su señora, despojándose, por decirlo así, de la autoridad que sobre aquella tenía. La esclava castigada por su señora, ya fuese con el abatimiento, ya con la humillacion, cae en desaliento y huye. Dirijese hacia el lado de Egipto, su patria, y fuéle preciso atravesar un vasto desierto que se estende hasta el Mar Rojo, á cuya estremidad viniendo desde Hebron á Egipto por el desierto del Sur, que sirve de termino á la tierra de Canaan, habiendo llegado junto á una fuente que se hallaba en el camano, apareciendosele un ángel en figura de hombre, le dijo: "Agar, sierva de Sarai, de donde vienes y á dónde vas?" "Voy huyendo, respondió ella, de la presencia de Sarai, mi señora." Y añadió el ángel del Señor: "Vuelvete á tu ama, y humíllate á sus órdenes." Este mismo es lo que importa recordar y prescribir á todos cuantos se sienten abatidos por las dificultades y con falta de valor para vencerlas; á las almas livolas y á los corazones flacos que no comprenden el carácter de la vida ó que no tienen fuerza bastante para aceptarla tal como Dios la ha destinado. El trabajo y la humillacion de que aquí deseáis escapar bajo una forma, nos aguardan un poco más lejos bajo la otra, y tal vez con mayor intensidad; aquí evitaréis la brusca reprension de un amo; y vais á encontrar delante de vos la salvaje inhumanidad del desierto. Lograse el triunfo por medio del valor que lucha, y no por la cobardía que se retrae.

El celeste enviado dice además á la fugitiva: "Multiplicaré en tanto grado tu descendencia, que por su multitud no podrá contarse. Has concebido y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Ismael, porque el Señor te ha oído en tu aflicción." Algo de parecido pasa en los corazones acometidos y probados por los atractivos del mal ó por los rigores del infortunio: la tentacion les marecha, les abate, pero el ángel destina-

du á su guarda les vuelve á levantar de su prostracion, y hace reverdecer su valor y su esperanza: corrige la laxitud y el terror en que los ha sumido el peligro, por la promesa de los socorros que envía el cielo, y de las recompensas que reserva al heroísmo. Porque de una parte la proteccion y la misericordia divina cubren al pecho atribulado como una égida eccléste, y de otra, si es hombre de bien, sus actos quiescen como una gloriosa y fecunda posteridad; su ejemplo traza un sendero de luz, y presta alas de fuego á los que quieren seguirle en la virtud: sus obras resisten á la accion devastadora de la muerte, y por el lazo del merecimiento van á unirse para siempre desde esta vida á la vida futura, al traves de las profundidades del sepulcro.

Y continuando á hablar de Ismael, le dijo el ángel: "Este será un hombre fiero: se levantará el contra todos y todos contra el, y fijará sus tiendas frente á las de todos sus hermanos." Nada mas fácil que el saber si se cumplió despues esta profecía. Antes de morir Ismael, se hizo temer de todo el país que mas tarde fué nombrado Arabia. Su posteridad, mezclada con la posteridad de Heber, biznieto de Sem, pobló las comarcas que se estieuten desde el Eufrates al Mar Rojo y á los confines del Egipto, y desde las orillas del Océano indio hasta la Palestina. El fué el padre de los árabes ó sarracenos, nació guerrero, cruel, inconstante, de vida nómada ó sin habitación fija. En su pobreza y en su sobriedad pocas cosas bastan al árabe; pero en su fiereza hay una á la que no renuncia jamas, y esta es la independéncia. Mejor protegidos por sus desiertos de lo que lo están las lejanas islas defendidas tras de abismos insondables, y colocadas bajo la guarda del Océano, nunca vió á sus enemigos plantar sus tiendas sobre la tierra que le fué señalada en herencia. Los persas, los griegos, los romanos no le han sometido. Todas las grandes invasiones vienen á espirar á sus piés como rios que se pierden y mueren en los arenales, y los pueblos europeos que cien veces le han vencido: no han podido domarlo todavia. Tribus errantes, los árabes vivieron por largo tiempo de comercio, de fraude y de pillaje. La Judca, la Idumea, los moabitas y amonitas están en medio de los árabes, descendientes de Ismael. Los Scenitas ó de Agra ocuparon la parte oriental, y los otros ismaelitas la Arabia Petrea y la Feliz. Los árabes han presentado siempre una mezcla estrana de rasgos generosos y de instintos groseros, de ferocidad y de heroísmo, de hospitalidad y de latrocinio. Dotados de pasiones ardientes y de una fantasia llena de encantos, sensibles, arrebatados, entusiastas, han sido capaces de llegar al colmo de la civilizacion luego que han estado en contacto con ella; y serian los dueños del mundo, si hubiesen sabido renunciar á su vida errante y á su delirio por la inde-

pendéncia. A principios del siglo VIII, los reunió Mahoma bajo una ley comun, disciplinó sus fuerzas, y suplando el espíritu del fanatismo sobre esta organizacion nueva y enérgica, los envió á la conquista del mundo. Volaron ellos llevados en las alas de la victoria, uniendo al gusto feroz de las batallas el culto delicioso de las ciencias y de las artes, sin duda porque la guerra, como todos los grandes dolores de la humanidad, purifica y regenera las naciones, y las fecunda aproximándolas. Mas esto pasó con la velocidad del rayo, pues fieles á sus hábitos nómadás, los árabes no hicieron mas que levantar y alzar sus tiendas en los campos de la gloria. Muchos siglos hace que se hallaba plegada la bandera que enarbolaron, y la Europa cristiana depositando sobre ella la cruz y su espada, dió la señal de que no volveria ya mas á desplegarse. Y realmente, la lengua, las leyes, las costumbres, la fisonomia misma, todo anuncia que el árabe ha conocido la civilizacion, y que el estado salvaje en que ha vuelto á caer, anuncia no un pueblo hecho, sino una nación que pasó por un rápido periodo de gloria de la infancia á la decrepitud.

Prescindiremos del genio y del carácter del legislador de la Meca, de su nacimiento, de su supuesta revelacion, de sus primeras persecuciones, de su fingido viaje al cielo, de las vicisitudes de sus doctrinas, de sus rápidas viciorias, y del asombroso prestigio que supo dejar entre los suyos para despues de su muerte. La historia de Mahoma es un tejido de acontecimientos extraordinarios, empujados por las circunstancias á un punto casi increíble de grandeza y de impostura. Aquel hombre singular, mezcla portentosa de preudas naturales, de astucia para la seducion, de valor indomito, de trato emblesador y de talentos adquiridos, sintióse con audacia para fascinar á un mundo medio idólatra y corrompido, predicar una religion nueva, hija monstruosa y enemiga á un tiempo de las que se conocian; y trasformar por decirlo así, el órden religioso, político y social de su siglo, para esclamar en medio de pueblos ardientes y belicosos: ¡Hijos de Ismael! yo os traigo el culto de Noé y de los patriarcas. Proclama la unidad de Dios, exalta sus grandezas con algunos bellos rasgos de los sagrados libros, usurpa y desfigura algunos dignos del cristianismo, y algunos de sus preceptos morales, al paso que quita del hombre el libre albedrio, al paso que humde toda la moral en el caos del fatalismo. Nunca se vió impostor mas sagaz ni mas afortunado. Su religion apenas nacida, se derramó como un torrente por las Arabias y por la Etiopia; y aun cuando el legislador guerrero, al ir á hacerse como un leon sobre Eraclio, muere de un veneno; con todo, no se detienen los progresos de su religion que penetra la Siria y la Palestina, la Turquía

y la Persia, hace temblar el Asia, conquista el Egipto y la Alejandría, rinde y avasalla la Mauritania, y avanzando hasta las estrimidades del Acia occidental, no se detiene hasta las orillas del Océano.

Esta inundación inmensa, que somete bajo la media luna la mitad de nuestro hemisferio, llegó también hasta nuestra patria, y entronizóse también en ella por largos años la dominación mahometana. Y prescindiendo ahora de la vasta historia de esta transformación social y religiosa, nos limitaremos a indicar, que muy notable debió de ser la influencia de aquel grande suceso en la marcha del mundo y de la humanidad. El fue preparando la posterior invasión que había de suspender por algunos siglos en las mas bellas regiones del mediodía de Europa, la civilización cristiana. Cuando los moros ó los pueblos nomadas de Mauritania, asombrados por las rápidas conquistas de los musulmanes, dueños ya de la mitad del Asia y del Africa, abrazaron con ardiente entusiasmo la religión de un descendiente de Ismael, fue cuando Mussa, vencedor al frente de cien mil hombres de las potencias berberiscas, se apoderó de Tanger, posesion entonces de los godos españoles, y medió trasladar al corazón de la Península las armas victoriosas del islamismo. Conocida es ya la triste página de nuestros anales en la que se consigna la servidumbre de nuestra patria, bajo la cuchilla agarena.

No es nuestro objeto rectificar aquí con datos históricos la idea exajerada de barbarie y de crueldad con que la ignorancia de los hechos, y hasta cierto punto el orgullo nacional, manifiello indistintamente el largo dominio de los árabes en España. Imparcialmente hablando, y á pesar de la natural antipatía que nos inspiran los enemigos de nuestra fe, hemos de confesar que la civilización mahometana llegó en España al colmo de su esplendor y grandeza. El poder de Córdoba bajo el imperio magnífico de sus reyes emula de Occidente, es de lo mas grande y admirable que nos ha dejado la historia del mundo. Pero no prepara la España la civilización musulmana. La Providencia tenia decretada la caída de aquellos colosos de la tierra, que embriagados de poder y de delitos, habían hecho de su capital la morada encumbrada de todas las bellezas, de todas las pompas y de todas las ciencias humanas. Una toscana cruz clavada entre ásperos montes, había de triunfar del poder de Islam, derribado sucesivamente el soberbio trono de los omniadas, y la diadema de los últimos reyes de Granada.

Todavía son bellos los recuerdos de aquella galantería que brotaba entre las pasiones ardientes de los hijos de Agar, que vieron la luz en nuestra patria, y que aspiraban al despedirse por última vez de las torres de Granada. Todavía circula tal vez la sangre de fuego en las venas

de muchos iberos. ¡Cuántos magníficos monumentos conserva aún la hermosa Andalucía de aquella época de encantos, de entusiasmo y de gloria, y todavía son estos espléndidos vestigios el asombro de naturales y extranjeros! Sin embargo, aquel periodo de pujanza sostenida con todos los elementos humanos de civilización, desapareció como un sueño, aquel coloso brillante cayó sin dejar rastro de su existencia.

Cuando se pregunta por qué á pesar de la prudencia, circunspección y hasta cierto punto justicia y sabiduría de varios puntos importantes del código de Mahoma, por lo que pertenece al órden civil: cómo una legislación que á semejanza de la de Moisés, abrazaba el dogma, la religion, la moral y el derecho, escrita con astucia, con arte, con profundo conocimiento de los pueblos que debían adaptarla, nueva, brillante, circuida y coronada con el prestigio de la gloria y del poder, acaló por sumir á las naciones sobre que ha dominado en el despotismo, en la ignorancia y en el embrutecimiento, ¿qué se responde? No hay mas que una contestación que dar. Porque cimentada en el fanatismo de secta, en la tiranía doméstica y en el desfogio de las pasiones ardientes, minaba en sus cimientos los principios elementales del órden y del progreso de toda sociedad, encervalba los corazones, embrutecía las costumbres, condenaba á la servidumbre una mitad del género humano, debilitaba, si no destruía, los dulces vínculos de familia, corrompía la moral pública y privada, sepultaba en el ocio y en la molición la parte mas fuerte, mas poderosa de la sociedad, sancionaba la esclavitud, oscurecía el pensamiento. Lo diremos de una vez: porque si la impostura hubiese producido los efectos de la verdad, si la civilización mahometana hubiera eclipsado la civilización cristiana, si la obra del hombre hubiese prevalecido sobre la obra de Dios; ¿cómo hubiéramos podido adorar los desiguos de la Providencia, que hace efímero el triunfo del error, y que tarde ó temprano desplumta los orgullosos monumentos en que se había encastillado?

Y no se crea que es un libro dicho el resultado de la influencia del mahometismo sobre la civilización de los pueblos. Un viajero reciente, que á principios de este siglo recurrió bajo el nombre de Ali-Bey las regiones mahometanas del Asia y del Africa, el sabio español D. Domingo Badia, conocido por sus *Viajes* en todo el mundo civilizado, hace la siguiente descripción del estado de ignorancia y de atraso en que se hallan los países dominados por el Islam. Vamos á transcribirle como prueba autorizada del estado á que ha venido á parar el pueblo de los descendientes de los hijos de Ismael.

“ Toda la ciencia del musulman se reduce á la moral y legislación idéntificadas con el culto y dogmas; es decir, que todos los estudios se

reducen al Koran y á sus comentadores, con algunos lijeros principios de gramática y dialéctica para leer y entender un poco el texto divino. Los comentadores no se entienden á sí mismos; engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas ó de pretendidos raciocinios, y se embrollan de tal modo, que no sabiendo como salir, invocan la predestinacion, ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen. Son eternos disputadores *in carta magistri*, sin otro apoyo que la palabra del maestro ó del libro que citan á título y á derecho.

Para el estudio de la geometria (sepán á Euclides, cuyos tomos apollillados casi nadie lee, á excepcion de una docena de paginas. La cosmogonia es la del Koran, hija del Pentateuco, á quien llaman B-talimus. La astronomia se reduce á algunos preliminares indispensables para tomar la hora al sol con astrolabios muy groseros, y contruidos separadamente para cada latitud dada. De los matematicas solo conocen la solucion de un curioso número de problemas. La geografia no se estudia. La fisica es la de Aristóteles, pero apenas se para en ella. La metafisica es un gran campo de batalla en que consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La quimica no existe para estos pueblos; solo tienen algunas ideas de la alquimia, y hay entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomia está del todo desierta por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos, &c. De medicina solo se estudian algunos detestables empiricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos: la terapeutica va casi siempre acompañada de cruces operaciones y prácticas supersticiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la anatomia. La ley prohibe las estatuas, ó las pinturas y dibujos de objetos animados: la gravedad musulmana abandona el ejercicio de la música á las mugeres y á las clases inferiores de la sociedad; no hay pues que pensar en bellas artes, ni en placeres y ocupaciones agradables.

Confundida la astronomia con la astrologia, cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva, son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predican la suerte del rey, del imperio y de las particulares. Gozan estos tales de gran consideracion; logran desígnios importantes, y ejercen grande influencia en los negocios públicos y privados. De esta misma manera, á corta diferencia, se nos pintan, en cuanto á los adelantos de la civilizacion, los pueblos en sus primeras edades del mundo. ¿He aquí lo que ha reportado el mundo de la legislacion de Mahoma! Ved ahí lo que son aun en el siglo XIX los pueblos que nacieron de los descendientes de Agar.

Pero volvamos á tomar el hilo de la historia. Agar, movida por un

sentimiento religioso, invocó el nombre del Señor que acababa de consolarla, y llamó á la fuente testigo de esta maravilla, la fuente del que vive y me vé. Abraham dió el mismo nombre al lugar en que Dios le mandó sacrificar á su hijo. Sabido es que la remota antigüedad tenia la costumbre de designar los lugares por los hechos mismos que en ellos se habian verificado. Privilegio reservado á aquellos tiempos y á aquellos hombres, que podian poner nombre á lugares que aun no le tenian, y consiágar de este modo solemne los recuerdos mas notables de su propia historia en las páginas inmortales de los montes, de los campos, de los valles, de los pozos, de las fuentes, en ese libro perenne de la naturaleza, que debian guardar con respeto los siglos posteriores!

Agar, siguiendo el precepto del cielo, volvió con docilidad á la casa de su señor, y se humilló bajo el poder de Sara. Dió despues al mundo un hijo, que fué llamado Ismael. Pasado poco tiempo, prometió Dios á Abraham que Sara le daria tambien un hijo, y confirmólo lo que le habia anunciado con respecto al de Agar. "Yo lo bendeciré, dijo el Señor, y le daré una posteridad numerosa. Doce príncipes saldrán de él, y llegará á ser el jefe de un grande pueblo." El corazon de Agar se abrió á la alegría pensando en los brillantes destinos que la palabra divina garantizaba á Ismael. Estas madres generosas que parece llevan siempre su hijo en su corazon, y que le paren sin cesar entre las angustias de una inquietá esperanza, no saben vivir sino por él y para él, y llenan ya su porvenir con todas las riquezas de sus bellas ilusiones y sus ardientes deseos, con el rubelo mismo con que derramaron sobre su cuna la inesplicable delicia de abrazos y de besos. Pero si Dios les concede tanto á ellas como á sus hijos la gloria que tanto apetecen, es al precio de trabajo y de amargos sufrimientos. El amor de madre es un delirio que da nueva vida al corazon: es aquella expansion inesplicable con que el amor con toda su actividad las abandona á sí mismas, para esborsarse todo entero en el hijo, al cual parece que ha pasado su propia existencia.

Abraham, segun la divina promesa, tuvo de Sara un hijo, á quien llamó Isaac, y que debia ser el heredero bendito de las creencias y de las virtudes de su padre. Si la buena armonia no habia podido reinar entre las dos esposas en los dias en que no tenían otro punto de contacto que sus diversas cualidades, ó tal vez los defectos de su carácter personal; ahora que los gustos, las rivalidades y las querellas de los dos hijos venian á ser, por decirlo así, los gustos, las rivalidades y las querellas de las madres, hallábanse en grave complicacion los primitivos elementos de discordia, y á menudo se veian puestos en juego. La familia del creyente y puro Abraham no pudo escapar de las desagradables consecuen-

cias de la poligamia, y en vano cualquier otra familia podría lisonjearse de escapar de ellas. Hágase cuanto se quiera: las leyes morales que presiden á la paz doméstica, así como á la prosperidad de los imperios, no pueden ser olvidadas impunemente; y es digno de notarse, que aun cuando en la materia especial de estas leyes dispensa Dios algun tanto á la humana flaqueza, los inconvenientes inevitables que se producen, parecen advertir á la errata, para que entre, redoblando los esfuerzos de su valor, en su órden mas perfecto. Por lo demas, si queremos comprender por una parte cuanta habilidad y poder tienen los hombres para degradarse, y por otra cuán saludable freno ha puesto á su disolución el Evangelio, restableciendo el matrimonio en su primitiva condicion de unidad, no hay mas que recordar los tráficos infames que deshonoran los mercados de Stamboul y de Isphahan, y su harem, divididos por celos crueles y por odios implacables.

Vió un día Sara que Ismael hacia burla de Isaac, su hijo. Ismael no dejaba de conocer que su derecho de primogenitura y todas sus secretas esperanzas acababan de disiparse como el humo, y que siendo hijo de la esclava, tendria por señor á su jóven hermano, hijo de la muger libre. Dió muestras, pues, de su envidia y de su aversion, y su carácter audaz, violento é impetuoso podia llevarle á los mas graves extremos. Esta circunstancia hizo tomar á Sara una severa resolucion, la cual dijo á Abraham su robozo: "Despide á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser como mi hijo Isaac, el heredero de las promesas de Dios." No hay duda que estas palabras debieron parecer duras á Abraham, hombre virtuoso y recto, dotado de nobles sentimientos: sentir debía cierta repugnancia natural en acceder á la demanda de una esposa, y por causa de un hijo, contra otra esposa y otro hijo. Y seguramente que no accederia desde luego á ponerla en ejecucion. No le faltaba integridad y firmeza para denegarse á ella, ó temperar el rigor de aquella medida, considerandola como una exigencia posesiva de una muger en demasia ardiente y recelosa. Pero en su determinacion intervino la voluntad del cielo. Dios dijo á Abraham: "No te parezca cosa dura lo que Sara te ha propuesto acerca de ese muchacho y de su madre, esclava tuya: practica todo cuanto te diga, porque Isaac es aquel por cuya linea ha de permanecer el nombre de tu descendencia." Y añadió: "Bien que al hijo de la esclava yo le haré caudillo de un grande pueblo, por ser sangre tuya." Ved ahí, pues, la órden espresa de Dios; que aprueba la medida tomada por la esposa primera de Abraham, y que plenamente la justifica contra toda acriminacion ó sospecha de encono ó de venganza. ¿Quién sabe si esta muger, como creó el grande Agustino, temió

que la envidia y aversion de Ismael no le llevasen á renovar, con escándalo del mundo, la horrible tragedia de los dos primeros hermanos? Abraham, pues, tan puntual y exacto en obedecer los decretos del cielo, preparó su corazón á este nuevo sacrificio, que debía consumar por sí mismo. Aunque amaba á Ismael, la obediencia á los mandatos divinos ahogó por primera vez en su pecho generoso todos los sentimientos de la naturaleza; y el que con tanto heroismo triunfó poco despues de ellos para levantar el cuchillo sobre el cuello de su hijo Isaac, no es extraño que para despedir á su hijo Ismael y á la esclava egipcia, madre de éste, se hiciese superior á todos los afectos de padre y de esposo. Hay sobre todas las afecciones del hombre la voluntad de Dios; y el secreto de la vida consiste, no en huir del dolor y crearse gozes nuevos, sino en caminar en el sentido de la voluntad de Dios; y este no deja de ser un verdadero goce para las almas rectas y virtuosas, que se placen en confundir, ó mas bien uniformar su propia voluntad con la de Dios. Apostumbrados á tomarla siempre por guía infalible de sus actos, renuncia á su propio albedrio, siempre que habla Dios, con el mismo gusto con que se desea complacer á una persona amada. Y esta propia abnegacion es el último grado de amor á que puede llegar la virtud sobre la tierra.

Rogábase los hombres muchas veces acerca de la verdadera iden de felicidad, y el verdadero carácter de los acontecimientos que pasan á su vista, pues solo ven en ellos la eventual combinacion de las circunstancias, y no atienden ni piensan siquiera en la oculta mano de la Providencia, que lo conduce todo á sus elevados fines. Y sucede muchas veces, como aconteció en la demanda de Sara, que allí donde los espíritus terrenos no ven mas que el juego de una pasion humana y largas desgracias que lamentar, se ocultan el resorto de algun admirable decreto y el germen fecundo de un porvenir lleno de gloria. Pero los hombres sinceramente religiosos, que á mas del órden aparente penetran en ese órden providencial, y obrigan una fe invencible en sus doctrinas, comprobadas despues por los resultados, sienten en su interior una fuerza divina que imprime á toda su vida un carácter de generosa libertad y de resignacion magnánima.

El Señor, que queria esser para sí un pueblo aparte, en donde habian de ser conservadas como en inviolable deposito las verdaderas creencias, y sacar este pueblo de Abraham por medio de Isaac, y no por Ismael, separó los dos hermanos, á fin de que las violencias de la mala voluntad del uno no pudiesen ahogar ó cotromper la vocacion y los destinos del otro. Advertió, pues, á Abraham, como hemos visto, que se conformase con el deseo manifestado por Sara de despedir á Agar y á Ismael. La

razon de esto acto, que se hallaba todavia envuelto en los pliegues de lo futuro, era lo que habia de constituir la grandeza y la gloria de la familia del patriarca, la propagacion de su predestinada posteridad por medio del hijo prodigiosamente tenido, y en esta razon, oculta entonces á todos los mortales, se encerraban los destinos del mundo, pues de aquella posteridad debia nacer el divino reparador del mismo mundo, cuya ascendencia remontaba hasta el primer hombre por medio de Abraham, y cuyo reino espiritual y divino debia permanecer hasta el fin de los siglos sobre la tierra para continuarse despues glorioso y triunfante en los dias eternos.

Con todo, el Señor, tan grande en sus castigos como en sus recompensas, se muestra generoso con su siervo. Abraham era padre de Ismael, y esto bastaba para que el Señor no olvidase en sus bendiciones al hijo de la esclava; y yo bienos visto que le hizo como una especie de patriarca de un gran pueblo, bien que éste no habia de ser el pueblo de Dios, sino el pueblo del desierto. ¿Qué gloria para Abraham cuando el Señor le promete bendiciones para Ismael, dándole por único motivo: *Porque viene de ti, porque es de tu sangre!* El mérito del padre recae sobre el hijo, cuando el hijo es el fruto de la bendición de Dios; un hijo perverso es el castigo mayor que Dios puede reservar al hombre, así como un buen hijo es la corona de la felicidad del padre. Dios vincula sus bendiciones y beneficios en las familias de los justos; y aunque á veces les ofrece el cáliz amargo de la tribulacion, no por esto se separa de ellos, mora en su casa como un consuelo celestial, estrecha los dulces vínculos que los unen, y aun cuando gravite sobre ellos el peso del infortunio y paseen por el crisol de la desgracia, la santa resignacion endulza sus penas, y su puro y reciproco amor, que se confunde con el de Dios, conserva siempre en el fondo de sus almas un paraíso de felicidad.

Abraham, pues, se levanta de mañana, y cogiendo un pan y un odre lleno de agua, lo pone sobre los hombros de Agar, le entrega á su hijo y la despide. Solo con Ismael, sin otro alimento ni bebida que la que podia llevar, espuesta á morir de necesidad y de fatiga en el desierto que habia atravesado, le informada Agar recibia un duro tratamiento, que debemos creerle fué aplinado porque su insolencia con Sara habia llegado al último estremo. Y nos mueven á pensar así dos sencillas y obvias consideraciones. La primera porque en aquellos tiempos y en aquellos países en que hasta los extranjeros se tenían como cosa sagrada, y que gozaba de tan estensos derechos la hospitalidad, los servidores, y con mucha mas razon los allegados y próximos parientes, no podian ser escluidos sin graves motivos de la comun y universal benevolencia. Y en segundo

lugar, ¿cómo podemos sospechar que Abraham, dotado del espíritu de Dios, y en cuyo corazon magnánimo se abriganan los mas puros y generosos sentimientos, se hubiese así portado con Agar y su hijo, á no mediar una íntima y poderosa conviccion de que obraba con justicia, y de que aquella era la voluntad del cielo? Aun mas, debemos suponer que aquel hombre, amigo familiar de Dios, tenia ya un oculto presentimiento de que su Providencia no abandonaria á la fugitiva, y que proveeria á su sustento y al de su hijo, como así sucedió en efecto: por cuanto estaba seguro de que Ismael debia vivir, segun la divina promesa, para ser padre de un gran pueblo.

Agar salió, pues, de la casa de Abraham, y en vez de regresar á Egipto, como pensaria hacerlo sin duda, se estravió por la Arabia, á no mediar su camino. Divagaba, pues, perdida por el desierto, que despues tomó el nombre de Bersabe, pequeña ciudad, edificada sobre los confines de la Idumea y de la Palestina. Su provision de agua no debia tardar en agotarse. Aun en el dia los viajeros no se atrevieran á pasar por aquellas vastas solitudes, abrasadas por los rayos del sol, y en donde el viento borra por la mañana las huellas que en la víspera dejaron, si el camello, tan sóbrio como agil y laborioso, no los llevase con sus víveres y bebidas como un navio formado por la mano de Dios para surcar por aquellos oceanos de arena. Triste y vencida por la fatiga y sed, Agar abandonó á su hijo bajo la sombra de un árbol. Sentóse despues á la distancia de un tiro de flecha, diciendo: "No veré yo morir á mi hijo." Porque hay en ciertos lances mas que lagrimas: hay como una espada que penetra hasta el corazon de los que los contemplan, y le desgarran con heridas de muerte. Allí, sola, con algo misma, levantó la voz del pesar, y la infeliz muger lloraba con toda la amargura del alma de una madre; imájen viva de otra madre mas aflijida aún, que, siglos despues, presenciando la muerte de su Hijo divino, sufrió todos los dolores juntos de la humanidad. Ismael, sin aliento, lloraba tambien, y sus sollozos desgarraban el pecho de la madre.

Hay sentimientos tan vivos que necesitan un desahogo mas fuerte que el de la simple narracion. La fantasia, oprimida como el corazon por estas escenas, que rebosan sensibilidad, ansia vengarse algo mas por el ámbito de su propia actividad, y desea, sin estraviarse de la verdad, conceder mas libre ensanche al sentimiento.

Agar, al abandonar á Ismael.

En mal hora, hijo mio, concebido
 Nació en mi seno maternal. ¡Ay! torvo
 Viróme el cielo cuando dijo: Un hombre
 Concebido será; ¡Oh, nunca, nunca
 Tan triste día amaneceido hubiera!
 Días menos amargos yo pasara
 En mi sencilla esclavitud, librando
 En mí soledad. Brindóme con su techo
 El hijo de Tharé. Propicio el cielo
 Sonreír parecía á mi desgracia,
 Y al venerable anciano prometía
 Posteridad por tiempo suspirada.
 La veo aún á mi señora; amable
 Contemplaba mi rostro venerando,
 Que cubría el rubor: en mí anhelaba
 El deseado don que no tenía,
 Y de su esposo retiróse. El gozo
 Y el temor combatían en mi pecho.
 Humilde sometíeme y temblorosa
 Al divino querer. Vos, ¡oh Dios mio!
 Sólo vos el condite de mi misma
 Pudisteis penetrar: vos los suspiros,
 Las tiernas ansias, el afán materno
 Venís, ¡oh Señor! de vuestra esclava,
 Objeto entonces del amor de todos,
 De las tiernas caricias de un esposo,
 Y hasta de la afección de mi señora,
 Que con ojo benévolo miraba.
 Mi ventura al principio, y en seguida
 Mal ocultaba en su mirar sombrío
 El oculto peñar que la aquejaba
 De envidia. Mas, ¡qué júbiles, qué puro
 Placer se traslucía en el semblante
 De mi señor! ¡Qué tímida alegría
 Inundaba mi pecho! ¡Cuánta dicha
 Me atrevida á esperar! Recuerdo el día
 En que del seno maternal salido

Llorabas en mis brazos, llanto, lacrimoso,
 Cual la tierna palmera del desierto.
 De contento llenaste, ¡oh desdichado!
 La casa de Abraham: el tierno padre
 Su Augusta faz gozoso remozaba
 A tu infantil sonrisa; y, Sara, Sara,
 Tú tambien en tu seno le estrechabas.
 Confusa de placer, agobiada
 Por mi felicidad, en ti mi vida,
 En tí todo mi ser se transmitía.
 Tú de mi pecho con afán chupabas
 El néctar maternal, y así crecías
 Para ser infeliz. Juguetearo
 Entre los brazos de tu padre y míos
 Vivias sin rival, y el embeleso
 Eras solo de todos. Mas al punto
 Que Dios el seno de la esteril Sara
 Digaóse fecundar, vi el infortunio
 Que á nublar iba nuestros bellos días.
 Te lloré, ya perdido ó espulsado
 Del techo paternal, sobre tus hombros
 Con el baldon cargado de tu madre.
 Por tí, luz de mis ojos, yo sentía
 El peso de mi humilde servidumbre;
 Mas yo adoré al Señor y sus decretos:
 Adóralos tambien. ¡Quién me dijera
 Cuando el padre sus ruegos redoblando
 Por su tierno Ismael, á Dios pedía
 Para su hijo protección y amparo,
 Quién me dijera que llegara un día,
 Día de crueldad y de abandono,
 En que tu padre á entrambos arrojara
 Del hogar paternal. ¡Oh! nunca el cielo
 Mis fervientes anhelos secundara
 Ni fecundo mi seno hubiera sido!
 Al despedirnos mi Señor, el llanto
 Mal comprimía en sus hinchados ojos,
 Que no de fieras se nutrió con leche
 Ni es de duras entrañas. Si nos viera
 Ismael, si nos viera, fatigados,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Devorados de sed, en esta ardiente
 Arena que pisamos sin riego,
 Sin techo, sin hogar, sin fuente ó pozo
 Do calmar el ardor que nos abrasa;
 Si te viera sin fuerzas, sin aliento,
 Entrecabiertos los labios, y los ojos
 Casi cerrados á la luz del cielo
 Y esperando la muerte! Si nos viera,
 Ora quizás que estrechará en sus brazos
 Al hijo de Sarai afortunado
 Sobre el mullido lecho, las caricias
 De su padre bebiendo: si me viera
 Abandonada, errante, contemplando
 Que tú vas á morir! ¡Hijo! Yo parto,
 No podre oír tu postimer suspiro:
 A morir voy también, mas de tí lejos.
 Adios ¡ay! para siempre: de tu madre,
 De esta tu madre misera recibe
 El ósculo postrer... ¡Lloras? asido
 De mi lánguido cuello, no consientes
 En dejarme por fin? Sueño, hijo mio,
 Y dejame morir sin que te vea.
 ¡Oh Dios de mi señor! tú que salvaste
 Del esterminio universal del mundo
 A tu siervo Noé: tú que en las ondas
 Que devoraron montes y llanuras
 La familia querida conducias,
 Que sobre el nuevo abismo iba flotando
 En el madero de salud guardada;
 Tú que á Loth del diluvio de las llamas
 Libertaste piadoso, desdichada
 De mí, también te imploro: no perdones
 A esta triste mujer quizás culpable
 A tus divinos ojos, mas, soy madre,
 Y el hijo que en mi seno tú me diste
 De la sed abrasado va espirando.
 Piedad: si un día, ciega de contento
 Al sentirle saltar en mis entrañas,
 Loca de mí me envaneci, creyendo
 Encerrar en mi seno las promesas

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Que á la projeite de Abraham hiciste;
 No te acuerdes, Señor, de mi flaqueza
 Y borra de tus ojos mi delirio.
 Si falta expiación, aquí me tienes...
 Voy á morir, mi Dios, aquí insepulta,
 Mi cuerpo quedará pasto de fieras.
 Mas ¡ay! ¡salva á Ismael! que Ismael viva,
 Hijo infeliz de tu culpable sierva,
 En tus brazos le dejo... Mas ¡ay triste,
 Que abierta tiene la abrasada boca
 Y aprisa ya su corazón palpita
 Devorado del fuego que le aboga!
 ¡Señor! si ha de morir, que no le vea,
 Y muera yo también: el sacrificio
 De estas dos vidas aceptad propicio:
 Aquí muere mi amor y mi esperanza...
 ¡Oh Dios!... no puedo mas... la voz me falta
 Como la vida á Ismael... ¡el muere,
 Y... desdichada... yo... también... te sigo...

Mas en aquel momento estremo aparecióse el ángel del Señor para consolar á los fegitivos. "Agar, le dice, ¿qué haces aquí?—No temas: el Señor ha escuchado la voz de tu hijo. Levántate, toma á tu hijo por la mano, pues le haré caudillo de un grande pueblo." Es de creer que Ismael, acordándose de las creencias y de las habitudes de su padre, mezcló en sus lágrimas y en sus plegarias un sincero sentimiento de religion; y que viéndose solo y abandonado en un desierto, empezaria también á llorar y á clamar á Dios, pidiéndole socorro; y Dios no podia dejar desatendida la súplica de un hijo de Abraham, sobre quien tenia también sus designios. Y ademas, este niño desventurado, sin mas refugio que la sombra de un árbol, casi exánime por la sed que le devora, arrojando lastimeros gritos, que el cielo se digna escuchar, ¿no es una verdadera figura de la humanidad, desterrada del Eden, atravesando la aridez del desierto de esta vida, con una sed desesperada de felicidad, buscando un abrigo al pié del árbol sagrado de la Cruz, y exhalando suspiros de tristeza y de confianza, á los cuales responde Dios por el don de la gracia y la promesa de una vida inmortal? Porque, desde las alturas del Calvario, ¿no llama el cristianismo á los pueblos paganos estraviados en su camino, á la verdad, á la virtud, á la libertad, á todos los mas nobles goces de la hu-

manidad regenerada? ¿La Iglesia no vino á decir al linaje humano: "Qué harías tú en la desolante soledad de la duda y en el desaliento cruel que sigue al egoísmo? Coloca tu confianza y tu amor en Dios, que ha escuchado la voz de tus dolores. Levántaos, hombres todos, tomaos por la mano, porque sois hermano de origen y de destino: caminad uniendo vuestras fuerzas, y prestaos un mutuo apoyo en la común angustia que os cerca por donde quiera. Hijos de vuestras obras, las glorias del porvenir igualarán á vuestro valor y á vuestras virtudes."

Consolada Agar á la voz de lo alto, levantó los ojos y reparó en un pozo, á donde corrió para buscar agua, dándola á beber primero á su hijo. El desaliento y turbación en que se hallaba le habían impedido el descubrir hasta entonces aquel manantial de agua viva, que tan cercano tenía, ó quizás también porque desde aquella época los habitantes de la comarca, como hace observar un antiguo escritor, tenían la costumbre de cubrir de arena la boca de los pozos, y de no revelar su existencia sino por medio de señales de ellos solos conocidos. Y en este súbito é inesperado descubrimiento que hizo Agar, ¿no podemos descubrir asimismo una imagen de lo que nos sucede en medio de los reveses y de la prosperidad? Porque ¿cuál es el efecto de la sombra y tétrica tristeza? Dirigir hacia el interior y aletargar las facultades del alma, manteniéndola así agotada y cautiva bajo el peso de su concentrada energía, por manera que descuida el cumplir, ó cumple como por instinto y sin resultado las más útiles y sencillas operaciones. Y al contrario, en la esperanza y en las alegrías de la prosperidad, ¿no hay un cierto impulso ardiente y expansivo que excita nuestra actividad, la llama á derramarse en lo exterior, y la pone en vivísimo contacto con los elementos de buen éxito que presentan las circunstancias, hasta el punto de que el alma se siente fuertemente impulsada por este soplo poderoso que se llama feliz fortuna, ó animada por este espíritu de advinación que se llama el genio?

La cercanía del pozo, en el cual no reparó Agar hasta que se lo mostró el ángel, es comparanda también con la proximidad en que estuvo de los judíos el verdadero Mesías, y á quien ellos, ciegos, no conocieron ni conocerán hasta que el Señor, usando de misericordia con aquel pueblo, les abrió al fin los ojos. Entonces beberán con ansia la verdad de la purísima fuente de las Escrituras, y desipándose la sombra densa de su error, sus ojos se abrirán á la luz. Entonces se acercarán á Jesucristo, se fortalecerán en la fe, y entrarán como hijos humildes en el seno de la Iglesia cristiana, formando su mayor gloria y su más brillante ornamento.

Ismael no fué, pues, abandonado por la Providencia, por cuanto continuó en habitar en el desierto, y se hizo muy diestro en tirar el arco, ó

desarrollo de la doctrina evangélica acerca de la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí mismo, y transformar así de un modo tan lento como inevitable, primero la familia y en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido precisamente, y ninguna lengua mortal puede decir todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de María, esposa de un carpintero de Nazaret, superior á las más ilustres mujeres por el resplandor de sus virtudes, igual á la más pobre por la humildad de su condicion; mas para que todas las vírgenes de quien es el modelo y la patrona, mas compasiva que todas las madres, de las cuales es la protectora y el sostén.

Desde que la voz del Eterno resonó en las majestuosas soledades del Eden, diciendo al reptil maldito, que una muger le aplastaría la cabeza bajo sus plantas, empezó ya á correr la tradición entre las razas antediluvianas, que una virgen hermosa y pura como la luz, repararía en su divino alumbamiento el mal que había hecho la primera muger. "Esta tradición consoladora, dice Orsini en su *Historia de María*, que sostuvo las esperanzas de una raza decayida, no se borraró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersión en las llanuras de Senoar. . . . Y aun cuando mas tarde la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Virgen y del Mesías resistió casi sola á la acción del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, perdidas entre las fábulas del politeísmo, como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fué en otro tiempo la grande Babilonia.

"Recórrase en efecto, continúa el feliz historiador de María, desde el Norte al Mediodia y desde el Oriente á la Aurora, las diversas regiones del globo; registrense los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Virgen Madre en el fondo de casi todas las teogonías."

En efecto, en el Thibet, en el Japon y en una parte de la península oriental de la India, en la China, los Lamas, los Druidas, los Bramas, los Macémicos en el Paraguay, en todas las tradiciones, en todas las creencias se halla una niña, una muger, una virgen con todas las gracias de la inocencia y del candor, fecundada con los rayos del sol ó con el contacto de una flor para concebir y dar á luz el gran Legislador del universo. Y continúa despues por carolario esta observacion importante: "Reúnanse las trozas esparcidas de estas creencias adulteradas, y se comprondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Virgen y de Jesucristo."

Estas antiquísimas leyendas no podían ser trazadas por ninguno de los discípulos ni contemporáneos del Salvador. Los anales de los pueblos las consignan en sus viejas páginas, como un eco casi uniforme de la tradición primitiva.

Esta criatura, pues, tan esperada de los siglos, debía ser mas clara y espesamente anunciada por los hombres inspirados que conservaban en el pueblo escogido el hilo de sus primitivas esperanzas. Del arpa de David y de la citara de Salomón debían desprenderse acentos proféticos acreca la agraciada y pura en el pensamiento de Dios; el santo rey, preferido á la raza de Saúl, contempla la virginidad de María y el nacimiento maravilloso del Hijo de Dios, que vé tan puro como el rocío de la aurora. "Salomón se complace en trazar su imagen con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las grietasas descripciones de las *Peris* de Oriente, esas alegres y vaporosas deidades que ocupan los ensueños del pastor de la Arabia." Las mas bellas y graciosas imágenes de la naturaleza se aplican á la celestial hermosura de la amada del esposo. "El la vé elevarse en medio de las hijas de Judá, como un lirio entre las espigas; sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma; sus labios, semejantes á una cinta de escarlata, son un pañal que destila miel; su andar es ligero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que esorna en el horizonte." Elías, el arrebatado profeta, descubre la Virgen prometida bajo la forma de una nube transparente que se eleva del seno de las aguas para anunciar la vuelta de las lluvias. El estático Isaias, mira en sus raptos proféticos á una Virgen que concebirá y dará á luz un hijo por nombre Emmanuel, el cual dado por milagro al mundo, será un renuevo del trono de Jessé, una flor nacida de su raíz.

María es pues semejante, segun el mismo historiador, á aquella emblematadora figura que un pintor de la antigüedad trazó en otro tiempo, tomando rasgos esparcidos en las mas hermosas mugeres de la Grecia. La casta Esposa del Espíritu Santo reunió y reflejó en una persona todo lo que las mugeres mas célebres de la antigua ley habian ofrecido á la admiración de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo juntar la prudencia de Abigail á la resolucion valerosa de Esther. Susana, casta como la flor cuyo nombre traía; Judith, cuya corona de lirios fue manchada por la sangre de Holofernes; Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir todos sus hijos por la ley, todas estas matronas magnánimas cuyos cuadros hemos trazado, si bien con la pálida luz que hace reflejar hasta nosotros la historia de los antiguos dias, no fueron mas

que débiles retratos de aquella, que debía reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del angel.

Cuando fueron cumplidos los tiempos señalados por la misericordia de Dios, realizó éste la palabra pronunciada sobre la cuna de la decida humanidad. "Yo pondré, dijo al tentador, eterna enemistad entre tú y la muger, y entre tu descendencia y la suya, y ella aplastará tu cabeza," y la palabra pronunciada despues por uno de sus profetas: "El Líbano con sus cedros caerá; pero nacerá un renuevo de Jessé, y el Espíritu del Señor reposará sobre una flor nacida de entre sus ruinas." Y en efecto, despues de cuarenta siglos de expectacion, levántase María sobre el horizonte de la Judea. Eva segunda, verdadera madre de los vivientes, llamada á destruir por un alumbramiento divino el crimen y la muerte. Pero María, que fué concebida pura en el pensamiento de Dios desde la eternidad, no podia existir en el tiempo sobre la tierra marcada con el sello del crimen original que mancilló á la desdichada humanidad desde el momento en que gimó esclava de la culpa. Y aunque algunos grandes ingenios del cristianismo, amantes de María, hayan pensado y defendido que estuvo sujeta por un momento á la ley general de maldición, el amor á las glorias de María inspiró á otros talentos no menos engrandados, é inspiró tambien á todo el pueblo cristiano y sobre todo á las almas sencillas, que la inmundad de María, si no era declarada por la Iglesia como un dogma de fé, era un dogma de amor necesario á todo corazón que la ama, y que Dios parecia haber dejado un ligero velo sobre ese punto nebuloso de la historia de su Santa Madre, para que el amor de sus hijos le descubriera, no con la mano temeraria de la persecucion, sino con la modestia afectuosa de un firmísimo asentimiento. Este obsequio ha recibido María en todos los siglos. Este dulce y consolante misterio ha inspirado las mas bellas creaciones de la lira y del pincel: el hombre ha procurado formarse una idea celeste, de un ser puro-perfecto, bellissimo, aéreo, rodeado con la luz de la eternidad: se ha esforzado, por decirlo así, en penetrar lo mas íntimamente perfecto que podía residir en el pensamiento divino, espiritualizando las formas de la hermosura material, y creando, en cuanto es dado al hombre, un tipo de inocencia y de bondad que se perdiese en lo infinito; y ha producido esas imágenes divinas de gracia y de candor que nos encantan, dando al músico pincel para trazar la concepcion de María un poder que no es concedido á la palabra. La cual sin embargo ha agotado sus fuerzas y sus recursos para engrandecer con sus torpes acentos el gran misterio de María. Ved ahí una corta muestra de lo mucho que ha forcejado el ingenio para hablar de María en el pensamiento de Dios.

La redencion del hombre fué decretada en los eternos consejos de Dios. El mundo debía ser inundado por la iniquidad, y el seno de María era el arca santa en que Dios habia de venir á salvar al mundo. María era la Reina á la diestra de Dios, vestida con ropas de oro, como cantó el rey profeta. Corrompida la masa de Adán, inficionada por la culpa del origen, no tocó á María la inmundicia del pecado, al modo de las aguas del Jordán no tocaron al arca del Testamento..... Dios dejó que el torrente de la corrupcion inundase siglos y generaciones; mas le detuvo con su mano poderosa en la plenitud de los tiempos. Y en aquel momento María fué concebida. El Hacedor supremo detuvo el astro del dia: contó las ondas de un mar y de un rio: sacó flor de la vara seca de Aarón; conservó la zarza en medio de las llamas, á Jonás en las entrañas de un monstruo, á los tres niños en la hoguera de Babilonia. ¿Gloria á él! ¿Cómo no detendría el torrente de la culpa para preservar á su madre? El sol eterno fijó en María los rayos de sus gracias desde que empezó á ser. ¡Oh Virgen y Madre! Maldito fué el pensamiento de Luzbel, pues no vió en vos la base de aquella columna que debía unir el cielo con la tierra. Uno de los mas bellos espiritos celestiales debía postrarse á vuestra presencia y adorar en vos la madre de su Criador supremo. Las potestades debían engrandeceros desde el instante de vuestra existencia sobre la tierra: sus liras cantaban ya vuestras glorias bajo las bóvedas eternas, y acataban en vuestra formación el pensamiento de Dios. En este pensamiento apareció la Virgen humilde de Israel temblando á la presencia del ángel que la acata. ¡Humildad! no es dado al hombre penetrar su precio! ¡Humildad! tú encierras en tu mérito casi infinito, al mérito de la mayor elevacion del universo! ¡Tú eres el móvil secreto de la redencion del hombre, á quien el orgullo habia hecho caer! ¡Para abatir ese orgullo estuvo presente al Altísimo, antes de los tiempos, la humildad de María!

Albricias, que el albo dia
Asoma entre lucos bellas,
En que la Aurora-María
Etiesta entre las doncellas,
Mas puta que las estrellas,
Va en la tierra á despuntar.
¿No veis el general grito?
¿No ois el himno de gloria?
En ese dia bendito
De júbilo y de victoria

Y de tan dulce memoria,
¿No ois el cañon tronar?

Antes que el mundo la viera,
Apenas fué concebida,
La que el Eterno escogiera
Fué de gracia revestida,
Y antes de gozar de vida,
De la inmundidad gozó:

Que jamas ni en su oriente
Sufrió de Satán ultraje;
Ni impresa se vió en su frente
El sello del vasallaje,
Que en su proscrito linaje
Infame culpa marcó.

¡Oh! ¡qué bella! ¡qué agraciada
Ya desde el materno seno,
Por su criador librada
Del martifero veneno,
Luce, cual astro sereno
Casta virgen de Judá!

Eva segunda y mas pura,
Iris de salud riente,
Nuncio de paz y ventura
A su raza delincuente,
De la alevosa serpiente
La cabeza quebrará.

Desde el instante primero
Del cielo placer y encanto,
Al Salvador verdadero
Llevará en su seno santo,
Enajugando el largo llanto
Del linage pecador:

Y muestra patria dichosa
Puesta bajo de su imperio,
Celebrará jubilosa
El consolador misterio
Que el pesado cautiverio
En gloria tornó y amor.

María, pues, es el nombre de la criatura privilegiada que por su belleza interior y el encanto de la mas alta virtud, debía fijar las miradas del

Criador, y ser despues su madre en el tiempo. Por esto fué santificada antes de nacer, al modo que se ponen poderosos ciudientos para sostener un templo inmenso, ó como se adoran los palacios en donde han de habitar los príncipes. Hemos visto ya que Joaquín, de la tribu de Judá y de la raza de David, y Ana, á quien se cree de la tribu de Leví, fueron los padres de Maria. Toda la antigüedad eclesiástica ha glorificado el nacimiento de Maria, y desde los mas remotos siglos la Iglesia la celebra con una fiesta especial que se ha fijado en el 8 de Setiembre. Y aun mucho más, se ha instituido la fiesta de la Concepcion, como para apresurarse á rendir homenaje á la grandeza de Maria desde que ella comienza á ser, no pudiendo manifestar ya de un modo mas espresivo quanto se quiere encomiar y exaltar á la Madre ilustre de un Dios oculto. Nuestra patria no queda por cierto rezagada en tan gloriosos esfuerzos, y el dia en que la Iglesia universal celebra la inmundad de la Virgen de todo pecado desde el primer momento de su sér, es para los hijos de España un dia de júbilo y una fiesta de familia.

Cuando nació Maria, el cetro real de Judá estaba en manos de un extranjero, según habia predicho Jacob: y su patria fué Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea, poco distante del monte Carmelo. Maria, como vimos ya, fué el premio destinado á unos padres santos, despues de la larga esterilidad de una madre resignada, á quien su esposo, lejos de darle letras de divorcio, como era de costumbre autorizada por la ley, la conservó á su lado, para ejercitarse juntos en las mas sublimes virtudes y adorar los designios soberanos de la Providencia.

La cuna de Maria fué pobre, como debia serla la de su Hijo divino. La oscura condicion de sus padres, aunque de sangre real, no permitia cubrir á la recién nacida con las ricas púrpuras de Tyro ni con el oro de Arabia, ni rodearla de la gala y espléndidez de los príncipes hebreos. La sencillez de la cuna de Maria era ya un símbolo de su humildad, y un pronuncio de la indigencia que debia rodear la cuna del Salvador del mundo. La santa Madre trasportada de júbilo por su alumbramiento, é inspirada á lo meho vagamente, con una prevision celeste de los grandes destinos á que seria llamada su hija, se deshizo en gracias al Señor por aquel inestimable presente; y en sus éxtasis de gozo, entonó un canto de reconocimiento que nos ha conservado la tradicion, y que pinta enérgicamente la alegría de una madre.

Cantaré á mi Señor fiel alabanza
Porque propicio vistó á su sierva;
Y quitando el oprobio de mi seno,

Enmudeció las viperinas lenguas
De mis contrarios, que al mirarme estéril
Sin piedad me mostraban esta ofensa.
Dios me dió fruto de justicia santa,
Fruto fecundo en gracias y grandezas,
Que crecerá en espléndidas virtudes,
¡Oh poderoso Dios, á tu presencia!
Quién á los hijos de Ruben, pasmados,
El primero dará la feliz nueva
Que Ana, encorvada al peso de los años,
Una niña en sus pechos alimenta!
Escuchad, escuchad, ¡oh doce tribus
Del pueblo de Israel, cuál Dios ostenta
Hoy en mí su poder; la estéril Ana
Al fruto le nació su leche presta!

En el nacimiento de Maria recibe el mundo, sin saberlo aún, este presente de la gracia, y es el dia en que nace nuestro gozo y el pronuncio de nuestra salud. El momento en que la Virgen vió la luz del dia, nos anuncia el objeto de nuestros deseos. El Hombre Dios va á venir, y el seno que ha de encerrarle palpita ya entre punales. El Dios de toda gracia preside al nacimiento de aquella á la que escogió por Madre suya en su eterno pensamiento. El sol de justicia baña ya con un rayo de púrpura la casa que debe habitar, y del cual va á salir para visitarnos. ¡De qué radiante luz no resplandece este vaso fulgurante de gloria que Dios se destina para sí mismo! ¡Cuántos prodigios ocultos en su corto recinto! Esta nebecilla que se levanta dará una lluvia tan abundante que limpiará el mundo! Niña llena de bendiciones, colmada de gracias, toda pura y sin mancha, esfuerzo del poder supremo de Dios y símbolo de todas sus bondades: ¡qué seria la tierra sin tí? Tal vez el Omnipotente hubiera arrojado á un nuevo abismo la raza prevaricadora, sin la idea eterna de la reparacion que por tu medio va á lograr el mundo! Tú respiras ya en la atmósfera envenenada de la proscriba tierra, y todo es puro al rededor de ti. ¡Arca de alianza! en tí se encierra la esperanza del mundo en el inmenso naufragio de la culpa y del dolor. ¡Maria ha nacido! Los justos, las almas puras tienen reina. Dios Hombre y los hombres tienen madre: sí, los tristes hombres tienen la Madre que perdieron en Eva pecadora.

La Iglesia universal celebra con solemne júbilo el nacimiento de Maria, y hace resonar los templos santos con himnos de alabanza y de amor.

¡Cuán elevada nace María sobre todas las demás mugeres! Madres de reyes ha habido; pero el ser madre de los mayores soberanos, no es ni una condicion ni una calidad esenciales; en serlo hay una dicha y una gloria, y nada mas, pues las que la fortuna destinó á este supremo rango, hubieran podido vivir sin ser madres, y sobre todo, madres de reyes. Pero María no podía nacer si no hubiese debido ser madre, y nunca hubiera sido madre si no hubiese debido ser madre de Dios. ¿Qué traemos nosotros acá en la tierra? La corrupcion en herencia, y pasiones, cuyo fuego no deja de circular en nuestras venas. Apenas salidos de la cuna, cuando el orgullo nos tiende la mano y pone sobre nuestra frente su pesado yugo. Mil defectos le vienen en ayuda para desgarrar nuestra alma de esclavo, y componerán nuestros mas nobles pensamientos. María al contrario, se presenta sobre la tierra como soberana, como reina de los ángeles, pues por ella van á ser llenadas las sillas que dejó vacías la rebelion: de los patriarcas y de los profetas, pues ella verificará sus oráculos; de los apóstoles, dando al mundo el legislador cuyo Evangelio deben ellos anunciar; de las vírgenes y de todos los santos, pues ella nace coronada ya de la inocencia y vestida de la justicia.

Después de nueve dias del nacimiento de María, su padre le impuso nombre, como era costumbre hacer entre los hebreos. Hemos dicho ya lo que significaba el nombre de *Miriam* (María) el cual se traduce en siríaco por dama, señora ó soberana, y que significa en hebreo estrella del mar. Este nombre es ya por sí solo un prodigio, el nombre mas bello, mas dulce, mas poderoso que haya recibido criatura alguna; nombre que, brillando desde la eternidad en el pensamiento de Dios, ha pasado y va pasando por entre los siglos y las generaciones de la tierra como un rayo perenne de esperanza y de amor entre las borrascas de la vida, y entre las penas y dolores aun mas profundos del corazón.

Parece que la madre de María la ofreció al templo después de los ochentas dias de nacida, término prescrito por la ley para la purificacion solemne de la madre de una hija, y la presentacion de su primogénito. Esta ceremonia legal, en la que hizo Ana la ofrenda del pobre, que eran dos tortolillas, no fué mas que el exacto cumplimiento de un deber religioso; pero entonces fué cuando los dos esposos contrajeron el empeño de volver su hija al templo y consagrarla enteramente á su servicio, luego que su tierna razon se lo permitiese; y segun la opinion mas recibida, María fué presentada al templo en la edad de tres años, y allí, prevenida de particulares bendiciones, se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo es el que ha querido perpetuar la Iglesia, al instituir la festividad de la presentacion, fijada á 21 de Noviembre. Esta fiesta, celebrada

en Oriente desde el siglo IX, no se estableció en las iglesias occidentales hasta el siglo XVI, á instancias de Felipe de Maizieres, embajador de Chipre cerca de la Santa Sede, el cual interesó vivamente á Gregorio XI para el rezo solemne que se usaba en Grecia en la presentacion de la Virgen María.

Esta solemnidad de presentarse la futura madre de Jesucristo á la casa de la oracion, se verificó sin la vanidad del fausto, pero con el aparato conveniente á los altos destinos de la presentada. Asistieron al acto gran número de funcionarios del rey, fariseos, doctores y damas ilustres que la Providencia habia reunido como por casualidad bajo el pórtico de Salomon. Empezó la funcion por un sacrificio y los sacerdotes y levitas recibieron de manos de Joaquín la victima de prosperidad, pues tal se llamaba todo sacrificio en que se pedia un favor á Dios, ó se le daban gracias por haberlo alcanzado: el cual recibió despues de manos de los sacrificadores el resto de la hostia, y repartió sus pedazos, segun costumbre, entre los principales parientes. Ana y Joaquín, llevando la divina niña en sus brazos, y la madre la cabeza cubierta con un velo, presentaron al ministro del Altísimo la joven sierva de Dios, como el presente precioso que éste les habia concedido, y un cántico de gozo y de reconocimiento, al son de las arpas sacerdotales, terminó la augusta ceremonia.

En esta consagracion de sí propia al Eterno, es indudable que la tierna niña tuvo con él una comunicacion íntima que no es dado al hombre penetrar; pues el que hace elocuente el labio de los párvulos, puede muy bien dar á su alma una intuicion superior de la verdad y un sentimiento mas profundo el sentimiento de la virtud. Lo cierto es que por medio de esta ofrenda sublime preparaba María el cumplimiento de los divinos oráculos. En ella comenzó aquel día la dignidad de las vírgenes, ella levantó el estandarte de una vida nueva, cuya idea solo pudo ser inspirada por el cielo. Toda la tradicion nos enseña que, queriendo Dios nacer hombre para salvar á los hombres, y no debiendo llevar en sí ni aun la mas leve sombra de mancha, debia nacer de una virgen incorruptible, y que no dejase de ser ni por un solo instante la pureza por excelencia. Pero convenia al mismo tiempo que ignorase el futuro misterio de la Encarnacion, y que el voto que hacia no le fuese sugerido de modo alguno por la prevision de la maternidad divina, para que fuese así un homenaje mas libre y mas generoso.

Antiguas y respetables autoridades, confirmadas por la voz unanime de la tradicion, dan á entender que María pasó sus mas bellos años en el templo, ocupándose en la oracion y en el trabajo de sus manos. Valga por todos el testimonio de San Evodio, refiriéndose á una carta de Nice-

foro sobre la santa infancia de María; y esta tradición descendía de la Iglesia de Jerusalem, donde vivían muchos discípulos de Jesucristo y parientes de la Virgen y de su santo esposo José. Últimamente lo confirma la autoridad de San Gerónimo, por lo cual esta creencia tradicional, puede colocarse, según el señor Orsini, en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

Este hecho, además, nada tiene de imposible ni de inverosímil, pues venimos de una parte á Jesabeth, mujer del grande sacerdote de Joiada, ocular junto así en el templo al joven rey de Joas con su nodriza, para sustraerle al furor de Athalia; y de otra parte la profetiza Ana, hija de Fanael, habitar constantemente en la puerta del templo. Pero tanto si la infancia de María se hubiese pasado en la casa de Dios, como si Josquin y Ana hubiesen conducido á la amable favorita del cielo á su humilde morada de Sefón en Galilea, nadie dudará que María vivió en el retiro, conversando por la meditación con su Criador, y practicando con sencillez, y en un grado sumo de perfección, los deberes y las virtudes que su posición requería.

Admitiendo empero la opinión mas generalmente recibida de que María pasó sus primeros años en el templo del Señor, debía tener su morada en la parte del edificio religioso que se elevaba dentro del recinto fortificado del templo, y que estaba destinado á las vírgenes dedicadas al Señor; sobre el sitio en que los cristianos de Jerusalem levantaron un oratorio que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron despues, bajo la invocacion de Santa María, en una Iglesia de dorada cúpula, y que los valientes caballeros del Temple se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos; allí fué, pues, donde Zacarías condujo á su joven parienta.

La virginidad entre los hebreos no era mas que la virtud de una época de la vida; pues, como hemos dicho ya otras veces, nadie, por santo que fuese, quería renunciar á la posibilidad de ser el ascendiente de una estirpe de la cual podia nacer el Mesías. Así que, la virginidad perpetua consagrada á Dios como voto era enteramente desconocida; y aunque las doncellas eran respetadas y admitidas á celebrar con himnos y cantos las loas del Señor y las victorias de su pueblo, figurando ostensiblemente en todas las ceremonias del culto; sin embargo todas aspiraban al título de esposas y de madres, por la esperanza de que acabamos de hablar. María estaba destinada para hacer de si misma un sacrificio perpetuo á la Divinidad; y la Divinidad reservaba tambien para ella el ser Madre de Dios en premio del sacrificio que ella habia hecho de la esperanza de serlo.

Escasas son las noticias que nos han quedado acerca este primer pe-

riodo de la vida de María, como nota muy oportunamente su moderno historiador, habiéndose perdido la vida tradicional (de que habla San Epifanio á últimos del siglo IV, y habiéndose desechado por la Iglesia el Evangelio del nacimiento de la Virgen). Esta ocurrencia ha dado lugar á varias conjeturas, mas ó menos probables, y hasta algunas inadmisibles, como por ejemplo el que la santa niña fuese colocada en el *Sancta Sanctorum*, lugar reservado, y aun muy raras veces, al Sumo Sacerdote.

María, pues, fue admitida, como indica San Gerónimo, entre las vírgenes del Señor consagradas al servicio del templo. Modesta y graciosa en su vestir, sin afectacion ni desalino, imágen viva de inocencia y de candor, repartido el tiempo entre la ferviente oracion y las labores propias del sexo, ocnhaba María bajo un aspecto humilde el alma mas bella y mas enamurada de su Dios que habia visto la tierra. Aun en medio de sus continuas tareas hallaba momentos para cultivar y estender su inteligencia, dotada por el Criador de la mayor facilidad y perspicacia; desarrollándose rápidamente la brillantez y exactitud de su espíritu tan poderosa en actividad como su corazón. Los Santos Padres le atribuyen un perfecto conocimiento de los libros sagrados y de la lengua de Moisés, ese antiguo hebreo de que se sirvió Josué para detener el astro del dia, y en el que traza Dios con su dedo sobre piedras los diez preceptos de su ley. Tampoco pueden rehusarse á la joven profetiza las mas puras y nobles inspiraciones del genio, pues dejó enriquecida la nueva ley con su mas bello cántico.

Un historiador de María de últimos del siglo XVII, nos transcribe el retrato de la Virgen refiriéndose á San Epifanio, citado por Niceforo, retrato que el señor Orsini reduce á meos palabras. "La Virgen, según este obispo, no era de una elevada estatura, aunque su talla era un poco mas que mediana: su tez, lijeramente dorada como la de la Salmánita por el sol de su patria, tenia el rico matiz de las espigas maduras; sus cabellos eran rubios, sus ojos vivisimos, su pupila algun tanto oblicuada, sus cejas completamente arqueadas y de un hermoso negro; su nariz de notable perfección y aguilena, sus labios rosados, el corte de su cara bellamente ovalado, sus manos y dedos eran largos."

Pero, según observacion de San Ambrosio, esas gracias y bellezas de María que cautivan el alma, sin inspirar de ninguno de aquellos incentivos que suelen acompañar á las formas seductoras de las demas jóvenes, no eran mas que la corteza de un espíritu sublime, de una alma llena de virtudes, de una inteligencia superior y de un corazón de fuego para Dios y de pura caridad hácia los hombres. El aspecto de María era el de una modestia celestial que infundía placer y respeto, era la figura de

un ángel revestido de formas corporales, que dejó hechizados los ojos y penetrado el corazón como de una visión del cielo.

María, en medio de las vírgenes de Judá, repetía aquellas súplicas y entonaba aquellos himnos propios de un pueblo que vive de la esperanza, y que rogaba al cielo por la pronta venida del Redentor suspirado: "Oh, Dios, esclamaba, glorificado sea vuestro nombre, y santificado en este mundo, que según vuestro querer habeis criado: línced reinar vuestro imperio, florezca la redención y venga pronto el Mesías." O uniendo su argentina voz al sonido melodioso del arpa, cantaba como Ageo y Zacarías aquellos hermosos versos:

El que rompe en oscura
Pisaron los arillos, el que al ciego llama
Y rayos de luz pura
En sus ojos derrama,
Y el caído levanta, al justo ama:
Proteje al peregrino:
Al pupilo recoge: a la viuda
Dispensa su divino
Patrocinio y ayuda,
Y al plan del pecador trastorna y muda:
Eso tu Dios Eterno
Es, Sion: cuyo reino permanente
Con pródigo gobierno,
Con ley omnipotente
Tu gloria extenderá de gente en gente.

Niña privilegiada la Santa Virgen, lejos del contacto de los demás hombres, en el silencio apacible del templo, comunicaba inmanente con Dios, quien así como había conducido su pueblo al desierto, y llamado á Moisés á la soledad, hablaba á María en una morada inaccesible á la multitud. Allí derramara sobre su alma aquellos raudales de inteligencia, de gracia y de virtud civil convenida para su elevado, si bien que ignorado destino; y prepararía aquel corazón de amor para recibir justo á sí al Amor por esencia, que no tardaría á unirse á ella, descendiendo á sus entrañas vírginales.

Los padres de María, pasados algunos años, trasladaron su domicilio á Jerusalem para hallarse mas cerca de su hija y mas inmediatos al Señor. Después de nueve años del encerramiento de María en el templo, tuvo ya que derramar lágrimas por la pérdida de su anciano padre, que

murió en el útero del Señor. Este primer infortunio, seguido luego de la pérdida de su santa madre, vinieron á ensosar el corazón de María en el dolor y en la resignación. Su alma, que como la de su divino Hijo, nunca fué ni seca ni insensible, pagó el debido tributo á la gratitud y á la naturalidad; y como hijo amante y amada, cerró con amargura profunda los lividos párpados de sus padres, derramando ardientes lágrimas y levantando al cielo los ojos en medio del aislamiento en que quedaba sumida, esclamando: "¡Oh Jehová! lagase tu voluntad!" ¡Cuán le hubiera dicho entonces que con el tiempo lloraría la muerte de este mismo Jehová humanado, y ensangrentado sobre sus brazos de madre!

Dios, que es el orden soberano y que en todo quiere el orden y la armonía, escogió unos tiempos para hacer estallar su poder y otros tiempos para hacer admirar su sabiduría. Así como venia á curar el orgullo, que es la grande plaga de la humanidad, y enseñarnos á ser mansos y humildes, envolvió en silencio el misterio de nuestra salud, y lo cumplió, dejando marchar en apariencia los sucesos según su curso ordinario. Así, en lugar de desgarrar las nubes del cielo con el ímpetu del rayo, y llegar, como vendrá en el último día, llevado sobre los turbados elementos como en un carro de triunfo, cubrió el milagro de su nacimiento temporal con el velo del matrimonio, dando á su Madre, según la carne, una defensa y un apoyo humano.

María, después de la muerte de sus padres, quedó bajo la custodia de tutores de linaje sacerdotal, entre los cuales es muy probable que se contara al esposo de Elisabeth, cuya alta reputación de virtud y próximo parentesco parecían darle un doble título para este cargo de protección. Por muchos motivos el celibato era mirado en Israel como una idea casi impia, y mucho mas en la época en que María se hallaba, pues la esperanza, como observa Orsini, que había sostenido á los judíos cuando el asirio los trasladó á las orillas del Eufrates, se había convertido en vivos deseos de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver pronto el día en que las águilas huirían á la vista del estandarte de Judá, y en que la enseña de los macabeos ondearía encima de la del senado de Roma. Jamás había aparecido pues tan cercano el cumplimiento de los oráculos mesiánicos, y el momento no era favorable para obtener la gracia que María imploraba desde el fondo de su corazón. Convocados pues todos los inmediatos parientes, que eran del linaje de David y de la tribu de Judá, resolvieron dar un esposo á María, y discutieron con interés y prudencia acerca de la elección. Jóvenes ricos y valientes, macabeos de arrogante y oselta gallardía, guerreros justos, hubieran aspirado á la mano de la mas interesante y virtuosa en-

tre las hijas de Israel. Pero los sacerdotes y ancianos de la familia de María fijaron sus ojos en José, hombre pobre, y segun algunos padres, de edad avanzada, que habia vivido sin esposa, y era el oseuro carpintero de Nazareth. El alma de María, á fuerza de pureza y contemplacion, adivinaba el Evangelio, y reconoció toda la nitura y gloria de una virginidad perpetua, adelantándose á su nacion y á su siglo por la comunicacion que habia tenido con el cielo. Pero si bien no fué escudada la modesta resistencia que opuso á dar la mano á un hombre, y hasta llegó á sorprender á los que no eran capaces de penetrarla; con todo, la Providencia dirigió el consejo de los que habian de elegir el esposo, haciendo recaer la eleccion cual convenia á los encambrados desiguos de Dios.

La resignacion de María á esta determinacion de sus parientes, *est fuit*, anticipado á la voluntad de los hombres, preparaba su humilde espíritu al fin que, saltando después de sus labios virginales, hizo abrir los cielos y enriqueció la tierra.

María, pues, fué prometida y desposada con José, que era como ella de la tribu de Judá y de la raza de David, y su padre que era el jefe y heredero principal de aquella dinastia ya caida. Y aunque se hallase reducido á ganar la vida con el sudor de su rostro, siendo como era de tan ilustre origen, no se tuvo por desigual el enlace, pues todo israelita era artesano, y todos aprendian algun oficio mecánico, y la humilde condicion del descendiente de David, en nada le degradaba á los ojos del pueblo. Los que juzgan por el estado actual de nuestras sociedades de la posicion de la sociedad hebrea, se dejan cegar por un error muy comun á nuestros historiadores contemporaneos. Entre los hebreos no habia castas como entre los indios y egipcios, y el noble José, aunque tuviese que cortar árboles y fabricar arados y demas artefactos de que necesita la construccion de una casa, no por esto dejaba de gozar de la alta preeminencia de su nacimiento. Recordáremos la chanza necia del sofista Libanio, cuando para burlarse de Jesucristo preguntó á un cristiano, lo que hacia el hijo del carpintero, y le respondió el cristiano: hace un ataúd para tu maestro. El suceso, como es sabido, confirmó esta réplica; pues en aquel mismo momento el apóstata Juliano caia herido mortalmente en una batalla contra los persas, y el hijo adoptivo del carpintero sepultaba en una tumba comun el emperador y el paganismos.

Pero si José era pobre á los ojos de los hombres, era muy rico delante de Dios por la pureza de su alma y la santidad de su vida, pues el Evangelio le nombra justo, y es sabida la diferencia que hay entre la justicia vulgar de que se contenta el mundo, y la justicia superior que el Evangelio puede glorificar. Si pues fué escogido para ser el esposo de la vir-

gen María, el custodio de su honor y el padre alimenticio del Niño Dios, fué á causa de su eminente santidad, porque poseia unos tesoros capaces de excitar la santa envidia de las inteligencias celestes; fué porque sus virtudes lo habian hecho el primero de su nacion; y porque, segun la feliz expresion de Orsini, estaba colocado en mas alto lugar que César en el libro de la vida, que forma los anales heráldicos de la eternidad. La Virgen no fué contada al mas poderoso sino al mas digno; así el Arca, á la que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israel, temiendo ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo pobre techo le dió abrigo.

Ademas, María fué premiada por el cielo á causa de su obediencia, pues ya sabia por inspiracion, ó por otro medio, que este hombre justo no seria para ella mas que un protector, un guarda de su castidad, y que bajo su custodia podria quedar fiel á los votos que habia hecho.

Sencillos fueron los desposorios de María con José, cual convenia á aquellos tiempos y circunstancias. Pero los parientes y amigos de los desposados prepararon las bodas con mayor esplendor cual se acostumbraba entre los orientales, pues un matrimonio venia á ser entre los hebreos como un espectáculo público. A mas de los deudos, todas las personas calificadas de Jerusalem asistieron á la festiva pompa, en la cual, sin embargo, no entraron para nada los placeres del siglo y los desmanes de la disolucion. María fué acompañada á la casa del esposo en medio de una hilera de mugeres ricamente adornadas y al sonido de arpas, de flautas y otros instrumentos músicos, agitando todo el séquito nupcial ramos de mirto y de palmera, en señal de alegría. La tierna y santa desposada vestia con graciosa modestia y se portaba con una dignidad sencilla, que sevelaba á un tiempo á la virgen cándida y á la hija de veinte reyes. Brillaba en su frente á la par de la virtud del cielo toda la majestad de la tierra. Las hijas de Sion, agrupándose al tránsito de los esposos, arrojan palmas á sus pies. María debia tener tambien su día de triunfo en Jerusalem.

Los dos esposos, pasados los siete días de las fiestas nupciales, se volvieron á Galilea en la pequeña ciudad de Nazareth, en donde José tenia su pobre habitacion. Y la que entónces era una ciudad de Galilea, en la tribu de Zabulon, es hoy día un simple aldea. Está situada en un valle circular, rodeado de montecillos que se reúnen por la base, y se separan el uno del otro en su cima, como los lobulos de una flor. Casas bastante mezquinas en apariencia, pero blancas y limpias, las iglesias de los griegos unidos y de los griegos cismáticos, la iglesia y el convento de los padres latinos, la mezquita de los turcos, y en torno de estos edificios, ve-

des bosquecillos compuestos de nopales, de naranjos y de higueras, ¿no aquí Nazareth! Pero cuantos recuerdos están unidos a este rincón de tierra!

Dos ó tres meses pasaron los santos esposos su dulce y bendecida existencia bajo el humilde techo de su hogar, partido el tiempo entre la labor y la plegaria. La casta esposa, acostumbra á tejer con sus delicadas manos la seda ó el finísimo lino, teja con hojas de palma ó esñas arrancadas de las orillas del Jordán, la estera que cubría su habitación, atolándose á los mas groseros trabajos, y saliendo con el cántaro á buscar agua á la fuente, como las hijas de los patriarcas, ó á lavar las túnicas en el arroyo como las primicias de Homero. José, por su parte, trabajaba en su humilde taller, cuyo lugar designa aun en el día una piadosa tradición. Poleros, ignorados del mundo, tan frugales en el vestir como en la comida, vivían como verdaderos hermanos, inundado su corazón de aquella santa paz que es la alegría del justo. La tierra no les conocía, y ellos eran la admiración del cielo para ser después la del universo. Y mientras José el artesano, y Maria vestida como una mujer del pueblo, atoraban en secreto virtudes y merecimientos; mientras Heródes el Idumeo, declarado por los romanos rey de los judíos, afectaba dedicarse á grandes cosas, y ostentar una magnificencia que le valió efectivamente el sobrenombre de grande; mientras que el emperador Augusto gobernaba el mundo en una entera paz, llegó la hora que el Omnipotente había señalado para la encarnación de su Cristo; y el ángel Gabriel fué enviado á Maria, la mas santa y la mas pura de todas las virgenes, para anunciarle que iba á concebir en sus entrañas castísimas el Verbo Eterno, el Hijo de Dios hecho hombre. El ángel, uno de los siete que asisten á la diestra del Escabelo, se presentó á Maria en el momento en que la cabeza inclinada hacía la parte en donde se hallaba el templo, ofrecia la oración de la tarde al Dios de Jacob. El mensajero celeste se humilló ante la Virgen sin mancha, y con respetuoso acento le dijo: "Yo te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, tú eres bendita entre todas las mugeres." Nunca tales elogios habian sido dirigidos por una boca celeste á una criatura. En vez de complacerse en una vana alegría la Virgen de Judá, se turbó en su misma humildad. Inquieta al aspecto del brillante mensajero, y sorprendida, no sabiendo de donde podía venir tan sublime elogio, oyó luego del ángel, que penetró su turbación, estas consoladoras palabras: "No temas, Maria, pues has encontrado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús: él será grande, y será llamado el hijo del Altísimo. Dios te dará el trono de su padre David, reinará eternamente sobre la casa de

Jacob, y su reino no tendrá fin." Estas son las divinas palabras por las cuales el ángel anunció á Maria el mas asombroso y el mas inefable de todos los misterios. Y ellas tuvieron su cumplimiento; porque el hijo de Maria apareció como el término de las esperanzas del antiguo mundo, y despues de haber dado de su misión las pruebas mas irrecusables, abrió los nuevos tiempos con una sanidad de vida tal, por una muerte y una resurrección tan prodigiosas, que el universo entero se conmovió, sacó la espada para atacar, ó sufrió la muerte para defender la doctrina de este innovador poderoso. El Hijo de Maria es saludado y adorado diez y ocho siglos hace como Hijo del Altísimo; él vive sobre las almas por la verdad que les comunica, sobre los corazones por la caridad, cuya llama viviente alimenta en medio del mundo, sobre las habiudes y las instituciones de las sociedades modernas que el espíritu cristiano anima y conserva. El Hijo de Maria dominará el porvenir, como ha dominado lo que pasó, como es, tanto si se sabe, como si se ignora, la vida íntima de lo presente.

Mas atónita aun Maria con lo que acababa de oír, pero no dudando ni del poder de Dios, ni de la verdad de las palabras del ángel, no sabia cómo conciliar el título de madre con el voto de virginidad perpetua que habia hecho á la presencia misma del Señor; y preguntó de qué modo tendrían un cumplimiento tales maravillas, habiéndose ella dado á Dios sin reserva y para siempre. Y respondió la voz celestial: "El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: he aquí porque el fruto santo que de tí ha de nacer, será llamado el Hijo de Dios." El primer Adán, que perdió las razas humanas, no tuvo otro padre que Dios: el segundo Adán, que vino á salvarlas, tampoco tuvo otro padre que Dios. La potencia soberana que, saliendo de la eternidad, sacó el mundo de la nada y le animó maravillosamente por un primer soplo, sin ser á ello provocada por las exigencias imperiosas de la materia, sin ser limitada ó impedida por la inercia de los cuerpos, esta potencia ha quedado arbitra de la vida, y le es fácil el darla ó el quitarla á quien quiere y bajo las condiciones que sean de su agrado. El que niega, como á principio, este poder, es un insensato: el que le desconoce ó le ultraja en el hecho misterioso de la Encarnación, sentirá un día cual sus cobardes blasfemias vuelven á caer sobre él como un vestido de afrenta y de dolor; los hombres de fe le aguardan en el umbral de la eternidad.

Para justificarse á sí mismo y dar una prueba inmediata y sensible de la verdad de sus anuncios, atadió el enviado del cielo: "Elisabeth, tu prima, ha concebido un hijo en su senectad, y este es el sexto mes de la preñez de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios...." Así como la razon nos habla interiormente un lenguaje que nos ilustra,

nos subyuga, respetándonos, y determina en nuestro espíritu una libre convicción; así Dios no había exteriormente sin revestir su revelación de señales que la caractericen, y de una gracia secreta y persuasiva que le hace aceptar por el alma humana, creando en ella una certidumbre incomparable. Así María, anonadada ante los decretos del Eterno y abismándose en su propia humildad, respondió con aquella palabra que hizo descender el Verbo y que resuena al través de los siglos: "He aquí la sierva del Señor: hágase según tu palabra." A estas palabras desapareció el ángel y el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros. El ángel de las sombras trajo nuestra perdición con la Eva pecadora, y el ángel de la luz trató con la segunda Eva de nuestra reparación. En el origen de los tiempos Dios crió al mundo con una palabra: el dijo, y las cosas fueron hechas: en medio de los tiempos, regeneró el mundo por su Verbo: le envió, y la humanidad quedó curada. Aun más: pidió su consentimiento a la humanidad representada en María, pues trató a las almas con respeto, y puede decirse, con tanta exactitud como verdad, que el mundo moral fue vuelto a levantar de su caída a esta palabra salida de la boca de una criatura. Hágase en mí según vuestra palabra, así como el universo entero apareció a esta otra palabra caída de la boca del Criador: Que las cosas sean. ¿Quién, pues, ha osado pretender que la fe cristiana abaja al hombre? ¿Y quién nunca jamás profirió una palabra tan eficaz como la de María?

Este es el misterio fundamental del cristianismo, misterio por el cual se ha manifestado Dios en la carne y hecho sensible, y por el cual fue predicado a todas las naciones y conocido del mundo entero. ¿Quién podrá, sin conmoverse, trasladar su pensamiento a esta pobre mortal, a este ingosto retrete en donde tan altas maravillas están pasando entre el cielo y la tierra? Aquel de los evangelistas al cual se da una águila por símbolo a causa del vuelo elevado de su inteligencia y por el poder de su mirada, recorriendo a los hombres los esplendores de Dios, escribió al frente de su Evangelio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. . . . Esta era la verdadera luz que alumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. . . . Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, y hemos visto su gloria, gloria cual el Unigenito debía recibir del Padre." Este Verbo Eterno y poderoso es el que vino a incorporarse en la debilidad de

nuestra naturaleza, hacerse humilde, manso, paciente; dar el nombre de Madre a nuestra hermana, la hija de Adán, y darnos a todos el nombre de hermanos suyos, con una inaudita ternura.

La pobre choza de Nazareth se ha transformado en una iglesia y santuario subterráneo que forma parte de ella. La iglesia es una pieza en tres naves; debajo del altar una escalinata de algunas gradas, conduce a una capilla iluminada por lámparas de plata, formada por un peñasco naturalmente cortado a modo de bóveda, y al cual el arte ha impreso su última forma; y a este peñasco, conforme lo refiere la tradición, estaba unida la casa en donde resonó la salutación angélica. ¿Quién no habrá deseado arrodillarse sobre este suelo, besar sus piedras, llevar allí el recuerdo de todas las personas que Dios le ha hecho queridas, y reclamar sobre los males de la humanidad la compasión de aquel que hizo escochar allá los vagidos de la débil infancia, y derramó sus primeras lágrimas?

Desde que el Hijo de Dios se hubo por sí mismo formado un cuerpo de la mas pura sustancia de su santa Madre, le inspiró el proyecto de ir a visitar a su parienta Elisabeth, y de manifestar con este paso, que su caridad igualaba en grandeza a su destino. No emprendió, pues, este viaje por mera curiosidad, ni para cerciorarse con sus propios ojos de la realidad de un suceso que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; pues no puede sospecharse en ella el mas leve asomo de duda o de incertidumbre a las palabras del celestial enviado: lo emprendió movida por los mas generosos sentimientos de gratitud hacia unos parientes, a cuya sombra protectora habíase deslizado su infancia, y para felicitar a su prima por el prodigio que Dios había obrado en su seno, y prestarle los buenos oficios de la mas pura y solícita amistad. Con permiso, pues, y beneplácito de su esposo, en la estación de las rosas, se puso en camino y atravesó la Judea en toda su longitud, si Elisabeth, como se cree, tenía su domicilio en Hebron. Si empero habita en Aia de Adán, a dos leguas del Sur de Jerusalem, donde Santa Helena hizo labrar una iglesia en el lugar en donde estuvo la casa, le fue preciso andar cinco dias de marcha, pues tal era la distancia de Nazareth a aquella ciudad, teniendo que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá, por un país erizado de montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos.

No se sabe quien acompañó a María en este largo viaje, pues si no fue José, como se cree, nunca una mujer judía joven, hermosa y delicada se hubiera aventurado, sin una escolta respetable, a separarse de su casa a tanta distancia. Es indudable que el espíritu de Dios entró en el encuentro de estas dos ilustres mujeres. La Virgen fue la primera que se hu-

milló en dar el saludo á su prima, que llena de alborozo y de afecto habia salido á encontrarla. "La paz sea contigo," dijo Maria en voz trémula y entrecortada, como quien oculta en sí un grande misterio. La faz de Maria se fué encendiendo poco á poco, como si pasase en ella algo de portentoso y extraordinario. Al mismo tiempo el espíritu profético descendió sobre Elisabeth, la cual penetró el misterio augusto de la Encarnación que la modesta de Maria le ocultaba, y se tuvo por muy feliz de recibir á la Madre de su Señor. "Tú eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¿Y de donde me viene tanta dicha de que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque luego que tu voz ha llegado á mis oídos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa porque creíste, pues cumplido será lo que se te ha anunciado de parte del Señor." Entonces Maria, oponiendo á aquellos elogios el sentimiento profundo de la humana flaqueza y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime, al que se ha dado por nombre la gloria de los humildes y la confusión de los soberbios. Y aunque ea el uso comun de la vida no esté admitido en una visita entre primas, estallare de repente en un raptó lírico, en aquella tierna y majestuosa escena medíaba con evidencia el espíritu de Dios, y el mismo poder, la misma inspiración que puso en labios de Elisabeth la revelación del arcano adorable, puso en boca de Maria el himno profético, primer cántico de la nueva ley, y el mas hermoso de las Escrituras Santas:

Transportada de júbilo mi alma
Al Señor engrandece y glorifica,
Y al mirar su bondad omnipotente
Mas se enagena en célica alegría.
Porque sus ojos se dignó benigno
Fijar en la humildad de su cautiva.
Las generaciones venideras
Me llamarán feliz por esta dicha,
Asombradas de ver cómo el Potente
Que sobre el sol la óracion domina,
Y cuyo nombre es inefable y santo,
Prodigó sobre mí sus maravillas.
Su clemencia inmortal todos los siglos
Llena, y consoladora vivifica
Las generaciones que le temen:
Así cuando le place la infinita
Potencia de su mano creadora

Ostenta: á veces la altivez impia
Del demente mortal evanecido
En un momento súbito disipa.
A los vanos colosos de la tierra
Fulminador al polvo precipita,
Y á los pequeños, que humillara el mundo,
A la cumbre mas alta los sublima.
A los hambrientos la abundosa mano
De sus ricos tesoros les prodiga;
Y al que en el oro y en delicias nada
A la indigencia escudilla le humilla.
En su arcano eternal ha decretado
Exaltar á Israel, porque no olvida
La piedad con su pueblo predilecto.
Y la promesa nos será cumplida
Que hizo á Abraham, y á nuestros padres
Y estirpe por edades infinitas."

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido mirado siempre como el canto de triunfo de la humanidad regenerada, y ved ahí por qué en la Iglesia se reza en pie, con un ceremonial particular, en un tono de victoria, entre las más unánimes aclamaciones del pueblo fiel, que ratifica las palabras de la Virgen, nombrándola bienaventurada, y toma parte en sus júbilos y en su gloria como en una herencia legal por una madre.

Maria permaneció cerca de tres meses en la casa de Elisabeth, prescindiendo con tanta solicitud como agrado los deberes de la caridad mas afectuosa: y prescindiendo de si asistió ó no al parto de su prima, hasta dejarla fuera de peligro, echase de ver cuánto debia ser la sanidad de su vida, y cuán ardiente brillaria la llama de su puro y abrasado corazón, alzarando al Dios que llevaba en sus entrañas, y contemplando y bendiciendo su poder en medio de las castas y hermosas escenas de la naturaleza solitaria que á su vista se desplegaban. Regresó despues á Nazareth, volviendo otra vez á la quieta oscuridad de su vida y á sus humildes ocupaciones. Aquí empieza la tétrica incertidumbre y la dolorosa perplejidad del amante y discreto esposo, que atravésaba el alma recta y cuidadosa del grande patriarca. "Al principio no quiso dar crédito á sus ojos (dice Orsini, y transcribimos una parte de este pasaje por ser de lo mas precioso de la obra) y creyo en razon dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que siempre habia mirado como un prodigio de candor y santidad. Preguntábase si era dable que una muger tan circunspecta, púdica y fervorosa, así muger

cuya belleza solo excitaba pensamientos dignos, y cuyas mas indiferentes acciones presentaban el carácter del cielo, hubiese fultado el honor, ajando el nombre del que en su casa la acogiera cual una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestion infernal, y José desechaba tal pensamiento como una blasfemia. Pero el estado de Maria hacíase cada vez mas perceptible, *reconocióse que estaba en cinta*, dice el Evangelio, significando que toda Nazareth se enteró de ello; y que los parientes de José, ignotando el casto vínculo que unia á los dos esposos, ofendieronle con inocente corazón parábolas crueles, que habo de sufrir sin inmutarse, y que de repente disiparon su duda con una luz semejante al rayo. ¿Que hacer en tal caso? ¿mantener en su compañía una adúltera? Esto fuera pecar contra la ley y cubrirse de infamia ante la misma, puesto que Salomon habia reputado por loco é insensato al que así procediese. ¿Repudiarla sin esponer el verdadero motivo? Pero Maria en aquella situacion quedaba deshonrada por el hecho del repudio; jamas se creería que un hombre grave y timorato, un hombre de costumbres severas y sencillas, repudiasé de un golpe á la madre y al hijo sin los mas imperiosos motivos. ¿Cómo pues salir de tal laberinto, que en cualquier desenlace presentaba la infamia y la muerte? José no sé atrevia á fijarse en ningun partido, y permanecía abatido hasta al extremo.

Entonces debió fabricarse la Virgen de haber unido su suerte á la del pobre artesano; con cualquier otro marido su muerte hubiera sido trágica y deshonrada su memoria; porque los judios llevaban al exceso el fanatismo del honor, y los resentimientos de los celos, como lo acreditan las historias de Din, de Thamar y de la noble Mariama. *Los celos son terribles como el infierno*, decía Salomon muy conocedor del pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el día de su venganza*. El vínculo fraternal que unia á José con su jóven esposa eseluna á la verdad los trasportes de la pasion y los furtores de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre, y la cruel deception del hombre que vé cambiarse su tesoro en un objeto despreciable; quedaba la sentencia imponente y rigurosa de Jehová, que dijera por su profeta legislador *muera la adúltera*. José fluctaba incierto entre mil contrarios proyectos, y mil vidas hubiera dado porque le dijera otro Daniel: "Esa mujer es inocente y pura." Pero ningun profeta le daba tal seguridad y la misma Maria guardaba un absoluto silencio.

De lo alto de su throno estrellado miraba complacido el Eterno al hombre justo, á quien espusiera á una prueba tan cruel antes de elevarle al inaudito honor de ser su representante en la tierra: los ángeles, fija la vista sobre la casa santa de Nazareth, esperaban ansiosos el resultado

de aquella lucha interior en que chocaban la humanidad, el deber y los mas nobles sentimientos del alma. Por fin, el patriarca adoptó una resolución que casi le nivela con la Reina de los ángeles: decidíase á sacrificar su honor, el aprecio público que le adquiriera una vida immaculada, los medios de subsistencia que le proporcionaban el pan de cada día, y el aire del pais natal que es tan grato respirar cuando nos aproximamos á la tumba, para salvar la reputacion de una esposa que ni aun trataba de justificarse y tan cruelmente acusada por las apariencias. Solo habia un modo de dejar á Maria sin perderla, porque su familia hubiera provocado esplicaciones cuyo término no podia menos de ser fatal: á saber, el despatriarse, ir á morir lejos en el pais del destierro, y cargar sobre su cabeza toda la odiosidad de este abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos, y dolores soportados con paciencia que el cielo paga con igual generosidad que el martirio: tal finé el sacrificio sin ejemplo del esposo de la Virgen. Para conciliar su deber con la humanidad, aceptó de antemano las ofensivas calificaciones de marido sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fé: aceptó el desprecio de sus parientes, el odio mortal de los de Maria, y resolvió arrancarse con sus manos la corona de su buena fama, para arrojaria á los pies de la que no queria ofender ni con una mirada ni con una palabra de sospecha, que hasta tal punto llegaba su paternal amor.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admitir el hermoso y noble comportamiento de San José. "Preciso era, dice este gran santo, que al aproximarse la gracia del Salvador, se presentasen las señales de una perfeccion superior á cuanto se habia imaginado de mas perfecto en la tierra. Así como al salir el sol, el Oriente se colora de viva luz antes que los primeros rayos del dia iluminen el horizonte; del mismo modo Jesucristo, a punto de salir del seno de la Virgen, iluminaba el mundo antes de nacer. Por eso antes del divino alumbramiento, los profetas saltaron de gozo en el vientre de sus madres, las mugeres profetizaron, y José desplegó una virtud sobrehumana." Hasta aqui Orsini.

José, pues, demasiado prudente y humano para colocarse en la dolorosa alternativa de callar enteramente ó de manifestar ser suyo, el hijo concebido por Maria, y previendo los amargos y funestos resultados de una y otra resolución, halló que el partido mas generoso era el mejor. Resolvió, pues, dejar su ciudad y su amada esposa, de quien sospechaba, y con la cual habia pasado tan feliz y agradable vida desde su caso ilícito. Disponíase á la triste separacion, y dormia agitado en su solitario lecho, cuando apareciósele en sueños el ángel del Señor, y le dijo: "José, hijo de David, no temas tener conmigo á Maria tu esposa, porque lo

que ha nacido en ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo, al cual darás el nombre de Jesús, porque salvará su pueblo librándole de sus pecados." El celeste enviado, al dar á conocer á José el misterio de la Encarnación y el próximo nacimiento de Jesús, Redentor de los hombres, añadió: "Este es el cumplimiento de lo que fué dicho por el profeta Isaías: Una virgen concebirá y parirá un hijo y se llamará Emanuel, es decir, Dios con nosotros."

El santo esposo, al despertar, adoró las vias inescrutables de la Providencia, y quedó consolado y tranquilo, sin sentir el peso de aquellas dudas amargas que acobardaban su corazón. Disipóse pues la inquietud de su espíritu iluminada con el resplandor de la fe, como la niebla de la mañana huye á los rayos del astro del día que se levanta con majestad de su lecho de oro.

Otro profeta había dicho mucho tiempo antes: "Y tú, Belén, llamado Efrata, tú eras pequeña entre las ciudades de Judá, pero de ti saldrá aquel que debe reinar en Israel, y cuya generación tuvo principio desde la eternidad:" designando así que Jesucristo, Dios-hombre, tiene dos nacimientos: el uno eterno, antes de todos los siglos; el otro temporal llegado en la plenitud de los tiempos. "El se elevará delante del Señor, decía otro de los inspirados de Israel, como un vástago que sale de una tierra seca; está sin hermosura, sin esplendor. . . . nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres." Para cumplir estos oráculos y hacer constar su verdad de una manera irrefragable, suscitó la Providencia uno de aquellos acontecimientos de que es árbitra ella sola, y que dice soberanamente, aunque los hombres se imaginan producirlos á su sabor y para el triunfo de sus intereses. César Augusto, después de haber puesto en paz el universo sometido á sus pies, y de haber llevado las águilas del imperio hasta las estremidades del globo, quiso saber cuántas eran las vidas que tenía bajo la protección de su espada; y dió un edicto de empadronamiento general, no solo en las provincias, sino también en todos los reinos tributarios. A pesar de su crudo del invierno, todos iban á empadronarse en el pueblo de su naturaleza: los caminos del imperio estaban llenos de pasajeros, y entre otros muchos un carpintero había salido desde Galilea para venir á la ciudad de sus padres, sita en Judea y llamada Belén, que era la patria de David: traía consigo á su joven deaposada, llamada por el su muger, que se hallaba en cinta. Al llegar los augustos viajeros, no hallaron lugar en las posadas y casas de Belén, porque el empadronamiento había hecho acudir allí una multitud considerable de gentes. José carecía de oro, y las puertas de aquellas casas, menos duras aun que los corazones de sus due-

ños, no se abrían á los ruegos de la hospitalidad, ni á las súplicas del abandono. El viento de la noche caía helado y fuerte sobre la tierna Virgen que no profirió una queja, pero que á cada paso se iba poniendo mas pálida y apenas podía sostenerse. Venía la noche: José estaba también fatigado de inútiles tentativas; ¡Oh! ¡qué abandono! ¡Ángeles del Señor! ¡Puertas del cielo que no tardaréis en abrirnos, y de donde saldrán legiones de espíritus bienaventurados para cantar himnos al Salvador recién nacido! ¡Mundo ingrato y cruel que cierras tus duras entrañas á la indigencia y el amor! ¡Oh esposas desechados de todo el mundo! ¡Vosotros os veis obligados á salir de la ciudad en donde nacieron y roñaron vuestros mayores, y á buscar en una caverna oscura, abandonada de los hombres y morada de brutos pacíficos, un asilo para el Criador de los mundos!

La antigua ciudad estaba en efecto situada sobre rocas, en medio de las cuales se habían escavado casas y grutas. En una pues de estas cuevas entraron los dos esposos, bendiciendo al cielo por haberles deparado aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí, pues, sobre aquella piedra, en el silencio de una oscuridad húmeda y helada, cuando las estrellas rutilantes señalaban la media noche, en aquella estrechez y abandono, nació el Salvador del mundo, niño pobre, que ni aun tuvo como Moisés una cuna de mimbres; á quien los hombres negaron el techo, que desterraron con las bestias; y con todo esto era aquel de quien se hablaba en los palacios, en las chozas, en los navios y en los pozos del desierto; era el anunciado por los profetas, el deseado por las naciones, el Mesías venido para pagar nuestro rescato con su sangre, era Jesucristo nuestro Señor. Con esto nos hizo ver, que la pobreza no es un mal, pues que él la adoptaba. En medio de la noche y de la paz universal nació el Dios pacífico, ceñuto, haciendo ver así que su reino no debia tener semejanza con la dominación ruidosa de los conquistadores ordinarios. Era el día 25 de diciembre, segun la antigua tradición de las iglesias, y el año del mundo 4000, ó 4004 segun la opinión de muchos sabios cronologistas.

La Virgen María dió á luz al Divino Niño sin dolor, y sin dolor, le envolvió ella misma en pobres, pero limpios pañales, y le puso en el pesebre del establo sobre un poco de paja. Este establo ha quedado mas célebre que la cuna de ningún monarca; y nadie ha podido desprender de él la piedra del mundo. Los primeros cristianos edificaron allí un oratorio: el emperador Adriano se complació en insultarlos, colocando en su

lugar una estatua profana. Pero Santa Helena la hizo desaparecer, y enriqueció estos lugares venerables de adornos que subsisten todavía en parte, y se distinguen entre los demas que ha reunido la mano de los principes cristianos. Sobre la gruta se eleva una iglesia que tiene cinco naves formadas por cuarenta y ocho columnas de mármol. El establo está debajo del coro, y tiene cerca de cuarenta piés de largo sobre doce de ancho, y nueve de alto. Las paredes están revestidas de mármol, y el pavimento es tambien de un mármol precioso. Allí no penetra la luz del día, ardiento sin cesar treinta y dos lámparas de plata como para simbolizar la eterna adoración del mundo. Un mármol blanco incrustado de jaspé y rodeado de un borde circular de plata indica el lugar en que la Virgen María dio á luz al Salvador. Casi todos los hombres de ese país son mudos para la cristiandad; pero las piedras hablan allí un lenguaje que no ha podido hacer callar ninguna revolucion, ni ningún despotismo.

No lejos de la gruta en que nació el Salvador, había algunos pastores que velaban en la guarda de sus ganados. De repente un ángel se presenta delante de ellos, véanse rodeados de una luz divina y quedan sobrecogidos de temor. "No temáis, les dice el ángel, pues vengo á anunciaros un hecho que será para todo el pueblo motivo de un grande gozo; y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es el Cristo. Y ved ahí, la señal para reconocerle: hallaréis un niño en pañales y reclinado en un pescero." Al mismo tiempo juntase al ángel una legión innumerable de celestiales inteligencias, alabando al señor y diciendo: "Gloria á Dios en las alturas de los cielos! ; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!" Llegado habia el tiempo, efectivamente, en que la misericordia y la verdad debían encontrarse, la justicia y la paz darse un abrazo, el cielo y la tierra unirse, los hombres invocar á Dios como á su padre, y darse entre sí el dulce nombre de hermanos, y encontrar en su conciencia purificada su primera y mas grata recompensa.

Tres largos siglos de sangrientas guerras y disturbios en que se agnaban los pueblos conmovidos á inquietos, vinieron todos á guardar silencio postrados y pacíficos bajo la espada de Octavio Augusto. Llegó en esto la plenitud de los tiempos, y en el Oriente, quizá no lejos del punto en que el padre de los hombres habia tragado por primera vez por culpable debilidad el veneno de la culpa, nace el verdadero Astro de la humanidad, el Dios increado, el Verbo del Padre, hecho carne, lleno de gracia y de verdad. Prescindiendo aquí de las esperanzas inmortales que viene á traer ese divino Niño para los que como los pastores y los reyes, lo adoran y le aman con sencillez y afecto de corazón; si le consideramos como legislador supremo del género humano que ha venido á re-

dirimir con su sangré, tendremos largo motivo para admirar y celebrar este hecho grandioso y consolador que muda la faz de los imperios y viene á regenerar la sociedad sin trastornarla, cimentándola bajo sus verdaderas bases; bases eternas como la justicia y suaves como el amor. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tan desvirtuadas por las pasiones frenéticas de la ambición ó del orgullo, fueron las bases con que el legislador vino á restaurar personalmente la sociedad humana en el tiempo, para poder hacerla dichosa en la eternidad. La libertad de hijos de Dios, que rompió los hierros de la servidumbre con que la mitad del género humano tenia atada á la otra mitad, hizo pedazos todo cetro de tiranía y abolió toda sujecion arbitraria que no fuese necesaria para el sosten y orden de la familia y de la sociedad. La igualdad de hijos de Dios que deshizo el odioso despotismo de las razas, acercó las condiciones mas distantes y desiguales que la fortuna ó el poder pone necesariamente entre los hombres, y les constituye todos hijos de un mismo Padre, redimidos por un mismo Dios, y capaces de alcanzar una misma gloria sin medida y sin término, y la fraternidad, ese gran vínculo que abraza todos los lugares y todos los tiempos, que hace de todos los hombres una gran familia de hermanos, no para destruirse, sino para amarse con un amor tan puro, que se confunda con el mismo amor de Dios. Este amor se llama caridad, virtud divina, sufrida, mansa, tolerante, ardiente, laboriosa, desinteresada, sedienta del bien y de la felicidad de los demas. Tal es el espíritu de la ley regeneradora que el Dios nacido en Belén vino á traer á la tierra. El desarrollo de esta ley divina es el único progreso posible de la humanidad. Tiempos hubo en que esta ley de amor dominaba con fuerza, tiempos heroicos del cristianismo, siglos de oro para la religion, que brillaba mas atizada por la persecucion y por los tormentos. Pero el desdenoso orgullo, el helado egoismo, el deleite fascinador sobrecaen su hermosa llama. El Evangelio es la gran ley de la humanidad: en sus pájinas se halla oculto el *non plus ultra* de sus adelantos y de su perfeccionamiento.

No podemos por ahora dar mas estension á esta idea luminosa, y si solo recordar que este gran día es como la cuna de la regeneracion del mundo, día en cuya noche diáfana los espíritus celestes repitieron á coro sobre la cuna del Salvador niño las dos palabras que encierran toda la felicidad del mundo: *Gloria y Paz*; Gloria á Dios, Paz á los hombres; Gloria en los cielos, Paz en la tierra! ; Gloria al Criador, Paz á las criaturas de pensamiento humilde y de recto y sencillo corazón!

Quando los ángeles se hubieron retirado en el cielo llevando consigo su divina armonía y sus resplandores, los pastores se dijeron entre sí:

"Vamos hasta Belén, y venimos lo que ha sucedido." Y llenando sus cestas de sencillos presentes, dejaron sus rebaños y corrieron presurosos hacia la ciudad de David á la brillante luz de las estrellas. Movidas secretamente por un impulso de lo alto, al pasar por delante de la cueva, entraron en el pobre establo, y encontraron á María y á José velando sobre el Niño reclinado en el pesebre, según el oráculo divino. Eran la humildad, la pobreza, la sencillez de corazón, personificadas en aquellos rústicos, que venían á rendir el primer homenaje al Dios de estas mismas virtudes, recién venido sobre la tierra. Eran las primicias de los justos, á quienes se había revelado el grande arcano, oculto aun á los poderosos de la tierra, que venían á alternar con los ángeles para celebrar el nacimiento de aquel Dios grande que dijo después al universo: ¡Felices los pobres de espíritu, los mansos, los humildes de corazón! La Virgen no rehusó el informarse de lo que el ángel le había revelado; pero conservaba todos estos gloriosos prodigios en el recinto de su corazón, y los cubría de un inviolable silencio, para mostrar, dice un antiguo contemplador, que era tan discreta su boca como casto su cuerpo. Los pastores regresaron á sus cuevas atañando á Dios por lo que habían visto y oído, y llenaron de admiración á todos cuantos refirieron las maravillas de aquella noche memorable. La Iglesia celebra en la media noche del 25 de Diciembre el nacimiento de Jesucristo, y en la aurora de aquel mismo día el recuerdo de la adoración de los pastores. Bajo las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo del templo de la aldea, resuenan al flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazón de los primeros adoradores de Dios; armonía divina que enlaza la candidez del alma con los mas elevados desigños de Dios sobre sus criaturas. Al oír los acentos cantares de aquellos rústicos, tan inocentes como afortunados, á quienes se comunicó la nueva feliz, y al ver al Niño Dios sobre nuestros altares que se deja adorar por los niños y por los reyes, qué pecho sensible no salta de un júbilo santo, anegado dulcemente en este océano sin fondo de candorosos misterios, que en medio de la desolada y árida naturaleza, respiran todos la terneza y el amor!

En primero de año, celebra la Iglesia la fiesta de la Circuncisión, en que la humildad del Criador se somete á la ley hecha para la criatura. Ignórase absolutamente la persona á quien cupo el honor de ser el padrino del Hijo de Dios, bien que, según los Santos Padres, hay conjeturas para creer que San José fué su padrino. En esta circunstancia fué cuando recibió aquel nombre traído del cielo por un ángel, el nombre de Jesús, ante el cual doblan su rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos.

Este rito fué ordenado por Dios á Abraham, como un sello de la alianza y de las promesas que hizo á este patriarca y á sus descendientes, de los cuales formó el pueblo, especialmente querido, de que nacer debía el Hijo de Dios. Los arábes descendientes de Abraham, por Isaac conservaron esta ceremonia de la Circuncisión, que ejecutaban cuando el niño tenía tres años, tiempo en que fué circuncidado Isaac. De los arábes tomaron este rito los egipcios y algunas otras naciones por ellos dominadas. La circuncisión de la carne, según advirtió ya el gran legislador hebreo, era un símbolo de la del corazón, esto es, de sus perversas propensiones, figura asimismo de la regeneración bautismal.

El octavo día de su nacimiento, fué circuncidado el Hijo de Dios y llamado Jesús conforme á la orden de su Padre celestial, cuya ceremonia, según San Epifanio, se verificó en la cueva misma de Belén. Ved ahí una muestra asombrosa de humildad, que el impenable se sometiese á una ley que suponía el pecado y que figuraba el sacrificio de la parte corrupta de nuestra naturaleza.

La humildad, ved ahí la gran virtud sobre que descansa todo el misterio de la redención humana. El orgullo es el que introdujo la muerte, y la humildad debía restablecer la vida. Los que no hayan penetrado la sublime y misteriosa economía de Dios en la reparación del mundo, cual nos la presenta la religión, extrañarán sin duda que el Mesías reparador apareciera en el mundo sin ninguno de los brillantes aparatos, al través de los cuales saben buscar fuicemente los ojos del hombre la majestad y la gloria. Pero el mundo moral está sujeto á leyes muy distintas. La naturaleza humana, contaminada y decaída en su origen por la altivez de la criatura, necesitaba de un reparador, que por medio del mas profundo sacrificio de sí mismo, volviese á conciliarse la gracia y amistad de Dios que había perdido; y aunque este reparador fuese el Verbo de Dios, convenia que apareciese con todas las condiciones de la humildad y del abatimiento á los ojos de los mortales, para quienes debía ser el modelo, aun cuando en el orden de los espíritus, esto es, en su propia persona, encerrase toda la grandeza y toda la gloria de la Divinidad. Humillóse sin degradarse, abatióse sin envilecerse; conservó en sí mismo toda la altura de un Dios, despreciando á la infima condición de la criatura. Como había criado al hombre á su semejanza, no se desdenó de tomar su figura, sus formas, de sujetarse á sus miserias naturales, á sus abatimientos, escogió el estado mas pobre y abatido: el desierto, la noche, el frío, la desnudez, aquí es en donde encerró para el mundo y para el universo la lección sublime que era el objeto de su misión, la necesidad que tiene el hombre de humillarse para ser digno de subir, de abatirse para ensalzarse.

se. He aquí la felicidad que venia á traer al mundo: pero no al mundo altivo y orgulloso, no al mundo envanecido y enciesado, sino al mundo humilde, al mundo mortificado, al mundo sencillo y pobre de espíritu. ¿Y cómo, si habiese nacido sobre un cónito, rodeado de los brillantes pero efúmeros atributos del poder, hubiera podido decir despues á la faz de la tierra: Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran, los mansos y humildes de corazón? Ved ahí toda la economía del cristianismo compendiado en el misterio de Belen.

Así que, no fultan palabras á la Esposa del Cordero para engrandecer al humilde Niño, circuncidado en una cueva como el mas osento niño de Israel. En él, á pesar de su espontáneo abatimiento, desaparecen las exarmonías de la ley antigua, disíspase el temor como una niebla impura, y nace y brilla una nueva alianza de amor entre Dios y los hombres. Jesús, rayo del verdadero sol y esplendor de la luz del Padre, lleva al nacer en su sangrinado guespecito el oprobio de nuestros pecados, y esta pura sangre que nace ya la virtud de borrarlos y que gotea de los tierros miembros del divino Infante, es para nosotros como una prenda de que un día la derramará toda. El hombre que hoy recibe es la admiración del universo, y á él solo se postrarán el cielo, la tierra y los abismos.

Gloriense los conquistadores con un nombre que recuerda la destrucción de los pueblos sojuzgados. Esta es la gloria del orgullo y de la opresión. El nombre de Jesús, en medio de su humildad, es la gloria del libertador de los hombres. Este nombre es el único supremo que deban invocar la miseria, la desgracia, la horfandad, el desamparo: él es el único que puede hacer levantar los muertos de su sepulcro y hacerlos vivir eternamente.

En efecto, la humildad es la que trasformó la faz del mundo, y la que dispuso al hombre para recibir en sí la gracia y los beneficios inmensos de la religion. Ella es la que animó la fe, dió alas á la esperanza y soplo la llama de la caridad. Esta virtud era la mas desconocida en el mundo antiguo, altagargado en el sueño de muerte en donde le sumiera el orgullo. Los filósofos mismos, los que estudiaban al hombre y le daban lecciones para mejorarlo, la ignoraban, ó la tenían, no por una virtud que significa fuerza, sino por una debilidad. La temperancia, la rectitud, el desprendimiento, el amor á la patria y á los hombres, hasta el olvido de las injurias y el hacer bien á los enemigos, fueron virtudes conocidas y predicadas, si no practicadas, por los antiguos sabios. Pero la razon humana, obcecada y vacilante, no podia dar por sí sola con el gran remedio que debía arrancar de enajo la raiz pervertida que lesalaba el corazón humano: no podia adivinar que el hombre, para engrandecerse, debiese

primero pasar por un voluntario abatimiento, no podian ni aun concebir que en la mayor flaqueza aparente cual es la humildad, se encerrase la mayor fortaleza, la mayor virtud, la fuerza asombrosa que quita el rayo de las manos de Dios y reconcilia la tierra con el cielo.

Los pastores y los reyes fueron las primeras tradiciones de que nos hablan las primitivas historias, y las mas análogas á la primitiva sencillez de las sociedades. Los primeros gefes de las familias fueron pastores y reyes á un mismo tiempo, reuniendo á la sagrada corona de la paternidad las riquezas y la simplicidad de costumbres de la vida pastoral. El mismo Jesucristo, que es el rey de los siglos y el símbolo perfecto de todas las grandezas humanas, se nos ofrece á sí mismo como á un buen pastor de almas. Y á pesar de la refinada corrupción á que han descendido las sociedades, los sencillos creyentes se reúnen todavia bajo el báculo paternal de su pastor que representa en la tierra al Pastor universal de toda la grey cristiana.

Y así como los pastores de Judá habian tomado la iniciativa de prestar el homenaje al Dios recién nacido, debian seguirles los sabios y los reyes de la tierra.

No tardó, pues, mucho tiempo despues del nacimiento de Jesús, á ser éste revelado por medio de los astros á grandes distancias. Magos ó sabios, en la Caldea se dedicaban á estudiar el curso de las estrellas, porque la astronomia, en la sencillez de las antiguas costumbres, ejercia una grande influencia en el elemento moral del espíritu humano. Nada presenta á la imaginación una sombra mas magnífica de lo infinito; ó mas bien, nada en el mundo de los cuerpos refracta mejor los rayos de aquella grande idea, que estos espacios, los cuales parece desafian el poder y la capacidad de nuestro pensamiento; estas fuerzas, que recorren distancias incalculables con tal celeridad, que estas mismas distancias, cuya sola idea nos confundia, quedan á su vez como vaciadas y devoradas por el movimiento. No, jamás nos penetra tan vivamente la idea de órden, como cuando entrevemos una complicación infinita de movimiento en el seno de una calma inmensa.

Enseñanos la historia del espíritu humano, que esta ciencia gloriosa es la primojénita de las ciencias físicas; que fue la primera en producirse y desarrollarse, ya durante su infancia en la antigüedad, ya al partir de la adolescencia en los siglos modernos. Los sabios, pues, que la cultivaban, instruidos sin duda en las primitivas tradiciones, divisaron una estrella de primera magnitud, y por su marcha extraordinaria ó por otras no menos ciertas señales, reconocieron en ella la estrella de Jacob, vaticinada, no solo por los oráculos hebreos, sino por las viejas tradiciones de la Ara-

lin. No hay duda que á estos sabios, á quienes la tradición presenta tambien como reyes ó príncipes, les ilustró el corazon el fuego de una luz celeste, así como les heria los ojos el nuevo astro; y no dudaron ya que el Rey de los judios, anunciado por los profetas y esperado por las naciones, habia sido por fin dado al mundo. Resueltos, pues, á ir en busca de este nuevo Rey divina y de presentarle sus homenajes, hicieron sonar las trompetas de la partida. Dejando tras sí la ciudad de los Seleucidas y las silenciosas ruinas de Babilonia, tomaron el arenoso campo de la Palestina; guiándoles y precediéndoles la nueva estrella, como la columna de Jaz á los hijos del desierto, pues aquel astro parecia de regularidad en su movimiento, y seguia maravillosamente los varios giros y movimientos de los ilustres viajeros. Divisaron por fin las altas torres de Jerusalem, y la estrella se ocultó en las profundidades del cielo, como una criatura inteligente, dice Orsini, que descubre un cercano peligro. Los sabios del Oriente no titubearon en entrar dentro de la capital para saber desde allí el lugar donde se albergaba el Rey recién nacido; como así lo preguntaban públicamente con el mayor candor, añadiendo: porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle. Heródes, rey tributario, aborrecido de los judios, informado de que unos extranjeros de alta categoria iban en busca de un Niño á quien estaba prometida la soberania del pais, y cuya estrella han divisado; no levantando sus ojos mas allá de una corona temporal, quedó sorprendido y espantado, por una rivalidad poderosa que amenazaba su trono mal seguro. La turbacion y la inquietud se difundieron por entre todos sus esclavos y por toda la ciudad, la cual se conmovió por motivos distintos de los de Heródes, pues era detestado.

Reunido luego éste los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley para saber de ellos en qué lugar debía nacer el Mesias, y la respuesta unánime fué: En Belen de Judá, segun los oráculos formales del profeta; y aun añadieron los ancianos de Israel, que tocada ya á su fin las últimas semanas de Daniel, los tiempos del Mesias no podian estar muy lejos. Hizo pues llamar los magos en secreto, y los estrechó con preguntas sobre el tiempo en que habia aparecido la estrella. Y despidiéndolos para Belen les dijo: "Id allá á informaros exactamente de este Niño; y cuando le hubiérais hallado, hacédmelo saber, para que vaya yo tambien á adorarle."

Una circunstancia de muchos desaperechida, es la que nos llama por un momento la atencion, y esta circunstancia notable se encierra en la promesa que hizo Heródes á los magos, de ir él tambien á adorar al Niño luego de sabido el punto de su nacimiento.

En la persona del rey de Judea nos parece ver exactamente retratados los perseguidores mas terribles del cristianismo. No era por cierto tan terrible ese tirano sanguinario cuando, recibiendo en su impotente furor, hacia derramar por las llanuras de Belen arroyos de inocente sangre, como cuando encubriendo su atroz designio, pedia á los santos viajeros que le informasen del lugar donde naciera Jesus, para ir á tributarle sus homenajes.

La persecucion contra Jesucristo y sus discípulos fué cruel e inhumanamente feroz durante los primeros siglos; pero abierta y declarada. Enrojecida entonces la Iglesia con la sangre de sus propios hijos, que la cubria como una púrpura de gloria, vicia brotar palmas y laureles tan hermosos como las virtudes de los fieles; y mientras mantenía acá en la tierra el heroismo de la caridad y la constancia del martirio, enviaba á la Iglesia triunfante coros gloriosos de justos que recibian en el cielo las recompensas inmortales de su espontáneo sacrificio. Mas cuando hubo cesado la persecucion de los arbitros y patibulos, empezó la persecucion de la hipocresia, mucho mas desastroza que la del cuchillo. Nuestro siglo, sobre todo, fatigado, ya de luchar con todas armas, ha escogido la de la astucia y del amago como la mas propia para triunfar sin obstáculo; y la que mas insensible y disimuladamente apaga en los espíritus tímidos ó vacilantes la llama santa, que quizá atizaria el soplo vivo de una persecucion sanguinaria ó descarada.

Así que, vemos en nuestra época puestas en boca de todas las condiciones de la sociedad las últimas palabras del monarca de Jerusalem á los hijos del Oriente que buscaban á Jesus: luego que le hubiéreis hallado, dadme aviso, para que yo tambien vaya y le adore. Yo tambien quiero adorarte, dice quizás el hombre de poder, aquel en cuyos manos se halla la suerte de un gran pueblo, mientras tolera la blasfemia, el despojo, mientras los augustos monumentos caen al golpe del hacha ó de la pica, mientras lloran desiertos los caminos de Sion. Yo tambien quiero adorarte, dice el político, el hombre de las teorías y de los sistemas, que ha declarado la guerra á las instituciones de caridad, y á todos los recuerdos venerables y testimonios vivientes de la fé de nuestros padres. Yo tambien quiero adorarte, dice el filósofo, mientras está sembrando con sus doctrinas el germen de una filosofía, cuando menos incierta en sus principios y tendencias, que se dirijen ó á materializar al hombre, ó á dar á la ciega razon el imperio sobre todas las verdades, ó á establecer como base universal la duda ó la indiferencia en que se adormezcan torpemente el pensamiento ó el corazon. Yo tambien quiero adorarte, dice el poeta que se vale de los dogmas terribles y sacrosantos de la fé, como de una nueva y her-

mosa mitología, y bajo dudosos temas entona himnos á las pasiones divinizadas.

¿Y por qué el rey de Judea amagaba en su perñda hipocresía un golpe de muerte al Niño Dios? Porque era un tirano temido y detestado, porque temblaba sobre su trono, suspicaz, sombrío, sanguinario, que temía perder á cada momento el cetro que casi se le escapaba. Ese Mesías poderoso, ese vencedor del mundo, tal como él se lo figuraba, le llena de sobresalto y le alarma: no es el Dios, quien hace estremecer al viejo monarca, es el príncipe. Parecele ver ya restablecida sobre el trono de Judea la casa real de David, y el nuevo vástago, dominando con orgullo sobre aquel solío, que él había ya envejecido con su sangre. ¡Insensato! en su ceguera abominable, no conocía los altos designios de Dios, ni el verdadero carácter del rey á quien anunciaban los astros y los reyes. Ved ahí prefigurada también en Heródes la obcecación, la suspicacia, los impotentes esfuerzos de todos cuantos le han sucedido en perseguir la religión de la cruz. Casi todos los gobiernos han desterrado de la sociedad el nombre augusto de Jesucristo, para nada cuentan en sus calucnas y vicisitudes legislaciones con el legislador eterno, temerosos de que su ascendiente en los corazones de los pueblos, ponga coto á sus planes de predominio. Los sabios del mundo, los que pretenden abrogarse el derecho divino de regenerar la humanidad haciéndola marchar por nuevas y quiméricas sendas de mejoramiento progresivo, temen también á Jesucristo. La sencillez trastradera de la verdad que emana de la palabra de Dios, y que como una espada de dos filos, llega á dividir el alma del espíritu, les embaraza, les confunde, es un obstáculo insuperable á sus planes de desolación y de muerte. Los hombres endiosados, los hijos de las tinieblas, los que vejetan en la corrupción y en el egoísmo, temen también á Jesucristo; y ved ahí la guerra de muerte que le declaran. Con todo, su dulcísimo nombre tiene aun adoradores fieles sobre la tierra, que desienten quizás la destrucción del mundo. No es posible lidiar frente á frente con un Dios cuyo amor es una necesidad para la inteligencia y para el corazón. Preciso es disimular, y decir con el hipócrita Idumeo: *¿En dónde está este Dios, que yo también iré á adorarle?*

De este modo, pues, pensaba Heródes asegurarse de aquella cuna que tanta inquietud le daba, y de la cual publicaba ya la fama tan grandes maravillas, y ahogar sin dificultad unos destinos que nacían y que ninguna mano de hombre defendía. Los magos, por su parte, con la ingenuidad de su corazón y acostumbrados desde su infancia, como todos los reyes de Persia, á decir la verdad, no pudieron sospechar tanta perfidia en el falso y suspicaz Idumeo, y atravesando otra vez la ciudad santa con

sus plégadas tiendas y su brillante comitiva, salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco, y se dirigieron hacia la ciudad de David. Después de haber atravesado profundos barrancos cortados por colinas, apareció en su zénit un punto brillante, que descendió rápidamente sobre ellos. *¡La Estrella!* gritaron todos á una voz, y la estrella, la misma que habían visto en Oriente y que había guiado sus pasos, fué á colocarse sobre la cueva del Niño Dios.

Absortos y llenos de un santo respeto, no quedaron arrojados por lo humilde y desmantelado del sitio; y los adoradores del sol, los sabios y potentados de la Arabia, príncipes ilustres del gentilismo convertido, y como los representantes de todo el universo idólatra, entraron en aquella choza con la misma veneración que al más suntuoso templo. Su fi no vació ni un momento, porque era conducida por el amor y la humildad de su corazón, y abriendo sus cofreos, le presentaron por ofrenda sus tesoros, junto con mirra y con incienso, triple símbolo del principado, de la humanidad y de la divinidad del Niño que adoraban. Los padres de Jesús quedaron gratamente sorprendidos de ver aquellos magos, venidos de tierras lejanas, que se postraban á los pies del divino Infante, haciendo tocar hasta el polvo sus frentes respetables. María, sobre todo, contemplaba atónita y jubilosa aquella escena espléndida de gloria, en la que brillaba ya á la luz del mundo la majestad de su querido Hijo, tan humildemente velada, y este era el último período de grandeza de que debía disfrutar su alma, á la que estaban reservados tantos días de amargura y de dolor.

Disponíanse los Santos Magos á ir á encontrar al rey en su palacio de Jericó, según se lo habían prometido, no sospechando ni por asomo sus atroces proyectos, y noticiarle el lugar donde había nacido el Mesías: pero un ángel del Señor les advirtió en sueños los negros designios de aquel rey perfido, y les indicó que andasen de camino.

Los discípulos de Zoroastro, dice el amable historiador de María, dieron gracias á *Aquel cuyo tránsito está en el sol*, atribuyeron esa revelación meteoraria á su genio tutelar, y mereciendo por su grande docilidad el don de la fe, que recibieron mas tarde, en lugar de costear las playns estériles y peligrosas del lago maldito, que refleja sobre sus pesadas y estancadas aguas las sombras de las ciudades reprobas, dirijieron la cabeza de sus camellos por el lado del *Grande Mar*, y se creyeron trasportados á las llanuras sembradas de ruinas que banan el Eufrates y Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria."

Los cristianos han colocado un altar en la iglesia subterránea de Be-

len, en el lugar mismo en donde estaba la Virgen María cuando presentó su Hijo á la adoracion de los magos.

Nadie ignora que estos ilustres peregrinos, llamados por el ciclo y venidos libremente á saludar la cuna del Dios Infante, fueran siempre mirados como las primicias y los símbolos vivientes de la vocacion de los pueblos al banquete de la fe. El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que desciende de la boca de Dios. Pero, á diferencia de las criaturas materiales, que van allá donde las conduce una fuerza superior é irresistible, el hombre, criatura inteligente y libre, es llamado con obligacion rigerosa, es verdad, pero no por una necesidad fatal, á corresponder. Por esto es libre de escoger la verdad para nutrirse de ella, y es criminal en abandonarse al error, y en basarse en la ignorancia ó en la mala fe una justificacion hipócrita de los descarríos de su corazón.

La sabiduría también que la antigüedad cristiana ha considerado siempre en el llamamiento sucesivo de los pastores y de los magos, una indicacion del orden seguido en la difusion del Evangelio. Los pastores son llamados primero á la cuna de aquel que venia á socorrer á todos los hombres, pero sobre todo á los pobres, á los desamparados y á los humildes: los sabios y los poderosos son llamados en segundo lugar, y llegan mas tarde, como si estuviesen mas lejos de la simplicidad y de la abnegacion evangélica, por el orgullo de la ciencia y la seduccion de la riqueza. Esto mismo se vió también en los primeros siglos, los débiles y los pequeños entraron en tropel y sin retardo á la Iglesia: los Césares no pasieron en ella los piés sino al cabo de tres siglos.

Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesus, María se presenta al templo para cumplir con la ley de su pais, aunque estuviere de ella dispensada por el carácter maravilloso de su alumbramiento. Todas las mujeres que habian dado á luz un hijo, debian ofrecerlo en el templo, y sujetarse ellas mismas á la ceremonia de su propia purificacion.

No seria de extrañar que se admitiese á primera vista el sencillo creyente al oír hablar de la purificacion de María; pues por lo comun no se purifica sino lo que está impuro. Pero los misterios de la religion, en medio de sus insondables profundidades, ofrecen una doctrina sublime, é inspiran la practica de aquellas altas virtudes que el Hijo de Dios vino, por decirlo así, á divinizar sobre la tierra, y que el hombre no conoce.

La humildad es una virtud esencialmente cristiana, lo mismo que el amor á los enemigos. De las otras virtudes morales podia antes tener el hombre una idea, aunque imperfecta y oscura, que se conocian en su alma como vestigios de su elevado origen. Por esto Jesucristo, desde el techo de Belen hasta el árbol de la Cruz, santificó por sí mismo esta vir-

tud divina, y su vida no fué mas que practica no interrumpida de amor y de humildad.

Acérase el gran dia en que el suspirado de Israel va á enlazar la ley antigua y la ley nueva, las sombras y la realidad, las promesas y el cumplimiento. Despues de haberse hecho adorar por príncipes gentiles, que le ofrecieron en tributo lo mas grande del hombre, la sabiduria y el poder, debia este Sacerdote eterno recibir en homenaje la adoracion de los judios, de quienes esperaba la muerte, pero en cuyo pueblo debia establecer la piedra fundamental del reino de su Padre.

María, cuya alma entraba ya en los arcanos y misterios de la redencion, conoció que su divino Hijo, como lo dijo despues él mismo, no habia venido á deshacer la ley sino á cumplirla. La mas pura entre las hijas de los hombres quiso confundirse entre las demas mujeres, y la misma razon que le habia hecho elegir un esposo, la conduce hoy al pie del santuario.

Moisés habia impuesto tres leyes á las mujeres que parian varón. La primera, mandaba que la mujer fuese tenida por inmuada los primeros siete dias, y excluida como tal de la comunicacion popular, pero en otros treinta y tres dias no podia entrar en el templo ni tocar cosa santa. La segunda ley era, de la presentacion del infante en el templo, pasados los cuarenta dias, sin distincion de sexos, ofreciendo por él un corderillo de un año ó un pichon ó tórtola, y si no podian cordero, dos tórtolas ó pichones, bello simbolo de la castidad, uno para el sacrificio del fuego que llamaban holocausto, y otro para otro género de sacrificio que llamaban sacrificio por el peculo. Llevaba la madre á su hijo al templo, lo entregaba al sacerdote en la puerta del tabernáculo, el cual, tomándolo en sus manos, lo llevaba hasta cerca del altar, y levantando al niño delante de Dios, se lo ofrecia, y daba gracias por aquella nueva criatura racional. Recibia despues la ofrenda por el sacrificio, el cual, en sentir de San Agustin, se ofrecia por el niño para pagarle de la culpa original en que habia sido concebido. En esta ofrenda se confesaba la mujer por pecadora, y pedia al sacerdote que orase por ella. Con esto quedaba ya purificada.

La tercera ley era particular para los primojénitos. En memoria de haber Dios esterminado todos los primojénitos del Egipto, para librar á su pueblo de aquella hara servidumbre, reservó para sí todos los primojénitos de Israel, que se le ofrecian en el templo. Si eran hijos de levitas se dedicaban al culto del Señor; y si no lo eran, los redimian sus padres por cinco siglos, moneda de plata, que segun Josefo, posaba cuatro dracmas Atticas.

Todas las tres leyes viene á cumplir hoy en el templo la Madre del

Residentor. Por la primera vez se acerca á estos umbrales sagrados una Madre Virgen, llevando por humildad las ofrendas que servían para expiar la inmundicia; y el Rey de los cielos va á ser ofrecido á su Eterno Padre bajo la imagen de los tiernos palomos. La Divinidad debía estar aun oculta entre los hombres; y el Dios adorado de pastores y de reyes debía ser ofrecido entre los pobres.

Ni la maternidad, ni el Hijo, ni la ley obligaban á Maria. Cuando Dios dictó al legislador de los hebreos la ley de la purificación, lo dijo solamente: *Mulier si conceptio seminis pepererit.* ¿Que legislación humana hubiera hablado así! Una tal condicion parecería inoportuna y aun ridicula á los ojos de los hombres, pero en ella se encerraba el futuro arcano de una maternidad virginal, y era un preuncio sublime de la exencion de Maria. Sin embargo, tan alto privilegio fué rebusado por la que se confesó esclava del Señor.

Maria, pues, no fué á purificarse, sino á venerar el misterio de la purificación. Acabó con éxito de hollar la cabeza á la orgullosa serpiente, y fué despues exaltada por su portentosa humildad. Se cumplieron las profecias sublimes de Ageo y de Maluchias. "¿Quién ha quedado de vosotros, exclamaba el primero en un éxtasis divino, que viese esta casa en su primera gloria? No tardará mucho en venir el deseado de las gentes, y llenará de gloria esta casa (dice el Señor de los ejércitos), y será mayor la gloria de esta casa última que la de la primera." ¿Quién negará que el profeta entendié hablar del segundo templo de Jerusalem, glorificado por primera vez con la presencia real de Jesucristo?

Los brazos puros de la Virgen eran el alto trono de su gloria; este templo, menos suntuoso que el de Salomon, fué mas augusto y glorioso que el de aquel hijo de David. Oigamos la voz profética de Malaquias: "Sabed que envío mi ángel, y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buscáis."

Abrese, pues, el templo á la Madre y al Hijo. El viejo y afortunado Simeon se siente inspirado de repente por una luz sobrenatural, como si el divino Niño hubiese dejado escapar un rayo de su divinidad. Absorto, oprimido de placer, mira entre sus brazos trémulos al deseado de las naciones, le adora, le estrecha contra su corazón, mas dichoso que Noé cuando vió en el pico de la paloma el olivo de misericordia. Un cántico de gratitud y de amor se escapa de sus labios; el júbilo embarga su voz, y su corazón arrebatado ya no teme la muerte. Judío en la religion y cristiano en la adoracion, es el último justo de la ley y el primero de la gracia. Mas feliz que todos los patriarcas y profetas, oye el infante divino y se santifica en medio de sus caricias. La virtuosa Ana, de la tribu de

Assor, participa tambien de tan soberana ventura, y reconóce al libertador de Israel.

Simeon se siente poseido por el espíritu del Señor. Un dolor profético arranca un suspiro de sus labios. Mira á la Madre y llora. ¿Gran Dios! ¿Qué funesto preñocio! El Hijo tierno, el inocente, el Divino Jesus... el corazón de su Madre herido de muerte... el Gólgotha... Mas no turbemos con tan tristes presagios el purísimo júbilo del soberano misterio que con esta festividad nos recuerda la Iglesia.

Maria, pues, sin tacha y sin mancha, obedece con humildes sentimientos á una ley que no le concernía; y presenta la ofrenda, no de los ricos sino de los pobres: las mugeres ricas daban un cordero, las pobres dos tortolillas. El hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al consolador de Israel y á la salud del mundo, habia conocido proféticamente que no moriría sin ver antes el objeto de los votos que con tanto ardor alimentaba. Quiso Dios que este Simeon llegase al templo en el instante mismo en que Maria y José presentaban á Jesus. Y en un arrebato de santo júbilo pronunció aquellas tan celebradas palabras.

Llegado ha ya el momento
En que puedes, Señor, á este tu siervo
Llevarte de esta vida,
Por quedar tu palabra ya cumplida.
Pues que vieron mis ojos
Al suspirado Salvador del mundo,
A la faz presentado
Del orbe entero que le ve admirado.
Será luz de las gentes
En este triste y lóbrego destierro,
Y de inmortal memoria
Será del pueblo de Israel la gloria.

Maria y José escuchaban estas palabras magnificas con sorpresa y admiracion; y el noble corazón de Maria se abría á los designios esplendidos de Dios sobre su Hijo, como se abre una flor delicada ó húmeda del rocío á las rayos vivificantes del sol. Pero las palabras de aquel anciano venerable, dirigiéndose á Maria, derraman en su alma aquellas gotas de amargura que la acibararon toda la vida, y que la hicieron mártir hasta la muerte. "Este Niño ha venido para la muerte y la resurreccion de muchos en Israel: será el blanco de las contradicciones; y vos misma, cuando se habrá descorrido el velo de los pensamientos de muchos, ten-

dréis el alma traspasada de dolor como por la punta acerada de un cuchillo."

A estas palabras se reveló á los ojos de la Madre el triste y horroroso cuadro del porvenir. Las aceras palabras de Simeon, dice el historiador de María, repetidamente citado, hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad; y su corazón, en el cual pasaba una escena muda de martirio, experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro candente, que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante. ¿Qué sería de nosotros si pudiéramos ver con anticipación las tormentas terribles que han de destrozar nuestro pecho? Dios nos ha ocultado lo futuro, para que el aspecto lejano del infortunio no arrojaese hiel sobre los momentos presentes; y no prolongase indefinidamente nuestros martirios, aun antes de sufrirlos. Este velo de incertidumbre, que nos hace menos infelices, se alzó para crucificar el alma de María, y se le dió á beber en todos los instantes de su vida la copa envenenada del dolor. Ya en aquel momento aceptó el cielo el sacrificio interior que le hizo la Madre de la vida del Hijo; ya entonces fué grande en su dolor á los ojos de Dios la heroína del Calvario. "No solamente, dice San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino también los justos, los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una virgen concibe, una mujer estéril pare, un mudo habla, Elisabeth profetiza, un mago adora, un niño en el seno materno salta de gozo, una viuda confiesa esta maravilla, y el justo la espera."

Lo que conmovió de júbilo y de fervor á un santo viejo y una pobre viuda, Simeon y Ana, no hizo la menor impresion en el pecho endurecido é indiferente de los sacerdotes y doctores que se hallaban en el templo, y á cuyos ojos carnales la luz de Israel no era mas que una columna de tinieblas. Corrompidos sus corazones por el amor al oro, y obcecados sus entendimientos con el orgullo, los príncipes de la Sinagoga habian degenerado de la noble sencillez y fervor de sus predecesores. Este momento solemne, vaticinado por Ageo, pasó para ellos desapercibido. Ejercian sus funciones sagradas por pura costumbre á por ambición, y tal vez los mismos labios que allí maquinadamente cantaban himnos de alabanza al Eterno, debían gritar mas tarde: ¡Reo de muerte! ¡Crucificado!

El recuerdo de estos maravillosos sucesos y del día en que se verificaron, está consagrado por una fiesta fijada en el día segundo de Febrero, y fué por largo tiempo solemnizada en todo el orbe católico con el mismo descanso que el día del Señor, y aun así la solemniza en el día la católica España.

Apenas hubieron tenido su cumplimiento estos misterios, y poco tiempo despues que los dos santos esposos con su hijo habian regresado á Galilea; Dios, que no quería dejar abandonado al divino Niño á la suspicaz crueldad de Heródes, dió á entender á José, que debía huir á una region extranjera. "Levántate le dijo un ángel, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto, y permánecese allí hasta tanto que yo te avise, pues Heródes va en busca del Niño con intencion de darle la muerte." Azorado José, se levanta, va á interrumpir el tranquilo sueño de María, que dormía junto á la cuna de su Hijo; la cual, haciéndose cargo de lo terrible de su posicion, se dió prisa á verificar en pocos momentos los preparativos para la marcha. En medio de la noche, en una estacion helada, al través de caminos ó sendas ásperas y solitarias, apartadas de las habitaciones de los hombres, por entre las honduras de los valles y las espesuras de los bosques y por veredas peñascosas y difíciles, es como deben emprender su camino los santos esposos. A José, como jefe de la familia, es á quien comunicó el ángel las órdenes del Señor. No evitó María esta preferencia, ni aun le ocurrió esta idea; aunque parecia que la órden del cielo debía dirigirse mas bien á ella, pues, en cierto sentido, era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecía á ella sola, y en él debía interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibía sola el celeste mensaje, ¿no podía el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? He aquí las reflexiones que hubiera hecho consigo mismo una alma menos perfecta que la de María, y susceptible de amor propio. Pero ella no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digné instruirnos. Mas ¡qué nuevo motivo para ejercitar la fé de María! ¡Su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera! ¿No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Heródes, sin necesidad de huir? ¿No tiene en sus manos el corazón de este tirano atroz? ¿No es el árbitro de su vida? ¿Cómo un infante, cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y los inconvenientes de una huida precipitada á una tierra estrana? ¿No era muy natural que ocurrieran á María estos y muchos otros semejantes pensamientos? ¿Debió ella esperar, atendidas las magníficas promesas del ángel, que su Hijo, apenas nacido, estaria expuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

De otra parte, ¿qué asilo buscarán en Egipto, en un país desconocido? ¿Cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿Y cómo podrá ejercer un oficio y hallar las proporciones

necesarias? Es una tierra de idolatría, en donde los joidos, adoradores del verdadero Dios, son aborrecidos del pueblo. ¿Qué destierro! ¿A qué terribles extremos vamos á vernos reducidos! Y á mas ¿cuánto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado en la incertidumbre mas cruel. ¿Qué prueba para una madre tal como Maria, y para la madre de un hijo tal como Jesus!

Motivos eran estos sin duda para sumir á Maria en la mas violenta turbación, si hubiese estado menos abandonada á Dios, y menos confiada en los paternales cuidados de su Providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerla sufrir en este lance la ternura maternal, pero su virtud no vaciló por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, teniendo el Niño entre sus brazos; al paso que su esposo comprendió muy bien, que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestación de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Heródes, por medios sagrados de la simple prudencia humana.

Aunque realmente la tradición, como dice el moderno historiador de Maria, calla sobre la mayor parte de este interesante y peligroso itinerario, es indudable que los Santos viageros tuvieron que hacer largas y penosas marchas de día y de noche, aprovechándose para descansar de las espesuras de los bosques ó del mal seguro abrigo de las cavernas. Parece, segun el recuerdo tradicional, que antes de salir de la Palestina, hicieron tránsito por Belen, que era como el cráter del volcan de cuya explosión huian; tal vez para proveerse de lo necesario, ó para asociarse á alguna caravana que les condujera por los Desiertos de la Siria. Segun los eruditos cálculos de los cronologistas, partieron de Gaza los tres caminantes, atravesando los abrasados arenas del desierto, atormentados de sed y de cansancio, pasando las noches sobre esteras de junco y entre la languidez del calor y el soplo helado de la noche. . . .

Al fin, despues de mas de cien léguas de viaje, se les ofreció la vista de Egipto, "esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, con sus obeliscos, sus templos, sus piramides colosales." Pero este pais, por soberbio y rico que apareciese, no era su patria; ¿era el suelo del destierro! Pareció que este suelo se removió bajo las tiermas plantas del desterrado de Galilea; y como si este hubiese querido reconocer la hospitalidad que en él habia encontrado, dejando allí un germen fecundo de fe y de caridad. Los antiguos dejaron escrito que los árboles se agitaron, ó encorvaron sus ramas al pasar el Dios oculto, que los idolos vacilaron sobre sus aras y cayeron hechos pedázos. Lo que hay de cierto es, que Egipto prestó á la predicación evangelica un oido mas dó-

til que la mayor parte de las otras regiones del mundo, y que allí se vieron florecer rápidamente y con brillo inaudito todas las virtudes del cristianismo. Aquel era como el jardin de la Iglesia primitiva, en donde los mártires, los anacoretas y los doctores, á manera de flores raras, derramaban á gran distancia la suavidad de los mas ricos perfumes.

Escritores del cuarto siglo, apoyándose en respetadas tradiciones, dicen que el Señor habia penetrado hasta Hierápolis, la patria de Moises, á mas de doscientas leguas de Jerusalem: José y Maria atravesaron la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarich, lindo pueblo, abundante de reguladas sombras y con un manantial de agua dulce.

Entre tanto Herodes, habiendo esperado inútilmente á los magos, conoció que le habian burlado, y bramó de coraje. Impelido además por su habitual suspicacia, y naturalmente cruel hasta el punto de no perdonar á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que ha quedado famosa aun entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer peñores á todos los niños de dos años abajo en Belen y en todos sus contornos, esperando alcanzar con este general degüello al que se habian atribuido á salvarlo como Rey de los juidos. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremias: "Oyase en Rama una voz, llantos y alaridos lamentables; Raquel lloraba á sus hijos, y no quiso recibir consuelo, porque ya no son!" Pero la crueldad de Herodes le fué inútil, ya porque el Rey de los juidos estaba fuera del alcance de su espada, ya porque iba tambien el mismo á sucumbir, no llevándose consigo otra cosa mas que el horror y la execración de sus contemporáneos. La historia ha conservado el dicho del emperador Augusto, cuando supo la trágica ejecución de Belen; y la Iglesia, fiel á la memoria de todos aquellos que son víctimas de la fuerza brutal y que sufren por la justicia, honra como mártires á los inocentes que cayeron bajo la espada de Herodes.

Pocas escenas de horror y de barbarie manchan las páginas de los annales del mundo comparables á la que presentan en este dia los fastos del naciente cristianismo. Los hijos de Zoroastro, los tres sabios de Babilonia habian pasado por Jerusalem, y habian preguntado al firmo que ocupaba entonces el trono de Judea, en donde estaba el recién nacido Rey de los juidos. Turbada la mente del despota que temblaba siempre sobre su solio, inquieto su sombrío pensamiento y devorada por la ambición su negra alma, concibe un proyecto de seguridad que hace estremecer las entrañas y degrada hasta el último punto la condiccion humana. El ejemplo de la cruel Atalia, que por haber olvidado un niño en la cuna en la moriandad de la familia real de Juda; este niño le quitó el trono y la vida, le aterra; y decreta con increíble audacia el esterminio

de una generacion inocente. ¡Oh madres de Juda! ¡Cuál debía ser el estremecimiento de vuestras almas, cuando hasta febia valor el pensamiento y fuerza a la fantasia para figuraros abrazadas con las rodillas de los viles asesinos de vuestros hijos, pidiendo a grandes gritos la piedad ó la muerte! Resonar debian las calles, las plazas, los campos, los desiertos, con el ahullido penetrante del amor maternal sin esperanza. Los tigres y las panteras hubieran huido horrorizados de la vista de los satélites del monstro. Los fieros párvulos, arrancados del regazo que los estrechaba, ó del pecho que los nutria, recibiendo la daga feroz que se hundia en su tierno cuerpecito, y espirando con los manecillas tendidas hacia la madre que era de dolor; ¡Oh! Con tal barbarie debia inaugurarse la persecucion contra Jesucristo y su regado.

Mas apartemos los ojos de esta escena de carage y de ferocidad inmensa, y fijamos por un momento en el resultado de esta atroz medida, que llena de luto y desesperacion la ciudad y las cercanias de Belen y de aquella desolacion y espanto que espentan despues a solombra; cuando las madres hambrientas y mas barbaras que el mismo Heródes, devoraron a sus propios hijos. ¿Qué saca esa principe impio de abreviarse de inocente sangre? Esas rosas nacientes, segadas en el umbral de su vida por la cuchilla del perseguidor; esas primicias victimas de Cristo, ese tierno é inocente rebano inmolado a su gloria, figurá con sus palmas y coronas inmarcesibles ante el altar eterno, como un cándido coro que precede al triunfo del cordero sin mancha, cuya sangre abre ya á estas almas puras las puertas del Eden inmortal. ¿Y Jesus? Jesus á quien solo busca, es el único que se lo ha escapado. Entre esos arroyos de sangre, el Hijo de una Virgen, unico objeto de tanta barbarie, sustráese solo de la crueldad del tirano, al modo que Moisés, figura de Jesucristo y libertador de su pueblo, escapó solo de los efectos inhumanos de un rey bárbaro y abecinado. Así lo canta la Iglesia que milita acá en la tierra, y ha tenido que luchar siempre oponiendo su mansedumbre y caridad inagotable á la ferocidad de tantos Heródes. La sangre de los párvulos de Belen es el primer arroyo de la sangre cristiana que ha de correr á torrentes por los suplicios y anfitheatros, atravesando todos los siglos por entre la cruel impiedad de los enemigos de la cruz, y que hemos visto llegar tambien hasta nuestro siglo; sangre que será siempre un vivo recuerdo de la derramada por el Redentor; precedida por la que monó de las inocentes venas de los santos niños.

No tardó este bárbaro principe en sufrir el castigo providencial de este crimen y de los muchos con que habia ya manchado sus manos. Suspiras é inconstante, cambió muchas veces el orden de sucesion entre sus

otros hijos. Olinado de los judios, habia reunido los principales de la nacion con el designio de hacerlos inocular en su último dia, á fin de que se llorase en toda la Juda en el momento de celebrarse sus funerales. Atacado por último de una horrible é incurable enfermedad, fué atormentado de inauditos dolores, y pereció como herido por la mano justiciera de la Providencia.

Mas antes de pasar adelante, echemos una triste ojeada sobre los desterrados del Egipto. Maria no habia pasado aún por los horrores de la indigencia. ¿Cuántas privaciones, cuántas penas, á que no estaba acostumbrada la hija de los príncipes de Israel, tendria que sufrir en el largo discurso de siete años de larga permanencia en aquel país del destierro! ¿Cuántos trabajos y fatigas costaria á ella y á su casto esposo procurarse el precioso sustento para su existencia miserable! Y aun este precioso sustento, ¿cuántas veces debió faltarle! Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, citado por Orsini, el Niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su Madre, que no podia darle otra cosa que sus lagrimas!

Ved allí, pues, una série prolongada de dolores y de martirios para Maria, en los que apenas se fija la atención. Y nótese de paso, y admírese la conducta de estos santos esposos, que nada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios, quien parece que les haya abandonado hasta el último apuro. ¿Cuántos reparos parece se hallaban autorizados á hacer presentes, ya con respecto á sí mismos, ya mas aún con respecto á Jesus! ¡Oh abismo de humillacion, de obediencia y de conformidad! A pesar de las estremadas conajos que les rodean en Egipto, pobres, tristes, desamparados de todo humano socorro, no toman por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aun dirigen réplicas á Dios para que les acorte aquel destierro, y guardan tranquilos que un ángel vuelva á anunciarles la voluntad de Dios. Muerto Heródes, y reinando su hijo Arquelao en la Juda, el ángel mismo que se habia aparecido á José para indicarle la huida, viene á aconsejarle la vuelta. Levántate, le dice, toma al Niño y á su Madre, y vuelve al país de Israel, porque los que buscan al Niño para quitarle la vida, ya no existen. José obedeció al momento; pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en la Juda, temió ir allí, y por otro aviso del cielo se retiró á Nazareth en la Galilea, en donde el nacimiento de Jesus no habia hecho tanto ruido como en Jerusalem. En Nazareth es donde pasó Jesus cerca de treinta años de su vida en el silencio y en el retiro, lejos de la vista de los hombres: allí vivia la familia santa en el trabajo y en la humildad, ennoblecendo las obras mas despreciadas, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo, que el orgullo del mundo mira con ojos

de desprecio, y dando así á la vida mas oscura el poder secreto para llegar á una gloria y á una felicidad inmortales. El Cristo, Dios hecho hombre, se dignó conocer por sí mismo el hambre, el trabajo y la muerte, estas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y los dejó subsistir despues de él, á fin de hacernos conocer como se deben soportar para vencerlas un dia, y trocar todas estas necesidades humillantes por otros tantos ilustres títulos á una vida mejor y mas durable. Pero volvamos á la inocente familia en su vuelta á Nazareth.

Los corazones de los dos castos esposos debieron ensancharse al divisar otra vez el pais de Canaan, y si aun se habla de las penalidades y fatigas del viage, pues cuando se regresa á la patria, el gozo del corazón alegra las mismas penas y todo lo embellece la esperanza. Comparado aquel ancio idilíaco y embeateado en sus prácticas infames, con el pueblo, agreste sí, pero marcial y franco de Israel, embellecido por la pureza y gravedad de su culto; el interior de los santos esposos debía sentir aquel placer que solo conoce el que ha llorado lejos de su patria cuando la vuelve á abrazar. La humilde familia, en medio de las sinceras felicitaciones de sus deudos, debió pensar en la reparacion de su casa por largo tiempo abandonada, restablecer el taller de José, único patrimonio que les quedaba. Jesús, joven todavía, prestaba el auxilio de sus brazos en los trabajos de su padre representativo, y á costa de las mayores privaciones y fatigas, llegaron á procurarse lo precisamente necesario.

Jesús, que era fuente de toda ciencia, pues en él residia la Divinidad, quiso sin embargo ocultar sus divinos resplandores bajo la corteza terrestre, y mostrarse en todo como los demas hombres. Así, pues, no desdébó en su infancia el recibir las lecciones de su santa Madre, la cual con aquella dulzura que penetra á un tiempo en el pensamiento y en el corazón, le enseñaba los preceptos de la ley del Señor, y ensayaba sus tiernos labios en cantar sus alabanzas. ¡Bello ministerio el de las madres el dar mezclada con el alimento del cuerpo, la leche pura de las primeras verdades que nutren el espíritu! Entre los besos y las caricias maternales se inspiran con sencillez aquellas ideas sublimes que se arraigan en el corazón y que forman á los grandes hombres. El amor es el preceptor mas poderoso y persuasivo, y la madre á quien es dado el privilegio de amollar, por decirlo así, el alma del hijo, en medio de los cuidados del cuerpo, puede hacerse muy digna delante de Dios, formando el espíritu del niño á los principios de la verdad y á los hábitos de la virtud, cooperando en cierto modo, con respecto á Dios, al perfeccionamiento de su obra. ¡Madres cristianas! ¡Grandes deberes os quedan que cumplir sobre la tierra, y grandes recompensas os aguardan!

El Niño Dios no necesitaba de la miserable ciencia de los hombres. Además, en la corrompida Sinagoga dominaba, como en nuestras escuelas, el espíritu de sutileza y de sofisma. No tardó muchos años en demostrar la mas cruel experiencia, cuán maliciosamente alterado se hallaba en aquellos orgullosos doctores el conocimiento de la ley, cuya natural interpretación les ofuscaba la corrupcion de sus corazones. Dominaban en la Sinagoga diversas sectas y sistemas, injertos la mayor parte de los errores del gentilismo, y la clara luz del cumplimiento de las profecias se hallaba sofocada por las cavilaciones y por la terquedad del espíritu privado de cada uno, especie de protestantismo anticipado, que aun antes de aparecer en su plenitud la verdad, procuraba desfigurarla en su espectacion. Los judíos, que niegan la divinidad de Jesús, le suponen en sus primeros años discipulo de un rabino celebre llamado Josué, hijo de Perachia que habia estudiado con Akiva. Sin embargo, como observa el curioso Orsini, esta asercion es completamente inexacta, por cuanto Akiva, aunque muy celebre entre los judios, no vivió hasta en el imperio de Adriano, mas de cien años despues de la muerte de Heródes y de Jesucristo. Los mismos judios le reconocieran como á un jóven sin estudios, cuando, maravillados de verle discutir en el templo, decian: "¿Como sabe este las letras sagradas sin haber estudiado?" Y respondia Jesús: "Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado."

El que vino, pues, para rectificar la ley y para dar luz al mundo, no podia ni debía necesitar de las miserables inspiraciones humanas, semejante á uno de los cedros del Líbano, que crecen espontáneos sin cultivo y sin ayuda alguna de la mano del hombre, y levantan por sí solos su erguida copa hasta las nubes como gigantes de los bosques. El alma de Jesús pasaba horas enteras absorta en la contemplacion de la naturaleza, comunicando con Dios acerca de los vastos designios que estaban destinados á su mision divina. La santa Madre le contemplaba y respetaba estas meditaciones profundas, en las cuales se interesaban los destinos del mundo; y aunque al considerar á este venerado y postrado ante su Hijo, su alma santa iba á entregarse al júbilo por aquel porvenir de gloria, ... de repente, dice Orsini, la profeta del anciano del templo, se presenta hígubre como un ataúd en el fondo de esta perspectiva encantadora: un estremecimiento involuntario corria por las venas de la pobre Madre, y su corazón, que tanto ardía en el amor de Jesús, se deshacía en pesares infinitos. Gritaba una voz secreta: ¡Es necesaria una expiacion por medio de sangre, es preciso que muera el Cristo! Entónces, dejando el humilde trabajo á que le obligaba su indigencia, la Hija de David iba á buscar á su Hijo, pues tenia necesidad de verle,

de asegurarse con un abrazo maternal que él estaba todavía allí, que vivía aún!

José y María iban todos los años de Nazareth á Jerusalem, para celebrar allí la fiesta de la Pascua, y hacían aquel viaje con mas libertad desde el destierro de Arquelao y la ocupacion de los romanos. Llegado Jesus á la edad de doce años, se lo llevaron consigo, partiendo junto con otras muchas familias nazareñas, formando varios grupos, según la edad, el sexo y las relaciones de familia y amistad. Tal vez el jóven Jesus iba en compañía de otros muchachos de su edad, que con el tiempo debían ser sus apóstoles; pero ni en su conversacion afectaba aire de superioridad, ni de austeridad, ni de distancia; pues lleno de todos los dones del cielo, nada tenía que afectar, y antes bien, procuraba con noble candor y afabilidad templar el resplandor de sus penetrantes miradas que profundizaban hasta el pensamiento, como templaba Moisés los rayos de su frente al salir del tabernáculo. Llegados después de cuatro jornadas de camino, entre la afluencia de judíos extranjeros que de todas partes acudían, se reunieron para celebrar la comida pascual, y finida esta antigua ceremonia que recordaba tantas maravillas, se reunieron otra vez para regresar á su provincia; y como se seguía el mismo orden de la venida, no advirtieron los dos esposos la ausencia de Jesus, pues cada cual le creía en compañía del otro; hasta que, llegada la noche, y reunidos en la posada todos los viajeros, se halló faltar el jóven Jesus. Dejase concebir cuánto fuese el dolor y la angustia de los aflijidos esposos, pues aquella noche no tuvieron descanso, buscándole sin cesar por las llanuras y torrentes, y temiendo por su vida ó por su libertad. Al amanecer del día siguiente volvieron á la ciudad santa, cuyos barrios recorrieron sin reposo, hasta que fatigados entraron en el pórtico del templo, en donde se reunían los doctores de la ley, y en donde había un niño que dejaba á todos asombrados con la profundidad de sus discursos y con la exactitud de sus respuestas, resolviendo las cuestiones más difíciles con una facilidad admirable. Sentado en medio de aquella docta asamblea, les instruía en los puntos más importantes de la ley, les enseñaba, no como maestro, pues no quería apartarse de la modestia que á los niños conviene, sino haciendo preguntas y dando respuestas tan luminosas y sabias, que tenían asombrados á todos los circunstantes.

Jesus hasta entonces tan obediente á sus padres, se oculta de ellos, les deja partir, y quédase en Jerusalem sin que ellos lo sepan. No se le ocultaba la inquietud que le causaria, sobre todo á su santa Madre. Sin embargo, Jesus se place en ser buscado por los que le aman; muchas veces abandona en apariencia á sus almas queridas, para probar mejor

las ansias con que le buscan y le desean, y purificarías en el crisol de la perfeccion. Acércasete, pues, la Madre con un ademan de ternura mezclada de pesar, y le dice con dulzura: "Hijo mio; ¿por qué asiste las portadas con nosotros? He aquí tu padre y á mí que te buscábamos oprimidos de pena y de dolor." "¿Por qué me buscáis? respondió secamente el Hijo de Dios; ¿no sabéis que debo ocuparme de lo que concierne al servicio de mi padre?" Misteriosa era la respuesta; y en aquel momento José y María no penetraron toda la estension del sentido de aquellas palabras. La increpacion de la madre estaba llena de ternura y tenía derecho para hacerla, y él, lejos de ofenderse, quedó por ella satisfecho. Una santa familiaridad con Jesus dá ciertos derechos que no permitirían el amor ni el respeto. Las almas buenas lo piden á veces con libertad las razones de la conducta que con ellas guarda; le hacen presente con humilde sencillez la afliccion que les causa, y él se complace con esta confianza, lejos de resentirse por ella. Dios no se parece á los hombres, para quienes son menester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto atrevimiento que nace de la sencillez; y el lenguaje del amor que trata con él casi como un igual, le agrada mucho más que el comedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces reconvecciones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanos, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo explica él mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Esto es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho más que su título y su calidad de madre.

Más como en esta ocasion, no escuchando sino su afeccion maternal, consideró ella á Jesucristo tal vez con algun exceso según su naturaleza humana; su Hijo, que quería elevarla más á la consideracion de su naturaleza divina, y darle la primera idea de las funciones que le habia encargado su Padre para con los hombres, dió aquella respuesta á ella y á José. Como si les hubiese dicho: Vosotros debais elevaros sobre lo que veis en mí de humano, considerar el ministerio para el cual me envió mi Padre á la tierra, y la necesidad en que me halló de preferirlo á las más legítimas afeciones. Y acompaña estas palabras con un tono de gravedad y con un aire de majestad divina, que en un niño de su edad debió dar á conocer á cuantos le escuchaban, que había en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. De este modo se manifestaba públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta contestacion, añadida á los admirables discursos que habian precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Además, él quería preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como le dejaría un día, y en algún modo desconociéndola, en todo el curso de su predicacion. De

esta manera arrojaba los primeros rayos de aquella luz de la que llenó más tarde el templo, Jerusalem, la Judea y el mundo entero.

La humilde familia regresó solamente á Nazareth. Del hueco de este peñasco sin nombre, la pobre mansion de José, surgió el sencillo cristianismo, manantial oscuro, en espresion del señor Lamartine, gota de agua desconocida, en que dos pejaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo de sol habria podido secar, y que en el día de hoy, semejante al grande Océano de los espiritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables lo pasado, lo presente y lo venidero.

De la permanencia de Jesus bajo el techo de sus padres en Nazareth, nada dicen los libros santos, sino que les estaba sumiso. A esto se reduce la explicacion de todos los medios con que preparaba el Hombre Dios el grande acontecimiento que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Con esta sumision daba Jesus á todos los hijos el ejemplo de una obediencia respetuosa á las órdenes de sus padres. De otra parte José y Maria se portaban hacia él con una autoridad mezclada de veneracion, sirviendo de modelo á aquellos que hallan bajo sus órdenes á hombres inferiores por su rango y superiores por el mérito. Este mundo, lleno de dulzura y de justicia, esta obediencia llena de alegría y de respeto, esta vida humilde, laboriosa y resignada, tal es el ejemplo dejado por la santa familia, para dispensar al rico de engreirse, al pobre de avergonzarse, á los poderosos de abusar de su fuerza, á los pequeños y á los debiles de desesperarse, á todos los hombres de colocar sobre la tierra el objeto final de sus esfuerzos. ¡Cosa digna de meditacion y que nos enseña á estimar en su verdadero valor lo que se llama la gloria! En el silencio y en la oscuridad de esta vida de Nazareth todo esta cubierto con un velo, á escepcion de este rayo de sabiduria que el Verbo Eterno deja escapar en medio de los doctores, como para iluminar el horizonte de las inteligencias debilitadas, y preparar los ojos de su patria al sol del Evangelio.

Parece que en este intervalo de la vida de Maria, hasta la predicacion de su Hijo, época perdida para el mundo, pasó esta los días mas apacibles y tranquilos, al lado de su Hijo, el cual al paso que la iniciaba gratuitamente en la profundidad de los misterios divinos y en las grandezas de su mision augusta, gustaba tambien que su propia alma reflejase humanamente las dulces y eminentes virtudes de Maria, dejando y complaciéndose en que esta Madre purísima amoldase su tierno corazon á las soaves y compasivas afecciones hacia la inocencia, la niñez, la debilidad, el desamparo, y sobre todo hacia el pecador arrepentido: como el cielo que se

placé en embalsamarse con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Si alguna vez en estas mútuas confiancias hablaba Jesus de tormentos verdaderos, anublábase por un momento la pura frente de la Madre con el recuerdo cruel del santo viejo. Pero bramaba aun de lejos la tempestad, y tal era el embeleso de Jesus, que una sola de sus miradas volvía la serenidad en el semblante de Maria. Entre las dulcísimas delicias del amor maternal percibíase siempre en el fondo del alma un eco lejano de dolor, para darnos á entender que aun en las mas pures y légitimas alegrías de la vida debemos de percibir una gota de amargura que queda siempre en el fondo del caliz de nuestros placeres.

Parémonos un momento, empero, en considerar la simplicidad de la vida de Maria en el pobre albergue de Nazareth, de la cual las almas pindosas y meditativas han sacado ricos tesoros de edificacion y de doctrina. Maria pasó allí una vida comun, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas grata á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. Estamos tan acostumbrados al ruido del mundo, que hasta la santidad nos parece mas elevada cuanto mas brillante, y nos cuesta trabajo el separar de lo sumo de la perfeccion la iden del aparato y del estrépito. No es preciso, por cierto, que se descubra á nuestros ojos el velo de lo futuro, ni que las leyes de la naturaleza se alteren á nuestra voz, ni que, como águilas de inteligencia, remontemos el vuelo del pensamiento á regiones desconocidas, ni que el Señor nos llame á la profundidad de los desiertos para hacernos padres de grandes pueblos, para ser gratos á su presencia. En el fondo del alma tiene cada uno el principio de santidad y de verdadera gloria.

Maria lleva una vida comun, y está tan contenta en llevarla, que la prefiere á todo lo singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el órden comun, y por ello se felicita. Maria ya no recibe mensajes del cielo; ya no suscita Dios para ella Elisabeth, Zacarías y Simeones, que le descubren sus altos destinos. He-la convertida ya en una simple muger que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa, y ni aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sensible es el sentimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon, ni nada de notable se observa en sus ejercicios de piedad. Las otras mugeres que la visitan, nada ven en ella que le llame la atencion para esclamar: Hé aquí una muger extraordinaria; y si Maria hubiese sido capaz de complacerse en algo, se hubiera complacido en esta vida comun que la confundia con la multitud. Maria, por fin,

llevaba una vida laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oración; ni abismada en éxtasis contemplativo. Lejos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mugeres ricas, enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenía tiempo para orar así, y cuando mira, en el templo, podía dedicarse más á la contemplación que ahora que se halla ya ser Madre de Dios. La mantención y el ased de su Hijo y esposo y el arreglo de la casa le absorbían gran parte del día; pero en su trabajo, que era casi continuo, no perdía la presencia de Dios ni la paz del corazón que es la felicidad del justo; y consagraba á la oración los momentos que tenía libres. La santidad no desecha siempre en el mundo como los cedros: á veces corre silenciosa como el arroyo que refleja la luz del cielo, deslizándose en los plateados hilos por entre la yerba de los prados.

Es común opinión que Jesús se hallaba á los 29 años de su edad, cuando el varón justo y puro que fué escogido para esposo de la Virgen María, dejó esta tierra, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos había guiado y de cuya infancia había sido protector. La muerte, pues, vino á diezmar esta santa familia; y el patriarca, reflejo puro de las antiguas costumbres, y de la fe y sencillez de Abraham y de Jacob, durmióse dulcemente en el ósculo del Señor, entre los brazos de su Hijo adoptivo y de su casta esposa. Sin duda que espiró José en aquella paz trizada del cielo que los ángeles anunciaron sobre el pescador del Salvador en Belén, y por esto se le invoca por todo el pueblo cristiano como al poderoso intercesor para una muerte feliz, y es en la iglesia el objeto de un fervor y respetuoso amor. El Señor quiso cortar el hilo precioso de esta vida cargada de méritos y virtudes, y ahorrar al que había tomado como padre los prolongados martirios que le aguardaban en la persecución y muerte de Jesús, el amado de sus entrañas. Las dos víctimas quedaban en la tierra, Jesús y María, para sufrir los rigores de la grande expiación que había de salvar al mundo.

El hijo ilustre de David murió sin que el mundo apenas lo percibiese: sus funerales fueron humildes como había sido su fortuna. La muerte de los potentados de la tierra es fastuosa como el orgullo de su corazón; pero ¿quién de los ricos de la tierra moría entonces con esperanzas tan magnificas mas allá de la tumba? El llanto de María, derramado sobre el ferozo de José, y el Hijo de Dios presidiendo el sencillo duelo, pregunta Orsini, y con razon, ¿qué emperador obtuvo jamas tales exequias?

María, probada ya por esta pérdida sensible, debía muy presto prepararse para otros dolores. Llegado había el tiempo en que el Hijo de Dios iba á esparcir su doctrina, y á provocar aquellas contradicciones benchi-

das de odiosa envidia, que el viejo Simeon había predicho. Jesús, despues de haberse despedido tiernamente de su santa Madre, á la cual descubrió el ministerio público que iba á ejercer, salió de Nazareth para las orillas del Jordan, á recibir el bautismo de manos de su precursor, y á empezar por el ayuno y la oración su predicación evangélica. Figúrense las almas sensibles lo que sufriria la de la mas tierna de las madres en tan amarga separación. Jesús, lanzado sin apoyo, sin recursos, en medio del mar tormentoso del mundo judaico, en donde habian naufragado tantos y tan ilustres profetas, entre las envidias, los odios, las venganzas de los magnates y doctores y los caprichos de un monarca sanguinario! Dejó partir á Jesús arrojándosele el corazón: mostróse dócil á las órdenes del cielo; pero su alma estaba dilacerada de dolor. Ausente Jesús, empezó á probar bajo su techo solitario aquella soledad cruel que oprime, como un peso sofocante, todos los momentos de la vida, y no deja ni aun en el sueño; soledad de sobresalto y de zozobra por el peligro que corre el bien que se ama; soledad precursora de la que habia de abismar en un mar de angustias su alma bendita, cuando debió florirle abismado en el desierto del sepulcro, así como le lloraba entonces huido en la soledad de las montañas.

«Prolongose la ausencia de Cristo, dice Orsini: la Virgen supo que se habia internado en las altas y estériles montañas inmediatas á Jerico, para prepararse á la grande obra de la salvación del mundo con el ayuno, la meditación y el ruego. ¡Cuánto debió padecer al pensar que Jesús iba errante por una region silvestre y desolada, en que el águila encuentra apenas una mata de taugeo para su nido, en que los senderos corren entre precipicios cuya profundidad ocasiona vuhidos, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustia cuando la tempestad bramaba á los lejos! ¿Dónde estaba Jesús, qué hacia solo y sin abrigo en la montaña? Ningun medio de salvarlo, si le resbalaba el pie á la orilla de un abismo; ningún socorro, si durante este ayuno tan completo, tan largo y tan desproporcionado á las fuerzas de la naturaleza, ¡caía de flaqueza en el camino! Estos cuarenta dias fueron para María cuarenta siglos: para la inquietud maternal cada minuto pasado en esta zozobra, es una dolorosa eternidad. Pero Jesús volvió á Nazareth con sus discípulos, y su presencia hizo renacer la calma en el corazón afligido de su Madre.»

Poco tiempo despues se celebraron unas bodas en Caná, pequeña aldea situada sobre los confines de la Galilea y de la Fenicia. Como los esposos estaban unidos con la Santa Virgen con vinculos de parentesco, le convidaron junto con Jesús y sus discípulos. Los convites de regocijo lejos de estar prohibidos, son conciliables hasta con la santidad, y hay

circunstancias, tales como las de una boda y otras semejantes; en que Dios las autoriza. El las bendice, derramando sobre los convidados una dulce e inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de intencion, la moderacion y el decoro. ¿Cuán edificante y santo debió ser este festin de bodas y que asistieron Jesus y Maria! Las comidas, destinadas á estrechar mas las mutuas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distingúense allí fácilmente las almas rectas y sencillas, portándose con una santa libertad, con una abertura de corazon y una humildad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios, y de la paz intima de que disfrutan.

Tanto la Madre como el Hijo creyeron deber aceptar aquella invitacion cordial, y la solicitud de Maria se anticipó hasta ayudar á los preparativos del conyite que, según las costumbres del pais, se celebraba con alguna magnificencia. Pero, según parece, la familia no era muy acomodada, y por una de aquellas imprevisiones tan fáciles en semejantes casos, ó por ser la reunion mas numerosa de lo que podía presumirse, quedó ya agotado el vino mucho antes de concluirse el banquete. Jesus acababa de entrar, seguido de cuatro de sus discipulos, Pedro, Andres, Felipe y Natanael, jóvenes pescadores á quienes habia inspirado la confianza de su mision. Maria conoció, por una señal, el apuro en que se hallaban los dos esposos, y acercándose disimuladamente á Jesus, le dijo llena de bondad, en voz baja: "No tienen vino."

Observemos aquí por un momento la atencion y la caridad de Maria. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos el bochorno que esta falta debía naturalmente causarles, lo advierte á su Hijo, el cual por su omnipotencia, se hallaba en disposicion de suplir aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Ya sabia Jesus, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino; ni tampoco se lo decia ella para advertirselo. El sabia tambien, antes de abrir ella la boca, cual era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una inspiracion particular. Sabia él, en fin, que habia aquel milagro y que satisficria el deseo de su Madre. Necesarias son estas observaciones para juzgar, como se debe, de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus con voz baja y acentuada: "¿Muger, qué hay de comun entre vos y yo? mi hora no ha llegado todavía." Esta contestacion de Jesus á su santa Madre debió ser aparte y entre los dos solos, lo cual se echa de ver por el tenor de la narracion evangélica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta

enigmática á su Madre, pues los convidados, que no estaban en el secreto, le hubieran mirado como muy dura para Maria: á mas de que los criados, al oir lo que les dice la santa Virgen, y al obedecerla desde luego, ignoran absolutamente la negativa aparente del Salvador. Sin embargo, ¿qué dura parece por parte de su Hijo semejante respuesta! ¿qué humillante para una Madre! Pero al profundizarla, la especie de escándalo causado al principio, se convierte en instructiva edificacion. Un hombre Dios, hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia, y á su bondad en favor de aquellos mismos que le habian convidado! Mas él se hallaba así, precisamente porque era Hombre Dios, y porque era su Madre. No debemos creer que le quisiera increpar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á obrarlo; ni que desaprobase el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No, no fué culpable Maria á los ojos de su Hijo, ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, antes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella le hacia.

¿Por qué le habla, pues, con tanta aspereza? Por una razon, que ella misma comprendió sin duda perfectamente. Llamando muger á su Madre, y preguntándole qué habia de comun entre los dos, dió muy claramente á entender que si era hombre, era tambien algo mas que hombre; que bajo este último respecto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos; queria darle á entender que como á Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aun por via de súplica, y que si le concedía un milagro, era una pura gracia que le hacia como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre, no teniendo ni aun él como hombre, el poder de hacer milagros; que él no era árbitro de sus acciones, que dependían de su Padre, y que la obra en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debía sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino solamente por las órdenes de su Padre, motivo por el cual en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron despues los fariseos; y que los mismos que obraria no los concedería sino á la fe sobrenatural inspirada por el Padre. Quiso por fin poner en prueba la virtud de su santa Madre, y como Madre mia, tenéis privilegios que no era para ella, hacérselo merecer por medio de la humillacion. Cuando le dijo: *Mi hora no ha llegado todavía*, es como si le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demas, pero ha llegado para vos: vos estais á otro nivel que los demas, y como Madre mia, tenéis privilegios que no

tienen los otros. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió despues.

Así que, no quedó burlada la esperanza de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfectamente la respuesta de su Hijo, y segura de que no sería desoída, con aquella fé firmó que *sucaria* los montes de sus quicios, acercóse á los criados, y les dijo con suavidad: *Haced lo que os digo. No vacéis, y véreis un efecto de su poder.* Había allí grandes cántaras de piedra que servían para las purificaciones. Dos de ellas hemos visto en el soberbio edificio de San Lorenzo del Escorial. Por órden de Jesus las llenaron hasta el borde de agua, y al momento se convirtió esta en exquisito vino.

El primer milagro, pues, que obró Jesucristo, le hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fé y su humildad. Muy frecuente es en Dios el hacer ostentacion de su poder á ruego de las almas clojidas, pero casi siempre se los hace comprar, por decirlo así, esto es, convierte estos milagros en su propia santificación. La fé humilde y perseverante que se les arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no vé peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente, mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fé, como María; soportemos con humildad estos aparentes desaires; no dudemos de que seamos oídos y lo seremos en realidad.

Jesus quiso, pues, santificar el matrimonio honrando las bodas con su presencia; y de otra parte, haciendo brillar su poder, dió á cuantos le rodeaban una prueba de una misión ratificada por el cielo. Y si esta primera ostentacion de su poder fué obrada á súplicas de su augusta Madre, sirvió tambien como para manifestarnos que por su medio podríamos obtenerlo talo.

Este milagro del Caná, dice Orsini, fué seguido de muchos otros, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial misión del Salvador. A su voz las tormentas se aplacaban; las enfermedades humanas desaparecían; los demonios eran arrojados á su oscuro reino; los cadáveres salían del sepulcro, y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y calmaban los dolores del alma y del cuerpo. Venían á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia, y multitud de pueblo, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedían con toda humildad la salud y la vida, dones que solo un Dios puede dispensar con la fé suficiente para lograr la curacion.

Los tres años y poco mas de la predicacion de Jesucristo fueron un

tiempo de prueba para su Madre. El la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discipulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó, por decirlo así, á María, no teniendo ya con ella conversaciones, como si fuese para él enteramente estraña. Mas si la había dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios, obraba de continuo sobre su corazón, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenía. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena, pero lejos de ser una pérdida, era para ella un sacrificio que la engrandecía á los ojos de Dios, pues por su medio se iba mas y mas santificando. Conventa que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mugeres, de que habla el Evangelio, que le asistiesen con sus bienes. María de Cleofas, madre de Jaime, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo á quienes prefería el Salvador; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas que se habían despojado de sus bienes por Jesucristo, componían el séquito de María: últimamente aquella noble judía, tan célebre por su hermosura como por su penitencia, que siguió al Señor hasta mas allá del sepulcro. Estas mugeres cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenía otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguía, pues, á Jesus, y Jesus, en cierto modo, la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la Cruz, no leemos en el Evangelio que la hubiese una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, aun públicamente.

Durante este fatigoso periodo penitente tuvo que sufrir el corazón de María! Los prodigios que obraba Jesus escitaban contra él la envidia y la maledicencia, y su doctrina pura y divina, que flama de sus labios como un celeste rocío, le concitaba el odio y la persecucion de los falsos sabios. Su ley, aunque suave y consoladora, atacaba de frente la hipocresía, la avaricia, el orgullo, la sensualidad: los fariseos, los saduceos, los doctores de la ley, los principes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, divididos en creencias y en intereses, se unían tan solo en su odio al Galileo. Le trataban de impostor, de sumaritano, de loco, atribuyendo sus milagros, ya que negarlos no podían, al poder de Beelzebub. María, asustada con esos vagos rumores, la llenaban de sobresalto, como los lejanos bramidos de una tempestad que se iba agrupando sobre la cabeza de su Hijo divino, y que al fin había de estallar de un modo funesto.

Parece que Jesus y María habitaron por algun tiempo en la Galilea

junto al lago de Tiberiades; pero muy pronto pasó Jesús á Jerusalem, para la fiesta de Pascua: despues recorrió la Judea, esparciendo á los ojos su doctrina, apoyada por sus milagros y sus virtudes. Y aunque el Evangelio no señala que María le acompañase en sus laboriosas correrías, no obstante, como se dice que muchas santas mugeres de Galilea seguían al Salvador, para cuidarle, puede muy bien presumirse, con la mayor parte de los antiguos, que María estaba á su frente, pues, ¿quién mas digna de este honor, ni quién cuidaría con mas tierna solicitud? Y en esta piadosa tradición se funda lo que acabamos de referir con respecto á las mugeres que acompañaban á María en los viajes y predicacion de Jesús.

Estaba predicando un dia en la Sinagoga en medio de un auditorio atento y respetuoso: llegaron con su Madre sus primos los nazarenos, é hicieron saber deliberadamente al Salvador, que sus hermanos y su Madre estaban fuera y que pedían por él. Jesús los estaba instruyendo con tal ardor, que descuidaba el tomar alimento, y hasta se espereció la voz de que habia caído de desfallecimiento. La santa Madre y sus parientes habian venido á buscarle para suarle de en medio de aquella multitud en que les parecia que su vida corría algun peligro. Y no pudiendo acercársele, le hicieron advertir estaban allí y que desearan hablarle. Pero respondió Jesús, dirigiendo sus miradas á sus numerosos discípulos: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y que la practican," dando á entender con estas palabras, que el título mas honorífico á los ojos de Dios y el que es fundamento de todos los demas, es el cumplir su voluntad adorable. Como si dijera: ¿Qué queréis significar con esto? No conozco á mi madre ni á mis hermanos segun la carne. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. Así anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declinaba que solo habia venido á la tierra para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y mostrarle el modo de cumplirla; y que pertenecer á él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á él segun el espíritu, conformándose con la voluntad de su Padre celestial. Mas esto era el mayor elogio que podia hacer de María, por cuyo medio espresaba cuanto la quería y hasta qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabía que desde la infancia habia cumplido perfectamente la voluntad divina. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y excelente por la Madre de Jesús, como en esta ocasion en la cual parece confundirla con sus discípulos y con cuantos creyesen en él. Verdad es que esta maternidad espiritual le es común con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal

es su único privilegio. Mas tambien es una verdad que aun en el orden espiritual es ella Madre de Jesús de un modo peculiar á ella sola, y esto constituye su mérito y su gloria, y lo que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado.

La misma doctrina proclamó Jesús en una circunstancia célebre. Acababa de dar con sus milagros la prueba de su divina autoridad, y la habia puesto en evidencia por unos racioniosos tan llenos de sabiduría, que una muger levantando la voz en medio de la multitud, exclamó: "Bien aventurado el seno que os llevó, y los pechos que os dieron leche."—"Mas felices, respondió Jesús, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan puntualmente." No porque la Virgen María no mereciese ser llamada feliz en toda la serie de los siglos por haber dado á luz al que es el Verbo Eterno, sino porque ella era mas feliz aún por haber conocido, amado y practicado los documentos de este Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Pasado algun tiempo, volvió Jesús á Galilea, y allí pudo ver otra vez á su Madre, y dar á conocer á todos los siglos el verdadero título de gloria que debia recomendarla al amor y á la veneracion de todos los cristianos. Allí volvió á disfrutar de la compania é intimidad de Jesús, allí le vio poderoso en obras y en palabras. ¿Qué dulzura para la existencia de María, si Dios no hubiese siempre reservado para su fondo una gota de dolor!

Refero una muy antigua tradicion que María vió con sus propios ojos los malos tratamientos dados á su divino Hijo por los habitantes de Nazareth, que querian precipitarle de lo alto de una montaña. Estos eran los mas indóciles y mal dispuestos para recibir la doctrina de Jesús, y estabamos de antemano escandalizados de lo que habia de decir, antes que hubiese abierto sus labios. Jesús leyó delante de los ancianos y del pueblo este pasaje de Isaías: "El espíritu del Señor ha descanado en mí; por esto me ha consagrado con su unción; él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón desrozado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista, para poner libres á los que sufren entre cadenas, para publicar el año favorable del Señor." Y aplicóse en seguida á sí mismo los oráculos tocantes al Mesías, con una dignidad y elocuencia que asombraban. Levantóse por toda la asamblea un sordo murmullo de encontrados pareceres, pues mientras admiraban unos la gracia y la fuerza de sus discursos, preguntábanse otros en tono desigrativo, ¿no es el Hijo de José? Pero Jesús, que penetraba en el fondo de su corazón pervertido, él cual tenia intencion de pedirle milagros, sin lo antes en su palabra como

los Cafarnaúms, esclama sin embargo: « Vosotros me aplicaréis sin duda aquel proverbio: ¡Médico, cúbate á tí mismo! ¡Cuántos prodigios habéis obrado en los pueblos vecinos, como sabemos ya por fama! Obradlos, pues, aquí en vuestro país. Pero ya os digo que nadie es profeta en su patria. Y en verdad os digo también que, había muchas viudas en Israel en tiempo de Eneas, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses, y una hambre horrosa desoló la tierra; y sin embargo, Ellas no fue enviada á casa de ninguna de ellas, sino á la de una mujer de Sarepta, en el país de los Sodoños. Había también muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo, ninguno de ellos fue curado, y á solamente Naamán que era de Siria. »

A estas últimas palabras encendiase el furor de los judíos de la Sinagoga, porque herían de frente su orgullo nacional y echaban por tierra sus locas esperanzas. Levantáronse en tumulto, dice el Evangelio, echaron á Jesús fuera de la ciudad y le llevaron hacia la cumbre de la montaña en que estaba edificada, á fin de precipitarle. « La Virgen, pues, dice el historiador de María apoyado en la tradición, sentada en medio de las mujeres del pueblo, en una tribuna erigida, había observado con ansiedad mezclada de temor los progresos de la borrasca. Leía los siniestros proyectos de aquellos hombres en sus fieras miradas y furiosos ademanes; y no vaciló en arrastrar el peligro para abrirse paso hasta su Hijo. Pero las fuerzas no correspondieron á su decisión generosa. Corrían los judíos, cuyos pies fueron siempre ligeros, tratándose de derramar sangre; y María, trémula como la hoja de un árbol, seguíalos á lo lejos, sosteniéndose con dificultad y sumergida en una especie de letargo. Vé á Jesús en la cumbre de la escarpada roca que parece desplomarse sobre un horrible precipicio, y oye los gritos de muerte; faltante las rodillas, cubre sus ojos una densa nube; respira su voz en un doloroso gemido, y cae sin sentido en la colina. »

Pero la hora del sacrificio para el Hijo del Hombre no había sonado aún, y Jesús se revistió por un momento de su divino poder y majestad, y dejando como azorada aquella muchedumbre frenética, pasó por entre sus enemigos sin que le conociesen. Los milagros de Jesús eran de un Dios, porque los obraba según la oportunidad, y sin aparato ni prevención alguna. Esta vez obró uno para salvar aquella misma vida que presto debía entregarse sin resistencia en manos de los hombres. Tomando después el camino de Cafarnaúm, se le reunieron su Madre, María Cleofas y los hijos de Alfeo.

Entre el escarpado monte desde donde los judíos intentaron precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, dice Orsini, refiriéndose al P.

Geromb, se ven á medio caídas las ruinas de un monasterio, antiguamente poblado de religiosos, y de una lindísima iglesia, erigida por la emperatriz Santa Elena y dedicada á la Virgen con el título de Nuestra Señora del Espanto (*del tremor*). Según algunos, María hallábase ya en este lugar cuando los judíos arrastraban á Jesús á la cumbre del monte para precipitarle. Dicen otros, que á la noticia del proyecto homicida de aquellos hombres fanáticos, que habían mendado apresuradamente hacia la altura, pero llegó tarde, y sobrecogida, no pudo pasar mas adelante.

Segun afirma Eutimio, Jesús bautizó á su santa Madre en las orillas del Jordán, así como bautizó también á San Pedro.

La predicación y los trabajos evangélicos de Jesús duraron tres años. En ellos encubrió su fuerza y su gloria para no deslumbrar nuestros débiles ojos, á nosotros, que no podemos mirar de frente al sol, que es su obra perecedera. Bajo tan humildes apariencias fundó una obra inmortal, puso los cimientos de su Iglesia con la elección de sus apóstoles y de sus discípulos, instruyéndolos de todo lo que nos importa saber: pues siendo él la eterna inteligencia y sabiduría, nadie ignoraba, y nos lo ha dicho todo. Y de otra parte, ¿qué podía ocultar al amado discípulo que reposó sobre su corazón durante la Cena, y al príncipe de los apóstoles, á quien estableció como gólo y piedra angular de su Iglesia? ¿Y qué podía ocultarnos aun á nosotros? ¿Dándonos su vida, nos hubiere rehusado la verdad? El la depositó, pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han transmitido ya de viva voz, ya por medio de inspirados escritos. Esta doctrina, que ha cambiado el mundo, enseña á creer en Dios, á amarle y obedecerle; enseña al hombre á amar á sus hermanos, y á sacrificar todo cuanto le sea posible á la paz y á la concordia; enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esta doctrina fue espuesta en discursos que nada tiene de comparable por su grandeza y sencillez, el encanto de la persuasión, la gracia y la autoridad divina; al paso que es superior al genio, que nos la penetra hasta el fondo, se hace accesible á la menos cultivada inteligencia, pues tiende á elevar el espíritu, á dilatar el corazón, á transformar la vida divinizando la.

Después de haber dado á sus discursos la sancion de sus milagros, y de una resplandeciente santidad, Jesús quiso sellar con su sangre todas sus palabras y todos sus actos. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías, á pesar de las envidiosas y viles maquinaciones de los que por su sagrado carácter y su autoridad se empeñaban en torcer el buen sentido del pueblo, fue recibido en triunfo en Jerusalem, algunos

días antes de su muerte. Los habitantes de la ciudad de los reyes vieron salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban en lo antiguo los jóvenes príncipes de su familia, y correspondiendo con tierna afabilidad á las demostraciones de júbilo y de honor que le tributaba aquella multitud ansiosa de ver á su Profeta; pues el corazón de Jesús nunca rehusó los mas humildes obsequios que se le daban, cuando salian tambien del corazón.

Ved ahí cómo veinte años atrás describíamos con todo el fuego de que era capaz nuestro entusiasmo, aquella interesante escena.

¿A dónde va este Dios de la majestad? ¿Será aquel Rey mortal que, en expresión del Profeta, ha de venir sentado sobre un humilde pollino? Pero las sendas de la ciudad se hallan alfombradas, las graciosas palmas se doblan y se confunden sobre el camino de Sion, y muchedumbre bulliciosa celebra con ramos de olivo la entrada del Dios de la paz. Así regresaba á la ciudad santa el Pastor Rey, ornado de laureles y cargado con los despojos de los filisteos. El pueblo, que reconoce al Hijo de David, por el bien que ha derramado en su tránsito, sale á encontrarle, le cerca, le impide el paso, se le humilla, salta de júbilo y hace resonar por los aires el hosana triunfador con que los ángeles anunciaron sobre Belén su venida al mundo. Los pérfidos de la Sinagoga temen que este pueblo no le proclame. ¿Será que ese Dios humilde vaya á sentarse sobre un trono de grandeza ó á cubrirse con la púrpura de los Césares, como aquel Mesías que esperaban los insensatos judíos? ¿Dejará escapar de su frente un rayo de divinidad para sorprender al mundo y asombrarlo? ¡Ah! el reino de Jesús sobre la tierra no es de oro ni de esplendor. La profunda herida del hombre necesita de otro remedio. La vida ha de resuscitarse con la muerte. El Hijo del Eterno Padre ha dejado á Betania, y no tardará mucho á entregarse en manos del hombre pecador. Su coronamiento serán lágrimas y espinas, su cetro el opróbrio y el dolor.

Mas el rostro de Jesús no participa de la alegría que le rodea. Lleva oculto en su seno el arcano mas sublime de su amor, y suspira con ansia para ponerle en manos de los hombres. Todo su alma es celebrar la Pascua con sus discípulos. Compadece la misma desventurada ciudad que le rinde aquel obsequio pasajero, y fija sus ojos en aquella cambre sagrada que presto será el altar de su sacrificio.

Al recordarnos tan tierna escena, la mística esposa del Cordero, en medio de cánticos de júbilo hace percibir algunos acentos de dolor. Las almas sensibles se trasportan entre los niños hebreos, y confunden con

ellos sus cánticos. ¡Gloria al que es la salud de Israel, al que neblan los troncos y las dominaciones!

¿Cuánto conmueve el oír resonar en nuestros templos las bendiciones al Dios de Jacob! Mimos inocentes empuñan las palmas candidas y los verdes olivos. Entre esta especie de bosques móviles se deja ver la cruz enlutada, los sacerdotes vestidos tambien de luto. La muchedumbre cristiana entra con júbilo en el templo como en la mística ciudad de Jerusalem, entonando el himno del triunfo: "¡Gloria, alabanza á Cristo, Rey Redentor! ¡ Rey eterno de Israel, inclito Hijo de David, que vienes en nombre del Señor! ¡ todas las potencias celestiales te engrandecen á una voz, el hombre se te humilla, la creación te acata! Los hebreos salen á tu encuentro con palmas, y nosotros con el incienso de nuestras súplicas y de nuestros suspiros."

La Iglesia celebra como adolorida la entrada triunfante de su Esposo, porque está muy cercano á la angustia y á la muerte. Apenas cesan los himnos de gloria, resuenan en el templo los lúgubres lamentos del dolor, y la voz de aquel mismo pueblo desapiedadado clama: Crucifícadle. Esta mezcla de obsequio y de crueldad; esa inconstancia humana que consumió en Jesucristo los designios de Dios y pinta tan vivamente la degradación de nuestra naturaleza; esa alegría confusa, sobecuda luego por la idea de los tormentos y de la cruz, forman un contraste patético y una de aquellas celestiales armonías con que los mas altos misterios de la religion cristiana se insinúan dulcemente en el corazón.

La conmovida ciudad, al ver que se tendian vestidos y ramas de árboles al pasar aquel Nazareno; al oír que gritaban al su alrededor: ¡Salud y gloria al Hijo de David! ¡ Bendito sea el que viene en nombre del Señor! preguntaba: "¿Quién es este?" y le respondian los pueblos con entusiasmo: "Es Jesús, el profeta de Nazareth." En medio de la turba festiva de niños, discípulos y pueblo que salta, da alborozo, van tambien confundidos pechos duros y obcecados, y murmuran palabras siniestras. La envidia corre sus entrañas, y la maldición, como un vapor infecto, se exhala de sus labios blasfemos. A su mirada sombría y suspicaz, se trasluce el veneno que ocultan: generacion de víboras, que oculta su veneno, anhelando sofocar el grito fiel del candor y del reconocimiento, " Maestro, le dicen al Hijo del Hombre, haz callar tus discípulos." Y responde el Criador del mundo, sentado sobre un pollino, estas palabras que solo pueden salir de una boca omnipotente: " Si mis discípulos callasen, las piedras recibirían alma, y saldría la voz de las piedras." Y callaren ellos confusos, tascando el freno de su furor.

No vemos que la santa Virgen fuese presente á aquel triunfo: aquel

glorioso ballicho cedió bien pronto su lugar á las humillaciones y á los sufrimientos, en medio de los cuales apareció ella con un valor digno de la Madre de un Dios.

El historiador de María, empero, tantas veces citando, dice que María entró en Jerusalén en seguida de Jesucristo, y que vivió á sus habitantes salir en alegres grupos al encuentro de su Hijo. "Magdalena, contemplando á la vez á su Señor, y á esa multitud de pueblo que hacía resonar los aires con los gritos de *hosana*, lloraba tiernamente bajo su velo. María tenía también los ojos hundecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hacia el Nordeste; . . . ¡ Allí estaba el Calvario!

Este nombre es el que revela por sí mismo no solo el grande sacrificio de Jesús, sino el sufrimiento inmenso de María. En él se encierra todo lo mas encumbrado de su heroísmo y de su dolor. Si hasta ahora nos hemos detenido un tanto en recorrer con alguna minuciosidad ó detención ciertas circunstancias de la vida de la Madre de Dios, por menos conocidas ó no tan medulladas, procuraremos ahora resumir en cortas líneas ese funesto periodo, tan fecundo en grandes y desgarradoras escenas; época terrible, que se levanta en medio de los tiempos como un centro lúgubre y misterioso en la prolongada línea de la historia de la humanidad, en cuyos extremos se hallan la caída del hombre y su juicio postrer: época tristemente memorable en que, llegando á su colmo la iniquidad y la ceguera del hombre, consumó el sacrificio carente en la persona del Verbo Dios humanado, sacando del crimen mas horrible y sacrilegamente atroz que han visto los siglos, la expiación de la culpa introducida en el mundo por el primer delito, y la salud del proscrito linaje del hombre, reconciliando ya con Dios por la sangre de la gran Víctima del Calvario.

A la consumación de este decidido debia proceder una combinacion de circunstancias llevadas por la mano de la Providencia, al modo que se acumulan una gran multitud de materias inflamables para producir la explosión. Este acúmulo de siniestros elementos que prepararon la gran catástrofe de la cruz, está descrito con una fuerza y precisión admirables por el autor de la *Historia de María*, cual no hemos visto en otra parte.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y fariseos acudaban de apoderarse, á peso de oro y mediante una traicion domestica, de un gran criminal, que, según se aseguraba, con prometía el culto y el Estado. Muy peligroso debia ser el preso, pues aquellos personajes se habian impuesto un ayuno extraordinario á fin de asegurar su persona, y los fariseos, después de haber hecho por la ciudad algunas limosnas de ostentacion anunciadas á son de trompeta, habian concurrido á dar gracias por tan inte-

resante captura, al que así dicho de un modo terminante *obnoxio al impio que derrama sangre inocente*. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos disfrutaban señaladas distinciones, y ocupaban los primeros puestos después del procurador romano, que hacía pesar sobre ellos sus leyes, y á quien profesaban un odio decidido aunque disimulado. Eran judíos concienzudos, que maldecían á su padre, absteniéndose religiosamente de mezclar en sus filiales maldiciones el nombre bendito; hombres que por escrúpulo hubiesen dejado morir á su prójimo en un pozo el día del sábado; hombres honrados, que solo robaban á los incircuncisos; hombres puros, que se hubieran guardado de penetrar en el pretorio del gobernador idólatra la víspera de una fiesta, y que le arrancaban una sentencia injusta con tanl precauciones minuciosas para no mancharse al contacto de su toga romana. Preciso era que el criminal, cuyo suplicio en alta voz y tumultuariamente reclamaban, fuese enemigo jurado de Dios y de los hombres, porque se habian abito hasta el extremo de seducir al pueblo que da ordinario miraban con profundo desprecio, y á los soldados de Roma, á quienes veían con horror, para que su encono fuese mas completamente satisfecho. Para librar mas pronto al país del *insigne culpable*, habian violado con arrojo las leyes y usos de Israel, erijiéndose á la vez en acusadores, examinadores y jueces del detenido. También hubieran sido sus verdugos, á no preferir sujetarle á un suplicio infame, recientemente introducido entre ellos y reservado á los mayores delincuentes, para desacreditar totalmente su memoria, privándole á la vez del honor y de la vida.

Merced á sus instigaciones, ningún hijo de los hombres fué tratado jamás con mas ingeniosa crueldad y mas atroz barbarie; el insulto y la violación no son capaces de inventar mas de lo que se hizo padecer á este condenado, que parecia una víctima preparada para el sacrificio, y solo respondía con el silencio á tan indigno proceder. Clavósele en la cabeza una corona de espinas, causándole otras tantas heridas profundas é insufribles; después de haberle reducido á la desnudez de los esclavos, echaronle sobre los hombros un andrújo de púrpura, y poniéndole en su mano una caña por cetro, saludaban con ofensivos sarcasmos é insolentes genuflexiones al que trataban como rey de farsi. Todo su cuerpo, ensangrentado por una reciente flagelación, era una pura lлага; y en benigno y pacientísimo rostro, mapeado con inmundas salivas, veíase regado con gotas de negra sangre que brotaba de la herida frente á que no podían alcanzar sus manos fuertemente ligadas. . . . Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos presenciaban con íntima satis-

ficción esta desconsolante escena; para tales hombres la compasión era pequeñez de espíritu.

¿Quién era el desgraciado que tan bárbaros tormentos sufría? ¿Acaso era un incendiario sorprendido en el momento de aplicar fuego al *Santo de los Santos*, un bandido arrastrado por la noche de su cueva escondida, un sedicioso que concita á la rebelión á los pueblos del Asia sublevándolos contra César?

¡Ah! No era un bandido ni un sedicioso; mas negros eran, mas patentes e imperdonables sus crímenes: había querido hacer de los hombres un pueblo de hermanos, llamarlos á todos á una gloria inmortal; había prescrito grandes virtudes que él mismo practicaba, y colmado de beneficios á la Judea. Este acusado, contra el cual se desencadenaban tantas pasiones malas, era el descendiente de David, de Salomón y de Ezequías, el triunfador de la víspera, Jesús, el gran profeta galileo, que había pasado á través de la ovación popular para encaminarse al Gólgota.

Cuando los pontífices y fariseos creyeron haber envilecido á Jesús á los ojos de la multitud, lo bastante para destruir la idea de su Divinidad, apurados por la proximidad del sábado, apoderáronse de su víctima, apurados por la proximidad del sábado, apoderáronse de su víctima, el procurador romano les entregó con repugnancia; y cargando el enorme peso de la cruz sobre sus lacerados hombros de que manaba abundante sangre, forzándole por las astas de sus lanzas á apresurar sus dolorosos y tardos pasos hacia el Calvario, donde habían resuelto crucificarlo.

Un concurso numerosísimo de espectadores coronaba las calles y plazas públicas; algunos hacían ostensible su feroz alegría, y en voz alta anatematizaban al Hijo de Dios; otros lamentaban la suerte del joven profeta, que tanto bien hiciera á los hombres, y era por los hombres abandonado y vendido. Mas no eran perceptibles estas muestras de estéril compasión; los buenos lloraban en silencio, los que había alimentado con cinco panes en el Desierto, los que le debían la curación de sus males, los objetos de su amor, confundidos se hallaban entre la muchedumbre sin que se alzase una sola voz para protestar contra su suplicio; el que mas afecto le tenía entre sus apóstoles, había renegado de él cobardemente; los demás le abandonaron, exceptuando uno solo.

¿Cuál fué el dolor de María, durante el juicio trágico, la Pasión y los últimos instantes de su Hijo! Cuando este hubo legado con un testamento de amor inmortal su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad; cuando fué vendido por medio de la señal misma de la amistad, cargado después de ultrajes, entregado en seguida á un populacho de feroces instintos, magullado de golpes, horriblemente azotado, ¡qué estremecimiento de pecho debió sentir su dulce y tiernísima Madre! ¡Qué pesar el

no poder dar sino lágrimas por todo consuelo y alivio de tan acerbos tormentos! Pues aunque el Evangelio no haga parecer á María en modo de este drama, no obstante, como nos la presenta al pie de la cruz, motivos hay para pensar que fué testigo de aquellas horribles escenas, como así lo confirma la tradición. Ella penetró á través del pueblo, de los soldados y de los insultantes fariseos hasta el Salvador, mirando aquella humillada humanidad que se arrastraba sangrienta y casi desnuda bajo la pesada carga del leño del sacrificio, y solo pudo arrojarle una mirada, viva como un relámpago de tormentos y de amor, y oscurecida desde luego como el velo de un desmayo; pues agotadas las fuerzas de la naturaleza, María cayó destilada en brazos de Juan y de Magdalena, que en alas también de un amor intrépido volaron á socorrerla. En vano intentaron separarla de aquel teatro de horror y de martirio: el amor de María superó á su amor. En las grandes desgracias del objeto amado, el amor, cuando es ardiente, anhela sacirse de amargura, y halla un consuelo cruel en hartarse de dolor. No era el amor de María cobarde como el de los hombres, que apartan la vista del hijo ó de la esposa moribunda, porque tiemblan de sufrir. María una con una fuerza divina, y tanto como se humilló y anonadó delante de Dios cuando la columna de sus dolores, tanto es ahora el esfuerzo sobrehumano con que se levanta y se pone á trepar, bajo un sol abrasador, la pendiente del Calvario. Nada le detiene en su marcha. Nunca ardió mas su corazón de fuego que cuando se dirigió á ofrecer á Dios el doble sacrificio de su Hijo y de sí misma. El cielo le concede fuerzas extraordinarias: Juan y Magdalena son precisados á seguirla. Ella vió, pues, los preparativos del suplicio, las cruces, los clavos, el aparato formidable de este crimen inmenso. Ella siguió á Juan hasta el Calvario, pudiendo reconocer sus huellas por los rastros de sangre. . . . Todavía en el tránsito amargo de Jesús se muestran ruinas de una iglesia erijida á Nuestra Señora de los Dolores, en el paraje mismo en que María, rechazada primero por la guardia, encontró á su Hijo marebando al suplicio, recibió de él un saludo, y cuyo desmayada al sonido de su voz amada.

Paréceme al fin Jesús sobre la penáscosa esplanada del Calvario, sin un barapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes. ¡La castidad, la pureza por esencia! ¡La bondad, la beneficencia, el amor á los hombres, todo lo grande y lo bello encerrado en aquel cuerpo sin figura, desgarrado y pisoteado como el desecho de la humanidad! La humillación toca aquí casi con lo infinito, como la grandeza, y Dios solo podía redimir al hombre pasando por este abismo de dolor!

Quando el anciano Simeon habló del cuchillo de dolor que pasaria de parte á parte el alma de María, estaba contemplando sin duda los momentos crueles en que ella veía á Jesus clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Aunque el discípulo fiel y la compañera inseparable se llevaron á María algunos pasos distantes de la cruz, para evitarle el atroz espectáculo de la crucifixion, los golpes que hundian en los miembros del Hijo resonaban en el corazón de la Madre. En un momento en que callaban las blasfemias y los insultos, atenta la feroz muchedumbre á una nueva barbarie, oyese el martillazo sordo cayendo sobre la madera y las carnes despedazadas. Este golpe, para cuya crueldad no tiene términos la voz, se repitió por dos ó tres veces. La estremecida Magdalena apretó el pecho contra el de María; Juan, inmóvil como la estatua del dolor, ni aun se atrevía á mirarlos. Los tres experimentaban, dice Orsini, una sensación como la que se percibe en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer llegan sobre las olas, y se apegan uno tras otro en el fondo de las aguas. ¡Y María! Helada, convulsiva, acababa de ser crucificada. Y al levantarse el Hijo del Hombre clavado en aquel estandarte de ignominia, vuelto el rostro á las regiones de Occidente, el pueblo más feroz de la tierra dió un grito de alegría, como si saliera del infierno insultando sin entrañas, no solo los tormentos del hombre, sino la omnipotencia de Dios. Hasta un bandido crucificado á su izquierda le maldecía agonizando desde su patíbulo. Y Jesus no abría su boca sino para pedir por el que le crucificaba misericordia. Y sin embargo, la raza de aquellos deicidas, después de diez y ocho siglos, arrastra aun su suplicio sobre la tierra.

María fué más grande aún en sus constancias que en sus angustias. Los hombres y los apóstoles habían huido despavoridos, ella quedaba en medio de los verdugos, pronta á morir con su Hijo, y mirando sus llagas con unos ojos en los que la compasión se pintaba más aún que el dolor, pues no ignoraba que aquellas llagas eran la curación del mundo. Ninguna madre amó más; pero tampoco criatura alguna conoció mejor la función angusta que llena el dolor sobre la tierra.

María, por entre los abismos insondables de su martirio, vió al mundo y á las generaciones agrupadas y postradas al pie de la cruz, y esta idea que, como una vision gloriosa, se apareció en su pensamiento, la privó de morir para más padecer.

La cruz, que parecia no debía ser para Jesucristo sino instrumento de penas y un patíbulo de oprobio, se cambió desde luego en trono de misericordia y de clemencia, mientras se aguardaba pasase á ser después

un signo de honor, y la esperanza y la ley del mundo. Sordo á los ultrajes de los blasfemos, y atento solo á la súplica y al arrepentimiento, Jesus perdona y promete el cielo al ladron convertido. Y después, con los brazos extendidos como para abrazar la humanidad, fijando sus ojos sobre los que le habian seguido hasta el Calvario, vió á María, y á su lado al discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes, y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros días, dirigió su último cuidado hácia su Madre, evitando empero darle un nombre que hubiera abierto sus llagas, ya tan vivas y tan bondas, y le dijo con dignidad y ternura: "Muger, hé aquí á tu Hijo," y al amado discípulo: "Hé aquí tu Madre." Y este fué como el último adios.

Muger y madre no, Jesus la llama.....

Y sucumbió al asombro el pensamiento;

Y allá en su seno el corazón se inflama,

Y late encadenado y violento.

Y ora suspira y balbuciente clama,

Y apurando tormento tras tormento,

"¿No soy su madre?"—Con temor decia.....

Y el viento—"No eres madre"—repetia.

Y cual cierva veloz que saltadora,

Fugitiva corriendo y asustada,

Blanco de la sueta cazadora,

Cae exánime, herida y desangrada;

Exánime María, también llora.....

Cede al golpe mortal de aguda espada

Que sin Hijo, sin luz, sin ser la deja.....

Y mirando á la Cruz, así se queja:

"¿De quién naciste en el portal oscuro?

"¿Quién te arrolló, en las pajas reclinado?

"¿No hizo el Escelsos, de mi vientre puro,

"Para tí, tabernáculo sagrado?

"No fué mi pecho el invencible muro

"Donde en sueño tranquilo, sosegado,

"Sin turbacion amarga se dormia

"Mi dulce bien, la complacencia mía?

"Muger, y madre no! Y hace un instante

"Que al hallarme en la calle de Amarguro,

"Cargado entre la turba fluctuante
 "Del sacrificio con la letra dura,
 "—; Madre!" con la sonrisa en el semblante
 "Dijiste, "¡no lloréis mi desventura!"... —
 "Y como madre te miré llorando,
 "Besos hermosos de tu amor buscando.

"Muger!—Cuando por ti sufriera tanto
 "Y sufriendolo estoy; ¡oh desconsuelo!
 "Quién, con el suyo, enjugará mi llanto,
 "Ni con su anhelo calmará mi anhelo?...
 "¿Dónde está Dios?—En medio mi quebranto
 "Haye la tierra, se oscurece el cielo,
 "Y fenix soy que consumido espira,
 "Del propio fuego en la hameante pira.

"Muger!—Cuando enclavado en un madero
 "Tengo mi corazón dentro del tuyo...
 "Cumulo oveja, corri tras el cordero,
 "Y, aquí la muerte, aunque muger, no huyo...
 "Y aguardo tu suspiro postrimero,
 "Y a todo anhelo de vivir me escluyo...
 "Y tú me dices en tu alán prolijo,
 "Segalándome á Juan: HE AHÍ TU NIÑO.

"Madre seré, como de ti, del hombre
 "Que a torpe vicio el corazón dedica.
 "¡Madre del que abomina de tu nombre
 "Y á su ambición el alma sacrifica!
 "Madre del mundo, ¡Lucifer se usombre!
 "Que al Justo de los justos sacrifica,
 "Que en vez acaso de acogerme, huya
 "Y se avergüence de llamarme suya!

"Madre de una nación que te blasfema!
 "Madre de todo un pueblo deicida,
 "Que hunde tus templos, tus altares quema,
 "Rompe tus aras y tu culto olvida!
 "De ese Jude, que en insaciable fiema,
 "Viéndome atribulada y consolida,

"En tu sufrir desgarrador se engrie...
 "Mi llanto escucha, y de mi llanto rie!"

Y como si preludio del combate,
 Metálico clarín sonado hubiera,
 María escucha, su vigor se abate,
 Creece el asombro y el terror impera.
 El pecho de Jesús de nuevo late,
 Y, árbitro aun de la ocasión postrera,
 A su Madre tristísima, infelice,
 Con paternal acento así la dice:

"Sé madre de los hombres, Madre mía;
 "No tienen mas solaz en su desvelo,
 "Ni consuelo mayor en su agonía;
 "No tienen en su llanto otro consuelo,
 "Ni en sus noches eternas otro guía,
 "Ni nadie mas que tú colma su anhelo:
 "Sé madre de los hombres, Virgen para,
 "Hoy reina del pesar y la amargura.

"Sé en sus enfermedades medicina,
 "Y el pan que en la miseria los aliente;
 "Compañera del alma peregrina,
 "Y refugio del párvulo inocente;
 "Madre sé, manantial y cristalina
 "Aguá perpétua de su sed ardiente...
 "Y amparalos, que van por todos lados
 "Polluelos sin paloma estraviados.

"Yo nada hé menester. Esa ternura
 "Que tu esplendor aumenta y tu renombre;
 "Esa queja cruel de desventura
 "Que eclipsa los esmaltes de tu renombre;
 "Ese llanto de amor, esa dulzura,
 "Guárdalo, Madre mía, para el hombre.
 "Tu candor, tu bondad, tu valimiento...
 "No le queda otra cosa en testamento.

"Pedid á esa muger cuanto quisiéreis,
 "Y tierra y cielo alcanzaréis por ella.

“ Si fe en vuestras creencias le pidiéreis,
 “ De fe en el corazon será cenitilla,
 “ Que radiará por donde quiera fuéreis,
 “ Porque si el mundo es mar, áncora es ella.
 “ Muger, si mia no, desde este día
 “ Sé madre de los hombres, Madre mia.”

Oyó la Virgen, y humilló la frente
 Solocando su angustia lastimera:
 Suspiró; y en el ansia vehemente
 De ser refugio del que amaría quiera,
 Tendió los brazos mansa y dulcemente,
 Miró en redor con expresion sincera,
 Y convocó piadosa á los humanos,
 Cual hijos suyos, de Jesus hermanos.

La noble Madre acció esta palabra de separacion desgarrándose las entrañas. Desde aquel día pasó á ser verdaderamente la Madre de los hombres, que estaban representados en San Juan, y puede decirse, que en aquella hora triste y gloriosa á un tiempo, nos dió á luz para la vida celeste, asociándose á la grande obra de la redencion.

Todo esto pasaba el viernes, á la hora sesta, es decir, sobre el medio día. Entonces se cubrió de luto la grande obra de la creacion, puso en piezaba la agonía del Criador, como dijo un sabio del Areópago. Las estrellas aparecieron como antorchas pálidas de aquel funeral inmenso, reflejando su luz lejana y trémula, sobre la cumbre en donde se comética e decidido. A la hora nona el divino justiciado pronunció estas palabras: “ Todo está consumado,” y para que se cumpliese tambien una palabra de la Escritura: habia dicho antes: “ Tengo sed.” Añadiendo por último: “ Padre mio; en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y en efecto, todo acababa de cumplirse. La justicia de Dios quedaba satisfecha, la caridad de Jesucristo manifestada á todos los siglos, y el hombre vuelto á levantar de su caída, como un edificio desplomado que se restablece en las proporciones de su antiguo plan.

Jesús quiso dar la prueba al mundo que no moria oprimido por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad. Y así, á pesar de hallarse agotado de sangre y lacerado en todo su cuerpo, exhaló un gran grito, bajó la cabeza, y espiró.

En este momento solemnemente debia Dios señalar con algunos prodigios la dignidad desprecitada de su Hijo, y la naturaleza entera debia, estremec-

ciéndose, prestar un homenaje de espanto y de dolor á la Divinidad humillada hasta la muerte. La tierra sacudió su cavernoso seno, haciendo temblar la Europa y el Asia, segun el testimonio de Plinio y de Estrabon. Rasgóse el velo del antiguo templo, símbolo de todas las antiguas figuras, que como un cortinaje sombrío, encubrian la faz radiante de la realidad; porticóronse las peñas, y los sepulcros restituyeron algunos cuerpos de santos personajes de la antigua ley, que aparecieron en la ciudad santa, como trofeos reanimados de la victoria del Señor sobre la muerte; y aumentaron la consternacion general.

Verificóse entonces en favor de Jesus ya difunto, una reaccion portentosa. El centurion y sus soldados, y la turba inmensa que habia osado besar ó insultar al Crucificado, bajo aterrada la montaña, golpeándose el pecho y exclamando: ¡En verdad que este era el Hijo de Dios! Algunas almas lloraron y creyeron; pero á otros el terror y no el amor les arrancó una confesion debida únicamente al gran gemido de la naturaleza; entre cuyas convulsiones y ruinas se veia en pie é inmóvil, una muger, absorta en contemplar al que permanecía crucificado, y abandonado ya hasta de sus verdugos. ¡Y ésta muger, era María!

Sondead, exclama un autor contemporáneo, sondead si podeis el abismo de este amor paternal y divino; abrid todas las tumbas, rocejad en una sola copa todas las lágrimas que el primer delito del hombre hizo y hará derramar á todas las generaciones juntas hasta la consumacion de los siglos; abarcad todos los tormentos que el furor y la venganza han causado y causarán sobre la tierra; reunid en un solo pecho todas las heridas de la muerte, todo el luto de la vindez y de la hortauidad, todo el pesar de los padres, toda la afliccion de las madres; y en este cúmulo de dolor que se escapa á la capacidad de vuestro pensamiento y que, repartido entre los hijos de Adán, bastara para hacerles morir, veréis como en sombra el dolor de Maria, que puesta en medio de las generaciones, exclama desde el pie del Calvario al universo: ¡Oh vosotros los que poseis por este valle de llanto y de amargura! ¡Ved si hay un dolor semejante á mi dolor!

Este día de llanto no pasa jamás sobre la tierra sin despedir sobre ella un lugubre resplandor. La cruz recibe homenajes expiatorios; toda alma cristiana se abre á sentimientos de una misteriosa tristeza; la Iglesia, esposa desolada, se inclina llorando sobre un sepulcro, y nada hay, ni aun el mármol de los altares, por su inusitada desandez, que no parezca convidar al mundo entero á la sombría y tétrica solemnidad de un grande luto. Este luto cubre las columnas del templo y las aras de la nueva ley. Los broncees sagrados callan, los ministros tambien enlutados no se

atreven á levantar la voz, y murmurán palabras misteriosas. Un sordo ruido sube hasta las bóvedas del oscuro santuario, confuso recuerdo de las convulsiones de la tierra y del espanto del firmamento. Resuena otra vez los acentos lúgubres del hijo de Helcias, mezclados de esperanza y de dolor. Entretanto, riego con lágrimas las pisadas del Salvador. Sigo callado el rastro de la sangre que me conduce al pie de la cruz. Pero está desierta. Pasemos al sepulcro. ¿Qué celestiales acentos arrebatan allí el alma enternecida! Algunas voces lúgubres y suaves entonan en medio de la noche un himno profético. ¡Oh madero dulce! ¡oh dulces garfios! ¡oh dulcísimo peso! ¡lengua mía! ¡revela á los siglos atónitos el lauro de la victoria, y anuncia el grande triunfo sobre el trofeo de la Cruz! Parece me ver vagar en torno de la urna radiante de las sombras de los antiguos profetas. Su voz hiero mi oído. No hay duda: cumplióse la esperanza de los siglos. El Dios que reina desde el leño, resplandece en su sepulcro lleno de gloria y majestad. Pero no tenemos todavía el himno de júbilo. En estas lágrimas concedidas al Hijo, hay una parte para la Madre, á la cual el Evangelio nos la presenta triste: pero firme al pie de la Cruz en que acaba de espirar el Salvador. Y en memoria de aquella tristeza inmensa como el mar, se canta aquella ciejia sublime que tan dulces acentos inspiró á Palestrina, á Hayden, á Gluck, á Pergolesi y á Rosini.

Firme junto á la Cruz sacrosanta
En pié estaba la Madre doliente,
Contemplando de aquella pendiente
A Jesus su delicia y amor.

Y en profundos sollozos, y en tanta
Fiera angustia apenas gemía,
Que pasado su pecho sentía
Por la espada cruel del dolor.

¿Cuál sería el horrible tormento
Do aquella alma tan cándida y pura!
¿Cómo el cáliz de atroz amargura
Del Dios Hijo la Madre agotó!
¿Ver un Hijo y un Dios, el aliento
Con fatiga exhalando, y que espira!
De esa Madre el penar, que le mira,
Decid, madres, ¿qué madre probó?

¿Quién el raudal llorar contenir,
Aunque el pecho de tigre encerrara.
Si á la Madre de Cristo observara
Abismada en tan hondo sufrir?
¿Y á la Madre y al Hijo á porfia
Sacudir de tormento en tormento,
Y del Hijo el martirio augurió
En su pecho la Madre sentir?

Vió la Madre á Jesus en tortura
Por las culpas de un pueblo, que ingrato
A su Dios sacrificó incesante;
Vióle objeto de llanto y pesar.
Viólo sobre el Calvario, por dura
Mano vil, en el leño clavado,
El aliento exhalar desolado,
Y la voz moribunda inclinar.

Madre dulce, purísima fuente
De magnánimo amor, de amor santo,
Por piedad, no desuaves mi llanto,
Llegue al alma tu fiero dolor:
Sienta al menos mi pecho ferviente
En la llama divina abrasarse,
Y del fango brutal despegarse
Para ser agradable al Señor.

Las heridas del Hijo croentas
En mi fiel corazón ¡y! imprime,
Que las penas sin fin en que gime
Todas juntas se deben á mí:
Yo merezco las crudas afrontas,
Fieros golpes, agudos garfios;
Si los yerros, ¡oh Madre! son míos,
¿No podré yo llorar junto á tí?

A tu lado podré dolorido
Y pegada á la tierra al frente,
Ya que no emdoiarme inocente,
Adorar al que espira en la Cruz.

Y expir en contito gemido
Cabe ti más injustas ofensas,
Y planie en tus penas inmensas
La agonía cruel de Jesús.

Y era tú, quo de vírgenes santas
En los cielos el coro presides,
No en tu gloria este misero ovides
Que desea contigo gozar.
Haz que siempre, postrado á las plantas
Del pendiente Jesús, yo suspire,
Y que siempre presente te mire,
En su leno sangriento sufrir.

De sus llagas mi pecho llegado,
Por su cruz sacrosanta oprimido,
De su sangre divina teñido,
Haz que paria con él el pensar;
Para que por tu ruego, aplacado
Pueda hallarte en el último día
Cuando el mundo estará en agonía;
¡Pueda entonces en él esperar!

¡Oh Jesús! al salir del destierro,
No abandones una alma que llora,
Para quien piadosa te implora
Tu fiel Madre la palma inmortal.
Cuando salga por fin de su encierro
Mi alma pobre, y renante su vuelo,
No le niegues su entrada en el cielo,
Y el gozar de tu gloria eternal.

Llevando clavada en su alma la flecha mortal por espacio de treinta y tres años, María puede llamarse la mártir de todos los instantes, y así fué, despues de Jesucristo, la gran Mártir de la cruz. Ella representaba en sí sola toda la humanidad redimida; pero su fe sobrehumana la hacia padecer como toda la humanidad junta, que vé morir á su Criador y Salvador. Los vínculos de carne y sangre, tan puros en el tierno y delicado corazón de la Madre Virgen, aquel amor penetrante y depurado de una maternidad singular y privilegiada, producian un sentimiento heroico y

sobrenatural, hiriendo atrozmente la fibra sutil de un pecho casi divino. María hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, unciéndose á la justicia del Padre celeste, que inmola esta gran víctima á su gloria; ofreciendo con toda la gran fuerza de su corazón y haciéndose superior á su propia ternura, la muerte de Jesús por cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor.

La muerte hubiera sido para María un consuelo, un paraíso: pero era fuerza dejar al Hijo de Dios en las orillas del sepulcro, fuerza era verle atravesar, sin volar con él, los umbrales de la eternidad y seguir sobre el Gólgota el amargo sacrificio. Fuerza era recibir en el corazón la lanza cruel que desgarró el costado exánime del leno, recibirla en los brazos, dejarle en la tumba, y al oír caer la losa con estrépito, quedar abismada en la soledad mas libre que se haya conocido sobre la tierra.

Mientras que el Hijo, en medio de los himnos de júbilo de los coros de los patriarcas y de las linas de los profetas, subia radiante de gloria, acompañado de los ilustres exáuticos que acababan de romper sus cadenas, María, sola, desolada, finébre como un mundo sin sol y sin firmamento, tragaba á largos sorbos la copa de un amor supremo, inexplicable, rotaz, que atormentaba su inocente y maternal espíritu con toda la fuerza de un centuplicado martirio, del cual no es mas que sombra el dolor de todos los mártires juntos; porque sufría con una fuerza que participaba en cierto modo de la fuerza de la Divinidad.

Pero enjuguemos por un momento nuestras lágrimas, y trasportémonos de repente á la plenitud de los tiempos y al seno de la caridad, para no ver en los dolores de María sino la gloria de María. Así, pues, como el Hijo Dios humanado, de lo mas profundo de la humillacion y del sufrimiento, fué elevado al mas alto punto de la gloria y del poder, á cuyo solo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos; así tambien, por la parte inmediata, que tuvo María en la redencion del linaje humano, del mas hondo seno de su humildad y de su dolor, fué exaltada al trono de la gloria mas encumbrado que puede tener la criatura en los tabernáculos de la eternidad, y sus acerbos y desgarrantes dolores aparecen como otros tantos rayos de gloria en la faz radiante de la Virgen escogida, Hija, Madre y Esposa de Dios, reflejo de la Trinidad beatísima, y embeloso supremo del Criador entre todos los seres criados. Vestida de astros mas bellos que los que forman los cortinajes del cielo, coronada de la majestad de Dios, son el cetro sobre todas las inteligencias creadas que el Arbitro Soberano ha puesto en sus manos, triunfa en la gloria de sus dolores, como Jesús triunfa en las señales de sus llagas; y cuando

ruaga á su Hijo Divino por el hombre estraviado ó arrepenrido, no solo le muestra el seno que le llevó y los pechos purísimos que le alimentaron, sino que le señala también su corazón, aquel corazón atravesado por siete agujeros como las de aflicción y de tormento. Y el ascendiente que tienen con Dios los ruegos en favor del hombre, de esta Reina entre los santos, así como lo fue entre los mártires, no es por cierto la menor de las glorias de sus dolores.

El pavor y los temores de los verdugos de Jesucristo habían cesado ya, y la calma sombría del impío había renacido en su pecho rencoroso. Bajo un cielo sereno se les había debilitado la impresión de los horrores; recios y tonacos en su obtusación como un vértigo continuo, preferían atribuir los portentos pasados al poder de la magia y de las nieblas, que á la fuerza del que erio la luz, algo semejantes en esto á algunos de nuestros filósofos, que prefieren atribuir al acaso ó á una ciega fatalidad las maravillas creadas, que al poder de una inteligencia suprema y de una bondad infinita.

La desolada Madre se había unido á las santas mujeres para dar al cuerpo sagrado de Cristo los honores del sepulcro. María había visto desclavate de la cruz, arrancar los clavos de sus brazos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba en ella hundida: vió lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¿Qué besos de amor y de dolor imprimió sobre aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, según parece, á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana, y en un sudario: ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado: ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino como arrancada por Juan y los demás que se animaban en consolatoria.

Las almas piosas han seguido espiritualmente á María en su amarga soledad, y han formado para ella otro camino de dolor, desde el sepulcro hasta la casa del amado discípulo, á donde parece se dirigió, según opina el P. La Palma en su *Historia de la Pasión*. Cuando el dolor tiene en qué cebarse, se derrama por decirlo así, sobre el objeto querido, aunque sea exámine ó desfigurado; pero cuando éste le falta, se reconcentra todo dentro del alma y gravita sobre ella con todo su peso. El corazón queda como un lobrego desierto, como el pensamiento, y para él se cubre de luto toda la naturaleza. María, arrancada por el amor del sepulcro de su Hijo, queda en una desolación completa. La noche se acerca, y para volver á Jerusalén, preciso es pasar por el Calvario. Párase sobre esta montaña, junto con la silenciosa comitiva, y reviven á cada paso todas

las llagas acerbias del corazón. La cruz aun está levantada y tendida con la fresca sangre de su Hijo: ¿cuántos cuchillos ahondarían en aquel tierno pecho sus mortales puntas! ¿Cuántos mártires juntos abismarían su alma en un pozar inconcebible! Entra despues en la ciudad deicida. ¿Qué nuevo género de tormento! ¿Allí fué condenado á muerte infame el mas justo, el mas inocente, el mas amante de los hombres! Allí una ingratitude tan negra como la perfidia, se cebó en la humillación, en la columna, en el escarnio, en la crueldad mas fierá y brutal contra el mas manso, el mas sufrido, el mas tierno de los nacidos de mujer! Allí el hombre llegó al colmo de su iniquidad, pisoteando la santa humanidad de Dios, y descargando la mano sacrilega sobre su adorable percona. Cada calle de Jerusalem es un nuevo suplicio para la Madre de Jesus; cada edificio público le recuerda una atroz iniquidad; cada una de aquellas frentes altaneras y páfidas, que la miran con beld ó con desdén, le hace exhalar un profundo suspiro. Retírase por fin en la casa de Juan; pero Juan no es Jesus. Y aunque María tenia una Efronima en la resurrección de su divino Hijo, en nada minoró la esperanza de verle resucitado el tormentoso sacrificio de su maternal corazón.

Despuntaba el día tercero desde la muerte del Salvador, y algunas mujeres Galileas, cargadas de preciosos perfumes, caminaban hacia el sepulcro de Jesus para embalsamarle á la manera de los reyes de Judá; y según la tradición, María se hallaba entre estas mujeres; y en medio los celajes del dolor, percibíase en su semblante un rayo de esperanza. Entretanto la ciudad deicida yacía sumida entre las sombras que hulan, como un asesino que duerme aletargado en lo fondo de una cúberna. Pero la naturaleza parecía adornarse con todas sus galas, y la luz que suavemente se difundía en torrentes de púrpura, prenunciaba un día sereno y esplendente.

Azorados los satélites del Sacerdín por la seguridad con que Jesus habia prometido resucitar el día tercero, hicieron velar el sepulcro por una guardia numerosa, y asegurarlo con el sello de la autoridad pública. Pero el temblor que se deja sentir repentinamente, hace rodar la piedra enorme del sepulcro, los guardias caen semi-muertos, pegando sus rostros contra el suelo; y aquellas mujeres tan constantes que no abandonaron á Jesucristo en la cruz, pálidas ahora y azoradas, retroceden; temiendo que no se renueven los espantosos prodjios que anunciaron la muerte del Hombre Dios. Pero un espíritu celeste, cuyos vestidos resplandecían de blanca y cuya faz irradiaba como los alicores fulgidos de un astro, las sosiega diciéndoles: "No temais, Jesus, á quien han crucificado, no está aquí; ha resucitado como lo habia predicho; venid y ved el lugar

en que fué colocado el Señor." Y atónitas las piadosas galileas contemplaban á los bordes del sepulcro las fijas perfumadas y el sudario. María, algo distante, María que ni un momento abandonó la esperanza en la resurrección de su Hijo, gozaba ya de su vista, y es indudable que sería la primera en verle resucitado en aquellos mismos momentos en que sus compañeras exultaban el vacío sepulcro. Y así como experimentó un dolor, sobrehumano que llegó á abatir, aunque sin vencerla, la fortaleza de su espíritu, probaría entonces un grado tan intenso de júbilo, que nosotros no pudiéramos soportar sin morir. El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesús resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre. Pero la razón es obvia. Los apóstoles habían de certificar la resurrección de Jesucristo: el objeto de su ministerio era el publicarla por toda la tierra, y los evangelistas debían referir las principales pruebas que de ello les habían convegado. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesús crucificado, y por lo mismo no era necesario que los evangelistas hiciesen mención de las visitas que de su Hijo había recibido, y que su humildad tendría muy bien ocultas, cuanto más multiplicadas, pues ninguna razón la impulsaba á publicarlas.

Este día grande del Señor se anuncia entre nosotros como el glorioso triunfo de Jesús sobre todas las potestades de la muerte y del infierno, y como la prueba mas patente de la verdad de nuestra fé. Después del lóbrego plácido del sepulcro, y del luctuoso silencio del dolor, aparece súbitamente el grito universal de alegría.

¿Por qué el cañon que anuncia la muerte de los reyes ha tronado como una señal de triunfo? ¿A quién proclaman de repente los sonoros bronces en la region de los aires? ¿Un momento bastó para transformar el silencio y los suspiros del dolor en cánticos de júbilo á himnos de victoria en todo el orbe cristiano? ¿Que voz gloriosa salió súbitamente del sepulcro? ¿Quién ha roto las cadenas de la hija del delito? Aquel que la amenazó ya por su Profeta: ¡Oh muerte! yo seré tu muerte. ¡Oh infierno! yo te destruiré. Al herirle quedó vencida para siempre y le entregó las llaves de sus abismos.

Un torrente de luz sale de la losa sombría en donde hasta ahora el polvo del hombre se confundía entre la nada y el olvido. Dios mismo ennoblecó con su presencia el oscuro palacio de la muerte. Esta no será mas que un sueño pasajero para el hombre rescatado, y la cuna de una vida inmortal. Salido ha del sepulcro una rutilga celestial que abre la senda de la vida á todas las generaciones futuras. El Omnipotente, tan grande como en la creación, cubierto con el resplandor de su divini-

dad, conserva todavía las señales angustas con que nos redimió: resucita con todas las almas de los justos, y deja á todos los hijos de Adán la inocencia y la felicidad. ¿Qué inagotables esperanzas acaba de derramar Dios sobre la tierra! La vida que pasa como una flor, será un corto desierto suavizado por el amor y por la esperanza. El hombre, antes apurcado de Dios, comprará con algunos instantes de afán las dulzuras de la gracia y la seguridad de un triunfo eterno. El sufrimiento y el dolor le santificarán ante el Ser Supremo, y no dejará el barro sino para volar á incorporarse con su centro, que es Dios, en una venturosa inmortalidad.

En efecto: ese gran misterio es la base de nuestra creencia, el fundamento de la religion, el garante de las promesas del Salvador y de nuestro triunfo en Jesucristo. La fé sublime y la sencilla razón le acatan á un tiempo. Brilla como la antorcha del día á los ojos de los grandes y de los pequeños; y prescindiendo aun de la revelacion, está apoyado en hechos indestructibles, como si el Señor lo hubiera querido ostentar al mundo para consuelo de sus hijos y testimonio eterno de su victoria.

Jesucristo resucitó. Los primeros que anunciaron esta gran verdad al mundo redimido, no pudieron ser engañados ni engañarnos. Nada creyómos, abatidos otros por la muerte alicionosa de su Maestro, llegaron casi á la desconfianza. Si la muerte se hubiese dormido sobre la losa del crucificado, ¿quién hubiera defendido la causa de un Dios impotente é infiel en sus promesas?

Los discípulos no ceden sino á la evidencia, y un apóstol mismo quiere tocar para creer. El mismo día de la resurreccion aparece Jesucristo á los suyos, rodeado con la luz de su gloria, y les dá la misión augusta de anunciar á la tierra la verdad, la penitencia y la misericordia. ¿Qué idea! En un extremo del imperio romano, sobre un mundo inundado de crímenes y de idolatría, ¿quién despues del oprobio de un suplicio hubiera alentado á sus secuaces desparvidos? ¿Quién les hubiera comunicado la fuerza celestial para mudar la faz del universo y emboblar la humilde y dolorosa cruz sobre los templos del error, de la molice y del orgullo? ¿Cómo empezar, seguir y consumar esa regeneracion humana? ¡Razon miserable! Adora á tu Hacedor resucitado. Si quieres negar el sol, sepúltate en la noche de un sepulcro, y noandas con tu presencia la naturaleza llena de su luz.

Los guerreros asombrados abandonan el monumento sellado que custodiaban. Los apóstoles intrépidos proclaman por los ámbitos del mundo al Dios resucitado, y su sangre es el garante de su anuncio. El sublime Pablo es deslumbrado por la luz de esa gran verdad, y su voz se oye por toda la tierra. La fé del Dios humanado se esparce rápidamente, llena

las academias de los filósofos, los palacios de los reyes, las ciudades y los bosques. Millares de mártires la rubrican con su sangre; los tormentos, las fieras carnívoras no infunden terror: la muerte perdió su imperio. Las prisiones, los fierros y el fuego son señales de triunfo como la cruz. El hombre acaba su esclavitud: todos suspiran por una patria verdadera y perdurable: vense sembrados por los sepulcros principios de inmortalidad. La resurrección de Jesucristo se multiplica en cada año de los fieles. En la persecución se renueva este día grande, y llenos de júbilo hacen resonar el grito: *¡Aleluya!* Dios y los cielos responden: *¡Aleluya!* En medio de la paz universal claman á una voz: *¡Aleluya!* Diez y ocho siglos han visto el clamor de gloria, los que saldrán del abismo de lo futuro repetirán: *¡Aleluya!* y aniquilado el Universo, la Iglesia triunfante hará sonar por los espacios infinitos al Dios de la eternidad: *¡Aleluya!* *¡Aleluya!*

En los cuarenta días que siguieron á la resurrección, el Señor se dejó ver á menudo por los apóstoles, y en ocasiones diferentes, ya en traje de hortelano y viajero, ya introduciéndose prodigiosamente en el aposento en que se hallaban reunidos, y cerradas todas las puertas. Sabida es la renacida del apóstol Tomás, en no creer en la resurrección de su divino Maestro, sino sobre el testimonio de sus sentidos, y su confusión despues delante del Señor. Vense cómo le le reportó un triunfo de su misma incredulidad.

¿Por qué billa el recinto venturoso
De repente bañado en sombra pura?
¿Tal vez alzase de la tumba oscura,
Cual lo predijo, el Vencedor glorioso?
La duell grey en éxtasi amoroso
Se arroba contemplando su hermosura,
Y aquel que no greyó, mete en la hondura
De sus lagas el dedo tremuloso.
El atanto apóstol que le adora
La ruborosa faz corrido esconde,
Porque el triunfo osó negar de CRISTO,
Y mientras mudo su perdón implora,
El DIOS resucitado le responde:
¡Feliz el que creyó, sin haber visto!

Mas acercábase la hora en que despues de haber instruido Jesucristo á los suyos sobre el modo con que debian predicar su celestial doctrina,

y doblar suavemente el mundo al yugo santo del Evángelio, los eternos decretos le llamaban al cielo, cumplida ya sobre la tierra su mision augusta. El día que cumplia los cuarenta de su resurrección, salió con sus apóstoles de Jerusalem, sobre el medio día, y se dirigió á las alturas de Betania, lugar que habia sido tantas veces testigo de las plagarías, de los padecimientos, de las angustias y de los padecimientos del Salvador, y que iba ahora á recibir sus últimas pisadas antes de subir al cielo.

“Llegado á la cima de la alta montaña, dice Orsini, desde la cual se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encajonadas del Jordán y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador se detuvo en un espacio libre á corta distancia de un bosque de olivos, que fue cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem.”

¿Y qué va ha hacer allí el Hijo de María? Parémonos un instante en este misterio, en el cual se encierran como en compendio otros misterios, los espacios y los tiempos, el universo y la eternidad. Ante todo, advertimos en el ascenso del Hombre Dios el mas glorioso, el inefable triunfo de la naturaleza humana. Grande fue su elevación, cuando el Verbo inmortal se unió á ella en el seno virginal de una criatura. Mas cumplido el soberano designio de la rehabilitación del hombre, podia deslacerse de ella, y volverse al seno del Padre, como persona meramente divina. Pero no, Dios Hombre resucitado y glorioso, asocia nuestra naturaleza á su inmortalidad, y es y será por eternidades el Hombre Dios en la diestra del Padre. ¿Qué gloria, qué infinita gloria para nosotros, criados de barro animado por el soplo de Dios, tener sobre el trono de los cielos un semejante nuestro en Dios Hijo, revestida de nuestra carne, una persona divina que representa, por decirlo así, toda la humanidad redimida y reconciliada con Dios, y que entre los eternos resplandores que le rodean, presenta las formas humanas, la figura que le plugo el Dios darnos cuando dijo, criados ya los mundos: *¡Hagamos al hombre á nuestra imagen!*

Antes de elevarse, pues, el Hombre Dios al seno de su eternidad, dirigió la palabra á sus elejidos. El Espíritu Dios descendiera sobre vosotros y os dará fuerza para ser mis testigos en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en toda la tierra hasta el fin de los tiempos. “Y acercándose á sus apóstoles, fijó en ellos las últimas miradas de su infinita bondad, levanta sobre ellos sus manos divinas y vuelve á hablar: “Dios os guarde y os proteja; él os ilustre, y su gracia sea en vosotros y su mirada os siga y os de la paz inmortal.” ¡Cielos y tierra! vosotros lo sabeis, despues de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia acabado su mision sobre la tierra. Una nube diáfana desciende de las alturas de lo infinito, se acerca, llega, cubre al Mesías como un man-

to de luz, y sube con él delante de ciento y veinte mortales absortos. Los fieles le siguen con su vista, y sus ojos quedan fijos en el azul del cielo. Los últimos espíritus celestes de la comitiva divina, brillantes como el ampo de la nieve, se dirigen á los discípulos y les dicen: "¿Qué aguardáis aquí? Jesús, á quien acabáis de ver subir al cielo, estará siempre con vosotros." Los dos inmortales han desaparecido: los coros llenan los espacios etéreos con los himnos de gloria al triunfador de la muerte: los cielos se preparan para la entrada solemne del Hombre Dios... y los apóstoles descienden silenciosos del monte de las Olivas, esperando el bautismo de fuego con que ha de bañarlos el Dios Espíritu para la conquista del mundo.

Mas ¡ay! que la nube que envolvió á Jesús como un manto de gloria en su ascension á los cielos, ha de volverle á traer en el último dia de los tiempos para juzgar la especie humana! ¿Entonces la humanidad presente de Jesucristo, que reina en el cielo, aparecerá formidable contra los que han degradado en sí mismos á fuerza de iniquidad la imagen del Hombre Dios, la naturaleza rescatada con sus humillaciones y con su sangre! ¿Entonces sonará la trompeta de las venganzas, y el fuego de la justicia, alentado con el soplo de Dios, reducirá á pavesas las maquinaciones de los hombres, y hasta el globo que les sirvió de peana para insultar al cielo! La ascension, pues, se enlaza con el futuro descenso, la despedida con la vuelta, el dia apacible y postrero de la obra de la redencion con el dia terrible de la satisfaccion y de la vindicta; la nube en que se elevó el Señor derramando bendiciones sobre el mundo recién redimido, es la nube que ha de traerle para juzgar á los siglos con la llama de su poder.

¿Por qué velado de nube cándida
Sabe y sorprende los ojos miseros
De los mortales, junto á Betania
El Hombre Dios?
¡Ah! ved sus huellas: mareado mirase
Sobre la arena su pié pacífico,
Y el aura lleva de olor balsámico
Celesto luz.
¿Qué hacéis postrados? ¿qué mis atónitos
Pedis al cielo? ¿qué otros prodigios,
La vista alzada, del aire fulgido
Ora aguardáis?

Voló y cercóle la luz espléndida
De inmortal gloria, y á los alcázares
Del alto Empíreo tiene su séslio
Que ocupa ya.

¡Ah! vos le visteis mauso y pacífico
Bienes do quiera derramar pródigo,
Y á su voz sola darle su vicima
La muerte atroz.

Y en Galilea y en Tiberiades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles

De inquieto mar;

Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer languido,
Y horrorizado su faz flamígera
Cubrir el sol.

Ya redimida la gran progenie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria
El Salvador.

A d'ó reinado potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espíritu
Hasta el terrible dia de cólera
No bajará.

De la trompeta ya el son horrisono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer abrense

Del que tronó.

¡Y guay! Sus presas vomitan pavidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras, que años sin número
Dormían ya.

Y de vivientes cual ondas tómidas
Que se atropellan la tierra, inundase,
Que á torbellinos ni val derrainase
De Josafat!

Y de repente cesa el estrépito:
Reina do quiera silencio lóbrego,
Y ¡miserable! aguardo trémulo
La voz del Juez.

Es de notar que la ascension del Señor no aparece con aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos de los antiguos tiempos. No se oyen allí los bramidos del trueno, ni fulgura el siniestro resplandor del rayo, como en la cumbre del Sinaí, ni un carro de llamas desciende para arrebatar á Jesús como al profeta del Carmelo, Jesús se levanta suavemente por los aires, y le envuelve una nube con serena y apacible majestad, que guarda analogía con el dulce y amoroso carácter de la ley nueva, que ha traído á la tierra para los justos una parte de las dulzuras del cielo. El aparato formidable de un Dios vengador, se aguarda para el último de los días, cuando revestido con los rayos de su poder, descenderá al culpado é ingrato mundo, á pedir cuenta á los hombres de la sangre que derramó por ellos.

El sublime Klopstock sigue en alas de su fantasía poética la marcha triunfante del Hombte Dios al través de los astros y de los espacios, hasta sentarse en la diestra del Padre. Ved ahí una muestra de su poesía magnífica; nos parece que el genio alemán, tan elevado como el cantor inglés del *Paraiso perdido*, se remonta á las regiones mas encumbradas de la poesía cristiana. ¡Cuán claro se deja ver en este poema que el verdadero manantial de las inspiraciones sublimes y fecundas se halla en las doctrinas de la Fé, y que, como dijo muy bien el apologista mas célebre del cristianismo de este siglo, la religion es la única que merece reinar sobre la liza!

«Marcha ya el Mediador Supremo mas allá de las regiones de la nube, rodeado de la multitud resplandeciente, y siguiendo la senda luminosa que conduce al eternal trono. Delante de todos lázase Gabriel, cuya recata cabellera flota en ligeros bucles en torno de su radiosa frente: el arpa de oro toma alura en sus manos, y forma con la voz del arcángel dulces y armoniosos conciertos.

«Empezad el canto de triunfo! Mas no es abandonéis á los raptos de un entusiasmo temerario! ¡El himno de Jesús es el que vais á cantar! ¡Este himno entrará en los siglos eternos y resonará por los inmensos espacios!

Uno de los coros de los mortales resucitados, ojan escapar sus transportes de terror y de alegría. Las arpas melanciosas murmurán acentos suaves, y resuena como un trueno profundo repetido por el eco lejano el metal triunfador de los cielos. Así de lo alto de la aspera montaña se desliza la plateada corriente, y llena con apacible murmullo el bosquecillo, mientras que el arroyo de las selvas con su curso lento y silencioso va arrastrando

trando entre zarzas y ruinas. Y el coro de los justos, levantando hácia el Medidor sus miradas húmedas con lágrimas de placer, canta la loa del vencedor de la muerte.

Allá en los años eternos, cuando aun no existia el frágil universo, antes de nacer la noche y el día y los mil y mil astros que pueblan los espacios, antes que volase el querubín revestido con el resplandor del firmamento: desde entonces, tú fuiste inmolado, ¡oh Hijo del Eterno!

¡Víctima santa del altar del Gólgota! ¡Cordero del holocausto! ¡reconciliación de los seres caídos! ¡fuente de la clemencia! ¡tu sangre fué derramada, y tú mismo te viste herido por la muerte!

Tal te viste ya en los años eternos, cuando no existian aún flores ni Océano, cuando no verdaban ni la montaña ni el valle, ni el polvo se hallaba transformado en cielos de luz, ni la tierra llevaba en su seno un sepulcro.

Y uno de los ángeles del juicio, deja caer su diestra poderosa que lleva la trompa que despertará el sueño de los sepulcros, mientras otro coro canta en acento majestuoso.

¡El yacimiento sangrientado! ¡Sus líneas no fueron rotos; así lo quiso aquel á quien fué inmolado el cordero de Passah! ¡El hisopo fué empapado en sangre, y tiñó las puertas de los hijos de Judá!

¡Ay de vosotros! ¡Ay de vosotros á quienes no señaló la sangre del Cordero, cuando la noche envolvió súbitamente la tierra con su manto de horror! Vino ¡ay! la formidable noche. ¡El exterminador ha bajado de los cielos, y con vuelo lento y terrible ha tocado ya las ondas del Egipto!

Levántanse voces lastimeras de todas partes, y el grito del terror recorre toda la orilla. ¡Cerca del trono yace sin vida el heredero del imperio, y sobre el gimen de dolor el padre que le engendró y la madre que le dió la luz del día!

La muerte ha penetrado hasta las prisiones mas profundas; el bruto ha visto morir su joven renuevo, mientras que en los campos de Ramés resuenan los cánticos y las lágrimas de alegría: ¡la sangre del Cordero ha salvado el hogar!

El arpa hace resonar mas fuertes acentos; la trompeta estreñece los espacios con el ruido de numerosos truenos; un nuevo coro derrama á torrentes la armonía de sus cantos; vuelan poderosos querubines, cuyo vestido es llama, y cuya faz resplandeciente coronan rayos de gloria.

¡Eternal tipo del vasto imperio en que brilla el universo! TU ERES: ¡y el primitivo caos recibió sus formas! ¡La innumerable legión de los

mundo va rodando por los espacios, y tiemblan de sorpresa porque han recibido el sér!

Al grito del Creador, el Hijo del Eterno, que retumba armado de los rayos de su poder, manda el movimiento que corra por órbitas inmensas. ¡Lento ó rápido, el rayo brilla, hiende la esfera y arrebatada de asombro al habitante del globo que huye!

¡Así nació el imperio eterno del Mediador divino! La sabiduría y la gloria brillan en el diseño de su vasta creación. ¡Felicidad de todos! tú descendes también del seno de la miseria!

¡Sendero de lágrimas! Cantadle herederos del sepulcro; ¡herederos de la luz! ¡Cantadle, hermanos de aquel que conoció la muerte! Cantad la vía misteriosa que de la miseria conduce al trono del juicio, porque vosotros también juzgaréis con él.

¡Laberinto de dolores! ¡Aspero sendero por dó se trepa al monte de las pruebas! La noche del sepulcro lo encubre á vuestros ojos. Mas la sangre ha manado ya, y el trono recibe al mortal rescatado de la muerte!

El vástago de Jeddé, cuando vivía sobre la tierra de los mortales, mas hoy hijo de la resurrección divina, se adelanta del coro, y en el humilde júbilo que trasporta su alma, se acerca al Señor, y celebra con su arpa el instante solemne en que se descubrió á Zema desde una profecía distante.

Jesús el Pontífice, ¿no entra en el santo lugar que cubre el velo de los misterios? ¡Parece que no sea puro, pues en presencia de los ángeles temblorosos, Satanás acusa de pecado al Pontífice de Judá!

Se le ha dado un vestido candado á los ojos del Eterno, y su clemencia le quita la grave carga del pecado, porque el elegido del Omnipotente debía descender á la tierra, ¡Zema! ¡fué el grito de los cielos y los ángeles oyeron el nombre de Zema!

¡Vienes tú, oh Mediador, y el velo no cubre ya mas el lugar de la clemencia! ¡Para siempre es arrancado del templo de los misterios, pues que tú por ti mismo entras en el umbral del santuario divino!

El te llama ¡oh pueblo afortunado! bajo las pámpanas de su viña: él te llama bajo la sombra de una higuera! ¡El divino salterio celebra la fiesta del sacrificio de la alianza!

¡Tú vienes, oh Zema! ¡Proclámanse nuestras voces con los sublimes acordes de un salterio celestial! ¡Zema! ¡tú vienes! Así debajo los tabernáculos de la gran solemnidad vuela el canto de la alianza. ¡Zema! ¡Tú sufriste la muerte! ¡Tú la venciste!

¡Oh cómo resueñan las arpas de los cielos! ¡Cómo balancean las palmas en las manos de los vencedores! ¡Cuán brillante irradia la luz de

los espíritus cuando se derrama como un torrente de armonía el himno de alabanzas á la gloria del Salvador!

En la hora que Jesús exclamó que todo estaba consumado, nuestras lágrimas corrieron, pero nuestras almas se abismaron en rios de salud! ¡Dios admitió el polvo en los campos de la luz, en el reino de la salud! ¡Desde lo alto de la Cruz Jesús te llama á la salud eterna!

El Hombre Dios exclamó: parece; oh universo! y de repente nacen innumerables legiones de libres inteligencias, tal como nace el rocío de los lucos de la aurora. Ellas son creadas para una gran felicidad: de lo alto de la Cruz Jesús te dá la salud.

¡Oh legiones! A distancias infinitas suena la divina palabra: ¡Todo está cumplido! ¡El arpa angélica te lleva mezclada á los dulces acordes de los cielos! Innumerables años vosotros todos los que á su nombre dobláis la rodilla, colmados por él de mayores felicidades.

Habían ya concluido el himno del amor cuando, llevado de divinos transportes, se adelanta un coro de refugientes resucitados, blandiendo las palmas del triunfo á los acentos de un dolor celeste compañero de la beatitud.

¡Adoración, alabanzas, gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmolado por nosotros! ¡El sube á la inmortal Sion, que brilla de inefables resplandores! ¡Oh cómo fluyó sobre tí la sangre de la clemencia, altar del Gólgota! ¡Alabanzas al Hijo del Señor, que se inmola por nosotros!

¡Alabanzas al Salvador de los hijos de la muerte! ¡Alabanzas y gloria al Hijo sublime que creó el universo! ¡Tú arrancas á la noche los mil astros de los cielos que derraman como un torrente la luz eterna. ¡Manda tú, y de un vuelo rápido miden lo infinito del espacio!

¡Alabanzas y gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmolado por nosotros! ¡Gloria al Hijo sublime que aterró la muerte! ¡Tú arrancas de la noche de los infiernos á los que hirió el mortal aguijón! Ellos huyeron, de su perdición y de su eterno abismo!

Y con una piadosa mirada otro coro contempla la tierra que va rodando delajá de sus plantas. Allá habitaron ellos la cabaña y el sepulcro, allá habían triunfado de la muerte. Y uniendo sus voces, cantan al Redentor de los tristes mortales.

¡A Dios y al Hijo que vuelve á Dios, gloria, salud! Humildad vuestras frentes y coronas, espíritus inmortales! ¡Sembrad las sendas del trono con las fugidas palmas que os dá el Señor!

Vosotros que, humillados en la miseria, recorreis todavía las regiones del dolor! ¿Por qué estas lágrimas? Un día, caerá también el pie del trono, semejante en gloria á los espíritus de los cielos!

¡Así recomponiá Jesús! ¡Así señala el precio á los sufrimientos! ¡Tríunfo sublime! ¡El á guarda á todo aquel, que, fiel hasta el fin, llevó el peso del dolor!

Silencio, ¡oh lágrimas! vosotras que consoláis los pesares fugitivos, no debéis tocar más el corazón del inmortal! Al término se halla la recompensa; llegó hasta el valle de la muerte este canto de fidelidad.

Y cantando estos himnos han llegado al celeste Empíreo. Por entre sus astros brillantes, descubren otras almas conducidas por celestes espíritus. Vuelan los querubines llevados por el ala de los trasportes, y las almas sobre el ala tremula de sus nuevas alegrías. Allí están justos mortales que dejaron sus tristes restos en la llama ó en el sepulcro; elejidos de todos los pueblos, que habitaron todas las zonas de la tierra. Desde el momento de la consumción divina, pues así lo manda el Señor, él se ha reunido en los campos brillantes del celeste Empíreo. Sus lágrimas y sus cantos expresan su felicidad; pues por la vez primera le contemplan, ¡oh esencia divina! Y el coro de los resucitados saluda con un nuevo canto á la gloriosa muchedumbre de sus hermanos.

¡Ellos llegan, y se han elevado aquí desde la vida de las pruebas! Ellos recorrieron con dolorosa planta vuestros sombríos senderos, ¡oh regiones de la muerte! ¡Libres y afortunados, han escapado ya de la miseria; bien lo revela su llanto, y los celestes trasportes, y la calma colorida de que rebozan sus corazones!

¡Oh felicidad! Herederos de aquel, que como vosotros, marchó también por la senda de la muerte, ¿quién os conduce al término sublime en donde os aguarda el premio? ¡Quién podrá expresaros, oh celestes raptes de púlpito inmortal!

¡En dónde murmuró jamás en suaves acentos el arpa que os esprime! ¡En qué lugar resonaron sus celestiales melodías! ¿De dónde los llevaron á sus spacibles riberas, ó rios cristianos, los vientos del Empíreo? ¡Cuándo agitaron tu soberbia cima, ¡oh palma de Sion! que reberdaces sobre la orilla del torrente!

Y las almas sienten nuevos trasportes de aquella nueva vida; su himno se mezcla con los cantos del ejército del vencedor.

Nosotros marchamos al triunfo; ¡ángeles del Eterno! como vosotros, herederos de la luz! ¡Seguimos á Jesús en el camino de los cielos! ¡Oh muerte! ¡Rápido vuelo hacia la felicidad! ¡Oh tumbas, y vuestro horror fugitivo! ¡Vosotros os convertís en dicho; en cielo, en salud inmortal!

¡Ser decimo! ¡Quién sabrá expresar el cántico sublime, los trasportes del alma! ¡Rey del universo! el grito del triunfo y nuestras voces de júbilo se pierden á la vez en el resplandor inmenso de tu gloria!

¡Meditad! nosotros somos de aquellos que tu muerte reconcilió! ¡Pertenece á las legiones luminosas que tú llamas á tu gloria! Nuestros restos quedan sembrados en las vastas regiones, en donde brillará tu trono en el día de la siega.

Los gallardos manebos que forman la juventud celeste no pueden contener súbitos trasportes de júbilo. Jóvenes serafines baten sus floridas alas en torno de Elva y de Gabriel, al modo que se abre la flor, hija de la aurora, á la fresca sombra del árbol del Líbano, y las cuerdas retumban bajo sus dedos armoniosos.

¡Oh, cómo resuecan los acentos del placer! cómo suena el canto del triunfo! Así lo publican al pie del trono ecoses los mil ecos de los montes del Empíreo!

Sagrada muchedumbre! desde los senderos del sepulcro te sublimas á la gloriosa vision del Sér inefable, cuya esencia es felicidad!

El saltorio y la trompa truenan á la vez entre los cornos de los vencedores, con los cuates murmura la cuerda aérea, como murmura el argentado arroyo, y los vientos etéreos cobran alma con los acentos del amor. El soplo ligero se transforma en tempestad, la tempestad en truenos, y entre la tempestad y el trueno retumba la armonía de los mundos fugitivos. Jesús gobernó á su pueblo, desde el día en que fué llamado el padre de los creyentes, hasta el día en que Bethléem y su agreste cabaña escucharon los llantos del celestial infante. Y los cornos del ejército triunfador, cantan las maravillas del pueblo, de la gracia y de la nuestra justicia. Inflammase su salmodia con la rapidez del pensamiento, y un raptó impetuoso los arastra de prodigio en prodigio. Un coro refulgente vuela y hace vibrar la plateada cuerda; oye el otro, y puede apenas contener el fuego del entusiasmo que le oprime, y á los jubilosos acentos mezclan sus voces misterios y terribles los ángeles de la muerte.

Oh mar! tú detienes las ondas airadas; así lo manda el Eterno! y con sus sombras ó con sus nocturnos reflejos cubre la nube al pueblo de la ley! El pavor y la disoatza del Abisimo hieren con la nube al temerario rey, á sus corceles, á sus guerreros!

El severo silencio de los ministros de la muerte deja oír el bronco sonido del acero de las venganzas. Escúchalo Mirjam, y su dulcísima voz canta el triunfo de los elejidos del Señor.

Hija de Amram, yo iba al frente de las vírgenes de Israel. La mar es tu sepulcro, tirano de Miriam! el onda te devoró junto á las cañas de la orilla! como se hundió el plomo hasta el fondo de las olas embravecidas!

El guerrero cubierto de hierro, los carros y los caballos, tú mismo caus, soberbio Faraon! La indignación del Señor rompe entre los fuegos de la nube, y el pavor los precipita en las ondas del furor!

Los ángeles apartan su vista conternada de la caída de Abiram, de Korá, de Dathan, y cantan el juicio de los rebeldes de Levi.

Oh voz de terror que te levantas del abismo! de entre el torbellino de polva y de llamas salen en vano gritos lamentables! pero mas terrible aún que los gritos y los gemidos, tu silencio proclama el fin mas desastroso!

Una sola mirada dejan caer sobre las ruinas de la soberbia Jericó; un solo acento recuerda su caída y sus escombros.

La trompa de los combatas y la plagaría de los guerreros rodean las torres altísimas de la ciudad de las palmas! Brillada ha el día de tu ruina, y tú caes, oh Jericó, entre las llamas y el trueno!

Mil otras arpas resonando confunden sus armonías deliciosamente, y con ellas la voz de los espíritus celestes.

Cuáles fueron tus destinos, ¡oh Judá! El Hijo de Bethléem, el de la negra cabellera corre con ligero pié, arroja el palo, y la piedrecilla hirió la frente del gigante que se ría de sus ruinas!

Y el Señor aleva el pastor del Ephraim! Cien su noble frente con el oro de los reyes, y su boca es enriquecida con el oro aun mas puro de los cánticos! El repueba tu vástago ¡oh tribu de Benjamin! y su sangre corre y tñe las cimas de Geloeb!

Y David contempla al Mediador salido de su propia sangre; y su himno vuela sobre el ala del amor. Las voces de júbilo de los coros mas augustos cantan las alabanzas del Criador, fuente de toda clemencia.

Y otros solterios resuman á lo lejos, y sus acentos sublimes se mezclan con las voces de los ángeles.

El riega, y de lo alto de los cielos cae la llama: la víctima es devorada por el celeste fuego: las aguas que bañan el altar suben y son consumidas por la llama de los cielos!

Y siete querubines salen de su coro, y rodean al Profeta á quien fué concedida la sublime vision de la redención futura.

Y tú solo estás sin voz! tú, que junto al Eterno viate al severo querti-

bro, velado con su ala poderosa! Los cimientos del templo se estremecen con la voz de los espíritus: sus legiones rodean el trono de los cielos!

Yo quedé sin voz cuando junto al Eterno vi al austero querubín velado con su ala poderosa. El templo retumbó á la voz de los espíritus, y sus legiones rodeaban el trono de los cielos!

Santo, oh! Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos! Tal fué el clamor que voló por las bóvedas de los cielos. No tienen número los que adoraran al Eterno. De su trono y del polvo brotan alabanzas á su gloria increada.

La admiración llena el alma del Profeta. Mudo, medita el rey del universo. Mas no tarda en invocar á las trompas celetes, cuyo estruendo delicioso se mezcla con sus cánticos.

Sion! la Virgen sublime te desprecia, y se ríe de tus furoros! la hija de Salem te persigue con sus desdenes, porque, ¿quién es aquel contra quien se dirigió tu blasfemia!

¡Contra quién, oh soberbio se ha levantada tu voz! Tu orgullosa mirada amenaza en su mismo templo al santo de Israel! tu impío delirio se ríe de Jehová, y tu boca audaz pronuncia estas palabras!

Los carros de mis guerreros han cubierto la montaña; desde lo alto del Libano rodaron los cedros y los pinos bajo el filo de mi hacha inexorable! Yo toqué hasta los confines del Carmelo, las lanzas de mis soldados llenaron sus bosques. El brazo de mis guerreros escavó la profunda ciataras.

El pié de mis caballos agitó las lagos de Israel: ellos socaron sus rios y sus arroyos! ¡No oiste nunca hablar de lo que en otros tiempos obró mi omnipotente brazo!

Desde lejos preparo ya los combates, y la victoria está pendiente de mi voz! Caen á mis golpes las ciudades y sus almenas, y cubrese la colina de vastos escombros! La afrenta y el horror del carnaje hacen caer sin fuerzas los brazos de tus guerreros!

Y caen éstos como la yerba cortada por la hoz del segador. ¡Así se marchita el musgo de los tejados, y el lienzo que se seca al ardor de los rayos del medio día!—No conoces pues tú, mortal altanero, tu morada y tus caminos!

No se me oculta ninguno de tus furoros. Y ya que contra mí osa levantarse tu delirio, y que penetra los cielos, y provoca mi indignación;

Voy á oprimir con un anillo de hierro las humentes narices de tus corceles, y á domar con un freno tu furor. Y en tu fuga de ignominia recorrerás las desiertas regiones que ha devastado el brazo de tus guerreros!

Así canta la inflamada voz del sublime Profeta, y los siete espíritus continúan la historia de las venganzas.

Huye, huye Sanhórib á los altares de Neirach! De lo alto de Sion suena la voz amenazante del profeta de los furioses; préparase ya la celeste venganza!

Que afirme su férrea planta para el juicio de sangre. El sombrío ojo de los cielos ha cubierto de palidez las rosas de la aurora; cubiertos están de muertos las campiñas de Judá, y el Rey de Assur huyó perseguido por el terror.

Y el profeta de Chelsár se adelanta entre los fulgidos coros que cantan al Eterno, seguido de doce jóvenes escogidos entre los mas hermosos de los ángeles y de los hijos de los hombres. Su vuelo es ya una armonía, antes que sus alas celebren las grandezas del Mesías. Y batiendo sus sonoras y ligeras alas, preceden al divino objeto de sus respetuosos transportes. Su radioso vuelo es magullico y terrible: mil resplandores coronan su frente, y su mirada es una móvil llama. Y en voz unánime cantan al que reina sobre Judá.

Vengador! cuántas veces fuiste el escudo y la salud de tu pueblo! con qué facilidad rompiste los brazos devastadores! Como derramaste su sangre en torrentes de humo! Los que aman la matanza, no, jamás escaparán de tu potente indignacion!

Rey de Assur! tú pareces el terrible reptil cuyo ronco clamor hace temblar las orillas de Egipto!... Altanero como el Líbano, arroja á larga distancia su gigantesca sombra; erguido como el cedro, su verde cima llega y amenaza á los mismos cielos!

Y manda á las ondas, y con su tronco inmenso dá sombra á las aguas agüadas! Á su alrededor dá mugidos el río cenagoso, y otros árboles reciben de él los arroyos que sacian su sed.

Por esto domina á los árboles de la comarca, y se place en estender la hojarasca de sus ramas, y en humedecerle con las aguas que inundan la campiña!

Bejo su poblada copa fabrica el avecula un aérea morada, y el reptil del polvo yace bajo su vasta sombra! Los pueblos habitan debajo tu sombra magullica, árbol soberbio, que te sacias con todos los torrentes del valle!

¡Quién fué semejante á tí? Cedro del Señor, y tú, pino de la montaña, menos robusto es vuestro tronco, que su brazo de lozanía! El es, la gloria del bosque inmenso que plantó el Omnipotente!

Embellorado fué por la mano del Señor: él fué, quien hizo crecer sus brancas y sus ramas, para que fuese un objeto de envidia para los árboles de las selvas! Mas porque su cima tocaba á los cielos.

Su corazón se hinchó de criminal orgullo; se embriagó de eliminar grandezza. Entonces, oh Vengador, le dejaste abandonado al mas poderoso tirano para que le diese el premio que merecía su atrevido!

Y el brazo del extranjero lo derribó sobre su tierra nativa! Y la montaña, y el valle, y la onda de sus arroyos se cubrió con sus ruinas. El hacia cortante abatió el tronco, diáperó las ramas y su espeso follaje!

No tiene ya mas sombras que dar á los pueblos congregados: huyen las naciones del árbol despojado: sobre su tronco á pedazos, mora el pájaro de las neches; sus agostadas ramas sirven de fugitivo asilo á la fiera de los campos.

¡Cayó! Ningun árbol se levantará ya mas sobre las orillas del río con tanta grandezza! Ninguna otra cima estenderá tan lejos su frescura de su sombra!

¡Cómo descienden al sepulcro los que temia el universo! Assur se ha desplomado al mortal abismo, cuyo profundo seno ha gemido por la caída del monarca de Babel!

Un velo de dolor ha cubierto el río y sus corrientes, y su onda ha cesado ya de correr! El Líbano se ha vestido de luto, y los árboles del valle se han marchitado en torno del abatido cedro!

Desplómase con estruendo, la tempestad le precipita á los horrores de las tinieblas, y los pueblos del rededor quedan desfavoritos: tú yaces en el abismo, oh foresta de Eden, y tú, bosque que cubrias el Líbano!

Yace en la tumba de la noche y con él los reyes que cobjaba su poder! brazos del altivo cedro, han caído en torno de él, entre lo que abatió el filo de los guerreros!

Y el silencio sucedió á sus cantos. Al modo que la tierra suspende su estremamiento terrible para arrojar luego hacia los cielos consternados los espesos torbellinos de polvo y de ruinas, mezclados con los gemidos lastimosos de los que devoran sus abismos!

Así como á Assur, tú precipitas el Egipto, Rey del universo, Hijo del Eterno! El dragón de los mares se ha zambullido en el río: con su pluma cruel enturbia las rápidas ondas, y corre envuelto su negro fátigo con las olas que bramán hinchadas.

El exclamó, el río está bajo de mi poder! yo le hice nacer en las llanuras del Egipto! Mas el Señor tiende su inmenso lazo, y sus legiones cazan al rebelde en la red mortal!

A pesar de su peso, y de su informe masa, sus escamas son débiles para llevarle en el peligro. El Señor le saca del río aterrorizado, y le hace pelarzas en los campos de Mirraim, y su voz de trueno, llama á todo ser que con la ala impetuosa hiende los aires despedazando su presa!

Todo lo que en el polvo arrastra consume la carne! Cadáver horrible, con sus miembros despedazados, cubre el lado de la montaña el umbroso vallado: la onda que le lleva se tñe con la sangre de la bestia feroz.

Su sangre ha enrojecido la sombría montaña, y ha enrojecido el río de los arroyos! porque ha sido precipitado al abismo de la muerte.

En los tenebrosos abismos ha encontrado acogida entre los que, conquistadores como él, degollaron á los mortales! Todos cayeron al golpe del cuchillo, y durmieron el eterno sueño entre las víctimas de sus furioses!

Como ellos reposa Asur: en torno de él todo un pueblo destruido. Cuchilla! hieres tú! y al punto se abisman en tus negras profundidades todos los que fueron el espanto del universo!

Como ellos reposa Elam, y á su rededor sus robustos guerreros. Cuchilla! hieres tú, y al punto se hundien en los astros profundos cuantos fueron el terror del universo!

En los desiertos campos yacó Mesech, y mas lójos Thubal! Héroe y guerrero yacen sin arma y mueren sin gloria! no se halla su sangrienta espada bajo de su cabeza, y las llamas blanquean con sus huesos!

Horribles reprobados! Ellos fueron el huror y el espanto de la tierra! Faraon! tú yaces bajo las plantas de tu vencedor, tú duermes entre tus guaretros que el hierro ha segado.

Dominadores de Edem, combatores de guerreros! Vosotros estais sepultados en la noche de la tumba! Ellos vacilaron bajo la cuchilla destructora, y cayeron entre los milares que hirio la espada!

Con ellos esen tambien los pueblos de Sion! Un rojizo sombrío cubre la frente de los principes, porque la audacia del combate alcanzó á sus guerreros, que cayeron sin número bajo la hoz de la muerte!

En las tinieblas del abismo Faraon reune sus legiones: su corazon palpita á la vista de sus guaretros: y el pavor cedo al orgullo de su pensamiento!

Tú lo has precipitado, Dios de las venganzas, Dios de los justos futuros! A tu mirada cayó en el abismo! Porque tambien eres el espanto de la tierra, oh juez del universo!

Y la tierra va rodando á lo lójos en el abismo de los cielos.

Y la triunfal cohorte está ya á las puertas de los cielos. Su ávida mirada contempla de lójos el trono de Jehová, y la vé resplandeciente de la gloria incandente. Y los espíritus que habitan los cielos ven acercarse la brillante muchedumbre; una repentina sorpresa se apodera de los ángeles, y muy presto resuenan gritos confusos de admiración, de alegría y de terror. Ningun ángel, ninguno de los espíritus del trono habia conocido la hora sagrada en que el vencedor volvía á entrar en el celeste imperio; y solo habian apercebido entre las distantes armonías de los mundos del espacio las aclamaciones de los cielos. Y de colina en colina el potente querubín esclama: ¡Jesus! y mil voces sofanicas, mil voces humanas tornan á las inmensas soledades del empireo el nombre de Jesus. De rayo en rayo hasta en los altares de los perfumes, hasta la formidabile nube que vela el santo lugar, retumba la voz: ¡Mesias!—¡Mesias! Se oye

dénde el trono de los cielos, y ante el clamor inmenso de los espíritus empuñados el ruidoso susurro de los bosques, el murmullo de los arroyos, y hasta el mugido de la onda poderosa que hace rodar sin fin el oceano de cristal. Y cuando Jesus, el consumidor de la salud, á quien rodean los resplandores moribundos de un mundo vecino, pone su divina planta en el pórtico de los cielos, caen entonces de las angélicas sienes las radiosas coronas, y siembran de palmas la sublime senda que al trono conduce. Y los que siguieron al vencedor, serafines, mortales, todos siembran palmas bajo su planta victoriosa, todos marchan á su rededor, sumidos en la humildad de su pensamiento. Y las almas oprimidas por tan repentina felicidad, goce de los cielos, se paran inmóviles en uno de los celestes pensiles, pero la trompeta de Gabriel les hace seguir al Mesias.

Y Jesus se acerca al trono. Súbito silencio domina en las moradas del cielo, la trompeta no despide ya sonidos para llamar á las almas; hasta los patriarcas quedan inmóviles. Los ángeles van siguiendo todavía, mas presto se paran, caen, y adoran al Eterno. Gabriel, el único entre todos los séres criados, ha seguido al Mesias hasta el pié mismo del trono. Allí se postra contemplando al Altísimo, y nuevas ondas de luz le ocultan á la mirada de las legiones celestiales.

Y el Ser infinito y sublime, aquel á quien todos conocerán algun día y adorarán todos entre lágrimas de placer, el Padre del Salvador, el autor de la clemencia, ¡DIOS!!! se descubre en los resplandores inefables de su amor. ¡El Hijo del Eterno, el autor de la alianza, aquel á quien todos reconocerán un día, á quien todos adorarán entre lágrimas de placer, víctima y vencedor de la muerte, Mediador y fuente de toda clemencia, Jesus, se descubre en los resplandores de su amor! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Padre! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Hijo! ¡Y Jesus sube al trono de la gloria, y se sienta á la diestra de su Padre!

Es muy de creer que Maria disfrutó en aquellos momentos de gloria de los triunfos de su Hijo, abriéndose á su mirada mortal la entrada de Jesus en los cielos, cuyas puertas se volvieron á cerrar lentamente tras el Dios vencedor. Maria, para completar mas su sacrificio, debió quedar sola sobre la tierra, como una yedra arrancada de raíz, pues Dios no solo quiso que hubiese tomado parte en la redención del mundo, sino que guiase personal y visiblemente los primeros pasos de la naciente Iglesia.

Durante los diez dias que siguieron á la Ascension, estando reunidos los apóstoles en el cenáculo, y en la mas ferviente oracion, Maria los animaba con su ejemplo, y recibió con ellos aquella maravillosa efusion de gracia celestiales, que tanta celebridad ha dado al dia de Pentecostés.

Un viento fuerte parecía descender del cielo con violencia, que hacía temblar el edificio: pareció una llama misteriosa que, partiéndose en varias fracciones, fué á posar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos reunidos, símbolo de la luz y de la caridad, que muy presto debían ilustrar y alegrar al mundo.

Dos grandes acontecimientos se leen en la historia de los siglos, relativos á la palabra del hombre y á la palabra de Dios. En la confusa Babel, el orgullo de los hijos Adán, renovando las pretensiones de éste cuando soñaba igualarse con la Divinidad, pretendió como escalar el trípode del Escelso por medio de un monumento gigantesco; pero Dios los confundió con el uso de la palabra. Dejaron luego de entenderse, y perdida repentinamente la razón en aquel laberinto de dialectos creados allí mismo para abatir sus planes insensatos, Dios castigó al hombre por su propia palabra. Cuando empere otros hombres, llenos del espíritu de Dios, debían poner en el mundo las cimientos de una nueva ley de amor, monumento augusto é inmortal que debía unir en realidad la tierra con el cielo, la palabra regeneradora de Dios, puesta en boca del hombre, volvió á hacerse universal: los propagadores santos del Evangelio se sienten de repente inspirados con el don de todas las lenguas. Unos hombres rústicos y sin letras se hallan transformados por medio de un fuego divino, su pensamiento cobra desde luego las colosales dimensiones de los designios de Dios, y su corazón se siente abrasado en aquella llama que les había bajado de lo alto para abrasar con ella el universo. El parto y el miedo, el elamita y el habitante del Ponto y de la Frigia del Egipto y de la Libia, el culto griego, el orgulloso romano y el árabe, todos comprenden á los enviados de Dios, que por un prodigio inaudito, ó hablan una lengua universal ó hablan á la vez en todas las lenguas. El género humano, que herido de muerte en su cuna, fué dispersado y como arrojado á distintos puntos para regar con sus lágrimas las diversas regiones de su destierro, vuelve á reunirse ahora en una sola familia, después que el nuevo Adán, dándole el ósculo de paz á costa del sacrificio de sí mismo, hubo vuelto á su Padre, para hacer descender al Espíritu de Dios sobre la tierra y animar con su soplo vivificante el nuevo hombre espiritual que había creado. El descenso del Espíritu Santo completa esta segunda creación: él separa la luz de las tinieblas; él arroja sobre la tierra las nuevas generaciones de vivientes por la fe y por la caridad; él coloca al hombre rescatado y amigo de Dios en el nuevo paraíso de la Iglesia, reflejo del paraíso inmortal, para que el hombre fué criado, y con el cual ha de unirse á unir al fin de los tiempos.

¿No escucháis el estrépito sordo con que descende la sagrada llama

para derretir el yelo de nuestro corazón y abrazarle en el amor divino? ¿No veis postrada la dócil y conmovida grey al ruido santo con que se renovó la faz de la tierra? ¿Ah! ¿cuán fervida ha de ser la esperanza, cuando el Espíritu Dios, el Amos por esencia, viene á fecundar con su soplo omnipotente los gérmenes de virtud y santidad que el Verbo enviando por el Padre vino á esparcir sobre el mundo! Ese mundo árido, que tanto necesita de los raudales de la gracia, ese mundo de yelo, que tanto necesita de la llama regeneradora, ese mundo corroído en sus entrañas por el doble cáncer del orgullo y del deleite, que con tanta ansia espera una palabra de salud!

Lo restante de la vida de Maria nos es del todo desconocido: crecía sin embargo, según tradiciones admitidas en el siglo IV de la Iglesia, que permaneció por algún tiempo en Jerusalem, y después siguió á San Juan á Efeso, su hijo adoptivo. Dios respetó la discreción y la modestia de esta existencia tan elevada y tan pura, cubriéndola con el velo del silencio: los hombres pueden meditarla, pero no expresarla por medio de palabras. La común doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las súplicas y la conversacion de Maria fueron la luz y el valor de los apóstoles, y atrajeron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. La opinión mas recibida es que ella murió en Efeso, en una edad muy avanzada.

Quando el Sol de justicia, según la bella imagen de Orsini, se había ya encubierto en el sangriento horizonte del Golgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus dulces rayos sobre el mundo renovado, y ejercía sus benignas influencias en la cuna del cristianismo. No hay duda que la presencia de la Madre del Salvador debió influir poderosamente en los progresos de la primitiva sociedad cristiana, y que la Esposa del Espíritu Santo contribuyó mucho á la consolidacion de la Esposa del Cordero. ¿Con qué confianza y amor irán los apóstoles á deponer á los pies de Maria los preciosos frutos de sus conquistas! ¿Con qué fervor y santo entusiasmo recibirán su bendición para correr después hasta los últimos confines del mundo á predicar á su Hijo crucificado! Maria tuvo que sufrir ya los efectos de la terrible persecucion que por primera vez se levantó contra los cristianos el año 24 del Señor. Alcanzó, pues, á Maria el tenaz furor de esta persecucion sistemática contra la Iglesia, que ora en torrentes de sangre, ora en halitos pestíferos de error y de corrupcion, debía perpetuarse en el mundo por tantos siglos, que ha llegado hasta nosotros, la agonia del mundo, la prueba y la gloria de los escogidos de Dios.

Nada tiene de extraño que no hayan quedado memorias acerca de la

vida de María, pasada lejos de Jerusalem, en tierra extraña, y sin hecho alguno estrepitoso que la hiciera memorable. María había llegado ya al colmo del heroísmo, participando del honor y de la obra de su divino Hijo, y sus días, después pasados en la oración y en la secreta comunicación con el cielo, no fueron mas que un prolongado aspirar hacia la eternidad.

El moderno historiador de María traza deliciosamente la mansión de María en Efeso; y su saludable y poderosa influencia, tanto en los progresos de la Iglesia en aquella región, como en ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del discípulo amado, el Aguila del libro de la Revelación. Ved ahí uno de sus graciosos cuadros.

"En cuántas ocurrencias, sentadas á la sombra de un plátano, á orillas del delicioso mar Jónico, cuyas olas espiran al pie de los mirtos, en un estrecho arenal, María y la Magdalena, al seguir con la vista una galera griega que dirija hacia la Siria su proa, evocaron las memorias del país natal! Entonces eran asunto de sus conversaciones las immaculadas nieves del Líbano, las azuladas cimas del Carmelo y las vivas aguas del lago de Tiberíades; alternativamente se les representaban los lugares de la patria, embellecidos con la distancia, que les parecían mil veces preferibles á la voluptuosa y risueña Jonia, que era con efecto, comparada con la tierra de Jehová; lo que la ira de Amareonte en parangón con el arpa de David."

Supone este autor que María quiso ver, antes de morir, los lugares de la Redención, y respirar otra vez los dulces aires de su patria. Hé aquí cómo traza el bello viaje de su vuelta á la Palestina:

"Embarcaronse los pasajeros, no en Esmirna, entonces insignificante y pobre población arruinada por los Lidios, sino probablemente en Mileto, á cuyo famoso puerto concurrían á encontrarse las galeras de Europa y de Asia que navegaban en aquellas aguas. En su travesía por las mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron al paso la isla de Chio, cuyo pueblo, en posesión por mucho tiempo del imperio marítimo, introdujera el odioso tráfico de esclavos, tráfico que el Evangelio iba á abolir lentamente, luego á Lesbos, patria de los poetas líricos, dando las limosnas á la purísima Virgen debían sucederle las odas eróticas de Safo y á los cantos más robustos de Alceo. Al ver enclavarse en las nubes el remate del templo de Esculapio, que atraja á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros; la Madre del Salvador acercóse de su divino Hijo, que único en la tierra había poseído el poder de aplacar las dolencias físicas y morales, y de arrebatarse su presa á la muerte. Delo-cua de Apolo, Rodas que lo fuera de Júpiter, levantábase sucesiva-

mente del seno de las aguas, con sus verlosos montes y sus antiguos templos, poblados de dioses que muy pronto había de relegar á los infiernos el Dios crucificado en el Gólgota. A poca distancia de Clipse, distinguióse en la región de las nubes un punto negro que en el brillante azul del cielo se dibujaba; era el monte donde antiguamente erigiera el profeta Elias un altar á la futura Madre de Cristo, y en el cual se hallaban sus discípulos en el momento de arrojarse á su benévola protección. Al día siguiente la galera entraba á fuerza de remo en un puerto de Siria; tal vez el de Sidon, cuyas relaciones de comercio con la Palestina eran bastante estensas según refieren los sagrados libros.

Apenas llegaron los viajeros á Jerusalem, retiróse la Virgen al monte Sion, á poca distancia del palacio ruinoso de los príncipes de su familia; á la casa santificada por la venida del Espíritu Santo. Separóse de ella San Juan, para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalem, y á los fieles que componían su Iglesia, á la sazón numerosa, que la Madre de Jesus volvía á su lado para morir."

Asegura igualmente la tradición que María murió rodeada de los apóstoles, que por divina inspiración se hallaron reunidos alrededor de su lecho. María no sucumbió por la debilidad de la naturaleza, sino por un esfuerzo de amor divino.

Inspirados á un mismo tiempo los apóstoles que estaban diseminados por el globo para enarbolar la Cruz en todos los confines de la tierra, vienen en torno del lecho de gloria. Pedro estaba á la sazón en Egipto, Pablo en Efeso con sus discípulos, Andrés en Acaya, Tomás en el centro de la India, Bartolomé en la América mayor, Mateo en Etiopía, Simón Zelote en Mesopotamia, Judas Tadeo en Arabia, Matías, Juan y Santiago el Menor en la Judea, pues el Mayor y Felipe no existían ya en la tierra. Reunidos en el cenáculo, se acuerdan de verse otra vez congregados para presenciar la muerte de la Madre del Crucificado á quien anunciaban á los hombres.

El tránsito de María fue un dulce sueño, un repto suave de amor divino. La muerte vencida ya por el Hijo se acerca con respeto á la Madre; la reconoce fuera de su dominio, porque no hulla en ella sombra de aquella culpa que sujetó á su hoz devastadora la condenada progenie del hombre pecador. María muere sin amargura. Su corazón había muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la Cruz. Su vuelo á la eternidad no debía ser mas que un éxtasis delicioso.

La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una piadosa creencia la de la resurrección de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los Santos Padres. Parece que el estáti-

co Juan la descubrió ya entre sus arcanas visiones, en aquella mujer *vestida del sol, con la luna á sus pies y coronada de estrellas*. El profeta Rey exclamaba ya lleno del espíritu de Dios: *Revestida, Señor, para tu descanso, tú y el Arca de tu santificación*. No hay sentimiento, dice el grande Agustino, que pueda considerarse sin horror que el cuerpo de María fuese entregado á la corrupción. María, pues, resucitó como su Hijo divino; la piedad lo cree, la razón lo autoriza: los hijos de la Iglesia cantan en himnos ese doble triunfo.

En los primeros siglos del cristianismo se celebraba ya el misterio de la Asunción de nuestra Señora, como lo afirman San Atanasio y San Gerónimo, que florecieron en el cuarto y quinto siglo de la Iglesia. La Ascensión de Jesucristo fue por su propia virtud, como poder exclusivo del Creador; pero la Asunción de la Criatura que mas se acercó á la Divinidad, fue por la virtud de la gracia, y por el ministerio de los espíritus celestiales que la aclamaron por su reina y por la mas inefable de las criaturas. La Asunción de Cristo, dice el doctor melitino, fue mas poderosa en la majestad, pero la Asunción de María mas solemnemente en la pompa. Las regiones inmortales debían abrirse y recibir con júbilo y asombro á la Virgen sin mancha que habia llevado encerrada en su seno la inmensa Divinidad del Criador.

En cuanto á la edad en que murió hay alguna discrepancia entre los autores. Eusebio la fija en el año 48 de nuestra era; así que, segun su opinion, vivió María 68 años. Asegura Nicóforo que terminó sus dias el año quinto del reinado de Claudio, es decir, el año 798 de Roma, 45 de la era vulgar. Y suponiendo que la Virgen tuviese 16 años cuando nació el Salvador, habria vivido 64 años. Hipólito de Tebas sienta en su cronica, que María parió á los 16 años y murió 11 despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de verificar los datos*, la Virgen habria muerto á los 66 años. Y últimamente en una obra aprobada en Roma y presentada á la Santidad de Gregorio XVI, se afirma que María Santísima vivió sobre la tierra 72 años, segun la opinion mas generalmente recibida en la Iglesia.

La castidad que habia preservado su cuerpo de todo ataque de culpa durante la vida la protejió contra la corrupción del sepulcro como un aroma de inmortalidad. El sentimiento de humildad que tuvo siempre de sí misma, fue el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así que, se ha dado el nombre de sueño ó de reposo á los cortos instantes que sus restos mortales pasaron en el sepulcro. Saló de este sueño y de este reposo para ser llamada despues á la felicidad del cielo, reina de los ángeles no menos que de los hombres. La memoria de esta miste-

riosa resurreccion es celebrada por un fiesta que sobrepaja en solemnidad á todas las fiestas de la Virgen María, y es querida con particularidad de la Francia, así como España celebra muy especialmente la Concepcion sin mancha. Así estas dos grandes naciones católicas honran á María en los dos grandes misterios, que no siendo aun designados como dogmas de fé por la Iglesia, ostentan mas al vivo la afectuosa piedad y el tierno entusiasmo de estos dos pueblos amados de María.

El templo celeste
De bóveda inmensa
Abrese, y suspensa
La ángelica grey,
Armónica tañe
Sus cítaras de oro,
Aguardanda en coro
La esposa del Rey.
Tandante la esfera
Torrentes de gloria:
La nueva victoria
Cuál himno sonó;
Y el cantor de Patmos,
Pulsando su lira,
Atónito mira
A aquella que vió
Del sol revestida,
Y á sus plantas bellas
La luna, y estrellas
Su sien coronar.
Y entrar en el templo
Do Jehová posa,
Y el arca preciosa
Seryóle de altar.
Los que en las alturas
Del cielo moraron,
Y no se apartaron
Del trono eternal,
¿Quién sube? preguntan,
Velando su cara,
¿A quién Dios prepara
Su söllo real?

Y absorto oyendo
 El himno á María,
 Su voz de armonía
 Vuela cual la luz:
 Y á la Madre Virgen
 Del Verbo Humnudo,
 De soles erinado
 Recibe Jesús.
 Ministros celestes
 Su frente inclinando,
 La reina aclamando
 Con himnos de amor,
 Profetas y reyes
 Cantan la escogida,
 Del jardín de vida
 La más bella flor.
 Cantan la que pura
 No tocó el delito,
 A la que al precito
 Vencedora holló.
 Y la que huéllada
 Cual sierva obediente,
 A altura potente
 Dios trino ensalzó.
 Cuánta la que herida
 De tormento fiero
 Vid sobre el madero
 Al Hijo espirar.
 Y en madre del hombre
 También convertida,
 Su esperanza y vida
 Dejose invocar.
 Que del Dios airado
 Toma el rayo ardiente:
Hijo mío, teñe
Que mis hijos son.
 Y el voto recibe
 Del hombre alijido,
 Y el fondo gemido
 Que clama ¡perdon!

Immortal triunfo
 (Que los cielos llena!)
 Inmenso resaca
 Su nombre de amor!
 La gloria la inunda,
 Los astros la visten,
 Los coros la asisten,
 La abraza el Señor!

Una de las pruebas que se dan para probar la Asuncion de María, es el que ni latinos ni griegos, tan amigos de novedad y tan fáciles de persuadir en materias de religion, de relaciones y de leyendas, ni pueblo, ni ciudad, ni iglesia, se han gloriado en ningun tiempo de poseer despojos mortales de la Santa Virgen, ni parte alguna de su cuerpo. Así que, la Iglesia, sin prescribir la creencia de la Asuncion corporal de María al cielo, dá á entender lo bastante á qué opinion se inclina. Los dos misterios de la Concepcion y de la Asuncion se dan, por decirlo así, la mano: la carne purísima debió ser al propio tiempo incorrupta; y como María se remontaba al periodo de la inocencia original en el momento de su existencia, así despues de ella debió correr la suerte de los esposos afortunados del Eden, si se hubiesen conservado en la inocencia, pues una de las dotes de la criatura racional antes del pecado era la incorruptibilidad. Toda la fuerza pues de las razones en que se apoya la pía y admitida y ya no impugnada creencia de la concepcion sin mancha, apoyan y sostienen la muerte sin corrupcion.

En la aldea del Gethsemani, cerca del jardín de los Olivos, se conserva el sepulcro de la Santa Virgen, que es una capilla subterránea, á donde se baja por una escalinata de cincuenta gradas, ancha y espaciosa. El sepulcro se halla en la parte oriental del crucero de la pequeña iglesia. Hacia la mitad de ésta se halla á un lado el sepulcro de San José y al otro los de San Joaquin y Santa Ana. Todas las comuniones cristianas tienen allí un oratorio á donde van á rogar, y hasta los mismos turcos llevan allí sus homenajes á la hija de Abraham. Parece que el sepulcro pertenece á los católicos, pero, según aseguran los *Anales de la propagacion de la fe* (Tomo 283), se halla actualmente en manos de los cristianícos, que lo han usurpado á los latinos.

Despues del nombre del Salvador del mundo, no hay otro mas grande que el de María. Así es que á ella se ha dirijido con amor la confianza de los cristianos, y solo la ignorancia ó la mala fé pueden contestar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la Madre de Dios. Ella fue

honrada en las catacumbas, en donde su nombre y su imagen aparecen al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos la glorificaron con elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha podido superar. Mientras que la emperatriz Helena visitaba a Belén, a Nazareth y a los Santos Lugares, levantaba a su tránsito santuarios al Hijo de Dios y a la Virgen María; el nombre de la Hija de David era pronunciado en discursos inmortales por hombres de un genio y de una fe incomparable. Muy pronto se le consagraron altares en la cima de las montañas, en el fondo de los valles, de un extremo al otro del universo. Los emperadores de Oriente colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes; los concilios la invocaron como su esplendorosa lumbrera, y se le dedicó, con aplauso del mundo, el templo que Roma pagana había consagrado a todos los dioses. Ella fué el dulce objeto de la devoción de la edad media, que multiplicó sobre la madera, el oro y el mármol la imagen de Nuestra Señora.

España tiene la gloria de descollar en el culto de María sobre todo el mundo cristiano, como la nación predilecta de la Divina Madre. Dos monumentos eternos se levantan; uno en el siglo I, y otro en el XIII, para perpetuar la memoria del amor de María a los españoles, y de éstos a la Reina de los cielos. El primero de estos monumentos es anterior á la muerte de María, mientras respiraba aún sobre la tierra. El otro recuerda las bondades de María en la época de la mayor calamidad.

Al feliz hijo del Zebedeo, Santiago el Mayor, fué confiada por el Salvador la misión de propagar en las provincias de la Hesperia su celestial doctrina. Después de haber pasado por Asturias y Castilla, pasó á la España menor, en la region de los Calitiberos, en donde se levanta la ciudad de Augusto á las riberas del Ebro. Retirado allí con algunos fieles convertidos, y huyendo de las abominaciones con que un mundo idólatrico manchaba la luz del día, elevaba en medio del silencio de la noche su pura plegaria, para que el Señor se dignase derramar la luz de su fe sobre este sucto privilegiado. Una tradición no interrumpida, apoyada en un documento respetable de la antigüedad, nos dice que el Santo Apóstol fué visitado personalmente por María, Reina de los ángeles, que respiraba aún en la tierra; apareciéndosele sobre una columna con toda la majestad de la gloria, dejando la columna como un monumento eterno de su predileccion sobre este pueblo, y manifestando sus deseos de que allí mismo fuese venerada, é implorada su protección suprema. Atónito el Apóstol, obedeció puntualmente á las palabras de la Madre de su Divino Maestro, cuya bendición había recibido antes de partir de Jerusalem; y levantó allí mismo una capilla, que fué el primer templo conse-

grado á María sobre la tierra, y en el cual los desgraciados invocaron su dulcísimo nombre. Erijóse después allí la suntuosa basilica que admiramos aún en el día. Alguna vez hemos contemplado de noche ese santuario célebre, á cuyo lado se oía el murmullo de las corrientes del Ebro. Elevábase el pensamiento hacia aquella noche afortunada, en que la Emperatriz de los cielos honró con su presencia este dichoso sucto, y apareció en pie sobre esa columna que há visto pasar tantos siglos y que há recibido los besos y homenajes de tantas generaciones. Este destino particular de la nacion española, confirmado por tan extraordinario portento, arrebató la imaginación y hace latir el pecho. El pilar de María es como la columna del Desierto: de luz para la porcion escogida de su pueblo, y de tinieblas para aquellos á quienes ciega el orgullo del corazón. Los sumos pontifices han concedido á los piadosos españoles un día para celebrar anualmente ese recuerdo de gloria, y la nacion predilecta de María lo celebra con júbilo general. La columna de María es un simbolo de su protección sobre España, y un simbolo tambien de la fe que no se extinguirá en nuestro suelo, puesto bajo el amparo de María. ¿Y qué otra cosa es Fe en las naciones, sino una columna que las sostiene y conserva al través de los trastornos y de las ruinas de los imperios, así como para cada uno de nosotros es la columna misteriosa que nos guía hacia una patria prometida y suspirada, al través del árido y peligroso desierto de la vida?

La corte de Ataulfo, cuna de los ilustres Berengüeres, silla de sus condes, reyes de Aragón, la grande metrópoli del antiguo comercio, la madre de la industria española, la ciudad grande en su actividad y en sus recuerdos, la ciudad cuya grandeza nace de su propio genio, y que sería aun mas grande si se le dejara serlo, la bella y celebrada Barcelona, tiene la gloria de recordar hoy en sus anales una de las páginas mas brillantes de la historia del cristianismo, en los siglos de su mayor aurora y alicion. No es la primera vez que decimos, y hoy es fuerza repetir, que Barcelona fué la primera ciudad considerable de España en sacudir el yugo del árabe invasor; y á principios del siglo XIII, cuando ella respiraba libre, la mayor parte yacia cautiva del orgullo mahometano. Había á la sazón en la ciudad tres grandes personajes, entre otros dos varones eminentes en santidad, y un jóven rey; á quien por su prudencia y valor indomable se dió después el nombre de Jaime el Conquistador. Reunidos en la santa Iglesia de esta ciudad el rey con toda su corte y magistrados y toda una generacion de nuestros ascendientes, sube al púlpito un santo doctor, y publica una vision misteriosa que él ha tenido y otros dos con él. Después del ofertorio, el rey y el santo orador toman

de la mano á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe éste último el hábito blanco y el escapulario de la orden que va á mudarse, orden á la vez real, militar y religiosa; el real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro. . . ¡Oh! ¡qué voto el de implorar de continuo los auxilios de los fieles, para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exige la necesidad! El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragón, y para decorar el doble escudo, Barcelona añade la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para devolverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que, en el orden puramente humano, mereca compararse con el del mismo redentor de la cautiva humanidad? ¡Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor, María escoge ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan, para fundar su orden de Redención; María es la que elige á Barcelona entre todas las ciudades del universo para instituir esa caballería de religión y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia, y esta *merced* insigne con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imagen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúen todos los siglos, así la gloria de la augusta fundadora, como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la misión mas heroica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales, en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro, en donde se ponian á orar los cristianos que venían á Jerusalem. En el siglo III ya existian altares y capillas erijidas en honor de la Madre de Dios, según testimonio de Baronio y de San Gregorio Nacianceno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatría. No tardó en estenderse hasta la Grecia tan tierna devoción. En Italia desenvolióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del

lijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital, sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se transmitió al áspero terreno de la G3lia, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imagen de María, á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los celtas, cundia asimismo el culto de la Virgen en el centro de la Europa. En la invasion de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estatuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvajes inundaron al Mediodía como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte mas bella de la civilización cristiana, hasta que despues, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la direccion de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeísmo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores la nueva religion que iba trasformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus Santos. Así es como iban descubriéndose despues las santas imágenes, libradas del furor vandálico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones, producido por la inundacion de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debian con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aquellos genios belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podian ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recien convertidos, y los godos, germanos y escandinavos depositaron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conoció el culto de María mucho antes que la Europa septentrional; tuvo su origen en las orillas del Elbro; pasó mas tarde á la del Sena y del Támesis, y solo despues de prolongadas luchas y señaladas victorias se extendió á las naciones del origen esclavo, entre las cuales debe ocupar la Hungría el primer lugar. Las orillas del Vistula vieron á María venerada desde la conversión de Mischislaw por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesus. Mas lenta fué en Dinamarca la propagacion del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao la Suecia acció en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la Reina de los ángeles.

Pore, ¡qué lástima! El culto de María, que por tanto tiempo habia flo-

de la mano á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe éste último el hábito blanco y el escapulario de la orden que va á mudarse, orden á la vez real, militar y religiosa; el real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro. . . ¡Oh! ¡qué voto el de implorar de continuo los auxilios de los fieles, para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exige la necesidad! El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragón, y para decorar el doble escudo, Barcelona añade la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para devolverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que, en el orden puramente humano, mereca compararse con el del mismo redentor de la cautiva humanidad? ¡Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor, María escoge ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan, para fundar su orden de Redención; María es la que elige á Barcelona entre todas las ciudades del universo para instituir esa caballería de religión y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia, y esta *merced* insigne con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imagen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúen todos los siglos, así la gloria de la augusta fundadora, como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la misión mas heroica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales, en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro, en donde se ponian á orar los cristianos que venían á Jerusalem. En el siglo III ya existian altares y capillas erijidas en honor de la Madre de Dios, segun testimonio de Baronio y de San Gregorio Nacianceno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatría. No tardó en estenderse hasta la Grecia tan tierna devoción. En Italia desenvolióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del

lijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital, sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se transmitió al áspero terreno de la G3lia, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imagen de María, á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los celtas, cundia asimismo el culto de la Virgen en el centro de la Europa. En la invasion de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estatuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvajes inundaron al Mediodía como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte mas bella de la civilización cristiana, hasta que despues, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la direccion de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeísmo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores la nueva religion que iba trasformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus Santos. Así es como iban descubriéndose despues las santas imágenes, libradas del furor vandálico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones, producido por la inundacion de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debian con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aquellos genios belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podian ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recien convertidos, y los godos, germanos y escandinavos depositaron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conoció el culto de María mucho antes que la Europa septentrional; tuvo su origen en las orillas del Elbro; pasó mas tarde á la del Sena y del Támesis, y solo despues de prolongadas luchas y señaladas victorias se extendió á las naciones del origen esclavo, entre las cuales debe ocupar la Hungría el primer lugar. Las orillas del Vistula vieron á María venerada desde la conversión de Mischislaw por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesus. Mas lenta fué en Dinamarca la propagacion del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao la Suecia acció en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la Reina de los ángeles.

Pore, ¡qué lástima! El culto de María, que por tanto tiempo habia flo-

recido en los tres reinos del Norte, como lo acreditan aún sus grandiosos monumentos, quedó como una flor marchitada por el viento abrasador de la Reforma. La Prusia había recibido la luz de la fe bajo la protección de María, y en el Bajo Imperio la adoración á la Madre de Dios llegó hasta el mas alto punto á que podia elevarse el culto de *hiperlobia*. Los griegos, pueblo amable é ingenioso que ofreciera incienso al *Dios desconocido* y erijiera altares á la *Misericordia*, halló en la *tota santa* cuantas bellezas y atractivos le ofrecían sus ámenes fabulosos. Constantino y sus sucesores pusieron á su imperio bajo el manto protector de María. Y entre esos mismos griegos, tan adictos á la Virgen, ¿quién lo creyera? abortaron las herejías más contrarias á su dignidad y á su culto. Nestorio disputaba á María su título de *Madre de Dios*, y los iconoclastas arrastraban sus imágenes por el fodo, quemandolas en las plazas públicas. Mas tarde, cupero, repararon tan graves insultos, rindiéndole toda clase de homenajes, y combatiendo bajo sus auspicios; y ni aun hoy día, abatidos y dominados por el alfanje turco, han perdido su devoción á María. En el concilio celebrado en Efeso en 431, para anatematizar la herejía de Nestorio, aparece el fervido entusiasmo de los griegos y de todas las costas del Asia menor á favor de la Santa Virgen. Y su culto, recibido con igual fervor entre los griegos y los bárbaros, se propagó desde el poniente á la aurora con asombrosa rapidez. La tierra, que vió nacer tan preciosa planta, no fué la que la cultivó con menos empeño. El Oriente la eligió por su Señora, y á él pertenece el honor de haber instituido las primeras festividades en honra suya. Los monumentos religiosos de los campos de la Palestina dedicados á la Divina Madre, Santa María de Nazareth, Nuestra Señora la Nueva en Jerusalem, la basilica de Santa María en Damasco quemada por los mahometanos en 924, los conventos dedicados á la Virgen en el Egipto, en la Siria y en la Caldea, demuestran el culto magnífico que tuvo allí la Madre de Jesus, descolgando entre todos los monumentos orientales el Monte Carmelo, cuya fundación se pierde en la noche de los tiempos, así como se perdió entre los aires el carro de fuego que arrebató de la tierra al profeta de María.

Hasta los infieles de Oriente conservan un religioso respeto á la Virgen purísima de Nazareth: los turcos y persas la honran y la invocan como á la mas perfecta de las mugeres: los armenios y coptos celebran con varios ritos las festividades de María, y los etiofes llevan esta devoción hasta el fanatismo. La secta de los arrianos hizo decaer algun tanto el culto de María, pero renació bajo las victoriosas banderas de los francos, y brilló durante los reinados de los principes merovingios, continuándose por los Capetos y demas reyes de Francia.

El culto de la Virgen floreció algo mas tarde, despues de la primitiva Iglesia, á medida que su protección se dejó sentir en las grandes calamidades de los pueblos. La edad media la consagró sus bochos de armas y sus torneos; y su nombre, traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, daneses y anglicanos. En sus altares se deponian ó colgaban los despojos del enemigo, y en honor suyo se entonaba el himno de la victoria. María reinaba en los altares y en los campamentos, en los consejos de los reyes, en las repúblicas, en el hogar doméstico. Los españoles no cedían á los italianos en su devoción á la Madre del Salvador: en sus galeones cargados de barras de oro llevaban la estatua de la Virgen de plata maciza, ante la cual oraban mañana y tarde los emprendedores marinos: del tiempo de Isabel la Católica. En época menos remota, habiéndose apoderado en cierto combate naval de una de estas imágenes los forbantes de la isla de la Tortuga, los españoles, aunque despojados de todo lo que poseían, solo pensaron en reclamar la Madona, objeto de su veneración: equibáronse negociaciones con los piratas, únicamente para librar á la Santa Señora de las profanaciones á que estaba espuesta entre hombres que afectaban vivir sin fe ni ley, pero fueron infructuosas.

María fué invocada por los portugueses en el descubrimiento de las Indias Orientales: y esta devoción cordial á la Virgen era aún general á fines del siglo XVI. En los tribunales, en las universidades, en los palacios, en las casas particulares, en todas partes dominaba este amor y tierno respeto, hasta que los sectarios del mismo siglo se desencadenaron contra las imágenes de María y de los Santos, y proclamando en materias de religión la soberanía de la razón privada, se afanaban para sofocar tínicamente en los pechos el dulce amor de María. Cabrieron de escombros y de sangre una gran parte de la Europa, y no es posible trazar con palabras la historia de tantas atrocidades, de tantas escenas de exhalada barbarie, de una crueldad sin ejemplo. Treinta mártires jesuitas españoles, fueron sumergidos en los abismos del mar por los intolerantes idólatras de la reforma, y murieron sin abrir sus labios, como su divino modelo. Sin embargo, los protestantes han menguado mucho de su primitiva fuerza, y ahora son mas tolerantes, porque tienen menos fe en sus doctrinas, que están palpitando en su agonía, pues el mundo culto, se vá repartiendo ya entre dos solas banderas, el catolicismo y la incredulidad, y ese término medio que se llama reforma, no parece sino como el primer golpe dado contra las creencias cristianas y la sociedad. Sabido es ya cómo se arrancó el catolicismo en Inglaterra, el pueblo de los santos, el pueblo mas adicto, mas tiernamente amante de la Madre

de Dios. La caprichosa y feroz tiranía de un príncipe voluptuoso, los desconciertos, absurdos y el servilismo de su parlamento, y la vergonzosa codicia de los grandes de su corte, sofocaron la voz universal del pueblo inglés, tiranizaron sus deseos, se afanaron en arrancar sus mas dulces convicciones, le dejaron sin iglesias, sin hospitales, sin asilos, sin comunas y sobre todo sin esperanza, á este pueblo que iba á orar por la noche sobre los altares derrribados de las hermosas y benéficas abadías, cuyos recientes poseedores habian empezado por desterrar la limosna y la hospitalidad.

El nombre de Maria ha quedado en aquellos desgraciados pueblos como un hermoso suspiro exhalado por un arpa antigua colgada de un sauce abandonado, que recuerda dias bellos de armonia celeste y de expansiva felicidad. La memoria de Maria es indestructible en los pueblos donde una vez ha ejercido su dulce imperio: donde quiera deja señales ostensibles de su existencia. Las catedrales católicas ostentan en sus frisos los milagros de la Madre de Dios, y su imájen en las vidrieras: quedan vestigios de sus altares en las lozas de mármol, gastadas por las rodillas de diez generaciones católicas. Parece que la Virgen protesta contra el decreto sacrilego que la desterró de la Gran Bretaña, y que su sombra ha dejado algo todavía en el ingrato país donde la invocaron tanta multitud de santos que ahora triunfan en el cielo. Las melancólicas y pintorescas ruinas de los monasterios dedicadas á la Virgen, pueblan también las mas bellas comarcas de Alemania; todavía conservan su nombre muchas ciudades del Norte: llévanle algunos golfos de Dinamarca, y la Estiría, el Austria, la Hiria, la Suiza, el Tirol, el Gran Ducado de Baden, poseen aún santuarios donde acuden á orar devotamente á Nuestra Señora las poblaciones católicas de la otra parte del Rhin.

Apareció empero el Nuevo Mando, y en él recuperó el culto de Maria lo que habia perdido en el antiguo. Multitud de misioneros de varios países, sintiéndose devorados por una ambicion santa é insaciable de conquistar almas para Jesucristo, partieron, en particular de España, con una imájen de la Virgen, y acometieron la grandiosa empresa de civilizar á las dos Américas bajo la proteccion de la Estrella de los Mares. Penetraron en la India, Ceilan, el Japon y la China, y en todas partes fué recibida con amoroso entusiasmo la dulcísima imájen de Maria. Ella abate para siempre en Lepanto el orgulloso invasor del Islamismo; todos los monarcas de Europa se acogen bajo su manto. Una revolución, hija de la del siglo XVI, arroja otra vez en el centro de Europa á la Virgen de sus altares y á Dios de sus templos. Y cuando parecia que su memoria iba á hundirse para siempre en la mas bella parte del mundo, aparece

otra vez radiante de gloria, á pesar de las miserables parodias que otros pueblos, ó sea otras masas de hombres, que usurpaban su nombre, hicieron de aquel atroz y bastardo sacudimiento social y religioso. Actualmente el culto de Maria se propaga, aunque lentamente, en las Indias de América, y el rosario se reza en lo mas profundo de sus bosques. La Siria, la Grecia, la Francia, la fiel Italia, la España, mas fiel aún, le rinden culto, la veneran, la aman, ponen en ella toda su esperanza. Todavía admiramos muestras evidentes y asombrosas de la visible proteccion de la Madre compasiva de los pobres y desvalidos. Todavía vemos salir de nuestros puertos una nave que lleva hijos de nuestra patria, que bajo el estandarte de Maria van á propagar la luz de la fé y de la civilizacion á las distantes regiones de la Australia.

Desde el pilar de Zaragoza como desde un faro, la tierna devocion de Maria alumbra los anales de nuestra historia y se estiende por todos los siglos. Teodosio, aquel emperador español grande por sus virtudes y por su celo, levantó sobre el sepulcro de Maria una iglesia sostenida por columnas de mármol, en el siglo IV, mientras que en el V los hijos de Prudencio, poeta Cesar-augustano, subían hasta el trono de la Emperatriz de los cielos. La imájen de Guadalupe, célebre ya en el siglo VI, segun Mariana, por sus milagros, fué objeto de veneracion profunda y de culto magnífico para los monarcas españoles de los siglos posteriores. Ya en el siglo VII se celebraban en España la Anunciacion y la Purificacion de la Virgen, para cuyas festividades compuso, segun se afirma, algunas misas muy devotas y oportunas San Ildefonso, obispo de Toledo; al cual recompensó la Santa Virgen, con patentes prodigios el ferviente celo que desplegó en honra suya. En el siglo VIII la visible proteccion de Maria ocupa la primera página de las glorias españolas contra sus invasores sarracenos, y el nombre de Pelayo se enlaza con el de Nuestra Señora de Covadonga, á la cual erigió aquel héroe una iglesia en el lugar mismo en que alcanzó su primer é inesperado triunfo contra los enemigos de su fé. Descuella en el siglo IX, como las altísimas cúspides de sus montañas, la Virgen de Monserrate, venerada por tantos siglos, de tantos reyes y de tantos pueblos, cuyo magnífico santuario se levanta en medio del antiguo principado, como un panteón de defensa y de misericordia. La catedral de Leon, ornamento precioso del género gótico, es un monumento perenne de la piedad con que el rey Don Ordoño II, en el siglo X, le dedicó el culto del Señor, bajo la invocacion del último triunfo de Maria al ser subida á los cielos, cuya estátua sobresale en su altar principal. La iglesia de Toledo atestigua cuánto deben los españoles á la proteccion de Maria bajo el título de la Paz, por la cual en el siguiente siglo fué

conservado aquel grandioso santuario y preservado del furor de sus invasores. Don Alonso el Batallador, hallándose en Tudalla el año 1129, decretó la repoblación del Burgo de Pamplona, destruido en tiempos anteriores; y en el respectivo *Turo*, base de la célebre legislación navarra, donó la nueva población á Dios y á Santa María, patrona de su iglesia Sede, é invocada en su Asunción gloriosa. El español Domingo de Guzmán, á principios del siglo XIII, llenó el siglo y el mundo de las alabanzas de María con la santa institución del Rosario; y en ese mismo siglo, al estandarte santo de María, desplegado en las Navas de Tolosa, se debe aquella eterna victoria dada por Alonso VIII de Castilla contra los moros, que puede considerarse como la lucha campal y definitiva entre los hijos de Cristo y los de Mahoma, según frase de un escritor contemporáneo. A este siglo se refiere también la institución más heroica de la caridad fundada por María en Barcelona, de la que ya hemos hablado. María recibió los himnos que le consagraron el génio de Gonzalo de Berceo, el primer escritor que versificó en romance castellano, y del sabio rey Don Alonso, cuyo padre, el santo rey Fernando, atribuyó á la protección de María, cuya imagen llevaba siempre consigo en las batallas, sus conquistas de Córdoba, de Jaén y de Murcia, y todos sus triunfos militares. El rey sabio, su hijo, empezó en nombre de Dios y de su Santa Madre el estílo inmortal que le ha valido el título, como un moderno Salomón, de sabio entre los reyes. Los grandes descubrimientos, así como las grandes victorias, se hacían bajo la dulce invocación de María. Así como Pelayo había invocado en Covadonga á la Madre del Dios de los ejércitos, los reyes católicos, después de ocho siglos de combates, plantan la bandera de la cruz en los muros de Granada, invocando á María, y del mismo modo conquistó Colón un nuevo mundo, poniendo tan dulce nombre á una de las primeras posesiones que hace como salir del desierto de los mares. Han pasado ya el siglo XV, y la grande Teresa de Jesús quiere con una nueva reforma atajar los progresos de la reformadora impiedad, y el joven de Austria abate y humilla para siempre sobre las ondas de Lepanto el orgullo del Oriente amenazador, con la protección de María. No concluyó el siglo XVI sin que la piedad de los monarcas españoles levantase grandiosos templos al verdadero Dios en los países á ellos sometidos en la otra parte del Océano. Las catedrales de América son ricas como los torrentes de oro y de plata que de aquellas regiones vinieron á Europa; y entre ellas sobresalen la de la Puebla de los Angeles y la metropolitana de la corte de Moctezuma, y en ellas se veneraban ya entonces las gloriosas imágenes de María. Todos los santos fundadores, así de las órdenes religiosas como de las militares, eran inspi-

rados por la devoción y alentados por la esperanza de María. Las órdenes de Santa María de Montesa, fundada por Don Jaime II de Aragón, la de la Concepción inmaculada, por Carlos III en el último siglo, atestiguan entre otras muchas instituciones, que nos es imposible enumerar tan solo, que en España, tanto los reyes como los pueblos, así en las grandezas, como en los infortunios, se han cobijado siempre bajo el manto de María. Y en el siglo XIX ¿qué será? No dudamos, á pesar de todo, que al espirar, podrá la posteridad añadir algunas páginas de oro á la crónica española del culto de María.

Parece que el culto de la Virgen Madre sea un manantial fecundo en donde el génio, aun cuando se halla desheredado por la fé, anhela beber inspiraciones que no sabría encontrar en otra parte. La suave y poderosa aparición de la Virgen Madre, lejos de abajar y comprimir el pensamiento humano, eleva y sostiene el alma en su vuelo hácia aquel mundo intelectual á do tiende el poeta, el artista, el hombre de génio creador, y que es como el país de las artes, y de los conceptos y sentimientos más puros y deliciosos.

Los poetas cristianos han cantado á María: los pintores, casi todos, han tomado de su historia el asunto de algunos cuadros. Si hemos de dar crédito á una antigua tradición, el evangelista San Lucas era pintor y dejó un retrato de la Santa Virgen, del que se han sacado numerosísimas copias. En los siglos de la fé, Cimabue, Giotto, Juan Bellini, el Perugino, Alberto Durer, trazaron, cada cual en su género, hermosos tipos de la Virgen María. En la época del renacimiento, entre los artistas sin número que han representado á María, ó sola, ó con el niño Jesus, ó en aquellas graciosas composiciones que se llaman *Santas Familias*, debe citarse en primer lugar, y como habiéndolos anticipadamente superado á todos, Rafael de Urbino, el cual supo dar á la Santa Virgen un carácter eminente de hermosura y de nobleza divina: tipo sublime; magica expresión del génio, que todos han probado imitar y que nadie alcanzar ha conseguido. Después de Rafael, debe nombrarse Carracho, Poussin, Lesueur, Mignard y Murillo. Nadie ha expresado mejor que Lesueur, el profundo dolor, pero noble y celestial, de María al pié de la Cruz. Nunca las angustias del alma humana se han presentado de una manera más angusta y en la que más se descubra un pensamiento de fé y un sentimiento de resignación. El pintor en este grande carácter de la Virgen ha llegado verdaderamente á la perfección del arte; y toda su composición respira tan animada sensibilidad, que arranca al espectador como fuera de sí mismo, y le hace creer que se halla en realidad en el lugar de la escena, llenándole de un sentimiento indefinible de simpático dolor,

Murillo supo adivinar asimismo el bello ideal del arte en sus retratos de la Virgen, que pintaba de rodillas, y cuyos rasgos le salían del corazón. Cuando el genio se remontaba en las alas de la fe hacia estas concepciones sublimes, cuando el alma empapada de amor reflejaba la íntima convicción del sojuzgado religioso que la dominaba, cuando el ejercicio del arte era un vuelo del corazón hacia los augustos objetos cuya realidad le ponía la fe ante los ojos, entonces se deslucaba la imagen de la verdad en sus más embalsamantes coloridos: entonces el pintor sabía, por decirlo así, hacer descorrer algún tanto el velo de los misterios, para hacerlos en cierto modo visibles a los ojos del espectador que, al mirarlos, experimentaba los mismos sentimientos del artífice. La fe guiaba al arte, y le prestaba recursos desconocidos.

Tal fue María, Madre de Jesucristo, y nuestra común madre, dándonos la Providencia la vida por el mismo medio que nos había dado la muerte, y volviendo en gloria suya lo que había causado nuestra ruina. La desobediencia de Eva, nuestra primera madre, nos había arrebatado la herencia de los cielos: la felicidad de María, la segunda Eva, hizo bajar otra vez la gloria y la felicidad sobre nuestras frentes de las que había caído la corona. Del seno de la primera salen la turba inmensa de las generaciones condenadas: en el seno de la segunda se forma la preciosa perla, entregada por el rescate de los hombres proscritos. De un germen infortunadamente emponzoñado, nació después de cuarenta siglos una flor agraciada y pura. María vino a levantar a Eva de su caída, corregir lo pasado, ennoblecer lo presente y preparar lo porvenir, dando al mundo a Aquel que es la verdad y el amor.

Demos, aunque con mano débil, el último rasgo al cuadro de María. En el terrible saqueamiento que en estos últimos años acaba de sufrir nuestra patria, parece que todos los espíritus que creen y todos los corazones que aman, hayan dirigido sus miradas hacia el astro de María. Cuando parecía que el cielo hubiese como abandonado al mundo a su propia actividad, y dejado en todo su funesto desarrollo la voluntad del hombre; cuando tras una persecución de fuego y de sangre como la de los emperadores de Roma, o la de los hijos de Atila, ó la de los frenéticos reformistas, se temía que el soplo mortal de la indiferencia no hubiese helado los pechos que no luten ya sino por sus goces del momento y que dan nuestras de haber renunciado tenazmente a toda otra felicidad; cuando los ojos se preparaban ya para llorar sobre la desolada Esposa del Cordero y sobre las ruinas de sus augustos monumentos, y el corazón a gemir sobre las ruinas más tristes todavía de la fe y de la esperanza, vagau-

do con dolor sobre los pueblos muertos enteramente para la vida de la verdad como por un vasto sepulcro; entonces es cuando se levanta en medio de esta noche tenebrosa en que creíamos sumergido el mundo moral, la estrella brillante de María, como para librarnos del naufragio. Millares de almas, ardiendo en una llama divina, se agitan bajo sus banderas para conjurar como una cruzada pacífica el nuevo vandalismo que amenaza a la religión y a la sociedad, y hasta al seno de la familia. Y de repente se admira con asombro una reacción santa de las inteligencias hacia el foco angusto de las verdades religiosas, una necesidad manifiesta de nutrirse los espíritus con las doctrinas del Orden sobrenatural que se había condenado como una debilidad, ó un caduco vestigio de añejas preocupaciones. La misma razón humana, asustada del precipicio a que le empujara la intolerancia del error, retroceda algunos pasos, y proclama la tolerancia de todas las opiniones como el último esfuerzo de la civilización del siglo. Sin embargo, la religión tiene que luchar frente a frente con todos los errores, que como espectros de terror se evocan de todas las antiguas escuelas, ataviándolos con formas nuevas y deslumbradoras. Pero su fuerza queda lánguida, su luz palidece ante el sol de la verdad, y si bien la generación presente aparece en su mayor parte sumida como en un letargo de muerte, no obstante, la antorcha de la fe resplandece con todo su celeste fulgor en medio de los pueblos, ya fatigados, y su influjo obra lenta y poderosamente para producir una generación más afortunada. A María se la pone como al frente de este movimiento general que se va operando en Europa, a pesar de todas las utopías y de todos los delirios: su dulce imagen se reproduce millares de veces y se propaga rápidamente, recibiendo quizás el ósculo secreto del que aparenta despreciarla. Un famoso hijo de Israel da la señal de una conversión asombrosa, y mil otros Paulos caen por todas partes de sus soberbios corceles, aterrados por la voz de lo alto que les clama: ¿Por qué me persigues? Y el redil del Salvador va ganando prosélitos, como en los tiempos primeros de la Iglesia, que deserta de este moderno gentilismo para entrar en la grey de los escogidos. A María se erige un trono como a Reina, y se pone en sus manos el cetro del mundo, y sus hijos la rodean y honran en homenaje perpetuo como sus cortesanos. Otras almas piadosas, no menos amantes, se acogen bajo las alas de su corazón maternal, después de haber adorado el corazón de su divino Hijo. Coros innumerables de vírgenes, a quienes está confiado tal vez ó el tesoro de la virginidad ó la dirección de la generación futura, la aclaman por patrona y por Madre, con himnos incansables y con pureza de corazón. Y en el mes de las flores, en que toda la naturaleza parece reflejar en su

fiz rejuvenecida las gracias de María, se le consagran los bellos dias de mayo, abriéndose los corazones á la Madre del hermoso Amor, como á una primavera del cielo.

Saludémosla, por conclusión, con el himno que un coro de vírgenes consagradas al Señor le canta todos los años entre los perfumes de las rosas del mes de María.

CORO.

Gloria de los cielos,
 Placer de las almas,
 Saive Estrella hermosa
 De nuestra esperanza.
 Cual rie natura
 De flores ornada
 Y en dulces perfumes
 El aire embalsama,
 Asi fresca y pura,
 María sin mancha,
 Brillas para todos
 Del Mayo en las galas.
 El pecho inocente
 En el candor te halla
 Del lirio suave
 Que aromas exhala,
 Y entre la azucena
 Modesta y nevada,
 Tu sin par pureza
 Su amor arrebató.
 Luna, Sol, Aurora,
 Lucero del Alba,
 Fuente que dá vida,
 Soplo que regala,
 Todo lo que brilla,
 Todo lo que pasma,
 Es de tu hermosura
 Sombra desmayada.
 Si Dios vistió el campo,
 Matizó las plantas,
 Y doró las nubes,
 Y esmaltó la escarcha,

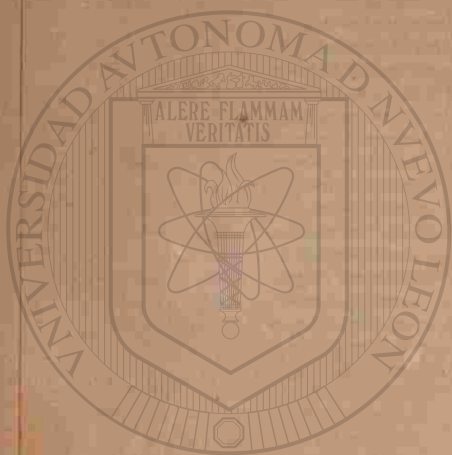
Te crió mas bella,
 Virgen Soberana,
 Y son tus reflejos
 Las cosas criadas.
 Todo cuanto al mundo
 Cautiva y encanta,
 Como emblema tuyo
 Tu beldad ensalza ;
 Que antes de los siglos
 Cual pasmo de gracia
 En el pensamiento
 Del Señor ya estabas.
 Ya de los profetas
 Las célicas arpas
 Antes de nacida
 Tus timbres cantaban :
 Tú eres cedro y mirra,
 Tú eres rosa y palma,
 Tú eres cinomomo,
 Tú tórtola casta.
 Tú paloma pura,
 Tú luna sin tacha,
 Tú huerto frondoso,
 Tú fuente sellada ;
 De Jacob estrella,
 Luz de la mañana,
 Tierra prometida,
 Incombusta zarza ;
 Arbol de la vida,
 Del jardín entrada,
 Del caudillo hebreo
 Portentosa vara :
 Torre de los fuertes,
 Espejo sin mancha,
 Cauce de agua viva,
 Luz del cielo clara.
 Si el alma afligida
 Suspira apenada,
 O aridez la seca,
 O el vicio la arrastra,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Su llanto tú enjugas,
Sus angustias calmas,
Y á Dios la conduces
Con maternal ansia.
Si tiembla la tierra,
Si el calor abrasa,
Si el suelo desola
Mortífera plaga;
¿A quién busca el hombre?
¿Qué remedio clama?
¿Qué poder invoca?
¿Cuál es su esperanza?
A ti el moribundo,
A ti el que naufraga,
A ti el perseguido
Su grito levantan;
De riesgos huidos,
De impetradas gracias,
Mil votos y ofrendas
Cuelgan de tus aras.
¿Consuelo del mundo?
¿Prez del que batalla!
¿Dulce mediadora
De la tierra ingrata!
Miramos piadosa
Cuál aquí á tus plantas,
De Dios te pedimos
El amor, la gracia.
Haya de nosotros
La culpa aislada,
Y la sierpe impía
Que tus piés aplastan:
Madre la mas tierna
Hacia nos alarga
Tus manos racionales
Que dones derraman.
Y prenda de vida,
Para nuestras almas
Sea noche y día
Tu sacra medalla;

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Escudo del débil,
Del justo confianza,
Terror del atámano,
Tesoro de gracias.
Por bajo tu manto
La misera España
Ya que concebida
Sin lunar te acata:
Ella te suplica
Postrada á tus aras,
Que arda siempre viva
La Fe en nuestra patria.
Tres veces al día,
Cuando nace el alba,
Cuando el sol mas arde,
Y al hundir su llama,
Salúdate el mundo
Y humilde te alaba,
¡Oh Virgen! que brillas
Del Mayo en las galas.



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





H. Machal, del.

La mujer de Putifar.



LA MUGER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlesco
Lo que puede muger entorecida
Quién ignora!...

(Virg. Eneid. V)

La muger, así como tiene vicios, tiene también virtudes que le son peculiares. Su organización es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo; pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la firmeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus mas hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus mas gratas esperanzas. Su imaginación sutil, á manera de prismas, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como deli.



H. Machal, del.

La mujer de Putifar.



LA MUGER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlesco
Lo que puede muger entorecida
Quién ignora!...

(Virg. Eneid. V)

La muger, así como tiene vicios, tiene también virtudes que le son peculiares. Su organización es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo; pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la firmeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus mas hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus mas gratas esperanzas. Su imaginación sutil, á manera de prismá, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como deli.

cados, para que no llegue sino hasta el grado y bajo el colorido que ella quiere; y en efecto, estos visos de que se vale para deslumbrar, vienen al instante, y como por un encanto, á confundirse en la rápida afluencia de sus palabras y sobre su móvil fisonomía, hasta el punto de que nadie sospechará el menor estudio donde hay tanta espontaneidad, ni la menor reserva donde se vé toda la desenvoltura de la franqueza. Lo bueno, al pasar por ella, parece tomar ciertas proporciones angélicas; pero en el mal, parece obedecer á súbitas inspiraciones: nacida para compadecer, se da en entonces á sí misma un corazón sin piedad: dulce y tímida por carácter, se transforma en arrebatada y furibunda. Dios la había revestido del poder, y ella hace ruborizar la frente del hombre. En sus grandes odios, que son sordos y pérfidos, dijerais que siembra escollos por vuestro camino, y su lengua os despedaza con mordeduras secretas y envenenadas. Si quiero vengarse de vosotros, no podréis romper la red de maldades impostaras en que os habrá envuelto: su venganza toma mil formas, su furor se multiplica: no, no venceréis, porque aun cuando salierais de la lucha con la virtud de un ángel, vuestros desinos no obstante quedan los de un hombre, y serán perseguidos y fatigados sin fin por las cobardes y negras fichorias de un demonio.

La mujer, pues, que es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas, que revelan una alma aún mas delicada, por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su fantasía, por el esmalte de sus virtudes apacibles, por la ternura ingotable y por la constancia de su corazón, que la lleva á veces hasta el heroísmo; cuando deja hablar su noble índole y degradar su dignidad por un desnivelado orgullo ó por una pasión indomable, es el sér mas repugnante y monstruoso, y por el abuso criminal de sus bellas y seductoras calidades se transforma en un tipo de deformidad moral, que nos hace recordar alguna idea del infierno, como las furias del antiguo Tartaro.

Tal aparece la mujer de Putifar: sigue con un vergonzoso frenesí los malos instintos que la asaltan: su propia dignidad, sus deberes de esposa, la condicion de un esclavo, la natural y atractiva belleza de la virtud, nada llama ni resanita el honor que sucumbe en este corazón, atenuado como pueden serlo todos los corazones, pero vencido como lo son todos los flacos de espíritu. Toda pasión, á menos de ser brutal, debia extinguir sus fuegos al sosegado menosprecio y á las púdicas resistencias de José: toda alma elevada hubiera concedido, ya que no una estimacion generosa, á lo menos el beneficio del perdón á las graves lecciones de aquel jóven, y á la pureza de sus nobles sentimientos. Mas la odiosa mujer se indigna y se irrita: cubre su crimen con el manto de la fidelidad conyu-

gal; la calumnia arma sus labios; en sus manos hipócritas los testimonios de inocencia dejados por la víctima se convierten en pruebas de culpabilidad; hasta su venganza trae la marca de cobardía y degradacion: la orgullosa señora, libre, poderosa y respetada, no halla en su corazón burlado, para castigar un esclavo virtuoso, otros recursos que la infamia de la mentira y el desquite de la crueldad, las solas cosas sin duda que se hallan en los ángeles destrouados y en el pecho de una mujer envilecida.

De todos los hijos de Jacob era José el mas virtuoso y el mas amable. No siempre la belleza del alma se trasluce en lo exterior por la pureza y gracia de las formas; porque desde que el hombre, por un acto libre de su voluntad, turbó la primitiva armonía de los mundos, la parte que se vé ha quedado como el signo y la cubierta, pero no el fiel espejo de la parte invisible; y la naturaleza moral, lastimada y empobrecida al caer de su elevacion original, perdió el poder de prevenir ó de reparar completamente las deformidades ó las falacias de la naturaleza física. Sin embargo, hombres hay privilegiados, en quienes se encuentran todavía, por decirlo así, vestigios del orden desvanecido: dijérase que su alma, al entrar en la mansion del cuerpo, quiso pagar la hospitalidad que en él recibia, cubriéndole con un reflejo de su propia dignidad, y de la magnificencia de sus virtudes; tan profundo es el sello que sobre los sentidos dejó el espíritu. Y lo que mas admiramos en tales hombres, no tanto es la elegancia ó la suavidad de sus perfiles y la delicadeza de sus contornos, como aquel inesplícable encanto que sale de lo interior, aquella feliz armonía entre las maneras, la acitud y los movimientos, con la inteligencia, el sentimiento y la belleza moral que aquellos expresan. Lo que mas embelesa en ellos es la transparencia de la fisonomía y la revelacion de una alma bella en una pura y brillante mirada, y en una frente noble y majestuosa. Tal pareció José, y si llegó á sér el objeto de la particular ternura de Jacob, fué tanto por el conjunto de sus eminentes calidades, como por su título de hijo de Raquel, la esposa querida.

Aunque legitima en sí misma la predileccion del viejo patriarca, no dejaba de tener sus inconvenientes. No podia disimular del todo su preferencia, y los hermanos de José podian aun menos no advertirla; pues por una parte las afecciones de los viejos son ya de propósito indiscretas, y por otra la mútua envidia de los hermanos es suspicaz é intratable. Á mas de otras muchas muestras de esclusiva benevolencia, dió Jacob á su hijo querido una túnica de lino de diversos colores, y desde aquel entonces José solo advirtió en sus hermanos sentimientos de odio y aspreza de palabras; pues basta un ligero soplo para levantar en el corazón

del hombre la tormenta de las más violentas pasiones. El sencillo y virtuoso José no mentó aún sin quererlo este odio, participándoles los sueños gloriosos que había tenido. "Parecíamos, dijo, que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenía derecha, y que vuestras gavillas puestas alrededor adoraban á la mía." Y otra vez: "He visto entre sueños como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban." Y exclamaron sus hermanos: "¿Es decir que tú has de ser nuestro rey, y nosotros estaremos sujetos á tu imperio?" Hasta su padre le reprendió, tal vez con el fin de calmar la irritación de sus demás hijos, pues en su pensamiento pesaba las misteriosas palabras de José, procurando penetrar el sentido de ellas. Porque en efecto, lo más bello que hay en el mundo, un joven dotado de un corazón puro y de una noble inteligencia, ¿no pudiera ser el órgano de la verdad, y alguna vez la luz del viejo? ¿Y no puede Dios excitar en nosotros el presentimiento de nuestros destinos, y mostrarnos vagamente las realidades del porvenir al través del simbolismo de un sueño?

Cierta día en que los hermanos de José habían conducido sus ganados hacia la parte de Siquem, Jacob le envió á donde estaban. Partió José, y encontró á sus hermanos en los campos de Dothan. Cuando de lejos le descubrieron, dijeron entre sí: "Ved ahí al soñador que viene: vamos, matémosle, y echémosle en esta vieja cisterna: dirémos que una fiera le ha devorado, y así se verá de qué le aprovechan sus sueños." Rubén, el mayor de ellos, se horrorizó de semejante crimen, y propuso bajar á José á la cisterna, con secreta intención de salvarle la vida y volverlo á su padre. Al momento en que llegó José, fué despojado de su túnica, objeto fatal de envidia, y le echaron en la cisterna que estaba seca. Poco después algunos ismaelitas y madianitas pasaron por aquel lugar con dirección á Galaad en Egipto, conduciendo camellos cargados de perfumes de resina y de mirra. Entonces Júdas, uno de los cómplices, tomó la palabra. "¿De qué nos servirá el matar á nuestro hermano y ocultar su muerte! Mejor es venderlo á estos ismaelitas, y no manchar nuestras manos, pues es nuestro hermano y nuestra sangre." Prevalció esta opinión. José fué sacado de la cisterna y vendido por veinte piezas de plata. ¿Vender con dinero la sangre de un hermano!

Los culpables hermanos empararon la túnica de José en la sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob diciendo: "Ved ahí una túnica que hemos encontrado, ved si es la de vuestro hijo." Y habiéndola Jacob reconocido exclamó: "¿Es la túnica de mi hijo! ¿una bestia cruel le ha devorado! ¿Una fiera ha devorado á José?" Rasgó sus vestidos, cubriose con un cilicio, y lloró por largo tiempo, á su hijo. Reuniéronse sus hijos

para ver si podrían aliviar su dolor, pero quedó inconsolable y les dijo: "Lloraré hasta que la muerte me una otra vez con mi hijo." Y continuó derramando amargas lágrimas, porque José sentaba de serle arrebatado, y Benjamín era la única prenda que le quedaba de la afección de Raquel.

Entretanto José fué conducido á Egipto, y vendido por los madianitas á Patifar, uno de los primeros oficiales del rey. El joven esclavo había encontrado gracia delante de Dios, que si envía á los hombres la prueba de una tribulación pasajera, es para darles una ocasión de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas cualidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que éste le confió la administración de su casa, depositando sobre él el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio en esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José; sus bienes se aumentaron sensiblemente y la prosperidad coronaba todas sus empresas. Indudablemente la riqueza estará siempre repartida con desigualdad en el mundo á causa de los privilegios naturales y de las incorregibles diferencias de genio, de fuerza y de moralidad: la absoluta comunión de bienes y hasta el equilibrio entre las aptitudes y las atribuciones, son sueños y quimeras de todo punto irrealizables. Si la prosperidad debiese andar unida á alguna cosa como un salario á un mérito, vendría á ser exclusivamente el estipendio de la virtud, que es el solo mérito del hombre. Y de hecho peñora Dios alguna vez que esta ley tenga su cumplimiento, y hasta creando entre los hombres un mérito personal muy á propósito para nutrir en ellos los sentimientos de una dulce y estrecha fraternidad, estendiéndolos en torno de nosotros y á gran distancia el beneficio de las dones generosas que nos aplica. Así es como José atrajo el más próspero y apetecible éxito sobre todas sus obras personales, y por consecuencia un acrecentamiento considerable de fortuna sobre su amo, hasta verse éste elevado á los honores, después de haber sufrido nuevos y dolorosos persecuciones. Mas estas recompensas y estos castigos á las buenas y á las malas acciones, ni se discernen tan rara vez que estemos dispensados de temer la justicia divina en el tiempo, ni con tanta frecuencia que podamos prescindir de aguardar de la justicia de Dios un fallo ulterior y definitivo.

Habia ya algunos años que José desplegabá y hacía brillar en la ocurrencia de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la mujer de su amo fijó en él una mirada culpable y le solicitó para el crimen. El noble cautivo permaneció fiel á Dios y á su honor; y respondió con tanta moderación como firmeza. Porque la verdad y la virtud, á pesar de su carácter independiente, no borran las distinciones

sociales, y la correccion que va de inferior á superior no debe asemejárse en su forma á la correccion que desciende de superior á inferior. De otra parte, es quizás la señal mas preciosa de una convicción profunda y de una virtud bien comprendida el enlazar la dulzura con el celo y la mansedumbre hácia las personas con el respeto por los principios; pues nada hay tan asegurado como las conciencias fuertes, y nada tan generoso y fecundo como la misericordia. Si sois mejor que vuestro hermano, no os desembracéis del cuidado de su alma por medio de inculpaciones amargas y de cómodos anatemas; cubridla mas bien con dulce y afanosa solicitud, y envolvedla con la ternura de vuestras afecciones, á fin de que Dios la perdone por causa vuestra. Pensad que el hombre, aun cuando se engaña ó se corrompe, queda un ser digno de toda consideracion, pues fué rescatado al precio de una sangre divina, y puede en uso de su libertad volver al estado que por el abuso de su misma libertad ha perdido.

Dijo pues José: "Ya veis que mi amo me ha confiado todo lo suyo, hasta el punto de ignorar el mismo lo que tiene; nada hay que no esté en mi poder y que no lo haya puesto en mis manos, reservándose solo á vos que sois su muger. ¿Y podría yo cometer una tal iniquidad, y pecar contra mi Dios?" Somnoliento respuesta, lejos de desalentar la pasion, pareció animarla y darle mayores creces de despecho. La graciosa gallardia del jóven esclavo, su noble y hermosa fisonomia, embellecida con el colorido de la sorpresa y del pudor, enardeció mas el voluptuoso instinto de la muger burlada, y la altivez del amor propio se mancomunó con la violencia del desseo. El hombre, bien sea por arrogancia varonil, bien sea que su caracter firme y juicioso avanza casi siempre con seguridad ó retrocede oportunamente, por lo general parece mas circunspecto ante los obstáculos: la muger al contrario, parece mas ardiente para vencerlos, como si quisiese suplir la fuerza por la pertinacia, ó tal vez como si se abrigase en ella alguna cosa que se parece al espíritu de contradiccion. De otra parte, el esclavo, recordando á la soberbia egipcia la idea del deber, ganaba en valor moral mucho mas de lo que perdía por su despreciada condicion: él no podia vencer sino con gloria, y ella no podia sucumbir sino con un cruel oprobio. Por mucho tiempo le importunó con sus palabras; pero como él se habia mostrado ya mas grande que la desgracia, moströse mas fuerte que el placer, triunfando así de las mas graves pruebas á que puede verse espuesta la juventud; la cual en sus dorados sueños se erige palacios encantados de felicidad, y en su ardiente necesidad de vivir para gozar, inclina tan gustosamente el oido á la voz seductora del placer.

Hallándose un dia José solo en un aposento de la casa, la muger de

su amo tanteó el último esfuerzo, y le cogió por la capa. Cuando una muger pierde todo el respeto que á sí misma se debe, y ha merecido perder la estimacion de otro, ya no atiende mas que á sofocar á fuerza de gozos sensuales la memoria de su perdida dignidad, y á todo se atreve para humillar en la complicidad del mismo crimen al que, desde la eminencia de su virtud, amenaza quedar siempre su acusador y su juez. No, no es posible pintar el bormasoso despecho y la enfurecida confusion con que la mirada de un hombre puro, liere, llena y aterra el alma de una muger sin honor. Porque Dios ha armado el corazon de la muger de un sentimiento profundo y delicado de virtud para protegerla contra su propia flaqueza, y le ha marcado sobre la frente el pudor como una señal de consagracion augusta y un título de parentesco con los ángeles, á fin de protegerla contra la temeridad y tirania del hombre. Cuando, pues, en desprecio de estas salvaguardias, hace ella una declaracion de guerra á la virtud, y provoca la malicia de otro, lejos de poder invocarla por excusa, no es raro que Dios la castigue con ese furor contra la naturaleza, entreguendola á una despatchada vergüenza, de la que se venga obedeciendo á toda la flogosidad de sus malos instintos, como si se sintiese impelido por algun agujon del infierno.

José poseia juntamente la inteligencia y el valor del deber. Dejó su capa en manos de la impúdica muger, y huyó, único modo de vencer en tal peligro, pues aunque el espíritu tenga sus convicciones y su pronta decision, los sentidos tienen sus momentos de oscilacion y de desallicimiento. Figúrese cualquiera los trasportes de la ventallora despreciada, pues por bellos que sean sus rasgos con que las pasiones sensuales pretenden decorar sus victorias de ignominia, saben tambien avorgonzarse de sus insolencias frustradas, porque entonces no pueden sofocar el sentimiento de la afrenta debajo de sus repugnantes fruiciones. Con su pasion burlada, con su imperio desconocido, la muger de Putifar tenia que temer; pero sobre todo tenia que vengarse. Fuerza le era prevenir las quejas posibles de José; pero mas que todo le era preciso hacer pagar á un esclavo la pena de su virtud. Llamó á gritos á sus domésticos para que le diesen socorro, y se lamentó con un aire de púdica altivez, de que aquel extranjero hubiese osado llevar hasta su persona su temeridad delinvente. Sus gritos la habian salvado, y habia podido arrancar aquel vestido como cuerpo de delito contra José. Y cuando estuvo de vuelta su marido, hizo subir hasta él el origen de toda aquella desgracia, y le envolvió mantosamente en el acto de acusacion, á fin de que, teniendo él mismo que justificarse de sospechas de imprudencia, pensase menos en acusarla á ella de infidelidad. "Este esclavo que tu trajistes aqui, dijo,

ha venido para insultarme, y cuando ha oído mis clamores, me ha dejado esta capa entre mis manos y se ha escapado.¹⁷

La calumnia le salió muy lisa. Putifar no se mostró asaz hábil para escapar de los artificios de su mujer, y sorprender la verdad bajo las estudiadas apariencias con que se cubría la impostura. Sin reflexionar que mal se prepara un hombre para grandes crímenes por medio de diez años de virtud y de solícitos servicios, y que la violencia podía venir tanto de la que había arrebatado la capa como del que la había dejado, se indignó hasta el punto contra su mayordomo, y le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José; pues al imponer un trabajo, Dios da la fuerza necesaria para sostenerle, y mediante su gracia, no hay pruebas tan duras que no pueda superar un generoso esfuerzo. Aun en el seno de aquellos revéses, cuya aparición en esta vida maldicen las almas débiles y cuyas angostas sendas no impiden sus maravillosas relaciones con el porvenir, manifiesta y desplega el hombre grande todo el poder de que está dotado, y según la idea de un antiguo, ofrece al espíritu del mal el más bello y precioso espectáculo para confundirle, un justo luchando á brazo partido con la adversidad. Así consuela Dios á aquellos que de este modo soportan el peso de unos castigos que no merecen; y mientras se aguarda la hora de su justicia pública, hace bajar en la sosegada serenidad de su conciencia alguno de aquellos goces y dulzuras de su cielo.

Permitió, además, el Señor, que José se captase la benevolencia del alcaide, el cual, compadecido del joven cautivo, y no reparando en el cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demás presos. Una mañana reparó José á dos de sus compañeros mas abatidos de lo que solian, y la causa de su abatimiento eran los sueños que habían tenido. Se hizo esplicar aquellos sueños, y predijo al uno de los condenados que sería crucificado dentro de tres dias, y al otro, que dentro de tres dias tambien recobraría su libertad y sería repuesto en el cargo que antes tenia, suplicando en seguida á este último que no le olvidase en el tiempo de su prosperidad. El suceso justificó esta interpretación: al cabo de tres dias el uno de los dos proscritos fué crucificado, y el otro puesto en libertad y restablecido en su antiguo cargo, que era el de capero mayor de Faraon; pero olvidó á José, pues la felicidad suele borrar la memoria de los beneficios recibidos. Dios lo permitió así en aquella coyuntura, á fin de que su elegido contase en el socorro del cielo y no en el de la tierra, y que desistiendo como estaba á mandar á los hombres, aprendiese antes á conocerlos.

Como nos hallamos ya en nuestros cuadros biográficos á punto de abandonar las tiendas de los patriarcas, para pasar á los palacios de los reyes, observémos de paso los adelantos que había hecho la civilización en el Egipto desde los tiempos de Abraham. Entonces los Faraones tenian ya corte, pero mucho mas sencilla y con menos aparato. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policia, cárcel del Estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco, usurpando el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilización por medio de Jacob; y hubiera faltado, sin querer, á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es mas fiel en realidad á la verosimilitud de la historia, como hace observar muy oportunamente un crítico reciente. Vuelve atrás la civilización, cuando Jacob, dejando la Palestina, pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza, empero, con Esau, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los cananeos. El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre los diversos pueblos. En tiempo de Abraham no se ve cambiar el trigo entre Egipto y Canaan, y el patriarca, para librarse del hambre, se ve precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino, consultando á la mayor comodidad, grandes paradores públicos para las caravanas. Las de los ismaelitas desde Arabia llevan á los egipcios, como hemos visto ya, especias, resinas y balsamos; compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero el Egipto, constituido desde mucho antes que las naciones vecinas, se lleva, como es justo, la preferencia en civilización y lujo. Abimelec, rey de una colonia egipcia entre los filisteos, imita en pequeño á los reyes de la metrópoli, teniendo, como ellos, criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abraham y Jacob, vemos los progresos que hace el lujo en el Egipto, y lo veremos aun mas en el engrandecimiento de José.

Dos años á corta diferencia, habían trascurrido desde que éste interpretó los sueños de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos sueños que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo, el buscar siempre algun misterio en los sueños; y Dios, que en los gobiernos de los hombres tomó por su misericordia en cuenta sus errores y sus debilidades, daba algunas veces una significacion profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo

ó de un capricho de la imaginación. Estos sueños del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debían preparar el triunfo de José, por esto su explicación fué á él sola reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares; el rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Entonces la trisτέρα del monarca reprodujo el nombre de José en los labios del cortesano que le había aprendido en la desgracia y que no se había acordado más de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al monarca del que le había tan perfecta como proféticamente interpretado su sueño tres días antes de salir de la cárcel. José fué llamado desde ella á la presencia del rey, el cual le contó sus dos sueños, y José explicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia serían seguidos de otro siete de esterilidad. Propónale, pues, nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada prudencia y destreza que en los tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos, para que al venir la carestía no quedase el pueblo sin recursos.

Creó el rey y con razón, que nadie podía remediar mejor los males del porvenir, que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los revelaba. Sometió, pues, todo el Egipto á José, no reservando más para sí sobre el jóven favorito que la majestad del trono. Hizo, pues, vestir á José con un traje magnífico, con un manto de finísimo lienzo, le dió un collar de oro en señal de su nueva dignidad, y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á un heraldo que anunciase al pueblo el reconocer la autoridad de José y doblar la rodilla cuando pasase. Y cambiando después su nombre de José le llamó con otro nombre egipcio, que significa salvador del mundo. Y para coronamiento de tan honoríficas distinciones, le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis, para enlazarlo de este modo con la clase más ilustre y poderosa de sus estados.

Así acabaron los infortunios de José, que fueron como el gérmen fecundo de las prosperidades y de la gloria que llenaron el resto de sus días. Pudieron haberle oprimido sus contrarios, porque la fuerza no siempre va aliada con el derecho; pero no le habían envilecido, pues que la tiranía no tiene poder sobre la dignidad humana, que escapa de todos los ultrajes por la libertad, y que no sucumbe sino por una abdicación voluntaria. Víctima de la envidia de sus hermanos y de la asquerosa hipocresía de una mujer, salió por fin vencedor de esta doble prueba: los hombres y las cosas le fueron hostiles por un momento; pero los hombres y las cosas se transformaron en favor suyo, doblados y modificados por

Dios, que le fué siempre propicio; y por otra parte, la posteridad le ha vengado de algunos años de persecucion y de oprobio por medio de un tributo de alabanza y de admiración.

Sus envidiosos hermanos y su impura enemiga debieron por el contrario, expiar muy presto su ciega y cruel injusticia, y fulminados con la execración de la posteridad, su castigo continúa todos los días; y este es una penitencia pública que Dios suele imponer á los grandes crimenes. Los poderosos serian demasiado atrevidos si pudiesen lisonjearse con la seguridad de que su vida y su memoria pasarían impunes, y los débiles serian inclinados en demasia á rebelarse si alguna vez no se interesase el cielo en sus quejas y sufrimientos. Para la conservación del orden, preciso es que sepa el universo que la causa de los oprimidos es la causa de Dios.

No se sabe si las calumnias de la mujer de Putifar quedaron desde entonces patentes: ignórase asimismo lo que fué de ella después de aquella época. Se diria que se disipó y desapareció como una débil sombra al resplandor de la súbita y gloriosa elevacion de José. La historia no la hace figurar sino en el oprobio de su burlada pasión y de su cobarde venganza; y después de haberla presentado como el tipo de una mujer mas malvada aún que débil, la cubre con el ólvido; semejante á la mar que arroja de vez en cuando algun monstruo desconocido sobre sus orillas, y un momento después lo arrastra huyendo hácia sus abismos, de donde no volverá á salir jamás.

Por su lado los hermanos de José iban á ser conducidos á sus pies para prestarle homenaje. Sus proféticas palabras tuvieron su cumplimiento: siete años de abundancia fueron seguidos de siete años de esterilidad. El azote había alcanzado tambien á los países vecinos, y Jacob, acosado por la carestía, envió sus hijos al Egipto, de cuyos recursos tenia alguna noticia, dejando solo á su lado á Benjamín. No se vendía el trigo sino por orden de José: sus hermanos le fueron, pues, presentados, y le adoraron postrándose delante de él al uso de los orientales. Reconocióles él sin dificultad, pero ellos no le conocieron, porque la edad viril y tal vez la desgracia habían cambiado el aspecto que tenia en su adolescencia.

A la vista de sus hermanos inclinados delante de él, José se acordó de los sueños de otro tiempo. Usó de un lenguaje severo, y manifestó creer que aquellos extranjeros habían venido como enemigos. Los tuvo detenidos por tres días, y después, sabiendo que tenían otro hermano, les despachó con órden de traerlelo, quedándose uno de ellos como en rehenes. Creyéndose ellos no ser entendidos del ministro egipcio, que les había hablado hasta entonces por medio de intérprete, se arrostraron mú-

toamente su antiguo fratricidio. Entonces José, no pudiendo resistir á la ternura, se retiró para llorar; y volvió despues á salir, manifestando su voluntad de quedarse por garantía á Simeon, otro de los extranjeros; y los demás se volvieron tristes al país de Canaán. Su padre cayó en una aflicción profunda, cuando se le dió noticia de la cautividad de Simeon, y de la orden formal de llevar á Benjamín á Egipto, y estuvo largo tiempo antes de consentir en esponer tambien á este hijo querido, y último fruto de su vejez.

Entretanto el hambre continuaba en sembrar sus estragos, y Jacob se vió precisado á ceder al imperio de las circunstancias; volvió á enviar á sus hijos al Egipto, confiándoles con dolor de su alma á Benjamín, de quien respondió Judá con su cabeza. Viéndoles José llegar con su jóven hermano, mandó introducirlos en su palacio y prepararles un banquete. Esperaban ellos en la sala del convite, cuando en fin pareció José. Inclináronse todos á su presencia. El los acogió con bondad, y les hizo preguntas acerca de su anciano padre. Levantando despues los ojos, reparó á Benjamín y dijo: "¿Es este vuestro jóven hermano de quien me hablasteis? Hijo mio, llorad, ¡séate Dios propicio!" Y se dió prisa á salir, pues á vista de su hermano conmoviéronse sus entrañas, y no podía contener las lágrimas. Cuando habo dado libre curso á su llanto, volvió, y haciendo un esfuerzo para dominar su emoción, tomó la comida en compañía de sus hermanos, pero en otra mesa, pues los egipcios miran á los extranjeros como profanos. Sirviéles el mismo, distinguiendo á Benjamín, que fue tratado con mas miramiento que los otros, lo cual no dejó de causarles alguna sorpresa, y todo el festín se pasó en regocijo.

A la mañana siguiente los hermanos debían partir. José hizo ocultar su copa de plata en el costal de provisiones de Benjamín, y á penas habían vuelto á emprender su camino, cuando él envió á sus criados en su alcance. Alcanzáronles en efecto, y los acusaron de haber cometido un robo. Defendieronse ellos de esta acusación; pero la copa fue hallada entre las provisiones de Benjamín. José hizo la amenaza de quedárselo como esclavo, y entonces Judá espuso toda la repugnancia que habia mostrado Jacob en dejar partir á Benjamín, y el golpe terrible que el cautiverio de este hijo, tan tiernamente querido, iba á descargar al padre en su ancianidad. Al nombre de su padre, José no pudo ya contenerse por mas tiempo, mandó salir á todos los egipcios que le rodeaban, y exclamó derramando lágrimas: "Yo soy José. ¡Vive aún mi padre!" Pero sus hermanos desparavidos no pudieron responderle. "Acercaos á mí, les dijo con dulzura, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendistais..." Consolóles diciendo que Dios habia permitido todo aquello para mayor bien;

les ordenó que informasen á su padre de todo cuanto veian, y que le trajesen consigo á Egipto, en donde serian todos alimentados durante los cinco años que habia de durar el hambre todavía. Y echándose al cuello de Benjamín para abrazarle, lloró, y Benjamín lloró tambien al recibirle en sus brazos. José dió despues á todos sus hermanos las mismas demostraciones de ternura, y volviendo en sí del mudo espanto que les habia sobrecogido, osaron por fin hablarle.

A tan feliz nueva que le llevaron sus hijos, Jacob pareció despertar de un profundo sueño, y rehusó por algun tiempo creer en su palabra. Pero al fin, recobrado de su estupor é inundado de alegría, exclamó: "Si mi hijo José vive aún, ya no quiero mas: iré y le veré antes de morir." En efecto, partió para el Egipto con todas sus gentes y sus bienes. José salió á su encuentro, y al verle corrió á él, y le abrazó estrechamente derramando copioso llanto. "Ahora sí que moriré alegre, le dijo su padre, pues que he visto tu rostro, y te dejó despues de mí." Jacob fue tambien presentado al rey, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el país de Gessen, el mas fértil del Egipto, y el que mas convenia á un pueblo pastor. Diez y siete años despues murió profetizando los magníficos destinos de su privilegiado linaje, adoptó en el número de sus hijos á Manases y á Efraim, hijos de José, y pidió que sus cenizas fuesen un dia reunidas con las cenizas de sus padres.

Volvamos á notar de paso en la tierna narración de esta historia interesante el grado de civilization á que habia llegado ya el Egipto antes de la muerte de Jacob. José, en su entrada al empleo, recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al monarca; como aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar, como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y ambilidad mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato; y son varias las solemnidades para la instalación de los funcionarios reales.

José vió los hijos de sus nietos. Cercano á morir pidió que sus huesos fuesen trasladados á la tierra de promisión, y espiró despues á la edad de ciento diez y seis años. Su cuerpo fue embalsamado y puesto en un ataúd que los israelitas, en su salida de Egipto, llevaron al país de Canaán.

Tal fue José, ejemplo célebre de las dificultades que aguardaban á la virtud, del valor que debe ésta desplegar, y del triunfo que puede obtener. Los tiempos antiguos no vieron una imagen mas perfecta de aquel

Justo que, vendido traidoramente por sus hermanos y descolgado en sus obras, fue condenado como un criminal, y salió del cauiverio del sepulcro para alimentar toda la tierra con el pan de la verdad evangelica, y conquistar por todos los dones de su caridad divina el glorioso titulo de Salvador del mundo. Asi el nombre de José ha quedado grande en la memoria de los pueblos cristianos. Los siglos de fe pintaron y grabaron su historia sobre la vitela de las Biblias manuscritas, sobre las telas de los mas ricos museos, y en las vidrieras de las góticas catedrales, en la piedra y en el acero, en San Márca de Venecia, en el bautisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Rouen, en Bourges y en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer por todas partes la máxima, de que lo inminente del peligro no justifica nuestras caídas, que Dios ha puesto mas recursos en la libertad humana que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave y santo pensamiento del deber. Y esta lección conviene tanto á los tiempos modernos como á la edad media; y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordar en especial á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos, para quienes el mundo actual, á causa de la vanidad y de la corrupción, se parece con frecuencia á los campos de Dothán y á la casa de Putifar.



H. Hübner del.

Ana, madre de la Santa Virgen.

Imp. de Ponce.



ANA,

MADRE DE LA SANTA VIRGEN.

*Felix unus promerit suscipere natam que
unum conciperet et proferret Dei filium.*

(EUSEBIO, CAESARIENSIS, *De Ortus alme Virginis.*)

No es una virgen, tierna como una flor que guarda aún cerrado su capullo á los besos del cáfiro, la que vamos á proponer como modelo de justicia y de perfeccion. La esposa de Joaquin era ya un crepúsculo brillante que debia preceder la aurora del Sol de Justicia. Caducaba ya la ley de la espectacion: el mundo se acercaba ya al momento de su rehabilitacion gloriosa: los cielos debian llover al Justo; y Ana, la hija de Matan, era la nube resplandeciente, de cuyo seno habia de salir á la tierra la Madre del Salvador. Rama escogida de la familia sacerdotal de Levi, debia enlazarse con otra de la casa real de David, y de este enlace illustre, simbolo de la union del sacerdocio y del imperio, debia nacer la Madre del Mesias.

La pintura que hace el Espiritu Santo de la muger fuerte, se personificaba en la casa de Ana, nombre ya celebre entre las heroínas del pue-

blo de Dios. No se lamentaba, como la madre de Samuel, de su esterilidad, porque su corazón era fecundo en buenas obras, y sufría con resignada conformidad y con la alegría del justo, aquella privación que se tenía por una marea de oprobio. Cuarenta años de virtudes le valieron una mirada del cielo, la mas propicia que se dio á criatura alguna, si exceptuamos á su privilegiada hija; y una súplica, salida de una alma abrasada de caridad, fué suficiente para que se obrase en su seno aquel misterio de la exención de la culpa, que supera en gloria y felicidad á las delicias del paraíso. ¡María fue concebida inmaculada en el seno de Ana! ¿Que elogio equivale á estas palabras? ¡Oh, qué fruto! ¿Y quién podía ser digno de él sino el seno de Ana? He aquí el modelo de las madres segun la naturaleza, pues María lo fué segun la gracia. Amor, ternura, pureza, solicitud, júbilo santo, todo lo mas bello y delicado de la maternidad vino á rodear la cuna de María y los cuidados de su digna madre. Dulzura, humildad, calor, todas las gracias del cielo y de la tierra nacieron cual nunca se habiesen visto en la infancia de María; y la embelesada madre, la dichosa entre las dichosas, mecía en su tierra con, estrechaba entre sus brazos y alimentaba con su leche la Esperanza del mundo.

Digna émula de la muger de Eleana, la madre de María prometió en su corazón consagrar á su querida hija al servicio del templo, voto ratificado por su santo padre. La Niña María sonreía á su virtuosa madre con aquella mirada celeste de candor que aun no habia visto la tierra. Después de presentada al Señor á intolada la víctima del sacrificio, la hija de Ana fué admitida en el número de las tiernas vírgenes que, ocultas á la vista del mundo, se educaban á la sombra sagrada del altar. Ana no podia respirar lejos de María. No tardó en ver aspirar en sus brazos al santo esposo, el cual pasó á esperar en el Limbo al Libertador de Israel que habia de nacer de su hija; y colmada ella de virtudes y de bendiciones, vislumbrando quizás los altos destinos de María, á los sesenta y nueve años de su edad, durmióse en el dulce sueño de los justos, dejando á los siglos la que debia ser exaltada sobre los ángeles y los hombres. Veamos ahora algunos de los rasgos y circunstancias que se han podido recoger de su vida.

Desde San Juan de Acre al lago de Tiberíades, se atraviesa la graciosa llanura de Zabulon, coronada á derecha e izquierda de colinas que se levantan en suaves pendientes, y parece quieren escribir las ondulaciones de su superficie con bellos penachos de variado verdor. Después de haber trepado la cordillera de montañas que está unida con el Líbano, y corre del Norte al Mediodía hasta los arroyos de la Arabia Petrea.

hallanse en la aldea de Sófora restos de una ciudad en otro tiempo vasta y floreciente. Los romanos la habian dado el nombre de Diocesarea, nombre grande, pues era grande la importancia que le habian dado, haciéndola la primera ciudad de la Judea despues de Jerusalem. En la edad media, pudo contemplar, desde lo alto de sus almenas, la célebre batalla en que sucumbió la pretension de Luy de Lusitan á la corona, no bajo la Gimitaria de Saladino, pues no pudo la espada domar la bravura de los francos, sino en los torrentes de llamas que se levantaron de las yerbas incendiadas por el enemigo, y que el viento llevaba con las flechas musulmanas y torbellinos de polvo á los ojos de los cruzados.

Pero lo que mas contribuye á la celebridad de Sófora, no son por cierto sus recuerdos de grandeza profana, ni su corona de ruinas, ni su posición amenisima, ni sus horizontes esplendidos: el cristianismo es el que ha llenado aquellos lugares de una gloria imperecedera, y ha puesto allí un manantial de vivas y poderosas emociones, que se derramará sin agotarse, hasta el fin de los siglos. Sófora fué el domicilio de Joaquin y de Ana, padres de la Virgen María: tres horas de camino por las montañas conducen de este pueblo á Nazareth, en donde el Verbo se hizo carne, y en donde algunas tradiciones ponen tambien la cuna de la Virgen María. ¿Quién podrá pisar sin un dulce estremecimiento de júbilo y de amor aquel suelo privilegiado, en el cual germinó y floreció la salud del mundo? Aquellas alturas fueron el escabel que sostuvo la majestad del Eterno, cuando bajó de los cielos y tocó la tierra: en aquel hogar reducido fué donde el cristianismo dió su primer vagido, y desde allí tomó su primer vuelo para recorrer y cambiar el mundo. De aquellas colinas descendió diez y ocho siglos hace un rio de fe y de caridad, que ha purificado los espíritus, reavivado el fuego de los corazones, dulcificado las leyes: allí es el lugar donde toda palabra necesita templarse para tener alguna fuerza, donde toda alma va á chupar la vida, y hallar un delicioso refrigerio. De las honduras de aquellos vallados nació la libertad verdadera, la civilización moderna, el respeto del derecho, el desercido de la fuerza, la rehabilitación de la muger, la conciencia invencible de nuestra dignidad espiritual, y el secreto de los grandes destinos del hombre.

El Evangelio ha dejado, pues, en la oscuridad la vida de Ana y de Joaquin; y aun la sola tradicion ha hecho llegar hasta nosotros los nombres de estos santos personajes. Su vida esterior no hizo ningun ruido en el mundo; pero su alma brillaba con tal resplandor de virtud, que Dios quiso premiarla haciéndola un objeto de culto para los cristianos. Por el alma en efecto pertenecía á la linea ilustre de aquellos creyentes que vislumbran y aspiran á otra inmortalidad muy diferente de la fama, y á una

felicidad distinta de la felicidad de la tierra; y por la carne eran de la sangre de David, cuya riza llegó á empobrecerse bajo el gobierno de príncipes extranjeros; pero rica con sus recuerdos, y mas rica aún con sus esperanzas que le mostraban al Mesías en un próximo porvenir.

Ana, pues, á quien los Santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, habia nacido en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem, llamada comúnmente en el Evangelio ciudad de David, por haber sido la patria de aquel monarca. Tavo por padre á Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, que entre los judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó Maria, de la tribu de Judá, ambos esposos tan ilustres por su elevada alcurnia, como recomendables por su ejemplar virtud. Tuvieron tres hijas: la primera, que se llamó Maria, como su madre, casó con Cleofas, y fué madre de Santiago el menor, de San Judas, de San Simón, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalem, y de San José, por sobrenombre Barsabas, ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama hermanos suyos, segun el estilo introducido entre los judíos; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la Santa Virgen. La segunda hermana de Santa Ana fué Sobé, madre de Santa Isabel, la cual, por consiguiente, era prima hermana de la Virgen Maria. Y la tercera hija de Maria y de Matan fué Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de la cual habia de nacer el Hombre Dios.

Ana llevaba en su nombre, que significa gracia, un indicio providencial de su bondad interior. Potque, siendo escogida de Dios para dar al mundo á la Virgen Maria, debia ser digna de tener por hija aquella dulce y misteriosa criatura, santificada antes de nacer, tan humilde y tan grande en su vida; de una belleza tan pura, cuya alabanza se halla en todas las lenguas, y cuyo amor está en todos los corazones, y que fijó colocada en el firmamento de la Iglesia, para derramar sobre la noche de nuestras almas el fuego de su serena y pacífica luz. Este nacimiento, vagamente esperado por la multitud de las generaciones, que habian recibido del Eden la promesa de un libertador, era el alba de tersa y blanca quecina lumbre que anuncia la proximidad del sol; y festejada hoy dia por toda la tierra, fué ignorada de los hombres, envuelta en el silencio, en pompa ni estrépito. Un soldado feliz ocupaba el trono del mundo: as águilas romanas estaban por todas partes de vuelta al Capitolio, de- dando caer coronas sobre algunos testas de príncipes diseminados por sus vastos dominios: los procónsules se paseaban triunfantes por medio de las provincias, cuyo trabajo y cuya vida se transformaban en oro y en plae- res bajo sus manos y á medida de sus deseos: el pueblo rey no cuida-

ba sino de su pan y de sus juegos. En medio de tantas delicias y de tantas grandezas, ¿quien hubiera querido venir á saludar una cuna hu- milde, ignorada, en donde no habia mas que pobreza, pureza sin tacha, sencilla y cándida resignacion á la voluntad de Dios, ardiente amor de servirle, cosas todas, ó desconocidas, ó despreciadas de los hombre, y so- lamente poderosas delante de Dios?

Aunque es de creer que Ana, por sus eminentes virtudes y por su amor al retiro, sentia inclinacion á la virginidad, con todo, mientras duró en el pueblo escogido el largo periodo de la espectacion, las doncellas, por mas virtuosas que fuesen, no se atrevian á renunciar á la esperanza de dar un salvador al mundo. Y esta esperanza fué sin duda la que decia á las virgenes mas castas á no despreciar la mano de un esposo. Ana, pues, la candorosa Ana no rehusó la mano de Joaquín; haciendo quizás el sacrificio mas costoso de su vida, para no privarse enteramente de la dicha que debia recaer sobre una de las hijas de Israel. Pero el Señor quiso poner á prueba la virtud y la humildad de la madre de Maria, pa- ra hacerla digna de tal hija; y sujetó por espacio de cuarenta años á la triste Ana á la humillacion de la infelicidad, marca de oprobio para las matronas hebreas. El corazon de Ana, aunque arduosamente unido con la voluntad del Señor, no podia dejar de mostrarse sensible á tan dolorosa humillacion: los años acumulados sobre su cabeza estaban ya para disipar la última sombra de esperanza: el santo esposo compartia con ella el dolor y la resignacion, y su pecho suspiraba en silencio, ofre- ciéndose como en holocausto, pero mirando con una santa envidia á aque- llas esposas afortunadas que podian tener afinidad con el deseado Mesías.

¿Qué súplicas saldrian del fondo del alma de aquellos santos esposos para alcanzar del cielo el don de la fecundidad? Pero cuando la súplica es humilde, cuando sube al trono de Dios acompañada de la resignacion santa á su querer divino, entonces es poderosa, y hace á Dios una dulce violencia para acceder al puro y furvoroso ruego. El Señor oyó propicio una petición que el mismo habia inspirado, y Ana quedó colmada de las gracias de Dios, sintiendo ya en su seno á la que debia ser concebida sin la mancha original. El seno de Ana se trasformó en un depósito de las riquezas del cielo y de las esperanzas de la tierra. Al fin, salió á luz la hija privilegiada del Altísimo, la alegría del cielo, el consuelo de la humanidad. La hija de Joaquín respiraba ya el aire de la vida.

Despues de ocho dias del nacimiento de la niña, segun la costumbre del país, Ana y Joaquín le dieron un nombre, el nombre de Maria, gra- cioso como la virginidad, grande como un corazon de madre, suave co- mo una melodia y como un perfume celeste, nombre amado del pintor y

del poeta, porque encierra raudales de inspiración, repetido por el soldado y el marinero en el momento en que arriesgan en los campos de batalla y sobre los abismos del Océano, su generosa abdicación de la vida. Este nombre, que en la lengua antigua en que fué creado significa particularmente estrella del mar, y también señora y reina, ha sido colocado en todas partes como un encanto irresistible, sobre la puerta de la iglesia de la aldea, al frente de la soberbia basílica que se levanta al cielo como un monte decorado, al pie de la estatua solitaria, incrustada en la encina al lado del camino para guiar al viajero, sobre la cabeza del infante largo tiempo esperado, al umbral de una existencia querida, donde quiera en fin que el hombre derrama lágrimas y ruegos, donde su alma y sus miembros trabajan y sufren, donde su corazón palpita de amor, de temor ó de esperanza. El Universo está lleno del nombre de Nuestra Señora.

Dos veces, en un mismo siglo, la piedad de Oriente opuso este nombre como un lienzo a la invasión de la bárbara musulmana: la primera vez, en 1571, la flota de los turcos sucumbió en el golfo de Lepanto, dirigida por el genio de Don Juan de Austria, y por las oraciones de la cristiandad, postrada ante los altares de María, auxilio de los cristianos. La segunda vez los turcos invadieron hasta el corazón de Europa, en 1683, y sitiaron á Viena con doscientos mil hombres. El emperador de Austria había llamado á su socorro á todos los príncipes cristianos. Los formidables asaltos, las salidas peligrosas se multiplicaron sin fruto; pero la plaza parecía no poder sostenerse por mucho tiempo; cuando Juan Sobieski, rey de Polonia, corrió con su valeroso ejército. El día mismo en que debía darse la batalla decisiva, muy de mañana, el noble guerrero, rodeado de sus generales, oyó piadosamente la misa, y recibió en ella la comunión. Después del sacrificio, se levantó diciendo: "Marchemos al enemigo con confianza, bajo la protección de Dios y la asistencia de la Virgen María." Y no fué en vano esta confianza. Los otomanos quedaron vencidos, dejando entre los despojos el gran estandarte de Mahoma. La Turquía no se levantó nunca más de estos dos desastres, en los que, por su parte, las naciones cristianas encontraron su salud, y reconocieron la especial intercesión de la Virgen, celebrando con unanimidad por una fiesta especial el santo nombre de María.

Anna, en el fervor de sus ruegos, había prometido consagrar al servicio del Señor el fruto tan deseado cuanto más tardío que él se dignase concederle; y el santo esposo debió secundar, ó tal vez ofrecer el mismo voto. Al llegar, pues, la tierna niña á la edad de tres ó cinco años, Anna y Joaquín la condujeron á la ciudad santa, para presentarla al templo y

consagrarla á Dios. Sus padres la habían presentado y consagrado á Dios en espíritu desde que su existencia en el claustro materno les fué conocida, y aun más, cuando salió á la luz del mundo; pero era indispensable completar aquel sacrificio, costoso tal vez á su corazón paternal, si el amor intenso de Dios no se lo hiciese grato y soportable. Después de la ceremonia de la presentación, quedaron los ancianos padres privados de su dulce unigénita, y María quedóse al servicio del templo del Señor. Allí su joven alma, prevenida de todas las bendiciones, y poseída de un elevado sentimiento de todas las realidades del cielo, hizo alianza con el Criador, é inauguró en el mundo aquella virtud reservada á los siglos y á los pueblos cristianos, que sublima el alma humana hasta á la incorruptibilidad de las naturalezas angélicas, y asocia la carne frágil á las prerogativas del espíritu. En la tierra á esta virtud se le dá el nombre de virginidad, y en el cielo aun tiene un nombre más bello. Su símbolo es una flor, que entre todos los objetos sensibles es lo más gracioso, lo más delicado, lo más suave y lo más puro. ¡Revolucion sin igual! Este acto de la Virgen María ha venido á ser como el título de nobleza y el origen augusto de estas generaciones misteriosas que, consagradas á Dios, no se dan otra posteridad que en la familia invisible de las almas; y que no haciéndose llamar aquí en la tierra, ni padre, ni madre, no renuncian el oír nombrarse así en la eternidad por inteligencias traslucidas de la incredulidad á la fé, ó por pechos salvados del naufragio de las pasiones.

Anna regresó á su país con su santo esposo, y allí, ya antes ya después del viaje de Jerusalem, en una casa indigente, arrimada á una colina á la cual se subía por algunos escalones cortados en la roca, es donde María fué amoldada á la piedad por los cuidados maternales. Sabese ya cuán felizmente esta vida sencilla, pero grande á los ojos de Dios, inspiró á los encumbrados genios de Rubens, Jouvenet y de Poussin. Y la razón es, porque nada hay tan poderoso y elevado como el sentimiento que pone á la débil naturaleza del hombre en relación con lo infinito, y porque siendo esto así, los horizontes de la fé, son los más ricos que el arte puede recorrer en su velo ingenioso, y trazar por la mágin de las líneas y de los colores. Los cristianos sinceros saben también cuán suave perfume de edificación se exhala de esta vida oculta y como sepultada en la humildad; y nada les es tan dulce como el venerar, querer, y en lo posible imitar á las almas dotadas de semejante hermosura, que el Señor parece reservar para su sola mirada, y para los aplausos de los cielos.

Parece que Joaquín no sobrevivió por mucho tiempo al sacrificio que ha-

bia hecho de su hija; y tal vez pidieron á Dios ambos esposos que compadeciéndose de su vejez solitaria, no tardase mucho en llamarlos á su seno, supuesto que dejaban en la tierra el vástago precioso que ya le daba gloria con sus virtudes, y que debía sobrevividos. Joaquín premurió á su esposa, Joaquín que viene á ser como el último patriarca de la antigua ley y el primero de la nueva.

Hay santos que por su posición especial forman por sí solos una categoría á la que no pueden aspirar ni las más altas virtudes, ni las más eminentes calidades. Escogidos por la Providencia para llenar un destino en el orden admirable de los misterios de Dios, no deben confundirse con los demás santos, por elevados que sean: para ellos debe haber una silla aparte en los tabernáculos eternos, así como la Iglesia de la tierra los venera con una especialidad, y les tiene reservado un rango particular en la serie de sus recuerdos. Tales son, por ejemplo, los primeros campeones de la celeste milicia, el precursor santo del Hijo de Dios, el discípulo amado, el apóstol de la primacía, el padre representativo de la persona del Verbo en la tierra, y tal es también su abuelo natural, cuya memoria celebra la Iglesia. Después de la Madre Virgen, que llevó en sus entrañas purísimas y alimentó en sus pechos virginales al Hombre Dios, el santo más naturalmente llegado á Jesucristo, es el bienaventurado Joaquín. La santidad no admite comparaciones odiosas como las notabilidades humanas, que la una suele engrandecerse con detrimento de la otra. Dios solo es el que penetra en el santuario del corazón, y él solo decide de lo que vale cada una de las criaturas á su presencia: y dejando aparte aquella que por un escogimiento especial y por la divina maternidad á que estaba destinada, reunió en sí sola desde el primer momento de su ser el cúmulo de todos los dones y de todas las gracias, no es decoroso comparar santidad con santidad entre los que forman la creación inmortal de los justos. Diremos, sin embargo, que si José es el único grande por ser el depositario de los más altos misterios de Dios, el custodio de la virginidad de María y aquel á quien Jesús quiso llamar padre y obedecer delante de los hombres, títulos cuya eminencia se pierde para nosotros en la región de lo infinito; Joaquín aparece como el único grande, como el último eslabón de la gran cadena de justos de quien había de nacer naturalmente la Madre del Salvador; y como el único cuya sangre pura debía correr por los miembros adorables de su divino Nieto. Por manera que, si aquel se presenta grande en el orden de la gracia, éste se presenta no menos grande en el orden de la gracia que en el de la naturaleza. Esposo santo de una santa esposa, descendientes también de reyes, debía ser el tronco de aquella familia sagrada que reaplende-

ce en la plenitud de los tiempos, y en la cual se verificaron los designios eternos de Dios sobre el linaje humano: gely y patriarca de la trinidad de la tierra, cuyos miembros naturalmente se enlazan, Joaquín, María, Jesús. El fruto privilegiado que se produjo de aquellos santos viejos, fué un prodigio ya en el seno de su santa madre, como había sido un prodigio en su concepción, depurada de toda humana flaqueza, y cumplida por inspiración del cielo. La gracia santificó, por decirlo así, la naturaleza en los dos santos esposos; aquella union casta dió el ser á la que había en cierto modo de nivelarse con Dios, tanto como puede estarlo la criatura, pues la maternidad de María en la tierra es figura de la paternidad de Dios en el cielo. Joaquín sostuvo sobre sus rodillas y estrechó contra su seno á la niña María; le prodigó las caricias y todos los cuidados paternales. Figurémonos al santo anciano inundado de gozo, al padre de María estrechado entre sus brazos á la que había de dar á luz al desecho de las naciones y de los siglos, y asombrados de tan ennobrada dignidad, exclamaremos como la Iglesia: ¡ *Oh beatum par!* ! ¡ *Oh pareja sin igual!* ! ¡ *Oh felicisimos esposos, que disteis el ser á la más dichosa, á la más bella, á la más grande de todas las criaturas!*

No sobrevivió por mucho tiempo Ana á su esposo, y pocos años después de su vuelta de Jerusalem, murió á la edad de setenta y nueve años. Su vida, como un fruto maduro, cayó en la eternidad. Abrasado su corazón con las puras llamas del amor divino, suspiraba ya por el descanso eterno en la posesión de Dios; y consolada con ver los progresos que en sabiduría y santidad hacía su hija querida, durmióse en el seno de los justos, y en realidad llama la Iglesia dulce sueño á la muerte de Santa Ana, para significar la suavísima paz de su dichoso tránsito.

Muchos años después trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Virgen, en el valle de Josafat, donde se visita hoy el de Santa Ana. El culto de la bienaventurada madre de María no tardó en establecerse, y es muy antiguo en el Oriente. Levantáronse altares en honor suyo en Jerusalem, y dos siglos atrás, se veían aún en la ciudad santa una hermosa y vasta iglesia que le estaba dedicada. Y en otra iglesia levantada sobre el sepulcro de la Madre de Dios, existía una capilla subterránea, á donde se bajaba entonces por una escalinata de pulido mármol, y en donde se encontraban dos mausoleos cortados en forma de altar, uno de los cuales había contenido en otro tiempo el cuerpo de Santa Ana.

En Constantinopla los dos Justinianos erigieron espléndidas basílicas á la gloria de la ilustre mujer que fué la abuela de Jesucristo, según la carne. Su fiesta era hasta de obligación en el siglo XII, en todas las pro-

viciosa de Oriente, que no habían caído aún en poder de los turcos; la piedad pública había correspondido á la de los emperadores.

En Occidente no se descubren vestigios del culto de Santa Ana con todo el brillo de la historia, hasta el fin del siglo VIII. Por aquella época el papa Leon III hizo pintar en los ornamentos de la iglesia de San Pablo los principales pasos de San Joaquin y de Santa Ana, tales como los refiere la tradición. Pero con todo, los padres de la Virgen Maria no eran venerados entonces por medio de una fiesta pública y solemne, pues en la liturgia cristiana difícilmente se daba lugar á los santos del Antiguo Testamento. Pero habiéndose modificado algun tanto esta regla de disciplina, su fiesta quedó fijada para todas las iglesias del mundo el 26 de Julio, por el papa Clemente XIII. Por lo demás, la devoción de los pueblos se habia anticipado á la autoridad de los obispos y á la decisión de la Silla Apostólica: Santa Ana era venerada en santuarios célebres en casi todos los pueblos de Europa; en Bélgica, en Austria, su nombre atraía á muchas peregrinaciones una multitud inmensa y respetada.

En Francia, como en España, Santa Ana es honrada desde tiempo inmemorial, y su culto es popular. La ciudad de Apt en la Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha ciudad romana por Julio César, se gloria de poseer muchos años hace una gran parte de los restos de la santa, que San Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. La ciudad de Chartres recibió su cabeza, que le envió sobre el año 1205, Luis conde de Blois, compañero de armas de Baudouin de Flandes, en la expedición de la Tierra Santa. La ciudad de Dijon la invocó públicamente, y obtuvo por su intercesion el quedar libre de una terrible epidemia en 1531, y como expresion de su reconocimiento, celebra el 26 de Julio con la misma solemnidad que el día de Pascua.

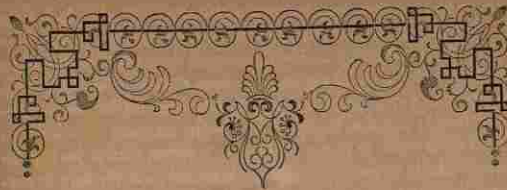
Pero el santuario mas famoso que tiene Santa Ana en Francia es el de Aurny. Todos los bretones le visitan fielmente á lo menos una vez á la vida: no hay madre ni hermana que no haga voto de visitar la Iglesia de la gloriosa Patrona, por un hijo ó hermano en peligro; y no hay padre ni hermano, que libre del peligro y de la muerte, no cumpla religiosamente el voto formado para él. Movidos de puros sentimientos de gratitud, van á arrojarse sobre las ya gastadas losas de la iglesia de Aurny, detrás de las negras rejas que parecen espesarse para proteger su piadoso recojimiento, en medio de las velas encendidas, simbolo de su devoción, debajo los ex-votos, las pinturas de naves, los mil trofeos de salud colgados por las paredes y por las bóvedas: maravilloso instinto

de la conciencia cristiana, que viene á buscar el pié de los altares la espiacion del dolor, crearse un instante de reposo entre el sufrimiento de la víspera y el de la mañana siguiente, y consolarse de la duracion del destierro, pensando en las delicias de la patria.

En España tiene la santa esposa de Joaquin muchos templos, y su devoción es tambien generalizada y popular. Una de las iglesias mas antiguas que llevan su nombre, es sin duda alguna la colegiata de Santa Ana de Barcelona, que antiguamente fué de canónigos regulares del Santo Sepulcro, cuya ereccion data de mediados del siglo XII.



Sefora



SÉFORA.

La mujer dotada de bellas prendas
adquirir gloria....

(Proc. cap. XI. v. 15.)

SEGUN todas las probabilidades, desde las fértiles llanuras de la Armenia, en donde las diversas tradiciones colocan la cuna de las sociedades, los primeros hombres se esparrieron a lo largo de los grandes rios y de las costas del Mediterraneo hasta el Océano indio y al pié de la Himalaya, y hasta el centro del Africa por el istmo de Suez, llevando consigo en su emigracion los gérmenes de las ciencias y de las artes, y fijándose desde luego en un suelo rico y abundante por naturaleza, se hallaron en las mas felices disposiciones para llegar fácilmente a un grado de civilizacion, á que solo á duras penas podian alcanzar las colonias arrojadas á tierras lejanas é ingratas. El patrimonio de los primitivos conocimientos fué cultivado y fué creciendo bajo las influencias del clima y segun su adelanto político y social, que determinaron las diversas aptitudes y la fuerza intelectual de los pueblos. Los unos, entregándose á la caza para

vivir, se hicieron guerreros; los otros, resplandeciendo su alimento de la leche y de la carne de sus ganados, fueron llevados por la holganza á la observación de la naturaleza y al ejercicio sossegado de la reflexión. Estos, sacando de la tierra sus alimentos, estudiaron el curso de las estaciones, abrieron canales para mejorar el terreno, enjugaron los rios en poderosos diques; aquellos, haciendo flotar sobre los mares su industrioso pabellón, sirvieron de lujo y de intérprete común á todas las familias dispersas desde un extremo al otro del Asia. Así pues, sin dejar de conservar su carácter propio las naciones del Oriente, y sobre todo la Persia, la India y el Egipto, estuvieron unidas por estrechas y frecuentes relaciones que tenían por objeto la religion, las ciencias, el comercio y el gobierno; así tambien la sabiduría de Menfis se ilustró con todos los rayos que le venian de las orillas del Eufrates y del Ganges.

Aun cuando no quiera de buen grado convenirse en los elogios prodigados en todo tiempo al antiguo Egipto, fuerza seria reconocer que esta nacion ocupa un ennobrado lugar en la historia del ingenio humano. A buen seguro que los generosos principios que respiran las costumbres y las leyes modernas no presidieron á la organizacion política del reino de los francos, pero la parte siniestra de aquella organizacion era el resultado del espíritu universal de los antiguos pueblos, y la parte de grandeza se convertia bajo la direccion de los sabios en un manantial energético y fecundo de gloria y de prosperidad nacional. Castas fuertemente constituidas impedían la igualdad de producirse; y la libertad individual quedaba como ahogada bajo la presión terrible de su autoridad á que se llama el estado, cuya fuerza y prerogativas habian tan prodigiosamente exaltado las sociedades paganas. Pero el Egipto por lo menos, habia consumido hechos dignos de una memoria inmortal, algunos de sus reyes hacian temblar bajo sus plantas una parte del Oriente, y monumentos indestructibles son pecerones testimonios de las conquistas que aquellos adquirieron sobre la naturaleza. Del Egipto tomaron las antiguas naciones de Europa los primeros elementos de su legislación, y aquel país guarda en su sepulcro la reputacion del mas sabio de todos los imperios que duermen bajo las ruinas de lo pasado.

En medio de este desarrollo intelectual y entre las maravillas de esta civilizacion brillante, pasó Moisés todos los años de su juventud, siendo iniciado profundamente en los secretos de la ciencia egipcia. Viviendo en la corte, pudo estudiar el mecanismo de la administracion, y el habiliamiento de aquellos ocultos resortes que mueve la mano del poder para defenderse en lo interior y gobernar por de fuera, y para establecer y conservar la unidad y la grandeza de un pueblo. Posteriormente la in-

piracion vino á depurar aquellos elementos de política puramente humana; darles el carácter de una certidumbre superior é imprimirles finalmente el sello de una sabiduría sobrenatural, colocando así á Moisés sobre todos los gefes de nacion, sobre todos los legisladores y sobre todos los filósofos que han guiado la marcha difícil de la humanidad al través de los siglos. No hay planta de hombre que haya dejado mas hondos vestigios sobre la tierra.

Entretanto Moisés presenciaba un espectáculo triste y desolador, que no tardó en ser para su noble y poderoso genio como una revelacion de sus destinos. Los hebreos, sus hermanos, gemian en la esclavitud. Dos cosas habian llamado sobre sí el odio y la dureza de los egipcios: su número siempre en aumento, y la diferencia de su religion. Con el fin de reprimir esa raza que les causaba ya alguna inquietud, y de quitarles al mismo tiempo la idea y la posibilidad de una revuelta, derramaron el duelo y la opresion sobre su existencia: inmoláronse bárbaramente sus hijos al nacer, y toda ella fué sobrecargada de tributos insoportables, sujeta á privaciones crueles, y condenada al mas duro trabajo. Los hebreos se vieron empleados, como se empleaba entre los antiguos á los estrangeros, á los vecinos y á los cautivos, á construir con afán edificios gigantescos, en los cuales el natural del país tenia por gloria no haber puesto su mano: ellos edificaron, entre otros monumentos, las ciudades de Ramesés y de Pitom, bajo el látigo y los insultos de sus opresores. La abyeccion de la servidumbre no dejaba de producir entre ellos su efecto; y aunque no disminuía su propagacion y aumento, enervaba su alma, apagando en ella bajo el peso de la miseria el instinto natural de la independencia; por manera que en la noche de aquel sombrío cautiverio, ni el menor vislumbre aparecía de emancipacion ni de libertad.

Cierto dia Moisés, saliendo del palacio de los Faraones, fué á visitar á sus hermanos, y pudo convencerse por sus propios ojos del exceso de sus sufrimientos y de los indignos tratamientos que se les daban. A su presencia un egipcio apaleó sin piedad á un hebreo. Indignado Moisés por accion tan infame, arrojóse como un leon sobre el vil representante de la tiranía, y habiéndose asegurado de que de nadie era visto, le mató, y ocultó el cadáver en la arena. El dia siguiente un nuevo espectáculo le llenó de amarga tristeza; los hombres de su raza no se entendian entre sí, agravando con sus intestinas divisiones la suerte ya tan dura á que les condenaba la tiranía de sus opresores. Dos hebreos se llenaban de injurias, llegando á las manos. Moisés se empeñó en reconciliarlos, haciéndoles presente cuán grave mal era su desunion delante del enemigo común; é informado de parte de quien estaba la sinrazon, "¿por qué he-

res á tu hermano? le dijo."—¿Qué te importa? respondió el agresor. ¿Quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quiéres acaso matarme, como hiciste ayer con aquel egipcio?" Esta dura respuesta inspiró algun recelo á Moisés, el cual no creía que el suceso de la víspera se hubiese hecho público, y conoció que en adelante no estaría su vida en seguridad. Y realmente informado el rey de la muerte violenta del egipcio, determinó vengarla en la persona del matador, y habia ya dado la orden de buscarle para darle la muerte.

Huyó, pues, Moisés de la tierra de Egipto, y se retiró á la region de Madian, al oriente del Mar Rojo, y no lejos del monte Siná. Estaba sentado junto á un pozo descansando y tomando el fresco. Algunas muchachas llevaban allá sus rebaños para abreviarlos, cuando llegaron muchos pastores, y se propusieron echarlas de allí colardemente. Sin temer el número de sus adversarios, y aunque extranjero, el fugitivo protegió generosamente á los jóvenes, é hizo beber á sus ganados. Al volver ellas á la casa de su padre, llamado Jethro, sacerdote del país, preguntales éste cómo venian mas presto de lo acostumbrado. Y respondieron ellas: "Es porque un egipcio, despues de habernos defendido contra la injusticia de algunos pastores, nos ha ayudado en nuestro trabajo." "¿En dónde está este hombre? repuso Jethro, movido por semejante fineza. ¿Por qué le habais dejado partir? Llamadle, y que nos acompañe en nuestra comida." Moisés recibió gozoso aquella hospitalidad; no tardó en captarse la benevolencia del sacerdote Madianita, que le dió por esposa á Sefora, una de sus siete hijas. Dos hijos le nacieron de este enlace, al primero llamó Geraan, en memoria de su peregrinacion sobre una tierra extraña, y llamó al segundo Eliezer, para expresar que Dios le habia protegido, librándole de la venganza de Faraon.

La fresca y risueña imajinacion de una mujer trazó de esta juvenil de Moisés un cuadro bello y animado, á que dió el nombre de las *Pastoras de Madian*. La celebre escritora abre la escena en el momento en que Moisés, despues de haber herido de muerte al egipcio, se vé en la precision de huir de Menfis, y refugiarse en el país de los Madianitas. Para dar mas interés al cuadro, considera al joven héroe extraviado en el desierto de Siná, pues nada tan propio como el desierto para comunicar en cierto modo su inmensidad en los vastos proyectos de una alma grande y entregada á sus propias meditaciones. Rendido del cansancio, se duerme al pié del monte, desde cuya cima habia de ver despues la fulgurante majestad del Señor, y en cuyo lugar le hace tener muy á propósito un sueño profético. Prosigue su camino, y llega al país de Madian.

Descansa Moisés junto á un pozo, al cual Sefora y sus seis hermanas,

hijas de Jethro, gran sacerdote del verdadero Dios, se acercan para abreviar sus rebaños. Esta escena vuelve á conducirnos naturalmente á las nobles y puras costumbres de los antiguos patriarcas. Sefora recuerda aquí á Rebeca y á Raquel. Pone Moisés en vergonzosa fuga á los insolentes pastores que, conducidos por Ithamar, pretendian robar á aquellas jóvenes, y Jethro, lleno de gratitud, recibe en su casa á Moisés, y le suplica que refiera sus aventuras.

Nada mas natural y oportuno que poner aquí en boca de Moisés la historia actual de su pueblo, las crueldades de Faraon, la opresion de sus hermanos, el prodigio obrado en el rio, á donde fué echado el mismo despues de nacido, y su abandono y casi infalible muerte, á no haber intermediado la compasion de Thermutis, la hija del rey, la cual, preñada de sus gracias, le adoptó por hijo, y tomó el cuidado de su educacion en su propio palacio.

Descúbranse ya los destinos del futuro legislador. Moisés marcha con los israelitas á sacrificar en el desierto, y allí reconoce á sus verdaderos padres. Vuelve á Thermutis, y declara á la princesa su resolucion de vivir con ellos. Aquí la piadosa escritora, para dar mas interés al joven hebreo y á la poderosa influencia de su palabra, forma de la princesa una conquista para el verdadero Dios; circunstancia que no se halla en el texto sagrado, pero que puede suponerse sin contrariarlo. La princesa manifiesta su dolor en tener que separarse de Moisés; pero éste permanece inflexible en su resolucion. Empieza ya la envidia y la murmuracion de los hebreos contra su bienhechor, pasiones mezquinas de un pueblo degradado, que tanto dieron que sufrir á Moisés durante su penosa peregrinacion por el Desierto, al cual tiene que refugiarse por haber asesinado á un egipcio, para librar de su tiranía á un hijo de Israel.

Para realzar mas el carácter del héroe con la risueña pintura de los castos é inocentes amores de Moisés y de Sefora, mezcla la poetisa un nuevo y doble triunfo de éste sobre un tumulto del pueblo Madianita amotinado contra él, y apaciguado con una arenga de Jethro. Y esto mismo pueblo, que excitado por Ithamar, atentaba contra la vida del extranjero, le lleva despues en triunfo, por haber muerto á un leon. Ved ahí una doble victoria de Moisés sobre una fiera y sobre la fiereza, mas indómita y temible casi siempre, de una muchedumbre amotinada.

Con la descripcion de esta aventura forma contraste despues la fiesta religiosa de la garba sagrada, fiesta tomada de las costumbres agrícolas de aquellos pueblos que habian adelantado ya un grado mas sobre los pueblos puramente pastores. A esta risueña perspectiva se añade la llegada de Menfis del mensajero que trae el permiso de los padres de Moisés.

sés para enlazarse con Sefora, y además regalo á ésta de parte de la princesa. Itamar, sin embargo, tenaz en su odio contra Moisés, consulta al adivino Balaam cómo perderle. Pero la última conjuración tramada contra el joven hebreo, es tambien otro triunfo de éste, pues los conjurados caen sin aliento á sus piés, triunfo que prepara el bello instante de la felicidad de Moisés, enlazándose con la tierna y graciosa Madimita, á la que habia elegido su corazón; dichoso en escoger á la que le habia escogido á él por suyo. Tal es el sucinto plan de la *Juventud de Moisés*, de cuya preciosa producción omitimos transcribir algunos fragmentos en gracia de la brevedad.

Por largo tiempo la vida de Moisés discurre sencilla y apacible. Cuidaba de los ganados de su suegro, conduciéndolos hasta las orillas del Mar Rojo y á lo largo de los vallados de Horeb y del Sinaí. El Horeb y el Sinaí, dos cimas de la misma montaña, descollando sobre las otras montañas que cubrian la Arabia, como enormes tiendas levantadas por un ejército de gigantes; vastas llanuras de áridos arenales, que el viento del Sudoeste arroja delante de sí por masas formidables, como ondas de un océano sin orilla; entre estas montañas y aquellas llanuras lucas de verdor, tamarindos, espinosas acacias, y mas allá caminos escarpados y angostos desfiladeros; por sobre de un cielo de fuego, profundo y sin nubes; alrededor lejanos horizontes, caprichosos y severos, las imponentes escenas de la soledad, un silencio nunca interrumpido; en el seno de esta grandiosa naturaleza paseaba Moisés su ciencia egipcia y las meditaciones de su genio: allí tomaba colorido la imaginacion del escritor, y se tornaba el varonil carácter del futuro libertador de los hebreos. Porque hasta cierto punto el alma humana toma el tinte de los lugares que habita, y hay en nuestras facultades mas independientes cierta parte impresionable, en la cual resuenan armónicamente todas las impresiones recibidas por los órganos, y en donde se deja vivamente sentir la influencia simpática del día que nos alumbrá, del suelo que nos sostiene, de las diversas condiciones entre las cuales se desliza nuestra existencia. No es esto decir que Moisés encontrase en la sola contemplacion de la naturaleza y en sus solitarias meditaciones, todo el secreto de su mision y de su poder extraordinario; no, esto le vino de lo alto. Queremos significar tan solo que allí, en aquel desierto magnífico é inspirador halló aquellos elementos de feliz acierto que la Providencia en realidad no siempre exige de los hombres que para sus designios ha escogido, pues que para nada los necesita; pero de los cuales se digna servirse de ordinario, á fin de honrar en cierto modo el trabajo y el valor de sus criaturas inteligentes y libres, dejándoles que pesen algun tanto en la balanza de sus eternos

consejos. Acostumbra, por fin, abrirse al través de las cosas de la tierra sendas asaz imprevistas y sorprendentes, para que las almas sinceras y rectas no confundan el resplandor incomparable de sus obras con los lindos destellos del genio del hombre.

Muchos años habian ya transcurrido que Moisés vivia en aquel oscuro aislamiento, donde las altas varoniles adquieren una concentrada energia, que las hace imperiosas y soberanas, dándoles seguridad de sí mismas, y de consiguiente un dominio irresistible sobre las demás. Cierta día habia conducido los rebanos de su suegro hasta las faldas de Horeb. De repente una viva y suave llama salió de en medio de una zarza que permanecia ardiente é incombustible. Sorprendido de vision tan inesperada, "voy á ver, dijo, de mas cerca esta maravilla, y cómo no se consume la zarza." Y al acercarse, salió de en medio de la llama una voz que llamaba á Moisés. "Aquí me tienes," respondió él, y se le dijo entonces: "No te acerques mas: quitate el calzado, porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob." Cubrióse Moisés el rostro, temblando de respeto y sobrecorrido de un religioso terror no osaba levantar los ojos hacia el punto donde se dejaba percibir la voz de Jehová. "He visto la tribulacion de mi pueblo en Egipto, dijo la voz, yo he oido sus clamores á causa de la dureza de los que vigilan en sus trabajos. Y conociendo todo el fondo de su afliccion, he descendido para librarle de las manos de los egipcios, y hacerle pasar de aquella tierra á otra region fértil y espaciosa, de la que mana leche y miel, al pais de Canaan. ... He visto cómo los hijos de Israel son oprimidos de los egipcios; ven, pues, tira: yo te enviaré á Faraon, á fin de que bagas salir del Egipto á mi pueblo, los hijos de Israel." Esta llama y estos acentos, misterioso y formal indicio de la vocacion de Moisés, ¿no son la imagen de la luz, regularmente repartida á cada uno de nosotros para guiarle en el camino de la vida, y el símbolo expresivo de esta voz fatídica que resuena en el fondo de la conciencia de los hombres superiores, los llama á las grandes empresas, y los precipita en la senda de su fatigoso porvenir?

Con todo, Moisés tiembla desde luego de agostar sobre sí el cargo que se le acaba de imponer. Las dificultades se presentan á tropel á su pensamiento, y esclama: "¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar del Egipto á los hijos de Israel?"—"Yo estaré contigo, dice el poderoso interlocutor, y esta será la señal de tu mision; cuando habrás sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerás sobre este monte un sacrificio á Dios."—"Yo iré, pues, á encontrar á los hijos de Israel, respondió Moisés, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me pre-

guntaten cuál es su nombre, ¿qué les diré?"—"Yo soy el que soy; contestó el Señor a Moisés, y les dirás, pues: ni que es me la enviado á vosotros. Este nombre tengo yo en mi eternidad, y con este se hará memoria de mí en toda la serie de las generaciones." Moisés dio á conocer sus temores de que sus hermanos los israelitas no le creerian sobre su palabra, y que no podría captarse su confianza. Cuando la voz le hubo conmovido, mostrando á la naturaleza y orando delante de él prodigios manifiestos, insistió todavía, objetando en especial su promiscuidad, naturalmente lenta y embarazosa que le favorecia muy poco para mover y arrastrar la multitud. "¿Quién, pues, ha formado la boca del hombre? ¿quién ha formado al mudo y al sordo, al que es ciego y al que no lo es? ¿No soy yo? Anda, pues, que yo estaré sobre tus labios y te enseñaré lo que debes decir." Moisés tenía un hermano mayor, llamado Aaron, que se expresaba con soltura; y que le fué prometido como auxiliar. Desde entonces desapareció su timidez, cesaron sus dudas, y salió con firme resolución en la carrera que se abría delante de él.

Pero ¿cuántos obstáculos le quedaban que vencer aún! Los hombres aburguados en la servidumbre no gustan de grito alguno que les despierte de su letargo; y si á la voz de algún libertador generoso se levantan es para volver á echarse sobre sus superfluas cadenas, es para volver á entregarse á los pies de la tiranía, en brazos de un sueño del cual les es pesado salir. Tales eran los hebreos, encerrados por la esclavitud y embrutecidos por las groseras supersticiones del Egipto, cuyo escándalo permanente tenia siempre á la vista. Además, al lado de la tuelle indolencia y tal vez prevenencias de sus hermanos, debía encontrar Moisés el poder y la hostilidad de sus señores; solo, sin recursos de ningún género, sin poder echar mano ni aun de los primeros elementos de acción que proporcionaba siempre un pueblo que tiene una patria, una organización, una vida propia, ¿qué podía él contra todo un imperio apoyado en la fuerza, en el vigor de sus instituciones y en todos los medios materiales de un buen éxito?

Luego despues de la vision de Horeb, fuése Moisés á encontrar á su suegro, y sin confunde su secreto, manifestó únicamente el deseo de visitar á los hebreos en su lastimosa servidumbre. Conoció Jethro en esta demanda, y Moisés tomando á Sefora su muger, y á sus hijos, les hizo subir y se dirigió hacia el Egipto. Pero á poco trecho, debió Sefora regresar á Madian, ya sea porque la debil muger no se sintiera con fuerzas bastantes para emprender tan largo viaje al través de la soledad con sus dos hijos, ya sea porque Moisés creyó deber sacrificar las molles delu-

ras y los embarzos de la familia para reservarse toda la independencia que consigo lleva el aislamiento, y cuando el hombre se halla empeñado en estos proyectos heréticos y en esas luchas secundas, cuyo buen éxito pertenece en definitiva al que posee la comprension tan firme como la voluntad, no le quedaba ya otra vida que la de su cabeza; hasta sus mismas afecciones aparecen como actos de inteligencia y no como movimientos del corazon, tomando las proporciones y el caracter de sus pensamientos, y se observa cuál van debilitandose en él y estinguíandose gradualmente aquellos dulces é íntimos sentimientos, que son el rico tesoro de mis modestas existencias y el inesplicable cablezo del hogar doméstico.

Moisés volvió á ver á su hermano Aaron y le informó acerca de sus proyectos: despues los dos penetraron en Egipto, y se descubrieron á los ancianos de Israel. Los viejos gozaban entre el pueblo de una elevada reputacion, se les tenía una absoluta confianza, y en cuanto lo permitian las circunstancias, nada se hacia sin su consejo. Además, algunos de ellos vigilaban en los trabajos de sus hermanos, pues existia una gerarquía en la servidumbre. Los egipcios, representantes del poder y ejerciendo una vigilancia general, escogian entre los hebreos comisarios responsables de todos los delitos prevenidos por el código de la tiranía, y que se cometiesen en los grupos que estaban bajo sus ordenes respectivos; y estos privilegiados de la esclavitud eran generalmente ancianos y jefes de familia. A estos, pues, se dirigió ante todo Moisés, y los convenció de su misión, haciendo inclinar las leyes de la naturaleza al mágico imperio de su palabra. Acogieron ellos favorablemente esa promesa de libertad, como el navegante hundido en las sombras de la noche y de la tempestad concen tra toda su esperanza en algún resplandor lejano de serenidad que le viene del fondo del horizonte.

Los dos hermanos fueron, pues, á encontrar al príncipe que reinaba entonces en el Egipto y que se cree ser el Ramsés V. de los monumentos y e Amenofis III de los cronologistas, y le invitaron á que dejase salir pacíficamente de su reino á los hebreos. Pero Faraon les volvió á enviar con dureza á los trabajos de la servidumbre; y les increpó el esparcir por entre el pueblo ideas subversivas. "La raza de los hebreos se multiplica prodigiosamente, dijo á sus oficiales, y ya veis cómo ha crecido; ¿qué será, pues, si se la deja en reposo...? Poco trabajo se les ha impuesto aún, y por esto murmuran. Agráveseles, puez, el yugo, y que lo sufran, y así no durán oídos á embastes." En efecto, tan pesada fué la carga que se impuso á los oprimidos, que se vieron luego materialmente imposibilitados de soportarla. Los capataces de ellos, encargados de vigilar

en los varios desatenciones, y á quienes se imputaban el no cumplir con las órdenes del gobierno, fueron el blanco de las injurias y de la crueldad de sus gefes egipcios. En vano dirijieron á Paroon las más justas y sentidas quejas; la tiranía nada cede de su cruda barbaridad. Y se volvieron contra Moisés doliendo su desgraciada intervención, que solo habia conseguido hacer mas pesadas sus cadenas. Probo el libertador reanimar todos estos ánimos abatidos; prometiéndoles de parte de Jehová que saldrán por fin de la prisión de Egipto, arrancados de la servidumbre por la fuerza del brazo divino y por los golpes terribles de la celeste justicia. Mas sus corazones amargados por la angustia, se cerraban tristemente á toda esperanza.

Moisés pareció de nuevo delante de Paroon para desplegar á aquella vez el milagroso poder de que su misión le habia revestido. La docil naturaleza obedecía á un gesto de su mano, los elementos se trastornaban á una palabra emitida de sus labios, los prodigios brotaban debajo de sus pies: desecó el suelo sobre el Egipto los mas formidables azotes: diez plagas sucesivas sumieron á sus habitantes en el terror y en la consternación. Azotado y vencido el rey dió palabra de dejar partir á los hebreos; pero después, suspendida la cólera del cielo, retractaba las concesiones que le habia arrancado el miedo. Por largo tiempo hizo á los oprimidos el juguete de su doblez y de sus contradicciones: pero todo se preparaba para un próximo desenlace. Las justas reclamaciones, las súplicas y las amenazas eran igualmente desatendidas. Moisés recibió la orden de aterrar al enemigo con un golpe postrero y decisivo. Prescribióse á todos los hebreos que introdujesen un cordero en cada familia el día 14 del décimo mes, y la sangre de la víctima debía salpicar la puerta de todas las casas en donde se hubiese celebrado este sacrificio. Debía celebrarse la comida cenidos los lomos, puesto el calzado en los pies y un báculo en la mano, á guisa de viajeros prontos á ponerse en camino: esto venia á ser como el festín de partida. Moisés invitó asimismo á todos los hebreos á que pidiesen á sus señores vestidos, vasos de oro y de plata y otros objetos preciosos, como exigiendo cada cual una contribucion de su vecino: esto era el salario de los largos trabajos que los hijos de Israel habian prestado á viva fuerza, y que la iniquidad de sus tiranos habia dejado sin recompensa.

Terrible fue la noche en que se celebró este misterioso banquete. En medio del silencio y de las tinieblas, el ángel del exterminio recorrió el Egipto descargando un golpe de muerte sobre cada familia, sin perdonar sino las casas señaladas con la sangre preservadora. Desde el hijo de Paroon, colocado en las gradas del trono, hasta el hijo de la esclava que

gemía en su prision, todos los primogénitos perecieron á la vez. El pais entero se conmovió profundamente y exhaló un gemido inmenso de dolor. "Idos, dejad á mi pueblo," exclamó el monarca desprovisto. Y los egipcios clamaron con él: "Que partan, ó si no, moriremos todos..." Los preparativos estaban ya hechos: los hebreos se pusieron en camino con las armas en la mano, llevando sobre sus hombros vestidos y viveres, conduciendo numerosos rebaños y ricos bagajes. Esta multitud se componia de seiscientos mil hombres, sin contar las mugeres, los niños y los indigenas que les siguieron, y fueron después incorporados á la nacion. Tan grandioso acontecimiento no podia escapar á la historia: hallase, aunque alterado, en los viejos relatos de autores profanos, y está largamente descrito en los libros sagrados del pueblo judío, que recuerda anualmente su impercedera memoria, por medio de una fiesta instituida treinta y tres siglos hace.

Habíase fijado á Ramases, en la region de Gessen, sobre el brazo oriental del Nilo por punto de reunion general. De allí debia partir la expedicion en los primeros dias de primavera. Caminaba en muy buen orden, dividida por tribus y por familias: llevaba consigo los huesos del gran patriarca José, el cual al morir habia pedido que no dejasen sus cenizas en tierra estraña, sino que fuesen trasladadas á la tierra que estaba prometida á su descendencia.

Moisés no se dirigió á la tierra de Canaan por el istmo de Suez, que era el camino más corto, por temor de no verse colocado entre dos enemigos formidables, los Filisteos y el Egipto. De otra parte, era tal vez necesario hollar y destruir en el pueblo hebreo la memoria y el gusto de los objetos depravados, en medio de los cuales habia vivido: disciplinarle y formarle un espíritu, nuevo lejos de todo comercio con los Estados ya constituidos, á fin de no hacerle tomar sesgado asiento en su futura patria hasta el momento en que su fuerza de accion y de resistencia quedase completamente organizada, ó que se hallaria el mismo constituido y robusto por las formas políticas que debian proteger su religion y su nacionalidad. Por esto aquel ejército, en vez de avanzar en la direccion del Oriente y del Norte, descendió hacia el Sud, acampando primero en Socoh, después en Etham, y acercándose al Mar Rojo. Una especie de densa nube en forma de columna guiaba á los viajeros durante el día y tornaba luminosa durante la noche. Sus movimientos eran la señal de partida y marcaban el termino del viaje, pues con ella paraban. Siguiendo estas indicaciones Moisés volvió por medio de una marcha circular por el lado de sus perseguidores, como si no hubiese querido dejar el Egipto, y se internó entre la orilla occidental del Mar Rojo y una cadena de mon-

tañas que se extendían paralelamente. Esta ruta estaba en oposición con toda apariencia de hábil dirección; pero Moisés no hacía más que obedecer al invisible candillo que desde lo alto de los cielos dirige la fortuna de Israel. Había sonado á sus oídos este oráculo: "Faraón va á decir de los hijos de Israel: estrechados están del terreno, y como apriados en el Desierto. Y endurecido de corazón, los perseguirá: yo seré glorificado en él y en todo su ejército, y conocerán los egipcios que yo soy el Señor." En efecto, el monarca y sus consejeros vueltos en sí de la primera sorpresa, dijeron: "¿Qué hemos hecho, dejando partir á Israel esclavo nuestro?" Faraón reunió, pues, á toda prisa su ejército, sus carros de guerra y sus mas hábiles gefes, y se puso en marcha rápidamente, siguiendo las trazas de los fugitivos, alcanzándolos cerca la orilla del mar, y en verdad, á causa de la posición que habían tomado pudo creer que les quitaba toda retirada, y los tenía como cogidos con su mano.

Cuando descubrieron los hebreos la caballería, los carros y todo el ejército de Faraón, quedaron aterrados, pues tenían mas costumbre de obedecer como esclavos que de defenderse como soldados. Su misma pusilanimidad les hizo ingratos, pues dirijieron inusadas reconveniones á su genético libertador: "¿Acaso no había sepulcros en Egipto? ¿Preciso era conducirnos aquí para morir? ¿Qué os propusierais en sacarnos de allí? ¿No os decíamos entonces por ventura: dejadnos servir á nuestros amos? ¿No valia más vivir esclavos suyos, que perecer en el Desierto?" Moisés les contestó con calma, asegurándoles una pronta y brillante victoria.

En efecto, después de un íntimo coloquio con Jehová, al movimiento de la nube que se colocó entre los dos campamentos, Moisés extendió sus manos sobre las ondas. Abrieronse al instante, y replegándose por sus dos lados á la vez, abrieron á los pies de los hebreos una nueva senda. Un viento abrasador y violento secó y endureció el fondo de aquel abismo inesperado, en el cual se precipitaron hombres, mugeres y niños, y se verificó el paso durante toda aquella noche. Al despuntar el día, los egipcios, viendo que se les escapaba el enemigo, lanzáronse furiosos sobre sus huellas, y tomaron el mismo camino. Mas muy pronto cundió el desorden por todas sus filas, y se levantó un grito de espanto. Desde la orilla oriental del golfo, en donde su pueblo se hallaba ya en completa seguridad, Moisés levantó por segunda vez la mano sobre las aguas; y aquellas líquidas y enormes montañas, que detenidas por una fuerza invisible, habían visto pasar á los hebreos sin devoratorios, desplomáronse por sí mismas para tomar su nivel. Atacados de improviso, fuera de sí de terror, perdidos en una confusión inexplicable, los egipcios perecieron

miserablemente, y sus cadáveres fueron arrojados sobre las orillas del mar, como ruinas que Dios había hecho para castigar el orgullo de un despotismo brutal, y vengar las lágrimas de los oprimidos.

Este singular é interesante pasaje del libro de Exodo merece ser rápidamente presentado con las galas de la poesía; y para ello nos ofrece bella oportunidad el fragmento de una magnífica composición poética que bajo el título de DIOS, se publicó años pasados en uno de los números de la *Revista de Madrid*.

I.

Siguiendo la nube trisísima, oscura
Do marcha entre sombras envuelto Jehová,
Sus pasos el pueblo de Dios apresura;
Su planta al cansancio cediendo ya ya.
Los rayos primeros del alba naciente
A Ethán, entre arena, le vieron dejar;
El rayo prostrado del sol de Occidente
Lo mira en Magdala, y al frente del mar.

II.

Terrible cual banda de hambrientos milanos
Se mira á lo lejos la egipcia legión;
Y el pueblo murmura... cruzadas las manos,
La frente en el polvo, sin fé el corazón.
Moisés lo escuchaba, callado, atijido,
Buscando consuelos á tanto dolor;
Va á hablar...mas ¡silencio! que lenta en su oído
La voz temblada sonó del Señor.

III.

Escucha estasiado... Sus ojos, su frente
Brillarón de nuevo con rayos de fé;
Y en tanto la noche con paso inclemente
Tendiendo sus sombras pacíficas fue,
Moisés la partida con voz poderosa
Ordena á su pueblo, cansado mas fiel,
Y en medio el Desierto, su marcha penosa
Prosiguen los hijos del Dios de Israel.

IV.

Espíritu puro del coro divino,
Cual rayo olvidado del fulgido sol,
Un ángel del cielo mostraba el camino,
Teniendo las sombras del blanco arbol.
La milia israelita callada marchaba:
Lanzando a lo lejos terrible esplendor,
Flamígera, ardiente la marcha cerraba
La inmensa columna do habita el Señor.

V.

¡Y marcha! El Mar Rojo sus olas estiendo,
Que mujen cual lava de ardiente volcán;
La vara sagrada la atmósfera hunde,
Y dobl' el acote sobertio huracán.
Luchando terrible con aguas de fuego,
Las lanza en montañas su furia á la par,
Y siguen las tribus, y bajan... y luego
Recorren las sendas del cóncavo mar.

VI.

Cubriendo los fiancos, formado en dos muros
El piélago inmenso tranquilo se vé;
Del alta ribera los lindes oscuros
Ya tocan las tribus con rápido pié.
La egipcia falangé se acerca... el rey mismo
Corriendo la senda que hollaba Israel
Vacila aterrado... mas sigue: el abismo
Retiembla á los pasos del rogio corcel.

VII.

En pos los bridonés tascando su freno,
Los carros pesados, los ilalos van;
El rayo en las alas desciende del trueno;
La mar es ya un negro terrible volcán.
Inundan las sendas la olas que caen,
Cual montes al soplo de ardiente huracán:
Horribles gemidas los ecos me traen;
Corceas y carros y gefes, ¿do están?

Dó están, ¡cielos! mi vista no advierte
Sino luto en la tierra y horror;
Solo truenos y rayos de muerte
Junto al tronó de luz del Señor.

Los libertados ya de sus cadenas se pusieron en marcha, pero la soledad extendida delante de ellos sus espacios, y lo que mas los atormentaba era la sed. Por fin, al tercer dia llegaron á un lugar que tomó el nombre de *Mara*, es decir, amargura, porque solo encontraron allí una mala agua. Sin embargo, Moisés la convirtió en dulce y agradable, arrojando en ella un madero que le fué indicado por el Señor. En Elim, algo mas lejos, acamparon al rededor de doce cristalinos manantiales, que brotaban á la sombra regalada de sesenta palmeras. Y no dejando nunca la costa del mar, llegaron al Desierto de Sin. Faltaban los víveres á los viajeros, pero les fué dado por el cielo un nuevo alimento: tal era el maná, que era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel. Caba de noche, y cubria la tierra como una capa de nieve. Debía recogerse temprano y todas las mañanas, pues se derretia al sol y se alteraba pasado un dia, á excepcion de la víspera del sábado, en el cual estaba ordenado recoger una doble ración que se conservaba incorruptible hasta la tarde del dia siguiente. Alimento lleno de dulzura y de misterio, simbolo expresivo de este otro pan venido de los cielos para reanimar las fuerzas y la esperanza en las almas fatigadas de este viaje, que se llama la vida, y sostener la naturaleza humana en esta marcha militante hacia la tierra prometida de la eternidad.

Tomaron el camino de Simá, es decir, que se hundieron mas y mas en las vastas soledades de la Arabia, desviandose del camino que conduce de Ramasés al país de Ganaan; pero fuerza era seguir la columna que regulaba todos los movimientos del ejército. En Rafidim, no lejos de Horeb, se hizo sentir la falta de agua. Moisés, agobiado de increpaciones y hasta de amenazas, invocó á Dios, su único y poderoso recurso, é hirió con la varilla que en la mano llevaba un peñasco árido, de donde chorreó un manantial abundante. Mostrase aún, en el dia á los que visitan aquellas regiones la piedra que se entreabrió dócilmente á las órdenes de Moises para apagar la sed de todo un pueblo.

Este flojo de hombres, que inundaban el Desierto, no dejaba de ser para las tribus vecinas un motivo de inquietud, las cuales temian verles fijar su domicilio muy cerca de ellas, é tal vez en su propio suelo. Una considerable partida de amalecitas hostilizaban á los hebreos, los que su-

frieron crudos y repetidos ataques. Dióse una seria batalla cerca de Rafidim, encargándose el mando del ejército a Josué, joven y valiente caudillo, que debía suceder á Moisés y que reportó una victoria por largo tiempo disputada; y si bien la intrepidez de Josué hizo prodigios, el buen éxito se debió á las súplicas de Moisés, que durante la lucha tenía las manos sin cesar levantadas hácia el cielo. Pues aunque sea evidente para toda alma recta la intervencion de Dios en las cosas humanas, con todo, jamás tan vivamente resplandeció como en los perances de la guerra, en donde la victoria mas de una vez ha resistido al genio, y hecho traicion á la fuerza y al número de los batallones. Así Dios se ha dado á sí mismo el nombre de Dios de los ejércitos, y todos los pueblos en alguna manera le han saludado con este título de gloria, colgando en las bóvedas de los templos los estandartes conquistados, y explicando las vicisitudes de su fortuna militar, por lo que llaman el azar de los combates.

Jethro, el suegro de Moisés, había sabido desde su morada de Madian la marcha victoriosa de los hebreos. Queriendo visitar á su yerno, se puso en camino, siguiéndole Sefora y sus dos hijos. Llegado cerca de Horeb, envió á decir al libertador: "Jethro, tu pariente, viene á visitarte, con tu mujer y tus hijos." Moisés fué á recibirlos: inclinóse profundamente delante del sacerdote Madianita, y abrazándose con efusion, se manifestaron tiernamente mútuos deseos de prosperidad. Cuando Jethro supo el pormenor de los prodigios que habían acompañado la liberacion de los hebreos, quedó trasportado de admiracion, y ofreció un sacrificio al Eterno en accion de gracias, reuniéndose toda la familia en un religioso festín. Por los consejos de su suegro, Moisés se desprendió de algunas de las laboriosas funciones que ejercía; nombrando jueces para conocer de las diferencias y administrar justicia, reservándose únicamente la direccion general de los negocios. Tranquilo ya en adelante acerca de la suerte de los hebreos, ocupóse en constituirlos en cuerpo de nacion, y en crear osimismo, en la parte que á su inspeccion le habia dejado la Providencia, una obra, que ninguna revolucion ha podido hasta ahora aniquilar.

Tres meses habían transcurrido desde la salida de Egipto, y un día de marcha llevó á los viajeros á los valles que se extienden al pié del Siná. Establecióse entre Dios y Moisés un íntimo comercio. El Señor se dignaba hablarle boca á boca, como un amigo habla á otro amigo. Llegado era el momento de reanimar la llama casi estinta de la revelacion primitiva, de alentar y restablecer la conciencia humana desconcertada y perdida en la noche de la idolatría, y de consolidar firmemente en medio de

los siglos el punto de apoyo sobre el cual debía levantarse mas tarde el edificio inmortal que tiene por nombre la Iglesia.

Después de haber reunido á los ancianos, les comunicó Moisés el plan divino, y después dijo á los hebreos de parte de Jehová: "Ya sabéis lo que he obrado en el Egipto, de que manera os he traído, cual águila sobre mis alas, y os he tomado por mi cuenta. Ahora bien, si escuchareis mi voz y observáreis mi pacto de alianza, seréis para mí entre todos los pueblos la porcion escogida, ya que mía es toda la tierra. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, una nacion santa." Y todo Israel consintió en lo que se le proponía. Verificáronse entonces los preparativos del contrato solemne que iba á intervenir entre Dios y la criatura. Moisés trasmitió al pueblo el orden de purificarse y de estar aparejado para el tercer día. Al pié de la montaña se marcaron los límites que debían guardar el terror y el respeto, y se reservaba la muerte al que los hubiera traspasado.

Por la mañana del tercer día el sorido estallido del trueno retumbó sobre Siná, el cual quedó envuelto en una densísima nube: los rayos rasgaban aquellas nieblas palpables, y un sonido atronador, como de una bocina, se mezclaba con los bramidos del trueno. El pueblo, aterrado, salió de su campamento. Toda la montaña humeaba como una inmensa hoguera, cual si el Eterno hubiese descendido en un trono de fuego. Y en medio de este formidable concierto, entre aquellas cumbres que retemblaban oprimidas por la majestad de Jehová, cuya faz ardiente fulguraba rayos de gloria, dejóse oír una voz que proclamaba el poder y la voluntad de Dios, los deberes de los hombres y sus derechos recíprocos; en una palabra, las leyes protectoras del orden y de la civilizacion.

"Yo, Jehová, soy tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí. No harás para tí imagen alguna, ni simulacro de lo que hay en el cielo, ni sobre la tierra, ni en las aguas de bajo la tierra, para encorvarte delante de él y adorarle. Yo soy el Señor, Dios mío, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad, y uso de misericordia con los que me aman, hasta largas generaciones.... No tomarás en vano el nombre de Jehová, tu Dios.... Acuérdate de santificar al día del descanso.... Honra á tus padres, á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra.... No matarás.... No cometerás adulterio.... No hurtarás.... No levantarás falso testimonio.... No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen." Tal es el Decálogo.

A vista de tan imponente escena, al estruendo de los turbados elemen-

tos, el pueblo permanecía apartado del Sinaí, en un estropeamiento mezclado de respeto y de terror. "Hablaos tú, decía á su gefe, y te escucharemos; pero que no nos hable el Eterno, pues tememos morir." Moisés, despues de haber calmado el sobresalto del pueblo, acercóse á la montaña, penetró en la terrible oscuridad que cubria su cumbre, en donde estaba Dios. Ordenes mas precisos, reglamentos mas estensos le fueron comunicados para fundar la constitucion política de los hebreos, y ponerla en armonía con los principios de libertad, igualdad y fraternidad, en la medida con que estos principios, que bien entendidos, son los elementos de toda buena institucion humana, podian entonces admitir aplicacion. Todos los israelitas debian ser libres, pues el mismo Dios los habia emancipado, rompiendo las cadenas que habia remachado en sus brazos el cruel Egipto; y de otra parte estaban todos igualmente protegidos por la ley en su actividad personal, en su reposo y en su propiedad. Ninguna distincion arbitraria, ningun odioso privilegio debia poner una parte de la nacion bajo el duro mando ó menosprecio de la otra; y todo conducía á establecer la igualdad natural que, sin perjuicio del órden gerárquico, indispensable en toda sociedad bien constituida, debe renar en un pueblo mas ó menos directamente gobernado por la voluntad soberana de Dios. La pena del talion debia amenazar anticipadamente todas las injusticias, á fin de garantir eficazmente todos los derechos; pero el gran precepto de la fraternidad no era desconocido, á lo menos fuera de la guerra, que era siempre cruel, y con respecto á los ciudadanos y á los extranjeros que pusieran su planta pacífica sobre el suelo de aquella nacion.

"Cuando llegue el año séptimo, dejarás holgar la tierra para que tengan qué comer los pobres de tu pueblo, y lo que sobrara, sirva de pasto á las bestias del campo: lo mismo harás con tu viña y tu olivar. . . . No molestarás al extranjero, pues ya sabes sus angustias, tú que fuiste esclavo en Egipto. . . . No harás daño á la viuda y al huérfano. . . . Si prestares dinero al necesitado, que mora contigo, no le has de apremiar como un exactor, ni oprimir con usuras. Y si recibiereis de tu prójimo un vestido en prenda, se lo devolverás antes de ponerse el sol; puesto que no tiene otro con qué cubrirse ni abrigarse, ni con qué dormir. . . . No hablarás mal de los jueces; ni maldecirás al príncipe del pueblo. . . . No serás perezoso en pagar tus diezmos y tus primicias. . . . No guardarás hasta el día de mañana el salario del jornalero. . . . No hablarás mal del sordo, ni harás tropezar al ciego. . . . No obrarás la iniquidad, ni juzgarás injustamente, ni por piedad para con el pobre, ni por consideracion para con el rico. . . . No serás calumniador, ni maldiciente. . . . No seas vengativo ni

conserves el recuerdo de las injurias. . . . Levantate de respeto ante las canas, y honra al viejo. . . . No toques la justicia, haye de la mentira. . . ." Moisés transmitió todas estas palabras al pueblo, el cual respondió á una voz: "Cumpliremos lo que dice el Señor."

Pero volviendo á subir Moisés en seguida sobre la montaña, en donde pasó cuarenta días; el pueblo, siempre ligero y voluble, se cansó de aguardar, y se quejó en términos, que denotaban lo que el sagrado historiadór llama una dura cerviz y un corazón grosero. "Levántate, dijo la turba á Aarón, haznos dioses que vayan delante de nosotros, pues no sabemos lo que se ha hecho de Moisés, el hombre que nos sacó de Egipto." Aarón se creyó casi compelido por tan vivas instancias, y temió no obedecer. "Quitad, dijo, los anillos de oro que llevan en sus orejas vuestras mugeres, vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos." Y de ellos se formó un ídolo sobre el molde del buey Apis, adorado de los egipcios. El becerro de oro fué colocado en un altar: inmólistase victimas en honor suyo, y las danzas y festines terminaron la sacrilega ceremonia. Entretanto bajaba del Sinaí Moisés, llevando dos tablas de piedra, en las que estaba grabado el Decálogo. Al acercarse al campo, percibió el tumulto y los clamores, vió el ídolo y las danzas del pueblo. En su indignacion hizo pedazos las tablas de la ley, redujó á polvo el vano simulacro del dios que Israel se habia forjado, y exclamó: "¿Quién está por el Señor, ¡quién se junta á mí!" Al momento se vió rodeado por los hijos de Levi, hombres de su tribu, los cuales, espada en mano, castigaron de muerte á muchos millares de sus hermanos. En aquellos tiempos de costumbres nuevas, y entre aquellos pueblos rudos é incultos todavia, el derecho tenia necesidad de llamar en su socorro á la fuerza, para desplegar energicamente toda su actividad y aparato, á fin de intimidar á la injusticia, poco sensible á la santidad del deber y á la autoridad moral de la ley. Menester eran largos siglos, una religion que inspirase toda mundosombra, muchos sufrimientos y esfuerzos, para desplegar en las masas habitudes intelectuales y sentimientos superiores, que diesen por resultado el descrédito de la fuerza brutal, y el respeto y la conciencia de la vida humana. Esto es lo que explica el carácter violento de las sociedades paganas, los duros trabajos del Evangelio en su infancia, las guerras religiosas de la edad media, la severidad de las medidas que se desplegaron hasta en apoyo del cristianismo, y esta tolerancia sistemática que distingue en general las sociedades modernas, y que á pesar de ser producida en gran parte por un espíritu de tibieza y de indiferencia, cubrirá sin duda á los ojos de la posteridad una parte de las faltas y de las desgracias de nuestra época.

columna trazaban únicamente la ruta que debía seguirse, pero sin dar la menor indicación acerca de los recursos y los peligros que podían presentar el terreno y las tribus limitrofas.

Es indudable que Moisés, absorvido por tantas y tan graves atenciones, no podía contar un gran número de personas que pudiesen secundar sus planes: los obstáculos, apenas vencidos, renacían indefinidamente bajo formas diversas; los hebreos se lamentaban de la fatiga, del hambre, de la sed; empezaban á disgustarse del mané, veníanles á la memoria los pescados y las legumbres de Egipto, y echaban menos cobardemente las viandas raxonadas de esclavitud. Marmuraban á menudo contra Moisés, y aun se rebelaron abiertamente contra él, quien encontró contradictores en su propia familia. Y realmente Dios, al declararse á favor suyo, descargaba sobre sus antagonistas castigos ejemplares y terribles. Sin embargo, el valor del caudillo hebreo desfallecía alguna vez, no pudiendo resistir al enorme peso de una empresa puesta á tan duras y prolongadas pruebas, hasta llegar un día á desear la muerte. Y á la verdad ¡qué fuerza sobre humana de voluntad no era necesaria para permanecer solo, durante cuarenta años, para servir de animada energía y de freno á una multitud pusilánime é indisciplinada, y de resorto siempre vibrante para impedirle el movimiento? ¡Qué fuerza para hacerle atravesar el abismo que separa su ignorancia y su debilidad del fin sublime que percibe en lontananza la mirada inspirada del creyente!

La nube que dirigía la marcha toca por fin la llanura solitaria de Phanai. Entonces, á súplicas del pueblo, envia Moisés doce guerreros para reconocer el país que se trata de conquistar. "Salid, les dice, por la parte del Mediodía, y en llegando á los montes, reconoced el terreno y su calidad; si el pueblo que habita aquellos lugares es fuerte ó flaco; si son pocos en número, ó muchos, si tienen las ciudades con muros ó indefensas, si el suelo es fértil ó estéril, y si hay arbolados, ó si están sin árboles, traédnos algunos frutos de la tierra." Los guerreros emplearon cuarenta días en hacer su exploracion, desde el desierto de Sin hasta Robub á la entrada de Emath; y sabiendo por la parte meridional subieron á Hebron, en donde siete años antes fué fundada Tanais, ciudad y corte de los reyes de Egipto, antiguo teatro de los prodigios de Moisés. Y persiguiendo el viaje, cortaron un sarmiento con un enorme racimo, el cual trajeron junto con granadas é higos de aquel sitio. Y si bien ponderaron la fertilidad y abundancia de aquel país, hicieron una pintura tal de la fuerza y valor de aquellos naturales y de los peligros de la empresa, que infundieron temor y desaliento. Entonces la multitud asustada prorrumpió en sentidas quejas contra Moisés y Aaroh. "Ojalá, decían, que

hubiéramos muerto en Egipto, y plegue á Dios que perezcamos en estas numerosas soledades, antes que entrar en ese país donde miramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos nuestras mujeres é hijos. ¿No sería mejor nombrarnos un caudillo y regresar á Egipto!" De los doce emisarios, solo dos, Josue, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, procuraron con palabras de valor alentar los ánimos abatidos y sosegar la tormenta de aquellos espíritus inquietos. Mas no lograron otra respuesta que gritos de sedición, y se vieron á punto de ser apedreados. En tan apurado extremo, intervino la voz de Jehová: "¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí este pueblo? ¿hasta cuándo no ha de creerme, despues de tantos prodigios obrados á su vista?... Juro por mí mismo que os trataré segun vuestros deseos. Tendidos quedarán sobre este Desierto vuestros cadáveres. Todos los que pasan de veinte años y han marmurado contra mí, no pondrán su pié en esa tierra que yo os prometí daros por morada, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josue, hijo de Nun. Allí haré entrar á vuestros pequeños, de quienes dijisteis que serían la presa de vuestros enemigos. Por espacio de cuarenta años vagarán vuestras hijas por el Desierto, pagando la pena de vuestra apostasia, hasta que sean consumidos en el mismo Desierto los cadáveres de sus padres." Estas palabras amenazadoras convirtieron la cólera del pueblo en un luto y llanto universal, y como la multitud parece siempre pasar de un extremo á otro, pasó de la confianza á la presuncion, y quiso forzar con las armas en la mano la entrada del país de Canaan. Mas el itinerario estaba irrevocablemente trazado, y los que se obstinaron en presentar batalla al enemigo, fueron vencidos y muertos en número considerable.

El decreto del destierro pronunciado contra los hebreos tuvo su puntual cumplimiento, conservándolos Dios aun treinta y ocho años alejados de la tierra prometida. Los vallados incultos de la Arabia devoraron toda la generacion muhita. Acamparon por largo tiempo al rededor de las montañas del Seir, ó de la Idumea, volviendo lentamente y por marchas irregulares hasta el pié del Sinai, hácia el brazo oriental del Mar Rojo, para volver á ganar despues el país de Moab, al oriente del lago Asfaltite. En medio de tantas fatigas, levantase mas de una vez el grito de la sedición, y estalló por fin una conspiracion que tenia por jefe á Coré, de la tribu de Leví, sostenido por Dathan y por Abiron. Descendidos cincuenta de los magnates de Israel siguieron el partido de los revoltosos. Moisés, sin desconcertarse, aplazó á los conjurados para el día siguiente á la puerta de sus tiendas. Allí advirtió á la multitud que se alejase de ellos y de sus familias, anunciando con una voz solemne, que iban á perecer con un género de muerte hasta entonces inaudito.

Al instante se abrió la tierra bajo sus plantas, y fueron devorados, y una llama vengadora alcanzó é hizo perecer á sus partidarios.

A pesar de tantos prodigios obrados en su favor la incredulidad entró un día en el alma de Moisés, cansado ya de la ingratitude y de las inculpaciones de los hebreos. Llególes á faltar el agua cerca del Cadés: «Habla á la piedra delante de ellos, dijo la voz de Jahová, y ella brotará agua viva.» En vez de mandar al peñasco, según la orden terminante del cielo, Moisés la hirió por dos veces con su varilla con una especie de inquietud y de desconfianza, y Aaron participó tambien de aquella debilidad. Y el anatema fulminado contra el pueblo estendióse entouces á los dos caudillos, los cuales quedaron asimismo condenados á terminar sus días en el Desierto, junto al umbral vedado de aquella tierra tan vivamente y por tanto tiempo suspirada. Efectivamente, á poco tiempo recibió Moisés la orden de pasar con Aaron y Eleazar, hijo de Aaron á la montaña de Hor. Allí partieron juntos: Aaron fué despojado de las insignias sacerdotales, que pasaron á su hijo, y despues espiró sobre la cumbre de la montaña. La nacion consiguió é esta muerte un sincero llanto, pues aunque este pueblo versátil murmurase á menudo contra sus gefes en circunstancias difíciles, no dejaba por esto de apreciar sus eminentes cualidades, y de pagarles de vez en cuando un justo tributo de respetuosa admiración y de un amor acendrado.

Tocaba por fin á su término la prueba á que el Señor había destinado á los hebreos, que iban á entrar en el goce del descanso, pero no sin aquel postrero y penoso esfuerzo que determina los grandes resultados. Cuanto más se acerca el término final, mas terribles se presentan las dificultades: las naciones, sentadas á la puerta del Canaan, se levantaron armadas para cerrar el paso. Despues de un ligero contratiempo, Israel, hollando victorioso muchos pueblos, pasó á levantar sus tiendas en las llanuras de Moab, no lejos de la ribera oriental del Jordán. El rey de Moab se puso de acuerdo con el rey de Madian, vecino suyo, para organizar la resistencia, y mandaron un célebre adivino de aquella comarca, llamado Balaam, á fin de detener á los invasores con el poder de sus maldiciones. Llegó Balaam al campo de los moabitas, pero sus palabras se convirtieron contra la misión que le había sido confiada. Tres veces salieron de sus labios en lugar de imprecaciones funestas, acentos de admiración y de profecias gloriosas para los hebreos. Descubriendo desde lo alto de una montaña las ordenadas falanges y la militar actitud de las tribus, y obediendo á un impulso irresistible, anunció que este nuevo pueblo se estendería como un torrente; que saldría de Jacob una estrella rutilante; y que un vástago de Israel heriría los gefes de Moab, como

tería la posteridad de Seth, y teudría la Idumea bajo su imperio. «Oh, cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob, y tus pabellones, ¡oh Israel! Aparecen como vallados de árboles frondosos, huertas regadas con el riego fecundo de los rios, tiendas que el mismo Señor ha fijado, cedros plantados junto á las corrientes puras. Fluirá perenne el agua de su arcauz, y su descendencia caerá como las corrientes copiosas. . . . Devorará Israel á los pueblos sus enemigos, les desmenuará los huesos y los atravesará con sus flechas. Su sueño será como el del león, á quien nadie osará despertar. El que te bendijere será bendito, y maldito el que te echare su maldición.» Sin embargo de todo esto, Balaam propuso luchar contra los israelitas, pero no abiertamente sino con astucia, comunicando con ellos á título de amigos, atrayéndolos á fiestas licenciosas, y enervándolos y domándolos con el aliciente del placer. Siguióse realmente un sañame político, que en verdad no hubiera tardado en hacer á los hebreos presa vergonzosa de sus enemigos, á no mediar la severidad de Moisés, el cual mandó matar á los que cayesen en la disolución, atacar el ejército madianita, y despues de la victoria hacer parecer sin piedad á las mujeres que tan eficazmente habían conyudado á los perversos deignos de sus compatriotas. Los cinco gefes principales de la nacion, y Balaam su consejero, fueron pasados al filo de la espada. En aquellos momentos críticos y de inflexible severidad, pasaron escenas lamentables. Acampado el pueblo en Setim, prevaricó con las hijas de Moab, las cuales les convidaron á sus sacrificios. El amor á los placeres introdujo la idolatría entre los hebreos. Beelsegor fué adorado de los hijos de Israel, sobre aras infames. Pero tronó la ira del Señor. Moisés levantó pitibalos á la luz del sol, de donde colgaban á los culpables: el hierro de la venganza divina perseguía y sacrificaba los abrazos impuros. Fines, nieto de Aaron, sepulta el puñal en el pecho de dos víctimas horrendas en el crimen. Y esta terrible vindicta detuvo el brazo del Señor. Tanta sangre fué menester se derramase para aterrar á los indigenas y desalentar la resistencia!

El último día de Moisés se aproximaba. «Tu vas á subir á la montaña de Nebo, dijo Jahová, y desde allí echarás una ojeada sobre el país que destino á los hijos de Israel, y despues volverás á juntarte con tu pueblo para morir, como hizo Aaron, porque vosotros me ofendistes junto á Cadés en el Desierto de Sin.» Suplicaba Moisés para que se alzase tan sensible prohibición: deseaba ardientemente el ver las aguas del Jordán, las ricas colinas y los fértiles valles de Canaan, y el gracioso Libano, siempre verde y ameno bajo un cielo de perpétua primavera; pero Dios permaneció inflexible, y le designó un sucesor en la persona

de Josué. «Toma al hijo de Nun, este guerrero lleno de discrecion y de obediencia, é impóncele las manos delante del gran sacerdote Eleazar y delante de todo el pueblo, marcándole la senda que debe seguir, y revísatelo con todas las insignias del poder y que toda la asamblea se ponga á sus órdenes. . . .» Moisés manifestó á los hebreos estas palabras, les presentó públicamente á Josué como á su futuro gefe, invariable ya desde aquel momento de una parte de la autoridad suprema. Y es su honor inmortal el haber concluido su carrera tal como la habia recorrido, con el mas completo desinterés. Fiel en todo á la ley, nunca se le vió ni faltar al espíritu de las instituciones para aumentar su propio poder, ni sacrificar los intereses de la nacion á cálculos de interés doméstico. La eleccion de Dios fué su regla invariable, de la cual nada pudo desviarle. Tan rito y tan puro sentimiento le guiaba cuando, sintiendo su próximo fin, en lugar de ostentarse en favor de su familia y de su tribu la herencia del poder, indicó para sucederle á Josué, de la tribu de Efraim, que no le era ni paciente ni allegado, y le concilió la confianza y el respeto del pueblo, haciéndole admitir como al elegido de Jehová.

A un delicado sentimiento debe atribuirse tambien la oscuridad política en que Moisés, gefe poderoso y obedecido, dejó á sus dos hijos: y el silencio casi completo en que Moisés, historiador y poeta, ha dejado la vida de Sélbra. Prescindiendo de las circunstancias que hemos ya referido, la modesta muger cuya gloria está toda en el nombre de su esposo, desaparece enteramente de la tan detallada relacion de la expedicion de los hebreos, y de su largo viaje. Déjase bien conocer que el pensamiento del grande hombre ha traspasado el círculo demasiado estrecho de las intimas afeciones, y que si prescindie de un objeto legítimamente querido, pero circunscrito é individual, es para alcanzar y abarcar todo un pueblo que lleva en sí propio los destinos de todo el linaje humano, y cuya indestructible existencia y extraño carácter deben permanecer á la luz de los siglos como un testimonio de la veracidad de Dios. Así la mano laboriosa que á la vista y por orden de la Providencia alzaba el edificio de este pueblo monumental, no se ha tomado un momento para erijir á Sélbra el mas humilde mausoleo, diciéndonos á lo menos que murió. El conjunto de la historia da margen á conceptuar que Sélbra se estinguió en medio de los desiertos de la Arabia, con aquella generacion condenada, que por sus ingratas murmuraciones quedó escluida de la tierra prometida.

Entretanto el anciano profeta reunió todas sus fuerzas para terminar útilmente sus trabajos de cuarenta años, y poner su obra ya tan poderosa por sí misma, bajo la guarda de las ideas y de los sentimientos mas capaces de dominar el alma de un pueblo, y de prepararle grandes

destinos. A presencia de la multitud, evocó los recuerdos de lo pasado, estendió su mirada profunda sobre los tiempos futuros, y pronunció con voz eloquente y terrible promesas y amenazas, que despues en otras épocas fueron reconocidas como decretos que Dios mismo habia puesto en los libros de su confidente. «Si permaneces dócil á los preceptos de la ley, dijo á Israel, serás colmado de bendiciones. . . . Los enemigos que contra tí se levantara, caerán delante de tus ojos: vendrán á atacarte por un camino, y huirán por siete. . . . Todos los pueblos de la tierra te temerán: Dios derramará sobre tí la abundancia. . . . Abrirá el cielo sus ricos tesoros para dejar caer á su tiempo la lluvia frecuente sobre sus campos. . . . Mas si no sigues la voz de Dios, cargarán sobre tí las maldiciones. . . . marcando en tu frente, como en la de toda tu posteridad, con el signo de la indignacion divina. Por arriba, el cielo será de bronce, y por abajo, el suelo de hierro. . . . Dios te echará por tierra delante de tus agosores, y serás tú entonces el que irás á ellos por un camino, y huirás por siete. . . . El te enviará un enemigo para reducerte al hambre, á la sed, á la desnudez, á la última miseria, y para humillar tu cabeza, bajo un yugo que te aplastará. De una region lejana, del extremo de la tierra se desplomará sobre tí como una aguilta en raudo vuelo una nacion, cuya lengua no conoces, nacion altisera y dura: que no guardará respeto al anciano, ni tendrá piedad á tus hijos. Ella devorará el fruto de tus afares. . . . ella reducirá á pavens tus ciudades, y hará desplomar estas murallas elevadas y fuertes donde yacia tu confianza. . . . Tú serás dispersado sobre toda la faz de la tierra, cautivo y prostrado ante dioses desconocidos, dioses de madera y de piedra, que no vieron tus antepasados. No hallarás reposo en parte alguna, ni aún encontrarás en donde poner la planta de tus piés. Bajo la mano de Dios tu corazón palpitará de espanto, enjutos tus ojos, desgarrada tu alma de angustias, tu vida como en suspenso. Temblando noche y dia, incierto de tu existencia, dirás á la mañana: ¿veré yo la tarde? y á la tarde: ¿veré acaso la mañana? ; Tanto terror oprimirá tu alma, tantos horrores contemplarás al rededor de tí!»

En este solemne momento Moisés hizo renovar á los hebreos el juramento de fidelidad hecho al Eterno: prescribió á los sacerdotes el leer públicamente la ley cada siete años en la fiesta de los tabernáculos, y pronunció aquel célebre cántico, que todo Israel debía retener en su memoria, y repetir como un compendiado relato de los beneficios de la Providencia.

Cielos, oídme: ; oh tierra! escucha atenta
Mis últimos acentos. ; Oh! si fuese

Cual rocío mi voz, que sossegado
 Humedece la tierra ya sedienta ;
 O como llanda lluvia, que cayese
 De las nubes, después del abrasado
 Estío, sobre campo bien labrado !
 ¡ Si pudiese mi canto por do quiera,
 Cual turbión penetrar, que cubre el suelo,
 Y desecho el terrón y roto el hielo,
 Fecundiza y alegra la pradera !
 ¡ O cual gota que cae sobre el grano,
 Reblandecer el corazón humano !
 Tu nombre, ¡ oh Dios ! ¡ invoco : el estro inspira
 Al pecho mío, que a cantar ya empieza :
 Atiende, ¡ oh pueblo ! y su grandeza admira.
 Admira de las obras de sus manos
 La perfección ; la rectitud sin terna
 De su conducta fiel ; el cumplimiento
 De sus promesas ; justo en sus arcanos,
 Sin malicia ni dolo. ¡ Y quién pudiera
 Creer, que de pecar atrevimiento
 Sus hijos, de tan alto nacimiento
 Indignos ya, tuviesen y mancusesen
 Su nobleza con manchas tan oscuras ;
 Raza fatal, ingratas criaturas,
 Qué de un origen tal degenerasen ?
 ¡ De esta manera pagas, pueblo necio,
 A tu Dios y Señor con tal desprecio ?
 No sabes que es tu padre, y que comprada
 Fue tu nación por él, y que él te hizo
 Y creó, porque quiso, de la nada ?
 De los días antiguos haz memoria :
 Cada generación, una por una,
 Observa atento, ó á tu padre mismo,
 Pregúnta : él te dirá tu triste historia.
 Pregúnta á tus mayores ; que ninguna
 Cosa te ocultarán. En el abismo
 Y ciega confusión, que el barbarismo
 Soberbio de los hombres altaneros
 Trajo á la común lengua, y en naciones
 Los dividió el Señor ; sus posesiones

De tal modo atreglo, que los primeros
 Fueron los hijos de Israel contados,
 Para ser á su tiempo colonizados ;
 Pues Jehová, separó su pertenencia,
 Y la familia de Jacob querida
 Fue la medida de su propia herencia.
 En espantoso y hórrido desierto
 De vasta soledad al pueblo amado
 Encuentra ; y por larguísimo rodeo,
 Conduciéndolo va, porque inespero,
 Sea á nuevas costumbres enseñado,
 Y á nuevo hien levante su deseo.
 El en toda la marcha al pueblo hebreo
 Guirrá como á las niñas de sus ojos.
 Cual águila caudal que de la altura
 Rápida baje, y atrer procura
 Con blando vuelo, sin les dar enojos,
 A sus polluelos, que del aire vano
 A finirse no usan ; el humano
 Siempre y dulce sus alas estendiendo,
 Valor les dando, y despreciando asombros,
 Los va sobre sus hombros conduciendo.
 Solo Jehová por sí les conducía,
 Sin que agena deidad lo acompañara.
 En elevada tierra establecidos
 Por él son, donde mas produce y cria
 Frutos natura con largueza rara,
 Y bienes por el hombre apetecidos ;
 Donde en hueco penasco construidos,
 Dulces panales la oficiosa abeja
 Le presenta, y aceite delicado.
 El verde olivo en pedregal plantado.
 La fuerte vaca y la lannda oveja
 Con tierno queso y leche regalada
 Enriquecen su mesá, y la cebada
 Carne que cría el pasto basaneo ;
 Pan de flor, vino puro y esquisito
 Su apetito contentan á deseo.
 Harto y cebado así, de bienes lleno,
 Recalcitró este pueblo tan querido :

Abandonó á su Dios, y, mal pecado,
Cual indomito bruto rasó el freno.
Del Dios que lo ha criado y redimido,
Se ha desleal é ingrato separado:
¿Y qué esperar de un pueblo tan malvado?
Ponen en su lugar agenos dioses;
Con sacrilegos celos lo provocan;
Abominables ídolos invocan,
Irritándolo osados y furcos.
No á Dios, á los demonios adoraron;
Sacrificios humildes dedicaron
A nómades que nunca conocieron:
Nuevos dioses que allí recién traídos,
Desconocidos á sus padres fueran.
Tú al Dios que te dió el ser, cuando no eras,
Vuelves la espalda; tú te has olvidado
Del Señor que te hizo de la nada.
Pues Jehová que vé, de mil maneras
Como lo han á ira provocado
Sus hijos y sus hijas con malvada
Rebelion; su ira ya colmada,
Dice así: "Ya no mas mi rostro vean:
"Yo se lo esconderé, mientras atento
"De un principio tan áspero y violento
"Observaré los fines, cuales sean.
"Generacion perversa!; hijos infieles!
"Hámete quando dar celos crueles
"Con un dios nuevo y vanas necesidades:
"Pues yo daré, vengando mi desprecio,
"A un pueblo nuevo y necio sus ciudades.
"Mi furor, ya encendido en vivo fuego,
"Arderá del infierno en las entrañas;
"Devorará la tierra, y cuanto cria
"Planta leraz; y propagado luego,
"Prenderá en la raíz de las montañas.
"Plagas en ellos lloveré á porfía
"Hasta que apure de la uljaba mia
"Las ogudas saetas. Hambre dura
"Haré que los consuma, y á bocado
"Por carnívoras aves devorados

"Serán con dolorosa mardadura.
"Conjuraré los dientes de las fieras
"A que los esterminen. De rastreras
"Sierpes y basiliscos, de tal suerte
"Ese suelo infeliz estará lleno,
"Que respire veneno, estrago y muerte.
"Muerte y estrago encontrarán do quiera
"Niños, doncellas, jóvenes y ancianos:
"El espanto en su casa y la pavora,
"Y el sangriento cuchillo por afuera.
"¿Y dónde están ahora esos insanos,
"Diré yo; en qué ha parado su locura?
"Yo haré que de ellos ni aun memoria oscura
"Entre los hombres quede. Pero luego
"La soberbia feroz de sus contrarios
"Me detiene; pues sé que temerarios
"En vez de atribuirme á mí la gloria,
"Cantando como suya la victoria,
"Dirán: Ilustre ha sido y claro hecho:
"Pero no es Jehová quien ha triunfado;
"Ha triunfado el valor de nuestro pecho."
"Gente insensata, sin prudencia alguna!
Ojalá que con mas sabiduría
Precaviesen y vieses el funesto
Término que amenaza su fortuna.
Digan si no, ¿cómo ahuyentar podria,
Y arrojar mil soldados de su puesto,
De un atrevido el temerario arresto?
¿Cómo dos solos hombres persigueran
A diez mil, que les huyen espantados,
Sino porque se ven abandonados
De su Dios y Señor, que á la extranjera
Fuerza los vende, sin hallar huida,
Porque les ha cerrado la salida?
Que no es como sus dioses el Dios nuestro;
Y nuestros enemigos sean jucces,
A quienes tantas veces fué siniestro.
"De Sodoma y Gomorra viña ingrata!
"¿Uvas ágrías, racimos de amargura!
"Hiel de fieros dragones es su vino

"Y veneno de áspides que mata,
 "Al que ningún medicamento cura.
 "¿Y que, pensáis tal vez que en mi divino
 "Registro no estoy viendo de continuo
 "Vuestra maldad escrita y consignada?
 "Pues entended que la venganza es mía,
 "Y de tomarla llegará algún día.
 "El tiempo y coyuntura señalada
 "Llegará en fin, vacilará el pié instable,
 "Y será la ruina inevitable.
 "El día de aflicción y de promora,
 "Día de perdición, viene ya cerca,
 "Por momentos se acerca y se apresura.
 "El Señor en su pueblo hará justicia,
 "Segun merece (aunque sus fieles siervos
 "Piadoso mirará) cuando ya vea
 "Débil y acobardada su malicia,
 "Y que aun de los tenaces y protervos
 "En los castillos el valor flaquea,
 "Sin que del resto miserable sea
 "Posible ya escapar reliquia alguna.
 "¿Y dónde aquellos dioses que invocaban
 "Están, dirá, en qué tanto confiaban?
 "¿Dónde sus libaciones? ¿No hay ninguna
 "Grasa ya de las reses que ofrecen
 "En sus aras, y ansiosos consumían?
 "Vengan en vuestro auxilio: ¿cómo os dejan?
 "Vengan ahora, pues, esas deidades,
 "Y en las necesidades os protejan.
 "No hay más deidad que yo: ya lo estais viendo:
 "Fuera de mí no hay otro Dios alguno:
 "Yo doy muerte y doy vida, hiero y sano;
 "No hay quien esté de mí poder temiendo
 "A cubierto jamás. En oportuno
 "Tiempo alzaré á los cielos esta mano,
 "Y dire: Si yo vivo eternamente,
 "Cuando aguzare como rayo ardiente
 "Mi espada, y á juzgarlos me sentare,
 "Yo entonces impondré á mis enemigos
 "Y á los que me aborrecen los castigos

"Que merecen; ni habrá quien los ampare.
 "Yo hartaré allí de sangre mis saetas:
 "Allí serán las víctimas completas
 "De mi furor: se embotará mi espada;
 "Y gemirán los que quedaron vivos,
 "Cautivos, y la frente destocada."
 Al pueblo del Señor, las extranjeras
 Naciones, alabad. Si se ha vertido
 De sus siervos la sangre, y consentido
 Hasta ahora lo veis, ya de las fieras
 Manos venganza tomará cumplida.
 Tendrá de los contrarios su debida
 Pena la crueldad; y en esta guerra,
 A su pueblo propicio, de mil dones
 Y bendiciones colmará su tierra.

Después de tan pomposo himno, bendijo Moisés todas las tribus reunidas y les prodigó afectuosas muestras de eterna despedida. Las tribus, conmovidas, respondieron con sentidas lágrimas y tiernos suspiros al adiós supremo de su caudillo y libertador, el cual pasó luego á ganar la montaña de Nebo, no muy distante del Jordán, atravesando antes la llanura de Moab; y desde la cumbre de Fasga, dilató su mirada por la vasta estension del país en que su nación iba por fin á establecerse, desde Jericó, la ciudad de las palmeras, hasta el mar occidental que se perdía en lejanos horizontes, y desde la cordillera de los montes de Idumea, hasta las cimas entrecortadas del Libano, que desaparecían en las profundidades del cielo. Allí se apagó la llama de su vida, á la edad de ciento veinte años, en tierra de Moab. Díjese sepultura en frente de Fagor, y ningún hombre hasta hoy ha subido á su sepulcro. Lloráronle por espacio de treinta días los hijos de Israel en las llanuras de Moab. Y aunque se ha ignorado siempre el lugar en donde descansan sus cenizas, el mundo entero y todos los siglos conocen su nombre.

Ni se vió jamás después en Israel, dice el historiador sagrado, un profeta como Moisés, que conversase con Dios cara á cara, ni que haya obrado con tan poderoso brazo tantos y tan asombrosos prodigios. ¿Qué hombre, en efecto, llegó á la altura de Moisés, poeta, jefe de ejército, moralista, legislador, historiador y profeta? La antigüedad profana tuvo personajes que hicieron algo de todo esto; mas ¿cuál de ellos reunió estas diversas calidades, ni aun presentó una sola de ellas con tal eméncia y esplendor? Los poetas de la profana antigüedad no escribieron sino

ficciones: los pasos de sus conquistadores desaparecieron; bajo el polvo de los imperios derribados por el suelo; su moral hace salir muchas veces los colores al rostro; su historia se ha retardado; sus oráculos eran cálculos de intereses mezquinos ó de una política rastrea. Sus legisladores, elevados al poder por el curso de los acontecimientos, y dictando su código á hombres ya reunidos en cuerpo de nación, á conciudadanos benévolo y sometidos, á guerreros cuyos belicosos instintos halagaban, esos legisladores nada pudieron crear que se mantuviese en pie bajo el peso de algunos siglos: el tiempo al pasar lo ha devorado todo.

Moisés al contrario, debió arrancar desde un principio á los hebreos de sí mismos, por decirlo así, y conquistarlos hombre por hombre, antes de hacer de ellos un pueblo y darles leyes; comprendió y dominó su genio particular, y por medio de una disciplina tutelar y enérgica, le hizo servir á sus grandiosos planes, sin jamás gastarles ni alterarles. Y su obra, turbada por todas las vicisitudes que fatigan las cosas humanas, diez veces atacada, vencida en apariencia y pisoteada, pero siempre mas fuerte que sus vencedores, y sobreviviendo á sus triunfos, hecha pedazos por la dispersion de Israel, y arrojada como polvo por todas las sendas del mundo, pero resistiendo siempre en tal estado de debilidad á la acción de los siglos destructores, al furor de las revoluciones, á la influencia de los sistemas políticos, de las filosofías y de las religiones en que está repartido el globo; su obra ha visto nacer y caer las gigantescas monarquías del alto Oriente y las repúblicas de la Grecia y de Roma; ella ha podido respirar y vivir hasta bajo esas inundaciones de bárbaros que ahogaron el imperio romano; la edad media se estableció sin absorberla, y se ha desplomado sin destruirla, y en el día está representada en todas las capitales de Europa por los hijos de aquellos que la representaban tres mil años hace sobre las orillas del Jordan. Y esta obra ha quedado por lo menos, en lo que tiene de esencial y de posible todavía, tal como la hizo Moisés. El pueblo de Israel, largo tiempo hace sin patria, sin gobierno, sin magistratura, sin pontificado, pero fiel á sus leyes y á sus dogmas religiosos, reverencia á Moisés, y adora á Jehová, y espera el Mesías anunciado en los libros escritos por su fundador. Diríase un pueblo de piedra de granito esculpido por una mano sin igual y colocado por ella á la entrada de las edades, como esas estigmas del viejo Egipto que duermen sobre el umbral de los desiertos. Inmóvil en medio de las generaciones que la vida hace rodar en torno de él, como oleadas de arena arrojadas por el viento, le presenta los libros sagrados que guarda en custodia, y en los que se halla la esplicacion de los destinos de la humanidad. Pero ha cesado de comprender el misterio que les enseña:

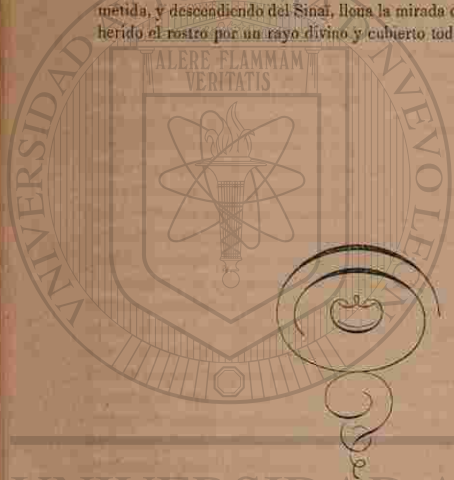
y mientras que las generaciones viadoras van marchando con el ojo ávidamente fijo en el porvenir, él permanece inmóvil, replegados los pies sobre su pecho, con el semblante enigmático y cubiertos los ojos de una venda misteriosa.

Tal es la obra de Moisés; lo que tuvo de imperfecto es el resultado, ya de las condiciones naturales de todo lo que ocupa un lugar en el tiempo, ya de los extravíos á donde se deja llevar con frecuencia la libertad humana, que el legislador debe dirigir y sostener, pero no encadenar ni comprometer. La parte perfecta empero que dejó Moisés en su obra, viene del genio ó de la inspiracion sobrenatural; por manera, que sería el mas descollante de todos los grandes hombres, si no fuese al mismo tiempo uno de los mas ilustres profetas, cuya alma palpité bajo el soplo de la increada sabiduría.

Así que, su colosal figura, al paso que domina la historia religiosa del viejo mundo, arroja hasta las edades cristianas una sombra tan poderosa como admirada. Cuando la cima del Tabor se inundó de luz en la gloria de la Transfiguracion, Moisés apareció con Elias junto al Hijo del Hombre glorificado, como para reconocer y saludar la continuacion de su obra engrandecida, y tender la mano en señal de parentesco á la doctrina evangélica, y á las almas que ella iba á conquistar. Pues esta genealogía es realmente establecida y proclamada por la religion, como un punto fundamental, y todos los fieles han dado á Moisés un lugar eminente en su memoria y en su respeto. El arte cristiano se ha apoderado de toda la historia de su vida, para pintarla, esculpirla, grabarla en indelebles caracteres: se la encuentra en los bajos relieves de las Catacumbas y del baptisterio de Florencia; las reliquias vidrieras y las Biblias en miniatura de la edad media presentan sus mas bellos episodios; leen en los frescos del Vaticano y del Campo Santo, que la trazan en páginas magníficas. Pero la obra mas célebre que ha inspirado el nombre de Moisés, es la estatua destinada por Miguel Angel al sepulcro de Julio II: nada comparable nos legó el cincel de los antiguos; nada superior ha salido todavía del cincel de los modernos. Es una verdadera creacion de aquel genio altivo y arrojado que atacando al mármol con despótica foga hacia brotar de él bajo líneas audazmente atormentadas, el movimiento, la vida, la respiracion, un mundo entero de ideas y de sentimientos llenos de elevacion y de energia. Aquel ojo vaciado y como recojido en el fondo de una órbita, en una actitud meditativa; aquellos pliegues regulares que, sin turbar la serenidad de la frente, se inclinan hácia las cejas, y dándole mayor realce, como si el pensamiento quisiese ensanchar allí el pedestal donde descansa, y la voluntad echar mano de todo su poder,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

que parece condensar como por un último esfuerzo; sus aienes libres y elevadas, como para dilatar la carrera en que se mueve el espíritu, y alejar los límites puestos á su actividad; aquella boca de suaves pero firmes contornos que no acostumbra pronunciar sino mandatos, dignos de respeto; aquel vigor de fisonomía que resplandece con sobrehumana majestad, ofrece el verdadero tipo de Moisés, poeta y profeta á un tiempo, fundador de un pueblo, dirigiendo como árbitro su voz á la naturaleza sometida, y descendiendo del Sinai, llena la mirada de los secretos del ciclo, herido el rostro por un rayo divino y cubierto todo de esplendor.



U A N L

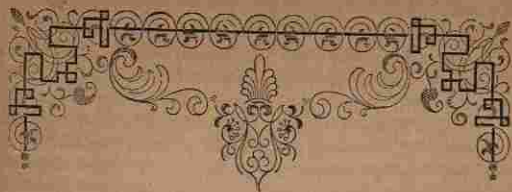
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Elisabeth.

L. de S. J.



ELISABETH.

Hauda hoc mihi ut veniat
mater Domini mei ad me?

(Luc, I. 43.)

UNA voz hay que clama en el Desierto: "Preparad las vías del Señor: haced rectos los senderos de nuestro Dios. Todo valle será llanado hasta el colmo, y toda montaña, toda colina será rebajada. Las vías tortuosas serán rectificadas y las escabrosas serán allanadas. La gloria del Señor se manifestará, toda carne verá con sus propios ojos el cumplimiento de las promesas divinas. . . Yo envío mi mensajero que preparará el camino delante de mí, y desde luego vendrá en su templo el Señor que vosotros esperáis, y el ángel de la alianza tanto de vosotros suspirado."

En estos términos fué anunciado muchos siglos antes de nacer el precursor del Mesías, el que debía dar testimonio de la luz, y señalaría con el dedo á las miradas de los hombres. Porque, cuando esta luz que había siempre estado en el mundo sin ser conocida, quiso en fin mostrarse en el cubierta de un cuerpo humano como de una sombra y de una nube

para hacerse mas accesible á nuestra débil vista, envió delante de si una estrella encargada de anunciar al sol, y de preparar los ojos para sufrir sus resplandores. Y de esta estrella de suave y luminoso calor, pero tan poderosa por los rayos que despedía, que el viento de la opinion pública no pudo nunca hacerla vacilar, se levantó por fin sobre la tierra, y pasó por ella en medio de prodigios. Tal era Juan, hijo de Zacarías.

En tiempo de Heródes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente á la rama primogenita de la familia de Aarón, pero simple sacrificador, y no investido de las funciones supremas del pontificado. Tenia éste por muger á Elisabeth, la cual por parte de su padre era tambien del linage de Aarón, y por la de su madre de la raza de David, y parienta de consiguiente de la Santísima Virgen. Los dos eran justos y santos delante de Dios, dice el Evangelio, y observaban de una manera irreprochable todas las obligaciones de la religion y de la ley. Mas no tenían hijos, ni se hallaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Elisabeth era estéril por naturaleza.

Cierto día el sacrificador Zacarías estaba llevando en el templo las funciones de su ministerio. Sabido es que David habia repartido los sacerdotes en veinte y cuatro clases, para servir delante de Dios, cada una por su turno, durante una semana. Como cada clase contenia un gran número de familias, á fin de evitar el desorden, y tal vez las contestaciones, al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la tarde en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la Providencia que la semana en que tocó á la familia de Abías, tocase la suerte á Zacarías. El ministerio que habia tocado en suerte desempeñar á éste, era el de quemar los perfumes sobre el altar dos veces al día: por la tarde ó víspera, cuando se encendian las lámparas del gran candelabro de oro, y por la mañana siguiente cuando se apagaban. En estos dos momentos era cuando el pueblo venia á orar en el templo; pero éste se quedaba en un recinto exterior y fuera del santuario, en donde el solo sacerdote tenia derecho de penetrar. Entró, pues, á la hora acostumbrada á aquella parte privilegiada para el sacerdocio, como si dijésemos en el presbiterio de nuestras iglesias, quedándose lo restante del pueblo en el vestibulo. En aquel día habia acudido mayor concurso del pueblo que de ordinario, lo cual dá indicios para creer que fuese un sábado por la noche. Mientras, pues, Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio de los perfumes, se le apareció visiblemente el ángel del Señor, en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar.

Llenóse de un religioso temor el santo sacerdote á esta vision celeste:

pero el ángel le confortó, diciendo: "No temas mi presencia, pues antes ha de darte gozo que turbacion; tu súplica ha sido oída benignamente por Dios. Y para que no pongas en ello la menor duda, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Elisabeth, á pesar de sus años y de su esterilidad, concebirá y dará á luz un hijo, al cual pondrás el nombre de Juan, que llenará de consuelo toda la casa de Israel. Su nacimiento te colmará de alegría á ti y á todo el mundo, pues ha de ser grande á la presencia del Señor. Se abstendrá de beber licor alguno de los que pueden embriagar, y quedará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá á un gran número de los hijos de Israel al Señor su Dios, delante del cual marchará él, revestido de la virtud y del espíritu de Elias, de manera que reunirá los corazones de los padres con los de los hijos, y conducirá los incrédulos á la prudencia de los justos, y preparará al Señor un pueblo perfecto." No podia dudar Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba, con todo, vaciló su corazón en dar asenso á las palabras que le anunciaba tan grandiosos acontecimientos. Espresó, pues, su duda en estos términos: "¿Cómo podré yo certificarme de esto? Porque ya yo soy cargado de años, y mi muger de edad avanzada." Y repuso el ángel: "Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios, el cual me ha enviado para hablarte, y anunciarte esta nueva feliz. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que tenga su cumplimiento lo que te acabo de anunciar, por quanto no has creído en mis palabras, que se cumplirán infaliblemente." Este castigo fue realmente infligido á Zacarías, á fin de hacer el nacimiento de su hijo mas claramente maravilloso, y tambien porque Dios borrar ya desde este mundo, por medio de saludables castigos, las faltas de sus mas queridos servidores. Porque así como es muy presto en rizar el no creer sin motivo, era tambien muy justo el mirar el hecho mismo de la aparición como un título auténtico ó credencial que el celeste enviado presentaba á la creencia de todo oyente sincero.

Entretanto la multitud estaba orando fuera del recinto en que esto pasaba, y en el pavimento que le estaba reservado, aguardando que el sacerdote saliese á dar su bendición al pueblo, segun costumbre, y empezaba ya á extrañar que tardase tanto el sacrificador en ofrecer el sacrificio. Pero cuando al parecer delante del pueblo, no pudo éste alcanzar de él ninguna explicacion, y advirtió que estaba mudo y no podia espresarse sino por señas, añadido esto al espanto y turbacion que se notaba en su semblante, no dudaron todos de que habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró al pueblo de su habitacion, que estaba situado en el país de las montañas de la Judca. Algunos

colocan este pueblo junto á Emús; muchos otros están en la creencia que Zacarías habitaba en Hebron; y por fin algunos poseen el nacimiento de San Juan en Macheronte, villa y fortaleza edificada por Heródes el Grande, mas allá del Jordán, pero en la parte que pertenece al país de la Juden.

Algun tiempo despues conoció Elisabeth con certeza que tendría un hijo, y desde entonces vivió en el retiro. "He aquí, decía ella para consigo, que Dios me ha hecho un singular favor, fijando los ojos en mí para librarme del opróbio que me cubría delante de los hombres." Seis meses había que alimentaba en secreto estas esperanzas, como si se avergonzara de divulgarlas; á causa de su edad ya adelantada; cuando en otro pueblo del mismo país nacieron esperanzas mucho mas altas aun y mas asombrosas. El cielo acababa de inclinarse hácia la tierra: nubes fecundas habían ya hecho descender al Justo: en un tallo escapado de la corrupción original florecia la salud de la humanidad: Dios tomaba el vestido de nuestra carne. Una jóven virgen de Nazareth, llamada Maria, cambiaba la luz del mundo, respondiendo á la embajada del Eterno por aquellas palabras de fé y humildad: "Yo soy la esclava del Señor," y la embajada le anunciaba, en prueba de su misión, que la vejez de Elisabeth iba contra toda apariencia á recogerse en la gloria de una tardía y milagrosa maternidad.

Maria, luego que supo los gozes prometidos á su paciente Elisabeth, fuése al país de las montañas, en la ciudad de Judá, en donde vivía su prima, debiendo ser el viaje de treinta leguas á lo menos, cualquiera que fuere de los tres arriba citados el pueblo en que se coloque la habitación de Zacarías. A la llegada y al saludo de Maria, Elisabeth sintió saltar á su hijo en su seno, y llena su alma del espíritu de Dios, exclamó: "Eres bendita entre todas las mugeres, y el fruto de tu vientre es bendito." Y preguntó admirada de donde le venia tanta felicidad de que viniese á ella la Madre de Dios. "Porque luego que tu voz ha sonado en mis oídos, añadió, al saludarme, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa por haber creído, pues lo que se te ha anunciado de parte del Señor será cumplido." Maria entonces, inspirada por aquel que es la inteligencia infinita y el Verbo eterno, pronunció un himno profético, que las naciones cristianas repiten todos los dias despues de diez y nueve siglos, y que puede llamarse el éxtasis magnífico de la humildad. ¡Qué misterio el de la entrevista de estas dos débiles mugeres, representando la reconciliación del cielo con la tierra, de Dios que se abaja y viene á sufrir, con la humanidad que se purifica y ennoblece, inaugurando así en el mundo el pensamiento fundamental de la civilización cris-

tiana, y trazando en la historia un sulco luminoso y profundo, por el cual marcharán los siglos para siempre; mas cuando en aquel mismo instante, la obra mas grande que habían creado los hombres, el imperio romano, apoyándose sobre ochocientos años de victorias, teniendo en su mano el universo vencido y sujeto, y cerrando con solemnidad su templo de la Paz, no pudo hacer otra cosa que dejarse morir!

Tres meses, dice Orsini en su *Historia de la Madre de Dios*, permaneció la Virgen en el país de los heteos; y pasó esta temporada á poca distancia de Aín, en el centro de un sombrío y fértil valle, donde radicaba la casa de campo de Zacarías. Entonces la hija de David, profetiza tambien y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia, pudo contemplar despacio el cielo estrellado, los sonoros bosques, y la vasta mar cuyos olas agitadas ó en calma resonaban en las playas de la Syria. A la vista de aquella naturaleza tan perfecta en sus pormenores, y tan hábilmente armonizada en su conjunto, que es todo maravillas desde el tejido de la flor y el ala del insecto hasta los mundos errantes que en el espacio brillan disipando el horror de las noches, la Virgen tal vez expresó con lágrimas el profundo asombro que la inspiraban las magníficas obras del Criador.

¡Cuán grande es, decíase á sí misma la hija de los profetas, cuán grande el que manda á la estrella matutina, el que designa á la aurora el punto de su nacimiento, el que domina al trueno y ante quien se humillan los rayos; ¡cuán grande es! Pero su bondad iguala á su poder. El es el que ha dotado al hombre de inteligencia, y de instinto á los brutos; él provee las necesidades incesantes de todas sus criaturas; él cubre en la arena el huevo del avestruz: él prepara su alimento al cuervo cuando sus polluelos claman al cielo y vagan hambrientos por el campo. Y á imitación del salmista, la Virgen invitó á toda la naturaleza á bendecir con ella á su Hacedor.

En sus travesías por los montes, la que mereció á piadosos autores el dulce título de *margarita terrestre*, gozabase contemplando las sencillas flores del campo á que la comparara Salomón en su cántico misterioso. Cierta dia, segun una tradición consignada por los doctores de la Persia, la gloriosa Maria tocó una flor á que llaman los árabes *arthenia*; y desde luego el contacto de su mano virginal comunicó á la planta un suave perfume que aun conserva. La tradición de los cristianos orientales designa tambien cierta fuente adonde solia encaminarse la Madre de Jesus complaciéndose en su murmullo y en la vista de sus aguas. Esta fuente, llamada *Nephthá* en tiempo de Jesúé, lleva hoy el nombre de Maria.

Detrás de la elegante quinta del pontífice hebreo estendiase uno de los

jarillas que los persas llaman *paraisos*, cuyos diseños trajeron los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y Seniramis. Allí se veían los más hermosos árboles de la Palestina, á cuyas sombras daban un indecible encanto las matas de flores esparcidas al acaso en los claros, y el suave perfume de los naranjos, y las aguas, que bajo las ramas pendientes de los sauces se desahaban. Allí, por los tiernos cuidados de María, Elisabeth olvidaba tal vez los que escitaba en ella un acontecimiento cuya esperanza la colmaba de júbilo, pero que podía ser fatal en su avanzada edad. ¿Cuán religiosos debían ser los coloquios de estas santas mugeres! Joven la una, sencilla e ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Señor, amaba la otra y enriquecida con una larga esperiencia del mundo; ambas profundamente piadosas y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevaba en su seno, por tantos años estéril, un hijo que había de ser *profeta y mas que profeta*, y la otra al germen bendecido del Altísimo, al jefe y libertador de Israel.

En las hermosas noches del estío, cuando la luna alumbraba las curamadas, servíase á la sombra de una copuda liguera ó bajo las verdes hojas de una crecida vid, la cena de la opulenta familia; corderos nutridos con la aromática yerba de los montes, trozos de cabrito, peces escogidos por pescadores sidonios, panales de miel silvestres sacados del husco de añejas encinas, y colocados en canastillos de palma diestramente tejidos, dátils de Jericó que hasta en la mesa de César figuraban, alharcos de Armenia, alfonsigos de Alepo, y sandías de Egipto; he aquí los manjares de que solía componerse. El vino de los ribazos en Engadi, guardado en cubas de piedra por el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, circulaba en ricas copas, surtidas por sirvientes de agradable presencia. La Virgen, frugal en la abundancia como en la medianía, contentábase con algunas frutas, escasa cantidad de lacticiños, y una copa de agua de la fuente de Nephthou. No era una virtud de posición su templanza; era un hábito de elección.

Para realzar la humildad de María, á la verdad bien constante, han pretendido algunos, que ejercía en casa de Elisabeth las funciones de sirvienta, y poco menos que de esclava.

Esta es una inconsecuencia chocante. Jamas hubiera permitido Elisabeth, que se abatiese hasta tal punto en su presencia una muger, á quien proclamara ella misma *Madre de su Señor*, sublimándola en gran manera sobre todas las hijas de Sion. Ni debía escasear de esclavos y sirvientes la santa esposa de Zacarias; reconocido está por cristianos, árabes y judíos, que esta familia era muy distinguida, como que el ilustre nacimiento de San Juan Bautista deslució de algun modo el de Jesucristo, proce-

dente de padres barto menos notables y que vivían en la pobreza, como la gente comun.

Nada habia, pues, de penoso ni de servil en los cuidados que á Isabel prodigaba la amable y dulcísima Virgen; eran las atenciones officiosas y delicadas que hubiera tributado á su madre si se la conservase el cielo; y sin duda con frecuencia creía ver nuevamente á los autores de sus dias en aquellos esposos venerables, cariñosos y fieles, que la amaban como á una hija, y que desde la primera entrevista en que de un modo tan admirable se reveláran sus grandezas, le manifestaban un sentimiento de admiración mezclada de respeto que María se esforzaba en combatir con humildad, pero que no alcanzaba á desvanecer.

Fácil es comprender, dicen los padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre la familia sacerdotal, que tan tiernamente la acogiera. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuanto le pertenecía, hasta el extremo de ser covidado de un rey por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza, ¿qué gracias celestiales no debieron atraer sobre Zacarias y los suyos los tres meses que permaneció entre ellos la muger privilegiada, de que no era mas que una figura el Arca de la antigua ley, por santa y temible que fuese! La pureza perpétua de San Juan fué efecto, dice San Ambrosio, de la unción y gracia que en su alma infundió la presencia de María.

Con tan risueños y oportunos cuadros describe Orsini la permanencia de la Madre de Dios en la casa de Elisabeth. En cuanto á si María asistió ó no en el parto de su prima, no se sabe de un modo preciso. Orsines, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; pero otros teólogos, no menos respetables, han abrazado la opinion contraria, apoyándose principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Elisabeth sino despues de haber regresado la Virgen de Galilea. El historiador de María examina mas detenidamente esta cuestion; y se decide por la presencia de la Virgen.

Sea de esto lo que fuere, llegado el tiempo oportuno en que Elisabeth debia dar al mundo el precursor del Mesías, dió felizmente á luz un hijo el día 24 de Junio, segun la creencia comunmente recibida en la Iglesia.

Apenas se hizo pública la voz de tan dichoso alumbramiento, acudieron de todas partes los vecinos y parientes, para felicitarla por la misericordia que con ella habia usado el Señor, y á tomar parte en su justo regocijo. Ocho dias despues, volvíronse á juntar segun su costumbre, los parientes, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, queriendo imponerle todos

el de Zacarías, como su padre. Pero la madre, tomando la palabra, se opuso á ello y les dijo: "Su nombre será Juan." Hicieronle presente que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia que tal se hubiese llamado ninguno de ella; pero firmó Elisabeth en su propósito, sin duda por secreta inspiración del cielo, se determinó consultar al padre y conformarse con su resolución. Por medio de señas se hizo á Zacarías esta pregunta: "¿Qué nombre pondremos al infante?" Y tomando Zacarías una tablilla, escribió estas palabras: "Juan es su nombre." Al instante su lengua, que la incredulidad había ligado, quedó suelta, por la obediencia y la fe manifestada por él en seguir los preceptos del ángel. Todos los presentes quedaron sobrecogidos de pasmo y de temor: la fama de aquellas maravillas se esparció por las montañas de Judea, y decían todos al escucharlas: "¿Quién piensas que será ese niño? Porque en él está la mano del Señor."

El infortunado Zacarías no solo obtuvo el perdón de su falta, manifestado por la resitución del uso de la palabra, sino que se sintió de repente inspirado por el espíritu del Señor, que descorre el velo de lo futuro, y publicó por un celebre cántico, que Dios iba á cumplir las promesas hechas á Abraham, que se acercaba el Mesías, y que el niño recién nacido sería su precursor.

Bendito el Señor sea
Dios de Israel, que visitar le plugo
A su pueblo, y hacer que en este día
Redimido se vea
Libre y exento del pesado yugo
Y dura esclavitud en que yacía.
Con noble valentía
En la casa real ha levantado
De su siervo David el estandarte
De nuestra salvación; y victorioso,
Lo que por tantos siglos anunciado
Nos había por una y otra parte
En coro harmónico,
Su voz dulce y sonora
De sus profetas, nos lo cumple ahora.
Al fin nos ha salvado
De nuestros enemigos; del encono
Y del ódio que tantos nos tenían,
Nos ha ya libertado.

Ya en fin de nuestros padres en abono
Su piedad ejercita, cual querían
Ellos, y le pedían.
Acordóse del pacto y alianza
Que por ellos había establecido
Con tanto é irrevocable testamento;
Y no frustró la firme confianza
Que en su veracidad hemos tenido,
Fiel á su juramento
Con que á Abraham dijera,
Nuestro padre, este bien que nos hiciera.

Para que sin temores,
Libres ya de enemigos, consagremos
En justicia y piedad á su sagrado
Culto y á sus honores
La vida y libertad que le debemos.
Y tú, pequeño infante, tú llamado
Serás y celebrado
Profeta del Altísimo, y delante
De él irás, preparándole el camino;
Enseñando la ciencia, que aun ignota,
De salud á su pueblo; y al errante
Pecador el perdón que su divino
Favor al que lo implora
Contrito y pesaroso,
Está siempre ofreciendo generoso.

Tal es el entrañable
Amor de nuestro Dios, con que ha venido
Cual claro sol que sale del Oriente,
Amoroso y afable,
A visitarnos hoy, desde el subido
Trono de luz que habita resplendente.
Y á la misera gente
Que yace entre tinieblas sumergida
De la sombra mortal que la rodea,
Viene á sacar con luz que la ilumine,
Mostrándole derecha y bien seguida
La senda de la paz; y el hombre vea
Y seguro camine

Por ella, él le guie
Para que así su pie no se desvíe.

El niño Juan crecía en gracia delante de Dios, y el concurso de tantas maravillas como sucedieron en su nacimiento le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere San Pedro Alejandrino como un hecho público y conocido, que cuando el sanguinario Heródes buscó al niño Jesús para quitarle la vida, quiso hacer lo propio con el niño Juan, por el ruido que había metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre Elisabeth, retirándose con él al Desierto, hasta que, muerto Heródes, pudo volver libremente a buscar a Zacarías; aunque dejando a San Juan en el mismo Desierto, en donde dispuso el Espíritu Santo que se mantuviese hasta el tiempo de su predicación. Sea de esto lo que fuere, es una verdad que permaneció poco tiempo entre los hombres. Retiróse joven todavía en la soledad, huyendo del tumulto de las ciudades, y de las reuniones de la multitud. Fue, pues, á buscar un aire más puro que el del siglo, una morada en donde el cielo pudo reflejarse con más resplandor, un retiro en donde pudiese él disfrutar de las conversaciones de los ángeles y de la familiaridad de Dios. Habitaba en las cavernas que se hallan situadas á lo largo del Jordán. En el siglo VI se edificó una iglesia y un monasterio sobre los peñascos, en donde la tradición aseguraba que había permanecido el santo precursor. Fiel á los mandatos del ángel que había anunciado su venida, nunca bebió vino ni otro licor alguno de los que pueden embriagar; no comía sino pobres y mezquinos alimentos; miel salvaje que encontraba sobre los árboles ó en las pendientes o hendiduras de las rocas, y algunas langostas insípidas, como los pobres que las tomaban comunemente por alimento en la Arabia, en el Africa y algunas veces en la Palestina. A la austeridad del alimento acompañaba la del vestido. El solitario llevaba una samarra de pelo de camello atada en la cintura con una correa de cuero, pasando días y noches enteras en conversar con Dios; y disponiéndose con la oración, el ayuno y con todo género de penitencia para el ejercicio de su ministerio. Por esta vida pasada en la inocencia y en la mortificación de todos los sentidos, es tenido Juan, según testimonio de San Agustín y San Gerónimo, por modelo de la vida retirada y austera de los anacoretas, y de tantos hombres que, huyendo ya de los halagos, ya de las persecuciones del mundo, habían de dar fama al Desierto. Al inspirarle Dios la idea y el valor para una vida tan penitente, quería sin duda impresionar fuertemente la vista grosera de los judíos, enseñándoles á respetar las doctrinas y las reprobaciones que debían fluir de tan santa boca. Pues para

todo el mundo, pero principalmente para un pueblo que sabe lo que es sufrir, hay en estas bruscas y voluntarias mortificaciones de los sentidos una elocuencia mucho más poderosa y convincente que la de la palabra.

En la época de la predicación de San Juan, que había de preceder á la de Jesús, el mundo presentaba un espectáculo lamentable al par que estragante, en el que, según dice muy bien el historiador de Maria, lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, después de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la epcina: el indio divinizaba el Gagea, ó inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte; el egipcio tributaba un devoto culto al ojo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas; las poblaciones desconocidas de la joven América adoraban al tigre, al huire, á las tempestades y á los sonoras enturatas: finalmente, los griegos y los romanos, según su propia confesión, llenaban sus templos de demonios ó espíritus malignos é impostores; y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas, y que abundan en hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas más vergonzosas, y poblado su olimpo de ladrones, de adúlteros y de homicidas. Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupción, descendiendo como un vasto río de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba todas las provincias. ¿Y qué había de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia razón, esa reina de las inteligencias que toma su estrecho horizonte por los límites del universo, y pone á sus dioses sobre el lecho de Procustio? ¿dónde estaba su imperio? ¿dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podía sin auxilio extraño reconquistar el terreno que había perdido, ¿por qué no lo hizo?... Pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exanimados del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir: sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: Levántate y marcha, y sucedió según su palabra.

En no menos deplorable situación se hallaba la nación judía. Los romanos hacían pie ar sobre su frente un yugo de hierro, y se le hacía difícil y á veces peligroso, observar exactamente la ley divina. Hombres profanos disponían de la silla de Aarón, colocando en ella arbitrariamente pontífices, arrojándolos de ella por capricho. Las diversas sectas, fariseos, seduceos, altercaban la pureza de las creencias antiguas y turbaban los espíritus con la confusión de sus doctrinas. En medio de este caos, la expectación del Mesías había mudado de carácter, y en lugar de espe-

rar en un príncipe que volvería la verdad á los entendimientos, la paz á las conciencias, la santidad á las costumbres y á las leyes, y de consiguiente la paz al mundo, la mayor parte de los judíos imploraban un rey héroe y conquistador, que con la espada en la mano los librara de la dominación extranjera. De otra parte, la moral seguía también a las creencias, pues la Judea, que no se había librado tampoco del contagio del vicio, se iba depravando con asombrosa rapidéz: su religion no consistía en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de supererogaciones parásitas, y las ilusiones de sus rabinos eran enunciadas desde la cátedra de Moisés. Un pequeño número solamente había conservado las primitivas tradiciones, y penetrando el sentido elevado de los oráculos divinos, llamaba con todos sus deseos el reino espiritual, que es la patria de todos los hombres, el hogar de todos los pueblos, y que está destinado á atravesar todos los siglos, para entrar triunfante en la eternidad.

Tal era la disposición del espíritu público, cuando á los treinta años de su edad, Juan, hijo de Zacarías y de Elisabeth, fué llamado por una voz del cielo, que era la señal de su misión santa, y empezó la obra á la cual era providencialmente destinado. Hallábase entonces en el Desierto de la Judea, entre la ciudad de Jericó y la embocadura del Jordan. Pareció como transfigurado por la santidad de su vida, y así era que su palabra tenía autoridad extraordinaria. Cuando un hombre, en medio de un pueblo sensual y grosero, se presenta como un ser superior, no solo á las debilidades humanas, sino á las exigencias mismas de la naturaleza, demandando todos los instintos y propensiones, y conservando al propio tiempo una entereza de espíritu á toda prueba, y una notable supremacía de inteligencia y de valor, como una sublime emanación de una fuerza sobrehumana, sus palabras adquieren una energía de fuego y un poder irresistible sobre la multitud; y aun en este siglo escéptico y molador, que hasta se desdota muchas veces de creer en la existencia de la virtud, estamos viendo el poderoso ascendente que ejercen, aun sobre las masas corrompidas é indómitas, esos pocos hombres que vemos, rara escepcion por cierto, pero gloriosa, del egoísmo general, cuyas privaciones, sacrificios, desinterés y pureza de costumbres, hacen creer al espíritu menés dócil en la realidad de una vida santificada, y en las esperanzas del cielo. El temor de no berrir la modestia de la humildad detiene en este momento nuestra pluma. Las mortificaciones, pues, y las austeridades de Juan elevaban su voz para apoyar sus doctrinas y sus amenazas. "Haced penitencia, decía, porque el reino de Dios se acerca" y la multitud se inclinaba humildemente á estas palabras. La Judea, Jerusalem y los con-

tornos del Jordan le enviaban numerosos oyentes, que hacían la confesion de sus faltas y recibían el bautismo. Este bautismo no era solamente una de aquellas abluciones religiosas que se hallan en los antiguos pueblos, y que el legislador de los hebreos había instituido en gran número; era una purificación de naturaleza mas elevada, y que consagrando al hombre á la penitencia, le preparaba para recibir la verdad evangélica en toda su grandeza y severidad.

Ni ha de creerse tampoco que solo el vulgo corriese hácia el nuevo profeta. Si muchos fariseos, considerándose como justificados por su circunscricion de la ley y despreciando el consejo de Dios sobre ellos, se abstuvieron de escuchar al Precursor, le acusaron hasta de manía insensato, y le hicieron un crimen de su vida penitente; no obstante, otros doctores de la ley, hombres sabios y poderosos, vinieron á pedirle el bautismo. Mas sea que Dios les hiciese ver que su corazón estaba corrompido por el orgullo y por la hipocresía, ó sea que quisiese, humillándolos primero, conducirlos á una mas completa conversion, los acosa con palabras llenas de dureza y de reproches: "Oh raza de víboras, les decía, ¿quién os ha enseñado que así podréis huir de la ira que os amenaza? Haced dignos frutos de penitencia, y no andéis diciendo: Tenemos á Abraham por padre. Porque yo os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos de Abraham. Tan segur está puesta ya en la raíz de los árboles: todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y arrojado al fuego." El celo es como el genio y como toda fuerza que tiene conciencia de sí misma, dulce y accesible con los débiles y con los pequeños, firme é inmutable con los orgullosos y con los hipócritas.

Porque á la multitud que se dirijía con sincera sencillez, y el corazón movido de arrepentimiento, el solitario le hablaba con una estremada dulzura, sin perder nada de su autoridad; hubiérase dicho que era un padre en medio de sus hijos. Cuando se le preguntaba: "¿Qué es lo que debemos hacer?" respondía diciendo: "El que tiene dos vestidos, dá al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer." Con estas pocas palabras sentaba el gran principio de la limosna y de la caridad, ley fundamental de la sociedad evangélica, obligatoria del rico con el pobre, y cuyo olvido pone á las sociedades modernas al borde de un precipicio. Cuando el cristianismo dió la libertad á los esclavos y dispuso á sus dueños del deber de mantenerlos, contó con esta ley de beneficencia, para armonizar suavemente la sociedad, y poner una justa compensación al forzoso desequilibrio de las fortunas. El egoísmo, hijo del olvido de Dios y de su ley santa, ha desmenado este fecundo principio de hermandad humanitaria, y la multitud hambrienta y sin amparo, sin las alas

maternales de la religión bajo que cobijarse, ha arrojado un grito profundo de dolor que commueve las entrañas, y muestra al egoísmo de conservación otro egoísmo de invasión, que haciendo bambolear la sociedad por sus cimientos, amenaza devorará al mundo.

Los publicanos venían también á pedir consejo: eran los judíos que tenían arrendados los tributos pecuniarios que gravitaban sobre el pueblo, y que debían responder de ellos á los recaudadores del Estado. Este ejemplo nada tenía en sí que fuese ilegítimo ó deshonrado, pero era odioso á una nación celosa de su independencia. El Precursor no buscaba los aplausos lanzando las ideas admitidas y las preocupaciones populares; y á estos hombres señalados con la aversión pública, decía con la mayor bondad, cuando le preguntaban qué debían practicar para salvarse: "No exipis más de lo que os está ordenado." Hasta los soldados venían á presentarse al bautismo, y á pedir qué conducta debían tener, y les decía: "No hagáis estoraciones á nadie, ni useis de fraude, y contentaos con vuestras pagas." Así se cumplían las gloriosas palabras pronunciadas en otro tiempo sobre Juan por el ángel y por Zacarías: "El traerá á los hijos de Israel al Señor su Dios, reconciliará á los padres con los hijos, y dará al pueblo el conocimiento de la salud."

Viendo los judíos la extraordinaria santidad de San Juan Bautista, y la inmensa multitud que acudía á él para recibir el bautismo, le miraban como un profeta, y aun pensaban que podía muy bien ser Cristo. "En cuanto á mí, les decía este hombre lleno de humildad, os bautizo en el agua; pero otro vendrá más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de su calzado. Este os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego de la caridad." Con estas palabras señalaba el carácter de la ley evangélica, que pone al alma en directa comunicación con el Espíritu divino, la ilustra y la enciende con la caridad, este incendio que arde en el corazón de Dios, descendiendo al través de todos los mundos, abrazando las criaturas inteligentes, volviendo al trono del Eterno, como una cadena que enlaza al universo entero con un vínculo dulce y ardiente. Y añadía el profeta: "El que viene después de mí tiene en su mano el bieldo (con que se ayienta el grano), y limpiará su era, purificándola, y metirá el trigo en el granero, quemando la paja en un fuego inextinguible." Este lenguaje figurativo designaba á Jesucristo, que semejante á un labrador, separando la cizana del buen grano, ve el fondo de los corazones con una penetración admirable, discierne los inocentes de los culpables, los justos y los malvados, para recoger los unos en sus graneros celestes, y abandonar los otros al fuego de sus venganzas.

El ministerio del Precursor tocaba ya á su fin, porque el Cristo iba á

manifestarse, y llevando la Jodea con su doctrina y con sus milagros, alumbrarlo todo con su vivísima luz, así como el sol sepulta en sus fulgidos resplandores la claridad de las estrellas. Conocía Juan la grandeza del Mesías, pero ignoraba aún hasta qué punto se abatría para la salud del mundo. Y por esto quedó pasmado al ver al Redentor, que se acercaba á él y le pedía el bautismo, como si fuese un pecador. Y entonces le dijo con un sentimiento de veneración y de temor: "Cuando yo debo ser bautizado por vos, venís vos á que os bautice." Pero Jesús, que quería regenerar la humanidad tanto por el ejemplo como por la palabra, y santificarla antes en él, le dijo: "Déjame hacer ahora, pues así debemos cumplir toda justicia." Después de estas palabras, Juan no vaciló ya más, y le bautizó en las aguas del Jordán, que fueron santificadas por el contacto del Salvador. Acabado el bautismo, salió Jesús del río, y se puso en oración. En aquel instante mismo abriéronse los cielos, y el Espíritu Dios en forma de paloma descendió sobre Jesús, y resonó una voz por los alturas: "Este es mi Hijo muy amado, en el cual tengo mis delicias."

La inojinación queda aquí como oprimida bajo el peso de tantos misterios. ¡Qué prodigioso contraste de abatimiento y de exaltación! Lo que en concepto de Juan es del todo indecoroso al Hijo de Dios, lo llama una justicia y un deber que le conviene cumplir. ¡Qué! Ser bautizado como un pecador por un puro hombre, por aquel á quien el mismo había santificado en el seno de su madre! No debe sorprendernos la admiración de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos, para oponerse á Jesús. Mas en este santo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se verá obligado á ceder por respeto.

Por lo demás, á Jesús no le da cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona, ni menos piensa en que el bautismo que vá á recibir será una prevención poco favorable á su misión divina, y que jamás se creará que quien así se confunde con los pecadores, sea el Santo de los santos. Ni aun le ocurre la idea que por esta acción desmiente, digámoslo así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su Precursor. El representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respecto, justo es que se humille, que se anonade. Lo concerniente á la manifestación de su persona divina no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es glorificarle, abatiéndose, y dando de sí las más humillantes ideas. Pero los cielos se rasgan de repente, y se abren por primera vez á la tierra para inundarla de gloria. La voz del Eterno ha resonado en las alturas, y se deja oír de los hombres: las celestes cohortes descienden hasta la región de las nubes, para

glorificar al Verbo Dios hecho hombre. ¿Qué testimonio tan brillante rinden de la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Lo proveía Jesús, mas como á hombre no lo deseaba: no se humilló para procurársela; no se alegró de ello para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el concepto de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial, con los que Juan Bautista dió á Jesús, y con los que Jesús dió asimismo en otras ocasiones indispensables. ¿Qué diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresión que debían producir! Del seno esplendoroso del trono del Padre descende el Espíritu Dios visiblemente, y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abajarse hasta igualarse con los culpables, es su muy querido Hijo, objeto de sus complacencias inmortales!

La común opinión de las iglesias cristianas en Oriente y en Occidente, es que el Hijo de Dios fué bautizado en el Jordán al fin del año trigésimo de su vida mortal, el aceto día de Enero; y sobre esta tradición antigua y universal se fundó una fiesta solemne reunida en Occidente á la adoración de los Magos; pero que en Oriente no tiene mas objeto que el celebrar el bautismo del Señor. Tampoco está bien fijada la opinión acerca del lugar y la época de este suceso tan grandioso en los fastos de la religión. Pero es cierto, no obstante, que la ribera occidental del Jordán, un poco mas arriba de su embocadura, en el Mar Muerto, fué el teatro de la manifestación del Hijo de Dios. Además, desde los primeros siglos del cristianismo, existía la íntima persuasión de que esta manifestación gloriosa había tenido lugar á cinco leguas mas allá del lago Asfaltite. Esta tradición se conservó; Gregorio de Tours la refiere, y esta consiguencia en las relaciones del tiempo de las Cruzadas, y los viajeros modernos la hallan establecida aún en el país. La emperatriz Helena hizo edificar en el paraje designado un edificio religioso muchas veces derribado y restablecido, y destruido al fin. En aquel lugar se vió, durante mucho tiempo, una cruz de madera de la altura de un hombre, á cuyos pies corrían las ondas del mas santo de los rios.

A la ruidosa fama de los sucesos de Juan, los principales de entre los judíos sintieron nuevas inquietudes, y le mandaron una diputación al lugar en donde se había retirado, desde la otra parte del Jordán, para saber de su propia boca lo que era, porque estaban llenos los espíritus de la próxima venida del Mesías. "No soy yo el Cristo," respondió.— "¿Quién sois, pues? ¿Sois tal vez Elias?"—Porque es doctrina de las Escrituras que el profeta Elias vive todavía en la mansión á donde Dios

le arrebató, y que vendrá en los últimos dias del mundo á volver á conducir los hijos de Israel á la verdad, y á desviar su cabeza del eterno anatema. "Tampoco soy Elias," respondió el Precursor.— "¿Sois algun profeta?"—"No."—"¿Pues quién sois? Decidnoslo, para que podamos dar la respuesta á los que nos han enviado. ¿Qué es lo que nos decís de vos mismo?"—"Yo soy la voz del que clama en el Desierto: Caminad rectos por las vías del Señor, segun las palabras del profeta Isaias." Pues aquellos diputados eran de la secta orgullosa de los fariseos, que gozaba entre los judíos grande reputación de ciencia y de piedad; pero realmente tenían menos celo para conocer la verdad que envidia contra el que la proclamaba, cuya gloria eclipsaba la suya: no comprendieron, pues, ó aparentaron no comprender. "¿Por qué, pues, bautizais, le dijeron, si vos no sois ni el Cristo, ni Elias, ni profeta?" "Yo bautizo en el agua, les contestó el santo solitario; pero uno hay entre vosotros, á quien vosotros no conocéis, y que vendrá luego despues de mí." Pero los enviados de la Sinagoga no querian abrir los ojos: los virjes poderosos no pueden sufrir que se les inquiete ó que se les despozone: no consideran la institucion que ellos representan sino al través de su propia felicidad y de la gloria de su existencia, haciéndose sordos á las advertencias y á las amenazas del porvenir.

En la mañana siguiente, Juan, habiendo visto al Salvador que venia hacia el cerca del Jordán, en donde estaba bautizando judíos de la Galilea, dijo á la dócil multitud que le escuchaba: "Ved ahí el Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien os he dicho: Despues de mí vendrá un hombre que fué hecho antes de mí, y que existía antes que yo naciese." De este modo designaba al Redentor, que segun la humanidad era mas jóven; pero que segun su generacion divina era mas antiguo que él. "Para manifestarle en Israel he venido á bautizar en el agua. No le conocia yo; pero el que me dió una misión me dijo: Aquel sobre cuyo cabeza vieres que descendió y posó el Espíritu Santo, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Yo le he visto, y he dado testimonio que es el Hijo de Dios." Este testimonio auténtico, preciso, fácil en ser demostrado, fué proclamado públicamente y repetidas veces por San Juan, y fué admitido y solemnemente reconocido por los apóstoles; por manera que los contemporáneos no pudieron ignorarlo, á causa de su resplandor, ni destruirlo, por motivo de su verdad. Así tambien muchos lo aceptaron, prestándole aquella fé generosa que conduce á la salud: algunos le dejaron pasar con indiferencia, creando en torno de sus almas tinieblas voluntarias, á fin de que no pudiese llegar hasta ellos la luz de la verdad: porque las pruebas de la religión

son una naturaleza moral, precisamente porque se dirigen y tienen por fin el producir en nosotros una libre y racional adhesión, por lo cual no pueden ni deben tener el carácter de una evidencia matemática. De ahí proviene que están rodeadas de bastante oscuridad para que se saque de ahí un protesto contra ellas, y de luz bastante para que no exija mas de ellas la atenta buena fe. De ahí viene que todas las protestas contra la divinidad del cristianismo parten originariamente del corazón y no del entendimiento. Las verdades que aquel propone guardan tanta armonía con todos los sentimientos del corazón humano, que son hechas para ser amadas antes que para ser conocidas; y el corazón que no las ama es porque se oponen a sus estravíos, y se hace indigno de penetrar su espíritu, ni aun de conocerlas hasta el punto necesario para ser creídas.

Antes de su pasión y muerte, dió San Juan un último y brillante testimonio á la divinidad de Jesucristo. Hallábase en Emmon, pequeña aldea situada á tres leguas de Scythópolis, sobre las orillas del Jordan. Sus discípulos, menos perfectos que él, no podían ver sin cierta secreta envidia el grande resplandor y fama que esparcía el nombre de Jesus, y trataron de insipitar á su maestro los mismos sentimientos que á ellos los animaban. "Maestro, te dijeron, aquel que estaba con vos á la otra parte del Jordan, y á quien vos daisis testimonio, ahora está bautizando, y todos acuden á él." Y les respondió Juan: "Nada puede atribuirse al hombre si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él, como precursor suyo. El esposo es el que tiene la esposa. Mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo." Como si dijera: yo no soy mas que un amigo ó ministro de este esposo celestial, destinado para avisar á su esposa que se prepare para recibirle, y debo alegrarme en lo que decís vosotros, que todos van en su seguimiento. Y continuó diciéndoles: "Conviene que él crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Quien trae su origen de la tierra, á la tierra pertenece y de la tierra habla. El que nos ha venido del cielo, supera á todos, y atestigua cosas que ha visto y oído, y con todo, casi nadie presta fe á su testimonio. Mas quien ha adherido á lo que el atestigua, testifica con su fe que Dios es verdadero. Porque este á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras que Dios; pues Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; porque quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino al contrario, la ira de Dios permanece siempre sobre su cabeza." ¿Quién

no encontrará una prueba de veracidad y de buena fe en este noble desinterés y en esta constante abnegación de sí propio, si considera aquella orgullosa necesidad que sienten todos los maestros de no perder sus discípulos, y la envidiosa fereza con que marcamos todas nuestras obras con el sello de la mas ardiente personalidad?

Peró por su parte también el Hijo de Dios dió un claro y magnífico testimonio de la santidad de Juan y de la alteza de su destino. Pues cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesus si era él el Mesías, hizo de él un elogio tan digno de la boca de un Dios, como de las virtudes eminentes de su Precursor querido.

Nada sabemos de la muerte de Elisabeth, madre de San Juan. Hemos indicado ya que, según el testimonio de antiguos autores, aplicados á reunir las tradiciones de la Iglesia, así como Maria habia retirado á Egipto el niño Jesus para escapar de la crueldad de Heródes, asimismo Elisabeth habia huido de las orillas del Jordan á la soledad de los desiertos, para librar de la bárbara cuchilla del verdugo la cabeza amenazada de su hijo. Siguiendo este sentir, Elisabeth moriría sin duda en aquellos ignorados retiros. El día de su muerte no quedó grabado en la memoria de los hombres; pero su vida está escrita con caracteres de luz en el libro de la eternidad.

Ni es menos difícil el fijar el fin de Zacarías, bien que graves actores le hayan confundido con el sacerdote del mismo nombre, que pereció de muerte violenta entre el templo y el altar, y de quien dijo el mismo Señor, que su sangre sería vengada con la sangre de Abel y de todos los justos heridos por manos impías. La tradición atribuye esta muerte á Heródes; y aun se añade, que despues de esta trágica ejecución, el cuerpo fué precipitado de lo alto de la roca en donde se levantaba el templo. Los miembros de la familia recibieron estos restos despedazados y todavía palpitantes, que pasaron mas tarde á poder de las iglesias cristianas. Zacarías descendía de Abdías, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habian fijado en Persia despues del cautiverio.

Zacarías, que habia dado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de Maria, cuando ésta fué á visitar á su prima Elisabeth; y si debiéramos dar crédito á una tradición del Oriente, adoptada por graves doctores, habria defendido algun tiempo despues en el templo de Jerusalem la virginidad fecunda de Maria, y sellado con su sangre este animoso testimonio.

La natividad de San Juan Bautista se celebra en todo el universo desde los primeros siglos de la Iglesia, como uno de los principales aconte-

cimientos de la religión. Los santos son en el orden moral y religioso lo que son los héroes y los grandes hombres en la historia de las sociedades políticas; pero hay además sus grados en todas estas glorias de la tierra y del cielo; no todos los nombres inspiran igual amor ni imponen el mismo respeto. El mayor entre los nacidos de mujer, así llamado por la boca de la misma Verdad eterna, el ángel enviado al mundo para prepararle los caminos; aquel profeta y más que profeta, en quien había de terminar la era de las esperanzas y de las profecías para empezar el reino de Dios sobre la tierra; aquel cuyo nacimiento había de llenar de gozo al universo, el visitado y santificado por el Verbo Dios, aun estando en el seno materno, es el héroe sin igual, cuyo ilustre ministerio y el testimonio que estaba llamado a dar al Hijo de Dios, le señalan en la veneración de los siglos el primer rango, después de la más augusta de las criaturas. La Iglesia tiene destinado un día para celebrar su nacimiento, honor reservado al Hijo de Dios y a su Santísima Madre; pues de ningún otro santo se celebra el nacimiento sino de San Juan Bautista, porque el mismo nacimiento fué santo, y origen de un santo gozo. Juan, como Isaac y Samuel, fué hijo de una esteril, y su natividad fué ya un portentoso, en el que su padre no quiso creer cuando se lo anunció el ángel, y quedó privado de la palabra en castigo de su poca fe. Un mensajero celeste anuncia la futura concepción del Precursor. El cielo quiere preparar a la tierra para la venida del que ha de santificarla, y Juan, desechado de inocencia, de mortificación y de humildad, es el astro marino que aparece en el cielo, coronado del brillante crepúsculo del sol de las inteligencias que va luego a aparecer. Las dos madres se visitan, y admiran cada una en sí misma un prodigio; los dos hijos, niños extraordinarios, se saludan y saltan de placer antes aun de ver la luz: el Altísimo derrama torrentes de gracias sobre la casa de Elisabeth; y el niño Juan, antes ya de haber nacido, se ve casi nivelado a la altura del Niño Dios. Tantas las bendiciones descienden sobre el niño; cuando Zacarías, el padre ufano, arrobado por un raptó profético, bendice al Dios de Israel en la persona de su hijo, y pronunciando la rehabilitación y el inmortal triunfo de la casa real de David, hasta entonces abatida y humillada, predice el cumplimiento de la gran alianza de Dios con el hombre, simbolizada en la promesa hecha a Abraham, y el nuevo reinado de la verdad, de la justicia y del amor. Tú, hijo mío, estás destinado para profeta y precursor del Salvador del mundo: tú marcharás delante de él, abriendo el camino, y dispondrás los pueblos para recibirle; tú enseñarás a los culpables la ciencia de la salvación y del arrepentimiento. En efecto, este niño ha de ser anticipadamente el preceptor con su ejem-

plo de las virtudes cristianas, antes aun que Jesucristo empiece su predicación, la penitencia y el dolor, la mortificación de los sentidos y aquel llanto que en adelante debía despertar la indignación divina. Y aunque su voz se pierda en el Desierto, tierno en años pero grande en espíritu, cubierto de piel de animales y alimentándose de yerbas, anunciará en sí mismo la próxima transformación del mundo por el Mesías, de quien es digno Precursor. Prescindamos ahora de los prodigios de la vida del mártir, y no desviemos la vista del grande nacimiento que celebra la Iglesia, y con ella los mismos gentiles, los turcos y pueblos orientales, simbolizando con la llama del regocijo este acontecimiento extraordinario del hombre que debía brillar y arder como lumbrera en la plenitud de los siglos.

Los judíos ponían a San Juan Bautista muy superior a Jesucristo, porque había pasado su vida en el Desierto, y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo, al contrario, nacido de una pobre mujer, les parecía un hombre común. Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, a quien llaman *Johán ben Zacarías*, Juan hijo de Zacarías. Saadi, en su *Gulistan* hace mención del sepulcro de San Juan Bautista, venerado en el templo de Damasco: en él hacía sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinación. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia a los cristianos; pero habiendo rehusado éstos la cantidad de mil *dirars* ó doblas de oro que les ofrecía, se apodará de la misma.

Es tan antigua la institución de esta solemnidad, que según el opinión de los doctores, la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradición apostólica, distinguiéndose entre todas en pompa y magestad, y siendo la primera, después de las fiestas de la Redención. El concilio de Agda, celebrado en el año 506, la pone por una de las más principales después de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostés y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia, pues para disponerse a ella instituyó el concilio de Selgenstad un ayuno de entorece días.

La visita que la Santa Virgen hizo a su parienta Elisabeth, encerraba algo más que un simple deber de amistad; y la iglesia quiso renovar todos los años su memoria por lo institución de una fiesta particular, que se celebra el segundo día de Julio. Esta fiesta era solemnizada con el mayor júbilo en el Oriente desde los primeros tiempos del cristianismo; pero no fué enteramente establecida en Occidente hasta el siglo XIV, para alzar, por intercesión de la Virgen María, la estinción del clima que desolaba la Iglesia.

Observa un autor religioso, que la bienaventurada hija de Joaquín se habia apresurado y puesto toda diligencia para ir á visitar á su prima Elisabeth, pero que se volvió lentamente. Aunque no aparezca una certidumbre histórica para este aserto, no faltan para apoyarlo razonables conjeturas. María se hallaba ya mucho mas avanzada de su embarazo, y hubiera sido peligrosa toda precipitacion. Además, tal vez, como el pájaro de los mares, tenia el presentimiento de las borrascas.

Nadie ignora, por fin, que esta visita de María á Elisabeth ha suministrado á la mayor parte de los grandes pintores, un asunto en el cual su genio ha parecido complacerse: el nombre de la Santa Madre de Dios ilumina el genio, así como dá alas á la piedad. Debe citarse sin duda á Rafael en primer lugar, tratándose de un cuadro en que entre la Virgen; tanto mas, en quanto Elisabeth ha tomado más de una vez bajo su magnifico pincel un carácter admirable. Miguel-Angel ha tratado tambien este asunto á su manera grande y sublime, y Rubens ha hecho de él una notable composicion. Al lado de estas maravillas la Francia puede poner sin mucha inferioridad los cuadros de Lebrun, de Mignard, y el de Jouvenet, que adorna el teto de Nuestra Señora de Paris, ofreciendo la particularidad de haber sido pintado con la mano izquierda, pues el artista tenia paralizada la derecha.

El asunto es maravilloso. El pudor casto y santo que asoma en el semblante de María, su modestísima actitud, aquella alegría celeste y tímida de que está llena su alma y que reboza en lo exterior, forma precioso juego con los ojos penetrantes con que su santa prima parece que está leyendo lo que pasa en el corazón de María. En ésta despierta aquella inocencia que jamás ha conocido el rubor, porque nunca perdió la gracia, mezclada de aquella dignidad natural á su alma sublime y colmada de bendiciones. Elisabeth, manifiesta á la vez en su fisonomía semblante un asomo de rubor, la alegría y el respeto; las dos felices maternidades se penetran de un modo asombroso, y el pincel puede reflejar en sus fisonomías algo de los misterios gloriosos y augustos que encierran en sus entrañas.



Sara, esposa de Abraham.



SARA, ESPOSA DE ABRAHAM.

DESPUES que á la voz del Omnipotente volvieron á hundirse en el grande abismo las aguas que inundaban la tierra, todos los hombres salidos de Adán y que se habian diseminado por el mundo, quedaron otra vez reducidos á una sola familia, como en tiempos del primer hambre. Todo lo restante del género humano habia sido devorado por el diluvio. El diluvio se habia unido con el inmenso depósito de los mares, y éstos saléndose de su centro, traspasaron sus orillas, y cubrieron la superficie del globo. El cielo, por decirlo así, se unió con la tierra, para acabar sobre todo cuanto en ella tenía vida. Aquella catástrofe terrible dejó sobre la faz y en las entrañas desgarradas de la tierra, así como en la historia de la universal tradición, trazas inequívocas de su existencia, como medallas conmemorativas de su data y de su universalidad. Las aguas, dominadoras un día, dejaron sus conchas, sus yerbas marinas y los restos de sus animales petrificados en las cimas de los montes; y los desiertos azotados por el viento, suspiran aún con el triste ruido de las olas.

Noé, su muger y sus hijos, y las mugeres de estas se vieron dueñas del universo; pero no como el primer hombre, de un mundo brillante de inocencia, de gloria y hermosura, sino de un mundo desierto, culpable y devastado. Con todo, quiso el Señor, que reposando de nuevo sobre la cabeza de un solo jefe la esperanza de las generaciones futuras, fuese este grande hecho una segunda promulgación del dogma de nuestro común origen; y que por su medio se renovase para las generaciones venideras el culto de la verdad y de la virtud ya antes casi olvidado entre los hombres. ¿A dónde hubiera llegado el olvido de Dios y de su ley sin esta espantosa prueba? Renovaciones y purificadas así las tradiciones y las creencias de los siglos anteriores, el terror, si no la gratitud, debía mantener despierta la fe y la sumisión del linaje humano. Mas ¡ay! que bien presto volvió el egoísmo para dividir a los hombres, y las pasiones para ultrajarlos! ¡Muy pronto esta familia, convertida despues en pueblo, debía ser la única que por largos siglos conservase la memoria del escarmiento y de las esperanzas!

Poco tiempo despues del diluvio, los ilustres mortales, estendidos sobre los campos de Sennar, concibieron el loco proyecto de escalar el cielo; y la fábula transmitió su delirante nautacia con el esfuerzo de los gigantes, á quienes Júpiter aplastó por querer escalar su trono. A una señal divina que descendió como un castigo, los operarios de la torre de Babel, hijos de los hijos de Noé, autieronse confusos entre si, y hablaron sin entenderse. Y despidiéndose llenos de orgullo, á medio construir su temerario monumento, se dispersaron por las regiones de los cuatro vientos del cielo, llevando consigo ideas de religion y de sociedad, restos de las primitivas doctrinas, que el tiempo alteró en su curso; y que á algunas veces fueron practicadas con gloria y felicidad, otras por la corrupcion de los hombres lo fueron con infortuno y con infamia.

La idolatria entró al mundo llevando por la mano al despotismo, así en la familia como en la sociedad; pues á medida que se degrada y se obscurece la idea de Dios, la nocion del derecho se abate y se borra, y cede su imperio á la fuerza, que es la bárbarie. Cuando la civilización enorgullecida se separa de su origen que es Dios, y sueña por si misma en hacer descendir el cielo sobre la tierra, apoderarse de las inteligencias un vértigo fatal, las palabras pierden su sentido, y domina el caos entre los hombres que no se entienden á si mismos, renovándose la nocia temeridad y el castigo de Babel.

Pero Dios no desampara del todo su obra. A las pasiones que arrastran al hombre, les dá un contrapeso que refrena la humanidad en el círculo de sus destinos: y por efecto de esta sabiduria suprema que gobierna

al mundo, la verdad y la virtud, á más de la inteligencia que secretamente conservan hasta con las almas extraviadas, han hallado siempre sobre la tierra un asilo público, y una especie de solemne hospitalidad. Y convenia que no se interrumpiese el curso de las almas rectas y de los corazones seacillos, como una arca santa que conservase las semillas de la justicia entre el diluvio de la universal corrupcion; prodigio peregrino que permitió la Providencia hasta la venida del gran Reparador. Tiendas patriarcales, legisladores y profetas, sinagoga judia, Dios encarnado, preceptor y modelo de sus criaturas, Iglesia católica, apóstoles, mártires, doctores, leyes generales del mundo ó vocacion especial de los individuos y de los pueblos; nunca, nunca ha faltado la voz para convidar á los hombres al respeto de todos los derechos y á la práctica de todos los deberes; y nunca la humanidad se ha visto tan desenciada, que con mas ó menos generosidad no haya respondido á este llamamiento. Así, cuando las razas de Sem, Cham y Jafeth, hijos de Noé, se hubieron repartido el universo, y despues que, trazándose cada cual su camino, empezaron á descarrilarse por el error, escogió Dios el jefe futuro de un gran pueblo para hacer tambien de él el jefe y el padre de los creyentes; elección maravillosa, que tenia por objeto el hacer la verdad mas estable entre los hombres y mas manifiesta á sus ojos, fijándole en una familia y en una nacion, y dándole una forma y una expresion sociales.

Este ilustre privilegiado, que llevaba consigo las esperanzas del porvenir, se llamaba Abraham, descendiente de Sem, otro de los tres hijos de Noé, y que llevaba sobre si la benediction de aquel patriarca y segundo progenitor del género humano; el cual, inspirado por superior revelacion y rasgándose á sus ojos el denso velo de lo futuro, veia ya en los siglos venideros la conducta que observarían las generaciones de sus hijos que habian de repoblar la faz de la tierra. Por esto exclamó en un éxtasis profético: *¡Bendito sea el Señor Dios de Sem!* No porque Dios dejase de serlo de Cham y Jafeth, sino porque contemplaba el patriarca, que la posteridad de sus dos últimos hijos dejaria abandonado el culto y el conocimiento de su Criador, así como por el contrario, se conservaría uno y otro en una ramificación considerable de la descendencia de Sem, de la cual era Abraham y su posteridad numerosa.

Abraham, pues tal se llamó antes el dichoso descendiente de Sem, se habia enlazado con Sarai, hija de su hermano. En aquellos tiempos primitivos el parentesco no podia impedir todas las alianzas que hoy impediria; y solamente despues de la difusion universal del género humano debieron los cristianos ensanchar el campo de sus libros afectaciones, á fin de que el egoísmo, que el precepto de la caridad destierra de las conciencias, no

viniese á refugiarse en las familias bajo el espacioso vélo del matrimonio. Sarai se llamaba también Jescha, como si se hubiese querido significar por esta palabra, que por su belleza atraía las miradas de todos; sin duda porque su alma irradiaba en torno suyo aquel embeleso del pudor, que no pueden suplir ni ocultar, ni la mas armónica proporción de los contornos, ni las formas mas puras y agradadas.

Sarai, como Abraham, descendió de Sem, que fué, segun la comun opinión, el mayor de los hijos de Noé, y nació sobre el año 2020, cerca de ocho siglos antes de la guerra de Troya, poco antes de la época en que los historiadores profanos colocan el reinado de Semíramis. Sabido es que la posteridad de Sem y de Cham esparció su gloria precoz y fugitiva sobre el Asia y el Africa: los hijos de Cham enriquecieron la Fenicia por el comercio, y el Egipto por medio de sabias leyes: su nieto Nemrod fundó el primero de todos los imperios, al cual dió su nombre Asur, hijo de Sem, y en el cual otros hijos de Sem hicieron brillar las maravillas de una célebre civilización. La posteridad de Jafeth, que se extendió hacia la Europa, para probarla en seguida, tardó algun tiempo en representar sobre la escena del mundo un papel que mereciera ocupar los recuerdos de la historia. Mas cuando aquella se apoderó del centro, fué para empuñarle orlado con un raro esplendor de intrepidez y de genio, como suele acontecer con los que vienen despues, por quanto ella se hizo la mejor parte, y supo conservarlas. Sepultó las dinastías egipcias bajo la majestad de sus pirámides, y ahogó las viejas monarquías de Oriente en el polvo de sus muéltas civilizaciones. Reinó sobre el universo por los griegos y los romanos, estos pueblos principes de las bellas artes, de las ciencias y de la guerra. Esta raza reina todavía en el universo por medio de los pueblos de Europa que presiden, despues de Dios, la marcha general de la humanidad. Jafeth puso la mano sobre la cabeza de Cham en señal de dominacion, y penetró como señor en las tiendras de Sem, que le ha cedido su lugar.

Moisés refiere circunstanciadamente en el capítulo X del Géneais, las genealogías de los tres hijos de Noé, que es la nueva propagacion del linaje humano despues del diluvio. Empieza nombrando los diversos hijos de Jafeth, que se repartieron despues las islas de las naciones, ó sea diversos continentes, cada cual segun su propia lengua, nacion y familia. De los hijos de Cham saca los fundadores de Babilonia, de Niive y de Resen, á la cual llama la ciudad grande, fijando por último los confines de los pueblos cananeos. Pasa despues á nombrar los hijos de Sem, padres de las diversas razas semíticas, que se dividieron la tierra, y señala

también su habitacion desde Mess hasta Sefar, monte que se levanta por el Oriente.

Muy conocidos fueron en las primeras edades del mundo los hijos de Noé. El nombre de Jafeth fué conservado entre los griegos; y Horacio, en una de sus odas, le reconoce por padre de aquel Prometeo que robó el fuego del cielo. Los jonios miraron siempre á Jafeth como á su padre, y cuando los poetas pelasgos hablan de los hombres en general, los llaman hijos de Jafeth. Los medos, los tracios, los moscos, los jonios, los pueblos de la Elida nos recordaban los nombres de *Madai*, de *Thisas*, de *Mosoch*, de *Javan*, de *Eliu*, todos hijos de Jafeth y nietos de Noé. Los asirios, los elymenos, los armenos, los elmodeos, los salpenienses, los jobabitas, conservaban los nombres y la memoria de *Assur*, de *Elam*, de *Aran*, de *Elmodad*, de *Saleph*, de *Jobab*, todos descendientes de Noé, por medio de Sem. Segun Plutarco, el nombre de *Chemia* dado al Egipto, y en el de *Ammun* tan célebre en la Lybia, se volvia á encontrar el nombre de *Cham*, tercer hijo de Noé. El Chusistan, situado cerca de la embocadura del Tigris, Saba y Regna, á lo largo del golfo pérsico, habian tomado sus nombres de *Chus* y de *Saba* y *Regna* sus hijos, Gomer y Magog poblaban una parte de la Siria y de la Tartaria. En esta region inmensa se hallan en gran número vestigios de Góg y de Magog en los nombres de las provincias, de las ciudades y de los hombres; y es una tradicion constante en este pueblo, que sus habitantes descienden de Gog y de Magog. ¿Que dirémos de los sidonios, salidos de Siden, de la isla de Arab, poblada por los aradienses, que salieron de Canaan, y de la medalla de Laodicea con aquella inscripcion en lengua y en caracteres fenicios: *Laodicea metrópoli de Canaan*? Todos estos pueblos cuya situacion nos demarcaron exactamente Plinio y Plutarco, todos estos pueblos tan célebres en las antiguas historias, solo encuentran su respectivo origen en los hijos y descendientes de Noé, conservados en el Géneais; y estos hechos eran ya conocidos en el mundo antes que naciesen los primeros escritores de la Grecia. Y aunque éstos griegos, harto modernos, harto vanos y superficiales, ignorasen ó afectaran ignorar los fundadores de las naciones que existian muchos siglos antes que ellos empezasen á escribir su historia; éstos monumentos de sus fábulas arrojan hartas ráfagas de luz sobre los acontecimientos primitivos del mundo, contenidos en nuestros libros santos.

Abraham y Sarai habitaban en la ciudad de Ur en la Caldea. Aquel pais estaba desde entonces abandonado á la idolatria, pero no tan innoble como la que embruteció despues á los desdichados pueblos. El fuego recibia allí un culto. Seguramente que de todos los caracteres que forman y re-

producen el nombre de Dios en el gran libro de la naturaleza, la luz de los astros y el calor del sol eran los mas claros y significativos para los habitantes de las vastas llanuras que se estendian á las orillas del Tigris y del Eufrates, bajo un cielo siempre puro y abrasador. Debilitándose por el tiempo los recuerdos tradicionales, y conturbada la razon por el ardor de los sentidos, lo que no era sino un signo, fue tomado por la realidad viviente; y el Criador desapareció, en algun modo, bajo la magnificencia de su obra. Adoróse al sol y á los astros que despiden de tan lejos al hombre la luz y el calor, y que ejercen sobre él una influencia inevitable, y el fuego vino á ser un emblema general de estas divinidades imaginarias. Queriendo, pues, el verdadero Dios sacar á Abraham de en medio de estos errores, descarrios lastimosos de la razon, le dijo un dia: "Deja tu pais, tu parentela y la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Yo te haré un grande pueblo. . . bendeciré al que te bendiga, y maldeciré al que te maldiga, y en tí serán benditas todas las naciones de la tierra." Dulces y honoríficas palabras, que prometian una gloria y una prosperidad segun el espíritu, mas bien, aunque una gloria y una prosperidad segun la carne; y que venian á la vez á sostener la esperanza de la humanidad decaída, y asociarla al trabajo de su propia rehabilitacion.

Sea que Dios hable solamente al corazon, ó sea que su voz se haga tambien oír físicamente por medio de la combinacion de los elementos, ó por el órgano de la Iglesia, pone siempre en lo que dice como un sello de verdad que crea una certidumbre incomparable, y subyuga la voluntad, sin dejar de respetarla. Abraham obedeció al llamamiento de lo alto, y se puso en camino acompañado de su esposa Sarai, de Tharé su padre, y de su sobrino Loti. Permanecieron los viajeros por algun tiempo en Haran, ciudad de Mesopotamia, en donde murió Tharé. Continuóse después el viaje hacia el Oeste, pasando por Damasco, y si hemos de dar crédito á antiguas tradiciones, Abraham habia ejercido en estos lugares una especie de autoridad real. Lo cierto es que Damasco se encuentra sobre la linea que conducia desde Mesopotamia á la tierra de Canaan, á donde se dirigia el peregrino de la fé; que el recuerdo de este gran patriarca lleva aún en el dia todo el Oriente, y que la opinion le atribuye la fundacion de Dimschak ó Damasco. Y sea lo que fuere de estos relatos, adoptados de otra parte por Trogo, Pompeyo y los varios historiadores de la Siria, prosiguió Abraham su viaje, y llegó al centro de un prolongado valle, en donde fue luego despues edificada Sichem, que ha pasado á ser un arrabal de la actual ciudad de Naptasa; tierra ahora inculta, pero siempre fecunda, suave y dulce como la tierna juventud de

sus verdes llanuras, melancólica como sus largos horizontes y como sus ruinas.

Hombres hay que parece reúnen en sus destinos personales la suerte de todo un pueblo, ó bien alguna de las facces de la vida general del mundo. Semejante á las generaciones que el tiempo precipita desde el borde de sus variables orillas hacia un misterioso porvenir, Abraham, abuelo del árabe errante por el Desierto y del judío que arrastra consigo bajo todos los climas su esperanza indefinida, pasaba realmente sobre la tierra como un viajero. Levantaba hoy la tienda que habia plantado ayer, como un desterrado que no tiene mansion fija y permanente, y que vá en busca de una patria. Desde los campos de Sichem bajo á las llanuras del Sud de la Palestina, y luego hacia el Egipto, á causa del hambre que desolaba el país de Canaan. Sarai, aunque ya no era jóven, no habia sufrido aún en su vejez los ataques del tiempo; bien fuese por un privilegio concedido á una existencia llena de maravillas, bien fuese vigor natural del cuerpo en aquellas edades primitivas, en que una vida mas prolongada gozaba sin duda de una flor menos rápida que las caducas bellezas de nuestros dias. ¿La hospitalidad fraterna en que vivian los antiguos pueblos podia, pues, servir á Sarai de suficiente defensa contra los insultos de un pueblo extranjero? No lo creyó así Abraham. "Yo sé que eres hermosa, le dijo con aquella simplicidad encantadora de los tiempos antiguos, y que los egipcios al verte dirán: Ella es mujer; y me matarán para poseerte. Suplicote, pues, que les hagas entender que eres mi hermana, para que no se me hagan malos tratos por tí, y que por tu respeto se me deje la vida." Y en efecto, no se mata á un hombre porque tiene una hermana, mientras que para robarle la esposa no hay muchas veces otros medios que darle la muerte. Y debemos recordar además que, segun la costumbre de su tiempo y tal vez de su pais, Abraham, tío de Sarai, podia por esto mismo llamarla hermana suya, pues entre los hebreos los títulos de hermano y de hermana designaban diversos grados de parentesco, como se desprende del lenguaje habitual de las Escrituras. Con todo, el principe extranjero fué inducido en error; y bien que Abraham, sentándose en la mesa hospitalaria, no comparciese delante de un tribunal, sus palabras debian tener indudablemente el carácter de la mas pura sinceridad, aun cuando fuese en vista de un peligro mortal.

Apenas el viajero hubo ganado las fronteras de Egipto, ya estaba informado el rey de la belleza de Sarai, pues la familia cortesana se ha mostrado siempre muy hábil y dispuesta para olfatear y descubrir todo cuanto puede alargar las pasiones de su señor. Sarai se vió quitada del

lado de su esposo y conducida á palacio, y por causa de ella Abraham fué tratado con la mayor consideración, y se le ofrecieron por presente lo que constituía la riqueza de los siglos primitivos y de los pueblos pastores, rebaños de bueyes y de ovejas, de asnos y de camellos, y una multitud de servidores y sirvientas. No obstante, no quedó impune el príncipe, por haberse apoderado de Sarai, mujer de Abraham, y el Señor hizo llover sobre él y sobre su palacio castigos extraordinarios. Advertido á consecuencia, por el azote del cielo, acerca de la verdad de los hechos que se le habían dejado ignorar, respetó á Sarai, alma recta y pura que se había entregado con la más sincera confianza en manos de la Providencia, y á la cual la Providencia no había abandonado jamás. Faraon hizo venir á Abraham á su presencia, y le dijo: "¿Cómo te has portado así conmigo? ¿por qué no me advertiste que era tu mujer? ¿Por cuál motivo la has llamado hermana tuya, esponiéndome á tomarla por esposa?" Dió-pues órden á los suyos para que vijilasen en la seguridad del extranjero, y que no le sucediese el menor accidente en su partida de Egipto; y puso á Sarai en su poder. Poco tiempo despues, cuando Sarai siguió á Abraham al país de Gerara, en la Petrea, sobrevino el mismo incidente con circunstancias á corta diferencia semejantes. Sarai fué milagrosamente protegida contra Abimelech, nombre comun de los gefes de aquel contorno, así como el nombre de Faraon era comun á todos los que gobernaban el Egipto.

Y ciertamente nada debe maravillarnos esta especial intervención de la Providencia en la vida de los primeros hombres. El dedo de Dios se halla en todos los acontecimientos; pero hay dos órdenes de hechos en los cuales resplandece de un modo especial: á saber, ó cuando los destinos generales del mundo atraviesan una época crítica, ó cuando las almas escogidas se ven amenazadas en sus más caros intereses. Así en las edades primitivas Dios conducía como por la mano á la joven y candorosa humanidad. El vino á instruir en persona el proceso de Adán caído: él conversó familiarmente con el justo Noé, con los patriarcas, con su siervo Moisés. Así tambien en el origen del cristianismo, y cuantas veces los pueblos enteros se conmovieron para entrar en el seno de la Iglesia, diseminó profusamente milagros por medio de los apóstoles y propagadores de la fe: hizo prolongar la vida de los mártires en medio de la atrocidad de los tormentos; y á las virgenes condenadas á cobardes injurias por el tribunal infame de los procónsules romanos, les dió por defensa una aureola de luz, que las cubria como un manto diáfano, y que no pudo rasgar la mano aterrada y ciega del más osado ultraje. Lección sublime, que manifiesta por una parte que Dios vela como un padre se-

bre las razas humanas, y muy particularmente sobre los corazones rectos; y por otra, que así la carne como el espíritu tiene su pureza, que la hace augusta y que acarician y respetan los mismos cielos.

Con todo, Abraham dejó el Egipto con Sarai y todo cuanto poseía, y entró otra vez en la Palestina. Loth por su parte poseía tambien cuantiosos bienes, y así necesitaban los dos una vasta estension de país, para que no faltase pasto á sus ganados, y no se moviesen contiendas entre sus dependientes. Separáronse, pues: Loth escogió la parte oriental de aquel país, fijando su residencia sobre las orillas del Jordan, que lamia muéltamente las llanuras entonces fértiles y rientes de Sodomá y de Gomorra. Abraham se retiró hácia el Occidente y habitó el valle de Mambre, que tanta celebridad adquirió despues. Pasado poco tiempo, algunas tropas venidas, segun se cree, del imperio Asirio, y reforzadas por algunos pequeños príncipes del contorno, probaron someter definitivamente los reyes de Pentápolis, que se cansaban de una dominación estrangera, y rehusaban un tributo pagado por espacio de doce años. Era Pentápolis aquella región ocupada entonces por las cinco ciudades de Sodomá, Gomorra, Adama, Seboim y Bala, llamada tambien Segor, y hasta donde se estienden hoy día las mudas y pesadas olas del Mar Muerto. Los reyes cananeos fueron vencidos, y sus bienes entregados al saqueo. Loth, que habitaba entre ellos, y que les había prestado algun socorro, quedó con todas sus riquezas, presa de los vencedores. Informado al momento Abraham de aquel desastre, reunió á toda prisa los más valientes de los suyos, y sostenido por algunos aliados que había en el país, cayó durante la noche sobre las tropas asirias, las puso en derrota, y se llevó á Loth y á los cautivos con todo el botín. Al volver de esta feliz expedición, fué saludado y bendecido por Melchisedech, rey de la ciudad que se llamó más tarde Jerusalem, y sacerdote del Altísimo; figura de otro pontífice y de otro monarca, que purificó el mundo por la efusión de su propia sangre, estableciendo su reinado sobre los espíritus y los corazones; y que, con el Evangelio en la mano, vino delante de la humanidad para ayudarla en esta senda de dolor y en este laborioso combate que se llama la vida.

Por lo dicho puede conocerse lo que era la sociedad política en aquellos antiguos tiempos: la tierra empezaba á dividirse en diferentes reinos que tenían tan poca estension como fuerza. El gefe de las familias patriarcales, aunque sin perder el antiguo modo de vivir, andaba al igual de los reys, contratava alianzas con ellos, declaraba la paz y la guerra; solamente que no habitaba entre elevados muros ni en suntuosos palacios, y tenia por súbditos sus hijos y servidores. Su principal riqueza consistía

en ganados. Su vida era laboriosa y sencilla como la de los campos. Por lo demás, él representaba la religion, así como gobernaba su reducido imperio; y órgano respetado de las tradiciones anteriores á él, lo que habia aprendido de sus padres lo trasmitia á sus hijos. Su larga existencia, los monumentos que consagraban la memoria de los principales hechos, el corto número de verdades propuestas á la creencia pública, todo le ayudaba á mantener en el seno de su familia las instituciones religiosas en su pureza originaria. ¡Cuánta distancia de la sencillez de aquel orden doméstico, á las hábiles y complicadas combinaciones de nuestro orden social! ¿Y quién se atreverá á asegurar que la verdadera felicidad de los individuos haya aumentado en la misma proporción que la civilización universal? ¿Cuánto han cambiado las costumbres! El acrecentamiento de la población y el desarrollo de la industria, llaman intereses más multiplicados sobre un campo de batalla mucho más angosto: las satisfacciones dadas á las necesidades reales, producen una multitud de necesidades imaginarias: á consecuencia de las estensas relaciones que establecen el trabajo y el lujo, para crear el bienestar y la prosperidad, nacen nuevos derechos que importan nuevos deberes. Y estos intereses, y estas necesidades, y estos derechos, y estos deberes, que amenazan de continuo entrar en un conflicto, se hallan determinados y mantenidos por reglas mucho más complicadas que en otro tiempo: en lo interior el peso de los poderes públicos y el mecanismo de la administración; en lo exterior el equilibrio de las nacionalidades, fundado sobre la balanza de sus fuerzas respectivas; en el seno de todo el universo cristiano, los esfuerzos del genio y la superior influencia del Evangelio, principios todos y resultados de este movimiento progresivo que empuja la humanidad desde los dolores de lo presente en que ella encuentra su Gógotha, hasta las glorias de lo futuro en que tendrá su Thabor.

Abraham había recibido la promesa y alimentaba la esperanza de una ilustre posteridad, y sin embargo, llegaba la vejez sin traerle hijo alguno. “Levanta tus ojos al cielo, le dice el Señor, y cuenta, si puedes, las estrellas. Así será tu descendencia.” El patriarca no tenía menos fe en la palabra divina, que el día en el cual, por orden del Altísimo abandonó los campos de la Caldea. Saraí deploraba su larga esterilidad, que en aquellos tiempos de fe y en la sencillez de las antiguas costumbres, se tenía como un castigo del cielo; y nunca llegó á imaginarse que debiese partir con Abraham el privilegio y el gozo de revivir en sus hijos; y más solícita aún que su esposo á que se verificasen en él las promesas del cielo con respecto á la descendencia prometida, y haciendo, por decirlo así, una generosa y espontánea abdicación de sus propios derechos, lie-

gó hasta aconsejarle que se desposara con Agar, su sierva, siguiendo la costumbre de aquellos siglos, en los cuales era tolerada la poligamia. Tal vez quería de otra parte consolarse así, por medio de una maternidad prestada; pero por desgracia se engañó, pues halló, por el contrario, en esta resolución el origen de los más amargos pesares, por cuanto se manifestaron rivalidades entre las dos esposas. Es de creer que Abraham, en la proposición de Saraí, no vió más que una candorosa sinceridad y rectitud de miras, y que condescendió con sus ruegos, no dudando que este pensamiento era una inspiración del cielo. Y no se engañó el venerable patriarca; pues quiso Dios por este enlace de Abraham con una esclava, y por el hijo que de ésta habia de nacer, figurar misterios muy sublimes que se descubrieron después. Quizás la triste Saraí, no teniendo valor bastante para resignarse, fué severa y exigente como la mayor parte de las personas heridas por la desgracia; ó puede que Agar, olvidando su condición, se mostró imprudente ó demasiado orgullosa de su fortuna, pues iba á tener un hijo de su señor; y no tardó realmente en dar á luz á Ismael, el duro progenitor del pueblo árabe. La rivalidad debía nacer naturalmente de la posición en que se encontraban las dos esposas. Agar fué muger legítima de Abraham: pero no era la primera, y tal vez la dicha de ser madre, y la esperanza de ver cumplidas en el fruto de su seno las promesas de Dios sobre la posteridad de Abraham, la hizo olvidar su inferioridad.

Pero Ismael no era el infante de la promesa. Un día, pues, se apareció el Señor á Abraham y le dijo: “Yo soy el Dios Omnipotente, anda en mi presencia, y sé perfecto. Yo contrataré alianza contigo, y te multiplicaré hasta al infinito. Yo te haré gofe de muchos pueblos, reyes nacerán de tu linaje. Mi pacto contigo y con tu descendencia, permanecerá siempre durable, y yo seré tu Dios y el Dios de tu posteridad. A ti y á tus descendientes daré en herencia perpetua la tierra por donde pasas como viajero, todo el país de Canaan...” En efecto, se contrajo una alianza: Abraham juró por él y por su descendencia el huir de la idolatría y el obedecer é Dios con una sinceridad inviolable. El cumplió su juramento; pero su descendencia, de indómita cerviz y de corazón desarreglado, fué muchas veces llamada inútilmente al cumplimiento de sus obligaciones. Dios se encargó por su parte de dar al anciano Abraham numerosos descendientes, primicias y símbolo de esas generaciones de creyentes que debían brillar algún día en el firmamento de la Iglesia, como las estrellas en el manto azulado de los cielos. Para añadir á sus palabras una sancion expresa, y dejar un monumento indestructible de estos hechos, cambió Dios el nombre de Abram, que quiere decir padre de-

saño, en el de Abraham, *padre de los muchachumbres*, y el nombre de Sarai, que significa *mi princesa ó señora*, en el de Sara, *la princesa por excelencia*, porque debía ser ella la madre de muchos pueblos. "Porque yo la bendeciré, continuó el Señor, y tú tendrás de ella un hijo, que yo bendeciré también, el cual será jefe de naciones, y de él saldrán príncipes." Los nombres de Abraham y de Sara, modificados así, encerraban esperanzas que sustentaron la Sinagoga por espacio de veinte siglos, y que son todavía el encanto de todo el dispersado Israel. Y en el día que nosotros hemos recojido en la fe las bendiciones que ellos proféticamente recibieron, resuena suavemente y son gratas á todo oído cristiano, y hasta la eternidad serán pronunciadas por las humanas generaciones.

Asombrados de oír cosas tan grandes, Abraham se prosternó, pegando su faz contra la tierra, y sonrió en su cándida alegría, y dijo en el fondo de su corazón: "Un centenario tendrá, pues, un hijo, y Sara va á parir á los noventa años!" Y añadió dirigiéndose al Señor: "¡Ojalá que Ismael viva delante de tí!" Como si dijera: Señor, ya que con tanta bondad me tratáis, dignaos, os suplico, conservar también á mi Ismael, darle vuestra bendición santa, y hacer que sea aseo á vuestros ojos. La risa de Abraham, no era efecto de incredulidad ni de desconfianza: era una espasmosa natural del júbilo en que reboza un corazón sencillo y recto cuando se ve inesperadamente colmado de beneficios y de felicidad: era al mismo tiempo una sincera efusión de reconocimiento y de respeto. Las palabras que profiere no lo son de un hombre que duda del poder de Dios, sino de un santo que admira su bondad. Debemos juzgar de las acciones por las personas. Abraham en todas ocasiones da muestras sublimes de una fe perfecta. Dios, que lee en el fondo del corazón, dá de él este brillante testimonio. Y puesto que el Señor no le reprende aquí como incrédulo ó hombre de poca fe, como lo hizo después con Sara, sería temeridad el notar á Abraham de poca fe en este lance. Sabía bien el patriarca, que Dios puede hacer florecer el Desierto, y dar algunos rayos mas á un sol de otoño. Por esto, lejos de reprenderle, como de una duda, le dice: "Un hijo te nacerá de Sara, tu muger, y tú le llamarás Isaac: yo haré alianza con él y sus descendientes para siempre también he oído tu súplica sobre Ismael. Le bendeciré, y hará crecer, y multiplicar al infinito: será padre de doce príncipes, y lo hará cabeza de un gran pueblo. Pero mi pacto se establecerá con Isaac, que Sara debe dar á luz dentro de un año por este tiempo." Paróse aquí la voz que hablaba, y desapareció la vision.

Es de advertir que no dejó de cumplirse la promesa del Señor en cuanto á Ismael, pues fué en realidad padre de un gran pueblo. Los árabes,

descendientes de Ismael, se dividían, como los hebreos, en doce tribus, coincidiendo con las doce tribus de que fueron cabezas los hijos de Jacob.

Poco tiempo después, cuando el sol derramaba sobre la tierra los rayos abrasadores del medio día, Abraham estaba sentado á la entrada de su tienda, en el valle de Mambré. Levanta de repente los ojos por la parte del camino, y vé á tres hombres que se acercaban. Corre á su encuentro, y se postra delante de ellos hasta tocar su frente con la tierra, según la antigua y oriental costumbre de saludar. "Señores, les dice, si he encontrado gracia á vuestra presencia, dignaos aceptar la acogida que os ofrece vuestro servidor. Traeré un poco de agua para lavar vuestros piés, y descansaréis un rato á la sombra de este árbol. Os serviré un poco de pan para fortalecer vuestro corazón, y seguiréis después vuestra ruta, pues tal es vuestra intencion al desviaros de vuestro camino con direccion á vuestro siervo."

Sabido es con qué religiosa exactitud fué ejercida la hospitalidad entre los antiguos, y sobre todo en el Oriente, y cuán íntimas y sagradas relaciones establecía entre los hombres. Prodigábase al viajero los mas humildes servicios con la mas viva y generosa solicitud; no se le preguntaba por su nombre hasta después de la primera comida, y al despedirse, recibía y daba algunos presentes, como en testimonio de indisoluble amistad. ¡Bellas y dichosas costumbres, que aseguraban donde quiera el extraño un pan casi tan dulce como el del hogar doméstico, y que le hacían encontrar en sus huéspedes hermanos y hermanas, imagen querida de su amante familia! ¡Preciosas habitudes en que el corazón, cansado tal vez por la fatiga del cuerpo, hallaba siempre nuevas é inesperadas expansiones en que derramarse con todo el placer inesperado de la franqueza y de la cordialidad! Los hombres, diseminados por la tierra, se reconocían siempre como hermanos, y se trataban como amigos: todos se abrazaban mutuamente como individuos de la gran familia humana. En el día, estas trías palabras *lo mio* y *lo tuyo* han encerrado y estrechado los corazones dentro de sí mismos. En aquellos tiempos existía la propiedad, pero no dominaba el egoísmo: el corazón estaba dispuesto siempre para dar, y miraba como un deber sagrado el satisfacer todas las necesidades ajenas. Hoy día, es verdad, los derechos están mas claramente definidos, pero los deberes son menos afectuosamente practicados. Por la fuerza de las cosas, la hospitalidad ha cesado de ser un acto de amistad fraternal para convertirse en una industria. ¡Mas era absolutamente necesario que llegase á ser también un cálculo de lucro, un choque de intereses que se cruzan, hasta el punto de reducir á las áridas proporciones de una especulación lucrativa lo que los antiguos habían elevado

é la altura de no deber religioso? ¿Abrega, pues, el mundo tantos impostores, que sea preciso encerrarse en un duro egoísmo para no ser engañados?

Abraham desplegó aquí el carácter y uso del lenguaje propio de la caridad más espontánea y generosa. Sin reconocer en estos personajes más de lo que aparecían; sin esperar de ellos la más mínima recompensa, y sin que se lo rogasen, corrió á su encuentro, saludándoles con el más pronto rendimiento; y convidándoles á comer en términos tan expresivos y con tan vivas instancias, que tenía por una gracia y agasajo particular el que se dignasen condescender con sus deseos, como si dijera: Si yo merezco esta honra; si gustais hacerme este obsequio; si me teneis por digno de que yo reciba de vosotros esta plausible muestra de bondadosa condescendencia; ya que la providencia del Señor me ha proporcionado este feliz acontecimiento, no es justo que paséis adelante, hasta que nuestro servidor tenga el gusto y la honra de hospedaros en su casa.

En las regiones orientales los viajeros acostumbraban caminar á pié descalzo ó con sandalias, á causa del excesivo calor; por lo cual, tanto para refrescarse, como para limpiarse de la inmundicia, tenían necesidad de lavarse los piés. A los huéspedes principalmente se acostumbraba hacer este obsequio antes de servirles la comida, y la humildad de Abraham le obliga á ofrecer el mismo á ejercer con los suyos un ministerio propio únicamente de los servidores ó esclavos.

Los misteriosos peregrinos cedieron á la afectuosa invitación de Abraham, diciéndole: "Hablo como tú dices." El patriarca entró en su tienda, y dijo á Sara: "Amasa al momento tres haces de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo." Abraham, aunque era considerado en aquellos tiempos como un príncipe y Sara como una princesa, y aunque tenía una numerosa servidumbre, quería ejercitar por sí propio la hospitalidad, y ofrecer un ejemplo á su esposa para que también la ejercitara. Corrió presuroso á su rebaño y escogió de lo mejor que allí tenía, dando para coocer á un doméstico una tierna becerra. Ignorábanse entonces las delicadezas de la mesa; no se cuidaban de escitar el apetito por la profusa diversidad de las viandas y por el lujo de los condimentos: el satisfacer la necesidad natural de comer no había llegado á ser objeto del refinamiento del arte. Una vianda común, abundante, sabrosa pero no variada, leche, becerro, tales fueron los manjares que se ofrecieron á los huéspedes de Mambré. Esto sería muy sencillo para época de refinamiento y de estudiada sensualidad, en que el precio de los objetos se mide sobre su rareza; pero fué un banquete magnífico en aquellos días de vida moderada y frugal en la que el hombre no había sujetado el ham-

bre misma á los artificios de la civilización. Tomaron los viajeros su comida debajo de la sombra regulada. Abraham estaba en pié para servirles en lo que necesitasen, dando á su familia el más bello ejemplo de respeto y de humildad.

En el siglo cuarto de nuestra era, mostrábase aún en Mambré un terebinto muy antiguo, que se decía haber abrigado bajo su sombra los huéspedes del gran patriarca. Todos los años, en la estación de verano, reuníase en los campos del contorno un inmenso concurso de pueblos, atraído por la religión y el comercio: cristianos, judios é idólatras acudían allí de todas las partes de la Arabia, de la Palestina y de las costas del Mediterráneo. El emperador Constantino hizo edificar allí una iglesia. Muchas generaciones de terebintos han pasado sobre aquella tierra, con las razas humanas y las revoluciones; pero dejando siempre, por decirlo así, un heredero de su celebridad y un testimonio de los antiguos días; pues aun en nuestros tiempos un terebinto, guardado por el respeto que le prestan los siglos que se van sucediendo, señala el punto en donde los enviados del cielo visitaron á Abraham.

Porque no eran en realidad hombres estos extranjeros sentados á la mesa hospitalaria de Abraham: eran unas formas humanas momentáneamente por espíritus celestiales. Llámase ángeles, es decir, mensajeros, estos seres superiores que descienden del cielo, su luminosa patria, para informarnos de algun suceso extraordinario, y que toman al pasar, sombras visibles y palpables, á fin de ponerse en relación con todas las exigencias de nuestra compleja naturaleza. Verdad es que Dios se revela por medio de la creación, que es como un libro abierto delante de nosotros, y por la conciencia humana, en la cual resuena su voz con acentos ya conocidos; pero él puede revelarse personalmente de una manera directa, cubriendo con un velo sus resplandores demasiado brillantes para nuestros débiles ojos, ó bien envinros embajadores que traigan su secreto con fidelidad, porque son inteligentes y con buen éxito, porque su sensible aparición previene ó disipa nuestras dudas y nuestra incredulidad. Así es como Abraham se veía iniciado en los misterios del porvenir.

Se ha negado con harta ligereza la posibilidad de estas apariciones, por el ser y descartado, pretesto de que la razón no las admita; causal que ha servido también para negar, no solo los misterios angustos de la fe, sino toda la existencia del mundo espiritual. Pero bastará la más obvia y sencilla reflexión para desvanecer como el humo ese miserable pretesto. Si los adelantados en el estudio de la naturaleza física, la invención de nuevos gases y su ingeniosa combinación producen maravillas en la mano del hombre, de modo que se hubiera hecho increíble en un siglo lo

que en otro se ejecuta con tanta facilidad, ¿quién negará al Autor supremo de estos elementos la sabiduría y el poder para combinarlos de modo que aparezcan á los débiles ojos del mortal bajo las formas más bellas y variados, aun sin faltar á las leyes esenciales de la materia, y por sólo una combinación oculta al limitado pensamiento del hombre? Según los sagrados espositores é intérpretes, no hay duda que los ángeles, formando un cuerpo del aire que los rodeaba, y mezclando en él algunas exhalaciones que pudiesen representar unos cuerpos sólidos, colores verdaderos, y la configuración de los miembros humanos, aparecían de este modo á los hombres, sin que éstos pudiesen discernirlo, y con la misma facilidad desaparecían. Los ángeles, pues, comieron por elección y voluntad, por manera que el alimento que tomaban se resolvía en un site sutilísimo, al modo que el sol resuelve en vapores y no convierte en substancia propia los humores que toma de la tierra. Según el águila de Hipona y el ángel de los doctores, no comieron aquellos ángeles sino en apariencia.

Siendo esta la primera vez que se hace mención en la Escritura santa de haber tenido el hombre conversacion con los celestes espíritus ó mensajeros de Dios, no parecerá inoportuno indicar rápidamente lo que nos dice la tradición acerca estas puras inteligencias, el terrible cisma que desplomó del cielo una gran parte de ellas después de creadas, y los restos de las diversas tradiciones de los pueblos primitivos que confirman la existencia de estos seres intermedios entre Dios y el hombre, ministros brillantes y ejecutores de su voluntad soberana. De otra parte nos parece cumplir así mejor nuestro objeto, que nos conduce á amenizar el relato bíblico con todo cuanto puede servir de grata é interesante doctrina.

Vamos, pues, á bosquejar con rapidez el primer crimen anterior al del hombre, de quien trajo el de éste su primera causa; primer origen de la existencia del mal, que tanto dió qué pensar á los antiguos filósofos, privados de la luz de la revelación. Como es imposible atribuir á Dios la causa del mal, véanse reducidos á esta terrible alternativa; ó á negar á Dios perfección absoluta, suponiéndole, á lo menos por algún tiempo autor del mal, ó á inventar un principio ó agente desconocido, rival odioso de la Divinidad, pero tan inteligente y poderoso para obrar el mal, como lo era al principio bueno para obrar el bien. He aquí el origen de tantos sistemas absurdos, de tantas desatinadas teorías, que no sabiendo á qué atribuir los males que inundan la tierra, hicieron cómplice de ellos á la Divinidad, la cual se fué multiplicando en otros tantos números, de los que unos hacían la felicidad y otros la desgracia del género humano.

Así es que las tradiciones idolátricas de todos los pueblos nos ofrecen, á mas de los cámenes ó divinidades superiores, seres intermedios dotados también de poder para hacer bien ó mal á los hombres, mensajeros ó ejecutores de los órdenes del cielo. Los egipcios honraban á los ángeles con un culto particular. Khoung-Tseu (Confucio) ha tratado de su esencia. Tseu-Sse, su nieto, lo refiere en su libro Tchoung-Young (el Invariable Medio). En la creencia de los calnuocs, se oyó una voz en lo alto y era la de los *Tengris*, que no cesan de velar en los destinos de los hombres: esta voz anunció que caería una lluvia abundante..... (el diluvio). Los persas piensan que los genios sabalernos tienen un poder absoluto en las cosas que Dios les ha confiado. Las diversas tribus de las orillas del Orinoco designan al demonio por un nombre propio que le da cada uno según la energía de su lengua. Los escitas reconocían la existencia de los genios, que llamamos ángeles. Los tracios admitían también estas inteligencias superiores. Los getas, los masagetas, profesaban en este punto una doctrina semejante. Resulta de los relatos de Olaus Magnus y de Jornandes, que los godos tenían la creencia general sobre los espíritus invisibles. Los celtas confesaban estos genios superiores, y practicaban ritos diversos en honor suyo. En cuanto á los griegos, su culto de los dioses secundarios, ó de los semidioses, no era mas que una alteración del dogma sobre las creencia que tenían de los egipcios, y de los traficantes de la Fenicia. El sabio Huet lo ha mostrado claramente. Tales y Pitágoras reconocían la existencia de las sustancias espirituales que obran en nuestra esfera. Y Platon, que muchas veces menciona la doctrina general de los espíritus invisibles, llega hasta hablarnos en el *Timeo* de su ángel familiar.

No solo la existencia de los ángeles forma parte de la ciencia tradicional de los pueblos, sino también su rebelion y su castigo. Los habitantes de las márgenes del Mar Bermejo de América, refieren que Dios crió seres invisibles que se rebelaron contra él, y que son sus enemigos, tanto como de los hombres; y les dan el nombre de engañadores mentirosos. Los californios septentrionales dicen: *El que es viviente ha criado entes invisibles, que se han rebelado contra él. Según los hindus "se separaron de la obediencia que le debían... dijeron entre sí: queremos mandar... engañaron á otros ángeles, y corrompieron la fidelidad de otros varios; el Eterno les advirtió de su crimen; pero ellos, que se lisongebun de ser independientes, persistieron en su desobediencia; el Eterno mandó entoncez echarlos fuera del cielo, y precipitarlos en el Onderah (el infierno), para sufrir en él tormentos continuos."* "En el tiempo en que hubo una disputa y una guerra entre los ángeles y los demonios, los

ángeles ganaron la victoria."—¹ "¿Qué diferencia va entre un *devo* (ángel) y un *dasava* (demonio), amigos por la naturaleza, el uno de la justicia y el otro de la iniquidad; el uno adherido á la virtud, el otro al vicio?"— Los escandinavos admiten los ángeles (*æsera*); reconocian tambien el combate que hubo entre ellos en el cielo, antes de la existencia de la tierra.— Los árabes llaman al jefe de los ángeles malos Iba (el refractario), Scheitan ó Satanás (el calumniador).—El sistema religioso tibetano-mongol incluye toda nuestra enseñanza sobre la caída de los espíritus rebeldes y su eterno destierro, después de una gran batalla, que se dió en el cielo.— Los mexicanos creían en el castigo de los malos por los demonios.— Los peruanos apoyaban esta idea con un horror grande á Satanás, á quien llamaban *Cupay*, no nombrándole sin escupir antes en señal de maldición.— La celta Grecia tampoco careció de esta tradición general. Esquiles habló de la caída de los ángeles rebeldes después de un combate.—Empédocles enseña que los malos demonios son castigados por el crimen que han cometido. Por fin, Eurípides, en su *Electra*, supone las pérdidas sugestiones de un genio maléfico.

Digase ahora de buena fé, ¿en qué mito, ni en qué sistema filosófico se haya resuelto ese gran problema de la naturaleza moral, sino en los libros de la religión cristiana? No nos ocuparemos ahora en la demostración de la existencia de aquellos espíritus, que fueron creados antes que el hombre. Esto pertenece á la parte dogmática de la religión, en la cual no es nuestro ánimo entrar. No haremos mas que presentar con toda la energía posible lo que la fé y la ciencia nos enseñan acerca la caída de los primitivos espíritus y su consiguiente depravación, que tan funesta fue á nuestra especie.

Quando dijo Voltaire con aquel aire de superficialidad y desprecio con que, á pesar de su talento, insultaba tantas veces el sentido común, que la caída de los ángeles era una vieja fábula de los Indios, no conocida de los judíos hasta el tiempo de Augusto y de Tiberto, lejos estaba de sospechar que esas mismas viejas fábulas de los indios y los demas pueblos orientales y septentrionales, no pasaría un siglo sin que apareciesen á la luz de la mas exacta crítica, como otros tantos vestigios de las primitivas tradiciones, y fuesen para el mundo filosófico nuevas é irrefragables pruebas de la verdad de los primeros dogmas enseñados por la única y verdadera religión, que data desde la cuna del mundo y que quedó completamente desarrollada por el cristianismo. Así es que, sin quererlo, añadió una prueba de mas de que el hecho de la caída de los ángeles era ya conocido tradicionalmente por los pueblos de la India; y, como acabamos de ver en el artículo que ha precedido, la caída del primer hombre y de

la primera mujer por instigación del espíritu maléfico ó por la astucia de la serpiente enemiga de nuestra especie, estaba extendida por todos los pueblos de la tierra. Mas la sola razón, vislumbrando apenas esta verdad tradicional por entre la densidad de los siglos, mal podía remontarse á una historia que casi no pertenece al tiempo, esto es, á la caída de aquel espíritu perfdido, por cuya envidia entro la muerte al mundo, como se lee en el libro de la sabiduría, mas de tres siglos anterior al reinado de Augusto. El profeta Zacarías, el autor del libro tercero de los Reyes, el del primero de los Paralipómenos, el libro de Tobias, y por remontarnos á mayor antigüedad, el de Job, conocido por los judíos mucho tiempo antes de la cautividad de Babilonia, y reputado por Voltaire anterior á Moisés, todos estos nos hablan del ángel rebelde, enemigo de Dios y del linaje humano. Su caída merece algunas graves reflexiones. Procurarémos, pues, que la fuerza de la imaginación no altere en lo mas mínimo, ni la integridad de la fé, ni la doctrina de la ciencia.

Habiendo resuelto Dios desde la eternidad el fecundar la nada por un acto espontáneo de su omnipotencia, crió ante todo las celestiales inteligencias, para ser glorificado en su adoración, en su amor y en su obediencia. Tal vez entró tambien en su designio valerse de estos allegados á la majestad de su trono, como de ministros ó mensajeros con otras criaturas inferiores, ó para hacer oír la voz de su poder á los diversos puntos de los espacios criados. Sin sondear ahora en el pensamiento eterno del Criador, lo cierto es que salieron de la nada por un acto de la voluntad divina millares de millares de inteligencias, en diversos grados de perfeccion, cuya naturaleza nos es desconocida, y de las cuales no podemos formarnos idea sino por lo que tienen de común con nosotros, que es la inteligencia y la libertad en el momento en que fueron criadas. ¿Cómo puede el hombre conocer al ángel, si tampoco se conoce á sí mismo!

En la caída, pues, de aquellos espíritus ó de parte de ellos, nada enseña la fé que repugne á la razón y la filosofía, antes bien, en su rápida y terrible historia reconoce el alma un fondo de verdad, y aquel poder infinito de convicción con que, satisfecho el entendimiento, halla un placer sublime en acatar las verdades de la religión y los misteriosos designios de Dios sobre sus criaturas. Sin chocar con ninguna contradicción ni extravagancia, reconócese en aquella gran catástrofe la grandeza, la bondad, la justicia de Dios, la ingratitude, el orgullo, la demencia de su criatura. En el fondo de nuestra condición miserable hallamos el gérmen de aquella malicia que el autor del mal supo comunicar á nuestros pro-

genitores, y de que nosotros tan sensiblemente participamos. Todo se enlaza, pues, en la historia de nuestras miserias.

Toda criatura racional y libre puede pecar; y si fuese impecable, sería un don de la gracia, mas no una condicion de su naturaleza. Solo Dios es por naturaleza impecable. Nada mas claro á los ojos de la razon. Dios es el tipo de todas las perfecciones que forman parte de su esencia. Las tiene, pues, de necesidad, y ninguna otra criatura puede tenerlas sino por voluntad de Dios. Y como ésta es tambien inseparable de la justicia, no quiero dar á nadie la fruicion de su gloria sino por premio ó corona, y no puede darse premio sin mérito. Los capíritus, pues, se hallan en este caso. Cíelos Dios con pleno conocimiento del bien y del mal, y con plena libertad para escojer, para que su amor, su obediencia y sumision fuese en ellos efecto de una eleccion libre, y un acto de mérito para hacerse dignos de la recompensa de los cielos.

Los ángeles no tenían pasiones como los hombres, que seducidos por la apariéncia de las cosas, pueden engañarse en la eleccion del verdadero bien. En el hombre puede caber la ignorancia y la duda, y de ella aparece que fué capaz aun en el estado de su inocencia, cuando dijo nuestra primera madre reconvenida por Dios: *la serpiente me ha engañado*. Mas el ángel, conociéndolo todo, no podia alegar engaño ni ignorancia en su eleccion, ni arrepentirse de ella. Un acto meritorio le bastaba para fijar eternamente su destino. Tenian delante de sí el abismo de la eternidad para ser felices ó desgraciados. Escojer debían entre el reconocimiento y la ingratitude, entre la sumision y la rebeldia.

En aquel momento formidable la inmensa creacion angelica quedó dividida en dos partes aunque desiguales. Entre aquella gran multitud de espíritus, se verificó lo que debia verificarse despues en la creacion material. Dios separó la luz de las tinieblas. Una gran parte de aquellos espíritus, viéndose tan bellos, osaron enamorarse de sí mismos y negar á Dios la obediencia y la sumision. Los otros empero obedientes, humildes, fueron confirmados en su gracia. Mientras los unos, abusando del libre arbitrio, lo convirtieron todo á sí mismos por una culpa imperdonable, los otros, ardiendo por la gloria de Dios y queriendo vindicar su justicia, rodearon como un ejército brillante el trono formidable del Altísimo. Diose entonces aquella misteriosa batalla que describe el estático apótol en su arcanoso libro de la *Revelacion*, y á cuya comprension no alcanza nuestro pensamiento, así como no alcanza á su pintura nuestro lenguaje. "Hubo, dice, en el cielo una gran lucha. Miguel y sus ángeles combatian contra el dragon, ó Lucifer: éste y los suyos peleaban contra aquel; pero éstos quedaron vencedores, y desde entonces no han vuelto á aparecer en el cielo." En aquel instante nació el abismo eterno para sepultar

aquellas inteligencias rebeldadas, mansion de privacion y de dolor, de horror y de desesperacion, en donde las almas de los hombres que obraron la iniquidad serán tambien arrojadas para llorar eternamente y sin esperanza su perdida felicidad.

El alma del hombre, al separarse del cuerpo, se halla en el caso mismo del ángel en el momento en que fué criado. Fijado queda para siempre su destino, porque no puede ya merecer. Hay un punto en que el Criador juzga irrevocablemente á su criatura. En los puros espíritus que, segun la opinion mas probable, pecaron luego despues del momento de ser criados, se verificó aquel juicio irrevocable en el instante de su caída, así como se verifica en el hombre en el instante de la muerte. He aquí una fuente inagotable de reflexiones importantes sobre la justicia de Dios y el destino del hombre. Mas volvamos á los ángeles rebeldes.

El ángel pecó queriéndose igualar á Dios, no por equiparacion absoluta, sino por semejanza. No podia querer lo primero, pues conocia la imposibilidad de conseguirlo. No podia ser Dios sin dejar de ser lo que era: sus deseos, pues, no podian dirigirse á la mutacion de su esencia. Tampoco podia pecar por aspirar á mayor perfeccion de la que tenía, porque todo ser criado puede aspirar á mayor perfeccion, y cuanto es mas perfecto, mas se asemeja á Dios. Su crimen, pues, fué en el objeto y en el medio. En el objeto, porque no aspiraba á ser mas perfecto para complacer á Dios y ser mas digno de su amor, sino para engrandecerse á sí mismo y satisfacer su vanidoso y sacrilego orgullo. En el medio, porque aspiraba á ser mas perfecto por su propia virtud y no por la del Criador. Hé aquí el pecado de la criatura. En la caída del ángel, pues, vemos en compendio nuestras pasiones delinquentes y el germen funesto de todas ellas: el orgullo y el amor esclusivo á sí mismo, fuente de la rebelion y de todas las iniquidades.

Isaías describe la caída de Luzbel en la persona del rey de Babilonia. "¿Cómo caiste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitando por tierra, tú que fuiste la ruina de las naciones? ¿Tú, que decias en tu corazón: escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el monte del testimonio, al lado del Septentrion? Sobrepujé á las nubes: semejante seré al Altísimo. Mas ¡ay! fuiste desplomado al hondo abismo del infierno!"

Ezequiel pinta la misma caída en la persona del rey de Tiro. "Hijo de hombre, dí al principe de Tiro, esto dice el Señor Dios: porque se ha engraido tu corazón y has dicho: Yo soy un Dios, y sentado estoy cual Dios en el trono, en medio del imperio de los mares, siendo hombre, y te has creído dotado de un entendimiento como de Dios. . . . Esto dice

el Señor: porque tu corazón se ha ensalzado como si fuese el de un Dios, por esto mismo hará venir quien destruya tu sabiduría y tu gloria."

Este es el rey, dice Job, sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Fue aquel rebelde principio de las vías de Dios! San Lucas dice: "Vi á Satanás como un relámpago que cae del cielo," y San Juan: "Aquel fue homicida desde su principio." Ezequiel exclama: "Los cedros no fueron más altos que él, y toda piedra preciosa era su vestido." Y San Pablo, escribiendo á los de Tolosá, hablando del Anticristo, dice con su acostumbrada profundidad: "Para que sentado en el templo de Dios, se ostente como si fuese Dios. Y si este, no siendo más que un miembro, tanto se enarrece, ¿cómo se engerreirá su cabeza?"

Pero donde se conoce mas especialmente el espíritu de soberbia del ángel tentador, es en la pretension de inspirar este deseo sacrilego hasta en la criatura humana. *Scrta como Dioses*, dijo á Eva. Fácil es inducir de aquí, que este deseo immoderado de asemejarse á la Divinidad por una secreta y orgullosa envidia á sus esenciales prerrogativas, fué el gran crimen del espíritu rebelde. No contento con haberlo apetecido, le inspiró también á nuestros primeros padres, para que cayese igualmente sobre estas incautas criaturas y su desdichada posteridad, el castigo eterno y espantoso que sobre él habia caído, pues uno de sus mayores tormentos era el ver la felicidad de otras criaturas que le eran inferiores en perfeccion.

La soberbia, pues, y la envidia son los vicios privativos del demonio, bien que, como á reato de culpa, es capaz de todas las mas viles pasiones. Mas conviene observar de paso que, brutal ó avariento, muelle ó ambicioso, no se deleita como el hombre por un sentimiento de su doble naturaleza, sino que su feroz placer consiste en alegrarse del mal del hombre, cuando le ha hecho esclavo de estos apetitos impuros, de que él no es capaz por su naturaleza.

Así es como, introducido ya por la culpa sobre la tierra, y multiplicado, por decirlo así, en sus innumerables secuaces, se hizo adorar del hombre bajo la forma y el aliciente de aquellas pasiones funestas con que le habia perdido al principio. Procuro borrar la imagen de Dios en el corazón de la criatura, y sustituir la suya bajo apariencias seductoras. Sus templos se desplomaron por la viva palabra de Dios, descendido visiblemente al mundo; y si bien quedó destruido el imperio absoluto que sobre el hombre tenia, con todo, debiendo el hombre para merecer tributar de sus sugestiones, le ha quedado el funesto permiso de tentar á la criatura para probarla; y si ya no es adorado como Dios, á lo menos se trasfor-

ma en las pasiones mismas para seducir á los infelices mortales, y haciéndoles cómplices de su iniquidad, hacerles compañeros de su castigo.

Antes de Jesucristo era adorado casi por todo el mundo, y su imperio volverá á estenderse antes que el mundo espire; mas será de poca duracion.

Estos espíritus de soberbia, no fueron naturalmente malos, como sostenia Porfirio. Un tal supuesto argüiria en el Criador imperfeccion, impotencia, ó injusticia. Fueron criados buenos, y tornaron malos por su propia malicia y voluntad. Lo contrario repugna la razon, y es condenado por la Iglesia.

Los ángeles malos, pues, fueron buenos en el instante de su creacion, así como fué bueno el hombre en el estado de inocencia, pues ninguna criatura sale mala de las manos de Dios. Aun mas, fueron capaces de merecer, por la gracia de que les revisió el Criador, pues criándolos para su gloria, debia criarlos con toda la capacidad necesaria para ser dignos de dársela, como los demás ángeles que lo fueron. Mas al punto, ellos mismos impidieron su felicidad, declinando su libre albedrío del fin para que fueron criados. La opinion mas comun es, como hemos ya insinuado, que luego despues del momento de su creacion pecaron, pues un solo acto meritorio les bastaba para merecer la bienaventuranza. Tres instantes, pues, pudieron bastar para esta terrible historia, que no ha de circunscribirse en los límites del tiempo. En el primer instante todos fueron buenos: en el segundo hubo distincion entre buenos y malos: en el tercero, cada uno habia recibido su merecido. Aquellos instantes de los espíritus son para nosotros tan incomprensibles como la misma eternidad.

La pena de los ángeles malos es muy difícil de comprender para un mortal. Sin embargo, por la idea que tenemos de la justicia de Dios, y por los efectos del pecado, que por desgracia experimentamos en nosotros mismos, podemos columbrar cual debia ser el castigo de la soberbia rebelde en aquellas inteligencias, cuyo primer acto, debiendo ser un himno de amor, de amor y de gratitud, fué un grito infame de insurreccion y de orgullo. El conocimiento natural que de las cosas tenían no se les quitó, por ser inherente á su naturaleza; así como al hombre delincuente no le fué quitada la razon natural, sin la que dejaria de ser criatura racional. Tampoco se les debió privar del conocimiento de las cosas reveladas hasta aquel punto, en que este conocimiento es ya una fruicion de gloria, una beatitud. Debieron conocerla especulativamente para que viesen todo el horror de su ingratitude y de su infamia, toda la bondad y belleza de aquel Dios á quien habian para siempre perdido, y que solo conocian ya por el odio, no por el amor. Aquella parte, pues, del cono-

cimiento revelado, que podemos llamar efectivo, que encierra el amor de Dios y el don de la sabiduría, que forma las delicias inefables de toda criatura inteligente, de éste, no hay que dudarlo, fueron privados enteramente. El conocimiento que tienen de Dios, como que no se refiere á su gloria, es llamado *trichlas, noche*. No les fué dado el claro conocimiento del reino de Dios, pues á haberlo conocido, no hubieran crucificado la gloria de Dios, al modo que los insensatos mortales crucificaron por esta ignorancia fanésta á su Criador humanado. Así es que se engañan algunas veces, y su conocimiento puede llamarse ignorancia, comparada con la de los espíritus puros.

Quedóles también por eterno castigo la obstinacion en el mal, tormento incomprensible y espantoso, en que la voluntad, como á pesar suyo, se obstina en un mal, cuyo horror y gravedad conoce el entendimiento. La voluntad angelica fué libre antes de la eleccion en inclinarse al bien ó al mal, á la justicia ó al delito; mas una vez fijada, no muda jamás. Este mesplicable tormento será también el de los réprobos con el odio que tendrán á Dios, á quien conocerán lo bastante para sentir toda la desdicha de la fatal necesidad de abhorrecerle. El dolor, pues, no como pasion humana, sino como acto indispensable de su voluntad, es y será el suplicio de los espíritus infernales. Quisieran lo que no es, y no quisieran lo que es. Vense privados de la beatitud que apetezen por su naturaleza. Creen y se estremecen. No se duelen del mal de la culpa, no son capaces de un solo acto de arrepentimiento, ni de un suspiro de amor, porque entonces sería buena su voluntad. Duélese, si, del mal de la pena, conocen su inmensa desgracia, y privados del amor que pide perdon, y de la esperanza que consuela, sufren con rabia el peso insufrible de una existencia que siempre renace; y conociendo la felicidad del cielo, braman atormentados por una sed de gozar que les devora de continuo, en cuya comparacion el volver á la nada sería una felicidad suprema. El diablo, dice, Isaías, será roído por el dolor de corazon, y ahullará por contricion de espíritu. Y el autor del Apocalipsis añade, que arrojado á un estanque de llamas, será atormentado por los siglos de los siglos.

Al momento de pecar, los ángeles pécitos fueron arrojados del cielo, y se hundieron en el abismo. Mas no podemos negar que, desde el pecado del primer hombre, Dios les permitió salir de allí, para probar á la criatura. Pidieron á Dios, dice San Lucas, que no los metiera en el abismo, teniendo por gran pena el no hallarse en un lugar en donde no pudiesen saciar su envidia dañando al hombre; y añade San Marcos, que rogaban á Dios no los espeliese fuera de esta region. Parece, pues, indudable, que hasta el último dia permite el Señor á estos malignantes espí-

ritus, á esas *potestades de los aires*, vagar por el espacio para tentar al hombre viador, aunque sea su propio lugar el abismo en que fueron sepultados. Y así como, siendo el cielo el lugar de los ángeles buenos, no disminuyen éstos su gloria, viniendo á nosotros; así tampoco disminuyen de pena los malos, vagando por el aire caliginoso, por permiso de Dios, para ejercitar á los hombres. Llevan siempre además consigo la llama del infierno. Sus propios tormentos les siguen. Ellos recorren este vasto globo, donde por su perfidia introdujeron el llanto y la desgracia. En vano asoma á sus labios una foroz sonrisa, cuando hacen cuer nuevas victimas con sus engaños, y arrastran nuevas criaturas á su eterna desventura. Ellos sienten á veces aquellas cadenas invisibles con que los tiene amarrados el Omnipotente, y con que detiene cuando le place la audacia de su vuelo. Dios reside en el mundo, y su eternal dedo les señala como á las olas la linea hasta donde pueden llegar. Y ellos obedecen estremecidos.

Noa parece haber desenvuelto algun tanto la doctrina de la fé y de la ciencia sobre la caída de los ángeles rebeldes; y, sin apartarnos de la misma senda, no creemos que se nos acerque el condensar ahora algun tanto con la imaginacion. No hay duda que las dimensiones colosales que ofrece el cuadro que acabamos de delinear, ha abierto al genio un vasto campo de invencion ideal, que sin tocar á la fé, ni al fondo de la tradicion, ha contribuido á presentar con mas viveza á nuestros ojos aquellos misteriosos acontecimientos. Los que declaman contra aquella poesia que, respetando la fé que adora, le presta sus bellezas y sus gracias, para hacerla mas amable á los ojos de los hombres, ¿no han advertido que la religion y la Iglesia, que es su depositaria, permite á la poesia de las artes que materialice, por decirlo así, en nuestros mismos templos los mas altos misterios? ¿Qué es si no una poesia, ó sea una figura sensible del mas elevado de los misterios la representacion de la adorable Trinidad? ¿Podemos acaso presentar sino por símbolos los espíritus, sus calidades, y aun los misterios mismos que creemos y adoramos? Exceptuando la presencia real de Jesucristo, ¿qué otra cosa hay en nuestros templos sino geroglíficos sagrados? La virgen, el santo, el ángel, las luces, el incienso, producen en nosotros impresiones materiales para elevar nuestro pensamiento á lo sobrenatural: los sacramentos mismos son señales sensibles de la gracia invisible que se nos comunica por los méritos del Redentor. Por esto todas las artes han colgado ante las aras de la religion sus mas brillantes trofeos. ¿Y cómo podria dejar de hacerlo nuestra imaginacion y nuestra alma, en donde reside toda la hermosa del universo? Éste es cabalmente parte de nuestro objeto: que la ciencia y el genio res-

peten la religion por gusto, y despues la amen y la adoren por necesidad.

Milton es quizás entre todos los ingenios el que supo sacar mejor partido de lo que sabemos acerca de la caída de los ángeles. Haciéndola entrar como un episodio magnífico en su *Paraíso perdido*, toma de ella el carácter que atribuye al monarca del infierno y á todas sus acciones, hasta haber completado la perdición del hombre. En la descripción de su carrera, cuando, saliendo de su abismo, va al descubrimiento de la creación, hay rasgos inimitables de imaginación, que en nada ofenden á la razón y á la fé. Todo respira aquella inmensidad que existe realmente en los espacios, y de que no podemos formarnos idea sino por palabras negativas. Sobre todo, toma el carácter de Satanás, del espíritu de soberbia y de ambición de reinar, inseparable siempre de la rebelion y del crimen. Oigamos al príncipe de las tinieblas desde lo alto de las montañas de fuego, donde contempla por primera vez su imperio. "Adios, campos dichosos, que habitán las delicias inmortales! ¡Horrores, yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo, recibe á tu nuevo monarca! El te trae un espíritu, á quien jamás mudarán los tiempos y los lugares...." Observad luego el lenguaje de la ambición y de la rebelion castigada pero no arrepentida: "A lo menos aquí reinaremos: propio es de mi ambición reinar, aunque sea en los infiernos." ¡Cuánta filosofía, cuán inmensas aplicaciones encierran estas pocas palabras!

Véamos cómo describe Satanás, en medio de su infernal consejo: "Sus formas conservaban una parte de su esplendor primitivo: no era menos que un arcángel caído: su excesiva gloria algun tanto oscurecida. Así como cuando luce el sol al salir, despojado de la majestad de su rayos, echa una mirada horizontal por entre las tinieblas de la mañana, ó como en un eclipse, oculto detrás de la luna, esparce sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el miedo de las revoluciones; así aparecía el ángel oscurecido, pero resplandeciente aún, sobre todos los compañeros de su caída. Su rostro, sin embargo, estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus mejillas descoloridas."

Mas donde se marca con mas viva precisión el carácter del espíritu piceito, es cuando, escapado del abismo, y sobre el umbral de la tierra, se desespera contemplando las maravillas del universo, y dirige al sol su palabra.

"Oh tú, que coronado de una gloria inmensa, dejas caer tus miradas, como el Dios de aquel nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tú, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas: yo te dirijo mi voz, pero no una voz anóna: pronuncio tu nombre sola-

mente, oh sol, para decirte cuánto aborrezco tus rayos: ¡ellos me recuerdan la altura de que he caído, y cuán glorioso brillaba yo en otro tiempo sobre la esfera! ¡El orgullo y la ambición me han precipitado! ¡Me atreví en el cielo mismo á declarar la guerra al Rey del cielo! ¡No merecía esta correspondencia el que me había criado en la eminente clase en que me hallaba.... Viéndome tan elevado, me desentendí de obedecer así que un paso mas tan solamente me colocaría en el estado supremo, y me aliviaría en un instante de la carga inmensa de un reconocimiento eterno.... ¡Ah! ¡Por qué su voluntad omnipotente no me hizo nacer en la condicion de algun ángel inferior? Aun hoy seria yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambición con una esperanza sin límites.... ¡Desdichado! ¡Dónde he de huir de una cólera infinita y de una desesperacion sin límites? El infierno se halla en todas partes en donde yo estoy: yo mismo, yo soy el infierno.... ¡Oh Dios! ¡mitiga tus golpes! ¡No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la misericordia, ninguna fuera de la obediencia? La soberbia me lo impide, ¡qué vergüenza para mí delante de los espíritus del abismo! ¡No los seduje yo, prohibiéndoles la sumision, cuando me atreví á jactarme de subyugar al Todopoderoso? ¡Ah! en tanto que ellos me adorán sobre el trono de los infiernos, ¡qué poco saben cuán caras pago aquellas soberbias palabras, cuando gimo interiormente bajo el peso de mis dolores!... Mas si yo me arrepintiese, si por un acto de la gracia divina subiese á mi primer estado, ¡cómo sucedria que un lugar eminente escita altos pensamientos, y cuán pronto quedarán desmentidos los arrepentimientos de una fingida sumision!.... El lo sabe, y está tan lejos de concederme la paz, como yo de pedirselo.... ¡Adios, pues, esperanza, y adios contigo, temor y remordimiento! ¡Todo se perdió para mí; ¡Desdicha, sé mi único bien! Por tí dividí á lo menos el imperio con el Rey del cielo: ¡aun tal vez dominaré yo mas de una mitad, como en breve lo experimentarán el hombre y este mundo reciente!"

En este bellissimo fragmento se advierten los rasgos característicos del ángel tenebroso, sin separarse de lo que enseña la mas estricta teología acerca del castigo de los espíritus rebeldes. El bramido de la envidia, de la obstinacion y de un dolor desesperado, el odio reconcentrado contra Dios, el feroz remordimiento del orgullo y la vanidad, buscando satisfacerse en la misma humillacion, tales son los oscuros y horribles coloridos con que pinta el poeta á esta rebelde y humillada inteligencia. Bosquejando al mismo tiempo el cuadro de las pasiones humanas en su mayor perversidad, tal vez formaba un tipo ideal de aquellos vicios desastrosos é insaciables, que vein con dolor desolando su patria, y que vemos re-

peridos por desgracia en todos los siglos y muy especialmente en el nuestro.

El hombre parece haber participado infortunadamente de aquel orgullo indomable que llenó los ciclos de escándalo, y que con la funesta fruta hizo entrar en su corazón aquel espíritu frenético de soberbia y de loca independencia hasta de su Criador: origen funesto de todas las calamidades que aquejan al mundo.

Mas del mismo modo que no aprobamos la opinion de los que quisieran eterno divorcio entre la religion cristiana y las gracias de la imaginacion, cuando sin imitar en lo mas mínimo lo que la fé nos enseña, solo se pretende dar mas viveza y atractivo á sus mismas verdades, y sensibilizarlas de un modo digno y decoroso; declamaremos altamente contra los que, sin conocer el espíritu de la religion, ni haberlo consultado en los libros santos, ni en la historia de los siglos, se valen de ella como de un mito cualquiera, alterando ó profanando sus sagrados dogmas, su verdadera moral, y el carácter de las virtudes que manda practicar. Quien no ame la religion, que no toque á ella. Es preciso estar poseído de los sentimientos que inspira, para hablar de sus misterios, aunque sea en poesia. No es la primera vez que emitimos esta verdad, y ahora hemos aprovechado la oportunidad de repetir. El genio ha de servir á la religion, y no la religion al genio; y tiempo es ya que, después de ser el divino cristianismo el juguete de los sistemas y de las escuelas que se disputan el imperio voluble y momentáneo de la opinion humana, se acercara á aquel momento feliz en que la religion santa, tan escarnecida en la tierra, domine sobre todos los corazones, reinando al mismo tiempo sobre todas las bellezas del pensamiento, en la filosofia, en la poesia y en el arte.

Faltanos tocar un punto delicado, acerca de la caída de los espíritus angelicos; y es el columbrar si fué mayor el número de los que cayeron, ó de los que quedaron. Es muy natural el presumir, que queriendo crear Dios á los ángeles para su propia gloria, ó mejor dirémos, para que ésta se manifestase, pues el Supremo Ser estaba ya bastante glorificado en sí mismo, no hubiera resuelto la creación de aquellos espíritus, viendo en su soberana presciencia que el número de los rebeldes y proscritos habia de ser mayor que el de los obedientes y premiados. Esta conjetura, fundada en la razon, la vemos confirmada en lo que nos dice el apóstol profeta, en su arcaico libro de la *Revelacion*. El Dragon arrastró consigo la tercera parte de las estrellas, y las arrojó á la tierra. El gran escándalo de Luzbel arrastró consigo innumerables legiones de espíritus, que se rebelaron en aquel mismo momento. El pecado, pues, del primer án-

gel fué para otros causa de pecado, no por coaccion, sino por induccion. ¡Tan cierta y universal es aquella terrible verdad, pronunciada despues sobre la tierra por aquel mismo que es la verdad Eterna: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas ved castigado en el mismo punto el orgullo de los innumerables seducidos. Si el amor á una loca independencia les hizo rebelarse contra Dios, quedaron en el mismo momento esclavos del primer ángel pecador. Rehusaron doblar á Dios la rodilla, y quedaron despues gimiendo bajo la tirania de un semejante á ellos, el jefe de las legiones infernales. ¡Qué leccion para todas las inteligencias creadas!

En sentir, pues, de los Santos Padres que tratan sobre la materia, muchos mas quedaron que cayeron. Asi parece que lo exija la mayor gloria del Criador, y asi lo declara la voz del santo desterrado en Patmos. Los millares de millares que asisten ante el Cordero de Dios y le sirven y le glorifican incesantemente, manifiestan la inmensidad de aquella creación resplandeciente que quedó rodeando el trono de Dios. Si la imaginacion se pierde, recorriendo nun mas alta de la tierra los astros sin número, cuya direccion puede muy bien Dios haber confiado á estas puras é innumerables inteligencias, ¿quién podrá ni aun por sombra calcular la fulgurante muchedumbre de espíritus bienaventurados que engrandecen el poder y la majestad de Dios, en donde reside principalmente su gloria, la adorable humanidad del Verbo, y la inmortal corona de los escogidos.

Concluyamos con una bella observacion que encierra al mismo tiempo una filosofia profunda, y que nos ha sugerido un gran número de reflexiones importantes. Dicen algunos autores que el primer ángel que pecó es llamado querubin (*ciencia*) no serafin (*ardor*); añadiendo que de serafines y tronos, que están mas íntimamente unidos á Dios, no se dice que haya demonios.

De esto puede inferirse, que no de amor ni de proximidad á Dios nació el pecado, sino de ciencia y de poder, como mas susceptibles de orgullo, y mas comunes al bien y al mal. La caridad, ó sea el amor á Dios, es mas difícil que ceda á las sugestiones del orgullo, y que se decida á romper los dulces y fuertes vínculos que le unen con su objeto, porque tiene su raíz en el corazón. El poder, empero, y la sabiduría son mas capaces de envanecerse y de olvidar el origen de donde proceden. El poder propende á la altivez y á la ambicion, cuando el sentimiento que inspira no va unido con la humildad y el reconocimiento. La sabiduría reside en el entendimiento; y aunque parece debiera ser la mas distante del error, por el mayor conocimiento que supone del bien y del mal, no obstan-

te es la mas capaz para engrair el espíritu y cegarle infelizmente, obscureciendo su propia luz con las tinieblas de la soberbia.

En las inteligencias humanas vemos con frecuencia a los grandes talentos desvanecerse y caer impelidos por aquel espíritu de soberbia que hundió en la noche eterna á las grandes lumbreras del firmamento. Vemos tambien á los poderosos, olvidarse de aquel de quien viene todo el poder; y aun volver el suyo contra Dios mismo. Parece que los humanos prescinden de tributar al Dispensador Supremo el tributo de su pensamiento y de su corazon. Pero la caridad, la humilde y ferviente caridad, aunque no brille tanto sobre la tierra como la llama del genio, es un fuego sagrado que no se consume, y arde siempre como un holocausto puro en la presencia del Criador. ¡Serafines de la tierra! ¡Almas humildes y amantes que os alimentais suavemente de la caridad! ¡El mundo no os conoce, ni os merece; pero vosotros deteneis tal vez la mano de Dios alzada contra él para vindicar su justicia! En este siglo hemos presenciado grandes caídas de genios que parecian encumbrados como el ángel soberbio en lo mas alto de la region intelectual, y creados para defender sobre la tierra el trono del Altísimo. Mas un soplo de orgullo les desplomó de aquella eminencia brillante en que aparecian sublimados; mientras que vosotros, ángeles en carne por el amor, habeis permanecido fieles, porque no buscáis vuestro propio engrandecimiento, ni estais tan á riesgo de olvidaros de que lo debéis todo al que os crió. Una sola de vosotras que hubiese caído, almas de la caridad, hubiera sido un presagio mas funesto para la religion; que la caída de esas hinchadas inteligencias que asombran al mundo, pero que, faltándoles la alas de la caridad, no pueden remontarse hasta el cielo.

Dijimos poco hace, que por medio de aquellas celestes mensajeros Abraham se veia iniciado en los misterios de lo futuro. Aquellos huéspedes, pues, que le preguntaron donde estaba Sara, Bien fuese que las costumbres del tiempo, y del país no permitiesen á Sara estar á la presencia de los extranjeros, bien fuese que la llamasen fuera de allí, los cuidados de la hospitalidad; pero, sea como fuere, no se hallaba distante de allí, y las palabras de la conversacion podian muy bien llegar á sus oídos. "Ahí está en la tienda" respondíoles Abraham. "Dentro de un año, por este tiempo, añadió uno de los augustos peregrinos, volveré yo á visitaros, los dos estareis con vida, y Sara tu muger, tendrá un hijo." Oyo Sara estas palabras, y pensando en su avanzada edad, se cubrió secretamente de la propuesta, pues separada de los viajeros por la puerta de la tienda, no podia ser vista. Y dirigiéndose uno de ellos á Abraham, le dijo: "¿Por qué se ha reído Sara, diciendo para si misma: ¿En mi edad, habré de poro

un hijo? ¿Hay acaso nada difícil para Dios? Al plazo señalado volveré á vosotros en este mismo tiempo; las dos estareis vivas, y Sara tendrá un hijo." Asustada Sara con esta reprension, lo negó diciendo: No he reído. No decís verdad repuso el interlocutor, vos habeis reído. Sara miraría sin duda á sus huéspedes como simples hombres, y aquella risa nada tenia de impío; pero cometió una falta en mentir, pues jamás debe negarse la verdad, aun cuando su confesion infunda algun temor. La mentira mancha los labios como una espuma impura, y nunca puede traer sino una utilidad pasajera y despreciable; pero la verdad sublima hasta ella y cubre con un reflejo de su hermosura á los que no le son traidores, y este honor es siempre por último resultado nuestro mayor interés. Aun cuando la confesion sea de una falta, es un acto de humildad y de reconocimiento de nuestra propia flaqueza, y este acto revela siempre una alma recta.

La risa de Abraham, á las palabras del extranjero, no fué de duda ni de desconfianza, y por esto no fué culpable; fué mas bien la sonrisa de la admiracion y de la alegría, pues vislumbró en aquellas palabras proféticas algunos de los designios que Dios tenia sobre él y sobre su posteridad.

Levantáronse los ángeles para continuar su viaje. Abraham quiso acompañarlos y anduvo algun tiempo con ellos en direccion á la ciudad de Sodoma. En esta ocasion quedó instruido anticipadamente el patriarca del castigo preparado á los corrompidos moradores de Pentápolis, y sostuvo con su celeste interlocutor aquel dialogo de una sublime familiaridad, en el que se revela toda la ternura paternal que pone Dios en el gobierno del mundo, y toda la confianza filial que pueden poner en Dios los hombres. Hay una voz en los crímenes que llega hasta el cielo, y hace descender de allí la venganza lenta pero inevitable: así como hay una voz en las acciones del justo, que aplica la indignacion de Dios y desarma su airado brazo.

El Señor, como hablando consigo mismo, levanta como el velo á sus propios designios y manifiesta los motivos de su revelacion á Abraham sobre la catastrofe de Sodoma. "¿Cómo es posible, dice, que yo oculte á Abraham lo que voy á ejecutar, habiendo él de ser cabeza de una nacion grande y fuerte, y benditas en el todas las generaciones de la tierra? Cónstame que mandará á sus hijos y á su familia despues de ai, que guarden el camino del Señor y obren conforme á rectitud y justicia, para que cumpla el Señor por amor de Abraham todo cuanto le tiene prometido;" como si dijera: Yo, que doy á Abraham vuestras tan particulares de cariño, y que le trato como á mi intimo amigo, ¿podré ocultarle el singular

escarmiento que voy á hacer con estas ciudades de pecado? Interésale mucho esta noticia, porque tiene un sobrino en medio de ellas. El ha de ser padre de muchos pueblos, segun la carne, y padre de todas las naciones por la fé; cuidará mucho de instruir á sus hijos en mi temor, y proponiéndoles este ejemplo de mi justicia, hará que caminen conforme á mis leyes y á mi beneplácito." Al momento descubre el Señor á Abraham por medio de su ángel la revelacion terrible. "El clamor de Sodoma y Gómorra va creciendo mas y mas, y su crimen ha llegado hasta lo sumo." A la fatal amenaza, el patriarca lleno de candor y de confianza en Dios, tantea aplacar su indignacion por la mediacion de los justos, y pregunta: "¿Si se hallan cincuenta justos en la ciudad, habrán de perecer? ¿Y no perdonarás á todo el pueblo por amor de los cincuenta justos si se hallaren en él?—Si yo hallo cincuenta justos en Sodoma, á causa de ellos yo la perdonaré." Y Abraham, humillandose á la presencia de Dios, y reconociéndose polvo y ceniza, adelanta sus preguntas:—Yo hablaré mas al Señor, toda vez que ya he empezado. Y si se hallaren cuarenta y cinco justos, ¿que sucederá?—No destruiré la ciudad.—¿Y si hubiere cuarenta?—Detendré mi brazo.—¿Y treinta?—Me contendré.—¿Y veinte?—No perderé á Sodoma.—¿Y diez?—La perdonaré." Abraham guardó silencio, desapareció la vision, y el volvió á Mambré.

Por la tarde llegaron á Sodoma los tres viajeros, y pudieron convenirse por sí mismos que la iniquidad habia allí llegado hasta el colmo. Loth estaba sentado á las puertas de la ciudad, y al verlos se levantó, y salió á recibirlos, y los adoró, inclinándose hacia tierra. Y dijo: Os ruego, señores, que vengáis á la casa de nuestro siervo, y os hospedéis en ella: lavareis vuestros piés, y á la madrugada proseguiréis vuestro viaje. Y respondieron, no; pues nos quedaremos á descansar en la plaza.

Loth no podia consentir en dejar aquellos nobles personajes en la plaza pública: les instó de nuevo, y obligóles al fin á que se encaminasen á su casa, y entrados en ella, les dispuso un banquete con la misma sencillez con que se lo habia ofrecido su tio Abraham; coció panes sin levadura, y cenaron.

Los perversos moradores de aquel pueblo habian reparado en los tres gallardos mozos á quienes Loth acababa de dispensar su hospitalidad. Cercaron, pues, la casa donde se albergaban, exigiendo de Loth que se les entregase para sociar sus pasiones infames. El atribulado sobrino de Abraham rogó á la turba amotinada que se abstuviesen de tanta maldad. Mas ¿quién contiene á una muchedumbre ávida de maldad y de crímenes? Sonaron á los oídos de Loth las mas horribles imprecaciones y amenazas, forcejeando la puerta para arrancar con violencia brutal á

los aislados extranjeros. Los huéspedes por su parte salieron á la defensa de Loth, y alargando la mano, le encerraron dentro de la casa. Entonces los celestes mensajeros hicieron uso de su poder y castigaron á la chusma inmunda con la ceguera del cuerpo, ya que tan tenebrosa tenian la del corazón. No pudieron, pues, los amotinados dar con la puerta, y Loth y sus huéspedes se vieron libres de sus brutales amenazas.

Dijeron éstos en seguida á Loth: ¿tienes aqui alguno de los tuyos, yerno, hijos ó hijas? Sacalos, pues, todos de esta ciudad porque el Señor nos ha enviado para arrasar este lugar nefando, contra cuyas maldades el clamor hu subido hasta el cielo.

Fué Loth ha encontrar á los que habian de tomar á sus hijas por esposas, anunciándoles el riesgo terrible é inevitable en que se hallaban, y el golpe de esterminio que iba á descargar sobre aquel pueblo de iniquidad; pero ellos lo tomaron á chanza y no quisieron moverse. Al apuntar el alba, los ángeles daban prisa á Loth para que saliera con sus hijas, no fuera que quedase envuelto en la universal ruina; pero Loth no sabia acabar de resolverse á practicar lo mismo que habia procurado persuadir á sus futuros yernos. El ver que iban á perecer tantas riquezas, lo avanzado de sus años, el ser extranjero distante de su patria, todo le hacia mas duro el voluntario sacrificio que se le exijia. Pero la alternativa de perecer con todo ó sacrificarlo todo, era inevitable. Si el Señor le hubiese tratado segun su fe lánguida, y vacilante, quizás hubiera perecido en medio de las llamas; pero lo libró de aquella ruina, atendiendo á la santidad y á los ruegos de su siervo Abraham: tuvo piedad de él, y no midió su misericordia por la cobardía y oscuracion de aquel hombre.

Al fin fué necesario que los extranjeros agarrasen de la mano al indeciso Loth, á su muger y á sus hijas, pues el Señor queria salvarle. Y cuando estuvieron fuera de la ciudad, le dijeron: Salva tu vida: no mires hacia atrás, ni te pares en toda la region circunveina: ponte á salír en el monte, para que no perezcas con todos los demas habitantes de estas comarcas.

Fatigado Loth con el peso de sus años, lleno de angustia y de temor, suplicó á los celestes mensajeros que le permitiesen asilarse en una pequeña ciudad no muy distante de allí, en donde pudiese salvarse de la catástrofe. Y uno de los ángeles accedió á la súplica del atribulado anciano. Date prisa, le dijo, y salvate allí, pues no podré cumplir la orden de Dios hasta que te halles refugiado en ella.

Al oriente meridional del Mar Muerto estaba la pequeña ciudad de Segor, llamada antes Bala, y se le dió aquel nuevo nombre á causa de su pequenez ó poca importancia. Debía perecer como sus cómplices; pero

la presencia de Loth y de su familia la libró del terrible castigo. Al elevarse el sol sobre su horizonte, entraba ya Loth en Segor, y en aquel mismo momento una espantosa lluvia de fuego y de azufre cayó sobre las ciudades reprobadas. Rasgado el suelo por los sulcos del rayo, é inflamado el betún que se ocultaba en las entrañas de la tierra, conmovida y temblando, quedó todo inundado de torrentes de llama y devorado por el incendio. La mujer de Loth pagó con la vida su desobediencia á las palabras del ángel. Movida sin duda por una viva curiosidad, volvió la cara hacia atrás para mirar el incendio, y quedó convertida en estatua de sal. Algunos espositores opinan que no era esta sal ordinaria sino piedra, dura como sale de los montes, ó bien que se convirtió en un cuerpo muerto, yerto y seco con aquella materia sulfúrea y nitrosa que la Escritura llama sal. Esta estatua se conservó por muchos años para público escarmiento de los mortales, y aun afirmó Josefo que permanecia en su tiempo.

Al acordarse Abraham de las maldiciones fulminadas sobre Pentápolis, habia vuelto al mismo lugar en donde la víspera habia dejado á sus huéspedes; y desde allí vio levantarse de la tierra pavasas, ardientes así como la humareda de un horno; y vio abismarse Sodoma, Gomorra, Adma, Seboin y todos sus alrededores, quedando solo un monton de abrasados escombros. Desde aquel día no ha vuelto la vida á aquellos lugares, en los cuales no puede echar raíces de modo alguno. Sobre el extenso valle, cubierto en otro tiempo por las oleadas de un pueblo, un gran lago que llamaban Asphaltite, estendiéndose sus dormidas aguas, que ni aun se agitan ni mueven al rugido de la tempestad. Es fama que no le habian los peces, y que las aves no vuelan jamás sobre su superficie. Sal diseminada sobre la orilla, mas allá arenas movedizas; algunas plantas de trecho en trecho que crecen lentamente y como á duras penas; el suelo desnudo de vegetal, el aire sin ambiente de frescura, el valle mudo como un sepulcro, todo presenta la imájen funeral de la muerte.

La tersa superficie de las aguas, reflejando el azul celeste en medio de la aridez y del silencio, puede recrear por un momento la vista, pero sin consolar el pensamiento ni disipar los recuerdos. Aquella agua inmóvil se parece á un paño funerario, echado sobre el esqueleto de aquellas ciudades ahogadas; y este desierto, por el fúnebre aspecto que presenta, se parece á un culpado que hubiese muerto de espanto, mientras que la justicia de Dios le señalaba con una marca incandesciente.

Con todo, Loth no se halló seguro en su pequeña ciudad; y temeroso de aquella espantosa catástrofe, se retiró de Segor, y fué con sus dos hijas á refugiarse en un monte, quedándose los tres en una cueva.

La escena del estermínio de la nefanda Pentápolis es quizá la mas horrorosa que nos ofrecen los anales sagrados, no cediendo en espanto sino á la del diluvio, por razon de su universalidad. Ella viene á ser un páli-do pero terrible preludio de la agonía del mundo en el último de los días; cuando cumplida ya la medida de todas las iras del Señor, vendrá á juzgar á las generaciones culpables con la llama vengadora de su justísimo furor. Por este tan notable acontecimiento ha ejercinado los esfuerzos del genio, ora con los vivos y hábiles recursos del colorido, ora por medio de la fuerza creadora de la palabra y del canto. Uno de los ingenios contemporáneos ha trazado un rápido y animado bosquejo de aquel día de horror y de aquella noche de estermínio. Lo que sigue es á un mismo tiempo extracto é imitación de una de sus *Orientales*.

El fuego del cielo. ¿Veisla pasar allá la nube ennegrecida, cargada con la cólera de Dios? Tan presto pálida como encendida, vuela en alas de nocturnos vientos por un horizonte oscuro, ruidosa y sangrienta como la ardiente humareda subiendo entre los clamores de una ciudad que se abrasa. ¿De dónde viene? ¿De los cielos, del mar, de los montes, ó de los abismos? ¿Es algun carro de fuego que conducen á un cercano planeta los espíritus infernales? No se sabe. Los rayos que se desprenden de aquel inferno flotante, dejan en los aires un rastro de terror y de ira como una larga sierpe desencañada.

El cielo no descubre sino mar, y las ondas, corriendo tras las ondas, llenan un horizonte sin orilla. Fatigase en vano el ave pasajera, en vano apresura su vuelo: las nubes van flotando por el mar inmenso de los aires, y agitándose confusamente, se ven impelidas por el raudo torbellino que impulsa las ondas: el cielo y la tierra confunden su azul ceniciento que amaga una gran tormenta. ¿Queréis, Señor, que deje enjutas los mares, dijo la nube de fuego? No, respondió una voz, y la nube siguió su vuelo, impelido por el soplo de Dios.

Un verdor de primavera se estendia sobre frescas y regaladas colinas, serpeadas por cristalinos arroyos como una beldad vestida de diamantes. Un pueblo sencillo y descuidado triscaba por los amenos vergeles; los jóvenes guerreros danzaban, y las jóvenes, bellas como el placer, les tenían guirnáldis; la pesca tranquila y la balluciosa caza hacian volar con alegría los días y las horas; la tierra presentaba al hombre los dones del cielo, la leche y el fruto; y la voz de los cimbales y de los cantares, y los reñinchos de los caballos, respondian á los sordos mugidos del mar. ¿En dónde pasaron ayer estos pueblos desconocidos? ¿La nube dudosa se paró un momento en el espacio?—¿Es aquí?—Y dijo la voz:—¡Pasa!

dru, desplomándose, sepultan en las tinieblas muribundos sin número, dorados o vívidamente enlazados, que se abismán debajo las hervientes ruinas. ¿Como huir de la horrible llama? ¡Ay! ¡todo pitece! Los rayos, lanzados como granizo, batan los puentes que reducen á polvo, bienen las altas techumbres; y ruedan, y caen, y rompen hasta el azulado pavimento: cada centella riente y vomita arroyos encendidos de fuego irresistible, que corren más rápidos que un caballo desbocado. El idolo infante, vacilando en medio de la llama, tierce sus brazos de bronce, y aun no bien derretido, se aplasta bajo el peso de la bóveda abrasada, que estalla y se hunde á pedrazos: ágata, pórfido, alabastro, mármol, metales, aceites, perfunas, vestidos, el templo, todo se funde como cera, y cada columna arde y arroja torbellinos de mil colores. En vano algunos magos desavoridos flovan las imágenes de sus dioses sacadas de sus aras; en vano su rey tiende la blanca túnica sobre el suelo que retiembla como la boca de un volcan; la onda de fuego, volando estrepitosa, envuelve al vasto recinto entre pliegues de llama: mas allá despedaza un palacio en donde grita un pueblo estrechado; dóblase la pared inmensa como la hoja de un árbol, y se desploma y se derite como el hielo. El pueblo, hombres, mugeres, corren... las llamas circunvalan los muros en olas furiosas, verdes y azuladas como las escamas de la versátil culebra, y sitian las puertas derruidas de las dos ya muertas ciudades: do quiera las llamas ciegan los ojos, ya no se ven las victimas, se respira fuego, y los pocos restos de la turba maldita y fulminada que presto van á morir, crean ver el infierno que se desploma de los cielos.

Entonces, á la manera que un viejo cautivo asoma sobre los muros de su cárcel para ver un suplicio, tal vez Babel, su cómplice fatal, vióse de lejos mirar la horrenda catástrofe por sobre las montañas del horizonte emrejecido: oyóse un sordo ruido que llenó el mundo de pavor, y un profundo, que llegó á turbar el silencio de las tenebrosas regiones de aquellos pueblos que viven debajo la tierra.

Los celestes mensajeros, habian apenas arrancado á Loth, á su muger y á sus hijas de la ciudad nefanda, cuando llovio el fuego del Señor. Los infames sodomitas anhelaban pecar con los extranjeros, que eran dos ángeles del cielo; ¡que horror! Desde aquel momento apareció de lejos la nube fulminante, y los ciegos de Sodomá se entregaron al suelo. La humilde Segor temblaba, y fue salva por abrigar al protegido de Dios. Los celestes espíritus dirijeron el curso de la nube, y obedecieron á la voz terrible del Eterno que resonaba por los espacios. El fuego fue inexorable. Ni uno solo de los condenados escapó de las llamas. Huyendo sin saber dónde, levantaban sus manos viles, y abrazándose deslumbrados y

pavorosos, se preguntaban qué Dios derramaba sobre ellos aquel volcan. En vano se abrigaban bajo sus torres de mármol, para salvarse contra aquel fuego viviente, que encendía con el soplo de su furor aquel Dios que alcanza al que le insulta. Clamaban á sus dioses, y el fuego del castigo heria tambien á esos dioses mudos, que se derretian sobre sus aras en arroyos de ardiente lava. ¡Todo desapareció bajo el negro torbellino, el hombre con la ciudad, la yerba con el suelo! ¡Dios abrasó estas nefundas llanuras! ¡Nada quedó en pie del pueblo aniquilado! Soplo aquella noche un viento desconocido, y mudó hasta la forma de las montañas. Abraham miró muy de mañana hácia aquella region proscrita, y vió aún levantarse de la tierra pavesas ardientes como la roja humareda de un horno.

Hoy todavía el palmero que se esfuerza á crecer sobre la roca, siente marchitarse sus hojas y secarse su tallo al soplo de un aire abrasador y condensado. Estas ciudades fueron ya; Sodomá ha dejado su nombre al mas nefando de los crímenes, y cual fúebre espejo de lo pasado, sobre sus quemados restos se estiende un lago de hielo que humea como una vasta hoguera.

Llegaron á su tiempo los dias pronunciados por el Señor, y aquel que renueva la juventud del águila, rejuveneció por fin la ancianidad de Sara, enviándole un hijo. El niño tomó el nombre de Isaac, segun las órdenes del cielo, y para recordar que su padre se habia llenado de júbilo á la promesa de una posteridad, sobre la cual ya desde mucho tiempo habia perdido la esperanza. Y haciendo Sara alusion á este nombre misterioso, dijo: "Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oye se regocijará conmigo." Y en realidad todos los siglos cristianos han respetado en este niño, que vino á poner un término á las prolongadas angustias de Sara, la figura profética de aquel otro Isaac que, despues de cuarenta siglos de expectacion, apareció en medio de las naciones, sumidas en las sombras de la ignorancia, y lastimosamente estériles para la verdad y la virtud, haciendo brillar á sus ojos el Evangelio como un rayo de luz, y como una sonrisa celeste de amor y de caridad.

Ella alimentó por sí misma á Isaac, como baceu todas las madres, persuadida de que el sufrimiento es un delicioso misterio, en el cual se fortifica la virtud; y que chupando la vida de tan cerca el corazon, los niños encuentran sin duda allí algo de mas generoso y de mas puro. A mas de que, tal era la costumbre de los siglos primitivos, porque tal es el órden de la naturaleza. La molicie y el refinamiento del egoismo introdujo posteriormente el uso de entregar, aun sin necesidad absoluta, á manos mercenarias, uno de los deberes y de los gozos mas dulces y sagrados de

la maternidad, y comprar á precio de oro, no solo la pura sustancia que deposita la naturaleza en el pecho de la muger, sino hasta las caricias, y aquella tierna y siempre desvelada solicitud que el autor de la vida inspiró en el corazón de una madre. El gran tono mira con cierto desden el cumplimiento de la mas dulce de las obligaciones; muchas madres parecen que no tienen otro destino que echar á este suelo de miserias el fruto de sus entrañas, y entregarlo luego á una muger extraña, robándose á sí mismas, por una cruel comotidad, el mas dulce placer de la naturaleza; mas indiferentes con sus hijos que aquellas pobres salvajes que, no destituidas de los sentimientos naturales, llevan por el áspero desierto al infante de su seno, y le alimentan de su propia sustancia, hasta hallarse en estado de sustentarse por sí mismo. Las hembras mismas de los animales no conocen esta costumbre, y no faltan en esta parte, aun á costa de su vida, al deber que les impone la naturaleza.

Llegado el tiempo de destetar á Isaac, celebróse en Mambré un gran convite, pues en otros tiempos no se celebraba el nacimiento de un hombre hasta que había escapado de los primeros peligros de la existencia, y podía ya tomar alimentos sólidos, y presentarse como un convidado en el festin que le daba la familia. Ni es de extrañar el que se prolongase hasta cinco años el tiempo de la lactancia, pues siendo entonces los hombres mas robustos y de mas larga vida, les correspondia á proporcion una infancia mas prolongada. Por esta misma razon Sara, á la edad de noventa años, conservaba aun gracia y hermosura, lo cual dió lugar á que Abimelech se prendase de ella, como había hecho ya antes Faraon. La vida del hombre camina ahora con mayor rapidez que en los felices tiempos patriarcales, que se acercaban á la cuna del mundo. Las pasiones, nacidas de la corrupcion de los costumbres, han precipitado notablemente la vida, acortando todas las edades del hombre. Y aun entre nosotros se advierten algunas diferencias nacidas de la diversidad del clima ó de las costumbres. En los países abrasados por un sol ardiente, la naturaleza desarrolla mas rápida, las pasiones bullen con mas vehemencia y consumen la vida. En la calma y sosiego de los campos; cuando el clima no está maldado por otras siniestras influencias, se observan comunmente mas ejemplos de longevidad, que en medio de estos centros de tumulto y de corrupcion que se llaman ciudades, en donde los hombres agitados precipitan la vida como un torbellino, que arrastra con mas velocidad á la tumba á una muchedumbre cargada de vicios y hambrienta siempre de nuevos placeres.

Ismael, hijo de Agar, tenía cerca de catorce años mas que Isaac, y abusaba para con él de la superioridad de sus años y de sus fuerzas.

¿Cómo no sufriría el corazón de Sara por estos malos tratamientos! Temiendo por Isaac las consecuencias de aquellas nocientes antipatías, consiguió que fuesen despedidos Agar é Ismael. El patriarca caldeo tuvo que hacer este sacrificio á la paz de la familia, movido por las justas quejas de su esposa Sara. Ismael era tambien hijo de Abraham: se había criado en su casa y alimentado en su misma mesa, y no dejaria de costar al corazón sensible del esposo y del padre, el tratar con tanta dureza á su hijo, y á Agar su segunda muger. Mas las órdenes del cielo eran terminantes. Dios prescribió á Abraham este acto que pudiera parecer de crueldad, si no encerrase un gran misterio. Agar es, segun los sagrados intérpretes, una imagen viva del pueblo judío, desterrado de la casa de Dios con una severidad inexorable, y condenado á morir de hambre y de sed, por haberse resistido á recibir al que es el pan de vida y la fuente de agua inmortal. Arrojado este pueblo de la Judea y de la herencia de sus padres, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio y sin reíto, anda errante por la tierra sin conocer al que es la vida y el camino; y renunciando á su ley, ha perdido la luz, la sabiduría y la esperanza.

Abraham, por su parte, encontró oportunidad de consolidar su poder en la Palestina, haciendo alianza con un príncipe del contorno, llamado Abimelech, el mismo quizá que le dió hospitalidad en Gerara. Abimelech vino á solicitar la amistad del patriarca, y le habló en estos términos: "Dios está contigo en todo lo que haces: júrame, pues, en nombre de Dios, que no me harás daño, ni á mí, ni á mis hijos, ni á mis descendientes, sino que la merced misma que yo usé contigo, la usarás tú conmigo y con el país que habitas como extranjero." Abraham consintió en esta demanda, pero despues de haber dado sus quejas por las violencias ejercidas contra los suyos por la gente de Abimelech: tratábase de un pozo, del cual se le había despojado injustamente. Y este despojo era de la mayor consideracion en un país en donde había tanta escasez de agua, y que para conseguirla era preciso hacer pozos muy profundos. Aquella region, además, abundaba de ganados, pero los ríos y la lluvia eran muy raras. Protestó Abimelech que él nunca había oído hablar de tal injusticia, y así no fué difícil el terminar aquella diferencia. Prometiése por una parte y por otra fiel y reciproca amistad, que fué sellada, segun las antiguas costumbres, con la sangre de los animales degollados. Los contratantes pasaron por entre las carnes de las víctimas, cuyos pedazos se habían distribuido á derecha é izquierda. Consintió Abimelech en aceptar de su aliado siete tiernas ovejas, como un precio para la definitiva adquisicion de la propiedad en litigio. Estas simples formalidades bastaban entonces para garantir á todos el goce de sus derechos, y asegurar sobre

la tierra el reinado de la justicia. Cuando Abraham entregó á Abimelech las siete ovejas que había escogido de su rebaño, preguntóle éste: "¿Qué significan estas siete corderas que has hecho poner aparte?" Y le contestó Abraham: "Estas tú las tomarás de mi mano, para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo." Era la costumbre mas admitida en aquellos tiempos, de pagar el precio de los campos ó posesiones que compraban, en piezas de ganado, ó de plata; porque no podía abundar la moneda acuñada, de la cual los progresos del comercio humano han hecho despues una poderosa palanca de la fuerza de las naciones. Los hombres tenían por código el sentimiento de la equidad, apoyado en la creencia religiosa; y su memoria, auxiliada por algunos monumentos, era la fiel tabla de metal en donde se grababa la ley. Así es que el lugar en donde se concluyó esta alianza tomó el nombre de Bersabé, es decir, *pozo del juramento*. Allí mismo se edificó despues una ciudad, que fué primero de la tribu de Judá, y despues de la de Simeon, y era el término de la tierra santa por el Mediodía, así como Dan lo era del Norte. Y levantose Abimelech y Phicol, príncipe de su ejército, y se volvieron á la tierra de los palestinos.

En aquel mismo lugar plantó Abraham un bosque, y erigió un altar al Señor; pues entonces no había mas que un templo que tenía por bóveda el firmamento, el sol por antorcha, y por altar las cimas de los montes; templo que el mismo Dios se había edificado con su propia mano. Mas tarde fué cuando se elevaron número de edificios en honor de la Divinidad, bien fuese á consecuencia de un precepto divino y positivo, bien fuese por esta natural necesidad del genio del hombre que fija su pensamiento en las formas del arte, y que por medio de las líneas y de las masas grandiosas de la arquitectura, da la expresion mas imponente á sus sentimientos religiosos. Los grandes monumentos de la arquitectura son los caracteres magníficos en que se halla escrita la historia de los pueblos. Los mas antiguos y considerables de ellos, ó son sepulcros ó son templos, porque el hombre condenado á perecer sobre la tierra, y falto de la clara idea de Dios, poder infinito y bien infinito, miró tambien á la muerte como á una de sus divinidades.

Toda vida está sujeta á sus pruebas, y nuestras mas caras atenciones se trasformán á menudo en nuestros mas amargos pesares; pero como en todos los acontecimientos humanos preside la admirable economía del orden providencial, toda prueba tiene su objeto, y el sufrir es un elemento de gloria. El hijo único y tan amado de Sara, debía serle arrebatado de una manera inesperada y trágica. Una voz desconocida, la voz del Señor, le exigió que fuese sacrificado. ¿No era cruel y contra razon dar

muerte á un hijo por tan largo tiempo deseado, y sobre el cual descansaba la esperanza de una numerosa posteridad? Un hombre sin fe lo hubiera pensado; pero el creyente patriarca sabía que Dios, árbitro supremo de la vida del hombre, puede fijar su término, así como fijó su principio, y haría cesar por el medio que bien le plazca; sabía tambien que Dios reina sobre la muerte, no menos que sobre la vejez; que así se retira á su voluntad de las cenizas apagadas del sápolcro la flor de una jóven vida, como corona á la muger estéril con los honores de la maternidad. ¿Sara quedó informada inmediatamente de lo que iba á suceder, ó bien quiso Abraham ahorrarle el espectáculo de un drama tan terrible para el corazón de una madre? Del silencio de las escrituras debe con mas probabilidad inferirse esta última conclusión; pues en realidad, ¿quién duda que, prevenida del fatal suceso que debía terminar con los destinos de Isaac, no le hubiera dado Sara uno de aquellos ardientes besos que las madres imprimen en los labios de sus hijos en el momento de un adiós postrero, y que resuenan como un eco prolongado de la acerbidad del amor hasta la mas remota posteridad?

El Señor, que amaba tanto á Abraham, quiso hacer con él una de las mayores pruebas que han visto los siglos, de su obediencia y de su fe. Mandarle sacrificar un hijo, dulce objeto de sus delicias y de sus esperanzas, á Isaac, de cuya vida dependía el cumplimiento de todas las bendiciones y todas las promesas: ¿qué mandato! ¿qué prueba! Abraham no vacila en solo momento: ni aun le ocurre la duda sobre el modo de cumplirse todo lo que se le había prometido, faltándole el hijo: no duda, no pregunta, no llora: la obediencia á Dios es superior en él á todos los poderosos sentimientos de padre: triunfa de todos los efectos de carne y sangre; no atiende sino á la voz de Dios, ni trata de otra cosa que de cumplir su orden terminante. Así trata Dios á los amigos que más ama; así los espone á las pruebas y á los combates mas terribles. Así ellos corresponden al llamamiento de Dios, así se arrojan en los brazos de su providencia, y así se obran los prodigios de la fé, de la confianza y del amor.

Sea lo que fuere, en cuanto al presentimiento de Sara, Abraham se dispone valerosamente para ejecutar la orden que había recibido. Toma á Isaac con dos jóvenes criados, y se encamina hacia el lugar del sacrificio. Este lugar era la tierra de la vision, y seguó los intérpretes, el monte Morián, en el cual se levantó mas tarde el templo de Salomón, y así piensan otros que era el Calvario, en donde entregó su vida Jesucristo. ¿Maravillosa correspondencia por cierto de las figuras que profetizan con tanta precisión, y de la realidad que todo viene tan plenamente

te á cumplirlo! Desde Bersabé, en donde habitaba Abraham, hasta Jerusalem, á donde se dirija, se cuentan cerca de veinte leguas, y llegó allí despues de dos días de camino. Por orden de su señor, los criados se detienen. Abraham, llevando en su mano la cuchilla que debía herir la víctima, y el fuego que debía consumirla: Isaac, cargado con la leña necesaria para el sacrificio, fueron ganando la colina designada por el cielo. Isaac, con todo, pregunta á su padre: "Aquí hay la leña y el fuego, pero ¿en donde está la víctima para el holocausto?"—Hijo mío, respondió Abraham, Dios mismo se proveerá de una víctima para el holocausto." ;Cómo debía palpar el corazón del padre, á pesar de la firmeza de su resolución! Pero aquel corazón magnánimo no veía mas que á Dios; y no amaba á su hijo, sino por Dios. Llegan por fin á la cima de la montaña: disponense las piedras en forma de altar, y sobre él se coloca la leña. Isaac, pues él era la víctima, se deja atar dócilmente sobre la hoguera funebre. Toma el padre la cuchilla, levanta la mano... cuando una voz le dice de lo alto: "Abraham! ; Abraham!"..... El golpe queda suspenso, y sigue la voz: "No estendas la mano sobre el jóven, ni le hagas el menor daño. Ya veo que tú temes á Dios, pues que para obedecermelo no has perdonado á tu hijo único.... te bendeciré: multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo y como las arena del mar, y tus hijos poseerán la tierra de sus enemigos. Y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, porque me has obedecido." Abraham levantó sus ojos, y vió á sus espaldas un carnero enredado por las astas en un zarzal, y le tomó para ofrecerle en holocausto en lugar de su hijo. Así es como los oráculos divinos, tan amenudo reiterados, designaban de un modo decisivo la dinastía del Libertador anunciado por la primera vez á los desterrados de Eden, prometido despues á la raza de Abraham, saludado de lejos por la creyente Judea, esperado por el Oriente fiel á las tradiciones, por la Grecia amiga de la ciencia, y por todos los pueblos á quienes las pasiones habían dividido; pero que una fuerza íntima retenía sus esperanzas. Así es tambien como la ofrenda de Isaac inmolado intencionalmente, y la ofrenda de las víctimas inmoladas en realidad en las antiguas religiones, fueron las sombras y los símbolos de un sacrificio mejor y mas perfecto, que se cumplió hace diez y ocho siglos, y que, renovándose cada día á nuestros ojos, cubre el mundo entero de un perdon inmenso. ;Qué señal de verdad, brillando en la frente del cristianismo es esta fe, y esta practica universal de la humanidad, que lleva consigo donde quiera el pensamiento de su propia degradacion, y busca como rehabilitarse por medio de la ofusion de sangre!

Los sagrados intérpretes no están conformes acerca la edad de Isaac, cuando su padre recibió la orden de Dios para el sacrificio. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenía veinte y cinco años. No hay duda que en esta edad pudiera haberse resistido á morir, huyendo ó escapando del peligro; pero su docilidad fue tan admirable como el desprendimiento y generosa obediencia de su padre. Así que oyó por boca de éste que aquella era disposicion del cielo, inclinó la cabeza con heroica resignacion; y sin abrir sus labios se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba y tendióse sobre el ara esperando el golpe fatal. ;Digna figura de la mansedumbre y sumision del Cordero divino que se sujetó al sacrificio cruento de la cruz sin ni siquiera abrir sus labios!

El sacrificio de Abraham ofrece al genio del artista uno de los grupos mas interesantes que pueda presentarle la santa historia de los antiguos días. Un célebre autor contemporáneo le compara con otras pinturas magníficas de la escuela griega, y hace resaltar su indudable superioridad. Zeuxis, dice, habia tomado por asunto de sus tres principales obras á Penélope, á Elena y al amor. Polignoto habia figurado sobre las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya, y la bajada de Ulises á los infiernos. Eufanor pintó los doce dioses, á Teseo dando leyes, y asimismo las batallas de Cadmea, de Leuctre y de Mantinea. Apéles representó á Venus Anadiomedes por el original de Campaspe. Eixon pintó las bodas de Alejandro con Roxana, y Thimantades el sacrificio de Ifigenia. Cotejad, empero, estos asuntos con los asuntos cristianos, y conoceréis bien pronto su inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es tan expresivo y de un gusto mas simple que el de Ifigenia: no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumultos, ni todo aquel movimiento que solo sirve para distraer de la escena. Solamente se ven allí la solitaria cumbre de una montaña, un patriarca que cuenta sus años por un siglo, un cuchillo levantado sobre la cabeza de un hijo único, y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal. En las fisonomías resaltan los sentimientos mas sublimes y generosos que pueden enaltecer la naturaleza humana. En el rostro del padre se pinta la fe ciega y respetuosa y el súbito raptó de la admiracion y del consuelo; y en el semblante del hijo resplandece la dalaura de la mansedumbre y de la sumision, mezclado de aquella resignada tristeza que va á cortar para siempre la esperanza indefinida de una existencia jóven, llena de vigor y de encantos. Los historiadores del antiguo Testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros; y muy sabido es cuán favorables son al pincel la sencillez magestuosa de las costumbres patriarcales, la noble y sentimental

simplicidad de las del Oriente, la corpulencia de los animales y las grandiosas perspectivas de la naturaleza en las soledades del Asia.

Después de terminada tan felizmente la prueba á que el Señor se dignó poner la fé ardiente de Abraham, bajó éste de la montaña acompañado de su hijo, laténdoles á entrambos el pecho de placer y reconocimiento á las bondades de que Dios acababa de colmarles. Encontraron luego sus criados, y juntos se fueron á Bersabé, en donde habitó el patriarca por mucho tiempo. Tampoco nos dice la Escritura si padre é hijo refirieron á Sara el estupendo prodigio de que acababan de ser testigos, ó si fué éste un secreto que guardaron en su corazón reconocido. No tardó mucho tiempo á saber Abraham que Melcha, hermana de Sara, había dado hijos á Nachor, hermano de aquel. Uno de los hijos de Nachor fué Bathuel, padre de Rebeca, á la cual después tomó Isaac por esposa.

Nada se sabe acerca los últimos años de Sara, si solo que murió de una edad avanzada, pues nos dice la Escritura que vivió ciento veinte y siete años en la pequeña ciudad de Cariath-Arbé, que los israelitas llamaron Hebron cuando habieron conquistado la tierra de Canaan. Observan los intérpretes que de esta sola mujer quiso Dios que se registrasen los años en la Escritura, ya para honrar su virtud y el distinguido lugar que debía ocupar en la economía de la religión, ya por ser madre de los fieles, y brillante figura de la Iglesia de Jesucristo por su santa y misteriosa fecundidad. El viejo patriarca, perdiendo á Sara, derramó lágrimas; y siguiendo la costumbre que se seguía en semejantes duelos, permaneció por algun tiempo sentado en tierra, junto al cadáver. Y cuando hubo acabado los oficios del funeral, que eran de hacer embalsamar el cuerpo, y llorar al difunto por espacio de algunos dias, vino á encontrar á los habitantes de la ciudad, que eran los hebreos, descendientes de Heh, hijo de Canaan, y les habló en estos términos: "Yo soy advenedizo y extranjero entre vosotros; concededme aquí el derecho de sepultura para enterrar á la que se me ha muerto." La piedad con los difuntos se halla en todos los siglos, así como la certitud de otra vida. La demanda de Abraham fué acogida favorablemente, pues se le concedió hasta la facultad de escoger entre los mas hermosos sepulcros para enterrar allí á Sara. Pero los sepulcros han sido siempre una cosa sagrada por contener las cenizas queridas de las personas que se han amado. Los antiguos no hubieran visto sin escándalo que pasasen los sepulcros de unas manos á otras, pues tenían un gran consuelo de reposar algun dia al lado de sus mayores. Este acto hubiera sido reputado por una especie de impiedad; y por esto les pide Abraham que le vendan una porción de terreno y una cueva doble que en él habia, en donde no se hubiese enterrado ningun ca-

dáver. Quiso, pues, adquirir un sepulcro por un derecho real y permanente, y así, después los habitantes de Arbé hubieron de contestar á su primera insinuación: "Escúchanos, señor: tú eres entre nosotros un príncipe de Dios, ó un príncipe grande, entierra tu difunto en la que mejor te pareciere de nuestras sepulturas, pues nadie habrá que pueda impedirte el colocarlo en su sepultura á tu muerto." Levantóse el venerable patriarca, y haciendo una profunda reverencia á los moradores de aquel país, les dijo: "Si teneis á bien el que yo entierre á mi difunto, oíd mi súplica, é interceded por mí con Efron, hijo de Seor, para que me conceda la cueva doble que tiene á lo último de su heredad, cedéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mia para hacer de ella una sepultura." Allí se encontraba Efron, en medio de los hijos de Heh, y delante de todos los concurrentes, á las puertas de la ciudad, respondió generosamente: "No, señor mio, no ha de ser así; escucha mas bien lo que voy á decirte: Pongo á tu disposición el campo y la cueva que hay en él, en presencia de los hijos de mi pueblo: entierra allí á la que has perdido." Abraham manifestó su profundo reconocimiento, pero insistió al mismo tiempo para obtener, en vez de una concesion gratuita, un verdadero contrato de venta. "Suplicote que me oigas, exclamó delante de todo el concurso; yo daré el precio del campo: recíbele, y de esta manera enterraré en él á mi difunta." Efron se creyó ya en el caso de poner fin á aquel debate. "Oyeme, pues, señor mio, dijo, la tierra que pretendes vale cuatrocientos siclos de plata; este el precio contratado entre los dos; ¿pero qué importa esto? Entierra tu difunto." Entonces Abraham mandó pesar á la vista de todos la cantidad de dinero que se le habia ofrecido, y que viene á corresponder á tres mil ciento cincuenta y tres reales de vellón, á corta diferencia, siguiendo la opinion de los que han escrito sobre el valor comparativo entre las monedas antiguas y modernas. Á este precio el campo de Efron, la cueva que en él se hallaba y los arboles del circuito, pasaron en pleno dominio á Abraham, y los habitantes de la ciudad fueron testigos del tratado que allí se concluyó: tal era la manera primitiva de hacer asegurar las transacciones.

Abraham colocó, pues, los restos de Sara en la caverna que acababa de comprar enfrente de Mambré, por la parte del Mediodia, no lejos de la ciudad que mas tarde se llamó Hebrón, en la tierra de Canaan. Y los hijos de Heh confirmaron á Abraham el dominio de aquel campo y de aquella cueva para que le sirviese de sepultura, pues allí mismo debía hallar el tambien un lugar de reposo para sus cenizas, mientras estaria aguardando la resurrección. En aquel lugar fueron enterrados, además de Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Jacob y Lia. Y aunque en los *Ac-*

de los Apóstoles se dice que Dios no concedió á Abraham en herencia ni un solo palmo de tierra de Canaan, este aserto no está en oposicion con lo que acababa de referirse, por cuanto este campo no lo tuvo Abraham de Dios en herencia, sino que lo adquirió con su dinero.

Y en efecto, aun se vé en el día su tumba guardada con la mayor solicitud, y á porfía y unanimemente honrado por los musulmanes, hijos de Ismael; por los judíos, hijos de Isaac; y por los cristianos, hijos de Abraham, según el espíritu. Santa Elena, madre del emperador Constantino, hizo edificar en el paraje mismo de la celebre caverna, una iglesia magnífica, á donde se subió por una grada de treinta escalones, y que los turcos han convertido en mezquita. El suelo de Hebron es fértil; la tierra produce allí frutos en abundancia: hay mucha cosecha de cebada, como en tiempo de Ruth la moabita, y cultivase la viña como en tiempo de Josué, el conquistador de la tierra prometida. Hay no lejos de la ciudad un soberbio pozo, que ocupa más de sesenta pies en cuadro, al cual se baja por escalinatas de cuarenta escalones colocadas á cada uno de los cuatro ángulos, y los palmeros lo cubren con su sombra. Tierra sujeta á ruidosas revoluciones, pais de gloria y de poesía, en donde el pensamiento anhela refugiarse alguna vez con un placer indefinible, como para saludar su cuna en la historia de las primeras ciudades, y para descansar á la sombra regalada de tan puros y candorosos recuerdos.

Al internarnos en los relatos sencillos y sublimes del Génesis, no solamente se halla la tradicion constante de la falta original y de la necesidad de una expiacion, sino tambien aquel pensamiento moral y social de que las costumbres sencillas y puras, la moderacion en las necesidades y los trabajos aplicados á la tierra, conducen á la abundancia, á la riqueza y á la felicidad. Sem continúa la vida pastoral y agrícola, y su sexto nieto es ese Abraham, ese príncipe de los pastores, cuyo nombre ha quedado aún tan grande debajo las tiendas de los árabes, y en la memoria de los demas pueblos del Oriente. Abraham habia partido del Egipto con grandes tesoros de oro y plata: sus rebaños eran innumerables, pues vióse obligado á decir á Loth, su sobrino, que debían separarse; y mientras que éste se dirigió hácia las orillas del Jordán, establecióse él en la Caldea y en la tierra de Canaan.

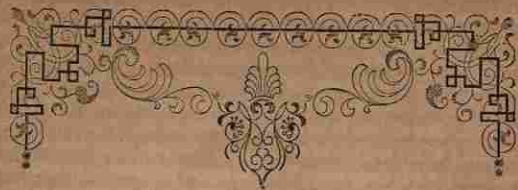
Sara, su esposa, es respetada como la madre de todos los creyentes, á causa de su confianza en Dios y de su varonil resolucion de desterrarse de su patria y recorrer una tierra estraña, apoyada únicamente sobre la fé de Abraham, y movida por un puro sentimiento religioso. Es honrada asimismo como una figura misteriosa, ya sea de la Virgen María que dió á luz al verdadero Isaac, ya sea de la Iglesia cristiana, cuyos hijos igualan

en número á las estrellas del firmamento. Mujer verdaderamente fuerte, que sobrellevó con firme entereza el peso de las tribulaciones; esposa incorruptible, que encontraba recursos en su propio corazón, para hacerse superior á los peligros á que la precipitó por dos distintas veces la fuerza de las circunstancias; noble reza de un grande pueblo, que despues de cuatro mil años, se perpetúa aún sin confundirse con las demas naciones del globo: tal fué Sara.

Varios rasgos de su vida, respirando aquella noble majestad y aquella elevada importancia que daba el cielo á los sublimes destinos de aquella mujer generosa, que encerraba en su persona como un gérmen el principio de los grandes acontecimientos del mundo, han ejercitado el buril ó el pincel de profesores ilustres. Benedetto Castiglioni nos dejó pintados algunos de los viajes que hizo ella con Abraham: otros la han representado en el momento en que se rie de las promesas de próxima maternidad hechas por los ángeles hospedados en la tienda de su esposo. Este último asunto fué tratado por Rafael, primero en las salas del Vaticano, y posteriormente en otra composicion en que la habilidad del eminente artista hace subir de punto la acusacion de su incredulidad. Sebastian Bourdon, de la escuela francesa, encontró en este mismo asunto materia para un cuadro notable, que inaugura su hermosa série de las obras de Misericordia.



La Pitonisa de Endor.



LA PYTONISA DE ENDOR.

*Carmenque magium volvit, et rapille minax
Decantat ore quidquid sui placet leves
Ant cogit anbras.*

(Senec. Edip.)

OFRECEN nuestros libros santos tantas y tan variadas escenas, que aquella en que vamos á entrar en nada se parece á las que la han precedido, ni en fondo ni en coloridos. ¿Os habeis detenido alguna vez en un museo, delante de un cuadro de una energía terrible, de un color fuerte y sombrío, en el cual la figura de un viejo se levanta suave y poderosa á las evocaciones de una maga desgreñada? El viejo, envuelto con su manto, acaba de salir de la tierra: en su semblante se descubre una majestad imperturbable, que los cuidados de este mundo rura vez dejen asomar en la fisonomía de los vivientes: su mirada estensa y llena de inteligencia, parece como empapada de los luminosos secretos de la tumba y del cielo. Contempla la maga con una sorpresa mezclada de pavor el súbito efecto de sus principados encantamientos, pues ella no ha con-

cluido su tarea. Está en pie junto á un inflamado tripode, y sus miembros se hallan en una contraccion violenta. Con un ramo de verbena en su izquierda agita la llama, y con su derecha la alimenta y la atiza, arrojando en ella nuevas sustancias. Un jefe guerrero cae en tierra, y fija en el viejo una vista curiosa y azorada, como si presintiese algun anuncio fatal. Dos oficiales le aguardan, mostrando una inquietud menos personal y menos viva; la misteriosa sombra es para ellos invisible, no ven mas que á la maga ocupada en las negras prácticas de su arte, rodeada de lúgubres fantasmas, de espectros informes, de aves de rapina, de huesos humanos y de vampiros.

Esta mujer es la Pythonisa de Endor; este anciano augusto es el profeta Samuel, que desde las regiones de la muerte, viene á hacer á Saul una suprema y triste revelacion. El pintor que, escogiendo esta escena ya de sí tan imponente, supo darle mayor realce aun por medio del vigor y aspereza del diseño, y por la fuerza y viveza del colorido, se llama Salvador Rosa, genio grandioso y de caracter selvático, que tanto en el mundo moral como en la naturaleza física, escoge los accidentales prodigiosos, los aspectos desolados y terribles, representándolos con facilidad y delicadeza y al mismo tiempo con energía originalidad.

Sabido es que la divinacion ó las artes divinatorias ocupaban un lugar muy considerable en la religion y en la confianza de los paganos. Habian éstos poblado el universo de inteligencias, para hacerlas presidir al desarrollo y á la marcha armoniosa de los seres; y por un gracioso giro de imaginacion, habian animado los diversos fenómenos de la naturaleza; y dando despues una realidad sustancial á estas quimeras, su razon engañada se habia hecho dioses de todas las fuerzas ciegas que influyen mas ó menos en la vida humana; y de ahí viene sin duda, que los sucesos mas insignificantes parecian una voz de la Divinidad, ó una señal de su presencia. El ruido del trueno, el vuelo y el canto de las péjaras, el murmullo de los bosques agitados por el viento, el estado de las entrañas de una victima, la aparicion de algun astro inesperado, palabras pronunciadas al acaso y sin designio, pasaban por la expresion de las disposiciones del cielo, y como en ellas se creia ver la censura ó la aprobacion de lo pasado, y los indicios ciertos de lo presente, creíase ver tambien la manifestacion del porvenir. El presentimiento y la ciencia de las cosas futuras llegaban tambien al hombre por otros muchos medios; los sueños no carecian de significado: habia palabras reveladoras en los lábios del moribundo; y sujetas las sombras de los muertos á las evocaciones de la magia, venian á tener con los vivos un extraño coloquio, y á dejrles vislumbrar los rayos de una ciencia, por decirlo así, ultramundana.

Entusiasmo y creyólab en sus comienos, la divinacion no tardó en elevarse á la altura de un arte que se reducia ya á principios. Desde entonces hubo ya intérpretes titulados á quienes la multitud, ayada de prodigios, daba la investidura de su confianza y de su veneracion. En su orgeu estos adivinos habitaban en lugares retirados, en gentes solitarias, ó en tenebrosas cavernas; bien fuese que de las excavaciones de la tierra en tales puntos saliesen exhalaciones que sumiesen en la embriaguez y en el delirio, ó bien que en la profundidad y oscuridad de los antros fuesen indispensables para cubrir el fraude, y dar al sonido de la voz humana algo de sepulcral y de formidable; pero, andando el tiempo, sobre estos mismos selváticos peñascos, en lugar de una rústica cabaña, la supersticion erigió templos magníficos, á donde los reyes y los puel los acudían con respeto á interrogar el oráculo y á ofrecer los mas ricos presentes. Cerca de Delfos, en la falda de una colina y sobre un suelo sulcado y entrecubierto, un pastor observó que sus ovejas brincaban de una manera extraordinaria. El mismo, al acercarse allí, sentíase agitado de movimientos convulsivos, y poseído de vértigos, y saliendo de la boca palabras llenas de entusiasmo. El ruido que metió esta maravilla, se divulgó por de pronto entre las comarcas vecinas, y luego despues mas allá de las fronteras de la Grecia. Creyóse generalmente que la caverna emanaba vapores proféticos, y acudióse de todas partes para buscar allí la noticia del porvenir, y trayendo al mismo tiempo grandes tesoros. Desapreció el pastor con su cabaña formada de ramas de laurel, y levantóse un monumento espléndido, obra de los mas distinguidos artistas, y una sacerdotiza venerable por su edad y por sus costumbres quedó investida del ministerio de la divinacion.

Es muy de notar que las naciones paganas, que en general habían atribuido tanto á la mujer, le confiasen, sin embargo, muchas funciones distinguidas, y sobre todo, el cuidado de anunciar el porvenir. Su naturaleza, en efecto, le hace particularmente propia para estos papeles de aparato, en los que se produce rodeado de prestigios algo de maravilloso. Puesta bajo la influencia predominante del sistema nervioso, su vida es toda de impresion; una estremada sensibilidad de órganos determina la movilidad de su imaginacion llena de fuego; los miedos extraordinarios le agrandan, la contrahen y la transportan: cuanto mas susceptible es de entusiasmo, menos sabe defenderse de sus propias ilusiones, y mas propia es para servir á las ilusiones y cálculos de los demás.

Las mujeres que en la antigüedad idolatra tenian mision de revelar las cosas futuras ó de pronunciar los oráculos, como se decia entonces, se llamaban sibilas ó pitías. Pero hay muy notable diferencia entre estas dos

órdenes de profetas, pues las sibilas medían con su vasto y penetrante mirada la serie de todos los siglos y el destino de todos los pueblos; mientras que el ministerio de las pitias ó pytonisas se limitaba á tiempos ó á hechos determinados por Apolo, manera de dios que les envía sus conocimientos del porvenir, y les daba uno de sus numerosos títulos. Este número pasaba por haber muerto la serpiente Python que desolaba la tierra. La piel de este monstruo, colocada en el templo de Delfos, cubría el trípode á donde subían los sacerdotes para recibir la inspiración y pronunciar sus oráculos, y á la presencia de este trofeo debían el nombre de pitias ó pytonisas, que se extendió después á todas las adivinas. En el fondo del templo, sobre una caverna cavada por la naturaleza misma en las faldas del Parnaso y de donde se exhalaban vapores sulfúricos, venise el trípode fatídico. Allí se sentaba en determinado día la Pytonisa, después de haberse preparado á sus funciones por diversas ceremonias. De repente parecía animarse bajo el imperio de un genio invisible. Mudado el color, alteradas las facciones, mirada ardiente y aterradora, eriza la crin, los labios convulsivos, un largo temblor, palpitaciones parecidas á las ondas que se mecen con un trisete y profundo murmullo, todo anunciaba en esta un violento entusiasmo y le daba apariencias sobreluminadas. Entonces hablaba en un lenguaje extraordinario y en frases entrecortadas; díjase que el poder mágico de sus secretos hacía volar en chispas rutilantes las formas ordinarias del lenguaje, al modo que se rompe un vaso en menudos trozos bajo la acción de un licor demasiado impetuoso. Estas respuestas eran recibidas con el mayor cuidado y dispuestas según las leyes del ritmo poético: un trabajo secundario les daba un sentido corriente, que no siempre tenían al caer de los labios de la pytonisa. Además se evitaban las maneras de decir demasiado explícitas, pues una redacción vaga y ambigua, garantía discretamente el oráculo contra pericances desagradables.

Antes de pasar á los bosques del Epiro y á las ciudades de Italia, estas imposturas, nacidas de una grosera credulidad y combinadas después para servir á particulares ambiciones y á intereses generales, reinaban ya desde mucho tiempo en la Fenicia y en las orillas del Nilo y del Eufrates. Los israelitas, propensos á la superstición, y desorientados ya más de una vez por sus recuerdos del Egipto, harto imitaron por desgracia las prácticas locas é impías de sus vecinos. Sin duda que algunas experiencias maravillosas, fenómenos que no se explicaban entonces por leyes naturales, quizás también el artificio de potestades invisibles, cuya mirada alcanza á mayor trecho y penetra más hondamente que la del hombre, hicieron cobrar crédito á los magos y á los astrólogos. Además, el

papel de falsas profetas podía captarse alguna recomendación por su aparente semejanza con el ministerio de los profetas verdaderos, y no aparecerá tan difícil de comprender cómo los mismos judíos cayeron en tales errores y extravagancias.

Prohibía la ley bajo las penas más severas el consultar todos estos viciosos y ridículos charlatanes del porvenir. En los mejores días de su reinado, y cuando seguía los consejos de Samuel, su maestro y amigo, Saul había espulsado los magos y adivinos como una raza de hombres funestos, cuya ciencia ilusoria esparce el desorden en el seno de los Estados. Pero hay almas que se vuelven supersticiosas en su desgracia: debilitadas y heridas de vértigo, creen que todo lo maravilloso va á fijar sus resoluciones y á conjurar el peligro que amenaza. Abandonados de los hombres, vendidos por las circunstancias, desconfiando en sí propios, fórmanse una prudencia nueva, y piden á las fuerzas ocultas de la naturaleza lo que ya no esperan, ni del curso ordinario de las cosas, ni de los prodigios de su propio valor.

Tenia Saul turbado el corazón por la fortuna brillante de David, y le sabía providencialmente destinado al trono. La inocencia y la futura grandeza de este rival se levantaban ante sus ojos como una visión impo-
 rtuna. David, desterrado entonces y fugitivo, podía creerse aún muy distante del día en que triunfara su causa. Pero de repente se desviaron las dificultades imprevistas por una de aquellas vicisitudes de que tantos ejemplos ofrecen las cosas humanas. Los filisteos, sin cesar en guerra con Israel, se pusieron en movimiento: sus tropas reunidas vinieron á tomar posición en Sunam, cubriendo toda la línea desde Aíec á Jezrahel. Saul, por su parte, se apoderó de las alturas de Gelboe, que eran vecinas, y se extendió por el otro lado, frente á frente del enemigo, quedando separados los dos campos por el valle de Jezrahel. Al ver el ejército de los filisteos, Saul pareció olvidarse enteramente de haber manejado la espada con alguna gloria, y empezó á temblar con aquel miedo invencible que el cielo envía aun á las almas más robustas, como el presentimiento de una próxima é inevitable catástrofe. Estaban observándose mutuamente tres días había. Saul consultó á Dios. ¿Era esto una pusilánime curiosidad? Mas lo que Dios exige de la criatura inteligente es obrar con valor en lo presente, y no arrojar sobre el porvenir una ociosa mirada. ¿Era con el designio de conocer y seguir sinceramente las órdenes de lo alto? Pero hay amedendo en la vida de los hombres y de los pueblos un momento supremo en que toda su fortuna se dobla bajo el peso de las falsas pasadas: verdad es que á más se le quita la libertad; pero ella entonces no halla en qué ejercer su actividad.

sino bajo migratas condiciones: en tales casos, el mundo cae al espectro de una asombrosa caída. Porque lo que Dios abalanza nadie puede salvarlo; y los destinos que precipita con su potente mano, nadie es bastante á detenerlos.

Cerrado estaba el cielo: ninguna voz había descendido para responder á Saul. En su desaliento, pues, dijo á sus criados: "Buscadme una mujer que tenga el espíritu de Python; irá á consultar el espíritu por su cuello, y salará lo que me ha de venir." A pesar de sus severas órdenes contra los adivinos, había perdonado la vida á las mugeres, limitándose á prohibir el ejercicio de su arte. Respondiéronle sus domésticos: "En Endor hay una muger que tiene espíritu pythico." Este lugar no distaba mucho del campamento. Al llegar á la cima del Thalor y mirando hácia el Mediodía, se descubre á la izquierda de Naím Endor y las alturas del Gelboe casi en un mismo radio. Saul, llevando consigo á dos hombres, se dirigió hácia el pueblo de Endor, después de haber dejado sus vestiduras reales y tomado el traje de un particular, sin duda á fin de que la muger tuviera menos reparo de entregarse al ejercicio de prácticas prohibidas por la ley y reprimidas por el monarca.

Llegó por fin el distraído rey en casa de la muger: nada podía descubrirle, pues, era de noche, y le dijo á la nigromántica: "Adiviname, por el espíritu de Python, y hazme parecer al que yo te dijere." Pero respondió ella: "Sabes bien cuánto ha hecho Saul para extirpar de todo el país los magos y adivinos: ¿por qué, pues, vienes á armarme un lazo para hacerme perder la vida?" Mas su interlocutor la animó, jurándole por el Señor, que no le vendría por ello mal alguno. Quería él á todo precio salir de su tenebrosa incertidumbre, como si la revelacion prematura de los gozes y de los dolores que aguardan al hombre, le permitiesen retardar á su sabor, ó precipitar el curso de los mismos. Y además, al anticipar los sucesos no es conjurarlos ni vencerlos; y el medio para prepararse provechosamente á lo que será, es poner con valor la mano á lo que es, y á lo que en lo presente no hacen mas que deseos, el porvenir no traerá sino remordimientos.

La maga, contando ya sobre la impunidad prometida, preguntó á quién debía ella evocar. Acordóse Saul de Samuel, su protector y su consejero de otro tiempo: creyó con razon que la tumba no estaba sin eco, y que de una vida á la otra, los amigos podían comunicarse y responderse. La inmortalidad es un dogma de todas las religiones, porque es el derecho y la necesidad de todas las almas; y la creencia de los pueblos sobre este punto ha encontrado en la nigromancia misma una sombría pero enigmática expresion. Pues hay verdades que la ignorancia del espíritu

desfigura un momento; pero que el respeto del corazón protege sin cesar, y que, á pesar de todo, arrojan en el horizonte de la conciencia humana, una especie de luz indestructible, como el resplandor del día que las nubes atenúan, pero que no pueden sofocar.

Dijo el rey á la Pythonisa: "Evoca á Samuel." Era una preocupación común en los antiguos, que al poder de las evocaciones mágicas, las almas de los muertos dejaban el lugar de su reposo, pero difícilmente y con dolor, y que era preciso calmarlos y obligarlos juntamente por el poder de los encantamientos. Los paganos, sobre todo, recurrían á prácticas estrafas ó crueles. Palabras prodigiosas, yerbos tristes y fúnebres, horribles bebidas, ritos ó ceremonias inauditas, derramamiento de sangre, huesos de cadáveres, todo esto era necesario algunas veces para despertar las almas dormidas en la muerte, y arrancarles una respuesta. Los mismos errores hicieron que penetrasen entre los hebreos, á corta distancia, las mismas ceremonias. La Pythonisa confiaba sin duda en los secretos de su ciencia; y de otra parte la densa oscuridad de la noche y el espanto de Saul no podían dejar de ser muy favorables á la eficacia de sus prestigios. Arroja de repente un grande grito al ver la figura de Samuel. "¿Por qué me has engañado? Tú eres Saul."—"No temas, respondió el príncipe, ¿qué es lo que has visto?"—"He visto como un Dios, que se levanta de la tierra, dijo la muger, queriendo significar con estas palabras un personaje de aspecto majestoso y terrible."—"¿Y qué figura tiene?" replied Saul. La Pythonisa respondió: "La de un varón anciano, cubierto con un manto." Saul no dudó de que el ilustre profeta había por el momento salido de entre los muertos, y se inclinó hasta tocar el rostro con la tierra para honrarle.

Entretanto se lamentaba el espectro de que se le hubiese turbado en su reposo. "¿Por qué me has inquietado, haciéndome levantar de mi sepulcro por medio de evocaciones?" Escusose Saul, y respondió: "Me veo en los mayores apuros: los filisteos me han declarado la guerra, y Dios se ha retirado de mí, y no ha querido responderme ni por sueños, ni por medio de profetas: á ti, pues, te he llamado para que me digas lo que debo de hacer." Entonces respondió la voz: "A qué viene el consultar conmigo, cuando el Señor te tratará en efecto como te predije yo de su parte: arrancará de tus manos el reino para transferirlo á David, tu yerno, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignacion de su ira exija contra los de Amalec. Por esto te envía Dios lo que estás ahora sufriendo. Y hasta abandonará á Israel, como á ti mismo, á la espada de los filisteos. Mañana tú y tus hijos, estaréis conmigo en la morada de la muerte, y el campo de Israel quedará

también entregado al furor de los enemigos." Nadie podía hacerse ilusión acerca del porvenir de Saul: bien sabía él cuán justas eran las imputaciones que le hacía su antiguo amigo; y sin duda que al consultar á Samuel, esperaba mas bien oír fonestas amenazas que prevenir un castigo merecido. Porque un príncipe, maldiceído públicamente de Dios en una república teocrática, aun cuando no se hubiese visto abandonado por la mitad de sus vasallos, y poseído del miedo en el momento de batirse contra un enemigo fuerte y decidido, estaba en vísperas de una ruina inevitable. En efecto, el dominio supremo, la seccion inmediata de Dios se dejaba sentir en los destinos sociales del pueblo hebreo, é imprimía una dirección en toda su conducta, y hasta puede decirse que tal era el carácter propio y distintivo de su constitucion política. Desde que el poder residaba con descaño á las leyes, hombres investidos de una mision transitoria y alguna vez permanente, venian á levantar contra él el pendón de una oposicion sagrada; y si bien sus consejos no eran siempre seguidos, nunca resultaron vanos sus oráculos. Así, cuando Saul desconoció las órdenes precisas de Dios, cayeron sobre su cabeza palabras de reprobacion, y se le dió en la persona de David un rival y un sucesor: y desde aquel momento ya podia asegurarse que desaparecería cuanto antes en alguna formidable crisis; como un árbol á quien derribará el viento de mañana, porque hoy ha sido herido por un rayo.

Sea como fuere, prevista ó no la respuesta del profeta, lo cierto es que produjo en Saul un prodigioso efecto. Sobrecogido por la mas viva emocion, pálido y desparovado, faltáronle las fuerzas, porque no habia tomado alimento en todo aquel día: cayó, pues, en tierra casi sin sentido. La Pythonisa acudió donde él estaba, y le dijo: "Ya ves que tu esclava te ha obedecido, espouiendo mi vida y dando crédito á tus palabras; ahora, pues, escucha tambien la voz de tu sierva, y permíte que te ponga delante un bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas regresar á tu destino."—"No, yo no comeré," contestó. Saul en su profundo abatimiento. Sin embargo, á vivas instancias de sus dos servidores y de la muger, levantóse del suelo, y sentándose sobre una cama ó tarima, aguardó el desayuno que se le preparaba. Tenta la maga en su casa un cordero cebado, y fue corriendo y le mató, y tomando harina la amasó y coció unos panes sin levadura, y lo presentó todo delante de Saul y de sus criadas. El rey, pues, y sus compañeros, tomaron algun alimento antes de volver al ejército. Partieron luego y anduvieron toda aquella noche.

¿Debemos pensar que Saul fue victima de los artificios de otro y de su propia credulidad, ó bien que Samuel se le apareció realmente? Lo

que motiva la duda en esta parte, es que los intérpretes de la Escritura, andan divididos en opinion: y que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el espíritu de los fieles sobre el verdadero sentido del relato bíblico.

Por una parte nadie dirá que el escritor sagrado sea muy esplicito, ni que su texto ofrezca una dificultad que debe necesariamente tener su desenlace en un prodigio. Así, cuando dice, de paso, que la Pythonisa vió á Samuel, ¿lo hace para conformarse con el lenguaje y opinion comunmente admitidos, ó bien para espresar una realidad, y dar él mismo la medida de su propia conviccion? Quizá se propusiera tan solo dar cuenta de las apariencias, y no pronunciar su fallo sobre el hecho en sí mismo. En este último caso, la imaginacion ó la astucia de la adivina, hubiera corrido con todos los gastos de la escena, á la cual hubiera dado todo el valor la simplicidad del rey; y de otra parte, no es difícil comprender cómo Saul en su desgracia hubiera podido ser engañado por una nigromántica. Todo el mundo está en el concepto de que las cosas visibles están ligadas con las invisibles por un lazo oculto y permanente. Por mas que el hombre halle un placer en nutrir en sí mismo un sentimiento de orgullo independiente, todo le advierte sin embargo que se halla dirigido y gobernado por una fuerza superior, y ved ahí por qué su alma se halla naturalmente abierta á la idea de lo maravilloso. El infortunio mas que todo despierta y desenvuelve en él este instinto poderoso, á manera de un naufrago, que asiendo de los mas frágiles restos del naufragio, tiene la esperanza de encontrar allí la salud. Y, ¿cosa admirable! los espíritus fuertes, los siglos cultos y sabios no se hallan tan distantes como se cree de las vanas supersticiones y de las prácticas ridiculas y pueriles; porque en general, hay mas propension de ser crédulo con la mentira cuando mas se ha llegado á ser incrédulo con la verdad. No hay aún dos siglos que la astrologia tenia en muchas naciones civilizadas de Europa numerosos partidarios, aun entre las clases superiores é ilustradas.

Por otra parte, nada impide, segun otros escritores, que se tome al pie de la letra el texto de la Escritura. Siguiendo su parecer, los ángeles malos, que al caer del cielo perdieron la felicidad, sin perder empero sus naturales formas, presentaron á los ojos de la maga un fantasma puramente ilusorio, vana apariencia destinada á mantener los ánimos en un pernicioso error; ó quizás tambien, prescindiendo de toda mágica operacion, Dios, por uno de los consejos de su providencia, hubiera enviado al endurecido Saul el alma de Samuel revestida de una forma sensible, para dar al desgraciado príncipe su último aviso, así como de un modo parecido se sirve de los sucesos ordinarios para recordarnos su poder y su justicia. Bien que no por esto debemos admitir, que el país de la luz,

móndica de los justos, se invade ó abre por los encantamientos de la magia, ó bien obedece á la curiosidad de espíritus supersticiosos; ni que el globo terrestre cese nunca de ser gobernado por leyes sabias que tienden á prevenir y á reparar el desórden, lejos de autorizar el error y consagrar el mal, doblandose á los descarríos de la libertad. Sea hombre, sea espíritu maligno, lo que escapa de la regla no por esto la destruye; la Sabiduría Divina resplandece en rayos de llama por sobre las imperfecciones de la criatura, cuyos depravados esfuerzos no pueden conseguir otra cosa sino manifestar á todas luces que la Providencia ha trazado con mano indestructible el plan de sus designios, cuyos lineas no alcanzan á traspasar las locuras ni los crímenes de sus criaturas. Cuando una tormenta, arrastrando sobre la superficie de la tierra, nos priva del resplandor del día, y derriba y arroja á gran distancia las obras de nuestras manos, en la profundidad de los cielos el sol continúa brillando bajo su manto de luz, y las estrellas siguen pacíficamente sus armoniosas revoluciones.

Saul y sus compañeros habian tomado en Endor un alimento precipitado. Volvieron, pues, con presteza á unirse con su ejército, y pudieron llegar aun antes del día. Sea resignacion ó desespero, el príncipe volvió á encontrar en aquel momento supremo un resto de su antigua energía: morir con sus hijos al frente de sus tropas era la única senda de gloria que se abría delante de él desde aquel instante: en ella, pues, entró decididamente, á fin de preservar así de una postrer infamia el lustre de su nombre. Hay bienes, en efecto, que valen mas que nuestra vida, y que por esto Dios ha colocado bajo la guarda inexpugnable de la libertad humana, la cual puede siempre cubrirlos con su propia inviolabilidad y sustraerlos de este modo á los insultos de la fortuna: como aquellas substancias formidables que se cohan en unos receptáculos de cobre, para hacerlos servir á los juegos de la guerra ó á los prodigios de la industria, pero, que, no consintiendo trabas sino hasta una medida dada, rompen y dispersan todo lo que intenta comprimirlos ciegamente.

No tardaron en tener su cumplimiento las palabras de la Pythonia. Subida es ya la sangrienta catástrofe de que fué victima casi todo el ejército de Israel, que huyó delante de los filisteos, á los que tantas veces habia vencido. Vimos ya la firmeza de Saul en sufrir sobre su persona todo el peso del combate, y que resistiéndose su escudero en obedecerle para darle la muerte, él mismo se arrojó sobre su propia espada, auz valiente para morir, pero demasido débil para sostener hasta el fin la prueba de su infortunio inmenso. Vimos también la crueldad de los vencedores en colgar del templo de sus falsos dioses los restos ensan-

grentados de Saul y de sus hijos, y la bravura respetuosa de los hijos de Jabes en arrancarlos con peligro de su vida de las manos de los incircuncisos para tributarlos los supremos honores. Vimos asimismo el castigo que dió David al amalecita que vino á noticiarle la muerte del rey y de sus hijos, y que alegaba por mérito el haber dado á Saul el último golpe para ayudarle á morir mas pronto. Habia entonces, como hay ahora, adoradores de todos los soles que se levantan; hombres á quienes el mas imprevisto suceso halla siempre de rodillas delante del afortunado, y que solo tiemblan de no humillarse aun lo bastante á su presencia: almas mezquinas y abyectas, dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas, y prestar vasallaje al nuevo ídolo; las revoluciones en sus vaivenes casi continuos, en sus commociones inmensas, arrojan de caos hombres á sus orillas, como el mar escupe los cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy del ídolo que ayer adoraban. Llámanse hombres de circunstancias, y abundan y aumentan en número, á medida que el helado egoismo reemplaza el entusiasmo del honor, y el ciego y versátil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia, que si bien abría á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazón, como la muerte de su rey y una gran calamidad pública. Gloriábase aquel de haber cometido un sacrilegio, como de un acto meritorio. Pero halló su merecido, cuando David, señalándole la muerte como premio de su accion, le dijo: "Tu boca ha dado testimonio contra tí cuando has dicho: He muerto al Ungido del Señor!" Porque entre los judíos, los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado.

Vimos por último el canto fúnebre con que expresó David su dolor públicamente en la muerte de Saul y de Jonatás: canto notable por aquella concision enérgica y sublime con que el alma de un héroe celebra la muerte de otro héroe; dolor majestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y de ternuras, y en el cual se percibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osian á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven.

Todo Israel repitió este himno, expresion del público sentimiento, y elogio legítimo de Saul. Este príncipe tuvo en efecto eminentes calidades: mostróse hasta el fin de su vida intrépido y liberal. Pero en cambio, su muerte quedó en la historia religiosa del mundo como una leccion

dada á todos los poderes que, tráfagos de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro invisible, la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Qué hay en la superstición, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, un castigo reservado coje algunas veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios: ó en suprimir su intervencion en el mundo: y entonces su caída toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes, que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos.

Para conclusion de las tóricas escenas de Endor, nos ha parecido muy al caso trasladar aquí la escena III del acto IV del *Saul* de la señora de Avellaneda, que en tan bellos como valientes rasgos las describe. En esta reproduccion deseamos que la distinguida escritora no vea mas que el aprecio que su bien acabada produccion nos merece. A mas de que, nadie sabrá pintar mejor á una muger, que una muger misma.

ESCENA III.

SAUL. LA PYTONISA DE ENDOR. ABNER, que luego se retira, y al final la sombra de SAMUEL.

Pytonisa.

(*Se oye su voz antes de salir en la escena.*)

¿Por qué arrancarme á mi pesar ¡oh insanos!
de mi triste mansion?... ¡Dejad que huya!
Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbrá me importuna,
y pronto debe aparecer triunfante.
¡Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
es el imperio de la eterna noche;
mas en ella se enciende, sin que luzca
para profinos ojos, luz de ciencia,
sol misterioso que jamás se anubla.

Abner.

Pronto á tu asilo volverás, mas debes
pruebas dar de la ciencia en que se funda
tu justo orgullo. (*Vase, señalándole á Saul.*)

Saul.

Llega: yo te aguardo:
¿Sabes quien soy, muger?

Pytonisa.

El que con ruda
violencia aqui me arrastra, solo dijo
que eras guerrero de modesta alcurnia:
mas sé tu nombre.

Saul.

¿Dilo! de tu ciencia
esa señal me dá.

Pytonisa.

Si de ella dudas,
¿por qué ¡Saul! á tu presencia vengo?
Tú, que en un tiempo con insana furia
á mis tristes hermanos perseguías,
¿por qué me llamas hoy?

Saul.

No he sido nunca
el enemigo de la ciencia: cuando
los magos perseguí con saña injusta,
era instrumento de evuidiosa raza
que gobernaba mi razon ilusa.
Los sacerdotes y Samuel, lanzando
contra vosotros pérvida calumnia,
estendieron la voz de que el infierno
vuestro acento dictaba.

Pytonisa.

Solo es una
la gran cadena de los seres: toca
un extremo á la nada, y la otra punta
en el cielo se pierde. ¿Quién las llaves
tiene del porvenir, ó quien usurpa
derechos del que guarda en lo infinito
el foco eterno de sapiencia suma?
Toda voz es de Dios, si verdad habla.

¿Qué voz pudiera semejar la suya?
Cuando esa voz explica los arcanos
á par el cielo y el infierno escuchan;
que ella en la inmensa creación resuena,
y de la cumbre hasta al abismo cruza.

Saul.

Poco me inquieta ya que el cielo sea,
ó el infierno quien oiga mi consulta.
Haya un poder contrario á mi enemigo,
y á él se liga Saul.

Pytonisa.

¿Mas qué te impulsa,
miseró rey, á conducir mi mano
con loco empeño á la funesta urna
donde el destino sus secretos guarda?
A esa fatal curiosidad renuncia:
¡Yo te lo ruego!

Saul.

(*Inquieto*). Si apariencia solo
no es tu vasto saber, ¿cómo te escusas
de ostentarlo ante mí?

Pytonisa.

¡Rey desdichado!
¡no está mi alma de piedad desnuda!

Saul.

Penetro tu intención: amedrentarme
presumes con imágenes confusas
de fingido terror, y escapar piensas
sin que patente sea tu impostura.
¡Mas no lo has de lograr! confiesa al punto
tu ignorancia, muger, si no pronuncias
lo que saber pretendo.

Pytonisa.

¡Tú lo quieres!
¡Y bien, rey de Israel! ¿qué me preguntas?

Saul.

El odioso rival que hallar anhelo,
¿en qué confin recóndito se oculta?

Pytonisa.

Cerca de tí respira.

Saul.

¿De mí cerca
puede hallarse David?....

Pytonisa.

Sus huellas busca
en la tierra que pisan.

Saul.

¿No me engañas?

Pytonisa.

No te engaño, Saul.

Saul.

¡Oh! ya columbra
mi mente la verdad. Del filisteo
se hace amigo el traidor: ¡le presta ayuda,
y se introduce como vil espía
de su pueblo en el campo!

Pytonisa.

¡Tú lo juzgas,
que no yo, rey!

Saul.

¡Allí, donde se encuentra
ansiaba hallarle mi furor! ¡Ocupa
un puesto digno de su escelsa gloria!
¡Oh! ¡que al incircunciso se reúna!
que con él venga á disputarme el cetro;
ya mi impaciencia á su pereza acusa!

Pytonisa.

¡Si! ¡le verás por tu desgracia tarde!

Saul.

¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!

Pytonisa.

¡Qué horrible suerte!
¡El negro espanto mi garganta anuda!...
Un helado sudor cubre mis miembros...
¡Oh, qué cuadro fatal!... ¡mi vista ofusca
denso vapor de sangre!... Deja, deja
que á lo mas hondo de mis nautos huya!

Saul.

¡No! ¡que explicarme sin misterios debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!

Pytonisa.

¡No lo intentes jamás, padre infelice!

Saul.

¡Pytonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya; tiembla si escede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!

Pytonisa.

¿No retumban
allá en tu corazon las roncadas voces
que pronuncio su boca moribunda?

Saul.

¡Samuel! (*Estrenociendole.*)

Pytonisa.

¡Cayó, cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente régia; allí se ostenta!
(Saul Reza maquinalmente su mano á la frente, y la deja caer sobre su pecho.)
Si, tu mano la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,

cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Ea ya tarde, Saul! La enorme suma
se completó de tus delitos. Llegó
el momento cruel; ¡fuerza es que sufras
la horrible expiación!

Saul.

¡Oh! si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

Pytonisa.

¿Quieres que acuda
á atestiguarla un muerto?

Saul.

¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!
¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

Pytonisa.

¡Tiembla, infeliz, si accedo á tu demanda!

Saul.

¡Tiembla por tí, ¡muger! si lo rechusas!

Pytonisa.

¡Lo quieres!

Saul.

¡Te lo mudo!

Pytonisa.

¡Desdichado!
¿Ves esa roca estéril, negra, tuda,
como tu corazon? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe angusta
muy pronto envueltos yaceréis.

Saul.

¡La prueba!

Pytonisa.

(Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estropea y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.)

Ven á buscarla ; rey !... ¿de qué te asustas ?

Saul.

Estos escombros que á mis plantas ruedan
ambulan sepultarme... ¿se acumulan !

¿Noche, hija del infierno !... ¿qué pretendes ?

Pytonisa.

Próbrate mi verdad, pues de ella dudas.
¿Alza los ojos, rey !

Saul.

(Cuyendo de rodillas.) ; Samuel !

Pytonisa.

¿Su sombra
se alza á prestarme testimonio : escucha !
(Desaparece por entre las peñas.)

Saul.

¿ Samuel ! ; Samuel ! ; oh sombra despiadada !

Sombra.

¿ Rey de Israel, hollando estás la tumba
de tu esbirpe infeliz : te están llamando
las víctimas de Nobe con voz muda,
y á encontrarlas irás apenas se alce
el nuevo sol que en el Oriente apunta !

(La sombra vuelve á aclarar y desaparece. Saul arroja un hondo gemido y queda sin sentido.)





H. RAQUEL, del.

Chico de Dancer

Raquel.



RAQUEL.

En ella se confia el corazón de su marido.
(Proverb. XXXI. 12.)

El respeto que se tiene á la antigüedad no debe considerarse como una enfermedad del espíritu humano, ni como una flaqueza, de la cual deba ruborizarse. Lo más antiguo no siempre es lo más imperfecto; al lado de la lentitud posee el viejo la prudencia; y al mismo tiempo no falta nobleza y atractivo en la simplicidad de los antiguos días. A más de que, mirada la cosa bajo otro aspecto, las edades jóvenes son las que nosotros tenemos por antiguas: aquella era la bella infancia del mundo, la aurora brillante del día de la humanidad; nuestra generación es la que ha envejecido con el mundo: la inteligencia y el sentimiento en sus relaciones con la felicidad, parece que han degenerado en los siglos; y tal es el estruendo de la razón humana, que hasta cierto punto parece que chochea de decrepita, y tal vez no está muy lejano el momento en que haya de tropezar con su sepulcro. Nada pueden ganar los siglos presentes en decir mal de los siglos anteriores; ni las faltas cometidas por los hombres de otro tiempo

garantizan la imperecedera posesión de sus virtudes; esta es una justicia que se le debe, y ni aun humillemos su memoria con la vanidosa comparación de lo que les faltaba con lo que hemos adquirido: esta generosidad nos honrará. De otra parte, aquello mismo que particularmente vimeremos en lo pasado, entra tal vez necesariamente en un sistema general lleno de inmensas ventajas; así como lo que mas se alaba en lo presente, entra quizás en un sistema general lleno de los mas graves inconvenientes. Nuestra civilización, no hay duda, tiene sus maravillas que amamos y que admiramos, porque son hijas de este mismo siglo, del cual somos hijos nosotros; y el tiempo á que se une nuestra existencia es para nosotros una segunda patria que nos atrae. Admiramos, pues, estas maravillas, por mas que se diga que el pauperismo, siguiendo á la opulenta industria en sus caminos de fuego, amenaza á los que tienen con la indignación de los que nada tienen. Las costumbres de las primeras edades tienen su gracia y su candidez, y podemos lamentarnos que hayan totalmente desaparecido ante las maneras refinadas de la vida moderna, por mas que haya en la rusticidad de las naciones incultas alguna cosa por la cual no sentimos la menor simpatía.

Sea como fuere, es muy de notar que aun los mismos que no quisieran para sí la vida sencilla y apacible del mundo primitivo, gozarse á lo menos en la pintura que de ella se les hace; y perciben un sentimiento involuntario de tristeza y de dolor, al ver que ha pasado ya, para no volver, la inocencia pobre y la calmada felicidad de los antiguos días. Lo que de ella han cantado los poetas, ha quedado vivamente impreso en nuestra memoria; y estos cuadros no dejan de tener para nosotros un atractivo irresistible, aun al lado del ardiente tumulto y de la febril agitación de nuestra época. Mas cuando estos recuerdos se toman de la fuente purísima de la religión, y se refieren á nombres consagrados por ella, revisten de un embalse mas puro, mas dulce todavía. Los que han visitado la Palestina, como peregrinos, llevando consigo una inteligencia elevada y un corazón noble y generoso, no han podido librarse al poner su planta sobre esta tierra de poesía y de prodigios, de una especie de temor respetuoso con que no habia afectado su alma la vista de Roma y de Atenas; porque la voz que sale del sepulcro de los pueblos ilustres, y la huella gigantesca que han dejado sobre este suelo, no tocan al alma de la misma manera que la voz y los monumentos de la religión. Lo mismo sucede á los que hacen su peregrinación sobre los libros; sienten emociones mas profundas y de un orden mas elevado, visitando con el pensamiento el teatro de los sucesos religiosos que han causado la faz

del mundo, que cuando recorren en espíritu los lugares en donde vivieron los grandes hombres, los cuales, cuando más, no han representado ni defendido sino ideas humanas é intereses subalternos. Y de ahí proviene tambien que tan armoniosos suenen á los oídos cristianos los nombres de Jacob y de Raquel; y que se hallan en los relatos bíblicos atractivos de una tal suavidad, que hacen amar las costumbres de la edad patriarcal, no sólo porque son sencillas y candorosas, sino porque fueron practicadas por nuestros abuelos en la fe.

Jacob, salido de la casa de sus padres, partió á la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esau, como para tomar allí por esposa á una mujer de su linaje y de sus creencias. Despues de haber caminado todo el día, se detuvo para descansar, inclinó la cabeza sobre una piedra, y se durmió. Hallábase ya distante sobre diez jornadas de Bersabé, de donde había salido para dirigirse á Harán, y el sitio en donde se hallaba era cerca de Luz, que despues se llamó Bethel. Y durante su sueño, vió una escalera que por un extremo tocaba la tierra, y por el otro los cielos, y el Señor se hallaba apoyado sobre la parte superior de la escalera, por la cual subían y bajaban los ángeles. ¿Figuraba esta vision la partida y futuro regreso de Jacob, ó bien era simbolo de otro grande suceso? Los sagrados espositores contemplan varias figuras en esta misteriosa escala, marcadas todas con el carácter de la verdad y de una aplicación real y positiva. Despues de convenir todas en que aquella vision quiso el Señor manifestar á Jacob la particular proteccion y cuidado, bajo el cual le tomaba la Providencia en la soledad, afliccion y abandono en que se encontraba, admiran unos la imagen de esta misma Providencia, que vela en la conservacion de los escogidos, valiendose, como de ministros y ejecutores de sus designios soberanos, de aquellos celestes espíritus, que suben y bajan de continuo, ya para acudir á nuestro socorro, ya para presentar al Altísimo nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Otros contemplan en la escala una figura del misterio adorable de la Encarnacion del Verbo, que juntó el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, mediante esta cadena mística de patriarcas y de santos, cuyos eslabones forman una serie no interrumpida de fe y de esperanza, desde la cuna del mundo hasta la plenitud de los tiempos, y que se perpetuá por medio de los justos hasta que espiren los siglos. Sea como fuere, el pensativo y fugitivo Jacob sintió su alma bañada de soavisimo consuelo, viendo en sombras al que, segun los divinos oráculos, debía nacer de su sangre, y en quien debían cumplirse tantas esperanzas; pues dijo el Señor: "Yo soy el Señor, Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que dormes, te la daré á ti y á tu descendencia.

Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: extenderte has al Occidente y al Oriente, al Septentrión y al Mediodía, y serán benditas en ti y en el que saldrá de ti todas las tribus de la tierra. Yo seré tu guarda do quiera que fueres, y te restituiré á esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que todas mis palabras queden cumplidas." Jacob, al despertar, se sintió sobrecorrido de un terror religioso, y alentado al propio tiempo por las promesas de lo alto: "¡Cuán terrible es este lugar, exclamó: aquí hay en realidad la casa de Dios y la puerta del cielo!" Levantándose, pues, de mañana, tomó la piedra que se había puesto por cabecera, y derramando aceite sobre ella, la erigió en testimonio ó monumento de aquel lugar en donde había tenido la visión santa. Y le puso por nombre Bethel, ó sea casa de Dios, é hizo este solemne voto: "Si el Señor estuviere conmigo ó me amparare en el viaje, y dándome lo necesario para mi alimento y vestido, volviere yo felizmente á la casa de mi padre, el Señor será mi Dios... y le ofreceré la décima parte de cuanto me diere." Concluida esta escena, llena de profundos misterios, continuó su camino hácia el Oriente.

Este dulce y paternal comercio de la Divinidad con los hombres no ha cesado, bien que se presente en el día bajo diferente forma. Seis mil años de una esperiencia continua; la duración milagrosa de la Iglesia despues de diez y ocho siglos; todas las naciones caminando á los rayos del sol del Evangelio, y siguiendo á su sabor el destino político de los pueblos que no han recibido el Cristo; la luz, el calor y la vida que se manifiesta en la doctrina católica; el conjunto de todas estas grandiosas escenas, forma una vision asaz magnífica, y presenta una serie de escalones brillantes, que pueden conducir al hombre de la tierra hasta las alturas del cielo, y desde las tinieblas de una opinion falaz, hasta el seno esplendido de la verdad. Desde lo alto de este pedestal habla Dios por la voz clara y distinta de la Iglesia; y sobre la fe de su sagrada doctrina, la humanidad, esta augusta viajera, continúa con valor y seguridad su camino hácia las regiones del porvenir.

Entretanto llegó Jacob á un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban junto á un pozo, esperando que se les diese de beber; pues la boca ó entrada del pozo estaba cerrada por una piedra, para que se conservase mejor el agua en aquellas llanuras, abrasadas por los rayos del sol. Cuando estaban reunidos todos los rebaños, se levantaba la piedra, y despues de haberlos abrevado, volvíase á colocar sobre el pozo. Dijo, pues, Jacob á los pastores: "Hermanos, ¿de dónde sois?"—"De Harán," respondieron ellos. Y añadió Jacob: "¿Conocéis á Laban, hijo de Nachor?"—"Le conocemos,"—"¿Está bueno?"—"Sí," respondieron al

viejero desconocido, y le aquí á Raquel, su hija, que viene con su rebaño." Y dijo Jacob: "Mucho queda aún de día, y todavía no es tiempo de recoger el ganado ó los apriscos: dad antes de beber á las ovejas, y volvedlas despues á sus pastos." Y contestaron ellos: "No podemos verificarlo hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra del pozo para darles de beber."

Hablando estaba todavía, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Aquellas ilustres familias, que podían contar toda la larga serie de sus progenitores, vivían noblemente en el seno de la mayor abundancia, pero sencillamente y de una manera laboriosa. Gozando de una perfecta libertad, provistos de todo lo necesario para la vida, y moderados en sus deseos, formaban como unos pequeños estados, que el padre gobernaba como rey; verdadera monarquía, en efecto, pues nada faltaba á su poder real, sino vanos títulos y ceremonias incómodas. No se necesitaba rodear entonces la persona del monarca con el prestigio del aparato, porque su autoridad estaba en el corazón de sus súbditos. Su principal riqueza consistía en ganados: cambiaba de domicilio cuando faltaban los pastos, y se detenía donde los pastos se encontraban mejores y mas abundantes. Su imperio le seguía donde quiera, y con su imperio su felicidad. No se encerraba dentro de murallas, al modo de aquellos que buscan cómo evitar el castigo de crimenes consumados, y cómo asegurarse el medio de cometer impunemente otros nuevos: acampaba bajo tiendas y á cielo abierto, no teniendo qué temer nada de Dios ni de los hombres. Sus mugeres y sus hijos llevaban, como él, el peso del día y del camino, y pasaban igualmente su vida en la sencillez y en el trabajo. Tales fueron Sara, muger de Abraham, y Rebeca, madre de Jacob, y tal era también Raquel.

Jacob, al ver á su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tío, quitó la piedra que cubría el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dio á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afeccion hácia su prima, y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenían los parientes mas cercanos. Hay en el amor entre primos un embeleso secreto que participa de los dulces vínculos de la sangre, y de las simpatías delicadas de la sensibilidad. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo saltar ya de gozo su corazón.

Raquel corrió á toda prisa para avisar á su padre. Laban vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó en sus brazos, y colmándole de besos, le condujo á su casa. Y luego que hubo oído de su boca los motivos de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad:

"Huesa mía eres y carne mía," recordando así su parentesco, y prometiéndole a su sobrino socorro y protección. Entonces hablaba por sí sola, sin mezcla de lisonja ni de afectación, la voz de los sentimientos naturales.

Entretanto Jacob cuidaba de los ganados de su tío, y pasado un mes, le dijo éste: "¿Acaso porque eres hijo de mi hermana, me has de servir de balde? Dame la recompensa que quieres." Laban tenía dos hijas, la mayor se llamaba Lia, y la más joven Raquel; pero Lia tenía los ojos legañados, y Raquel era de una estremada belleza, sin imperfección alguna. Respondió, pues, Jacob: "Te serví siete años para Raquel, tu segunda hija." En la mayor parte de los antiguos pueblos, el hombre debía comprar la mujer que tomaba por esposa, ó á lo menos constituirle un dote. Jacob, salido de la casa paterna como fugitivo, no podía llenar las condiciones de costumbre, sino ofreciendo sus servicios en lugar de riquezas. Laban aceptó gustoso la respuesta de su sobrino, y díjole, hablando de Raquel: "Mejor es dártela á ti, que á otro alguno: quedate en mi casa." Jacob, pues, por espacio de siete años, para obtener á Raquel, se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio. Y estos siete años, le parecieron siete días. Tanto era el afecto que á Raquel profesaba. Cosas hay que nunca nos parecen caras en demasía, cuando con tuchito atidor las deseamos; y aunque las afecciones vehementes se sufren con los largos retardos, con todo, saben maravillosamente estender sus angustias, los encantos del objeto amado, y engañar así la lentitud del tiempo. La esperanza consuela los sinsabores de la privación, y las hermosas ilusiones que brotan del deseo comprimido, como las bombollas brillantes que nacen de la espuma, embellecen como gozos fantásticos los momentos de la tardanza. Nada hay tan delicioso ni duradero como las fricciones que cria nuestra fantasía, en el horizonte encantado de su actividad, antes que la fría y rápida realidad venga á limpiar nuestros sueños de oro. El alma encuentra en lo que espera algo de aquella felicidad vaga é indefinida que solo puede llenar su inmenso vacío; pero cuando la verdad de su dicha se la ha presentado con todos sus límites, y no puede alcanzar mas allá, entonces crece desmayada, como avergonzada de su propia impotencia y engaño, tocando tristemente que todos los placeres de la vida no son mas que la sombra de sus propios devaneos. La vejez es árida y sombría, porque carece de deseos y de esperanzas, así como la aurora de la vida es hermosa, porque aparece teñida como los dorados tintes de la ilusión, que van desapareciendo como el humo.

Cumplidos los siete años de penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego;

reunió á sus amigos, y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recién casadas en el aposento de su esposa, que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo, cuando se acercaban al lecho del esposo. La palabra latina *nubere*, que ha quedado para significar el acto de casarse la mujer, significaba antiguamente el velarse ó cubrirse con un velo. Laban, pues, haciendo una sustitución que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel, en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva, llamada Zelfa. Este, cuyo corazón recto y sencillo estaba muy distante de presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias y el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida de su padre, no conoció verosimilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero es de un hombre duro, artificioso, falaz, sólo otra esclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño, todo el partido posible del ciego, pero, sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué también delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado éste de aquel dolor profundo y amargo que sentimos cuando, hurladas inútilmente en nuestra fé, se cortan de repente nuestras mas dulces esperanzas, reconviniendo á su suegro, le dijo: "¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué así me has engañado?" A estas naturales y apasionadas preguntas, contestó Laban con aquella calma cruel y páfida con que el sordido interés cree satisfacer con fútiles protestas á las justas inculpaciones que le dirige la justicia ofendida ó la burlada inocencia: "No es costumbre de este país el casar las hijas mas jóvenes antes de las mayores." Si el pretexto era verdadero, alegando debía antes de toda promesa dada á Jacob; pero el pretexto era falso, porque el celebrar públicamente las bodas, asaz manifestaba que en la opinión y en las costumbres del país, Raquel podía muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos, no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aún el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase también á Raquel por esposa, sirviéndole el otro siete años, y el bondadoso Jacob, tuvo la condescendencia de consentir en ello, á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa, pasados siete días de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tío por el término convenido.

No hay duda que la poligamia es opuesta á la primera institucion del matrimonio, y nunca ha podido introducirse licitamente en el mundo sino á beneficio de una derogacion positiva de la ley fundamental. Creemos, pues, que Dios, que por necesidad habia permitido á los hijos del primer hombre el matrimonio entre hermanos y hermanas, permitió igualmente despues del diluvio la pluralidad de mugeres, derogando así, en ambos casos, preceptos que el Evangelio vino despues á recordar, mantener, sancionar, y que los pueblos civilizados han respetado y seguido en sus códigos y en sus costumbres. En todas aquellas cuestiones, en las cuales se hallan complicados los derechos y los deberes respectivos de los hombres, la voluntad de su comun autor es una valla que no se puede traspasar impunemente. Y á la verdad, los principios son y quedan siempre inmutables; pero de otra parte las condiciones, á las cuales se refiere el bien y el mal, pueden ser alguna vez trasladadas; y el mismo acto exterior se reviste de una moralidad enteramente distinta. Así, lo que los patriarcas hicieron sin ser criminales, tomando simultáneamente muchas mugeres á título de esposas de primero ó de segundo orden, no se practicara en el día sin grande escándalo, y sin atraer sobre sí el anatema de toda la cristiandad. Y sin duda que estas vergonzosas utopias que buscan un apoyo entre el fango vil de algunos institutos, no pervertirán el corazon de la Europa bautizada. El último esfuerzo de las pasiones humanas es insultar el dique que Dios les opone; pero no destruirle. Dios hace lo que quiere, y lo que él hace no muere jamás.

Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afecion de Jacob. Pero Dios, que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces, ya desde este mundo á sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, menos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril. En aquel tiempo de virtuosa sencillez, en que las leyes providenciales que dirijen el desarrollo del género humano, no estaban obstruidas ó embarazadas por los cálculos del egoismo; los hijos eran mirados como la gloria y la bendicion de los matrimonios, y tenianse por dichosos los padres que veian á la risueña turba de sus hijos, florecer á su alrededor como un plantel de tiernos olivos. Raquel, viéndose estéril, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad de su sexo, y cedió al sentimiento poco noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. "Dame hijos, dijo á su marido, y si no, me verás morir." Á tan indiscreta convencion, no pudo Jacob quedar indiferente, y la respondió, no sin algun enfado: "¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?" Sabia y oportuna respuesta, que increpaba á Raquel,

reconociéndole, no solo que no debía dirigir á él sus quejas ni sus súplicas, y si el Señor, de quien viene toda fecundidad, sino que, en vez de tener envidia á su hermana, debía humillarse delante del Señor, para conseguir de su bondad el bien que deseaba.

Vuelta en sí Raquel, y reconociendo su desvío por la reprobacion de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abraham, dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entonces; ya atendidos, como hemos dicho, los designios de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que se proponian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente.

Dióle, pues, Raquel á Bala por esposa de segundo orden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de Dan, y al otro Neftalí, nombres significativos, que, como todos los demas puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circunstancias particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practico Lia, viendo que habia cesado de parir, con su sierva Zelfa.

Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija, llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel, y la hizo fecunda. Logró, pues, el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo; pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad, y por otra le añadia un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aún ella con deseos de que se le añadiese otro hijo; expresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo, semejantes á los que hacian latir entonces su corazon maternal.

Cuando nació José, catorce años habia que Jacob estaba en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pensó en retirarse á la tierra de Canaan, de donde habia venido. Dijo entonces á Laban: "Déjame volver á mi país, y al lugar de mi nacimiento. Dame mis mugeres y mis hijos, por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuales han sido mis servicios para contigo." Y respondióle Laban: "Halle yo gracia en tus ojos: tengo conocido por experiencia, que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte." A semejante propuesta, llena de sagacidad y de artificio, contestó el yerno: "Sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias antes que yo viniese á ti y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Haz es por lo tanto que algun día mire yo tambien por mi casa." Con todo, á vivas instancias de Laban consintió Jacob en quedarse, haciendo

entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual podrían pervenir. Y quiso el cielo que, sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedasen á favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria; por lo cual Jacob, sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables. Porque la virtud, fuente de gozos interiores y garantía de futura felicidad, es también una condición y un principio de dicha material, pues introduce la moderación en nuestros deseos, y el orden en nuestros actos, y fecunda y asegura la obra del hombre, atrayendo sobre él el rocío de las celestes bendiciones.

Seis años habian transcurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob, despertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un día Jacob que entre sí decían: "Hase apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre, y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso." Desabrió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolución de volver al país de sus abuelos, prometiéndole toda protección y socorro. Envió, pues, á buscar á Raquel y á Lia, y las hizo venir al campo, en donde presentaba sus ganados. Allí las recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que habia por diez veces trocado la paga ó remuneración á sus servicios, y modificado las cláusulas del pacto primitivo. "Así, añadió, Dios ha quitado sus bienes á nuestro padre para dármelos á mí... Y me ha dicho: Levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra en donde naciste." Raquel y Lia no tenían mucho que agradecer á las atenciones que con ellas habia usado su padre, y no les quedaban para el porvenir esperanzas más lisonjeras de lo que habia sido lo pasado, y así dijeron á una voz: "¿Tenemos acaso algo que esperar en los bienes y herancia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura, no nos ha mirado él como estranas, y no nos ha vendido, y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre, y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así, haz todo lo que Dios te ha ordenado." Estos motivos de queja son ingenuamente deducidos; pero lo que más los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mugeres, y su confianza en la decisión de Jacob. Hay en el corazón de la muger cierto instinto noble y providencial de acogerse bajo la protección de la fortaleza y del consejo; y ya sea que ella encuentre en su natural debilidad un cierto aviso de desconfiar de sí misma, ó sea más bien que vea reflejar con viveza en el puro cristal de su corazón la imagen de cuanto es justo, delicado y verdadero, la muger, por lo general, se ampara pronto y vo-

luntariamente bajo las alas de Dios, y busca instintivamente en el querer de su esposo el eco de la voluntad divina. Y este abandono y esta dependencia le son dulces y fáciles, no solo porque de este modo se libra de la incertidumbre y de la ansiedad, lo cual no pasaría de un calculado egoísmo, sino también porque toda su vida está puesta en el espíritu de sacrificio, y porque su generosidad no es menor que su vocación. Dios, por fin, que cubre de flores el yugo que impone, inclina los corazones por su gracia, así como dobla los destinos por su fuerza; y dando al hombre una personalidad ardiente, celosa de la iniciativa, y fiera por la libertad de sus movimientos, inspira á la muger la inteligencia y el amor de los sacrificios, y parece quedarse más cerca de ella para aconsejarla y sostenerla.

Jacob, pues, hizo subir sus mugeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que habia acumulado en la Mesopotamia. Raquel por su parte se llevó los ídolos que habia hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues éste habia ido al esquileo de sus ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese partir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia, después de tres días, de la partida de su yerno, cuando la caravana habia pasado ya el Eufrates, y se adelantaba en la dirección de Occidente. Indignóse Laban luego que supo la salida de Jacob; y reuniendo su familia y sus servidores, se puso en marcha para darle alcance, y después de siete días de camino, bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña que tomé después el nombre de Galand, por lo que luego se dirá, que se extiende desde el Líbano al Norte, hasta el término que poseía Schou rey de los amorreos y que fué cedido posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob habia levantado allí su tienda, y Laban levantó también la suya á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse el día siguiente. Pero durante la noche, se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió de todo proyecto de venganza. "Guárdate, le dijo, de hablar con aspereza á Jacob." Dios, al modo de una madre que con solícita ternura observa y protege el sueño de su hijo, vela por la inocencia dormida, y cubre de un terror sombrío la conciencia del hombre injusto.

Laban, calmado, fuése pacíficamente al fugitivo y le dijo: "¿Por qué te has portado de esa manera, arrebatándome mis hijas, sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿Por qué has querido huir, sin yo saberlo, y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con re-

gocijos y cantares, al son de panderos y de vihuelas. Ni siquiera me has permitido el dar un beso de despedida á mis hijos é hijas. Notamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que mereces; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: " *Guárdate de profanar palabra alguna que pueda ofender á Jacob*. No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres, mas ¿ á qué propósito robarne mis ídolos? " Respondió Jacob: " El haberme marchado sin darte antes aviso, ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo que me reconviene, cualquiera en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio, llévate. " Cuando así hablaba Jacob, ignoraba que Raquel, no se sabe por qué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacros que figuraban los antepasados, ó tal vez algunas falsas divinidades, lo cual ha dado margen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes, hechas tal vez de metal precioso, para indemnizarse así de las injusticias de su padre; ó quhubiera querido quizás, por más noble motivo, quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas?

Sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas, que inutilizó todas las investigaciones de Laban: sentíase sobre los ídolos, cuando su padre, después de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lia y de las dos esclavas, entró á buscarlas en la tienda que ella habitaba y se escusó de no poder levantarle á su presencia, so pretexto de alguna indisposición mugeril. Enojado entonces Jacob del ultraje que con tales sospechas recibaba de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: " ¿ Por qué culpa mía, ó por qué pecado mio te has enardecido tanto en perseguirme, hasta escurrirar todo mi equipage? ¿ Y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa? Ponlo aquí á la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. ¿ Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles; ni me he alimentado de los cameros de tu grey, ni jamás te mostré lo que las fieras habían atrebatado; y yo resaré todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exijas con rigor. Día y noche andaba quemado por el calor y aterrido por el hielo: el sueño hula de mis ojos. De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños: después de esto, tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac, no me hubiese asistido, tu quizá

ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulación y el trabajo de mis manos, y por esto ayer te reprobé. "

Nada había que replicar á semejantes razones. Ablandose Laban, y sintiéndose conmovido las entrañas, dijo: " Mis hijas y mis nietos y todo cuanto ves en poder tuyo es cosa mía. " Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. " ¿ Qué mal puedo yo hacer á mis hijas y á los hijos de éstas? Ea, pues, hagamos una alianza que sirva de testimonio de la armonía entre nosotros dos. " Jacob quedó muy satisfecho de este desenlace: él, pues, y los suyos reunieron una porción de piedras, y formaron un majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro ó montecillo, estaba destinado á servir de limite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podía traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos, para transmitir á la posteridad la memoria de hechos considerables: los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. A estos montones de piedras, mas ó menos notorios, se daba un nombre, que recordaba su naturaleza y su origen. Así, Laban y Jacob llamaron á su monumento majano ó cerro del testimonio, porque debía quedar como un mudo testigo de la fe jurada, y por esto se llamó Galaad por los hebreos, que significa, Monton testigo. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que temia Isaac, del Dios de Abraham y de Nachor. Porque Isaac vivia aún, y por eso no se llamaba el Dios de Isaac, sino el temor de Isaac: *Mehock*. Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntas en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó antes de despuntar el día, abrazó á sus hijos é hijas, los bendijo, y regresó á su lugar.

La avaricia y el interés son vicios é incurables dolencias: en el día, así como en el tiempo de Laban, el hombre no tanto es rico por lo que posee, como pobre por lo que le falta. Frágil y caduco, suplica y busca donde quiera un punto de apoyo y una protección: parece devorarlo todo en la avidéz de sus deseos, á pesar de lo poco que en realidad necesita. Desconoce las afecciones de familia, ahoga la voz de la sangre para añadir algunas leguas mas á su imperio de un día y aumentar el número de sus vasallos, aun cuando éstos no sean mas que rebaños de ovejas. ¿ Tal es el ansia natural de dominar, raíz funesta del primitivo orgullo? ¿ Feliz aún cuando su espíritu, atormentado un momento por la sed de adquirir, se aplaca por fin en nombre de la razón y de la religión, y aprende á sacrificar á la justicia y á la concordia cavidiosas pretensio-

nes é ilegítimas riquezas! Mas, ¿qué será cuando desconozca enteramente estos nombres sagrados, y sediento de gozar, y creyéndose con derecho sobre todo, se abalance como un buitre sobre su presa? ¿Qué será de la sociedad, cuando rotos todos los lazos que la conservan en armonía, se desborden sin dique alguno todas las pasiones de la ambición, para devorarse unos á otros como un enjambre de insectos?

Después de haberse retirado Laban, continuó Jacob su camino, Y después de haber tenido algunas visiones misteriosas que le anunciaban la defensa y la protección de Dios, bajo cuyo poder caminaba seguro, envió mensajeros para que notificasen su regreso á su hermano Esau, tan irritado en otro tiempo contra él, el cual habitaba en Seir, en la tierra de Edom. Estos enviados trajeron la noticia que Esau venia presuroso al encuentro de Jacob, al frente de cuatrocientos hombres. Sobrecojido Jacob de temor y aterrado, sin dejar de confiar en Dios, tomó las precauciones que su posición le permitía; como así debe obrar el justo, que no por lo que espera de la Providencia ha de descuidar las medidas que en el orden puramente humano le aconseja la prudencia; lo contrario sería presuntuosa temeridad, y esta idolencía fuera criminal. Dividió en dos bandos la gente que consigo tenia, junto con los ganados de ovejas, de bueyes y de camellos, para que si caía la una en manos de Esau, ó fuese por él destrozada, pudiese á lo menos escapar la otra. Buscó después en el cielo un socorro mas eficaz que todas estas medidas, é hizo esta oración: "Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de Isaac, mi padre; tú, Señor, que me dijiste: *Volvete á tu país y al lugar de tu nacimiento y yo te colmaré de beneficios*, indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Solo con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas de gentes y ganados. Librame te ruego de las manos de mi hermano Esau, porque le temo mucho; no sea que arremetiendo acabe con madres é hijos. Tú me prometiste colmarme de bienes, y multiplicar mi descendencia como las arenas del mar, cuyos granos son innumerables..." Cuando se desea para sí la fortuna, debe recorrorse á Dios que la tiene en su mano. No hay duda que la marcha de los acontecimientos fué decretada ya desde un principio en los consejos eternos; pero desde entonces tambien nuestra oración ejerció su influencia sobre los divinos decretos. De este modo nuestra alma no yace abatida bajo el peso de la fatalidad, pues que se tuvieron ya en cuenta sus libres actos; y si no le es permitido penetrar en lo futuro, es para que conserve siempre en sus resoluciones una libertad perfecta. Tal es la bella y honorífica doctrina del

cristianismo, que eleva y glorifica al hombre, asociándole á las obras de la Providencia.

Jacob separó de sus rebaños lo que tenia voluntad de ofrecer á su hermano que no dejaba de ser de alguna consideración. Doscientas cabras, veinte machos de cabrío, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellos paridas, que daban regalada leche á sus crias, muy estimada de los antiguos, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnos y diez de sus pollinos. Estos presentes, que manifiestan la rica abundancia y la generosidad de su dueño, fueron enviados por Jacob á Esau, bajo la dirección de varios servidores ó dependientes, que debian dejar entre sí algun intervalo ó trecho. Y dió órdenes á todos los conductores de aquellas manadas, que informasen á su hermano ser aquello un regalo de su siervo Jacob, el cual venia detrás en persona, esperando que su generosa amistad, dando así á la cólera de Esau asaltos sucesivos, acabaría por vencerla completamente. Remitiendo, pues, los dones por delante, y precedido de aquella especie de vanguardia, pasó aquella noche en su campamento, y el dia siguiente partió muy de mañana con sus mujeres, sus servidores y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Apartóse un poco de su comitiva, se le apareció un ángel en figura de hombre, que comenzó á luchar con él hasta la mañana. El valor de Jacob fué mayor que el peligro, porque el espíritu celeste templó su fuerza y se dejó vencer por su rival. Esta victoria alentó al abatido Jacob, dándole á conocer que su valor superaría al de los demás hombres, y le valió el mudar su nombre con el de *Israel*, que significa poderoso contra Dios, porque habia sostenido gloriosamente el ataque contra el enviado divino. Esta lucha es la imagen de las angustias de que se mira cercada nuestra alma en circunstancias difíciles y estremas: una fuerza superior nos acomete y se echa sobre nosotros como un águila que cae sobre su presa: la inteligencia, el valor y la virtud debaten entre sí en el doloroso recinto del alma: el éxito queda suspenso por largo tiempo, hasta el momento en que, coronando Dios una magnanimidad que el mismo ha inspirado, sale el hombre de la lucha rendido de fatiga, pero recompensado por una victoria. Jacob llamó á aquel lugar *Faniel*, esto es, *vista ó rostro de Dios*, y exclamó: Yo he visto á Dios cara á cara y mi vida ha quedado en salvo.

Entretanto Esau se adelantaba con sus cuatrocientos hombres. Levantó Jacob los ojos y le vió venir con toda su comitiva, y dividió su familia en tres grupos. Al frente iban las dos siervas y sus hijas: Lia y su hija veinita en segundo lugar, y seguian por fin Raquel y José, dos personas queridas que alejaba cuanto podia de todo peligro. El mismo Jacob se adelantó para ir al encuentro de Esau: los dos hermanos, profunda-

mente conmovidos, se estrecharon en sus brazos con la mayor ternura, derramando lágrimas, y levantando Esau los ojos, vió las mujeres y los niños, y dijo: "¿Quiénes son estos? ¿te pertenecen á tí?" Y respondió Jacob: "Son los hijos que Dios ha dado á tu servidor." Y acercándose las siervas con sus hijos, se postraron á los pies de Esau. Lía le saludó después: Raquel se adelantó la última, al modo que se corona un ramillete de flores arregladas con arte, colocándolo sobre todas las demás la de más ricos colores y más esquisitos perfumes.

Jacob había procurado manifestar á su hermano todas las señales de sumisión y de respeto, haciéndole siete veces y á diferentes trechos los saludos que eran costumbre de aquel país para honrar á los grandes personajes. Cuando le preguntó Esau, qué significaban aquellas cuadrillas que él había encontrado, respondióle Jacob: "El deseo de hallar gracia en presencia de mi señor." "Poseo grandes bienes, hermano mío, replicó Esau, guarda para tí lo tuyo." Pero Jacob, insistiendo en su generoso afecto, le dijo: "No bagas tal, te suplico; antes bien, si es que yo he hallado gracia á tus ojos, recibe de mis manos este pequeño regalo, ya que al verte semejante me ha parecido ver el rostro de Dios." Estas palabras proferidas por Jacob con toda la sinceridad de su alma, triunfaron de la resistencia de Esau, el cual se dejó vencer por las instancias de su hermano; aceptó los presentes, y se ofreció á acompañarle en su camino. Jacob le manifestó su reconocimiento, pero le hizo advertir que él, á causa de sus mujeres y sus hijos y de sus ganados, no podía andar sino muy despacio y á cortos trechos. "Vaya, añadió, mi señor delante de su siervo; yo seguiré poco á poco sus pisadas, según viere que pueden aguantar mis niños, hasta tanto que llegue á verme con mi señor en Seir." Pero replicó Esau: "Ruégote que tomes á lo menos parte de la gente que viene conmigo para acompañarte en tu viaje." "No es menester, contestó Jacob, lo que solamente necesito es, señor mío, que me conserves tu gracia." Y así se separaron reconciliados. Volvióse Esau aquel mismo día á Seir, por el camino que había traído, y en donde había fijado su domicilio. Esta region, que tiene también el nombre de Idumea, se extendía entre la Arabia Petrea, el Egipto y la Palestina. Jacob fué á plantar sus tiendas sobre la orilla oriental del Jordan, frente del lugar en donde fué edificada un poco más tarde la ciudad de Scythopolis; y se adelantó hasta las cercanías de Siquem, á fin de procurar abundancia de pastos á sus rebaños. En el día, aun las faldas de las colinas que rodean á Siquem, están cubiertas de verdor, y los pastores árabes guardan allí sus cabrios, haciendo salir de una especie de flauta con dos tubos algunos sonidos salvajes.

Cuando Jacob pasó á habitar cerca de Salem, ciudad de los siquemitas, en la tierra de Canaan, después de algun tiempo de haber vuelto de Mesopotamia de Siria, compró la parte del campo en que había fijado sus tiendas de campaña á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos; y como había escogido aquel lugar para su permanencia, erigió un altar al Dios verdadero, al Dios de las fuertes, para vivir él y toda su numerosa familia bajo la protección del Señor.

Jacob tenía once hijos y una hija llamada Dina, hija de Lía su primera esposa. Rico con los bienes de la tierra, y más rico aún con sus creencias, llevaba una vida apacible, que nada parecía deber alterar. Pero sobrevino una catástrofe terrible y no muy generalmente conocida. Las sagradas páginas presentan aquí una mancha de sangre, de la que se apartan los ojos con horror. Sin embargo, para dar alguna amenidad á nuestra lectura, transcribiremos algunos fragmentos de una leyenda sagrada que habíamos bosquejado en los ocios de nuestra juventud. Cuando las escenas encantadoras de la Biblia daban pábulo al fuego de nuestra fantasía y hacían latir por primera vez el corazón. Hé aquí algunos fragmentos del *Rapto de Dina*.

Después de la reconciliación de Esau con su hermano, se establecieron los hijos de éste en el delicioso país de Salem. Isaac, padre venerable de aquella tribu, veía con placer aseguradas sus esperanzas en tantas generaciones, que vivían felizmente á la sombra de la paz y del amor, y gustaba sostener sobre sus trémulas rodillas á los hijos de sus nietos.

No es fácil formarse una idea de aquella sociedad naciente, sin otra ley que la de la naturaleza, descansando bajo el suave abrigo del gobierno patriarcal. Los antiguos griegos nos figuraron en algun modo esta sociedad en los felices habitantes de la Arcadia. ¿Qué puede bosquejar el pincel de la poesía de aquel país encantador? La familia de Israel, antes de ser esclava de los egipcios, disfrutó por algunos años aquella vida deliciosa, imagen bien que imperfecta del Edén cantado por Milton, y de la felicidad que probó el hombre en los cortos días de su inocencia.....

La tradición del diluvio era todavía reciente, y sin embargo la idea del verdadero Dios se hallaba reducida al corto recinto de aquel pueblo. El hombre se había olvidado de su Criador. O se creía capaz de formar un Dios con sus propias manos, ó hacia de sí mismo su idolo. Esparcidas se veían por toda la tierra semillas de aquella superstición que debia producir monstruos y hacer adorar á los hombres sus propios deltos. ; Triste herencia de la muerte justamente merecida por la desobediencia del primer hombre!

Pero presto debía acabar la paz de esta sociedad que conservaba algunos vestigios de la diada primitiva, y se mantenía como un albergue sagrado en que Dios conservaba como en depósito la cuna de la religion. El mismo Dios les habia inspirado el sencillo culto de los sacrificios, que consistian en inmolarse la res más preciosa de sus rebaños, con alguna réplica ó deprecacion. Muerto Isaac, Jacob quedó jefe y sacerdote de aquella numerosa familia; carácter sagrado que despues debía perpetuarse en los descendientes de la tribu de Levi.

Henor, príncipe y dueño de la comarca, habia vendido á Jacob una gran parte de territorio para que se estableciese allí con todo su pueblo. En medio de una llanura inmensa se levantaban algunos pequeños colados cubiertos de verdor. Se veían de trecho en trecho grupos de álamos y palmeros, que habian dado su sombra á los primeros patriarcas. A lo lejos se descubria una selva de piñanos y cedros, cuyas altas copas sueltas por el viento, parecían confundirse con las nubes en la region de las tempestades, y trasplantados despues en el monte Libano, merecieron ser esculpidos por el arpa de David. Cuando el sol del medio dia abrazaba el aire y la tierra con sus rayos de fuego, el interior de la selva era apacible. Ni el viento, ni el sol, podían penetrar la densidad de aquel asilo regulado, que la naturaleza habia dispuesto en medio de vastas llanuras y de arenales inmensos. El viento se convertía en un ambiente suave y aromático, y la luz solar, perdiendo su intensidad, venía á ser como el soporciento delicioso de la mañana.

La mano del hombre se reparaba apenas en aquellos campos incultos. No habia propiedad señalada para cada uno de los miembros de la familia: todos poseían en común aquella region agradable. La tierra virgen, abandonada á su propia fecundidad, se cubria de flores y legumbres silvestres, sin que hubiese de regarla el sudor del hombre, pues aun sobraban para su sustento y para el pasto de sus numerosos rebaños. Raquel, Lea y las hijas de Jacob cuidaban en un corto recinto algunas flores queridas, la rosa, el clavel, el lirio y el jacinto. Los hombres se ocupaban en pasturar los ganados, vagando libremente por las campiñas. Tal era la felicidad de aquellos pueblos pastores.

Dina, la más bella entre las hijas de Israel, era el dolo de sus hermanas y el embeleso de sus padres. Nacida de Lea, otra de las esposas de Jacob, crecía como uno de aquellos lirios tiernos que cuidaba su madre. Cuando alzaba tímidamente sus negros y rasgados ojos, que brillaban sobre un cutis finísimo, parecia recordar la modesta vivacidad de Raquel, y en todo su cuerpo se veían delineadas las bellas formas de Ra-

1. Rayaba á los quince años, y sus labios tan puros como su alma

solamente sonreían al beso paternal. Cuando Jacob contaba las maravillas del Dios de sus padres, quedaba absorta al escucharle; sus inocentes miradas se dirigían al cielo, y como si hubiese leído en las fancias de su padre algun secreto, se notaba en su semblante un no sé qué de celestial.

En una de aquellas noches apacibles, en que el cielo sembrado de estrellas, aparece sobre la vasta naturaleza como un campo resplandeciente y solitario, estaba reunida en un pequeño bosque la familia de Jacob, el cual se hallaba sumido en un profundo sueño. Despiértase de repente como inspirado, y esclama: ¡Hijos míos! El Dios que salvó á Isaac, mi padre, reclama de nosotros un sacrificio. Levantad vuestros ojos á estas inmensas alturas. El Señor tiene allí su trono de majestad. ¡Cuántos astros publican su gloria! Si, me parece verle todavía en los campos de Betel. Yo le vi; yo le vi: una ráfaga de luz bajaba del cielo y por ella descendían los espíritus del Señor...; Dios piadoso! Acuérdate de las promesas que hiciste á tu siervo. En él serán benditas todas las generaciones.

Las hijas de Jacob lo preparan todo para el sacrificio. Nafali y Ruben llevan dos corderos sin mancha, y Dina aparece el aceite sagrado. Jacob, postrado á la presencia del Señor, derrama el óleo sobre la piedra del sacrificio, como lo hizo en el lugar de la vision misteriosa, y antes de inmolarse las victimas dirige una oracion al Señor. "¡Oh Dios de mis padres! recibe con agrado este holocausto. Saba nuestra débil voz hasta tu sèlio eterno. ¡Ten compasion del hombre desgraciado! ¡pueda algun día ser feliz, y recobrar la vida inmortal que perdió por el delito!"

Estas palabras, pronunciadas con un acento profético, en medio del silencio y á la luz de los astros de la noche, enterrecieron el corazón de Dina, como si estuviera iniciada en los misterios más profundos. Jacob toma un melchocachillo é inmolala víctima. Dos de sus hijos pierden el vaso de bronce para recoger la sangre, y algunos esclavos preparan la lena para consumir el sacrificio.

Aser, hijo de Zelfa, esclava de Lea, y hermano de Dina por parte de su padre Jacob, llegaba apenas á los veinte años. Amado de Lea como hijo suyo, por serlo de su esclava, habia crecido junto con la hija Dina, y las madres de entrambos se complacian en confundirles en su cariño. Sus corazones cándidos se amaban tiernamente; el uno formaba las delicias del otro, pero con aquel amor inocente y fraternal que participa de todas las dulzuras sin tener sus peligros.

En este momento contemplaba Aser las lágrimas que brotaban de los

ojos de su hermana y brillaban con el fuego del sacrificio. Dina miraba también á su hermano, se conmovía agitada por aquella vaga inquietud que sicote el corazón cuando se abre por primera vez á las bellas ilusiones de la vida. Había rogado á su padre que les contase la historia de los hombres, y una mirada saya anunció al anciano patriarca los deseos de su hijo. Dina corrió al lado de su madre; Aser no se atrevió á seguirla, y se sentó con los demás hermanos que formaban como un semicírculo alrededor de Jacob. Los esclavos en pie y á cierta distancia, guardaban silencio, y las ondras de algunos camellos inmóviles se dibujaban débilmente en el suelo, oscilando como las llamas ya moribundas del fuego del sacrificio.

Voy á contaros, dijo el patriarca, acabada ya la ceremonia, la historia de nuestros padres, y las misericordias que el Señor ha derramado sobre nosotros. Aquí pintó las delicias del Edén y los venturosos días de la inocencia, la astucia infernal de la serpiente, la debilidad de la primera mujer y el funesto efecto de sus ruegos; el rubor, hijo del delito, las amenazas del Señor y el castigo de Aton y de su esposa. Cuando refería el destierro de los dos desventurados al dejar aquella manción de placeres y de felicidad, los sollozos interrumpían sus palabras, y las lágrimas de todos corrían con abundancia.

En seguida presentó á la muerte introducida en el mundo por la envidia fraternal. La dulzura y el amor de Abel interesaron á la joven hebreá, y el odio mortal de Cain á su inocente hermano, cubrió de una especie de rubor la frente de algunos hijos de Jacob.

Este se paró un instante para hablar de las maldades de aquellos primeros habitantes que tan rápidamente se habían multiplicado. La tierra, en la edad de Dina, en quien fijó los ojos, y su modestia angelical, ponía algún estorbo á sus lujos. ¿Cómo hubiera podido pintar con todos sus colores á los ojos de la inocencia, aquellas iniquidades nefandas que estremecen á la naturaleza é hicieron arrepentir á Dios de haber criado el hombre? El amor impuro, dijo, fué después del diluvio la pasión más funesta de la criatura corrompida. Un apetro brutal sofocó en el hombre el soplo divino de la razón que el Señor había infundido á su alma; y así igualase con los irracionales. Corramos un velo á tantos horrores, hijos míos; la iniquidad había inundado la tierra, y era preciso renovar enteramente su faz. Noé, el justo Noé, fué elegido para conservar después del diluvio la especie humana.

Figuraos, hijos míos, á la tierra sumergida en las aguas, y al sol abismado y sin brillo en medio de los cielos. El mar salió de su centro como un monstruo para devorar á los vivientes de la tierra; abríciense las ca-

taratas del cielo, y el mundo quedó desolado. El Arca entre tanto nadaba sobre la vasta inmensidad de un mar sin orillas; y mientras un abismo de agua iba sepultando las generaciones hasta en la última cima de los montes, solo el Arca llevaba en su corto recinto los recogidos restos de las especies vivientes." "Con qué viveza les presentó la tierra nuevamente desierta en su desolacion, el olivo de la paloma, el hermoso iris naciendo después del diluvio, como un símbolo brillante de alianza y de amor!"

Aunque todos estaban embecidos con las palabras del patriarca, conoció este que sus ojos necesitaban el sueño. Dejó para otra noche el seguir su historia, y los hijos de Jacob, después de haberle dado el ósculo filial, se retiraron á sus albergues.

Estos eran unas tiendas cuadradas que cubrían esteriormente de pieles de animales diversos, sostenidas y trabadas por largas bien que delgadas maderas, formando una especie de techo. Interiormente estaban cubiertas de telas de diferentes colores, clavadas con pequeñas puntas en el suelo. La tienda de Jacob y sus esposas era espaciosa, bien que sencilla, y se distinguía de las demás por su mayor elevación. Otra estaba destinada para sus hijos y demás mugeres de la familia. Los demás hermanos habitaban en otra, construída más groseramente, y había algunas como chozas para los esclavos.

Dina pasó la noche sin dormir, y como embecida en su propio pensamiento. La edad feliz del hombre y de su inocencia llenaba su alma de ideas deliciosas, pero se horrorizaba de que la culpa hubiese nacido en el seno mismo de la felicidad. Atormentado su corazón virginal por los primeros impulsos de la sensibilidad, evidenciaba su vocitura á la madre de los hombres. ¡Ah! exclamaba en secreto, ¿cómo pudo la dichosa Eva renunciar por una sola curiosidad á los placeres juntos de la inocencia y del amor! ¿Cuán funestas fueron desde luego las gracias de la muger! ¡Ah! ¿yo debía nacer en aquel Paraíso! ¿Cuán fácil es ser culpable á los ojos del Señor! La idea ligera que había dado su padre de las iniquidades de los hombres antes del diluvio, le llenaban de un oculto pavor. A pesar de la pureza de su alma, había sospechado confusamente el nefando origen de las maldades que vengó el Señor sobre la faz de la tierra, al modo que un infante concibe la idea confusa de la muerte; y al sentirse agitada por unos impulsos que apenas conocía, vacilaba en una amarga duda acerca de la inocencia de sus sentimientos.

Hay en el alma de una jóven virgen un estado de agitación que dura poco, y es el prenuncio de la edad de las pasiones. Cuando la inocencia no se ve sorprendida por una malicia prematura, las primeras chispas

del amor se insinúan por una inquietud sin objeto, deseos vagos, una secreta melancolía y un ardiente anhelo de felicidad. El corazón late por un no sé qué desconocido é indefinible. Tal vez sospecha que no nació para sí solo. La naturaleza anuncia ya en nosotros el desarrollo de la sensibilidad, la imaginación se fatiga, buscamos el móvil de una secreta simpatía, y nace aquella pasión aun no sentida, germen después de tormentos y delicias inexplicables. Este sentimiento misterioso, alterado ó prevenido á veces por una civilización adelantada, agitaba con toda su fuerza á la inocente hija de Jacob.

Al día siguiente esperaba ésta con ansia la hora en que su padre debía continuar la historia del mundo.

En efecto, continuó Jacob por la noche su narración. Les habló de los hijos de Noé y del vano orgullo del hombre en querer escalar el cielo por medio de una torre, proyecto insensato, que burló el Señor confundiendo á los operarios con la diversidad de los idiomas. Desde entonces se diseminaron por toda la tierra los hijos de los hombres. Al hablar de Abraham y de su vocación misteriosa, al recordar aquellas promesas hechas por el Señor, que abrazaban todos los siglos y todas las generaciones, se inflamó su semblante, dobló la rodilla por un momento, y cayó ante el Dios de la majestad. Parecía que un poder sobrenatural le agitaba, y que se abría entonces á sus ojos un mundo nuevo. Sara y Agar, su esclava, y aquel hijo nacido como un prodigio para ser el padre de un pueblo escogido, llamaron la atención del patriarca. Pintó con bellos colores la vida apacible de aquellos dos esposos, el amor y la fidelidad. Las llamas que llueve el cielo sobre los dos pueblos abominables, anuncian la ira del Señor, y los estragos de la carne corrompida; pero tres ángeles cuya luz era de luz, avisan el peligro al hermano de Abraham. Dios salva al justo de entre las ruinas, y castiga la inobediente curiosidad. Jacob no habló de las hijas de Lot, ni de aquel doble incesto de que nacieron dos pueblos, porque temió ofender el pudor celestial de su hija. El Señor, dijo tan solamente, es impenetrable en sus designios, y no es dado al débil mortal descubrir el velo que le oculta.

El alma subilime de Abraham obedece la orden de su Dios y se prepara para un sacrificio, que hará eterna entre los ángeles y los hombres la memoria de su fe. Todos derraman lágrimas al contemplar al hijo obediente llevando la leña sobre sus hombros, y al padre entrecielo fijando sus ojos en él y en el cielo. La cuchilla pende de su cintura. Suben silenciosos por el monte solitario, y el hijo interrumpe el silencio con estas palabras: "Padre mío, ¿dónde está la víctima?" Jacob, conmovido, interrumpe también su relación. Levanta sus manos al cielo y esclama:

"Misterio augusto! ¡Víctima divina! cuya sangre ha de expiar los delitos del hombre. ¿No habrá para ti un ángel que desaga la espada decidida?" Calla, y los circunstantes atónitos, ignoran el sentido de aquellas palabras.

Jacob presenta ya escenas mas deliciosas. Describe cómo Abraham quiso dar una esposa á su hijo, la misión del criado fiel, el encuentro de éste con Rebeca en los campos de Nachor: hablando de su madre prescindió de todas las gracias de la hermosura, y solo les pintó su sencillez, y aquella modestia, dón el mas precioso de las virgenes. La hija de Jacob escuchaba como embobada á su anciano padre, de cuyos trémulos labios salían palabras de amor. La sorpresa de la hija de Batuel al oír el nombre de su esposo, las rosas de pudor que cubrieron su frente, y qué al verle procuró ocultar, nada escapó al patriarca, quien el contarle sentía revivir en su corazón aquel puro y ardiente fuego de que se sintió animado en otro tiempo por los encantos de Raquel.

Jacob no sabe cómo hablar de sí mismo. Mil recuerdos deliciosos se agolpan á su pensamiento, y sobre todo el tierno amor que le tuvo su madre desde su nacimiento, ocupa su corazón. Temo descubrir misterios que el Señor le ha revelado en sueños, y una turbación desconocida le impide el hablar. "Hijos míos, les dice, Dios ha depositado en nosotros grandes esperanzas, y nuestra familia lleva la bendición del género humano."

El patriarca dá la suya á sus hijos. Se postran todos ante el altar, y después de algunos momentos se retiran á sus tiendas. La noche era deliciosa. Humeaban todavía las últimas pavesas del sagrado fuego. La luna no había salido, pero una claridad que espacia por el horizonte tranquilo la brillantez de los astros, hacia dulces las horas del silencio. El sueño estaba lejos de los ojos de Dina, y su pensamiento embobado con imágenes lirojeteras, se complacía por la primera vez en aquella soledad apacible, sin que pudiese asaltarla el mas mínimo temor á la vista de las tiendas de sus padres. Un pequeño arroyo sin nombre, único en aquel país, corria no lejos del vallado, que iba á perderse en la selva de los cedros, y dejaba sentir su murmullo á alguna distancia, como un sér animado en medio de la muda naturaleza. La hija de Lia había quedado sola bajo del álamo, sin que nadie lo advirtiese.

Su objeto era lavarse los pies en el arroyo, y llenar los cántaros que habían de servir el día siguiente para descansar á su madre, la cual no confiaba á las esclavas este cuidado. Sabia que durante la noche solían algunas hijas de Salem llenar en el arroyo sus cántaros, y tal vez se de-

tenía allí con la esperanza de encontrar entre ellas alguna virgen con quien partir los secretos de su corazón.

Dina dormía unas veces en la tienda de su padre Jacob que la amaba tiernamente; otras veces con sus hermanas. Así es que á nadie sobresaltó su ausencia. Lia y Raquel le amaban con igual ternura, y ella gustaba confundir entre las dos el dulce nombre de madre.

Se dirigió con lentos pasos hácia el arroyo. Se detiene á contemplar el agua pura é inquieta que brillaba apenas entre la yerba, reflejando los débiles y azulados rayos de la luna que acababa de salir. Inclínase sobre el musgo y se lava el rostro y los pies. Todo es silencio en la selva vecina, las flores tienen cerrado su capullo, y las aves duermen profundamente inmóviles sobre las ramas de los árboles. La hija de Jacob desea internarse en el espesor de la selva, y en una muger jóven un deseo es una necesidad. Camina y tiembla; siente el temor natural de la soledad y de la noche, pero lo agrada vencerle; detiénese á cada paso, escucha como si temiese ser descubierta, suspira con pena, se vé libre, y se embelesa de su misma libertad. Tal es el primer vuelo de la inocente tortolilla cuando ha salido del nido maternal y se vé reina de los bosques sin conocer ni pensar en las garras del alcon en la fiereza del hombre.

¿Cuál es la causa de aquel placer misterioso que sentimos al contemplar el astro de la noche? Fijos en él sus ojos la niña Dina, sentía impresiones desconocidas, como si la luna revelase secretos á su corazón. «¿A dónde voy, desdichada de mí! ¿quise probar las delicias de la noche para hallar un consuelo! ¡Ah! ¿no es un dolor alejarse de la tienda paterna! ¿Qué le falta á mi corazón? ¿No soy feliz al lado de mis padres? ¿Pues qué busco aquí? ¡Aser, hermano querido! tú estás triste, tú no me sonríes como antes, no te complaces ya en las caricias de tu hermana? ¿Padece también tu alma como la mía? ¿No te sientes feliz? ¿qué otro amor hallarás como el mío? Los lirios mas blancos, las rosas mas bellas son para tí: tú paces mi primer corderito, y me gusta que le llames tuyo. Te amo, pero no me hallo bien todavía. ¿Sé tal vez lo que deseo? Las hijas de Salem salen juntas á llenar sus cántaros, y llegan tal vez hasta aquí. Una amiga... ¿no sería un placer amar una amiga?»

Siquem, hijo de Hemor, perseguía de noche por aquellas llanuras los lobos silvestres, y sorprendía los osos y javalies en sus mismas guardias. Había oido celebrar la belleza de la hija de Jacob, y como su corazón era virgen sentía ya una cierta inclinacion hácia la hermosa desconocida. Atravesando los campos de Salem habia divisado á lo lejos el fuego del sacrificio, y al acercarse le habia parecido ver á la hija de Lia á la escasa luz de algunas llamas que se levantaban á intervalos de las ascuas ya consu-

midas. ¿Qué misterioso es el amor! en este momento no se atrevió á pasar adelante. Disfrutó de esta bella ilusion como de un encanto, y el candor de la edad y de la belleza hicieron concebir al jóven idólatra un rayo vago de esperanza, y habia dirigido sus pasos al país de Siquem.

Dina probó, despues de haberse lavado, pasear sola por los campos silenciosos. Conmovida en estremo por la historia de Rebeca, envidiaba en secreto su felicidad, y hubiera deseado hallar junto á una fuente al criado de otro Isaac. Ella tambien suspiraba por un esposo, pero ¿para quién le habrá destinado el cielo! En su alma se formaba la idea seductora de un objeto: el astro de la noche fomentaba sus ilusiones. ¿Cuán fácil le es al alma sensible buscarse un sér adorable en el país de las quimeras! A este sér desconocido dirija ella sus primeros suspiros. Inquieta, sentia un vacío en sí misma que no podia llenar. ¿Nadie habrá en el mundo que pueda hacerla feliz! Cualquiera hubiera creído por sus gemidos que lloraba la ausencia de su amado.

En medio de tan bellas ilusiones, asalta á la inculta hija de Jacob un pensamiento terrible. Abismada en sus gratos ensueños, ha perdido la senda que le guiaba á la casa de sus padres. Sola, en medio de un desierto desconocido, la infeliz no sabe á donde dirigir su incierta planta. La luna habia recogido sus rayos en una blanca nube, como un manto diáfano, y dejaba á la triste hebrea entre los sombríos fantasmas de la soledad. Viéndose perdida, caminaba temblando y llena de pavor. Vagaba silenciosa por entre los arbustos, como si temiera ser descubierta; á cada murmullo le daba un salto el corazón. El siquemita la descubre como una airosa sombra, errante por los campos sombríos. Sus ojos se ceban ya en aquella niña sin amparo, y siente su pecho devorado por una llama impura. Desea y teme sorprenderla. Va siguiendo sus pasos á cierta distancia, embelezado, absorto, y como dudando de la realidad de aquella vision encantadora. En la turbacion de su entusiastico silencio, escapase un suspiro al hijo de Hemor. Vuélvese súbitamente la niña Dina, arroja un grito agudo de espanto, y huyendo precipitada y sin concierto, tropieza y cae á los pies de una palmera, sobre cuyos retoños no advertidos habia resbalado el delincido pié de la fugitiva. El jóven cazador corre á calmar el angustioso sobresulto de la sorprendida. Al chillido de la sorpresa ha sucedido la languidez del desmayo. No temas, hija de Jacob, le dice el siquemita. ¿Cómo andas así estraviada de la casa de tus padres? ¿No temes los fantasmas de la noche, ni las garras de las fieras que cruzan por las sombras del desierto?—¡Ah! si tienes hermanas que amas, seas quien fueres, compadecame mi desamparo, vuélveme á la casa paterna, enjuga el llanto de mi madre y templá la

pesadumbre de mi padre por haberme apartado de su hogar. El hijo de Hemor miraba mudo y entenebido aquella belleza sentada sobre el manto, en cuya frente pálida y humedecida daba un rayo de luna, haciendo brillar con su luz misteriosa, su tímida, pero penetrante mirada. Levantóse Dina, calmada ya de su primer espanto. Su túnica azul agitada por la brisa de la noche, sujeta por un ceñidor de púrpura, su leve manto prendido de un anillo sobre el hombro, las trenzas caídas sobre la espalda y la cabeza ceñida con un ligero gorro de varios colores, realizaban su noble y esbelto tallo; mas bella que Diana cazadora, figurada por los griegos cuando persegua las fieras y se aparecía como un encanto en los sombríos bosques del Cinto.

El Dios de mis padres, exclamó la virgen, os habré sin duda traído aquí para salvarme. Guíadme a la tienda de mi padre, y yo le diré llena de gozo: Este cazador me ha conducido a vuestros brazos; y os mostraré a mis hermanos, y estaréis con nosotros, y daréis un día de gozo a la familia de Jacob.

El pecho de Dina se abrió como una flor a los halagos del cetro. El siquemita, joven y gallardo como el hijo de Lotana, depuso por algunos momentos su ferozidad de guerrero, y se transformó en un seductor. La incauta hebrea, sola, desprevenida, palpitante, se sentía abrasada por las palabras de fuego que salían de los labios del príncipe, hijo también de otro patriarca idólatra, y que le juró allí mismo la fidelidad de esposo. Cuando el alma se halla respirando súbitamente en una región desconocida, sin preparativo, sin transición, recorriendo en cortos instantes el círculo de años enteros de ilusiones y de esperanzas, privada casi del libre uso de sus facultades, inundada de placer y de sorpresa, ¿en dónde está la fuerza para resistir, á menos que Dios obre en ella un prodigio? El Dios que había dado fuerzas á Jacob para luchar contra un espíritu superior y no dejarse abatir por él, quiso castigar la indiscreta curiosidad de su hija, que abandonó la casa paterna para ir en busca de nuevas amistades. Las hijas de Hemor dormían tranquilas bajo sus tiendas, y la infeliz israelita luchaba con su lánguida resistencia contra los hechizos de una pasión mas terrible que las fieras del desierto, y luchaba también contra su propia debilidad.

Las doncellas, dijo Dina, separadas de sus padres, son como las ramas cortadas del árbol que las sostenía. Llévame, pues, á mis padres, restitúidme á la vida. Ellos os abrazarán como hijo, y... yo seré feliz.

Oh hija del sol por tu hermosura, repuso el idólatra, eres para mí mas suave que ese rayo dulcísimo de luna que baña tu rostro: no temas. El

Dios que tú adoras, será también el Dios de mi padre y el mio. Juntos le adoraremos bajo las tiendas de Hemor.

La luna ocultó otra vez su argentada frente, y negó á los dos jóvenes el pálido resplandor de sus rayos, última defensa quizá de la tímida doncella. ... Cuando volvió á batir con su luz el desierto, ya no pudo alumbrar la frente de una virgen de Israel.

Dina no tenía ya resistencia ni voluntad. Cuando el alma ha perdido el dominio que sobre sí tenía, queda encadenada á los pies del tirano que le arrebató el cetro. ¡Hija desgraciada de Jacob! ¡Esas palmeras solitarias que vieron el inocente júbilo y los castos amores de tu padre con la esposa que cautivó primero su corazón, cubren ahora el naufragio de tu inocencia!

¡Un amor criminal ha soplado sobre tu frente, y ha agostado las rosas del primer pudor! ¡Ese rojo que tiene tu semblante no es el del candor que teme, sino el del recordamiento que sufre! El ultraje de la virgen de Israel será la destrucción de un pueblo.

¡Príncipe ciego y audaz! en mal hora estrechas entre tus brazos á la fugitiva de Salem! Cual otro pastor troyano en los brazos de la robada griega, cual otro monarca en el seno de una beldad fatal, cuyas caricias han de encender la hoguera de la venganza, hay una voz profética que te clama:

¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acatren, y esa hermosa
Que vió el sol en mal día!...
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, aislamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A ti y á tus vasallos naturales!

¡Ay triste! y aun te tiene
El mal dulce regazo! ni llorando,
Al mal que sobreviene
¿No corras?

El sol tenía ya los espacios con los torrentes de luz que brillan encendidos y cargados con los vapores de la mañana. Los dos culpables atravesaban los campos de Siquem, inclinada la cabeza hacia la tierra, como los dos primeros esposos despues de su destierro. Dina seguía maquinal-

mente á su raptor, fijando en él sus ojos lánguidos y tristes, sin que sus labios, antes tan caudorosos, se abriesen al sosegar del consuelo ni de la esperanza. En vano el síquema le promete su mano y sus riquezas: en vano le brinda el amor de una nueva familia. La hija de Jacob siente revivir á intervalos en su pecho agitado los recuerdos de sus padres y del hermano querido; y estos recuerdos turban su agitado espíritu como imágenes gratas, pero dolorosas, de una felicidad que ya pasó. Momentos aún más terribles vienen á envenenar los gozos presentes: la idea de la venganza de sus hermanos la hace temblar en medio de sus raptos de placer, al modo que bajo de un hermoso cielo, se oyen los sordos rugidos de una tempestad lejána.

En aquel mismo momento y respirando el aire embalsamado por los primeros albores del día, Aser divagaba por los campos de su padre. Bajada la cabeza y sin senda determinada, aguardaba á su hermana querida que saliese de la tienda de su madre, para dar juntos el paseo de la mañana. Las flores doblaban su húmedo capullo bajo la punta de su aljaba. Mas ¡cuál fué la sorpresa de Aser, cuando vió á Lia salir de su tienda desmelenada, llorosa, emagenada, buscando con afán de madre quien la diese noticias de la hija que había desaparecido!

Aser devora en secreto aquel pesar terrible: consuela á Lia y le impone silencio, no sea que Jacob perciba aquella funesta desgracia. ¿Dónde estará la hija de Israel? ¿quién la habrá arrebatado del techo paternal? Aser se encarga de saber dónde respira la fugitiva; y Lia, ocultando el pesar que la oprime, se dirige á la tienda de su esposo.

Llega á la tienda de Jacob en el momento mismo en que el religioso patriarca, en medio de su numerosa familia, saludaba al Omnipotente con el himno matutinal. Prostrados todos sobre la yerba, que brillaba aún con el rocío del cielo, seguían con profunda y fervorosa emoción las palabras de su padre: "¡Oh Dios de Abraham y de Noé! Tú que formaste el universo con un seplé, y cuya voz hizo salir del abismo los inmensos torrentes de luz que nos alumbran, acuérdate de aquella señal de tu alianza que brilló sobre las nubes, después que el mundo nació otra vez del seno de las aguas! ¡Concedéndonos la serenidad en el cielo y en el espíritu, para que podamos en este día ser justos en tu presencia, y bendecir tu santo nombre!"

¡Oh tiempos dichosos en que sobre la tierra se adoraba al Dios de los mundos y al Dios de los siglos como al Dios de la familia! Parecía que el Señor dejaba la inmensidad de los espacios, que llena con su poder para morar en aquellas tiendas afortunadas, y recoger por sí mismo la sílica salida de los labios del hombre!

Lia esperaba quedar sola con Jacob para comunicarle la fatal nueva. El dolor profundo de su alma salía á raudales por sus ojos. Esposo mío, le dijo, ¿has visto huir á nuestra hija? Dina no ha dormido en su lecho ni se dónde respira, ni dónde pára. He recorrido los bosques en que te vi la primera vez; ni rastro he hallado de ella. Hija mía, ¿por qué loiste de los brazos de tu madre, y del techo de quien te dió el ser? ¿Quién te protegerá, desventurada, contra los insultos de los hombres?

Jacob levanta los ojos al cielo y calla. Aquel silencio del dolor paternal estremeca, pero, fuerte con la confianza en Dios, todavía halla palabras de consuelo para su desolada esposa: "No temas: los espíritus del cielo que se esparcieron á Abraham mi padre, la conducirán sin duda por el desierto. Ella se extravió de su casa. ¡Dios mío! ¿es la hija de vuestro siervo: volvedla á mis brazos, no le neguéis la bendición! sea como los demás hijos la alegría de sus padres! ¡Tened piedad de ella! ¡Dina os conoce, ella os adora sobre la tierra!"

Los hermanos de Dina habían salido al campo á sus fiadas ordinarias. Jacob guardaba en su pecho el peso de este secreto; infeliz en tener que devorarlo solo con Lia, pero más infeliz aún si lo revelaba, pues conocía la índole y el carácter de algunos de sus hijos. Los dos esposos salen de la tienda preguntando por su hija á los pastores y cazadores de Sulem,

Reúnense con sus hijos, los cuales no se atreven á preguntar por la causa del profundo dolor del padre. Pero Aser se descubre á lo lejos. Viene precipitado y pálido; á pocos pasos se detiene y llora. Lia se arroja á sus brazos. "¿Vive mi hija Dina? ¿ó he de bajar con ella al sepulcro?"—"Mas feliz hubiera sido en morir, responde Aser, con un plañido estrepitoso. Un incircunciso la ha violado. El cazador de Síquem ha estrechado en sus brazos impuros á la hija de Jacob. ¡Oh Dios de Abraham! ¡lanzad el rayo que abrasó á los sodomitas sobre su frente criminal!"

Simeón y Levi escuchaban á su hermano, murmurando imprecaciones horribles: el fuego del furor chispeaba en sus ojos; no se atrevían á levantar la voz delante de su padre, pero en su seno se frugaba un proyecto de exterminio. Tal es el ruido subterráneo que se percibe junto á un volcán, cuando en sus hirvientes entrañas fermenta el fuego que va á vomitar, y que devorará pueblos enteros.

El venerable patriarca, al escuchar delante de sus hijos la nueva fatal, rasga su manto de púrpura, y pone ceniza sobre su blanca cabeza. Ahoga dentro de su pecho los suspiros que son la voz del dolor, y vuelve el rostro para ocultar á su esposa las lágrimas que por él corrian. El Báculo en los ancianos, tiene un no sé qué de imponente que no es fácil expli-

car. Cuando la fuerza del sentimiento ha llegado á ablandar un pecho endurecido ya por los años, y sale por el raudal de los ojos, muy terrible ha de haber sido la lucha entre el poder y el dolor, y la firme severidad del corazón. Un silencio sombrío reinaba en toda la familia. Los buyes y camellos que marchaban para el campo, quedaron tambien inmóviles al lado de sus guías, detenidos, como si hubiesen todos oído de improviso el trueno de la tempestad.

Entretanto el raptor habia llegado con su victima al país de los siquemitas, que habitaban en tiendas de madera. La de Hemor, príncipe de aquella tribu, era circular, sobre cuya puerta se veían clavadas pieles de varias fieras que el príncipe habia recolectado en sus nocturnas incursiones. Los siquemitas eran idólatras, y adoraban principalmente al sol, cuya imagen se veía pintada sobre el asiento del rey, figurando el astro divino cuando se levanta de su cuna para dar vida al universo. Hemor y su numerosa familia, postrados ante el astro rey, entonaban el himno de la mañana, que Jacob dirigía á su Autor supremo.

¡Oh padre de la luz! Derrama sobre nosotros tus rayos benéficos, fecunda las entrañas de la tierra que nos sostiene y nutre, esparce la vida y la abundancia sobre nuestros campos, y aleja las sombras de la muerte!

Al momento en que la hija de Jacob, acompañada del joven príncipe, entraba en la tienda de Hemor, la joven israelita invocó al Dios de sus padres; y Hemor, cubierto de toda la angustia de los años y respirando en su noble fisonomía la amabilidad y el sosiego, saludó á la extranjera y le ofreció hospitalidad. El hijo espresó á su padre que la habia encontrado perdida por el desierto y que era hija del príncipe de Salem. Las ardientes miradas de Siquem, la turbacion de Dina, y aquel rubor involuntario que descubre el velo á los arcanos del corazón, hicieron presentir al anciano que los dos jóvenes se amaban. « Vos os parecís á mi padre Jacob, exclamó Dina. ¡Dichoso de vos si no tenéis ninguna hija desgraciada que ande perdida lejos de vuestro hogar! Volvedme á mi padre.— No temáis, hija de Jacob, replicó Hemor con dulzura, conozco á vuestro padre, y una de una vez nos hemos encontrado en el desierto.— Padre mio, dijo entonces el joven príncipe, ceñándose á los pies de su padre y abrazando sus rodillas, vos conocéis ya quien es la extranjera que os presenta. La amo mas que á la luz de mis ojos. Dadnos vuestra bendición, y la tomaré por esposa ante ese Dios radiante, cuyo puro reflejo guió nuestros pasos en la soledad.» A estas palabras la joven de Israel se postró ante el Dios de sus padres. « Vos no adoráis al Dios de Abrahám, dijo al siquemita, al Dios del mundo, al protector de mi familia. Mi

padre no negará la bendición, si me entrego á un incircunciso. Vuelvo yo á mi padre, y me dé el ósculo de paz antes que yo muera en los brazos de mi madre.»

El rayo del dolor penetró súbitamente el corazón del joven príncipe, que no era ya por cierto un seductor. No podia consentir en que Dina fuese su victima y la amaba con ternura porque la veía desgraciada. ¡Dina hablaba de morir! ¡Ya no amaba la vida si no podia ser suya! La última mirada de Dina le revela este secreto. ¡Cuán irresistible es el encanto de la desgracia para una alma noble y generosa! La sencillez de aquellas costumbres no consentía la perdida que tan á menudo vemos reproducida en el seno de nuestra civilizacion orgullosa. No se veían en medio de aquellas respetables familias victimas infelices, abandonadas por el autor mismo de su infortunio. Hemor era ademas un verdadero padre; habia amado en su infancia al Dios de Jacob; pero los magos de Caldea habian cuidado de su educacion y le habian iniciado en el sabeismo, ó sea el culto de los astros. Fatigado de la vana ciencia de los hombres, no le era difícil abrazar un culto que habia amado. Conocía que la naturaleza entera era un símbolo de la Divinidad, pero no la Divinidad misma. Tenía una idea confusa del origen del universo; y su alma recta y elevada, necesitaba de una luz que le descubriese su principio y su destino, y en medio de la soledad se dejaba inspirar por ese ser desconocido cuya voz oía Platon en el silencio de la noche.

Este enlace le ofrecía oportunidad para estrechar sus relaciones con la familia de Jacob, y para adorar al Dios que tan visiblemente le protegía. Resuelve Hemor hablar al hijo de Isaac; y los pechos de los dos jóvenes se abren á la esperanza, como el tallo agostado de una flor se abre y recobra su frescura y vigor con el agua que el ciclo le envía. ¡Oh qué placer para el corazón de Dina! ¡ella recibirá la bendición de su padre, y los dos esposos adorarán al Dios del universo, al Dios de su familia!

Los esclavos de Hemor preparan algunos presentes para el padre de Dina. Blancas ovejas, corderillos tiernos con sus madres, algunas pulomas y dos ricas pieles de tigre con manchas negras, son las ofrendas de la intima alianza que va á trabarse entre las dos familias. Siquem parte con su padre á las tiendas de Jacob: los esclavos les siguen con los regalos, y Dina dando una mirada de esperanza al que ha de ser su esposo, queda con las hermanas de éste, que le prodigan caricias y consuelos.

Los hijos de Jacob se preparaban para partir, pero descubren á lo lejano la comitiva de Siquem. Resuelven entonces ocultar en su interior al otro proyecto de venganza, como el que esconde un veneno delante la perso-

na que lo ha de apurar. Jacob se adelanta para recibirle. Los dos ancianos se abrazan. El joven príncipe rebosa de contento: mira con ansia y con placer aquellos semblantes que le recuerdan las facciones de la que ama, y se contempla ya como en medio de una nueva familia de hermanos. El acento, los modales, los vestidos, todo le representa al dulce objeto, porque cuando se ama, todo lo que le recuerda es grato al corazón. "El alma de mi hijo, se ha embalsado de vuestra hija, dijo Hemor profundamente conmovido, y está unida con la suya; dádsela, pues, os ruego, por esposa, y enlacemos mutuamente nuestras familias, dándonos vuestras hijas y tomando nosotros las nuestras. Habitad con nosotros; la tierra está á vuestra disposición; cultivadla, negociad con ella, y posealla: formemos una sola familia y estrechemos nuestros vínculos en íntima y perpetua alianza."

Así habló el anciano con la noble franqueza de un rey y con la efusión de un padre y de un amigo. Siquem, transportado de júbilo y de amor, se dirigió con respetuoso afecto al padre y á los hermanos de Dina. "Halla yo gracia delante de vosotros, y daré cuanto determináreis. Aumentad el dote, que yo os entregaré gustoso cuanto pidiéreis con tal que me deis á la joven por esposa."

Los hijos de Jacob, cerrando su pecho á todo sentimiento de conciliación, no veían más que el ultraje cometido contra su hermana. Y disimulando la venganza que respiraban, respondieron con doloso amago á Siquem, y á su padre: "No podemos hacer lo que pedís, ni dar nuestra hermana á hombre no circuncidado, porque sería entre nosotros un acto ilícito y abominable. Mas si conviniéreis en circuncidar vuestros varones y asemejaros á nosotros, con esta condicion podremos enlazarnos con mutuos lazos de parentesco, dando y recibiendo reciprocamente vuestras hijas y las nuestras, y habitar en vuestra compañía, formando un solo pueblo. Pero si no queréis circuncidaros, tomaremos á nuestra hija y nos retiraremos."

La mas solapada perfidia se encubría debajo de estas lisonjeras palabras, que llenaron de gozo el corazón de los dos siquemitas. No tenían más los hijos de Israel ley espresa que les prohibiese enlazar con los hijos de los que no estaban circuncidados. ¿Lo estaba por ventura Laban cuando Jacob casó con sus hijas? ¿Judás y Simeon no enlazaron después con dos cananeas? Buscaban, pues, los hermanos de Dina cómo cohonestar su stroz designio; pero ni aun este pretesto les dejó la generosidad de los dos estranjeros. Hemor, que no sentía repugnancia en adorar al Dios de Jacob, y que anhela la alianza de su familia, y su hijo impulsado además por la pasión que rompe todos los obstáculos:

consintieron en complacer á los hermanos de Dina. Regresaron rebozando de júbilo á sus tiendas, y encontraron á Dina cuyo pecho palpaba ya por su vuelta, entre el temor y la esperanza. "Ya eres mi esposa, prorumpió sin poder contenerse el hijo de Hemor: recibirás la bendición de tus padres: habitaremos juntos una misma tienda, y adoraremos un solo Dios. Yo voy á prepararme y viviremos colmados de felicidad."

Fuerza era sin embargo preparar al pueblo para aquel acto de dolor y presentarle ventajas ó intereses puramente materiales y de conveniencia pública, pues solo por este medio se logra persuadir á la multitud. La puerta de la ciudad era donde se reunía el pueblo para deliberar sobre negocios de religion y de política, tal como la conocian aquellas tribus pastores. Hemor y Siquem, pues, arengaron al pueblo, presentándole cuanto les convenia trabar alianza con una gente recta, activa y laboriosa, que podía con su trabajo é industria fomentar y utilizar la fecundidad de sus campos, cuya estension necesitaba de mayor número de brazos; presentando por último el atractivo de sus mugeres, y los dulces vínculos de amor que con ellas podian estrecharlas. "Un solo obstáculo hay que vencer, añadieron, para el logro de un bien tan considerable, y es el seguir su rito, circuncidando nuestros varones. A esta sola condicion su hacienda, sus ganados, todos cuantos bienes poseen serán nuestros: viviremos juntos, y formaremos un solo pueblo."

El pueblo, á quien muy facilmente se fascina con las promesas de riqueza y de prosperidad, se dejó persuadir sin esfuerzo, y consintieron en la dolorosa operacion, circuncidando á todos los varones. Dina entretanto, llena de placer esperaba con ansia la venida de su padre, su bendición á ella y al nuevo esposo y el abrazo de sus hermanos. Aquel día será el mas bello de su vida. La paz de dos pueblos vecinos asegurará la felicidad y la abundancia de su familia; y culmará las sobresaltas de su corazón, inquieto aún por los remordimientos. Un joven príncipe que la amaba como á la luz de sus ojos será su esposo, que aguarda por momentos poder llamarse hijo de Jacob y doblar la rodilla ante el Dios verdadero. Con tan hermosas ilusiones un sueño dulcísimo cerró los ojos de Dina, y le representó el embalse de la felicidad.

Aquellos primeros hombres conocían ya por desgracia el arte fatal de destruirse. Los campos de Seir y de Pharam habian visto los combates de nueve diversos pueblos enemigos. Los reyes de Sodoma y de Gomorra fueron vencidos en tiempo de Abraham por los terribles elamitas y por los habitantes de Sanear; y el mismo patriarca se vió obligado á perseguir con los suyos á los vencedores, para libertar á Loth y á su familia del poder de sus manos.

Simeón y Leví se cubren con pieles de tigre y de león, toman flechas empapadas en jago venenoso, y el primero se arma con el terrible cuchillo que se levantó sobre el cuello de Isaac. Ellos dos solos, seguidos de sus domésticos, quieren internarse en las tiendas de Hemor. Los demás siguen á alguna distancia. La luna y el silencio favorecen su partida. Simeón, arrojando en la sed de la venganza, se atreve á dirigir al Señor una súplica antes de partir. "¡Dios de Abraham! Tú que abrasaste á las ciudades nefandas con un soplo de tu furor, venga el ultraje cometido con la inocente hija de Jacob! Sea este cuchillo que detuvo tu ángel sobre la carviz de mi abuelo, el instrumento de tu justicia, y recibe en holocausto la sangre de los incircuncisos."

Los dos hermanos se dirigen los primeros al país de Siquem, envueltos en las sombras de la noche, y llegan á las tiendas en la hora en que hombres y animales yacen entregados al sueño. Sin ser advertidos de nadie, penetran en la cabana del príncipe, y se disputan el bárbaro placer de matar á Siquem. Simeón se adelanta y encuentra al joven medio dormido sobre su lecho. "Muere, infame, le dice, no volverás á robar á la hija de Jacob." Y la cuchilla se clava en su blanco pecho y vuelve á salir buroando. El infeliz abre sus ojos cubiertos con el velo de la muerte, murmura algunas palabras, y no pudiendo mirar al asesino, inclina su frente y pasa del sueño á la muerte sin casi exhalar un suspiro. Dina, que no se hallaba distante, despierta al ruido de los guerreros, y pasa en un momento de los encantos de un sueño delicioso, á la mas horrible de las escenas. Azorado, sin aliento, arroja un grito de horror, y es detonada por su hermano antes de arrojarle sobre el cuerpo ensangrentado del príncipe. Simeón, empero, como un bote hambriento sobre un campo de cadáveres, busca como saciar su sed de sangre y se separa de su hermano. El viejo Hemor se había levantado de su lecho, alzado por los alaridos de Dina: tomó con mano trémula su lanza infantil y la arroja al pecho de Simeón que le sale al encuentro. Simeón coge al anciano por los cabellos, le arrostra hasta el pie de su propio lecho y le pasa tres veces el corazón. ¿Pero Dina dónde está? Ha desaparecido. Simeón la busca por todas partes como un león que ha logrado romper sus hierros, y busca con ojos sangrientos los cachorros que le habían arrebatado. Leví hacia inútiles esfuerzos para desprender á su hermana de los brazos de Siquem, que yacía sin vida sobre su lecho. La desdichada, desgarrado el pecho de dolor y de desespero, creía poder comunicar vida con su aliento al inanimado príncipe, porque el amor cree poderlo todo. "Bárbaros, esclama, hermanos sin piedad, ¿es esta la alianza prometida? ¿así tratáis á los que os esperaban como hermanos? ¿Es esto

vuestro ósulo de paz?" Y sus palabras se perdían como los gritos de naufragio entre el torbellino de la tormenta.

Simeón y Leví hacen entretanto un horroroso estrago entre los siquemitas desprevénidos é indefensos. En vano corren á tomar sus armas. Assor, de la raza de los cananeos, tuvo tiempo para tomar su maza forrada de acero que manejaba como un débil junco, y que deja caer sobre el hijo de Jacob y le derriba en tierra. Pero Leví corre en su ayuda, y ciego de furor le hace saltar con la espada la mano con que blanda la maza formidable. Las esposas é hijos sorprendidos en sus propios lechos, levantaban en vano sus manos inocentes para implorar la vida de sus padres y esposos; mas aquellos gritos eran sofocados y aquellas manos atadas con cuerdas, y llevadas sin piedad cautivas á Salem. La esposa de un siquemita se arroja sobre su esposo al tiempo que Leví iba á descargar el golpe. Hiérenos juntos, esclama: déjame morir con él, por piedad, y juntos quedaron atravesados por un mismo cuchillo. Niños débiles y desnudos buscaban sus padres, y besaban llorando las manos homicidas teñidas con su sangre.

Los dos implacables guerreros se cansaban de matar, cuando entraron los otros hermanos para consumar la venganza hasta con los restos inanimados de aquella escena de horror. Robaron los ganados de aquellos habitantes, é hicieron botín de cuanto encontraron en sus casas y campos; llevándose cautivos las mugeres y niños que despedían amargos gritos de viudez y de orfandad. Aser, hollando cadáveres y destrozo, corre en busca de su hermana querida, y Lia desgrenada y sin aliento, había seguido á los hijos de Jacob, para estrechar mas pronto entre sus brazos á su amada Dina. No le detiene el horrible estrago para entrar en las tiendas de Siquem desiertas y acoladas; sus entrañas se estremecen con los lamentos de las madres cautivas á quienes se arranca á viva fuerza de los restos sin vida de sus hijos y esposos.

Así por fin el sol para alegrar el mundo y poner de manifiesto todo el horror de aquella catástrofe. Algunos no bien muertos aún, piden como por compasión con sus gestos convulsivos, quien les libre de aquel tormento: la sangre chorro á otros de sus heridas. . . Se oyen en la cabana ahullidos de dolor. El increíble Simeón entra en ella, y cree ver á Lia llorando sobre dos cadáveres. Simeón y Dina se hallaban estrechamente abrazados. Pero Dina respira aún. Aser aplica temblando su mano en el corazón de Dina y le siente latir. ¡Vive! Vive aún la hija de Jacob. ¡Dina! ¡Algun impío te ha herido en su desesperación! Dina se levanta con pena, pero no puede hablar. Sus labios cardenosos aún suspiros despiden. Aser espera con ansia una mirada para penetrar

su corazón. Pero es en vano, su mirar es vago, y sus ojos sin brillo se fijan un momento en la espada cubierta de sangre, que Siméon deja caer y ni aun fuerza tienen para levantarse al cielo. Rodan la estancia un silencio como de sepulcro, en donde ni aun el llanto se oya. Siméon, sospechando la causa del dolor de su hermana, siente impulsos de furor y de compasión, y no se atreve á hablarle de sus victorias. Lía interrumpe el silencio. "¡Hija de mis entrañas! ¡Cuanto tiempo hace te buscaba sin consuelo, preguntaba á los extranjeros si habían visto las huellas de tus pies! ¡El sueño húa de mis ojos, el alimento de mis labios, el llanto era el único solaz de mi dolor! ¡Presto hubiera bajado al sepulcro, porque era madre, y no te veía junto á mí! ¡Mas ahora! ¡Hija mía! ¿cómo te halla mi corazón! en medio de tanta sangre derramada, tú, triste y silenciosa, sobre este cadáver, sobre el cadáver tal vez del que te arrebató de mis ojos. . . ¡Oh! ¡la hija de Jacob se olvidó ya de sus padres, y entregó su amor á un extranjero impio, y gime y suspira, y llora aún sobre su raptor inanimado! ¡Ya no podrás entre las vírgenes, hijas de Jacob, sostener los trémulos pasos de tu anciano padre, y servirle en el sacrificio! ¡Que! ¡crees que en la casa de tu padre no te aguardaba un amor!" Aser, á estas palabras, se cubre de rubor, y levanta con timidez hasta sus labios la mano caída de su hermana. Dina quiere abrir los ojos y esclama con una voz lánguida: "Madre mía! hermanos queridos que tanto amé en otro tiempo y aun aún... dejadme morir... Por que os acordáis de mí? Yo fui arrebatada, es verdad, pero un pastor de Siquem me libró de los monstruos de la noche, y me fué dulce deberle la vida: he aquí mi delito; ¿pero podía esperar mayor castigo? El que esperaba ser mi esposo... Ah! yo soy delincuente... dejadme morir... ¡Ay! ¡que contra vosotros clama tanta sangre derramada! ¡Oh Dios mío! ¡No soy inocente á vuestros ojos; pero aceptad el sacrificio de mi vida, recibid las lágrimas de mi dolor, y reservad á mis padres y hermanos unos días puros y felices que ya no lucirán para mí!" El nombre de Dina será borrado de entre las vírgenes de Israel, ¡ay! y tal vez olvidado de sus padres. . . "No, hija mía, ¡tan débil crees nuestro amor! ¡Vuelve llena de vida y de placer á la casa de tu madre, y da un día de consuelo á tu viejo padre! ¡Vuelve á nuestros brazos, hija despreciada! ¡Ay! ¡cuanto te perdono los extravíos del corazón! ¡tu alma sensible te ha perdido! yo también he olvidado. . . olvidemos, hija mía, nuestras pasadas flaquezas, y brille aún para nosotros un día de placer."

La desventurada Dina, mirando otra vez el cadáver sangriento de Siquem, cayó desmayado sobre los brazos de su madre. Los demás hermanos la colocaron sobre una muela, y todos abandonaron en silencio

aquel país de horror. Lía no se apartó mas de su hija, que murió dentro de pocos días despues de haber recibido la bendición paternal.

Grando había sido sin duda el crimen del jóven príncipe, pero el castigo fué atroz. Lección harto severa por cierto, pero lección memorable para aquellos hombres, que abusan de la injestad del poder para insultar audazmente á la flaqueza. Los nombres de Lucrecia y de Virginia en la historia profana, recuerdan asimismo unas lecciones semejanas. Hay ciertos goces odiosos, que los pueblos no perdonan á las personas que pueden procurarse facilmente otros honrados y licitos; y hasta el mismo Dios en su inalterable reposo y en su profunda equidad, ratifica algunas veces en este mundo el juicio de los pueblos, y se han visto tronos abismarse y desaparecer en sangrientos precipicios, labrados por la voluptuosa descoltura de los que los ocupaban.

Despues de la horrorosa carnicería de Siquem, dijo Jacob á Siméon y á Levi: "Me habeis puesto en un conflicto y habeis llamado contra mí el odio de los cananeos y terecos, moradores de este país. Nosotros, siendo pocos como somos, no podremos resistir á todos ellos reunidos cuando carguen sobre mí, y quedaré exterminado con toda la familia." Tan sentidas palabras y tan fundados temores no hicieron impresion alguna en aquellos pechos duros é inflexibles, que se acababan de hartar de venganza y de carnaje, y solo le respondieron: "Pues qué, ¿debieron ellos abusar de nuestra hermana como de una muger abandonada?" Es de creer que la resituid de Jacob no consentiria en que los suyos detuvieran mas en su poder lo que habían robado á las victimas, inocentes en su mayor parte, de aquel despiadado furor; y que á la perdida é injusticia de aquellos bárbaros homicidas, no añadía la perpetuacion del robo y del cautiverio, y que mandaría restituir desde luego todo lo robado, y poner en libertad á los infelices cautivos.

Jacob conservó hasta la muerte un amargo recuerdo de aquel furor é injusto atentado, que mancha como un lunar sangriento la historia de su familia. Cuando tendido sobre el lecho del dolor, rodeado de sus hijos é inspirado de lo alto, vió descorsarse el velo de la figura y articuló aquellas palabras proféticas, que anunciaban de lejos la época en que sería enviado el que había de ser la esperanza de los pueblos, recordó con dolor el crimen cometido por sus dos hijos, Siméon y Levi, llamándoles instrumentos helicosos de iniquidad. "No permita Dios, dijo, que yo tome parte en sus designios, ni empañe mi gloria uniéndome con ellos, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destruccion de un pueblo su venganza. Maldito sea su furor porque es pertinaz, y su saña por-

que es inflexible. Yo los dividiré en Jacob, y los esparciré por las tribus de Israel. ¡Oh Juda! á ti te alabarán tus hermanos: tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos: adorarte han los hijos de tu padre." Es de creer, pues, que Judá, de cuya tribu nacieron David, Salomón, Zorobabel y toda la estirpe hasta Jesucristo, no manchó sus manos con la sangre de los siquemitas, ni tuvo parte en su esterminio.

El anciano patriarca, avisado por Dios que le había dicho: "Levántate y sube á Bethel, y fija allí tu asiento, y erige un altar al Señor que se te apareció cuando ibas huyendo de tu hermano Esau;" se retiró á Luza ciudad de los Almendros, en donde había visto realmente á Dios en sueños, cuando escapaba del furor de su hermano, y á la que, con este motivo, había puesto el nombre de Bethel. Y bien fuese que los suyos hubiesen traído de la Mesopotamia algunos hábitos supersticiosos, ó bien que hubiesen adoptado algunos ritos cananeos, abolió en su casa todo cuanto pudiese tener resabio de idolatría; prescribió á su familia purificaciones exteriores en señal de la pureza interior que debía recobrar, y erigió por fin un altar al verdadero Dios, que le había oído benignamente en el día de su tribulación. Diéronle, pues, todos los dioses ajenos que tenían, y los zarcillos que éstos llevaban pendientes de las orejas; y Jacob los soterró al pie de un terebinto ó encina, que está á la otra parte de la ciudad de Siquem. Porque sabido es que entre los patriarcas, y aun entre las naciones paganas, el padre de familia era á la vez sacerdote y rey; como si la antigua sabiduría hubiese querido con esto manifestar, que si bien los intereses espirituales y temporales del hombre son distintos, no por esto pueden estar divididos; y que las dos potestades que gobiernan su naturaleza complexa, en vez de separarse y de escluirse mutuamente, deben pacíficamente hermanarse y darse la mano para conducir con feliz éxito la humanidad por la senda de sus destinos. Promover y realizar quizás la división entre el sacerdocio y el imperio, es obra de una fácil audacia; pero crear y aplicarles un sistema completo de fraternal concordia, sería la obra de una inteligencia fuerte y de una virtud sublime. Por lo menos, si estamos condenados á engañarnos con mucha frecuencia sobre esta materia, es mas perdonable y digno de que se le suponga recital de intenciones el que pronuncia palabras de conciliación, que aquel que declama ciegamente por la guerra.

Reconocido el Señor á la religiosidad de Jacob y á la fidelidad y vigilancia con que le procuraba en su familia un culto puro, sin mezcla alguna de superstición, luego que hubo partido de Salem, infundió una especie de terror á todas las ciudades circunvecinas, que no se atrevieron á perseguirle en su retirada. Mas como llevaba la vida nómada de los

pastores, dejó á Bethel en la estación de primavera, y se dirigió hacia los lugares en que fue después Efrata, llamada aun en el día Berthelem. Durante el camino, sorprendieron á Raquel los dolores del parto, y no tardó en hallarse su vida en peligro. Decíante: no temas, pues, darás á luz otro hijo. Pero exhalando su alma á fuerza del dolor, y estando para morir, llamó á su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor. Pero el padre prefirió llamarle Benjamin, esto es, hijo de mi derecha, como para indicar la resignación llena de fortaleza con que sobrellevó su pesadumbre, pues Raquel, su esposa querida, murió en aquella circunstancia. Fue enterrada junto al camino que va á Efrata, y Jacob erigió sobre su sepulcro un monumento que se conservó hasta después de muchos siglos. Aun en el día, en el lugar mismo en que la tradición y la Escritura ponen este sepulcro, hay un edificio cuadrado que corona una pequeña cúpula, y que se llama la tumba de Raquel. Este reducido edificio goza de los privilegios de una mezquita, porque los árabes, así como los judíos y los cristianos, honran la memoria de los patriarcas. Desde aquel punto se descubre sobre la colina opuesta la población de Rama, que se presenta en anfiteatro, y de que habla Jeremías cuando, pintando con un lenguaje figurado la desolación de los judíos reunidos en aquel lugar y prontos á partir de él para ser llevados cautivos á Babilonia, dice: "Oyóse una vez en Rama, un llanto, y un alarido inmenso de dolor; Raquel llorando sus hijos, y no queriendo admitir consuelo porque ya no son." También recuerda el Evangelio estos acentos de elocuente tristura, cuando describe la horrorosa moribundia con que el rey Heródes ensangrentó las cercanías de Berthelem: los llantos de todas las madres resonaron como un eco de la dulce y querida voz de Raquel. Y cuando el peregrino contempla en el día á la viuda y estéril Judca, cubierta con la divina maldición como con un manto de muerte, sentada al umbral de la puerta de un pachá turco, y siguiendo con sombra y larga mirada á sus hijos que se dispersan por todos los puntos del globo, que cree escuchar á Raquel derramando aún sobre estas campiñas solitarias el horror de un luto mas grande por el ruido de una lamentación inconsolable?

Duras tribulaciones afligieron los últimos años de Jacob. El hambre le obligó á pasar á Egipto á la edad de ciento y treinta años. Breve llamó esta vida, que nosotros llamaríamos hoy larga, porque los días de su peregrinación, ciertos y malos, como dice el mismo, no igualaron los años de sus padres: palabras llenas de melancolía, repetidas por todas las razas humanas que marchan inclinadas hácia el sepulcro, lamentándose que su existencia sufre una disminución progresiva en su duración, ¡ay! sin por esto ser mejor. José y Benjamin, los solos hijos de Raquel, ha-

bian sido siempre el objeto de las ternuras privilegiadas de Jacob, el cual pareció amarles aun mas despues de la muerte de su madre, y sobre todo amaba á José. Verdad es que la envidia de sus demas hijos le hizo expiar cruelmente esta predileccion; mas cuando estuvo cercano al sepulcro, conservó las habituales disposiciones de toda su vida; y, en memoria de Raquel, decretó, que despues de la conquista de la tierra prometida, la posteridad de José formaria dos tribus, mientras que la posteridad de sus hermanos no formaria mas que una sola. Por fin, aun cuando esta distincion no hubiese sido un recuerdo consagrado á Raquel, era muy debida á José, á quien la Providencia honró sobre la tierra de una manera la mas brillante, y que socorrió y cubrió de gloria la vejez de Jacob.

El pincel de los artistas cristianos ha muchas veces reproducido las graciosas escenas de la vida de Raquel. Sabido es que el célebre cementerio de Pisa está rodeado de galerias, que contienen muchos cuadros pintados al fresco, por diversos maestros de los siglos XIV. y XV. Allí está representada toda la serie de la Historia Santa en sus principales sucesos: allí figuran todos los grandes nombres del Antiguo Testamento, á lo menos desde la creación por Buffalmacco, hasta la historia de Job por Gozzoli. Entre los muchos asuntos tratados por este último, son de notar las bodas de Jacob y de Raquel, obra que reboza en gracia y delicadeza; la vision de la escalera misteriosa, que hemos referido, y el juramento hecho en Gilead por Jacob y Laban. En el siglo XVI, Esteban de Laune óó muchos episodios de la vida de Raquel, cuya serie termina por el trabajoso parto, del cual murió dando á luz á Benjamín. Rafael representó en las salas del Vaticano á Raquel, haciendo beber á sus ganados despues que Jacob hubo sacado ó removido la piedra que cubria la embocadura del pozo. El mismo Rafael y Nicolás Poussin, que pinta los asuntos bíblicos como hacine los escribe, reprodujeron, cada cual á su manera, la escena en que Jacob echa en cara á Laban el haberle engañado, dándole á Lia en lugar de Raquel. Existen, finalmente, bellisimos cuadros de Pietro de Cortona, de Poussin, de La Hire y de Bertin, en que se vé á Raquel sentada sobre los idolos de su padre, cuando éste les buscaba, y escuchándose de no poder levantarse.

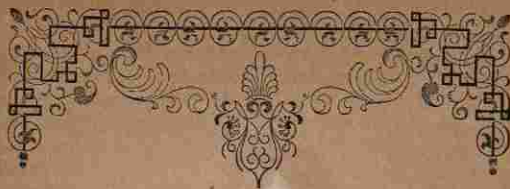




H. Bades, del.

Ting. de Sereani

Bathsabá



BETHSABÉ.

Cera mírrica.

(Matth. XXXVI. 11.)

En el día de su caída original, vió la humanidad crecer y elevarse entre las ruinas de su perdida inocencia un sentimiento nuevo, que tiene por nombre arrepentimiento, sentimiento dulce y triste como esas flores melancólicas plantadas sobre los sepuleros, en señal de luto y de esperanza. Salido de una mirada del cielo y de la agitación de una conciencia atacada por los remordimientos, el arrepentimiento fué enviado á la tierra para devorar en el dolor los frutos de reprobacion que deja tras de sí la libertad humana. Redentor de las almas, por decirlo así, ahoga con sus lágrimas los delitos de lo pasado, las coloca con su resuscitada juventud en las condiciones de una nueva vida: al paso que las comprime, despierta en el fondo de ellas mismas todo su poder de reaccion, las provoca á luchas generosas y las corona, en fin, con aquella gloria superior que lleva consigo la santidad reconquistada. Porque siendo falible y remediable la libertad humana, convenia que Dios pusiese en el arrepenti-

miento un atractivo de hermosura y todo el prestigio del heroísmo, á fin de llamar otra vez hácia la virtud con toda eficacia á los que no hubiese podido retener en ella el encanto de una conservada inocencia.

Así es como toda la tierra honra con el tributo de piedad y de una admiración simpática á todos aquellos privilegiados esfuerzos de las almas grandes, que arrancando de sí con denegado errores queridos y contrahidas hábitos, han sepultado sus ruidosas faltas en las asperezas de una penitencia aun mas memorable. El cielo mismo reboza de júbilo al espectáculo de esas revoluciones de la conciencia, que sacando al hombre de las honduras del mal, para volverle al origen de todo bien, hacen salir de un ánimo envilecido y disecado por el orgullo, el tesoro de palabras humildes y bienhectoras; de un corazón desviado y estinto por un falso amor, los sudores, las lágrimas, la sangre de la criatura, y provocan en mas alto grado el respeto de los hombres y la amistad de Dios: porque es una ley del mundo, que tanto para el cielo como para la tierra, todo lo que sufre es sagrado: el dolor tiene en sí algo de augusto, y su destino es señalar con una gloria inmarcescible lo mismo que el abate y huella, al pasar, con injuriosa planta.

De todos los nombres inscritos en los fastos del arrepentimiento, ninguno ha quedado mas grande y mas popular que el de David. David era de aquella casta de almas vehementes y borrascosas, en las cuales dejó el Criador una profunda marca del poder de amar; y que seducidas por un momento por la fascinación de las cosas sensibles, las puran con rapidez en su energía devoradora, y no sienten despues su vanidad sino para volver hácia Dios con una inesplicable ternura. Sucesivamente humilde pastor, guerrero intrépido y esforzado, amigo generoso, jefe de proscritos, rey coronado de gloria y dócilmente obedecido, pasando de las pruebas del sufrimiento á sentirse en el trono, nada le faltaba de lo que constituye las grandezas y las felicidades de la tierra. Entonces fue cuando cayó, arrastrado por el placer y por el orgullo. A la voz severa de un profeta reconoció sus faltas y se sometió al trabajo doloroso de la penitencia. Un pan como de ceniza, lágrimas mezcladas con un vino amargo, vinieron á ser su alimento y su bebida: cubrió de luto su vida solitaria; alonzóle de nuevo la adversidad; sus entrañas paternas fueron desgarradas por golpes redoblados. A sus expiaciones exteriores juntó la humildad de una

confesion hecha á todos los siglos: sacó del fondo de su corazón, abierto por el arrepentimiento, acentos tan patéticos y tan verdaderos, que han quedado en la memoria de los pueblos como la lengua universal del dolor y la plegaria de la humanidad pecadora: parecemos oír en ellos el gemido de todas las generaciones juntas.

Seis años habia que reinaba David sobre todas las tribus de Israel. Sabias medidas habian ya señalado su gobierno, y su nombre brillaba ya con la aureola de sus pasadas hazafas. El organizó la fuerza pública entre los hebreos, dividiendo todos los guerreros en doce cuerpos, formados cada uno de veinte y cuatro mil hombres, estando por su turno sobre las armas cada cuerpo durante un mes, para prestar el ordinario servicio á Jerusalem, y en caso de urgencia marchar contra el enemigo, esperando que pudiese reunirse todo el pueblo. Tranquilo en lo interior en donde estaban en órden perfecto la religion, la policía y la administración, sabia en lo exterior imponer el temor y el respeto de sus armas por la prontitud y la severidad de las represiones que se juzgaban necesarias. Habiendo los amonitas ultrajado á sus embajadores, les batió en la primera campaña, apesar del apoyo que les prestaban los reyes de Siria, y en el año siguiente envió á Joab, el mejor de sus generales, para poner sitio á su capital, llamada entonces Rabbath y despues Filadelfia, sobre el torrente de Jaboc, al oriente del Jordan.

Durante esta segunda expedicion, David se habia quedado en Jerusalem. Un día, paseándose por la galería de su palacio, divisó una muger de una rara hermosura, que estaba en el baño, en una casa vecina. Sintióse al momento herido hasta lo mas hondo del alma, y no tomó contra su mal ningún género de defensa. Quió saber luego quien era aquella muger, y se le dijo que era Bethsabé, esposa de Urias, por sobrenombre el Heteo, é hija de Eliam, el mismo bravo guerrero, según se dice, que tenia por padre á Aquitofel, uno de los mas célebres oficiales de palacio. Bethsabé no era libre, y su familia de otra parte, era de elevada gerarquía y se trataba con ostentacion. Urias á la sazón, en el sitio de Rabbath, se esponía á la muerte en servicio del principe: ved ahí para David otros tantos motivos, á cual mas grave, para sofocar en su origen un deseo culpable. Pero la pasión raciocinia poco, sobre todo cuando se siente apoyada por la fuerza: entonces obra como si el poder constituyese derecho. David, obcecado, envió á buscar á Bethsabé. La débil muger quedó deslombada sin duda por un lenguaje que venia de esfera tan superior á la suya, y su virtud sucumbió.

Allá en los vastos campos de Judea.
El sol abrasador del medio día,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Como un globo de fuego ardientes rayos
 Derrama al mundo y á dormir convida.
 El viento calla: los vivientes todos
 Yacen tendidos á la sombra umiga,
 Y el gran monarca de Israel en tanto
 Recorre sus inmensas galerías.
 Tiende sus ojos ávidos: en pecho
 Satisfecho de gloria y de conquista
 Siente un vacío: en vano el Filisteo
 Hinció á sus plantas la cerviz altiva,
 Y vencedor de Adarezer, tributo
 Ha de rendirle el fiero Moabita:
 En vano nuevos lauros le presenta
 De los hijos de Ammon la audacia impía
 Delante de sus huéspedes formidables,
 Y el polvo muerde la orgullosa Siria.
 En vano el orbe su poderuenta:
 Su corazón en soledad palpita:
 Sientase liso en el sofá dorado:
 La púrpura de Tyro le fastidia.
 Del Oír los corales menosprecia
 Y de Arabia la ardiente pedrería....
 De su felicidad el peso sufre:
 Tanta gloria sin goces le fatiga:
 Su misma diadema le importuna
 Sin unos piés á que poder rendirla....
 El ocio de la paz y los regalos
 Su pecho suelle y lánguido afeminan,
 Aquel pecho tan fuerte ora desmaya:
 Aquel alma tan firme ora vacila.
 Deja el pesado manto y rica borla;
 Cubierto va de túnica sencilla:
 Corre á la parte d'o el Cedron escondido
 Entre olivos sus aguas cristalinas.
 Desde allí ayer la vió....; la encantadora!
 De placer oprimido y de delicia,
 Mientras ella desnuda y descuidada
 En la pila de mármol estendida,
 Descubría sin velo tantas gracias
 Por las que el corazón del rey palpita.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Clavada tiene la terrible flecha:
 Un desco tan solo le domina:
 Yace en el polvo el arpa abandonada
 Que á su dueño tornaba la alegría,
 Y á cuyo són dulcísimo al Eterno
 Cual incienso los cánticos subían.
 La oracion le importuna: del Dios fuerte
 Las descuidadas aras no visita:
 La llama criminal prendió en su pecho
 Y solo un nombre sin cesar suspira.
 "Que venga á mi presencia ahora mismo
 La hija de Eliam." Queda cumplida
 La régia voluntad, y en un momento.
 Años de gloria y de valor olvidada....

Desde entonces no pensó ya el rey en otra cosa que en disimular su falta, y en prevenir las consecuencias legales que debía tener con respecto á Bethshabé, pues que las leyes protectoras de la pureza de las familias eran muy severas entre los judíos. Hizo, pues, venir del ejército á Urias Heteo, con el pretexto de informarse del estado de las tropas y del sitio de Rabbath, pero en realidad para encubrir su crimen. Después de haber oído la relación que le hizo aquel bravo militar del estado de la guerra, David le despidió, invitándole á que tomase algún descanso en la paz y en las dulzuras del hogar doméstico: y hasta, en muestra de amistad, le mandó platos de su propia mesa. Pero el fiel Urias se mantuvo en la puerta del palacio con los demás oficiales del rey, y no fué á su casa. No tardó en saberlo David, y le preguntó el motivo con el mayor agrado: respondió el esforzado guerrero que se avergonzaria de entregarse al regalo y procurarse la molición de los festines, cuando Joab, su general y todo el ejército de Israel, dormían en el duro suelo, después de las fatigas del combate, y cuando el arca santa, que se había llevado á la expedición, estaba debajo tiendas de campaña. "Por la vida y por la salud de mi rey, dijo, juro que no haré una tal cosa." "Entonces, replicó David, quédate también aquí hoy, que mañana te despacharé." Ganar un día era tal vez salvarlo todo; á lo menos así lo creyó David. Quedóse, pues, Urias en Jerusalem aquel día y el siguiente. Convidóle el monarca á comer y beber en su mesa y procuró á vivas instancias que se escediese en la bebida, esperando que por la embriaguez, y puesto aquel severo militar bajo el imperio de los sentidos,

la haría infiel á la estricta disciplina que se había impuesto. Mas éste, aunque no sospechase ningún misterio, y obrase sin premeditación, burló por el hecho todos los ardidés imaginados para su persona, y se mantuvo inflexible en su designio á pesar del régio convite, y pasó la segunda noche como la primera, entre las guardias del príncipe y sin ir á su casa.

La pasión que arrastraba á David le había hecho caer hasta el último extremo: hasta entonces no era mas que la víctima de una debilidad vergonzosa y particularmente culpable en un rey, pero en fin, de una debilidad que demasiado se explica por la condición actual de la frágil humanidad. Mas en adelante va á ceder al orgullo, y á descender á cálculos trágicos, para salvar su nombre de un óprobio que justamente le amenaza: va á borrar el homicidio como un velo de precaución para ocultar su primer crimen, y á extinguir una vida inocente que podría reflejar sobre él una luz acusadora. Este orgullo viene nada menos que á romper todo lo que le sirve de obstáculo, y sus caminos son de sangre. Resolviéndose, pues, David á un partido extremo; escribió á Joab una carta concebida en estos términos: "En el primer ataque pon á Urias al frente de donde está lo mas recio y peligroso del campate, y que se le desampare, luego para que sea herido y muera." ¿Quién pudiera en ese tan odioso rasgo, reconocer á David, el héroe vencedor de Goliath, al noble y valeroso hermano de armas de Jonathas, al proscrito de Hebron perdonado generosamente la vida á Saúl su perseguidor? Mas tal es el genio de las pasiones: semejantes á furias que forman alrededor del hombre una danza infernal, desde que, uniéndose á una de ellas, ha entrado en su torbellino, le arrobaban con una rapidéz de vértigo y le precipitan en sus devorantes abismos, desde donde se lo pasan la una y la otra como un triste y vano juguete.

Así que, primario injusto, despues cruel, y al fin colardemente pérfido, el rey confió su carta al mismo á quien ésta condenaba tan infelizmente á la muerte. Urias por su parte, embelesado sin duda de las mentidas bondades de su señor, partió con el finísimo mensage, y lo puso fielmente en manos de Joab. Por desgracia tan dura y tan altanero algunas veces con David, era cortesano demasiado ambicioso para retroceder delante del sacrificio de una vida humana. Su edad, su valor experimentado, sus talentos militares, sus prestados servicios, luzes de próximo parentesco, todo le daba sobre el príncipe un ascendiente, que él no hubiera querido comprometer aborrandose un crimen. Ocupado desde algunos meses en el sitio de Rabbath, conocia bien los puntos en donde la resistencia se mostraba mas intrépida. Atrajo, pues, al enemigo loc-

ra de los muros, espuso al esforzado Urias á los golpes mas peligrosos, y condejo la accion de modo que le dejase perecer con algunos soldados. Al momento despachó para el rey un correo con estas instrucciones: "Luego que hubieres acabado de referir al rey cuanto ha pasado en el ejército, si ves que él se irrita y dice: ¿porqué os falseáis á pelear tan cerca del muro? ¿No sabéis que de lo alto de la muralla se arroja con furor una lluvia de dardos? ¿Quién mató á Abimelec, hijo de Jerobael? ¿No fué una muger, la que en Tebes desde la muralla arrojó sobre él el pedazo de una piedra de molino y le mató? ¿Cómo pues, tuvisteis la temeridad de acercaros tanto al muro? Tú entonces le dirás: Tambien quedó tendido entre los muertos tu siervo Urias Hetwo." Joab, pues, envió á David esta lisonja sanguinaria, y la vida de muchos guerreros se juzgó digna de sosegar el capricho adúltero de un rey, y de nutrir el favor de un cortesano.

El mensajero vino al encuentro de David, y le dijo: "Los sitiados han obtenido una corta ventaja sobre nosotros; hicieron una salida sobre nuestro campamento; mas echándonos sobre ellos, los rechazamos vigorosamente hasta las puertas de la ciudad. Pero los ballesteros desde lo alto del muro arrojaron sus tiros sobre tus siervos, de que murieron algunos soldados y entré ellos tambien Urias Hetwo, tu siervo." David sostuvo en esa trama el papel que se había propuesto, é hizo trasladar á su general palabras de aparente consuelo: "Dirásle á Joab que no desmaye por este contratiempo, porque la guerra tiene sus vicisitudes, y el cuchillo, tan presto alcanza al uno, como al otro. Reanima, pues, á tus guerreros, y escita su ardor para tomar y destruir la ciudad." Al saber la muerte de Urias, Bethsabé se entregó á las prácticas habituales del luto, y, ó forzadas ó sinceras sus lágrimas, se vieron correr públicamente. Pero la pasión de David no admitia freno y corria como un coral desbordado.

Apenas transcurridos los dias que se consagraban ordinariamente al dolor, mandó llamar á Bethsabé á su palacio para hacerla otra de sus mugeres, pues las tenia de primero y segundo orden; y algun tiempo despues le nació un hijo, fruto deplorable del crimen que motivo la muerte de Urias. Este es el castigo que la Providencia reservaba á David, para rasgar la densa niebla de los sentidos que había puesto entre él y la virtud, para herir su alma con el cuchillo del dolor, y hacerle entrar por esta herida los rayos de la hollada verdad y de la justicia desconocida.

Dios puso, pues, en los labios del profeta Nathan palabras de reprobacion y de misericordia, tal como salen del fondo de la conciencia culpa-

ble, cuando el ultraje de la ley y la traición al deber se levantan en ella como fantasmas inquietas y aterradoras, y arrancan allí aquel gemido vengador que se llama remordimiento. Nathan fué á encontrar á David, y le dijo: "Había en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía un número considerable de bueyes y de ovejas: el pobre no poseía absolutamente nada, á escepcion de una ovejita que había comprada y criado, y que había crecido en su casa entre sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y la quería como si fuese una hija suya. Mas habiendo llegado un huésped á casa del rico, no quiso éste tocar á sus ovejas ni á sus bueyes para dar el convite al forastero que le había llegado; sino que quitó la ovejita al pobre hombre, y aderezóle para dar de comer al huésped que tenía en casa." A estas palabras, David, altamente indignado contra aquel rico, dijo á Nathan: "Vive Dios, que hombre que tal hizo, es reo de muerte. Pagaré cuatro veces la oveja el que cometió tal atentado, sin tener consideración al pobre."—"Este hombre eres tú, replicó Nathan con una concisión fulminante. Vé ahí lo que dice el Señor Dios de Israel: Yo te uní rey de Israel y te saqué libre de las manos de Saul: te di la casa de tu señor y puse á tu arbitrio sus mugeres: te hice dueño también de la casa de Israel y de Judá; y si esto es poco, te añadiré también cosas mayores. ¿Cómo, pues, has despreciado mi palabra y cometido el mal delante de mis ojos? Tú has hecho perecer á manos del enemigo á Urias Hetéo, y le has tomado su muger para hacerla tuya, matándole á él con la espada de los hijos de Ammon. Así, pues, la espada de la muerte estará siempre sobre tu casa, porque me has despreciado y has tomado por tuya la muger de Urias Hetéo. Y aun añade el Señor: Yo voy á afligirte por desastres salidos de tu propia casa: y te quitaré tus mugeres delante de tus ojos, y dárselas há á otro, el cual dormirá con ellas á la luz de este sol. Y ya que tú has cometido el mal ocultamente, yo cumpliré lo que te digo á vista de todo Israel y á la luz del día." Así habló el profeta, con el doble título de su conciencia y de su misión, y con aquella autoridad que arroja naturalmente al defensor del derecho y de la ley, cubriéndola con toda la majestad de un principio incontrastable. Así ha hablado y debe hablar siempre la religión, que es la voz de Dios, delante de los grandes de la tierra, y delante de los pueblos. Si unos y otros la hubiesen escuchado, torrentes de sangre y de calamidades se hubieran ahorrado al género humano. Los intérpretes de la Divinidad deben hablar con respeto, pero sin rebozo, deben anunciar la verdad con dulzura, pero sin lisonja. La palabra de Dios pado ser olvidada, despreciada, perseguida, pero siempre subsistirá y se

la encontrará como un gótmén de vida y de verdad aun en medio de los escollos de las pasiones humanas.

El rey se sintió conmovido y desgarrado por el filo de esta palabra firme y penetrante. El orgullo bárbaro que había un momento encubierto su corazón, le abandonó de repente, y este corazón, dilatándose sin trabas, quedó derretido en raudales de arrepentimiento, tal como vemos á los duros metales ablandarse y fluir bajo la acción de un calor fuertemente reconcentrado. Entonces su alma se desgarró con la cuchilla del dolor, y arrojó aquel grito salvador que basta para reparar las ruinas de un mundo, y que pone á la frágil humanidad en equilibrio con el cielo. "Pecado he contra el Señor." Este clamor poderoso es el que rompe sobre la cabeza del hombre culpable la urna de las misericordias divinas, y hace manar de ellas torrentes de perdón, de gracia y de inocencia. Así, pues, añadió el profeta: "También el Señor que vé tu contrición te remite tu pecado: no morirás. Pero como tú has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado contra él, el hijo que ha nacido de tu delito, morirá irremisiblemente." Porque al borrar las manchas que desfiguran nuestra alma, Dios le impone el dolor como una garantía contra lo pasado y una precaución para el porvenir. El dolor, en efecto, llena un deber expiatorio en el universo caído: apoderárase vivamente de la voluntad humana y condensa su energía: es mejor consejero que la prosperidad, y mientras que el hombre dichoso olvida los años eternos para reconcentrarse únicamente en una vida poblada de los gozos de un día, el hombre amestrado por los sufrimientos, refiere todos sus deseos al cielo prometido, y se vuelve hácia la mano de Dios para besarla y bendecirla.

No fueron vanas, empero, las amenazas del profeta. El hijo de Bethsabe cayó peligrosamente enfermo, y no tardó en no dejar la menor esperanza. David derramó delante de Dios su tristeza y sus súplicas; rehúso todo alimento: se retiró en su palacio, dando tales muestras de dolor, que enterrocidos sus domésticos probaron todos los medios para consolarle. Al cabo de siete días murió el niño; y los criados de David temían darle la fatal noticia, porque decían: "Si cuando aun vivía el infante le hablabamos y no querían escucharnos, ¿qué hará ahora que ha muerto el niño?" Y aquí empezaron para David las angustias, los sollozos y una prolongada penitencia. Oigamos los acentos de su arpa dolorida, y escuchemos por algunos instantes aquel profundo gemido de amargura y de pesar, que ha quedado para todas las generaciones como el lúgubre clamor del hombre arrepentido.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Piedad, piedad, Dios mío
De esta alma delincuente :
Derrama en mi clemente
Tu inmensa compasión.
Y borrando el impio
Baldón de mis maldades,
Por tus altas bondades
Perdon, Señor, perdón.

De mi crimen nefando
Lava el lunar oscuro,
Y limpio quede y puro
Mi pecho ante tu faz :
Que pálido escuchando
Siempre estoy mi delito
Alzar contra mí el grito
Sin descansar jamás.

Yo contra tí he pecado
Y á tu misma presencia,
Para que tu clemencia
Brillase, oh Dios de amor.

Y por justo acatado
En tus palabras seas,
Y vengado te veas
Del labio detractor.

Mira que concebido
Fuí de iniquidad lleno,
Y en el interno seno
Llevé la iniquidad ;

Mas tú compadecido
Me mostraste bondoso
El tesoro precioso
De tu oculta verdad.

Báneme tu sagrado
Hicopo cual rocío,
Y quedaré, Dios mío,
Puro y bello ante tí.

Si á dejarme lavado
Tu clemencia te mueve,
Mas albor que en la nieve
Verás, Señor, en mí.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

La plácida alegría
Darás á mis oídos,
Y harás en mis sentidos
El júbilo nacer:

Sobre la tierra fría
Mis huesos humillados
A tu voz animados
Saltarán de placer.

Aparta tu semblante
De mis iniquidades,
Borra de mías maldades
La última señal:

Un corazón amante
En mí de nuevo eria,
Cual antes te ofrecia
Recto, puro y leal.

No de tu faz divina
Me arrojes indignado,
Ni alejes de mi lado
Tu Espíritu, Señor.

A mí dulce te inclina,
Y vuélveme al momento
La salud, el contento,
Y tu divino amor.

Al pertinaz y ciego
Le mostraré tus sendas,
Rotas al fin sus vendas
Veréle á ti volar.

Mas líbrame, te ruego,
Dios de salud y vida,
De la sangre vertida
Que tiemblo al recordar.

Mi lengua balbuciente
Tu justicia ensalzando,
Te irá do quier clamando
Mi Dios y bienhechor:

Con tu dedo potente
Abre mi labio, y cante
Festivo é incésante
Himnos en tu loar.

Si agradable en el ara
Sacrificio te fuera,
O tu deidad quisiera
Algún hostia aceptar,
Ya te los inmclára
En mis días infaustos,
Mas ¿cuáles holocaustos
Te pueden agrádar?

El don de ti mas digno
Es una alma angustiada
Que busca en tu morada
Consuelo á su dolor;

Un pecho, oh Dios benigno,
Humilde y suspirante
; Ah! no de tu delante
Echarás con furor.

Vuelve el rostro amoroso
A tu hija alljida,
Sobre Sion querida
Derrama tu bondad:
Para que jubiloso
Vea en mi triste apuro
Edificado el muro
De la santa ciudad.

Entonces aplacado,
Mi justo sacrificio
Te dignarás propicio
Con otros aceptar;
Y el pueblo prosternado
Con himnos repetidos
Beceros escojidos
Pondrá sobre tu altar.

No me arguyas, Señor, tan enojado,
Ni en ira corrijas
Y furor implacable mi pecado.
Enclavadas y fijas
Tus saetas al pecho dolorido
Con rigor inhumano.
Penetran, y me siento ya rendido

Del peso de tu mano,
Ya en mi cuerpo no caben las heridas
Que rapite tu enojo:
Desfallccen las fuerzas abatidas,
El temerario arrojo
De mi desobediencia contemplando.
Me ahoga mi torpeza
Como un mar, cuyas aguas rebosando
Ya sobre mi cabeza
No puedo superar. De mis maldades
El peso me arruina.

Se abrió la cicatriz: las necesidades
Que el ánima mezquina
Encubria, llagada y asquerosa
Mira ahora y afeñ.

Mientras en esta carga fatigosa
Agobiado me vea,
Miserable será. La pena mia
Sin término se aumenta,
Y acabándome va de día en día.
Lo que mas me atormenta

Es el fuego voraz en que se enciende
La carne corrompido,
Enfermiza y mortal, que al alma prende.
Triste así y abatida
Gime en su humillacion, y reventando
Alguna vez la pena,
Grito furioso cual leon bramando
Que en la selva resuena.

Tú conoces el fin de mi deseo,
Señor, y mi lamento
Oyendo estas. Rendido ya me veo,
Sin fuerzas, sin aliento,
Placa la vista, el corazon turbado:
Del deudo, del amigo
Perseguido; de aquel abandonado
Que viviera conmigo,
Y ya de mí se aleja. Los contrarios
Que mi muerte desean,
Unos á viva fuerza sanguinarios,

Me asaltan y rolean;
 Otros me forjan con astucia y dolo
 Calumnias y maldades.
 Yo así, Señor, desamparado y solo,
 A tantas necesidades
 Cual si oídos y lengua no tuviera,
 Sordo y mudo me hago;
 Y cual si responderles no supiera
 A nada satisfago,
 Porque solo en tí vive mi esperanza,
 Oh Dios y Señor mio:
 De tí solo con dulce confianza
 Las quejas que te envío
 Atendidas serán. Lo que te ruego
 Es que de mi caída
 Mi enemigo no goce, porque luego
 Qué observo si torcida
 Pongo un poco la planta en la escabrosa
 Senda, ya se gloria
 De rendido me ver. Ya en la penosa
 Triste condición mia
 Pronto estoy al castigo, y mi pecado
 De vista nunca pierdo;
 Su malicia conozco, y traspasado
 De pena le recuerdo.
 Mas el fiero enemigo prevalece
 Sobre mí desvalido,
 Y vive y triunfa; y ya sin cuento crece.
 El bando fementido
 De contrarios inicuos, y de ingratos
 Que el furor en veneno
 Convierten, y censuran mis conatos
 Si aspiro á lo que es bueno.
 No me abandones tú, Señor Dios mio,
 No de mí te separes:
 Mi Dios, mi Salvador, en tí confío,
 Que viendo mis pecares,
 Me prestarás con generosa mano
 Auxilio soberano.

David consoló como pudo á Bethsabé, su esposa, por la muerte del hijo que le había dado á luz. Sin duda que la religion pondria en sus labios algunas palabras de consuelo, porque en aquel triste acontecimiento verian ambos esposos un justo castigo de una doble iniquidad, y el cumplimiento de las divinas venganzas. Un hijo concebido en el crimen, y para el cual se había derramado sangre inocente y generosa, no permitió Dios que fuese el embeleso de sus padres, ni que sus caricias, siempre crecientes, le hiciesen olvidar el delito que le había dado el ser. Bajar debía desde la cuna al sepulcro; pero en cambio Bethsabé dió despues á David un sucesor ilustre de su trono, destinado á levantar á Dios el templo mas precioso del universo, y á llenar el mundo con la fama de su sabiduria.

Verdad es que algunos rayos de gloria brillaron todavía entre la densa noche que se amasaron en adelante alrededor de la vida de David. Sosteniase la fortuna de sus armas: Joab habia reducido á Rabbath á los últimos apuros, y como hábil cortesano, reservaba á su rey el honor de dar el último golpe, y determinar la victoria. Estando para dar el asalto á la ciudad régia, remitió correos á David, diciendo: "He combatido á Rabbath, y está para ser tomada la ciudad de las aguas. Junta, pues, ahora el resto del ejército, y ven á batir la ciudad y tomarla, á fin de que, conquistándola yo, no se me atribuya á mí el honor de la victoria." Juntó, pues, David todas las tropas, y marchó contra Rabbath, y la tomó por asalto. Puso sobre su cabeza, en señal de dominacion, la corona del rey, que era de un valor inmenso, toda adornada de magnífica y riquísima pedrería. El destrozo y el botin fueron inmensos, segun el genio de las antiguas guerras, en que el ardor de los combatientes solo se apagaba en la sangre de los hombres y en la destruccion de las cosas. De otra parte, el nuevo hijo que tuvo de Bethsabé, en lugar de aquel cuyo nacimiento y muerte le habia costado tantas lágrimas, le absorvió toda la ternura de sus contristadas aflicciones. Oyó con el mayor gozo cómo el profeta Nathan pronunciaba sobre este hijo bendito palabras de gloria, manifestando que era el objeto dichoso de la prodileccion del cielo. Pues por medio del mismo profeta le puso el nombre de Salomon, ó sea amado del Señor, ó amable á los ojos de Dios. Pues realmente fué este príncipe el que mas elevó el país de los hebreos á su mas alto período de grandeza y de prosperidad; el que tuvo por espacio de cuarenta años todo el Oriente atento y admirado del esplendor de su reinado pacífico, y que escitó de tal manera la admiracion de sus contemporáneos, que pudo dejarse arrastrar á errores deplorables, sin que desapareciese en sus faltas su recombre de sabiduria, pues el mundo entero le llama todavía el sabio Salomon.

Mas las alegrías de David fueron turbadas por acerbos pesares. Abrióse en el hogar doméstico una manantial de desgracias, como lo había anunciado el profeta: todo parecía allí volverse contra él. Amnon, el mayor de sus hijos, locamente descarrado por la pasión, insultó la sangre paternal en Thamar, su hermana consanguínea y hermana uterina de Absalon, pues ambos eran hijos de David Moacha. El príncipe se dejó dominar tanto de esta pasión insensata, que enfermó, y por consejo de su primo Jonadab, hijo de Semai, hermano de David, se aprovechó de su misma enfermedad para hacerse servir de Thamar, y venciendo su timidez virginal, le hizo sufrir el mayor oprobio. Y tomándole de repente una aversión mayor que el amor que antes le tenía, la hizo salir de su aposento, y cerró tras ella la puerta. Entonces la infeliz, con su traje de doncella, hija del rey, esparciendo ceniza sobre su cabeza y rasgando su ropa talar, se fué dando gritos dolorosos y cubriéndose con ambas manos la cabeza. Adivinó Absalon el motivo de su amargo desconsuelo, y procuró consolarla diciéndole: "Calla por ahora, hermana mía, que al fin es hermano tuyo; no te desesperes por esta desgracia." Como si dijera: el honor de la real familia está interesado en que quede oculta esta infamia. Thamar, pues, se quedó en casa de su hermano Absalon; pero se consumía interiormente de tristeza y de dolor. La naturaleza de este atentado conmovió viva y profundamente á David; y recordándole la idea de su propio crimen, le hizo sentir la equidad de los divinos castigos, que hieren y descargan sobre nuestra alma por los mismos puntos que hemos escogido para lisonjearla y corromperla. Aun le esperaba un golpe mas doloroso y cruel. Absalon, hermano uterino de Thamar, al verla inconsolable y sumida en mortales angustias, trató de vengarla de un modo terrible. Atrevido y violento, pero disimulado, alimentó por espacio de dos años una indignación secreta, no dejando escapar la menor queja que pudiese hacer traición á la llaga cruel que en su pecho nutria; ni dar el menor indicio de sus designios. Convidó un día á todos sus hermanos á un gran festín en una casa de campo, no lejos de Jerusalem, con motivo del esquila de sus ovejas de Bualhasor. Hasta hubiera deseado que el rey hubiese asistido con sus hijos, para hacerle expiar sin duda, contristándole con una trágica escena, la impunidad concedida al incesto de Amnon. A pesar de las mas vivas instancias, David rehusó asistir personalmente y tomar parte en el convite que se le proponía. Y aun por de pronto manifestó alguna repugnancia en permitir esta reunion de todos sus hijos, como si hubiese temido algun fatal acontecimiento, pero al fin consintió cediendo á reiteradas instancias. El banquete dispuesto era espléndido, como festín real, pero Absalon había da-

do esta orden á sus criados: "Estad alerta, y cuando Amnon estuviere turbado por el vino, y os diere yo la señal, heridle entonces y matadle: no temais que temer, pues yo soy el que os lo mando. Corraje, pues, y portaos como hombres de valor." El festín fué magnífico y abundante: cuando la alegría estaba mas viva y animada, á la señal convenida los domésticos se precipitaron sobre el desgraciado Amnon, que cayó cisillo de heridas. Azorados sus hermanos se apresuraron á huir de aquel lugar funesto, y volvieron á Jerusalem. Estando todavia en el camino, llegó á oídos de David el rumor de que Absalon había asesinado á todos los hijos del rey sin quedar siquiera uno solo. Herido el corazón de David y desgarrado por tantos golpes mortales juntos, levantóse y rasgó sus vestidos, y los rasgaron asimismo todos los circunstantes. Pero su sobrino Jonadab se apresuró á decirle que solo había perecido Amnon, porque Absalon había jurado perderle desde el día en que vió á Thamar, hermana suya. Con todo, inmensa fué la tristeza de David: derramó muchas lágrimas sobre este nuevo desastre, y llenó toda la régia morada de señales de pesadumbre y de luto. Absalon, no creyéndose seguro, bujó á refugiarse en la casa de su abuelo materno, que dominaba una parte de la Siria. Este abuelo era Tolomai, hijo de Amniam, rey de Gessar.

La afrenta de Thamar, la muerte de Amnon, las consecuencias lamentables que podían seguir á tales preludios, todo saturaba de acerba pesadumbre el alma de David. Con todo, al cabo de tres años, calmóse su indignación, y sintió en si mismo que la ternura paternal se levantaba como una voz poderosa, en favor del desterrado. Joab, siempre hábil en penetrar el corazón de su señor, conoció que llegado era el tiempo de servir á Absalon, el cual pudiera algun día empuñar el cetro. Para alcanzar su objeto se valió de una mujer astuta, y le trató el papel que debía desempeñar en aquel negocio. Esta mujer, en traje de luto, y con todas las trazas de una madre y de una viuda desesperada, vino á arrojarle á los pies de David exclamando: "Oh rey, salvame." ¿Que es lo que tienes? preguntó el monarca. — "Ay de mí! respondió la viuda, perdí mi marido, y dos hijos que me quedaron, salieron á morir en el campo, donde nadie hubja que pudiese despartirlos, y el uno cayó muerto á los golpes del otro. Y ahora toda la parentela conjurada contra tu sierva, dice: entrégnanos al fratricida para hacerle morir en venganza de la sangre que derramó de su hermano, y acabemos con este heredero. Así pretenden extinguir la única centella que me habia quedado, para que desaparezca toda traza de mi marido sobre la tierra." — "Vete á tu casa, y yo daré providencia en favor tuyo." Asistió la viuda por varias veces, manifestando cuánto temia el estremado furor de

sus parientes; pero otras tantas David le prometió su protección, y hasta confirmó su palabra con juramento, diciéndole por último: "Viva Dios que no caerá en tierra ni un cabello de tu hijo." Entonces repuso la mujer: "¿Cómo, pues, has pensado negar á todo un pueblo la gracia que me concedes, y cómo el rey persiste en la funesta resolución de no llamar á su hijo desterrado? Todos nos vamos muriendo y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual no vuelve á pararse. No quiere Dios que una sola alma perezca; antes bien, se á inclina revocar sus decretos para que el condenado ó abatido no se pierda enteramente." Sospechó David y se convenció despues, que Joab era el autor de este inocente ardid; pero como su corazón de padre gustaba de la moral de aquel apólogo, se dejó prender voluntariamente en el lazo, y dijo á Joab: "Concede la gracia que me pides: mi corazón perdona; anda, pues, y haz volver á mi hijo Absalon."

Joab, despues de haber dado al rey las mas vivas gracias, postrado en tierra, fué á encontrar á Absalon en su retiro de Gessar, y le condujo sin tardanza á Jerusalem. Pero el proscrito no debía acercarse al palacio en donde no queria recibirle su padre. Mas él era de aquellos caracteres llenos de una inquieta independencia, que sufren mas por lo que se les prohibe de lo que disfrutan por lo que se les concede. Además, vivia tal vez bajo el dominio de miras ambiciosas, á las que obedeció despues con una tenacidad tan criminal como desgraciada. Sea como fuere, irritóse por su larga desgracia, y trató de ponerle término. Mandó llamar á Joab con el designio de hacerle intervenir acerca del rey, pero Joab no compareció, temiendo sin duda que aquel paso no fuese mal interpretado, y no comprometiese el favor de que gozaba; y á dos invitaciones urgentes, opuso dos respuestas evasivas. Entonces el fogoso Absalon hizo inocular las mieses de Joab, á fin de arrancarle de su calculada silencio. En efecto, sorprendido de tan caprichosa violencia Joab, vino á quejarse con el culpable, pero se vió obligado á ceder á las resueltas exigencias del jóven príncipe, y disimular sus fogosos trasportes por haber resistido á sus súplicas. "Mandé llamarte, le dijo Absalon, rogándote que vinieras para que dijeras de mi parte al rey: ¿A qué fin he vuelto de Gessar? para esto mejor me era permanecer allí. Alcanzame, pues, la gracia de que pueda ver la cara del rey, el cual, si aun se acuerda de mi delito, que me quite la vida." Joab entonces dió cuenta al rey de todo lo que habia pasado, y negoció la reconciliacion definitiva de su extraño amigo. Absalon, pues, fué presentado á David, y arrojándose á sus piés, le adoró en señal de respeto: las entrañas del padre se conmovieron, y abrazó á su hijo con ternura; pues ninguna voz habla con mas

energía y elocuencia, que la voz de la sangre: al través de las faltas un hijo, los padres perciben no sé qué dulces y misteriosa imagen que les impone, y que hace huir el enojo de sus labios para traer á ellos el perdón.

Apenas la falta de Absalon quedó cubierta con una generosa clemencia, cuando este mal aconsejado príncipe se aprovechó de todas las ventajas que habia conseguido para abrirse rápidamente el camino del trono. Para hacer servir á su ambicion pocas cualidades seductoras: una afluencia embelesante, maneras abiertas y afectuosas, y sobre todo, una belleza incomparable. Ninguno le igualaba en gallardía y gracia personal; conservaba con el mayor cuidado su magnífica cabellera, y, segun la expresion de los libros santos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no habia en él el menor defecto. Con tan perfecto exterior, sus veinticinco años esparcian por su derredor un prestigio y un atractivo irresistibles; pues de la belleza, cuando va acompañada de la juventud, se desprende una especie de virtud mágica que impone el respeto ó inclina á una afectuosa obediencia. Todas estas ventajas no podian menos que convertirse en poderosos instrumentos de desórden, si Absalon se dejaba llevar de la apasionada impetuosidad de su carácter. Y esto fué lo que sucedió puntualmente.

Sin duda que con la idea de sus borrascosos precedentes, temia no alcanzar la corona que le parecia naturalmente devuelta por la muerte de sus hermanos mayores; y tal vez tardaba á su ardiente impaciencia el tomar y ejercer el mando. Conspiró, pues, para la caída de su padre: procuróse partidarios, afectó parecer redondo de caballero y de guardias, se lamentó de la injuria del poder y de los sufrimientos del pueblo, prometiéndole corregir los abusos si llegaba un día á reinar. Desde el tiempo de Absalon esta ha sido siempre la senda trillada de los ambiciosos para escalar el poder. Lamentarse de los abusos presentes, de los padecimientos del pueblo, prometer ventajas para el porvenir, y engañar con sueños de felicidad las mas honrosas esperanzas, tal ha sido el lenguaje de los que ádian el poder en los otros, anhelando revestirse de él á sí mismos. Todas las mañanas se le veían en las puertas de la ciudad en donde se administraba la justicia; y allí se informaba con afectada solícitud del negocio que á cada uno conducía á ver al rey. "¿De dónde eres?" preguntaba á cada uno.—"De tal tribu de Israel es tu servidor."—"Tus pretensiones me parecen razonables y justas: la lástima es que el rey á nadie ha delegado para oírte. ¡Oh! ¿quién me constituyese juez de este país, para que viniesen á mi todos los que tienen negocios; y yo les hiciese justicia!" Tendia despues la mano á su interlocutor, y le daba un abrazo con la mayor familiaridad. De este modo lograba que los cora-

señas de todos, desasistiendo de David, se le atrajeron á él. Porquo él fuélo, casi siempre enemigo de los que le gobiernan, es siempre amigo de los que le adulan; nada vé de lo presente sino los sufrimientos que padece, y de lo que ha de venir no atiende, sino á las felicidades que se le prometen, abusando de su fuerza y dejándose engañar, sacrificia lo que es á lo que quiere ser; y dejando la tierra firme de realidades tolerables, se embarca, sobre la fé de los ambiciosos, en esperanzas imposibles.

So preteáse de cumplir con un deber religioso, ó sea ciertos votos que habia hecho en Gessar si el Señor le restituía á Jerusalem, pasó Absalon á la ciudad de Helaión, en donde David habia dado comienzo á su tan turbulento reinado, y se habia mantenido muchos años contra Saul. El rebelde llevó consigo solamente doscientos hombres, que no se hallaban en el campor, sino que le habían seguido con la mayor sencillez sin saber nada de sus designios. Mas envió emisarios á todas las tribus de Israel, que preparasen las vias á su advenimiento, y que debían en el día convenido llevarle á reconocer universalmente por rey. Hizo venir asimismo á Aquitofel, consejero de David de su ciudad de Gilo, abuelo de Betambé, y de quien se dice no haber nunca perdonado á David el ultraje cometido contra su nieto. Era hombre resuelto, y que valía el solo por una asamblea de sabios. Al tiempo, pues, en que se estaban inmoliando las víctimas, formalase una rúea conjurcion como una terrible tormenta se forma con rapidez en la region de las tempestades, é iba creciendo á cada instante el número de los que acudían de tropel al partido de Absalon. En medio de aquella fiesta religiosa que habia atraído una multitud innumerable, los conjurados proclamaron por rey á Absalon, y el pueblo, como suele suceder con todo lo que es nuevo, recibió este cambio con entusiasmo. De todos partes llegaban correos, anunciando á David la defección de Israel. David empero, á quien la conciencia de sus culpas y la sinceridad de su arrepentimiento tenían humildemente postrodo bajo la mano de Dios, se acordó de las amenazas de Nathan, y conoció que la celeste vanguardia pesaba sobre él en aquellos momentos. Y además, no ignorando el carácter violento y arrebataador de Absalon, no quiso precipitar el país en los horrores de una guerra civil, y ocultar la colera salvaje de un parricida por medio de una resistencia, cuyos resultados era imposible calcular entonces, pues solo más tarde y acosado de un peligro mucho mayor, fué cuando tomó otra resolución. Salió, pues, de Jerusalem á pie, seguido de sus fieles servidores y de seiscientos valientes, que eran ya desde muchos años sus compañeros de armas. Pasó el torrente de Cedron y ganó la montaña de las Olivas, llenos los ojos de lágrimas, los pies desnudos, cubierta la cabeza en señal de luto, y todos

los que con él huían, caminaban igualmente con la cabeza velada y derramando lágrimas. Este mismo camino tomó mas tarde otro príncipe, hijo de David, según la carta, cuando cercano á dar su vida por la salud del mundo, iba á sufrir en el Gethsemani aquella amarga agonía, en la cual viendo pasar por delante de sus ojos los crímenes y las desgracias de todos los siglos, quedó penetrado por tan penetrantes angustias, que un sudor de sangre cubrió todos sus miembros. Y aun en el día este camino se abre donde quiera á los pies del hombre, otro monarca de dolor, que desde la cuna al sepulcro atraviesa el largo torrente de tribulaciones buscando la paz, y arranca de su alma, grande y despezándose, aquellos gritos de angustia y aquellos lamentables sollozos que hacen llorar á la bis: toria.

David entretanto, en medio de su desconsohada posicion, no dejó de encontrar muestras de fidelidad en muchos de los suyos, muestras que dadas en la desgracia y con una espontaneidad generosa, llenan de consuelo el corazón del perseguido. Hasta el extranjero Elhai quiso seguirle á todo trance. Acompañóle tambien el sumo sacerdote y todos los levitas que llevaban el Arca del testamento, como para poner la fuga del angustiada monarca bajo la protección del cielo. Pero dijo el rey á Sadoe, el sumo sacerdote: "Vuelve á llevar á la ciudad el Arca de Dios, que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, él me volverá aquí y me dejará ver otra vez su Arca y su tabernáculo. Pero si no fuere agradable á sus ojos, estoy á lo que disponga; haga de mí lo que fuere de su mayor agrado.... Voy á ocultarme en los campos del Desierto, hasta tanto que me envíeis otras noticias del estado de las cosas." El pueblo, enterrecido, seguía sollozando á su triste señor, cubierta la cabeza en señal de dolor. En esas grandes catástrofes que hacen bambolear ó caer el solio de los reyes, la fidelidad pura parece reconcentrar mas su energia; y no pudiendo contenerse en los límites ordinarios, estalla con todas las señales de un afecto filial. Entonces se conocen las almas íntegras y magnánimas, y el infortunado monarca, huyendo tal vez como un proscrito, tal vez se halla rodeado de mas amigos que el usurpador, rodeado con el vano tropel y con la versátil machedumbre de sus interesados adoradores. Lo que mas afectó á David fué el saber que el hábil Aquitofel era otro de los conjurados. Entonces se volvió de repente á aquel cuyo consejo deslazo los consejos temerarios de los hombres, y exclamó: "¡Oh Señor! desconcierta, te ruego, los consejos de Aquitofel." Y no fué vana la súplica por cierto, pues Cusi, el araquita, fué otro de los que se presentaron al afligido monarca con el vestido rasgado y la cabeza cubierta de polvo, y el rey apeló á su astucia, para que volviendo á la ciudad y fingiéndose

sectario del rebelde, desbaratase con su astucia los planes del viejo y rebelado ministro.

En efecto, Absalon, que había avanzado rápidamente sobre Jerusalem, entró sin resistencia en la ciudad al mismo tiempo que Cusai, que había tomado sobre sí con el mayor gusto el cargo de desconcertar los proyectos de Aquitofel. David en su destierro encontró mezclada la fidelidad con la perfidia como todos los desgraciados, y mientras que Siba le presenta dos animales cargados de comestibles para alivio del rey y de los que le seguían, un pariente de Saul, llamado Semei, le carga de imprecaciones y le apedrea. "Anda, le dice, anda, hombre sanguinario, hijo de Belial: ahora te ha dado el Señor el pago de toda la sangre derramada de la casa de Saul: ya que tú le usurpaste el reino, el Señor le ha pasado á manos de tu hijo Absalon, y las desgracias mira cómo te oprimen por haber sido un sanguinario." El bravo Absai no podía contenerse al ver la audacia del insolente Semei, y corrió á hacerle enmudecer para siempre. Pero David, reconociendo en aquel hombre descargado un instrumento de la justicia del cielo, contuvo al arrebatado joven y le dijo: "Déjale maldecir, ya que el Señor así lo ha dispuesto; y ¿quién osará pedirle razón de sus desiguos? Y cuando un hijo mío, nacido de mis entrañas, anda tras de quitarme la vida, ¿qué mucho me trate así ahora un hijo de Jemini? Tal vez el Señor se apiadará de mí, y me volverá bienes por las maldiciones que ahora recibo." David prosiguió; pues, su camino, acompañado de los suyos, mientras Semei continuaba insultándolo y levantando polvo, hasta que llegaron fatigados todos á Baharim, en donde tomaron algún descanso.

Oigamos ahora por un momento los acentos del rey perseguido, lamentándose de la rebeldía de su hijo y de la traición de Aquitofel.

Escúchame, Dios mío,
Oye la fervorosa
Oración y clamores con que esciende
Mi pecho el aire frío:
Merezcan tu amorosa
Benignidad; escúchame y atiende:
Sin término se estiende.
Mi triste pensamiento:
Tráeme conturbado
La fuerza del malvado,
De sus tropas el grito turbulento,

Los males que me achacan,
Sus iras contra mí, que no se aplacan.

Apenas en el pecho
El corazón palpita
Del horror de la muerte fatigado:
Vacilante y deshecho
El ánimo se agita
De tristísimas sombras rodeado.
Y digo: en tal estado
¿Quién las alas me diera
Con que su vuelo toma
La cándida paloma,
Y con ellas distante de aquí huiera,
Y al desierto volara,
Donde libre y seguro descansara?
Y allí al que en miedo tanto
Y tempestad tan dura
Puede solo librarme, esperaría.
Tú, Señor, entretanto
La ruina apresura
De los malos, confunde su osadía.
¡Ay triste ciudad mía,
De la maligna y ciega
Discordia apoderada!
Día y noche cercada
De maldades, el muro les entrega,
Y abre puerta al engaño,
A la injusticia, usura, robo y daño.
Si enemigo entendiese
Ser quien me maldijera,
Con mas facilidad lo tolerara:
Si odioso me creyese
Para el que tal hiciera,
Huiera acaso de él, y me apartara:
Mas, ¡tú, que con tan rara
Concordia me seguías,
Mi caudillo valiente,
Mi íntimo confidente
Que conmigo á la mesa el pan comías,

Y en el templo conmigo
 Fuiste el mas allegado, el mas amigo?
 La muerte los sorprenda,
 La tierra los devoro
 Vivos, con las maldades inquinada
 De su infame vivienda;
 Mientras yo fiel adoro
 Al Señor, y le clamo, y mi cutada
 Alma sea salvada,
 Sus glorias en oscura
 Noche y en claro día
 Cantaré, y la voz mia
 Oír se digará, que en paz segura
 Le plugo defenderme
 De millares que vengan á ofenderme.
 Oír mi voz y luego
 Humillará su altivo
 Orgullo el que antes de los siglos era.
 Obstinados en ciego
 Furor, ni aun al Dios vivo
 Temen, por mas que estienda su severa
 Mano, y herirlos quiera.
 Rompieron su alianza,
 Y huyendo dispersados,
 De su ira acosados,
 Los persigue en la fuga y los alcanza:
 Cobardes, alevosos,
 Lenguas blandas y pechos venenosos.
 Pero deja, alma mia,
 Deja á Dios el cuidado
 De tu prosperidad ó desventura,
 Y firme en el confío,
 Que te dará colmado
 Sustento bien cumplido, y paz segura.
 No para siempre dura
 El riesgo en que se mira
 Alguna vez el justo,
 Ni el pavoroso susto.
 Y al fin, arroje, oh Dios, tu justa ira

Al impio de este suelo
 Al abismo que cubre eternas duelo.
 En fin, de su carrera
 El hombre sanguinario,
 Alevoso y falsario,
 No llega á la mitad, sin que antes muera;
 Mas yo de ti confío
 Ser mas feliz, oh Dios y Señor mio.

Luego de haber llegado en Jerusalem Absalon y sus conjurados, se celebró consejo entre los gefes de la conjuración. Aquitofel pertenecía á esta escuela política para la cual el buen éxito de una empresa lleva en sí mismo su justificación; esto es, que el fin justifica los medios; escuela muy particularmente habil y fecunda en recursos, porque no retrocede delante de los crímenes y prescinde enteramente del órden moral fijándose únicamente en el órden de la conveniencia. Política funesta que deterrando del manejo de los negocios públicos toda idea de virtud y de decoro, prepara en la región elevada de los hombres de estado los principios disolventes del mas refinado egoismo, que comunicándose despues á las masas, produce las convulsiones, los sacudimientos y los trastornos. Pretendia, pues, Aquitofel que habia dos partidos que tomar para afirmar la revolucion operada: por de pronto comprometer gravemente á Absalon á los ojos de su padre, á fin de que no quedase á los partidarios del primero ninguna esperanza de reconciliación; y en seguida marchar inmediatamente contra el rey, desconcertado ya, dispersar su ejército mal ordenado, y hacer llegar el golpe hasta su misma persona. Este dictamen prevaleció en cuanto al primer punto, por un cálculo de detestable política; Absalon abusó públicamente de las mugeres de David, pues no podia llegar á mas imperdonable ultraje; al modo que en las discordias civiles vemos á los que dan impulso á la revuelta como se afanan en interponer entre los dos partidos algun atentado imperdonable como un muro de separación. Y esta era al mismo tiempo la pena del talion que anunció á David el profeta Nathan: "Tú pecaste en secreto; yo empero dejaré que te insulten á la faz de los cielos." Los excesos de la libertad humana se hacen de este modo los instrumentos de la justicia divina; porque el mal lucha contra el plan de la Providencia, sin por esto vencerle; y cuando se cree el árbitro, solo porque ha logrado trastornar de él algunas líneas, entonces es cabalmente el momento en que la obra inmortal deja traslucir, y ostenta asombrosamente al través de aquellas benditas duras impotentes hechas por la débil mano del hombre, la riqueza infinita

ta de todos sus aspectos, y la belleza de sus proporciones antes no conocidas.

Si se hubiese adoptado la segunda medida propuesta por Aquitofel, David y su partido sucumbían sin remedio. Pero Cusai, íntimo amigo del rey, y que para servirle había aparentado abrazar la causa de los rebeldes, dió el consejo de reunir fierzas imponentes antes de apresurar la postrera necesidad de vencer ó morir, ya sea para David, tan feliz en los combates; ya para los valientes que se habían unido á su suerte: pues, según su dictamen, un solo revés, muy posible en aquellas circunsancias, hubiera perdido para siempre la causa, débil todavía, de Absalon. Prevalció, pues, esta parecer; y David, secretamente advertido de que se le dejaba tiempo, pasó el Jordán para escapar de una sorpresa del enemigo.

Es digno de recordarse la manera con que los dos opuestos consejeros emitieron su dictamen en el consejo. "Me escogeré diez mil hombre, habia dicho Aquitofel, y partiré esta noche á perseguir á David, y echándole sobre él, mientras estarán todos rendidos de fatiga y desmayados, le derrotaré; y luego de puesta en fuga toda la gente que consigo tiene, quedará el rey sin un par, y acabaré con él. Y con esto, conduciré otra vez á toda aquella gente, como se hace volver á un hombre solo, por cuanto tú no buscas sino una sola persona; y muerta ésta, el pueblo quedará en paz." La prudencia humana no podía concebir mas acertado consejo: la consumacion del crimen no podía tener mas acertado defensor. Tanto Absalon como los ancianos todos de Israel, no pudieron dejar de aprobar la propuesta del tan hábil como malvado consejero. Pero Dios, que por medios no conocidos suele hacer las torcidas miras de la prudencia humana, inspiró al mismo Absalon la idea de oír, antes de decidirse, el parecer de Cusai de Aruqui, que gozaba de no menos crédito en Israel por su sensatez y perspicacia. Púsole el rey en llamado mensajero en medio de las asambleas, luego debía contar un dictamen que había merecido la general aprobación, y que en su interior no podía dejar de reconocer por el mas acertado para asegurar la ruina del perseguido monarca. Pero para salvarle debía oponerse al dictamen de Aquitofel, y para desconcertarle debía pelar á una elocución espiciosa y deslumbradora que arrastrase tras de sí, é hiciese mudar los ánimos de la asamblea. La arenga, pues, de Cusai es mas animada, sus imágenes mas vivas, la expresion mas enérgica. "Por esta vez, dijo, no me parece el mejor el consejo de Aquitofel." Esta salvedad era muy oportuna, por no parecer que chocaba directamente con su diestro competidor. "No ignoras, añadió dirigiéndose á Absalon, que tu padre y la gente que le sigue son hombres de

valor e intrepidez. A este valor reúnen ahora la fuerza terrible de la desesperacion; al modo de una osa embarracada en un bosque cuando le han robado sus cachorros. Tu padre, sobre todo, es aguerrido, y no se detendrá con su gente. A estas horas se hallará tal vez escondido en la profundidad de alguna cueva ó en otro lugar oculto que habrá escogido; y si el primer choque cayere alguno de los nuestros, se publicará por todas partes, que el ejército que sigue el partido de Absalon ha sido derrotado; y con esta voz los mas valientes de los tuyos, cuyo pecho es como de león, desmayarán de temor, pues sabe todo Israel que tu padre es un varón esforzado, y que son hombres de valor los que le siguen." Con este preámbulo logró debilitar la impresion que habia causado en los ánimos el consejo de Aquitofel, presentando muy dudoso el resultado del primer choque con gentes de valor y desesperadas, y entró despues á ofrecer su dictamen como mas prudente y menos arriesgado. "Por lo espuesto, me parece mejor este consejo: Rómase contigo todo el pueblo de Israel, desde Dan hasta Bersabé, muchedumbre innumerable como las arenas del mar, y tú te pondrás en medio de todos. Y nos echaremos sobre David donde quiera que lo hallemos, y le cubriremos y abrumaremos como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni uno siquiera de los que le siguen. Y en caso de buscar un asilo en alguna ciudad, la cercará todo Israel con narromas, y la arrastrará hasta el torrente, de manera que no quedará de ella una pequeña piedra." Con esta hipérbole, que tan al vivo pinta el orgullo militar, y tan propia es del lenguaje de los orientales, concluyó el hábil consejero su discurso, que logró sorprender el ánimo de Absalon y el de todos los ancianos. Viendo el viejo ministro de Israel que el consejo de Cusai prevalecía sobre el suyo, furioso, abochornado, y previendo sin duda una inminente ruina, puso fin á sus dias de un modo horrible. Partió para su patria, y se suicidó ahorcándose, y fue sepultado en el sepulcro de su padre. Absalon reunió entretanto numerosas tropas y salió en persecucion de su padre mas allá del Jordán, seguido de todo Israel. Llegó David á los campamentos, y recibió desde luego una hospitalidad generosa y abundancia de socorros para él y su gente. Halláronse los dos ejércitos frente á frente, y era ya inevitable una batalla. Pasó David revista de sus tropas, y dió á Joab el mando del tercio de su ejército, queriendo partir con los ayos el peligro del combate; pero éstos no lo consiguieron. "De ningún modo debes venir con nosotros; le dijeron, pues aun cuando los enemigos nos presiesen en fuga, no sería mucho su triunfo, ni aunque pareciera la mitad de nosotros podrán quedar muy satisfechos; porque tú solo vales como diez mil. Así, mejor es que quedes en la ciudad para poder socorrernos."

—“Haré lo que mejor os pareciere,” respondió el mensajero. Púsose, pues, en la puerta de la ciudad á fortaleza de Mahanaim, y mientras que el ejército iba desfilando en cuerpos de á ciento y de á mil hombres para colocarse en órden de batalla, recomendó á los caudillos: “Conservadme á mi hijo Absalon!” Y todo el ejército lo oyó repetir con emoci3n el nombre de su hijo. Aquel coraz3n paternal se estremecia con solo la idea de la muerte de su hijo, y la victoria le hacia temblar mas que la derrota, si debia comprarse con la p3rdida de Absalon, de aquel hijo rebelde y obedeciendo que agrupaba allí contra la vida de su padre todas las fuerzas de Israel.

Dióse, pues, la batalla en los bosques de Efraim, y el ejército de Israel fué derrotado por las tropas de David. Absalon sucumbió: la mortandad fué espantosa; veinte mil hombres quedaron tendidos en el campo, y los restantes se despararraron por todo aquel país, y fueron aun muchos mas los que perecieron huyendo por el bosque, que los que murieron al filo de la espada. El mismo Absalon, arrastrado por los fugitivos, y montado en un mulo, se encontró con la gente de David, y atravesando la selva en precipitada huida, metiéndose el mulo debajo de una peblada encima, se le enredó en sus ramas su larga cabellera, y pasando adelante el mulo, quedó lastimosamente colgado, haciendo vanos esfuerzos para desprenderse. Un soldado del ejército vencedor, que lo vió en situacion tan desesperada, informó de ello á Joab, el cual le dijo: “Si así le viste, ¿cómo no le traspasaste á cuchilladas, y te habria ya dado diez siclos de plata y un tahalí?” El soldado hizo presente á su general las estrechas órdenes y la recomendacion de David: “Aun cuando pusieras en mis manos mil monedas de plata, no estenderia yo mi mano contra el hijo del rey, pues todos nosotros hemos oido de boca de éste aquellas palabras: Conservadme á mi hijo Absalon.”—“No será, pues, como tú dices,” replicó Joab, yo mismo lo he de traspasar á tu presencia.” Oj3o, pues, tres dardos, y clavólos en el pecho de Absalon, y como palpítase todavía colgado de la encima, acudieron corriendo diez jóvenes, escuderos de Joab, y le acabaron de dar la muerte. Al punto Joab hizo tocar la trompeta, y contuvo al ejército para que no persiguiese mas á Israel, que iba huyendo, pues queria perdonar á la muchedumbre.

Entretanto el rey, sentido entre las dos puertas de la ciudad, aguardaba con toda la ansiedad del amor paternal, el resultado de esta fatigada jornada. Y el centinela apostado encima de la puerta sobre la muralla anunció la llegada de un correo. “Si viene un hombre solo, dijo el rey, serán buenas nuevas las que trae.” Y al momento se diviso un segundo correo que tambien venia solo. “Buenas son las nuevas,” añadió el rey.

De tan lejos, como pudo gritó el mensajero: ¡Victoria! Y postrado profundamente delante del rey, exclamó: “¡Bendito el Señor, Dios tuyo, que ha entregado en tus manos á los que se habian sublevado contra el rey, mi señor!” Preguntó el rey: “¿Está vivo mi hijo Absalon?” Respondiólo el mensajero: “Cuando Joab tu siervo me envió á tí, oh rey, he visto levantarse un gran tumulto: no sé otra cosa.” Llegó el segundo mensajero llamado Cust y dijo: “Albricias, rey señor mio: el Señor ha fallado hoy á tu favor, contra el poder de todos cuantos se rebelaron contra tí.”—“¿Y mi hijo ha sobrevivido?” La respuesta fué siniestra, á la par que decisiva y respetuosa: “Tengan la suerte de ese jóven los enemigos del rey, mi señor, y cuantos se levantaren contra él para dañarlo.” El desgraciado padre, dando dolorosos gritos y derramando amargo llanto, subió á encerrarse en el aposento que estaba sobre las puertas de la ciudad, en donde redobló sus profundas gemidos con nuevas lágrimas, sin dar tregua alguna á su dolor. “¡Hijo mio Absalon, exclamaba, Absalon, hijo mio! ¿Quién me diera, Absalon, hijo mio, comprar tu vida con la mia! ¡Oh hijo mio Absalon!” Y repetia estas palabras para aliviar su dolor, á la manera que se vuelve á meter el hierro dentro de una llaga para enconarla mas. Es propio de las grandes afecciones de desconsuelo el buscar un alimento en sus mismas heridas; esos sacudimientos inmensos de la sensibilidad, parecen evocar incesantemente lo que les fué querido como una sombra amiga para eternizar el acoutimiento de su p3rdida, teniéndola siempre presente en el coraz3n; pues rehusan todo otro género de consuelo, y viven y se alimentan de su desesperacion, única cosa que les queda del objeto perdido.

El desdichado Absalon, traspasado con tres dardos, y acabado de matar por los escuderos de Joab en medio de sus postreras palpitaciones, fué enterrado en el centro del bosque y en un hoyo profundo que se cubrió con un mont3n de piedras, como para lapidar al paricida. Durante su vida, Absalon se habia hecho construir una especie de columna fúnebre en el valle de Josafat, que separa Jerusalem del monte de los Olivos. En este lugar se advierte todavia un monumento que sin duda habra reemplazado al antiguo, y que se llama asimismo el sepulcro de Absalon. Está cortado en roca viva, pero no se desprende de ella lo bastante que permita dar la vuelta al rededor. Presenta por cada lado cuatro columnas de órden dórico, levantadas en sus tres cuartas en el guero del sepulcro, elevado en pirámide y terminado por un ornato que se asemeja bastante á un hierete frigio. Distínguese este monumento con algunos otros de todas aquellas piedras tumularias, que los cultos cristiano, judío y mahometano, llevan al valle de Josafat. En aquel lugar duermen, colo-

cados en estrechas filas, cenizas que parecen haber querido encontrarse de antemano en el puesto aplazado de la resurreccion general y del último juicio; porque, según la tradicion religiosa, en aquel lugar, cubierto de un santo horror como de un manto lúgubre, será donde de los cuatro vientos del cielo vendrán y se reunirán las legiones de los muertos, convocados por la trompeta de los ángeles, y se tendrán los postreros debates del género humano.

En la afliccion inmensa que oprimia el alma de David durante la criminal rebelion de su hijo, y en los azarosos momentos de persecucion y de angustia en que se halló durante aquel amargo periodo, no podia dejar de desahogarse y buscar consuelo a la presencia del Señor, por medio de aquellos sublimes cánticos que, salidos del fondo del corazon, exhalaban sus labios al compas de la melodia del dolor. Varios son los salmos que se le atribuyen durante la persecucion de su hijo. Nosotros escogeremos el 108, que en sentido literal, es una imprecacion contra Aquitofel y demas partidarios de Absalon, y en sentido figurado es una imprecacion contra el discípulo traidor y los perseguidores de Jesucristo, siendo en uno y en otro sentido una profecia energética en forma de imprecacion.

Esta vez hemos preferido la paráfrasis en prosa, en obsequio de la variedad; paráfrasis que, a escepcion del metro, conserva en toda su belleza y energia las formas poéticas.

“ Testificad, Dios mio, mi inocencia, porque un perverso, un impostor, abriendo sus dolosos labios se ha desbocado contra mí.

Me han informado y hecho odioso á las sangrientas calumnias que han sembrado contra mí por todas partes, persiguiéndome sin causa.

Me han desacreditado los que debían amarme: y yo, Señor, os he rogado por ellos.

Me han vuelto mal por bien, correspondiendo á mi amor sincero con odio implacable.

Cuiga en poder de los malos el perdido traidor que me ha entregado, y el diablo esté á su diestra para acelerar su perdicion.

Cuando parezca en juicio, sea condenado: y si se atreve á hablar en su defensa, téngasele por un nuevo delito.

Acortensele sus dias, y deje á otro el puesto que ocupa.

Muerta con el dolor de dejar viuda á su esposa y huérfanos sus hijos. Anden éstos errantes y vagabundos: véanse reducidos á la mendigüez y arrojados de su casa y sus hogares.

Consuman los usureros toda su hacienda: saqueen y roben los estrafios todo el fruto de sus trabajos y fatigas.

Abandonéle en vida todo el mundo, y despues de su muerte no hallen sus hijos quien se compadezca de ellos.

Arrebátelos la muerte, antes que pase á la segunda generacion el nombre de sus padres.

Manténgase irritada la ira divina contra un hijo tan perverso, con el recuerdo continuo de las iniquidades de sus padres, y con la imájen viva de los pecados de su madre.

Estén presentes siempre á los ojos del Señor sus iniquidades, y perezca su memoria, juntamente con aquel hijo ingrato y cruel que ninguna compasion tiene de mis males.

Antes bien me persigue, y pretende quitarme la vida, viéndome privado de todo socorro y oprimido de dolor.

Quiso merecer con su delito la maldicion del Señor, y caerá sobre él: renunció las bendiciones del cielo, y será privado de ellas.

El mismo se ha vestido de la maldicion de Dios, que ha entrado en él como el agua se infiltra en la tierra, y ha penetrado en sus huesos como el aceite penetra por todas partes.

Llévela siempre sobre sí como vestido que le cubra, y como faja que le rodea y le ciñe.

Sea éste el premio que da la justicia divina á los que me calumnian, y añelan quitarme la vida formando malignos discursos contra mí.

Mientras maquinan mi perdicion, vos, Señor Dios mio, favorecedme con la gloria de vuestro nombre, con vuestra benigna misericordia.

Mirad que estoy desamparado y desvalido, mi corazon entristecido y sobrealado, y así venid á librarme.

Mi subsistencia es como la sombra de la tarde, como la langosta que no puede resistir al menor golpe.

Tan enflaquecidas están mis rodillas del ayuno, que apenas puedo sostenerme; he enjaidado tan poco de mi cuerpo, que de puro flaco y vacilante estoy desfigurado.

Estoy hecho la irrision de mis enemigos, que viendo los males que padezco, me escarnecen con meneos de cabeza.

Señor Dios mio, amparadme, seguid los impulsos de vuestra misericordia, y sacadme de éste miserable estado.

Reconozcan mis perseguidores en mi libertad el poder de vuestra brazo, y sepan, Señor, que vos sois el autor de ella.

Mientras ellos me maldicen, vos me colmaréis de bendiciones, y confundiendo á estos rebeldes, consolaráis á vuestro siervo.

Sean mis calumniadores como revestidos de infamia: sean cubiertos de confusion como de un manto pesado que los oprima.

Pero yo, agradecido al Señor, le bendiré millares de veces, y cantaré sus alabanzas en medio de un gran concurso.

Porque cuando me abandonaba todo el mundo, él me asistió para ponerme en salvo de mis perseguidores."

Ved ahí, después de los suspiros de la opresión y del dolor, el himno del triunfo y de la acción de gracias. El corazón del monarca de Israel es grande en el infortunio y grande en la prosperidad, porque siempre se dirige a Dios, y su arpa es tan celeste cuando acompaña sus gemidos, como cuando hace más dulces sus santas alegrías.

"Siempre así lo he creído,
Y siempre así lo he dicho y confesado:

Nunca tan abatido

Me vi jamás: y dije arrebatado:

Todo hombre es engañoso,

Casi fuera de mí con la alegría

De verme en tal reposo

Ya seguro. Al Señor en este día,

Que tanto bien me ha hecho,

¿Qué le podrá ofrecer en sacrificio

Mi fiel y grato pecho?

Del cáliz libaré, donde propicio

La salud me prepara,

Invocando su nombre soberano.

Los votos que formara

En la tribulación, hechos en vano

No serán; y cumplidos

Su pueblo los verá; pues de tal precio

Es de sus escogidos

Para el Señor la muerte. Ya me precio,

Señor, de ser tu esclavo,

Que tu esclava en su seno ha concebido.

Tú rompiste el clavo

De la cadena en que gemí con fiero

Injusta servidumbre:

A ti ofrezco la hostia de alabanza

Ante la muchedumbre

De su pueblo al Señor, mi confianza

En su nombre poniendo,

Presentaré en sus atrios mis ofrendas

Los votos te cumpliendo

Que otro tiempo lo hice: porque entiendas,

Jerusalem gloriosa,

Cuánto debo á su mano generosa.

Del uno al otro polo,

Oh gentes y naciones,

Oh pueblos y regiones,

Al Señor alabad.

Pues su misericordia,

Con nosotros hoy sella,

Ostentando con ella

Eterna su verdad.

Coro de David.

Gloria al Señor del cielo,

Gloria por sus bondades,

Y porque sus piedades

Interminables son.

Uno de este coro.

Cante Israel ahora

Himnos á sus bondades,

Cante que sus piedades,

Interminables son.

Otro de este coro.

Publique en este día

Que duran sus piedades

Por eternas edades

La casa de Aaron.

Todo el coro.

Sus siervos hoy devotos

Digan que en las edades

Futuras sus piedades

Interminables son.

David.

Halléme rodeado

De aflicción, de dolor y de agonía:

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Llamé desconsolado
Al Señor, que veía
La fiera pena mía;
Y oído el triste ruego,
De la tribulación me sacó luego,
Y púsome en anchura
Con alegre reposo y paz segura.

El Señor me ayuda,
Ya no temeré
Males de los hombres
Que en nada los hé.

Coro.

El Señor me ayuda,
Ya despreciaré
A mis enemigos
Que en nada los hé.

David.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,
Que en el hombre flaco
Que puede faltar.

Coro.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,
Que en principe humano
Que puede faltar.

David.

Mil gentes me cercaron,
Al Señor invoqué:
Valime de su nombre
Y los escarmenté.

Coro.

El cerco me estrecharon,
Al Señor invoqué,
Valime de su nombre
Y los escarmenté.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

David.

De enjambre numeroso
Cercado me miré,
Qual zarza por el fuego
Rodeado me hallé.

Coro.

Viéndome tan estrecho
Al Señor invoqué:
Valime de su nombre
Y los escarmenté.

David.

Con impulso terrible me embistieron,
Titubear me hicieron,
Y casi ya caído,
La mano del Señor me tuvo asido,
Porque no me rindiese.
El Señor fué mi fuerza en aquel día,
Para que allí venciese:
El Señor fué mi honor y gloria mía:
El me salvó. ¿Mas qué suave acento
Dentro del tabernáculo resuena?
Voz de júbilo llena
Es del coro de justos, que contento,
Con alegría santa
Aplaude el triunfo, y la victoria canta.

Coro de Sacerdotes.

La diestra del Escelso
Mostróme su poder;
Exaltóme su diestra;
Ayudóme á vencer.
Ella me dió la vida,
Yo ya no moriré,
Sus altas maravillas,
Alegre cantaré.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA:

Corrióme severo,
Probar quiso mi fe:
Mas salvóme la vida,
Y ya no moriré.

David.

Abrídme ya las puertas
De santificación; que reverente
Por ellas quiero entrar, y confesando
Al Dios omnipotente, y alabando
Su nombre, darle gracias. Siempre abiertas
Estad, oh puertas del Señor Dios mio,
Franqueando la entrada al justo y pio.

David ya en el templo.

A tí, Señor, deseo
A tí solo alabar,
Pues solo tú mi llanto
Quisiste consolar.
Con olas y borrascas
Luchaba en alta mar:
Viniste á socorrerme,
Quisisteme salvar.
La piedra que los hombres
Quisieron desochar,
Sostiene el edificio:
La piedra es angular.

El Sacerdote.

Prodigio es del Señor, en que admirados
Su poder adoremos. Este día
Que nos dá su bondad, regocijados
Celebremos con fiesta y alegría.
Y tú, gran Dios, ven ya, ¿qué te detiene?
Salvo y próspero al fin por ti se vea
Tu siervo; y el que viene
En nombre del Señor, bendito sea,
Y benditos vosotros. En el templo
Donde el Señor reside,
La bendición os damos á su ejemplo:

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Pues Dios es el Señor que nos preside,
Y ya su luz divina
Con clara bendición nos ilumina.
Levantad hasta el cielo los ramos,
Pabellones frondosos formad,
Donde alegres del Dios que adoramos
Celebremos la gran majestad.
Con la palma y el mirto los ramos
Con el sauce y el cedro enlazad,
Y al altar del Señor que adoramos
Sin recelo con ellos llegad.

David.

Yo, Señor, el primero
Seré que te dé cuenta, confesando
Que tú eres el Señor y dueño mio,
Dios apacible y blando.
Tú eres mi verdadero
Unico Dios, en tí solo confío:
Ensalzaré tu gloria,
Y grata mi memoria
Siempre confesará de tus piedades,
Que entre las tempestades
Oíste mi lamento,
Y me sacaste á paz y á salvamento.

Core.

Gloria al Señor del ciclo,
Gloria por sus bondades,
Y porque sus piedades
Interminables son.
Publique en este día
Que duran sus piedades
Por eternas edades
La casa de Aton.

La muerte de Absalon no ahogó por cierto todos los gérmenes de disonancia ni en el pueblo, ni en la familia reinante. De una parte la escision que se habla producido en tiempo de Saul entre la tribu de Judá y las tribus restantes y que acababa de abrir tantas puertas á una tentati-

va de revuelta, había dejado en todos los ánimos semillas de reciproca enemistad, y un pequeño incidente podía determinar una nueva conflagración. No tardó, pues, en verse de ello un ejemplo asaz alarmante. Todo Judá y una parte solamente de Israel se hallaban reunidos alrededor de David después de la victoria, y quisieron volverle á Jerusalem. Pero los demas guerreros de Israel llegaron á su encuentro y se quejaron vivamente de que no se les hubiese esperado. "¿Por qué nuestros hermanos los de Judá se han precipitado tanto en hacer pasar el Jordan al rey y á los de su comitiva?" Y respondieron los de Judá: "Porque el rey nos pertenece mas de cerca. Mas ¿por qué os habeis de enojar por esto? ¿Por ventura hemos comido á espensas del rey, ó recibido de él algunos regalos?" Replicaron los de Israel á los de Judá: "Diez veces mas somos que vosotros para con el rey, y David nos pertenece mas que á vosotros. ¿Por qué se nos habia de hacer este agravio?" La queja, pues, fué animada y ardiente. Un hebreo, llamado Seba, de la tribu de Benjamín, tocó la trompeta de la insurrección. "Nada tenemos que hacer con David, exclamó, no hay que esperar cosa alguna del hijo de Isai; volveos, Israel, á tu casa." Y determinó á todo Israel á retirarse á sus hogares, para prepararse en ellos á la venganza. Joab, empero, cortó muy presto el principio del incendio, dando la muerte al jefe de la rebelión, cuya cabeza le fué arrojada desde los muros de Abela, por los mismos á quienes él acudillaba. Ved ahí el pago que suelen dar muchas veces los revoltosos á los mismos que promovieron la revuelta ó á los jefes que los acudillan.

De otra parte, una nueva insurrección y ambiciosas intrigas vinieron á agitar aún los últimos años del rey. Si bien el trono hereditario era admitido ó como principio racional, ó como precepto positivo de Dios, que habia fijado el supremo poder en la casa de David; pero el orden de sucesión no estaba regulado ni por precedente alguno, ni por una ley formal. En tal estado, Adonais, á quien la mayoría de edad parecia dar cierto derecho por la muerte de Absalon, probó ceñirse desde luego la corona, ó porque se cansase de esperar esta porción de la herencia paterna, ó porque temiese verla pasar á otro. Joab, dispuesto siempre á to la empresa que pudiese aumentar su crédito, y el gran sacerdote Abiathar, de bullicioso carácter, tenían la mano en esta intriga. Reuniéronse los conjurados fuera de la ciudad, como queriendo celebrar una fiesta, para cuya reunion no fueron invitados los empleados de palacio, cuyas disposiciones no dejaban de inspirar alguna inquietud. El profeta Nathan, que era del número de las personas escuchadas, tomó la resolución de atajar el desórden en su cuna; y á este fin invitó á Bethsabé á que

hiciese valer los derechos de su hijo Salomon, recordando á David sus mas solemnes promesas. "Yo llegaré, mientras el rey os dará audiencia; anadió, y apoyaré vuestras razones para con el rey." Realmente Bethsabé emprendió al rey, y le recordó sus palabras y sus juramentos: "Vos deciais en otro tiempo, Salomon, hijo tuyo, reinara despues de mí, y él se sentará sobre mi trono. Y ved ahí, que Adonais usurpa, sin vos saberlo, la dignidad real. . . . No obstante, todo Israel tiene fijos en vos los ojos y aguarda que le manifestéis quien deba sucederos en el trono. Y si no lo haceis, tanto mi hijo como yo, serémos tratados como criminales, cuando el rey, mi señor, vaya á descansar con sus padres." Llegó Nathan en aquel momento, y anadió á las blandas súplicas de Bethsabé la grave autoridad de su palabra: "¿No me habeis dado á conocer á mí, vuestro servidor, quien debia, despues del rey mi señor, sentarse en el trono?"

Renovó entonces David sus juramentos en favor de Salomon, y dijo á Bethsabé: "Vive Dios que ha librado mi alma de todo peligro, que así como te juré por el Señor de Israel diciendo: tu hijo Salomon reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo ejecutará hoy." En efecto, inmediatamente mandó dar á su palabra y á los títulos de Salomon un carácter solemne y sagrado; y para prevenir las luchas que amenazaban ensangrentar la transición de un reinado al otro, mandó que seo usárese la unción real á su sucesor, y que sin retardo se proclamase su advenimiento, y con la mayor publicidad. Esta órden fué cumplida pronta y puntualmente. La ciudad se llenó de movimiento. El jóven príncipe, rodeado de los grandes de la corte, montado en la caballería de su padre, fué conducido hasta la fuente de Gihon, y vuelto despues á palacio, sentóse sobre el trono de David, y le felicitaron con el pueblo el profeta Nathan, el sumo sacerdote Sadoc, Bananias y demas personajes, llenando los aires de alegres vivas, aclamaciones y al son de festivos instrumentos. El ruido de esta agitación extraordinaria, llegó hasta los oídos de los conjurados, que deliberaban todavia acabando su festin. Adonais en particular reconoció que toda su salvación dependia de la clemencia del nuevo monarca. Fuese, pues, corriendo al pié del altar, á fin de atronar sobre su cabeza aquellas garantías de inviolabilidad que la mayor parte de los pueblos antiguos habian confiado á la clemencia sagrada de la religion, no para el crimen, sino para dar al encono obeceado el tiempo de la reflexion, y para suavizar la imprescindible severidad de la ley, haciendo meditar el pensamiento del cielo entre la justicia irritada y su víctima que tiembla. "Jéreme hoy mismo el rey Salomon, decia, que no hará morir al filo de la espada á su siervo." A lo

que respondió Salomón: "Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni uno de sus cabellos; pero si se portare mal, morirá." Envio en seguida quien le sacase del altar á que se habia refugiado; y presentándose Adonais al rey Salomón, le hizo una profunda reverencia, y le dijo Salomón: "Vete á tu casa." Asi fué apaciguada esta segunda conmocion antes que pudiese turbar el país y provocar la efusion de sangre; y puso fin tambien al reinado efectivo de David, añadiendo un anillo de mas á aquella dura y prolongada cadena de aflicciones que tuvo que arrastrar en todo el curso de su laboriosa vida.

Sin embargo, en medio de estas pruebas que penetraban hasta el fondo del alma al hombre privado, supo David hacer prosperar la causa pública con aquella inteligente solicitud y vastedad de miras que inmortalizaron su reinado. El ejército, los réditos, la administracion general, el culto, recibieron y guardaron por largo tiempo el impulso que habia sabido dárles con su hábil y experimentada mano. Si el grito de un príncipe ha de medirse, no por la estension del territorio que está bajo el dominio de su cetro, sino por el partido que sabe sacar de las circunstancias, David en nada fué inferior á la mayor parte de los mas célebres potentados, y los hebreos pudieron con muchísima razon, conservar su memoria como guerrero y como político con aquella respetuosa admiracion que tan bien sienta á la superioridad. Cambió el sistema de ataque y de defensa que se habia adoptado en tiempo de los Jueces, y hasta la época de Saul: en lugar de operar por tribus, obraba por masas, reuniendo las fuerzas del país en un cuerpo compacto, á fin de descargar siempre golpes decisivos. Asi la victoria fué constantemente fiel á sus armas. Desde Josué la nacion luchaba sin cesar para estenderse hasta los límites previstos por su legislador, y para sentarse en ellos bajo la sombra de una posesion pacífica y no disputada. David acabó rápidamente este trabajo, estendió el lugar de la patria y realizó el plan de la conquista, estrechando á los filisteos contra el Mediterráneo, y llevando sus armas victoriosas al corazón de la Siria, y hasta las riberas del Eufrates. Con igual prudencia y sagacidad se portó con los pueblos enemigos: arruinó el poder de los que podian inquietarle: hizo alianza con los que podian serle útiles, y tomó con respecto á todos, una posicion que imponia el respeto. En una palabra, elevó la fortuna de Israel y le aseguró una considerable preponderancia sobre los estados vecinos, cuya recelosa envidia le habian tenido hasta entonces en una actitud temerosa y humillante. Tantos peligros arrostrados y vencidos, su pueblo triunfante y próspero, la proteccion del cielo asegurada á todas sus empresas, todo este conjunto de satisfacciones llenaron el alma de David de sentimientos inefables de gratitud que

se derramaron en su pecho en raudales de encantadora poesia. ¿Que boca humana se abrió jamás para hablar un lenguaje mas sublime que este canto lírico del anciano rey?

"Jehová es el peñasco y la torre de mi refugio: es mi libertador, Dios es mi ayuda, y yo esperé en él: mi escudo y la garantía de mi salud: mi asilo, y yo estaré en seguridad: mi defensor, y me protegeré contra la injusticia. Invocaré al Señor con alabanza, y él me defenderá de mis enemigos.

"Cercano me han los horrores de la muerte: los torrentes de iniquidad me han rodeado de pavor. La muerte ha arrojado sus mzos en torno de mí, y me ha tenido debajo de su guadaña. En el seno de mi tribulacion invoqué al Señor, habecé clamores á mi Dios, y desde su tabernáculo ha escuchado mi voz, y mi clamor ha llegado á sus oidos.

"La tierra se conmovió en sus cimientos y tembló, los fundamentos de las montañas se agitaron y bambolearon bajo la ira de Jehová. Arrojaron humo por sus narices y por su boca llama devoradora, y el dejó tras si carbones encendidos. Bajó el pavellon de los cielos para descender, y una niebla sombría envolvía sus plantas. Llevado en alas de los querubines, tomó su vuelo y marchó sobre los vientos. Colocó en torno de si la oscuridad como una tienda, velándose en las aguas que caian de las nubes. Con el resplandor de su presencia encendiéndose un fuego voraz.

"Desde el cielo Jehová hizo sonar su voz de trueno: la voz del Altísimo resonó. Lanzó sus flechas y dispersó al enemigo, y con su rayo lo devoró. Y los abismos de la mar aparecieron, y los fundamentos de la tierra quedaron desnudos bajo tus amenazas, oh Jehová, y bajo el soplo tormentoso de tu furor.

"Inclinóse desde lo alto y me tomó en sus brazos, y me retiró de las ondas salidas de madre: arrancóme de las garras de enemigos poderosos y de los que me aborrecian, cuando su fuerza iba á triunfar de la mia.

"Las vias del Señor son rectas y puras: su palabra está acrisolada en el fuego. El es el escudo para aquel que en él confia. ¿Quién es dios fuera de Jehová? Y ¿quién es el potente fuera de nuestro Dios? El ha ceñido de fuera mis riñones, y ha aplanado y rectificado la senda que debo seguir. Ha dado á mis pies la velocidad del ciervo, y me ha colocado en alturas inaccesibles. Ha dispuesto mis manos para el combate, y hecho de mis brazos un arco de acero.

"Yo te alabaré en medio de los pueblos, Señor, y yo cantaré un himno en tu nombre; á tí, que has tan gloriosamente salvado al príncipe elegido

por ti, y usado de misericordia para con David, tu unjito, y con su estirpe por todos los siglos.

“A ti, mi Dios y rey, mi poesía
 Celebrará, y eterno hará tu nombre:
 Bendiciones humildes cada día
 Te ofreceré con inmortal renombre.
 Con tu magnificencia y tu alabanza
 Nada es igual: inmensa es tu grandeza.
 De una generación en otra alcanza,
 De tus obras la loa y de tu alteza.
 El decoro y grandeza de tu gloria
 Dirán y contarán tus maravillas;
 Fiel tu poder alabará la historia
 Y la fuerza terrible con que brillas.
 Grato sabor los dejará la hartura
 De tu bondad, con tu justicia infanos;
 Hechiza la piedad y la blandura
 Del Señor con los miseros humanos.
 Igualmente con todos es suave:
 Obras no se ven de él que no lo induquen.
 Juntas te alaban todas, y con grave
 Y dulce unión tus santos lo publicuen.
 La gloria ensalzarán de tu reinado,
 De tu poder y tu magnificencia:
 Llamarán a los hombres, y en dechado
 Les propondrán su gloria y opulencia.
 Mas durable que el tiempo el señorío
 Es de tu reino, y las edades pasa.
 No engañan en sus promesas: santo y pio
 El Señor en sus obras es sin tasa.
 Ocurre a sostener al que tropieza
 El Señor, y levanta al que ha caído.
 Puesto en ti ha sus ojos, su grandeza
 Dé oportuno alimento al desvalido.
 Cuantos por ti respiran, de tus manos
 Reciben abundantes bendiciones.
 Recto es en sus designios soberanos:
 Sauto el Señor en todas sus acciones.
 Siempre propicio está al humilde ruego,

Como le rueguen con verdad sincera:
 Temerosos le airan: verán luego
 Cómo su voluntad les cumple entera.
 Uman sus votos y serán oídos,
 Y los libertará de dura muerte.
 Vela el Señor sobre sus escogidos:
 Abandóna los malos á su suerte.
 Yo lo alabaré siempre, y todo hombre
 Alaba sin cesar su santo nombre.

Alaba ánima mía
 Al Señor; mientras viva y tenga aliento.
 Con acorde armonía
 Al son de mi instrumento,
 Alabar á mi Dios es mi contento.
 No pongas tu esperanza
 De príncipes terrenos en humano
 Favor que nada alcanza:
 Ni rey ni soberano
 Podrá darte salud, ni está en su mano.
 El alma se separa
 Vuelve el cuerpo á la tierra de que era,
 Y en aquel día para
 En sueño y en quimera
 Aquella pretensión tan altanera.
 ¡Oh varón venturoso
 El que al Dios de Jacob su auxilio ha,
 Y con dulce reposo
 Y con fe humilde y pia
 De su Dios y Señor no se desvia!
 Del que cielos y tierra
 Hizo con sabia y poderosa mano,
 Y de cuanto en si encierra
 Inmenso el Océano,
 Arbitro es y dueño soberano.
 Del que es eternamente
 Fiel y veraz, y al misero que gime
 Su mano prepotente
 La suya lo redime,
 Y pan dá al pobre á quien el hambre oprime.

Del que rompe en oscura
 Prisión los grillos; del que al ciego llama,
 Y rayos de luz pura
 En sus ojos derrama;
 Y levanta al caído, y al justo ama:
 Proteje al peregrino,
 Al pupilo recoge: á la viuda
 Dispensa su divino
 Patrocinio y ayuda,
 Y el plan del pecador trastorna y muda.
 Este tu Dios eterno
 Es, Sion, cuyo reino permanente
 Con pródigo gobierno,
 Con ley omnipotente
 Tu gloria estenderá de gente en gente.

Alabanza.

Al Señor nuevo canto conviene
 Cantar, que resuene
 Hoy con tonos y música nueva;
 De sus santos la Iglesia lo alabe;
 Ningun otro sabe,
 Fuera de ella ninguno se atreva.
 Con su dueño y autor soberano
 Alégrese ufano
 Israel, y haga mil regocijos
 A su Rey y Señor poderoso
 Sion venturoso:
 Con placer lo festejen sus hijos.
 Den aplauso á su nombre: sonoro
 Repítalo el coro.
 Al salterio y al tímpano unida
 En acorde y armónica clave
 La flauta suave
 Acompañe la voz repetida.
 Pues también el Señor se complace
 Y grato se hace
 Con su pueblo, y en él se recrea;
 Y por manso y humilde lo estima
 Y en alto sublima,
 Y le dá la salud que desea.

Rebosando gloriosa alegría
 Los santos un día
 Vivirán en eterna bonanza.
 Descansados en paz y serenos
 De males ajenos;
 Y placer será todo y holganza.
 La grandeza cantar ya los veo
 Con dulce gorgceo,
 De su Dios en garganta canora,
 Y en sus manos aceros templados
 De filos doblados,
 Esperando que llegue su hora.
 Para hacer, en llegando, la fiera
 Venganza postrera
 En naciones rebeldes y duras:
 Para dar el condigno castigo
 Al odio enemigo.
 De los pueblos, y echar en oscuras,
 En estrechas prisiones los reyes
 Que hicieron sus leyes;
 Y á su loca y altiva nobleza,
 Dos á dos en horribles esposas,
 Las manos briosas,
 Con el hierro abatir su fiera.
 Aquel día será ejecutada
 La ya decretada
 Rigorosa sentencia, por ellos;
 Que tal gloria dá Dios á sus santos,
 Victoria de tantos
 Enemigos, y triunfos tan bellos.

Aplausos inmortales
 Dad al Señor, que reina en alto asiento
 De luces eternas.
 Sus loores resuene el firmamento,
 Donde su fortaleza
 Muestra, y su irresistible poderio.
 Alabad la firmeza
 De sus obras, y el alto señorío.

La inmensa muchedumbre
 Cautad de su grandeza sin medida,
 De la celeste cumbre
 Al abismo sin término estendido,
 La trompa ronca y grave
 Retumba ya; respóndale sonora
 La cítara suave
 Con el dulce silencio, y cada hora
 Su alabanza resuena.
 ¡Al trópico la flauti travesera
 Y el órgano conviene
 Y el laud añadir: de esta manera
 Sus dotes soberanas
 Ensalzad. En suave sinfonía
 Acordes las campanas,
 Las campanas con música, alegría
 Lo aplaudan, y festiva
 Gloria le dé cuanto respire y viva."

Dando a los hebreos la fuerza y la seguridad, preparó David el esplendor del reinado que debía seguirle. Había ya por sí mismo acumulado grandes riquezas con el designio de edificar en Jerusalem un templo digno de su piedad, y, en cuanto fuese posible, digno del Eterno. Apenas es concebible para nosotros el cúmulo de oro, y de plata, y de hierro, y de bronce, y de maderas preciosas, y de mármoles raros que poseía aquel monarca. Las combinaciones sociales de los antiguos pueblos, sobre todo en Oriente, llevaban todos los tesoros, así como todos los poderes, en manos de los jefes del Estado; la historia ha ponderado su opulencia inaudita; la celebridad de su finado ha pasado en todas las lenguas bajo la forma de proverbio. Además, las leyes de la antigua guerra despojaban al vencido de todos sus derechos y de todos sus bienes: su libertad, su vida misma quedaban al arbitrio del vencedor. David, pues, encontró un prodigioso botín en las regiones por donde pasó sus armas gloriosas, en la Idumea, en la Fenicia, en la Siria, en el país de los Amonitas y de los Moabitas. Y aun cuando sufriese alguna reducción la enorme cifra de las riquezas atribuidas á David, suponiendo posible algún error en la apreciación comparativa de nuestras monedas con las hebreas, queda todavía muy cierto que el monumento famoso cuya construcción absorbió todos estos tesoros, no tenía igual en su magnificencia. Pero David no tuvo la gloria de levantarle por sí mismo, y debió legar esto pa-

cífico cuidado á un príncipe menos guerrero. "Hijo mío, dijo á Salomon, yo pensaba levantar un templo en honor de Jehová, mi Dios; pero esto me ha hecho dirigir estas palabras: tú has derramado mucha sangre y dado muchos combates: á causa, pues, de toda esta sangre derramada delante de mí, no erigirás un templo." Pues que Dios ha cuidado siempre mucho de hacer respetar la existencia del hombre, porque esta existencia es grande. Solo al Eterno pertenece el medir nuestros días; pero como es indispensable en último resultado que la fuerza venga en apoyo del derecho, quiso á lo menos prevenir, en cuanto posible fuese, los arranques de la venganza y los excesos de la represión. Por esto ha rodeado la vida humana de una especie de aureola de protección, por manera que guarda un carácter angusto aun bajo la cuchilla de la justicia, y que la muerte dada á un hombre, por legítima que sea su causa, tiene casi cierta apariencia de profanación. Y si una santa omnia se levanta de los campos de batalla y refleja en rayos de gloria sobre el pecho de los valientes, es por la razón de que éstos espusieron generosamente su vida, no porque han quitado la de sus semejantes.

David procuró conservar con la prudencia lo que había conquistado por la espada, haciendo infiltrar el espíritu de las instituciones nacionales en reglamentos aplicados á todos los ramos del servicio público. Después de haber consolidado lo más eficazmente que pudo la administración de justicia, empleó su principal solicitud en aumentar la pompa de las fiestas religiosas. Poeta y músico á un tiempo, había compuesto por sí mismo los himnos que resonaban en las ceremonias solemnes, é inventado alguno de los instrumentos musicales, cuyo melodioso juego acompañaba la voz de los coros.

Tal es el origen de la mayor parte de las poesías reunidas y conocidas en la Iglesia bajo el nombre de Salmos de David. El dolor, la súplica, la alegría, la victoria, las acciones de gracias se exhalan en ellos con acentos íntimos, patéticos, elevados y embelesantes. Reinan allí por su turno la desolada tristura de la elegía, y el entusiasmo de la oda, la grave y penetrante dulzura del himno y del cántico. ¿Qué poeta mejor que David supo arrobir el pensamiento y descender hasta el fondo del corazón, para hacer vibrar sus inmortales fibras? ¿Quién á mayor altura llegó? ¿Quién tocó con más delicado pulso? ¿Qué emociones secretas, qué misterios de sentimiento no se encuentran en todos sus cuenciertos, en todas sus notas, en todas sus voces? Grecia y Roma se conmovieron al ruido de las canciones armoniosas que referían batallas, ó tan solo juegos y placeres: pero el profeta de Sion traspasó los límites de las groseras y caducas realidades, y hace hablar una voz que ha-

na y arrebató el alma á horizontes infinitos. Ora arrojando su mirada sobre los siglos ya agotados, ora volviéndola hacia los siglos futuros, preguntó á aquel libro sin fondo que se llama el corazón del hombre, y al otro libro radiante de gloria que, bajo el nombre de naturaleza, publica tan grandes maravillas. Depositario de los secretos del cielo y de la tierra, los repite con todo el poder de un lenguaje que cautiva la atención de los pueblos. Pontífice universal, puso sobre su arpa el homenaje de todas las criaturas, desde la gota de rocío que bendice á Dios sin saberlo, hasta los angeles que vuelan bajo los pies del Eterno, como las ruedas de un rápido carro. El nos ha pintado al sol vestido de gloria, al mar balanceándose bajo el dedo de su Autor, los cielos estendiéndose como un pabellón de azul, las estrellas sembradas á lo lejos como una arena resplandeciente. Bardo de su nación, cantó los trabajos de sus progenitores, el origen de la grandeza de Israel, el Sinai iluminándose con la luz de Jehová, el Jordán huyendo de espanto hacia su cuna atónita, la Judea sonriendo á su cielo, ornada de su verdor y de sus flores, y saltando de júbilo al aspecto de su fecundidad. Poeta de la humanidad entera, ha sabido sondear en los mas ocultos pliegues en los cuales suele retirarse el corazón en sus días de angustia; ha mostrado el profundo manantial de donde manan todas las lágrimas y todas las esperanzas: sus hondos gemidos despiertan en las almas penetradas del sentimiento de la eternidad aquella grave tristeza que se observa en el semblante de los proscritos, cuando, desde el seno de la tierra extraña, arrojan por encima de la frontera que les está prohibido traspasar una mirada indefinible hacia los lejanos horizontes en donde se oculta el suelo natal. Hay tanto sentimiento y amor en los acentos del cantor desterrado, cuando habla de la Jerusalem de las alturas, y es tan dulce al salir de sus labios el nombre de la celeste patria, que el hombre, á pesar de hallarse distraído en sus fáciles devaneos, se detiene, y presta atento oído para escuchar y gustar la melodía de este cántico maravilloso.

Los postreros días de David se acercaban ya. Recojó entonces en su pensamiento las vicisitudes de su larga vida, y los beneficios que el cielo había en ella derramado, y después, transportado por los afectos del mas vivo reconocimiento, pronunció aquel himno que puede considerarse como el testamento de su piedad.

Ved ahí los últimos acentos proféticos de David, hijo de Isai, el varón escogido por Jehová, á quien fué dada palabra de unido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel.

“El espíritu del Señor habló por mí: su palabra ha estado sobre mis labios.

El Dios de Israel es quien me ha hablado: el fuerte de Israel es quien me habla: el dominador de los hombres: el justo dominador de los que temen á Dios.

El que teme á Dios será como la luz de la aurora cuando al nacer el día aparece el sol en un cielo sin nubes, y como yerba que brota de la tierra humedecida por la lluvia.

No era digna por cierto mi casa á los ojos de Dios de que el Señor hiciese conmigo una alianza eterna, firme é inmutable. Porque él me ha salvado de todas mis peligros, ha cumplido todos mis deseos, y todo ha florecido para mí.

Pero el inicuo transgresor de la ley será arrancado como las espigas que nadie toca con las manos, sino que se arma de hierro ó se toma una asta de lanza, y se mete fuego en ellas para reducir á cenizas sus últimos restos.”

En seguida David dió á conocer su última voluntad á Salomon. Después de haberle exhortado á seguir fielmente la ley de Dios tal como la había dejado escrita Moisés, le recomendó que hiciese dar la muerte á Joab y á Seméi. Joab había hecho perecer á Absalon en desprecio de las recomendaciones y mandatos de un padre, y muerto con sus propias manos fuera del combate, y de un modo pérfido dos eunucos, en los cuales temia su ambición tener otros tantos rivales. Seméi había vomitado insolentes injurias contra David el día en que huía perseguido por su hijo rebelde. El viejo rey se resolvió sin duda á prescribir estos castigos tardíos pero no inmerecidos, por aquella consideración que suele llamarse razon de estado, y para asegurar á su sucesor, joven é inexperto todavía, un reino pacífico y sin intrigas. Sea de esto lo que fuere, murió poco tiempo después, á la edad de sesenta años, después de haber reinado cuarenta años sobre Israel, esto es, siete en Hebron y treinta y tres en Jerusalem. Ciertamente pueden citarse guerreros mas ilustres que David, príncipes mas versados en la ciencia del gobierno, filósofos que han tratado mas metódicamente las cuestiones de moral, poetas, en fin, de un gusto mas depurado: pero no hay un solo monarca que se halla mostrado tan grande bajo todos estos aspectos reunidos, y cuyo juicio, imaginación, corazón y brazo, á la vez hayan desplegado tanto poder. Sobre todo, ningún hombre ha borrado sus faltas por un arrepentimiento mas elocvente y mas fecundo. ¿Quién podrá contar todos los corazones que, desviados un momento como él, fueron después ganados por la penitencia? ¿Cómo resuenan sus acentos en el alma, escuchando á la vez el temor, el dolor, la esperanza y el amor? El raudal de sus lágrimas, engrosado por las que él ha arrancado suavemente de los ojos de

los pecadores, se ha convertido ya en un caudaloso río, que corre sin cesar por el valle en donde pasa nuestra vida terrenal, para desarraigat de él el crimen y la desesperación, hacer germinar el arrepentimiento y reverdecer la inocencia.

Apenas Salomon estuvo sentado en el trono, cuando vino á turbarle la ambición de su hermano Adonias. La última revuelta había sido reprimida con prontitud, pero sin perder sus hombres. Además, Adonias era hijo mayor, y ya antes una parte de la nación se había declarado en favor suyo. Creían que Joab le incitó secretamente á una nueva tentativa, y por de pronto á pedir por esposa á Abisag de Sunam, una de las viudas de David. Entre los hebreos y en las países del antiguo Oriente, el rey difunto lo dejaba todo á su sucesor; y sus mugeres, en particular, no podían ya ser dadas á otro que á un rey. Así, pues, la demanda de Adonias era una especie de pretensión al trono, y una violación de la fe que había jurado al joven monarca al recibir su perdón. Recurrió Adonias á la intervención de Bethsabé para obtener la mano de Abisag; pero Salomon, sorprendido del proyecto de su hermano, y midiendo desde luego las consecuencias probables de acceder á aquella demanda, respondió á Bethsabé: "¿ Vos pedís á Abisag de Sunam para Adonias? Pedid también para él la corona, pues él es mayor que yo, y tiene ya en su partido al gran sacerdote Abiathar y á Joab, hijo de Sarvia. Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia, añadió, si no es una verdad que Adonias acaba de pronunciar su sentencia! Porque juro por el Señor, que me ha establecido y colocado sobre el sállo de mi padre David, y que ha fundado mi casa, como lo tenía prometido, que ha de morir Adonias." Y le hizo matar en aquel mismo día por un capitán de sus guardias. El proceder de su hermano le pareció que ocultaba miras de ambición, y se creyó puesto en una de aquellas circunstancias en que el hombre de estado tiene mas necesidad de obrar que de deliberar. Con todo, es difícil el no acusar de precipitada y cruel una sentencia dada sin forma de proceso, y con tan pronto rigor ejecutada: por lo menos nuestras ideas modernas lo repugnan irresistiblemente. No porque nuestra historia nacional y la historia contemporánea no presente hechos análogos, sino que es inseparable de ellos un horror general y significativo, como represalias de la conciencia pública. En todo caso, la frecuencia de semejantes actos no bastaria en modo alguno á legitimarlos, y hay un derecho para vituperarlos, bajo cualquier título que se los pretenda escusar.

Salomon, despues de haber así cortado la cabeza de la rebelion, descargó su severidad sobre los dos sujetos que mas habían favorecido los proyectos de Adonias, y cuya turbulencia podía suscitarle nuevos obs-

taculos. En cuanto al sumo sacerdote Abiathar, le apocó de su dignidad, quitándole para siempre las funciones de su ministerio, con lo cual se cumplió la palabra pronunciada por el Señor en Silo contra la casa de Heli. "Retirate á la posesion que tienes en Anathoth, le dijo el rey. Tú á la verdad mereces la muerte: pero yo no te quito hoy la vida, por cuanto llevaste el Arca del Señor Dios delante de mi padre David, y le acompañaste en todos sus trabajos." Se contentó, pues, con desterrarle. Llegó esto á oídos de Joab, partidario que había sido de Adonias, y se refugió al tabernáculo, asiendo con la puerta del altar. Pero no le valió este asilo. Salomon envió á Banaías, hijo de Joyada, para que le diese la muerte; y resistiéndose Joab á salir del tabernáculo, el rey le hizo pagar allí mismo con la vida la sangre inocente que había derramado, cuando atravesó con su propia espada á dos varones justos mejores que él, Abner, hijo de Ner, general del ejército de Israel, y Amasa, hijo de Jethier, general del ejército de Judá. Estos rigores, que anunciaban en el nuevo poder una firme voluntad de defenderse, calmaron los restos de ambiciosos proyectos que podían haber quedado, y dieron al país el beneficio de un reposo que de largo tiempo no había disfrutado.

Por lo demas, desde el momento en que Salomon pudo rejir por su propia mano las riendas del Estado, desplegó una sabiduría tal, que su trono se vió desde luego rodeado y sostenido por la admiracion y el respeto universal. Tan pacífico por la naturaleza de su carácter y de las circunstancias, como había sido belicoso su padre, igualó á David, sin hacerle olvidar; se aprovechó de las victorias conseguidas antes de él para desplegar su reinado con todo el esplendor de la magnificencia. Estrechó lazos de amistad con los reyes vecinos, y empleó la actividad de su pueblo en el comercio y en la industria. Conoció que la Judea, por pocos esfuerzos que hiciera, no en vano reclamaría para sí las ventajas de Tiro y de Sidón, reinas soberbias de los mares; pues se extendía sobre un espacio de cuarenta léguas á lo largo del litoral del Mediterraneo: sus buques podían visitar el Egipto, aquella nodriza fecunda del antiguo mundo, las costas del Asia menor, y las islas del Archipiélago griego. Por la parte de la tierra, encontraba á sus puertas la Fenicia, las ciudades santadas en el curso del Eufrates, la Arabia fértil en productos estimados, y el Mar Rojo, que abría el camino de las Indias. Salomon se alió por medio de tratados con diferentes países: por el Norte, edificó á Palmira, ó Tadmor, que era como un depósito ó escala desde Jerusalem á Babilonia, y al Mediodía la factoría de Esiongaber le abría y proporcionaba las riquezas del Asia oriental. Su enlace con la hija del rey de Egipto, sus alianzas políticas y mercantiles con el rey de Tiro, al paso

que daban á su nombre brillo y celebridad, aseguraban á sus empresas un poderoso concurso, y un éxito tan completo como inevitable.

Fiel al querer de Dios, y movido por sus propios sentimientos de piedad, erigió Salomon el célebre templo de Jerusalem. Tenía entonces una alma recta, un corazón puro y una maravillosa inocencia de costumbres. Al principio de su reinado, Dios se le apareció una noche entre sueños, como una visión profética. "Pide lo que quieras que te conceda, dijo la voz. — Yo soy como un niño que no sabe el modo de conducirse, en medio del numeroso pueblo que tú escogiste. Da, pues, á tu siervo un corazón dócil para que sepa hacer justicia, y discreción y sabiduría para discernir lo bueno de lo malo; porque si no, ¿quién será capaz de gobernar á esta muchedumbre que es tu pueblo?" Agradó al Señor esta oración, por haberle pedido semejante gracia, y respondió la voz: "Por cuanto no has pedido para ti larga vida, ni riquezas, ni la gloria, ni la muerte de tus enemigos, sino únicamente sabiduría para discernir lo justo, yo he otorgado tu súplica y te he dado un corazón sabio y de tanta inteligencia, que no le ha habido antes de ti, ni le habrá despues. Y hasta te daré lo que no has pedido, riquezas y gloria; por manera que no habrá habido en los tiempos pasados, rey alguno que te iguale. Y si siguieres mis caminos y observares mis preceptos y mis leyes, conforme lo hizo tu padre, te concederé larga vida." En efecto, por largo tiempo obedeció Salomon á nobles y generosos instintos. Había empleado en la construcción del templo siete años de trabajos continuos, mas de ciento cincuenta mil operarios de toda clase, y sumas incalculables. En la solemne dedicación de esta obra maestra de la opulencia y del arte, hizo brillar las señales de la mas verdadera y sublime religiosidad: pronunció una tierna y enérgica oración, con la que pintó con los mas bellos y profundos rasgos la majestad de Dios, la nada del hombre y el gobierno de la Providencia. Era tan sabio en las cosas humanas, como en las divinas: su genio ardiente y positivo iba sin rodeos á las mas vitales cuestiones, las discutía con admirable precisión, y daba solución con toda exactitud, despues de un examen inteligente y con toda la fuerza y perspicacia del pensamiento. Aun cuando sus libros no fuesen fruto de la inspiración de lo alto, y no llevasen ante todo el sello de la Divinidad, revelarían un hombre maravillosamente superior á los grandes hombres del paganismo; porque ¿cuál de estos sabios puede compararsele por la elevación y pureza de doctrinas? Y aun en el cristianismo, ¿qué escrito de filosofía moral presenta con tanta concisión y en tan cortas páginas un conjunto mas admirable de ideas saludables y fecundas, que no se halle en los escritos de Salomon?

Tal fué el hijo de Betusabé en los dias de su verdadera gloria. El brillo de una juventud embelesante, el atractivo seductor del poder, el ascendiente del genio, todo revelaba los encantos de su persona, añadiendo nuevo precio al mérito de su virtud. Su nombre, lleno de prestigio, atraña á todo el Oriente, como un astro colocado en el centro de algun mundo, dá la ley á todo un pueblo de estrellas. Aun cuando, hácia el fin de su vida, se dejó vencer por aquellos mismos hechizos del placer, cuya imposura y vanidad habian tan bien en otro tiempo publicado sus labios, destilando puros raudales de sabiduría, el poderoso monarca llevó consigo en su caída cierto carácter ó resto de grandeza, como una ruina magnífica que hace llorar, pero no detestar su memoria; pues faltas hay que se parecen á infortunios, y despiertan en el alma aquella especie de piedad que solo pertenece á la desgracia.

Sunt lacrimae verum et mentem mortalia tangunt.

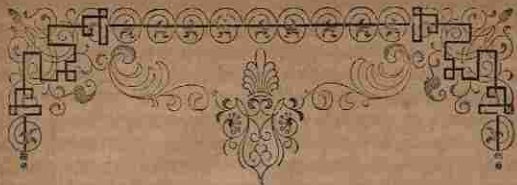




A. Sadet. del.

Maria, hermana de Moisés.

L. de B. sculp.



MARIA, HERMANA DE MOISÉS.

*Tympana septa tunc palmas et cymbala circum.
Concava....*

(Lucret. lib. 2.)

A mediados del decimo sexto siglo que precedió la era cristiana, cerca de cuatrocientos años despues de la llegada de Jacob á Egipto, Jocabed, muger de un hebreo llamado Amram, de la tribu de Levi, dió á luz una hija, que se llamó Maria. Ramessés IV empuñaba entonces el coto de los Faraones, y le hacia pesar como de hierro sobre la cabeza de los sucesores de Israel. El que le sucedió en el trono adoptó una política mas dura todavía : abusando de la fuerza, tuvo á los hebreos por esclavos suyos, é hizo precipitar en el Nilo todos los hijos varones que les nacieran, á fin de impedir el aumento de esta colonia, que daba ya alguna inquietud á sus opresores. Así que, el país de Gessen, donde habia ella fijado su domicilio, á motivo de tan bárbaras medidas, cubrióse de un luto sombrío y de un amargo desconsuelo.

La niña María tuvo dos hermanos: Aarón y Moisés. Este último nació en la época misma en que su raza tenía fulminadas sobre sí las ordes más inexorables: logróse ocultar por algún tiempo su nacimiento; mas en fin, por temor de no ver estendido sobre su tierna frente el brazo de los verdugos, su madre tomó la resolución de confiarlo á las olas del Nilo, esponiéndole en una cestilla de juncos, cubierta de betún. María, muy jóven aún, quedó con el encargo de vigilar el precioso depósito, y nada pudo tanto para desarmar la crueldad del edicto, como la inocencia y la debilidad en la víctima, y en la que se le daba por defensa. Por último, la hija del rey fué la primera que descubrió la cesta cerca las riberas del río, á donde, seguida de sus camaristas, iba á tomar un baño. Movida á compasión en vista de aquel desgraciado infante, le salvó de la muerte, y á invitacion de la tierna María, tuvo á bien confiarle á Jocabed, sin saber que Jocabed fuese la madre. Así es como María se halló puesta como un ángel tutelar sobre la frágil cuna en donde reposaba, con la vista de Moisés, el destino de todo un pueblo. ¡Fortuna singular de los grandes hombres que Dios une solamente con un hilo á sus más estudiados designios, como para poner en descubierto la vanidad del orgullo, y prevenir el desaliento del libre alvedrío, mostrando á los ojos de todos de dónde procede la verdadera fuerza, y qué apoyo queda aun á los que todo persigue y abandona.

Moisés fué educado en la corte, y colmado primero de honores y de estimación; después se hizo odioso y se vió obligado á huir de Egipto. Cuando volvió á él, fué con el objeto de libertar á sus hermanos. Después de largos esfuerzos para inspirarles confianza, después de golpes terribles, en los que Dios le sostuvo con su brazo, para intimidar y vencer la pertinencia de los tiranos, le fué por fin permitido el salir del reino al frente del pueblo hebreo, que no contaba menos de seiscientos mil hombres armados. Debía alcanzar la región que recibió algo después el nombre de Palestina; mas en lugar de dirigirse á ella inmediatamente, tomó una ruta de rodeo, y antes de abandonar el continente africano, se internó en las gargantas y desfiladeros, entre el Mar Rojo y las montañas que le dominan por la parte de Occidente.

El Mar Rojo es un golfo del océano indio, que se estiene desde el Mediodía al Norte sobre un trecho de más de cuatrocientas leguas, y que se para el Asia del Africa. Este nombre le viene de las canteras de mármol rojo abiertas sobre una de sus orillas. En su lecho crecen las altas yerbas, plantas y arbustos, lo cual ha hecho que se llamase también mar de Suph, ó mar de los juncos. A su extremo se divide en dos golfos, en medio de los cuales se adelantan como un cabo vastos arenales y monta-

ñas perturbaciones á la Arabia Petrea. Después de treinta siglos, estos lugares habrán sin duda sufrido algún cambio, pero subsiste todavía allí lo que se halla fuera del alcance de toda revolución, y que por lo presente deja jergar de lo pasado. El golfo occidental que tenía Moisés delante de sí, presenta en el día una longitud de cerca de cinco mil pasos. Las marcas son allí ordinariamente de dos metros, y se levantan hasta tres ó cuatro metros, cuando el viento del Sud las arroja con violencia. Por lo demás, están sujetas á este movimiento de flojo y resujo que balancea las aguas del Océano, pero que no deja por largo tiempo seca la playa, y que, sobre todo, no suspenda jamás las ondas á derecha ó izquierda para abrir camino á un pueblo innumerable.

Hubo allí un momento solemn y terrible para los hebreos luego de llegados junto al Mar Rojo. Al Este un golfo inabarcable; al Oeste una cordillera de montañas, que no podía de otra parte abajarse bajo la planta de los peregrinos, sin ponerlos en manos del Egipto enemigo; al Mediodía un valle que se iba hundiendo hacia regiones desconocidas; tal era el horizonte, cuando de repente se apareció en el Norte un ejército numeroso que corría con sus carros y sus caballeros. Era Faraon al frente de sus tropas. Sabido es ya el asombroso prodigio que allí se verificó: á la órden de Moisés, abrióse el mar, alzando de una parte y de otra sus aguas sólidas como una muralla, y dejando á los hebreos un largo sendero, por donde pasaron durante la noche. A otra nueva órden el mar descendió como una casa que se desploma, repulmando en sus ondas las tropas egipcias, á quienes el ardor de la venganza impelia á seguir las huellas de sus antiguos esclavos. Arrojaron un grito de espanto á la vista y al fragor de las ondas que se desplomaban sobre sus cabezas. "Huyamos de Israel, porque su Dios combate contra nosotros!" Pero las hondas marchaban debajo la mano de Jehová, como un caballo cuya fogsidad es impulsada por un arrojado jinete; llenaron el abismo de una á otra orilla, y no se oyó un grito más.

Los viejos monumentos del Egipto atestiguan en efecto que en esta misma época un Faraon, con el nombre de Amenofis III, desapareció de repente, y fué reemplazado por un rey celebre, Sesóstris el Grande. En cuanto á los hebreos, sus libros sagrados están llenos del recuerdo de tan alto acontecimiento; ellos hablan incesantemente de la mar, replegándose con espanto sobre sí misma, del brazo de Dios, trazando un camino sólido al través de las aguas, y ahogando un ejército, como se estingue una mecha humeante. A la misma hora, y sobre el teatro de una victoria tan inopinadamente conseguida, un himno magnífico celebró la liber-

dad de Israel. María, hermana de Moisés, condució el coro de las mujeres, y todas juntas repetían el estribillo de este canto sublime.

Cantemos este día
De Jehová el poder y la grandeza,
Que arrojó al mar caballo y caballero.
Mi laureo y gloria mía
Es Jehová, y es también mi fortaleza
Y mi salud en el peligro fiero:
Este es mi Dios y el Dios de mis mayores;
Resuenen en mi canto sus loores.
El solo en la pelea

Es Jehová; su nombre omnipotente
De Faraon el carro, el numeroso
Ejército que manda, los que emplea
Cefes y capitanes, con la gente
Mas escogida, arroja en el undoso
Pielago: allí les deja abandonados,
Todos en el Mar Rojo sepultados.

Cubrióles el abismo:
Cual enorme peñon, del peso grave
Tirados caen al profundo seno
En mortal paraisismo.
Tu diestra, Jehová, de la alta clave
Quiso su fuerza y su poder de lleno
Mostrar; tu diestra, Jehová, condensa
Al enemigo á irremisible pena.

Con gloria has abatido
Inmortal esta vez á tus contrarios:
Prenidó en ellos el fuego de tu saño,
Y los has consumido.
Espumas forma y remolinos varios,
Agitando sus aguas, el Mar Rojo;
Mas detenidas por tu soplo ardiente,
Tu medio el mar suspenden su corriente.

Crea el enemigo
Darnos alcance, hacernos prisioneros;
De despojos hartarse presuntiva.
Decia ya consigo:
Al filo morirán de mis aceros. —

Sopla tu viento al despuntar el día,
Trágaselos el mar, y cual pesado
Plomo, los hunde el pielago salado.
¿Quién á ti semejante
Será, Jehová, en poder y fortaleza?
¿Quién á ti, que tan grande y santo brillas,
Se te pondrá delante?

Terrible, y en tu misma terribleza
Loable, y haceder de maravillas.
Tú extendista tu brazo poderoso,
Y lo devoró el lecho cavernoso.

Tú guiarás ahora
En tu misericordia al pueblo amado,
Que con tanto portento has redimido.
Tu siempre vencedora

Fuerza lo llevará al lugar sagrado,
Donde tu mansion has establecido;
Y vengan pueblos mil contra el Hebreo,
Y arda en envidia el duro Filisteo.

Al Cananeo áltivo,
Al Idumeo, al fiero Moabita
Empieza ya á turbar nuestra llegada,
Que ven con ceño esquivo.
Pues en su pavor sientan la infinita
Fuerza de tu poder, tan señalada,
Que inmuebles como piedra estén mirando
A tu pueblo pasar, siempre temblando.

A tu pueblo, adquirido
Por ti, que sin temer su resistencia,
Pasa; y en la mansion que le has mandado,
Vá á ser introducido,
Y plantado en el monte de tu herencia:
Firmísima mansion que has fabricado
Por tus manos, Señor, como quisiste,
Y allí tu santuario estableciste.

Reinará eternamente
Jehová, y mas que eterno su reinado
Será, y mas que los siglos la memoria
Durará permanente
De Faraon, y el carro en que scntado

Marcha con tanta majestad y gloria,
Y la insolencia y temerario arrojo
Con que se atreve á entrar en el Mar Rojo.
Do mil carros seguido
Viene, y da su veloz caballería,
Cuando Jehová, soltando las corrientes
Que había detenido,
Sepulta en el abismo su orada:
Mientras los hijos de Israel valientes
Del mar entre las ondas se pasean
Sin temor, y á pié enjuto lo vadean.

Y María y las mugeres israelitas, repetían con panderos y danzas.

Cantemos este día
De Jehová el poder y la grandeza
Y arrojó al mar caballo y caballero.

¡Qué brillante y magnífico espectáculo; un pueblo inmenso iluminado por los primeros rayos del sol, dando gracias postrado delante de Dios, con himnos y cánticos, de haberle salvado de sus opresores, que con sus carros, y armas, y caballo, y monarca, yacían sepultados allí mismo debajo de las ondas dóciles á la voz del Señor! ¿Puede acaso presentarse la historia de los pueblos hecho tan singular y por tantos títulos asombroso?

En la marcha, al través de las soledades de la Arabia, y entre los afanes que le imponía la creencia de todo un pueblo, Moisés, agobiado de fatigas, y á menudo de ingratas recriminaciones, se había descargado de una parte de su inmensa responsabilidad. Por consejo de su suegro, anciano lleno de experiencia, y por orden después del mismo Dios, escogió entre los ancianos de Israel una especie de senado que pudo compartir con él el peso del gobierno. No obstante, no pudo lograr ponerse al abrigo de estas críticas envidiosas que suscita en todos tiempos el ejercicio del poder; hasta llegó á murmurar su propia familia. María, desde un principio, supo ganar el ánimo de Aarón, y uno y otro creyeron deber quejarse de Séfóra, muger del legislador, la cual se mostraba quizás demasiado severa y exigente á causa del grandioso ministerio de que se hallaba revestido Moisés. Su calidad de extranjera hacia también mas susceptible de irritarse la recelosa envidia de sus parientes hebreos. ¿Y quien ignora, por fin, que una sensibilidad naturalmente propensa á conmoverse, ardiente para reaccionar, era mas que suficiente para turbar desde

luego dos mugeres, sentadas en un mismo hogar, presentánloles como un objeto insoportable sus opuestos caracteres, y aquellas discusiones domésticas que se embotan de ordinario en la fuerte organización del hombre?

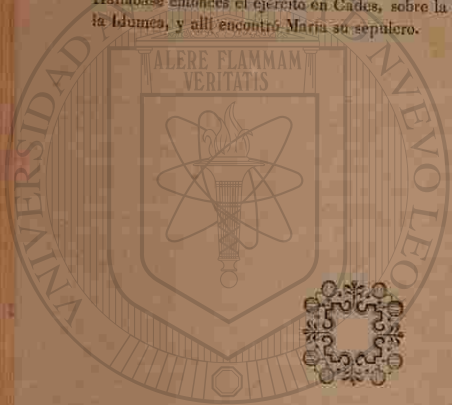
Sea de esto lo que fuere, María y su hermano Aarón elevaron sus quejas á mayor altura que Séfóra. “¿Es tal vez Moisés, dijeron, el único á quien ha hablado Dios? ¿Este Dios no se nos ha dado también á entender á nosotros?” Y de otra parte, no había hombre mas manso y bondadoso que el tan injustamente acusado, ni que fuese mas digno de ser obedecido sin réplica ni murmuración. Pero Jehová se declaró solemnemente en su favor. Su formidable palabra resonó en los oídos de los dos culpables. “Si hay entre vosotros algun profeta, yo me le apareceré en visión, ó le hablaré en sueño. Mas no así con mi siervo Moisés, que descuello en fidelidad á todo mi pueblo. Pues á este le hablo boca á boca, me vé cara á cara y no con enigmas y figuras. ¿Cómo, pues, no habeis temido levantaros contra él?”

Al punto vióse María atacada de la lepra, enfermedad frecuente en aquellos siglos y países, y de un carácter horrible y peligroso. Espantado Aarón, corrió á decir á Moisés: “Suplícote perdones esta falta en la que tan locamente hemos caído....” Moisés, en efecto, consiguió de Dios por sus súplicas la curación de su imprudente hermana, mas no por esto dejó ella de estar separada del campamento por espacio de siete dias, tiempo prefijado por la ley, tanto para certificarse de la existencia de la lepra, cuando los síntomas eran dudosos, como para asegurarse de que había desaparecido después de las apariencias de una curación. La naturaleza de aquella calamitosa dolencia exijía esta separación; pues comunicaba su germen voraz á todos los objetos tocados por el leproso, de manera que nadie podia acercarse á ellos sin quedar lesido. En aquellas edades remotas, las dolencias contagiosas y pestilentes, ya retenidas en el suelo que las producía, ya diseminadas ó llevadas á grandes distancias, devastaban á veces la mitad de una nación con una rapidez desasparada. Ya porque entonces la población constreñida en demasia, se veía forzada á abandonar vastas estensiones de tierra á su estado salvaje é insalubre; ya porque el hombre, fáltó de experiencia, no sabía combatir tan energicamente como ahora las influencias deletéreas del clima y de las estaciones. Tales eran la malignidad de la lepra y el motivo de las privaciones impuestas á los atacados de ella.

María pertenecía por la edad á aquella generacion nutrida en la servidumbre, y que se espantaba del trabajo de la libertad, y condenada á causa de sus murmuraciones contra Dios, á perecer fuera de la tierra pro-

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

metida. El anatema alcanzó á todos y á cada uno de los que contaban la edad de veinte años, cuando los exploradores enviados por Moisés al país de Canaan hicieron la cobarde relación de lo que habían visto, provocando de este modo las quejas sediciosas de la multitud. María pagó su tributo á la muerte pocos meses antes de sus dos hermanos. El largo y penoso destierro de los hebreos iba á tocar á su término, y ya la imagen de la patria y del reposo aparecía en algun modo en su horizonte. Hallábase entonces el ejército en Cadés, sobre la frontera meridional de la Idumea, y allí encontró María su sepulcro.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. Pissani del. 1847.

La Sunamita.

Edif. en 1847.



LA SUNAMITA.

Mujer benéfica.

(Ecles. XLII. 14.)

In operibus bonis testimonium habens
.....hospitio recepit.

(1.ª ad Timoth. V. 10.)

ELIAS y Eliseo acababan de salir de la aldea de Galgala, situada entre el Jordán y Gericó, e iban caminando por aquellos campos. Eliseo, advertido interiormente que había llegado su hora de dejar la tierra, quiso separarse de su discípulo: "Quédate aquí, le dijo, porque el Señor me envía hasta Bethel." A lo que respondió Eliseo: "Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejare." Llegaron, pues, juntos a Bethel, pequeña villa de la tribu de Benjamín, en donde había un colegio de profetas, los cuales fueron á encontrar todos á Eliseo, y le dijeron: "¿No sabes tú que el Señor se te llevará hoy á tu amo?" "Ya lo sé, callad," les respondió. Manifiestó Elias el deseo de volver solo á Joricó, queriendo sustraer de la vista de los otros el prodigio que en él iba á obrarse; pero el fiel discípulo tampoco consintió en esta separación. Llegados á Joricó, le dijo el maestro: "Quédate aquí, porque Dios me envía hasta el Jordán," y Eliseo le hizo la misma respuesta que le había dado la primera vez: "Te juro por el Señor y por tu vida que no me apartaré de ti."

Continuaron, pues, su ruta, seguidos á lo lejos de los hijos de los profetas, en número de cincuenta.

Al llegar Elías á las orillas del Jordán, tomó su capa y la plegó para golpear con ella las olas, que se abrieron al instante, como á la voz de otro Moisés, y le dejaron paso libre. Cuando los dos viajeros hubieron pasado el Jordán, dejando á la otra parte la turba de los profetas que de lejos les estaban observando, Elías se dirigió á su compañero, y le dijo: "Pide lo que quieras que yo haga por tí, antes que sea de tí separado." "Pido, dijo Elías, que sea duplicado en mí tu espíritu." "Difícil es lo que pides, contestó el profeta; no obstante, si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de tu lado, obtendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no lo tendrás." Pedia nada menos Eliseo, que como primer discípulo de Elías, recibiese porción doble de los dones de profecía y de milagros que aquel había obtenido. Prosiguieron, pues, su camino y su conversación, y aconteció el prodigio de que hemos hablado ya, cuando un carro de fuego con sus caballos de fuego, vino á arrebatár á Elías como un luminoso torbellino. Después de haber exclamado Eliseo: "¡Padre, padre mío! vos sois el carro de Israel y su guía," y cuando todo hubo desaparecido por los aires, Eliseo rasgó sus vestidos en señal de luto, y se abandonó á toda la amargura de sus dolorosos recuerdos. Recojó después el manto ó capa que se le había caído á Elías en el momento de su arrebató hácia los cielos, y volviéndose se paró en las riberas del Jordán. Y con el manto de su maestro hirió las aguas del río, que por esta vez no se dividieron. Y exclamó con una fe lastimera: "¿Dónde está ahora el Dios de Elías?" Hirió nuevamente las aguas, y se dividieron á un lado y á otro, y pasó Eliseo. La turba de los profetas que habían venido de Jericó y aguardaban todavía desde la orilla opuesta en aquel mismo lugar en que debieron renunciar el seguir mas á sus dos ilustres jefes; al ver que la mano del discípulo volvía á empezar las maravillas obradas por el maestro, exclamaron: "El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo;" y saliendo al encuentro, le hicieron, postrados en tierra, una profunda reverencia, dándole todas las señales del mayor respeto, como á su nuevo guía y director.

Muy presto diversos prodigios vinieron á acreditar la misión de Eliseo: su nombre se engrandeció rápidamente en los dos reinos de Israel y de Judá, y se le honró como al heredero del espíritu de Elías y al intérprete de la voluntad del cielo. Los vecinos de Jericó le hicieron presente, que siendo tan bella la situación de su ciudad, las aguas eran malas é insalubres, y la tierra estéril. "Tráedme, dijo el profeta, una vasija nueva, y echad sal en ella." Y habiendosela traído, se fué al manantial de

las aguas, echó en el la sal, y dijo con voz solemne: "Esto dice el Señor. Yo he hecho saludables estas aguas, y nunca mas serán causa de muerte ni de esterilidad." Y desde entonces quedaron saludables las aguas como son en el día, conforme á la palabra pronunciada por Eliseo. Una turba de muchachos insultaron por el camino de Bethel la calvicie de su cabeza respetable. Volviéndose Eliseo hácia ellos, acompañó su severa mirada con la maldición en nombre del Señor; y al instante dos osos, anidos de la selva vecina, corrieron hácia ellos para devorarlos. Los reyes le pedían consejo; los pobres no lo imploraban en vano. En los desiertos de Idumea, cuando los dos reyes de Israel y de Judá, después de la muerte de Acab, marchaban á castigar al príncipe de Moab que había roto su alianza con Israel, hallándose sin agua para el ejército y bagajes, acudieron á Eliseo, el cual al son del arpa y con la melodía del canto, fué sintiendo sobre sí el espíritu del Señor; y mandando hacer escavaciones en la madre de un torrente, no sólo hizo venir las aguas corriendo por el camino de Edóm, sino que predijo la destrucción de Moab, y el triunfo de los fuertes de Israel.

Vino á clamar un día á Eliseo la viuda de un profeta, diciendo: "¡Mi marido murió, y bien sabes que tu siervo era temeroso de Dios; pero ahora viene su acreedor, para llevarse mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos."—"¿Qué quieres que haga por tí?" contestó Eliseo. Dime, ¿que tienes en tu casa?" Y ella respondió: "No tiene otra cosa esta tu sierva en su casa, que un poco de aceite para unirme." A lo cual dijo Eliseo: "¡Aula y pide prestados á todos tus vecinos vasijas vacías en abundancia: entra después en tu casa, y tú y tus hijos echad de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondréis aparte." Obedeció la mujer con sencillez y puntualidad, el aceite nunca magotable, y no cesó de multiplicarse hasta que no hubo ya mas vasijas que llenar. "Ahora, pues, dijo el profeta á la viuda que vino á darle cuenta de aquel prodigio, vende el aceite, paga á tu acreedor, y de lo restante, sustentas tú y tus hijos."

Guia inspirado de los profetas, Elías visitaba frecuentemente sus colegios esparcidos en diversos puntos del país: había en Jericó, la ciudad de las palmeras, en Galgah, sobre las alturas que dominan el Jordán en la parte superior del Mar Muerto, en Bethel, pueblo de graciosa posición echado como un nido de águila entre las montañas que atraviesan la Palestina desde el Norte al Mediodía. Pero sobre todo, en las grutas suspendidas á los lados del Carmelo es donde los profetas se habían retirado como en otros tantos alcázares, donde inaccesibles á los asaltos de la vida exterior, encontraban aquel aislamiento santo y aquella serenidad de vi-

da que aproximan el hombre al cielo, y hacen gozar de la familiaridad de Dios. Vense aun en el día las cavernas que fueron habitadas por aquellos hombres, antiguos precursores de los solitarios cristianos: sobre la mayor parte de ellos se han edificado conventos: un santon ó monje turco vigila la entrada de los unos, mientras los otros están guardados por el pabellon de alguna potencia católica de Europa. Están arrojados como un lienzo de verdor oscuro en el seno de una vegetacion robusta y severa, bajo un cielo profundo y puro, en haz alguna vez del mar inmenso que por la parte de Occidente viene á estrellar sus olas espumantes á los pies del Carmelo. Estos retiros, verdaderas moradas del alma, refugio de las graves meditaciones, atestiguan el vivo é inmortal sentimiento que despoja al hombre de las groseras realidades y le lleva hácia un bien infinito, cualquiera que sea la atmósfera del siglo en que vive, y sea cual fuere la creencia que le presta sus alas para remontarse. Diríase que el se ahoga en el estrecho círculo de la vida presente y en medio de las obras de sus manos, y que no se siente en su elemento sino en medio de los grandiosos espectáculos de la naturaleza y de los vastos horizontes, símbolos de aquellos espacios ilimitados hácia donde empuja sus poderosos deseos, que vienen á ser la region en que su alma respira: los límites de lo criado, parece que retroceden indefinidamente delante de este gigante inmortal.

Recorriendo la Palestina, encontraba Eliseo, por el camino de Samaria al Carmelo, la poblacion de Sunam, en una deliciosa llanura, no lejos de las alturas de Gelboé. Allí habia muchas veces recibido la hospitalidad de un hombre de consideracion, cuya muger era conocida por sus religiosos sentimientos. Esta muger acogia al profeta con el mayor respeto, y le cuidaba con la mayor solícitud y delicadeza. Dijo, pues un día á su marido: "Observo que el hombre de Dios que pasa con frecuencia por nuestra casa, es un varon de elevada santidad." Y como esta señora tenia ya ciertas habiudes de recogimiento y de silencio, y además vivía de una manera muy sencilla y tenia pocas necesidades, añadió: "Dispongamos, pues, para él un reducido aposento, y pongámos en él una cama, una mesa, una silla y un candelero, para que se recoja allí cuando á nuestra casa viniere." Y realmente habiendo llegado cierto día, se alojó en aquel aposento para descansar. Sumamente complacido con estas atenciones, y mas aún por el espíritu de fe que en ellas se descubría, quiso Eliseo manifestar á sus huéspedes todo su reconocimiento. Dijo, pues, á Giezi su criado: "Habla á la Sunamita en estos términos: Tú nos has hecho señalados servicios y nos has asistido con mucho esmero, ¿qué quieres, pues, que yo haga por tí? ¿tienes algun en-

gocio? ¿ó quieres que hablo en favor tuyo al rey ó á su general?" La Sunamita, desinteresada en su celo, respondió en tono de agradecimiento: "Yo habito en paz en medio de mi pueblo." Giezi trasladó á su amo estas palabras. "¿Qué quieres, pues, que haga por ella?" dijo Eliseo. "No hay que preguntárselo, replicó el servidor, supuesto que no tiene hijos, y que su marido es ya viejo." Ya se tiene noticia de que los hebreos miraban la esterilidad como un castigo del cielo, y un oprobio que gravitaba sobre el hogar doméstico: á sus ojos la imagen de la felicidad era un padre cuya vida se decoraba con el embeloso de numerosos hijos que le sorrísen: la vejez parecia lamentable y maldita cuando no tenia el alborzo y el sostén de una posteridad, como un árbol á quien el rayo habia despojado de su copa y no se apoyaba sino en disezadas raíces.

Dijo, pues, el profeta á Giezi: "Hoz que venga la Sunamita." Y ella se presentó en actitud de respeto, y se detuvo en pie á la puerta del aposento que habitaba el varon de Dios, el cual le dijo: "Dentro de un año en este mismo día, dándote Dios vida, llevarás un hijo en tus entrañas." A lo que respondió ella: "No quieras, señor mío, no quieras te ruego, varon de Dios, engañar á tu sierva con una alegre ilusión." Pero Dios, que adormece ó despierta á su voluntad las fuerzas de la naturaleza, y que saca de los yelos del invierno el rico manto de flores con que se viste la primavera, supo verificar la palabra que habia puesto en la boca de su profeta. En el tiempo predicho, la Sunamita tuvo un hijo, dulce objeto de largos deseos, preciosa recompensa de sus sentimientos de fe y caridad.

Después de algunos años en que el niño iba creciendo, fué á encontrar á su padre que estaba ocupado en el campo de los segadores. Herido seguramente por los ardientes rayos del sol, dijo al llegar á su padre: "¿La cabeza! ¿me duele la cabeza!" Y dijo el padre á un criado: "Tómale y lévale á su madre." El mal hizo rápidos y terribles progresos, sin que pudiese cortar sus alas la mas afectuosa ternura. Hacia el medio día el niño espiró sobre las rodillas de su madre. Tan dura prueba no logró aboir á la fiel hija de Sunam. Subió al aposento del profeta y puso al niño yerto sobre la cama del varon de Dios; cerró la puerta y llamó á su marido á quien dijo: "Despacha conmigo, te ruego, uno de tus criados y una berrica, para ir yo corriendo al varon de Dios y volver luego." Y le dijo el marido: "¿Por qué quieres ir á visitarle? no estamos hoy ni en el primer día del mes, ni en día de sábado." Porque en tales días y en las fiestas establecidas por la ley, se reunía el pueblo al rededor de los profetas, para saber de su boca la voluntad de Jehova. Parece de una parte que la Sunamita asistía habitualmente á estas asun-

líneas ó reuniones religiosas, y de otra que no dió parte á su marido ni de la muerte del niño ni del objeto de su viaje, sino que dijo simplemente: "Voy á partir."

De Samam á la gruta de Eliseo en el Carmelo habia seis ó siete horas de camino. La Samamita, despues de haber hecho aparejar la botrión, dijo á su criado: "Atrea y llévame con celeridad; no me hagas detener en el camino, y has lo que yo te diga." Los viajeros marcharon con rapidez, y al ganar la pendiente de la montaña, Eliseo, que la vió venir desde lejos hacia él, dijo á Giezi su criado: "Mira, aquella es la Samamita: sál á su encuentro y dile: ¿Lo paces bien tú, tu marido y tu hijo?" La Samamita continuó su viaje hasta llegar al monte y á la presencia del varón de Dios: al momento se arrojó á sus piés con muestras del más profundo dolor y desespero. Giezi queria hacerla retirar, pero le dijo su amo: "Déjala porque su alma está llena de amargura: el Señor me lo ha ocultado y no me ha revelado la causa." "¿Oh maestro mío! esclamó la desolada mujer, ¿por ventura te pedi yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras con una falsa alegría?"

Eliseo escuchó sus quejas y la compadeció. Llamó en seguida á su criado y le dijo: "Pon haldas en cinta, y toma mi báculo y marcha prontamente: si encontrases alguno no te pares á saludarle, y si alguno te saludare no te detengas á responderle, y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño." Pero toda la esperanza de la madre estaba en la presencia y en la palabra de Eliseo: díjole, pues, con resolución: "Jurote por el Señor y por tu vida, que no partiré sin ti." No pudo resistir el profeta á tanto dolor y á tanta fe, y acompañó á la Samamita. Giezi, entretanto, cumpliendo con las órdenes de su amo, habia tomado la delantera y puesto el misterioso báculo sobre la faz del cadáver. Pero admirado de que éste no volviese á la vida, fuese en busca del profeta y le dijo: "El niño no ha resucitado." Y en efecto, Eliseo á su llegada, encontró al niño muerto y tendido sobre su lecho. Cerrose, pues, dentro del cuarto con el niño, y se puso en oración: subió despues sobre la cama, y acomódose como pudo á las pequeñas proporciones de los miembros yertos del niño, poniendu boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos, y encorbado así sobre el niño, la cara de éste entró en calor. Tras esto, levantándose, dió dos vueltas por el aposento, y subió otra vez y recostóse sobre el niño, el cual, ya mimado del todo, abrió los ojos y dió algunos ligeros suspiros. Y llamado por fin á Giezi, le dijo: "Avisa á la Samamita." La madre, volviendo á encontrar á su hijo arrancado á la muerte, se arrojó á los piés de Eliseo, postrándose hasta el suelo, para demostrarle su reconocimiento y su afectuosa veneración. Penetren

si pueden el gozo inefable de esta madre las que han visto espirar su hijo en sus brazos, si algun poder sobrenatural les hubiese restituido con vida el tierno objeto de sus caritos. Como ninguno de nosotros habrá presenciado cómo la muerte restituye su víctima, no podemos tener idea del gozo de una resurreccion, acto supremo del poder de Dios sobre las leyes de la naturaleza, que raras veces ha visto el mundo, que se reservó para sí la misma Omnipotencia en la persona del Hombre Dios, que algunas veces ha concedido á sus más ilustres y distinguidos servidores.

Otras maravillas señalaron asimismo el poder del profeta; pues Dios queria rodearle de esplendor, para oponerle como un alcázar insuperable, ya fuese al error y á la perversidad que descendian del trono sobre la nacion, ya fuese á los enemigos exteriores que venian á traer á Israel los horrores de la guerra y de la idolatría. Porque no se hallaban aun olvidadas las tradiciones de Acab y de Jezabel; y además los príncipes de Damasco inquietaban incesantemente el reino de Samaria. El gobierno de Salomon habia puesto en la vida del pueblo hebreo aquel limbo supremo de grandeza y de espléndida pujanza, á donde, si llegan por un momento las sociedades, es para decaer en seguida con acelerada rapidéz, como si la gloria y la prosperidad no fuesen jamás sino cosas ficticias, arrojadas sobre el fondo de la vida humana que no es otra cosa sino trabajo y dolor. El Egipto fomentó la separación y las rivalidades que debilitaron gradualmente los dos reinos de Israel y de Juda; rivalidades de que sacó partido un soldado feliz para engrandecer y consolidar su poder en Siria, y legar á sus sucesores un cetro formidable. Estos reyes tenian por capitul á Damasco; y poseian fuerzas tan considerables en tiempo de Eliseo, que sus ataques eran para su patria uno de los mayores peligros. Así que, un día en que el profeta fué visitado por Hazael, general sirio, se conmovió de tal manera, y se turbó tanto su semblante y cayeron tantas lágrimas de sus ojos, que preguntó el extranjero: "¿Por qué llora así mi señor?" "Porque sé, contestó el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israel; tú entregarás á las llamas sus ciudades y plazas fuertes; tú pasarás á cuchillo sus jóvenes; tú estrellarás contra el suelo sus niños, y abrirás las entrañas de sus mujeres en cinta."

A las calamidades de la guerra se juntaron los sufrimientos del hambre. Una cosecha desgraciada produjo la carestía. Eliseo dijo á la Samamita: "Parte con tu familia, busca otra region en que puedas vivir, porque el Señor ha hecho venir el hambre y ella ha llegado á la tierra por siete años." La Samamita siguió este consejo, y fué á morar en el país de los filisteos. Mientras iba haciéndose más cruel el azote, Ben-

Adán, que pasó sobre el trono de Damasco antes del sanguinario Hazael, vino á sinar á Samaria. Tan terrible fue luego el hambre dentro de la ciudad, que los objetos mas viles que podian servir de alimento, tenian el mas alto precio. Una muger fué á encontrar al rey de Israel pidiendo socorro. "¿Qué quieres, dijo el rey, ¿acaso puedo yo salvarte?" Y le respondió la muger: "Una vecina me dijo: Dá tu hijo para que hoy le comamos, que mañana comeremos el mio. Cocinamos, pues, mi hijo, y nos lo comimos. Al día siguiente le dije yo: Dá tu hijo para que nos le comamos, mas ella lo ha escondido." Tanta miseria y barbarie, puso al rey en una profunda consternación; rasgó desesperado sus vestidos, é imputando estas horribles desgracias á Eliseo que las había predicho: "¡Juró por el Señor, esclamo, que hoy mismo fia de caer la cabeza de Eliseo!" Pero en aquel mismo día los sirios, azorados por un terror pánico, levantaron el sitio, y abandonaron el campo lleno de viveros. Algunos leprosos que habían salido de la ciudad para ir á pedir á la espada enemiga una muerte mas pronta y menos horrible que la del hambre, encontraron el campo desierto y ríesamente provisto, y corrieron á participar á sus compatriotas tan inesperada fortuna. Los estremados apuros desaparecieron, pues, con el enemigo, y ostaciones mas felices trajeron la abundancia.

La Samanita volvió á su país, cuando la calamidad había desaparecido. Y como encontrase su casa y sus posesiones ocupadas por poderosos usurpadores, acudió al rey para pedir justicia, á fin de que le fuesen restituidas. En aquel momento el rey se informaba por medio de Giezi de todas las maravillas obradas por Eliseo; y mientras le estaba contando cómo había resucitado á un muerto, compareció la muger á cuyo hijo había resucitado, reclamando ante el rey su casa y sus heredades. Y dijo Giezi: "Ved ahí la muger, y este es su hijo á quien resucitó Eliseo." La Samanita hizo por sí misma la relación de todo lo que le había sucedido. Y reconociendo el rey la justicia de su demanda, dijo á uno de sus oficiales: "Haz que se le restituya todo lo que le pertenece, y todos los rédus de sus heredades, desde el día que salió de su tierra hasta el presente."

Eliseo se había retirado á Damasco, y desde allí vió el doloroso cumplimiento de sus profecías. Envió á uno de sus discípulos para derramar la unción real sobre la cabeza de Jehú, capitán celebre por su valor y por sus talentos militares, y darle la misión de exterminar la familia de Acab. Jehú, fiel á esta vocación terrible, avanzó con las tropas ganadas ya á su partido contra el rey su señor, el cual, como vimos ya, no tuvo tiempo para ponerse en defensa, y pereció miserablemente. Inmoló asi-

mismo con la mayor facilidad á la fiera y unida Jezabel, cuya sangre corrió debajo los pies de los caballos, y cuyo cadáver desapareció devorado por los famélicos perros. Hizo tambien caer bajo el golpe de la cuchilla á Ochozias, rey de Judá, hijo de la ambiciosa Atalía. En fin, escribió á los ancianos del pueblo y á los oficiales de la casa de Acab, en Samaria, estas palabras: "Al momento de recibir esta carta, vosotros, que tenéis en vuestro poder á los hijos de vuestro antiguo dueño, y carros, y enballos, y plazas fuertes, y armas, escoged entre los hijos de vuestro difunto rey el mas esforzado y el que mas os agrade; colóndle en el trono de su padre, y combatid por él." Pero todos estos personajes se dijeron unos á otros no sin estupor: "Dos principes no han podido prevalecer contra él, ¿cómo podremos resistirle nosotros?" Y acordaron enviarle una entera sumision. Entonces Jehú les mandó una segunda carta: "Si estais por mi parte y aceptais mis ordenes, cortad las cabezas de los hijos del rey, y mañana á esta hora misma venid á traerme las en Jezabel." Vinieron en efecto, llevando en cestones las cabezas ensangrentadas de los desgraciados principes. Jehú dijo á los mensajeros encargados de presentarle tan horrible presente, que si él hubiese dado ordenes injustas, no debieran haberlas cumplido, y que ejecutándolas daban testimonio de su justicia. "Ved, pues, dijo con aquella aterradora seguridad de aquellos hombres que se sienten los instrumentos de la venganza del cielo, ved ahora si ha caído en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y si ha ejecutado el Señor lo que predijo por medio de Elias, su servidor." Asi, pues, fueron atumbiendo al soplo de la cólera de Dios todos los apoyos de una familia poderosa, como hojas que arrancó el huracan y arrojó delante de sí.

Mientras que Jehú trabajaba en afirmar su poder, cimentado con sangre, Hazael, que había subido al trono de Damasco, haciendo morir á su señor, vino á someter á su imperio las provincias que el reino de Israel poseia á la otra parte del Jordan, las tribus de Gad y de Ruben y la media tribu de Manases. Entouces fué cuando desplegó todas las crueldades, cuya vista anticipada había arrancado lágrimas de patriotismo á Eliseo. Destruyó las plazas fuertes, y paseó por las campiñas el incendio y la devastación. Después de los guerreros, los viejos y los niños perecieron al filo de la espada; las mugeres en cinta fueron degolladas sin piedad, por temor de que en lo sucesivo no se levantase de entre las cenizas de los vencidos un ejército de vengadores. Por esto, un siglo después, el profeta Amós pedía justicia de aquellas atrocidades, pintando con su vehemente elocuencia el verdor de las montañas marchitadas por

la invasión, los campos llorosos y empotrécidos, y las mugeres de Israel aplastadas bajo el hierro desgarrador de los carros de guerra.

De otra parte el reino de Judá hallábase en una situación deplorable. Athalia hacia triunfar allí la impiedad, primero como esposa y como madre de reyes, después á título de reina, cuando hubo inmolado sus nietos para ejercer un poder absoluto y omnimodo. En medio, pues, de tantas desgracia y escándalos, el profeta Eliseo veía acercarse la hora de su muerte. Estaba de regreso á Samaria, en donde cayó enfermo de peligro. Joas, nieto de Jehú, que empundaba entonces el cetro de Israel, fué á dar el último adiós al anciano diestro y venerable, y al acercársele le dijo con las lágrimas en los ojos: "¡Padre mio! ¡Oh padre mio! ¡Vos que sois el carro y el conductor de Israel!"—"Trácame un arco y flechas" dijo Eliseo, y cuando las hubo tomado, "Príncipe, dijo, pon la mano sobre este arco." Y habiendo después puesto sus manos entre las de Joas, añadió: "Abre la ventana que mira al Oriente, arroja una flecha." Y continuó en tono de inspiración: "Esta es la flecha de salud de Jehová, la señal de su protección contra la Siria..." Y murió profetizando los próximos triunfos de su país. Los sucesos no desmintieron su palabra: las armas siríacas fueron humilladas repetidas veces. Además, su ceniza pareció guardar algún resto de aquella maravillosa energía que había tantas veces desplegado durante su vida. Unos hombres que iban á dar sepultura á un muerto, sorprendidos por una horda de ladrones, huyeron después de haber arrojado precipitadamente el cadáver sobre el sepulcro de Eliseo que estaba allí contiguo. Al contacto de aquellos huesos santificados, el cadáver entró en movimiento, el muerto se reanimó, dando así Dios un nuevo y evidente testimonio de la virtud y del alto ministerio del grande profeta.

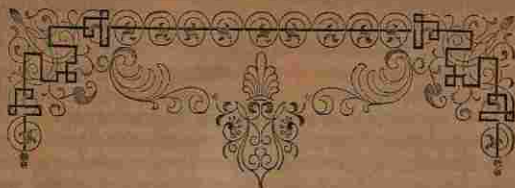
No se estinguió con la muerte de Eliseo la autorcha de la profecía, pues brilló sucesivamente y por el espacio de dos siglos en una porcion de hombres eminentes, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, y que han llenado de una luz suave é inmortar las regiones de este cielo intelectual, en donde viven y respiran las almas. Por su medio, antes de la venida de Jesucristo, la verdad se mantuvo en el mundo, el cual les debe el no haber enteramente perdido entonces el conocimiento de su origen y de su fin. En su inmutable palabra se apoyó la verdad del Cristianismo; ellos fueron nuestros progenitores en la fé; y dándoles nosotros la mano por sobre la cabeza de los siglos, tocamos con ellos en la cuna de la humanidad, así como ellos tocarán con nosotros y con nuestros descendientes á aquel día que se llama la Eternidad: dinastía sagrada de espíritus, que sale de Dios por la creación, y que vuelve á él por una libre adhesión á la verdad religiosa.



A. Rindler-Schjerve

1899 in New York

Rahab



RAHAB.

Y luego que los hubo despidido
(á sus dos limpedos) colgó la cinta
colorada en la ventana.

(Josué. II. v. 21.)

HOMBRES y leyes, hé aquí lo que Moisés al morir dejaba á Josué, su sucesor. Las leyes eran sabias y armónicamente combinadas: una vida llena de fatigas y de privaciones, un desierto de cuarenta años entre los arenales y las montañas del Desierto, lochas á mano armada contra las tribus limítrofes, todos estos esfuerzos reunidos habían disciplinado y aguerrido aquellos hombres. Pero faltábales el suelo donde fijarse, aquel suelo que es para los pueblos lo que el hogar doméstico para los individuos, el querido y sagrado asilo de las mas preciosas riquezas y de los mas suaves goces, el punto en donde se concentra la fuerza del ataque y de la resistencia, el manantial fecundo en que se alimenta la vida. Las razas nómadas no pasan de un pueblo comenzado: las razas separadas de su tronco viviente y arrojadas sin raíces sobre tierra estraña por la espada del conquistador, no son mas que un desecho de pueblo, restos,

rumas de una nación: las unas y las otras, semejantes á unos sombras fugitivas, pasan sin hacer ruido en la historia de la humanidad, hasta el día en que se fijan en regiones invioladas, ó vuelven á empezar sobre la tumba de sus antepasados una nueva existencia. Las leyes, los costumbres, la civilización en general, parece que surgen de la tierra como el verdor y las plantas. Verdad es que los pueblos vencidos pueden llevar consigo en su dispersión el idioma nacional para cantar la patria, y su corazón para amarla; pero no pueden devolverle su nombre ni su prosperidad, sino dejándola sentar sobre un suelo defendido por su espada, cultivado por sus brazos y marcado con el sello de su genio y de su libertad.

El que debía constituir definitivamente los hebreos dándoles una patria, era Josué. Valiente en la guerra, perspicaz y sabio en el consejo, hábil y recto en dirigir los ánimos, y fuerte con el poder de su elocuencia, había fijado la atención y el aprecio de Moisés; fué elegido de lo alto para continuar la obra de aquel grande hombre, y le cupo el honor de corresponder á tal elección por la firmeza de su carácter y por el heroísmo de su espíritu de sacrificio. Emancipados del yugo del Egipto, escapados de las soledades devoradoras de la Arabia, los hebreos estaban acampados en las llanuras de Momb, no lejos del Mar Muerto. Moisés acababa de fallecer sobre la cumbre del monte Nebo, despues de haber paseado su vista sobre el país de Canaan, larga y simpática mirada por aquel suelo, objeto de tantos votos y esperanzas, con tanto ardor y por tan largo tiempo alimentadas. Entonces Jehová dijo á Josué: "Mi siervo Moisés ha muerto: anhí y pásate ese Jordán al frente de todo tu pueblo, y entra en la tierra que tengo destinada á los hijos de Israel: toda la extensión de ella que pisarán vuestras plantas, os la daré, según las promesas que hice á Moisés. El país de los hebreos os pertenece, desde el Desierto del Egipto y el Líbano, hasta el río Eufrates y el Mar Grande, que os sirven de confines. Nadie, durante tu vida, podrá resistir á Israel, como estubo con Moisés, así estaré contigo, sin dejarte jamás. Sé firme y esforzado, pues lí has de repartir por sueto la tierra que prometí á sus padres que le daría. . . ."

Esa tierra prometida á los patriarcas, y en la que sus descendientes iban á habitar como señores, era entonces de una maravillosa fecundidad. Situada bajo una latitud mas meridional aún que la parte en el día colonial del Africa, presenta sus vallados y sus colinas á los fuegos de un sol siempre ardiente, mientras que el Mediterráneo envía allí desde el Occidente sus frescas y reguladas brisas. El Líbano con sus copudos cedros la protege contra los fríos vientos del Norte, y una cordillera de montañas

que le sirve de límite por la parte del Mediodía, y corre despues hácia el Este, mas allá del Jordán, detiene en su marcha aquellas oleadas de aire sofocante y abrasador que se exhala de los arenales de la Arabia. Raras son allí las lluvias, á menos que sea en otoño ó primavera, pues en la estación estival no hay mas que abundantes rocíos. Pero brotan de los flancos de los montañas abundantes chorros de agua, y las concavidades de los valles conservan su capa de verdor á beneficio de esta humedad que mantiene sin interrupción la misma naturaleza. El suelo presenta diversos aspectos, que admiran por su oportuna variedad: llanuras propias para el cultivo, colinas pedregosas, donde pueden medrar las viñas y los árboles frutales, y cuyas faldas, cubiertas de espesa yerba, presentaban fácil alimento á numerosos rebaños. El país daba en abundancia aceite y miel, cebada y trigo, y todas las sabrosas y delicadas producciones de los terrenos meridionales. Así es como aquella inundación de gentio pudo muy fácilmente entrar y apiñarse entre sus mas estrechos lindes, sin tener que sufrir los rigores de la miseria ni del hambre.

No sería razonable el tomar el estado presente de la Palestina para juzgar de su primitiva fertilidad. El hierro y la llama han pasado veinte veces sobre la faz de aquella tierra desdichada: el hombre no derrama ya en ella sus fecundos sudores, ni su mano viene á detener los bruscos ataques de una naturaleza selvática, ni á corregir los deterioros é injurias que el tiempo deja en pos de sí. La guerra estubo allí de asiento por largo tiempo, y lo dejó todo agostado bajo su planta abrasadora: sentóse despues de ella la barbarie, y todo ha quedado en su derredor triste, sombrío, incierto, y caído en una languidez siempre mas decadente. A vista de aquellos campos estériles, en donde duermen tantas ruinas, parecemos ver levantarse las sombras de los antiguos profetas de la Judea, y señalar con el dedo el terrible cumplimiento de sus amenazas contra la infidelidad de Israel. Una tierra á medio cultivar, una vegetación endeble y enfermiza, aldeas miserables esparcidas sobre desnudos collados, rebaños demacrados de cabras y de carneros, conducidos por un escualido pastor, á quien se tomaba por el espectro del hambre: una especie de velo sombrío y sin esperanza como tendido sobre aquellas regiones que llevan el luto de una eterna viudez, y la marca de fuego del castigo. Todas estas desolaciones juntas hacen respirar allí como un ambiente de indignación divina, y parecemos sentir pasar sobre nuestra cabeza estremecida el soplo de Jehová, que arroja á gran distancia la aridez y la melancolía.

Y sin embargo, esta tierra, á pesar del anatema contra ella fulminado, conserva todavía señales de grandeza y de fecundidad que dejan entre-

ver lo que fué, y lo que podía ser aún. ¡Qué país del antiguo continente ofrece en su conjunto perspectivas mas grandiosas, en que la gracia y la majestad resulten en proporciones mas felizmente combinadas! Colinas y montañas, agrupadas en cadena continua ó dispuestas en anfiteatro, abren por entre sus dentelladas cumbre y sobre sus torneados flancos, horizontes bañados de purísima lumbre, y buyendo por entre las honduras de un argentado cielo. Los vapores transparentes y las sombras estables, cual se observan siempre en los climas cálidos, el verdor y el sol, la tierra y el firmamento, todo está enlazado y combinado con una inimitable armonía de líneas y de colores, con un concierto maravilloso de fuerza y de suavidad. En ninguna parte quizás trazó la mano del Supremo Artífice tan primorosos dibujos, ni derramó con tan larga mano los tesoros de su pincel, ni multiplicó con mayor profusion los mágicos y variados efectos, ni lo dispuso todo con mas embalsante simetría. Bajo esta atmósfera ardiente y serena crecen de trecho en trecho algunos grupos de arbustos siempre verdes, pero tambien siempre menguados y sin medrar, porque les falta el cultivo, y porque el árabe deja comer las tiernas ramas á sus rebaños. Mas allá se descubren árboles nudosos y corpulentos, cuyas densas y pobladas copas dan un poco de sombra á los viñeros. Brotan del lecho de un seco arroyo penachos de rosas y laureles formando matizadas praderas: sicómosos, plátanos y granados silvestres se arrojan por sí mismos en las pendientes de las montañas, cuyos contornos visten como de graciosas guirnaldas; y bosquecillos de higueras negras, de nopales y de naranjos, cubren de frescura y de verdor algunos valles privilegiados. En las llanuras una capa profunda de tierra negra y ligera produce altas yerbas, densos zarzales, cardos enormes, y toda especie de plantas y de flores. Estas riquezas naturales, muestras de espontánea fecundidad, resaltan entre mil señales de ruina y desolación, como una sonrisa irónica que Dios deja caer sobre un pueblo ingrato para quien habia preparado tan espléndida morada, sobre un país que la impostura y el despotismo del Koran han vuelto tan miserable, y que recobrará su ornamento y su prosperidad cuando manos libres abriera sus entrañas al sol vivificante de la civilización cristiana.

Madama Cottin, bajo el título de *La toma de Jerich ó la pendora convertida*, describió con fresco é interesante colorido la parte mas importante de la historia de Rahab, dorándola con los rasgos de una imaginación viva y risueña. No siendo posible trasladar aquí por entero sus graciosas páginas, tomaremos una que otra de sus escenas cuando lo permita la oportunidad, para no separarnos demasiado del texto histórico.

Véase la descripción del campo de Israel luego despues que Josué habia bajado del monte y habia escuchado la voz del Señor.

“Al llegar á su tienda, manda sonar la sagrada trompeta para convocar junto á sí todas las tribus. Estiéndese el estrépitoso sonido por la inmensa llanura, semejante al bronco fragor de las bocinas invisibles que resonaban entre las nubes del Sinaí. Esta señal es un anuncio de que el cielo acaba de hablar: toda aquella muchedumbre de pueblo en masa se pone en movimiento, y aparece en aquellos vastos desiertos como las olas de un mar agitado. Cada uno corre precipitadamente en varias direcciones, y pregunta con ansiosa impaciencia cuál sea la revelación divina, de la que depende la suerte general. Cada tribu se vá acercando con lentitud á la tienda de Josué. Avánzase al frente de todas la soberbia y numerosa Judá, que obtuvo siempre el primer rango desde que le fueron prometidos por Jacob el cetro y la gloria sin igual de dar un salvador al mundo. Siguela inmediatamente la orgullosa Efraim, que se gloria de descender de José, de formar una raza patriarcal, y sobre todo, de ver en el venerable gefe de Israel un miembro elegido de su seno. Aparece Leví por su orden: aunque escluida de la repartición de las tierras, cree que el derecho esclusivo á ella sola de dar sacerdotes al Señor, compensa y aun aventaja toda otra prerrogativa. Tú seguías despues, infortunada Benjamín, tú que pones tu gloria en ser hija del predilecto de Jacob: ¡ah! no prevenias entonces las abominaciones que debian abortar en tu seno, y que el odio contra ti uniría á tus propios hermanos para destruirte. Cada tribu, en fin, ocupa su lugar. La última que llega es la de Dan, aunque su nacimiento le dá un derecho de primacía sobre Neftalí; pero destinada sin duda para dar á las otras el ejemplo suelto de la idolatría, quiso Dios castigarla de antemano, porque habia de ser la primera en abandonar su culto.

“Josué estiende sus miradas paternales sobre esta numerosa descendencia de Jacob, que fijando todos en él la vista, é inclinando el cuerpo en señal de respeto, esperaban con sumisión que se les revelase la voluntad del Señor. El inspirado caudillo levanta al cielo sus ojos resplandecientes, y parece por algunos instantes como en misteriosa comunicación con la Divinidad. La innumerable multitud de oyentes, diseminada á largos trechos y en distintas direcciones, guarda un silencio respetuoso y sublime; porque nada mas imponente que cuando calla la voz de un gran pueblo, y solo se percibe el ruido del viento que hace retonar las ramas de los árboles. Cada israelita dirige al cielo ocultamente sus votos, mil recuerdos se agolpan en aquel momento en su imaginación, el alma sofoca todos los afectos, y solo le queda la esperanza; y si algun ligero movi-

miento puede interrumpir la quietud universal á lo largo de las filas, es algún mal comprimido suspiro.

“Josué vuelve á fijar sus ojos sobre la tierra, se enternece, estíende con gravedad sus brazos y da la fervorosa bendición á su pueblo sumiso. En medio del religioso silencio, empieza á resonar su voz sin obstáculo por las vastas llanuras y todos la perciben á gran distancia. “Hijos de Israel, esclama: el Dios de los ejércitos acaba de hablarme, y nos manda emprender la conquista de la herencia que despues de tanto tiempo destina á la posteridad de Abraham. Si es sincera nuestra fé y ciega nuestra obediencia, el mismo nos promete la victoria.” Calla aqui la voz de Josué, los ecos la llevan tal vez mas allá del campamento, y se pierde por el espacio inmensurable. Un grito de júbilo iba á escapar de la multitud; pero Josué estíende sobre su pueblo la vara misteriosa y vuelve á imponer silencio. Alza otra vez los ojos al cielo, para saber sin duda si há de revelar mas. Inflámase su semblante, estíende á lo alto sus manos, lágrimas brotan de sus ojos, todo el pueblo atento á sus acciones cree que Jehová descíende otra vez sobre la tierra: todos bajan la frente hasta tocarla, y quisieran aun humillarse mas. A pesar de las bondades que acaban de oír, todos temen haber ofendido al Señor, y vacilantes entre el temor y la esperanza, cae de sus ojos en abundancia aquel dolcísimo llanto que purifica el corazón y le prepara para la felicidad.

“El silencio universal se interrumpe ya por sollozos prolongados que se perciben de todos puntos. Unos golpean sus pechos, otros quisieran ocultar su rostro entre la tierra. Aumentase el confuso ruido de la consternación general. ¿Por qué no habla Josué? Oyese repentinamente su voz: “No temáis,” y volvió la multitud á quedar muda é inmóvil: vais á ver renovados todos los prodigios que asombraron á vuestros padres en el Desierto. El Señor mismo en persona marchará al frente de su pueblo: el grande, el fuerte, el inmortal: á su voz poderosa, á la voz que dividió las ondas del Eritro, los montes tan antiguos como el mundo caerán: los penascos respetados por los siglos se estrecharán, los ríos le abrirán senda entre sus ondas, porque el Señor es grande, manda á los elementos, y sostiene entre sus manos los cimientos de la tierra. Indignado entonces, hollará bajo sus plantas á los impíos que temblando invocarán á la nada para que los devore; pero la nada no responderá á su clamor, y nosotros los veremos desaparecer á nuestros ojos, como la hoja seca que se lleva el viento. Aprosérémosnos, pues, á cumplir lo que Dios manda, él nos sostendrá en tan santa empresa. Mas antes de dejar las

llanuras de Moub, para acercarnos á las orillas del Jordán, mientras ofrecemos sacrificios al Señor, y todos los hijos de Israel, guardando rigurosa abstinencia, evitarán por tres dias los abrazos de sus esposas: voy á enviar á Jericó dos de los mas valientes, para que nos informen de las fuerzas de la ciudad y de la disposición de sus habitantes.

“Calla Josué, y la muchedumbre, agitada como un espeso bosque sacudido por el ábrigo impetuoso, aplaude con aclamaciones confusas las palabras de su digno jefe, arde ya en el deseo de vencer bajo sus órdenes, y manifiesta su gratitud al Señor con gran número de holocaustos. Los gefes de cada tribu se reúnen tumultuosamente para descubrir quién será el escogido: huyen los débiles asustados por el peligro de la empresa, y los intrépidos se acercan ansiosos de obtenerla. Josué, entretanto, se retira de entre el pueblo, quizás para buscar en el silencio la voluntad del Señor en la elección de los dos esploradores.”

La autora de *La toma de Jericó* introdujo dos personajes designados con los nombres de Horán y de Isachar; pero el texto sagrado se limita á indicar que Josué, para rendir mas fácilmente bajo el imperio de sus armas las fronteras de aquella hermosa región, envió delante de sí á dos intrépidos guerreros, encargados de reconocer el punto en el cual debía operarse la invasión. Hallábase Josué entonces en Setím, dos leguas mas allá del Jordán, al norte y no lejos del Mar Muerto. Casi en frente, y tambien dos leguas mas acá del rio, se hallaba situada Jericó, la primera ciudad que era preciso tomar, y allí se dirijieron los dos enviados con riesgo jamivente de su vida.

La fantasía de Madama Cottin intercala con oportunidad un diálogo entre los dos guerreros durante el camino.

“No bien los primeros rayos del dia habían bañado de luz para las tortuosas cimas del Garizim, cuando el bravo Horán y el joven Isachar se dirijieron hácia el Jordán: fieros entrambos por la confianza de su jefe y sumisos á las órdenes de su Dios, despreciaban intrépidos el peligro, y solo pensaban en la gloria. Horán, cargado de dias y de esperiencia, vesigo por espacio de cuarenta años que divógaba con sus hermanos por el Desierto, de todos los milagros que Dios había obrado á su favor y de las terribles venganzas con que había castigado sus iniquidades, instruído con gusto al jóven héroe de lo que había visto. Este vasto y fértil pais que atravesamos, le decía, perteneció un tiempo al infiel Amorreo, pero despues vino á ser patrimonio de nuestros hermanos. Rubén, Gad y Manases se han establecido en la orilla oriental del rio, allí siegan pacíficamente sus mieses, y ven espumar en sus anchas cubas el generoso vi-

no, llenando otras de claro aceite. Divisais aquellas vastas llanuras que se extienden á la otra parte del Jordán, cubiertas de lino, aromáticos bálsamos y abundosos pastos, sombríos por la espesura de los olivos y cedros, allí se levanta la ciudad de las palmas, la soberbia Jericó, cuyas altas torres parecen tocar el cielo que ultrajan; mas allá recorréis de una ojeada todo este inmenso país, desde Segor en las fronteras de Idumea, hasta la cuna del Jordán, al pié de las montañas del Libano. Esta es la herencia prometida á nuestros padres y que el Señor pondrá en nuestras manos, si con una fé ardiente y sincera nos presentamos á nuestros enemigos. ¿Qué importa que inunden la llanura con sus innumerables escuadrones, si el Dios fuerte está de nuestra parte? ¿Quién es el indigno israelita que, acordándose del paso del Mar Rojo, del agua que brotó de la Peña de Oreb y de la ley dada por Dios mismo en el monte Sinai, ose dudar aún del éxito de una empresa que nos manda el mismo Dios? No olvidéis jamás, Isachar, que Moisés, el profeta mas grande que ha admirado Israel, por un solo momento de vacilar en su fé fué condenado á no entrar en la tierra de Ganaan. Tened siempre á la vista este ejemplo, y si no os sentís con bastante esfuerzo para superar los riesgos que sin duda nos esperan en Jericó, volved los ojos á la montaña de Nebo y considerad que por expiar una sola flaqueza, espiró allí nuestro santo legislador, después de ochenta años de fatigas, por la gloria del Señor.

“ Sé que tanto los males como los bienes, respondió Isachar, nos vienen por disposición del Altísimo: sometido siempre á sus leyes y reconocido á sus beneficios, no vacilaré ni aun á la vista de la mas costosa muerte. Así Dios me habia prometido por boca de Moisés, que antes de acabarse el año me haria conocer la esposa que me destina, la que llevará en su seno la gloriosa estirpe de que deberá nacer el Salvador del mundo: estamos ya en el último dia del año; hoy me separo de las jóvenes doncellas de Judá y parto á un país de idolatras. ¿Y entre su sangre impia habrá Dios escogido la que quiere elevar sobre todas las mugeres de Israel? No pretendamos sondear, réplica Horam, lo que no podemos conocer: los pensamientos de Dios distan mucho de los nuestros, y sus caminos son inescrutables; lo que ha prometido lo cumplirá. A vos solo os toca ejecutar sus mandatos; conservad recto vuestro corazón y puras vuestras manos; someteos sin reserva á su voluntad, y dejad para el Señor el medio de cumplir sus promesas.

“ Así hablaban los dos viajeros cuando llegaron á la orilla del grande rio, cuyas aguas salidas de madre inundaban los campos. Ora se acercasen al torrente de Jaser, ora bajasen al lago Asfaltite, no pudieron hallar paso alguno. ¿Nos habrá abandonado el Señor? exclamó Horam lo-

vantando sus manos al cielo. ¿Vos sois el que dudáis? cómo Isachar con sorpresa, y habrá ya de enseñaros cómo una fé sincera sabe triunfar de este obstáculo? Dice, y precipitándose al rio, lucha contra las ondas que le rechazan á la orilla, y venciendo al fin el furor de la corriente, toca á la orilla contraria, afirma su planta sobre la tierra de Ganaan y dá gracias al Eterno.

“ Viéndole sobre la ribera opuesta Horam, se esfuerza en imitarle, lucha con fatiga contra la corriente que le arrastra, y llega en fin á su campamento, y se confunde de que un antiguo amigo de Moisés se haya dejado pasar adelante por un hijo del Desierto. Su corazón está para tocar á la envidia; pero sofoca luego tan brío sentimiento: al acordarse que Isachar está destinado para ser la cabeza de la real estirpe de Judá, y se complace en verle sobrepujar á todos los demás mortales en belleza é intrepidez.”

Los dos enviados se detuvieron en una casa que daba á los muros ó baluartes de la ciudad, en la cual vivia Rahab, muger de costumbres equívocas, cuya descripción hace la pintora de *La toma de Jericó*.

“ La noche empezaba á cubrir con su negro manto toda la tierra, cuando los dos israelitas entraron en Jericó: turbados por hallarse solos lejos de los suyos en medio de una nacion idolatra, no sabian lo que debian hacer ni á quien pedir la hospitalidad. En esta incertidumbre permanecian separados no lejos de la puerta de la ciudad, cuando vieron pasar cerca de ellos una jóven que iba por agua á la fuente. Un largo velo ocultaba una parte de su blonda cabellera, y la otra se dejaba caer sobre un cuello más blanco que el marfil; era bella, pero sus mejillas húmedas de llanto parecian empastar algun tanto el brillo de su hermosura. Caminaba pálida y abatida, semejante al jazmín que dobla dulcemente su capullo cargado con el rocío de la mañana. Al reparar en los dos viajeros, se cubre de rubor, se para un momento como incierta, pero se acerca luego, y levantando sus ojos tímidos les dice: “ Estranjeros, no sé el objeto que os conduce á nuestros muros, pero cualquiera que sen, la casa de Rahab está abierta para vosotros; no temais en descansar en ella, y creo no os pesará de haber entrado.” Los dos israelitas, sorprendidos gustosamente de su proposición, no vacilan en aceptarla. Isachar, movido por la belleza y el pudor de la jóven desconocida, se siente impelido por un poder invisible que obra en él sin saberlo. “ ¿Quién sois vos, le pregunta, virgen encantadora, vos que no desdenáis á los infelices viajeros? ” “ Ah!; yo no soy una virgen, respondió con un amargo suspiro; los odiosos ministros de Babil abusan de mi juventud y de mi inocencia: no puedo recordar aquellos dias de mi estruño, dias amargos para mí, sin que sienta

mi espíritu abatido y como si me abandonase? ¡Oh! si el Dios de Israel se dignase compadecer el dolor de mi corazón, y purificarme de mi oprobio, yo le dirijiría mis suspiros desde las cimas de los montes y á mí misma le ofreciera en holocausto para aplacar su furor." "¡Ah! le interrumpió Isachar con emoción, ya que vuestra alma se ha conservado pura y tenéis dolor de vuestras culpas, yo os lo prometo, hallaréis gracia delante del Señor." "Sí, añadió Horam, en voz baja, si salvais á los hijos de Israel y les ayudais en su empresa, se os perdonarán vuestros pecados, y el Señor os dará su gracia." A estas palabras cobró aliento la jóven de Jericó, sus ojos brillaron con una luz celestial, y se obligó á conducir los viajeros á su casa. Isachar le tomó la mano; marchaban ambos con lentos pasos delante de Horam, y se escapaban de sus labios suspiros involuntarios. La noche era bella y regalada; un vientecillo ligero agitaba blandemente las hojas de las palmeras, las flores espontáneas que crecían en torno de la ciudad llenaban el aire de suaves perfumes, oíanse los gemidos de la amorosa paloma, y el impetuoso Jordán hacia resonar á lo lejos el ruido de sus aguas. Isachar contemplaba silencioso la seductora timidez y la graciosa modestia de la jóven Cananea; su corazón sentía por grados una especie de encanto, al modo que el dulce vapor de un sueño se va insinuando en los ojos fatigados, y decía consigo mismo, hoy es el día en que Dios me prometió enseñarme la esposa que me destina. Pero, ¿cómo podrá admitir por sierva suya la que fué profanada por el impío? ¡Ah! ¡ojala! la perdone como yo la perdono! "Dios de Israel, decía en su corazón la jóven turbada, ¿será ilusión que hayas destinado uno de tus hijos para salvar mi alma, y á mí para salvar su vida? ¡Oh! sea este jóven guerrero, y no en vano habré implorado tu santo nombre."

"En esto llegaron á la habitación de Rahab. Sencilla y cómoda, no brillaba con el mármol, el oro y la seda: una vil de pocos años cubría como un tapiz su techo y sus paredes, y al entrar se pasaba por unaUMBROSA bóveda formada por pláncas y limones: situada sobre un terraplen del muro, se levanta sobre las otras, y domina toda la compañía. Apenas han entrado en el umbral los viajeros, la hermosa Cananea les prodiga solícita todos los deberes de la hospitalidad: ya llena una gran vasija de bronce y les lava por sí misma los cansados pies con agua tibia y cloratu; ya cubre una mesa con tortas de trigo-candéal, dátiles, olivos, y un galal de dorada miel, y echa en copas coronadas de flores leche pura y dulcísimo vino. En todos sus cuidados, en todos sus movimientos respira la jóven pecadora una sencillez, un abandono, el sentimiento de sus propias faltas imprime un cierto aire tan seductor en su fisonomía, que Isachar siente crecer en su interior una oculta llama; su corazón le ha

dado ya el nombre de su amada, pero la voluntad del cielo le detiene, y espera que el Señor haya hablado antes de atreverse á descubrir sus deseos.

"Antes que los ojos de los viajeros se cierran al delicioso sueño, Rahab que solo busca como complacerles, toma un sistro de oro, y mezclando con el instrumento la melodía de su voz, entona un cántico sagrado. Horam é Isachar han oído varias veces los coros de las hijas de Israel, pero no, nunca hirió sus oídos tan deliciosa melodía, jamás el labio piadoso del hombre honró mas dignamente el nombre del Señor. "¡Oh hija de Canaan, esclama Horam admirado, por cual prodigio en la flor de vuestros años, seducida por los placeres, rodeada del amor voluptuoso en el seno de una nación idólatra, tenéis conocimiento del verdadero Dios! ¿cómo habeis aprendido á cantar sus alabanzas en medio de los gritos y blasfemias de los infieles?" "Ah, respondió humildemente Rahab, el Omnipotente, viendo que yo pecaba por ignorancia, no ha consentido en abandonarme para siempre á las tinieblas del error. Me acuerdo de un día en que ceñida de rosas mi cabeza formaba con mis compañeras danzas voluptuosas en torno de los ídolos de Baal, y de repente me senti cubierta de un helado sudor, y se estremeció todo mi cuerpo. Desde entonces miré al templo con horror, y me alejé á toda prisa de sus impuros umbrales. Sali de Jericó, y me puse á correr por el campo como una insensata, sin querer descansar por la noche, ni buscar de día sino el agua de algunas fuentes, que no bastaba para calmar la sed ardiente y la fiebre que devoraba mi corazón. Horrorizada de mi infeliz situación, esclamaba, con los ojos henchidos de lágrimas: ¡Ah! ¿de dónde han venido sobre mí tantas desdichas, sino porque el Dios fuerte se ha alejado de mí! Camaba un día de divagar por entre las selvas, me senté bajo los frondosos sicómoros que cubren con su sombra la orilla del río, y descubriendo desde allí la punta de Plasga, sentí una turbación hasta entonces no conocida, se redoblaron mis sollozos y el Señor habló á mi corazón. Allí, me decía yo misma, allí está el pueblo de Israel, el pueblo querido del único Dios verdadero destinado á reinar sobre la herencia de mis padres: allí reside el rey inmortal de los siglos, y el origen de toda luz. ¡Oh si allí habitara Rahab! no para seducir los siervos del Dios vivo como lo hicieron las hijas de Madián, sino para convertirse á su palabra, y volver á encerrar el reposo que huyo de su corazón! Con estas ideas me tomé un sueño apacible, durante el cual me pareció ver un ángel que me hablaba. "Rahab, me decía, el Todopoderoso ha oído tus clamores desde su alto trono; te ha mirado compasivo, no solo te separa de la reprobación que ha jurado fulminar contra todos tus hermanos, nun mas es su

voluntad, que venga á nacer de tu linaje el Mesías, el cual enseñará al mundo qué mas alegría produce en el cielo un pecador convertido, que diez justos cuya inocencia no se haya jamás alterado. Purifica tus pesados devotos con una vida pura y mortificada, y confía en la divina misericordia. Algun día el mas bello entre los hijos de Jacob te nombrará su esposa. . . .” Al pronunciar estas palabras, Rahab levanta, sin advertirlo, los ojos á Isachar, los baja al momento y se cubre de rosas su semblante, como la nube diáfana que sirve de velo al sol cuando deja el horizonte. Su voz trémula espira en sus labios entreabiertos, y no tiene aliento de acabar lo que contaba. Oyese en la puerta un ruido de tumulto. “Son sin duda los ministros del rey, esclama Rahab; tiempo ha que se teme aquí la irrupcion de vuestros hermanos: se redobla la vigilancia; se reparten espías, la viata de dos extranjeros habrá producido sospechas, pero no temáis, yo os salvaré aun á costa de mi vida.” Dice, y haciéndoles subir precipitadamente á lo mas alto de la casa, les cubre con paja de lino, y corriendo abre las puertas á las tropas del rey. “Esta noche, dijo el gefe, se han visto entrar en nuestros muros dos israelitas; sabemos que se albergaron en vuestra casa, y nos los habeis de entregar inmediatamente.” “Verdad es, dijo ella, que al caer el día han venido á pedirme asilo dos extranjeros, pero creyéndose sin duda poco seguros, se han dado prisa de marchar un poco antes de cerrar las puertas.” “Rahab, replica el gefe en tono de amenaza, todos tienen fija en vos la vista, se os acusa ya de adorar en secreto al Dios de Israel; temblad si llega á descubrirse que ocultais estos perdidos extranjeros.—Os he dicho que no se hallan en mi caso, responde ella con sosiego. Hubrán sin duda tomado la direccion hacia el gran rio para volver á su campo.—Vuelo á su alcance, añadió el guerrero, pero si se nos escapan, temblad os repito, responsable nos es vuestra cabeza, y si huyendo os librareis de nuestra venganza, toda vuestra familia arrastrada al suplicio expiará vuestra trahicion.” Cruzando ella sus dos manos sobre su pecho é inclinando su frente con tendimiento le responde: “Estad seguro que no lo olvidaré.”

“Apenas Rahab vé alejarse al gefe con sus guerreros, corre prestu su para librar á sus dos cautivos. “El rey sabe vuestra llegada, les dice, estais ya en peligro, tomad esta cuerda, y á lo largo del muro, bajad con ella al campo. Mientras os busquen por la orilla del río, ganad el valle de Jano, atravesad el torrente de Carith, internaos en las cavernas de Sallim. Dentro tres dias os llevaré algun alimento fresco y todas las noticias que nuestro gefe os encargó recoger.” “No, bella y generosa Rahab, responde Isachar con ternura, no partiremos sin vos. Seguidnos hasta las llanuras de Moab, donde nuestros hermanos os colmarán de bendicio-

nes, y las hijas de Israel, sabrán la esposa que el Señor tiene destinada al venturoso Isachar.” “¿Cómo puedo creer, replicó ella, bajando sus ojos por un encanto de pudor, que semejante gloria esté jamás reservada á una miserable pecadora como yo?” “Lo juró el Eterno, interrumpió Isachar, la que salvará á Israel, verá su posteridad reinar en toda la Palestina y sulurá al tálamo de Isachar: venid, pues, venid con nosotros Rahab, no os amedrente la fatiga del camino, ni el paso del impetuoso río.” “No os canséis, replica la jóven resuelta, yo no abandonaré á la cólera del rey á mis ancianos padres y hermanas, y aun exijo de vosotros que me promeais respetar sus vidas cuando Jericó caiga en poder de vuestros hermanos.” “Así lo juramos, muger generosa, esclamó Horam. Cuando venis los ejércitos triunfantes de Israel, no os olvideis de colgar de esta misma ventana un cordón purpurado: reunid luego en vuestra casa á toda vuestra familia: si algun israelita osare derramar la sangre de cualquiera de los que aquí se albergaren, se la harémos expiar con su propia sangre, pero el que se atreviere á salir de vuestra casa lo pagará con su vida, de la cual salimos garantos.” “Sea así segun decís, respondió Rahab, pero partid al punto, hijos de Jacob: aprovechad estos preciosos instantes en que la luna ocultándose tras de las nubes, os roba á la vigilancia de los espías que nos rodean.” “Y ¿quién sabe, dice Isachar, si los impíos de Jericó viéndonos escapar de sus garras, desahogarán contra vos solo todo su furor? Y qué, ¿yo abandonaré á su rabia, ilustre libertadora de Israel, elejida por el Señor, amada de Isachar! No, la mas bella entre las bellas, no la consentiré, ven con nosotros, ven á sentarte bajo mi pabellon, allí encontraras la felicidad. No puedo ofrecerte la púrpura, los topices de oro y los esquisitos manjares de que se envanece la orgullosa Jericó, si solo flores tan frescas y vivas como tu rostro, y una leche tan pura como tu corazon. Ningun adorno necesitas para dar brillo á tu hermosura, síguenos. El Señor dijo: no es bueno que el hombre esté solo. Consiente, pues, en darme la mano de esposa. ¡Oh hijo de Israel, responde Rahab enternecida, no es tan grata al oido del sediento caminante el inesperado murmullo de una fuente, como tus palabras á mi corazon: ¡ah! tiempo hace que suspiraba yo por tí, como el infante recién nacido por el seno de su madre; pero ya te lo he dicho otra vez, por tu amor no abandonaré á los que me dieron la vida. Parte sin temor, confía en el Omnipotente, que velará sobre nosotros, y me librará del furor de los impíos. No, no hay que dudarlo, esclamó Horam; el Eterno no desampara un corazon, cuya fe es tan viva y sincera; Isachar! partamos sin perder un momento, nuestra detencion redobla los peligros de nuestra libertado-

ra. Si como ella nos dejamos á la bondadosa mano del Señor, mereceremos quedar salvos como ella."

"Así habló Horam, y escurriéndose por la cuerda, baja al campo. Isachar le trata con dolor. "Adios, Rahab, esclama, solo el temor de aumentar tu riesgo me puede obligar á dejarte. De aquí á tres dias vendrás á volverme la vida en el valle de Janoc. Yo te saldré al encuentro, escucharé tus pisadas, tu presencia será para mí como la yerba tierna al hambriento cordero. No tardes en reunirte con nosotros. Si por desgracia no te viese venir, creería que los israhelitas han atentado á tu vida, y luego me tuvieras aquí para morir conmigo." Entonces Rahab le abre dulcemente sus brazos y le dice: "¡Generoso Isachar! ¿Quién soy yo para merecer tan alto sacrificio? No, querido de mi corazón, sea cual fuere mi suerte, yo te ordeno volver á tus hermanos y respetar tu vida, que solo pertenece al Señor."—"Adios, adios, esclama á lo lejos el apasionado israelita doblando la rodilla ante Rahab, adios, amada mía, no te abandona mi alma, junto á tí vive, sin separarse del lugar que tú habitas, y si el Señor ha de acceder á mis votos, mas velará sobre tu salud que sobre la mía." Rahab hubiera querido responder; pero su voz, sofocada por el dolor, espira en sus labios y se pierde luego por los aires; pues que Isachar, impelido por Horam, á cuyos pies dá alas el temor, estaba ya á una gran distancia. Aun le distingue la aflijida Cananea confusamente; pero la oscuridad le hace desaparecer á su vista, y sus inquietas miradas se pierden en las inmensas sombras. Procura retener su aliento y escuchar atentamente las pisadas de los dos fugitivos que resueñan apenas en medio del silencio; disminuyen lentamente, se confunden ya con el ruido del viento, y al fin se acaban de perder. Nada oye ya, y escucha todavía; si el viento agita á lo lejos las cimas del Jordán, se sorprende creyendo reconocer los gemidos de su amado alcanzado y preso por las tropas del rey. "¡Oh Eterno! esclama inclinado su frente hasta el suelo y oprimido su pecho por los sollozos, salva al alma de Rahab: nada importa que el hierro del infiel despedace mis miembros ensangrentados, con tal que Isachar quede salvo. ¡Ah! él se aleja y huyo con él mi felicidad! Desde que no le veo, mis ojos no cesan de derramar amargas lágrimas, y mi alma se halla en continua agitación. ¡Ojalá las sendas por donde pase le ofrezcan sabrosos frutos para alimentarlo, una fuente para saciar su sed: déle los cedros bajo sus sombrías ramas un lecho de céspedes para conciliar el sueño! Poderoso Dios de Israel, derrama sobre él todos los beneficios, guarda para mí todas sus penas, y dale todos sus placeres, pues yo le amo mas que la palma cam-

pesina á su jóven pichuelo que calienta con su alas y con el aliento de su amor.

"Tan ardientes eran los votos y sentimientos de la jóven Cananea, que dominada tan solo por deseos torrenes, ni aun piensa en reprimirlos. No sabe todavía que el Señor exige un corazón mas puro que no vacile entre el amor de la criatura y el del Criador. ¡Y no era mucho en el seno de un pueblo idólatra habiéndose elevado su espíritu al conocimiento del Dios verdadero, consagrarse alegre y resignada á la salud de Israel, y sacrificar una pasión naciente á la seguridad y á la vida de sus padres? Por esto se complacia el Eterno en contemplarla desde su altísimo trono donde reside en medio de un océano de luz, del que es una débil chispa el sol alumbrador del universo, y dijo á los ángeles que le rodeaban enmudecidos de respeto cubriéndose con sus alas resplandecientes. En verdad os digo, esta es la que sublimaré sobre todas las hijas de Israel, ya que me ha conocido é invocado en su tribulación. Yo la he tomado á mi cargo, bendeciré su himeneo y los frutos de su tálamo que darán reyes á mi pueblo, y un Salvador al mundo."

Por el fragmento que acabamos de transcribir, se echa de ver que la autora de esta leyenda sagrada creyó dar mayor interés á Rahab, suponiéndola en amorosa intimidad con uno de los dos exploradores enviados por Josué. Pero prescindiremos de este ingenioso episodio, del que no hemos dado mas que la idea, y nos concretaremos al texto del historial sagrado.

No hay duda que informado desde luego el príncipe de Jericó de la entrada de los dos espías en su ciudad, hizo intimar á Rahab que los echase fuera; pero instruida ésta de la secreta misión de sus huéspedes, y convertida á su creencia, los hizo subir á lo alto de la azotea de su casa, y los ocultó entre haces de lino, diciendo á los enviados del rey, que habían salido ya aquella noche antes de cerrarse las puertas de la ciudad. Sabido es que en las regiones calidas y serenas en que no son frecuentes las lluvias ni las nevadas considerables, las casas terminan en una plataforma ó terrado que sirve de lugar de recreo ó de utilidad. Aun en el día, podrá observar el viajero en la moderna Jericó, defendida solo por dos petos zarzales, como se solazan las mugeres y los niños, y limpian su grano en el terrado, que suele ser lo mejor y mas cómodo de su habitación, y el lugar en donde pasan así la noche como el día.

Los soldados del rey siguieron el simulado consejo de Rahab de correr en seguimiento de los extranjeros; corrieron en efecto á su alcance por el camino que conduce al vado del Jordán, y tras ellos se cerraron las puertas de la ciudad. Preciso es confesar que Rahab no usó el len-

ganje de la verdad en este lance, y no se portó con patriotismo. Nada puede justificarla enteramente de lo primero; pero Dios pudo perdonárselo por la fe que manifestó tener en el Dios de los hebreos, cuyos asombrosos prodigios tenía consternada aquella comarca, y por el deseo que la animaba de salvar la vida de los dos enviados, esponiendo la suya propia. En cuanto al amar á la patria, los intereses de Dios son superiores á todos los demás intereses. Rahab, inspirada por el Señor, que destinaba aquella region para su pueblo, debió adorar sus insondables decretos, y procurar la evasión y salvamento de aquellos exploradores, que debían salvarla despues á ella y á toda su familia de la catástrofe general. "Yo sé que el Señor, les dijo ella, os ha entregado el dominio de esta tierra, porque el terror y la consternacion se ha apoderado de todos los moradores de este país. Sabemos que el Mar Rojo abrió sus aguas en vuestra salida de Egipto, y la mortandad que causasteis á los príncipes de Selon y de Og. Nuestro corazon ha desmayado; hemos quedado sin aliento, porque el Señor Dios vuestro es el mismo Dios que reina en las alturas de los cielos y acá abajo en la tierra. Juradme, pues, en su nombre portaros con la casa de mi padre con la misma compasion de que yo he usado con vosotros, dadme una señal segura con que salvar á mis padres y hermanos y todos sus bienes, librando nuestras vidas." Verificábase ya el cumplimiento de las palabras de Moisés, el cual habia prometido á los hijos de Israel que Jehová haria precederles el espanto, y entregaria á sus armas victoriosas el enemigo helado por un terror insuperable.

Los dos enviados se empuñaron en lo que se les exijia, y juraron por su vida que no se haria el menor daño á Rahab ni á los suyos, con tal que ella permaneciese fiel á su juramento. Entonces ella los descargó con una cuerda desde su ventana, que daba al muro, diciéndoles: "Marchaos hacia el monte, no sea que á la vuelta den con vosotros vuestros perseguidores, y estad allí escondidos por tres dias, hasta que éstos hayan vuelto, y seguid despues vuestro camino."

Agradecidos los dos hebreos á este consejo, ratificaron en la promesa de su proteccion, "Cumpliremos fielmente con el juramento que nos has exijido, si ni entrar aqui estuviere por contrasena la cinta purpurada atada á la ventana por donde nos has descargado y hubieres cuidado de reunir en tu casa á tus padres, hermanos y parientes. Si alguno de éstos se hallare fuera de tu casa, á él, no á nosotros, deberas imputar su muerte; pero de los que contigo tuvieres, te salimos responsables de su vida con nuestra cabeza. Mas si nos hicieres traicion ó divulgares nuestro convenio, entonces ya no quedaremos obligados al juramento que nos has

exijido." No podian ser mas terminantes y precisas las rotundas convenciones. Rahab, pues, hizo bajar á sus huéspedes al pie de las murallas de Jericó, los cuales fueron á refugiarse á las montañas vecinas, aguardando los tres dias para que los emisarios estuviesen ya de regreso en la ciudad, cansados ya de pesquisas inútiles. Espirando este término, regresaron ellos al campo de los hebreos, dando cuenta á Josué de su expedicion, añadiendole estas palabras: "El Señor ha puesto todo este país en nuestras manos, y todos sus habitantes están temblando al terror de nuestro nombre."

Josué entretanto tenia hechos todos los preparativos de la invasion. Las tribas de Ruben y de Gad y la media tribu de Manasés, habian obtenido de Moisés los países de Ja-er y de Galad, habitados antes por los amorreos, á lo largo de la ribera oriental del Jordan, pero á condicion de ayudar á sus hermanos en los trabajos de la conquista, y hasta de marchar los primeros al enemigo. Fueron, pues, invitados á dejar sus familias y sus rebaños bajo una numerosa guardia, y á engrosar con sus mas valientes soldados el ejército expedicionario. Debían soportar todos los peligros reservados á las demás tribus, y no sentarse en la paz del hogar doméstico hasta despues de sometido el país, y hecha la definitiva reparticion de las tierras. Respondieron todos á una voz: "Haremos todo cuanto nos has prescrito, é iremos á donde tú nos envíes. Así como en todo obedecemos á Moisés, tambien te obedeceremos, con tal que Dios esté contigo como estuvo con Moisés. ¡Muera el que te resista, ó quiera oponerse á tus mandatos! Ten firmeza y obra con un valor varonil." Animadas se hallaban las tropas, y la union doblaba sus fuerzas al sentir que se acercaba la hora solemne y suprema de la marcha, antes de la cual Josué dijo al pueblo: "Venid y escuchad la palabra de Jehová, vuestro Dios. A esta señal conocerá que Jehová, el Dios viviente está con vosotros, y que exterminará á vuestros ojos los camiones vuestros enemigos: á vuestra frente pasará el Jordan el Arca de la alianza del Señor del universo. Cuando los sacerdotes que lleven el Arca tocan con el pié las aguas del rio, las aguas inferiores correrán dejando el lecho aguja, y las que vendrán de arriba se detendrán como una masa sólida." Los heraldos habian trasmitido las órdenes del gefe á las tribus para prescribir á cada cual su lugar, y anunciarles que se preparasen, como aquel habia ordenado para la ceremonia del paso del rio, á fin de que ya el día de tan grande acontecimiento fuese acompañado de toda la solemnidad y magnificencia posibles.

Empieza, pues, á desfilar la muchedumbre. Abren la marcha los levitas, encargados de llevar sobre sus hombros el Arca santa, con largos

vestidos de lino, enminando á su frente el santo pontífice Eleazar. Coros de muchachos y doncellas cantan himnos sagrados alrededor del Arca. Innumerable multitud de guerreros formados en largas columnas á una y otra parte del Santo de los Santos, ocupan un espacio de cuatro mil codos; y en este orden admirable llega el pueblo de Israel á las orillas del Jordán.

Era la primavera en el primer mes del año hebreo. El río se había engrosado considerablemente por las lluvias propias de la estación, y por los torrentes de nieve deshelada que descendían de las montañas. Pero lejos de asustarse los levitas por la rapidez y abundancia de las aguas se adelantaron sin temor con la preciosa carga que llevaban, y pusieron y afirmaron su planta sobre las oaldas. Al momento todas las que descendían, se detuvieron y acumularon, remontándose de muchas leguas hacia su origen, y formando un monte elevado que se divisaba desde la ciudad de Adón, y las inferiores, siguiendo su natural declive, dejaron un largo espacio vacío, corriendo hacia el lago Asfaltite. El Arca hizo alto en medio del río, libre de las ondas, para dar á la multitud el tiempo necesario de atravesarlo. En efecto, la multitud, sin el menor obstáculo, pasó de una á otra ribera del Jordán: el mismo brazo que le tenía detenido en su curso natural, tenía también como inaccionando el valor de los pueblos indígenas, desconcertando toda resistencia. Todo esto se verificaba á la vista de Jericó: delante de los hijos de Moab, del Amón y de Cam, sin que nadie se atreviera á perturbar aquella marcha sagrada. ¡Qué espectáculo! Los israelitas, rodados de naciones belicosas y rivales, que los contemplaban llenos de pavor, obraban con la misma seguridad que si se ocupasen en los preparativos de un triunfo ó en una fiesta religiosa! ¡El furor de las aguas y el furor de los espíritus estaban detenidos por una mismá mano, mientras el pueblo de Dios entraba en los confines de su futura patria, donde debían consumarse las grandes escenas de misericordia y de amor para la regeneración de mundo!

Josué había recibido el orden de transmitir á la posteridad la memoria de aquel hecho portentoso, por medio de un monumento sencillo pero significativo: debía formar en la llanura un grupo de doce piedras, sacadas del lecho del Jordán. Israel no debía pasar adelante, sin erijir un monumento en señal de gratitud al prodigio que Dios acababa de obrar en su favor. Escogió, pues, doce hombres, uno de cada tribu, y mientras el Arca permanecía fija en medio del río, les mandó traer á cada uno una enorme piedra para hacer de ellas un montón, destinado á recordar tan memorable día á las generaciones futuras. Y cuando todo el ejército hu-

bo terminado su maravillosa travesía ante la corriente detenida y tímida sobre sus cabezas, retiráronse los sacerdotes, llevando sobre sus hombros el Arca preservadora. Al momento en que éstos tocaron la ribera occidental, las aguas libres ya del poder que las contenía, obedecieron á su peso natural, y desplomándose con estrépito, volvieron á tomar su curso ordinario.

Entre el río y Jericó estiéndese una llanura de cerca de dos leguas, la cual se eleva desde el Jordán por grados muy perceptibles, que separan los campos unidos el uno del otro. Ea el día este terreno está cubierto de una triste aridez, como un blanquizo arenal, cuya superficie parece impregunda de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto. Avanzaron los hebreos hasta media legua de Jericó, sobre las alturas que dominan la ciudad, en el lugar mismo en donde fué despues edificado un pueblo llamado Gálgala. Josué mandó reunir en aquel punto las piedras monumentales que se habían estráido del Jordán, y dijo al pueblo: "Cuando algun día preguntaren vuestros hijos á sus padres: ¿Qué significan estas piedras? Los instruiréis y diréis, que á pié enjuto pasó Israel ese Jordán, secando vuestro Señor Dios sus aguas á vuestra vista, hasta que hubisteis pasado; á la manera que primero lo había hecho en el Mar Rojo, el cual secó hasta que nosotros pasamos: para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la diestra omnipotente del Señor, y vosotros temais en todo tiempo al Señor vuestro Dios." Y en efecto, al recuerdo inmortal de esta maravilla, preguntaba el gran poeta de la nación hebrea á las ondas del Jordán y del Mar Rojo, si habían visto la faz ó sentido la mano de Jehová, cuando el espanto les hacía retroceder su camino, y si el Dios de Israel había lo bastante distinguido su causa de los vanos ídolos, suspendiendo el curso de la naturaleza con estos rasgos inimitables de su supremo poder.

Quando Israel, ya libre
Salió de Egipto, y de Jacob la casa,
De aquel pueblo tirano
Que tanto le oprimió con dura mano,
Quiso el Arbitro Sumo
Que el pueblo de Judá se consagrara
A servirle rendido,
Reinando el solo en su Israel querido.
Vió el mar en sus playas
Y huyó al momento. Vió en sus orillas

El Jordán, y obediente
 Atrás volvió la tímida corriente.
 A vista de este pueblo
 De júbilo saltaron las montañas
 Al modo de carneros,
 Brincaron los collados cual corderos
 Dinos, mar, ¿por qué huiste
 Tus espumantes ondas retirando,
 Y tú, Jordán henchido,
 Por qué retrocediste estremecido?
 Y vosotros, oh montes
 Y collados, decidnos,
 ¿Por qué con tal porfía
 Cual corderos saltásteis de alegría?
 Al frente de su pueblo
 El Dios potente de Jacob marchaba,
 Y su faz encendida
 Estremeció la tierra conmovida.
 El árido peñasco
 Abriendo, el seco y cavernoso seno
 Manó á tu voz divina
 Puro raudal de fuente cristalina.
 No, Señor, á nosotros,
 Que somos unto ti cual leve arista,
 No, á nosotros, no al hombre.
 Sino gloria, oh mi Dios, sea á tu nombre.
 Hazlo para que brillen
 Tu verdad y clemencia juntamente,
 Y á los pueblos acalla
 Si dijeren: ¿Su Dios en dónde se halla?
 Nuestro Dios en el cielo
 Tiene su trono, y á su voz potente
 De los senos profundos
 Del oscurito no ser sacó los mundos.
 Los viles simulacros
 Del iluso gentil son metal mudo,
 Vanos como sus nombres,
 Y hechuras de las manos de los hombres.
 Tienen bocas y no hablan,
 Tienen ojos sin ver, ni oye su oído,

Con manos, piés y boca
 Insensibles están como una roca.
 Los que nimenos tales
 Con sacrilega mano fabricaron
 Y en ellos confiaron,
 Estúpidos cual ellos se mostraron.
 No así vana confía
 La casa de Israel, que en Dios espera,
 Y en su potente diestra,
 Y Dios su auxilio y protector se muestra.

El paso del Jordán verificado de un modo tan inaudito, tuvo dos grandes resultados á cuál mas importante: fijó sobre Josué la entera confianza de los hebreos, que veían revivir en manos de su nuevo jefe los prodigios cumplidos en otro tiempo por su libertador Moisés, y además espació la irresolución y el terror en medio de aquellos pueblos indígenas que no se sentían ya con fuerza de sostener una causa por la cual combatía el cielo. Por esta doble razon se hizo rápida y fácil la conquista, cuando hubiera podido costar muy cara á los invasores, y tenerlos por largo tiempo detenidos. Pues los cananeos estaban muy ejercitados en la guerra, defendían sus dioses y sus hogares, habitaban ciudades fortificadas, superaban en número á sus enemigos, los cuales de otra parte llevaban tras de sí viejos, mugeres, niños y rebaños, y que sin duda no hubiera tan fácilmente vencido una liga formada de repente entre las pequeñas monarquías de aquel país. Pero no puede negarse que Josué tenía en la especial protección de Dios un poderoso elemento de victoria que faltaba á los cananeos.

Los israelitas hicieron alto en Gálgala por algun tiempo. Cierta dia, hallándose Josué en el campo, advirtió de repente delante de sí un varón que estaba en pie y con la espada en la mano. Y encarándose á él le dijo: "¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?"—"No soy lo que piensas, respondió el interlocutor, sino que soy el príncipe del ejército de Jehová, que vengo aquí á tu socorro."—Postóse Josué en tierra, y adorando á Dios, dijo: "¿Qué es lo que ordena mi Señor á tu siervo?"—"Quítate, le dijo, el calzado de tus piés, pues el lugar que pisas es santo."—Obedeció Josué, lleno de respeto. Y prosiguiendo la vision, mientras Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israel, dijo el Señor á Josué: "Atiende, yo he puesto en tus manos á Jericó, á su rey y á todos sus valientes. Que toda tu ejército dé la vuelta á la ciudad al son de trompetas, una vez al dia, durante seis dias consecutivos;

en el día séptimo, daréis siete veces la vuelta á la ciudad, tocando tambien las trompetas los sacerdotes que precederán el Arca de la alianza. Y cuando la voz de los instrumentos habrá sonado más ruidosa á vuestros oídos, entonces toda la muchedumbre arrojará un clamor fuerte y general; las murallas de la ciudad caerán por sí mismas hasta los cimientos, y cada cual entrará por la brecha que tuviere delante de sí." Cuando la Providencia en el mundo asocia á sus proyectos la acción del hombre, no le deja ver de ordinario sino una parte de sus proyectos, ocultándole el reverso de la medalla; y solo en circunstancias muy raras deja leer á sus ojos la antorchita de su sabiduría, haciendo que penetren algunos de sus rayos en ciertas almas privilegiadas á quienes, en cargo inaugurar los grandes acontecimientos, ó preparar los caminos del porvenir.

Josué trasmitió á los sacerdotes y á los soldados las órdenes que acababa de recibir. La marcha del pueblo alrededor de Jericó debía ser completamente silenciosa hasta la última hora en que todos los labios debían dar el grito de triunfo. Y añadió el caudillo: "Que la ciudad sea anatema, y todo cuanto encierra consagrado al Señor. Solo Rahab, la mujer pública, sea salva, con todos los que se hallen en su casa, por cuanto ella ocultó á los exploradores que enviamos. Guardaos, empero, vosotros de retener cosa alguna, por pequeña que sea, de la ciudad maldita, contraviniendo á las órdenes dadas, para no haceros reos de prevaricación, y no envolver en la tuchación y en la culpa á todo el campamento de Israel. Mas todo cuanto se hallare de oro y plata y de utensilios de cobre y hierro, será consagrado á Jehová, y guardado en sus tesoros." Era el anatema una excomunión que se aplicaba según los diversos grados de rigor, y que podía fulminarse, así contra los individuos, como contra ciudades y naciones enteras. Penas análogas ó tal vez idénticas á este anatema de los hebreos han existido siempre en el mundo, y no es posible hacerlas desaparecer jamás. Así las legislaciones modernas decretan la muerte natural y la muerte civil, la interdicción y el secuestro contra las personas, anatema judicial, que tiene su origen en la voluntad de Dios, fuente eterna de toda justicia, y no en la voluntad del hombre, como ha querido suponerse; derecho inherente á toda sociedad bien constituida, en la cual el castigo es una expiación, y la impunidad sería una injusticia. Solo las sociedades ateas pueden ver en el derecho de castigar, la tiranía del hombre sobre el hombre. Para infligir penas no basta la voluntad ni la conveniencia del hombre; esta razón caducaría por su base; preciso es reconocer la voluntad de un Ordenador y Legislador supremo. El derecho de la guerra, por otra parte, ha suavizado pe-

ro no suprimido las venganzas que arman la espada de un caudillo afortunado contra los impíos vencidos. Bajo cualquiera forma que quiera darsele, se hallará el anatema donde quiera haya una libertad que se desvía y un derecho que tiene fe en sí mismo; el código penal es tan eterno como la justicia de Dios.

Emprendióse el sitio de Jericó, pero según el plan que había trazado á Josué el misterioso guerrero. Duró siete días: por la mañana empezaban las operaciones; iban al frente los guerreros; seguía el Arca llevada por los sacerdotes, mientras otros sacerdotes tocaban la trompeta, y seguía por fin la multitud con orden y en silencio. Dada la vuelta á la ciudad, volvíase al campamento. Esta nueva estrategia debió parecer muy inofensiva á los sitiados. Sin embargo, el séptimo día se multiplicaron las operaciones, hizose percibir el fuerte y prolongado sonido de las trompetas, levantóse del seno del ejército un clamor formidable, y los muros cayeron desplomándose por sí mismos. Subieron los hebreos al asalto, cada cual por la brecha que delante de sí tenía, y de este modo el soplo de Dios derribó todas aquellas piedras en que la orgullosa Jericó fundaba toda su esperanza; para que conociesen todos los siglos que la verdadera fuerza de los pueblos no consiste en las murallas y torres de que están erizadas las ciudades, ni en el hierro que arma los brazos, sino en la fe que llena y agita los espíritus; y que no hay acero enrojecido en el fuego de Damasco que no se doble y haga pedazos delante de una idea.

Dueños ya de Jericó los hebreos, la trataron con un estremado rigor. No solo los hombres aptos para las armas, sino los viejos, los niños y las mujeres, todo pereció al filo de la espada: hasta los animales entraron en el general degüello, y lo que no pudo alcanzar la espada, lo devoró el fuego. La desdichada ciudad tuvo que sufrir todas las consecuencias de un absoluto anatema. El oro, la plata, el hierro y el acero se reservaron únicamente para servir después á las pompas del culto religioso. Y tal era la soberbidad de las órdenes dadas por el jefe, que se apedreó á un guerrero por haber retirado del incendio y ocultado en su tienda objetos preciosos de metal y un manto de escarlata. Pronunció luego después Josué imprecaciones sobre las ruinas de Jericó. De esta manera los antiguos pueblos condenaban á eterna muerte las ciudades que les habían resistido con alguna gloria, ó que no hubieran podido renacer de sus escombros sin causarles alguna inquietud. "Maldito sea del Señor, exclamó el caudillo hebreo, maldito sea el que levantará ó reedificará la ciudad de Jericó; muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el postrero de sus hijos, así que asiente las puertas!" No fue vana por cierto esta imprecación. Mucho tiempo después, bajo el reina-

do de Achab, un israelita de Bethel probó reedificar la ciudad maldita: al empezar los trabajos murió su hijo mayor, y al terminarse le fue arrebatado por la muerte su postrer hijo. Con todo, los habitantes volvieron allá llenos de confianza, tan bella era la perspectiva de los campos que la rodeaban y tan fértil su terreno, por el cual las aguas corrientes derramaban el grato verdor y la frescura regalada. Allí crecen en número considerable palmeras que rinden un cuantioso producto, y el árbol que da el tan celebrado bálsamo de Judá, y aquellas rosas tan ponderadas que prestan á toda la llanura un aire de fiesta perpétua y de juventud inmortal.

En medio de la carnicería y del incendio, no quedó olvidado el juramento que garantizaba la vida de Rahab, la cual por sí misma había enroscado la convenida contraseña. Envióle Josué los dos guerreros que ella conocía para protegerla y hacerla salir de la ciudad con todos sus parientes. Esta familia quedó después incorporada á la nación, porque la ley de Moisés no era tan exclusiva como se cree comunmente: semejante á las legislaciones modernas, que no revisten á los extranjeros del título y de los derechos de ciudadano sino bajo condiciones cumplidas con todo rigor, la ley mosaica no pretendía imponerse á todos los pueblos del universo, sino mantenerse inviolable, y no conferir privilegio sino á sus reclutas, judíos ya por nacimiento, ya por adopción. Estos últimos, llamados también prosélitos, se hallan repartidos y clasificados en las diversas tribus por el mero hecho de sus alianzas matrimoniales. Así Rahab casó con Salmon, de la tribu de Judá, y hasta su nombre se halla en la genealogía de Jesucristo. Doblemente feliz, pudo escapar de los desastres de la conquista en que perecieron sus compatriotas, y sobre todo, del error y del vicio, principios funestos de la muerte del alma; y después, á pesar de su calidad de extranjera, y de las faltas de su vida primera, fué providencialmente colocada entre los progenitores del Redentor, á fin sin duda de manifestar, que no hay extranjero delante del Padre común del linaje humano, el cual vino á estender sobre todos los extravíos de sus criaturas el manto de la misericordia y del perdón.

La circunstancia histórica de haberse incorporado después Rahab y su familia al pueblo de Israel, y el enlace de esta hija de Canaan con un hebreo, inspiró á Madama Cottin la idea de darle por esposo á uno de los exploradores empleados por Josué, con el nombre de Isachar, sacando de este hecho varios episodios que, sin faltar esencialmente al espíritu del texto bíblico, amenizan la narración. Tal es, entre otros, el suponer á Rahab arrancada á viva fuerza de su casa, para ser inmolada al ídolo Baal, y librada de las manos de los sacrificadores por el valor de Isachar en la

entrada de los israelitas en la ciudad, siendo la mano de Rahab el premio del esfuerzo y la fidelidad del jóven guerrero. Ved ahí algunos rasgos de este episodio interesante.

“El fogoso Isachar se lanzó uno de los primeros en medio de los escombros y piedras que acribillan rodando, á través las calles de Jericó clamando en alta voz: ¡Rahab! ¡Rahab! Vuela á la casa de su amada, allí estaban los suyos, pero ella no estaba. Su venerable padre, cubierto de un saco, con ceniza en la cabeza y derramando gruesos lágrimas, le dice: “Los malvados me han robado mi hija para inmolarla á su Dios. Dos días hace con sus noches, que invoco al vuestro para que la salve ó si llegare á oír mi ruego, me someteré para siempre á su ley.” Estas palabras agitaron el corazón de Isachar como un recio viento azota los árboles de los bosques: fureta de sí, vuela al templo de Baal. Halla las puertas derribadas, echadas por tierra los ornamentos: resaca hasta sus pies las columnas de jaspe, los vasos de oro y de plata engastados en topacios, crisólitos, zafiros y otras piedras preciosas, y llenos de las mas delicadas aromas; pasa por sobre vestidos de lino finísimo de Egipto, bordados con todo el primor, y tapices de púrpura de Tiro. Aparta con sus pies tantos tesoros, los desdena, ó mas bien no los vé: solo su amada llena todo su pensamiento. Llama á Rahab, y Rahab no responde. Oprimido de dolor, hiere su pecho, se arroja sobre la tierra, derramando lágrimas que le arrancan á un tiempo la rabia y el amor. De repente Isachar cree percibir unos gemidos sofocados, corre á la parte donde sullen, y llega hasta el fondo del templo, en donde el ídolo Baal, oculto á todos, estaba escondido en un santuario cerrado. El israelita reconoce la voz de Rahab, que sale de este recinto: el desespero le da fuerzas, rompe las puertas de un solo golpe; arroja todos los obstáculos, y repara á su tierra amada á los pies del ídolo, desgrainado el cabello, descubriendo su seno, á las plantas de seis ministros de Baal, que levantaban su cuchilla para inmolarla. Lanza Isachar un grito terrible que resaca por todo el templo, y deja turbados y despavoridos á los sacrificadores. Se detienen primero suspensos; pero corridos de dejarse sorprender por un hombre solo, quieren consumar su sacrificio, mas lo intentan en vano: el hierro se ablanda en el seno de Rahab, y los brazos de los bárbaros se entorpecen como encadenados por un poder sobrenatural. Este prodigio acaba de abatirlos, pierden el valor y caen sin fuerza. Levanta Isachar su espada para inmolarios, pero le detiene la dulcisima Rahab diciéndole: “¡Amado mio! si el Eterno ha ordenado que estos hombres sufran la muerte, deja para tus hermanos este deber fatal; no manches tú tus generosas manos con la sangre de un enemigo vencido, sé clemente des-

pués de la victoria como eres terrible en el combate. Ven conmigo, Isachar, alejémosnos de esta mortandad; jamás se diga que el esposo de Rahab es insensible á los clamores de los desgraciados." Aunque Isachar sabe la orden dada por Dios á los israelitas de exterminar á todos los infieles, y que el perdonarles la vida sería desobedecerle; sin embargo, cede á las instancias de su amada, y arroja el acero lejos de sí. "Cuántas gracias tienen tus palabras, le dice, hija de Canaan, tus labios destilan miel. Vamos, amor mio, fuera de Jericó, subamos á la colina, sentémonos sobre la vña que empieza á despuntar su flor, allá daremos gracias al Dios de Jacob." Dice, y en tanto que los hebreos persiguen y destruyen á los infieles moradores de Jericó, Rahab, apoyada en su amante, se aleja de esta escena de sangre y de desolación. Va á lo lejos los horribos torrentes de humo y llamas que se levantan de la incendiada Jericó, y llora por sus hermanos. "¡Ay! esclama, yo tambien fui culpable como ellos, ¿por qué no se han arrepentido como yo? ¡Oh gran Dios! ¿Por qué sobre mí sola has derramado tu gracia? ¿Qué! ¿Acaso no fuiste su corazón dispuesto á escuchar tu voz? Gozarían áun de la vida, y engrandecerían tu santo nombre.—¿A qué te atreves, hija de Canaan, esclama Isachar, tu murmuras contra el Señor!—No, responde, me someto á sus terribles decretos, pero penetran mi corazón los gritos de estos desventurados: si hubiese querido rescatarlos de la culpa, le hubieran ellos alorado.—Cuidado, Rahab, no nos toca juzgar las operaciones del Eterno: toda vez que ha condenado á la muerte á todos los hijos de Canaan, salvarlos sería un delito.—¡Ah! bien ves que no los he salvado, repiica llorando la joven Cananea, pero Dios no prohibe compadecerlos. No te admire que su suerte me conmueva mas que á ti: el pecador debe compadecer las faltas de que fue cómplice, con mayor razon que el justo juzgas conquinando con ellas.—Sigueme, pues, bien mio, dijo Isachar, y á la mirada de este secubino el llanto que bañaba las mejillas de Rahab, como chupan los rayos del sol al rocío trémulo sobre la flor que nace. Cuánto mas bello me parece el día á tu lado, ¡oh Rahab! A tu vez se agita dolcemente mi corazón, porque tu mirar es suave como la paloma y perfumado como el balsamo de Segor. ¡Ah! si viniera el grande Efraon y pusiese á mis pies todos sus tesoros en cambio de tu amor, levanta tus tesoros, le dice, poderosa monarca, no valen todos juntos el corazón de Rahab.—Amado mio, responde deteniéndole con dulzura, ¿mira cuán terribles son las venganzas del Señor! Tembemos de provocarlas nosotros. Déjame purificar toda en su santo tabernáculo de las inmundicias de la idolatría. Muñana será tu esposa: ahora no soy mas que tu hermana. Este día, querido mio, no debe ser un día de júbilo: ¡ah! pue-

da ser día de misericordia; puedan todos nuestros ruegos reunidos obtener del Todopoderoso la gracia para un solo pecador. En la hora de la muerte, ¿no será mas consolador este recuerdo á nuestras almas oprimidas que el de los mas gratos placeres?" Conmovido Isachar por las palabras de Rahab, triunfa sobre sus mismos deseos, y se postra con ella ante el Eterno. Pasan la noche juntos en súplicas é invocaciones, y Dios, satisfecho de ver estos jóvenes en la aurora de su vida, y unidos por el amor, consagrar instantes tan preciosos á la caridad y á la religión, escuchó propicio sus votos. Por ellos dijo el Señor: Salvaré una parte de Canaan. Gathim y Bereth hallarán gracia en mi presencia, y los Gabaonitas serán llamados felices y sabios por todas las naciones de la tierra. Dijo Dios, y su espíritu descendió sobre Gabaon, y Gabaon quedó salvo.

El día siguiente Josué mandó preparar la fiesta del himeneo sobre los escombros humcantes de Jericó. Isachar, teniendo de la mano á su amada Rahab, vestida con un manto de lana blanca y coronada de rosas, la mostró á todo Israel, y el pueblo la llenó de aplausos y de bendiciones. Bajó ella sus modestos ojos, su corazón es la misma humildad y su postura la misma inocencia. Entretanto millares de operarios se apresuraban en levantar columnas de cedro, de los que se cuegan topajes de color de grana, bordados de azuladas turquesas; se quemaban perfumes exquisitos en vasos ricamente esculpidos, y en medio de una nube de incienso que se levanta sobre el altar construido en pocos momentos por la piedad del pueblo, Josué coloca el Arca de la alianza y bendice la union de Isachar y de Rahab. El aceite, la miel y la leche llenan en abundancia anchas copas de marfil y de oro. Bebe el pueblo, y en transportes de júbilo alaba al Señor. Dos coros cantan alternativamente. El uno de guerreros de Israel, armados de centelleantes picas y de sus formidables espadas. El otro es de vírgenes, vestidas de finísimo lino y coronadas con llanos del campo. "Oh Tierra! cuán terrible es tu poder, cantaban los primeros: ¡mas la victoria á tu pueblo, y á tu solo nombre desaparecen los infieles como la ligera sombra se disipa al acercarse el día. ¡Cuán grande es tu misericordia, respondia el coro de vírgenes: tú sacaste del pecado á la hija de Canaan y la has elevado sobre todas nosotras, para enseñar á los impíos que un arrepentimiento sincero halla siempre gracia delante de ti. ¡Oh Dios fuerte! prosiguen á su turno los guerreros, testigos nosotros de tu omnipotencia, tendríamos siempre presente el temor de tu santo nombre. Testigos de tu bondad, responde el coro de las vírgenes, tu amor vivirá eterno en nuestros corazones." Estos cantos religiosos, acompañados por la melodía del órgano, el estruendo del címbalo y los suspiros divinos del arpa, resuenan en el vallado de Harcor y son repetidos

por los ecos del monte Efrém. Se prolongan hasta caer el día; pero cuando la noche viene a tender su velo de ébano sobre la creación, Israel guarda silencio; las vírgenes se retiran á las tiendas de sus madres, el sueño desciende á los lechos de los hijos de Jacob para hacerles descansar de sus crudas fatigas, y Rahab, la venturosa Rahab, sobre un lecho regalado de musgos, de violas y de lirios, sin otro adorno que su belleza, sin otro velo que su pudor, sin otro pabellón que el cielo, prueba que los verdaderos placeres son los dos que embellece la inocencia, ó el arrepentimiento, los que permite el deber, y quedan consagrados para siempre por juramentos pronunciados al pie de los altares del Señor."

La toma de Jericó habia rodeado de terror el nombre de Josué, pero no obstante, las ciudades circunvecinas se prepararon para la resistencia. Siete naciones ó pueblos se hallaban esparcidos en lo que se llamaba el país de Canaan. Pero todos ellos debían desaparecer, como Madian y Amalec ya vencidos y destruidos; porque Moisés habia dicho á los israelitas: "Cuando, después de haber pasado el Jordán, hubieris entrado en la tierra prometida, exterminad á todos los habitantes de aquella region... no contrateis con ellos alianza ni matrimonio... Si no les dáis la muerte á todos, se os presentarán como unas puntas acedadas, brillarán á vuestro lado como lanzas agudas, os atacarán sin fin en vuestra misma morada." El motivo de tan inexorables preceptos es la grosera idolatría que tenia embriecidas aquellas naciones. "Destruid sus altares, habia añadido el legislador, derribad sus estátuas, echad por tierra sus bosques sagrados, á fin de purificar la tierra en que habitareis... Guardaos de imitarles, de informaros de sus ritos sacrilegos, diciendo, voy á seguir el culto que rindieron á sus dioses... Pues aniquiladas serán estas naciones á causa de sus impiedades." Así, pues, Moisés tenía un doble objeto, y Josué una doble misión; conquistar la tierra prometida, y hacer que desapareciesen de ella casi enteramente todos sus antiguos habitantes.

Muchos escritores no han querido ver otra cosa en este episodio memorable de la historia judía, sino el cumplimiento de un acto injusto y bárbaro. Pero esto merece una explicación. Si se coloca la cuestión bajo un punto de vista puramente humano, desde luego Moisés y Josué deben ser juzgados conforme al derecho público de su época, y puestos en paralelo con los demás capitales y legisladores de la antigüedad. Pues ó bien no debe perdonarse ni tolerarse conquista alguna, ó bien el principio que permite absolver una, es igualmente aplicable á todas. En uno y otro caso exige la imparcialidad que los hebreos no sufran solos el peso de una inculpacion que no se hace jamás recaer sobre las otras naciones.

¿Hay por ventura un pueblo, ora de los tiempos pasados, ora del siglo presente, que pueda decir con verdad: "Yo no debo á mi espada, ni mi principio, ni mis progresos?" Pero no; entre Moisés y todos los demás invasores de territorio, existe una notable diferencia, y ésta redundará en honor de Moisés. Proviene este caudillo la fusión de las razas, salvó la nacionalidad y la religion de sus hermanos: bien sea porque los extranjeros y los indígenas no pueden quedar juntos en un mismo suelo, sin que la viva enemistad de los unos no prepare pesadumbres y reverses á la dominacion de los otros; bien sea, sobre todo, porque las ideas y las costumbres de los vencidos acaban por entrar en las creencias y en las habiitudes de los vencedores, y algunas veces por destruir la obra de la espada. El decreto de exterminio, pronunciado por el legislador hebreo, no deja de ser duro; pero revela una poderosa prevision del porvenir y una sabiduría profunda, en tanto que los demás legisladores se han mostrado mucho menos hábiles, sin dejar por esto de ser tan rígidos y severos en sus medidas politicas.

Eaceja, pues, el historiador filósofo, y tome su partido. Si Moisés y Josué se apoderaron del poder por medio de una audacia favorecida por las circunstancias, practicarán igualmente la justicia, y superarán en genio á sus contemporáneos. Si nos colocamos al contrario, en un punto de vista religioso, y si, conforme á la verdad, mirámos á Moisés y á Josué como investidos de un ministerio emanado del cielo, desde entonces de ben ser juzgados con el título escepcional de su misión, y sus actos quedan revestidos de toda la majestad de un derecho divino. ¿No es bien raro que se niegue á Dios el derecho de repartir la tierra entre los pueblos ó de quitarles la vida, cuando los hombres alimentan la pretension de matarse licitamente sobre un catalso ó en un campo de batalla, y de poseer legítimamente el suelo sobre el cual han puesto el pie? Mas si Dios posee este derecho, y de ello no hay qué dudar, ¿á él toca el ejercerlo en su tiempo y segun su medida. Y únicamente porque una sabiduría infinita preside al gobierno del mundo, este tiempo y esta medida guardan siempre relacion con el grado preciso en que se hallan las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad. Así el derecho de Dios se ejerció bajo formas mas severas en el origen de las sociedades; desde luego el desarrollo natural de la razon y la influencia progresiva del Evangelio, hicieron entrar las costumbres públicas en una larga senda de blandura, y en el día bien sea que Dios oculte su mano bajo las leyes generales del universo, ó que la estienda descargando golpes terribles y estrepitosos, sus decretos se manifiestan mitigados en la ejecución, y su cólera se reviste de mansedumbre. Ved ahí cómo la inteligencia se ha

ido gradualmente asegurando en los negocios humanos un predominio que perteneció por largo tiempo á la fuerza, y como las ridulas transmigradas de lo alto á Moisés y á Josué, llevan un carácter de rigor que nos admira, pero que nada tiene de injusto. La verdadera injusticia estaría en juzgar á estos dos grandes hombres, sin tener en cuenta las pruebas que tan solemnemente dieron de su misión extraordinaria, y aplicar á su conducta el valor de una idea que no reinaba en su tiempo.

Y además, parece que el decreto de esterminio no fué ejecutado en toda su estension. Pretenden los doctores judíos que Josué llevaba escrito en sus banderas este lema: "Hoya el que quiera, ríndase el que quiera, luche el que quiera." A lo menos es muy cierto que los indigenas se dividieron entre estos tres partidos. Los unos tomaron la huida, sin que pueda saberse ahora á qué region les arrastró su miedo. Otros, como los habitantes de Gabaon, hicieron alianza con el conquistador bajo las condiciones que tuvo éste á bien imponerles. Pero la mayor parte probaron la suerte de las armas. Dios tenia ya anunciada una lenta desaparicion de los cananeos, diciendo á su pueblo por boca de Moisés: "Yo te daré el terror por mensajero: esterminaré las razas que hallarás en tu tránsito, y pondré á todos tus enemigos en fuga delante de ti. . . . No los echaré del pais en un solo año, para que la tierra no se convierta en una soledad abandonada á los animales salvajes; sino que los iré arrojando gradualmente, hasta que hayas crecido lo bastante para ocupar toda la region entera." Y en realidad con estas reservas fué ejecutada la sentencia de muerte profetizada contra los cananeos. Por de pronto desaparecieron como cuerpo de nacion, y la historia no conserva ya mas su vestigio; pero muchas familias quedaron entre los israelitas, perpetuándose por espacio de muchos siglos con diversidad de fortuna: unas guardaron su independencia, otras quedaron sujetas á un tributo permanente; algunas, como la familia de Rahab, sometiendo á los hábitos del vencedor, pasaron á las filas de los hebreos por medio de enlaces, y no tardaron en perder todos los señales de su nacionalidad primitiva.

Josué se apresuró en aprovecharse del increíble terror que inspiraban á largo trecho la ruina de Jericó; y mucho le favoreció en sus designios el aislamiento en que se constituyeron despues sus enemigos para resistirle. No solamente los siete pueblos ó naciones que ocupaban el pais dejaron de oponerse á los invasores con fuerzas coligadas y con un impulso simultáneo, pero ni siquiera cada una por sí supo luchar unida, á lo menos desde el principio de la conquista, pues cuantas plazas importantes habia, firmaban otros tantos grupos políticos, cuyo jefe tomaba el título de rey, y se mantenía en una total independencia con respecto á

sus vecinos. Con todo, organizóse una liga, pero era demasiado tarde para salvar los intereses amenazados. Marchó Josué contra la ciudad de Hai, á algunas leguas de Gaigala, en donde habia establecido su cuartel general. Despues de un ligero descalabro, se hizo dueño de ella, y le hizo sufrir la misma suerte de Jericó; fué entregada á las llamas y su poblacion pasada á cuchillo, reservando únicamente las riquezas y los ganados. Despues por medio de una ceremonia religiosa puso á los vencedores bajo la proteccion de Dios confirmandoles en el respeto de la ley. Erijiose un altar sobre el monte Hebal, segun el rito ordenado; sobre el cual se inmolaron victimas. Los sacerdotes, los jueces, los gefes del ejército, los ancianos del pueblo, toda la multitud estaban colocados alrededor del Arca de la alianza. Josué bendijo aquella turba innumerable, y refirió las palabras de gloria y de desdicha pronunciadas por Moisés sobre los ejecutores fieles y los violadores del pacto solemnemente concluido con Dios, recordando al mismo tiempo las condiciones á las cuales estaba vinculada la prosperidad nacional.

Los terribles golpes que acababan de destruir á Hai y á Jericó, llenaron de espanto á los habitantes de Gabaon, metrópoli de algunas aldeas, y entonces la mas cercana de las poblaciones amenazadas por la tormenta de la invasion. Apelaron estos al artificio, pues algunos de ellos vinieron al campamento de los israelitas con calzados y vestidos viejos y cubiertos de polvo, llevando entre sus provisiones paues durisimos y secos. Presentáronse como mensajeros ó embajadores de un país lejano, y merced á este ardid, pudieron hacer alianza con los hebreos, poco dispuestos al parecer á usar de clemencia con los naturales del pais. Así, cuando fué descubierta la artimania, el ejército queria tratar con toda severidad y sobre todo saquear el reducido reino de Gabaon; pero los gefes hicieron respetar su palabra dada, aunque arrancada por sorpresa. Los gabaonitas pudieron salvar su ciudad, pero bajo condicion de suministrar en adelante hombres para los trabajos mas humildes y para el infimo servicio del templo. Por lo demas, esta fraccion de pueblo, perdida en medio de los conquistadores, no era mas que una excepcion insignificante del sistema general de ocupacion, y no podia comprometer seriamente, ni el plan adoptado para la conquista, ni los resultados que se esperaban en el porvenir.

Mas no por esto Gabaon se hallaba libre de todos los peligros. Entrando en pactos con el extranjero, acababa de dar un funesto ejemplo, y de abrir el camino de Jerusalem, cuyo príncipe se propuso remediar este dole mal, castigando desde luego á los que le habian ocasionado. No se atrevia á atacar á los hebreos, porque las fuerzas de la liga nacional no

se hallaban reunidas todavía; pero sostenido por algunos príncipes comarcanos, puso el sitio delante de Gaboon. Recibió Josué una diputación de sus nuevos aliados que le pedían pronto socorro. Partió en efecto á la cabeza de sus mejores tropas; y después de una marcha forzada, cayó de improviso y con vigor sobre los sitiadores. Desconcertados éstos por tan súbito ataque, no pensaron sino en huir, y diezmados por la espada, el cielo mismo se declaró contra ellos, y una gran parte murieron aplastados por una lluvia de piedras. Entonces fué cuando en el entusiasmo de la victoria, y transportado por aquel poder de sentimiento religioso que eleva al hombre á una altura inusitada, y le hace entrar en la familiaridad de Dios, Josué solicitó el tiempo para acabar en aquel día la derrota de sus enemigos, y dió órdenes á la naturaleza. "Sol, detente sobre Gaboon, esclamó, y tú luna, no adelantes sobre el valle de Aialon." Oyó la naturaleza esta palabra pronunciada por una fé enérgica, dignándose Jehová obedecer la voz de un hombre, y combatir por Israel. Porque el mundo de los espíritus es el eje á cuyo rededor gira el mundo de los cuerpos. Si esta ley no se aplica en el día de un modo mas potente y mas completo, es sin duda en razon de medidas tomadas contra los desvíos posibles de la libertad humana; mas cuando esta libertad será purificada y afirmada por la prueba y pertenecerá definitivamente á un órden de cosas mas perfecto, los espíritus ejercerán plenamente sobre los cuerpos su natural imperio. Este dominio supremo del pensamiento y esta subordinación de la materia, es lo que hace Dios resplandecer á los ojos de todos, cuando movido por una palabra de fé ó por un inspirado ruego, suspende de repente el juego regular de las fuerzas que mueven el mundo visible.

La victoria alcanzada por Josué bajo los muros de Gaboon arrastró consigo otros muchos resultados. Toda la parte meridional de Canaan fué atacada y quedó sometida en aquella primera campaña. A la verdad el caudillo hebreo no seguía un plan propio para dar estabilidad á sus conquistas: en vez de ocupar desde luego y en posesionarse de las ciudades vencidas, las abandonaba, después de haber exterminado ó puesto en fuga á sus habitantes, ya porque temiese disminuir sus fuerzas y exponer á los ataques del enemigo guarniciones diseminadas, ya porque no pudiendo satisfacer á un mismo tiempo todas sus tropas, difíciles por otra parte de conducir, temiese el despertar émulos y murmuraciones si concedía por de pronto á los unos el reposo y el solar que faltaba á los otros. Era, pues, indispensable pasear ante todo las armas triunfadoras por toda la comarca en donde pensaba establecerse; dispersar las poblaciones indígenas esparciendo sobre ellos el terror, y después de esta to-

ma de posesion en globo, proceder al repartimiento general del país, y sentarse en él definitivamente, salvo el sostener aún algunas refrigias, y comenzar tal vez de nuevo la conquista en algunos puntos. Aun cuando el resultado de estas medidas hubiese sido simplemente el poner á las dos razas un pie de equilibrio, esto era lo suficiente para asegurar el porvenir á los israelitas, cuya nacionalidad poderosamente constituida debía poco á poco destruir ó absorber los elementos puestos en contacto con ella. Y esto es lo que en realidad se vió algo mas tarde para gloria del legislador de los hebreos, pues es propio solo del genio el concluir y asegurar por medio de las instituciones, la obra por sí misma efímera de la espada. La espada por sí sola no es ni razon ni derecho; pero la razon funda el derecho, y el derecho llama á sí la fuerza, y la disciplina y la fé bajo de su imperio.

Solo un año habia empleado Josué en recorrer como vencedor el Sud de la Palestina; pero hubo menester no menos que cinco años para sojuzgar el Norte. La liga de los príncipes amenazados reunió numerosas tropas cerca las aguas de Merom, entre el lago de Tiberiades y el nacimiento del Jordan; liga que contaba mucho sobre su caballeria y sus carros de guerra. Los hebreos no tenían caballos, ó ignoraban el arte de la defensa contra aquellos carros armados de hierro cortante, á los que se arrojaban en medio de los batallones para despedazarlos ó romperlos. Josué suplió por la actividad las fuerzas que le faltaban; y después de haberse religiosamente asegurado del socorro de Dios, cayó sobre los confederados con tal violencia y tan de improviso, que no tuvieron tiempo de reunirse para presentar una seria resistencia. Pezoteó gran número de ellos, los demas, huyendo el furor de los vencedores, se dispersaron, refugiándose en las plazas fuertes que conservaban todavía.

Concluidos los trabajos de la conquista, ocupóse Josué en el repartimiento definitivo de las tierras. Algunos tribus tenían ya su lote sobre la ribera oriental del Jordan. Hombrés hábiles y experimentados recibieron la órden de recorrer el país, levantar su plano, y dividirlo en porciones de tal modo, que la menor estension fuese suplida por la mayor fertilidad; y la suerte decidió en seguida de la posicion respectiva de los doce hijos de Israel. Simeon y Judá ocuparon el Sud, teniendo á sus fronteras la Idumea y la Arabia Petrúa. Al Norte Aser y Neftali tuvieron por confines la Fenicia y la Siria. Los demas hijos del patriarca encontraron su lugar entre estos puntos extremos y entre el Jordan y el Mediterráneo. José figuró en la particion como jefe de sus dos hijos Efraim y Manases; No cupo á Levi un lote separado, como á los demas, pero se le reservaron algunos pueblos en diversos puntos de la Palestina. Cada tribu de-

bia repetir en sí misma lo que se había hecho para todo el pueblo, dividir sus tierras en tantos cantones principales como familias contaba en su seno, y subdividirlos después en porciones aplicables a los ciudadanos. Por medio de esta operación primitiva y por los reglamentos que conservaron su resultado, este reducido pueblo hebreo resolvió al nacer y cuarenta siglos atrás un problema que hace vacilar y fatiga y amedrenta el genio de las naciones modernas: favorecer la agricultura y suprimir el proletariado dividiendo la propiedad.

Gastado ya por las fatigas, mas aun que por los años, si bien era de otra parte de una edad muy avanzada, Josué murió, recomendando a sus hermanos la esacta observancia de la ley.

Sus últimas miradas pudieron, no sin satisfacción y gozo, fijarse sobre el destino providencial que acababa de llenar; los cananeos estaban vendidos para siempre; los israelitas se habían formado ya una patria; la religión veía observadas sus ceremonias; el gobierno civil y político, trazado anticipadamente por Moisés, estaba en su vigor, y la nación quedaba fundada en los elementos de una vida duradera. Y realmente la nación sentada ya sobre sus bases para en adelante, pudo conducir gradualmente sus fuerzas hácia un centro de unidad, de resistencia y de acción, tanto en lo interior como en lo esterior, y afirmarse y robustecerse hasta el punto de luchar no sin gloria contra el Egipto y la Siria. Y ella vivió de una vida propia, a pesar de las mas duras pruebas hasta el momento en que las águilas romanas le apretaron entre sus sangrientas garras, y la arrojaron desgarrada y á pedazos á todos los mercados de esclavos que poseía el imperio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A. G. G. G. G.

Sara, mujer de Tobias.

Alto y de la casa



SARA, MUGER DE TOBIAS.

Todó me causa ya el q' vir.

(36 X.)

ERA Tobias de la ciudad de Neftali, en la ría Galilea, al pie del Libano y no lejos del origen del Jordán. En tiempo de Salmansar rey de Asyria fué llevado cautivo á Ninive con las tribus que formaban el reino de Israel. Estas grandes calamidades, castigo de los errores de toda una nación, descargaban así sobre el inocente como sobre el culpable; pues que en el seno de la patria y de la felicidad, nunca incitó Tobias á sus compatriotas, los cuales corrían á tropel á los altares de los ídolos, ó iba todos los años á Jerusalem para presentar sus ofrendas al templo del Señor. Descubriase en él una madurez precoz que le impedía, aun en sus tiernos años, de correr riesgo alguno en sus acciones, y nadie observaba la ley con mas fidelidad. Adulto ya, casó con una muger de su misma tribu, que se llamaba Ana, de la cual tuvo un hijo, á

quien puso su propio nombre; y le educó en el amor del Señor y en el temor del pecado. Entre los rigores del destierro y del infortunio, nunca dejó la senda de la verdad: abstuvose de manjares prohibidos, y tuvo siempre presentes los divinos preceptos. Así permitió Dios que el vencedor le mirase con ojos propicios, dejándole una lata libertad y honrándole con su confianza, de la cual se aprovechó Tobías únicamente en beneficio de sus hermanos, á los cuales daba saludables avisos y socorros eficaces y multiplicados. Entre otras de sus buenas acciones en Rages, ciudad de la Media, prestó un día diez talentos de plata á un hombre muy indigente que tenía por nombre Gabelo.

Sulmaisar habia muerto, y Sennaquerib su hijo se mostró cruel hacia los cautivos, acabando de exasperarle la completa destrucción de su ejército junto á los muros de Jerusalem. Hizo dar la muerte á muchos judíos; y era espedita tambien la orden para matar á Tobías, conocido en Nínive por los cuidados que prodigaba á sus desgraciados compatriotas. Tobías, despojado de todo, huyó con su hijo y su muger, y como era generalmente amado á causa de sus bellas cualidades, y de su bondadoso corazón, encontró medio para ocultarse y sustraerse á la muerte que le amenazaba. Pero esta prueba no fué duradera. Peroció Sennaquerib á manos de sus hijos conjurados, y bajo el reinado de Assaraddon, el nuevo rey, Tobías volvió á entrar en su casa y en el goce de sus bienes. Tomó otra vez sus antiguos hábitos de beneficencia, á pesar de los peligros que habia que temer. Y en una fiesta religiosa y solemne entre los judíos, hizo preparar un gran convite, y habló así á su hijo: "Vé y tráeme aquí algunos de nuestra tribu temerosos de Dios y necesitados, y comenán con nosotros." Obedeció el joven, y á la vuelta le dió noticia que el cadáver de un israelita estaba tendido en la calle sin sepulcro. El padre, mas solícito de cumplir con los deberes de la caridad, que de probar un bozando, corrió á donde se hallaba el cadáver, y le ocultó en su casa para enterrarlo secretamente después de puesto el sol. Sentóse luego á la mesa; pero lloraba y temblaba porque le vivieron á la memoria aquellas palabras del Señor: "Vuestros días festivos, y los que se convertirán en desolación y en luto." Y lo que practico en esta ocasión lo hacía con frecuencia, á pesar de la prohibición del rey y de las increpaciones de sus parientes.

Pero una novena y dura aflicción vino á añadirse á todas las demás. Fatigado un día por los socorros que prestaba á sus hermanos, se echó junto á una pared y quedóse dormido. Casualmente un poco de estiércol de un nido de golondrinas cayó sobre sus ojos y le cegó. Envío Dios esta tribulación á Tobías, á fin de que la paciencia, así como la caridad

de su servidor, fuesen un ejemplo para la posteridad, como lo fué el pacientísimo Job, el hombre de los dolores y de los sufrimientos. Firme por esto en sus convicciones, no se dejó abair por su infortunio, ni acobardar por los dichos ni ultrajes de los otros, pues tambien tuvo que sufrir como Job los reproches de sus amigos y de su familia. "Donde está, le decían, el fruto de tu esperanza con la cual repartías limosnas y enterrabas los muertos?" Tobías les respondia con mansedumbre: "No, habléis así, puesto que nosotros somos los hijos de los santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar á los que guardan una fidelidad inviolable." Ni aun su propia muger se abstena de arrostrarle sus buenas obras con indiscrecion y dureza. Todos los días iba á trabajar fuera de casa, y traia el sustento que podia ganar con el trabajo de sus manos. Sucedió un día que, recibiendo ella un cabrito de leche, le trajo á su casa. Así que oyó Tobías el balido, dijo: "Mirad que no sea acaso hartado: restituídele á sus dueños, porque no es licito el comer ni aun tocar cosa robada." Añá se puso entonces irritada y le respondió: "Bien claro se ve ahora cuán vana era tu esperanza, y de qué han servido tus limosnas." Y con tal aspereza le trataba muy á menudo; pues los genios vivos y débiles se exasperan con los largos padecimientos. Echase de ver que Tobías se hallaba á la sazón reducido á la pobreza, y de ello toma pretexto la muger para atribuir aquel infortunio á las abundantes limosnas que hacia antes su esposo; pero, como advierten algunos espositores, la limosna no empobrece cuando se practica con discrecion; y mas bien la pobreza de Tobías podia provenir del tiempo en que Sennaquerib tuvo confiscados sus bienes.

Tobías empero, por todas partes agobiado, se puso á rogar á Dios con lágrimas y suspiros. "Justo eres, Señor, y justos son todos vuestros juicios, y todas vuestras sendas no son sino misericordia, verdad y justicia. Acordaos ahora de mí, oh Señor, y no toméis venganza de mis pecados: no os acordéis de mis faltas y de las de mis padres. Porque violamos vuestros preceptos, hemos sido abandonados al saqueo y á la muerte, y hemos venido á ser la fábula y el escarnio de todas las naciones testigas de nuestra dispersión. . . . Haced, Señor, ahora de mí lo que fuere de vuestro agrado: mandad que sea recibido en paz mi espíritu, porque mejor me es ya morir que vivir." Un desaliento como se había apoderado del corazón de Tobías: la existencia le parecia una carga insuportable.

Y al mismo tiempo una súplica casi semejante partia de otra alma profundamente afligida; pues este mundo no es mas que el vasto imperio del dolor: pocos ejemplos se encuentran de una alegría inalterable; y si aplicando el oído hácia la tierra, escuchamos en los gritos que de ella se

levantan, vendrá á resonar tristemente en nuestro corazón angustiado y deshecho un concierto universal de lamentos y de llantos. Había pues en Rages, ciudad de la Media, una jóven judía llamada Sara, cuyo padre tenía por nombre Raguel. Había tenido siete esposos sucesivamente, y todos habían muerto en la misma noche de su enlace, ahogados por el demonio Asmoden, el cual tiene bajo de su imperio á los hombres que se abandonan sin freno á sus groseros instintos. Pues así como el hombre gobierna las criaturas inferiores, e imprime á la materia el sello de su inteligencia y de su libertad, del mismo modo recibe una impulsión del mundo superior, y su cuerpo y su alma sienten la secreta influencia de los ángeles, puros espíritus, de los cuales unos habitan en las regiones de la luz y aman el bien en que gozan, mientras que otros habitan las tinieblas y aman el mal en que se complacen con una alegría feroz y desesperada.

Cierto día la infortunada Sara, incerpaba por alguna falta á una de las criadas de su padre: y responsable ésta con la mayor insolencia y dureza: "Nunca jamás veamos entre nosotros sobre la tierra hijo ni hija nacido de ti; homicida de tus maridos! ¿Quieres tú acaso matarme también á mí, como ya has hecho con siete maridos!" Sara moströse estremamente sentida de tan injuriosas palabras: retiróse á su aposento, en el cual pasó tres días y tres noches sin comer y sin beber, á fin de mover á Dios con esta penitencia. Perseveraba en la oración, conjurando así las maldiciones pronunciadas contra ella, y esforzándose en desviar de sí el opróbrio que pesaba sobre aquellos matrimonios. Y al tercer día, por fin, concluyó su oración con estas palabras: "Bendito sea tu nombre, ¡oh Dios de nuestros padres! que después de tu enojo, pasas á la misericordia, y perdonas sus faltas á los que te invocan en el tiempo de la tribulación. A ti, Señor, vuelvo mi rostro, hácia tí levanto mis ojos fatigados. Ruegote, Señor, con toda la fuerza de mi corazón, que ó bien me libres de este lazo de infoprobio, ó á lo menos me saques de este mundo. . . . Bien sabes, Señor, que nunca me he mezclado con los locos alegrías del mundo, ni me comuniqué con gente liviana. Y si consenti en tomar marido, fúe por tu santo temor, y no por afecto sensual. Así que, ó yo soy indigna de los esposos que se me dieron, ó ellos quizá no fueron dignos de mí, porque tú tal vez me tienes reservada para otro esposo: pues no está en poder del hombre el penetrar tus designios. Mas el que te adora sabe bien que después de las pruebas de esta vida, será coronado, y si estuviere en tribulación será librado, y después del azote de tu castigo, alcanzará misericordia. Porque no te complaces tú en nuestros males, puesto que después de la tempestad envías luego la bonanza, y

tras las lágrimas y suspiros infundes el júbilo y el placer. ¡Oh Dios de Israel! bendita sea para siempre tu santo nombre."

El supremo Dios escuchó desde las alturas de su gloria los ruegos de Tobias y de Sara, y fueron atendidos. El ángel Rafael, cuyo nombre significa *medio celestial*, revestido de una forma humana, vino á curar á los dos aflijidos. Pues aunque Dios pueda obrarlo todo en todas las criaturas por la sola eficacia de su querer omnipotente, y derramar desde luego sobre ellas los dones de su munificencia divina; con todo, gobierna los seres y los mantiene el uno por el otro en las relaciones de una sabiduría y perfecta gerarquía: los mas elevados protejen á los inferiores, y estos ayudan y dirijen á los mas humildes; porque el poder supone y reclama la protección y el sacrificio en favor de otro, y no se manda sino para servir. Ved ahí por qué aquel que preside debe temperar el brillo y la fuerza de su superioridad á fin de hacerse accesible y útil á aquellos que rige. Y el ojetto final de esta ley es el reunir todas las naturalezas racionales hácia un centro de amor mútuo, por la necesidad de un comercio recíproco y de una saludable concordia, pues el orden y la armonía, vienen del amor y vuelven á conducir á él. Así es como Rafael fué enviado á Tobias y á Sara, y tomó la forma de hombre para socorrer criaturas humanas.

Tobias, que habia invocado á la muerte, creyó que Dios iba efectivamente á llamarle á sí; y por esto llamó á su hijo, y expresándole su última voluntad, dijo: "Escucha, hijo mio, las palabras de mi boca, y sientelas como por cimiento en tu corazón. Luego que Dios haya recibido mi alma, dá sepultura á mi cuerpo. Honrarás á tu madre todos los días de tu vida, porque debes tener presente lo que padeció y á cuántos peligros se espuso llevandote en su seno: y cuando haya terminado la carrera de su vida, la enterrarás junto á mí. Acuérdatote de Dios todos los días; guárdate de consentir jamás en pecado, y de quebrantar los mandamientos del Señor. Haz limosna de lo que tengas, y no vuelvas las espaldas á ningún pobre, y así conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro. Sius, pues, caritativo en cuanto puedas; si tienes mucho, dá con abundancia, si tienes poco, dá poco, pero da buena gana. Pues con esto te merecerás una gran recompensa, por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna, y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno." Despues de haber recomendado también á su hijo el amor de la pureza, de la justicia y de la sabiduría, añadió: "Te presento también, hijo mio, que siendo aún tú niño, presté diez talentos de plata á Gabelo de Rages, ciudad de los Medos, y tengo su recibo en mi poder. Procura, pues, buscar modo como vayas allá recobrando dicha

cantidad y devolviéndole su recibo." Y como esta era al parecer toda la fortuna que dejaba Tobias, añadió: No por esto te aflijas, hijo mío: verdad es que somos pobres, y pasamos la vida estrechamente; pero tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, obrando solamente el bien." Tales fueron las instrucciones de este anciano, recogido en un grave pensamiento de religión, y penetrado de un sentimiento de tierna solicitud hacia los que dejaba sobre la tierra; monumento de sencillez, de dignidad y de fé, estas palabras merecen ser recordadas por todos los padres, y servirles de inspiración en el momento supremo en que dejan para siempre á los objetos mas caros á su corazón.

El joven Tobias respondió á su padre: "Cumpliré, padre mío, todo cuanto me habeis mandado." Manifestó sin embargo algunos temores sobre la posibilidad de encontrar á Gabelo, y de hacer solo el viaje de Rages. "Busca, replicó el padre, algun hombre fiel que vaya contigo pagándole su salario, para que cobres esta cantidad mientras yo vivo todavía." Saló, pues, Tobias de casa, encontró un joven de gallarda presencia que estaba como en traje y ademan de viajar. No pudiendo sospechar Tobias que fuese un ángel del Señor, le saludó y le dijo: "De dónde eres, buen mozo?" A lo que respondió el desconocido: "Soy uno de los hijos de Israel."—¿Sabes tú, prosiguió Tobias, el camino que conduce al país de los Medos?"—"Sí, por cierto, respondió, y muchas veces he cortado aquellos caminos, y he me hospedado en casa de Gabelo, nuestro hermano, que habita en Rages, ciudad de los Medos, situada en las montañas de Ecbatana." Fue Tobias á ponerlo todo en noticia de su padre, el cual, admirado de un tal encuentro, mandó al extranjero, rogándole que entrase en su casa. Al entrar en ella, saludó al anciano, de señalando larga alegría; mas respondió Tobias: "¿Qué alegría puede haber para mí, que me siento en la obscuridad, y que no puedo ver la luz del cielo?" Y replicó el joven: "Buen ánimo, que no tardará Dios en curarte." Despues le prometió conducir á Rages á su hijo Tobias, y volver acompañado con él. El anciano le preguntó de qué tribu y de qué familia era; y contestó el desconocido: "¿Quieres tú indagar de qué linaje sea el servidor que ha de acompañar á tu hijo; ó te basta informarte de su persona? Mas para no ponerte en cuidado, sepas que yo soy Azarias, hijo del grande Ananías." El ángel habria tomado sin duda la figura de Azarias, y este nombre, que significa *socorro de Dios*, expresaba perfectamente la misión del enviado celeste. Hechos ya los preparativos, y habiéndose dado todos el adios de despedida, los dos viajeros se pusie-

ron en camino, siguiendo sus pasos el perro como guarda fiel de sus personas.

Apenas hubieron partido, cuando Ana se puso á llorar, diciendo: "Tú nos has enviado lejos el báculo de nuestra vejez. ¡Ojalá nunca hubiese habido en el mundo tal dinero, que ha sido la causa de enviarte! En medio de nuestra pobreza, podíamos tenernos por ricos al ver á nuestro hijo."—"No llores, respondió el anciano, nuestro hijo llegará sano y salvo á nosotros, y tus ojos le verán, porque yo creo que el buen ángel de Dios le acompaña, y cuida de todo lo perteneciente á él, á fin de que vuelva con gozo á nuestra casa." Estas palabras calmaron el llanto de la madre, que cesó de llorar y de lamentarse.

Entretanto los viajeros llegaron á las márgenes del Tigris, en donde pasaron la primera noche. Saló el joven Tobias á lavarse los pies al río y hé aquí que salió un enorme pescado y le acometió. Desparavido el joven dió un grito, y reclamando el auxilio de su conductor, exclamó: "¿Señor! ¿que me embiste!" Y le dijo éste tranquilizándole: "Agarrate de las agallas, y tirale hacia tí." Así lo ejecutó el mozo: sacó arrojando fuera del agua, y el enorme pescado empezó á palpitar á sus pies. Ordenóle en seguida que guardase el corazón, la hiel y el hígado del animal, añadiendo que aquellas visceras eran necesarias para útiles medicinas. Así lo hizo Tobias, sirviéndoles el pez para el alimento que necesitaban hasta llegar á Rages, y preguntado el joven á su guía "Hermano mío Azarias, ¿para qué serán buenas esas entrañas de pez que me has mandado guardar?" Contestóle que para ahuyentar todo género de demonios y para curar la ceguera. La mañana siguiente continuaron su camino, que duró algunos días; y al entrar en Ecbatana, dijo Tobias á su compañero: "¿Dónde quieres que nos alojemos?" Y respondió éste: "Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo y de tu tribu, el cual tiene una hija única, llamada Sara. A ti toca toda su hacienda, y tú debes tomarla por mujer. Fídelo, pues, á su padre, y él te la dará por esposa." "Tengo entendido, replicó Tobias, que se ha desposado sucesivamente con siete maridos, y que han fallecido todos, y sus posesiones parecen un demonio los ha ido matando. Temo, pues, que á mí me suceda lo mismo; y siendo como soy hijo único de mis padres, no he de emargará su vejez, y no los precipito al sepulcro." Entonces Rafiel le dió á conocer quiénes fuesen aquellos hombres sobre los cuales tenia potestad el demonio; que aquella desgracia solo alcanzaba á hombres groseros, que sin pensar en Dios, solo se entregaban á sus brutales instintos, y que se podia muy bien evitar por medio de la oración, y por la pureza de las intenciones, llevando en el matrimonio el fin de conseguir

en los hijos la bendición propia del linaje de Abraham. Porque las calamidades son siempre la compensación de alguna falta, y se les puede conjurar por medio de la santidad de la vida. Y en efecto, es dado al hombre el remontarse por la virtud á la altura de donde descendió por el crimen, volviendo de este modo á tomar y ejercer sobre las fuerzas enemigas que le combaten una parte de su antiguo imperio, y por consecuencia volver al seno de la turbada naturaleza alguna imagen de la paz y de la armonía primitivas.

Rafael y Tobias entraron pues en casa de Raguel, el cual les recibió con alegría aun antes de conocerlos. Y así que puso sus ojos en Tobias, dijo á Ana su mujer: "Cuán parecido es este jóven á mi primo hermano Tobias!" Y dirigiéndose despues á sus huéspedes les preguntó: ¿De dónde sois, oh jóvenes hermanos nuestros?" "Somos, le respondieron, de la tribu de Neftali, de los cautivos de Ninive." "¿Conocéis repaso Raguel, á Tobias mi primo hermano?" "Le conocemos," respondieron ellos. Y como Raguel dijese de él muchas alabanzas dijo le ángel: "Ese Tobias de que hablas es el padre de este jóven." Entonces Raguel le echó los brazos, besóle con lágrimas de gozo, y sallozando sobre su cuello dijo: "Bendito seas tú, hijo mio, que eres hijo de un hombre de bien, de muy elevada virtud." Y su mujer y Sara su hija, conmovidas de ternura, prorrumpieron también en llanto. ¿Son tan dulces las afecciones de familia, y hay tanto lugar para las tiernas emociones en el corazón de los desterrados!

Despues de algunos momentos de conversacion, Raguel hizo matar un carnero, y preparar un convite para los viajeros. Y como les instase á sentarse á su mesa, le dijo Tobias: "No comeré ni beberé hoy aquí, si primero no me otorgas mi peticion, prometiendo darme á Sara tu hija." A estas palabras conturbado Raguel, y estremecido al pensar en la muerte de los siete maridos, temia para su pariente un fin tan trágico, y en su perplejidad, guardaba silencio. Pero el ángel calmó su sobresalto acerca los destinos de Tobias. "No temas dársela, dijo, porque á éste que tome á Dios es á quien debe darse tu hija por muger, y por esta misma razon oíngan otro ha merecido tenerla." Consintiendo, pues, Raguel en cumplir los deseos de Tobias, exclamó: "No dado ya que Dios habrá dejado de subir hasta él mis oraciones y mis lágrimas, y creo que por esto os ha traído á mi casa, á fin de que mi hija reciba esposo de su parentela, segun la ley de Moisés. Por tanto, está seguro que yo te la daré." Y tomando la mano derecha de Sara la juntó con la derecha de Tobias, diciendo: "Qué el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el

Dios de Jacob, sea con vosotros; que él mismo es una, y se cumpla en vosotros su bendición." Formalizaron en seguida la carta matrimonial, y celebraron un convite dando gracias y bendiciones al Señor que habia enviado á las dos familias una inesperada felicidad.

Llegada la tarde, introdujo Ana á su hija Sara en el aposento nupcial que tenia ya preparado á invitacion de su esposo Raguel: pero la recién desposada, trayendo á la memoria sus pasadas desgracias, no pudo contener el llanto, temblando de que el júbilo de aquel dia no fuese seguido la mañana siguiente de una amarga tristeza y de un nuevo luto. Pero su madre se esforzó en calmar su agitacion, diciéndole: "Ten buen ánimo, hija mia: el Señor del cielo te llena de gozo, despues de tantos disgustos como has sufrido." Concluida la cena, el jóven fué conducido al aposento de su esposa. Fiel á las ordenes de su conductor Tobias, en la cámara nupcial puso sobre ascua y redujo á cenizas el corazón y el ligado del pescado que conservaba. Y el espíritu celeste encadenó al ángel maligno, y le arrojó lejos de allí librando de su furor á los dos esposos. Y Tobias consoló á la doncella, exhortándola á pasar tres noches en oracion para conjurar todo peligro. Y él mismo se puso tambien á rogar, invocando con pureza de corazón al Señor Dios de sus padres, invitando á que le diesen gloria todas las criaturas, y confiando que, pues habia hecho á Adán del lodo de la tierra y lo habia dado á Eva por esposo, bendijese su union, siendo como era autor y árbitro de todas las criaturas y gobernando á su voluntad la natural energia de ellas, ya dejándolas en libertad, ó ya reteniéndolas cautivas. Por su parte decia Sara: "Tened misericordia de nosotros, Señor, tened misericordia de nosotros, y haced que uno y otro lleguemos en salud hasta la vejez." Raguel, sin embargo, estaba en grande sobresalto, y antes del canto de los gallos habia mandado ya preparar sepultura para el esposo de su hija. Inquieta y en la mas amarga incertidumbre, dijo á su muger: "Envia á una de tus criadas para ver si ha muerto nuestro hijo, y para que podamos enterrarle antes de amanecer." Y en efecto envió ella una de sus criadas, la cual volvió con la noticia de que estaban los dos esposos sanos y salvos, y entregados á un tranquilo sueño. Y en su piadoso reconocimiento los dos esposos padres, exclamaron: "Alabanzas te sean dadas, ¡oh Señor Dios de Israel! porque no ha sucedido lo que temíamos; sino que nos has derramado con larga mano tu misericordia, y has arrojado lejos de nosotros al enemigo que nos perseguía, compadeciéndote de estos dos hijos, única esperanza de sus padres. Haz, Señor, que te bendigan ellos siempre mas y mas, y te ofrezcan un justo tributo de alabanza, consagrándote su buena salud, para que sepan todos los pueblos que no

hay otro Dios que tú en el universo." Y realmente, por una disposición de Dios, Asmodeo no había podido ejercer sobre Tobías su funesto poder venido y encadenado por Rafael. Los ángeles buenos dominan á los malignos espíritus por una autoridad que tan presto despliegan al momento y de una manera invisible, tan presto la ejercen mediante objetos corporales y sensibles. Y en aquella sazón el humo que se exhalaba del corazón y del hígado del pescado puestos sobre carbones encendidos, era un símbolo de que las perversas influencias de Asmodeo quedaban disipadas y destruidas.

No sabiendo Raguel en sí mismo de júbilo, mandó preparar un convite, al cual llamó para acompañarle á sus vecinos y amigos, haciendo prometer á Tobías que se quedaría con ellos dos semanas. Dióle en seguida la mitad de todos sus bienes, y declaró con solemne escritura que después de su muerte pasase á su yerno la otra mitad.

Tobías no olvidaba el fin primitivo de su viaje, que era el ver á Gabelo, y después de haber estado á su fiel compañero mil acciones de gracias, llegado á decirle y con razón: "Aun cuando me diese yo á ti por esclavo, ni pagaría tus buenos oficios;" le suplicó que fuese á Raguel á encontrar á Gabelo, recordarle su deuda, y traerlo después consigo á las bodas: "Porque tú ya sabes, amigo, que mi padre está contando los días uno por uno, y si tarda un día más, le tendré en continua aflicción y zozobra. Ves también cómo me obliga Raguel á permanecer algo más en su casa, y yo no puedo faltar á mis promesas." Azarcas pues tomó cuatro criados y dos camellos, y se dirigió á Bages, en la Media, y encontrando á Gabelo, cobró de él todo el dinero, devolviéndole la obligación. Le hizo saber de cuanto había sucedido al joven Tobías, y acompañó á las bodas. Grande fué el gozo de Gabelo al llegar á la casa de Raguel. encontraron á Tobías sentado á la mesa, el cual levantándose al momento, se besaron mutuamente, y lloró Gabelo de alegría, al estrechar en sus brazos al hijo de su bienhechor, desahuciándose en alabanzas á Dios, y en vivos y sinceros deseos para la felicidad del hijo de su joven amigo. ¡Qué cuadro tan tierno e interesante el de esta familia dichosa bajo las alas de Dios, mezclando siempre en sus santas alegrías el nombre del Señor que presidía sus festines y derramaba un puro gozo en sus corazones! Así es como se puede ser feliz sobre la tierra; si no con complemento de felicidad, á lo menos con aquella paz interior de que disfruta el que posee á Dios, para quien hasta las penas tienen también sus gozos, y en sus inocentes placeres goza sin mezcla de amargura, porque su corazón es una fiesta continua.

Pero mientras en Ecabata desahucabanse los días prefijados en fiestas

y regocijos, estos mismos días pasaban en Ninive largos y tristes para los padres de Tobías, que estaban con la mayor inquietud y zozobra por la tardanza de su hijo. "¿Cuál será, decía el afligido padre, la causa de esta tardanza, ó por qué se habrá detenido allí? ¿Si habrá muerto Gabelo, y no hay quien le vuelva el dinero?" Entregose, pues, á una profunda tristeza, y Ana su muger cayó en el desaliento. Mezclaban, pues, sus lágrimas en la amargura de su alma, y su inconsolable madre prorumpía en estas sentidas quejas: "¡Ay de mí! ¡ay hijo mío! ¿para qué te hemos enviado á lejanas tierras, luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra prosperidad? ¡Ah! teniéndolo todo junto en ti solo, no debíamos alejarte de nosotros." Tobías; empero, le decía: "Calla, no te inquietes, que nuestro hijo lo pasa bien: es muy fiel el varón con quien lo enviamos." Pero nada podía calmar las inquietudes de la pobre madre: salía diariamente, mirando á lo lejos y por todos lados, é iba recorriendo todos los caminos por donde podía venir su hijo, esperando descubrirle á cada instante. Así obra la ternura, ingeniosa en atormentarse: recorre con la imaginación las distancias que la separan del objeto amado; sueña en peligros quiméricos, se asusta, se consuela, y suspende sus alarmas para entregarse á ellas de nuevo. Parece que quiere medir su energía con la grandeza de los temores y de las esperanzas que se dá, ó bien que sus inquietudes y sus esfuerzos pueden apresurar la vuelta de los ausentes, y prevenir los peligros que les amenazan. Y en efecto, aquellos á quienes puede alcanzar la pena, ¿por qué no han de tener en cuenta los recuerdos y lúidos de corazón de los que les aman? ¡Oh amor! ¡deleitación inesplicable del pecho humano, que te haces desear y sentir mucho más por lo que obligas a sufrir que por lo que das á gozar!

Como si Raguel hubiese sospechado las zozobras y temores que agitaban á la familia de Ninive, quería informarla por medio de un mensaje del buen estado del joven Tobías, el cual, de este modo, hubiera podido permanecer por mas largo tiempo en Ecabata. Pero le respondió Tobías: "Yo sé que mi padre y mi madre están ahora contando los días, y que su espíritu vive oprimido de una continua tortura." No pudiendo, pues, de modo alguno vencer la resistencia de su yerno, entregóse su hija Sara con la mitad de lo que poseía en esclavos, esclavas, ganados, camellos y vacas, y en una gran cantidad de dinero, y le dejó ir de su casa sano y alegre, diciéndole: "El santo ángel del Señor os guie en vuestro viaje, y os proteja y os conduzca sanos y salvos, y podáis hallar en próspero estado á vuestros padres y á todas sus cosas, y puedan mis ojos ver á vuestros hijos antes de morir!" Dicho esto Raguel y su mu-

ger, abrazaron á su hija y la dejaron ir amonestándola que honrase á sus suegros, amase al marido, cuidase de su familia, gobernase la casa, y se portase de un modo irreprochable. Ved ahí una familia cristiana; ved ahí un brillante crepúsculo del día del Evangelio, y las virtudes y puras afecciones con que la ley de amor santificó la familia, practicadas y realizando ya de antemano en estas dos casas de justos, antes que hubiese aparecido sobre la tierra el que es el camino, la verdad y la vida.

Posición en marcha, y en once días hicieron ya la mitad, llegando á Carán, y entonces propuso el ángel al joven Tobias el adelantarse los dos, siguiéndola poco á poco detras la esposa, con los criados, animales y ganados. Y habiendo accedido Tobias á esta medida, para calmar mas presto la ansiedad de sus padres, añadióle aquel: "Trae contigo la hiel del pez, porque será necesaria." Y despues le dijo tambien: "Al punto que entres en tu casa, adora en seguida al Señor Dios tuyo, y despues de haberle dado gracias, acércate á tu padre y besale, y al momento unge sus ojos con esta hiel de pez que contigo traes, porque has de saber que luego se le abritán, y verá tu padre la luz del cielo, y se llenará de júbilo con tu vista." Continuaron pues su ruta. Entretanto Ana iba todos los días á sentarse cerca del camino en la cumbre de una montaña, desde donde pudiese estender su vista por un vasto horizonte. Buscaban sus ojos al viajero por la dirección de la Media, cuando al fin le divisó desde muy lejos, y lo reconoció. Saltando de gozo corrió apresurada á su marido para darle la nueva feliz. "¡Mira que viene tu hijo!" El perro que habia seguido á su joven dueño, echó á correr delante, y como si se apresurase á llevar la noticia, meneando su cola, y llenando de vivas caricias á los dos viejos: tal fué su manera de anunciar la alegre llegada. Levantóse Tobias, y á pesar de su ceguera, asegurándose del camino con los pies, arriésgase á correr, sin pensar en el peligro de caerse; dá despues la mano á un criado, y sale al encuentro de su hijo. Llegada esta, abrazáuse los dos, y besándose mil veces, y con lágrimas de júbilo, no acertaban á hablar, porque las grandes alegrías se parecen tambien al dolor en la opresion del pecho, y en el llanto de los ojos. Todos juntos adoran á Dios, como si estuviere allí entre ellos, y participase del júbilo general. Sentados que fueron y reparados algun tanto de la impresion primera, Tobias se acerca á su padre y le unge los ojos con la hiel, movido por el mas vivo sentimiento de piedad filial. Y despues de media hora de espetar, desprendiéndose del órgano lesionado una piel blanca semejante á la rallilla del huevo, y el anciano recobró la vista. Asombrados todos del prodigio, y añadiéndose un nuevo gozo á su corazón inundado ya de alegría, adoran otra vez al Señor, y le dieron gracias por

el nuevo beneficio todos los que presentes se hallaban que eran amigos y conocidos de los ancianos esposos. Y sobre todos el viejo Tobias no se veia satisfecho de alabar al Señor. "Bendígote, repetía mil veces, bendígote, Señor Dios de Israel, porque tú me has enatigado y me has curado, y veo ya á mi hijo Tobias." El reconocimiento á Dios en nuestros prósperos sucesos es una nueva felicidad. Los hombres que en sus prosperidades no ven mas que un golpe del acaso, no son por cierto tan felices, como los que miran y adoran la mano paternal que dispensó el beneficio.

Siete días tuvieron que transcurrir aún hasta la llegada de Sara, que á causa del numeroso ganado que en dote llevaba, tuvo que andar con mucha lentitud. Además la acompañaban los criados y criadas, y llevaba tambien el dinero que habia recibido de su padre, junto con la suma que Gabelo habia devuelto. Renováronse los abrazos, aumentóse el júbilo con la llegada de la nueva esposa de su hijo, y el corazón de aquellos virtuosos padres, pasaba de un gozo á otro gozo, como si el cielo detenido sobre su casa lloviese en ella nuevos beneficios. El joven Tobias se complació en referir los muchos que de Dios habia recibido por medio de aquel varon que le habia servido de guía, sin omitir ninguna de las particularidades del viaje, y sobre todo, los afectuosos cuidados que le habia prodigado Azarías.

Entonces el viejo Tobias llamó aparte á su hijo, para saber qué recompensa debia ofrecerse al fiel extranjero, y no hallaron medios suficientes para retribuirle como correspondia. "¿Qué podremos darle, decía el hijo, que sea proporcionado á tantos favores? El me ha llevado y traído sano y salvo, el mismo en persona cubrió el dinero de Gabelo: el me ha proporcionado esposa y ahuyentó de ella el demonio, llevando de consuelo á sus padres; asimismo me libró del pez que iba á tragarme, ha hecho ver á tu luz del cielo, y hemos sido colmados por el de toda especie de bienes." Conviniéron, pues, padre e hijo en ofrecerle la mitad de todo su haber. Llámáronle aparte y comenzaron á rogárle que se dignase aceptar la mitad de todo lo que habian traido. A esta proposicion respondió el ángel elevando el pensamiento de sus interlocutores hacia Dios, remunerador de las buenas obras: "Benedicid, les dijo, al Dios del cielo, y glorificadle delante de los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia: porque así como es bueno tener oculto el secreto confiado por el Rey, es muy loable el celebrar y publicar las obras de Dios." Y despues de haber honrado con elogios la oracion y el ayuno y la limosna, contra los que cometen la iniquidad les dijo: "Por tanto, voy á manifestaros la verdad, y no quiero encubrirlos por mas tiempo lo qu

ha estado oculto. Cuando tú orabas con lágrimas, dijo después dirigiéndose al padre, y enterrabas los muertos dejando tu descanso, y escondías los cadáveres en tu casa durante el día y les dabas sepultura por la noche, yo presentaba al Señor tus oraciones. Y por lo mismo que te hacías agradable delante de Dios, preciso fue que pasases por la prueba de la tribulación. Y ahora el Señor me ha enviado para curarte á ti, y librar del demonio á Sara, esposa de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus que asistimos delante del Señor." A estas palabras turbados y temblando Tobias y su hijo, cayeron en tierra sobre su rostro. Pero el ángel les dijo: "La paz sea con vosotros; no temáis. Por voluntad de Dios ha estado entre vosotros, y aunque parecía hacer vida de hombre, me sustentaba de un alimento invisible. En ese tiempo de que me vuelva al que me envió: vosotros empero, bendecid al Señor, y publicad todas sus maravillas." Y dicho esto, desapareció.

Prodigios tan sorprendentes y consoladores al mismo tiempo no pudieran dejar de conmover profundamente al virtuoso anciano; y como si la vista que acobarda de recobrar hubiese sido el símbolo expresivo de una iluminación interior, arrojó una estensa mirada sobre los tiempos futuros, y anunció en un cántico sublime el restablecimiento de Jerusalem, figura del establecimiento de la Iglesia cristiana.

Grande eres, ¡oh Señor! y tu grandeza
Por la infinita eternidad se mide:
Tu reino durará todos los siglos,
¡Oh arbitro de los mundos! ¿Quién resisto.
Tu diestra poderosa? Ora tú hieres,
Ora das la salud; al hombre triste
Le conduces al fondo de la tumba,
Para que en pos alegre resucite:
Tu inmensidad inunda los espacios;
Nadie de tu poder puede evadirse.
Loa dad al Señor, de Israel hijos,
Ante todas las gentes bendecible,
Pues os ha derramado sobre el globo
En medio de los pueblos y gentiles
Que no conocen su poder supremo,
Para que vuestros labios lo publiquen,
Refiriendo sus altas maravillas
Y dando á conocer que nada existe
Sino por él, que él solo es el Potente,

El inmenso, el que todo lo dirige.
Si por nuestra maldad su justa mano
Sobre nosotros descargó terrible,
Por su bondad nos salvará, y clemencia.
Considerad, vosotros que lo visteis,
Cuánto hizo por nosotros: dadle gloria,
Dadle gloria sin fin, pero servídle
Con temor y temblor, y con las obras
Sus beneficios ensalza humildes....
Yo desde mi angustioso cautiverio
Probaré darle gloria en lo posible,
Porque sobre una raza pecadora
Hizo ostencion de su poder insigua,
Y de su Majestad. ¡Oh pecadores!
¡Oh pechos obstinados é infelices!
Convertíos á él, obrad justicia.
Delante del Señor, que inextinguible
De su misericordia el raudal puro
Derramará en vosotros. ¡Ay, oíde!
Yo en tanto pondré en él mi regocijo,
El el placer será de mi alma triste.
Benedicid al Señor todos vosotros;
Sus escogidos sois: alegres brillen
Para vosotros los hermosos días
Y sin fin alabadle y bendecidle.
¡Salem! ciudad de Dios, por tus maldades
Dios te castigará, pues no permite
Que quede impune la maldad: con todo
Glorifica al Señor, y le bendice.
Por los favores mil que de su mano
Olvidada é ingrata recibiste,
Para que en ti piadoso, su querido
Tabernáculo santo reedifique,
Y todos los cautivos te devuelva
Que ora privados de tu vista gimen;
Y por siglos de siglos ensalzada
En tu angusto esplendor te regocijes,
Y brillarás con luz resplandeciente
Y de la tierra en todos los confines
Adorada serás. A ti lejanas

Las naciones vendrán para rendirte.
 El homenaje de sus ricos dones,
 Y en tí el Señor adorarán humildes,
 Y tu tierra feliz tendrán por santa
 Porque del Dios que tus destinos rige,
 Dentro de tí podrán el grande nombre
 Sumisos invocar. Rayo terrible
 De maldición caerá sobre de aquellos
 Que osaren despreciarte ó maldecirte:
 Dios los condenará como blasfemos:
 Pero los que tus casas redifiquen
 Serán de Dios benditos. En tus hijos
 Te gozarás, Jerusalem felice,
 Pues sobre todos, en la fé enlazados,
 Cual rocío celeste é invisible
 De Dios la bendición derramarase.
 Serán afortunados y felices
 Aquellos que te amaran, ciudad santa.
 Y por verte dichosa y apacible
 Sienten contentos y júbilo. ¡Alma mía!
 A Nuestro Señor Dios sin fin bendice,
 Porque á Salem de sus angustias fieras
 En sus piedades ha dejado libre.
 Dichoso seré yo, feliz mil veces
 Si algún vástago hubiere de mí estirpe
 Que ver lograra el esplendor y gloria
 Con que Salem ha de brillar: matices
 De locientes zafiros y esmeraldas
 Adornarán sus puertas, y rubies
 Y piedras preciosas en sus muros
 Engastadas la harán apetecible:
 Reflejarán sus blancos enlosados,
 Y en todo su recinto mil clarines
 Acompañar se oirán los aleyuas
 Que sus vecinos cantarán felices.
 Loor al sumo Dios que le ha ensalzado
 Sobre todos los pueblos y países,
 Y por los siglos de los siglos reine
 En ella, y sin cesar le glorifique.

Así es como el oío del alma, purificado por la virtud, se eleva desde los objetos ordinarios á un órden superior de ideas, y descubre los misterios del porvenir tras el velo de los acontecimientos presentes.

Después de haber recobrado la vista, vivió aún Tobías largos años, que pasó en el temor del Señor, y en la placida alegría de una conciencia pura. Cercao á morir, llamó el anciano á su hijo y á los siete nietos que este le había dado: preñijo el fin de la cautividad, la vuelta de los judíos á Jerusalem, y la próxima destrucción de Nínive, y añadió: "Todo aquel país de Israel será repoblado, y resuscitada de nuevo la casa de Dios, que fús allí entregada á las llamas, y volverán allá todos los que temen á Dios; y las gentes abandonarán sus ídolos, y vendrán á Jerusalem para morar en ella; y allí se regocijarán todos los reyes de la tierra, adorando al Rey de Israel. Ahora empero, hijos míos, escuchad á vuestro padre: servid al Señor con sincero corazón, y procurad hacer lo que le es agradable: encomendad á vuestros hijos, que hagan obras de justicia, y den limosna; que tengan presente á Dios, y le bendigan en todo tiempo con sincero corazón y con todo esfuerzo. Escuchad también lo que voy á decir: no queráis permanecer aquí, sino que al día en que hubieris enterrado á vuestra madre junto á mí en la misma sepultura, disponed ya vuestro viaje para salir de Nínive, pues estoy viendo que la iniquidad de este pueblo le conducirá á su esterminio." Y en efecto, después de la muerte de su madre, el jóven Tobías dejó á Nínive, llevando consigo á Sara, sus hijos y sus nietos, y volviéndose á Ecbatana en la casa de su suegro. Raguel y su muger vivían todavía gozando de una perfecta salud, y de una dichosa vejez. Tobías les proligó en lo restante de su vida todos los deberes de la piedad filial, y cerró sus ojos, y entró en toda la herencia de la casa de Raguel, y vió á los hijos de sus hijos hasta la quinta generación. El mismo llegó también á una vejez hermosa y respetable, pues cumplidos los noventa y nueve años en el temor del Señor, fué á recoger el fruto de las virtudes que había practicado en la tierra. Sepultáronle, pues, con la gloria que acompaña la muerte de los justos. Toda su parentela y todos sus descendientes perseveraron en el bien vivir, y en el ejercicio de obras virtuosas y santas, y Sara espiró también santamente, rodeada de una numerosa posteridad.

Tal es la historia de Sara y de su familia, monumento lleno de encanto y de sencillez esquisita. Toda la narración respira un embalsamado candor que envuelve una frescura de ideas y una nobleza de sentimientos que se hacen admirar aún entre todas las riquezas de este género, tan esparcidas por toda la Biblia. Las graves doctrinas y las lecciones morales despuntan en medio de aquel grato sabor y amenidad del estilo an-

tiguo. Todas las edades y todos los estados verán en ella la práctica y la recompensa de las virtudes que mas pueden serles gratas, quiero decir, la confianza en Dios, la piedad filial, la caridad hacia los hombres abandonados ó que sufren, en fin la inocencia y la pureza de la vida. Florian tradujo en metro francés este interesante episodio de la historia judía: en sus versos se nota una maravillosa facilidad, y derramó en su traducción algo de la gracia y de la ingenuidad que respira el original.

El jóven Tobias está representado en dos pinturas de las Catacumbas: en la una se vé conducido por un ángel; en la otra lleva en la mano un pescado y un cayado de viaje. Rafael pintó al jóven Tobias bajo la figura de un niño con un pez que parece ofrecer á una virgen. Existe otra obra de Rafael en la que se vé al ángel guiando al jóven Tobias. Adam Elsheimer, de la escuela alemana, Agustin Carrache, de la escuela lombarda, han tratado el mismo asunto. Muchas circunstancias de la historia de Tobias fueron igualmente tratadas por Martin de Vos, los Sadeler y Corle van Mander. Entre el reducido número de pintores que han representado á Tobias quemando el hígado del pez, y rogando con Sara para arrojar de sí al demonio Asmodeo, debe ponerse en primera línea á Eostaquo Lesueur; su cuadro está lleno de espresion y de sentimiento. Este mismo asunto fué tambien tratado por Pedro Leu, uno de los compositores mas fecundos del último siglo, pero que debe tal vez á la época en que vivió la especie de oscuridad que encubre todavía su talento superior.

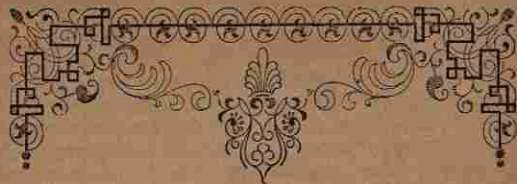
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



A. Delval, del.

L. Delval, del.

Dálila



DÁLILA.

Di á la sabiduría: tú eres mi hermana, y nombra á la prudencia tu amigo, á fin de que te proteja contra la mujer estranjera.

(Proverbios, cap. VII v. 4.)

SI el viajero que visita la Palestina quisiera pasar de Jafa á Egipto por tierra, le sería preciso atravesar un inmenso desierto que consiste en vastas llanuras de arena blanca, cortadas por pequeñas montañas sin verdor y por valles en cuyo fondo solo despunta un poco de yerba amarillenta, ó más bien agostada, y los torrentes aparecen casi siempre enjutos á lo largo de su cauce. Siguiendo mas de cerca las orillas del Mediterráneo, se hallan algunos villorrios árabes, las ruinas de Ascalon, Gaza, y avanzando siempre hacia el Sud, la ciudad de El-Arieh. Una parte de esta region, en el dia esteril y despoblada, pertenecia en otro tiempo á los filisteos; estaba dividida en cinco satrapias ó provincias, que llevaban cada una el nombre de su capital respectiva, Geth al Norte, Gaza al Mediodia, Ascalon, Azoth y Accaron entre las dos. Toda la república ó

territorio tenía apenas veinte leguas de longitud sobre algunas leguas de anchura.

En un principio los filisteos se vieron poderosos: pero descendían de Cham, y por su origen llevaban el peso de la maldición pronunciada contra su padre, y debían obedecer al pueblo judío salido de Sem, y heredero de la bendición concedida á su abuelo. Fueron vencidos en efecto, como las demás naciones que los hebreos exterminaron al tomar posesión de la tierra prometida, pero nunca pudieron ser del todo arrojados ó destruidos. Debilitados por la lucha, salvaron con todo su independencia, y retirados á las costas del Mediterraneo, inquietaron por largo tiempo las tribus de Dan y de Simeon, que les eran limítrofes; semejantes á aquellos instintos rebeldes, mil veces comprimidos pero nunca aniquilados, que fatigan hasta la muerte la conciencia del hombre de bien, y le llevan la guerra para ejercitar su valor y su virtud. Es de creer que la existencia política de los filisteos continuó hasta la época en que el pueblo romano puso su planta en el Oriente; y aun más, que su existencia entonces no dejaría de ser con alguna gloria, por cuanto de su nombre todo el país fue llamado la Palestina.

Este pueblo, pues, y en este país de los filisteos, vivía Dálila, mujer de costumbres más que sospechosas, según casi todos los autores que han interpretado las Escrituras. Era del valle de Sorec, celebre entonces por su viñedo, y en donde pasaba un torrente que lleva aún en el día su antiguo nombre de Sorec, y desagua al mar no lejos de Ascalon. En su tiempo, hacia el año del mundo 1570, los filisteos sus compatriotas estaban en abiertas hostilidades con los israelitas, á quienes Dios castigaba por sus crímenes, como los había castigado medio siglo antes entregándolos á las amonitas. Estos habían encontrado como delante de sí á Jefe, que reprimió su audacia: los filisteos hallaron á Sansón. Jefe había visto su gloria personal contristada por el grande infortunio de su hija: Sansón, ejemplo memorable de una prodigiosa fuerza de cuerpo y de lastimosas flaquezas de corazón, inmoló á Dálila su propia gloria y el reposo de su país.

La ruina de Sansón es tanto más memorable é instructiva en cuanto había sido prevenida de bendiciones privilegiadas y en cuanto á él se manifestó infiel á un más grandioso destino. ¿Conque la gloria no será más que un pedestal que eleva al hombre sin afirmarle, y que pierde en solidez lo que gana en elevación? En el nacimiento y en la vida de Sansón hubo señales manifiestas de protección divina, para que conociese de dónde le venía su vigor; y los actos de debilidad que se observan en su conducta, se nos refieren á fin de que cada cual tome la lección

mas importante que puede serle dada, esto es, la del valor; porque la caída original nos dejó el corazón tal vez más flaco que el entendimiento: águilas abatidas por una tempestad, restanos todavía una chispa de fuego para mirar de cara á cara, el espléndido sol de la verdad, pero nuestras alas chamuscadas por el rayo, mal pueden sostener nuestro vuelo hacia las regiones de la luz.

Dios señala anticipadamente el lugar que debemos ocupar en el mundo, y el medio dentro del cual ha de ejercitarse nuestra libre actividad; y así es que determinó enviar á Sansón por libertador de su oprimido pueblo. Sansón tuvo por padre á Manué, de la tribo de Dan, y su madre fué por mucho tiempo estéril. Consolóla Dios en una vision en la cual oyó una voz que le prometía un hijo, pero que le exijía al mismo tiempo que le consagrara á Dios. "Guárdate, pues, añadió el ángel del Señor, de beber vino ni licor alguno que embriague, ni de comer cosa alguna impura, porque has de concebir y parir un hijo: á cuya cabeza no tocará navaja, pues ha de ser nazareo, ó consagrado á Dios desde su infancia y desde el seno de su madre, y él ha de comenzar á libertar á Israel del poder de los filisteos." La gloria del hombre es el ser llamado á las obras de la Providencia; pero esta gloria solo se concede bajo ciertas condiciones, y á Dios solo está reservado el fijar las señales solemnes que designan á la faz de las naciones quienes son los enviados que se ha dignado escojer. Así quiso el Señor en esta elección que el niño milagroso se abstuviera ya en el claustro materno, de todo lo que puede embriagar, y que su larga cabellera fuese como un símbolo de la fuerza que le estaría dotado.

La mujer informó á su marido de la promesa que acababa de recibir. "Un varón de Dios vino á mí, le dijo, el cual tenía rostro de ángel: su belleza infundía respeto; le pregunté quién era y como se llamaba, pero no quiso decirmele." Y en seguida le refirió las palabras del celeste mensajero: "Absorto el marido, rogó al Señor que su enviado reiterase su aparición para poder conocer mejor el modo como debían portarse con el niño. Y otorgó el Señor la súplica de Manué. Cierta día, estando la mujer en el campo, tuvo la misma vision, y corrió apresurada á advertirle á su esposo, el cual vino con ella, y oyó de la boca del mensajero lo mismo que había oído decir á su mujer. El ángel había tomado una forma humana, y Manué pudo creer y creyó en efecto que era un profeta. Quiso, pues, prepararle una comida, pero respondió el ángel: "Por más que me instes no probaré nada de lo tuyo: con todo, si quieres hacer un holocausto, ofréceselo al Señor." Y como Manué quisiese saber su nombre para darle las gracias, repuso el ángel: "¿Par-

que me preguntas mi nombre, siendo como es admirable?" Conoció Manué que debía hacer subir su reconocimiento hasta el Señor, y tomando un cabrito con las correspondientes libaciones, lo colocó sobre un peñasco que servía de altar, y lo ofreció al Dios que obra maravillas. Y al salir la llama del altar del sacrificio hacía el cielo, subióse también con ella el ángel del Señor, y desapareció. A este espectáculo, el hombre y la mujer postráronse de rostro contra la tierra, llenos de religión y estapor, conocieron entonces que Dios les había visitado por el ministerio de un ángel. Dijo entonces Manué: "Morirémos sin duda, pues que hemos visto á Dios." Pero repuso la mujer: "Si el Señor quisiera que muriésemos no hubiera recibido de nuestras manos el holocausto y las libaciones, no nos hubiera manifestado todo esto, ni hecho saber lo que ha de venir." Mostróse, pues, en esta ocasión mas confiada que su marido, y por esto manifestó mas cordura en sus palabras, pues para alentar á los que tienen una alma elevada y los sentimientos generosos permite Dios que se llegue á la verdad por conducto del corazón con tanta seguridad y aun mas presto que por el del entendimiento.

Cumplióse á su tiempo la promesa del cielo, y á Manué le nació un hijo, al cual su madre puso el nombre de Sansón, es decir, sol. En un país en que los nombres propios, en vez de ser una simple designación de la persona, tenían una significación radical y verdadera, era tan conveniente como ingenioso que fuesen impuestos por las madres: pues nadie podía expresar mejor que ellas todos los dolores, las previsiones, y las esperanzas de su ternura. Sansón fue creciendo en años y en corpulencia, y la protección de Dios sobre él empezó á manifestarse cuando estaba en los campamentos de Dan, entre Saraa y Esthaal: ya pudo entonces conocerse que llegaría á ser el libertador de sus hermanos.

Sería ya sobre el fin de su vida cuando concibió por Dólila aquella afecion en la que halló una prueba y una ruina tan lamentables. Mas él había podido aprender de antemano á temer su propia indiscrecion, y la pérdida de las mujeres, á las cuales prodigó su confianza. La Providencia había permitido que ya desde su primera juventud fuese atacado y vencido por este flanco; á fin de ejercitarle sin duda á superar las tentaciones que le reservaba el porvenir. Porque Dios trata con bondad la debilidad humana: no tiende emboscadas á nuestra libertad para sorprenderla, sino que la escuda contra los grandes peligros, espuniéndola antes á peligros menores. De esta manera obró con respecto á Sansón.

Los israelitas eran tributarios de los filisteos: no había entre ellos lucha; pero la paz en la servidumbre no podía durar. Sansón, que tenía la conciencia de su destino, no tardó en buscar ocasiones de guerra y es-

tas ocasiones no le faltaron. Bajó cierto día á Tamnatha, pueblo conquistado y ocupado entonces por el enemigo, y vió allí á una mujer de las hijas de los filisteos que fué grata á sus ojos, y á la cual deseeó tomar por esposa. Sus padres le hicieron la observacion que esta alianza era contraria á la ley. "¿Pues qué, le dijeron, no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos y en todo nuestro pueblo, que quieres tomar esposa de la nacion Filisteá, gente incircuncisa?" Pero Sansón insistió en su demanda. Prescindiremos en este caso de las disposiciones de lo alto, que conducian á Sansón á este enlace para ruina de los filisteos, dominadores entonces del pueblo de Israel: pero suele ser condicion de la flaqueza humana el que los deseos traspasen á menudo el círculo marcado por el deber, y que la pasión indómita se lance á objetos que están muchas veces mas allá de la esfera de lo regular y de lo decoroso. Bajó pues Sansón con sus padres á Tamnatha, para celebrar sus esponsales; y al llegar aquel, que iba solo á las viñas de la ciudad, arremetió contra él un leon cachorro feroz y rugiendo. Sintió entonces Sansón el espíritu del Señor que le daba un valor y una fuerza extraordinaria, y sin arma alguna y con solas sus manos, despedazó al leon como si hubiese sido un cabrito, sin decir á sus padres una palabra de este suceso. Habló pues con la tanger cuyos atractivos habían cautivado su corazón, y al volver otra vez para la ceremonia de las bodas, Sansón se apartó del camino para ver el sitio de su pasada hazaña, y encontró en la boca del leon, ya disecada, un enjambre de abejas y un riquísimo panal de miel. Tomóle, pues, y comió de él por el camino, y dió á sus padres para que comieran, pero no quiso descubrirles de dónde lo había tomado.

En el festin que se celebró á causa de las bodas, propuso un enigma á los treinta jóvenes que, segun la costumbre del país, le habían dado por compañeros de boda y para que le obsequiasen: pues los jóvenes novios eran asistidos por algunos amigos ó amigos, para que fuese mas animada la alegría del banquete, y era también usanza entre los antiguos el ejercitar el discurso proponiendo por vía de diversion la resolución de cuestiones envueltas en la oscuridad de alguna sentencia enigmática. En el caso de que por el término de siete dias no pudiesen ellos descubrir el sentido de la parábola propuesta, los filisteos debían dar á Sansón treinta vestidos y otras tantas túnicas, y en caso contrario, Sansón debía darles el mismo número de túnicas y vestidos. Tres dias habían pasado ya sin que los filisteos hubiesen explicado el enigma concebido en estos términos: Del devorador salió el manjat, y del fuerte salió dulzura. Preciso es convenir en que el enigma era bastante oscuro para cualquiera que ignorase la historia del leon muerto y de la miel encontrada en sus

tauces. Así pues, desesperados los filisteos, se dirigieron á la muger de Sanson, pidiéndole que por medio de caricias arrancase de su marido el secreto, y la amenazaron quemarla á ella y á la casa de su padre si no lo alcanzaba, diciéndole: "¿Por ventura nos habeis convidado á las bodas, para dejarnos en cueros!" No cesaba ella de apurar con Sanson sus lágrimas y gemidos, apeliando al recurso que tiene la muger cuando quiere obligar al que la adora. "Tú me aborreces, le dijo, tú no me amas: por esto lo quieres declararme el enigma que propusiste á los jóvenes de mi pueblo." A los primeros ataques de la seductora, resistió Sanson; todavía tuvo resolución para responderle que la denegación á su súplica no era señal ni efecto de desamor. "No quise declararlo ni á mi padre ni á mi madre, ¿y quieres que á tí te lo diga?" Tocaba ya al sétimo día, y los compañeros y rivales de Sanson redoblaron sus instancias y sus amezazas á la joven filisteá; la cual renovó asimismo, y apuró los recursos de su ganimetería y las tretas de la seducción para vencer la varonil firmeza del fuerte Israel. Cuando la debilidad se bate contra la fuerza, pero está herido el corazón, entonces la muger recobra la supremacía de su flaqueza, y su aparente impotencia es el arma mas poderosa que juega para triunfar. Entónces es cuando hace sentir al hombre el rubor de prevalecer de su predominio; se entrega á la desesperación, no siempre sincera, de prevalecer, y finge resignarse con dolor al vencimiento para conseguir la victoria. Pierda la generosidad del hombre, teme abusar de su poder, vacila en sus designios, las lágrimas y suspiros son otras tantas flechas aceradas que hieren la fibra mas delicada de la sensibilidad. El pensamiento se turba, la constancia vacila: la noble razon, como un rey vendido por los suyos, deja caer el cetro de su mano; la fuerza misma es un estorbo para el corazón, el cual renuncia á una victoria porque vé que se le escapa otra; y una mirada decide la lucha desafortunadamente. Tal es la estrategia del amor pasivo, que obra con ojos de lince, cuando el amor activo con los ojos vendados se entrega á discrecion del vencedor.

Venció al fin la importunidad, ó mas bien, el ascendiente del amor armado con todas las astucias de la seducción. Cuando el género humano habia antes quedado sacrificado á las gracias de un ruego, ¿qué mucho que un secreto quedase divulgado á los encantos de una taimada súplica? Del fuerte nació, pues, la debilidad, y este enigma inesplicable, que tantas veces preside á las acciones humanas, parece marcado aquí por la historia para abair el orgullo de los fuertes: así como mas tarde, la mas elevada subiduría no quedó exenta del error, para que el hombre no se envaneciera con ella cuando deja de ser dócil y humilde el corazón.

Sanson descubrió el enigma á su esposa, y ésta lo descubrió inmediatamente á sus paisanos. Estos, pues, antes de espirar el término preñado que era á la puesta del sol del día séptimo, vinieron á encontrar á Sanson y le dijeron: "¿Qué cosa mas dulce que la miel, ni quién mas fuerte que el león?" Conoció el hebrao que habia sido vendido por su muger, y les hizo esta ingeniosa respuesta: Si no hubieseis arado con mi novilla no descifrarais mi enigma," aludiendo á la taimada debilidad de su esposa. Sintióse despues inspirado de ir á Ascalon, donde mató á treinta hombres, y dió los vestidos de éstos á sus rivales que habian descifrado el enigma. Despues, vivamente irritado, volvióse á la casa de su padre; y su muger, creyéndose abandonada, tomó por marido á uno de los jóvenes que, en clase de compañeros, habian asistido á Sanson en las bodas.

Algun tiempo despues, conoció Sanson esta resolución, y meditó cómo vengarse de ella sobre la nacion entera de los filisteos. Acercábase el tiempo de segar los trigos, y fué Sanson con deseo de visitar á su muger, y llevóle un cubrito de leche; pero al querer entrar en su aposento, como acostumbraba, el padre de ella se lo impidió diciendo: "Crei que la habias aborrecido, y por esto la di á un amigo tuyo: pero tiene una hermana mas jóven y mas hermosa, tómalala por muger en lugar de la otra." Y respondió Sanson: "De hoy mas no tendrán motivo de quejarse de mí los filisteos, si les pago todo el daño que me han hecho." Sanson parecia tan fuerte como ingenioso, y el ardid doblaba los recursos de su robustez y valor. Marchóse pues, y cogió trescientas raposas de las que abundaba muchísimo la Palestina: y atolas aparaadas cola con cola, ligado cada una en medio. E inflamadas éstas, soltó las raposas á fin de que corriesen por todas partes. Metiéronse luego por entre las mieses de los filisteos, é incendiadas éstas, se quemaron así las mieses ya hacinadas como las que estaban por segar, estendiéndose tanto la llama, que abrasó hasta las vinas y los olivares. Y al preguntar los filisteos: ¿Quién ha hecho esto? se les respondió: Sanson, yerno de Tamnaheo es el que lo ha hecho, porque su suegro lo quitó su muger y se la dió á otro. Y queriendo los filisteos vengar en esta muger el destrozo hecho en sus campos, la quemaron junto con su padre.

Algo despues tomó de ellos una nueva venganza: sus propias querellas le dieron ocasion de castigar á los opresores de su pais: les batió, é hizo él solo un tal destrozo, que los que pudieron escapar de sus manos quedaron llenos de estupor. Despues de lo cual, retirándose Sanson, habitó en la cueva de la Peña de Etam.

Los filisteos volvieron á tomar las armas, entrando por la tierra de Ju-

da, y acamparon en un lugar que despues se llamó Lequí, esto es, Quijada, donde fué derrotado su ejército. Y preguntándoles los de la tribu de Judá, por qué motivo venian contra ellos, respondieron que para llevarse atado á Sanson y retornarle el mal que les habia hecho.

Los de la tribu de Judá quisieron vengar en Sanson las hostilidades con que los acababan los filisteos. Nada menos que tres mil hombres pasaron á la cueva en donde aquel habitaba, para decirle que querian entregarlo atado en manos de los filisteos. Rióse interiormente el guerrero de esta pretension, y despues de haberlos hecho jurar que se limitarían á entregarle atado, se dejó atar con dos cuerdas nuevas y sacar de la peña en que estaba retirado. Los filisteos salieron á su encuentro con bulliciosa algazara, creyendo tenerlo ya á su disposicion; mas cuando estuvo junto á ellos, rompió y desbizo en un momento sus ligaduras como un ondecble lino, y con una quijada ó mandíbula de asno que encontró casualmente, ayudado de los suyos, hizo perecer tres mil hombres. Y tanto estuvo con él el espíritu del Señor, que devorado por una sed ardiente, con una muela de la misma quijada, abrió una fuente copiosa, con la cual refrescó su ardor y recobró sus fuerzas, renovándose el prodigio de la peña de Horeb.

Pasando despues á Gazu, entró en casa de una muger llamada Dalila. Sabido por los filisteos que Sanson habia entrado en la ciudad, colocaron centinelas á sus puertas, y pusieron en asecho con el fin de matarle por la mañana al tiempo de salir. Durmió Sanson hasta la media noche, y levantándose despues, arrancó las puertas de la ciudad, con sus pilares y cerrojos, y echándose las á cuestras, las llevó á las cima de una vecina montaña que mira hácia Hebron, y que distaba sobre dos leguas.

Figurárase sin duda los filisteos que esta fuerza extraordinaria era no mas que accidental, ó que Sanson de todos modos tenía alguna parte vulnerable, é imaginaron robarle su secreto por medio de Dalila, pues podían ya conocer que mal sabia defenderse su enemigo de los lazos tendidos por una muger. Los cinco sátrapas ó gefes de la nacion fueron á encontrar á Dalila y le dijeron: "Por medio de astucias engaña á Sanson, y averigua de él de donde le viene su fuerza extraordinaria, y cómo podremos vencerle, encadenarle y atormentarle, y si lo consigüeres te daremos cada uno mil y cien siclos de plata." Hacer traicion á precio de dinero, y bajo señales de afecto es el último grado de vileza, obsecacion y cobardia á que un alma puede llegar. ¿Será que la molice torpe aniquile en la conciencia todo sentimiento de honor, sujetándolo todo al grosero criterio de la sensualidad? ¿O permite Dios alguna vez que esta molice llegue á disgustarse de los envilecidos instrumentos de sus goces

hasta el estremo de hacerles pedazos con la mas estúpida irrisión ó indiferencia?

La pérdida Dalila dijo á Sanson: "Dime: por tu vida, ¿en qué consiste tu fuerza prodigiosa, y qué lazos podrian impedirte de huir?" Arbitro todavia de si mismo, pero harto menguado de valor sin duda para contristar á Dalila con una negativa, contestó valiéndose de una mentira: "Si me atasen con siete cuerdas de nervios recientes y todavia húmedos, quedaria sin fuerza como los demas hombres." Lleváronle, pues, los príncipes de los filisteos á Dalila segun ésta se lo habia indicado, siete cordeles, con los cuales le ató ella, quedándose aquellos en asecho escondidos en la casa, esperando el resultado de aquella prueba, prontos á apoderarse de Sanson en caso de parecerles invenciblemente maniatado, y no debiendo parecer en caso contrario. Despues de haber envuelto á su cautivo con los lazos que allí habian traído, exclamó Dalila: "¡Sanson! los filisteos se echan sobre tí." Mas él rompió al momento las ataduras como rompiera cualquiera un hilo tenue así que le hicieran sentir el fuego. Quedó, pues, todavia para saber en qué consistia su fuerza.

La astuta Dalila no dejó traslucir aquel frio y siniestro furor que sigue á la ruina de nuestros mas serios y mas deseados proyectos. Limitóse sin duda á manifestar aquella especie de gracioso contento que se pinta en el rostro cuando uno se vé amistosamente engañado en un juego sin importancia; y preparando el suspirado triunfo con una constancia tanto mas temible, en cuanto se disfrazaba bajo un aire de curiosidad pueril y de una gracia juguetona, añadió: "Tú te has burlado de mí y me has mentido: por lo menos descúbreme ahora, cómo debieras ser atado." Y respondió Sanson: "Si me ataren con cuerdas nuevas y que no hayan servido, quedaré débil y semejante á los demas hombres." Dalila echó mano de este nuevo medio, y con las mismas precauciones que la primera vez exclamó: "Los filisteos se echan sobre tí, Sanson." Mas él rompió las ataduras como hilachas de tela.

La tentacion va á ser ya mas urgente. Dalila afecta aire de resentimiento y se espresa con un poco mas de imperio: "¿Hasta cuándo me has de engañar y mentir? Declárame ya con qué debes ser atado." Sanson por su parte empieza ya á sentir como un peso el secreto de su fuerza; y sin indicarlo todavia se prepara para revelarlo, semejante á aquellos pájaros que poco hace se cernian libremente por los aires, y que descendiendo por sobre las hojas, fascinados á menudo por la vista de una serpiente, bajan por grados hácia su ruina, espantados del peligro, pero sin valor por sustenerse á él. "Si entretijas mis siete trenzas de cabello

con los lizos de la tela, y revueltas á un clavo, hincas éste en tierra, que daré sin fuerzas." Parece que Sanson veía al rededor de sí algún objeto que le inspiró la idea de esta fabula. Supónese que Sanson estaba sentado en tierra, y Dálila tejiendo su tela; pues antiguamente se tejía estando en pié, tendida la urdimbre de arriba abajo, y así se entenderá como ella pudo entretejer ó entazar en su tela los cabellos del guerrero. Dálila, pues, le fijó los cabellos en tierra mientras dormía, y exclamó como otras veces: "Sanson, los filisteos se echan sobre ti." Mas despertándose él de repente arrancó sin esfuerzo el clavo junto con las trenzas de cabello y los lizos de la tela.

Dálila, tantas veces burlada, cedió mano de sus últimas armas, salieron de su boca las amorosas quejas, los dulces reproches, las muelles súplicas y los sentidos lamentos: "¿Cómo puedes decir que me amas, cuando tu corazón no hace confianza del mío? Por tres veces me has mentido, no queriéndome declarar de dónde viene tu fuerza extraordinaria." Y se le mostró impotente, no dejándole en reposo ni en libertad durante muchos dias consecutivos. Una curiosidad irritada por tres decepciones, el atractivo inherente á las cosas de que nos vemos privados ó cuyo goce se nos ha negado, el premio que esperaba de su traición, todo incitaba á Dálila para valerse de todos los recursos que ofrecen los ruegos y las lágrimas: padir y llorar con persistencia es el secreto del mayor poder de que Dios revistió á las mujeres así para el mal como para el bien. El valor de Sanson como un pedasco que cede por fin y se ahonda por el choque que cae sobre él de continuo, llegó á gastarse á fuerza de tantos otaqueas: el alma robusta del prodigioso atleta llegó á faltarle, como si estuviese al borde del sepulcro; viva imagen de una conciencia vencida en su lucha contra un enemigo á quien ama y detesta á un mismo tiempo. El secreto por fin, salió de su corazón abatido, como el agua rompe por último el dique que solamente ha estado infiltrando por largo tiempo. "La maza le dijo, nunca ha pasado por mi cabeza, porque yo soy nazareo, esto es, consagrado á Dios desde el seno de mi madre: si fuese rapado mi cabeza, se retirara de mí la fuerza, y sería como los demás hombres."

A menudo la pasión nos pone una espesa venda ante los ojos; los objetos parecen ocultar lo que nos disgusta, para mostrar solamente lo que en ellos amamos. Sanson creía en la curiosidad de Dálila, pero no quiso creer sin duda en su perfidia. Conociendo ella que al fin le había sido revelado el secreto fatal, y que Sanson se había abdicado de él, mandó llamar á los príncipes de los filisteos, y decirles: "Venid aún por esta vez, porque ya me ha abierto su corazón." Y fueron ellos, llevando con-

sigo la suma de dinero que habían estipulado. Y mientras dormía Sanson, le hizo cortar ella las siete guedejas de su cabello. Desde aquel momento la pérdida dejó ya el distraer de sus caricias, y se transformó en fiereza, arrojando de sí con desprecio al que antes halagada y cebándose en el vil fruto de su cobarde traición. Y gritó en seguida: "Sanson, sobre ti vienen ya á los filisteos." Al momento de despertar dijo Sanson para sí: "Saldré como hice antes y me desprenderé de ellos." Mas el infeliz no conocía que el Señor se había retirado de él. ¡Dichoso el hombre que aprovecha un momento para pensar, antes de revelar un secreto, de hacer una confianza! ¡Cuántas Dálilas solo aguardan el momento de hacer burla y despreciar al débil que á ellas sin reserva se entrega! La fuerza había huido de Sanson, como la savia de un árbol se detiene agostada en el instante en que es herido por el rayo. ¡Qué vivo emblema de la lúgubre desnudez en que queda el hombre después de haber caído en un grande crimen! El placer, tan rico en promesas, tan seductor antes de nacer, no hace mas que tocar el alma con su vara mágica y regocijarse al pasar; pero muere luego, y solo deja en la conciencia culpable el oprobio de una esperanza burlada y las ruinas de una virtud perdida: no, nada es comparable con las angustias de este horrible momento. Tal se halló Sanson al despertar de su sueño.

Los filisteos se apoderaron de él facilmente, le vaciaron los ojos, y le condujeron, cargado de cadenas, á Gaza. Allí fué metido en una cárcel, y le hicieron mover dando vueltas la rueda de una tahona. Tal era el castigo que se daba en los antiguos pueblos á los esclavos á quienes se quería salvar la vida, haciéndoles rodar como bestias de carga enormes muelas de piedra que servían para moler el trigo; y en medio de tan duro trabajo, se les desgarraba el cuerpo con crueles latigazos, y se les sujetaba á las mas terribles privaciones.

El infortunio hizo volver á Sanson al sentimiento del deber, y encontró su rehabilitación en el arrepentimiento. Al paso que le crecían los cabellos, volvíanle proporcionalmente las fuerzas, no porque su cabellera fuese la causa física de su vigor, sino porque, siendo su signo material, quiso Dios que este signo volviese á tomar su primitiva eficacia. Los príncipes de los filisteos, pues, se reunieron para inmolar héstias solemnemente á Dagon su dios, y para celebrar un alegre festín. "Nuestro dios ha puesto en vuestras manos á Sanson nuestro enemigo." El pueblo, uniéndose á sus gefes, iba también publicando las alabanzas de Dagon, diciendo como aquellos: "Nuestro dios ha puesto en vuestras manos á nuestro enemigo, que ha desolado nuestros campos y hecho perecer á muchos de sus habitantes." En el regocijo de la fiesta que siguió á los sacrificios

pidió la multitud que fuese conducido allí Sansón para que le sirviese de juguete. Nada es comparable con la tumultuosa ferocidad de un pueblo embriagado con el placer de la venganza, y que en medio de su algazara gusta pisotear aquellos á cuya presencia antes temblaba. Esta algazara feroz, que es algunas veces un justo castigo de la opresion ó de la tiranía, no deja de ser muchos otras el premio con que un pueblo ciego y estraviado recompensa la integridad de la virtud, la constancia del deber, y hasta á veces, los sacrificios hechos á favor suyo: cuando hombres ávidos de oro ó de poder, le halagan para oprimirle, y le incitan á que recobre una sonada felicidad, rompiendo sus cadenas imaginarias.

El cautivo fué por fin sacado de su prision, y vino á servir de divertimento al público. El templo en donde estaba reunida la asamblea era una sala inmensa, sostenida principalmente por dos columnas bastante cercanas una de otra: el techo, formado á modo de plataforma, como se acostumbra en Oriente, sostenía una gran multitud de espectadores, que veian desde allí el interior del templo, en donde se hallaba apiñada una multitud no menos considerable, pues habia allí cerca de tres mil personas. Sansón dijo al esclavo que lo acompañaba: "Déjame acercar á esas dos columnas que sostienen el templo, para que pueda apoyarme y tomar algun reposo." En seguida recogió todas las fuerzas de su alma para lograr que el Señor le concediese las de su cuerpo. No cabe duda que reconociendo en aquel instante su culpable debilidad, se arrepintió de ella, y el Señor volvió á inspirarle sentimientos nobles y generosos, y la resolucion heroica de sacrificarse para acabar con sus enemigos. "Oh Señor Dios! dijo en su interior, invocando el origen de toda fuerza, acuérdate de mí y restituyeme ahora; oh Dios mio! la fortaleza que tenia para vengarme de mis enemigos, y hacerles pagar de una vez el haberme privado de mis dos ojos." E impulsado entonces por el espíritu del Señor, agarró las dos columnas en que estribaba el edificio, una con cada mano y exclamó: "Muera aquí Sansón con los filisteos." Sacudidas fuertemente las columnas, desplomóse el edificio con estruendo, levantando una humareda de polvo, y sepultando bajo sus inmensas ruinas á todos los príncipes y la gran multitud que allí estaba; por manera que mató Sansón muchos mas filisteos en su muerte, que antes habia matado en toda su vida.

Así pereció Sansón, y tal fué la victoria de Dalila. Sobre el paradero de esta muger despues de su cobarde traicion nada dicen las Escrituras. El ejemplo de su perfidia ha quedado como una prueba de la trágica influencia que las astucias de la debilidad pueden ejercer sobre la fuerza del valor mas robusto y mas temido. No siempre somos dueños

de romper las trabas que nos hemos voluntariamente impuesto; y es mas fácil guardar un silencio completo, que sabernos mantener en los límites de una prudente reserva. Cuando un secreto se ha escapado en parte de nuestros labios, sentimos vivamente luego la falta de nuestra indiscrecion: y unos ojos penetrantes y ávidos de conocer lean en nuestro semblante y levantan el velo que nos esforzamos en tener corrido. Cuando los espíritus y los corazones son inocentes y puros, los conceptos y los sentimientos pueden revelarse sin temor; pero desde la caída original y hasta que llegue el dia de una regeneracion definitiva, toda alma tiene el derecho y el deber de velarse algunas veces, porque no todo corazon es capaz ni digno de que todo se le comuniqué; y tanto importa evitar las temerarias confianzas, como la mentira y la doblez; y por esto la nueva ley, aunque basada en la gracia y en el amor, prescribe la cautela al lado de la sencillez de corazon, y manda conciliar la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente. Así como la desnudez de los cuerpos es un crimen que los cubre de confusion, la desnudez de las almas es tambien un desorden que les quita la consideracion y las deja sacrificadas. De un corazon que en demasia se dilata salen todos los secretos, y nada le entrebre ni le espia tanto como las afecciones muelles y sensuales. Por esto el secreto mas importante en el órden moral y religioso, cual es la revelacion de las propias miserias, está reservado para un corazon virgen, que no ha hecho dueño de sí á una muger; y por esto el sábio aconseja á los jóvenes en especial aquella máxima importante: "Di á la sabiduria, tú eres mi hermana, y nombra á la prudencia tu amiga, á fin de que te proteja contra la muger estraña."



H. Bataillon del.

Judith.



JUDITH.

Momentos hay supremos, que la razón no se atreve a preveer, y en los cuales el alma, haciéndose superior á sí misma, puede en efecto todo lo que cree poder.

(Édram.)

LAS circunstancias no hacen al hombre, es una verdad; pero ellas le dan á conocer, exigiendo de él todo lo que puede dar. Semjantes á una nube de tempestad que al contacto de una punta metálica hace estallar en chispas de fuego y en tortuosos y prolongados giros la electricidad que hasta entonces llevaba en su seno sin rayos y sin estrépito, llevamos en nosotros ciertas facultades, cuya completa energía no se despliega ni poño en juego, y que se ejercitan pacíficamente y sin ruido en los deberes que nos imponen la sociedad y la familia. Mas cuando los sucesos que rodean al hombre toman un carácter grandioso y extraordinario, y turbado el curso uniforme de sus días, hieren su sensibilidad con inusitado espectáculo, agítanse sus potencias, su alma se exalta, la suerte misma de sus empresas, le anima, le encumbra, los peligros le hacen un hé-

ros, se levanta grande del seno de la desgracia. Las cosas mismas, los sucesos parecen iluminar su genio y revelarle la plenitud de sus fuerzas, traspasando de improviso las habituales proporciones de su naturaleza, doma, encadena, dá dirección á los acontecimientos, ó si sucumbe delante de ellos, sepulta su ciega victoria en el esplendor inmortal de su valor; haciéndose igual á los sucesos que logra someter, y superior á los sucesos que no ha podido desviar.

A la voz de la religion ó de la patria amenazada sobre todo es á lo que el hombre siente sus entrañas estremecerse y abrirse su corazon á generosas inspiraciones. En la guerra especialmente, en la cual todos los intereses están implicados con la vida, es donde las fuerzas latentes del hombre se despliegan de un modo mas magnifico, y en donde es mas capaz de esos golpes supremos de audacia y de sacrificio que producen los trofeos del triunfo. La mujer misma siente tambien este belicoso entusiasmo, que arrapandola de las habitudes de su sexo, arma su debilidad de toda la intrepidez del mas varonil esfuerzo. Tal se mostró Judah, mujer verdaderamente fuerte, que paso en fuga un ejército, y libró su ciudad natal de las calamidades de un sitio, y de los horrores de un saqueo. Preparada por el ayuno y por la oracion, y poniendo una firme confianza en Dios que protege las almas rectas, osó afrontar la insolencia de los batallones enemigos. Resuelta y prudente al mismo tiempo, no flaqueó su corazon en el momento del peligro, y su virtud quedó sin tacha. Así su nombre, que la religion pronuncia con respeto, brilla con el fulgor de una popularidad gloriosa.

Los monarcas asirios son citados en la Escritura por su orgullo. Uno de ellos, conocido en la historia bajo el nombre de Sacaúdashin, que reinaba en Babilonia poco despues de la grande cautividad de los judíos, quiso someter á su dominio todos los pueblos del Asia, y destruir sus templos y sus altares, para hacerse proclamar dios. Cometió la ejecución de sus desiguos á Holoférnes, general en jefe de sus tropas. Partió éste con un ejército formidable: el terror marchaba delante de él. Consternadas las poblaciones por donde habia de pasar, le recibian con coronas y al son de instrumentos como para regocijarse de sus victorias, pero así como no le detenian las resistencias, las sumisiones le hallaban inflexible: arrastró al través de veinte provincias el incendio y el pillaje. Los israelitas probaron defenderse: apoderáronse de las alturas ó cimas de las montañas que dominan los desfiladeros por donde podia ser mas facilmente tomada Jerusalem, enviaron gente á toda la frontera de Samaria hasta Jericó, cercaron de muros sus aldeas, almacenaron granos, e hicieron todos los preparativos para una tenaz y general resistencia.

Toda esta actividad desplegó el sumo sacerdote Eliacim, que estaba al frente del pueblo de Israel. Pero no olvidaron tampoco el recurrir á los ejercicios de la religion que pudiesen aplacar el cielo, y atraer sobre ellos el auxilio de una eficaz protección. Todo el pueblo clamó al Señor con fervientes súplicas, se cubrieron con el cilicio, se mortificaron con el ayuno y con las privaciones. El sumo sacerdote animaba con su presencia aquellos actos de compuncion y penitencia, no descuidando de otra parte los medios de defensa, y procuraba dar aliento á los ánimos decaídos y esforzar á los valerosos. "Acordaos de Moisés, les decia, el cual no venció con las armas, sino con la oracion, á los amalecitas que confiaban en su fuerza y en su poder, y en sus ejércitos, y en sus carros y caballos. Lo mismo sucederá con todos los enemigos de Israel, si perseverareis como habeis comenzado."

Admirado y furioso Holoférnes, preguntó cuál era el pueblo que osaba esperarle con las armas en la mano, y el único entre todos los pueblos de la parte de Oriente que habia menospreciado su poder y no le habia salido al encuentro para ofrecerle su amistad. Aquior, jefe de los ammonitas, que servian ya bajo las órdenes del conquistador, respondió que los israelitas serian facilmente vencidos si habian hecho traicion á su Dios; pero que si le habian permanecido fieles, no se les podia atacar sin ser despues el escarnio de la tierra. Para ello compendió delante del jefe asirio la historia del pueblo de Dios, su origen y engrandecimiento, su partida de Egipto, la sumersion de Faron y de su ejército en el Mar Rojo, los prodigios del Desierto, sus victorias sobre los reyes vecinos, y sus derrotas cuando se apartaron de Dios. Aquellas palabras empero que hacian depender los sucesos de la guerra de una fuerza enteramente distinta del valor y del genio de Holoférnes, hirieron vivamente su natural fiereza; los magnates que le rodearon dieron muestras de viva indignacion contra el que tan ingenuamente les hablaba: "¿Quién es éste, decian, que se atreve á presérir que á nuestro rey y á sus ejércitos pueden hacer frente los hijos de Israel, unos hombres sin armas, y sin valor ni pericia en el arte militar?" El feroz caudillo mientras estaba meditando el modo de castigarlos, para manifestar mejor la confianza que en sus armas tenía, dió orden de conducir á Aquior hacia Betulia, en donde se habian encerrado los Israelitas, y prometió volverlo á encontrar allí un dia, y hacerle espíar la franqueza de su lenguaje. "Ya que ja has echado de profeta, le dijo, diciéndonos que el pueblo de Israel es defendido por su Dios, para hacerme ver que no hay mas dios que nuestro rey, tú vas á ser agregado á aquel pueblo, para que, cuando mi espada les hubiere dado á todos el castigo merecido, coigas traspasado por el

cuchillo del asirio entre los heridos de Israel, y seas envuelto en la venganza."

Los betulianos, en una salida que hicieron, dejáronse caer sobre las tropas de Holofernes, las cuales tomaron la fuga despues de haber atado de piés y manos á un árbol á Aquior. Pero desatándole los hijos de Israel, condujeron aquel infortunado príncipe á Betulia, y puesto en medio del pueblo, fue preguntado por qué de aquel modo lo habían tratado los asirios. Refirió Aquior todo lo que le habia pasado con Holofernes, y el castigo que éste le habia dado y el que esperaba darle porque habia hablado sin rébozo. Gran consternacion y luto causaron en Betulia las esperanzas crueles de Holofernes; el llanto era universal, y las oraciones al Señor eran incansantes. Y creció de punto el sobresalto y el terror cuando en la mañana siguiente se vió al general asirio venir con todas sus tropas contra la ciudad. Ciento y veinte mil soldados de infantería y veinte dos mil de caballería componian el ejército sitiador, sin contar los que el caudillo asirio habia hecho alistar de entre los cautivos, y toda la juventud que se habia llevado por fuerza de las provincias y ciudades. Toda aquella muchedumbre, dispuesta á entrar en batalla, habia avanzado por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain, desde el lugar llamado Belma hasta Quehnon, situado en frente de Estelon. Cuando los hijos de Israel divisaron aquel inmenso gentío, postráronse en tierra, echando ceniza sobre sus cabezas y rogando á una voz al Dios de Israel que mostrase su misericordia para con su pueblo. Y tomado las armas se apostaron en las alturas que dominaban la entrada á la ciudad, que formaba un estrecho sendero en medio de los montes vigilando de dia y de noche. Holofernes por su parte, despues de haberse informado de los alrededores, en lugar de combatir, resolvió forzar á los habitantes á rendirse ó á morir de sed: mandó cortar un acueducto por donde recibian éstos las aguas de los esterios, pues Betulia estaba situada sobre una altura, y á pesar de las disposiciones del sitiador, quedaban á poca distancia de los muros algunos pequeños manantiales de donde los sitiados iban á sacar á escondidas un poco de agua, mas bien para aliviar la sed que para apagarla. Pero presto les fué quitado este último recurso, pues á instigacion de los ammonitas y de los moabitas, apostó Holofernes cien hombres de guardia al rededor de cada manantial; los sitiados se sostuvieron aun veinte dias, pero pasado estos, llegaron á agotarse todas las cisternas y depósitos de agua de Bethulia, por manera que no quedó en la ciudad agua bastante para saciar la sed de un solo dia. En tan estremado apuro, todos los sitiados, hombres, mugeres y niños acudieron á tropel á Ozias, que habia organizado y sostenia y

alentaba la resistencia: y reducidos á ser víctimas de la sed y de la miseria, pidieronle á grandes voces el que se rindiesen á discrecion, "por que mas vale vivir cautivos, decian, y bendecir al Señor, que morir y ser el oprobio de todo el mundo, despues de haber visto espirar á nuestras esposas y nuestros hijos." Mezclaron sus súplicas con llantos y alaridos, con grandes gritos de misericordia hácia Dios, y no cesaron sus lamentos hasta que se sintieron fatigados de clamar y llorar. Viendo Ozias aquella desconsolada multitud, levantóse bañado en lágrimas y dijo: "Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos por cinco dias mas la misericordia del Señor, que quizás aplicará su enojo y hará brillar la gloria de su nombre. Mas si pasados estos no viene ningun socorro, haremos lo que habeis dicho."

Estas palabras de Ozias fueron reportadas á Judith, hija de Merari, de la tribu de Simeon. Judith era viuda de tres años y medio. Su marido se llamaba Manasses, que murió de un calor en la cabeza, herido por los rayos del sol mientras iba dando priesa á los que trabajaban en la siega de sus granos; y dejó todas sus riquezas, que eran considerables, sus servidoras y sus ganados á Judith, cuya belleza era aun mayor que su opulencia. Muger dotada de un corazon noble y magnánimo, todas sus fieles afecciones quedaron en el sepulcro de aquel que habia una vez sido su objeto; modelo de lealtad conyugal, y de una viudez generosa, que alimentando el alma con los gratos recuerdos de la persona que se amó, sabe vivir de ellos solo, mezclando su constante y tranquilo dolor con las memorias del cielo. Judith, desde que habia quedado viuda, no tenia otras delicias que las de la religion. En lo mas elevado de su casa se habia hecho construir una habitacion separada, en cuyo retiro vivia con su sirvienta: llevaba un grosero cilicio, ó saco de penitencia, señal de su inconsolable dolor, y ayunaba casi todos los dias. Esta conducta, inspirada por piadosos sentimientos, le habia conciliado la estimacion general, y ni una palabra de disfavor habia nunca marchitado el terso brillo de su reputacion, este frágil pero hermoso ornamento de las jóvenes viudas. Tal era Judith en Betulia.

Luego que supo esta muger ninguna cosa por medio de sus conciudadanos que Ozias habia proletoado dentro cinco dias entregar la ciudad, envió á buscar á los ancianos del pueblo, y les dijo: "¿Qué demanda es esa, en que ha consentido Ozias, de entregar la ciudad á los asirios, si dentro de cinco dias no os viene socorro? ¿Y quién sois vosotros para tentar así al Señor? Medio es este, no para atraer su misericordia, sino mas bien para provocar su ira y encender su furor. Vosotros habeis fijado un plazo á las piedades del Señor, y le habeis señalado dia, confor-

me á vuestro arbitrio. Pero pues que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esta falta, que acabamos de cometer, y bañados en lágrimas, imploremos su misericordia. No son las amenazas de Dios como las de los hombres. . . . y consideremos que los azotes con que el Señor nos castiga como á sus esclavos, nos han venido para corregirnos y no para perdernos." Aquella ilustre muger, con aquella superior inteligencia de las cosas que viene de la fe, recordaba muy oportunamente las doctrinas visiblemente marcadas en toda la historia de los judíos, y que deben presidir á la vida de todos los hombres; esto es, de una parte que las calamidades aparecen en el mundo como la punición de delitos anteriores, de los cuales ó somos personalmente culpables, ó simplemente cómplices, y que en todo caso son una prueba que se trata de sobrelevar con resignación y de hacer servir en provecho nuestro; y de otra parte, que no debemos presumir demasado de la prudencia humana, ni excluir á Dios de nuestros consejos, pues sea como fuere, él nos ha hecho libres para obedecer con gloria y no para resistir con orgullo; para comprender y ejecutar sus designios, y no para combatirlos ni para subsistir á ellos los nuestros propios.

A esto, pues, respondieron Ozias y los ancianos del pueblo: "Mucha verdad es todo lo que has dicho, y tus razones no tienen réplica. Ruega pues ahora por nosotros, puesto que eres una muger santa y temerosa de Dios." Y replicó Judith: "Así como conocéis ser de Dios lo que acabo de decir, así sabréis también por experiencia si viene de él lo que tengo resuelto ejecutar, y rogadle para que me ratifique en mi designio. Esta noche estareis vosotros en la puerta de la ciudad, y yo saldré fuera con mi doncella; y orad al Señor á fin de que dentro de los cinco días que dijisteis, arroje una mirada de clemencia y de protección hácia su pueblo de Israel. No quiero que me preguntéis sobre lo que intento hacer, y hasta que venga yo á noticiároslo, que no se haga otra cosa que rogar por mí á Nuestro Señor Dios." "Vete en paz, le dijo Ozias, príncipe de Judá, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos." Y se marchó, seguido de los ancianos del pueblo.

Retirados estos, Judith entró en su retrete, que era su oratorio, y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza, y postrada delante de Dios, recordando la venganza que su abuelo Simeon había tomado en otro tiempo del ultraje hecho á Dina, exclamó: "Señor Dios de mi padre Simeon, en cuya mano pusiste la espada para castigar á unos estranjeros, profanadores impuros de la gloria de una virgen, que entregasteis sus mugeres como un botín de guerra, sus hijas al cautiverio, y sus despojos á ser reparidos entre sus servidores que arrieron en celo por tú

honor, asiste te suplico, ¡oh Dios mío! á una viuda desolada. Puesto que eres tú el que obraste las notiguas maravillas, y el que tienes resuelto obrar otras despues, y que todo pende de tu voluntad: ya que preparados están tus caminos, y tus juicios tienen su fundamento en tu inefable providencia, vuelve ahora la vista sobre el campamento de los asirios, como en otro tiempo te dignaste volver al de los egipcios, cuando estos corrían armados en pos de tus siervos, confiados en sus carros, en su caballería y en la muchedumbre de sus guerreros, tendiste la vista sobre su campo, y quedaron envueltos en las tinieblas, el abismo detuvo sus pasos, y las aguas los devoraron. Así suceda con estos, Señor, que ponen la confianza en su gran número, que se pavonean en sus carros y sus picas, y en sus escudos y en sus lanzas; y no conocen que eres Nuestro Dios, tú, que desde el principio de los tiempos disipas las legiones, y tiene por nombre el Señor. Levanta tu brazo, como ya otra vez hiciste, y con tu poder destruye su poder: caiga al golpe de tu indignación la fuerza de los que presuman violar tu santuario, y profanar el tabernáculo dedicado á tu santo nombre, y derribar la majestad de tu altar augusto."

E indicando despues el ardor de que ella pensaba valerse contra Holofernes, añadió: "Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio caiga cortada con su propio alfanje; que al verme quede preadido por sus propia ojos, como en un lazo; hiérole tú con el encanto de mis palabras: infunde en mi corazón constancia para despreciarle, y valor para destruirle. Derribado quede por la mano de una muger, y sea esta la gloria de tu santo nombre. Que no consiste, Señor, tu poder en el número de los escuadrones, ni te places en la fuerza de los caballos, ni han sido nunca de tu agrado los soberbios, y solo has recibido con gusto las súplicas de los que te ruegan con humildad y mansedumbre. ¡Oh Dios de los cielos, Criador de las aguas y Señor de todo lo criado! escucha á esta débil mortal que te invoca, y que lo espera todo de tu misericordia. Acuérdate, Señor, de tu alianza, y pon tú mismo las palabras sobre mis labios: fortifica mi corazón en esta empresa, á fin de que tu nombre se mantenga siempre immaculado para tu culto, y reconozcan todos los pueblos de la tierra que tú eres el verdadero Dios, y que no hay otro fuera de tí."

El designio de Judith, como ya se desprende de sus mismas palabras, era el de inspirar alguna pasión á Holofernes, y de aprovecharse, para perderle, de la loca confianza que sin duda le concedería: juntábanse en su pensamiento el patriotismo y la religión, para aconsejarle el librar á la tierra del yugo opresor de un enemigo cruel: se puede muy bien decir que Dios robustecía este proyecto en el corazón de aquella hembra intrépida; y así es un caso excepcional, que no puede servir de norma para el

proceder ordinario de la vida, y por lo común son muy otras las sendas que conducen á tan glorioso término. Pudo muy bien Judith ver delineada en rasgos de fuego dentro de su conciencia la vocación especial á la que la llamaba el cielo, y buscar en ideas demasiado humanas y preferir por error medias desgraciadas para llenarla. No hay duda que el patriotismo tiene su exaltación, estratagemas la guerra; pero la moral tiene también sus derechos, y la religión sus preceptos: es permitido callar secretos, pero está prohibido el engañar por espresos embustes. Llamar á su socorro peligrosas atractivos, y arrostrar en sí y hacer correr á otros los percances de un mal probable, es lo que la razón reprueba y lo que Dios prohíbe. Si nos es, pues, posible aplaudir en todas sus partes las súplicas de Judith, fuerza es reconocer, no obstante, las buenas intenciones que la animan, los generosos sentimientos que despliega, y los movimientos de ardiente fe y de varonil coraje que brillan en sus invocaciones magníficas. Por lo demás, el hombre marcará siempre hasta el bien que obra con el sello de su propia y original imperfección: mas Dios hará también resplandecer siempre su fuerza y su santidad al través de la flaqueza y de la iniquidad de nuestras obras.

Después de haber así preparado su alma, Judith se levantó del lugar en que estaba prosternada delante del Señor, bajó á su habitación, llamó á su doncella, quitóse el ciribio, dejó su lúgubre trage de viuda, lavó su cuerpo y ungióle con preciosos ungüentos, repartió en trenzas el cabello de su cabeza, que adornó rica y graciosamente. Atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, y púsose los brazaletes, los pendientes, collar y otras sortijas de esplendidez deslumbradora, pues tal era el trage y las joyas que había llevado en los días de su antigua felicidad. A este atavío magnífico daba aún mayor realce una belleza sobrenatural que Dios hacía brillar en su rostro; pues Dios, que penetraba en el corazón de su sierva, y veía que la virtud sola y no una vana complacencia de satisfacer una pasión regulaba sus acciones, añadió á la gracia natural de su persona, una superior hermosura, para que apareciese á los ojos de todos con una brillantez incomparable. Sin duda que Dios favorecía así los designios de la heroína, que quería proteger el templo contra los insultos de sus enemigos y arrancar á sus conciudadanos de la opresión y del peligro de la idolatría. ¿No pareció de otra parte, que en las grandes pasiones, el alma sale de sí misma, por decirlo así, como una reina que viene á dar órdenes á sus servidores, y aparece sobre la fisonomía, iluminándola con un rayo de su propia majestad?

Entretanto, Judith salió acompañada de su doncella. Para no verse obligada á alimentarse de viandas prohibidas durante los días que pasa-

se en medio de los enemigos, hizo llevar por su criada algunas provisiones de aceite, queso, harina, higos, pan, y una botella de vino. Al llegar á las puertas de la ciudad, halló á Ozias y á los ancianos del pueblo que la estaban aguardando. Al verla, quedaron deslumbrados por su hermosura, no cansándose de admirar lo noble y bello de su persona. Pero sin preguntarle palabra, la dejaron pasar, diciendo solamente: "El Dios de nuestros padres te dé su gracia, y con su virtud esfuerce los designios de tu corazón, para que Jerusalem se glorie en ti, y sea colocado tu nombre en el número de los santos y justos." Y todos los que estaban allí presentes apoyaron este patriótico voto exclamando á una voz: "¡Así sea! ¡Así sea!"

Judith, pues, salió fuera de las puertas de la ciudad con la plegaria en los labios, y seguida de su criada. Al despuntar el día, como ella descendiese de la montaña, las guardias avanzadas de los asirios le salieron al encuentro, y deteniéndola le dijeron: "¿De dónde vienes, y á dónde vas?" Y respondió ella. "Soy una de las hijas de los hebreos, y he huido de ellos porque preveo que han de ser presa de vuestras manos, pues os han despreciado, y no han querido entregarse voluntariamente para ser tratados por vosotros con misericordia. Y por esto he pensado y dicho para mí: Iré á presentarme al príncipe Holofernes para descubrirle los secretos de los hebreos, y darle un medio para sorprenderlos sin que perezca un solo hombre de su ejército." Los soldados contemplaban atónitos aquella joven tráfuga, en la cual la gracia de las palabras y de las maneras cesaba aun á la belleza y al brillo de los adornos. Y pintándose en sus semblantes el pasmo de que se hallaban poseídos, le dijeron: "Has salvado tu vida con este designio de venir á presentarte á nuestro príncipe y señor, pues ten por cierto que al parecer delante de él te tratará bien y ganará su corazón." Condujéronla, pues, al pabellón de Holofernes declarándole quién era. Entró ella, el general quedó deslumbrado y vencido, y los oficiales decían: "¿Quién menospreciará el pueblo de los hebreos, teniendo como tienen mujeres tan bellas? ¿Y no merecen éstas que hagamos la guerra contra ellos para adquirir las?" Holofernes estaba sentado bajo un dosel de púrpura bordado de oro, y decorado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Judith arrojó una mirada sobre el jefe asirio y se prostó hasta la tierra en señal de respeto, mas los criados de Holofernes la levantaron por mandato de su señor.

Sin duda que la audacia de sus resoluciones, los pensamientos terribles que nutría en su corazón, la novedad del espectáculo que á su vista se presentaba, aquella especie de fiebre que en las grandes circunstancias

afecta los miembros con agitaciones convulsivas, como si estos fuesen, harto débiles para seguir los arranques del alma y sostener el peso del entusiasmo: quizás tambien un resto de pavor de que difícilmente puede librarse una mujer en medio de tan trágicas premeditaciones, todo esto junto inspiró á Judith una turbacion, á lo menos aparente, pues que Holofernes le dirigió palabras para alentarla antes de preguntarle el motivo de su fuga. "Cobra aliento, y destierra de tu corazon todo temor, pues nunca he tratado mal á nadie que haya querido someterse á nuestro rey. Y si tu pueblo no me hubiese despreciado, no hubiera contra él empuñado mi lanza. Más dime ahora: ¿Por qué causa los has abandonado á ellos y resuelto á venirme entre nosotros?" La artificiosa Judith respondió así: "Atiende á las palabras de tu sierva, porque si sigieres los consejos de tu esclava, el Señor dará cumplimiento á tu empresa. . . . La prudencia de tu espíritu es celebrada entre todas las naciones, y todo el mundo sabe que tú solo eres el mejor y mas poderoso personaje de su reino, y en todas las provincias no se habla mas que de tu pericia militar. No se ignora lo que hablé Aquior, ni menos lo que tú has dispuesto acerca de su persona. Nuestro Dios está tan indignado por nuestras maldades, que ha enviado á decir al pueblo por medio de sus profetas, que le abandona en pena de sus pecados. Y como los hijos de Israel saben que tienen ofendido á su Dios, están temblando de ti. El hambre además los acosa y están ya casi muertos de sed: por lo cual han resuelto matar sus bestias para beberse la sangre, y hacer servir para su uso el trigo, el vino y el aceite, objetos consagrados al Señor, y que lejos de poder consumirlos, ni aun tocar pueden con las manos. Y siendo tal su proceder, no hay duda que serán abandonados de Dios y que perecerán. Penetrada, pues, yo, sierva tuya, de esta verdad, hui de ellos, y el Señor me ha mandado darte aviso de todo lo dicho; pues esta tu sierva adoró á Dios nun ahora que está en tu poder. Saltré, pues, fuera á hacer oracion al Señor; el cual me dirá la hora de su venganza, y yo te lo vendré á anunciar, por manera que yo misma te conduciré por medio de Jerusalem, y verás en tu presencia á todo el pueblo de Israel como ovejas sin pastor, sin que ni un perro siquiera ladre contra ti: todo esto me ha sido revelado por Dios, el cual me ha enviado para darte de ello conocimiento."

El éxito confirmó estas palabras en el sentido que les daba Judith en su interior, pero no en el sentido que naturalmente presentan. Esta arenga merece ser considerada atentamente. Judith reconoce á la presencia del primar esclavo de Nabuco la omnipotencia y supremacia del Dios de Israel, y no hay una sola palabra que desmienta la religiosidad de la que habla. Preciso era temperar esta proclamacion solemne de la divinidad

de Jehová, con alguna lisonja al poder y pericia del general asirio, y con una verdadera pintura de la apurada situacion de los sitiados. Y aun cuando nos parece algo difícil el eximir esta arenga de todo reproche de ficcion y de mentira, aun cuando no quiera verse en ciertas expresiones sino una pura ironia, y se reconozca en otras una alusion profética, pues tales restricciones mentales escuden, en nuestro concepto, los limites forzosos del recto pensar y respiran la doblez: con todo, pueden admirarse las virtudes de Judith, sin por esto llamarla impecable; y creemos que su casta vindez, su sentimiento de sincera religion y su patriotismo magnánimo la hacen usuz rica de gloria real, para que deje de tributársele un justo homenaje de espontáneas alabanzas. Lejos estamos por esto de vituperar en nada la memoria de tan noble matrona: creemos únicamente que sus palabras anfibológicas, á pesar de no leíar en lo mas mínimo la gloria de Dios y de sus soberanos atributos, fueron materialmente una falta, en la comun acepcion de esta palabra, y que por este punto no es imitable. Y por último, que le arrojen la primera piedra los que tengan un corazon mas grande que ella, los que hayan servido mejor á su patria y ofendido menos á Dios!

Complació en extremo á Holofernes y á todos sus oficiales el discurso de Judith, porque Holofernes era débil contra la adulacion, como la mayor parte de los hombres investidos de un poder cualquiera, y porque sus oficiales se conformaban con su pensamiento, como todos aquellos que hacen de la obediencia un negocio y no una virtud. Todos, capitanes y soldados, admiraban la sabiduria de Judith, y se decian el uno al otro: "No hay en el mundo una mujer como esta, ni por la hermosura de su rostro ni por la discrecion en el hablar." Y dirigiéndose á ella Holofernes le dijo: "Dios nos ha favorecido enviándote delante de este pueblo para que lo pongas en nuestras manos. Y tu promesa es de tan buen agüero, que si tu Dios la cumple será tambien mi Dios, y tu serás grande en la casa de Nabueodonosor, y tu nombre resonará y será celebrado por toda la tierra." Puede creerse sin temor de errar que por parte de Holofernes esta promesa de abrazar la religion judia, tenia por objeto el quitar los escrúpulos que pudiera á no tardar oponerle la piedad de Judith.

Entretanto Holofernes dió orden á sus criados de conducir á la transfuga estrangera á la cámara en donde se guardaban sus tesoros, no creyendo, segun la ingénua expresion de un antiguo escritor, poder poner allí una piedra mas preciosa; y quiso tambien que recibiese de su propia mesa lo que ella apeteciera. Judith dió á conocerle que las leyes religiosas de su pais no le permitian usar indistintamente de toda especie de vajares, y que ella habia ya traido consigo las provisiones necesarias.

"Y cuando lleguen á faltarte las provisiones que has traído, replicó Holofernes, qué se ha de hacer?" "Lo juro por tu vida, señor, contestó la hebrea, que no consumirá tu sierva lo que trae consigo, antes que cumpla Dios por mi medio lo que he pensado." En seguida los criados del general la acompañaron al alojamiento que había mandado. Pidió después permiso de salir fuera por la noche, y antes de amanecer, para ir á hacer su oración fuera del campo. Consentió en ello Holofernes, dando orden á sus ayudas de cámara para que le dejasen salir y entrar como quisiese durante tres días, á adorar á su Dios. Salía, pues, las noches al valle de Betulia; y después de las abluciones religiosas, volvía á su tienda, purificada; permanecía allí hasta que al anochecer tomaba su alimento, y oraba incesantemente al Señor Dios de Israel, que dirigióse sus pasos para lograr la libertad de su pueblo.

En el cuarto día celebró Holofernes una cena ó convite con sus domésticos. Entonces el déspota, viéndose separado de la hebrea, mandó un recado por su conuco Vago, para invitarla á que viniese á residir con él. Holofernes, ya sea por pasivo, ya sea por orgullo, no podía diferir por más tiempo la austera reserva de Judith; y como los voluptuosos magnates del Oriente, no quería tolerar que aquella cautiva voluntaria saliera intacta de sus manos. Nada más natural que convidarla á su mesa. Judith aceptó con agrado el mensaje. "¿Quién soy yo, contestó al enviado, para que ose contradecir á mi señor?" Y fingiendo tomar la invitación por una simple muestra de benevolencia, añadió con mucha gracia: "Haré todo cuanto sea de su agrado, pues lo que él gusta será para mí lo mejor en todos los días de mi vida." Levantóse, pues, adornóse con todas sus galas, y así ataviada fué á presentarse delante de él. Al verla, el corazón de Holofernes quedó profundamente conmovido, y la pasión impura mal contenida chispeaba por sus ojos. Y le dijo: "Come ahora y bebe alegremente, porque me has dado en gracia." Y respondió ella: "Beberé, señor, porque recibe mi alma en este día mayor gloria que en todos los demás de mi vida." En efecto, tomó en seguida de lo que su doncella le había dispuesto y comió, y bebió en su procañencia. Y Holofernes se tuvo por tan feliz, y tanto rebosó de contento, que bebió vino sin medida, más de lo que nunca en su vida había bebido.

Venida la noche, retiráronse los convidados, que presto quedaron sumidos en el sueño de la embriaguez. Vago cerró la puerta de la cámara, y Judith quedó sola en el gabinete. Holofernes estaba tendido en la cama, durmiendo profundamente á causa de su embriaguez extraordinaria. Judith había dado orden á su doncella que estuviese fuera de observación á la puerta de la cámara. Y púsose Judith en pie delante de la ca-

ma, rogando con lágrimas y en silencio, moviendo apenas los labios: "Dame valor, Señor Dios de Israel, pon tu mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que sea por ti ensalzada, según prometiste, tu ciudad de Jerusalem, y ejecute yo lo que me he propuesto hacer con tu asistencia." Después de estas palabras, acercase al pilar que estaba á la cabecera de la cama, y desata el alfiler que de él colgaba, le saca de su vaina, y tomando á Holofernes por los caballos: "Señor Dios, dice, sostenedme en este momento." Y le da dos golpes en la cerviz, separa la cabeza del cuerpo, y desprendido de los pilares el cortinaje, vuela al suelo el cadáver hecho un tronco. Sale poco después, entrega la cabeza de Holofernes á su criada, mandándole que la esconda en el saco en donde habían llevado las provisiones. Y salieronse á fuera las dos según costumbre, como para ir á la oración, y atravesando el campamento, y dada la vuelta al valle, llegan á las puertas de Betulia.

Judith desde lejos gritó á los centinelas de la muralla: "Abrid las puertas, porque Dios está con nosotros, y ha obrado un prodigio en Israel." A la voz de Judith llaman los centinelas á los ancianos del pueblo. Y vinieron corriendo á ella todos, pues ya desesperaban de su vuelta. Y encendieron antorchas, y la rodearon á tropel, y subiendo la heroína en un sitio más elevado, mandó guardar silencio, y habló así: Alabad al Señor Dios nuestro que no ha desamparado á los que confiaban en él. Y por medio de ésta su esclava, ha hecho ostension de su misericordia prometida á la casa de Israel; y esta noche ha muerto por mi mano al enemigo de su pueblo." Y mostrando después á la asamblea el trofeo de su victoria, añadió: "Mirad la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y ved una de las cortinas de su lecho sobre el cual yacía sumido en la embriaguez, y donde Dios Señor nuestro le ha degollado por mano de una muger. El Dios viviente me es testigo, que su ángel me ha aguardado en mi salida y permaneció en el campo y vuelta; ni ha permitido el Señor que su sierva fuese violada, y me ha restituido á vosotros sin mancha, feliz por su triunfo, por tu salud, y por haberos dado libertad. Alabad, pues, al Señor por su bondad y porque su misericordia se extiende á todos los siglos." Así es como este pueblo religioso lo relata todo á la Providencia, persuadido que ella tiene en sus manos los sucesos de la guerra, que á menudo fija según el espíritu de nuestras plegarias, el destino de las falanges enemigas, y dá algunas veces á los más flacos un valor que equivale á ejércitos enteros.

Todos los habitantes de Betulia reconocieron el dedo de Dios en la muerte de Holofernes, y dijeron á Judith: "El Señor ha derramado sobre ti sus bendiciones, comunicándote su poder; pues por medio de ti ha

aniquilado nuestros enemigos." Y Ozias, jefe del pueblo de Israel, añadió: "Bendita eres del Altísimo entre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, criador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos. Hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que tus alabanzas no cesarán jamás de publicarse por las generaciones venideras, que conservarán la memoria de los prodigios del Señor, pues no has temido exponer la vida por tu pueblo, al ver sus angustias y tribulaciones, sino que has corrido á prevenir su ruina, delante de Dios." Y todo el pueblo á una voz confirmó y aplaudió tan merecidos elogios.

Llamado después Aquior, compareció, y díjole Judith: "El Dios de Israel de quien tú reconociste el poder para castigar á sus enemigos acaba de derribar esta noche por mi mano al jefe de todos los infieles. Y para que conozcas la verdad de lo que te digo, ahí tienes la cabeza de Holofernes, que en la insolencia de su orgullo despreciaba al Dios de Israel y te amenazaba de muerte diciendo: "Cuando habré hecho cautivo al pueblo hebreo, te haré atravesar con la espada." Al ver la cabeza de Holofernes, Aquior quedó desprovisto, cayó sobre su rostro en tierra, y perdió los sentidos. Pero recobrado luego, volvió en sí, se arrojó á los pies de Judith, y como si la adorase, exclamó: "Bendita eres tú de tu Dios en todos los tabernáculos de Jacob; y el Dios de Israel será glorificado en tí por todos los pueblos hasta donde llegare tu nombre." E ilustrado por este prodigio, abandonó las supersticiones paganas, creyó en Dios, y quedó incorporado á la nación.

Y continuando Judith su misión libertadora, dijo al pueblo: "Hermanos míos, escuchad lo que voy á deciros. Colgad esta cabeza en lo alto de vuestros muros, y así que asome el sol sobre el horizonte, tome cada uno sus armas, y salid con grande estrépito, no en ademán de esperar al enemigo sino de acometerle. Al momento irán las avanzadas á despertar á su general para el combate. Y cuando los jefes pasando á la tienda de Holofernes, hallarán á éste sin cabeza y revolcado en su propia sangre, quedarán helados de pavor. Cuando, pues, los vieseis huir, corred audazmente á su alcance, porque el Señor los hollará bajo vuestras plantas." En efecto, al despuntar el día se colgó sobre los muros la cabeza de Holofernes: cogió cada cual sus armas, y salieron fuera con grande tumulto y gritaría. A tal espectáculo, corrieron los centinelas asirios á la tienda de Holofernes, los que estaban allí de guardia y sus servidores, acercándose á la puerta de la cámara, hacían ruido para despertarle, procurando adrede interrumpirle el sueño, á fin de que sin ser llamado se despertase con el ruido, pues nadie osaba llamar á la puer-

ta ni entrar en la cámara del candilero de los asirios. Pero habiéndose reunido allí los capitanes y tribunos, y todos los oficiales generales del ejército del rey de los asirios, dijeron á los ayudantes de cámara de Holofernes: "Entrad y despertadle, pues han salido aquellos ratones de sus agujeros, y se atreven á provocarnos al combate." Entra, pues, uno de sus criados. Vagó se para delante de la cortina, de algunas palmadas, pues se figuraba que Holofernes estaba durmiendo con la hebrea. Aplica el oído, y no percibiendo el mas leve movimiento, se arrima mas á la cortina, y alzándola un poco, ve el cadáver de Holofernes sin cabeza, y bañado en su propia sangre. A tan inesperado espectáculo arroja un grande grito, prorrumpe en llanto, rasga sus vestiduras, corre á la tienda de Judith, y no hallando á la transtuga, sale de allí y exclama: "Una sola mujer hebrea ha llenado de confusión y de afrenta la casa de Nabucod, pues ved aquí á Holofernes tendido en tierra que ya no es mas que un tronco sin cabeza." A estas terribles palabras, los jefes todos del ejército de los asirios rasgaron sus vestiduras; el pavor heló la sangre de sus venas, tombaban de agitación y de espanto, y estendióse un terrible clamoreo por todo el campamento.

Cuando supo todo el ejército que Holofernes había sido decapitado, la consternación fué general. Indecisos, sin consejo, sin valor, solo al espanto obedecían, no pensando sino en buscar su salvación en la fuga. Silenciosos, cabizbajos, abandonándolo todo, sin consultar siquiera con el que tenían al lado, dábanse prisa á escapar de las manos de los hebreos, cuya victoriosa gritaría escuchaban ya de cerca, echando á correr en desorden por los campos y collados. Los batallones descendían en turba innumerable, sonando sus trompetas y dando espantosos gritos: pero marchaban unidos y en buen orden; y como las tropas asirias huían desparramadas y sin concierto, precipitadamente, hicieron de ellos una horrible chuzcetería. Después de haberlos rechazado á gran distancia, volvieron á Betulia, conduciendo consigo rebaños numerosos y llevando riquezas inmensas, y por su parte, los que habían quedado en la ciudad, bojaron al campamento para saquearlo, y el botín fué prodigioso. Ozias entretanto hizo saber á todas las ciudades y provincias, la completa derrota de los enemigos, y de todas partes salió armada la juventud mas escogida, persiguiendo á los fugitivos, cuya mayor parte fué pasada al filo de la espada. Así se contuvo esta inundación ante la audacia de una simple mujer. Dios oponió á las ondas poderosas del mar un grano de arena en donde viene á estrellarse y á morir en su furor: envía en los aires llenos de tempestades un viento ligero que dispersa las nubes y restituye á los cielos la serenidad y bonanza.

A todas estas nuevas, el gran sacerdote Joacim pasó de Jerusalem á Betulia con todos los ancianos del pueblo para ver á Judith. La heroína salió á su encuentro, para ofrecerle sus respetos; pero todos á una voz la bendijeron diciendo: "Tú eres la gloria de Jerusalem; tú la alegría de Israel: tú eres el honor de nuestro pueblo, porque te has portado con varonil esfuerzo, y has tenido un corazón magnánimo: tu amor á la pureza no te ha dejado conocer mas que un esposo: por esto la mano de Dios te ha fortificado, y serás bendita para siempre." Y todos los hombres y mugeres, jóvenes y doncellas saltaban de alegría al son de arpas y de músicos instrumentos; pues así como nada ignota en horror y en ferocidad al tumulto de un gran pueblo amotinado para el mal: no hay espectáculo mas grato y consolador que la voz de un gran pueblo penetrado de júbilo y reboando de contento por el triunfo de la justicia y de la virtud. Entonces la inspirada Judith esplayó su júbilo por este himno de victoria.

Con música armonía
Del címbalo y del tímpano sonoro,
Modulando los tonos en suave
Y dulce melodía,
Nuevos himnos resuena nuestro coro;
Y templando el agudo con el grave,
A Jehová cantemos,
Y su nombre dulcísimo invoquemos,
Loando su excelencia:
A Jehová, que ejércitos deshace.
Su nombre es Jehová, nombre divino
De eterna y pura esencia.
Al que en finar su campo se complace
En medio de su pueblo, y en el vino
A salvar nuestras vidas de las manos
De enemigos feroces y tiranos.
De la montaña umbría,
Del Aquilon llegó el asirio fiero
En numerosos huertes confiado.
Con su caballería
Ocupaba los valles; y primero
Había mil torrentes agotado
Su inmenso muchedumbre,
Que pudiese empeñar de la alta cumbre.

Atrasar esperaba.
Mi término feraz á sangre y fuego:
Mi tierna juventud á dura muerte
Suberbi in cadenaba
Con espada cruel; y cual si luego
Lo tuviese en su mano, de esa suerte
Del párvulo hace presa.
Y la virgen vá ya cautiva y presa.
Mas el Omnipotente
Jehová reprimió su altanería,
Y á las manos dispuso que acabara
De una muger valiente.
Y aquel fiero caudillo que regia
Tanto armado escuadron, y descara
Con Tian arrogante
O con feroz y altísimo gigante
En singular batalla
A las manos venir, y con honrosa
Muerte acabar, que á su sepulcro diera
Fama inmortal, se halla
De Judith á los pies, la hija hermosa
De Merari, postrado, que pudiera
A solo su hermosura
Rendido verlo, y darle muerte oscura.
Del traje de viuda
Se despoja, y en gula cambiado,
Como en un día en Israel festivo,
El triste aspecto muda:
Se adorna y arregla su tocado:
Con el adorno aumenta el atractivo
De su semblante bello;
Lizo y lleno de joyas el cabello,
Con nueva vestidura
Sale, á engañar resuelta á aquel tirano.
Llega, la vé, sus ojos arrebatada
La rica bordadura
Del borcegui; lo enciende amor insano.
Se dueñe: y ella del tahali desata
Su alfiange, y la cabeza
Le corta allí cuando á dormir empieza.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Al persa horrorizado
 Y al medo su valor y su constancia
 Asombran: el ejército enemigo
 Atónito y turbado,
 En confuso clamor, con viva instancia
 Grita á los gefes, porque vé el castigo
 Con que en breves momentos
 Los que ayer eran pobres y sedientos
 Le amenazan ahora.

A jóvenes imberbes, de doncellas
 Tiermas nacidos, temen: de su muerte
 La fuga es precursora.
 Hayen, los siguen, y entra en querellas.
 Los ostigan y estrechan de tal suerte,
 Que ya muertos, ya heridos,
 A tu vista, Jehová, como raudidos.
 A Jehová cantemos
 Nuevos himnos, al Dios que el alma adora
 Adonai, Señor, ¿de tu grandeza
 Quién mide los extremos?
 ¿Quién hay en cuanto el sol caliente y doras,
 Que venza á tu virtud y fortaleza?
 A ti sirva con pura
 Voluntad y piedad la criatura,
 Cualquiera que ella fuere;
 Pues tú dices y sale de la nada
 Por tu palabra al sér lo que no era.
 Tú espíritu, si quieres,
 Todo lo crea: nunca repugnada
 Fúe tu voz. Tú derribes como cera
 Las piedras; y tu viento
 Mueve y abisma de su asiento.
 Tú engrandeces en todo
 A la que guía tu temor sincero;
 ¿Mas ay del que se atreva al pueblo mio
 A ofender de algun modo!
 Porque Jehová castigará severo
 Su atrevimiento y su furor impio.
 El dia formidable
 Serán, de su juicio inexorable

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Por el examinados:
 Gusano roedor, inestinguible
 Fuego vorás de sempiterna llama,
 Fruto de sus pecados,
 Consumirá sus carnes un horrible
 Cruel tormento, y el que no te ama,
 Sabrá en aquel inferno
 Lo que es penar y padecer eterno.

Después de la victoria, acudieron de todas partes los judíos á Jerusalem para rendir á Dios acciones de gracias, ofreciendo holocaustos y cumpliendo sus votos y promesas. Pulpitaban sus pechos de alegría á la vista de los santos lugares felizmente preservados de las profanaciones del enemigo. Todas las riquezas que se encontraron en la tienda de Holofernes, oro, plata, vestidos y pedrerías fueron entregadas á Judith, la cual junto con las armas y arneses de aquel feroz caudillo, lo consagró todo al Señor, y lo colocó en el templo por anatema de olvido, en expresión de la Escritura, es decir, como un monumento que debía recordar á la posteridad aquel insigne prodigio de Dios. Entretanto el pueblo se entregaba al regocijo á la vista del Santuario, y por espacio de tres meses se celebró en Judith el gozo de esta victoria.

Judith continuó en habitar en Betulia, gozando del aprecio y de la veneración de todo el pueblo, como la mujer mas esclarecida de Israel. Piel siempre á su antiguo luto, volvió á tomar los hábitos de penitencia y de religion, sin que tantas muestras de gloria con que se veía como adorada, deslumbrasen por un solo momento su corazón tan inaccesible á un nuevo amor, como al orgullo. Dio la libertad á la generosa esclava que la había seguido al campo de los asirios. Su gloria aumentaba con los años, y cuando en los dias de fiesta aparecía en público era acogida con unánimes respetos. Mantúvose en la casa de su marido hasta los ciento y cinco años, y murió llena de virtudes, y fué sepultada en Betulia, en el sepulcro de su esposo. La nacion entera lloró por espacio de siete dias, haciendo cele las mas magníficas exequias. Durante su vida no hubo quien turbase á Israel, ni después de su muerte en muchos años. Para celebrar su valor y perpetuar el recuerdo de su ilustre victoria, se instituyó una fiesta que se celebró durante largo tiempo en la Judea, cuyo dia era señalado por los hebreos entre los dias santos. En otro tiempo la iglesia de Etiopia hacia memoria de la libertad de Israel procurada por Judith. Los santos padres no han descuidado el elogiar muy oportunamente las altas virtudes de la noble viuda, su vida retirada, silenciosa y pura, su

piedad hacia Dios, á quien servia sin desmentirse un solo instante, su terno y fiel respeto al recuerdo, y á la afección de su marido, su amor á la patria, cuya gloria y libertad salvó tan generosamente. Digno modelo de una viuda cristiana, mujer de un claro nacimiento, de una considerable fortuna, brillando en juventud y gentileza, despreció las riquezas, desechó las delicias, batió las seducciones del placer para llegar á la virtud y teñirse con la celeste aureola que ella proporciona.

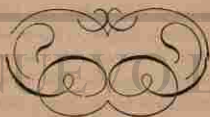
El nombre de Judith ha inspirado con frecuencia al arte cristiano, y sería largo el describir y elogiar las obras que reproducen las mas grandiosas escenas de aquella ilustre viuda. La historia de Judith está pintada en miniatura sobre un manuscrito del Vaticano, que se hace remontar hasta el siglo IX. También está representada en una vidriera de la Santa-Capilla de París, y aunque faltan en el día algunos trozos, se le veía entera en otro tiempo. También es conocida una pintura sobre madera, del siglo XV, que presenta á Judith saliendo de la tienda de Holofernes y llevando consigo la cabeza del general asirio; y esta misma trágica escena es la escogida con preferencia por los grandes artistas. Miguel Angel, con toda la fecundia y fuerza de su fantasía, tomó el momento en que la heroína, habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo, la entrega á su criada, y figurándose despues que el enemigo respira aún, arroja con espanto la última mirada sobre el cadáver para asegurarse que ya no vive. En Rafael, Judith pertenece al carácter sublime: mantiénese en pie, apoyada sobre su espada, y hollando la cabeza de Holofernes. En el Dominiquino ostenta la cabeza que acaba de tronchar. En el Guido levanta la mirada hacia el cielo con un admirable sentimiento: en Carlos Maratte, tiene en sus manos la cabeza cortada y mira gotear la sangre: su figura es soberbia en movimiento y en expresión. Rabens ha reproducido dos veces este asunto en composiciones llenas de energía y magníficas de colorido. Por fin, en nuestros días Horacio Vernet, cuyo talento es tan conocido, ha pintado á Judith en un cuadro notable, y en una actitud tan nueva como interesante. Judith mira á su víctima con un valor mezclado de espanto, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar la cabeza de Holofernes. Esta bella página del arte contemporáneo adorna al presente el museo de Luxemburgo, y de ella son tomadas seguramente la mayor parte de las láminas de Judith que decoran nuestros libros bíblicos.

Entre las varias composiciones poéticas que la historia de la célebre heroína de Betulia ha inspirado á nuestros ingenios, citaremos únicamente el siguiente soneto de Lope de Vega, que uno de nuestros mas distinguidos literatos cita como modelo en el *genero descriptivo*, añadiendo en su elogio que un pintor no pudiera hacer mas.

Por nuestra parte no creemos que no adolezca de algun defecto, y sobre todo lo reminiscencia de Baco, atendida la majestad del cuadro, no nos parece la mas digna ni oportuna.

Judith.

Coelega sangriento de la cama al suelo
El hombre diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra si rayos al cielo.
Revuelto con el ánsia el rojo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
Vertido Baco el fuerte arnés afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea:
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta hebrea
Con la cabeza resplandece armada.





H. P. S. del. et lit.

Michol.



MICHOL.

Michol filia Saul propitius per foveam vidit regem David subditum atque cecidit eum coram Domino, et depexit eum in coram suo.

(II Reg. VI 16.)

ACABABA de ser pronunciada en los decretos eternos la reprobacion de Saul: el profeta Samuel recibio de lo alto la orden de pasar á la pequena ciudad de Betlehem, en la tribu de Judá, y de consagrar alli por rey á uno de los hijos de Isai, llamado tambien Jesse. Tomó el profeta oleo en un vaso de cuerno y llevó consigo una victima para ofrecer un sacrificio á Dios, y vino á Betlehem. Despues de la ceremonia religiosa, comunicó su secreto á Isai, y pidió que fuesen alli llamados los hijos de aquel anciano, no sabiendo cual de ellos fuese destinado al trono. El mayor parecia gallardo y de agradable presencia, pero una voz intima dió á conocer á Samuel que ni el brío exterior, ni el aire de grandeza determinaban la eleccion de la Providencia, y que aquel hombre no era segun el corazon de Dios. Las miradas del profeta pasaron sucesivamente

sobre todos los hijos de Jessé, sin que la voz le designase á ninguno de ellos. Entonces Samuel dijo al padre: "¿Están aquí todos tus hijos?" Al cual el padre contestó: "Tengo aún otro, de pequeño, que está apacentando las ovejas." Envía, pues, por él, dijo el profeta á Isai, y tráelo aquí, que no nos pondremos á la mesa hasta que él venga." Envióse á buscar al joven pastor, y pareció allí. Su nombre era David, su edad de cerca de veinte años. Era de aspecto gallardo, de hermoso rostro: brillaba en sus ojos la llama de aquel genio que reserva Dios para grandes destinos, y tenía la cabellera de aquel color rojizo ó de fuego que los judíos y antiguos pueblos de la Germania prefieren á todo otro color. A su llegada, dijo la voz á Samuel: "Este es, levántate y dale la unción santa." Samuel derramó el aceite sagrado sobre la cabeza de David en señal de su dignidad futura, á presencia de sus hermanos: esta no era mas que una unción que radicaba un derecho, bien que actualmente impedido de gobernar á Israel. Este acto quedó por algún tiempo como un secreto de familia; sin embargo David empezó desde entonces á manifestar en su conducta aquellas eminentes calidades que reclama el ejercicio del poder: de otra parte las circunstancias ordenadas y conducidas por una mano invisible rodeaban ya su persona, como para elevarle sobre la multitud, y darle aquel pedestal que si bien no es el mérito mismo, le hace parecer como tal á los ojos del mundo.

Ved ahí una de las escenas mas interesantes que pueden presentarse á los ojos del observador reflexivo. En medio de una familia de pastores un profeta inspirado de Dios busca un monarca para un grande pueblo. Un joven apenas conocido es llamado de entre las ovejas que apacentaba para ser ungido rey; y en esta escena tan sublime por su misma sencillez, no se vincula tan solo el poder de un trono ó el destino de un imperio: se vincula nada menos que el cumplimiento de las esperanzas del mundo, el futuro destino de la humanidad. Este joven pastor, que llegará á ser grande entre los reyes, entre los santos y entre los profetas, será también tronco de una familia de reyes, la mas ilustre de la tierra, de la cual nacerá el Suspirado de los siglos, el Supremo Libertador, y este príncipe mismo, ese humilde hijo de Jessé, en sus grandezas, en sus persecuciones, en sus angustias, en sus profundos y penetrantes gemidos, será símbolo y figura del Hombre Dios, cuyos dolores salvarán al mundo y cuyos tormentos le será dado ver y lamentar, rasgándose para él, el velo de lo futuro. Todos estos misterios insondables se abrigaban como en su cuna en la humilde casa de Jessé.

Dichosos tiempos aquellos en que los reyes iban á buscarse de entre

los pastores, y en que un cayado se convertía en un cetro. ¡Desgracia del pueblo en que el cetro ha de nacer de una espada!

Samuel despues se volvió á Ramatha, y de aquel dia en adelante el espíritu del Señor se difundió suavemente en el joven elegido, al mismo tiempo que se retiraba del sombrío monarca de Israel. Domiado este por el espíritu del mal, sentíase atormentado por una cruel melancolia. El sueño huía de sus ojos: mil fantasmas aterradoras le sorprendían y azoraban entre sueños. Turbado con la memoria de sus delitos y con la sentencia fulminada por Dios contra él, dejábase llevar de aquel atrahario, de aquel turbulento frenesí que le hacía insoportable el peso de sí mismo, y le transportaba algunas veces hasta el delirio. Los áulicos liasonjeros, pues ya los tenía aquella reciente monarquía, ó bien interesados en calmar el humor frenético del príncipe, ó para grangearse su benevolencia, le proponen un medio para temperar aquella cruel melancolia que le llevaba hasta el furor. "Ya ves, le dicen, cómo te atormenta un espíritu maligno. Si así lo dispones, pues, nosotros los siervos que tienes delante de ti buscaremos un hombre hábil en tocar el arpa, para que cuando permita el Señor que te agite el mal espíritu, halles en sus dulces tonos algun alivio en tu dolor." No le pareció mal al aquejado monarca la indicacion. Uno de los cortesanos, lo habla de un hijo de Isai bethlehemita, tan diestro en tañer el arpa, como valiente y hábil para la guerra, prudente en el hablar, de aspecto gallardo y favorecido del Señor. Tantas gracias juntas no se hallarian seguramente en ningún otro hijo de Israel. Declaróse desde luego la voluntad del monarca, y Saul manda á Isai que le envíe á su hijo David que está con sus ganados.

El anciano de Bellehem toma un asno, lo carga de panes y de un cántaro de vino y de un cabrito recental, y lo envía á Saul por mano de su hijo. Tal vez pretendía hacerse, mas grato al que le mandaba á buscar á su hijo; ó le daba una muestra de sencilla gratitud por haber pensado en él. Lo cierto es que el hijo de Jessé fué acogido con el mayor agrado por el monarca de Israel, el cual le cobró el mas entrañable cariño, y le nombró su escudero ó page de armas; por manera que mandó decir á Isai: "Quédese David cerca de mí persona, porque ha hallado gracia en mis ojos."

El monarca de Israel tenía pues, á su disposición, uno de los mas poderosos recursos para suavizar los dolores del alma, y sossegar las tormentas del corazón. El canto, ¡oh! el canto es uno de los embelesos de la vida, y compadecemos de veras á los que por su organizacion ó por otras causas se ven privados de esa fibra secreta que deja percibir tan dulces y encantadoras sensaciones. El canto es natural al hombre, y es

inegable que toda la naturaleza tiene sus armonías así en la amenidad de los prados como en las profundidades del desierto; que un pueblo entero de cantores nos embelesa con sus gorgoros; que el alma del hombre, para guardar consonancia con el resto de la creación desahoga naturalmente con el canto sus dolores y sus alegrías. El canto es el que adormece como un prestigio mágico al mas astuto de los reptiles, ablanda las fieras, llena de placer la cabana del salvaje, acompaña los mas dulces instantes de la vida. Tiene tal simpatía con nuestra alma, que en todos los siglos ha sido el intérprete fiel de sus pasiones y de sus deseos. El ha engrandecido entre los pueblos la gloria y el entusiasmo, ha inspirado el valor y el heroísmo, ha dulcificado la amargura del llanto imitando sus sollozos y sorprendiendo al amor le ha robado sus suspiros. La Divinidad, el dolor y el sepulcro, lo mas grande, lo mas sagrado entre los hombres se ha sujetado al canto; la flauta del pastor y el arpa del bardo han embelesado los bosques y la soledad, mientras que un coro de vírgenes cantaba las delicias del himeneo, ó una ronca trompeta llevaba los hombres al combate. Con el canto se suple la falta de las palabras, y la melodía es el lenguaje misterioso del corazón. Aquellos acentos inarticulados que penetran con tanta dulzura, y que sin exitar idea fija hieren tan á lo vivo nuestra sensibilidad, producen sensaciones que apenas pueden concebirse y que se escapan á la expresión de nuestro limitado lenguaje. La música ha quedado entre nosotros como un don del cielo, y como un celeste vislumbre de los gozos de la inmortalidad.

Saul, pues, en sus horas de agitada melancolía disfrutaba las primicias del genio del héroe de Israel, y de aquellos primeros acentos que después tan majestuosamente supieron sublimarse hasta el trono de Dios y resuenan y resonarán por todos los siglos. Muy dulces y deliciosas debían ser las primeras melodías de aquella arpa misteriosa que supo después acomodarse á todas las dolencias del corazón, ora brillante y estática como los coros angélicos, ora tierna y adolorida como los gemidos del hombre arrepentido. Pero tan puras armonías no bastaron para aljar del alma inquieta de Saul las fantasmas de sus remordimientos y el temor de las amenazas del cielo. La mano inocente que hacía suspirar las cuerdas sonoras no podía hacer que volviese á un corazón culpado la paz del espíritu de Dios.

Pasado algun tiempo, en una de aquellas guerras interminables que á intervalos venían como saludables crisis á embestir y fortificar ejercitándola la constitución de la nacionalidad judía, un soldado filisteo propuso á los bravos de Israel el terminar la querrela por un combate singular. Los dos campos enemigos estaban levantados sobre alturas que domina-

ban el valle del Terebinto, pues los filisteos, juntando sus escuadrones para pelear, se habían reunido en Socó de Judá, y acamparon entre Socó y Areca, en los confines de Dominí, y Saul había ordenado sus huestes de manera que se hallaban al lado opuesto del monte, mediando entre ambos ejércitos el valle del Terebinto, valle angosto y profundo que se estiende como el cauce de un río mas allá de la ciudad de Jeremías á la derecha del camino de Jafa á Jerusalem. Un sendero que serpentea entre dos peñascos por lo largo de un barranco sembrado de mirtos, de terebintos y de olivos conduce al borde de un torrente casi siempre enjuto seguido despues de escarpadas cimas sobre las cuales está sentada una aldea árabe. El lecho del torrente está marcado por charcos de agua estancada y gran número de gajarríos que forman una línea blanquecina y sinuosa. El aspecto general del pais presenta algo de grave é imponente, pues los tintes sombríos que le dan severidad aumentan asimismo su grandeza.

El guerrero de Filistia tenía una talla desmedida y casi doble de los demás hombres: su cabeza, sus miembros y todo su cuerpo estaba cubierto de hierro y de acero. Dotado de una prodigiosa fuerza, traía en su cabeza un morrión de bronce; iba vestido de una coraza escamada del mismo metal, de un peso enorme; botas de bronce cubrían sus piernas; un ancho é impenetrable escudo de metal y una lanza formidable le servían para el ataque y la defensa. Este gigante era un bastardo, llamado Goliath, natural de Geth. Con ademán fiero é insultante viósele muchos dias seguidos presentarse entre los dos ejércitos, y proponer á todo Israel junto un desafío llano de jactancia y de desprecio. "¿Por qué habéis venido para dar batalla? decía, ¿no soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saul? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir conmigo cuerpo á cuerpo. Si este tal osare medir conmigo sus fuerzas y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere, y le matare á él, vosotros seréis nuestros esclavos y nos serviréis." Y se jactaba despues, diciendo: "Yo he desafiado hoy á los batallones de Israel, pidiéndoles un campeón para batirse conmigo." Saul empero y todo su ejército quedaban asombrados y mudos de estupor á vista de aquel coloso: el miedo había helado su valor. Por su parte Goliath sacaba de la pusilanidad de sus enemigos largas creces de insolencia, á manera de aquellos bárbaros propensos á realzar con pueriles bravatas la superioridad de sus fuerzas físicas.

Disponíase los israelitas á responder por medio de un combate general á las provocaciones del terrible filisteo, cuando llegó al campo David. Los tres hijos mayores de Isrâ habían seguido á Saul en la guerra; y Da-

vid, el menor de todos, se había retirado de la corte de Saul, y vuelto á apacentar la grey de su padre en Betlehem. Durante los días pues, en que mañana y tarde se presentaba al ejército de Israel el orgulloso filisteo, habiáse dicho á David su padre: "Toma para tus hermanos una medida de harina de cebada, y estos diez panes, y corre al campamento á llevárselo. Y toma también estos diez quesos de leche para su caudillo ó capitán, y verás si tus hermanos están buenos, y te informarás en qué compañía se hallan." No existía entonces ejército permanente: en los peligros de la patria publicábase entre las doce tribus que todo hombre dispuesto á combatir pasase á un lugar designado, al cual acudían los ciudadanos con sus armas y provisiones, pues la guerra se hacía á sus expensas, y no había recursos regularmente destinados al mantenimiento de las tropas. David había madrugado, y después de haber confiado sus rebaños á otro, se puso con su carga en camino para ejecutar las órdenes de su padre. Al llegar al lugar de Mugalá, en el valle de Terebinto, junto al ejército, dejó su carga entre los bagages; y corrió hácia el teatro de la lucha, pues un clamor inmenso y general parecía anunciar que iba á darse la acción.

En aquel mismo momento, y cuando David solícito se informaba de la salud de sus hermanos, pareció el bastardo filisteo, á renovar por última vez los insultos contra los israelitas, que huyan de su presencia, temblan de miedo. "¿No véis, decía uno de ellos, no véis ese hombre que se presenta al combate? Pues viene á insultar á Israel. Al que le matare, le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por esposa, y eximirá de tributos en Israel la casa de su padre." Estas promesas, el instinto de las grandes acciones, y sobre todo el deseo de vengar á Dios, cuya causa, estrechamente unida á la de los judíos, sufría por todas las injurias que se le dirijan, encendieron en el pecho del jóven héroe la llama de un religioso valor. Aseguróse de la verdad de lo que se decía: "¿Qué es lo que dactán, preguntaba, al que matare á este filisteo, y quite el opróbio de Israel? Porque ¿quién es este profano que así ultraja al ejército de Dios vivo?" Recordáronsele las recompensas reservadas al vencedor. Entonces David se ofreció para combatir al gigante, y á pesar de las envidiosas reconvencciones que le dirigió su hermano mayor Eliab, y de las advertencias mismas del rey, que le desviaba al principio de una lucha demasiado desigual, persistió él en su generoso designio. Eliab le decía indignado: "¿Por qué has venido aquí, dejando abandonadas en el desierto aquellas pocas ovejas que tenemos? Conocida tengo yo tu altanería, y la malicia de tu corazón. A ver la batalla es á la que has venido." A tan cruda como injusta increpacion, el que debía ser con el tiempo fi-

guro del mansísimo Cordero de Dios, respondió con mansedumbre: "Y qué mal hice yo? ¿he hecho otra cosa que hablar?" Llegó á oídos del monarca de Israel la osada resolución de David de dar la muerte al descomunal filisteo: mandó conducir el jóven á su presencia, y David le habló así: "No hay que desmayar por los insultos de este incircunciso: yo, siervo tuyo, iré y pelearé con él." Pero le respondió el rey: "No tienes tú fuerza para resistir á este filisteo, ni para pelear contra él, pues tú eres muchacho todavía, y él es un varón aguerrido desde su mocedad." Replicó David á Saul: "Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre, y venía un león ó un oso, y apresaba un carnero de en medio de la manada, y corría yo tras ellos, y los mataba y les quitaba la presa de entre los dientes; y al volverse ellos contra mí, los agarraba yo de las quijadas y los ahogaba entre mis manos. Así es como yo, siervo tuyo, maté el león y al oso, y lo mismo haré con este profano. Iré, pues, contra el ahora mismo, y quitaré el opróbio de nuestro pueblo. . . . El Señor que me ha libertado de las garras del león y de las fucnes del oso, me librará de las manos de este impio filisteo;" añadió el jóven pastor con una tranquila y religiosa confianza. Porque sabía que hay en el cielo un consejo supremo en donde se decide la victoria, y en donde la fe sincera tiene más voz que el cuchillo más bien templado.

De aquí fué en efecto de donde David sacó su audacia y su esperanza. Admirado Saul de la firmeza del jóven; conoció que allí mediaba el espíritu de Dios, y le dijo: "Anda, pues, y el Señor sea contigo." Y vistidle con sus ropas ó armaduras, y púsole en la cabeza un yelmo de acero y armóle de coraza. Cínóse David la espada de Saul sobre su vestido de guerra, y comenzó á probar si podía andar con aquellas armas. Pero conociendo que no estando acostumbrado, ínas bien le servirían de estorbo que de utilidad, despojóse de ellas; y tomando el cayado, que usaba de costumbre, escogió del torrente cinco guijarros lisos, y metióse los en el zurron de pastor que traía consigo, y tomó la honda en su mano y fuése en busca del filisteo. Venía éste caminando con paso grave, precedido de su escudero. Y viendo que se le acercaba un jóven rubio y de linda presencia le dijo con desprecio: "¿Soy yo algun perro, para que vengas á mí con un palo?" y juró por sus dioses echar sus carnes para pasto de las aves y de las bestias. Respondió David: "Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo, pero yo salgo contra tí en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israel, á las que tú has insultado este día. Y el Señor te entregará en mis manos, y yo te mataré y cortaré tu cabeza, y daré hoy los cadáveres de los filisteos á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa todo el

mondo que hay Dios en Israel; y conozca toda esa multitud que nos rodea, que si el Señor salva, no es por la espada ni por la lanza, porque él es el árbitro de las batallas y él os entregará en nuestras manos." Los dos ejércitos aguardaban el éxito de este combate memorable, como Alba y Roma contemplaban suspensos la lucha de tres hermanos contra tres hermanos. Moisés, el filisteo para marchar hacia David, y corriendo éste el combate contra el gigante, metió su mano en el zurrón y sacó una piedra, que disparó con la honda, e hirió tan cetera en la frente del filisteo, que quedó en ella clavada, y cayó éste en tierra sobre su rostro. Y no teniendo David á mano ninguna espada, arrojóse sobre el tendido filisteo, desentendió la suya, y le cortó la cabeza.

Es inexplicable el terror y el desorden que tan inopinada ruina causó á los filisteos. Viendo éstos que habia muerto el mas formidable de los guerreros, se pusieron en fuga dándose por perdidos. Los israelitas dando gritos de victoria, corrieron luego en su persecucion, acosillándoles en considerable número hasta llegar al valle y hasta las puertas de Azecaron, cayendo heridos muchos de los fugitivos por el camino de Saráim y hasta Geth, patria del terrible Goliath. Y vueltos de perseguir á los filisteos, los hijos de Israel saquearon su campamento. Y tomando David la cabeza del filisteo, la llevó á Jerusalem, pero sus armas las colocó en su casa. Saul quiso ver al joven héroe, al cual, pareció en efecto á su presencia llevando en su mano la cabeza de Goliath.

Ya cuando David se dirigia contra el filisteo preguntó Saul á Abner, general de las tropas, de qué familia era aquel joven, puesto que, segun la promesa del rey, si salia vencedor, habia de pasar á ser su yerno. Y respondió Abner: "Juro por tu vida, ó rey, que no lo sé." Despues de la victoria, puesto David á la presencia del monarca, preguntóle Saul: "Oh joven! ¿de qué familia eres?" Y respondió David: "Soy el hijo de vuestro siervo Isai, natural de Betelem." E informado el rey del nacimiento y de la familia de su futuro yerno, le retuvo en su palacio. David se portó en todo con una prudencia extrema: sus bellas cualidades y el recuerdo de su primera hazaña le grangearon la universal estima y admiracion. El alma de Jonatás, sobre todo, se unió estrechamente con el alma de David, y aquel hijo mayor de Saul le amó como á su propia vida. Igualmente y numerosas ó intimamente unidas aquellas dos almas, no formaban mas que una. Jonatás regaló al recién venido su túnica, su arco, su espada, y hasta el tahalí ó banda de donde cuelga la espada; cuán bello aparece en estas dos almas grandes el juramento de eterna amistad que se hicieron, y que se conservó hasta la muerte!; Cuán dulces son estas simpatías entre dos pechos nobles y generosos! La amis-

dad de Jonatás era desinteresada. Como príncipe de la sangre, lejos de hacerle sombra la grandeza de David, se complacia en sus triunfos y no solo le habia cedido un trono sino su propia vida. Niso y Eurialo, Píadas y Orestes aparecen en los anales de la historia y de la fábula como modelos de amistad; pero en la amistad de Jonatás con David se deja ver como una inspiracion del cielo, y una de aquellas afecciones puras é irresistibles que son el consuelo y el honor de la especie humana.

A este particular testimonio de amor, tan dulce ya para David, la nacion entera unió su reconocimiento y sus aplausos. En una especie de marcha triunfal que siguió á la derrota de los filisteos, las mugeres salian de los pueblos y veñian á encontrar á la comitiva, expresando su júbilo con cantares y danzas, y á coros y al son de panderos y otros instrumentos músicos repetian este estribillo: "Saul ha muerto á mil, David ha muerto á diez mil." Aunque la alabanza era justa, la comparacion era indiscreta; y no pensaban aquellas gentes que el arrojar flores sobre la cabeza de los súbditos, es entregarlos á la vengativa envidia de sus gefes.

Esta expresion empezó á agitar el ánimo suspicaz del monarca, y le hizo tomar aversion al joven héroe. El alma baja de Saul de la que Dios se habia alejado no podia ser generosa, y fue débil contra el incentivo de la envidia. ¿Cuán grande se presenta Jonatás al lado de Saul! La verdadera amistad es tambien un amor de sacrificio: cuando se prefiere la propia felicidad á costa de la felicidad del otro, no hay mas que egoismo, y si el afecto no descansa sino sobre al interes propio, presto se convierte en indiferencia ó en odio.

La envidia es el vicio que mas roe el corazón de su víctima y le oprime con una negra melancolia. No podia ocultar Saul ese cáncer que en secreto le devoraba. "A David le han dado diez mil, decía, y á mi me han dado mil; ¿qué le falta ya sino ser rey?" En su mirar irriso y suspicaz se traslucía la aversion que á David profesaba. Y mientras que el joven héroe, adornado con todas las gracias del corazón y de la naturaleza, hacia salir del arpa melodiosa sonidos tan dulces como su alma; mientras con el dulce poder de la música y del genio procuraba ahuyentar el espíritu sombrío que agitaba el alma del monarca; este espíritu maldéfico atormentaba mas aquella alma inquieta y azorada de Saul. Dios permitía que le agitase con furia como al alma de un condenado, hasta vagar por el palacio como un frondeo, y hasta tomar una lanza y arrojarla contra el pecho de su bienhechor con el intento de clavarle en la pared. Pero David huyó el cuerpo por dos veces, y evitó el golpe. Mas no por esto se irritó contra su voluntario rival, antes bien le compadecía

pero sin intimidarse. La virtud tiene una fuerza propia, que no sabe temer ni aborrecer; solo la debilidad es la que aborrece ó teme y cuando el alma virtuosa contempla los esfuerzos mezquinos de su enemigo, el vicio le horroriza, pero la persona por él oprimida llega á inspiarle piedad. David procuraba apaciguar á Saul con la amabilidad y con la dulzura; quería desarmarle á fuerza de beneficios: el Señor le secundaba en todas sus empresas, y el exceso mismo de su bondad y de su discrecion era para Saul motivo de mayor recelo y suspicacia. No pudo al fin tolerar la persona del justo: la alejó de sí, y dándole el mando de mil soldados, le parecia que le enviaba á la muerte. Pero David, idolo de todo Israel y Juda, amado de los suyos, coronaba siempre su frente con nuevas victorias, y redoblaba con sus triunfos el vergonzoso martirio del envidioso monarca.

Saul, empero, debía cumplir su palabra. Acusado por su propia conciencia, y por la tardanza en el cumplimiento de un deber, en alguno de aquellos intervalos en que la justicia y la razon dejaron traslucir en su alma inquieta algunos de sus rayos, dijo á David: "He aquí á Merob mi hija mayor; voy á dártela por esposa, con tal que seas valiente y que peleses en servicio del Señor." Pero al mismo tiempo decia en su corazon: No seré yo quien le mate por mis propias manos, pero le haré pececer por el cuchillo enemigo. Lleno David de aquel bello rubor que deja traslucir un pecho magnánimo, cuando se le ofrece un galardón, aunque lo tenga bien merecido, respondió con humilde sinceridad: "¿Quién soy yo, ó qual ha sido mi vida, ni de qué consideracion goza en Israel la familia de mi padre, para llegar á ser yerno del rey?" Saul, empero, fue inconsecuente é injusto, y puso el colmo á su ingratitud; y al llegar el tiempo en que Merob hija de Saul debía desposarse con el vencedor de Goliath, como aquel se lo tenia prometido, fué dada por mujer á Hadriel Molubita.

Tan amarga ingratitud no dejaria de penetrar muy vivamente el corazon de David, y sin embargo, no se sabe que saliese de su boca la menor queja, ni que por esto cesase de fix tranquilamente al cielo el cuidado de su suerte. Lo cierto es empero que Saul veia convertirse al instante contra sí mismo las dificultades de que él era el autor. La segunda hija llamada Michol estaba preñada de las bellas calidades de David, y pudo ser tambien que su alma dulce y generosa, al ver las injusticias de que era inocente blanco el jóven cortesano, se sintiese movida por una piedad que no tardó en convertirse en un sentimiento mas vivo aún y mas íntimo. Pues basta á una alma generosa al ver sufrir injustamente á otra que se le parece, para sentir en sí un interés vivo y una simpatia irresistible há-

cia la virtud perseguida. Entonces el sentimiento se hace recíproco, y produce, aun antes de comunicarse, la primera y la mas pura chispa de la amistad ó del amor. Por de pronto, la política de Saul pensó sacar partido de este incidente que secundaba sus bajos y humillantes designios: no dudaba que David para obtener á Michol consentiria en arrostrar todos los peligros, y acabaria por hallar en ellos la muerte. Yo le prometeré mi hija, decíase en el fondo de su corazon rencoroso, para que le sea ella ocasion de ruina, y muera en manos de los filisteos. Y despues de haber hecho consigo este calculo, funesto: "Yo te dare á Michol, dijo á David, pero bajo dos condiciones." Y dijo despues en secreto á sus cortesanos: "Hablad á David, como que sale de vosotros, y decidle: ya ves que estás en gracia del rey, y que todos sus dependientes te aman; procura, pues, el alcanzar que seas su yerno." Desde mucho tiempo el mundo sonaba y practica, como lo vemos todos, esta estrategia de la palabra que pasa por valor ó por virtud en la vida de ciertos hombres de Estado. El engaño y la perfidia está en la órden del dia; y cuando la virtud desarmada, á veces de recelos que no conoce ó no cree, se entrega sin reserva á la integridad de los demas, no tarda en verse su juguete, ó su victima.

El alma de David no conocia la desconfianza porque le era desconocida la perversidad; y así es que respondió ingenuamente á estas propuestas de los áulicos: "¿Os parece acaso cosa fácil el llegar á ser yerno del rey? ¿Y mas aún para mí que soy pobre y de condicion humilde?" La mujer entre los Israelitas no traía en dote sino su vestido y los objetos indispensables á sus necesidades personales: el dote le hacia el marido. Este uso que encontramos asimismo en muchas naciones de la antigüedad, ni carecia de grandexa en sus motivos, ni de inconvenientes en su aplicacion. El legislador se proponia sin duda honrar á la muger, cuya juventud y belleza le parecian un tesoro asaz estimable y suficiente: de otra parte tampoco ofendia los principios de una justicia imparcial, cargando la obligacion de enriquecer á la familia sobre aquél de los esposos que tiene la ventaja así en la fuerza fisica como en la actividad del espíritu: en fin, bajo el punto de vista de la economia pública, prevenia la concentracion de las propiedades en unas mismas familias y la creacion de una aristocracia territorial, concentracion ó acumulacion de propiedad cuya destruccion parece haber servido de pretexto en nuestras sociedades modernas para introducir innovaciones no siempre justas ni acertadas; mientras de otra parte las conmociones y revueltas acumulaban en una sola mano fortunas inmensas. Preciso es reconocer de otra parte, que las disposiciones arriba indicadas dejaban á la muger demasiado es-

puesta á ser el juguete de la riqueza ó del poder, y hacian irreparables, privándoles de la posibilidad de una compensacion, las desgracias ó los rigores de la naturaleza: aquella costumbre equivalia á consagrar la desigualdad bajo el velo de una nivelacion aparente, é indudablemente semejante institucion hubiera llevado consigo las mas deplorables resultandos, si no hubiese hallado de otra parte un contrapeso en la organizacion general del Estado.

Sea de esto lo que fuere, aquel estado de cosas era entonces un obstáculo mucho mayor para el pastor de Beliehem, que para la hija de Saul, y por esta razon habia dado aquel una respuesta que solo respiraba timidez y desaliento, respuesta que los cortesanos se apresuraron á poner en noticia de su señor. Era muy conforme á las previsiones y sobre todo á los deseos del príncipe, el cual, espresándose de un modo vago, solo habia tomado una iniciativa insignificante con el objeto sin duda de atraer al jóven á alguna protesta de entusiasmo, y hacerle caer así en el lazo de sus propias palabras. Saul, pues, mandó que hablasen á David en estos términos: El rey no necesita de dote para su hija; no exige pues, de ti, plata ni oro, sino únicamente la muerte de cien filisteos, para vengarse así de sus enemigos. El desígnio de Saul en esta propuesta era ya bien conocido. Desde la batalla del Terebinto, las dos naciones habian quedado en la expectativa de nuevas hostilidades, pero los ejércitos no estaban ya acampados. Tratabase, pues, de hacer una irrupcion sobre la frontera con un puñado de valientes. Estipulando Saul el matrimonio de su hija bajo esta condicion, tenia la ventaja de esponer á David á una muerte cierta, y de ocultar su treta bajo la máscara del patriotismo y de la gloria nacional.

Mas Dios decía que trazemos nuestra ruta, y él se reserva de hacerla llegar á termino. Saul engañaba á sus confidentes y á David; pero mas que á todos se engañaba á sí mismo: su fraude le calmo algun tanto, pero no pudo salvarle. Lleno siempre de rectitud y de intrepidez, David luego que los oficiales de Saul le manifestaron lo que éste habia dicho, aceptó sin dificultad la proposicion del rey. Despues de algunos dias, partió á la cabeza de su gente que le era fiel y adicta, atacó á los filisteos y les mató descientos hombres. Esta rápida y gloriosa expedicion dejó desolado el espíritu de Saul: enredúcese en su interior la furia roedora de la envidia; mas al fin sintió á pesar suyo que la mano de Dios estaba contra él, y que le era preciso ceder al tiempo. Dió, pues, su hija en matrimonio al jóven y brillante vencedor de Goliath.

La afeccion de Michol era proporcionada á los peligros que David habia tenido que vencer para alcanzarla, y á la valerosa fidelidad que él

habia brillado. El valor tiene á los ojos de la muger un encanto irresistible, y nada interesa tanto á un corazón generoso como los sacrificios que han debido hacerse para conseguir su estimacion y su ternura. La muger que se muestre insensible á tan heroicos esfuerzos, ni es digna de amar ni de ser amada. David mismo se gozaba en la belleza de tan dulce como suspirada alianza, con aquel vivo y profundo sentimiento que acompaña el triunfo de una inclinacion pura y puesta á duras pruebas. Pero todo lo que era felicidad para los nuevos esposos agrabiaba y ennegrecia el alma ulcerada de Saul, y la armonia entre aquellos dos corazones nobles y ardientes, era cruel amargura para el suyo. Para el alma gangrenada de envidia todo se convierte en veneno: los goces mas bellos las inclinaciones mas dulces, el amor, la ventura, la gloria, todo se transforma en aterrador martirio, todo es suplicio de muerte para ella. Dos cosas sobre todo utilizaban su aversion: veíase forzado á estimar á su yerno, y le veía glorioso y feliz. Tal vez habia contado con Michol para annubiar y comprometer el destino de David; mas quedó burlado en su esperanza. Y cuando conoció que no podia vencerle por medidas secretas, empezó á temerle. Como la envidia arrastra consigo todas las degradaciones de la razon, es inseparable de la desconfianza y de la suspicacia. Cuando el objeto cuya dicha nos atormenta se hace inaccesible á nuestros tiros, suponemos en él la misma vileza de miras, los mismos bas, tardes deseos; incapaces entonces de formarnos idea de la generosidad, todo lo envilecemos, y el objeto detestado se convierte en objeto temido. Sospechamos de él, y aun cuando sea un ángel de paz, se nos presenta como el genio torvo del odio y de la venganza, nos parece que lee en nuestro interior, que nos ve abominables y que busca nuestra ruina. E temor, pues, de Saul crecia en él al par del odio. De otra parte las operaciones militares dirigidas aun contra los filisteos, aumentaron la celebridad de David, de tal manera, que adquirió alto renombre de prudencia y de valor, y el pueblo se acostumbraba á oír hablar gloriosamente del jóven capitán. Este último golpe dió por tierra con la virtud ya vacilante de Saul, y le hizo caer en el partido de la violencia. Y si alguna vez parecia desarmado por la mansedumbre y dulzura de su victima, volvía despues á la persecucion con mas cruel acrimonia. Terrible situacion la de enredúcese mas contra la inocencia y la virtud, cuanto mas brillan éstas con puros resplandores! Triste aberracion de los hombres pusilánimos, que menos distinguidos por lo que son en efecto que por lo que parecen, se proponen reducirlo todo á su propia medida; como si en la indigencia de otro consistiese toda su riqueza, y como si no fuese mejor para restablecer un equilibrio que creen roto, buscar un nivel mas no-

ble y sólido, supliendo lo que falta de genio y de felicidad, que no se da á todos, con la virtud que es el derecho y el deber de todos!

En fin, Saul devorado de celos, tomó la resolución de hacer perecer á David, y habló en este sentido á sus oficiales y á Jonatás. Pero el corazón de este joven príncipe no podía dar acogida á tan bajo y cobarde designio: al momento la voz de la amistad jurada se unió al grito del honor, y fué á encontrar en secreto á su amigo. "Saul mi padre, le dijo, busca cómo matarte: ruegote pues que mires por tí, y te vayas mañana á esconderte en algún lugar oculto, en el campo, ó á donde quieras; mientras yo procuraré estar con mi padre y le hablaré de tí, y te haré saber cuánto hubiere observado." Jonatás se lisonjaba de apaciguar á Saul, de ahorrarle un crimen y de salvar á su amigo. En efecto, procuró atraer al rey hácia el campo, y le habló de David del modo que le inspiraban sus generosos sentimientos. "Príncipe, le dijo, no seas cruel para con David, pues él no te ha hecho mal alguno, antes al contrario, te ha prestado los mas importantes servicios. El puso su vida en el mayor riesgo, mató á Goliath, y por sus manos el Señor ha obrado maravillosamente la salud de Israel. Tú lo viste, y te llenaste de gozo por aquel triunfo. ¿Por qué, pues, quieres ahora mancharte con un crimen, derramando sangre inocente y matando á David que no ha cometido culpa?" Hay en los acentos de la amistad cuando aboga por el amigo, un secreto ardor que constituye la verdadera elocuencia. El alma de Saul se ablandó con la sinceridad persuasiva de las palabras de Jonatás, y juró no quitar la vida á su yerno. Y aprovechando tan propicia coyuntura, Jonatás hizo venir á David y le presentó en saeguida Saul, para que su aspecto, que solo respiraba respeto y sumision, acabase de desarmar al iracundo monarca, y pudiera darse crédito á una reconciliación duradera.

Quedóse David en la corte de Saul como antes, pero la envidia de rey estaba apaciguada mas no estinguida; y á juzgar por los ulteriores sucesos, pareciae á un fuego dormido que un soplo puede reanimar, á un germen vivaz que se fortifica debajo de tierra cuando se prueba reprimirle por encima. Asi el odio como el amor son dos pasiones pérdidas, y las que tienen mas hondas las raíces. Las creréis aplacadas y destruidas del todo, y un momento de imprevision ó de sorpresa vuelve de repente á levantar el incendio. David habia vuelto á ocupar su destino y sus funciones entre los oficiales de palacio. En este tiempo hizo mas de una correria feliz en tierras de los filisteos sien pae revoltosos y nunca domados. El intrépido guerrero llevaba consigo la victoria, nada se le resistia, ó destruaba ó ahuyentaba al enemigo. Estos nuevos sucesos no tardaron en fatigar el débil corazón del príncipe, y en hacer resucitar

en el rencore mal apagados. Dominado por torvos sentimientos, Saul cayó en una especie de manía furiosa que le hacia temible. Un dia su yerno, sin la menor desconfianza, hacia vibrar delante de él las cuerdas sonoras del arpa para calmar sus furiosos arcesos. Nunca genio sombrió á iracundo oyó una voz mas dulce y consoladora; ni pudo aplicarse al inclemente frenesi y á las llagas del corazón balsamo mas suave y refrigerante. Amfion y Orfeo, atrayendo los peñascos al son de su lira, cual nos los muestra la filosofia de la fabula en los campos de Tebas ó de Tracia, no son tan bellos ni interesan tanto como el hijo de Jessé, probando calmar con los suspiros del arpa el pecho agitado del monarca de Israel: y las fieras de los bosques, y los reptiles terribles del Canadá que ceden y se amansan al sonido de una flauta son mas accesibles á las dulzotas del canto que un pecho devorado por la envidia. Quizás el joven héroe que despues habia de inaugurar los cantos del cielo sobre la tierra para las generaciones futuras, elevó entonces al Señor el himno mas sublime que ha salido de los labios del hombre para enaltecer al autor de la creación.

Bendice tú al Señor, ánima mia,

Mas, ¡ay! mi Dios, de tu engrandecimiento

El portento, bien nunca celebrado,

¿Cómo podrá cantar mi poesía?

De luces radiantes como el oro

Revestido, de gloria rodeado,

Cubierto de decoro,

Desplegando te veo,

Como fácil membrana

En derredor de la celeste esfera,

Esa bóveda inmensa, y su rodeo

De líquido raudal con soberana

Providencia cubriendo por de fuera,

Que temple sus ardores

En carro refundente

De nubes, entre vivos resplandores,

Puesto sobre las alas de los vientos,

Glorioso te paseas,

Oh! cómo te recreas

En ver con qué presteza y obediente

Sumision á llevar tus mandamientos

Tus ángeles, do quiera, se apresuran!

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

; Como, apenas las oyen, corren luego,
 Hechos un vivo fuego,
 Y el deseo ardentísimo procuran
 Satisfacer, que tu precepto inspira!
 Tú fundaste la tierra, que entibada
 En su peso se mira,
 Sin mas apoyo que tu fuerte mano,
 Y el tiempo la querrá mover en vano,
 Tuvistela primero rodeada
 De niebla densa y fría,
 Que cual húmedo manto la cubria;
 Y las aguas que ahora
 Van lamiendo del monte las raíces,
 Cobijaban entonces sus alturas.
 Mas apenas los dices:
 Sumerjios; tu voz aterradora,
 El trueno de tu voz, de miedo llenas
 Les hace huir por huecos y hendiduras
 Enjutas van dejando las arenas,
 Venise luego elevarse
 Los montes, y ensancharse
 Por llanadas inmensas la campaña,
 Y guarda cada cosa
 El puesto que le das, y en él reposa.
 Y aunque el largo recinto cinte y baña
 El ancho mar instable,
 Límite invariable
 Pones a su furor, que nunca escuda,
 Ni volver á cubrir al Orbe pueda.
 Luego por espaciosos
 Valles veo, guiadas por tu mano,
 Mil fuentes cristalinas,
 Que de uno en otro llano
 Con pasos tortuosos
 Bulliciosas corriendo, entre colinas
 Altísimas sepultan sus raudales,
 Formando ya caudales
 Rios; bajan allí de las montañas
 Las fieras alimañas
 Que libres y sin dueño el campo cria,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

A beber á porfía;
 Y tras ellas sediento
 El montaráz jumento,
 Mirándolas correr en larga vena,
 Por beber mas el apetito ensienna.
 Cerca fijando veo
 Entre briscas y breñas
 Su habitacion á las canoras aves,
 Que con dulce gorgéo,
 Saltando entre las peñas,
 Trinan melodiosas y suaves.
 Mientras tú derramando
 De lo alto en blandísimo rocío
 La lluvia sazonzada
 Sobre el árido monte, su terreno
 Estéril y vacío
 Riegas y fertilizas preparando
 La cosecha colmada
 De que se verá lleno,
 Fruto de tu largueza y bizarría
 Con que el heno se cria,
 Pasto de los hambrientos animales;
 Y de verde pimpollo sale luego
 La frugífera espiga, los frutales,
 La leña para el fuego,
 La hermosa vid, que al lado
 Del olmo asida crece,
 Con que vive, y se abriga, y se guarece
 El hombre que has criada.
 El hombre, á quien por tí tan saludable
 Sustento dá á la tierra;
 Y con el grato vino la alegría
 Vuelve á su pecho instable,
 Y el negro humor destierra
 De la triste y fatal melancolia.
 Por tí el suave unguento
 Le dá la verde óliva,
 Con que limpíe y alegre su semblante,
 Y sabroso alimento
 Le presta el pan, pan que crezca y viva.

Y en robustez y fuerza se adelanta
 Por tí con abundosa
 Jugos los altos árboles sustentan
 Sus ramas; y en la altura
 Del Líbano orgullosos
 Cedros agigantados nos ostentan
 Que tú allí los plantaste, y son tu hechura
 Y á las aves del cielo
 Dan segura morada; que el desvelo
 De la sabia cigüeña
 A fabricar sus nidos las enseña
 De uno en otro collado
 Salta el ciervo veloz con piés ligeros,
 Mientras de puntas el erizo armado
 Entre los agujeros
 De las peñas encuentra dulce abrigo.
 La lana, fiel testigo
 De los tiempos, señala la medida
 Duodenaria del año; y su carrera
 Jamás interrumpe
 Cada día repite el sol luciente,
 Trasmontando la vuelta de Occidente,
 Mientras con nuevas luces reverbera,
 Y tendiendo entre tanto
 De tinieblas la noche el negro manto,
 Salen de sus guaridas
 Las fieras que escondidas
 Estaban, y pidiendo su sustento,
 Oigo cómo entre ellas ruge y brama
 El leoncillo hambriento,
 Y cómo á Dios le clama
 Por agarrar la presa que desea
 Nace otra vez el sol, y en la mañana
 Cada cual á su gruta retirado,
 Sale seguro el hombre á su tarea,
 Y en trabajar se afana,
 Hasta que con silencio sosogado
 Vuelve la noche fría
 Apagando la luz del claro día.
 ¡Oh qué magnificencia

Se descubre y admira en cada cosa
 De las que tú has criado,
 Señor y dueño mio,
 ¡Qué sabia y adorable providencia!
 En la disposición maravillosa
 Con que todo lo has hecho y ordenado
 Tuyo es el señorío
 Supremo de la tierra;
 Cuánto su ancha redondez encierra,
 Por su dueño y autor te reconoce
 Mirando al Océano
 En dilatados brazos estendido,
 ¿Quién es el que sus límites conoce?
 ¿Quién podrá numerar aquel crecido
 Ejército veloz, que con liviano
 Paso sulcando va las ondas frías,
 En tanta variedad y diferencia
 De grado y corpulencia?
 Cargada ya se vé de mercancías
 La nao, contrastada
 Del instable elemento,
 De miedo ir y de codicia llena,
 Acá la atroz ballena,
 Cuando está mas airado y turbulento,
 De su furor se burla, despreciando
 Sus olas, y segura retozando
 Criado adrede por designio tuyo
 Para bati su argullo
 Y tantas criaturas
 De tí á su hora esperan el sustento
 Que tú les aseguras
 Con piedad inefable, cada día
 Dándolas que el hambriento
 Deseo satisfagan;
 Porque abriendo tu mano generosa,
 Sobre todos derramas á porfía
 Bienes sin tasa y de bondad los llenas.
 Mas por mas que ellos ligan,
 Si dejas de mirarlos, ya no hay cosa
 Que su inquietud y turbación sosiegue:

LAS MUJERES DE LA BIBLIA

Fáltales el aliento, y desmayados
 Vuelven al polvo de que son formados
 Hasta que respirando vida, lleguen
 To soplo criador del alto cielo.
 Y renueva la faz de aqueste suelo.
 Gloria y eterna gloria
 Se dé al Señor: las obras de sus manos
 Contento y alegría
 Lo den; y sea eterna su memoria.
 Al Señor, cuyos ojos soberanos
 Si miran algún día
 Con enojo la tierra, se estremecerá
 Cayá divina planta
 Cuando toca á los montes, resplandece
 El fuego, y se levanta
 Humicando la huella y encendiéndola.
 Yo en celebrarlo emplearé mi vida;
 Y mientras goce del vital aliento,
 A mi Dios cantaré benigno y pio
 Al son de mi instrumento.
 ¡Oh, si grato te fuese el canto mío,
 Cúal para mí es suave
 Dulcísimo embelesó su hermosura!
 Mueran los pecadores con oscura
 Muerte: no haya en la tierra quien con grave
 Culpa le ofenda, y con maldad impia;
 Y tú al Señor bendice, anima mía.

Cuando absorbo en este ú otros éxtasis semejantes de suavísimas melodías, debiera Saul sentir inundar su alma de un gozo celeste, cual no puede casi desearse mas sobre la tierra; sintiese súbitamente agitado por el espíritu del mal: anublase de repente su alma por la furia horrible de la envidia: un frenesí mortal circula por todas sus venas como un veneno: toma por segunda vez la lanza homicida y la arroja desatentado contra el pecho de David con ánimo de traspasarle: mas éste pudo prever un momento la acción, huye el cuerpo, y la lanza queda rechinando clavada en la pared, dejando despalizadas de nuevo las entrañas del que la arrojara. Un vértigo de muerte atormenta horriblemente el pecho del agresor. Ya no era su ódio el arrebatado de un momento: ya no se encerraba en el recinto de su pecho; el furor se había convertido en una fiebre

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

que le devoraba de continuo. Rompido ha, ya todos los diques: la vida de David le es insuportable; eavia guardias á su casa para que aseguren su persona durante la noche, y le hagan morir por la mañana del día siguiente. Dichosamente Michol fué informada á tiempo de estas medidas homicidas; y corriendo á David, le dijo: "Hoye, esposo mio, pues si esta noche no te pones en salvo, mañana morirás." No había mas que una dificultad: las guardias estaban á la puerta de la casa, y era menester burlar su vigilancia. Aprovecháronse, pues, las tinieblas de la noche, y valió quizas tambien la seguridad de los enviados, que no sabian que fuese conocida su misión. Michal descolgó á David por una ventana, como lo había hecho en otro tiempo la cananea de Jericó con los mensajeros de Josué; y pudo así escapar del peligro. Y aun hizo mas Michol: con el fin de darle tiempo para que pudiese retirarse en lugar seguro, apeló á una estratagema. Preveía que llegarían luego las pesquisas, y puso una estátua ó bulto en la cama del fugitivo, le envolvió la cabeza con una piel de cabra, cubriendo lo restante con la ropa de la cama, á semejanza de un cuerpo humano.

Entre tanto, admirado Saul de la tardanza en hacerle saber la ejecución de su proyecto sanginario, envió guardias ó arqueros para apoderarse de la persona de David, y se le respondió que estaba enfermo. Furioso con este retardo, y resuelto á no diferir mas el horrendo crimen, despachó segunda vez gentes con órden de traerle á David en su misma cama para verlo matar á su presencia.

Pero como Michol pensó haberlo prevenido todo en su artificio, los correanos á su llegada quisieron penetrar hasta David, pero en la cama encontraron solo una estátua que tenia envuelta la cabeza con una piel de cabra. Fácil es deducir de aquí la indignacion de Saul: mandó buscar á Michol y le dijo: "¿Cómo así me has burlado, dejánd á escapar á mi enemigo?" Tanto Michol que su hermana á David no bastaría á escucharla á los ojos de un padre cegado por el ódio; y apelando al disimulo respondió que David la había azorado con esta amenaza: "Déjame huir ó si no te mataré." Bien fuese por creerlo así, ó por una vuelta natural á la afeccion de padre, Saul no llevó mas adelante sus investigaciones. Así permite Dios que la violencia no logre dearrrojar todo lo que ataca; y no es por cierto el menor de sus castigos esta sola impotencia contra la cual se estroñan mas de una vez sus mas temerarios esfuerzos.

David había tomado el camino de Ramatha, á donde el viejo Samuel dejando la vida pública, se había retirado y pasaba sus últimos días en medio de un coro de profetas, á quienes enseñaba la ciencia del Eterno, cantando todos juntos alabanzas al Señor. "El anciano venerable acogió

con el mayor interés al huésped fugitivo, cuya futura grandeza había sido el primero en saludar. Reñóle David cuando le estuvo sucediendo con su implacable suegro, y los dos se fueron después á Noyoth, en donde moraron por algún tiempo. Mas no estuvo allí libre David de las persecuciones de Saul. Por tres distintas veces envió sus soldados á Noyoth para prender á David, y por tres veces los soldados, poseídos por el espíritu de Dios, y no pudiendo resistir al ascendiente de aquel coro de hombres inspirados, juntaron á ellos su voz para cantar las glorias del Excelso. Ni el mismo Saul en persona, cuando lleno de furor en vista de la inutilidad de sus mensajes, pasó el mismo á Ramatha para apoderarse de su yerno, pudo resistir al poder de aquellos cánticos sublimes, y á la fuerza irresistible de la presencia del Señor en el coro de sus siervos. Despojado de sus vestiduras reales, postrado en tierra, con solo su túnica interior púsose á cantar con los demás delante de Samuel, y quedó como sin fuerzas para ejecutar su designio sangüinario. Aunque pervertido el ánimo del monarca de Israel, la fe en el Señor no había destruido en su pecho todas sus raíces, y el sentimiento religioso obró en él con una fuerza irresistible. Tal vez, en esta augusta y religiosa asamblea se ejercitó el futuro príncipe de Israel para cantar después sus propias inspiraciones en aquellos himnos proféticos que quedaron después para todos los siglos como la voz unánime de las alabanzas divinas. Quizás, allí en aquellos conciertos estáticos se templó de celestial melodía el arpa del rey profeta, aquella arpa de la cual pudieron decir después los hijos de Israel:

“El arpa del rey-profeta, del jefe de los pueblos, del querido del cielo, esta arpa que tú habías santificado, ¡oh música! á quien tú habías dado sonidos sacados de las honduras de tu alma, y que no podías oír sin llorar; ¡redobla ahora tus llantos, sus cuerdas están rotas! Ella ablandía los hombros de corazón de acero: ella les daba virtudes que ellos no tenían; ningún oído era tan insensible, ninguna alma tan fría que no se conmoviese, que no se abrañase á sus acents; y la arpa de David había llegado á ser mas poderosa que su trono!

“Ella refería los triunfos de nuestro rey: ella glorificaba nuestro Dios y le llevaba nuestro homenaje: ella hacía resonar de júbilo nuestros valles, los cedros se inclinaban, los montes saltaban de placer: sus sonos subían hasta el cielo y allí tenían su morada. Desde entonces no se la ha oído mas en la tierra; pero á la voz del amor, y de la devoción que es su madre, el alma despiértase aún y desplega sus alas escuchando sonidos, que parecen venidos del cielo y mecido por dulcísimos éxtasis que no pueden interrumpir la luz del día.”

Los himnos de David son igualmente admirados tanto por la sublimidad y dulzura de expresión, como por la elevación y pureza del sentimiento religioso. No puede sostener con ellos paralelo la poesía sagrada de ninguna otra nación, y se han viscerado tan hondamente en la parte mas íntima y mas universal á la la vez del sentimiento religioso que, á excepcion de algunos pasajes que son propios de un pueblo guerrero en un siglo menos civilizado, estos cantos forman el fondo mismo del ritual cristiano. Estos cantares que llenaban de celestes encantos la soledad de las cuevas de Engaddi, que resonaban en la boca de los hebreos en el fondo de los vallados, sobre las colinas, en los hosques de la Judea, han sido repetidos de edad en edad en todas las regiones del globo, en las islas mas lejanas del Océano, entre las selvas de la América y en los arenales del Asia. ; Cuántos corazones han sido por ellos henchidos de dulzura, purificados ó enaltecidos! ; Cuántas desgracias han encontrado en ellos un consuelo secreto! ; Sobre cuántas sociedades y pueblos no han atraído la bendición divina, dando un órgano á su fervor y á su devoción!

No empero se creyó seguro David en el retiro de Noyoth; pues si bien Dios le había libertado varias veces, por un prodigio, de las manos de su enemigo, la prudencia humana aconsejaba huir del peligro y no hacer abuso de la intervencion sobrenatural del cielo. Huyó, pues, David de Noyoth, cerca de Ramatha, para buscar un refugio mas seguro. Pero quiso ver antes á Jonatás, y los dos amigos tuvieron una secreta entrevista, en donde el alma del uno y del otro se dilató en mútuns y dulces protestas de amistad y de adhesion. No queria David por prudencia fiarse en las palabras de Saul: con todo Jonatás esperaba poder conseguir una nueva reconciliacion, pero salió tan mal con su intento, que poco le faltó para morir en su infractuosa tentativa; tan violenta recayó sobre él la indignacion del rey. Convenida con David la señal de cómo debía saber el resultado de su mediacion, aprovechó la ocasion de la fiesta de las calendás, ó entrada de luna, y de hallarse vacía la silla asiento que correspondia á David, Aquella fiesta duraba dos dias. En el primer dia, nada dijo Saul, pensando tal vez que David no se hallaria en estado de presentarse; pero en el segundo dia preguntó el rey á Jonatás: “¿Por qué no ha venido á comer ni ayer ni hoy el hijo de Isai?” Y le respondió Jonatás: “Rogóme en vivas instancias que le dejase ir á Betlehem su patria, á donde es llamado á celebrar un sacrificio solemne con sus hermanos; por cuyo motivo no ha venido á la mesa del rey.” Rompiendo entonces Saul el dique de su furor, no pudo contener enton-

es: el odio que le devoraba y el horror que le inspiraba la amistad de su hijo con David. "Hijo rebelde, le dijo, ¿piensas acaso que yo ignoro el amor que tienes al hijo de Isai; para confusion tuya e ignominia de tu envilecida madre? ¿Sabes que mientras viva el hijo de Isai sobre la tierra, ni lo estará tu derecho á la corona de Israel. Asi pues, envia por él ahora mismo, y tráemelo acá porque ha de morir." Mas Jonatás respondió á su padre Saul, diciendo: "Pero ¿por qué ha de morir, que es lo que ha hecho?" No pudo el furioso príncipe sufrir en boca de su hijo la defensa de su rival; y ciego de furor y sordo á los mas dulces y poderosos sentimientos de la naturaleza, agarró la hoz para atravesar el corazón de su hijo. Levantóse Jonatás de la mesa lleno de justa indignacion y furor, y no comió bocado en aquel dia segundo de las calendas, apesadumbrado por la causa de David y por la afrenta recibida de su padre. Asi en el negro corazón de Saul todo se convertia en odio, hasta las mas dulces y puras afeciones; abrasabaz ya en la llama voraz de los réprobos, y quizas no hay ejemplo de hombre culpado que haya sufrido en la tierra mayor martirio. La ambicion de dominar se juntaba en él á la envidia de la gloria y de la virtud. ¿El trono! ¿cuán funesto ha sido el amor al trono para las almas bajas y rústreas que de él son indignas! ¿el ha encendido la tea de la discordia entre los miembros de una misma familia: él ha levantado mas de una vez una mano fratricida, ó un brazo parricida; cuántas veces se han salpicado de sangre sus gradas y se ha inundado de lágrimas y de sangre un vasto imperio de la ambicion de reinar, y esta ambicion excitada en los príncipes ha servido de pretexto á mil otras ambiciones de partido para disputarse los miserables despojos de una nacion despedazada!

Dejó, pues, Jonatás el palacio de Saul, y aquella alma grande que no conocia sino los tiernos impulsos de la amistad, sintió por primera vez la aversion natural que inspira la irracional tenacidad de una persecucion injusta contra la inocencia. Hondamente aflijido por el triste destino y próximo alejamiento del amigo á quien amaba como á su propia vida, apenas despuntaron los albores del dia, salió al campo para unirse á David como lo tenían concertado. Conoció éste desde luego lo poco que podia esperar de Saul, por los señales en que habian convenido, y el triste resultado de los esfuerzos de Jonatás. Al salir David de su retiro, le hizo por tres veces una profunda reverencia postrándose hasta el suelo, pues la amistad jamas debe ser en menoscabo del respeto. Abrazáronse despues estrechamente los dos amigos y mezclaron sus lágrimas y sus besos. Las caricias de la amistad son aun mas puras que las del amor, porque son mas desinteresadas: las almas solas son las que se comuni-

can: no esquivan la publicidad, y hasta la aman algunas veces, porque la verdadera amistad es tan brillante como la gloria, jamás teme aparecer como una debilidad; y si busca la sombra alguna vez, no es porque el rubor tenga en donde esconderse, sino porque la amistad haye de los ojos de la envidia, y no espera hallar entre los hombres fíos ó indiferentes las ardientes simpatias en que se goza y de que necesita. Bastase de otra parte á sí misma; y como todas las grandes pasiones, busca en la soledad su desahogo y sus embelesos.

David sobre todo derramó lágrimas mas abundantes en esta despedida cruel, pues lo era fuerza dejar, á merced de un odio implacable, lo que mas amaba en el mundo, Michol y Jonatás. Separáronse por fin, jurándose de nuevo una fidelidad á toda prueba. Asi como el amor crece con los obstáculos, la amistad se acrecienta y robustece en los grandes infortunios. Estas dos fuertes espansiones del alma han menester contradiccion para aparecer con todo su poder y su brillo: la prosperidad relaja sus lazos, debilita sus gozes, enerva sus fuerzas: el placer mismo no es grande sino al lado del dolor. Jonatás volvióse á la ciudad, y David empezó aquella vida errante y siempre amenazada, que debia acabar por tan grande reinado, símbolo ilustre de esos dolorosos combates que, libertando al hombre de la tiranía de los sentidos y mostrándole superior á las dificultades, le elevan á la virtud y á la gloria, cual esas aves que vemos destinadas á hendir las llanuras del aire, luchan contra el cable que las detiene; y cuando éste se ha por fin roto, ceden al movimiento que las empuja en las nubes, y huyen lejos de nuestra vista á regiones inexploradas.

No habiendo, empero, seguridad en los lugares hasta donde se extendia el poder de su perseguidor, pasó huyendo David á tierras de Filistia; pero bien presto se vió obligado á dejar aquel asilo, en donde sus pasadas hazanas le hacian particularmente odioso, y despertaban contra él la mas fatal desconfianza. Volvió, pues, á consejo de un profeta del Señor, á habitar en una cueva cerca de Odollam, pequena aldea de su tribu. Y como no podia defenderse sin que se hiciera temer, tomó la actitud de un jefe de partido. La tenaz persecucion y las proserpciones injustas producen casi siempre iguales resultados, obligando á hombres tal vez pacíficos ó inofensivos, á buscar su salvacion ó su defensa en bandas ó facciones, y creando lastimosamente una nueva resistencia al poder, que nunca hubiera existido sin una provocacion voluntaria. Toda la familia de David, envuelta en su desgracia, participó de sus peligros y le ayudó en su resistencia. Reunió ademas bajo sus órdenes una multitud de descontentos, de vagos, y de gentes oprimidas de deudas, etc.

mentos comunes de proselitismo, con que puede contar cualquiera que con razón ó sin ella levanta una bandera para resistir á la autoridad pública. Disciplinó, pues, David aquella pandilla que creciendo de día en día, no contaba menos que seiscientos hombres, de carácter resuelto, agueridos por la rapidez de las marchas y por sus aventureros correrías. Los hombres de la tribu de Gad, sobre todo, eran fuertes y valientes, expertos en las batallas y en el manejo del escudo y de la lanza, osados como leones y ligeros como los gamos de las montañas. Con tales auxilios podía David recorrer á su sabor los diversos puntos de las fronteras del reino para vivir allí á costa de los enemigos de su nación. Pero demasiado débil para luchar en campo libre contra todo un ejército, huía de asilo en asilo delante de Saul. Desde algun tiempo se había fijado en la soledad de Zíph, al Mediodía de la tribu de Judá, sobre el camino que conducía de Jerusalem al Sinai. Aquel desierto estaba rodeado de posiciones muy fuertes, en donde David hacía vivir á sus soldados. El mismo permanecía en el centro de aquella especie de fortificación, sobre una altura cubierta de árboles y de malezas, y defendida por un bosque á la parte de Occidente, y allí, en aquel punto casi inaccesible, fué donde llegó á descubrirle por fin la solícita amistad de Jonatás. Sabieron, pues, á pasear juntos por el bosque, y tuvieron una conversacion tan llena de ternura como de tristeza. Jonatás, con un afecto ardiente y varonil, alentó el valor de David, expresándole el deseo y la esperanza de verle algun día sobre el trono: "Nada temas, le dijo, no te alzará la mano de Saul para que puedas reinar un día sobre Israel: yo ocuparé entonces el segundo lugar, y no dudes que mi mismo padre conoce tu destino." Este fué su último adios, pues no debían volverse á encontrar mas sobre la tierra; corazones puros y generosos, llenos de sencillez y de ternura, desinteresados en su mútua afición, iguales en valor, de una fidelidad á toda prueba, siendo el uno para el otro lo que con tanta razon se tiene por un raro como dulce, un verdadero amigo.

Informado Saul á su vez del lugar en donde estaba refugiado David, creyó muy fácil encerrarle estrechamente en sus montañas y obligarle á rendirse. Al frente de sus tropas vino él mismo á sitiarse, y en efecto, se hubiera apoderado de él, á no haber sobrevenido la nueva fatal de una invasion de los filisteos, que le llamó prontamente al centro de su reino. Este inesperado acontecimiento salvó á David, el cual hu- yó hácia la parte del Mar Muerto, y se ocultó en unos peñascos difícilmente accesibles, junto á Engaddi.

Arrojados ya los filisteos de la tierra de Israel, volvió Saul á su tenaz persecucion contra David. Informado del lugar en que éste se hallaba y

al frente de tres mil escogidos de Israel, salió en busca de su inocente yerno, sin que lo áspere de un terreno tan solo accesible á cubras montañas, le arredrara de proseguir sus designios infames y sanguinarios. Para satisfacer una necesidad, entró casualmente solo en una cueva, en cuyo fondo se hallaba David con sus soldados, los cuales le instaban á que tomase fácil venganza de su enemigo, toda vez que el Señor se lo había puesto en sus manos. Levantóse entonces David, y cortó sin ser sentido la orla del manto de Saul. Mas arrepentido al momento de su accion, creyéndola injuriosa á la majestad real, dijo á los suyos: "No permita el Señor que aunca mas haga tal contra mi señor, ni estienda mi mano contra el unjido de Dios." Y pudo apenas con sus palabras contener el ímpetu de los suyos que se echaban sobre el descuidado monarca. ¿Fué tal vez en David pequeñez de alma ó espíritu de servidumbre este respeto constante á la majestad real? Satisfecho con salvar su propia vida, tuvo siempre horror de obrar contra su soberano legítimo, conformando así sus generosos sentimientos con las máximas divinas del Evangelio, tantos siglos antes que éste viciase á santificar la obediencia y á sancionar el poder.

Salido Saul de la cueva, el corazón de David no tuvo reposo; y después de haber logrado sin esfuerzo sobre sí mismo una victoria que le daba mas honor que sus conquistas, despreciando todos los peligros y siguiendo solo el impulso de su tierna generosidad, salió tras de Saul dando voces á sus espaldas y diciendo: "¡Rey y Señor mio!" Volvió Saul la cabeza y vió á David profundamente postrado hasta el suelo en señal de reverencia, que le decía: "¿Por qué prestas oídos á los que te quieren persuadir que David anda maquinando tu ruina?" Y le manifestó la facilidad que tenia de matarle, mostrándole la orla de su vestido. "¿A quién periegues, rey de Israel? al mas insignificante de los hombres. Sea juez el Señor entre nosotros, y entre tu causa y la mia." No pudo resistir el rey á los impulsos de la naturaleza, y tanta generosidad triunfó por aquel momento en su corazón. "¿No es esta la voz tuya, exclamó, oh hijo mio David?" Y lanzó al mismo tiempo un grito, y se deshizo en llanto, y protestó no perseguir mas al que había de ser rey de Israel, recibiendo de éste el juramento de que no extinguiría su descendencia, ni borraría su nombre de la casa de su padre.

Pero David no dejó por esto de volver á ser perseguido por el implacable Saul, el cual le obligó á retirarse hasta la Arabia Petrea, en el desierto de Faran. Otra vez, en medio de las vicisitudes de aquella vida agitada, tuvo fácil ocasion de matar á Saul con su propia mano. En el cerro de Aquila, junto al desierto de Gabaa, sorprendió David al monar-

ca profundamente dormido en medio de su campamento, sin que nadie le advirtiese y se contentó con llevarse un jarro de agua y una lanza que tenía en su cabecera; y después, desde lo alto del cerro, increpó en voz alta á Abnar, general del ejército, que también dormía, la falta al cumplimiento de su deber en velar sobre la persona del monarca. Reconoció otra vez Saul la voz de David, que con respeto y ternura le increpaba su obstinacion en perseguirle, le mostró la facilidad con que hubiese podido darle la muerte, y recibió de nuevo del inconstante monarca las momentáneas protestas de reconciliacion y de paz. Prefirió David en sus injustas persecuciones perdonar aquella cabeza que el intérprete de Jehová habia señalado con la unción real y dejar que el cielo mismo escogiese su hora; al paso que rodeaba á su enemigo de muestras de su misision y de su respeto, contentándose con hacerlo increpaciones llenas de una heroica mansedumbre. Esta virtud, cuando va acompañada con el valor, es sólo propia de las almas grandes, que se parecen mas á la Divinidad, la cual la puede todo y perdona. Así lo reconoció el mismo Saul cuando, conmovido por tan elevada generosidad, y dando un suspiro mezclado en lágrimas, exclamó: "Tú eres mas justo que yo, porque tú no me has hecho sino bien, y yo no te he vuelto sino mal. . . Bendito seas, hijo mio; sin duda ejecutarás grandes empresas, y será grande tu poder."

Oigamos empero por un momento cuál se eleva al cielo la voz de David, en el seno mismo de las angustias de la persecucion. Cuando movido Saul de su generosidad por haberle perdonado la vida en la cueva de Engadhi, se retiró y desistió por algun tiempo de perseguirlo, el jóven profeta daba gracias á Dios y le pedia socorro para los nuevos peligros que preveía.

Tu compasion ahora,
Tu compasion, oh Dios, el alma mia
Necesitada implora:
Y en su triste porfia
Tú la consolarás, pues en tí fia:
En tí que la regalas
Con el suave y generoso manto
Y abrigo de tus alas,
Do reposará, en tanto
Que pasa la maldad que le dá espanto.
Desde allí guarecido
Clamaré á Dios altísimo en mis males,

De quien he recibido
Tantas y celestiales
Gracias y beneficios inmortales.
El me envió del cielo
Su auxilio y me salvó de la tormenta,
Y para mas consuelo
Volver hizo mi afrenta
En oprobio del mismo que la intentó.
En triste leonera
De feroces cachorros rodeado,
Viéndome por do quiera
Estrecho y encerrado,
Sin sosiego dormia y asustado,
Mas fieros que leones
Hombres, hijos de hombres, me cercaban,
Que saetas y arpoles
Por dientes me mostraban,
Y puñales por lenguas sibilaban.
Pero bajo del cielo
La infalible verdad, que Dios envia
Con generoso vuelo,
Y su clemencia pia,
Y hallóse luego salva el alma mia.
Las celestes esferas
Eaceda, oh Dios, la alteza de tu gloria;
Las regiones postreras
Del mundo á su memoria
Monumentos consagren en la historia.
Cobarde y encojido
Me trajan los lazos que me armaron,
Y el fiso tan temido
Con que el paso cortaron,
Y ellos al fin en él se sepultaron.
Mi pecho con presteza,
Con presteza mi pecho se prepara
A cantar la grandeza,
La prez ilustre y clara,
Oh Dios, de tu virtud que así me ampara.
Ven, estro numeroso,
Gloria de mi divina poesia,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Salterio armonioso,
 Cara cítara mía,
 Venid á mi cantar, que raya el día.
 Cantaré de tal modo:
 Tu grandeza, Señor, que reverente
 Te alabe el mundo todo,
 Y de una en otra gente
 Sonará en mis versos dulcemente.
 Cantaré la grandeza
 De tu misericordia, que del cielo
 Sobrepuja la alteza,
 Y el encumbrado vuelo
 De tu verdad sobre el eterno velo.
 Las celestes esferas
 Escuda, oh Dios, la altura de tu gloria;
 Las regiones postreras
 Del mundo á su memoria
 Monumentos consagren en la historia.

Injustamente acusado David de soberbio por Saul y sus partidarios, pone por testigo al cielo de los sentimientos de su corazón, y prorrumpe en este hermoso himno.

Señor, al pecho mío,
 La vanidad no altera,
 Ni con mirada fiera,
 Con orgulloso brio
 Soberbia se mostró.
 Ni la soberanía,
 Ni la encumbrada alteza,
 Ni escelsa la grandeza.
 Para la suerte mia
 Nunca apetecí yo.
 Si vano y engreído
 Con el presente estado,
 Viéndome ya elevado,
 Echar pude en olvido
 La suerte en que nació;
 Como del tierno infante
 En lágrimas deshecho,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Y del materno pecho
 Privado en un instante,
 Así sea de mí.
 Así que desde ahora
 Del uno al otro polo
 En el Señor tan sólo,
 Que humilde y fiel adora,
 Esperará Israel.
 Y ya desde este día
 Por eternas edades
 En sus altas piedades,
 En su gracia confía
 Y solo espera en tí.

Para colmar las amarguras que afligieron á David en su destierro, de bía añadirsele la noticia de la suerte de Michol. No había dado éste ni consentimiento, ni carta de divorcio de que ella pudiese aprovecharse, y sin embargo Saul la dió por esposa á Faltiel, hombre de su tribu, bien fuese para vengarse de su enemigo, con este nuevo acto de injusticia, bien fuese para apartar á su hija de aquella especie de viudez á que la condenaba la ausencia de David. Sea como fuere, esto era contrario á las instituciones del país y al derecho natural, segun el cual el hombre y no la muger podia encontrar en materia de poligamia cierta tolerancia. Así, pues, David, que en su huida habia por su parte tomado por muger á Abigail, viuda de Nabal, no se creyó obligado á tener por legítimo y verdadero el nuevo enlace de Michol; y desde el momento en que por el cambio de fortuna y por su subida al poder se vió en estado de dictar condiciones, su primera palabra fue para la hija de Saul, tierno y querido objeto de una afeccion por tan duras pruebas contrastada.

Sahl, empero, acababa de perecer con Jonatás y otros dos jóvenes príncipes, en una batalla dada contra los filisteos, cerca de Gelboé. Así terminó su agitada carrera ese primer monarca de Israel, reprobado por Dios, y la figura de la Sinagoga, mientras que el perseguido David lo era de la Iglesia: de ese rey que, á pesar de ser unido por el Señor, perlió lastimosamente el reino y la vida en castigo de sus delitos, y sobre todo de su iníca y tenaz persecucion contra el inocente hijo de Isai.

La última batalla fue sangrienta y terrible. Los israelitas, tantas veces vencedores, volvieron las espaldas á los filisteos, cubriendo con sus cadáveres las alturas y faldas de Gelboé; los enemigos, en la embriaguez de la victoria, se arrojaron sobre Saul; y sus hijos Jonatás, Abinadab y

Melchisua. A estos tres los pasaron á cuchillo, y toda la fuerza del combate vino á descargar sobre el desgraciado monarca, á quien alcanzaron los flecheros é hirieron de gravedad. Dijo entonces el herido Saul á su escudero: "Desnuda tu espada y quitame la vida, porque no lleguen estos incircuncisos y me maten, añadiendo la burla á la crueldad." Horrorizado su escudero, se resistió á obedecerte, pero el furioso Saul se arrojó sobre su espada, y quedó inundado en su propia sangre. El escudero, al ver muerto á su Señor, echóse el mismo también sobre su espada y murió junto con él. Tal fué el fin desastroso de aquella ominosa lucha.

Los israelitas que vivían en la otra parte del Jordán, viendo que habían huido los soldados de Israel, y muerto Saul y sus hijos, abandonaron desparavidos sus ciudades y escaparon; y vinieron los filisteos y se alojaron en ellas. Al amanecer del día siguiente fueron los filisteos á despojar á los muertos, entre los cuales hallaron á Saul y á sus tres hijos tendidos sobre el Gelboé. Y no saciados aún en su venganza, no respetaron el cuerpo de Saul, le cortaron la cabeza y le despojaron de sus armas, y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que tan cumplida victoria se publicara en el templo de los ídolos y en los pueblos. Colocaron las armas de Saul en el templo de Astaroch, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan, como fúnebre y sangriento trofeo de su triunfo.

Los moradores empero de Jabes Gabaad, no pudieron sufrir que así se insultaran los restos de su infeliz monarca: salieron los mas esforzados con el denuedo propio de quien sale á vengar á costa de su vida un oprobio que la insolencia hace á la desgracia. Infatigables y despreciando los peligros, anduvieron toda la noche, y lograron al fin quitar los cadáveres de Saul y de sus hijos del muro de Bethsan, y al regresar á Jabes de Gabaad los quemaron, aunque no era esta la costumbre comunmente admitida entre los hebreos; pero quizás circunstancias particulares les obligaron entonces á conceder á los restos de aquellos príncipes los honores de la pira. Y recogidos sus huesos, les dieron sepultura en el bosque de Jabes, ayunando siete días en señal de luto y de dolor.

Mas se olvidaban los filisteos, orgullosos en su victoria, que David vivía aún. Muerto Saul, dos días había ya que David se hallaba en Sicleg de vuelta de la derrota de los amalecitas; pues mientras las armas de Israel sucumbían en Gelboé, David el intrépido, las hacía triunfar contra los hijos de Amalec. Al tercer día compareció un hombre venido del campamento de Saul, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo la cabeza, el cual declaró al jóven guerrero la muerte de Saul y de sus hijos y la derrota de su ejército. Este hombre era un amalecita. "Llegué yo casualmente, dijo, al monte Gelboé, al tiempo que Saul se había arro-

jado sobre la punta de su lanza. Y viendo que los carros de guerra y caballería se le acercaban, me pidió que le acabase de matar; pues estoy ya en la agonía, me dijo, y no acaba de arrancármeme el alma. Le acabé de matar, pues, seguro de que despues de tal desastre no podría sobrevivir. Tomé la diadema de su cabeza y el brazalete de su brazo, y te lo traigo á tí que eres mi señor."

Al oír la nueva fatal, David asió sus vestidos y los rasgó en señal de profundo dolor, haciendo lo mismo cuantos con él estaban: castigó de muerte al amalecita por haber puesto sus manos, según él decía, sobre el unido del Señor, y prorumpió en aquel fúnebre cántico llamado del Arco, que mandó se enseñase á los hijos de Judá, para que llorasen con él la muerte de Saul y de su hijo Jonatás. En esos golpes terribles de la mano de Dios es cuando el genio se exhala naturalmente con la voz del dolor, y procura levantar sobre las losas de su sepulcro ilustre un monumento glorioso, que perpetúa en la posteridad las virtudes ó las grandezas del finado. Hé aquí el cántico.

; Ay, cómo se ha eclipsado
Ya tu gloria, Israel, si consideras
Los bravos campones
Que en tus montes han dado
Sus vidas hoy al pié de sus banderas!
Tus inclitos varones,
Israel, has perdido
Hoy en esa montaña.
¿Cómo así han perecido
Los valientes, que siempre tanto fueron
Temibles en campaña?
No lo sepa el Geteo,
Ni se diga en las plazas de Ascalona;
No las hijas lo canten
Del vano filisteo,
Y gozosos su triunfo y su corona
Hasta el cielo levanten.
Ocultad en profundo
Silencio vuestra afrenta,
Que no la sienta el mundo,
Ni la hija del vil incircunciso
La celebre contenta.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Ni lluvia, si rocío,
Montes de Gelboé desventurados
Caigan en vuestro suelo;
Ni diligente y pio
Agricultor encuentre en sus sembrados.
Con qué aplacar al cielo.
Pues ahí (ya el escudo
De los fuertes rendido)
Saul, de golpe crudo
Penetrado, cayó, cual si no fuera
Con óleo santo unido.
Nunca mal dirigida
De Jonatás la flecha penetrante
Voló al campo enemigo,
Ni de sangre teñida,
Dejó de aparecer un solo instante
De su gloria testigo.
De Saul en la mano
Jamás la ardiente espada
Se vió brillar en vano;
Ni sin domar al enemigo fiero,
Volvió á verse envainada.
Amables y agraciados
Saul y Jonatás, mientras vivían,
Hasta en la muerte dura
Se vieron igualados;
Que ni para morir se dividían.
Ambos en la bravura
Mas eran que leones:
Su presteza y sultura
Al vuelo de las águilas venciera
Del aire en las regiones.
Haced amargo duelo,
Oh de Israel bellisimas doncellas,
A Saul, que os traía
De lejos á este suelo
El oro y la escarlata, que mas bellas
Y ricas os hacía.
¡Guerra desoladora!
Así acaba tu saña

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Con los fuertes, que llora
Mi alma. ¡Ay, caro Jonatás, herido
Y muerto en la montaña!
Por tí lamento y lloro,
Amado Jonatás, hermano mío.
¿A quién no arrebatára
Tu gracia y tu decoro?
Todo amor me parece insulso y frío,
Si el amor se compará
Que yo á tí te tenía.
¿Qué jóven á su esposa
Amar así podía?
¿Ni qué al hijo unigénito la madre
Mas tierna y cariñosa?
¿Cómo así han perecido
Los fuertes de la tierra?
¡Ay de Israel vencido!
Que con ellos en tí ya se acabaron
Las armas de la guerra.

El trágico Alfieri, notable por la robustez y energía de su coturno, recibió de la muerte de Saul una feliz inspiración para uno de sus mas bellos dramas. Su *Agamenon* puede citarse como un modelo por la ordenación y tejido de la fábula, y por el arte de deducir las escenas y los actos el uno del otro. El *Orestes* nos parece la mas bella de sus tragedias, y una de las mas admirables que hayan podido presentarse sobre un teatro. Pero en la tragedia de Saul se hallan felizmente presentados los caracteres de los personajes. El monarca de Israel, para cualquiera que admita el fatal castigo de Dios por haber desobedecido á los sacerdotes, muéstrase cual debía aparecer en la escena. Mas aún para quien no admitiera esta mano vengadora de Dios que sobre él pesaba; bastará el observar que Saul, creyendo tener bien merecida la ira del Señor, por esta su sola opinion fuertemente concebida y arraigada, podía muy bien caer en aquel estado de turbación, que le hace no menos digno de piedad que de admiración. Dúvil, amable y valiente jóven, pudiendo desarrollar principalmente su natural bondad, la compasión que le inspira Saul, el amor que á Jonatás y á Michol profesa, su sincero respeto á los sacerdotes y su magnánima confianza en solo Dios, viene á hacerse con este conjunto un personaje á un mismo tiempo oportunísimo y maravilloso. Michol aparece como una esposa tierna y una hija obediente, y no podía

ser otra cosa. Jonatás tiene de sobrenatural quizás mas que David, y de ello necesita en esta tragedia para mirar con buenos ojos al joven David: el cual, preconizado ya rey por los profetas, sin una ayuda especial de Dios, debía parecer á Jonatás mas bien un rival temible que un hermano. El efecto que hace en él esta especie de amor inspirado, y su entera resignación al divino querer, es el hacerlo sumamente afectuoso en todos sus dichos al padre, á la hermana, al hermano político, y digno de admiración sin inverosimilitud á los espectadores. Abner es un ministro guerrero, mas amigo que siervo de Saul, y no tan vil en sus designios, como ejecutor de los mandatos tal vez crueles de su amo. Sin embargo, su antipatía al justo é inocente David, no puede dejar de hacerle repugnante á una alma noble y generosa. Achimelech es introducido aquí con el único fin de tener un sacerdote que descubra la parte amenazadora é indignada de Dios, mientras que David no desplega mas que la parte piadosa. Pero este personaje no era absolutamente necesario.

En esta tragedia el autor ha desenvuelto tal vez mas que en las otras aquella perplejidad del corazón humano tan mágica por su efecto, por la cual un hombre agitado por dos pasiones contrarias absolutamente, quiere y no quiere una misma cosa. Esta lucha de la voluntad consigo misma, esta perplejidad es uno de los mayores secretos para producir conmoción y suspensión en el teatro. El autor tal vez por la poca perplejidad de carácter, no comprendió este recurso del arte en sus primeras tragedias y en ésta le ha adoptado en cuanto le ha sido posible. En esta parte Saul puede llamarse un personaje mucho mas hábilmente caracterizado que todos los héroes precedentes. En sus lúcidos intervalos ora agitado de envidia y de sospechas contra David, ora del amor de la hija para con su yerno, ora irritado contra los sacerdotes, ora penetrado y compungido de temor y de respeto para con Dios; en las horribles tempestades de su trabajado pensamiento y de su exacerbado y oprimido corazón, ya sea piadoso, ya feroz, nunca aparece despreciable ni absolutamente odioso. Con todo esto, un rey vencido que se da la muerte á sí mismo con su propia mano, para no ser l: burla y la víctima de los vencedores que están para echarse sobre él, es un accidente asaz menos tragico que los demas presentados antes por el autor.

Para ligera muestra de la profunda sensibilidad que encierra esta producción sublime, recordaremos la tierna despedida de David y Michol, do obligado aquel á desterrarse de la presencia de Saul por el odio que éste le profesaba, ruega á Michol que le deje ir solo y errante, y que ella se quede á endulzar los últimos y amargos instantes del desesperado padre. La batalla se habia perdido: Saul era perseguido de muerte por

los vencedores. David debía alejarse para siempre del suegro á quien amaba, y á quien no podia ya defender. Sigue á esta escena de angustia la muerte de Saul que concluye el drama.

Quedóle aun un hijo á Saul que se propuso reinar bajo la tutela y con la protección de Abner, pariente suyo, general experimentado; pero ambicioso. Efectivamente, la nación casi toda se sometió á la autoridad del joven rey, cuyo nombre era Iboeth. Ea un principio David no fue reconocido sino por los hombres de Judá, y tenia su residencia en Hebron, que por ello adquirió celebridad, y allá fueron á encontrarle los guerreros de su tribu. Estos le dieron de nuevo la unción real, para mostrar sin duda su asentimiento á la elección hecha por Samuel, y proclamaron solemnemente un derecho hasta entonces contestado. El partido del hijo de Saul duró mas de doce años enteros, durante cuyo largo periodo la guerra, aunque flojamente conservada, arraigó una division secreta que el porvenir hizo estallar, y que despedazó la nación de una manera irreparable en la muerte del heredero de David. Nada pronunciaba que la débil monarquía de Hebron debiese extenderse velozmente sobre toda el país, cuando Abner, resentido de una reprensión de su señor, ó mas bien, de su pupilo (y este resentimiento venia por causa de una muger), le amenazó en términos, de abandonar su causa y hacer que el pueblo desertase de ella. Y en efecto, envió desde luego confidentes que diesen de su parte al rey de Judá: "¿A quien pertenece todo este país sino á ti? Haz amistad conmigo, que yo te ofrezco todas mis fuerzas, y reducir á tu obediencia á todo Israel." David tenia derechos, y hallando un medio de defenderlos sin efusión de sangre, le aprovechó acogiendo los ofrecimientos del vengativo soldado. "Bien está, respondió por medio de los diputados, yo haré alianza contigo; pero una cosa exijo de ti y te prevengo, y es que no verás mi cara, sin que primero me hayas traído á Michol, hija de Saul: bajo esta condicion podrás venir para tratar conmigo." Bien seguro de que en adelante un deseo apoyado por Abner no sufriria contradicción, David volvió á demandar á Michol al joven príncipe rival suyo, añadiéndole que Saul su padre se la habia dado por esposa por haber muerto cien filisteos. Intimidado el joven monarca, dió orden á Phaltiel para que le enviasse la princesa, y la mandó conducir á su primer esposo por Abner, á quien Iboeth no se hubiera atrevido á eschivar de aquella misión. Porque cuando Dios quiere extinguir las dinastías, las empuja hácia el abismo con una rapidez que las liere como un vértigo, por manera que no ven ni cómo retroceder sin caída, ni cómo avanzar sin perderse.

Entretanto el imperioso Abner disponia en favor del rey de Hebron el

espíritu de todo el pueblo, y en particular la tribu de Benjamin, á la que pertenecía la familia de Saul. "Tiempo hace, decia, que deseáis tener á David por rey: ha llegado ya la hora: el mismo Jehová lo designó cuando dijo: Por mano de mi siervo David arrancaré mi pueblo del poder de los filisteos y de todos sus enemigos." Así es como Abner, inspirado por la venganza, reconocia unos derechos que solo la ambición le habia hecho combatir. Despues de haber desquiciado y destruido la causa de su primer señor, fué á unirse con el nuevo con veinte amigos decididos. Abner, ya en su tiempo, era el verdadero tipo de la mayor parte de nuestros políticos, cuya adhesion á determinadas personas está dirigida únicamente por miras ambiciosas, dispuestos á vergonzosas defecciones, siempre que así lo reclama su interés ó su engrandecimiento. Si Abner obró contra sus propias convicciones, hizo traición á sus sentimientos: si no tenia ninguna, como tantos que despues le han imitado, fácil le fué sin duda mudar de señor y jugar con la fidelidad segun las exigencias del momento ó los impulsos de una pasión vengativa. Abner llevaba consigo á Michol, triste é inocente víctima de las rivalidades políticas de su padre y de su esposo. Mas Phaltiel no podia resolverse á dejarla, y la siguió hasta Baurim, en cuyo lugar Abner le mandó que se volviera: y la dejó derramando amargas lágrimas. Era indispensable que Abner hiciese retirar á Phaltiel antes de llegar á Hebron.

Michol parecia ser la buena estrella de David: con ella en otro tiempo una luz de serenidad habia iluminado su vida: lejos de ella le habian rodeado las inquietudes y los peligros; y al volver á encontrarla, vió reaparecer su felicidad que por tanto tiempo se habia desvanecido. Los acontecimientos parecian doblarse bajo su destino para obedecerle. Abner murió asesinado por motivos de venganza: el rey, de Israel cayó al filo de dos traidores. Supo el pueblo de una manera indudable que las manos de David estaban puras y limpias de aquella sangre criminalmente derramada. Todas las tribus, pues, representadas por sus ancianos, y por los principales guerreros, vinieron á saludarle en Hebron y á proclamarle rey. Allí se vieron los hijos de Judá, llevando el escudo y la lanza, enteramente armados para los combates; los de Efraim, fuertes y valerosos y con grande fama de intrepidez: los de Isachar, dotados de inteligencia y discrecion, y cuyos consejos eran de gran peso en el ánimo de sus hermanos. Veianse tambien allí á Zabulon, de valor ejercitado, Azet, ardiente en la pelea, Dan, Neftali y las tribus que habitaban á la otra parte del Jordan, todos fieles y decididos á ocupar su puesto con un corazon inflexible y prontos á sostener el choque impetuoso del enemigo. Una fiesta que duró tres dias los reunió á todos, estrechando mutuamente

te sus sentimientos de concordia, y la nacion entregada á la paz, rebozaba de alegría.

David, sentado apenas sobre el trono de Israel, volvió sus armas contra los jebucos, resto de la poblacion indígena que se conservaba despues de cuatrocientos años en medio de los israelitas, y que ocupaba una de las tres montañas contenidas en el recinto de Jerusalem. El alcázar de Sion, en donde esos restos de pueblo indígena se habia acantonado, pasaba por inexpugnable. Sin embargo, David, ofreciendo un premio á los más osados, se apoderó del alcázar y volvió á edificarle dándole su nombre, por lo cual se llamó despues la ciudad de David. Añadió á ella una estension considerable de terreno, hizo construir varios edificios alrededor é interiormente, y engrandeció la ciudad, haciendo retirar las murallas hasta un barranco que servia de foso. La fama del nuevo monarca no se circunscribía ya á los limites de la antigua Canaan. Hiram, rey de Tiro, admirando las eminentes calidades de David, é informado de sus proyectos, le envió embajadores para felicitarle por su advenimiento definitivo al trono de Israel, ofrecerle con su amistad considerables presentes, y poner á su disposicion hermosos cedros del Libano, y una multitud de operarios hábiles en trabajar la madera y la piedra. Con tales recursos acabó David la construccion de su magnifico palacio, mansion deliciosa, desde donde la vista domina por la parte del Este el valle del Juicio y se estiende hasta el Jordan al través de la cima cortada de las colinas; mansion de inspiracion santa, que domina asimismo el curso del Silóe, el de las ondas poéticas, y que tantas veces oyó las armonias tan dulces y tan sublimes que ningun eco sobre la tierra suspiró al sonido de mas grandiosos objetos. Bajo la mano de David Jerusalem pasó á ser desde luego la mas bella y mas considerable ciudad del país, el centro del gobierno y el punto de reunion para las principales ceremonias del culto religioso. El principe hizo trasladar allí el arca santa que habia quedado por espacio de cerca de cincuenta años bajo la custodia de los levitas en una aldea de la tribu de Judá.

Magnífica y pomposa fué la fiesta de esta traslacion: habiase reunido una multitud innumerable: todas las tribus habian enviado sus diputados: arpas, trompetas, numerosos instrumentos músicos resonaban de lejos y acompañaban cánticos de júbilo. Los levitas llevaban el Arca santa. La comitiva se detenía con frecuencia para inmolrar victimas, y volvía á seguir su marcha triunfante al son de himnos incesantes.

« Cantad un nuevo cántico sonoro

Al Dios á quien adoro: nueva oda

Cante la tierra á su grandeza.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Cantad, y con presteza, de su nombre
 Bendiga todo hombre la dulzura;
 Y se estienda la voz de día en día
 De la salud que envia á los mortales.
 Suenen iguales por el aire vano
 Voces en que al pagano se publique
 También y magnifique de su gloria
 La loable memoria; y en ciudades
 Pueblos y merindades, y en las villas
 Sepa sus maravillas igualmente
 Toda nacion y gente: sepan todos
 Que es grande de mil modos, y plausible
 El Señor y terrible, que supera
 Los dioses que venera de la vana
 Superstición pagana el error ciego:
 Pues se conoce luego, que demonios
 Son, por mil testimonios evidentes
 Los dioses de las gentes, y que solo
 El Hacedor del polo y alto cielo
 El Dios que nuestro suelo fiel adora.
 Canta la voz sonora la alabanza,
 La hermosura que alcanza y la belleza
 De su rostro, la alteza y la admirable
 Santidad adorable de su pura
 Santísima natura. Traed dones,
 Oh gentes y naciones: á alabarlo
 Llegaos y ensalzadlo con honores
 Al Señor de señores; y á su santo
 Nombre, que puede tanto, con festiva
 Gloria decid que viva, y reverentes
 Ofrecedle presentes, y con ellos
 Entraos en los bellos, espaciosos
 Atrios, y tan hermosos, de su casa,
 Y adoradlo sin tasa allí rendidos
 A su piedad asidos. Tiemble el mund
 Con espanto profundo del severo
 Semblante justiciero, si presente
 Vé al Dios Omnipotente. A las naciones
 Decid y dad pregonces del gobierno
 Del Señor Dios eterno, que corrige

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Al Orbe y lo dirije, mas seguro
 Y estable que del muro la firmeza
 De récia fortaleza, que ni ariete
 Ni máquina lo inquiete. La balanza
 De su justicia alcanza á toda gente
 Y pesa justamente. Ya la esfera
 Del cielo placentera, y el terreno
 Globo de gozo lleno, y el undoso
 Mar ancho y espacioso se conmueve
 Con un plácido y leve movimiento,
 En dulce sentimiento de alegría.
 Y ya el campo, la umbria y el ganado
 Todo regocijando se alborozó,
 Y en la selva ratoza el árbol mudo;
 Porque conocer pudo, que ya viene
 El Dios que lo mantiene, juez severo
 Que juzga al mundo entero, y con justicia
 Y con verdad condena su malicia.

Traed aquí corderos,
 Traed al Ara Santa
 A inmolar al Señor, oh verdaderos
 Hijos de Dios, y dadle honor, y cuanta
 Gloria podais; dad gloria á su gran nombre.
 Adoradlo aquí ahora,
 Adoradlo en el atrio donde mora.

De la voz poderosa
 El eco ya resuena
 Del Señor en la nube tenebrosa:
 El Dios de majestad es el que truena.
 Oidlo en el estruendo de las aguas:
 Voz es de fortaleza,
 Voz es de majestad y de grandeza,
 Voz del Señor del cielo,
 Que los cedros quebranta,
 Del Libano los cedros por el suelo:
 Y cual con leve planta
 Brinca el rinoceronte y el cabrito
 Saltando en los ribazos,
 Así van por el monte hechos pedazos.

Voz que dá el estrallido
 Del rayo fulminante
 Apagando la flama; y sacudido
 El desierto con trueno resonante,
 El desierto de Cades se conmueve,
 Y a la voz espantosa
 Del Señor, se estremece y no reposa.
 Voz que el Señor envía
 Del remoto horizonte,
 Y al resonar entre la selva umbría,
 Ante el cerrado monte,
 Y de su hoya, todo lo desanda,
 Y el cierto temeroso
 Busca en vano su asilo y su reposo.
 Mas el pueblo felice
 Junto en el templo santo,
 La gloria del Señor publica; y dice,
 Libre, alegre segura y sin espanto:
 "El Señor reina en medio del diluvio,
 "Y reina eternamente
 "Sobre la nube y sobre el rayo ardiente."
 Y el Señor a su pueblo religioso
 Feliz hace en la guerra y victorioso,
 Y en paz sobre la tierra asgurado;
 Y libre de recelo,
 Su bendicion le envía desde el cielo.

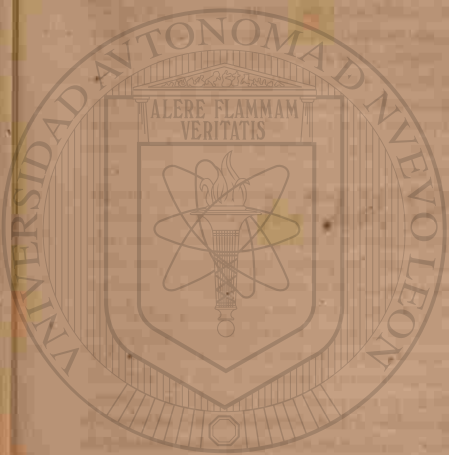
Al canto de este y otros himnos, compuestos por el mismo David y repetidos por millares de víscos, este rey, transportado por la violencia de sus piadosos sentimientos, danzó delante del Arca. Michol, que estaba mirando desde una ventana la marcha de la solemne comitiva, reparó con desprecio los eucarísticos transportes á que el rey se abandonaba, y desprecia en su corazón lo que ella miraba como un olvido ó una humillacion de la majestad real.

Así cuando terminada la ceremonia, David volvió á entrar en su palacio, Michol, saliendo á su encuentro, le expresó su pena en términos llenos de la mas sensibla ironía. "¡Qué bella figura, dijo, la hecho hoy el rey de Israel, despojándose de sus insignias delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose ni mas ni menos que si fuera un bufón!" David, empero, con aquella sinceridad religiosa que presta á los verdaderos

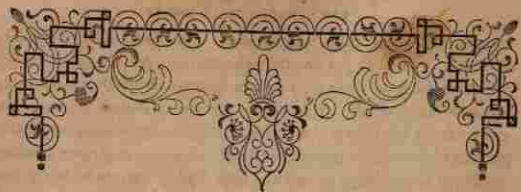
creyentes cierto aire de sencillez pero de decision, y que escuchandolos con toda la irrevocabilidad de una conciencia profundamente convencida, les hace superiores á todas las injurias y á todos los desdenes, respondió: "La verdad delante de Jehová, que me dijo en lugar de tu padre y de tu descendencia, y que me mandó ser el caudillo del pueblo del Señor en Israel, bailaré yo y me abatiré mas aún de lo que he hecho; y me haré despreciable á mis propios ojos, y á los de las criadas ó mugeres de Jerusalem de que tú has hablado, pareceré mas glorioso." En efecto, lejos de suprimir ó debilitar la pública expresion de sus sentimientos religiosos, concibió el rey el proyecto de erijir un templo digno del Eterno; y si dejó este cuidado á su sucesor, fué despues de haber recibido orden para ello de boca de un profeta.

Michol murió sin posteridad. Los últimos años de su vida han desaparecido enteramente entre los resplandores con que la historia envuelve el nombre de David. Porque sin olvidar la legislacion de Moisés, que no se había propuesto por cierto crear un pueblo conquistador, David se vió obligado á no dejar nunca la espada de la mano, y á sostener contra sus vecinos luchas sangrientas, en las que se cubria de gloria. Por lo demas, este monarca se unió vivamente á Dios, que es justicia y verdad; y nunca se autorizó de sus victorias para sustraerse al imperio de la ley. Verdad es que hubo un día en que su virtud se eclipsó; pero á lo menos recobró por el arrepentimiento el lugar que había perdido por el crimen delante de Dios y de los hombres, y bajo este titulo merece ser presentado como un ejemplo eterno, no solamente á los que mandan, sino tambien á los que obedecen.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

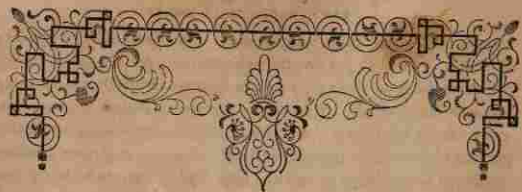
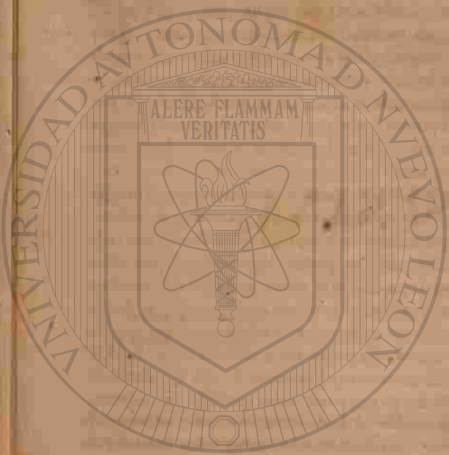


SUSANA.

Un lirio entre las espinas.
(Cantar de los Cantares, II.)

La castidad tiene sus mártires, y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso llegar hasta la pureza de los ángeles, á pesar de los ardores de una fragilidad que ellos no conocen: es glorioso el tener una alma inaccesible al temor, y salvar el honor á riesgo aún de la reputación, el marico de los tesoros despues del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas, espirar con todo el mérito de una virtud desconocida, con toda la afrenta de una mancha en apariencia legitima; soportar el peso de una suerte semejante, sin doblarse ni en su interior, ni ante la opinion, esto es el supremo esfuerzo del heroísmo. Y cuando este heroísmo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensibilidad, como una compensación y una excusa de la flaqueza, estas criaturas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporcionadas superiores, que imponen no sé qué afectuosa veneración.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un estravio de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la estimación pública á los que la calumnia detractora habia cubierto de infamia. Mas con todo, no debe olvidarse que Dios domina la perversidad



SUSANA.

Un lirio entre las espinas.
(Cantar de los Cantares, II.)

La castidad tiene sus mártires, y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso llegar hasta la pureza de los ángeles, á pesar de los ardores de una fragilidad que ellos no conocen: es glorioso el tener una alma inaccesible al temor, y salvar el honor á riesgo aún de la reputación, el sacar de los tesoros después del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas, espirar con todo el mérito de una virtud desconocida, con toda la afrenta de una mancha en apariencia legítima; soportar el peso de una suerte semejante, sin doblarse ni en su interior, ni ante la opinión, esto es el supremo esfuerzo del heroísmo. Y cuando este heroísmo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensibilidad, como una compensación y una excusa de la flaqueza, estas criaturas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporcionadas superiores, que imponen no sé qué afectuosa veneración.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un estravío de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la estimación pública á los que la calumnia detractora había cubierto de infamia. Mas con todo, no debe olvidarse que Dios domina la perversidad

humanos, y la pone límites. Los opresores están siempre bajo el poder de su brazo: él los agita por una turbación secreta, pues la sangre no duerme, como decía un verdugo, y ni aun después les da Dios la certeza de una seguridad durable. Y en efecto, á veces se levanta de sus mismos oídos una luz imprevista que aclara su trágica oscuridad, y confundidos por este testimonio inesperado de la Providencia, expian su fortuna de un día por la maldición de siglos. Esta ley, que aterra á los malos y alienta á los buenos, se halla impresa de un modo particular, y brilla con una claridad extraordinaria en la historia de Susana, ejemplo ilustre de las pruebas que fatigan la virtud y de los triunfos que le están reservados.

En tiempo de la segunda camividad de los judíos, habia en Babilonia un personaje de su nación, llamado Joakim, cuya muger si era grande en hermosura, era mas grande todavía en la virtud. Pertenecía por su origen á la tribu de Judá, la cual con la prerrogativa del naada, habia conservado hasta entonces la pureza de la antigua fe. Llamábase Susana, que significa *lirio*, nombre que se le habia dado en la infancia, á causa sin duda de sus gracias infantiles; pero le mereció despues con doble motivo á causa de la belleza de su alma y del brillo de sus virtudes. Sus padres la habian educado en los sentimientos de la religion y de la justicia; y así ella conservó siempre el temor de Dios y el respeto de su ley santa, frutos preciosos de una buena educación, preciosas riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos, y la mas bella recompensa de los cuidados de sus padres y de sus maestros.

Joakim era muy rico, y le habian conducido á Babilonia en rehenes algunos años antes de la catástrofe que abismó toda su nación en los hierros de la esclavitud; pero le habia quedado su fortuna, de la cual se valia para socorrer á sus compañeros en medio de las privaciones del destierro; su casa y sus jardines les estaban siempre abiertos, y aun servian de punto de reunión para administrar la justicia. Porque la política de los vencedores babilonios habia dejado á los vencidos alguna imagen de la patria, y continuaban en regirse por la ley de Moisés en materias capitales, de las que conocia exclusivamente el tribunal judío. Este tribunal, como en las bellas dias de Israel, se componia de ancianos del pueblo; porque se creía que la esperiencia es la luz del consejo, y que la edad, haciendo conocer los hombres y las cosas, enseña á dominar á aquellos y á dirigir á éstas. Pero un año haba en que se habian nombrado por jueces á dos viejos, que solo se hacian recomendables por una falsa apariencia de sabiduría. Erán de aquellos hombres de quienes Dios dijo en alguna parte: "La iniquidad se ha manifestado en Babilonia;

los viejos descarraban el pueblo en vez de conducirlo." Naturalzaz enfermas é ingratis, que habian atravesado la vida y la desgracia sin conocer las lecciones de la una y sin practicar los deberes de la otra.

Aquellos viejos iban con frecuencia á la casa de Joakim, á donde venian tambien los judíos implicados en algun negocio. Empleábase la mañana en consolar á los afligidos y en juzgar los asuntos contenciosos. Sobre el medio dia retirábase el pueblo, y Susana bebaba al jardín para dar un paseo. Los dos magistrados quedábanse allí algun tiempo despues de salida la multitud, como hombres ocupados de graves intereses, y que ventilaban entre sí con mas detencion de intimidad negocios que, en pleno tribunal se discuten con mas reserva y no con tanta minuciosidad. Allí veían ellos á Susana como entraba y se presentaba cada dia por el jardín. Olvidaron que la discrecion conviene á todas las edades, pues que es una desconfianza de sí y un respeto á otro. Porque, de una parte, solo la muerte pone término á la severa guarda que debemos ejercer sobre nosotros mismos: la vejez, debilitando las fuerzas tanto para el bien como para el mal, nos sirve de endeble garantía contra la fragilidad original, y la libertad puede á cada momento reanudar con un aople un incendio que los años adormecen con su curso, pero que no estinguen. De otra parte, toda alma, y sobre todo las almas puras, tienen un derecho en pasar por el mundo sin que se tiendan lazos á su inocencia, como aquellas flores cuya delicadeza de tejido las protege en cierto modo contra la indiscrecion, y que no nos atrevemos á tocarlas por temor de que se marchiten: el hombre noble y generoso ahora é cuantos le rodean los peligros que pudiera producir para su caída, y les cubre con el manto de su respeto para sustraerlos á su tiranía y á sus apétnos.

Pero no fué tal la conducta de los dos viejos; y así un pronto castigo siguió á su imprudencia. Deslizóse en sus entrañas una violenta pasión, como corre un torrente que ha roto su dique. Transformado ya el sentido, su mirada se desvió del cielo, como sucede á todos los hombres que tienen ser importunados en el crimen por los justos juicios de Dios; ¡Triste y flaca humanidad! Agitase la adolescencia bajo los impulsos de pasiones sensuales, y vuelve á cargarse veinte veces con los grillos que veinte veces ha rompido: el tumulto de los negocios públicos y de los intereses privados no siempre sofoca al oido del hombre maduro la voz de los placeres proscritos, y la vejez apenas segura de sí misma, espira, luchando como un buque medio destruido que llega al puerto con el soplo de una tempestad. ¡Feliz, pues, aquel que desde el seno de esta prolongada tormenta tiene alzados los ojos hacia Dios, á fin de no perder el conocimiento del peligro ni el valor de la resistencia! Cuando

las almas fuertes y sostenidas por el enérgico poder de sus convicciones no siempre afrontan impudicamente mareas llenas de escollos y famosos por tantos naufragios, ¿qué no han de temer las almas muelles, que no sostienen ni el sentimiento del deber, ni la idea del porvenir?

El contexto de las Sagradas Letras manifiesta claramente que la pasión de estos ancianos envidiosos era una propensión sensual que se desarrolla en la baja atmósfera de las groseras impresiones, y no aquel sentimiento noble, elevado, que nos hace superiores á nosotros mismos, y que en el órden terrestre, aunque no sacia el corazón, es el que mas se acerca á las inspiraciones de la virtud. No hay asunto en que todo el mundo se crea con tanto derecho de ser crítico, como el amor, dice una ilustre escritora de nuestro siglo: esta palabra despierta en cuantos la oyen tantas ideas diversas, cuantas son las impresiones de que son susceptibles. Muchos no han conocido ni el amor á la gloria, ni el espíritu de partido, pero ¿quién hay que no crea haber tenido amor? Mas esta pasión verdadera es la mas rara, porque es la mas destituida de egoísmo. El amor es el embeloso de la vida y el encanto de la naturaleza; y como la intensidad de la dicha no guarda proporcion alguna con la incertidumbre, rapidez y caducidad de la fruición, por esto la idea del amor es casi inseparable de la idea de la muerte, y el amor y la muerte se comparan en la fuerza de su actividad. Tratamos ahora del amor pasión, que lleva á la melancolía, que se resiste al grageo, y que hace pensar en la muerte en sus mas felices instantes. No consideramos, pues, en el amor sino el sentimiento, y éste le hace ser pasión. Y así no hay amor en las obras de agudo ingenio, ni en los festivos caprichos de la fantasía, ni son amor los antojos de la coquetería, ni los atractivos de la belleza, ni los deseos de conquistarla. Es tan raro el penetrar el verdadero amor del corazón, que casi se pudiera decir que los antiguos no han tenido de él una idea completa. Apenas se halla pasaje en que el sentimiento tenga toda su fuerza con entera independencia de los sentidos. Los antiguos habian pintado la ternura filial, la amistad, Orestes y Pilades, Niobe, la piedad romana, todos los demas afectos del corazón nos fueron transmitidos con los verdaderos sentimientos que los caracterizan: el solo amor se nos ha presentado con los rasgos mas groseros, como inseparable de la voluptuosidad y del frenesí. Este es un cuadro y no un sentimiento: una enfermedad mas bien que una pasión del alma. Lo que en nosotros se llama propiamente amor, dice otro no menos ilustre contemporáneo, es un sentimiento del que hasta el nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya base moral es la

amistad. Aun la misma perfección de este sentimiento se debe al cristianismo, el cual procurando incessantemente purificar el corazón, ha llegado á espiritualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecian menos susceptibles de serlo, y esta pasión moderna, por decirlo así, ha derramado sobre las creaciones del genio bellezas antes no conocidas. Otro escritor, acomodándose mas al modo con que el común de los hombres siente esta pasión tempestuosa, y haciendo abstracción del amor, considerado puramente como sentimiento, se expresa así: "El amor que quedó personificado en la mujer como una tentación perenne, es aquel amor que bajó del cielo puro como la inocencia, pero que rozando despues del crimen con un poco de barro inmundado, ha venido á ser uno de aquellos delitos inexplicables que participan del cielo y de la tierra, de lo mas sublime y de lo mas frágil que tiene el hombre."

Por lo demas, los dos viejos quedaron por algun tiempo bajo el imperio de la misma impresión que les preocupaba, sin hacerse, empero, la mútua confesión de su estado. El rubor no les hubiera permitido el hacerse la revelación de una herida, que si bien está en la condicion humana el recibir, pero era de su deber cicatrizar; porque hasta en su caída conserva el alma algun recuerdo de órden y de grandeza, por donde puede levantarse de nuevo, y escapar á lo menos del oprobio de un abatimiento continuo. Alimentaban, pues, en secreto su pasión criminal, y cada uno de ellos buscaba ocasion de embestir á Susana en particular. Un dia dijo el uno al otro: "Volvamos á casa porque es la hora de comer." Salen en efecto del jardín, y se separan. Pero esto no era mas que un disimulo, pues muy pronto vuelven y se encuentran. Entonces se hizo indispensable una explicacion, se preguntan y se declaran el motivo que allí vuelve á conducirlos. Desde que esta confidencia hubo hecho caer la única barrera que pudiera aún detenerlos, el crimen quedó decidido. Parten, pues, despues de haber resuelto escoger un momento en que Susana se hallaria sola. Hay en el mundo moral un límite que nadie traspasa sin que al momento mismo se sienta arrebatado hácia el mal con todo el peso de su desviada energía, como un cuerpo escapado á la fuerza que le retenia en un sistema, huye hácia espantosas profundidades con una rapidez acelerada por su propio volumen y por la distancia.

Por mucho tiempo buscaron los viejos una circunstancia oportuna, y la descubrieron por fin. ¿Qué no pueden dos voluntades perversas, cuando unen su audacia, que no tiene ya freno, en la ilusión viva de una común iniquidad? Un dia Susana habia entrado en el jardín, segun tenia de costumbre, acompañada de dos de sus doncellas. Los viejos, ocultos

á la vista de todos, estaban atisbando todos los pasos de su víctima. Como el calor se hacía sentir, Susana quería bañarse, y dió orden á sus mugeres que le trajesen esencias aromáticas y perfumes, y que se retirasen, despues de haber cerrado cuidadosamente las puertas del jardín. Las criadas obedecieron á su señora, y salieron por una puerta secreta que conducía á la casa, sin que ninguna de ellas sospechase que hubiese que temer el menor peligro.

Retiradas ya las doncellas, los prevaricadores dejaron ya el lugar en que estaban escondidos, y no temieron en hacer á Susana culpables proposiciones: probaron desalentar su virtud, y prevenir su resistencia con la amenaza de una venganza tan cobarde como cruel. "Declararemos públicamente, dijeron, que aquí habia un jóven, que por esto habeis despedido á vuestras criadas." En verdad, si la adolescencia, devorada por la fiebre de la edad, y desencorrida por sentimientos nuevos aún e indisciplinados, viene á sucumbir en la lucha contra sus pasiones, merece la mas severa reprobacion, porque ha libremente hecho traicion á su Dios y á su deber; pero se debe compadecerla, porque de ordinario ha sido combatida por un violento huracan, y puede muy bien resarcir esta soñitaria debilidad por las brillantes virtudes de la edad madura. Pero á el viejo, cerrando el oido á los avisos del sepulcro, abre su corazon á los pensamientos criminales, y haciendo traicion á los mas sagrados deberes, encubre bajo la confianza que inspiran sus canas los vergonzosos designios de un corazon pervertido, ¿qué nombre daremos á esta asquerosa amalgama de perversidad y de decrepitud?

Susana, midiendo toda la gravedad del peligro, arrojó un profundo suspiro, y dijo con tanta discrecion como virtud: "Por todos lados me cercan las angustias; porque si condesciendo á vuestra demanda, será una muerte para mí, y si no lo hago, no me libraré de vuestro furor. Pero vale mas esponerse sin crimen á vuestra venganza, que el cometerle delante de Dios." Efectivamente, merecer el castigo, abraza la falta y el oprobio; pero sufrirlo no mas, sobre todo cuando no se merece, es simplemente una desgracia, que será en todo caso recompensada en el porvenir. Susana arrojó un fuerte grito llamando socorro. Los viejos, viéndose descubiertos, gritaron tambien á fin de enganar á los que llegasen, y procurarse un medio de acusacion contra su víctima. Y hasta uno de ellos fué á abrir la puerta exterior del jardín, para dar á entender que acababan de entrar, ó mas bien, que el supuesto jóven, que debía figurar en esta fábula, acababa de salir por allá. Los criados de la casa, oyendo los gritos por la parte del jardín, corrieron por la puerta secreta para ver lo que era. Entonces los viles y cobardes viejos levantaron su voz calum-

niadora, y acusaron á Susana, como lo habian proyectado. Los criados quedaron avergonzados y confusos, porque apreciaban á su señora, y nunca jamás habian oido decir de ella una cosa semejante; pues no solamente era pura la vida de Susana, sino que era pura su reputacion, gozando de aquella integridad, que es como el natural esmalte y la recompensa terrestre de la virtud.

El dia siguiente el pueblo se reunió como de costumbre en la casa de Joakim, y vinieron tambien allí los viejos, decididos á entablar acusacion formal contra la noble matrona que habia osado resistir á sus sugestiones infames. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: "Envíese á llamar á Susana, hija de Helcias, muger de Joakim." Temian sin duda que los retardos no viniesen á alumbra el misterio de su tenebrosa malicia. Presentase, pues, Susana, acompañada de sus padres é hijos y de todos sus parientes. Estos y cuantos la tenian conocida, no podian creer su culpabilidad, y derramaban amargas lágrimas. Susana, tan modesta como bella, habia cubierto su fíz con un velo; pero los injuriosos viejos se lo hicieron quitar, bien sea para que el rubor de su modestia apareciese como una conviccion de delito, ó bien para cebar en su hermosura los ávidos y criminales ojos. Y levantándose despues en medio de la asamblea, extendieron sus manos sobre la cabeza de Susana, pues de este modo los denunciadores debian prestar el juramento y atestiguar su veracidad en las causas capitales. La acusada alzó llorando sus miradas hácia el cielo, testimonio incorruptible de la inocencia, y última esperanza de la virtud desgraciada.

Entonces los dos perjuros refirieron la vergonzosa fábula que habian imaginado. Paseándonos solos por el jardín de Joakim, dijeron, entró en el Susana con dos mugeres que despachó luego, dándoles el orden de cerrar las puertas. Tranquilos nosotros y retirados, nada podiam hacer sospechar nuestra presencia; pero de repente se dejó ver un jóven hasta entonces oculto, de lo cual se indignó nuestra virtud. Quisimos cojer al culpable, pero jóven y mas robusto que nosotros, se escapó de nuestras manos facilmente, abrió la puerta exterior y tomó la fuga. Pudimos si cojer á Susana, pero no quiso nombrar á su cómplice. De este suceso somos nosotros testigos. En suma, ella es adúltera, y debe morir." Tales fueron la deposicion y el dictamen fiscal de los dos viejos, que hicieron á la sazón el papel de acusadores, de testigos y de jueces. Esto era contrario á las reglas de la mas vulgar equidad, y era particularmente contrario á las disposiciones de la legislacion judia, que daba al acusado una porcion de garantias contra el peligro de los falsos testimonios. Así que, los dos viejos hubieran debido parecer sucesivamente y no á la vez,

á fin de que sus deposiciones respectivas sobre las diversas circunstancias del crimen, pudiesen tener un contrapeso eficaz, y por consiguiente un valor real. Además, el temor de la lentitud en el castigo, que hace sufrir tan horriblemente á los culpados, tampoco autorizaba en este caso á proceder con una precipitación que privaba de buscar y descubrir el cómplice, y de cargarle con los acusadores y con el acusado. Por fin, aunque la situación de pueblo desterrado pusiese algunas trabas á la marcha acostumbrada de la justicia, ¿acaso la desgracia no tiene también sus derechos, y las formalidades no podían hallar un suplemento en la compasión?

Mas la opinion de la asamblea cedió sin duda ante la consideración que le merecían unos hombres graves, que pedían justicia en nombre de la moral ultrajada. Creyóse en un testimonio dado por ancianos y por jueces: porque entre los israelitas, aun mas que en los otros pueblos de la antigüedad, la vejez imponía un absoluto respeto, y la fuerza y la actividad de la juventud se inclinaban ante la experiencia y la majestad de las canas. Y ¿cómo pensar, de otra parte, que en la acusación intentada por aquellos dos hombres, hubiese un cruel abuso de un ministerio público y sagrado, una coharde venganza de la iniquidad burlada? En consecuencia declaróse á Susana culpable, y fué condenada á muerte. Ya se conoce con qué rigor las leyes hebreas velaban sobre el respeto del lazo conyugal y sobre la pureza de las familias.

Susana no supo encontrar una prueba mayor de su inocencia que callar delante de los hombres; porque hay acusaciones que desconciertan la virtud, y que ésta no sabe repeler sino por el silencio: la voz tiene su poder, y el silencio su expresión. Pero al mismo tiempo aquella amante y suavisima víctima de la calumnia invocaba á Dios, á quien puede hablar siempre la mas casta y corderosa timidez. Y dijo: "Dios eterno, vos que penetráis en lo mas oculto de los hechos, y á quien están patentes todas las cosas, antes aun de suceder, vos sabéis que estos hombres han levantado contra mí un testimonio falso, y ved ahí que muero sin haber hecho nada de lo que maliciosamente se me imputa." Escuchó el Señor esta súplica, que partía de unos labios puros, y de un corazón lleno de confianza, y accedió al oprimido.

Un joven, nombrado Daniel, fué el instrumento de que se valió la Providencia. Hallábase interiormente movido por una divina y profética luz que le dió á conocer la calumnia, y los medios de burlarla. Escellmá, pues, delante de todos: "Inocente seré yo de esta sangre que va á derramarse." Y todo el pueblo se dirigió entonces hacia él, y le dijo: "¿Qué significa esta palabra que acabas de pronunciar?" Y añadió Daniel des-

de en medio de la multitud: "¿Tan insensatos sois, oh hijos de Israel, que sin exámen ni forma de juicio, sin conocer la verdad del hecho, condenáis á una hija de Israel? Volved al tribunal, porque éstos han dicho contra ella un testimonio falso." Retrocedió, en efecto, á toda prisa el pueblo, ó porque Daniel, versado en todas las ciencias de los caldeos, gozaba ya de una grande autoridad entre sus compatriotas, ó ya mas bien porque descubriesen en él alguna señal extraordinaria, como cuando la multitud, por instinto providencial, divina y saludá en las grandes peligros al hombre de genio que envía Dios para conjurarlos y vencerlos. Por su parte los ancianos dijeron á Daniel: "Ven y siéntate en medio de nosotros, é instrúyenos, porque Dios te ha concedido la misma hora que á los ancianos." ¿Pretendían ellos desafiar, ó doblegar al joven magistrado? ¿Era aquello una ironía, ó una tímida adulación?

Sea como fuere, Daniel dijo á la asamblea: "Separad estos dos el uno del otro, y yo los examinaré." Y después de separados, dirigiéndose al primero: "Hombre envejecida en la maldad, le dijo el profeta, hoy van á quedar patentes y castigadas las iniquidades que hasta aquí has cometido, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo á los inocentes y librando á los malvados, á pesar que el Señor tiene dicho: *No harás morir al inocente ni al justo.* Ahora, pues, si esta mujer es criminal, debajo qué árbol le viste hablar con su cómplice?" Y respondió el viejo: "Bajo de un lentisco." "Pues bien, replicó el inspirado juez, tu mentira recaerá sobre tu cabeza, porque el ángel ejecutor de los decretos divinos, te partirá de por medio." Es muy de admirar, sin duda, que el viejo no comprendiese á qué objeto se dirigía una pregunta tan precisa, ó que no supiese dar á ella una respuesta evasiva. Pero parece verdaderamente que los desórdenes de la voluntad tienen su eco en la inteligencia, y que la sabiduría del espíritu abandona á los que han consentido en perder la sabiduría del corazón, permitiéndolos así Dios algunas veces para detener el curso insolente de una prosperidad viciosa.

El segundo viejo vino después á sufrir su interrogatorio. Dijo Daniel: "Raza de Canaan y no de Judá, la belleza te ha fascinado, y la pasión turbó y pervertió tu espíritu. Así es como te portabas con las hijas de Israel, las cuales por miedo condescendían con tus deseos; pero esta hija de Judá no ha sufrido tu insulto. Dime, pues, ahora, ¿bajo qué árbol la viste hablar con su cómplice?" "Bajo una encina," respondió el viejo igualmente poseído del mismo vicio. "Pues bien, repuso Daniel, tu mentira caerá del mismo modo sobre tu cabeza: el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para despedazarte, y haceros morir á entrambos."

A vista, pues, de una contradicción tan palpable, la asamblea entera arrojó un grito de indignación, y bendijo al Señor, en el cual los afligidos jamás confían en vano. Todos á la vez se levantaron contra los viejos infames que Daniel acababa de convencer por su propia boca, y siguiendo la ley de Moisés, se les hizo sufrir la pena que ellos habían hecho caer sobre la cabeza de Susana: fueron, pues, apedreados. La gloria de la inocencia, un momento cubierta por la calumnia, recobró su natural esplendor. Helcias, Joskim y todos sus amigos dieron gracias al cielo, no tanto por haberse salvado la vida de Susana, como por haber quedado intactable su virtud; pues una cosa hay mas grata que la familia, y mas querida que la existencia, y es el honor.

La penetración que Daniel habia manifestado en el proceso de Susana, le dió un grande crédito entre el pueblo, así como sus bellas calidades le habian grangeado la estimación y el afecto del rey de Babilonia. Además, la Escritura santa encomia por una rara y gloriosa distinción su santidad y su saludaria. Tuvo el don de profecía, ante sus ojos se rasgó el velo del porvenir; describió en sus raptos proféticos los destinos de las monarquías que debían preceder el reino universal de Cristo, la marcha rápida de Alejandro, la muerte precipitada del conquistador, y la repartición de sus estados. Refirió anticipadamente las guerras de los reyes de Egipto y de Siria, sus alianzas seguidas de rompimientos, y sus reconciliaciones envueltas en artificios. Sufrió en defensa de las leyes religiosas de su patria, fué espuesto al furor de los leones famélicos, que se amansaron delante de él, y su nombre ha quedado grande en la memoria de todos los pueblos cristianos.

Muchos pintores han tratado el asunto de Susana sorprendida en el baño por los viejos, pero con mas ó menos decencia en la ejecución, que no puede aprobarse bajo el punto de vista moral, por la intención que en ella se descubre, aunque de otra parte merece á veces ser alabado bajo el respeto artístico. Con mas frecuencia se ha reproducido el episodio de Susana justificada, asunto mucho mas elevado, y que presta tambien mucho mas á la grandiosidad de la composición; como se dió á los discípulos que concurrieron al grande premio de Roma en 1791. El premio fué ganado por J. Reattu de Arles; su cuadro hizo sensación, y ha quedado como uno de los mas bellos de la colección de grandes premios de Roma, y se vé tambien en la escuela de Bellas Artes de Paris. Lastima que no sean bastante conocidas las composiciones de Reattu, que puede mirarse como uno de los mas hábiles compositores de la escuela moderna.



La mujer del levita de Efraim



LA MUGER DEL LEVITA DE EFRAHIM.

... Fave ingenti circumdata nodis
Incollasque tibi tendens, huius non tua, palmae.
(Vindict. Georg. iv.)

Su relativo y limitado, alma y cuerpo á la vez, el hombre goza solo de una libertad inconstante y debilitada, ligada siempre con los lazos de los sentidos y vencida amenudo por viles apetitos. Hijo empero de lo absoluto y nacido para entrar en la senda de la felicidad, por el mérito, acuérdate el hombre, de vez en cuando de su origen y camina recto hácia su fin, desplegando una prodigiosa energia. Como el Océano, que á los impulsos de una tormenta abre sus minaces abismos ó levanta hasta el cielo sus ondas bramadoras, la conciencia humana agitada y desnuda por las pasiones, deja ver en sus profundidades algo de infernal, ó va á tocar con lo infinito por la repentina impulsión de sus arranques sublimes. Con siderando, empero, este espectáculo en actos colectivos y que pertenecen

á naciones enteras, toma proporciones colosales que llenan de asombro y de estupor. ¿Qué hay, por ejemplo, mas sorprendente que al ver la antigua Roma jurar sobre el puñal de Lucrecia el diño y la estincion de la dignidad rest torpemente mancillada, arrastrar á todos sus hijos en una formidable protesta contra el insulto hecho por uno de ellos á la castidad conyugal, é inaugurar su grande república vindicando el honor de una muger? ¿No parece que en ciertos dias la humanidad quiere borrar los delitos de todo un siglo, despegar de la corrupcion de sus costumbres la pureza de sus creencias, y formarse un corazon nuevo pasando por un bautismo de sangre y de lágrimas?

Hay en la historia de los hebreos un hecho semejanse al que sublevó á Roma contra los tarquinos. Este hecho fué seguido de una represion mas terrible; aunque no trajo consigo consecuencias tan graves en el órden político. Cierta levita habitaba en el pais de Efraim. Investida de una verdadera magistratura y juntamente de un ministerio sagrado, intérpretes y guardas de la ley que era política y religiosa, las levitas debian hallarse en relacion permanente con todas sus conciudadanos. Por esto Moisés los habia excluido de la reparticion de las tierras y dispersado por toda la estension de la república y entre las diversas tribus en vez de señalarles un lote ó porcion separada. Por lo demas, ellos entraban por todos lados en el derecho comun, cuyas cargas debian sostener y cuyo beneficio podian invocar. Así que, el levita de Efraim, aprovechando la tolerancia del legislador, tenia dos mugeres, y la que tenía el título de esposa secundaria ó de segundo orden, era de Bethlehem de la tribu de Juda.

Un dia esta muger dejó á su marido, no se sabe de fijo el motivo, y volvióse á Bethlehem en la casa paterna. Esta separacion podia muy bien ser producida por rencillas domésticas, ó por aquella especie de emulacion casi inevitable en el sistema de poligamia; al modo que Agar se vió por fin obligada á abandonar la casa de su esposo Abraham, por la rivalidad de Sara. Cuatro meses habian ya transcurrido, cuando el levita tanto una reconciliacion; bien sea que él reconociese haber faltado, y desearse reparar sus faltas dando los primeros pasos; bien sea que la fuerza de la pasion, la debilidad del carácter, la fuerza sola de la virtud le impulsasen á mostrarse condescendiente. Partió, pues, llevando consigo un servidor y dos bestias de carga, cargados de provisiones. ¿Deberémos creer, que por su parte la muger, despues de haberlo reflexionado, no aguardaba mas que un pretexto plausible para entrar en negociaciones de paz, ó bien que su natural vivo, pero incapaz de guardar el rencor, se ablandó y desvirtuó á vista de una concesion? Sea co-

mo quiera, no afectó por cierto encastillarse en un desdenoso orgullo, para imponer desde allí costosas exigencias, y reducir á su humillado esposo á una especie de capitulacion; pasa á informar á su padre de tan inesperada como feliz visita, y éste dió á su yerno una acogida de agrado y de benevolencia. La conciliacion entre los dos esposos terminó por festines domésticos que duraron tres dias consecutivos.

En la mañana del cuarto dia se preparaba el levita á regresar á los montes de Efraim; pero se interpuso el suegro, y no quiso que saliesen los viajeros antes de haber tomado algun alimento; y aun mas, hizo tales instancias durante la comida, que se le concedió toda la jornada entera, y que la marcha quedase diferida hasta el dia siguiente. Llegado éste, se renovaron nuevas y encarecidas instancias. "Te ruego, decia el habitante de Bethlehem á su huésped, que tomes algun alimento y rehagas tus fuerzas para partir cuando haya calmado el calor." No pudo resistir el levita; con todo, como la comida y la conversacion se fuesen prolongando, levantóse, á pesar de los ruegos de su suegro que afectuosamente insistia. "Ya véis, le dijo, que el dia está muy adelantado y que se acerca la noche: quedate tambien hoy conmigo, y pasa el dia alegremente, que mañana partirás para regresar á tu casa." El yerno se mostró por fin inflexible, pertinaz, como sucede algunas veces, cuando insistiendo tenazmente en resoluciones combatidas, marchamos por nosotros mismos ó arrastramos á otros á una catástrofe.

El levita, su muger y su criado salieron de Bethlehem un poco tarde; y despues, á dos leguas de allí, cerca de la ciudad ó castillo de Jebus, que fué posteriormente Jerusalem, y en donde los cananeos idólatras permanecian todavia, propuso el criado detenerse para pasar la noche. Mas á ello se opuso el levita. "No entraré yo, dijo, en poblacion de gente estrana, en que no habitan los hijos de Israel, sino que continuará hasta Gabáa, y allí nos quedaremos, á menos de adelantar hasta Rama." Dejaron, pues, los viajeros á Jebus á un lado, y siguiendo su camino, llegaron al ponerse el sol á Gabáa, en la tribu de Benjamín. Sentáronse en medio de la plaza pública, aguardando á que, segun costumbre de su nacion, viniese alguno á ofrecerles hospitalidad. Las casas públicas del hospedaje no eran del todo desconocidas en aquel tiempo; pero se hallaban muy pocas, pues no habia prevalecido todavia la costumbre de vender el pan y el reposo al extranjero.

Ningun habitante de la ciudad tuvo compasion de los tres peregrinos. Con todo, al entrar la noche presentóse un anciano, que era tambien de la montaña de Efraim, y desde algun tiempo habia fijado su domicilio en Gabáa. Viendo al levita sentado en medio de la plaza, al lado de su

pequeño bagaje, le preguntó: "¿De dónde vienes y á dónde te diriges?" — "Hemos partido de Bethlehem en Judá, contestó el levita, y regresamos á nuestra casa, que está al lado de la montaña de Efrabim, y nadie quiere darnos hospedaje: tenemos paja y heno para las bestias, y pan y vino para mí, mi muger y el criado que me acompaña: no necesitamos sino posada." — "La paz sea contigo, respondió el anciano, yo te daré todo lo que necesitas: ruégote tan solo que no permanezcas mas en esta plaza." Hizo, pues, entrar á los viajeros en su casa, y les prodigó todos los cuidados de la hospitalidad; porque el corazón virtuoso de un viejo queda siempre joven, y sabe dar á los servicios que presta y á los trabajos que completa bajo el peso de los años, un cierto aire de interés y de majestad que conmueve las entrañas: parece que su corazón reboza por sobre sus órganos debilitados, á la manera de un generoso licor que se escapa de un vaso demasiado estrecho.

Vamos á entrar otra vez en aquellas repugnantes escenas, que parecía haber dejado ya sepultadas las llamas de Pentápolis: entreabrir debemos otra vez aquellas llagas asquerosas que afrentan á la humanidad. Tras los horrores de la más nefanda corrupción, siguen los horrores de la venganza y del carnaje. El pueblo es cedido, el pueblo predilecto y amparado de Dios, y puesto bajo la custodia de su mano poderosa; aquel pueblo que solo tenía que observar la ley de los pueblos en prosperidad y en reposo, vuelve á parecer á nuestros ojos como una horda inmensa de salvajes, poco menos que antropófagos, abandonados á todas las inhumanidades de la carne y á todos los destiños de la última barbarie. Bien se deja ver cuán necesaria era al mundo la presencia del Hombre-Dios, que hubiese estampado su huella divina sobre esta tierra de iniquidad, para restablecer en algun modo la dignidad humana, e infundir á las generaciones de la última época del mundo, cualesquiera que debiesen ser sus estragos, un espíritu de racionalidad y de mansedumbre, que era enteramente desconocido á las edades tenebrosas y embrutecidas de los siglos de expectación.

Los viejitos estaban tomando en paz su alimento fregal, cuando oyeron llamar á la puerta con grande estrépito, y una confusa y tumultuosa gritería alrededor de la casa. Era una horda de hombres viles e inmundos, que venían para llenar al levita de horribles insultos, y exigir que les fuese entregado, como en otro tiempo los habitantes de Sodoma habían querido forzar á Loth á que les entregase los dos extranjeros que se habian acogido bajo su techo. Saltó el anciano con la mayor ansiedad, haciendo presente á aquellas furibundas la enormidad de su comportamiento, recordándoles los derechos de la naturaleza y de la hospitalidad.

Mas cuando el alma abyecta ha interpuesto entre ella y lo que es verdad y virtud, toda la ceguera y frenesí de los sentidos, ¡qué palabra puede moverla, qué luz ilustrarla, qué sentimiento distraerla del fondo de este abismo y de bajo de este fango asqueroso y abominable!

En medio de aquella turbacion, y para cambiar el curso de los brutos pensamientos de la multitud, el viejo se olvidó hasta tal punto, que habló de su hija y de la muger del levita, sin que éste osase oponerse á la propuesta que sustituía un crimen por otro crimen, sino que azorado, intimidado por obstinadas amenazas, previendo que un atentado ú otro era inevitable, y creyéndose quizá poder salvar la hija de su huésped, abandonó y entregó con indigna cobardía su muger en manos de aquella turba corrompida y feroz. Verdad es que los antiguos pueblos se habian únicamente conjurado para humillar á la muger: en unas partes era mirada como la propiedad del hombre: en otras, por un efecto de la poligamia legalmente autorizada ó permitida, no podia elevarse ni mantenerse en el lugar que naturalmente le corresponde y que le concilia el concepto y la veneracion pública; en todos se habia destruido aquel prestigio moral que la rodea como un cerco de honor, y que debe bastar á protegerla contra el insulto. Pero si bien este hecho general atenúa en algo la culpabilidad del levita, está lejos de destruirla. En este punto y en tales circunstancias, tiene el hombre deberes que puede no comprender en toda su latitud, pero que no le es permitido ignorar, de los cuales nada puede dispensarle mientras le quede un brazo que se mueve y un corazón que late.

Al despuntar el dia, la victima, tristemente sacrificada, volvía á la habitacion en donde su marido se habia mantenido bajo tan trágicas condiciones. Vencida, agobiada de oprobio y de dolor, sacó de su desesperacion misma fuerza bastante para llegar al umbral de la casa. Pero allí se cayó muerta, retirándose su alma de un cuerpo, al que no habia podido eficazmente proteger, á la manera que un guerrero, rendido por la victoria, deja el suelo de su patria cuando la fortuna de las armas parece haberlo puesto sin remision bajo una dominacion extranjera.

El levita solo pensaba en salir lo más presto posible de una ciudad en donde se gozaba de tan poca seguridad, y con esta idea, quiso abandonar la casa desde la mañana. Advierte, empero, de repente sobre el umbral de la puerta á su muger tendida en tierra, con las manos estendidas como para implorar venganza. Por de pronto la creyó dormida y le dijo: "Levántate y partamos." Pero viendo que no tenia movimiento ni daba respuesta alguna, reparó con asombro que á su vista no tenia mas que un cadáver. Tomó, pues, aquellos restos inanimados, los puso sobre una de

sus bestias de carga, y regresó á su morada de Efráim. El exceso de su infortunio le dió en alguna manera una fría y bárbara energía; pues es propio solo de las débiles pesadumbres el hablar y el llorar.

Apenas llegado, armóse de un cuchillo, y dividió el cadáver en doce partes, que envió á cada una de las doce tribus de Israel. Un dolor simpático respondió á este sangriento mensaje, y levantóse un grito unánime de indignación. "No, clamaban todos á una voz, nunca jamás se ha visto cosa semejante en Israel, desde el día en que salieron de Egipto nuestros padres hasta ahora: decid, pues, vuestro dictámen, y resolved en comun lo que debe hacerse en este caso." A los ancianos del pueblo correspondía tomar una resolución, después de haberse puesto de acuerdo, porque tanto los intereses de la ciudad como los de la tribu y de la nación entera, eran gobernados por ellos, en especial cuando el país no tenía, ni rey, ni juez ó dictador. Pues en aquel tiempo el país ni aun conocía los reyes; y plenamente tranquilo, así en lo exterior como en lo interior, no estaba lejos la suprema autoridad de un juez, sino que cada cual usaba á su sabor de la plenitud de sus derechos.

Levantóse, pues, todo Israel para vengar la querrela de un levita, y desde el Líbano hasta los desiertos de la Idumea, desde las orillas del Mediterráneo hasta las montañas de Galaad, una justa indignación reunió en pocos días cuatrocientos mil hombres en Masfa en la tribu de Benjamín. El levita fué interrogado sobre el fatal acontecimiento cuya reparación con tal empeño se emprendía. "Llegué á Gabáa de Benjamín con mi mujer, respondió el ofendido esposo, y allí me aposenté: cuando he aquí que algunos hombres de aquella ciudad cercaron la casa en donde posaba y quisieron matarme, y abusaron de mi mujer con tan furiosa é increíble brutalidad, que por último vino á morir. Tomándola luego yo, dividí en trozos el cadáver, y enviélos á todos los términos de vuestro territorio, atendido á que nunca jamás un crimen tan horrible fué cometido en Israel, ni tan abominable exceso. Presentes estáis todos aquí, oh hijos de Israel: resolved, pues, lo que debéis hacer." A lo cual todo el pueblo que allí estaba respondió á una voz, como si hablase por boca de un solo hombre, que nadie volvería á entrar en su tienda ni se retiraría á su casa, hasta que fuesen exterminados los culpables, y que lo ejemplo del castigo hubiese borrado la enormidad del crimen.

La tribu de Benjamín, á la cual pertenecía Gabáa, no habían enviado representante alguno á la asamblea general. No obstante, antes de proceder á su exterminio, se resolvió hacerle proposiciones, y exigirle una satisfacción. En esta parte no dejó de procederse con justicia, y esta consideración atenúa en gran manera la terrible venganza que después

tomó Israel de aquella tribu pertinaz y culpable. Enviaron á ella delegados para que les dijese en nombre de toda la nación ultrajada: "¿Cómo se ha cometido entre vosotros tan detestable maldad? Entregad los hombres de Gabáa que perpetraron el crimen para que lo expíen con su vida, y se quite de en medio de Israel ese escándalo." Es ya sabido que los hebreos habían sido constituidos por Moisés en una especie de república federativa, en la cual el interés particular de las tribus debía siempre ceder al interés general y al principio de unidad. Pero ya sea que las relaciones de cada una de ellas con el resto de la nación no estuviesen bien demarcadas, ya sea que para conservar estas relaciones se necesitasen un valor y una virtud difíciles y raros, mas de una vez estallaron sangrientas divisiones entre las tribus, y poco faltó para que las precipitaran en una total ruina. Así en aquellas circunstancias la tribu de Benjamín, queriendo conservar su libertad de acción, y el derecho de formarse su policía interior, no se prestó á unas invitaciones que, apoyadas de otra parte en cuatrocientos mil combatientes, se parecían demasiado á un mandato. Atrivióse, pues, á correr el riesgo de una lucha prodigiosamente desigual, llamó á sus guerreros, y reunió veinticinco mil. Eran bravos y esforzados, y había en particular setecientos hombres de Gabáa, resueltos, intrépidos, y que manejaban la honda con asombrosa precisión. Mas, ¿qué podía en definitiva tan débil ejército, contra tan formidables masas?

A la verdad el buen éxito no se declaró desde un principio ni por el número ni por la buena causa. La tribu insurreccionada había reunido sus tropas en Gabáa; puso el sitio á esta plaza, pero con tal presunción y negligencia, que sufrieron los sitiadores pérdidas considerables en dos inesperadas y vigorosas salidas que hicieron sus habitantes. La desgracia suele ser una saludable disciplina: conocióse la necesidad de batirse en regla, y de no prescindir de las leyes de la prudencia. Merced á un empeño mal sostenido y á una calculada huida, se atrajo á los sitiados hacia la llanura, en donde fueron envueltos por un cuerpo de tropas puestas en emboscada. La valiente tribu perdió por fin el valor: el incendio de su ciudad que divisaba á lo lejos, las fuerzas superiores que se desplegaban á su alrededor le mostraron que acababa de desvanecerse toda esperanza de vencer ó de escapar; pero no pudo resolverse á abandonar el campo de batalla, sin dejar en el diez y ocho mil hombres: lo restante se dirigió al desierto para buscar allí un asilo. Esparcidos, aislados estos infelices, perecieron casi todos en la derrota, y solo seiscientos pudieron evadir el inexorable cuchillo de sus hermanos, ganando el

peñasco de Remmon, en donde pasaron cuatro meses en medio de privaciones y de angustias.

Los vencedores, llenos de furor y abrasados en la sed del carnaje y de la matanza, destruyeron la ciudad criminal, después de haber pasado á cuchillo á sus habitantes sin distincion de edad ni de sexo. Y no pararon aquí, sino que estendiendo su venganza á toda la tribu de Benjamin, inmolaron, como en Gabaa, no solamente á los hombres de armas llevar, sino hasta los viejos, las mugeres y los niños. Habian jurado dar la muerte á todos cuantos no habian acudido á la reunion de Masfa, y á los que tal vez quedasen en vida, no darles en matrimonio á las hijas de Israel. Tan duro juramento, dictado por un celo irrellexivo y bárbaro, fué puesto en ejecucion con una puntualidad aterradora; la tribu casi entera desapareció anegada en su propia sangre.

Aparte del horror natural con que el mundo moderno contempla al través de tantos siglos estas repugnantes escenas del antiguo mundo, y de los considerables pasos que ha dado la humanidad regenerada en el respeto y miramiento á la dignidad y á la vida del hombre, merec á la transformacion del mundo moral debida á la venida del Redentor; hay que hacer algunas consideraciones acerca estos acontecimientos remarcables y ruidosos, mirándolos bajo el prisma de la época y circunstancias á que se refieren; en lo cual acostumbra ser bastante infiel la critica de hoy dia, olvidándose amenudo del grande trecho que de aquellos nos separa, y apreciándolos como se pudieran apreciar ahora, sin hacerse cargo del estado en que se hallaban entonces las ideas y los sentimientos de los hombres.

Esta falta de criterio en apreciar los hechos, remontándonos al estado de los espiritus cuando aquellos sucedieron, se deja notar en casi todos nuestros escritores y autores de historia. Tuvimos ya ocasion de hacerlo notar en la *Palabra* académica que tributamos á la memoria del ilustre Balme. Genios vastos y fantasias brillantes han incurrido en el grosero error de desvirtuar el verdadero móvil que impulsó el brazo español á principios de este siglo para luchar con denuedo y con un heroísmo casi temerario contra el guerrero del siglo, el sojuzgador de la Europa. Este móvil, se empeñan en que fuesen elementos políticos que la nacion apenas conocia; cuando el primer elemento fué el principio religioso y el segundo el principio patriótico, pero un patriotismo identificado con el amor al rey y á las arraigadas instituciones monárquicas. Esta es la verdad del hecho, prescindiendo por ahora de toda calificacion; lo que en contrario quiera suponerse es cuando menos un error histórico, imponderable en escritores españoles que afectan desconocer la nacionalidad española. Y

si tan reciente acontecimiento, que pasó á nuestros mismos ojos y del cual conserva vivos recuerdos una parte de la actual generacion, de tal modo se altera y desvirtúa ya entre nosotros, ¿qué será de la edad media, de la dominacion de los bárbaros, de los imperios alzados sobre las ruinas del mundo romano, de las épocas anteriores al imperio de los Cesáres y de Rómulo? ¿qué será de aquellos tiempos que reproducimos ahora, mas de doce siglos antes de la venida al mundo del gran Reparador? Los rigores que acaban de horrorizarnos en Israel traspasan sin duda la medida de un castigo legítimo; no es por cierto una represion que cae sobre los culpables, no solo con firmeza sino tambien con discernimiento y aun sosegada gravedad; es la justicia llevada por un furor salvaje, haciendo una ciega aplicacion del principio de la culpabilidad en conjunto, é hiriendo con igual cuchilla la inocencia y el crimen, porque habitan en el mismo suelo y respiran en la misma atmósfera; como si destruir y anivelar fuese lo mismo que reparar y poner el equilibrio. Tanto dista esta táctica feroz del principio que domina como un elemento de caridad en toda legislacion cristiana: mas vale dejar impunes mil culpados, que castigar á un inocente! Sin embargo, y á pesar de todas estas reflexiones que gravitan con todo su peso en la balanza de nuestro juicio; se faltaria en admitir sobre este punto, como sobre muchos otros, el fallo de aquellos escritores sin pudor, que han procurado manchar por su parte las páginas de la Biblia con el veneno de sus odiosas declamaciones, y desfigurado cobardemente la historia del pueblo de Dios, creyendo haberlo dicho todo solo con haber pronunciado la palabra fanatismo. Porque no es difícil comprender que una nacion nueva aún y áspera en sus costumbres, que pertenece á los siglos mas rudos de la antigüedad, haya apelado á rigores escesivos cuando se trataba no solo de vengar el honor, y la muerte de una muger, sino tambien de sofocar la tentativa de una peligrosa separacion, y de prevenir con una exemplar severidad los ulteriores conatos que tendiesen á destruir la unidad del cuerpo político por la segregacion ó insurreccion de alguna de sus tribus. Si bien aquel acto nos parece hoy dia monstruoso é inexcusable, es á causa del respeto que se profesa generalmente á la vida humana, y de la tolerancia indefinida que caracteriza á los tiempos modernos. A buen seguro que seria indispensable aplaudir sin reserva semejante progreso, si las convicciones públicas no hubiesen perdido en energia mucho mas de lo que las leyes han ganado en suavidad; y si, proclamando la inviolabilidad de la vida humana en beneficio de los malvados, quedasen garantizadas eficazmente la existencia y la seguridad de los que no lo son. De otra parte, la causa originaria de nuestra mansedumbre disminuye la gloria que ella po-

dría cabernos; porque hay la misericordia de la fuerza y la misericordia de la debilidad, y nosotros practicamos especialmente la última. La duda, infiltrándose en las almas, las ha enervado interiormente, como aquellos poderosos reactivos que se emplean para segregar las moléculas de un cuerpo, y que le roban hasta su fuerza de inercia desaturizándolo. No pudiendo los principios echar sólidas raíces, ni elevarse á la altura de una convicción en almas de tal modo desoladas, doblanse y desaparecen bajo el huracán de las revoluciones, que se precipitan sin que nada las contenga. Las revoluciones, arrastrándonos en su curso, han hasta tal punto disminuido, mezclado y confundido las ideas, los intereses y los caracteres, los derechos, los deberes y las leyes, que con razon ó sin ella, se pregunta en los dias de crisis, si lo que se mira atacado vale la sangre que se derramaría para defenderlo. En una palabra, el hombre hecho ya flexible y dócil como un metal á los golpes del martillo, lejos de dar su propia fuerza á los acontecimientos, se deja amoldar por ellos y recibe su imagen; el culto del éxito ha reemplazado entre nosotros al culto de los principios, y así se explica en parte la tolerancia de nuestros contemporáneos. Y aun fuerza es convenir, que no siempre escapan á la necesidad de encarnizarse de una manera horrible; con sola la diferencia, que en este caso defienden intereses, mientras que en otro tiempo se defendían doctrinas. A los que son padres ó hijos de ciertas revoluciones modernas, el rubor debiera aconsejar que se callasen acerca las crueldades políticas ó religiosas de los antiguos pueblos.

Del centro mismo de una desnivelada civilizacion ha fermentado y salido una nueva barbarie: la Europa, á fines del siglo pasado y en el presente ha visto renovarse escenas de atrocidad y de horror, desconocidas en los anales de los siglos: cada dia se invocan y cometen nuevos crímenes que no tienen nombre y por su enemidad estaban fuera de la prevision de la ley; y sin embargo se declara á esta ley por inhumana en sus castigos: existe en el seno de las sociedades cierto gérmen de destruccion y de muerte, que si llegase á desarrollarse en toda la estension y violencia de que es capaz, dejaría muy atrás la ferocidad de los siglos mas bárbaros y de las hordas mas embrutecidas, y se haría casi increíble á las generaciones venideras.

Sea como fuere, los israelitas, vueltos en sí mismos, contemplaron con espanto el horroroso vacío que sus propias armas habían dejado en la nacion. Reuniéronse en Silo, alrededor del Arca Santa, alzando un general plañido mezclado con lágrimas, y deplorando la estincion de la tribu de Benjamin, pues quedaba reducida en aquel entonces á seiscientos hombres refugiados debajo del peñasco de Remmon. Mandóse á estos des-

graciados un mensaje con palabras de fraternal concordia, y restableciéndose la paz. Pero la cuchilla había hecho perecer á sus mujeres, y en Masía se había prestado el juramento de que los benjaminitas no las encontrarían en las demás tribus que habían sido fieles; y es de advertir, que aquella nacion singular anteponía el juramento mas irreflexivo á los mas formales preceptos del derecho natural. Así es que para proyectar mujeres á los hombres de Benjamin, les dieron las doncellas de Jabes de Galaad, que fue inexorablemente destruida por no haber enviado soldados á la expedicion general. Pero éstas no bastaron para todas; y en tal conflicto, temerosos los ancianos de Israel de que no se acabase una tribu, casi del todo destruida, y habiendo dicho antes: Maldito sea el que diere alguna hija suya en matrimonio á los hijos de Benjamin, invitaron á éstos á tomar un partido semejante al que, siete siglos despues, tomó Rómulo para dar mujeres á sus soldados y poblar el reciente imperio que había fundado. "Ahora viene, dijeron, la solemnidad del Señor que se celebra todos los años en Silo, en la llanura situada al Norte de la ciudad de Bethel, y al Oriente del camino que desde Bethel conduce á Siquem y al Mediodía de la ciudad de Lebona. Esconded, pues, en las viñas; y cuando viéreis venir á las doncellas de Silo, segun costumbre, á formar sus danzas en esta llanura, salid de repente de las viñas, y coged cada cual una para mujer, y marchaos á la tierra de Benjamin; porque cuando vengan sus padres y hermanos, se comenzarán á querrellarse contra vosotros y acusaros de esta violencia, nosotros les diremos: Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como las vencedores toman las cautivas por derecho de guerra, sino como esposos, que despues de haberlas pretendido con ruegos, no se las disteis, y así la culpa de la violencia es vuestra." Hicieronlo así los hijos de Benjamin como se les había mandado, y cogieron de las doncellas que danzaban cada cual una para esposa suya, y fuérouse á su tierra, y reedificaron las ciudades y las poblaron.

Ésta fue una estratagemma de los ancianos de Israel para dar mujeres á los benjaminitas, sin romper el juramento que habían hecho todas las tribus de negarles sus hijas en matrimonio. No podía decirse que los padres de las hijas arrebatadas fuesen perjuros, porque no sabían el ardido, y no dieron sus hijas, sino que les fueron robadas, y antes se las habían negado. Así, pues, se salvaba el perjurio y se proveía al bien comun.

Aquella tribu, pues, compuesta de seiscientas familias, se multiplicó gradualmente y reedificó sus ciudades arruinadas; pero quedó siempre débil y poco numerosa; hasta que, á partir desde el reinado de Salomon, se eclipsó para la historia, incorporándose en la tribu de Judá, cuyo nom-

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

bre, no sufriendo rival y conservándose exclusivo, llenó con su sola celebridad los annales del reino.

Tal fué la trágica reparacion que los israelitas ofrecieron á la muger del levita de Efraim: pocas victimas inocentes llamaron sobre su tumba una hecatombe mas solemne, y una mas lúgubre expiacion. Y nunca sean de lamentar los excesos á que se dejó llevar por el hecho una venganza legítima en su principio, hay en esta severidad misma y échase de ver en este inmenso trastorno de toda una nacion armada por el honor de una muger, algo de impotente para el alma reflexiva. Sobre todo, no sin graves motivos envia la Providencia tan terribles lecciones: á la insolencia y á la brutalidad de ciertos crimenes. La inmoralidad es para los imperios una de las causas mas activas de su ruina: ella socava un abismo bajo las dinastias reales y enerva el brazo de los pueblos: ella marcha dando la mano á la incredulidad, que insulta todos los derechos y se desentiende de todos los deberes: ella corroe el seno de las sociedades hasta el dia en que, tocándolas el dedo de Dios, y soplando por defuera el viento de su indignacion, las derriba hundiéndolas y ahogándolas en el cieno.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. Rafael, autor

Litog. de Dierkes

La hija de Herodias.



LA HIJA DE HERODIAS.

Nitidus oleo guttur ejus; novissima autem illius amara quasi abanthium et acuta quasi gladius biceps. Pedes ejus descendunt in mortem et ad inferos gressus illius penetrant.

(Prov. 1, 3 seq.)

El Precursor de Cristo, a la edad de treinta y un años, brillaba a los ojos de la Judea como una lámpara que esparce el calor y el brillo, pues hacía conocer y amar la verdad. Mas se extinguió de repente por el soplo asolador de la tormenta; los poderosos querían obtener de él para sus crímenes la complicidad de su silencio, y rehusó el comprar la libertad de su vida exterior por medio de la esclavitud de su palabra, y los poderosos le hicieron saltar la cabeza para castigarle la osadía de decir en alta voz lo que los remordimientos podían decirle en secreto.

Sabido es todo el tejido de intrigas, de ambiciones y de crueldades que envolvía la familia de Heródes el Grande. Después de haber dado la muerte a uno de sus hijos, desheredó al otro llamado Filipo, para vengarse de Mariamne, madre del joven príncipe, que había sido cómplice en

una conjuración. Daremos antes una sucinta idea de esta odiosa dinastía, á la cual estaba sujeto el pueblo escogido, después que el ceño había caído de las manos de la tribu de Judá, según estaba escrito en los altos decretos de Dios.

Cuando César se vió vencedor de Pompeyo y dueño de Roma, creyó oportuno exaltar á Aristóbulo, y le envió á Siria con dos legiones, á fin de hacer declarar este país á su favor; pero Aristóbulo fué envenenado en el camino, y su hijo perdió la cabeza; obra uno y otro de los partidarios de Pompeyo. Previendo, no obstante, Antipáter el poder y la exaltación á que se encaminaba César, le llevó numerosos socorros, viéndole situado en Alejandría, y prestándole además útiles é importantes servicios, con los cuales se granjeó la gracia del dictador romano, y logró para sí el gobierno de la Judea, para su hijo Pasaal el de Jerusalem, y el de la Galilea para Heródes, que fué el peor y el mas famoso de sus hijos, el cual nació en Asealon el año del mundo 5932, 68 antes de Jesucristo. Muchos autores antiguos han suscitado dudas sobre el origen de su familia. Pretenden algunos que no procedía de los judíos que habían vuelto de Babilonia, y llegan á afirmar que su padre era pagano y que, habiendo sido robado, fué conducido á Idumea é iniciado en las costumbres y en los misterios del judaismo, pues los idumeos, desde Juan Hircano, realmente observaban las leyes de Moisés. Tenía veinticinco años cuando subió las primeras gradas que debían conducirle al trono.

Por el año 40 antes de Jesucristo, tuvo Heródes que refugiarse con su familia y riquezas en una fortaleza de la Idumea: después pasó al Egipto, con el fin de ganarse la voluntad de Cleopatra, y marchando de allí á Roma, logró que Antonio fuese su defensor. Todo salió bien á Heródes, pues resentido el Senado de que Antigono hubiese pedido auxilio á los Partos, enemigos de Roma, nombró rey de Judea á Heródes, y éste con las tropas suyas que pudo levantar, y las auxiliares que sacó de Roma al mando de Ventidio, se dirigió contra Jerusalem; dió, aunque infructuosamente, un ataque, en el cual pereció uno de sus hermanos, llamado José, y en otra segunda batalla logró vencer á Antigono su rival, y formalizó el sitio de la ciudad. Entonces, para asegurar sus derechos y su poder, casó con Mariamne, nieta del rey Aristóbulo, y entró luego en Jerusalem, con el auxilio de las tropas romanas, degolló un gran número de habitantes. Pocos príncipes han hecho correr tanta sangre para consolidar su poder; no perdonó á ningún partidario de Antigono, principalmente si tenía bienes que confiscar: y aunque obligado á ceder á las instancias del pueblo, había dado el sumo sacerdocio al joven Aristóbulo, su cuñado. Bien pronto, temerosa de que éste, siendo amado del pueblo, le

derribase del trono, mandó ahogarle traidoramente dentro de un baño en Jericó, y aun supo engañar al pueblo con un fingido dolor, y justificarse en el tribunal de Antonio, bien que el triunvirato atendió mas á los regalos que á la inocencia de Heródes. Si éste ha conservado en la historia el sobrenombre de *Grande* es porque en realidad fué valiente, barto feliz en sus empresas, y llegó á hacerse poderoso; pero careció de todas las virtudes que pueden constituir la verdadera grandeza del hombre: fué tiránico, cruel é inhumano, y nunca quizá hombre alguno tuvo mas fuertes y terribles pasiones. Hizo morir al viejo Hircano, al cual debía la vida cuando era aún gobernador de Galilea, sin consideración alguna á sus años ni á su antigua dignidad, solo por habérsele dicho que había recibido algunos dones del rey de los árabes. Hizo dar la muerte asimismo, ó con cuchillo ó con veneno, á su muger Mariamne, y poco después hizo perecer á Alejandra, madre de esta princesa, á cuyos crímenes le animaba su hermana Salomé, no menos cruel que el mismo Heródes.

Mariamne fué la mas bella princesa de su tiempo: y tuvo la fatal suerte de ser condenada á muerte por su marido, por sospechas de infidelidad. A una sin igual hermosura reunía un talento extraordinario. Su desdicha fué el haber sido amada hasta el delirio por un hombre que había tenido mas ó menos parte en la muerte de su abuelo, de su padre, de su hermano y de su tio, y que había por dos veces mandado que le fuese sacrificada en el caso de morir él mismo. El celebre Lord Byron, en sus *Melodías hebreas* supone que este feroz monarca fué perseguido por la sombra de Mariamne, hasta tanto que el desorden de su espíritu alteró su salud, y le condujo al sepulcro. Ved ahí los lamentos que pone en sus labios, después de la muerte de la infeliz princesa.

— ¡Oh Mariamne! el corazón que hizo derramar tu sangre, destila aún sangre por tí: la venganza es ahogada por el dolor, y el furor sucede el delirio del remordimiento. ¡Oh Mariamne! ¿en dónde estás tú? Tú no puedes oír mi amarga justificación: y si tú lo pudieses, tú me perdonarías ahora, por mas que el cielo fuese sordo á mi plegaria.

— Muerta es, pues, ella? — ¡Osaron ellos obedecer al freno de mi suspicaz detención? Mi cólera llevó el decreto de mi desesperación. El cuchillo que la hirió está pendiente sobre mi cabeza. — Mas tú estás helada, yerta, muger adorada que yo asesiné! ¡Y es en vano que mi sombrío corazón suspire junto á aquella que ciente solitaria por las alturas, y deja aquí mi alma indigna de salvacion!

No es ya aquella que partió conmigo la diadema: muerta es la que se llevó mi dicha á su sepulcro: yo he arrancado del trono de Judá esa flor que no se abría sino para mí. Mio es el crimen, mio el infierno: mia la

eterna desolacion del alma. Harto merecidos tengo estos tormentos que me desgarran sin descanso."

Murmuraba el pueblo, al ver las atrocidades de este rey inhumano; el cual, viéndose mas consolidado en su poder, despues de la victoria de Augusto, y no teniendo que temer nada en lo exterior, embelleció á Jerusalem de edificios, y destruyó el templo edificado por Nehemías, para construir otro de nuevo que se asemejase en hermosura al de Salomon. Para calmar ó distraer á lo menos la justa indignacion del pueblo, empezó á emplear sumas considerables en la construccion del templo, que quiso restituir á su esplendor antiguo, en restablecer los muros de la ciudad, en construir un teatro y un circo, y en fundar juegos quinquenales en honor de Augusto que, engañado por sus adulaciones, le habia confirmado en la posesion de la Judea. Mas estas fiestas, contrarias á las leyes y costumbres de los judios, produjeron quejas y rebeliones, que Heródes no pudo apaciguar sino con el terror de los suplicios. Sin embargo de su inhumana crueldad, habiéndose introducido en la Judea la peste y el hambre en pos de ella, 25 años antes de Jesucristo, Heródes con su actividad supo atajar felizmente estas dos terribles plagas, llegando á fundir su vajilla y vendiendo sus alhajas para comprar granos en el Egipto, y restituir á sus estados la abundancia y la salud: y sin duda fué entonces cuando el agradecimiento obligó al pueblo á darle el titulo de *Grande*. En sus últimos dias, qué horror! la cruel suspicacia le convirtió en parricida, pues hizo ahorcar á sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, por las sugerencias de Antipater, hijo tambien suyo, aunque de otra madre. La historia de los magos y del degüello de los inocentes de Belen, que se ha popularizado, añaden otra página de sangre á la historia de este móstruo. En sus últimos años el rey parecia rodeado de fantasmas: su mirada era sombría é inquieta: sus palabras breves, y sus labios agitados de movimientos convulsivos. Procuraba extinguir sus remordimientos con nuevos crímenes. Contra la ley de los judios habia hecho colocar una águila de oro sobre la grande puerta del templo: espárcose la noticia de su muerte: los jóvenes derriban aquella águila: Heródes vuelve á levantarse: apodérase de los imprudentes y de cuarenta de sus amigos, y todos son quemados vivos. Pero la vida le escapaba, y su cuerpo no era más que una llaga horrible que devoraban los gusanos. Habiendo sabido que su hijo Antipater se mostraba alegre viendo el fin próximo de su padre, le hizo dar muerte, aunque no le sobrevivió mas de cinco dias. Cerceno ya á su muerte, y previendo el júbilo general de todo el pueblo judio, que á ella seguiria, mandó bajo pena de muerte á todas las personas de alguna consideracion en la Judea que pasaran á Jericó. Despues los hizo en-

cerrar á todos en el circo ó hipódromo. Salomé, su madre, y Alejas, su cuñado, estaban entonces junto á su lecho de muerte, y este viejo de setenta años, cargado de crímenes, que tan lúgubramente borbaban sus bellas acciones, se levanta con pena y los ojos bañados en llanto, les hace prometer que degollarán á todos los prisioneros del hipódromo luego despues de haber el espirado, á fin de que los judios de todos los países derramen á lo menos lágrimas en su muerte! ¡Así queria perpetuar su cruel inhumanidad aun despues del sepulcro! Se le prometió todo lo que él queria, y espiró en aquel postrer goce de la barbarie; pero la sangre inocente no roció su detestada tumba; y Arquelao, sucesor suyo por testamento, se contentó con hacerle unos magníficos funerales.

Augusto confirmó de pronto la disposicion de Heródes, pero cidas las quejas de los dos hermanos, Arquelao y Heródes Antipas, asignó al primero la Judea propiamente dicha, y la Idumea, bajo el titulo de tetrarca ó énarca; al segundo dió la Galilea y la Petrea, y á Filipo, hermano de los mismos, la Tracómite, la Batanea y la Auranite, con el titulo de tetrarcas. Arquelao habia heredado la crueldad de su padre; y Augusto, cansado de oír las repetidas quejas de los judios, le llamó como á un simple particular y le desterró á las Galias, dejando la Judea unida á la Siria, desde cuya época puede decirse que quedó convertida en provincia del imperio romano. El nacimiento de Jesucristo se verificó un año antes de la muerte de Heródes.

Reducida, pues, la Judea á provincia romana y sujeta al comandante ó gobernador de la Siria, los descendientes de Heródes el Grande conservaron, sin embargo, el titulo de tetrarcas ó de reyes de algunos territorios, y Heródes Antipas, que se mantuvo en el gobierno de Galilea, procuró ponerla á cubierto de toda invasion, haciendo su capital á Safóris, á la cual rodeó de murallas. Filipo, hermano de Heródes Antipas, casó con su sobrina Herodias, muger de brillantes cualidades, y sobre todo de una grande ambicion.

Heródes, para captarse el favor de Tiberio, habia fundado en honor suyo, á orillas del lago de Genezaret, una ciudad á la que dió el nombre de Tiberiade. Cierta dia, pues, vió Herodias á su tio el tetrarca de Galilea que pasaba á Roma para ofrecer al emperador Tiberio el patronato de aquella ciudad que habia edificado, y á la cual habia puesto su nombre. Convinieron que al regreso el tio repudiaria á su muger, hija de Aretas, rey de Arabia, y que su sobrina se le juntaria, abandonando á su marido Filipo. Y cumplieron mutuamente su palabra.

Este insolente libertinage causó escándalo á toda la nacion de los judios, porque era un ultraje hecho á las costumbres públicas, y la viola-

ción manifiesta de las leyes más respetadas. A San Juan tocaba el tomar á su cargo la defensa de la justicia, y reclamar con toda la libertad del ministerio profético, en favor del derecho atropellado por la fuerza. Pues entonces, como ahora, fué un honor exclusivo á los hombres de fé el haber opuesto su convicción, sostenida por la majestad de los principios, á la impetuosidad de la pasión, sostenida por el poder; y ¡cosa admirable! nadie ha combatido tanto por la gloria y pureza de la familia como aquellos que no conocen todos sus goces: su afición negada á un objeto individual, se ha aplicado y extendido sobre la humanidad entera, y haciendo en pro de ella cuanto un hombre dotado de un buen corazón debe á la sangre y al nombre de sus allegados, han echado, bien lo sabe la Europa, todo el poder de sus palabras en la balanza en donde se pesaban los destinos de la civilización.

Heródes Antipas hallábase con toda su corte sobre la ribera oriental del Jordán, para la dedicación de la ciudad de Liviana, á corta distancia del castillo de Maqueronta. En esta solemnidad se hicieron grandes regocijos, que solo fueron turbados por el celo de San Juan, el cual dirigió vivas increpaciones á Heródes acerca toda su conducta, llena de injusticia y de violencia, diciéndole con firmeza: "No os es lícito retener la mujer de vuestro hermano." Era en algún modo Elias restituído, y lochmado contra Acab y Jezabel. Herodias reclamaba despedida, pues tomia que los discursos de aquel hombre justo hiciesen impresión en el espíritu del príncipe, y que de resultas su fortuna no recibiese una herida de muerte. Convenia, empero, disimular y recurrir á algun artificio para ocultar la venganza bajo un especioso pretexto.

Conocidas eran por toda la Galilea y la Judea la envidia que contra San Juan alimentaban los fariseos y los doctores de la ley: no solamente no habían recibido el bautismo de manos del Precursor, sino que, rebozando en odio contra su persona, le llamaban poseído del demonio. Heródes, instigado por su propia pasión, y más aún por las instancias de su cómplice, se sirvió del ministerio de aquellos envidiosos para apoderarse de su rígido censor; y sea que ellos por sí mismos le hubiesen puesto en sus manos, ó que él hubiese dado la orden de prenderle, le hizo cargar de lienzos y encerrar en el castillo de Maqueronta. Este hecho está confirmado por el historiador Josefo, bien que este dá otro motivo al arresto del profeta, en la cual no quiere reconocer más que una razón de Estado. "Juan, dice, era un hombre piadoso, que exhortaba con eficacia á los judíos á abrazar la virtud, y á satisfacer por medio de la justicia lo que unos á otros se debían, y por la piedad, lo que debían á Dios; á purificar su alma por la práctica de todos los deberes, añadiendo á ello

la purificación corporal por medio del bautismo. Seguía una gran multitud de pueblo, porque todos quedaban encantados de oír sus discursos, y los judíos parecían dispuestos á emprender todo cuanto les hubiese mandado; por manera que, temiendo Heródes que el poder que sobre ellas tenía aquel hombre no provocase alguna sedición, creyó deber prevenir el mal, para ahorrarse el arrepentimiento de haber tardado en demasía en aplicar el remedio." Así habla Josefo, y tampoco sería imposible que los fariseos y doctores de la ley, movidos de su propia envidia, hubiesen procurado inspirar á Heródes semejantes temores; y que el mismo Heródes se hallase muy dispuesto á tener y á irritarse al aspecto de todo cuanto podia hacer balancear su poder.

Herodias, empero, que tomia sobre todo la palabra de San Juan, no se daba por satisfecha con verlo preso; queria hacerle morir, y hasta alguna vez arrastraba á Heródes á participar de sus propios sentimientos. No obstante, el temor le hacia retroceder de sus propósitos, y de otra parte no podia dejar de estimarle, convencido de que era un hombre justo y santo, sin que hubiese podido tampoco retirar de él todo su respeto y toda su confianza; porque hay en la virtud, sobre todo cuando sufre persecución, una dulce majestad que conmueve hasta al verdugo; pero el odio de la mujer es ciego é implacable. Y como el santo lo mismo contemplaba á Heródes en la cárcel como le habia contemplado en el Desierto, y no cesaba de decirle que no le era lícito retener la esposa de su hermano, lo que en Juan era la integridad y firmeza impávida de la virtud, era en Herodias un estímulo permanente para urdir de continuo los más atroces planes de venganza.

Los discípulos del preso le visitaban con frecuencia; pero como él no queria que tuviesen adhesión á su persona olvidando á aquel de quien era solo Precursor, procuraba llamar hacia Jesus la atención de sus amigos. Supo, durante su cautiverio, los prodigios con que el Hijo de Dios señalaba su tránsito por todas partes; pero no se mostró admirado de ellos, pues sabia que era el Cristo. Mas viendo que sus discípulos lo pobian en duda, escogió á dos de ellos y los envió al Señor, que se hallaba á la sazón en Galilea. Al acercarse, pues, á Jesus, le dijeron: "Juan Bautista nos envia á vos para preguntaros ¿si sois vos el que ha de venir, ó si debemos esperar otro?" Porque en aquel mismo tiempo Jesus sanaba á muchas personas de sus dolencias, de sus llagas; echaba los demonios de los poseídos, y restituía la vista á muchos ciegos. Respondió, pues, á los enviados: "Idos, y referid á Juan lo que habeis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres." El Sc-

Por añadió esta última circunstancia, como una prueba tan milagrosa de su misión, como la curación de las dolencias y la resurrección de los muertos; porque en efecto, ninguna doctrina humana, ninguna escuela filosófica hasta entonces había hecho al pueblo la limosna de la verdad. Los doctos y los sabios del antiguo mundo no poseían por cierto el secreto del destino humano; pero por fin poseían una doctrina que tenían por verdadera; la vendían á peso de oro, ó la distribuían con todo el fausto de la palabra, en asambleas en donde el pueblo no tenía ni el tiempo, ni el dinero, ni la comprensión necesaria para entenderla, y aun muchos de ellos la tenían como estancada en su conciencia ó cautiva en su escuela, por manera que ni aun los mismos que iban á comprarla podían obtenerla. Mil veces se ha increpado á los que gobernaron el mundo antes de la era cristiana, por haber circunscrito á los hombres en injuriosas clasificaciones, establecido la esclavitud, fundado los gobiernos sobre la preponderancia de la fuerza; pero no creemos que se les haya arrostrado lo bastante de haber negado por los hechos el derecho de todos los hombres en conocer la verdad. Necesario fué que un Dios viniese á enseñar al mundo que la verdad es como el aire y como el sol, el patrimonio de todos; que viniese á levantar sobre la plaza pública una cátedra á donde pudiese subir la ferviente caridad, con todo su espíritu de sacrificio, y en torno de la cual los débiles, los pobres, los pequeños, hasta los esclavos, pudiesen reunirse, contemplar la verdad en todo su resplandor, y respirar el aire generoso de la libertad evangélica.

Los diputados de Juan no recibieron otra respuesta; pero los prodigios que habían visto probaban mejor que todos los ratiocinios la misión divina de Jesús, y por consiguiente la verdad de su doctrina. Cuando aquellos se hubieron retirado, dijo el Señor á la multitud, hablando del cautivo, cuya voz había resonado en la soledad y llamado los hombres á la justicia: "¿Qué fuisteis á ver en el Desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fuisteis á ver, pues? ¿Un hombre rico y voluptuosamente vestido? Mas los que llevan vestidos preciosos y que viven en las delicias, habitan en los palacios de los reyes. ¿Qué fuisteis, pues, á ver? ¿Un profeta? Si, y mas que un profeta. De él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envíe un ángel delante de tí, que te preparará el camino, pues te digo en verdad que de todos cuantos han nacido de muger, no hay otro mas grande que Juan Bautista." ¿A este grande hombre, pues, alabado por un Dios, es á quien el innoble capricho de una muger envilecida retenga en las cadenas! ¿Y esta luz espléndida era la que iba á extinguirse por la cobarde rabia de una cortesana!

Mas de un año había que Herodias se había desposado con el tetrarca

de Galilea, y cerca de siete meses que sus investigaciones habían hecho meter á San Juan en un calabozo. Heródes había venido al castillo de Maqueronta, seguido de una corte numerosa y festiva. Herodias encontró en esta coyuntura la ocasión que buscaba ya de mucho tiempo para inmolrar el profeta á su vengativo rencor. Llegó el día natalicio de Heródes, y éste ofreció un gran festín á los oficiales de su ejército y de su palacio, y á los principales personajes de la Galilea. Brillaban las salas de palacio con aquel esplendor que no se conoce sino en el Oriente: las damas, ricamente vestidas, hacían gala de sus adornos, las antorchas de abeto resinoso y lámparas de brillantes luces, reflejaban sobre los techos dorados y las entapizadas paredes, y hacían relucir los cintos de oro de las mugeres, sus redessillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo de Persia. Las hijas de Sion habían conservado el uso del afeitó, que ya se conocía en tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la estrechidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre. Las púrpuras de Tiro alternaban con las coronas almenadas de oro de Arabia. Y el acento armonioso de arpas, flautas, cítaras y otros músicos instrumentos, embriagaban los sentidos de júbilo y de placer. Salomé, la hija de Herodias y de Filippo, su primer marido, entró en el salon espléndido, radiante de hermosura, y con aquella mirada dominadora con que una muger desenvuelta impone la ley de su dominio con mas orgullo que un conquistador. Sus negros bucles caen en caprichosos rizos por ambos lados de su cara, moviéndose de continuo como su cabeza. Lúbricamente-graciosa en sus adornos, voluptuosa como el amor, fascinadora como el deleite, parecía una de aquellas magas de los cuentos árabes que abrigan bajo una belleza fital y arrastradora algun maleficio ó algun veneno. Todos los ojos, chispeando de placer, siguen embobados á la esbelta danzarina, que al compás de una música seductiva, tocando apenas en el suelo su lijera planta, se desliza por el salon entre mil vuellos y tortuosos giros, encendiendo con sus actitudes que provocen el fuego impuro de los embobados circunstantes.

Olvidando enteramente la timidez y la reserva que sus tiernos años y su condición le imponían, danzó Salomé delante de todos los convidados. Créase que Herodias, con la prevision de lo que sucedió despues en efecto, había por sí misma aconsejado á su hija este acto de desenvoltura. Aquella danza, que es siempre un oprobio, y de que ha de avergonzarse el pudor, fué colmada de aplausos en el delirio voluptuoso de un festín. Gratas lisonjas y elogios apasionados recompensaron á la digna hija de Herodias el sacrificio que tan generosamente hacía de su modestia y de

su rabor. Heródes, sobre todo, embriagado de placer y de satisfacción, dijo en un raptó de prodigio entusiasmo á la jóven cansada y encendida, que se le presentó como para pedirle una recompensa: "Pídemelo que quisieras, que yo te lo daré. Si, todo lo que quieras te daré, aunque sea la mitad de mi reino." Saló ella ébria tambien de aquella gloria, que en sus momentos de triunfo embriaga el corazón de la muger, y corrió á su madre, diciéndole: "¿Qué podré pedir?—La cabeza de Juan Bautista, respondió Heródes." Volvió, pues, apresurada, y dijo al príncipe: "Deseo que me deia desde luego en un plato la cabeza de Juan Bautista." Sorprendido y sinceramente contristado quedó el rey de aquella demanda, que no esperaba sin duda de una jóven; porque la elevada virtud de San Juan no dejaba de imponerle. Pero se hizo un fatal punto de honor en cumplir la palabra que habia dado delante de toda su corte, y no se avergonzó de cometer uno de los mayores crímenes que se han perpetrado á los ojos de toda la tierra. ¡Singular religión de las gentes que menos la conocen! ¡como si la palabra de un insensato valiese mas que la vida de un hombre y que la ley de un Dios!

Heródes, impulsado quizás no menos por su juramento que por las instigaciones de muchos cortesanos, que comprendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra la disolución y el pecado, no sentirían mucho verse libres de aquel importuno fiscal, dió orden á uno de sus oficiales que pasase á la prision en un dia de regocijo, en medio de un festin, y á ruegos de una touchacha. ¿quién no hubiera pensado que esta misión tenia por objeto el hacer gracia, y que la belleza, la juventud y el placer no sabrían sino sonreír y perdonar en caso de ofensa? Verdad es que la libertad concedida en tales circunstancias, no hubiera ni honrado ni alegrado al hombre de valor á quien fuera ofrecida; pero el guarda enviado por Heródes decapitó á San Juan en la cárcel misma, y llevó en un plato la cabeza chorreando sangre, y fué enviada á Salomé en el lugar mismo en donde el festin duraba todavía: mezcla horrible de placeres innobles y de coharde barbarie, de que se admirarán sin duda los que ignoren que la malicia y la crueldad se dan la mano, y que todo hombre que no tiene ya nada que respetar en sí mismo, tampoco tiene el menor miramiento con sus semejantes. Y ni debe creerse que el mundo pagano, á pesar de su envilecimiento, hubiese llegado á tal punto de degradación, que no conociera en sus momentos de buen sentido la ignominia de semejante conducta. Refiere en efecto la historia que un general romano, habiendo hecho cortar la cabeza, no ya á un inocente sino á un criminal, en medio de las alegrías de un festin, para satisfacer á una muger que no habia visto nunca una ejecución capital, fué vergonzosa-

mente echado del Senado por este refinamiento de malicia cruel, que por medio del sabor de sangre humana, sazona unos placeres empalagosos ya por su misma abundancia.

Salomé llevó la cabeza ensangrentada á Heródis: el presente era digno de tal madre y de tal hija. Heródis, en su impotente pero implacable cólera de muger, tomó uno de los alfileres ó sortijas que sostenian sus cabellos, y traspasó con ellas aquella lengua que habia osado increpar sus crímenes y dar inquietudes á su fortuna.

Tal fué la muerte del mas santo de los hombres. Trágica es y lamentable á nuestros ojos, porque aparece la cuchilla y gotea la sangre, la muerte es pedida, resuelta, ejecutada, sin razon, sin forma de proceso sin retardo: en ella vemos lo mas augusto que hay en el mundo, una noble vida, arrojada para servir de pasto á un príncipe caliente con el vino, y á la fantasía caprichosa de una danzarina. Pero esta muerte es y será para siempre ilustre delante de Dios, porque fué sufrida por la justicia y la castidad, y nada hay tan glorioso como el sufrir y sucumbir por lo que es eterno. Porque sucumbiendo así, el hombre no muere, sino que se transfigura; la vida presente tiene su dia de mañana, y los dolores de la tierra encontrarán su contrapeso en el cielo. Si el sufrimiento está colocado en la base del destino de los hombres, es para atraer en su cumbre la gloria: su sangre, generosamente derramada, brillará como si se hubiese convertido en perlas, en la diadema de su inmortalidad. En seguida, para que resplandezca el honor de la raza humana, cuando uno muere en defensa de una idea verdadera, al instante se levantan mil para reemplazarle. Tomen paciencia los que sufren, porque ellos saldrán vencedores: de ellos es la suprema felicidad: así lo ha dicho la verdad eterna. En cuanto á los que hacen sufrir, ellos se hartan de triunfos en el tiempo, como si pudiesen escapar de la eternidad y de la justicia que reinará en ella. Puede, pues, muy bien afirmarse que el glorioso Precursor de Cristo, al espirar bajo la cuchilla de la persecución, no solo se anticipó por el martirio á la muerte dolorosa del Salvador, siendo precursor suyo en la vida y en la muerte, en la predicación y en el sacrificio; sino que fué tambien el precursor de los mártires cristianos, y empezó esta línea de hombres, que abriéndose hacia el cielo un heroico sendero, llegaron á él por entre las olas de su propia sangre, y dejaron sobre la tierra trazas indelebles, que sus hijos contemplan y besan con respeto para seguirlos, si fuese necesario.

Los discípulos de Juan vinieron á llevar á Jesús la dolorosa nueva de la muerte de su maestro. Jesús se hallaba entonces en la Galilea, no lejos del lago de Genezaret ó del Tiberiades. Montó sobre una barquilla,

atravesó las ondas, y se retiró á una soledad que tomaba su nombre de la pequeña aldea de Bethsaida. Su hora no habia llegado todavia, y así queria sustraerse á la crueldad de Heródes y á las emboscadas de los fariseos que habian jurado su perdicion.

Los perseguidores no quedaron impunes: el cielo vengó despues en aquellos tres pechos homicidas, la muerte de su protector: á lo menos sus reveses y su infortunio parecieron á los ojos de la nacion entera, llevar las señales de un castigo providencial. Aun antes de su castigo cometió Heródes otro crimen, y de una naturaleza mas gráve que todos los que marcan la carrera de su vida. El fué quien, deseoso desde mucho tiempo de ver á Jesucristo, cuyos milagros llamaban la atencion de toda la Judea, le trató con el mayor desprecio cuando Pilatos se lo hizo presentar en tiempo de la Pasión. Aretas, este rey de Arabia, padre de la princesa sacrificada ó Herodias, se propuso vengar el ultraje cometido contra su hija: declaró la guerra á Heródes, lanzose sobre él con fuerzas considerables, y logró una victoria tan completa, que los judios vieron allí el dedo de Dios, descargando su golpe contra el asesino de un gran profeta.

Algunos años despues, muerto ya Tiberio, viendo ya Herodias á su hermano Heródes Agripa oficialmente revestido de la dignidad real, en tanto que su marido continuaba en la posesion de su gobierno bajo el modesto titulo de tetrarca, se indignó contra esta desigualdad que humillaba su orgullo, y la hizo presente como un oprobio que no se debía devorar en silencio. Obligó á Antipas á hacer con ella el viaje á Roma, para obtener de Caio Caligula, que ocupaba entonces el trono de los emperadores, que la tetarquía de Galilea fuese elevada al rango de monarquía. Pero al llegar, Antipas se vio acusado de haber en otro tiempo apoyado la conjuracion de Sejan contra Tiberio, y de proteger todavia las sublevaciones de los Partos contra el imperio; y bien sea que fuese realmente culpable, ó que la justicia se administrase en Roma como en Maqueronta, le fué quitada su tetarquía, y puesta en manos de Agripa. Su fortuna fué la recompensa de su delator, y se le envió á Sion en destierro perpétuo. Herodias mostró en aquella circunstancia una fiereza digna de elogio. Prometiale Caio hacerle gracia por consideracion á su hermano Agripa, pero ella respondió: " Vos habláis como emperador, y como sienta á vuestra majestad; pero mi afeccion de esposa me impide el hacer uso de esta indulgencia, pues no creo decoroso ni conveniente el abandonar en la fortuna adversa á aquel que me ha tenido por compañera en el seno de la prosperidad." Pero el emperador no podia menos que castigar un lenguaje, en el cual despuntaba alguna nobleza de carácter ó de sentimiento. Condenó, pues, á Herodias al destierro, y dió

todos sus bienes á su hermano Agripa. Los dos proscritos se embarcaron para las Galias; y bien sea que no hubiesen podido pasar allí inmediatamente, ó que las hubiesen dejado en seguida, acabaron en España su vida oscura y miserable.

Salomé, el principal instrumento de la muerte del profeta, que tenía cerca quince años cuando hizo inmolar al que defendia ante todo su honor de niña, la dignidad de su madre y los intereses de su padre, fué casada sucesivamente con dos príncipes de su familia, habiéndola el primero dejado viuda despues de tres años. Algunos historiadores griegos de la edad media han pretendido que terminó sus dias de un modo trágico y prematuro. Refiere Nicéforo que Salomé, cayendo en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Pero esta y otras semejantes versiones están demasiado desituidas de pruebas, para que la sana crítica pueda apoyarse en ellas con algun fundamento.

El historiador Josefó afirma en términos formales, que San Juan fué decapitado en su misma prison de Maqueronta, y no en Jerusalem ni en Sebaste. Maqueronta era un castillo fuerte, situado mas allá del Jordán, y que protejia las fronteras de la Judea contra las incursiones de los árabes que habitaban en las cercanias del Mar Muerto; Heródes habia encerrado allí una parte de sus tesoros, y lo hacia servir en ciertos casos de prison de Estado. Y así, aunque los restos del mártir fuesen mas tarde colocados y venerados en Sebaste, capital de la Samaria, no fué allí donde sufrió la muerte, y aun es probable que fuese trasladado allí inmediatamente á causa de la violenta oposicion que existia entonces entre samaritanos y judios. Sea como fuere, lo cierto es que en esta última ciudad se veia su sepulcro en el siglo tercero: despues la emperatriz Helena le restauró, é hizo edificar una magnífica iglesia sobre el arca en que se hallaba el sepulcro. Allí fueron conservadas las reliquias del santo, pues que en el reinado, y cuasi pudiera decirse por las órdenes de Juliano, los idólatras de aquella comarca hicieron pedazos el sepulcro, sacaron de él los huesos, y los hubieran destruido echándolos á las llamas, si algunos religiosos de Jerusalem que habian venido como peregrinos, no se hubiesen mezclado con la turba sacrilega para salvar de la ruina lo que pudieron recoger. Llevaron á su convento tan precioso tesoro, que pasó despues á la ciudad de Alejandria en Egipto, desde donde fué repartido entre algunas iglesias del mundo católico. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se veneran en Malta, en León, en Pay, en Viena del Delfinado, en Turin

en Venecia; y la iglesia del palacio de S. Chiuimont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

El sepulcro continuó en ser honrado en Sebasto, y las reliquias del santo fueron allí reemplazadas. Veinte años después de estas fechorias de Juliano, la ilustre dama romana Santa Paula venia allí religiosamente á deponer su plegiería á los pies de aquel que juzga á los principes y venga las cenizas de sus servidores. El sentimiento que atraia á los cristianos alrededor de la tumba del Precursor, no se debilitó ni por el transcurso del tiempo, ni por el miedo á los sarracenos, duenos del país. San Luis, en una carta en que concede sobre sus réditos particulares una renta de veinte libras á los religiosos que hacen el servicio de la iglesia de Sebasto, dice: "Hemos adorado al Salvador sobre la misma tierra que pisó con sus pies, por cuyos lugares hemos hecho peregrinacion con un sentimiento de amor y de temor: hemos visto la iglesia de Sebasto, en donde descansan el bienaventurado Juan Bautista y otros cuerpos venerables. La santidad de aquel lugar ha llenado de placer nuestro corazón, y ha hablado muy vivamente á nuestra alma, y el buen comportamiento de los hermanos que lo custodian nos ha escitado á estimarlos mucho, tanto á ellos como á su iglesia." La pública devocion correspondió á la del rey de Francia, derramando abundantes limosnas sobre la iglesia de San Juan de Sebasto para adornarla de una manera digna de su glorioso patron.

La critica se ha empleado por mucho tiempo y con sábias investigaciones para hallar el rastro y seguir las diversas vicisitudes de la cabeza de San Juan. Créese que fué enterrada en Jerusalem, trasladada despues á Emesa, y despues con grande pompa y solemnidad á Constantinopla, desde donde habrá sido traída á Occidente por los cruzados, venciéndose en Roma la mayor parte de ella.

Por lo que podemos deducir del contexto del Evangelio, la muerte de San Juan acaeció á fines del año 31 de la era comun, ó á principios del siguiente. No obstante, la Iglesia griega y latina celebra su memoria en 29 de Agosto, bajo el título de Degollacion de San Juan, ó porque éste fuese en realidad el dia de su muerte, ó porque haya habido semejante dia, ya desde los primeros siglos, una traslacion de sus reliquias, ó se haya dedicado alguna iglesia bajo su invocacion.

La tragedia del santo Precursor ha inspirado repetidas veces al genio del artista, ya en el pincel, ya en el buril, ya en el mármol, y toda la vida del Bautista ofrece cuadros que escitan el interés de las artes de imitacion. ¿Habeis visto alguna vez al niño Juan cubierto con una piel al lado de su bendita madre entre las breñas del Desierto, jugueteando con

las inocentes ovejas, cuya mansedumbre iba él á enseñar á los hombres? ¿Le habeis visto tambien, ya procvecto, predicar con eficacia á las turbas pendientes de su voz que resonaba en medio de los bosques? ¿Habeis reparado otras veces en un solo grupo á un tirano lúbrico y cruel, sentado sobre un trono, á una impura princesa, correspondiendo con una sonrisa atroz á sus lascivas miradas, y á una bailarina sin pudor, haciendo escarnio de un hombre venerable, no por sus años, sino por su impotente actitud, el cual increpaba en nombre de Dios el crimen y el escándalo con toda la energia de un profeta del Señor? ¿No habeis contemplado, por último, mil veces á una jóven insolente y voluptuosa que lleva en un plato cubierto con un velo una cabeza livida y ensangrentada? Tales son, pues, las principales escenas que ofrece la vida del ángel en carne, del santo Precursor del Hijo de Dios en la tierra, aquel cuyo nacimiento habia llenado el mundo de gozo, su vida de asombro, y su muerte de horror y de consternacion.

Despues del destierro de Heródes mejoró mucho la suerte de Agripa, á quien Caligula colmó de bienes en la Judea y dió el título de tetrarca ó rey; despues el emperador Claudio, sucesor de Caligula, añadió á su tetrarquía la Judea y la Samaria. Nombró tambien el nuevo emperador por rey de Calcule, en la Siria, á otro Heródes, hermano de Agripa, y publicó algunos edictos en favor de los judios.

Concluycmos en pocas palabras la historia del pueblo de Dios que fué de corta duracion despues que el cetro hubo pasado á manos estrañas, pues estaba ya como cumplido por entonces su destino sobre la tierra, porque los pueblos y los imperios tienen tambien señalada por el Eterno la duracion de su existencia, así como cada uno de nosotros, bien sea que esté ya cumplida la medida de sus crímenes, bien sea que se hayan verificado los destinos que sobre cada uno de ellos tenia designados la Providencia.

Agripa manifestó mas celo por la religion judaica que sus predecesores; y con su generosidad y clemencia se granjeó el aprecio público. Depositó en el templo de Jerusalem una preciosa cadena de oro que le habia regalado Caligula; hizo solemnes sacrificios; restableció el orden y la disciplina en el estado, y libertó á los habitantes de Jerusalem del importe que pagaban por cada casa, hermoseando al mismo tiempo la ciudad, levantando sus murallas, y fortificándole con el intento de hacerla inespugnable; pero el gobernador de Siria se opuso á esta obra, y le obligó á suspenderla. Era Agripa tan respetado de todos sus vecinos, que en un viaje que hizo á Tiberiade, fueron cinco los reyes que acudieron á cumplimentarle. Pero en medio de toda su gloria, la historia del cristia-

nismo condebará siempre su conducta, por haber sido el quien dió principio á las persecuciones. Murió Agripa desastrosamente á la edad de cincuenta y cuatro años, y dejó un hijo de diez y siete, llamado tambien Agripa. Viendo el emperador la corta edad de este segundo Agripa, dió á Caspio todo el mando de la Judea, y encargó la administracion del templo y del tesoro, con el derecho de nombrar los sumos sacerdotes, á Heródes, tío del rey. A Fado sucedió en el mando militar Tiberio Alejandro; á Tiberio Ventidio Cumano; á éste Felix, el cual destruyó á los facinerosos que asesinaron en el recinto del templo al sumo pontífice Jonatás; y á Felix siguieron luego Festo, Albino, y Genio Floro, cuyas rapiñas y vejaciones contra los judíos, encendieron una guerra que no terminó sino con la total ruina de la nacion. Así se ve, que despues de la muerte de Agripa ya no tuvo la Judea sino gobernadores romanos; porque si bien el emperador Claudio pensó que el jóven Agripa fuese el sucesor de su padre, los libertos que le rodeaban se lo disuadieron, y el emperador, como se ha visto, nombró procurador de la Judea á Fado.

Los romanos, siguiendo constantes la política con que habia asegurado sus conquistas, dejaron que los judíos, bien así como las demas naciones del imperio, siguieran sus costumbres, sus leyes y su religion; y cuidaban de no mezclarse en su administracion interior, sino para evitar ó apaciguar las turbulencias civiles, y para exigir las contribuciones de hombres y de dinero. Mas los judíos, pueblo que por su misma constitucion se habia acostumbrado á vivir aislado y separado de otros pueblos, llegaba á mirar con odio el trato de todos los extranjeros. De ahí los continuos esfuerzos para sunder el yugo de los romanos, y de aquí las sediciones ó las revueltas en que hervia la Judea, y los arroyos de sangre que para sofocarlos tenían que hacer correr las legiones romanas.

Existian además otras causas funestas de enemistad y de cisma entre los judíos, que dividiendo el pueblo en diferentes sectas, debian necesariamente acelerar la ruina de todos. El partido mas poderoso era el de los fariseos, gente que desconocia el verdadero espíritu de la ley, al mismo tiempo que se jactaba de observarla al píe de la letra, á los cuales Jesucristo echó no pocas veces en cara su orgullo y su hipocresia: á este partido debe juntarse el de los saduceos, de poca gente, pero de clase distinguida en la república. Estos no reconocian la inmortalidad del alma, ni miraban la ley sino como un medio muy á propósito para la conservacion del orden público, semejantes en esto á muchos de nuestros políticos y hombres de Estado, que solo respetan la religion considerándola como un freno para el pueblo. Los esenios formaban el tercer partido, hombres de vida austera, la mayor parte labradores; solian vivir en

comun y ejercitaban algunas virtudes, mas eran ciudadanos poco útiles, porque no tomaban interés en los negocios del estado. A estas tres sectas añadió aún otra cuarta, el fanático Júdas, el cual decia que no debía reconocerse mas señor ni rey que Dios; así es que cuando Augusto mandó formar un censo de los bienes de los particulares, los discípulos de Júdas escitaron una sedicion, que solamente logró apaciguar el gobernador de Siria derramando mucha sangre.

Añádase ahora á esta diversidad de sectas el odio irreconciliable que dividia á los judíos de los samaritanos, y se verá cuántos elementos de cisma, de guerra y de ruina habia entre los judíos, cuando por otra parte estaba la Judea sojeta al capricho, á la rapacidad y á la tiranía de los gobernadores romanos.

Todos los dias llegaban á Roma noticias desagradables de nuevas revueltas, alborotos y sediciones, lo cual obligó á Nerón ó enviar contra los judíos á Vespasiano. Este entró en aquel desgraciado país, caminando con orden, apoderándose de las plazas fuertes, y arrojando hácia el centro á cuantos huían de rendirse, ya por el celo de la religion, ya por temor. Cuando Vespasiano tuvo que dejar la Judea para ir á ocupar el trono del imperio, despues de vencer á su rival Vitelio, encargó á su hijo Tito el sitio de la ciudad de Jerusalem, la cual estaba entonces entregada á los mas horrosos escosos.

A pesar de verse amenazados los judíos de todo el poder de Roma, el espíritu de partido, que jamás escarmienta, los tenia de tal modo divididos, que peleaban unos contra otros dentro de la capital, estando ya sitiada. Juan de Giscala, unido con los celosos (que así se llamaban los de la secta mas fanática) facilitó la entrada en la ciudad á los idumeos, los cuales cometieron horribles escosos, hasta asesinar el sacerdote Zacarías. Confiado en sus fuerzas, aspiró entonces Giscala al poder supremo; mas esto mismo dividió á los suyos en dos bandos; y aunque Simón, hijo de Joras, llegó á vencer á Juan, los de una y otra parte continuaron degollándose, acelerando con su insensata division la ruina de la ciudad. Cuando Tito quedó encargado del sitio, pudieron los judíos haber sacado alguna ventaja de su carácter pacífico y moderado; pero aunque el hijo de Vespasiano empleó todos los medios de dulzura para ganar la voluntad de los judíos, éstos se mantuvieron sordos á sus propuestas, y siguieron obstinados en sus odios y en su defensa. Simón se mantenía firme en la parte alta de la ciudad, Giscala en la inferior, y Eliazar ocupaba el templo. La guerra civil seguia con encarnizamiento; los unos peleaban contra los otros, y solo el peligro comun solia reunir sus tropas: entonces acudian unidos á la muralla, y salian juntos de la

ciudad para destruir los trabajos y las máquinas de los sitiadores. Pasado el peligro, volvían á su desórden y á sus combates interiores; y muchas veces los mismos que acalaban de rechazar y vencer á los enemigos, perecían en Jerusalem á manos de sus hermanos. El odio y la venganza, el fanatismo y la ambicion causaban mas males que la misma guerra; y la porfiada resistencia de los sitiados acabó de llevar de horror la caída de Jerusalem. Cuando las máquinas de guerra y el fuego pusieron á los romanos en posesion de la ciudad, ya ésta no era sino un monton de ruinas cubiertas de cadáveres, y de hombres estenuados, que presentaban débilmente sus cuellos á la cuchilla del vencedor.

Admirado Tito de la magnificencia del templo, quiso librarlo del furor de sus soldados, pero éstos le pegaron fuego, le robaron y le saquearon. El general romano solamente pudo salvar algunos vasos sagrados y no pocos instrumentos de los sacrificios, con los cuales aumentó la pompa de su triunfo. Durante esta guerra de esterminio y de muerte, perecieron un millón cuatrocientos cuatro mil cuatrocientos noventa judios: tal es el cálculo mas moderado de los que presenta la historia; los prisioneros fueron noventa y siete mil; las murallas y la mayor parte de las casas fueron arruinadas; y las tierras de la Judea se pusieron en venta.

Desde entonces dejó de existir de todo punto el reino ó la nacion de los judios, y desde entonces andan estos errantes por todas las naciones del mundo, á pesar de todos los esfuerzos de la civilizacion moderna que se afana en muchos puntos para confundirlos y anularlos con la masa general de la sociedad; acreditando así el cumplimiento escaso de las predicciones de Jesucristo. Puede fijarse el fin del pueblo judaico el año 70 de la era vulgar.

Así terminó ese pueblo que remontaba hasta el origen del mundo, y cuyos miembros dispersos se conservarán hasta su fin, y hasta quedar cumplido el terrible anatema que ellos mismos fulminaron contra sí: *¡Caiga la sangre de Cristo sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

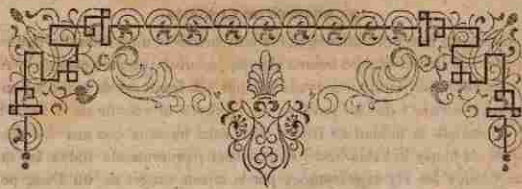
La tierra es del Señor; y así como fué objeto de maldicion por causa del hombre cuando éste cometió su primer pecado contra Dios, así también la gloriosa tierra de Judea fué maldecida y entregada á la "destruccion de muchas generaciones" que habian de pasar sobre ella á causa del horrendo delito cometido por aquel pueblo á quien Dios la habia dado, y para el cual está aun reservada en la agonía del mundo, cuando llegué el tiempo en que se convierta y vuelva al Señor Dios de sus padres.



R. Rahal, elitor.

La Cananea.

1862, de J. J. J.



LA CANANEA.

O mujer, magna est fides tua.
(Matth. XV, 28.)

Es indudable que la conquista de la Palestina por los israelitas no arrastró consigo la ruina entera de los indigenas. Muchos tomaron las armas; sucumbieron despues en los campos de batalla, ó fueron inmolados por la dura política del vencedor. Otros huyeron en turbas separadas, ó bien en cuerpo de nacion, sin que el historidor nos haya conservado las huellas de su tránsito. Los restantes se sentaron en el hogar de los conquistadores, ó en países limitrofes, conservando con Israel relaciones de política, de comercio y hasta de religion. Porque si en un principio no creyeron los judios que hubiese obligacion de aceptar y de practicar su ley en los que no descendian de la sangre de Jacob, no obstante en el hecho no rechazaron de su seno á los extranjeros, y hasta acogieron de muy buen grado á los que querian seguir las prácticas del culto mosaico. Hay, pues, fundamento para creer que su doctrina religiosa habia penetrado en las naciones vecinas, y que por sus cuidados mas de una alma fué iniciada en el conocimiento del verdadero Dios.

Con todo, este proselitismo, ni fué muy activo ni muy esteoso: hay en el genio de la constitucion hebrea algo de poderoso, pero de exclusivo. Al cristianismo solo estaba reservado allanar las fronteras de todos los imperios, é invitar todos los pueblos de la tierra al convite de la verdad. Proclamando la unidad de Dios y de la raza humana con una voz mas fuerte de lo que lo habia hecho el mosaismo; presentando todas las razas y todos los siglos rescatados por la misma sangre de un Dios, poniendo en los labios de todo hombre libre ó esclavo, vencedor ó vencido, aquella palabra de esperanza, de gloria y de verdadera fraternidad: Padre nuestro, que estás en los cielos; el Evangelio elevaba los espiritus y los corazones sobre las envidias internacionales, y creaba un reino único, del cual puede ser ciudadano todo hombre de buena voluntad, en el cual la verdad es el rey, la ley la caridad, y que tiene la eternidad por medida de su duracion.

Antes de subir al Calvario, para sellar con su sangre una tan dulce y tan sublime doctrina, Jesucristo la habia anunciado por su propia boca, y practicado durante su vida. El habia venido á salvar lo que se pierde, afirmar lo que vacila, realzar lo que está abatido, curar lo que sufre. Aunque su ministerio no debiera ejercitarse comunmente fuera del recinto de la nacion judia, su mirada llena de ternura abarcaba á todos los hombres, y cuando se le presentaba ocasion, su mano derramaba los milagros sobre aquellos á quienes sus compatriotas llamaban extranjeros.

Cierto dia el Hijo de Dios recorría la Galilea. De las orillas del lago de Tiberiades, habia venido á Nazaret su patria: despues, atravesando las tribus de Zabulon y de Aser, se acercó á las costas de la Fenicia, y se adelantó hácia Tiro y Sidon. Deseaba no darse á conocer; pero no pudo quedar oculto, pues la fama de sus obras le precedia á gran distancia. Una muger, cuya hija estaba atormentada del demonio, sabiendo que Jesucristo visitaba aquella comarca, vino á implorar su misericordia. Empezó, pues, á dar grandes voces, diciendo: "Señor, hijo de David, habed piedad de mí. Mi hija está cruelmente atormentada del demonio." La súplica está establecida y se exige como condicion de los mas preciosos beneficios que Dios concede á los hombres. Pero Dios difiere algunas veces el escucharla, á fin de que la perseverancia supla lo que le falta de fervor, ó que por medio de la paciencia aumente el mérito de la plegaria.

A los gritos de la Cananea, no respondió el Señor. Los apóstoles, ó causados de las instancias de aquella muger ó movidos por la piedad, se acercaron á Jesus y le dijeron: "Concédele lo que pide, para que se retire, y no se venga gritando tras nosotros." A lo que él respondió:

"Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel." Los discípulos se manifestaban compadecidos, y el que es la misma dulzura y misericordia se mostraba severo y duro. Pero la compasion de los discípulos era humana y egoista. "Ella va gritando tras nosotros," decian ellos; y el que deja fluir de sus labios la amabilidad, ocultaba bajo la apariencia de una palabra fria un tesoro de ternura, y se o buscaba como probar y escitar la fé. Porque él penetra los secretos movimientos del corazon, y le gobierna con una ciencia infinita y con una caridad incompatible.

La muger no se cansó, y no perdiendo la huella de Jesus, le siguió hasta la casa á donde se retiraba, y se le acercó saludándole con respeto, y le dijo: "Señor, socorredme;" é imploró vivamente su piedad. Jesus le respondió: "Dejad que los hijos se sacien primero, pues no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros." Porque aquella muger era de la nacion de los fenicios, y éstos, ya fuesen cananeos ó griegos de origen, profesaban la idolatria, y lo grosero de sus doctrinas religiosas daba motivo á imponerles aquella severa cualificacion. Pero Dios no hiere sino para curar, y la aparente negativa que tenia que recoger aquella muger extranjera, iba á convertirse en bendicion; como la voz que derribó á Saulo para reconciliarle con la verdad, como la mirada que dejó caer sobre Pedro para arrancarle las lágrimas del arrepentimiento.

La pobre madre, excitada por aquella energia del deseo que no conoce obstáculos, y que convierte las dificultades en instrumentos de buen éxito, confesó que ella pertenecia á las naciones condenadas, y que ella no era del número de los hijos. "Verdad es esto, Señor, pero los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos." "Oh muger, respondió entonces Jesus, grande es tu fé, hágase como tú desees."

En efecto, la Cananea, al volver á su casa, encontró á su hija curada. Brillante ejemplo del poder que se da á la fé, símbolo de lo que acontece cada dia entre nosotros en el órden moral, cuando las súplicas de una madre, de una esposa ó de una hermana, logran inclinar el poder de Dios, y arrancan del alma indócil del hombre la enfermedad de la duda, y le libran para siempre del demonio de la incredulidad.

No tardó Jesus en apartarse de aquel lugar, y recorriendo la costa del mar de Galilea, se sentó en un monte, á donde vino á buscarle mucha gente, presentándole los mudos, ciegos, cojos, dolientes de todas clases y á todos los curó con asombro de cuantos lo presenciaron. De sus labios estaban pendientes todas las leyes de la naturaleza, y todos los elementos de la creacion estaban sumisos á su voz. Tres dias estaban ya en su compania, y no teniendo de qué comer, renovó en su favor el milagro del

Desierto con cinco panes y algunos peces; símbolo tambien de la multiplicacion infinita del alimento divino que habia despues de nutrir el pueblo cristiano en toda la redondez de la tierra, y durante todo el transcurso de los siglos.

Despues de aquel milagro, los despidió. Pasó en seguida en la barquilla á los confines de Meguedan, y entonces fué cuando los fariseos y saduceos le suplicaron que les mostrase algunos prodigios, y se los negó. Trasládose despues á las cercanias de Cesarea, donde interrogó á sus discípulos, y antució á San Pedro su primado, manifestándoles por último que le era necesario partir á Jerusalem para sufrir los ultrajes de los sacerdotes, los tormentos de su pasion, y morir y resucitar á los tres dias, y concluyó diciendo: "Si alguno quiere venir conmigo, renuncie á si mismo, tome su cruz y sigame."

Creemos oportuno indicar aqui algunas reflexiones generales acerca del caracter de los milagros de Jesucristo, que acaba de manifestar en favor de la ferviente Gananca el poder que ejercia, no solo sobre los fenómenos naturales, sino sobre todas las potencias invisibles. Necesario era que Jesucristo hiciese milagros para probar su mision, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesias y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducia por si misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas él sabia conciliar perfectamente la demostracion de su poder sobre la naturaleza, con la profunda humildad, y en la precisión en que se hallaba de hacer obras sorprendentes, tomaba todas las medidas para conservarse siempre en la oscuridad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposicion y tenia á la mano escoger. Podia obrar de semejantes á los de Moisés, y descargar horribles plagas sobre la incrédula y obstinada Judea. Fácil le era, como á Elias, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se lo propusieron sus discípulos contra los de Samaria, que le negaron el paso para regresar á Jerusalem. Mas él los reprendió diciéndoles: "Vosotros no sabéis á qué espíritu pertenecéis. El Hijo del Hombre no vino para perder las almas, sino para salvarlas." Podia obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces le pidieron los fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se los rehusó constantemente, tratándolos de generacion depravada y adúltera, y remitiéndoles á la señal de Jonás, figura de su resurreccion. Indigno tubiera sido de él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos, y aun mas para dar celebridad á su nombre, y adquirirse una vana nombradía.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; no tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias humanas: limpiar los leprosos, curar los enfermos, dar vista á los ciegos, oido á los sordos, el uso de los miembros á los cojos y á los paralíticos, librar á los endemoniados, como sucedió con la hija de la Cananea, resucitar los muertos. Obró estos milagros como sin designio y accidentalmente: no los anunciaba: no prepara á ellos los ánimos de los circunstantes para causarles mayor impresion: los obra simplemente, sin aparato, sin ostentacion alguna. Muchas veces deja que ignoren quién es á aquellos mismos á quienes cura, como sucedió con el paralítico de treinta y ocho años y con el ciego de nacimiento, á quien no se descubrió despues sino en secreto, para recompensar su fé. Por diferentes veces recomiendo á los que ha curado, que á nadie lo digan, como si temiera que no se hagan públicas las maravillas por él obradas. Despues del milagro de la multiplicacion de los panes, habiéndole reconocido cuantos lo habian presenciado por el profeta que debía aparecer en el mundo, y queriendo elevarlo para hacerle rey, huyó y se retiró solo sobre una montaña. Atribuia sus milagros menos á su propio poder, que á la fé de los que á él se dirijan. *Idos, mujeres, vuestra fé os ha salvado: ¿cuán grande es vuestra fé! hágase como vos queréis; si podeis creer, todo es posible al que cree.* Todo, por fin, lo atribuye á su Padre: estas son las obras que le dió para hacer su Padre: él no es mas que el ministro y el ejecutor de sus voluntades. ¿Cuán asombrosa humildad en el que con una sola palabra se hacia obedecer de toda la naturaleza! Ni un solo milagro hallaréis del que podáis decir que buscó su propia gloria, ó por el cual quisiese llamar sobre si la atencion de los demas. El, no obstante, era Dios; y no hubiera quedado cumplida su mision, si no hubiese sido reconocido como tal. Este era el fin de sus milagros: imprimir en los corazones la fé de su Divinidad. Y á juzgar por su conducta, creyérase casi que este fin le fué igno: que no tenia el encargo de procurarlo, que nada le interesaba, y que á su Padre solo tocaba hacérselo conseguir. Así es como hasta en las obras de su omnipotencia deja Jesus marcada su humildad.

El don de milagros no es comun. Dios no lo comunica sino cuando es necesario para establecer ó para despertar la fé. No hay, pues, necesidad de recomendar la humildad á aquellos á quienes Dios hace participantes de aquella gracia. Perdiéranse al momento por poco que flaquease esta virtud, bien que esta pérdida no seria para ellos ninguna desventaja. Semejante don no se les concede para ellos, ni produce en ellos por sí solo aumento alguno de la gracia santificante. Es mas para temido que para deseado, porque es muy peligroso que se abuse de él, y que no

se consagra enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. Que no pierdan jamás de vista la respuesta que dió Jesucristo á los setenta y dos discípulos, al regresar éstos de su misión, cuando llenos de gozo le dijeron: *Señor, los mismos demonios nos están sometidos en tu nombre.*—Yo veía á Satanás, les respondió, *que caía del cielo como un rayo,* previniéndoles de este modo contra el orgullo y la vanagloria. Y después añadió: *No os alegréis de que os estén sometidos los espíritus: alegraos, si, de que vuestros nombres están escritos en el cielo.* Como si dijera: no es el imperio que nos dá Dios sobre los espíritus, sino la práctica de las virtudes cristianas, y sobre todo de la humildad, lo que nos merece la felicidad del cielo. Dícese por lo común: es un santo que hace milagros. Confieso que es un indicio vehemente á favor de la santidad; mas diré de uno con mucha mayor seguridad, haga ó no haga milagro, es un santo, pues que es humilde. Jesucristo supone esplicitamente en el Evangelio, que con el don de milagros se puede ser reprobado. Muchos me dirán en aquel día: *Señor, ¿no hemos en tu nombre arrojado los demonios, y obrado en tu nombre gran número de milagros?* Yo les responderé entonces: *No os conozco; apartaos de mí, vosotros que sois autores de iniquidad.* En aquel mismo día del juicio, el hombre humilde, aunque haya sido pecador, no será desechado; Jesucristo le dará una favorable acogida; así nos lo asegura en la parábola del fariseo y del publicano.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Samaritana.

Grab. de Tachet.



LA SAMARITANA.

Si scires donum Dei!
(Joa. IV. 10.)

HAY en el hombre tres vidas, por las cuales responde á todo lo que existe: la vida del cuerpo, que le pone en relacion con el mundo material; la vida de la razon, que le hace compañero ó conciudadano de las criaturas inteligentes, y la vida de la fe, por la cual se une á Dios, fuente de luz, caridad infinita, belleza incorruptible.

Estas tres vidas están llenas de una enérgica actividad: llenan la historia con el ruido de sus movimientos: están unidas con el bienestar, con la ciencia y con la religion, que no pueden perecer sino con la humanidad, y producen á fuerza de sudores, de lágrimas y de sacrificios dos obras eminentes. La una temporal y relativa al género humano en su conjunto; la otra eterna, y relativa á cada uno de nosotros; como si dijéramos que la una influye sobre la civilizacion en general, y la otra sobre nuestro destino personal.

Estas tres vidas se reconcentran en la unidad de la conciencia humana. Como principio de todos nuestros actos, deben desarrollarse paralelamente de una manera subordinada ó soberana según su valor propio porque los sentidos son menos nobles que el espíritu, y el espíritu lo es menos que la gracia divina; de ahí viene que el cuerpo no tiene derecho contra la razón, ni la razón la tiene contra la fe. Pero en el hecho, estas tres vidas se hallan en un estado de antagonismo perpétuo, y la unidad de la conciencia humana, en donde deben juntarse y armonizarse, es el turbulento teatro de una lucha inextinguible: la existencia no es mas que un belicoso esfuerzo para llegar á un termino final, al que no puede llegarse de otra manera, bien sea hombre, bien sea pueblo; y esta guerra no es otra cosa que la hostilidad de fuerzas diversas que en nosotros se agitan, como si tuviesen algo de implacable.

El cristianismo, pues, vino á explicar el origen y las condiciones de esta guerra, trazar su estrategia, indicar de antemano los resultados, y prometer á los esforzados y á los cobardes recompensas y castigos determinados. El cristianismo filla sin apelacion, que los sentidos nunca jamás deben triunfar, ni sobre la razón, ni sobre la fe, porque la suprema ley del hombre no está en su organización, y porque su gloria suprema no consiste ni en conservar su vida física ni su salud; pronuncia asimismo: que el consagrar el cuerpo al trabajo, al sufrimiento y á la muerte por la familia, por la patria y por Dios, no es perderlo, sino transfigurarle en la gloria. Asimismo enseña el cristianismo, que la razón es el espíritu del hombre, que la fe es la razón de Dios, y que así, tanto como el hombre está subordinado á Dios, tanto la razón debe estar subordinada á la fe: enseña, que pedir á la razón un acto de fe, no es humillarla, y mucho menos destruirla, es elevarla, estenderla, afirmarla, así como el espíritu, que cuando moderá los instintos de los sentidos, lejos de rebajar ni de matar el cuerpo, le dirige, le protege, le ennoblece.

Tan pura y tan armoniosa doctrina es fuertemente rechazada por todos aquellos cuyas preocupaciones y actos combate: con todo, ella es el fiel resumen del Evangelio, y ella es la que salió de los dulcísimos labios del Salvador de los hombres. El que la estudia la ama; quien la practica, la comprende; el que llega á conocer su suavidad desea despertarla en todas las almas, repitiendo aquella palabra de Jesus á la Samaritana: Si supierais lo que ella es!

El Hijo de Dios predicaba públicamente el Evangelio hacia ya algunos meses, y santificaba, por las aguas del bautismo, al pueblo que iba á escucharle y que creía en él. No pudiendo sufrir los fariseos que nadie ejerciese en nombre de las doctrinas religiosas una influencia que pre-

tendian ellos reservarse exclusivamente, supieron con despecho que Jesus atraía la multitud, y contaba ya con numerosos discípulos. Manifestaron, pues, abiertamente su envidia, y el Señor, que conoció sus malas disposiciones, resolvió dejar la Judea y el país de Jericó, en donde se encontraba, y retirarse á Galilea, no tanto para librarse de la persecucion, como para alumbrar sucesivamente, con la aureola del Evangelio, las diversas tribus de Israel.

Para pasar del país de Jericó á Galilea, debía atravesarse la provincia de Samaria. Esta provincia estaba habitada por colonias caldeas, que el asirio Salmanazar habia puesto en lugar de los israelitas conducidos cautivos á Nínive. Una profunda enemistad los separó siempre de la nacion judía; ya porque su presencia recordaba la conquista, ya sobre todo porque estas colonias habian traído de su país el culto de los ídolos, y al adoptar la ley de Moisés, la habian desfigurado con la mezcla de instituciones paganas, y en lugar de ir á Jerusalem para ofrecer allí á Dios los sacrificios prescritos, levantaron un templo sobre la montaña de Garizim, en las cercanías de su capital. Los mútuos sentimientos de odio y de desprecio se perpetuaron entre las dos razas, y duran todavía; porque hay restos de samaritanos en Siria, y sobre todo en Naplusa, la antigua Sichem.

Atravesando Jesus el país de Samaria, llegó á los alrededores de la ciudad, cerca de la heredad que Jacob habia dado á su hijo José, y que le habia costado cien corderos, entregados en cambio á los hijos de Hemor. Habia allí una fuente de agua viva, que se llamaba aún, despues de dos mil años, el pozo de Jacob. Jesus, cansado del viaje, se sentó junto á la fuente para descansar. Sus discípulos habian ido á la ciudad para procurarse víveres.

Una mujer de Samaria vino á sacar agua de la fuente. "Dame de beber, le dijo Jesus."—"Vos que sois judío, respondió ella, ¿cómo me pedis de beber á mí, que soy samaritana?" Porque los judíos no comunican con los samaritanos."—"Si conocieras el don de Dios, contestó Jesus, y quien te pide de beber, tal vez tú, le harías la misma demanda, y él te daría agua viva." Esta agua viva es la que apaga el hervor de las pasiones, amortigua el ardiente deseo de los bienes perecederos, y hace al alma fecunda en buenas obras: agua verdaderamente viva, pues que viene de Dios, y á él vuelve, arrastrando consigo las almas que ha refrigerado durante su curso. A las orillas de este río misterioso es donde tantos espíritus elevados y tantos corazones rectos han venido por espacio de diez y ocho siglos á buscar el reposo, el refrigerio y la sombra, y ar-

raigar su vida, como una planta cuyas raíces tocan á la tierra, pero cuya cima florece para el cielo.

La Samaritana replicó: "Señor, vos no teneis con qué sacar el agua y el pozo es muy profundo: ¿de dónde, pues, sacarais el agua viva? ¿Sois por ventura mas grande que Jacob, nuestro padre, el cual nos dió este pozo, del que bebí el y han bebido sus hijos y sus ganados?" Los samaritanos no descendían de Jacob; pero habia entre ellos algunas familias israelitas que el vencedor no habia trasladado á Nínive, ó que habian vuelto al suelo natal despues de una larga cautividad. Además, el haber adoptado los samaritanos la ley mosaica y el haberse confundido politicamente con los judios infieles, ponía naturalmente sobre sus labios el nombre de Jacob y de los principales gefes de la raza hebrea, como si hubiesen considerado á los patriarcas como otros tantos progenitores suyos.

Jesús, elevando gradualmente el espíritu de la Samaritana sobre las cosas terrestres, le dijo: "Todo aquel que bebe de esta agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca mas tendrá sed; pues del agua que yo le diere, surgirá en él una fuente hasta la vida eterna." El que tiene en su alma el espíritu de Dios, como que posee el origen de todos los gozes y la plenitud de la felicidad, pierde el gusto y la sed de los gozes terrenos, porque su pecho hierve en la llama de la caridad que enciende en el este espíritu divino. Esta felicidad no tendrá su perfecto cumplimiento en la vida del tiempo; mas cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una bienaventuranza inmortal, entonces se cumplirá perfectamente la palabra de Jesucristo, que no tendrá ya sed en toda la eternidad, y que del agua que le dará se hará en él una fuente, que saltará hasta la vida eterna. La expresion ó imagen literal del texto, parece tomada de aquellas aguas vivas, que conocidas por canales desde unos lugares mas elevados á otros mas bajos, forman surtidores por los cuales salta el agua hasta la altura de su origen.

El ojo del alma de la hija de Samaria no estaba abierto todavía á los resplandores del mundo espiritual, y el agua vivificante de la palabra divina no habia aún derramado sobre su corazón la ciencia de salud; tan encorvada estaba hacia la tierra, y tan oprimida la tenia la vida de sus sentidos.

Por esto Jesús, haciendo brillar á sus ojos una luz penetrante y á sus oidos una voz acusadora, añadió: "Id, llamaid á vuestro marido, y venid á este lugar."—"No tengo yo marido" respondió ella.—"Razon teneis para decir que careceis de marido: pues habeis tenido cinco, y el que teneis ahora no es el vuestro. Y en esto habeis dicho verdad."

Hasta entonces parece que aquella muger no entendia el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, y que no elevando la idea mas allá de una agua natural y comun, se la pidió al Señor con el deseo de verse libre de la fatiga de ir á buscarla. Mas el Señor, para darle una prueba de que era mas que hombre el que le hablaba, le descubrió en breves palabras la serie vergonzosa de su vida pasada y el desarreglo de la presente. En tanto que el Señor no llegó á lo mas vivo del corazón, tocando sus llagas con el dedo, podía parecerle chanza; pero convencida de su propia conciencia, y acusada por el remordimiento y reconociendo que solo es dado á Dios el penetrar los senos recónditos del alma, empezó á mirar al Señor con otro respeto y otros sentimientos. Aquella increpacion llena de dulzura conmovió á la Samaritana, é hizo la confesion de sus faltas con aquella sinceridad que provoca el perdón. "Señor, le dice, yo veo que vos sois un profeta." Deja ya las ideas groseras de la tierra, que hasta allí habia tenido, y pasa á proponer un punto de religion en que consistía principalmente la division que habia entre samaritanos y judios. Y señalando al monte Garizim que estaba cercano y sobre el cual los samaritanos habian en otro tiempo edificado un templo para las ceremonias de su culto religioso, dijo: "Nuestros padres adoraron sobre aquella montaña, y vosotros decis que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar."—"Créeme, muger, le dice el Señor, llegado ha el dia en que ni sobre este monte ni en Jerusalem adorais al Padre. Vosotros adorais lo que no conocéis, y nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judios. El tiempo llega, y ha llegado ya en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, pues tales adoradores son los que quiere el Padre. Dios es espíritu, y aquellos que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad." Estas palabras caracterizan el nuevo culto que presto debia tomar posesion del mundo, y que poniendo en lugar de victimas comunes una sola victima de un precio infinito, iba á asociar para siempre la conciencia de cada hombre á este inmortal y poderoso holocausto.

El Señor describe aquí en breves y precisos términos la abolicion de las ceremonias y sacrificios, tanto de los judios como de los samaritanos, y la universalidad del culto del verdadero Dios y de la fé de la nueva alianza: increpa el ciego culto de los samaritanos, á quienes decia que adoraban lo que no conocian, pues su culto era una mezcla informe de supersticiones idolátricas, con alguna idea del verdadero Dios, con el cual confundian las deidades de otras naciones, y tan extravagante politeísmo formaba un verdadero contraste con la religion judia que se dirijia al gran de Jehová, con exclusion de todos los demás dioses. Por esto Jesús, de-

clarándose como judío, afirma que ellos, los de su país, adoran lo que conocen, y le adoran en el lugar ordenado por el mismo Dios, que es la ciudad y el templo de Jerusalem, anunciándole por último á aquella muger, que la salud, ó sea el Cristo de la salud, debía tacer entre los judíos, por que á ellos principalmente les fué prometido.

Indicóle además la diferencia aun en este mismo culto dado al verdadero Dios, por cuanto el que hasta entonces le habían dado los judíos era casi puramente exterior, y consistía en ceremonias exteriores y figurativas; y el culto que en adelante debían darle sus verdaderos adoradores era principalmente espiritual é interior, salido del doble homenaje del pensamiento y del corazón, sin por esto escluir el homenaje del cuerpo para completarlo: ardiente y sincero en lo interior, y por de fuera sublime y majestuoso; no pudiendo Dios ser honrado sino con la pureza del espíritu y del corazón, porque siendo Dios espíritu, pide un servicio que sea correspondiente á su naturaleza.

“Yo sé, respondió la Samaritana, que el Mesías llamado Cristo vá á venir, y que cuando viniere nos revelará todas las cosas.” “Yo lo soy, que hablo contigo,” añadió el Salvador con aquella secreta fuerza de revelación que penetra hasta en las profundidades de la conciencia, para excitar en ella el doloroso y saludable temblor de los remordimientos, ó la persuasión íntima de la verdad. En estas últimas palabras llegaron los discípulos de Jesús. La Samaritana no esperaba el Mesías del mismo modo que los judíos; pero aquella muger, aunque no podía reconocer aquel con quien hablaba, mostraba no obstante un corazón sencillo y un grande deseo de conocer la verdad; y por esto el Señor la encontró digna de que el mismo le descubriese claramente quien era, derramando instantáneamente sobre aquella alma dichosa todo el acopio de luz que le era necesario para conocerle, adorarle y amarle.

Dos discípulos, que no acostumbraban á ver á Jesús conversar con mugeres, no dejaron de sorprenderse, pero sin sombra alguna de recelo que pudiese ofender á su Maestro, pues éste, que leía en su pensamiento, se lo hubiera ya increpado. Admiraron si la humanidad profunda del Salvador y aquella bondad admirable, que no se desdenaba de conversar con aquella pobre muger, aunque fuese de Samaria.

Esta, pues, lleno el pensamiento de la felicidad que acababa de encontrar, se olvidó de lo mismo que allí la habia condecido, pues dejó su cántaro, y se ocupó solamente en participar tan feliz nueva á los habitantes de la ciudad, animándole asimismo el espíritu de caridad, de que todos participasen del mismo bien. El Señor, que habia infundido su gracia y su fé en el corazón de aquella muger, le inspiró asimismo prudencia y

sabiduría, sin cuyas virtudes no puede ser perfecta la caridad. Si hubiese, al llegar, gritado á grandes voces: Venid corriendo á ver al Cristo, la hubieran tenido por loca y nadie la hubiera creído. Pero ella se limita á decir: “Venid á ver á un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Si será este el Cristo?” Ved ahí un anuncio interesante, humilde al mismo tiempo. Por de pronto les dá una prueba de que el personaje que ha encontrado es un gran profeta, porque penetra en lo más oculto del corazón, y esto envuelve una implícita confesión de su vida licenciosa, harto conocida de todos. De otra parte, limitándose á proponer la verdad bajo la forma de la duda, esquivaba el reproche de una afirmación atrevida en boca de una muger sin instrucción ni autoridad, y picaba al mismo tiempo la curiosidad de cuantos la escuchaban, empujándoles á reconocer por sí mismos una verdad, de que ella estaba ya convencida, pero que presentándola como dudosa, mostraba una especie de deferencia al resultado de las investigaciones y al criterio de los que podían conocerlo mejor que ella. ¿Si será este el Mesías que esperamos?

Los discípulos, de su parte, rogaron á Jesús que tomase algún alimento; y él se aprovechó de esta indicación, para recordarles que el alma debe tomar siempre su alimento; porque si el cuerpo se desarrolla y conserva su existencia por medio de alimentos materiales, á su vez el alma saca su fuerza y su vida de un género de alimentos que le es propio: el cuerpo vive de lo que come, el espíritu de lo que conoce, el corazón de lo que ama. “Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabeis,” les dice Jesús.—¿Le habrá traído alguno de comer?—se preguntaban entre sí los discípulos. “Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo, alzad vuestros ojos, y mirad los campos que están ya blancos para segar. El agua del pozo de Jacob, el alimento traído por los discípulos, el aspecto de las campiñas, de todo se servía Jesús para elevar el pensamiento de sus oyentes más allá de las cosas terrestres: dirija su mirada divina hacia el mundo espiritual, y les hacía ver que los pueblos, como ricos campos cultivados por el labrador celeste, las almas de los hombres como espigas ya amarillentas bajo el sol de la divina misericordia, aguardan la mano del operario apostólico que debe cojerlas en la fé, y llevarlas, como frutos ya sazonados, en la casa del padre de familia, que es el cielo y la eternidad.

El que trabaja en la siega divina de la conversión de los hombres, recibirá una recompensa proporcionada á su trabajo; y los frutos que recoje no son para la vida del tiempo, sino para la eternidad. Por esto

añadió el Divino reparador á aquellos operarios que allí delante tenia: "Es una verdad lo que dicen, que uno es el que siembra y otro el que siega: yo os he enviado á segar lo que vosotros no labrásteis, otros lo labraron, y vosotros habeis entrado en sus labores!" aludiendo sin duda á que Moisés y los profetas habian preparado la tierra y la habian sembrado, sin poder ver el fruto de sus trabajos; pero los apóstoles, que vinieron después, le recogieron en las innumerables conversiones que lograron en poco tiempo, y casi sin trabajo. Y como no pueden entrar envidias ni celos entre operarios que solo trabajan con el fin de la gloria de Dios, los profetas no quedaron menos satisfechos por el feliz éxito que preveian en la predicacion de sus sucesores los apóstoles, de lo que lo quedaron estos mismos sucesores.

Entretanto, por el testimonio de la Samaritana, muchos habitantes de la ciudad vinieron á encontrar á Jesus, suplicándole que se quedase con ellos, y permaneció en efecto por dos dias. Su palabra convitió á muchos de ellos, y decian después á la muger afortunada: "Ya no creemos por tu dicho, pues nosotros mismos le hemos oido y sabemos que es en realidad el Salvador del mundo."

Así fué arrancada á su vida delinciente, y conducida á la verdad y á la virtud aquella muger, á la cual habia seducido el encanto de los sentidos: de esta manera fué llamada á aquella vida superior que las almas beben en las puras corrientes de la fé, y que el Evangelio ha dado á conocer á todos los pueblos. No es esto porque la carne no sea santa en su origen, como todo lo que sale de las manos de Dios; pero ella decayó de su dignidad originaria: desposada con el espíritu, no siempre le guarda fidelidad, y en su flaqueza hace con frecuencia traicion á su sagrado destino. Por esto el Verbo de Dios quiso revestirse de ella, para restituírle la dote de su pureza y de su santidad eclipsada: por esto tambien está sujeta acá en la tierra á un trabajo de rehabilitacion, que tan considerable lugar ocupa en las numerosas dificultades de la vida humana. Combatirla y domarla es lo que ciertos hombres llaman absurdo, y que el Evangelio llama sublime; porque estos hombres tienen los ojos fijos en lo mas bajo de la tierra, y toman los gustos cernegosos del cuerpo por una revelacion de nuestros supremos destinos: mientras que el Evangelio mira hacia arriba, y vé nuestra naturaleza tal como Dios la hizo, es decir, con todas sus esperanzas, todos sus derechos y todos sus deberes.

Resueltos á amenizar en lo posible la lectura de estas biografias, hemos encontrado en la variedad de cuadros del Antiguo Testamento mayor facilidad para conseguirlo, que en la severa majestad de las esce

nas que el Nuevo nos presenta. Parece además que la perspectiva lejana de los tiempos primitivos permite mayor libertad á la fantasia, y dá margen á que el genio se esplaye en mas risueñas y pintorescas creaciones. La nueva ley presenta ya desde luego en sus héroes un carácter distinto, porque la dignidad del hombre rehabilitado por el mismo Dios, aparece con un colorido de abnegacion santa, y de aquella intima comunicacion del alma con el cielo, que si bien mas augusta y sublime, no se presta tanto al variado colorido de las formas. Dios lo llena todo, y la mano del hombre tiembla de respeto cuando está presente la Humanidad Divina.

Sin embargo, un corazon de muger nos ha facilitado el poder continuar un bello episodio que abraza los resultados de la conversion de la Samaritana, sobre los cuales guarda silencio el sagrado testo. Al mismo tiempo que este cuadro interesa por su candidez y ternura, es el mas suave pasto que puede darse á la piedad y á la pintura de los prodigios del amor divino. Todas las almas delicadas, sea cual fuere su posicion y su temple esperamos que nos agradecerán nuestros buenos deseos.

Después de una semana, y algo mas, esta muger de Sichar, á quien habia hablado Jesus en la montaña, estaba sentada en su casa y lloraba. La voz poderosa y triste, severa y á la par consoladora que habia dicho: ¡Oh! ¡si conocierais el don de Dios! Aquella voz resonaba sin cesar á sus oidos, y retraía su corazon de sus largos extravios. Sueños de inocencia desvanecida, secretos arrepentimientos no confesados aún de ella misma, turbaban su espíritu. Repasaba en su imaginacion sus dias, que se habian deslizado entre la febril embriaguez de las pasiones, y el rubor coloraba por un momento su faz, que muy pronto palidecia de nuevo con la amargura de sus recuerdos. Y aquel pobre corazon, por tanto tiempo lleno de los sentimientos tumultuosos de la tierra, volvíase aun á pesar suyo hacia lo que habia tanto amado, porque la gracia le habia sorprendido en medio de una afeccion mas profunda y mas ardiente que cuantas hasta entonces le habian agitado; y ella palpítaba todavia como bajo el peso de los nuevos pensamientos que germinaban en su pecho, junto á los que no la habian del todo abandonado, y su alma gemia en la turbacion y en la angustia.

—¿Saphan no vendrá pues? se decia en medio de la inquietud de su espíritu; el ha ido á vender sus ganados y su herencia para fijarse para siempre á mi lado. Yo habia exigido esta prueba de su amor, continuaba, hablando consigo misma. Quería yo que todo lo dejase por mi amor, como yo hubiera dejado por el todos los bienes de la tierra.... pero á los del cielo, ¿cómo renunciar ahora que han brillado ya á mis ojos! ¡Y alho-

ra? ¿que vá él á pensar, volviéndome á encontrar tan otra de lo que me dejó? Mas se replicaba, y crecía la palidez de su rostro, y su seno se levantaba mas agitado. ¿quien puede preveer si volverá?... Un año de constancia se habrá causado tal vez. De otra parte, una esposa jóven y bella, ornada sin duda; ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre.... ¿Quién sabe?... quizá no volverá mas. Mejor sería esto, que tener que separarse.... pero no verse mas.... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Así hablaba Sarai, la bella Samaritana, conocida hasta entonces en Sibar por sus infortunios y por el atractivo de sus gracias, á las que pocos hombres sabian permanecer insensibles. Mas hoy su hermoso semblante está oscurecido por las lágrimas, y Sarai se vé abismada en amargos recuerdos mezclados de previsiones mas amargas todavía.

Saphan era jóven, era bello, y Sarai le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa; ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre.... ¿Quién sabe?... quizá no volverá mas. Mejor sería esto, que tener que separarse.... pero no verse mas.... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Saphan era jóven, era bello, y Sarai le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa; ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre.... ¿Quién sabe?... quizá no volverá mas. Mejor sería esto, que tener que separarse.... pero no verse mas.... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Saphan era jóven, era bello, y Sarai le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa; ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre.... ¿Quién sabe?... quizá no volverá mas. Mejor sería esto, que tener que separarse.... pero no verse mas.... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Sarai rogaba con ardor para ella y para aquel otro ella misma, que queria tambien salva. Porque, ¿hemos de decirlo? el cielo y sus delicias, y sus dias eternos, parecen apenas apetecibles al corazón de una nueva neófito, comóvida aún con las pasiones de la tierra, sin aquel á quien espera, ó encontrar allá, ó arrastrar consigo. ¡Ah! porque el rayo que lleva en su corazón es un rayo perdido del amor eterno que debe ser vuelto á él, despues de haber abrasado el seno que le habia recibido para otro uso.

Al caer de aquel dia, despues de una luna de ausencia, pareció Sa-

phan á la puerta de la casa de Sarai, y como conocia el secreto, la abrió sin dificultad.

Al entrar en la habitacion baja que habitaba la jóven, dejó su aljaba y su palo de viaje, y adelantándose hácia ella, le dijo en un tono que manifestaba una fuerte emoción: « Sarai, ya me tienes de vuelta y á tu lado.... He dado un adios, como tú lo has querido, á mi padre, á mi pobre madre, á mis hermanos, al techo que me vió nacer, á la que me estaba destinada para esposa. He roto todos los lazos que podian alejarme de ti.... Su semblante apareció como sombreado por una nube; pero pasando una mano sobre su frente, como para ahuyentar una idea importuna, continuó:— Ven, Sarai, ¡hágame mi amor olvidar todo cuanto he dejado por ti!— Pero Sarai permanecía trémula lejos de él, y no adelantaba. Las sombras empezaban á subir al horizonte; un postier rayo del sol, al morir, atravesó las rendijas de la ventana, iluminando los negros cabellos de Sarai, y dorándolos con un brillante reflejo. Pero su rostro estaba en la oscuridad. Acercóse Saphan y la miró: estaba inundada en lágrimas.

— ¿Qué ha sucedido, replica algo bruscamente el jóven, de dónde viene tan extraño recibimiento? No, tú no me recibías así.... ¿Ha sido tal vez demasiado larga mi ausencia, para la constancia de un corazón de muger? ¿Soy olvidado? habla á lo menos.

Un suspiro de Sarai fué toda su respuesta. Estas palabras de su amante le hicieron conocer toda la profundidad de su abyeccion, pues podia creerse tan versatil su corazón, y capaz de cambiar tan pronto de objeto. Saphan lo examinaba con ojos de sospecha. Continuó, pues, y su voz temblaba en la cavidad de su robusto pecho:— Dímelo, ¿he obrado mal en dejarlo todo por amor tuyo?... ¡Oh! si pudiese así creerlo, siguió en la angustia que le agitaba.... ¡dilo, Sarai! Tan presto vas á vengar á mis padres y á mi jóven prometida, del abandono inesperado en que les acabo de dejar! Mi padre, á quien Dios bendiga y consuele, mi padre, el sabio anciano, me lo ha dicho ya, que tú lo vengarías un dia á todos. Pero yo, en mi ceguera y en mi amor insensato, no he querido creerle. ¿Y tú eres la que tan pronto debes convencerme? Y estaba mirando á Sarai, y sus ojos expresaban una desconfianza mezclada de cólera y de dolor.

¡Saphan! esclama ella, ¡yo os amo siempre! oh, sí, siempre lo bastante para morir por vos si tenéis necesidad de mi vida.— ¡Y pues! dijo Saphan con un acento de fiereza.— Durante vuestra ausencia, han pasado aquí en estos lugares algunas cosas.... de las que hubiera querido que fuérais testigo, Saphan, y estas cosas me han dado á conocer que

otros pensamientos, muy diferentes de los de la tierra, deben llenar el espíritu de las criaturas de Dios.

Saphan en pie, con los brazos cruzados y contraídos, miraba á aquella mujer conmovida y palpitante, y no sabiendo leer en el fondo de su alma qué suerte de agitaciones la turbaban, en un terrible acceso de furor contenido, exclamó:—¡Ah! ¡corazon de muger, mas inconstante que las ondas móviles del mar! ¿qué estravio de pensamiento, qué vértigo se apoderó del que creyera poder descansar sobre ti! ¡Oh desdicha! ¿yo era, pues, un insensato?—Saphan, querido Saphan, no me maldigas, exclamó ella, echándose de rodillas delante de el y besando sus manos con un dolor inmenso. ¡Oh! no me oprimas, no me mates con ese horrible menosprecio que leo en tus ojos. No, no lo creas así: no ha cambiado mi corazon, es tuyo, es demasido tuyo; te ama á ti únicamente, y jamás le poseerá otro. Pero esa luz, ha brillado á mi vista una nueva y súbita luz, que me ha mostrado mi nada y mi miseria. He comprendido, he sentido misterios desconocidos, cuya sublimitad me ha aterrado. Una voz me ha hablado. ¡Oh! ¡Saphan! ¡si conocieses tú tambien el don de Dios!—¿Que quieres decirme? Estas palabras son para mí incomprendibles. Y Saphan arrojaba sobre la jóven miradas de acriminacion, acompañadas de un desdén profundo. Parecía decirle: ¡Así es como pagas todos los sacrificios que por ti he hecho?

Pocos hombres saben cumplirlos, sin echarlos menos al momento, pues no acostumbran hacerlos sino á sus pasiones, siempre prontas en transformarse en pasiones contrarias. Saphan se habia dejado sorprender por cariñosas palabras de una muger bella y apasionada. Habíase abandonado sin defensa á sus seductoras gracias. Subyugado por sus encantos, nada le habia costado la resolucion de romper por ella todos los lazos que unen á los hombres entre sí. Todo lo habia roto bruscamente y sin pensar, á fin de seguir sin trabas sus inclinaciones. Mas ahora que sospecha de su constancia, ahora quizás que habia destruido todos los obstáculos que entre los dos se levantaban, su pensamiento le ofrecia de nuevo las imágenes que se habia en vano esforzado á rechazar. Cuando he como un sacrificio de nuestras mas queridas é inocentes afecciones para ponerlas á los pies de un ídolo que creemos nos aparta de sí, sentimos el mayor tormento que puede devorar el alma del hombre. Saphan veia en aquel momento su anciana madre llorando y dándole el último adiós, su padre enfermo y agobiado de pesares, y sus hermanos, fieles á las antiguas costumbres, seguirle con severa mirada cuando les habia dicho adios. Volvía á ver tambien su prometida esposa, la bella y

encantadora Idida, que ocultaba sus lágrimas bajo el velo cuando él se habia alejado.

Sin el saberlo, habia traído á Sichar un corazon irresoluto con imágenes de una pura felicidad, y recuerdos y remordimientos que él queria olvidar entre los fuegos de una pasion ardiente. ¡Ay! un corazon que vé de lejos las lumbres divinas, encierra muchas miserias secretas: lleva en sus propios sentimientos una debilidad innata, una llaga que le corroe y que se los hace incompletos: desea y teme, llama y rechaza, quiere y no quiere, y no se adhiere por fin sino á lo que le escapa.

Sarai vió en una sola mirada todo lo que pasaba en el corazon de Saphan; pues se sentia doblemente iluminada por el amor y por el dolor.—¡Oh Saphan! exclamó llorando con amargura; ¿por qué no te resististe tú, cuando, loca de mí, te exijia tan grandes sacrificios? ¡Ay! yo creía pagártelos con toda una vida llena de amor y de adhesion, por toda una existencia consagrada á ti, pues yo te amo como nunca jamás se ha amado.—Si tú me amases....—¡Oh mi Dios! Si, yo te amo.... Mas, continuó bajando los ojos llenos de lágrimas, el Cristo, el Salvador ha bajado en Sichar; nos ha hecho oír su palabra divina, y su voz ha removido mi alma hasta lo mas profundo de ella.

Saphan sonrió de un modo extraño.

Tú ya no me crees, repuso Sarai, como agobiada por un grande peso. He perdido el derecho de persuadirte. ¿No le hubieras tenido yo sino para tu perdicion? ¡Ah! ¿por qué no te hallabas tú aquí? ¡Fatal viaje! ¿Por qué me dejaste? Tú hubieras visto y tú hubieras sentido como nosotros el poder irresistible que ejerce. El ha hablado y todo ha enmudecido para escucharle. Ha curado á aquellos que sufrían de algunos males á de alguna languidez, y su limpida mirada penetraba hasta el fondo de las conciencias, y las turbaba como un rayo del sol turba el agua á la que á un tiempo calienta é ilumina.

Y bien, dijo Saphan en acento brusco, ¿á dónde nos conducirá este discurso?—Pues bien, replicó Sarai con una voz débil, pero asegurada por una sincera conviccion, he reconocido mi culpa, y de ella me he arrepentido.—¿Con quién? exclamó Saphan en tono de un profundo desprecio.

Los lágrimas saltaron de los ojos de Sarai á este insulto inesperado.

—Tú no me crees, respondió ella con desolada voz. ¡Ah! bien merecido lo tengo. El terrible castigo de una conducta insensata, es el no poder inspirar mas la confianza. ¿Qué os diré yo ahora? si vos no poneis el menor crédito á mis palabras. Vamos á encontrar á Eliezer: sus sencillos discursos te convencerán quizás. Pero vedle, que llega ya.

En efecto, un anciano, inclinado bajo el peso de los años, llegaba de

los campos de donde sin duda durante el día había vigilado algunos trabajos. Era Eliezer tío de Sarai, y padre de los jóvenes que sucesivamente habían muerto despues de tomarla por esposa. Eliezer era un anciano entendido, sencillo en sus palabras, y cuyas acciones habían sido todas buenas delante de Dios. Sus canas eran por todos respetadas, porque la experiencia consumada es la corona de los viejos, y su gloria consiste en el temor de Dios.

Saphan, hijo mio, seas bien venido, dijo al joven, alargándole su roga su mano. Levántose éste por respeto á la vejez, siguiendo aquel precepto de la Escritura: "Levántate delante de aquellos que tienen cabellos blancos: honra la persona del anciano." Pero no respondió. Este afectuoso acogimiento no dejó de sorprenderle, y le dió alguna escocor en el corazón: porque Eliezer, sabiendo que un hijo de Israel no podía ser esposo de una samaritana, había vituperado fuertemente sus relaciones con su sobrina. Bondades hay que hacen presentir la desgracia.

—Pueda vuestro regreso volver la paz á Sarai! continuó el viejo: ocho días hace que no sabe sino llorar, y sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas.

—¿Y sin duda conoceréis la causa de tan profundo pesar? dijo en amargo tono el joven hebreo.—¡Ah! la causa, dice Eliezer, sentándose sobre una tarima junto á Sarai, la causa de esta pena es y será la alegría de muchos. Ella produce la mia, sí, la de mi alegría; yo, que estaba sobrecojido en los terrores de una muerte inevitablemente próxima, y que flotaba en un océano de dudas y de obscuridad.....

El joven hebreo escuchaba, y la sorpresa le dejó sin palabra.

Saphan, vos sois joven todavia, y el orgullo de la vida y la fuerza de un largo porvenir que se despliega á vuestros ojos como un horizonte lejano, harán tal vez que no prestéis mucha atención á las cosas que voy á decir. Pero no importa, escuchad.

Y el anciano bajó la cabeza, y como si recojiese todas sus fuerzas por algunos instantes, continuó así:

—Un hombre ha parecido entre nosotros, y su boca enseñaba la sabiduría. La gracia divina y la fuerza fluían de sus labios, como cae el rocío por la mañana sobre la tierra; y ha derramado la luz sobre cuantos le han escuchado con recto y sincero corazón. A Sarai debemos su venida. Bendita sea ella para siempre! añadió, arrojando sobre la bella Samaritana mirada un benévola y paternal.

Bien sabéis, continuó, que ella y yo hemos sufrido juntos muchos pesares, y yo la acusaba alguna vez de haberlas olvidado demasiado pronto en un nuevo amor... Mas si he sufrido mucho por ella, por ella tam-

bien me ha venido el consuelo. ¡Bendita sea! ¡Por ella, Saphan, se ha levantado de repente delante de mi la esperanza de una á otra vida en el sepulcro! Se han disipado ya mis terrores, y se han aclarado las tinieblas que me llenaban de horror. La vejez, hijo mio, no es ya para mí aquel mal débil y pesado que conduce á la muerte. Es el camino áspero y duro de la verdad; pero iluminado por un rayo del porvenir que conduce hácia una vida imperecedera. ¡Oh hija mia! bendita seas en el tiempo y para siempre!

Saphan estaba mirando á Eliezer que, perdido en sus pensamientos, parecia penetrado hácia Sarai de un inesfable reconocimiento. El joven hebreo no comprendía sus discursos. Y despues de un corto silencio, volvió á seguir Eliezer:

Habrán pasado poco mas de ocho días, porque era sobre el fin de la luna que acaba de renovarse, que mi hija habia salido de la ciudad á la sexta hora del dia, para ir, segun ella me contó despues, á sacar agua sobre la pendiente de la montaña, en la fuente de Jacob. Un hombre, cuyo nombre bendiga para siempre el universo, un hombre, digo, estaba sentado junto al márgen. Parecia fatigado, y descansaba á la sombra de las palmeras. En su modo de vestir fácil era reconocer su nacion... Era un judío; su aire era sosegado y majestuoso, y con solo versu noble serenidad, venían vivos deseos de postrarse á su presencia. Esto era á lo menos lo que Sarai nos dijo haber sentido, y despues lo he experimentado yo mismo.

El anciano se interrumpió por un momento, pues parecia estar vivamente conmovido por sus recuerdos. Sarai, sentada entre Saphan y él, jugó por dos veces sus ojos con la punta del velo con que ocultaba su semblante. Eliezer continuó:

Cuando mi hija se acercó á la fuente, el extranjero le pidió con un acento lleno de dulzura que le diese de beber. Sorprendida Sarai por la confianza que le manifestaba, pues ya sabéis que odio divide nuestras dos naciones, respondió: "Señor, ¿cómo vos que sois judío, me pedis de beber á mí, que soy samaritana? Los judios no tienen comercio con los samaritanos."

Entonces él respondió, y esta respuesta conmovió hondamente el corazón de mi hija: "Si vos conociésteis el don de Dios, y si vos supiésteis el que os dice: dadme de beber, vos misma tal vez se lo hubiésteis pedido, y él os daría agua viva."

—¿Qué quiere decir esto? interrumpió Saphan, ¿tenia, pues, este hombre, siendo viajero, un vaso bastante grande para sacar agua en el pozo de Jacob? Es de una profundidad considerable, y es preciso saberlo abrir.

—Esto mismo es lo que le hice notar, dijo á su turno Sarai, y le respondí con sorpresa: “Señor, si no tenéis nada con qué sacar agua, y el pozo es tan profundo, ¿de dónde hubierais sacado agua viva? ¿Sois vos mas grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, de cuya agua bebió él mismo, y tambien sus hijos y sus rebaños?” Pero él me respondió:

“Cualquiera que beba esta agua, tendrá sed todavía; pero el que bebiere de la que yo daré, sentirá su sed apagada, y el agua que yo le diere se convertirá para él en un manantial, que surgirá hasta en la vida eterna.”

Y Sarai quedó pensativa, como si esta voz y estas palabras resonasen todavía en sus oídos.

El anciano, bajando la voz y dirigiendo su palabra á Saphan que permanecía inmóvil con aquella relacion, dijo:

—Sarai se sentía turbada en su interior, y le dijo con una especie de movimiento involuntario:

“¿Señor, dadme de esta agua, á fin de que no tenga mas sed, ni haya de venir mas aquí para sacarla!”

Y añadió el viejo en acento aun mas bajo:

—Y el extranjero le dijo entonces: “Id, llamada á vuestro esposo, y volved aquí.”

Sarai, que parecia absorta en profundas reflexiones, seguia con atento oído cada una de las palabras de Eliezer, y exclamó de repente:

—Sí, Saphan, el Señor me ha dicho que te llamase, y aun cuando debiese costarme la felicidad y el gozo de mi vida, yo te llamaré con todas las voces de mi corazón, hasta el día en que me respondas: ¿Aquí me tienes!

Mas, siguió ella, ocultando su rostro entre sus manos, y sus lágrimas corrían al través de sus hermosos dedos, me fué preciso decirle la verdad, y se la confesé con vergüenza y rubor. “Yo no tengo esposo,” le dije, y él me replicó: “Con razon decís que no tenéis esposo: pues habeis tenido cinco, y éste no es vuestro esposo!” y la voz del que así me hablaba, continuó la joven de Samaria cubierta de confusión, era una voz llena de una increpacion compasiva, y sus palabras resonaban hondamente toda mi alma. Y yo exclamé como perdida:

“Señor, yo veo bien que vos sois un profeta.” Y quedé como anonadada delante de él.

Entonces pronunció algunas palabras sublimes, cuyo sentido era en demasía encumbrado para mi débil inteligencia. Abismada estaba de estu-

por por las revelaciones que acababa de hacerme acerca mi vida pasada, y sobre los lazos que nos unian, Saphan.

Sin embargo, me esforcé para recobrar mis sentidos á fin de no perder sus palabras, y aun le oí decir: “Dios es espíritu y vida, y es preciso que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.”

Saphan miraba al anciano como para pedirle la esplicacion de las elevadas doctrinas que él no comprendía; pero Eliezer parecia perderse abismado en sus pensamientos: sus ojos, levantados al cielo, indicaban de qué naturaleza eran sus reflexiones. Sarai continuó:

—Yo me atreví á decirle balbuceando: “Sé que presto debe venir el Cristo ó el Mesías. Cuando habrá venido, anunciará todas las cosas.” Pero, Saphan, él me respondió, y mi corazón se estreñeció al pensarlo, y mi boca osa apenas repetirle: “Soy yo mismo, yo que te estoy hablando.”

Saphan y el anciano se miraron, sintieron como helarse la sangre de sus venas. Sarai continuó: A estas palabras huf como azorada y al mismo tiempo arrobada de alegría. Dejé allí mi cántaro y vine aquí corriendo y jadeando, y diciendo á cuantos encontraba por el camino: “Venid á ver un hombre que me ha dicho todo lo que he obrado. ¿Es el Cristo, el Mesías?”

—¿Y qué hicieron los que tú llamabas? dijo Saphan, ¿dieron crédito tan fácilmente á tus palabras?—Sarai no respondió: fué Eliezer, y dijo:

—Un grande número de habitantes de Sichar, y yo con ellos, salimos presurosos de la ciudad, y fuimos á su encuentro. Decíamos al salir: ¿si nos habrá esperado? y nos dábamos mas prisa. Estaba todavía sobre la montaña, rodeado de sus discípulos.

Al verle, nos detuvimos á cierta distancia, sin atrevernos á pasar adelante.

El sol le bañaba con su luz; pero él pareció brillar con rayos interiores, mas relucientes que todos los resplandores del cielo: nuestros ojos quedaron deslumbrados de su presencia.

De lejos le oímos conversar con sus discípulos. Ellos le suplicaban que tomase el alimento que le habían traído. Pero él les respondía con imponente gravedad: “He de tomar otro alimento que vosotros no conocéis.” Y como sus discípulos dijiesen entre sí: “¿Alguno quizá le habrá traído qué comer?” repuso él: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado, y cumplir su obra.” Pero viendo su sorpresa, continuó: “No decís vosotros, ¿dentro de cuatro meses vendrá la siega? Ahora os digo yo: levantaos y mirad los campos que blanquean ya y están para segarse. El que siegue recibirá su salario, y recojerá frutos

para la vida eterna, para que tan contento quede el que siembra como el que recoge las mieses."

—¿Qué quería decir con esto, exclamó Saphan, y de qué siega quería hablar? No comprendo yo estas figuras.

—En nuestras almas es en donde siembra sus palabras, y para el cielo es sin duda donde quiere recoger el fruto! respondió el viejo samaritano. ¿Que no estuviérais vos allí, Saphan! Los que le han oído han creído en él, porque el poder y la persuasión fluían de sus labios con abundancia.—¿Permaneció mucho tiempo en Sichar?—Dos días estuvo entre nosotros. Durante este tiempo, su palabra divina ha germinado en nuestras almas, y la mitad del pueblo cree en él. Y no por lo que nos ha dicho Sarai, sino que le hemos oído por nosotros mismos, y sabemos que es el Salvador del mundo.

—¿Saphan! el Señor me dijo que te llamase; ¡oh! ¡no te hagas sordo á su voz!

—Su voz no ha llegado á mis oídos, respondió el joven, y lo que me dicen un viejo crédulo y una mujer que fácilmente se agita, no puede conmoverme. Además, añadió, como procurando afirmarse en su incredulidad, ¿cómo de otra parte el Cristo prometido á los verdaderos hijos de Israel hubiera por tanto tiempo conversado con samaritanos, cuyo culto es para nosotros abominable?

Repuso Sarai:—Me olvidaba decirte aún, tanta es mi turbación, que para salir de las dudas que tú has hecho nacer en mi espíritu respecto á nuestro culto y nuestra creencia, dije con timidez al Señor: "Nuestros padres, sobre esta montaña en que nos hallamos, han adorado, y los de vuestra nación nos dicen que en Jerusalem es donde se debe adorar."

—¿Y qué respondió él? dijo Saphan con más interés ó curiosidad de la que había hasta entonces manifestado.

—Me ha respondido: "Greeme, mujer, presto vá á venir el tiempo en que vosotros no adorareis al Padre, ni en esta montaña, ni en Jerusalem: vosotros adorais lo que no conoceis; pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judios."

—¿Esto dijo? murmuró Saphan, en cuyo pecho los estravíos de la juventud habían debilitado pero no del todo estinguido la fe de sus padres: él ha dicho la verdad, la salud del mundo debe salir de en medio del pueblo escogido de Dios.

—Tambien nos ha dicho, prosiguió Eliezer: "No creais que yo haya venido para abolir la ley y los profetas. No vine para abolirlos, sino para cumplirlos."

—Y bien, ¿qué manda él, por último?—Manda dejarlo todo para se-

guirle: manda vivir según los pensamientos elevados del espíritu, y no según los deseos insensatos de la tierra. Manda la dulzura y el perdón de las ofensas, quiere el desasimiento de las riquezas, y dice: "Dad al que os pide, y no volvais el rostro al que quiere pedirlo prestado. No pidais vuestros bienes al que os los quite. Perdonad y seréis perdonados. En fin, lo que querais hagan los hombres por vosotros, hacédo tambien por ellos. Esta es la ley y los profetas."

—¡Oh ley de amor y de mansedumbre infinita! exclamó el anciano en un raptó de piadosa gratitud, ¡ojalá no tardes en reinar sobre el mundo y derramar donde quiera tus benignas influencias!

Saphan escuchaba con una gran sorpresa. Por momentos su espíritu parecía interesarse en estas cosas tan nuevas para él (pues los recientes rumores de la venida del Mesías no habían llegado aún á sus oídos), pero por momentos tambien meneaba su cabeza y se atrincheraba en su incredulidad.

Siguió Eliezer diciendo:—Tambien nos dijo el Salvador: "Sabrás que se ha dicho: amarás á tu prójimo, aborrecerás á tu enemigo, yo, empero, os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen; rogad por los que os persiguen, y por aquellos que os calumnian."

Saphan hizo un ademán de conmoción profunda. Eliezer reparó su movimiento, y continuó:—El Salvador añadía con una mansedumbre que se comunicaba al alma, llevando á ella su dulzura y su paz: "¿Vuestro Padre celestial no hace levantar el sol para los buenos y para los malos, y no hace caer su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores?"

Y exclamó Sarai con un acento penetrante:—¿No acaba de caer su palabra divina sobre una pecadora indigna de oírlo? ¡Oh tú, Saphan! tú nacido en Jerusalem, hijo de la promesa, ¿no te dejarás llevar por el llamamiento del Mesías, cuando nosotros, malditos por tu pueblo, rechazados por la ley, nos hemos levantado de nuestra abyección para seguirle?

Mas Saphan permanecía inquieto ó indeciso. Y de repente, para hacer vacilar las resoluciones de la joven Samaritana, dijo:—Sarai, el día en que resuelva yo someterme á esa nueva ley de que acabas de hablarme, ó tan sólo á seguir la ley severa de mis progenitores, es menester que renuncie á tu amor, que vuelva á mi padre, y que le diga: Dame ahora la esposa que me habias prometido.

—Ya lo sé, dijo Sarai, y las lágrimas cubrieron su semblante; harto sé ¡ay! que habrán de romperse nuestros lazos... Pero á ti á lo menos, tu padre, tu madre, tu familia, te acogerán con gozo... Tú hallarás tal vez la felicidad en una union pura y santa, añadió redoblando sus lágrimas.

mas y sollozos. . . Los males no serian sino para mí, que quedaré sola y desolada. Pero yo confío que no me faltará valor, y como el Señor vé mi miseria, tendrá piedad de su pobre sierva, y acortará la duracion de sus penas en gracia de su sumision.

—No, Sarai, exclamó Saphan, vuelto á toda su ternura hácia aquella muger á quien habia amado mucho, y cuyas lágrimas atestiguaban el amor que ella le tenia, no, no, creame, deja á otro lado estos pensamientos demasiado elevados para tu espíritu y severos en demasia para mi juventud. Enjuga tus lágrimas: ¡olvidémoslo todo, y el tiempo que haye, y los que pueden vituperarnos, y nosotros mismos! La vida es corta, y es preciso emplearla segun nuestros corazon y nuestros deseos. Adios por hoy; haz que mañana tu rostro resplandezca como la nueva aurora, y el júbilo renacerá en nuestros corazones, como repaca cada mañana sobre toda la superficie de la tierra.

Y habiéndose levantado Saphan, se alejó para romper con una conversacion que le hacia en el fondo del alma, y dejaba su corazon descontento á despecho de sí mismo, porque la verdad jamás se muestra del todo en vano, y su vista perturba á lo menos á los que no ilustra enteramente.

Eliezer, al verle partir, le siguió con la vista, y dijo á Sarai:—¡Valor, hija mia! la dicha, si es que la haya en la tierra, consiste en el cumplimiento de los deberes mas que en el cumplimiento de los deseos.

¿Pero la vejez se habrá olvidado tanto de lo pasado, que ya ni aun sepa lo que la juventud llama felicidad, cuando ella puede tambien muchas veces enganarse en este punto? El deber es inflexible como él mismo: es de hierro, y rompe y desgarrá el corazon como la muerte. Fuerza es aprender á cumplirlo en todo su rigor, pero sin esperar que se nos convierta en un placer. Así lo sentia Sarai y lloraba abundantemente. Delante de Saphan habia contenido su dolor, pero ahora la jóven muger se desahucia en sollozos.

—¡Reguémos! exclamó, Dios dá indudablemente á su criatura las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los sacrificios que le impone. Pidámosle sus gracias que dan la fuerza: por mí sola, barto lo conozco, no puedo hacer mas que gemir.

¿Cuánta es la incertid de los deseos humanos, y cuán poco sabe el hombre lo mismo que quiere!

Cerremos los ojos á la luz, dice el impio; y con todo, abre sus ojos, y la luz los inunda. Regocijémonos, ha dicho el insensato en su corazon: y mientras se esfuerza en hartarse de gozo, su alma cae de repente sumerjida en una tristeza inmensa. . . Si, las bondades inconstantes del mar, las nubes que corren atravesando el cielo, ó el follaje sacudido por la

tempestad son menos fluctuantes aún que el corazon del hombre. Así lo experimentaba Saphan.

El jóven hebreo habia regresado á Sicbar descontento, vuelto el pensamiento, sin él advertirlo, hácia lo que habia dejado, pronto á desear la muger por la cual habia abandonado su país y todos los suyos, dispuesto á acusarla por la menor sospecha, para escusarse tal vez á sí mismo sus recuerdos.

Pero su vista, su belleza, su dolor, el deseo que habia manifestado de romper los lazos frágiles que los unian, todo habia reanimado su amor. El la amaba ahora perdidamente; y despues, cuando él abandonaba su alma á este amor, la doctrina severa, pero tan sublime y elevada de aquel á quien llamaban el Mesías, los remordimientos de la misma á quien amaba, los remordimientos asaz poderosos para combatir su ternura, las palabras de Eliezer, aquella voz secreta que habia en el fondo del corazon, y que siempre protesta dentro de nosotros contra las pasiones desatregadas, todo se mancomunaba para introducir la turbacion en su espíritu, y su alma flotaba en un océano de dudas y de incertidumbres.

—¡Oh Dios mio! ¡en solo vos se encuentra el reposo!

Dos dias han transcurrido, durante los cuales Saphan y Sarai no se han hablado, ni se han vuelto á ver. Saphan anda errante por el campo: tan presto busca á Sarai en los lugares donde muchas veces poco hace la encontraba, en las llanuras ó debajo las palmeras de la fuente de Jacob: tan presto se hunde en la sombra de la montaña, al través de ásperos senderos, conversando consigo mismo acerca las palabra que ha recojido de la boca del anciano y de su hija; pero despues, cansado muy pronto del esfuerzo de su espíritu confuso, busca de nuevo á aquella, por cuyo amor dejaría aun otra vez lo que ha dejado ya, y que parece huir obstinadamente de él.

Sarai, empero, ha pasado la noche en las lágrimas y en la plegaria, pidiendo á aquel de quien viene todo don perfecto, que la illustre y haga descender en ella su fuerza y su socorro.

Despues de haber derramado todos sus llantos, despues de haber dispuesto sus humildes súplicas á los pies del Eterno, levántase la jóven de mañana, llama á un criado fiel, le hace tomar sandalias, un nudoso palo, le habla largo rato en secreto, y le hace partir antes de la aurora, diciéndole:—Id, Micas, informaos con exactitud, y venid á decirme en qué lugar podremos encontrarle.

Y luego de haber partido el mensajero, se hince de rodillas y ruega

aún largo rato. Y al levantarse, lava su cara para borrar las trazas de su llanto, y sale al encuentro del joven hebreo.

—Saphan, Dios nos separa, le dice con una voz que prueba emitir con entereza y tiembla á pesar de sus esfuerzos, mi vida ha sido siempre desgraciada. Cinco hermanos quisieron uno tras otros enlazar su suerte con la mía, siguiendo la costumbre de enlazarse el hermano con la viuda de su hermano para darle sucesores. Todos cinco perecieron de una muerte imprevista y violenta, el uno por el fuego del cielo, el otro en medio de las aguas, otro en la última guerra. . . . Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Faniel, el último de mis esposas, me había dejado, murió también en mis brazos. . . . Y ¿quién lo creyera? tantos dolores no han aún fatigado mi alma; y cuando Eliezer, á quien los mismos judíos han llamado el buen samaritano, te condujo á nuestra habitación, cubierto de heridas que te habían hecho unos ladrones en los desfiladeros de nuestras montañas, mi alma voló toda entera hácia tí. Después de larga solicitud y cuidados, cuando pudiste verme, tuve la debilidad de comunicarte mi ternura, y á pesar de lo que disgusta á tus compatriotas una mujer de Samaria, tuve el arte ó la felicidad de hacerme amar de tí. . . . Yo te amaba tanto!

Detúvose aquí, porque el llanto la sofocaba. En vano procuraba enjugar repetidas veces sus lágrimas con su velo, pues no podían agotarse.

—Y bien, y bien, exclamó Saphan, si fué una falta el amarse, ¿ésta nos es común! y cuando cerca de tí suspiro. . . cuando te veo en tu gracia y en tu hermosura, no puedo arrepentirme de haberte amado.

—Pues me arrepiento, dijo Sarai al través de su llanto.

—Tú te arrepientes, respondió Saphan en tono apesadumbrado. ¿Entonces tú ya no me amas?

—Me arrepiento y te amo, Saphan. . . . ¡Oh! si tú conocieses el don de Dios!

—¿Mas cuál es ese don de Dios, que viene á destrozar los corazones?

—Es el de amarle ante todo y sobre todo, y con todo el amor. Es esperar su reino y guardar su ley. Es en fin, Saphan, llorar sobre las faltas de una vida culpable, y arrancarse el corazón, si es necesario, para no cometer más en lo sucesivo.

Saphan miró á Sarai con ojo inquieto y receloso, y le dijo:

—Yo no creo en tu arrepentimiento ni en tus finjidos dolores. . . . Eres demasiado joven aún para pensar en la penitencia. . . y tu alma es demasiado ardiente para desasirse de todo amor. . . . Lo que yo creo es, continuó, que tu corazón ha cambiado durante mi ausencia; que otro ha sabido agradarte, y que tú quieres abandonarme. . . . Puedes hacerlo,

Sarai, porque no te une conmigo ningún lazo. Las leyes de tu país, y más aún las del mío, que condenan tu culto, se opondrían entre nosotros á una unión legítima. Mas antes de seguir tus nuevas inclinaciones, quiero que á lo menos sepas bien lo que haces, y cuál será mi suerte. ¡Escúchame!

Y respiró con fatiga, pues su pecho estaba violentamente oprimido. Y continuó:

—Mi padre y mi madre, después de haber apurado sus inútiles esfuerzos para doblar mi resolución de dejarlo todo por tí, me han desterrado de su venerable presencia. . . .

Delante de mí repartieron sus bienes entre mis hermanos, y me desheredaron. ¡Ay! y si no pronunciaron contra mí cabeza la maldición de los hijos rebeldes, fué porque Idida, la esposa que ellos habían escogido, se arrojó entre ellos y yo, y les pidió mi perdón.

—¡Saphan! ¡Y por mi arrostrabas tantos infelicitos! ¡Oh! ¡que Dios haya piedad de nosotros!

—El recuerdo de tí me había armado contra todo lo que se oponía á nuestro amor. Yo era fuerte: yo tenía un valor que rayaba en fiera. y para venir aquí á vivir de tu cara presencia, yo abandonaba amigos, padres, patria.

En tanto, siguió él, llegué aquí con el corazón desgarrado por todos los dolores que acababa de causar y por todos los que ha sentido, ¿y qué encontré á mi regreso? Sarai, Sarai, yo he venido á tí con todo el fuego de mi juventud, y ardiendo en esperanzas. ¿Qué has hecho tú de mi vida? ¿Qué has hecho del porvenir que brillaba poco hace delante de mis ojos? Todo se ha hundido en tus caprichos, todo lo has devorado. . . y ahora tú me abandonas. . . . ¡Ay! ¡ay de mí!

—¡Oh! no hables así! ¡Dios mío! ¡Dios mío! . . . que no pueda darte yo mi vida, mi sangre, para indemnizarte de tantas penas, de tantos sacrificios de que soy la causa! Pues yo te amo más que la vida, más que la luz de mis ojos. Pero ¡ah! . . . ¡ah! no puedo amarte más que al Dios poderoso y bueno que te llama, que nos quiere al uno y al otro á su lado, y que por algunos instantes de dolores, sufridos sobre la tierra, nos promete toda una eternidad pasada junto á él en goces. . . de los cuales apenas puede darnos una débil idea la inmensidad de nuestras penas. Saphan, Saphan, tú fuiste fuerte delante de tus padres por el amor de tu pobre Sarai. ¡Oh amado de mi alma! yo seré fuerte contra tí por el amor que te tengo. Porque quiero que tu alma tan fuerte y tan bella conozca y adore al Dios de todo amor, de todo poder y de toda belleza.

—Saraí, tus labios son elocuentes, esclama Saphan, mirándola con cierto pasmo de júbilo: pero son demasiado bellos para enseñar otra cosa que el amor. Escúchame, nuestro es el porvenir: algún día, entre los hielos de la vejez, nos acordaremos de estos discursos: pero hoy, si es verdad que tú me amas siempre, si es verdad que ningún otro amor ha venido á desterrarme de tu corazón, querida mía, no pensemos sino en el placer; no pensemos sino en la dicha de vivir, el uno para el otro: y Saphan se acercaba á ella como transportado.

—Dios nos separa, dijo Saraí, apartándole suavemente.

—No, no Saraí, si tú me amas, no te dejaré mas. . . . lo juro.

—¡Oh Dios mío! exclamó Saraí, levantando al cielo sus ojos henchidos de llanto, no era bastante, pues, el tener que romper mi corazón solo. . . . ¡fuerza es también estrellar el suyo! . . . ¡Perdon, mi Dios, ó hacedme mas fuerte!

Y Saraí, escapando de Saphan, huyó desolada para ir á llorar lejos de aquel cuya presencia y cuyas palabras podían ser demasiado poderosas contra sus nuevas resoluciones.

Entretanto volvió el criado.—El ha tomado el camino de la Galilea, dijo á Saraí, y su tránsito queda señalado por prodigios, que esparcen el pasmo y la admiración entre los pueblos.

—Loado sea el Señor, y él te recompense por tu diligencia y por tu celo, dijo Saraí. Pero la palidez se derramó sobre su semblante: sin embargo, fué con Eliezer á encontrar á Saphan, de quien huía desde su última entrevista.

—Saphan, dijo al joven hebreo, antes de renovar penosos debates, vengo á pedirte una gracia, contando que no la denegaréis á mis súplicas. Bajemos los tres juntos á Galilea, hasta encontrar al Salvador.

Saphan pareció sorprendido y no respondió.

—El os ha llamado, Saphan, continuó la joven con valor; y si sus palabras han perdido su poder, pasando por los labios de una infeliz pecadora como yo, su voz que quebranta todos los corazones, no dejará de conmover y de cambiar el vuestro, cuando resuene en vuestros oídos. Partamos pues.

—Saphan parecía estar incierto: dijo, no obstante:

—Consiento en ir, si tú quieres prometerme que no me echarás lejos de ti cuando estaremos de vuelta.

Saraí vaciló, y no dió respuesta, porque temía el efecto de sus palabras. Eliezer fué el que dijo:

Partamos de todos modos, hijos míos: y en la vuelta se hará conforme sea la voluntad de aquel que tiene todos los corazones en su mano.

Pensó Saphan que á lo menos durante el viaje no podría huir de él la bella Samaritana, y consintió en la marcha.

Y decía Saraí dentro de sí misma.

—Do aquí en adelante no seré sino de Dios solo: dignese haber piedad de mi flaqueza y enviarme su fuerza!

El día siguiente, al apuntar la aurora, parten los dos acompañados del viejo Eliezer que deseaba oír una vez mas la palabra del Salvador.

Micás conducía el carro tirado por dos robustas pollinas, y siguieron los mismos caminos que había andado el Hombre Dios; y por todas partes, en cada aldea y en cada pueblo encontraban gentes reunidas y que pasmada conversaban acerca las maravillas que acababan de presenciar con sus propios ojos. Decían:

—Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y cosas nuevas y maravillosas se preparan para nosotros y para nuestros hijos. Esperemos: la luz del mundo se eleva en Israel.

Otros, mas allá decían:

—¿Quién lo creyera? este hombre tan santo, cuyos preceptos son la misma santidad, se ha detenido en conversar con pecadores, y con mujeres, cuya vida no es la mas pura; ¿qué pensar de él?

Y Saraí bajaba su velo sobre su frente, y lloraba, y se decía: ¡Oh! si él no hablase á los pecadores, si no hiciera reducir su bondad en las tinieblas del espíritu del culpado, ¿á dónde sería yo hoy? ¡yo pobre pecadora, indigna de levantar hasta él los ojos!

Los viajeros continuaban su camino; Eliezer y Saraí, dando gracias á Dios de sus misericordias, y Saphan escuchando á todos y á cada uno en silencio, y sumido en un abismo de reflexiones, cuya profundidad solo hubiera podido sondear el que hizo el corazón del hombre.

A la tercera jornada, llegaron á un pequeño pueblo de la Galilea, que el Salvador había dejado la víspera: la multitud estaba apiñada todavía en las calles y sendas, conmovida, y refiriendo con una admiración mezclada de terror y de amor, sus milagros y su bondad divina. Había curado al hijo de un centurion que estaba para morir. Había tambien curado la madre de Simón, uno de sus discípulos, y otros muchos enfermos ó estropeados, que se mostraban al pueblo como pruebas vivientes de un poder sobrenatural. Este había sido librado de sus dolencias, aquel de sus pecados. Todos cantaban con regocijo las alabanzas de Dios; los unos por haber recobrado la salud de su cuerpo débil, los otros por haber alcanzado la paz, aquella paz que viene de Dios, y con cuya dulzura no hay cosa que sea comparable.

Preguntaba Sarai á cuántos encontraba, y lo que de ellos oía, llenaba su alma de un ianenso respeto.

—Saphan, dice ella, ¿no sentis un temblor sobre vos? En cuanto á mí, no sé lo que me sucede; pero parece que el aire mismo se coomueve, que la naturaleza entera se halla como entenebrida por la presencia del Señor. Una vez, en los primeros y hermosos dias de mi juventud, ví las orillas del mar, y una nave que se alejaba del puerto, dejando un argentado sulco sobre las móviles ondas. Pues bien, pareceme que Jesu-sa ha dejado su suavísimo vestigio en la atmósfera que nos rodea: el aire undula de amor en torno nuestro, y hace vibrar en mi seno todas las cuerdas de mi corazón.

Saphan no respondió, y su semblante se iba poniendo mas sombrío á ese transporte de Sarai, que hacía traslucir siempre los mismos pensamientos.

Eliezer, sentado entre los dos sobre una espesa gavilla de mieses, dijo al jóven:

—Hijo mio, ¿cómo Sarai, tan viva siempre, en todas sus emociones, no sentiria lo que siento, cuando mis huesos ya viejos se han estremeado desde que ví á aquel cuya venida ha transformado la faz del mundo?

Saphan no respondia, y estuvo callado tenazmente por largos dias, hasta que de repente exclamó:

—Mas ¿cómo un anciano sabio y experimentado cual vos, puede cegarse hasta el punto de creer, que este hombre oscuro y pobre, salido de padres oscuros y pobres como él, puede ser el Salvador prometido á Israel? ¿No sabéis vos que el Mesias prometido desde un principio á nuestros padres, ha de ser un príncipe fuerte y poderoso? ¿Lo habéis vos olvidado? El domará á los enemigos de su pueblo; los levantará de su abyección y de su miseria, romperá los hierros de que la han cargado sus opresores, y hará brillar con nueva gloria á la nación escogida. ¿En dónde está, pues, la corona, donde está el cetro de este indomable conquistador, dónde están sus guerreros, sus carros, sus corceles, sus ejércitos innumerables? ¿Cuántas batallas ha dado? ¿qué enemigos ha vencido para que nosotros proclamemos así su victoria?

—Verdad es que su poder no es aquel poder que en nuestro orgullo habíamos insensatamente esperado, dijo Eliezer. En mi ceguera, esperaba yo, como vos, un hombre poderoso y fuerte por la espada, y su fuerza no está en la espada. Es clemente, dulce, prescribe la paz como un hermoso precepto, y su sola vista la derrama y la inspira. Sus msnos están desarmadas, Saphan, convengo en ello; él es solo y sin dominacion

aparente, y no obstante, á su voz obedecen los vientos, las tempestades, la misma muerte. ¿Qué conquistador ejerció nunca un tal poder, y qué pensais que pueda ser un hombre á quien los vientos y la mar están sujetos?

Saphan se sintió pálido: sin embargo repuso aún con cierta fiereza:

—Aun cuando obrase el todas estas maravillas y muchas otras todavía, ¿qué nos importa á nosotros? ¿y qué alegría y qué goce pueden causarnos todas esas cosas?

—Bien se echa de ver, hijo mio, que la juventud y sus pasiones ardientes y tumultuosas han sofocado en tí los graves pensamientos. Pero si contases como yo noventa inviernos, y hubieses visto desaparecer uno tras otro todos los objetos de tus afeciones; si conocieras bien toda la inconstancia de las cosas de la vida, y su futilidad; si sobre todo vieses abierta delante de tí la tumba que el tiempo te habrá cavado lentamente, ¿ah!; hijo mio!; hijo mio! cómo bendijeras al que viene á decirte con una autoridad sostenida por innumerables milagros, que vá á comenzar para tí una vida nueva mas allá del sepulcro!

Sarai estrechó á Eliezer contra su seno, y exclamó:

—Ah, padre mio! esta vida nueva que hace vuestra esperanza, porque vuestra alma es pura y vuestra carrera sin tacha, ¡ah! ella hace para mí todo mi temor. ¿Que podré responder al supremo Juez, cuando me preguntará que hice de tantos dias que él me concedió? ¿Cómo he seguido yo aun esta misma ley incompleta, segun la cual será juzgada? Yo he vivido abandonada á todo el ímpetu de las pasiones que me arrastraban, destrozada por todas las horrascas del corazón, amando, sufriendo y gozando en un mundo de deseos y de afecion que no se referian á él. Cuando me pedirá lo que por él he hecho yo, á quien él habia criado, como todo otro ser humano, para servirle, ¿que le diré? ¡Oh! la vida, esta vida del porvenir me hace temblar.

—Espera, dijo el anciano, el arrepentimiento absuelve. ¿No nos ha dicho el Señor que hay mas alegría en el cielo por la vuelta de un pecador convertido, que por cien justos que perseveraron en la justicia?

Pero Sarai sentia su corazón lleno de agitaciones y de alarmas.

Despues de algunos dias de camino, los viajeros, sabiendo de una angosta garganta de montañas, por la cual serpenteaban desde la mañana, se hallaron al lado del lago de Genezareth. Detuvieronse, poseidos de una misteriosa admiracion, á la vista de aquellos lugares escogidos de toda la eteruidad para ser inundados de la palabra divina.

El dia tocaba ya á su declinacion, y los peñascos por los cuales acababan de bajar, proyectaban su sombra redondeada sobre la llanura que

se estendiendo hasta la orilla. Las ondas tranquilas reflejaban el azul sombrio del cielo, y parecian detener sus murmullos para no turbar la paz deliciosa de aquellos lugares. Todo estaba en apacible calma: todo era silencio, menos los ecos que recibian y repetian los acentos de una voz... ¿Qué voz! ¿Oh! ¿bendita sea!... Era la voz que anunciaba al mundo la grande, la buena nueva. Sarai la habia reconocido, y toda su sangre se retiró hácia su corazón.

A aquellos acentos que el viento de la tarde traía desde el mar, Saphan, hasta entonces insensible en apariencia á todo cuanto se le decia, se turbó, y procuraba indagar de qué parte venian aquellos sonidos que el aire parecia traer con amor, tan llenos y sonoros llegaban á sus oidos. Divisó entre los peñascos y el lago, una multitud apinada, y sobre las aguas un barquichuelo inmóvil que sostenia al que así hablaba: y las aguas, meciéndose suavemente, besaban sus plantas; las aves del cielo callaban: el viento detenia su soplo: los juncos floridos de la ribera dolábanse amorosos, y todos los ruidos enmudecian.

Eliezer quiso bajar á la llanura, y aproximarse al lago. Pero la multitud estaba agrupada en demasia, y el carro no pudo pasar mucho mas adelante.

Y la voz, una voz que bendice, que penetra en el fondo del corazón de cada uno, se hacia siempre oír, y las almas estaban irresistiblemente conmovidas como la naturaleza. ¿Oh! ¿quién no oyó alguna vez elevarse aquella voz en su corazón, y ha podido resistirla? Ella dona á los mas rebeldes.

Saphan ya no hablaba, ya nada veía; solo escuchaba; sí, escuchaba, y su pecho respiraba con fatiga, se sentia oprimido. Viendo que el carro, á pesar de todos los esfuerzos de Micas no podia avanzar mas, saltó de él, y dijo al anciano y á Sarai:

—Aguardadme aqui los dos! yo quiero penetrar hasta él y despues volveré.

—¡Vete, vete Saphan! tú ya no volverás. El que logra oír las palabras de Dios y recojerlas en su corazón, éste ya no vuelve, marcha, corre y no retrocede mas.

—¡Vé, vé, ah, dijo Sarai, y comprenda tu corazón lo que escucharán sus oídos! Y la ferviente neofita continuó en su corazón una ardiente plegaria en pro de aquel á quien amaba.

¡Aliento, Sarai, aliento! tu ruego va á ser atendido.

¡Ay! ¡pobres humanos! nosotros podemos ofrecerle todo, darle todo, renunciar á todo. Mas cuando es llegado el instante de abandonarlo todo, nuestras fuerzas flaquean, si Dios mismo no sostiene á su débil cria-

tura, porque la gracia es como el fuego del sacrificio, que consume á la vez la ofrenda y el altar.

El carro se acomodó contra la pared del peñasco, bajo la sombra de la montaña, y la voz se hacia siempre oír.

—Padre mio, escuchemos, dijo Sarai; hagamos que sus palabras nutran nuestro espíritu, como el maná que alimentaba en otro tiempo á los israelitas en el Desierto.

—¡Escuchemos, dijo el anciano, y puedan sus lecciones divinas germinar en nosotros hasta en la vida eterna!

Y desplegó suceivamente á los ojos de su pensamiento las mas sublimes verdades sobre el hombre, y sobre su pecado, y sobre sus elevados destinos, sobre su rescate, y sobre el precio con que seria pagado, y sobre la necesidad y las grandezas del sacrificio. Su alma entendia lo que su flaca inteligencia podia comprender, pues el decir que el alma entiende es lo mas bello que puede decirse de la fé, por cuanto ésta se halla en la base de la inteligencia humana. Y toda alma bien dispuesta y que quiere conocer, entiende con facilidad lo que no alcanza á penetrar la inteligencia humana cuando se presenta provenida con el aparato de su razon orgullosa.

Y los dos decian:

—¿Qué hicimos nosotros para merecer el haber nacido en este tiempo y oír estas palabras divinas, nosotros, los prevaricadores de la ley de Dios?

Y la voz decia:

“Yo he venido para los pecadores y no para aquellos que no tienen necesidad de penitencia. Venido he para salvar á judios y á gentiles.”

Y cada uno de sus pensamientos recibia así su respuesta, como si el Salvador no hubiese hablado sino con ellos, y su alma se alimentaba y se engrandecia. Y permanecian en una muda admiracion y adoracion, loando y bendiciendo al Eterno con un inmenso amor y con un infinito reconocimiento.

Y los cielos y todas las criaturas, elevando sus voces que hablan cuando todo calla, decian en medio de un arrobamiento divino:

¡Gloria á Dios!

¡Gloria á Dios sobre la tierra, y en lo mas alto de los cielos!

Entretanto el sol largo rato habia desaparecido, ya hundido detrás de las montañas. La voz de Cristo habia cesado de hacerse oír; la multitud feliz se habia dispersado, llevando consigo las palabras de salud que debian esparramarse por todo el universo. Saphan no parecia. ¿Qué se ha-

bra hecho de él? Las horas pasan; la noche avanza, y no le trae á los que le aguardan!

¡Oh Saphan! ¡Saphan!

El joven hebreo ha quedado solo en la orilla, sentado sobre una piedra que cayó de los peñascos vecinos. La luna se ha levantado, e ilumina su frente inquieta. El agua del lago, poco ha tan apacible, empieza á agitarse, y viene á bañar sus pies con sordos gemidos. La cima de los árboles de la ribera se doblaba al impulso de un viento borrascoso. Pero ni el ruido del viento en el folio, ni el de las olas, ni el sordo mugido de las aguas que se encrespan á lo lejos, nó, nada llega á sus oídos.

Su alma no está ya en él, sino que toda entera se halla en aquel á quien acaba de oír. Las palabras que resuenan siempre en su interior, alzan y calman á su vez todas las tormentas de su corazón.

Así había transcurrido ya la mitad de la noche. La tempestad arreciaba; Eliezer y Sarai, inquietos por su larga ausencia, bajaron de su carro, y se aventuraron á ir en su busca, divagando largo rato sin encontrarle. Al fin le descubren, con la cabeza oculta entre sus manos, y perdido en un tal abismo de ideas y de sentimientos tumultuosos, que varias veces le llamaron, sin poder lograr que los oyera.

Cuando por fin los vio cerca de sí, levantóse, vino á ellos, y arrojando se á sus pies, exclamó:

—¡Perdon Sarai!... perdóname el haber arrastrado tu juventud hasta el abismo en que los dos hemos caído. Perdona aun mas el haberte resistido miserablemente, cuando venias tú á llamarme á las altas verdades que demasiado tarde he conocido. Tu alma mas tierna y mejor que la mía, ha mas presto comprendido los misterios de amor y de mansedumbre admirables que contienen las doctrinas del Salvador. Bendita seas tú, Sarai, tú, á quien no me atrevo ya mas á nombrar mi amada; bendita seas tú por haber venido á llamarme y á conducirme á la luz; siempre vivirá tu recuerdo en mi corazón! porque tú eres el ángel de mi salud. Tú me has guiado, á pesar mio, hácia el principio y fin de toda criatura. ¡Bendita seas! ¡Adios Sarai! Un dia volveremos á vernos en las moradas eternas; pero hoy te dejo para colocarme bajo la autoridad de aquel que me llama. El dice que se deje todo para seguirle, continuó el joven, viendo el pasmo y quizá la tristeza asomar en las facciones de Sarai, y yo lo dejaré todo, y le diré: Aquí me tenéis: he pecado contra vos. No soy ya digno de ser llamado hijo vuestro: tratadme empero, como al último de vuestros siervos.

—Y el Señor te bendecirá, dijo Eliezer, bendiciendo él también con sus trémulas manos la cabeza del joven hebreo, y su corazón de padre se re-

gozará, "porque su Hijo murió y ha resucitado, estaba perdido y se le ha encontrado."

Sarai lloraba con dos llantos: en ella se mezclaban la tristeza y el gozo, pero el gozo era elevado y superaba al dolor.

—Bendito seas, Dios mio, decía: aquel á quien habeis llamado, os ha respondido: él viene á vos lleno de júbilo y de consolacion. Pero él parte: él me deja, repetia sollozando. ¡Oh mi Dios! yo lo quise, porque vos lo quiriáis. Pero sostenedme, para que despues de haberlo dejado todo, no quiera recobrarlo todo. Saphan, añadió Sarai por un resto de flaqueza no vencida aún, cuándo volverás á ver á tu padre, á tu madre... á tu prometida esposa... no olvides....

—Yo no veré ni á mi padre, ni á mi madre, ni á mi esposa, dijo Saphan. El Salvador dice que todo se ha de dejar para seguirle. Sarai, dejadote á tí, lo dejaré todo... ¿No eras tú para mí mas que todo?... Sarai, juntando las manos, prorumpió en un transporte involuntario:

—¡Oh Dios poderoso! ¿conque vos me habeis perdonado? Vos habeis tenido compasion de mi debilidad; ¡gracias sin fin os sean dadas! En vuestra misericordia vos me habeis aun ahorrado mi pena! pues solo á vos le cederia yo! ¡á vos solo! ¡Adios, Saphan, amado de mi alma! adios!....

Y los dos se separaron señalándose el cielo, único que dá la fuerza para dejarlo todo acá en la tierra, para volver á encontrarlo en él.

Y los ecos de las soledades, conmovidas aun por el divino hosana, repitieron por mil voces armoniosas:

¡Gloria á Dios!

¡Gloria á Dios sobre la tierra y en lo mas alto de los cielos!



R. Pagan, escult.

La mujer adúltera.

Escult. de Pagan.



LA MUJER ADULTERA.

Relicti sunt duo, misera et misericordia.
(Aveev. in Joan. Tract. XXXIII.)

En el año segundo de su ministerio apostólico, Jesús, dejando la Galilea, á donde no debía volver á aparecer mas hasta después de su resurrección, pasó á Jerusalem por la fiesta de los Tabernáculos ó de las Tiendas. Aquella fiesta fué instituida por el legislador de los hebreos, en primer lugar para recordarles en toda la serie de los siglos que sus progenitores, al salir del Egipto, habian habitado el Desierto bajo tiendas ó pabellones durante el espacio de cuarenta años, y que solo después de tan dura prueba les habia Dios abierto las puertas de la tierra de promision: en memoria de aquel grandioso acontecimiento permanecian por siete dias enteros bajo tiendas formadas de ramas de árboles. Y en segundo lugar, aquella fiesta tenia tambien por objeto dar gracias al cielo por todos los frutos que la tierra habia dado, y así se celebraba después de las cosechas, sobre el equinoccio de otoño. En el dia octavo todos los hebreos dejaban sus pabellones de verdor, y se reunian en Jerusalem y en el tem-

plo, para atestiguar solemnemente su reconocimiento al supremo Dios de Israel.

Jesús no entró en Jerusalem de una manera ruidosa y solemne, porque se le buscaba para hacerle morir, y su hora no había llegado todavía. Entró, pues, secretamente, y mezclado con la multitud, pudo oír por sí mismo los diversos juicios que su doctrina y milagros inspiraban. Es un hombre de bien, decían unos: seduce al pueblo, decían otros: y todos preguntaban: ¿En dónde está ahora? Pero ninguno de los que en él creían tenía valor para expresar en alta voz su pensamiento, porque los enemigos de Cristo eran muchos y poderosos. Sobre el día cuarto de la solemnidad, subió al templo y enseñó. No lo hizo al principio, pues entonces obró con la prudencia de hombre, ocultándose de los judíos, y dando el ejemplo de que no debemos esponernos sin necesidad al furor de nuestros enemigos. Pero después obró como dueño supremo: mostróse públicamente, enseñó en el templo, que era su propia cátedra, y se puso á cumplir su ministerio sin temor alguno de los hombres. Los judíos que daron pasmados y atónitos, penetrados por aquella palabra tan dulce y tan llena al propio tiempo de ciencia y de autoridad, y muchos de ellos dijeron: "Cuando vendrá el Cristo, ¿hará mas milagros que éste?" Entónces los fariseos y los príncipes de los sacerdotes, viendo aquellas señales de adhesión, enviaron ministros para prenderle. Temieron las consecuencias del ascendiente que iba tomando sobre el pueblo la voz de Jesús, poderosa en obras y en palabras, quisieron cortarlas de pronto. Pero todos los esfuerzos de la malicia humana se estrellan contra los designios de Dios. Pues los ministros enviados por los fariseos para apoderarse de la persona del Salvador, encantados como la multitud de la bondad y eficacia de sus discursos, no ejecutaron las órdenes que habían recibido. "¿Por qué no le habeis traído? les preguntaron los sacerdotes y los fariseos." Y respondieron ellos: "Nunca hombre alguno habló como este hombre." "¿Conque vosotros tambien os habeis dejado seducir? replicaron los orgullosos representantes de la ciencia. ¿Hay, por ventura, alguno de los fariseos ó de los príncipes de los sacerdotes que crea en él? Porque todo ese vulgo que no tiene conocimiento alguno de la ley, es un pueblo maldito."

Viendo, pues, los enemigos de Jesús que la opinion no estaba aún bastante pronunciada contra él, y que la violencia fracasaría en aquellos momentos, volvieron á entrar en sus vias de disimulo, tendieron lazos al que no podían vencer por una guerra abierta, y se esforzaron en ponerle en contradicción con la ley.

Los soberbios fariseos, que se vendían por justos, porque observaban

con nitida escrupulosidad lo literal de la ley, al paso que desconocían y violaban su espíritu, vivían separados del resto del pueblo, como su nombre mismo lo significa, para no contaminarse, y para conservar su pretendida justicia en toda su pureza é integridad. Eran del número de aquellos do que habla Isaias, los cuales dicen: *Retiraos de mí, no os acerquéis, porque estais impuro.* Hablaban con el mas alto menosprecio de los que seguían á Jesucristo, tratándoles, como hemos visto, de populacho ignorante en la ley, y hasta fulminando con la maldición de Dios. Decían al ciego de nacimiento que daba testimonio del Salvador: ¿No eres mas que un pecador desde que naciste, y te metes á enseñarnos? ¿Qué mucho, pues, que hombres poseídos hasta tal punto del orgullo y de la hipocresía no pudiesen perdonar á Jesucristo una conducta, que condenaba la suya; que le inculpasen como un crimen el comer con los publicanos y pecadores; que tomasen de ello un pretexto para negarle la calidad de profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan amenudo convencido que él sabía leer en lo mas profundo de su pensamiento? El conocimiento, pues, que tenían de la indulgencia de Jesús para con los pecadores, les movió á hacer una tentativa, en la cual la sabiduría del hombre Dios dejó, como en todo lo demas, burlada su insolente y alevosa petulancia.

Estaba Jesús sentado en el templo instruyendo á la multitud agrupada á su alrededor. De repente los escribas y fariseos penetraron por entre la muchedumbre, llevando una muger acusada de adulterio. "Maestro, dijeron á Jesús, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. La ley de Moisés castiga este crimen con la lapidación." Hemos de creer ó que el mismo Moisés había explicado la ley, ó que una costumbre legítima había llegado á interpretarla; porque, de una parte, el texto pronuncia simplemente la pena de muerte, y los hebreos modernos dicen que esta pena se aplicaba por la estrangulación: por otra parte, los hechos históricos establecen que se aplicaba en efecto por la lapidación en los seis siglos que precedieron á Jesucristo.

Sea de esto lo que fuere, lo que se proponían los fariseos era crear á Jesús una grave dificultad, sometiendo la causa á su juicio. Absolver á la muger culpable, era hacer traición á la ley de Moisés y lastimar el patriotismo de la nación; si al contrario, pronunciaba Jesucristo la pena capital, perdía su renombre de mansedumbre y se ponía en contradicción con sus actos pasados, y atacaba la autoridad de los romanos que se habían reservado sobre los judíos el derecho de vida y muerte. Por esto los fariseos, creyéndose muy seguros del suceso de su tentativa, hicieron

esta pregunta al Salvador: "Moisés prescribe el lapidarla. ¿Qué decís, pues, vos de eso?"

Jesús se inclinó hácia el suelo, y trazó con su dedo algunos caracteres. Mas como los interrogantes persistiesen en sus preguntas con una impaciente curiosidad, levantóse el Señor, y les dijo: "Aquel de entre vosotros que está sin pecado, arroje la primera piedra." Después, inclinándose de nuevo, continuó á escribir. Algunos intérpretes, queriendo suplir el silencio del Evangelio, han pretendido que el dedo divino trazaba sobre el polvo las faltas de los acusadores, y revelaba las llagas de su conciencia. Pero no hay necesidad de indicaciones exteriores para enseñar á las almas lo que deben pensar de sí mismas: muy bien sabe Dios hacer brillar en nuestro interior aquella luz vengadora, que provoca ordinariamente los remordimientos. De otra parte, Jesús acababa de pronunciar una palabra llena de una luz fulminante, y que no tenía necesidad de comentarios. En boca del Hombre Dios era una inculpacion terrible á los acusadores, en cuyo fondo penetraba su mirada divina, y que podia allí hacer patente lo mas recóndito de su corazón. No era esto decir que no se puede jamás condenar y castigar á los culpables, no hallándose uno á sí mismo en estado de perfecta inocencia, pues esta máxima establecería sobre la tierra la mas escandalosa impunidad. Pero Jesucristo venia á fundar un imperio nuevo, el de la misericordia, que acoge al pecador, escluyendo el pecado; habia ya puesto la base de este imperio en la conciencia de sus oyentes, proclamando que se aplicaria á cada hombre la medida que él hubiese aplicado á sus hermanos, y en aquel momento llamaba á sus duros é hipócritas contradictores á la práctica de aquella máxima tan caritativa y tan lícita de equidad.

Pretendia, además, obligar á los malignos acusadores de aquella muger á dejarla libre, á impulsos de los remordimientos de su propia conciencia, que la palabra divina removía en su corazón; pues temer podían que el Señor, á quien nada está oculto, publicase los delitos secretos que tal vez los aquejaban, y de la misma clase. Así la libertó de sus manos, dejándolos sin pretexto alguno para poderla acusar.

Los escribas y fariseos se sintieron aplastados bajo el peso de aquella palabra tan sublime como sosegada. Retiráronse uno tras otro, y como furtivamente, empuzando los viejos, ó porque su conciencia se reconociese mas culpable, ó porque la edad ó la experiencia les hiciese mejor avisados. El lugar que se habian hecho tumultuosamente á su llegada, quedó vacío: no habia mas que la muger culpable que esperaba una sentencia, y Jesús que escribía encorvado hácia la tierra, se levantó y dijo: "Muger, ¿en dónde están tus acusadores? ¿ninguno te ha condenado?"

—Ninguno, Señor.—Tampoco te condenaré yo. Vete, y no peques mas en adelante." Jesús despachó así la muger culpable, porque no ejercia las funciones de juez temporal, y la despidió como Salvador del género humano, porque con este título, sin abolir los tribunales esternos ni la justicia de la tierra, venia á rehabilitar el tribunal desconocido de la conciencia, y hacer brillar á los ojos de todos la misericordia celestial y la doctrina del arrepentimiento.

Así es como el Señor halló el secreto de ejercer la clemencia, respetando la ley; de justificarse librando á la pecadora; de arrancar la máscara á los hipócritas y de confundirlos, mostrándose él al mismo tiempo puro como la equidad, suave como la fuerza, irrefutable como la verdad. Tal es el maravilloso carácter de la doctrina moral que regeneró los tiempos modernos: la justicia, con sus formidables castigos fué, en alguna manera, relegada al segundo plan, para dejar mayor ámbito á la caridad que perdona. Por su palabra y por sus actos, desde el pesebre de Belén hasta la cima del Gólgota, y durante toda su vida el Salvador parece habernos querido decir que hay mas clemencia y bondad en el corazón de Dios, que debilidad y malicia en el corazón del hombre; como si hubiese llegado ya el tiempo de atraer por medio del amor á los que el temor no habia podido retener en las sendas de la justicia.

En efecto, la humanidad ha sido siempre gobernada con un arte admirable: ella se ha engrandecido bajo el ojo y la mano de la Providencia, como un hijo bajo el ojo y la mano de un padre y de una madre. Su educacion, siempre en relacion con sus destinos y con sus necesidades esenciales, que quedan fijas y permanentes y proporcionada asimismo á las condiciones exteriores y á la sucesion de sus progresos, que se presentan bajo aspectos mudables y variados; su educacion, repetimos, se hizo por un principio sin cesar idéntico á sí mismo, pero por disciplinas diversas. Así es como se afirma y se desarrolla en cada hombre la vida física por un alimento siempre mas sólido y fuerte, y como se perfecciona su alma sometiendo su libre energia á móviles mas ó menos elevados.

En el origen de los siglos parecia que Dios llevaba la humanidad en sus brazos y que se inclinaba sobre su cuna con un aire dulce y poderoso; alimentábala con la leche de sus comunicaciones intimas; le hablaba boca á boca para reprenderla, para instruir la, para guiarla.

Dignóse conversar con Adam, caído, instruir el proceso del fratricida Cain, visitar á Noé, que habitaba en medio de la corrupcion, y tomar como por la mano al creyente Abraham, para hacerle salir de la idólatra Caldea. Diríase que procedia como una madre que no se acuerda de su corazón ni de su fuerza, sino para suplir á la ignorancia y á la debilidad

de su hijo, desplegando según las circunstancias la autoridad, la bondad, las amenazas, los caricios y la indulgencia para sostener ese ser naciente y frágil que no se tiene aún en pie, porque le faltan los siglos y no tiene todavía instituciones en que apoyarse. Tal fué la era de los patriarcas, y como la infancia del género humano.

Al llegar la época de la juventud, época crítica y tormentosa que despierta los instintos generosos y abre ante los ojos horizontes bellos y llenos de esperanzas, pero que de otro lado hace hervir la sangre en las venas, y dá la señal de un duelo en que el espíritu y el cuerpo se disputan onocanzadamente quien poseerá la vida; entonces Dios pareció que ponía la humanidad bajo el dominio especial del temor: la ley fué de nuevo proclamada con una solemnidad terrible: descendió el Eterno sobre un carro ardiente con el fulgor del relámpago; un denso nublado, formaba el pabellón en donde su magestad reposaba: delante de él marchaba la voz del trueno con formidable estrépito; el Sinai estremecido temblaba bajo sus plantas. Entonces, del seno de la naturaleza conmovida y trémula salió la palabra de los mandamientos divinos, repetida en algun modo por los elementos trastornados, y grabada en el fondo de las almas por la mano del terror. Escutada por una multitud de prácticas minuciosas y pesadas, pareciase la ley á un yugo hecho para domar una cerviz áspera é insumisa, como la de un joven por la fiebre de sus miembros. Apoyada, además, y defendida por una sancion temporal, prometiendo fértiles rocíos, mioses abundantes, y amenazando con la carestia y con la esclavitud, aquella ley afectaba la humanidad, principalmente por las necesidades físicas y la vida material, porque este freno era mas á propósito para contener el tempestuoso ardor y el espíritu inculto de la jóven humanidad. Sin olvidar que era padre, parecia Dios acordarse mas bien que era Señor y árbitro absoluto: en vez de intimar habitualmente sus órdenes en apariciones sensibles y familiares, las puso en boca de embajadores escogidos. Moisés fué quien cerró los tiempos primitivos, y abrió una época nueva, conversando con Dios como los patriarcas, y haciendo hablar el porvenir como los profetas. Los profetas repitieron con su voz colosal las promesas y las amenazas de prosperidad y de calamidades, perpetuando las tradiciones del Sinai, en las cuales dominaba el temor.

Vino por fin el reinado de la caridad. Dios se dejó mover de una inmensa piedad á vista de las faltas y de las desgracias de su criatura, y la visitó. Pero no era ya el anciano de dias pasando al través de los arboles de Eden con aquel extraño ruido que hacia estremecer la conciencia culpable, ni Jehová llevado en alas del rayo, y teniendo los corazones en el terror: era el Verbo dulce y suave, revistiéndose de nuestra humani-

dad para hacersele mas accesible, y tomando la flaqueza de nuestra carne para comunicarnos la fuerza de su espíritu divino. Los cielos se habian bajado, todo intervalo habia desaparecido; no se veia ya al Criador hablando desde lo alto ó á lo lejos, ni al Maestro trayendo la carga pesada de un duro precepto: no habia mas que un hermano descendido para tender la mano á los hermanos y levantarlos hasta él. Lloró para volver fecundas nuestras lagrimas: trabajó para ennoblecer nuestros trabajos: vivió para divinizar nuestra vida, murió para transformar nuestro sepulcro en una gloriosa inmortalidad. Su palabra nos trazó el camino: sus ejemplos nos sirvieron de estímulo y de atractivo: su sangre derramada sobre nosotros sostiene y repara nuestras fuerzas: desde aquel entonces establecióse entre Dios y los hombres una feliz y amigable alianza, y todas las viejas leyes del mundo se han fundido en una ley única y nueva, que es la caridad. Por manera, que bajo sus crímenes acusadores, la humanidad se parece á esta muger, que querian hacer condenar los fariseos. Llamada al tribunal del Salvador, no es por cierto inocente, pero es digna de compasion: la mansedumbre del cielo resplandece sobre las faltas de la tierra, y desde la cumbre del Calvario no se ven ya mas en la historia sino dos cosas: una extrema miseria en el hombre, y una suprema misericordia en Dios.

Relicti sunt duo, misera et misericordia.



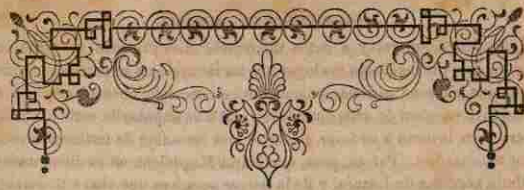
UNIVERSIDAD DE NÚMERO DE BIBLIOTECAS



F. Robert sculp.

Maria Magdalena.

Lith. de Harlan



MARIA MAGDALENA.

Resistantur ei peccata unius,
quoniam dilexit multum.

(Luc. VII. 47.)

Dulciores sunt lacrimae orationum
quam gaudia theatrorum.
(Apostolus in Psalm. 137. X.)

MARIA Magdalena es célebre en el Evangelio por sus sentimientos de ardiente caridad hácia el Salvador de los hombres, y en la tradición eclesiástica por sus lágrimas y por su penitencia. Puede añadirse que es asimismo célebre en la crítica hagiográfica, por la controversia que se ha suscitado acerca su identidad; porque mientras que ciertos autores no la consideran sino como un solo personaje, muchos escritores hacen de ella no menos que tres. Apoyan los primeros su sentir en los nombres de María y Magdalena, cuya indicación alternativa parece suponer muchas personas, en especial, si se atiende que estas palabras corresponden

á tiempos, á lugares y á actos diferentes. Los primeros, al contrario, creen que, distinguiendo los lugares y los tiempos, no se percibe mas que una sola y misma persona, animada del mismo celo, obedeciendo aquí á una viva emoci6n de arrepentimiento, allá á un impulso de caridad; y de otra parte invocan á su favor una s6rie mas constante de testimonios mejor autorizados. Parece, pues, que Maria Magdalena no es diferente de Maria hermana de Lázaro, y de la muger pecadora que vino á derramar sus perfumes y llantos á los pi6s de Jesus en la casa de Simon el fariseo. Tal es la respetable opinion del Sr. Darboy.

El autor de los *Estudios sobre las mugeres cristianas*, M. A. A. proponia asi el estado de la cuestion. No ignoramos cuán divididas se encuentran las opiniones con respeto á la Magdalena. Para los unos es una jóven virgen que en tiempos en que Jesus empezó á predicar la nueva ley, estaba poseida de siete demonios; pero esta posesion no debe ser considerada como el efecto ó la señal del pecado, sino como una situacion muy comun en aquella época. Habiendo llegado á sus oidos la fama de los milagro de Jesucristo, vino á él y fué curada. Esta opinion adoptan San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin, y despues de ellos casi todos los griegos y muchos críticos modernos, tales como Casaubon, Ectius, Boulanger, Baillet y otros. Otros al contrario consideran la Magdalena como una pecadora, y creen que por los siete demonios, debe entenderse siete vicios á que estaba entregada antes de conocer á Jesucristo. Estos la confunden tan presto con Maria, hermana de Marta y de Lázaro, tan presto con la pecadora. A su frente se hallaban Gregorio el Grande, Clemente de Alejandria, Ammonio, y casi todos los latinos hasta el siglo XVI. Autores modernos muy estimables han escrito, con valentia en favor de esta opinion, tales como Baronio, Jansenio, Legrand, Maldonado, el P. Alejandro, el P. Lamy, el P. Mauduit, etc.

Léese en Godescard, á propósito de Magdalena y de la muger pecadora, la siguiente observacion: "San Ireneo, Origenes, San Cris6stomo y otros no distinguen en parte alguna Magdalena de la muger penitente. Y San Lucas, despues de haber referido la conversion de la pecadora, que se obró en Naím, añade, en el capitulo siguiente, que cierta muger, que habia sido librada por el Salvador de sus enfermedades, ó de los siete espíritus impuros, le siguió. Hablando el Evangelista de las mugeres que iban en seguimiento de Jesus, nombra á Maria Magdalena, á quien él habia librado de los siete demonios. Estas autoridades parecen ser un motivo muy razonable para concluir, que la Magdalena y la muger pecadora son una misma persona. . . . No obstante todo esto, puede decirse que esta cuestion es del número de aquellas que no se verán tan

presto terminadas. La razon es, porque el testo de la Escritura no se presenta bastante claro, y que la autoridad de los antiguos tampoco ofrece una prueba demostrativa. El *Breviario latino* supone que la muger penitente, Maria Magdalena y Maria, hermana de Lázaro, son una sola y misma persona.

Si una parte de la Iglesia latina, dice Tillemont, parece autorizar todavía á los que creen que la muger pecadora, Maria hermana de Lázaro y Maria Magdalena no son mas que una sola persona, la Iglesia griega favorece á los que creen que son tres. Y como no pueden oponerse estas dos iglesias la una á la otra, para acusar á una de las dos de estar en error, ha de reconocerse que la Iglesia, como á cuerpo docente, no toma parte en estas dificultades que ni por uno ni otro lado afectan ni lieven la religion, sino que deja á sus hijos en libertad de creer lo que las razones y las autoridades les hagan juzgar mas probable. Nosotros, empero, seguimos como mas probable la opinion de la Iglesia latina, que forma de las tres denominaciones una sola muger á la que venera con el nombre de Santa Maria Magdalena.

El sobrenombre de Magdalena fué dado á Maria por que habitaba en el lugar ó castillo de Magdalo en Galilea, cerca del lago de Tiberiades. Creese que era de una familia distinguida por sus riquezas, como así se deja pensar lo tal vez el uso que hacia de riquísimos perfumes. Un biógrafo sagrado nos dice sin embargo, que fué originaria de Betania, pueblo reducido á tres cuartos de legua de Jerusalem, y mansion ordinaria de su familia. Segun San Antonino, su padre se llamaba Syr y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judios tanto por el rango de sus riquezas, como por el lustre y carácter de su representacion en toda la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fué el primogénito, Marta y Maria. Huérfanos ya de padre y madre, repartieron entre sí sus bienes; á Lázaro y á Marta les tocó lo que habia en Betania y en las cercanias de Jerusalem, y á Maria le cupo el castillo de Magdalo ó Magdalo, situado en la provincia de Galilea. Parece que no estuvo por mucho tiempo esta última en compañía de sus hermanos: su génio vivo y las vanas ilusiones de felicidad que, como un fantasma brillante se presentaba á la imaginacion de una muger jóven, libre y hermosa, le hicieron luego fastidiosa é insoportable la vida de sosiego y de modesto retiro que guardaban sus hermanos.

Salidos son ya los primeros pasos de esta brillante hermosura de Betania, que hacia de sí misma un idolo para recibir en todas partes los tributos de profano amor que se depositaban en sus aras. Aquella alma espasiva y ardiente buscaba cómo llenar el vacío de su corazón agitado:

anhelaba ser adorada y dominar sobre otros corazones tan volcánicos como el suyo, y creíase feliz cuando la sombra de la felicidad se escapaba siempre de entre sus manos. No sabemos hasta qué punto se entregó la bella del castillo de Mágdalo á los goces de la materia y á la sociedad de su pasión por amar y ser amada. Pero el Evangelio nos pinta con un solo rasgo los sensuales atractivos y los impuros escándalos de la *muger pecadora*; pues por tal era tenida en la ciudad. Aun cuando la desventueta María no hiciese más que recibir incienso de sus adoradores y provocar con la vana y seductora ostension de sus gracias, era criminal á los ojos de Dios.

El Evangelio, nombrándola pecadora, ha dado margen á suponer que ella se habia abandonado enteramente á la disolucion mas escandalosa: preciso es observar, con todo, que esta palabra podria no indicar otra cosa que una vida suntuosa y accesible, llena de lujo y de pasatiempos, condenables, es verdad, pero no deshonrosos y viles, como comunmente se cree. Un espíritu altanero, un vano orgullo de algunas cualidades esteriore, un cuerpo complacido, adorado hasta la idolatria, un corazón ocupado en demasia del cuidado de agradar, tal fué quizás la pecadora. No es esto que haya algun interés en disminuir sus faltas, pues cuanta mayor es la humillacion á que arrastran los extravios de la libertad, á mayor altura puede elevarse una alma por la energia del arrepentimiento: de otra parte, al descender á la tierra, el hijo de Dios venia, no para visitar á los justos, sino para curar á los pecadores; por manera que allí mismo en donde la iniquidad de la criatura llegaba á su colmo, allí puede sobrecundar y desbordarse la misericordia del Salvador.

De otra parte, el noble corazón de Magdalena y la hidalgua de sus sentimientos no permiten conjeturar que hubiese sido capaz de envilecerse hasta el extremo de la abyeccion y de la infamia. Hay cualidades en el alma que parece que tienen un carácter indeleble. Podemos hacer mal uso de ellas, podemos en vez de consagrarlas á Dios, de cuyas manos han venido, prostituirles á un idolo de carne; sin embargo, una alma ardiente, sensible, capaz de sentir su dignidad, conserva una cierta elevacion aun en medio de sus extravios y miserias; tal vez es mas culpable que otra en no corresponder como debe á sus nobles instintos y altos destinos; pero nunca al compadecerla, nos veremos forzados á apartar de ella los ojos como de un objeto vil y despreciable. Tal nos parece el alma de Magdalena, aquella alma de fuego que supo despues amar tanto, y que tan íntima y constantemente se unió con la de Jesucristo.

Pero sea cual fuere la idea que se quiere formar de la naturaleza de sus faltas, conocido es el castigo que María Magdalena sufrió por espa-

cio de algunos años. Sometióla Dios á un género de humillacion muy raro en el dia, pero muy comun en aquellos tiempos, y del cual ofrece el Evangelio muchos ejemplos. Fue, pues, atormentada del demonio, hasta el dia en que el Salvador, remitiéndole sus pecados, la libró de aquella dominacion horrible.

Recorria entonces Jesus la Galilea, y acababa de resucitar un jóven de Naím, á quien llevaban á enterrar y cuyos funerales celebraba un pueblo numeroso. Era el hijo único de una viuda que iba detrás del difunto, anegada en lágrimas. Compadecido el Señor de la viuda, le dijo: No llores mas; y acercándose al ataúd le tocó diciendo: Levántate, jóven, yo te lo mando. E incorporóse el jóven que estaba muerto, y se puso á hablar, dejando atónitos á todos los circunstantes. Aquel milagro, obrado para enjugar las lágrimas de una madre doblemente afligida, pues que era ya viuda, excitó un rumor de admiracion y de reconocimiento en todos aquellos contornos. Pero los sabios y los que se tienen por doctos no por esto recibieron mejor la doctrina de Jesus, porque estaban henchidos de envidia y de orgullo: aquellos, al contrario, cuyo espíritu está tranquilo y sin amago, el corazón dulce y sin fausto, aquellos á quienes se dá el nombre de pequeños y sencillos, acogieron la palabra del Salvador, que exclamó: "Yo os doy gracias, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra de que hayais occultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos." Y añadió con una inesplicable ternura: "Venid á mi todos los que os veis fatigados y oprimidos, yo os aliviaré. Poneos bajo mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera."

Jesus, pues, predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no lejos del castillo en donde habitaba aquella muger á la vez seductora y seducida, y predicaba la ley de la modestia, de la abnegacion, del retiro, de la castidad. Esto no hubiera bastado en boca de un hombre; pero Jesus era mas que hombre, y detrás de esa ley de penitencia predicaba tambien una ley de amor, amor purísimo, divino, capaz de llenar el corazón; y este amor, al oírle Magdalena, inflamó el suyo, y lloró y creyó al mismo tiempo, porque cuando este amor divino llega á apoderarse del alma, consume, como la llama del sacrificio, todas las afecciones bastardas, todas las propensiones bajas, todos los obstáculos del obcecado pensamiento, todas las incertidumbres de la altanera razon. La pecadora de Mágdalo sintió que sus lágrimas la inundaban interiormente de una dulzura celestial; percibió el vacto que dejaban en su alma esos goces, rápidos, caducos, inciertos, falaces, acibarados casi siempre con el pesar ó con el

sobresalto: asustóse de este vacío, y conoció que su sed de gozar y de amar necesitaba de un objeto bien distinto. Desde que hubo escuchado al gran Profeta, de quien se contaban tantas maravillas, la simple curiosidad se convirtió en deseo, y deseo ardiente, irresistible, que no sufría dilación, de arrojarse á los pies del Salvador, y hacer que desapareciera á fuerza de amor, de dolor y de llanto la densa nube de sus iniquidades, que de aquel objeto la separaba. Tal vez las lágrimas y los ruegos de sus virtuosos hermanos María y Lázaro aceleraron el instante feliz de su conversión. Atraída, pues, por la mansedumbre y beneficencia de Jesús, informóse dónde podría encontrarle, y supo que en aquel día comía en casa de Simón el fariseo, junto con otras personas de distinción. Delicadas eran las circunstancias: la celebración de un banquete con que se quería obsequiar á Jesús, y la publicidad consiguiente á los numerosos concurrentes, parece debían retraer á Magdalena de su resolución generosa, y hacerle aguardar la entrevista para ocasión al parecer mas oportuna, y para lugar menos público ó mas retirado. Pero así como la pasión criminal prescinde de todo respeto y no teme el hacer estallar en público sus escándalos, así el amor divino rompe por entre todos los obstáculos, huella con planta firme todas las atenciones y reparos de la prudencia humana, y se hace superior al rubor mismo. Llevando en su mano un vaso de alabastro, lleno de aceite odorífero, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos ó camapas que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arroja á sus pies por la espalda, y desgarrándosele el corazón por la doble fuerza del amor y del dolor, los humedece con su llanto, los besa con ternura y con afán, los rocia con bálsamos y perfumes y los enjuga con sus cabellos.

El fariseo, propenso siempre á juzgar mal por las simples apariencias, como todos los de su secta, y notando la bondad con que el Salvador sufría á sus pies aquella pecadora, decía para consigo: Si este hombre fuese profeta, sabría quién es la mujer que le está besando los pies y que los humedece con su llanto. Pero Jesús, dando á Simón una de aquellas miradas penetrantes que llegaban hasta el fondo del alma, dijo á su huésped: "Simón, quiero saber tu dictámen sobre lo que voy á proponer.—Haslad, Maestro.—A cierto acreedor le debían dos sugetos, el uno quinientos reales de plata, y el otro cincuenta. Ni uno ni otro tenía con qué pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debían: dime pues, ¿cual de éstos debe amar mas y estar mas agradecido al generoso acreedor?"—"Es claro, respondió Simón, que aquel á quien perdonó mayor cantidad.—Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y diri-

giéndose á la Magdalena, añadió: "¿Ves á esta mujer? pues reflexiona lo que ha hecho, y falla despues sin pasión. Cuando entré en tu casa, ni te ocurrió siquiera presentarme un poco de agua para lavar me los pies, y ella me los lavó con sus lágrimas. Tampoco te pasó por la imaginación el derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis pies un precioso bálsamo. Por esto te digo que se le han perdonado muchos pecados, porque en realidad ayo mucho. Hasta ahora ninguno me había buscado sino para sanarle las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer, echada á mis pies, me pide por las heridas del alma." Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo: "Tu fé y tu confianza te han salvado: vete en paz."

Magdalena cae á los pies del Salvador, se rinde á su gracia; pero su corazón ama mas que nunca, con un amor de ángel: arroja á los pies de Jesús todos los despojos de sus galas y atractivos: el dolor de sus extravíos se vá transformando en amor celeste. El mundo se admira, se sorprende: condena por temeridad un exceso de amor que no llega á comprender. Pero Magdalena ama cual nunca había amado, porque la palabra amor, aplicada á las criaturas, es usurpada ó dislocada; así como lo es la palabra felicidad, aplicada á los goces efímeros de la tierra. ¿Quién duda que aquella palabra de vida: Anda, que tus pecados ya te son remitidos, no abolió asimismo el castigo extraordinario que ellos merecían y que habían atraído sobre María Magdalena?

"A la verdad, nada es comparable, dice un escritor de últimos del siglo pasado, tan profundo como elocuente y persuasivo, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos, y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni más digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptación de las lágrimas y sollozos de un corazón extraviado, que, conociendo su miseria, quiere volver al seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido sienta en la virtud un encanto desconocido para los que jamás la perdieron. Parece que nada le queda á Dios que hacer para consolarnos de los ultrajes que le hicieron nuestros crimenes, y que su ternura se estudia á si misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para uniros indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado, pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro cora-

zon aquel calor divino, que es en cierto modo parte de su felicidad infinita. . . ; Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inesfable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.

¡Oh, qué precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¡Habéis leído y considerado, por ventura, alguna vez, cómo el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¿Qué halagüena es la imagen de la conversion de un hijo desnaturalizado y aislado que, abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los pies de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja transportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus negillas, marchitadas con los trabajos y las miserias! ¿Qué escena tan tierna! ¿Qué alma sensible podra resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?"

"Así verificó el Hombre Dios, con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, quanto había dicho sobre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Ser Supremo una alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamás se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discípulos de su Evangelio recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, vé y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres; los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedades de monumentos; mas nada le detiene, nada puede distraerle un instante de aquel majestuoso y profundo recogimiento, en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra, su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirijen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio; cuando encuentran una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á escitar los pri-

meros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus escosos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus pies, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos, bañados en el llanto, cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora. . . ; Ah! hé aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerse al universo. ¿Como se afana á esponerle á la admiracion de cuantos le rodean! ¿Cuán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia! ¿Cómo le llena de gozo este procedimiento, y cuánto se complace al contemplar en esta muger, que se anonada á sus pies, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *¡Val esta muger,* esclama, queriendo dar á este suceso, acaecido en la oscuridad, todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios."

Desde aquella época de salud, se impone ella misma las mas duras prácticas de penitencia; y su alma regenerada, encuentra mas dulzura en los trabajos del arrepentimiento que purifica, que en el transporte de los goces que corrompen. Despues de haber depuesto su cabellera y sus perfumes á los pies del Señor, como si por esto hubiese querido significar su absoluta renuncia á todas las vanidades, se junta á algunas santas y nobles mugeres que seguian al divino Maestro, escuchaban sus predicaciones y le asistian con sus bienes en sus correrias evangélicas. El amor de Magdalena la tenia siempre pendiente de los ojos y de los labios del Salvador: atormentaba dulcemente su alma; pero este tormento es una delicia inesfable, pues quanto mas ama, mas goza, mas espera, mas desea; porque su amor toca ya á lo inmortal, á lo infinito, la llena de celestiales consuelos, y solo la aflige por las penas y por los sufrimientos que amenazan á su amado. Porque es digno de notarse, que la muger, por lo general, vá mas veloz y mas recta á la verdad y á la virtud por el corazon, de lo que vá el hombre, fiado en su altanero espíritu. Las habitudes de una vida toda exterior, activa, poderosa, su intervencion en todos los sucesos y su accion, dejando siempre al mundo una marca magnífica de su poder, su fuerza de animo que la impide sentir vivamente la necesidad de un consolador y de un apoyo, todos estos motivos contribu-

yen á distraer al hombre del pensamiento de Dios, y hasta termina muchas veces en ver en la piedad una flaqueza de espíritu, y en la irreligion una grandeza y un fiero temple de alma, como si se necesitara mucho valor y mucho talento para pasarse ó prescindir de Dios. La muger, al contrario, parece sacar de su naturaleza, de su debilidad misma, si se quiere, de su vida entera, tal como las leyes y las costumbres la han formado, como una vista mas sana de las cosas de la religion, un sentimiento mas delicado y mas invencible de los objetos de la virtud; y fuerza es decirlo, una fidelidad mas valerosa á la una y á la otra. Allí, donde el genio cae, la hermana de la caridad ni aun tropieza.

Cuando Jesus dejó la Galilea, para no reaparecer mas en ella hasta despues de su resurreccion, pasó al lugar en que habitaba Maria Magdalena con su hermana Marta y su hermano Lázaro, no lejos de Naim y del torrente de Cison. Entonces le ofreció Marta la hospitalidad con la mas inquieta solicitud, para tratar debidamente á huésped tan distinguido. En medio de sus desvelos, y viendo á Magdalena sentada muy tranquila á los pies de Jesus, hablando con afán las palabras de vida que fluían de su boca divina, hizo aquella ingenua esclamacion, y Maria fué elogiada por el Salvador por haber escogido la mejor parte, pues en efecto, despues de haberlo dejado todo para seguir á su Maestro, le escuchaba embobada, buscando en su celestial doctrina aquel nutrimento, cuyo precio y suavidad conoce el alma sinceramente religiosa.

Maria Magdalena y las santas mugeres siguieron á Jesus desde Galilea á Jerusalem, y no le abandonaron ni aun en su muerte, que se verificó seis meses despues. Maria Magdalena, con su familia, habitaba el pequeño lugar de Betania, á corta distancia de la ciudad santa. Jesus pasaba allí alguna vez, cuando, huyendo del odio de los judíos, iba á buscar un asilo en la otra parte del Jordan, ó cuando movido por la mas generosa piedad volvía de ir al encuentro de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pues en vano les hablaba un lenguaje lleno de dulzura y de sabiduria; en vano demostraba en su persona el cumplimiento de las Escrituras; el ojo enfermo de aquellos hombres se cerraba á la luz con una obstinacion lamentable. Un dia, en que habia nombrado á su Padre, añadiendo, para no dejar que se ignorase el dogma de su divinidad: "Mi Padre y yo somos una misma cosa;" los judíos tomaron piedras para arrojárselas. "Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas por el poder de mi Padre, les dijo Jesus, ¿por cuál de ellas queréis apedrear-me?"—"No os apedreemos por obra alguna, sino porque habeis blasfemado, pues siendo hombre os habeis hecho Dios." Pero manifestándole Jesus que no se le podia reprobar ni la palabra, pues que ella está en

las Escrituras admitidas por sus adversarios, ni la pretension en sí misma, por hallarse justificada por obras divinas, les habló así: "¿No está escrito en vuestra ley, yo os dije: vosotros sois dioses? Si ella, pues, llama dioses aquellos á quienes se dirige la palabra de Dios, y si la Escritura es inefable, ¿cómo decís que yo blasfemo habiéndome el Padre santificado y enviado en el mundo, cuando digo que soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si yo las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras, de modo que conozcáis y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre." Pero sus contradictores, encontrando mas fácil el perseguirle que el responderle, quisieron apoderarse de su persona; mas él se escapó de sus manos, y se retiró á la otra parte del Jordan.

No habia Jesus dejado aún aquel asilo, cuando Maria y Marta le enviaron la noticia de que su hermano Lázaro estaba enfermo. Nadie ignora que el Hijo de Dios no se prestó desde luego á la invitacion de socorrer á su amigo: deseaba dar una brillante prueba de su poder y de su mision, mandando á la muerte con una autoridad soberana. Todos saben tambien, que movido á compasion á vista de las lágrimas derramadas por las hermanas y por los amigos de Lázaro, lloró él tambien, y le hizo salir vivo del sepulcro, en presencia de una multitud numerosa. Y este suceso, que debia arrancar irresistiblemente el reconocimiento universal de su divinidad, tan sensiblemente manifestado, referido á los fariseos por testigos oculares, precipitó sus resoluciones homicidas. Reunióse el gran consejo: "¿Qué harémos? dijeron, este hombre obra milagros: Si le dejamos operar así, todos creerán en él; y vendrán los romanos á arruinar nuestra ciudad y nuestra nacion."—"Nada entendeis en esto, repuso el gran sacerdote, ¿y no sabéis que conviene que un solo hombre muera por el pueblo, á fin de que toda la nacion no perezca?" Así hablaba este sacerdote, sin saber que uno solo iba en efecto á salvar, no solo exclusivamente la raza judía, sino todas las razas humanas, y no de una ruina material, sino de unos desastres mucho mas graves, en donde perecen las almas. Sea como fuere, la muerte de Jesus quedó resuelta por sus enemigos. El mismo, sabiendo que la hora señalada por su Padre habia llegado, no se refugió á lugares distantes; aguardó en un campo de la Judea la aproximacion de la fiesta de Pascua, en la cual habia de morir, victima de su dulce y ardiente caridad.

El acto, pues, mas soberano de la autoridad divina, cual es el mandar á la muerte que restituya su presa, no hizo mas que apresurar la muerte del Salvador. Aprendan aquellos hombres orgullosos que pretestan, para no rendir á la fé el homenaje de su razon, el carácter de pruebas visi-

bles y palpables de su carácter divino. La altivez de una inteligencia indómita, sostenida por la corrupción de la voluntad, no se rinde á la evidencia de los hechos. Dios mismo pone una venda á los ojos de su pensamiento para no ceder ni aun al testimonio de los sentidos; entonces se irrita mas su orgullo, por no poder contrarrestar al poder irresistible de Dios, y dice con el arcángel soberbio, á quien no se ocultaba por cierto la omnipotencia de su autor: No serviré, no te doblaré la rodilla. El Señor, de otra parte, no admite esos homenajes forzados que arranca la evidencia; y aun cuando la conceda á los que dudan, castiga su presunción temeraria, dejándolos convencidos, pero obstinados y tenaces en su rebeldía.

Al volver, pues, el divino Maestro, desde aquel campo donde se había retirado, á Jerusalem, se detuvo en una aldea de Betania, y comió en casa de uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor había curado de la lepra. Estaban allí tambien convidados Lazaro y sus dos hermanas, y los discípulos de Jesus acompañaban tambien á su Maestro. Marta servía á la mesa; pero Maria, atenta siempre en dar pruebas á su Maestro divino de respeto y de amor, tomó á su cargo los perfumes, que entre los judios era el mayor lucimiento del festín. Tomó esencia de nardo purísimo y destilado en un vaso de alabastro, y entrando en la sala del convivio, lo derramó todo sobre los pies del salvador, que enjugó despues con sus cabellos, llenando toda la estancia con el olor de tan precioso aroma. Los judios, como todos los pueblos de Oriente, tenían la costumbre de unirse la cabeza y la cara: los menos ricos se servían del aceite comun, los mas pudientes empleaban varios géneros de perfumes. El discípulo traidor, que se hallaba presente, dijo con afectacion: "¿A qué viene esta profusion? Podia haberse vendido este perfume por trescientos dineros, que se hubieran dado á los pobres." Estos trescientos dineros podían valer sobre novecientos cincuenta reales de nuestra moneda. Judás, empero, usaba de aquel lenguaje, no para alivio de los pobres, pues era un ladrón y mal administrador del dinero que se recojía para el sustento de los discípulos, y del cual era depositario. Pero Jesus, penetrando no solo la perversa intencion del perdido discípulo, sino los sentimientos malignos de algunos de los circunstantes, dijo: "Dejad esta muger, ¿por qué os incomoda? Lo que acaba de hacer es una buena obra; porque siempre habrá pobres entre vosotros, á quienes podréis hacer el bien cuando quisierais; pero á mí no me tendréis siempre. Ella ha hecho lo que ha podido, y ha perfumado anticipadamente mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde quiera será predicado este Evangelio, esta muger será encomendada

por lo que acaba de hacer." La palabra del Señor se cumple todos los dias: la memoria de la piadosa muger que acababa de escuchar postrada su palabra y de derramar sobre sus pies riquísimos perfumes, esta memoria es honrada y querida de un extremo al otro del mundo por todos cuantos tienen la fé y la caridad en el corazon.

Cuando Jesucristo fué arrastrado delante de los tribunales, Maria Magdalena fué repelida sin duda del teatro de aquel drama violento y sanguinario, pues ni ella ni las santas mugeres aparecen en el relato evangelico de la Pasion. Pero la noble sierva del Señor manifestó bien que su alejamiento no provenia del temor: despues del trágico fallo pronunciado por Pilatos, pudo hasta cierto punto reunirse con el Divino paciente, y le siguió hasta el lugar del suplicio. Ella iba tras sus huellas de sangre en el momento en que Simon de Cirena, representando la humanidad entera, ayudó al Hijo de Dios á llevar su cruz, y fué noblemente asociado á la obra de la redencion, y en el momento en que, enternecido el Salvador á vista de las lágrimas que derramaban las piadosas mugeres en su doloroso tránsito, se volvió hacia ellas, dirigiéndoles aquellas tan repetidas palabras: "Hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí: llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque dias vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron, los pechos que no dieron leche! Entonces se dirá á las montañas, caed sobre nosotros, y á los collados, sepultadnos debajo vuestras ruinas, porque si esto se hace en el árbol verde, ¿en el seco qué se hará?" Palabras terribles con que designa el Salvador las desgracias que caerán sobre los hombres culpables, cuando llegue el dia formidable de la vindicta.

Magdalena ama á Jesus, y le sigue en sus afrentas, en sus tormentos, en su patíbulo, en su muerte: ama y se halla junto á la cruz: ama y anda á enciñarse de dolor para padecer con su amado, y solo el corazon sin igual de la Madre la excede en amor. La hermana de Marta es la segunda muger querida de Dios: Jesus, espirando, la mira tambien desde el leño en que espira, y derrama sobre ella el raudal de la redencion. Ella se baha con sus lágrimas y su sangre, y le llora, y le recibe tambien para ponerlo en los brazos de Maria, y le acompaña al sepulcro, y le deja en él, y vuelve ansiosa por la mañana, y no le encuentra, y pregunta por él, y oye de sus labios que la llama; *Maria!* Ah, Maestro mio! esclama; pero el Señor glorioso se le escapa, y quiere aun ejercitar su fé y su esperanza, ya que casi no es posible aumentar su amor.

En efecto, el teatro donde mas brilló la llama del divino fuego que abrasaba á Magdalena, fué sobre el Calvario. Huido habian los fuertes

de Israel, los escogidos por el Salvador para candeleros de su Iglesia, los discípulos, los apóstoles, todos, menos uno, habían desamparado á su divino Maestro, ó temblaban despanvoridos, ó desconfiaban indecisos. Solo ese corazón de mujer, que no había recibido la llama del Espíritu de Dios, supo hallar fuerzas en sí mismo para despreciarlo todo, para no ver otra cosa que á su Maestro amado. Le acompañó sobre el Calvario, le vió crucificar, estaba al pie de la cruz cuando el divino ajusticiado legó su madre á la humanidad, personificada en San Juan. Ella le vió morir: mientras que el pueblo estaba contemplando con ojo indiferente á toda la naturaleza conmovida y agitaba al último grito de su autor; mientras que el centurión, escuchando la voz de la conciencia, se golpeaba el pecho reconociendo á su Dios, Magdalena y las santas mujeres, detenidas á cierta distancia por los soldados y por los verdugos, seguían con su mirada toda aquella lúgubre escena, y no dejaron el Calvario, hasta que el cuerpo del Salvador fué descendido de la cruz. Es tradición tan antigua como respetable, que recojió con la mayor veneración una porción de tierra empapada en la sangre del Salvador, y así se añade, que tan precioso tesoro se guarda en una redoma que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Pero el amor de Magdalena no quedó satisfecho con verle espirar: si hubiese sido menos inflamado y generoso, hubiera sido mas apático, y se hubiera contentado con llorarle desde la soledad de su retiro. Pero no, no limitó su amorosa actividad á las pruebas de un estéril llanto. No se separó de la cruz, y llegado el momento de poner á Jesús en el sepulcro, Magdalena estaba presente, y se quedó con las demás mujeres, sentada junto á la tumba. Quisieron ellas saber el lugar donde se depositaban aquellos restos tan queridos, y de qué manera se inhumaban, pues su proyecto era embalsamarlos de nuevo. En efecto, apenas estuvieron de vuelta á la ciudad, prepararon aromas y perfumes. Mas como no á entrar el sábado, y en aquel día no se permitía á los judíos ningún género de trabajo, se abstuvieron de hacerlo, segun prescribía la ley.

Pasado ya el tiempo del descanso religioso, María Magdalena, á quien ni la cruz ni la muerte habían podido separar de Jesucristo, y las santas mujeres que la acompañaban, compraron preciosos aromas para embalsamar el cuerpo de Jesús. Esto era el sábado por la tarde, después de puesto el sol, tan pronto como fué permitido volver al trabajo, y lo dispusieron todo para la mañana siguiente. En efecto, llegado el primer día de la semana, y apenas éste despuntaba, partieron todas de Jerusalem para ir al sepulcro que estaba fuera de la ciudad, en la parte inferior de la montaña del Calvario. ¿Cómo no detenía á Magdalena y á sus

compañeras la numerosa guardia que había puesto la recelosa inquietud de los enemigos de Jesús para custodiar su sepulcro, la dificultad ó casi la imposibilidad de remover la enorme piedra que le cubría, y que apenas podían mover muchos hombres juntos, y el romper el sello de la autoridad pública con que para mayor seguridad se había sellado la tumba del que murió en la cruz? Pero el amor no conoce estorbos, ni aun piensa en los obstáculos, y cuenta por vencerlo todo con una fuerza irresistible. Nada arredró á Magdalena ni fué bastante para detenerla un momento: Su corazón adivinó que el poder de Dios lo vencería todo, y un corazón tan amante no se engaña. Un poco antes de su llegada, la tierra había temblado en torno del sepulcro, y un ángel descendido del cielo, después de haber removido la enorme piedra que estaba en la embocadura del fúnebre monumento escavado en roca viva, sentóse sobre ella; su faz resplandecía como el relámpago, y su vestido era candente como el ampo de la nieve. Al aspecto del celeste parainfante, los guardias, sacrecojidos, aterrados, quedaron inmóviles y como muertos de pavor.

Entretanto, acercábanse las mujeres, diciendo entre sí: “¿Quién nos levantará la piedra puesta á la entrada del sepulcro?” Pero al llegar, advirtieron luego que aquella grande piedra se había ya quitado. Entraron en la cueva ó cavidad en donde estaba el sepulcro, y al ver un joven, sentado á la derecha de la gruta y vestido de blanco, se asustaron. “No temais, les dijo el desconocido, ya sé que buscáis á Jesús de Nazareth, á quien crucificaron, pero no está aquí, pues ha resucitado como ya dijo: venid y ved el lugar en donde estuvo colocado. Apresurad, y decid á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado de entre los muertos, y que os precederá en Galilea.” A estas palabras penetraron algo mas en la caverna, y mirando el sepulcro no vieron al cuerpo del Señor. Conterráronse en gran manera, y al salir se les aparecieron dos hombres vestidos de luz y de resplandor. Bajaron hácia á la tierra su tímida uirrada; y aquellos angeles, ocultos bajo dos formas humanas, dijeron: “¿Cómo buscáis entre los muertos al que está ya vivo? No está en este lugar, pues que ha resucitado. Acórdos de qué manera os habló cuando estaba aún en Galilea, pues os decía: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día.” Todas las palabras pronunciadas por Jesucristo relativas á su muerte y á su resurrección les vinieron en efecto á la memoria, pero sin inspirarles aun una entera fé al prodigio que se acababa de cumplir.

Las santas mujeres dejaron, pues, el sepulcro: y como estaban turbadas é inquietas, caminaban con grande velocidad. Pero no dejaba de

mezclarse á su pavor una cierta alegría. Nada dijeron de lo que habian visto y oído á las personas que encontraron en el camino; pero luego de llegadas á Jerusalem, dieron parte de aquellas estrañas maravillas á los apóstoles y á todos los discípulos. Estas mugeres eran María Magdalena, Juana, muger del intendente de Heródes el tetrarca, María, madre de Jayme el menor, y las otras galileas que habian seguido al Señor. Magdalena fué la que corrió á avisar á San Pedro y al discípulo amado de Jesús, y aun no parece que estuviere ella persuadida de la resurreccion, á pesar del testimonio de los ángeles que vió en el sepulcro, pues dice á los apóstoles: "Han robado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto." Ni los apóstoles dieron crédito á estos relatos, que trataban de sueños ó ilusiones.

Sin embargo, como si su incredulidad hubiera ya vacilado algun tanto, Pedro y Juan quisieron ver por sus propios ojos lo que podia haber de verdad en la relacion de las mugeres. Apresuráronse, pues, á pasar al sepulcro, corriendo uno y otro, pero como Juan era mas jóven, adelantó á su compañero y llegó antes que él. No hizo mas que bajar á la entrada de la cueva para examinarla, y vió la sábana ó mortaja, desplegada y tendida por el suelo. Sobrevino Pedro á su vez, penetró á la gruta y vió las fijas con que se habia envuelto el cuerpo, y el sudario que habia cubierto la cabeza del Señor. Solo entónces creyeron los dos discípulos á la palabra de las santas mugeres, pues hasta entónces no comprendian todavía que Jesucristo debiese de resucitar de entre los muertos.

María Magdalena, en su tierna afecion por el Salvador, despues de haber anunciado á los apóstoles lo que ella habia visto, volvió de Jerusalem al sepulcro, para descubrir en fin lo que habia en realidad y en donde paraba el cuerpo de su Maestro querido. Al llegar, hizo sus investigaciones con una tristeza llena de inquietud, permaneciendo fuera de la cueva, á donde entraba de tiempo en tiempo, con la esperanza de satisfacer su corazón contra el testimonio mismo de sus ojos. Por fin, habiéndose inclinado de nuevo para mirar en el sepulcro, y no sabiendo ya qué hacerse en su amoroso desasosiego, no tardó el Salvador en premiar su generosa ánsia, pues vió dos ángeles vestidos de blanco, y sentados en el lugar donde habia antes el cuerpo de Jesús, el uno en la cabeza y el otro en los pies. "Muger, le dijeron, ¿por qué lloras?"—"Lloro porque han llevado de aqui el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto." A estas palabras volvióse para salir de la gruta, y vió á Jesús en pie, pero sin saber que fuese el mismo. "Muger, le dijo, ¿por qué lloras, y qué es lo que buscas?" Como el sepulcro estaba en un huerto, creyó Magdalena hablar con el hortelano, y le respondió: "Señor, si es lo llevásteis, de-

cidme dónde lo pusisteis, que yo me lo llevaré." ¿No era muy justo que el Señor recompensara tan constante, sincera é intrépida adhesion, apareciéndose á esta muger, antes aún de aparecerse á sus apóstoles, consolándola con una muestra especial de bondad?

Así, pues, Jesús creyó no deber alijirla con mas dilaciones, y la llamó por su nombre, como habia acostumbrado hacerlo antes de su muerte. "¡María!" le dijo, y reconociendo ella por aquella voz tan amada que era el mismo Jesús, exclamó fuera de sí: "¡Ah Maestro mio!" y queriendo aproximarse tal vez para asegurarse de que era una realidad lo que afectaba sus ojos, y no una ilusion de su ternura, y queriendo arrojarle á sus pies para abrazarlos, detúvola el Señor diciendo: "No me toques, pues no he subido todavía á mi Padre. Id á encontrar á mis hermanos, y decidle que yo voy á subir hacia mi Padre y mi Dios, que es tambien su Padre y su Dios." Tal vez quiso darle tambien á entender, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos materiales, le contemplase con los ojos de la fe, considerándole como si estuviese ya sentado junto al resplandor de su Padre. Púedese tambien creer, sin temor de equivocarse, que desde luego se hizo tambien visible á su santa Madre para consolarla del exceso de su dolor; pero las Escrituras no lo dan á entender esplicitamente, y la primera manifestacion del Salvador, de la cual se habla en el sagrado testo, es la que se hizo á María Magdalena: favor singular y señal de tiernísima caridad, por el que Jesús se dignó recompensar el corazón de aquella piadosa muger, cuyo nombre habia ya inmortalizado, consiguiéndolo al eterno recuerdo de los cristianos, y prometiéndole que recorrería toda la tierra, llevado en algun modo en alas del Evangelio.

Cuando María Magdalena se apartó del sepulcro para ir al encuentro de los apóstoles y decirles que ella habia visto al Salvador, aparecióse éste igualmente á las demas mugeres de Galilea, que venian á misa mo en busca de su cuerpo. Presentóseles de repente, y las saludó deseándoles la paz. Entónces se arrojaron ellas á sus pies, los besaron y adoraron. "No temais, les dijo Jesús, id á participar á mis hermanos que pasen á Galilea, y allí me verán." María Magdalena, diligente como el amor, llena de gozo y de esperanza, fué á encontrar á los discípulos que estaban aún sumergidos en la tristeza y en el llanto. Y rebozando júbilo y consuelo en su vista y en sus ademanes, les dijo con una voz casi trémula de placer y de sorpresa: "He visto al Señor." Y refirió lo que le habia sucedido. Viniéron despues las demas mugeres, y confirmaron el relato de Magdalena. Pero los apóstoles nada quisieron creer de lo que se les decía, hasta el momento en que por la tarde del mismo dia, Jesús se les

apareció en persona, y disipó todas sus dudas é incertidumbres. Porque convenia que este grandioso acontecimiento, fundamental en el cristianismo, fuese investido, como lo es realmente, de testimonios tales que solo cediesen á la mas brillante luz de la evidencia, y de pruebas auténticas é irresistibles; por manera que la indocilidad de los apóstoles, sus dilaciones y su resistencia en creer, son una de las mas sensibles garantías de nuestra fe en la resurreccion del Salvador.

Esta circunstancia merece que nos detengamos en ella un momento, á lo menos por la parte que tuvo Maria Magdalena en atestiguar el glorioso levantamiento de Jesus de la region de la muerte. Debemos á la ilustre penitente de Magdalo una gran parte de la autenticidad con que refleja sobre los siglos la resurreccion del Señor. El amor de esta constante discipula de Jesus, á pesar de ser activo, fervido, arrebatado, no fué crédulo ni precipitado en dar asenso al gran prodigio; y el alta elocuencia de su conviccion, cuando ésta fué inevitable, bastó para someter los ánimos de los discipulos de Jesus.

Entremos ya en el pormenor de lo que escriben los apóstoles, y vamos á ver si encontraremos en ellos pruebas de una credulidad precipitada. Parece por su relacion misma que casi llegaban á desesperar de la resurreccion de Jesucristo; que el escándalo de la cruz habia desvanecido del odo la poca esperanza que en aquella tenían, y que se les habia ya olvidado el habérsela predicho el mismo, cuando dejó la Galilea para venir á Jerusalem.

Las santas mugeres que vinieron al sepulcro no tenían otra idea que la de embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesucristo, y tribuárle los últimos deberes que no habían podido verificar por ser el dia del sábado; y como no le encontrasen, creyeron que habia sido robado. Magdalena corrió conmovida á participarlo á Pedro y á Juan que habían acudido, y no viendo éstos mas que las sábanas y el sudario, les ocurrió el mismo pensamiento; pues, como refiere uno de ellos, ignoraban la Escritura y el misterio de la resurreccion. Tanto abundaba Magdalena en esta idea, que aun cuando los dos ángeles le preguntaron el motivo de su llanto, le respondió que lloraba porque habia robado á su Señor y no sabia en dónde le habia puesto. Y un momento despues, viendo á Jesucristo sin conocerle, que le hacia la misma pregunta que los ángeles, respondióle ella sin atender á sus palabras: Si vos le habeis sacado de allí, decidme dónde le habeis puesto, que yo iré á buscarle.

He aquí, pues, qué ideas ocupaban el pensamiento de Magdalena, cuando Jesucristo se le descubrió claramente, llamándola por su nombre con el metal de voz que no podia ella desconocer. Ved ahí tambien lo

que discurrían las otras mugeres antes que los ángeles las hubiesen desengañado, y que ellas tuviesen la dicha de abrazar los piés de Jesucristo. Y ved ahí por último lo que los apóstoles se obstinaron en creer á pesar de todo lo que pudieron decirles Magdalena y las santas mugeres.

¿Y tales prevenciones podrá decirse que hacen una preparacion para la seduccion? ¿Estaban tales personas dispuestas á creer sin examen? ¿Tenian acaso llenos el pensamiento y la imaginacion de una vana esperanza que se figurase todo cuanto podia lisonjearla, y que diese una falsa realidad á las mas ligeras apariencias? ¿No es, antes bien, muy de admirar que el sepulcro abierto, las envolturas que habían quedado, la aparicion de los ángeles, no recordasen á Magdalena la predicción hecha por Jesucristo de su resurreccion, pocos dias antes de su muerte, en términos tan claros y precisos, y que los apóstoles en semejantes circunstancias, de que fueron ellos mismos testigos, no se viesen forzados á recordarla?

De esta primera observacion pasemos á otra, y veamos qué impresion produjo en los once apóstoles y en algunos otros discipulos la tan circunstanciada relacion de lo que habia visto Magdalena en particular, y de lo que habían visto separadamente las otras mugeres, lo que les habían dicho los ángeles, y lo que decian ellas haber oido del mismo Jesucristo. Todo esto lo graduaron ellos de sueño, de pura quimera, de una exaltacion de fantasia, sin hacer de ello el menor caso. ¿Y por qué? ¿Será quizás porque este hecho no les tocase muy de cerca, estando, como estaban, inconsolables por la muerte de su Maestro, de quien todo debían esperar, siendo verdad que hubiese resucitado, y quedaban completamente engañados siendo mentira su resurreccion? ¿Eran acaso indignas de ser creidas bajo su palabra las mugeres que lo aseguraban, las cuales todo lo habían abandonado por Jesucristo, que le habían seguido hasta la cruz cuando le hubieron desamparado los demás discipulos, y que habían tenido valor para ir al sepulcro cuando creían que todavía estaban allí las guardias? Una de ellas era Maria, madre de Jaime y de los dos otros apóstoles, y tanto ésta como Juana, mujer del intendente de Heródes, y Magdalena, merecian por cierto una particular deferencia. Lo que ellas decian haber visto y oido tenia tan poca apariencia de ficcion, que ni aun era posible fingirlo, y era muy poco razonable el no entrar siquiera á examinarlo.

Sin embargo, todo lo despreciaron como vano y frívolo; y en aquel mismo dia, dos discipulos, uno de los cuales se llamaba Cleofas, se separaron de los demás para volver probablemente á su profesion, perdida y toda esperanza, aunque conservasen por esto veneracion á Jesucristo, e

cual se juntó con ellos en el camino; pero sin darse á conocer, y que con sus preguntas les obligó á descubrir sus pensamientos. Es en extremo importante para nosotros el oír lo que dicen sin perder una sola palabra. "Jesus de Nazaret (así se explican) ha sido un profeta poderoso en obras" y en palabras delante de Dios y delante de todos los pueblos. Mas los "principes de los senadores y nuestros sacerdotes le entregaron al gobernador para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Sin embargo, nosotros esperábamos que él sería quien rescataría á Israel, y sin embargo, nos hallamos ya al tercer día de estos sucesos. Verdad es que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han llenado de admiración, pues habiendo ido muy de mañana á su sepulcro, y no encontrando su cuerpo, han vuelto diciendo que unos ángeles les han asegurado que está vivo. Y algunos de los nuestros que han ido al sepulcro han encontrado lo mismo que les habian referido las mujeres; pero á él nadie le ha encontrado."

Viendo todo cuanto dicen estos discípulos en su relación, ¿no parece que sentimos contra ellos una secreta inquietud, por no haber sacado consecuencia alguna de unos hechos los más ciertos, y tan fáciles de averiguar? Estamos aún en el tercer día: desde la mañana está abierto el sepulcro, y no han quedado sino los lienzos. Unas mujeres, nada sospechosas por su virtud y sinceridad, dicen haber visto ángeles que les han asegurado la resurrección de Jesucristo que él mismo habia predicho. ¿De una parte le veneran como á un gran profeta, y de otra no le creen ni á él ni á los ángeles, ni á las personas á quienes los ángeles han hablado? ¿Es posible llevar á mas alto punto, no digo la indolencia, sino hasta la incredulidad? ¿Los mismos que tienen hoy la desgracia de dudar de la resurrección de Jesucristo, ¿hubieran sido capaces de una estupidez tan fuera de razon, si se hubiesen hallado en tales circunstancias? ¿No hubieran tenido mas ansia y diligencia para averiguar una verdad de tan graves consecuencias?

Supongan, pues, por un momento los que dudan que á ellos mismos refieren las santas mujeres lo que han visto y oído, y decidan ellos mismos si hubieran hecho tan poco caso como los apóstoles. "Consernadus nosotras, les dicen las santas mujeres, por la idea de que el cuerpo de Jesucristo habia sido robado, dos ángeles vestidos de blanco se nos han aparecido en el mismo lugar en donde habia estado su cuerpo, uno á la cabeza, otro á los pies, y nos han dicho: ¿Por qué entre los muertos buscáis al que está vivo? Ha resucitado, no está aquí. Acordaos de qué manera os habló cuando estaba aún en Galilea. Es preciso, decia, que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea

"crucificado, y que resucite al tercer día. Y realmente nos hemos acordado de estas palabras. Y añadieron los ángeles: Venid á ver el lugar en donde se habia puesto al Señor, y corred á decir á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado, que estará en Galilea antes que vosotros, y que allí le vereis. Al momento, llenas de gozo, salimos del lugar del sepulcro para venir á anunciaros este prodigio. Y ya por el camino el mismo Señor se nos ha presentado dándonos el saludo. Nos hemos acercado á él, y abrazándole los pies, le hemos adorado."

¿Qué hay que pensar de esta relación, tan sensata, tan formal, tan interesante? ¿En qué lugar de ella se percibe el menor asomo de locura ó de ilusión? ¿Cómo esas mujeres se acuerdan en este momento de la manera con que Jesucristo habia predicho su crucifixion y su resurrección, cuando ellas no buscaban sino como hallar algun consuelo en su muerte, derramando sobre él preciosos perfumes? ¿Cómo tan súbitamente han pasado de un exceso de dolor á un transporte de alegría? ¿Cómo adivinan que el Señor se hará visible á sus discípulos en Galilea, si nada de esto les han dicho los ángeles? Cierito estoy que aun aquellos cuya fe es mas vacilante, hallarian en esto motivos poderosos de reflexiones profundas: á lo menos es innegable que no acusarian á los apóstoles, que lo trataron de pura quimera, de haber creído con demasiada ligereza.

Mas atiendan estos hombres, á quienes tanto cuesta el creer, lo que tiene que decirles Magdalena en particular. "La aparición de los ángeles" y sus palabras, tan capaces de consolar, no habian podido aun enjugar "mis lágrimas. Derramábales todavía cuando vi á Jesus delante de mí, sin saber que fuese él, y entonces me dijo: Mujer, ¿por qué lloras? Y yo le respondí pensando que era el jardinero: Señor, si vos le habeis quitado, decidme dónde le habeis puesto, que yo me lo llevaré. Despues me retiraba, cuando Jesus me llamó por mi propio nombre de Maria, y habiéndole reconocido á su voz, me volví hacia él presurosa, diciéndole: ¡Ah, Maestro mio! Mi intento era echarme á sus pies y abrazárselos; pero él me dijo: No me toques, pues aun no he subido á mi Padre. Vé á encontrar á mis hermanos, y dile que yo soy á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios."

Decidme ahora, ¿qué circunstancia de éstas puede ser efecto de una imaginación exaltada, que figura lo que espera, y que transforma sus visiones en realidad? Magdalena llora, y cuando está mas hondamente sumida en su dolor, se oye nombrar, y percibe un metal de voz que lleva consigo la persuasión, y le causa el sentimiento mas vivo. Pero su alegría se suspende por algunos momentos, pues la razon está aún oscura, y realmente el hecho estaba naturalmente distante de toda conjetura. Y

menos posible era poner en boca de Jesucristo palabras de que todavía no se ha servido: Vé á decir á mis hermanos (expresion nueva, pero pronunciada en el salmo 21) que yo subo á mi Padre, que es vuestro Padre, y á mi Dios, que es vuestro Dios: expresion más nueva aún, y más inaudita, pero que marca la completa reconciliacion de los hombres con Dios por los méritos del Mediador, que ha unido en una misma persona el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Los apóstoles, que no se conmovieron por tantas cosas juntas, tan expuestas de persuadir, á lo menos de excitar y despertar su actividad y diligencia, son un portentoso de incredulidad y de insensibilidad. Por lo cual, la sospecha más mal fundada y más opuesta á sus disposiciones, sería el atribuirles una facilidad excesiva en creerlo todo, sin primer examen.

Después de aquel instante de la apasion, ya no se encuentra más en el Evangelio la menor traza de Santa Magdalena. Es probable con todo, que ella pasó desde luego á Galilea, en donde Jesús debía manifestarse á sus discípulos, y que no dejó perder ninguna ocasion de ver y de oír á su divino Maestro. Es cierto, además, que las mugeres galileas y los discípulos se reunieron en una montaña, cuya situacion se ignora, en donde Jesús había prometido que vendría en medio de ellos, de cuyo número fué seguramente Maria Magdalena. Mas de quinientos discípulos se habían reunido para ofrecer sus homenajes al Hijo de Dios resucitado. Siguiéronle en Judea algunos dias después, y Magdalena era sin duda entre sus filas, cuando, desde la montaña de los Olivos, después de haber extendido sus manos sobre sus discípulos para bendecirlos, Jesús se separó de ellos y se elevó al cielo, convuelto en una nube resplandeciente. Ella recibió asimismo las palabras pronunciadas en aquella hora: preme por dos ángeles que dijeron á la admirada y atónita multitud: «Hombres de Galilea, ¿por qué estáis aún mirando el cielo? ¿qué esperáis? Este Jesús que acaba de subir allí y que os ha dejado, descenderá algún dia del mismo modo que le habeis visto levantar.»

Segun general opinion de los antiguos, después del descenso del Espíritu Santo y de la dispersion de los apóstoles, Maria Magdalena dejó Jerusalem y la Palestina, que ya ningún atractivo tenían á sus ojos desde que el mismo Salvador había abandonado aquellos lugares. Muchos han creído que, en la primera persecucion suscitada contra los discípulos de la cruz, pasó á Efeso, en el Asia menor, para permanecer allí con la Santa Virgen, que había seguido á San Juan el Evangelista; su hijo adoptivo, después de la muerte de Jesucristo. Añádesse, que tampoco dejó á San Juan, ni aun después de la Virgen Maria, y que finió su vida apos-

tólice por un glorioso martirio; y refiere Gregorio de Tours que esta misma tradicion era recibida de su tiempo en las Galias.

Por lo demás, es seguro que el culto de Santa Magdalena es antiguo y célebre en Oriente. Los elogios que le discernen los autores griegos corresponden á los honores religiosos que se tributan á su memoria: es llamada igual á los apóstoles, la primera y la conductora de las mugeres que seguian al Señor, gozando entre ellas de la misma categoria de que gozaba San Pedro con respecto á los hombres.

El nombre y culto de la ilustre santa ha llenado tambien las iglesias de Occidente. La iglesia de Vezelay en Borgoa, durante mucho tiempo, pretendió estar en posesion de los despojos mortales de Santa Magdalena que le habían sido traídos de Jerusalem. Es una verdad que esta iglesia en el siglo XI tenia reliquias, que se miraban generalmente como las de Santa Magdalena. En el siglo XIII se colocaron en una preciosa urna de plata, en medio de una pomposa solemnidad, á la cual asistieron, entre otros eminentes personages, San Luis, rey de Francia, y el legado del papa, Simon de Brie.

Pero tanto la opinion de la muerte de Santa Magdalena en Efeso, como de la existencia de sus restos en Vezelay, son en el dia generalmente abandonadas. La tradicion que hace á Maria Magdalena en la Provenza con Marta y Lázaro, es mucho más fundada en razones graves, y sostenida por autoridades más imponentes. Segun esta tradicion, de resultas de la persecucion suscitada por los judios contra los que habían sido sus adictos á Jesucristo, tuvieron que embarcarse los tres hermanos con algunos otros, en una nave desmantelada, que caminando á merced de las olas del Mediterráneo, entró por fin en el puerto de Marsella, en donde anunciaron ya la fe de Jesucristo, que Santa Magdalena predicaba junto al gran templo de Diana, en cuyo sitio se vé aún una antiquísima capilla dedicada en honor suyo. Segun la misma tradicion, Lázaro fué obispo de Marsella, en donde murió; Maria llevó á Tarascon la luz del Evangelio, y Magdalena se retiró á una caverna, que ha venido á ser muy célebre bajo el nombre del Santo Balsamo. Allí, en aquel hondo desierto, es donde firmó sus dias en las prácticas de la mas austera penitencia, exhalando ardientes suspiros hacia el cielo, en donde la esperaba el Señor, á quien tanto amó ella en la tierra.

Las reliquias de la santa estuvieron ocultas en el siglo VIII, para librarlas de las sacrilegas profanaciones de los sarrazenos, que desolaban el Mediodia de la Francia. Después de varias investigaciones, fueron descubiertas al fin, en el siglo XIII, en el lugar de San Maximino. Car-

los II, rey de Sicilia, las hizo ricamente encajonar, y las confió á un convento de Dominicos que en aquel lugar edificó.

La fiesta de la Magdalena, fijada en 22 de Julio, era en otro tiempo celebrada con gran solemnidad en todas las iglesias de Occidente. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, se honraba aquel día como un domingo, con la cesación de todo trabajo y negocio. La España y la Italia han conservado por mas largo tiempo todas las muestras de su religiosa veneración á tan santa é ilustre matrona.

Al pié de la cruz, cuando el Cristo captaba, entegado á los insultos y á la irrisión de sus venturos, dos mugeres se distinguían entre todas en la amargura de su dolor. La una santificada por la pureza, la otra purificada por la expiación. María, reina de las vírgenes, y Magdalena, reina de las arrepentidas!

Venidas del estrecho opuesto de la escala moral, habian recorrido sendas muy diversas antes de llegar al pié de aquella cruz en donde ahora, penetradas de los mismos dolores, bañadas en las mismas lágrimas, reunidas por el mismo amor, simbolo de inocencia y simbolo de penitencia, se cobijan bajo la mirada moribunda del Salvador, y nos parecen en aquel momento supremo en que todo se habia cumplido, como el tipo futurum de las mugeres cristianas.

Con María se revela al mundo la virginidad en su parte mas sublime y misteriosa; con Magdalena el amor, amor del alma, purificante, infinito, nacido de la rehabilitación de la muger, de aquella dignidad desconocida que ella encuentra junto al Señor, y del perdón que recibe de sus labios. La antigüedad divinizaba la pasión material; el cristianismo engranda la ternura del corazón, cuyo origen y término están en Dios. María se halla al lado de Magdalena en el momento del sacrificio: el amor y el dolor las unen con doble y estrecho lazo.

El sentimiento inspira de los pueblos, designando bajo el nombre de María Magdalena, aquella muger pecadora, arrepentida y perdonada, los ha movido á escogerla por patrona de las mugeres arrepentidas, y esto nos parece una perfecta inteligencia del espíritu del cristianismo. Pues donde quiera hallamos espijado en el Evangelio este pensamiento de fátiga y de perdon, de pérdida y de alegre hallazgo, y se reproduce bajo mil diversas formas. Aquí es el hijo pródigo que el padre de familia acoge con felicidad, y por el cual celebra un festín; allá es la dracma perdida, cuya posesión barre con cuidado su casa, y habiéndola encontrado, reúne á sus vecinos y con ellos se regocija. No en vano el Señor pondrá la alegría del cielo por la conversión del pecador. La nueva ley no es otra cosa que la rehabilitación de la humanidad: Magdalena es, á nuestro modo

de ver, la oveja extraviada que el pastor llama con solicitud, y que toma gozoso sobre sus hombros para devolverla al redil, en el cual se le hace mas preciosa que todo el resto de su rebaño. Semimos un dulce consuelo, cuando la mas amada entre las mugeres que seguirán á Jesus, aquella á quien algunos padres han mirado como su primera discípula, se nos presenta bajo la apariencia de una penitente. Mientras que las vírgenes puras siguen las trazas de María, nos placemos en ver á Magdalena tender una mano protectora á las que se han desencarriado, y mostrarles la vía que conduce á la salud. Inocencia y penitencia, ¿no es esta toda la historia del corazón? ¿Y cualquiera que busca junto á la cruz protección y refugio puede rechazar de allí á la muger pecadora? ¿no conoce, antes al contrario, cuán poderoso y tierno es su ejemplo, cuán dulce y consoladora es su imájen para aquellas que, desde el fondo del abismo á donde las precipitaron sus faltas, la contemplan santamente recogida á los piés del Señor, rociándose con perfumes y lágrimas, y recibiendo de sus indulgentes labios las palabras de vida? Ved ahí por qué nosotros saludamos tambien á Magdalena, como reina de las arrepentidas; ved ahí por qué se acogen bajo su nombre benéfico aquellas, que despues de haberse cobijado bajo las alas de la esperanza de María, Madre de Dios, se sepultan para el mundo en el fondo de un claustro, asidas tambien al pié de la cruz, con la imájen de la santa arrepentida, y cubiertas con su mismo manto. Nuestra patria, la religiosa Barcelona, geza tambien de estos institutos heroicos de caridad, en los cuales las lágrimas del arrepentimiento se convierten en perlas preciosas de amor puro y de justificación. María, la reina misma de las vírgenes, las acoge antes bajo su manto, cuando la gracia las ha arrancado de los brazos del crimen y la esperanza se convierte despues en amor. Hijas ya de la penitencia, y gratas á los ojos de Dios, pueden, si quieren, ofrecer el sacrificio perpetuo de sí mismas, y entonces, como si fuesen un coro de vírgenes, las alabanzas del cielo. Entónces la ilustre compañera de María presenta á Jesus los amorosos suspiros de sus almas purificadas, y dan á la tierra y al cielo uno de aquellos dias de júbilo que aparecen como uno de los triunfos mas brillantes de la redención.

Las lágrimas y el amor de Magdalena, no han podido menos que inspirar al genio del poeta y del artista. *Las noches de Santa Magdalena*, los *Sentimientos de una alma convertida á Dios*, y otras producciones de piadosa ternura, son un eco armonioso y saludable de los magníficos sollozos del rey profeta, cuando regaba su lecho día y noche con el llanto de su corazón.

El cisne mas dulce de nuestro Parnaso, Fr. Luis de Leon, dirigiendo-

se á una señora, á quien llama Elisa, pasada la mocedad, segun se lee en el MS. del señor Jovellanos, describe hermosamente la penitencia de Magdalena en estas estrofas.

¿Qué dienos del pasado
tiempo sino dolor? ¿cuál es el fruto,
que tu labor te ha dado,
sino es tristeza y luto,
y el alma hecha sierva al victo bruto?
¿Qué fe te guarda el vano,
por quien tú no guardaste la debida
á tu bien soberano?
¿por quien mal proveida
perdiste de tu seno la querida
Prenda; por quien velaste,
por quien ardiste en celos, por quien uno
el cielo fatigaste
con gemido importuno,
por quien nunca tuviste acuerdo alguno
De tí misma? Y agora
rico de tus despojos mas ligero,
qué el ave huye, y adora
á Lida el lisonjero,
tú quedas entregada al dolor fiero.
¿Oh cuánto mejor fuera
el don de la hermosura que del cielo
te vino, á cuyo era
habello dado en velo
de santidad, ageno al polvo, al suelo!
Mas ahora no hay tardia,
tanto nos es el cielo piadoso
en cuanto dura el día y
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.
Qué la gentil señora
de Magdalo, bien que perdidamente
dada, en breve hora
con el amor ferviente
las llagas apagué del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
amor con otro amor mas encendido:
y consiguió el estado,
que no fué concedido
al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada, y pena,
penetra el techo extraño, y atrevida
ofrécese á la agena
presencia, y sabia olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada,
á los divinos pies que la traian,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habian,
sus manos, boca y ojos lo hacian.

Lavaba larga en lloro
ni que su torpe mal lavado estaba;
limpiaba con el oro,
que la cabeza ornaba,
á la limpieza, y paz á su paz duba.

Decia: solo amparo
de la miseria, extrema medicina,
de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
á aqueste cielo tu piedad divina.

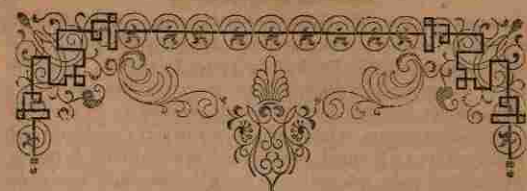
¿Ay! ¿que podra ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vicios
te ofrezco, y estos labios tan profanos.

Lo que sudó en tu ofensa,
trabajo en tu servicio y de mis males
proceda mi defensa;
mis ojos dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.
Bañen tus pies mis ojos,
limpienlos mis cabellos de tormento,
mi boca, y red de enojos,
les dé besos sin cuento,
y lo que me condena lo presento.



UNIVERSIDAD A...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



MARTA.

Marta, Marta, sollicita es et turbaris ergo plurimum. Porro unum est necessarium.

(Luc. X. 41. 2.)

Hospita que Christum accepisti, Marta, precare Hospes ut nobis, hospes ut ille tuus.

(Offic. Inev. Antonia.)

En el año segundo de sus escarrieras evangélicas, Jesucristo había recorrido la Galilea, multiplicando en ella los milagros, señales manifestadas de su misión. La fé de sus oyentes no había universalmente correspondido ni al poder de sus obras ni á la santidad de su palabra: dejó, pues, aquella tierra ingrata, pronunciando contra ella este anatema terrible: "¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! Pues si Tiro y Sidon hubiesen visto los prodigios que he obrado á vuestros ojos, hubieran en otro tiempo hecho penitencia en el cilicio y la ceniza. Por esto os digo que Tiro y Sidon serán tratadas con menos rigor que vosotras en el dia del juicio." Y para señalar en seguida la causa habitual de la oposicion que

Marta
Cita la Escritura

encontraba entonces el Evangelio y que debia encontrar mas tarde, Jesús felicitó á los humildes y á los pequeños el haber prestado mas dócil oído á las doctrinas del cielo. En efecto, los pobres, los aflijidos, los ignorantes, en una palabra, los desheredados de la tierra, son mas propensos y mas esforzados para creer, que los alichosos, los filósofos y los ricos: parece que el sentimiento de la propia debilidad prepara y conduce al hombre á la verdad y á la virtud, mientras que la superioridad de fortuna, de talento ó de poder, por precaria ó miserable que sea, lo hace de ordinario locamente soberbio y rebelde á Dios, insolente y duro hacia sus semejantes.

Desde la alta Galilea, avanzaba Jesús con dirección á Jerusalem, en donde le aguardaba aquel suplico que salvó al mundo. En las fronteras de la Samaria no quisieron recibirlo: indignados los discípulos, pedían á grandes voces que se hiciesen bajar rayos del cielo sobre las cabezas de aquellos culpables. "Vosotros no sabéis á qué espíritu pertenecéis, les dijo Jesús; el Hijo del Hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla." Y continuó su camino. En la parte meridional de la Galilea, no lejos de Naim, entró en un lugarcito, y allí una muger, llamada Marta, le recibió en su casa.

Marta tenía por hermana á María Magdalena, y por hermano á Lázaro, que pertenecía á una familia distinguida del país. Parece que Marta era la mayor, pues se cita siempre como la primera, y sin duda que por esta calidad se la ve hacer á Jesucristo los honores de la casa, y desplegar mas que nadie los cuidados de la hospitalidad. Su hermana María era de un natural menos activo e mostrábase igualmente muy gozosa en ver al Salvador, pero para oírle y vivir de aquella vida interior, primera necesidad de las almas, que mueve y llena el sentimiento de objetos celestiales.

Llegado que hubo Jesús á esta familia, á la qual se dignaba unir con preferencia, María Magdalena se quedó sentada á sus pies escuchándole. Marta, llena de solicitud, procuraba que nada faltase á su huésped divino, pero viendo que María permanecía tranquila, con aire de cándida ingenuidad dijo: "Señor, ¿no ves que mi hermana me deja servir sola? Decídle os ruego que venga á ayudarme." Pero el Señor, que pidió agua á la Samaritana para tener ocasión de comunicarle el agua viva de su doctrina, y que si se revistió con la flaqueza de nuestra carne fué para sostenernos con la fuerza de su espíritu, el Señor recibió de Marta los obsequios de hospitalidad para alimentada con el pan de la verdad y de la vida. Respondiéndole, pues: "Marta, Marta, mucho os apresuráis, y os conturbáis con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le

será por cierto quitada." No dijo esto el Señor con el fin de vituperar á Marta, pues ésta tuvo también su recompensa, es decir, el don de la fe y de la caridad; sin solo querer recomendar la noble ocupación de María, que tanta influencia tiene en los destinos del alma humana.

Porque es preciso saber que la antigüedad eclesiástica ha visto siempre en estas dos mugeres el doble símbolo de la vida activa y que se derrama en obras buenas, y de la vida contemplativa que se consume en el ardor de la plegaria. Alimentar á los hambrientos, dar de beber á los que tienen sed, vestir á los desnudos, escorrer en ellos al Hijo de Dios, es una vocación santa, y hasta cierto punto es un riguroso deber, que por no haber cumplido serán muchos excluidos del reino de los cielos. Pero fijar sobre nuestra alma inmortal una atenta mirada, dar un lugar á Dios en nuestro espíritu y en nuestro corazón es una ocupación que sería honorífica, aun cuando no fuese estrictamente necesaria. Si es muy justo honrar á cualquiera que se consagra á su familia, á su patria, á la humanidad, es aun mucho mas razonable consagrarse á Dios, autor de la familia, supremo defensor de la patria, y padre de la humanidad. Por lo demás, en vano sería todo conato para deterrar á Dios del pensamiento y del corazón de los hombres. Dios recobra por la justicia lo que de él se escapa por la libertad: inocentes ó culpables, le hallamos en el término de todas nuestras sendas: la creación no es mas que un templo y la tierra un altar, en donde el hombre, sacerdotese y víctima, debe inmolarse y morir, logrando en su muerte una nueva vida, como aquel pájaro maravilloso que nos pinta la antigüedad haciéndose el mismo su hoguera en donde el sol introduce el fuego, consumiéndose en medio de las llamas con todo lo que tiene de mortal, y saliendo de sus cenizas con el resplandor de su renovada juventud.

Se cree que Lázaro, Marta y María Magdalena dejaron la Galilea antes que su Maestro y amigo divino, y fijaron su residencia en Judea, no lejos de Jerusalem. Es cierto, en todo caso, que ellos habitaban en el lugar de Betania, á quince estadios ó tres cuartos de legua de la ciudad santa, durante los seis meses que precedieron á la muerte del Salvador.

Cuando Jesús estuvo á la otra parte del Jordan, por haber tenido que huir de Jerusalem á causa de la persecucion de los judios, suscitaba por lo que les habia dicho en el templo, Lázaro cayó enfermo en Betania, y sus hermanos en viaron á decir á Jesús: "Señor, aquel á quien vos amais está enfermo." Sabiendo Jesús el prodigio que habia de obrar, dijo á los que le rodeaban: esta enfermedad no tiene la muerte por término, sino que es para la gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea por ella glorificado." Ved ahí una prueba clara y precisa, de cuya verdad deci-

dará el suceso, bien que en tales circunstancias no puede ser de modo alguno sospechoso. Mas adelante se verá si esta enfermedad acarrió al Hijo de Dios alguna gloria. Jesús se hallaba á la otra parte del Jordán y profesaba un afecto particular á los tres hermanos. Cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, quedóse aún dos días en el mismo lugar, y pasó los estos días: "¡Volvamos á Judea."—"Maestro, le manifestaron sus discípulos, poco hace que los judíos quieren apedrearos, ¿y queréis volver allá otra vez?" Mas Jesús, queriendo enseñarles que todo depende y arriesga á cualquiera que se egia en las tinieblas de los pensamientos terrestres, y que nada sirve verdaderamente de obstáculo al que avanza al resplandor de la celeste voluntad, les respondió: "¿Pues qué, ¿no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza porque vé la luz de este mundo. Al contrario, el que anda de noche, tropieza porque le falta aquella luz."

Así dijo, y añadióles despues: "Lázaro nuestro amigo duerme, confundiendo con sus discípulos, pero yo voy á despertarlo de su sueño." Y creyendo los discípulos que se trataba de un sueño común, le contestaron: "Señor, si duermes, ¡sueña!" El divino Maestro les dijo entonces claramente: "Lázaro ha muerto, y á causa de vosotros me alegro de no haber estado allí, para que creáis. Pero vamos á él." En cuanto á ellos, estaban convencidos los discípulos que si Jesús volvía á Judea, le darían la muerte, y quizás también á los que le acompañaban. Y por eso Tomás, por otro nombre Didimo ó Gemelo, viendo que no podían disuadir á Jesús de ir á Jerusalem en donde debían matarle los judíos, dijo á sus compañeros: "Vamos también nosotros, y muramos con él."

¿Quién dudará de la verdad de esta narración tan natural como verdadera? ¿Era interés de Jesús el dejar morir á Lázaro, siendo capaz de resucitarle? Y si hubiese querido fingir el resucitarle, ¿era prudente el diferir su regreso por tanto tiempo? ¿Conveníale, en fin, el comprometerse tan claramente á restituirle la vida, antes de hallarse en los lugares del hecho, y de examinarlo todo por sí mismo?

Habia ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro, cuando llegó Jesús. Multitud de judíos habían venido á Betania para consolar y participar del dolor de las dos hermanas. La muerte de Lázaro era, pues, pública en Jerusalem, por cuanto habían venido varias personas á Betania, como hemos indicado, para consolar á las dos hermanas, y todas estas personas salían desde que tiempo estaba Lázaro en el sepulcro. ¿Quién hubiera escogido tanta compañía de testigos, un tal lugar, tanta proximidad á Jerusalem, una familia que era allí tan conocida, á tener la mas remota idea de alucinar al público?

Luego que Marta supo que venía Jesús, salió luego á su encuentro, quedándose María en casa. Al ver á Jesús, prorumpió en amargo llanto, y le dijo, postrándose á sus pies: "Señor, si hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano; bien que estoy en la persuasión de que ahora mismo os concedería Dios cualquiera cosa que le pidierais." Dilece Jesús: "Tu hermano resucitará." Y Marta le respondió: "Bien sé que resucitará en la resurrección universal, que será en el último día." Y replicó Jesús entonces: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá: y todo aquel que vivió y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Respondióle la atijida Marta con un acento de fervor y de fe: "¡Oh Señor! si que lo creo; y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo."

Jesucristo nunca habia hablado aún de una manera tan fuerte y tan precisa. El mismo dice que es la resurrección y la vida: exige de Marta que lo crea sin vacilar, y que le confiese el Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solamente en el último día, sino dentro de pocos momentos. Si esto último se verifica, ¿cómo no creer lo demás? Pero esto mismo nos mueve á examinar con la mas rigida escrupulosidad, si Lázaro está realmente muerto y si el hecho es tan cierto como se dice.

Despues de aquellas palabras de Marta, llenas de la mas tierna y arguente fe en las grandes verdades de la religion, vá á decir en secreto á su hermana María: "Está aquí el Maestro y te llama." Apenas oye esta indicación María Magdalena, levántase apresurada, y corre al encuentro de Jesús, que no habia entrado aún en la aldea, y permanecía en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Circunstancia puesta no sin designio, para alejar toda sospecha de colusión y de concierto, y para manifestar que todo pasó en público y á la presencia de todo el mundo.

Los judíos que consolaban á María, viéndola levantarse tan precipitada y salir, creyeron que iba á llorar sobre el sepulcro de su hermano. Estos testigos, siendo judíos, están libres de toda sospecha. La opinión que María les merece, prueba que todo cuanto aquí sucede es de la mayor gravedad, y que es grande el dolor de esta hermana. Dispone la Providencia que todos ellos la sigan, pues van á presenciar todo lo demás de este grandioso acontecimiento.

Arrójase á los pies de Jesús, así que le vé, y esclama como su hermana: "Señor, si hubierais estado aquí, no se habria muerto mi hermano." Jesús, al verla llorar y al ver cómo lloraban también todos los judíos que la seguían, el Dios hecho hombre, sintió un estremecimiento en su alma

y se conmovió con un sentimiento de la mas tierna piedad. "¿Dónde lo pusiéis? esclamó." "Venid, Señor, le dijeron, y le veréis." Entonces á Jesus se le arrasaron los ojos en lágrimas. "¿Quién puede pensar en oponerse á la realidad de todas estas circunstancias? ¿y qué desconfianza, por tenaz que sea, no debe ceder á las lágrimas de los asistentes, y á las del mismo Jesucristo? Aguardemos, no obstante, que vayna al sepulcro; la vista de aquel lugar hará una impresion fuerte sobre los sentidos; y toda vez que se trata de justificar la muerte, la mejor prueba será convencerlos, es el sepulcro."

"Viendo los judíos llorar á Jesus, dijeron entre sí: "¿Mirad cómo le amaba!" Y mirados de ellos añadieron: "Pues, ¿cómo ésto, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, no pudo hacer que Lázaro no muriese?" Estas reflexiones deben tener para nosotros mucho valor, porque prueban que Jesucristo estaba realmente conmovido, y que su dolor era mirado por los judíos, no solamente como un efecto de amistad; sino tambien como un señal de debilidad y de impotencia con respecto á la muerte, lo cual muestra de por sí, que, según ellos, era indudable y sin remedio. Mucha atención mereca tambien lo que dicen sobre el ciego de nacimiento: he aquí un testimonio brillante e irrecusable, sin asomo de sospecha en las personas de donde procede.

Por fin, prorumpiendo Jesus en nuevos sollozos, que le salian del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una grande piedra, como los ríos tenían de costumbre hacerse enterrar. Dijo entonces el Salvador: "Quita la piedra." Pero Marta le respondió: "Señor, mirad que ya hiede, pues hace ya cuatro dias que esta ahí." Confesara tal vez cualquiera que reflexiona, que le sorprende esta ad vertencia salida de la boca de Marta, tan llena de fe, y á la cual habia dicho Jesucristo no términos previos que su hermano resucitaria, y á quien habia asegurado que él mismo era la resurreccion y la vida, exijiendo de ella que así lo creyese. Pero penetrará al mismo tiempo el observador, que la dejaron mínima las dificultades, cuando en aquel momento decisivo los comparó con el designio de Jesucristo, y como ella misma quedó aterrorizada de los obstáculos que debia vencer el Señor. Pero su temor es el que ha de desvanecer el nuestro, pues vemos, á no poderlo dudar, que todo lo que va á seguir, es verdadero y sincero; y que la corrupción ha desfigurado ya aquel cuerpo que cuatro dias hace se halla en el sepulcro.

Respondió, pues, Jesus á Marta: "¿No te he dicho yo que si creyer, si verias la gloria de Dios?" como insulpándola suavemente su falta de fe. Quitóse, pues, la piedra, y Jesus, fijand sus miradas al cielo, dijo: "Oí-

Padre! gracias te doy porque me has oido; verdad es que por mi siempre me oyes; pero lo he dicho por razon, de ese pueblo que esta alrededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado."

Suspensos estaban todos de los labios de Jesus, mudos y casi sin respirar; reinaba en aquel recinto el silencio de aquellos momentos solemnes en los cuales se aguarda un gran prodigio, ó uno de aquellos acontecimientos asombrosos que deciden, por decirlo así, de nuestros destinos, á que van á marcar un rumbo á nuestra existencia. Jesus entonces, con aquella voz que sacó los mundos de la nada, á la luz de la verdad las inteligencias extraviadas en la noche de sus errores, y reanima el cadáver de una voluntad pervertida, dió sus órdenes á la muerte e gritó, pues: "Lázaro, sal fuera." Al momento el cadáver se incorporó prodigiosamente sobre sí mismo, y pareció animado, y Lázaro salió, atados aún con fajas sus piés y manos y tapado el rostro con un sudario. Y continuó Jesus: "Desatadle, y dejadlo ir."

¿Qué asombro! ¿qué poder! La mayor parte de los judíos que habian venido á consolar á Marta y á Maria, tuvieron fe en Jesucristo, cuya palabra ejercia sobre la muerte un imperio tan prodigioso y tan divino. Los demas querian hacerle perecer, como si pudiese ahogarse la verdad en la sangre del que la predica, ó como si Dios, que reanima el polvo de los muertos, no pudiese á su arbitrio enervar y abatir la mano de los vivos.

Este grandioso suceso, uno de los que marcaron con mas brillo y evidencia la divinidad del Salvador, y en el que Marta tuvo no pequeña parte, mereció ser examinado con alguna detencion, porque es un consuelo para la fé, y un aliento para la incertidumbre que vacila. El pone el sello á la serie de maravillas de la vida adorable de Jesus sobre la tierra, antes de su Pasion, y antes de que nos legase á sí propio como en testamento de amor. Aprovechamos esta oportunidad para poner ese gran prodigio á la luz de la evidencia, antes de concluir el último cuadro de las Mujeres de la Biblia.

Oigamos lo que dice un célebre y moderno apologista de los principios de la fé cristiana, acerca las pruebas de la realidad de esta resurreccion, y las consecuencias legítimas y necesarias de semejante prodigio, que lo prueba todo, probando que Jesucristo es la resurreccion y la vida.

Antes de abandonarme á los transportes de la mas pura alegría por tan asombrosa resurreccion, quiero recrearme para considerar á Lázaro antes que se le desate de sus ligaduras. Examinó el sudario que por sí solo le hubiera ahogado si hubiese estado vivo; contemplo sus brazos y

sas piernas atados con fajas, segun costumbre de los judios, y no se comprender qué virtud, qué poder, qué fuerza le ha arrojado del sepulcro, no pudiendo tener por sí mismo el menor movimiento. Veo por fin, cuando se le descubre el rostro, que está lleno de vida, y hasta de salud, y que solo espera para andar libremente, que se le deje libre de sus ataduras, cuya operacion se le hace con la mayor premura. V entónces ¡ah! ríndome á los pies de Aquel que acaba de probar de un modo tan sorprendente como inaudito, que es el Mesias, enviado por el Padre celestial, y que es en verdad la resurreccion y la vida, pues anima con una sola palabra un cadáver infectado ya por la corrupcion.

Descara únicamente que tan admirable y ruidosa resurreccion hubiese tenido consecuencias, y que estas consecuencias de tal manera formasen parte de la historia de Jesucristo, y estuviesen con ella tan invisceradas, que no fuese posible el separarlas. Continúo, pues, la lectura, y encuentro aun más de lo que deseaba.

“Con esto, dice San Juan, muchos de los judios que habian venido á visitar á Maria y á Murta; y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los fariseos, y les contaron las cosas que Jesus habia hecho. Entónces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nacion. En esto, uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros nada entendéis en esto, ni reflexionáis que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que como era el sumo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion judaica, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sólo en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus ya no se debía ver en público entre los judios; antes bien, se retiró á un territorio vecino al desierto de la ciudad, llamado Efrém, donde moraba con sus discípulos.”

Los sacerdotes y el consejo no se esponen á examinar la verdad del milagro, como lo habian hecho con respecto al ciego de nacimiento. La consideracion de que gozaban Lázaro y sus hermanas, que no eran de la infima plebe, el número de testigos que eran asimismo personas de distincion, y que á su vuelta habian llenado Jerusalem con la fama de esta noticia, y sobre todo, el temor de añadir un nuevo brillo y raiado á un milagro que ellos anhclaban sublevar, si daban muestras de dudar de él, les

llovian á resolver definitivamente la muerte de Jesucristo, y á poner de este modo fin á sus milagros. El dicho de Caifás, que se ha hecho celebre, de que convenia que un solo hombre muriese por el pueblo, y el retiro de Jesucristo hacia el Desierto, son otras tantas pruebas de esta deliberacion.

“Seis dias, empero, antes de la Pascua, volvió Jesus á Betania, donde Lázaro habia muerto, y á quien Jesus resucitó. Aqui le dispusieron una cena. Maria servia, y Lázaro era uno de los que estaban en la mesa con él. Y Maria tomó una libra de unguento, ó perfume de vario y puro y de gran precio, y derramólo sobre los pies de Jesus, y los enjugó con sus cabellos, y llenóse la casa con la fragancia del perfume. Por lo cual, Judas Iscariotes, uno de sus discípulos, aquel que le habia de entregar, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos dineros para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque el pasase algun cuidado de los pobres, sino porque era ladrón ratero, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella. Esta ocasion determinó á aquel traidor á ir á encontrar los principes de los sacerdotes y decirles: ¿Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y conviniéron en darle treinta dineros de plata.”

Ved ahí una serie de hechos de una gran consecuencia, é intimamente enlazados uno con otro. Jesus deja su retiro al acercarse la Pascua, época en que Jerusalem se llenaba de una multitud infinita de judios; viene á Betania, y en casa de un hombre muy conocido, llamado Simon el Leproso, porque en efecto lo habia sido, se prepara la cena. Lázaro es uno de los convidados, asisten allí sus dos hermanas, Marta y Maria, y ésta derrama sobre los pies de Jesucristo, y despues sobre su cabeza, un precioso perfume. Esta profusion desagrada á Judas, el cual va á encontrar los sacerdotes para venderlos á su Maestro, y recibe de ellos treinta dineros de plata. ¿Cómo es posible separar estas circunstancias? ¿Cómo negar la cena ó el convite? ¿Como negar la elusion del perfume? Lázaro es uno de los convidados. ¿Cómo puede negarse su anterior muerte? ¿Y su resurreccion puede estar atestigunda de una manera mas solemne? ¿Judas mismo, avaro, murmurador, perfido, no pone el último sello á la certitud de los hechos? ¿Es su crimen una ficcion? ¿Pudo acaso ser inventada la ocasion de su crimen? ¿Es quimérico el precio con que se contentó? ¿Y no merece asimismo alguna atencion la profecia de Zacarías, que tan claramente lo predijo tantos siglos antes?

Mas ved aún algo de mas fuerte: “Una gran multitud de judios, luego que supieron que Jesus estaba en Betania, vinieron allí desde Jerusalem, no solo para ver á Jesus, sino tambien para ver á Lázaro, á

“quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los principes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creían en Jesús.” La curiosidad de los que venían á Betania, es una consecuencia natural de la verdad de la resurrección de Lázaro; y su fe en Jesucristo es otra consecuencia de la misma, si bien que dependiente de la gracia de Dios. Uno y otro suceso debieron enfurecer á los sacerdotes y á los fariseos, enemigos de Jesucristo; y aunque nada podía esperar una resolución tan cruel y tan insensata como la de quitar la vida á Lázaro, como si se hubiese podido impedir que Jesucristo segunda vez se le restituyese, en tan bárbaro desagravio, inspirado por la rabia de la desesperación, y en todo lo demás, veo pruebas públicas del milagro que excita la curiosidad de muchos, induce algunos á que crean, y enfurece á los que no pueden ocurrirle.

Por fin, “al día siguiente, una gran muchedumbre de gentes que habían venido á la fiesta (de la Pascua), habiendo oído que Jesús estaba para llegar á Jerusalem, cogieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: ¡Hosana! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel. . . Y la multitud de gentes que estaban con Jesús cuando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió tanta gente á recibirle, por haber oído que había hecho este milagro. En vista de lo cual, dijéronse unos á otros los fariseos: ¿Veis cómo no adelantamos nada? Hé aquí que todo el mundo se va en pos de él.” ¿Cabe en la posibilidad el negar que Jesucristo hiciese su entrada en Jerusalem como lo refieren los evangelistas? ¿Se ha de considerar como fabuloso el concurso del pueblo que iba delante de él con palmas y grandes aclamaciones? ¿Puede acaso cercenarse en el relato de los evangelistas este suceso tan público de las circunstancias que le acompañan? ¿Y puede hallarse una razón mas natural de este concurso y de este triunfo, que la resurrección de Lázaro, de la cual muchos habían sido testigos, y de la cual ya nadie dudaba absolutamente?

Después de tantas pruebas de todo género, atestadas unas sobre otras, no me queda mas sino preguntar á cualquiera que no se sienta agobado por su peso, lo que necesita para darle plena certitud de una resurrección, rogarle que concierte el mismo las pruebas á que cedería, y meditar detenidamente los medios de que se serviría para asegurarse primeramente de la muerte, y después de la resurrección. Y estoy intimamente convencido, que después de haber agotado su discurso, no presentará uno y otro suceso con tanta evidencia como la muerte y la resur-

rección de Lázaro, y que la verdad, de que parece no estar satisfecho, superará de mucho todos los esfuerzos que haya hecho su imaginación para sustituirla.

Acabo de poner á la vista de cualquier entendimiento sensato y razonable la manera con que la Divina Providencia le ha facilitado el exámen de la religion cristiana en la historia de un solo milagro, porque este milagro prueba irrevocablemente que Jesucristo es el Mesías, pues dice públicamente que le obra para probarlo, y que él es la resurrección y la vida; esto es, principio de la una y de la otra, y por consiguiente Dios; y antes de obrarle, se atribuye estas augustas calidades, exigiendo que se crea ciertamente que las tiene. ¿Puedo en esto haberme equivocado? Si Jesucristo es el Mesías, si es Dios ¿no queda ya probado todo? ¿Y qué otro deber nos incumbe, después de esta demostración, sino escucharle y obedecerle?

¿Habrá acaso razon para disculpar la inexcusable pertinacia del que se obstine en negar un milagro cuya verdad es tan sensible, y está tan necesariamente enlazada con un número considerable de circunstancias, de que no puede dudar sin atacar todos los fundamentos de la historia? ¿Obraría con prudencia, cualquiera que prefiriese una ciega y eternamente funesta tenacidad antes que dar crédito á un hecho tan autorizado? ¿y qué uso haría de su razon continuando en prestar oídos á dudas sobre ciertos puntos de religion, quedando convencido por esta sola prueba que ninguna de estas dudas puede ser fundada, pues todas quedan aquí destruidas y arrancadas de raíz?

¿Pero será posible, se me responde, que la resurrección de un hombre enterrado de cuatro dias, sucedida en un punto tan inmediato á Jerusalem, no hubiese convertido á todo el mundo? A esto respondo, que muchos quedaron conmovidos por este milagro, y creyeron en Jesucristo; pero que esta fe, si fué sincera, no fué efecto del milagro exterior, el cual tan solo dió ocasion á ella; que el pueblo estaba dispuesto á creer, prueba de ello la prisa con que se agolpó delante de Jesucristo y las aclamaciones con que le recibió cuando hizo su entrada en Jerusalem; pero que se vió privado de seguir su deseo y sus inclinaciones por la mancomunidad de los sacerdotes y de los fariseos, que tenían la principal autoridad en la religion; que la ignominia de la cruz, tan diametralmente opuesta á sus preocupaciones y á sus esperanzas, corrió después un velo delante de sus ojos, semejante al velo que tenían ya en su corazón, y que les ocultó á Jesucristo; y que los sacerdotes y los fariseos se habían ya abiertamente declarado contra él; que sus milagros solo servían para irritarles mas y hacérselo mas odioso; que había ya reventado su odio

desde que se habian creído despreciados, esto es, desde que se les había arrancado la máscara de su hipocresía; que los vicios que mas ciegan el espíritu, y que esparcen mas densas tinieblas en el corazón son el orgullo y la envidia, cuando se ven ya desesperadas en sus inicuos planes por el mérito y la virtud de un hombre extraordinario: que estas pasiones no pueden quedar satisfechas sino por medidas crueles y violentas; y por último, que por este camino debían quedar cumplidos los profundos consejos del Padre celestial sobre su Hijo, según los profetas; y según lo observa San Juan: "Por mas que Jesucristo hubiese obrado delante de los judíos tantos milagros, no creyeron en él, á fin de que se cumpliese aquel vaticinio del profeta Isaías: Señor, ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿Y de quién ha sido conocido el brazo del Señor? Por eso no podían creer; pues ya Isaías dijo también en tono profético: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean y en su corazón no perciban; por temor de convertirse y de que yo los cure. Esto dijo Isaías cuando vió la gloria del Mesías, y habló de su persona."

Esto es lo que ha de cerrar la boca á todo el mundo. Predicho estaba que los judíos no creerían; que verían los mas estupefactos milagros como si no los viesén, y que su corazón obcecado no haría el menor caso de lo que al parecer debía conmoverles mas. Por manera que hubiera sido una prevencion contraria á Jesucristo si casi todos los judíos, fuertemente impresionados por la evidencia de sus milagros, hubiesen creído en él; pues los profetas habian predicho lo contrario, y dado como una señal por la que debía reconocerse el verdadero Mesías, la incredulidad casi general de la nacion respecto á él.

Cótese que Marta siguió hasta la dispersion de los apóstoles, á su hermana y á las santas mugeres que embalsamaron el cuerpo de Jesus antes de colocarlo en el sepulcro.

Los escritores de la Iglesia primitiva nos han dejado pocos detalles sobre los últimos años de Marta, y parecen persuadidos que murió en Jerusalem ó en Betania.

Mas tarde ganó crédito la opinion de que Lázaro y sus hermanas, perseguidos por los judíos, después de la Ascension de Jesucristo, y echados sobre un buque sin velas y sin timon, abordaron milagrosamente á Marsella. Muchas ciudades de la Provenza escucharon la voz de aquella piadosa colonia, que predicaba una nueva religion, y se convirtieron al cristianismo.

Segun este sentir, Lázaro fundó la iglesia de Marsella, Maria evangelizó la Provenza, y Marta reunió al principio algunas piadosas mugeres

en torno de sí, para enseñarles la práctica de la vida cristiana; despues pasó á Aviñon, en donde dejó iguales vestigios de su tránsito, y vino por fin á morir en Tarascon, predicando la fé por la santidad de sus obras mucho mas que con la palabra. Pero sus reliquias no estuvieron allí en veneracion hasta fines del siglo XII en el que Imberto, arzobispo de Arles, consagró una iglesia levantada sobre el sepulcro de la santa, que se habia poco ha descubierto. La cabeza, separada de lo restante del cuerpo, fué colocada en 1458 en un relicario de plata dorado, en medio de una magnífica suntuosidad, presidida por René d'Anjou, rey de Jerusalem y de Sicilia. Veinte años despues el rey Luis XI hizo reemplazar el relicario de plata por una urna de oro maciso, artísticamente trabajada.

La fiesta de Santa Marta, que se celebraba en otro tiempo en 19 de Enero, fué trasladada á 29 de Julio, y los Griegos la han fijado en el cuarto dia de Junio. Conocida es la leyenda que refiere que Santa Marta domó la tarasca ó dragon, monstruo terrible que desolaba las comarcas de las orillas del Ródano, y es sabido también que esta leyenda suministró á Carlos Vantó materia para uno de sus cuadros mas estimados que adorna en el dia la iglesia de San Jaime en Tarascon. El grande pintor de asuntos religiosos en la escuela francesa, Eustaquio Lesueur, hizo una composicion admirable, representando á Marta que se queja al Salvador de no ser ayudada por Maria en los preparativos del convite: todas las testas tienen su carácter propio, expresado con sublimidad. Jouvelet pintó también este asunto, y además á Marta en el sepulcro de Lázaro. Este último cuadro, de una distribucion magnífica y de un bellísimo colorido, lleno de grandiosidad y de espíritu religioso, fué hecho para la iglesia de la abadia de San Martin, y ahora se halla en el museo del Louvre.

Por lo demás la escena de la resurreccion de Lázaro puede ejercitar el mas delicado pincel, y producir un verdadero prodigio del arte. Una sorpresa de nuevo género pintada en el semblante de los circunstantes, mezclada en las dos hermanas con la expresion del gozo y del reconocimiento; el rostro sereno del Salvador, radiante de majestad y de poder, y las pálidas y desencujadas fuciones del endaváico cuerpo que va cobrando animacion y vida, y para cuya situacion singular no hay modelos que imitar en la naturaleza, pueden acreditar en el artista un tacto muy delicado y un talento sublime.

Consagremos un momento á las creaciones espléndidas del entusiasmo religioso con que el autor de la *Mecinda* embellece algunas de las escenas del hermano de Marta. En el canto IV presenta á Lázaro y á sus dos hermanas, á Samida, al huérfano de Naim, á la hija del Jairo y á

otros personajes, que vienen en busca de Jesús, cuando éste se dirige por última vez a Jerusalén para la celebración de la Pascua.

Lázaro camina al lado
De la Madre del Señor,
¡Lázaro el resucitado!
Que vio del sepulcro helado
El hondo y tétrico horror!
Fija su mirada tiene
En la tierra que va helando,
Mas la idea que le viene
Y el pensar que le entretiene
Al cielo se va elevando.
Su fantasía ardorosa
Le pinta el instante fuerte
En que á la voz portentosa
Sacudió desde la losa
Las cadenas de la muerte.
Y del polvo levantóse
Y pareció ante el Mesías
Y en su lecho incorporóse,
Y su cuerpo estremecióse
En sus envolturas frías.
Cual si de un sueño ligero
Le despertaran en pos,
Del abismo lastimero
Donde dormía primero
Vióse delante de Dios.
Seguro está que el morir
No devora la existencia;
Pasa á mas bello vivir
El alma que ha de existir,
Siendo inmortal por esencia.
Su sosegado semblante
Respira calma sublime
Y aquel gozo embelesante
Que sienta el cristiano amante
Aun cuando el dolor le oprime.

En el canto X, mientras las almas de los patriarcas y de los profetas

se han reunido bajo las palmeras del Gethsemani, en donde se ocupan de los sufrimientos del Redentor; mientras las almas de Joan el Precursor, de Miriam y de Débora esprimen su dolor por medio de lúgubres y solemnes cantos, y los fieles agobiados de tristeza se alejan del Gólgota, el hermano de Marta sigue á Lebeo en medio de los sepulcros en donde este discípulo se había refugiado; y le consuela, haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que Jesús le ha resucitado.

Por la agonía de Jesús, los fieles
Tanta amargura viendo,
De dolor fiero el alma desgarrada,
Se dispersan gimiendo,
Con lento paso aléjase Lebeo
Amante del Mesías,
A divagar errando solitario
Entre las tumbas frías.

Recorriendo el azar y silencioso
Sus bóvedas oscuras,
Como fantasmas del dolor contemplo
Las lúgubres figuras,
De un monumento lúnebre á los restos
Su planta se detiene,
Y vacilando en las heladas piedras
Apenas se sostiene.
Sobre yertos escombros sepulcrales
Apóyase su frente,
Y en tenebras densísimas y negras
Abismase su mente.

Tenebras mas oscuras y palpables
Que la niebla sombría
Que en aquellos momentos gravitaba
Sobre la tierra impía.

En aquel instante mismo Lázaro se presenta á la entrada de los sepulcros, y con un acento suave pero magestoso, dice el discípulo:

No así te dejes dominar medroso
Por ese desaliento que desmaya,
Alza esta frente que parece quiere
Sondar de la muerte las moradas.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

¿Tú ya no me conoces? ¿qué! ¿tan presto
La misma voz de aquel á quien amabas
Sería para ti desconocida?
¿Tan presto tú podías olvidarla?
¿De Lázaro la voz? ¿voz del amigo
Cuya muerte con lágrimas amargas
Hace poco plañías? ¿de aquel mismo
Que el divino poder de la palabra
Del gran profeta que en la cruz espira
A la vida llamó? Cuando arrobada
En amorosos éxtasis de gozo
Por verme renacer estuvo tu alma,
Recuerda, y el afán y la ternura
Con que resucitado me mirabas,
Cuando la destrucción con fierro cayó
Sobre mí inexorable gravitaba.
Recuerda nuestros placidos coloquios
Sobre la maravilla soberana
De mi vuelta á la vida. ... Lloro, llora
Al Maestro querido, que tan larga
Angustia sufre en el sangriento leño;
Mas temple tu dolor con la fe santa
De que, con solo su querer divino,
Triunfante del Gólgota bajara;
Y aun cuando durmiera sobre el leño
El sueño de la muerte, que le acata,
¿Puedes temer que fuese para siempre?
¿Jesus puede morir? ¿quién de la nada
Con su voz de poder sacó los mundos,
Presa sería de la tumba aciaga?

Así dice, estrecha á Lebco entre sus brazos y le acompaña fuera de los sepulcros. Llegados sobre la pendiente de una colina, Lázaro señala al tembloroso discípulo el punto en donde se levanta la tierra Jerusalem, siempre envuelta en espesas tinieblas, y le dice:

¡Mira! ¿quién ves? ¿la noche tenebrosa
Que sobre toda esta region gravita,
Acaso no proclama á nuestros ojos
La presencia de Dios? ¿viste en tu vida

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Una noche jamás cual esta noche,
Ni una naturaleza tan sombría?
¿Tu padre y tus abuelos al costarte
De su largo vivir las maravillas,
Te hablaron nunca de tinieblas tales,
Ni de un día sin luz cual este día?
No, no, mi amigo, no. Quiso el Eterno
Que lobreguez solemne, nunca oída
Cual antes de nacer la luz el caos,
Envolviera la muerte del Mesías.
El terror reina solo sobre el mundo,
¿Y allá en los cielos el terror domina!
¿Mudo estupor ha herido cuanto existe!
La muerte de Jesus era precisa
Para que se cumplieran del Escelso
Sobre el triste mortal las altas miras.
Desde que fluye la divina sangre
De aquel Maestro que en la cruz espira,
Siento una emoción inesplicable,
Percibo un nuevo sér que en mí se anima,
Cual si otra vez me alzara de la tumba
A respirar del cielo nueva vida.
Donde quiera que fije mi mirada
Todo en torno de mí se santifica:
En todos los objetos que me cercan
Veo la mano del Eterno escrita:
A mis oídos susurrantes suenan
Armónicas y gratas melodías
Cual velo de purísimos espíritus,
Rumor que yo recuerdo percibía
Cuando ya no pertenecía al mundo.
Muy á menudo ante mis ojos brillan
Rayos divinos de suave lumbre
Que pasan cual relámpago á mi vista,
Pero dejan al alma una paz dulce
E inefable y purísima alegría.

Dice y se interrumpe de repente, como poseído de temor y de sorpresa.
¿Qué tienes Lázaro? esclama Lebco, ¿cuál es esta aparición divina
que te transporta en un santo éxtasis?

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Y Lázaro responde con una voz baja y misteriosa :

Un inmortal ha pasado
Ora delante de mí :
Era rápido su vuelo
Como es rápido el sentir
De nuestros goces mas dulces :
Sin duda nueva feliz
Trae, ó mensaje del cielo
Que hace mi pecho latir . . .
Ah! ya lo sé, lo penetro,
Le siento dentro de mí . . .
Jesús, cuyo nacimiento
El ángel y el serafín
En mil coros celebraron,
Jesús, no puede morir
Para siempre como el hombre,
Ni es la corrupción su fin.

Y arrojándose á los brazos de Lebeo, lo hizo participar del contento inconcebible en que le había sumido aquel rayo celeste que un ángel al pasar había dejado caer sobre él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Espectador

Eva.

El Espectador



EVA.

Al principio crió Dios el cielo y la tierra. La nada obedeció por seis veces su voz omnipotente: los elementos de la materia salieron del no ser, y fueron creados para contenerlos los inmensos espacios. El Dios, que se bastaba á sí mismo para su felicidad y para su gloria, quiso manifestarse y ser amado y adorado en sus criaturas. Estendió el firmamento como un pabellon de azul, derramando en el espacio las estrellas como una arena brillante: dió al sol una diadema de fuego, y vistió la luna con un manto de suave y deleitosa luz: trazó con su eterno compás las distancias, el curso, las órbitas de cada uno de los globos, que surcan en silencio la esfera impenetrable sin tocar ni confundirse, y señaló con su dedo su límite á los astros como á las olas del mar. Su mano arrojó sobre la luz de la tierra su manto de verdor y de flores, y con la misma vació la prisión profunda donde duerme el Océano, que tascó el freno con el furor de un cautivo, pero con la docilidad de un súbdito, y envió seres vivientes, repartidos en numerosas repúblicas, para poblar y alegrar las llanuras del aire, las aguas y los campos. Fecundó las entrañas de la tierra para que en su seno se reprodujeran todas las generaciones de las

plantas, brotando de ella en mil esmaltados colores para alimentar y deleitar á los vivientes. Mas en medio de esta pompa magnífica de opulencia y de belleza, en este aparato encantador de goces y de placeres, el universo se parecía á un imperio sin rey, á un templo sin pontífice: aguardaba un príncipe á cuyos pies pudiese derramar la abundancia de sus tesoros, un intérprete que convirtiese en himno de adoracion y de gracias el concierto armonioso de las criaturas, y sublimase sus ciegos homenajes hasta la dignidad de un acto de amor. Así Dios acabó su obra; y el hombre, sacerdote y rey, entró en el universo.

Una palabra de mando habia producido las demás cosas, porque estas cosas, cuando mas, no podian sino obedecer á Dios sin espíritu, y publicar su gloria sin corazón. Mudos instrumentos de un artífice supremo, engrandecian y publicaban su poder infinito por el ciego impulso que aquel les habia dado; pero sin la inteligencia de la admiracion y del reconocimiento. Dios habia dicho: Hágase la luz, y la luz fué hecha. Mas para producir al hombre sale del querer de Dios una palabra de consejo, porque el hombre iba á ser dotado con el arma de la libertad moral, capaz de una fidelidad consentida y árbitro de su destino, y por esto dijo Dios: "Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y que mande á los peces del mar, á las aves del cielo, á los animales, á toda la tierra, y á todos los reptiles que sobre ella se mueven." Y tomando un poco de barro, dió á esta obra de sus manos un soplo de vida inmortal, poniendo en ella una alma inteligente y libre. Pareció, pues, el hombre, y fué llamado Adán, porque era formado del lodo de la tierra. Hermano de los ángeles por su naturaleza espiritual, el primero de los seres visibles por la belleza de sus formas, viene á ser en cierto modo el horizonte del mundo, el cual encuentra en él un complemento y un compendio de todos sus resplandores. Hecho á imagen y semejanza de Dios, hay en su frente cierto destello de la gloria increada, y en su mirar una especie de revelacion de la eterna sabiduría. Su sonrisa es como una centella de la felicidad de los cielos; su actitud revela su superioridad sobre las demás criaturas visibles, y su corazón, tan misterioso como los espacios indefinidos de la creacion, abriga como en un abismo insondable el sentimiento de un insaciable amor, y el hambre y la sed de lo infinito. Véle cuál vá á imprimir á la naturaleza material el sello de su propia inteligencia; debajo de sus manos desplegarán sus encantos las maravillas de las artes, como flores que se abren á los rayos del sol, y los elementos aprenderán á encorvar delante de su genio, sus fuerzas vencidas y disciplinadas. El medirá desde ese punto del espacio la magnitud y el curso de los globos resplandecientes á que alcanza su vista, y aun descubrirá

los que se ocultan detrás del polvo luminoso de otros astros: él penetrará las leyes eternas, bajo las cuales el Augusto géometra sentó las bases de su obra, como si hubiese asistido á su lado cuando las formó; y no contento con hacer tributaria á toda la naturaleza de sus necesidades y placeres, hendirá, por decirlo así, los tiempos y los espacios, para informarse de sus destinos, y arrojar un rastro de luz, no solo sobre la noche de lo pasado, sino aun sobre la noche mas oscura del porvenir; ejerciendo un cierto dominio sobre los tiempos, como una muestra de sus derechos á la inmortalidad. La misma Divinidad se dignará hablarle familiarmente, y él sostendrá sin quedar oprimido el peso de este comercio formidable, y elevando hasta el todo este mudo universo, y cubriéndole con la dignidad de su propia persona, pagará la deuda de la creacion, haciendo subir hasta el cielo el perfume de una plegaria ardiente de amor, y la alabanza pura de una vida sin mancha.

Adán, empero, se hallaba solitario todavía en la inmensidad de su imperio, del cual tomó posesion solemne, imponiendo nombres á los animales, esclavos suyos, pues por una orden divina pasaron éstos delante de él, y recibieron, cada cual segun su especie, nombres adecuados á su naturaleza. Pero ninguno de ellos era igual al hombre, ni capaz de comprender sus comunicaciones, ni de responder á ellas. Algo faltaba, pues, á la plenitud de la vida de Adán, porque en efecto no estaba organizado para vivir solo, y su pensamiento y su corazón tenian necesidad de simpatias fraternales de otro pensamiento y de otro corazón, porque si es posible pasarse sin amigo en el infortunio, en que á veces se ama abismarse en la soledad de si propio, no lo es jamás en la felicidad.

Y dijo el Señor: "No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda que se le parezca." Con todo, no creó á la mujer como habia criado al hombre: formóla, no de un grosero barro, sino de una materia ya purificada y ennoblecida. Infundió á Adán un profundo pero sosegado sueño; y de esta dura cubierta que abriga y protege al corazón, separó un hueso, y de él hizo la mujer, porque él es autor de la vida, así como es árbitro de la muerte. La materia, obediente, se redondea bajo sus dedos divinos, y la misma nada palpita y se anima bajo su soplo creador. Así, para significar sin duda que la mujer sería la compañera de honor, y no la esclava ni la tirana del hombre, el Criador la formó de un hueso tomado de esta region del cuerpo en donde late el órgano de los sentimientos generosos, especie de santuario habitado por todo cuanto el hombre ama y respeta, é inaccesible á cuanto el hombre desprecia ó aborrece.

Cuando de esta manera hubo Dios *creando la mujer de la costilla de Adán*, conservando la expresion de la Escritura, para pintar por este estilo

grandioso y severo todas las admirables proporciones y orden magnífico que en la mujer resaltan; cuando hubo acabado de formar la nueva criatura, igualmente hecha á su imagen y semejanza, la llevó delante de Adán. Presentóse por primera vez á los ojos de nuestro primer padre pura y graciosa como una fresca mañana de Abril, decorada con los albores del día y con los perfumes de la tierra: su inocencia igualaba á su belleza, porque ningún desorden había alterado todavía las obras de Dios, ni convertido en peligro su sencillez intocada. Una modestia virginal la embriaba como una gasa transparente, y su mirada se fijaba con candor y timidez. Un sentimiento interior le inspiraba que debía dejar al hombre el derecho de buscarla, y que no debía ser ella la primera en pedir. Su tez sonrojada hacia olvidar los vivos tintes de la aurora, y su voz sonaba mas dulce que el gorgceo de las aves y el blando susurro de los céfiros. Adán salió del sueño estático, durante el cual su alma, por el contacto de una luz celeste, había contemplado lo que Dios hacia: reconocióse en la mujer como en una bella mitad de sí mismo, y los tiempos futuros decarrieron su velo á los ojos del hombre, el cual pronunció estas palabras llenas de ciencia y de misterio: "Ved ahí ahora el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; ella tendrá un nombre que indique al hombre, porque del hombre fué sacada. Por esto, añade el Señor, ya sea por boca de Adán, el hombre dejará á su padre y á su madre, y se reunirá á su mujer, y serán dos en una misma carne." Así quedó contratada y establecida por inspiración, y á la presencia de Dios, la union del hombre y de la mujer, dulce comunidad de pensamientos y afectos, reflejo de la union eterna, que luce la felicidad de las divinas personas, é imagen profética de las augustas nupcias que el Verbo debía celebrar un día con la naturaleza humana. De esta manera recibió el matrimonio ya desde su origen un carácter de unidad y de indisolubilidad, por el cual se sustrae de la tenebrosa condicion á que quisieran sujetarle el grosero imperio de los sentidos ó las miras interesadas del egoismo; aspirando á la dignidad ó al mérito de un acto religioso, y á la sublimidad de un tierno y delicado sacrificio. Despojándole de este doble sello que le consagra y robustece, los pueblos paganos lo habian degradado en la legislación y envilecido en las costumbres. La religion cristiana le ha restituido sus condiciones primitivas de pureza y de gloria; y la Europa culta, á pesar de haber presenciado con escándalo de la civilizacion y de la moral algunas tentativas siniestras, no permitiría que se le desheredase públicamente de los derechos que ha reconquistado.

De pues de haber bendecido Dios al hombre y á la mujer, comunicó-

les la fecundidad, gloriosa emanacion de su virtud creatriz, y constituyó en algun modo el dote del primer matrimonio. "Creced, dijo, y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; mandad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra." Y señalóles despues por alimento las yerbas y las frutas de los árboles. Concretándonos á lo literal del testo biblico, y mas aún aplicando sus palabras al permiso que dió Dios á Noé despues del diluvio, de comer la carne de los animales; podría pensarse que al principio la raza humana no vivia sino de legumbres, de plantas, de raíces, de granos y de frutos. Esto no quiero decir que ya desde un principio no estuviere ella organizada para alimentarse tambien de carne; supone sí únicamente que los seres no están obligados á ejercer todas su funciones siempre y en todas partes. La dichosa fecundidad de la tierra, el sabor de las plantas y de los frutos, la robustez de los primeros hombres, quizás la rareza de los animales y la necesidad de su reproduction; todo explica el motivo de aquella abstinecia impuesta á las antiguas edades. Nadie ignora, de otra parte, que los pueblos han guardado el recuerdo de una vida sencilla y frugal, cuya existencia colocan en el origen del mundo: sus lirás han cantado en arcaicos metros la sobriedad de nuestros abuelos que, no comiendo mas de lo necesario para sostenerse, se contentaban con viandas sin condimento que la rica y sometida naturaleza derramaba á sus plés.

Vió Dios que todo cuanto había hecho era bueno, ó lo que es lo mismo, aprobó su obra y se completó en ella; y como todos los seres, tan diferentes entre sí, no traspasaban los límites naturales de sus respectivas facultades, reinaban en el inmenso conjunto de la creacion el equilibrio y la armonia. La naturaleza entera parecia sonreír al hombre como á su Señor, el cielo estaba en una serenidad perpetua: el trabajo lejoso de ser una fatiga era un placer; los animales se doblaban dóciles á las órdenes de su rey; y como el alma obedecia á Dios con fidelidad, ejercia un fácil imperio sobre el cuerpo su compañero y súbdito: todo se movía según el plan trazado por la sabiduria del Criador. Pero esta paz si bien no fué de larga duracion, dejó trazos indelebiles en la memoria de los pueblos, los cuales, como prosritos que recuerdan en el destierro los goces perdidos de la patria, todos han suspirado y han consagrado cantos á esta edad de inocencia y de felicidad á la que llamaron la edad de oro. Solamente el sensualismo les hizo olvidar ó desconocer las mayores muestras de orden que Dios había impreso á su obra; pues casi no saben pintar sino las dulces y apacibles estaciones, los animales pacíficos bajo la mano del hombre, la tierra dando sus productos sin cultivo; añaden algunos á este cuadro cier-

tos rasgos ó caracteres de la bondad moral que decoraba el naciente mundo, como la sencillez y frugalidad de las comidas y la moderación en los deseos, y aquella equidad natural, de la que se lamentaban que la vida pastoral no conservase sino un débil vestigio, á pesar de la sencillez de sus costumbres. Mas escapa á su penetración la parte más grave é importante de aquella simplicidad primitiva; porque se halla fuera del alcance de su inteligencia que solo pudo beber en corrientes turbias y lateradas la pura verdad de la tradición primitiva; y no alcanzaba á comprender en qué podía consistir la dignidad y la perfección del hombre al salir de las manos augustas del Criador.

La Biblia, empero, por el contrario, partiendo del carácter asombroso del actual desorden, nos revela el orden felizmente desvanecido por medio de la señal mas espresiva, cuando nos dice que el cuerpo humano revestido de santidad carecía del vergonzoso oprobio de su propia rebeldia. Los dos dios, estaban desnudos y no se avergonzaban. En su origen, nada debió hacer bajar en la confusión la augusta mirada del hombre: el pudor, así como el arrepentimiento, es la virtud de una naturaleza vulnagrada y que se siente enferma, y no el privilegio de una naturaleza inocente é invulnerable; el pudor es como un velo que el alma estende sobre sus ruinas.

El hombre y la mujer, creados en la edad perfecta de la vida, ricos con los dones de la naturaleza y de la gracia, fueron transportados al Edén, ó Paraiso terrestre. No está fija la opinion de los autores acerca la situación de este jardín encantado; y en esta divergencia de pareceres, unos le colocan en la Armenia, otros en la Palestina, otros por fin en las llanuras de la Caldea. Pero lo cierto es que debe colocarse en Asia, en aquellas regiones en que sobre ruinas amontonadas por las guerras y los siglos, y á pesar de los cambios que han trastornado el globo y alterado las estaciones, admira aún el viajero los ejemplos de asombrosa fertilidad, sitios verdaderamente maravillosos, y un cielo puro y lleno de esos ardientes y lucidos tiates, de los cuales ofrecen un reflejo, bien que frío y pálido, las suaves regiones del Mediodia.

Moisés hace del Paraiso terrestre esta descripción en el 2.º capítulo del Génesis: "El Señor Dios habia plantado desde el principio un paraiso (ó jardín) de delicias, en el cual puso al hombre que habia criado. Y brotaba desde el delicioso lugar un rio para regar el Paraiso, y que fuera de él se dividia en cuatro brazos. El uno se llamaba Phison, el mismo que circuye todo el pais Hevilath, de donde viene el oro. Y el oro de aquel pais es muy precioso, y allí se halla tambien el Bdelion y la piedra de Onyx, y el segundo rio se llama Gehon, y es el que rodea todo el pais

de Etiopia. El nombre del tercer rio es Tigris, que pasa por la tierra de los asirios, y el cuarto es el Eufrates. En tan ameno lugar, pues, puso Dios al hombre para que lo cultivase y lo guardase."

Parémonos un momento sobre esta indicación del historiador hebreo. A pesar de la gran catástrofe del diluvio, y de tantas otras revoluciones acontecidas en la superficie del globo, los países regados por el Tigris y el Eufrates han sido siempre y son aun en el día, los mas amenos, fértiles y hermosos, segun el testimonio de Diadoro Ciculo, Q. Curcio, Tournefort, Procopio y Jenofonte. Es muy fácil de conocer el Phison por las circunstancias con que Moisés lo caracteriza. Allí está tambien el Bdelion y la piedra de Onyx. El pais de Hevilath, es la misma Arabia, como nos lo dice Josefa, region célebre por la belleza y abundancia del oro que producía. David dice en sus cánticos, que se ofrecerá al Mesias oro de Arabia, pais de rica fecundidad en oro, perlas y piedras preciosas. El Phison, pues, es aquel brazo del Eufrates que desagua en el golfo pérsico, así como el segundo rio, al cual dá Moisés el nombre de Gehon, es el que rodea el pais de Chus, ó sea, como lo traduce la vulgata, el pais de Etiopia. Y reconociendo todos los geógrafos que el Chusistan es la tierra de Chus, y que esta provincia forma la longitud del brazo oriental del Eufrates, preciso es concluir que el rio, conservado aun hoy día, es el que designó Moisés treinta y cuatro siglos hace con el nombre de Gehon. El tercer rio del Paraiso terrestre es el Tigris, que segun Moisés, recorre la Asiria, y es de notar que este rio pasa aun en el día por el mismo pais que llevó su nombre. El cuarto rio es el Eufrates, al cual no dá distintivo alguno el sagrado historiador, por ser muy vecino y conocido de los hebreos, cuyos padres habitaron el pais que riegan sus caudalosas corrientes.

A la luz, pues, de la historia y de los vestigios de antiguas tradiciones, confirmadas en parte por el estudio geográfico de nuestra época, hallamos una region en el mas bello clima y en el mas hermoso y rico pais del mundo. Vémosla regada por un rio, partido en dos brazos superiores y dos brazos inferiores; y atendida la inmensa distancia de los siglos y los sacudimientos del globo, nadie puede negar en los países por donde pasan aquellos cuatro brazos, las señales con que Moisés los caracteriza.

La palabra *Eden*, en las lenguas orientales, significa genéricamente un lugar agradable y fértil; un pais de abundancia y de delicias: es un nombre apelativo que se ha dado á varias regiones de la rica y voluptuosa Asia. El Tigris y el Eufrates son dos rios célebres y muy conocidos; y si bien en cuanto al Phison y al Gehon han andado algo discordes los pareceres de los sabios, todos han reconocido la verdad de la narración del

historiador sagrado, á pesar de los varios sistemas más ó menos admisibles, para fijar la verdadera situación del Paraíso terrenal.

El Eden, pues, había sido plantado desde el principio, y en él se encontraban toda especie de árboles bellísimos á la vista, y toda suerte de frutos gratos al paladar: regabalo un manantial abundante, que se dividía después en cuatro ríos. El verdor, las flores y los perfumes, la pureza de la luz y de los cielos que recreaban los sentidos del hombre, eran como la imagen de los gozes superiores en que vivía su alma. No conocía aun la desobediencia ni la desgracia, puesto como custodio del terrenal paraíso, tratábase en él por complacencia, y no con dolorosa fatiga. ¡Ay! tanto el jardín como la felicidad desaparecieron. Del uno quedan algunos vestigios en la magnífica y rica naturaleza de Oriente: del otro no hemos guardado más que un melancólico recuerdo, que nada puede debilitar ni abolir: semiente al viajero que en las solitarias ruinas de Athenas ó de Palmira contempla con profunda tristeza la opulencia y el orgullo de aquellas dos famosas ciudades.

El sublime cantor del Eden traza una pintura tan bella como animada de la esposa de Adán, cuando se presentó por primera vez á los ángeles ojos del monarca de los abismos, que había atravesado el caos y la creación para ir en busca de los afortunados esposos. Divisó asombrado dos seres mas nobles que las demás criaturas. La majestad de su porte, su frente elevada hacia el cielo y la pureza de que estaban revestidos, parecía conferirles el derecho de reinar sobre el universo cuyo oetro empuñaban. En sus divinas miradas brillaba la imagen del Criador, la verdad, la razon, la sabiduría, una santidad severa y pura, temperada por aquel aire de moderacion y de rectitud que tan bellamente caracteriza á los reyes.

Notábase, sin embargo, entre ellos alguna desigualdad que les daba ventajas reciprocas. El uno estaba formado para la contemplacion y el valor, la otra para la dulzura y las gracias: ésta para Dios solo, aquella para Dios y para el hombre. La frente despejada y la vista majestuosa del primero indican la superioridad: sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre su frente, cuelgan noblemente ensortijados por uno y otro lado, pero sin fluctuar sobre sus burgas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos anillos, así como la encorvada cepa sus tiernos vástagos al rededor del frágil tronco, simbolo de la sujecion en que nació nuestra madre: y de la necesidad que tiene de un apoyo. Su corazón, obedeciendo á la suave ley de la naturaleza, se inclinó á su esposo, cautivándole por la sumision, y haciéndose amar de él por su modestia. El

ojo no tenia que retirarse de objeto alguno, todas sus miradas eran de inocencia; no estaban ocultas las misteriosas obras de la naturaleza, y el culpable rubor les era desconocido.

¡Oh rubor, hijo infeliz de la culpa! ¡cuántas turbaciones introduces en la vida del hombre, obligándole á tomar las apariencias de una falsa pureza! ¡tú desterraste la mayor felicidad de sus dias, la sencillez y la inocencia! Nuestros primeros padres no habian advertido su desaudez, no se ruborizaban á la presencia de Dios ni de los ángeles, porque no tenian conocimiento del mal.

Así caminaba, dándose los dos la mano, este matrimonio el mas asombroso que unió el fuego del amor: Adán, el mejor de los hombres que existieron despues; y Eva, la mas hermosa de cuantas mugeres engendraron sus hijas.

Despues de haber cenado deliciosamente, los dos esposos á la orilla de una fuente, y bajo la sombra regalada, se prodigan las mútuas caricias de un amor, á la vez inocente y ardoroso: la llama de su amor era pura y brillante como el azul de un cielo estrellado: carecian aun del triste tormento de buscar un placer enganoso y fugitivo entre las fatigosas tormentas del corazón. Un amor de ángeles unia aquellos dos jóvenes esposos como dos inteligencias, como dos serafines revestidos de un cuerpo como de un velo de candor.

Entre tanto, Satanás, encubierto bajo la figura de uno de tantos animales que jugueteaban en torno de sus señoras, contemplaba aquellas criaturas afortunadas, casi con ternura sofocada por la sed infernal de su perdicion. Y mientras maquinaba su ruina, entre tanto los dos esposos se comunican apaciblemente sus ideas de reconocimiento y obediencia al Criador, y sus amorosos sentimientos. Y en medio de tantas imágenes, todas bellas, Eva recuerda á su esposo el dia en que fué formada; aquel dia, dice, en que saliendo del primer sueño me quedé atónita muellemente recostada sobre un lecho esmaltado de flores á la sombra de una frondosidad deleitosa, sin saber donde estaba, quién era, ni cómo habia sido traída á este sitio. No lejos de allí percibía el murmullo de un arroyo que salía de la cavidad de un peñasco, derramándose despues y formando una llanura de liquido cristal que reflejaba los espacios celestes. A ella corrí desde luego, y como nada sabia, me incliné sobre el matizado borde de aquel lago cristalino, en donde me pareció ver otro cielo: percibí al momento una figura que se inclinaba tambien hacia mí. Hul asustada, y luego tambien ella: alargué otra vez la cabeza, y volvió á acercármese, como llevadas las dos de una dulce simpatía de encanto y de amor. Y aun quizás gozaria de aquella ilusion, si no hubiese oído una

voz en el desierto, que me dijo: "Tú, bella criatura, tú misma eres el objeto que ves: contigo haye y vuelve á aparecer; pero sígueme, y te conduciré donde no burlará tus abrazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel cuya imagen eres. Toyo será siempre; le darás una multitud de hijos, semejantes á ti, y serás llamada la madre del género humano." Qué habia de hacer yo! seguir á mi conductor por un impulso invisible. Te divisé á la sombra de un plátano: bello y majestuoso me pareciste; sin embargo, hallé tu hermosura no tan dulce y seductora como la de la imagen fugitiva que habia visto dentro del agua. Quería huir, pero tú me seguiste, y levantando tu voz en medio de la soledad: "Detante, me dijiste, Eva agraciada, vuelve, ¿sabes de quien huyes? ¿Temes unirte con aquel cuya carne y hueso eres tú misma? Saliste de una parte muy cercana á mi corazón, y á mi lado debes estar eternamente. Mitad querida de mí mismo, ven á ser el embeleso de mi vida, yo te reclamo como á mí otra mitad!" Entonces me tomaste dulcemente la mano y te seguí, y conocí despues que la fuerza y la soberbia tienen una belleza mas verdadera que la hermosura con todas sus gracias.

Así habló la madre de los hombres, inclinándose medio abrazada á nuestro primer padre con miradas llenas de amor, y como poseida de un tierno abandono. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y flotantes cabellos, y á rozarse con el de su esposo, el cual, embriagado de amor por la beldad y por las gracias de su misma somision, le sonrie con aquella ternura que, sin degradar la superioridad, sabe entregarse sin reserva. Adán estrecha despues con un ósculo, tan puro como el candor, los labios fecundos de la madre de los hombres.

Despues de haber entonado el himno de la noche, y dado gracias á Señor, acuéstanse los dos jóvenes esposos sobre un lecho de flores, á gozar de las blanduras de un sueño ligero y puro como el vapor diáfano de una mañana de primavera. (Yo te saludo, esclama estasiado el cantor de Eden, yo te saludo amor conyugal, misteriosa cadena, puerta de la vida, origen fecundo de todos los vínculos de familia! Tú nos preservas de los charcos inmundos del crimen. Sobre ti llojian las bendiciones que Dios derramaba á los antiguos patriarcas, prometiéndoles mas generaciones que las estrellas del cielo. Tú sostienes siempre viva la llama del amor, de un amor santo, puro, que huye del pérfido sonreír de una mercenaria infame, en esos turnitos nocturnos, donde el crimen se oculta bajo un manto de oro, acompañado del escándalo, y seguido del desprecio y del hastio.

En el Eden habia dos árboles notables entre todos los demas: tal era

el árbol de la vida, llamado así porque debia comunicar al hombre la inmortalidad, pues Dios dió la virtud de conferir sus gracias y beneficios á lo que quiere, y confia las mas eminentes calidades á las condiciones mas humildes. Habia tambien el árbol de la ciencia del bien y del mal, que tal vez se llamó con este nombre, para significar que tocando á él, contrariando la prohibicion divina, el hombre conocia todo el bien que acababa de hacer, y todo el mal que acababa de atraer sobre si. Dios, pues, dijo al hombre: "Comerás de todos los frutos de este jardin; pero no toques el fruto de la ciencia del bien y del mal, pues el dia en que de él comieres, morirás." Y este mismo precepto se intimó tambien á la mujer. Los ciegos elementos del mundo material hacen lo que les precisa que hagan una fuerza invencible, y van hácia donde ésta les impele. Pero los espíritus deben ser gobernados por leyes que ellos pueden desatender y despreciar, porque son libres; pero que son inescusables en violarlas por el mero hecho de que pueden cumplirlas. Como árbitro absoluto, Dios puso un mandato, y como infinitamente sabio, tomó por materia de su prescripcion un objeto sensible á causa de nuestra naturaleza complexa, y como á bondad sin limites, dió una orden fácil, que hubiera hecho la vida cómoda y placentera, si no hubiese dejado de ser inocente.

La libertad, pues, hacia el mal posible, y aun algo mas, le tornó seductor: la rebelion se hizo visible: armose de un lenguaje especioso, y vino á dar su ataque al hombre inesperto. Existian otras criaturas inteligentes y libres, pero no unidas á cuerpo alguno. Dios habia ya sujetado á la prueba á todos estos puros espíritus, y muchos de ellos habian sucumbido. Como astros escapados á la fuerza que los retenia en su órbita, y abriéndose una nueva ruta en espacios desconocidos, escapáronse de las manos de Dios por una especie de huida espantosa; y el delirio falaz de su independencia convirtióse en la agitacion y en el dolor de un arrepentimiento inexorable. Tránsugas de la luz y del amor, cayeron en las tinieblas, castigo natural de los espíritus, y en el odio, castigo el mas cruel para el carazon. Desde el fondo de su miseria, uno de estos espíritus, como hemos visto, contempló la felicidad del hombre, y se abrasó en envidia. Tomó la figura de serpiente, para mejor desizarse hasta el corazon, á quien queria seducir, y para destruir en él la raíz y aniquilar en su origen todos aquellos goces cuyo espectáculo no podian sufrir sus ávidos ojos. No hay duda que hubiera podido ocultarse bajo cualquiera otra figura; mas como existen ciertas relaciones de analogia entre el mundo visible y el invisible, á consecuencia de esta ley seguramente, y por una disposicion de la Providencia, el tentador, en vez de presentarse bajo la forma de un animal noble y majestuoso, tomó la forma de serpiente, pues

hay cierta imagen de franco y de cobarde perfidia en las maneras de ese reptil que camina arrastrándose, y que tan presto se araña como mata.

Movida por el espíritu del mal, la serpiente se acerca á la mujer sin espantarla, pues los animales estaban entonces en una natural sujeción al lado de sus señores. Háblale, sin que ella lo admire, porque á pensarlo bien, un animal que despedia sólidos articulados, no podía parecer una excepción, cuando todas las cosas nuevas aún y no conocidas, debían ser consideradas como igualmente sencillas ó prodigiosas. Y la serpiente dijo á la mujer. ¿Por qué os ha privado Dios el comer de todos los árboles del Paraíso? No se dirige de frente á Adán, temiendo ser harto fácilmente descubierto y rechazado: temía sin duda tener que luchar contra aquel carácter circunspecto, celoso de la iniciativa y prevenido por la conciencia de su fuerza contra toda extraña influencia. Dirjese á la mujer, organización delicada y viva, que se pone en juego al menor choque; al mas ligero soplo; alma propensa á las comunicaciones espansivas y á la confianza, porque tiene necesidad de apoyo; inteligencia ilustrada y dirigida por un corazón, y revestida por esto mismo de todo el encanto, pero también de toda la movilidad del sentimiento.

En vez de usar de su poder sobre la serpiente para cubrir su pregunta con el silencio y el desprecio; en vez de vengar el ultraje hecho al legislador supremo; la mujer sale de su dignidad de reina, y entra en discusión. «Comemos, dice, de todos los árboles que están en el Paraíso; pero en cuanto al árbol que hay en medio de él, Dios nos ha prohibido comer de sus frutos, ni tocarlos, por temor de que muramos.» La respuesta no era ni generosa ni leal: expresa el temor en vez del amor ó del reconocimiento, y envuelve en fórmula de duda *por temor de que no muramos*, ó, no sea que muramos, la amenaza explícitamente positiva del Señor: *Foxotras moriém.*

Cobró silencio el tentador, y replicó: «No, no moriréis.—Dios sabe, al contrario, que el día que comiereis de ese fruto, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, sabedores del bien y del mal.» No podía mentirse con mas acento de seguridad. Entre dos palabras contradictorias, la una que venia de Dios y la otra de la serpiente, clara y fácil era la elección; pero la primera respaldaba terror y ponía trabas, y la segunda contenía agradables promesas, y lisonjaba los instintos de la independencia. Así es como el mal se disfraza á nuestros ojos bajo el colorido del bien, oponiendo ingeniosamente al yugo de la virtud y á la gravedad del deber, la imagen de un placer, que se parece á la libertad y á la ventura, harto semejante á esos fuegos que aparecen de noche sobre los pantanos y que atraen al viajero para poner el pie en los abismos.

La mujer se habia complacido demasiado en prestar oído á la serpiente, y habia defendido mal su corazón contra el deseo y la esperanza de conocerlo todo: declaróse ya un principio de rebeldía en la región de la inteligencia, por donde acababa de pasar el orgullo. El succumbimiento se extendió hasta á los sentidos, compañeros y súbditos del alma, al modo que se observa en el semblante de los criados asomar el gozo ó pintarse la sombría tristeza que se pinta en el rostro de un amo respetado; los sentidos se hicieron á su modo sediciosos: la mujer fijó su vista en el árbol prohibido; su fruto le pareció bueno para comer, bello y agradable á los ojos, y este era el último golpe dado á una fidelidad ya desquiciada y vacilante. Los sentidos, fascinados, reaccionaron sobre el espíritu que no les habia gobernado con discreción, y el espíritu fué vencido. La mujer tomó la fruta y la comió.

Desde aquel momento la serpiente se creyó mas segura de la mujer, que de sí misma: desaparece, y la deja que aparezca ante su esposo. Esta naturaleza, ahora mismo tan débil para resistir, vá á ser muy poderosa para vencer, pues abatirá al hombre, á quien el padre de la mentira no se atreve á tantear el engañarle; porque el hombre se halla sostenido por una feroza natural al luchar con todo lo que es fuerte, y su corazón mismo le vende cuando lucha contra lo que es blando y frágil. Así, Adán fué conducido en un principio por la condescendencia mas bien que determinado por raciocinio alguno. El contrastar por una negativa su sola y querida compañera, le pareció sin duda amargo y cruel: sintióse inclinado, y su corazón ablandado succumbió, arrastrando al pensamiento en la caída. Dió la mujer el fruto á su marido, el cual le comió como ella, obedeciendo á los mismos atractivos del orgullo y de la sensualidad.

Abriéronse al mismo instante los ojos de los culpables, pero no á las luces de gloria y de sabiduría que la serpiente habia esperado; fué un despertar amargo que desvaneció las ilusorias riquezas que se habian amontonado en un sueño. La desnudez, cubierta hasta entonces por la simplicidad y el candor de la inocencia, se convirtió en una carga insostenible; y ¡cosa mas lamentable aún! esta desnudez no era mas que el resultado, ó por mejor decir, la expresion de un despojo y de una indigencia puramente espiritual. La voluntad cesó de reinar como señora en su imperio; parecióle ver marcado una especie de oprobio en las obras de Dios; y en este equilibrio trastornado reconoció su degradación, su miseria y su infelicidad. Los dos culpables se cubrieron con hojas de higuera entrelazadas como un ceñidor.

Creemos lo desagradará á nuestros lectores el ver reproducida, con el

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

bello colorido de una poesía rica y fecunda la escena que acabamos de describir. Estos fragmentos de un poemita español, escrito á últimos del siglo pasado, al paso que por su fluidez, naturalidad y viveza no podrán dejar de ser agradables aún á aquellas personas que por sus principios ó por su carácter conserven menos afición á esta clase de composiciones, dará al mismo tiempo una idea del buen gusto que dominaba ya entonces en España, aun antes de ser conocido el atrevido y caprichoso sesgo que domina en la mayor parte de las producciones de la escuela moderna.

En medio el Paraíso su guirnalda

Sobre palma y ciprés copioso estiendo

Arbol bello, que en manos de esmeralda

Lucientes pomos de carmin suspende.

Arbol finesto, á cuya umbrosa espalda

Blandida al aire su guadaña tiende

La hambrienta parca, por fatal tributo

De quien gustare el delicioso fruto,

Lo vé lejos, y tiembla; ni se atreve

A tender Eva la asustada planta;

Alza los ojos paso, y ya la mueve

Curiosidad de ver belleza tanta;

Tiembla el pecho inflamado, y lanza breve

El mal cojido aliento; ya adelanta

El pié... ¡ infelicia! ¡ ay! huye: muerte,

El tronco infuasto entre sus hojas vierte.

Llega al árbol fatal... ¡ Profeta santo!

Dame lágrimas; ¡ ay! el lloro triste

Me dá, tu lloro, el lastimado canto

En que, cautiva tu Sión, gemiste:

¡ Podrán cien lenguas el eterno llanto

Decir de la natura! Tú me asiste,

Tú me esfuerza á sentir: llorad, vivientes,

Todas vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta

Horrenda sierpe de la hojosa cima

Súbito se desarrolla, y vibra inhiesta

La aguda lengua que Satán anima:

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Piega en arcos la espalda; la alta cresta

Sobre la inmensa mole se sublima:

Eva á su vista pavorida huyera

Si temior la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y riје astuto

El vil traidor: el escudron de males

Cerce en torno al dragon con negro luto:

Quien comienza inspirado en voces tales:

“¿ Por qué un ciego precepto el dulce fruto

Así os veda tocar? Sois racionales;

Sabed la razon del.” Duda el zele,

Y con la duda á quebrantarlo mueve.

“¿ Teméis morir? prosigue; no os asombre

Una amenaza fútil; oh! bien sabed

Por qué os aterra Dios; quiere que el hombre

Bajo vil yugo á su oprimir alabe:

Dioses seréis cual él; tan alto nombre,

Tan gran saber é independencia cabe

A quien el fruto divino percibe;

Sabed ya la razon que os lo prohíbe.

“¿ Dó está la libertad? ¿ el albedrio

Dó está de qué os gloriais? Esclavos viles,

Esclavos os llamad, ó el senorio

Cobrad, que en vano os dieron: ó serviles

Súbditos sed, ó dioses: os lo fio,

Podéis serlo: ¡ alejidi! A las gentiles

Ofertas Eva por el fruto arde

Y quiere de ser libro hacer alarde:

Con el Sirio abrasador, ó el frío Arturo

Cayendo sobre el mar, su luz envija

Del olmo traspasando el tardo oscuro,

Que bulliciosa mueve el aura fria;

Ora entero se mira el fulgor puro,

Ora se pierde entre la pompa umbria;

Ya mengua el disco trémulo, ya crece,

Ya en destellos se parte y desaparece.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Así de Eva la mente vaga incierto ;
Ya se alienta, ya teme ; el fruto bello
Del ramo á tronchar iba, y huyó yerta
La mano, y yerto se le alzó el cabello :
Otra vez, y otra torna ; ¡ ay triste ! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello :
Comió ; ¿ que mas dire ? comió : ¿ dó arliente
El rayo está del vengador potente ?

Comió, y al fiel Adán, que respetuoso
Ni nua el árbol mirara, el don presenta
Con las ofertas del traidor doloso,
Y su temor y su esperanza plienta :
Insta, ruega amorosa : el tierno esposo
Cede, se rinde, y su osadía aumenta.
Mas que el dolo, el amor ; que es por su daño
Amor, mas poderoso que el engaño.

La poma al labio llega, cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano
Cayó el fruto perdido : un mudo yelo
Cunjo densa la sangre al pecho isano :
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lasa el don profano :
Dos veces cayó de ella, y ¡ triste suerte !
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adán, y el universo
Sintió sibito el crimen : la alta esfera
Robó entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera ;
El dormido favonio en austro adverso
Mudó el saplo vital : de rabia fiera
Se vistió el hurto, y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adán : la seductora
Vióse desnuda, su candor perdido,
Cual pisado clavel se descolora
Doblado sobre el vástago partido :

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

La bella dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
¡ Ay ! se oscureció en su faz antes delicia,
Ya maldición de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó, y al bosque denso
Corre turbado, y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmense,
A quien juzgó igualarse ; mas ; oh ! ¿ dónde
Dónde de Dios loirá ? — Del orbe estenso
Abierto el seno vé : á su voz responde
La muda nada en el abismo oscuro :
Ante su faz la sombra es fuego puro.

¡ Ah ! vióse, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira ; del semblante
Un mar corrió de fuego ; ardióse el viento,
Las montañas ardieron ; fulminante
Tronó en su furia, y retemblo al acento
Bajo su pié el Olimpo vacilante :
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus tórtos velaron los querubes.

Tal fué el primer crimen que manchó la tierra, y en el cual tienen su origen y su tipo todos los crímenes que posteriormente han afligido al mundo. Y en realidad, sale de todas las criaturas una voz que habla de gloria y de placer, y nuestra curiosidad la escota, la escucha, y responde á ella. La voz blanda y agradable se reviste de armonía, y logra tener encantadas todas nuestras potencias por la dulzura de sus acentos. La necesidad del valor en resistir mentirosos halagos, la belleza de la virtud y la sancion de la ley, no tardan en parecernos desituidas de todo atractivo, de todo embeleso, de toda fuerza que sostenga nuestro espíritu ; y la sola desobediencia ha guardado para nosotros la magia de sus encantos. Rebeláanse entoncez los sentidos, el corazon vacita, el pensamiento se oscurece, el hombre hace una vergonzosa abiliación de sí propio, vencido como otras veces por la sensualidad y el orgullo, semeiante á una vieja encina ya desgarrada por el rayo y á la cual una postrera tempestad derribe por el lado al cual los vientos la habían inclinado cuando jóven ; pues la naturaleza humana queda herida en las facultades esenciales que la constituyen, y despojada de los maravillosos dones de la gracia, con la

que había sido originariamente enriquecida. De estas ruinas hizo Pascal, inspirado por la religión, un cuadro tan elocuente como verdadero. La vista de estas ruinas centurbó la antigua ciencia. Por esto preguntaba si era un crimen el haber nacido. Ciceron hablaba del estado actual de nuestra alma como de una cosa decayda, y Pitágoras y Platón se lamentaban de que un defecto primitivo hubiese alterado y corrompido nuestras fuerzas. En una palabra, los filósofos miraban la vida presente como una expiación de una vida anterior, y los pueblos, explicando la palabra de los sabios, buscaban el remedio á la común miseria en los sacrificios y en la efusión de sangre.

¿Y qué otra cosa pensáis que sea esa fiebre que devora nuestro siglo, sino un fuerte y convalvato sacudimiento de aquella primitiva dolencia que aquejó á nuestros primeros padres? El racionalismo oscurece el espíritu, y el sensualismo atarstra el corazón. Los hombres, olvidados de que toda criatura ha de gemir sobre la tierra, buscan con afán frenético una felicidad en el cumplimiento de todos sus deseos, en la satisfacción de todos sus gozes: quieren ser como dioses sobre la tierra, después de haber comido y de haberse hartado de todos los frutos vedados: las leyes de la sociedad, las santas leyes de la familia son para ellos otras tantas trabas que anhelan quebrantar, creyendo que la felicidad suprema consiste en el rompimiento absoluto de todos los lazos, y en la independencia indefinida de la razón y de la voluntad. Suenan en edades de oro cuando proyectan desquiciar el orden y las leyes, y por medio de todos los crímenes posibles intentan regenerar la humanidad.

El crimen, empero, estaba cometido en el Eden, y la justicia debía seguir su curso. Dios vino á instruir el proceso de nuestros progenitores ya caídos, y su presencia fué revelada por una forma sensible. Los culpables oyeron en el Eden su marcha como un leve ruido. Era al caer la tarde, y el hombre y la mujer que se habian defendido con hojas de árbol contra sus propias miradas, se retiraron aterrados en medio de los árboles del Paraiso para sustraerse de la faz del Señor. Mas la voz del Señor los alcanza: "Adán ¿en dónde estás?" Y aun en esta palabra habia mas de compasion que de enojo, como si Dios hubiese exclamado: "Tu huida y tus temores dan á conocer tu falta. ¿De cuán elevada cumbre de gloria acabas de caer, y en qué ruina te has precipitado! Todavía resuena hoy entre los hombres un eco de aquella voz misteriosa y severa, y la oyen todos los que han obrado mal; es la voz del remordimiento. Después de las violaciones del orden prescrito, el deber desconocido, y la virtud ultrajada se levanta en la conciencia como un espectro. En vano el alma hace esfuerzos para apaciguarse, ó forceja para huir de él: el la

persigue, se junta á ella para atormentarla; y si ella se retira en el lleno gozo de una vida del todo sensual, como para desahar desde allí al espectro doméstico, el la agarra hasta entré los brazos del placer, y la arrojá algunas veces en sombríos y espantosos terrores, por esta vindicativa palabra: ¿En dónde estás?

Respondió Adán: "He oído en el Paraiso el ruido de vuestros pasos, y he temido porque estaba desnudo, y me he ocultado." Y dijo Dios: "¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, si no has comido del fruto del árbol que yo te prohibí que comieses?" El Señor se dirije ante todo al principal culpable. Adán, como mas grande y mas fuerte en su origen, fué mas ingrato en la desobediencia; pues á quien mas habré recibido, mas se lo pedirá. Replicó Adán: "La mujer que me habeis dado por compañera, me ha presentado el fruto, y yo he comido." Parece que el primer hombre queria hacer subir hasta Dios la responsabilidad de su falta, como si Dios le hubiese quitado la inteligencia y la libertad, dándole una compañera; pues le dice: *la mujer que me habéis dado.* Aun mas, en lugar de evitar el hecho de una confesion á la que él habia amado y voluntariamente seguido en la revuelta; en lugar de estender sobre ella la generosidad del arrepentimiento, la deja abandonada por egoismo, y la oprime con el peso de una cobarda acusacion: *la mujer me presentó el fruto.*

Quizás pudiera decirse que en la confesion de la mujer se advierte un poco mas de justicia; porque cuando fué acusada de haber arrastrado al hombre á la rebelion, y le dijo Dios: "¿Por qué obraste así?" respondió ella sencillamente: "La serpiente me engañó y comí." Pero su acusacion no importa en si aquel poderoso arrepentimiento que merece y alcanza los grandes perdones. A estas debiles almas humanas cuesta tanto el estudiarse, el conocerse, el darse testimonio á si mismas de sus propias debilidades! Por lo demas, si es permitido vituperarlas, es justo tambien el compadecerlas; pues mucha mayor será la fatiga que tendrán en levantarse de una caída, que la dificultad que hubieran tenido en conservarse en la integridad de su fuerza y de su elevacion.

Pronuncia por fin el juez la sentencia. Dijo á la serpiente: "Porque obraste así, serás maldita entre todos los animales de la tierra; arrastrarás por la tierra, y de tierra te alimentará." Así pues lo que era natural á la serpiente se le señaló como un recuerdo de la tentativa por la cual habia servido, y su alimento envuelto en el polvo y en el fango recordó su castigo. Y añadió Dios: "Pondré enemistades entre la mujer y tú, entre su roza y la tuya: ella te hollará la cabeza, y tu te esforzarás para morder su pié." El tentador, pues, fué castigado no solamente en si mis,

mo, sino tambien en el animal de que se habia servido como de instrumento; maldito del género humano, en vez de recibir de él los honores concedidos á los ángeles buenos; enemigo lleno de sagacidad y de malicia, pero aplastado por el hijo de la muger y sumido en el polvo en donde le redujo la victoria del Verbo encarnado; y ¡cosa singularmente notable! la mayor parte de las naciones antiguas estuvieron en la creencia de que la serpiente ocultaba algun espíritu tenebroso y malhechor, atribuyéndole facultades maravillosas, y dándole un culto inspirado por el terror; tanto duró el recuerdo de su alevosia, y tanto pudo la maldicion fulminada por Dios!

“Bossuet, en sus *Elecciones á Dios*, dice Chateaubriand, en las cuales hallamos muy á menudo al autor de las *Oraciones fúnebres*, dice, hablando de la serpiente, que los ángeles conversaban con el hombre en aquella forma que Dios permitia, y bajo la figura de animales. Eva pues no se sorprendió de oír hablar la serpiente; como tampoco le causó sorpresa el ver al mismo Dios aparecer bajo una forma sensible. Y añade Bossuet: ¿Por qué Dios hizo determinar al soberbio arcángel á perecer bajo esta forma mas bien que bajo otra alguna? Si bien no hay una necesidad de saberlo, la Escritura nos lo insinúa diciendo, que la serpiente era el mas astuto de los animales, es decir, el que representa mejor al demonio en su malicia, en sus engaños, y despues en su castigo.

“Nuestro siglo desecha con altivez todo lo que huele á maravilla; las ciencias, las artes, la religion, ya no tienen velo alguno. La serpiente ha sido con frecuencia el objeto de nuestras observaciones; y aun nos atrevemos á decir, que si nos hemos persuadido reconocer en ella aquel espíritu pernicioso y aquella sutileza de que se ha hablado en la Escritura, es porque en este incomprendible réptil todo es misterioso, todo oculto, todo asombroso. Sus movimientos se diferencian de los de los demas animales; no se sabrá decir cuál es el principio de sus mudanzas, porque no tiene aletas, ni piés, ni alas, y sin embargo, huye como una sombra, desaparece mágicamente, vuelve á aparecer y desaparece otra vez, semejante á un vapor azul, ó al resplandor de una espada en medio de las tinieblas. Unas veces se forma en círculo y vibra una lengua de fuego; otras se pone derecha sobre la estremidad de la cola; camina en una actitud perpendicular como por una especie de encanto; se arroja como un globo, se levanta y baja en figura espiral, mueve sus anillos como una onda, circula sobre las ramas de los árboles, y se vá escurriendo bajo la yerba de los prados, ó sobre la superficie de las aguas. No tenía tantos senos el laberinto, como los que deja estampados este réptil. Sus colores son tan poco determinados como su movimiento: se mudan

segun los aspectos de la luz, y tienen aquel falso brillo y aquellas variedades engañosas, propios de la seducción.

“Aun es mas asombroso lo restante de sus costumbres; sabe echar á un lado su camisa manchada de sangre por el miedo de ser conocida, as como lo hace un hombre cuando acaba de ejecutar una muerte. Por una extraña facultad hace entrar de nuevo en su seno á los pequeños monstruos que el amor habia hecho salir de él. Ella duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, habita lugares desconocidos; compone venenos que hielan, abrasan ó manchan el cuerpo de su victima con los mismos colores de que ella está marcada; en una parte levanta dos cabezas amenazadoras, en otra hace sonar un cascabel; silba como una águila, y brama como un toro. Como objeto de horror ó de admiracion, la profesan los hombres un aborrecimiento implacable, ó caen delante de su estatua. La mentira la invoca, la prudencia la reclama; la envidia la introduce en su corazon, y la elocuencia tiene su zudueco. En los infiernos dispone los fatigos de las furias, en el cielo es símbolo de la eternidad, y posee tambien el arte de seducir á la inocencia; sus miradas encantán á los pájuros que vagán por el aire, y bajo el helecho del pesebre sabe chapar la leche de la oveja. Sin embargo, se deja hechizar por la suavidad del sonido, y para domarla no necesita el pastor mas que su flauta.”

Con un profundo conocimiento de la historia afirma Chateaubriand que la serpiente ha sido á su vez un objeto de admiracion y de horror; y no es difícil el dar la explicacion de este doble fenómeno, si nos colocamos desde el punto de vista de la tradicion católica.

En efecto, los libros santos nos hablan de un sér que siendo al principio la mas bella y la mas poderosa de las criaturas, después de Dios, se rebeló contra él; dicen que con este motivo hubo un gran combate en el cielo, de cuyas resultas fué aquel precipitando en un abismo. Despues nos muestran á este mismo sér, derribado y caido, introduciéndose furtivamente en el jardín de Eden bajo la inmóvil figura de serpiente, y dirigiendo allí palabras capciosas á la primera muger; la cual, cediendo á sus pérfidos consejos, desconoció la suprema autoridad de Dios, y atrajo sobre ella y sobre su raza aquella pervertida condicion, en la cual vejotamos todos, hijos desdichados de un padre bueno, pobres y débiles criaturas de un Criador, rico en magnificencia y omnipotente en fuerza.

En la China, el pueblo adora serpientes y los ofrece sacrificios. Fo-hi, tan venerado entre los chinos, está representado como una serpiente con una cabeza de hombre, y á Chia-nang, el labrador divino, se le dá una frente de dragon.

Todos los libros sagrados de los Hindus están llenos de relatos, en losi

que se hace mención de la serpiente. Sus leyendas hallan unánimemente de la sierpe misteriosa que jugaba un gran papel en el origen de los tiempos; llámasele *Ananta ó Maha-Sesha*. Y en un lugar del Indostan, llamado Soubra-Maniah, se halla un templo erigido en honor suyo.

Separadamente de la veneración que se tiene á esta serpiente histórica, muestran aún los bracones mucho respeto por una serpiente que se llama Capel cuya mordedura produce casi subitamente la muerte. Cuando los Hindús han descubierto alguno de los escondrijos ó agujeros en donde suelen habitar tales serpientes, corren á poner en la boca de la cueva leche ó frutas de plátano, y si alguno de estos terribles reptiles se introduce en sus casas, le rodean de toda especie de honores, á pesar del peligro que la presencia de semejante bichopied hace correr á toda la familia. En las Indias se celebra la fiesta de Nagara-Pantehamy en honor de las serpientes.

Los egipcios empleaban la serpiente en casi todos los símbolos de la religión y de la ciencia; y según el testimonio de Elieno, la miraban como revestida de un carácter *sagrado* y *venerable*, y como poseyendo algo de *may digno*, que no era ventajoso conocer.

En Egipto los sacerdotes representaban á Serapis, como los chinos Po-hi, con una cabeza humana y un cuerpo de serpiente. Kneph estaba figurado bajo la forma de una culebra. El Ciculo, símbolo del Ser Supremo, estaba rodeado de dos serpientes. Y una serpiente representaba al Todopoderoso.

No hay, pues, que admirarse si el símbolo de la serpiente se encontraba entre los egipcios en todas partes. Véasele en torno del centro de Osiris: servía de adorno á las estatuas de Isis, y á las que rodeaban el símbolo de esta diosa se les hacían grandes honores, mirándose las como á inmortales, y hasta se pretendía que servían para discernir el bien y el mal.

Los sacerdotes llevaban serpientes al rededor de sus birretos ó mitras, y la diadema de los Faraones estaba coronada de ellas; y así como en la India y en la Etiopía, se les levantan templos, y se veían de estos animales en todos los santuarios del Egipto.

En Africa, el culto mas popular es el de la serpiente; y todos los viajeros han visto con sorpresa las caprichosas y extravagantes particularidades por las que las tribus africanas pretenden honrar á ese reptil.

Entre los griegos, la serpiente era el símbolo de los dioses del día y de la medicina. Los atenienses mantenían una, á la cual consideraban como el dios tutelár de su ciudad. Pretendían que las serpientes tienen conocimiento de lo que ha de venir, y alimentaban algunas en sus casas, á fin de poder consultarlas en todas las circunstancias.

Los romanos daban también á las serpientes honores divinos. Refiere Valerio Máximo, que mientras la peste estaba desolando su ciudad, enviaron una diputación á Epidauró á fin de consultar á Esculapio. En el momento mismo en que iban á partir los embajadores, salió del templo una serpiente, y subió sobre la galera de los romanos; los cuales, después de haberla admitido con una veneración religiosa, la condujeron á su ciudad, y le erijieron un palacio en la isla del Tiber, sobre del puente Palatino.

La historia nos manifiesta igualmente el culto de la serpiente establecido entre los barbaros del Norte, en la Lituania, la Estonia, la Livonia, la Prusia, la Curlandia, y la Samogitia.

Los Museys, tribus de la América del Norte, profesan un singular respeto á la serpiente de cascabel, á quien llaman su abuelo y progenitor.

Tampoco nos será difícil el probar la segunda asercion de Chateaubriand, de que los pueblos miraban también la serpiente como un ser decaído, principio del mal y artífice de los dolores que devorán á la triste y lamentable humanidad.

En China encontramos símbolos notables y evidentes de las relaciones de la serpiente con el genio del mal.

El Y-king, otro de los libros sagrados de los chinos, dice: "El dragón rebelado sufre ahora el castigo de su orgullo."

Pero ¿cuál es ese dragón misterioso de que habla la tradición china? Es el mismo del cual el Chou-King, otro libro sagrado, habla en estos términos: "Segun los antiguos documentos de nuestros antepasados, Tchi-yeou fué el primer autor de la rebelion; después esta rebelion se extendió á todos los pueblos, y de aquí nacieron todos los crímenes."

El comentador, dice el P. Premaro, hace observar que Tchi-yeou es el genio y el principe de los *nuere negros*, cuyo retrato hace el libro Ho-tou del modo siguiente:

"Son ochenta y ocho hermanos; tienen el cuerpo de bestia feroz, el hablar de hombres, una cabeza de bronce y una frente de hierro. Comen polvo de la tierra, son los inventores de las armas; y llenos de confianza en sus cuéuillos, en sus lanzas y en sus grandes arcos, inundan de terror al mundo, y se abandonan á una crueldad desenfrenada."

El rey Rojo, dice Von-isee, es la calamidad del fuego; el se atribuye á sí mismo el nombre de *señor de las llamas*, y la Glosa añade: El rey Rojo es Tchi-yeou.

Tchi-yeou sublevándose encendió el fuego de los infernos; y por este motivo se llama Ho-tsai.

El libro Po-kou-tou nos asegura que en la antigüedad había la co-

tumbre de esculpir sobre los vasos la imagen de Tchi-yeou, para desviar á los hombres de la disolucion y de la crueldad.

Los anales Tong-kien dicen abiertamente, que Tchi-yeou es el *genio del mal*.

Por último, refiere la historia china, que en el reinado de un emperador (que vivia 140 años antes de Jesucristo) Tchi-yeou apareció en medio del día en el territorio de la ciudad de Tay-yuen (capital de la provincia de Chansi): tenia los pies de tortuga y una cabeza de serpiente. Y como atormentase á los habitantes de aquella comarca, se levantó un templo para aplacarle.

Kong-kong presenta asimismo un simbolo análogo al Tchi-yeou. Es el impostor y el artífice del mal. El libro Kouei-tsang dice: Kong-kong tiene la cara de hombre, el cuerpo de una serpiente, y la cabellera roja: hombre y no hombre, serpiente y no serpiente, no es mas que mentira y engaño.

Lo que acabamos de decir que la serpiente es considerada entre los Hindus como el simbolo del principio del mal, se halla tambien confirmado por el Sr. Dubois en sus *Costumbres e instituciones de los pueblos de la India*.

Tenemos una prueba que lo mismo puede decirse del Japon, pues cuando se representa la creacion del mundo, se emplea la figura de un árbol en torno del cual se desliza una horrible serpiente.

El autor del *Schah-naméh*, lo mismo que los antiguos persas, identifica la imagen de la serpiente con la del genio malféfico.

Joaquín Menaut hace la observacion de que, segun los sucesos de Zo-roastro, los Dews, ó malos genios, se revisten alguna vez de la forma de una culebra para atormentar el mundo. Abriman, su jefe, estaba representado bajo la forma de una serpiente, y el Sr. Guigniant refiere que en el Iran, se la miraba como autora de la caída del primer hombre y de la primera muger Meschia, y Meschiane.

Entre los egipcios, Typhon, que segun Benjamin Constant, representaba el principio malo, solia, como ya hemos indicado, representarse bajo la figura de una serpiente. Y si hemos de dar crédito á Eleno, Typhon tenia una forma humana, pero sus dedos y sus miembros estaban enroscados de serpientes.

Entre los griegos, hallamos á Typhon en sus mas antiguas leyendas. De él se dice, que ni se parece á Dios ni á los hombres; que es horrible y monstruoso, y que es el azote mas cruel de los mortales. El himno de Apolo, que se atribuye á Homero, dice que es colosal y feroz, que es destructor de los hombres y de los animales. Y por cierto que Pindaro no le pinta con mas risueños colores:

“Sobre el horrible Tartaro estendido
Enemigo implacable de los dioses;
Typhon de cien cabezas, etc.”

Hesiodo hace nacer á Typhon de la tierra y del profundo Tartaro:

“Por hijo postrimero
Ghea engendró á Typhon, que cila tuviera
Del tenebroso Tartaro, por medio
De la deidad dorada de Citeres.

Apolodoro, despues de haber referido la lucha que Typhon, hijo del Tartaro, sostuvo contra Júpiter, el dios supremo, dice, que éste se vió obligado á arrojarle un rayo y sepultarle bajo la montaña ardiente del Etna.

“Typhon, dice el Sr. Seguíer de Saint-Brisson, es el padre de todos los seres malfechorcos. Asi es como de él y de Echidna (*la víbora*) nacieron la Quimera, que venció Belerofonte, el leon de Nemea, el dragon que guardaba el jardin de las Hesperidas, el perro Orithos que guardaba las vacas de Gerion, el aguilá que devoraba las entrañas de Prometeo sobre el Cáucaso, la esfinge, por fin, que proponia enigmas á las puertas de Tebas, y á la cual Edipo hizo parecer despues de haberlos explicado.

La serpiente Pyton, cuyo nombre es un anagrama de la de Typhon, es seguramente uno de los simbolos mas interesantes del paganismo occidental. Ovidio la llamaba serpiente desconocida, el terror de los pueblos.

En Grecia, dice el Sr. Roselly de Lorgues, el pecado ó el mal son representados por la serpiente. Apolo, hijo del gran dios, mata con sus flechas á la serpiente Pyton. Esculapio, hijo de un dios, mata la serpiente con un madero, y porque ha muerto la serpiente, Apolo es declarado dios de la Medicina, y dá á los simples sus virtudes. El descubrió el remedio de la humanidad, y su fama se estendió sobre la tierra, y como mató á la serpiente con una flecha de madera, se le pinta como á Esculapio armado con la maza, en la cual se enroscaba una serpiente. . . . Pero no son solamente los males del cuerpo los que viene á curar Esculapio. Su propia estátua en el templo de Epidauró le representaba, sentado ó en pié, sobre un trono, teniendo en una mano el madero y en la otra la serpiente vencida por su divino contacto. Y por temor de que hubiese error sobre el género de curacion que se le atribuía, y para que no se olvidase que él es tambien el médico de las almas, los bajos relieves de su trono representaban todos los misterios de la rehabilitacion y de la redencion futura: la destruccion del grande dragon, Belerofonte domando la Quimera, Perseo cortando la cabeza de Medusa, aquel otro nudo gor-

diano formado por los pliegues ó anillos de la serpiente. A causa de sus beneficios, llevaba ceñida la corona de Apolo, dios de la luz, su laurel doble, símbolo de la armonía y de la victoria. Y efectivamente el restablecimiento de la armonía, es decir, la unidad, forma el objeto y la esencia de la terapéutica. . . .

“Los filósofos paganos convenían en la identidad entre Esculapio y Apolo; y á consecuencia de esto los platonicos Proclo y Salustio colocaban en el sol la residencia de Esculapio, médico de las almas. ¿Creeráse tal vez que un puro azar haya puesto la serpiente bajo el dominio de Esculapio? ¿Por qué el dios de la luz y de la armonía, es decir, de la unión, es el árbitro de la medicina? ¿No es por haber destruido á la serpiente Python? ¿Y que viene á ser Python, sino, como el Typhon de los egipcios, el emblema del mal espiritual? No puede haber duda en esta parte, pues los nombres mismos traen consigo las pruebas. Python es el anagrama de Typhon, y ¿quién revisió á Esculapio de los atributos del Apolo python? ¿No es la gloria de haber vencido al antiguo enemigo? ¿Y cómo ha venido á ser el salvador de la humanidad? ¿Concebís ahora, por qué la sacerdotisa que habia de declarar el porvenir, pisoteaba la escamosa piel del misterioso tripode? ¿No os acordáis que segun la tradicion griega, Python quedó muerta á la entrada de la gruta en que la vivían de la justicia divina, Themis, pronuncia sus oráculos? Seguid esta íntima ligazon de imágenes, y decidnos despues si se ha de atribuir al acaso.”

En una leyenda de los griegos, un dios, transformado en serpiente, vino á pervertir á la muger.

Otros dicen que de la muger y de la serpiente nacieron una raza de hombres, por cuya causa fueron llamados Ophiógenes.

Entre los egiptos solo una virgen podia ser sacerdotisa de las serpientes que ellos adoraban, como si con esto hubiesen querido conservar la memoria de las primitivas relaciones de la muger con el ángel caído. Lo mismo sucedia en Lavinia, en donde las jóvenes eran sacerdotisas de la gran serpiente que los romanos adoraban allí. Si la serpiente no comia las tortas que le presentaba la joven sacerdotisa, se suponía que ésta habia perdido su virginidad y era sin remision condenada á muerte.

¿Por qué motivo las Furias, las Gorgonas y las Medusas se pintan coronadas de sierpes, mientras que el hombre no se vé jamás en semejante compañía? ¿No es porque, como muy juiciosamente lo nota Roselly de Lorgues, la antigüedad quiere dejarnos vislumbrar “ciertas relaciones entre la serpiente y la muger?” Muy cerca de la serpiente aparece luego una muger. El encuentro de una serpiente es fatal á la compañera de Or-

feo, principe de la lira. Una serpiente amenaza á Andromedes: debajo el árbol maravilloso de las Hesperidas se oculta una serpiente: una serpiente priva de acercarse al vellocino de oro. La mitología del Norte nos dice tambien que la serpiente Midgard en sus relaciones con Aurgerboda, fué la causa de todas nuestras desgracias. La serpiente Scur lleva la palabra de la envidia.

No es fuera el caso el advertir, que la serpiente Midgard, nacida de la giganta Aurgerboda, mensajera de las desgracias, tenia por padre á Loke, calumniador de los dioses, el forjador de los engaños, el oprobio de Dios y de los hombres, de hermosa cara, pero de espíritu perverso.

Dícese tambien que esta serpiente enroscaba la tierra con sus pliegues, y que aparecerá terrible y amenazadora en el fin del mundo.

“Loke, dice Riambourg, es padre del lobo Fenris, la destruccion de la serpiente Midgard, ó sea el pecado, y de Hela, que es la muerte. Es imposible dejar de conciliar ó hermanar las tres ideas, y de no persuadirse cuando recordamos que la muerte, el pecado y la destruccion entraron en el mundo por medio de la astucia empleada por el espíritu seductor, que esto no sea una reminiscencia encubierta bajo un ligero velo de alegoría.

En Africa las muchachas están consagradas á las serpientes que los negros adoran. Creen los africanos, que si por la primavera las niñas encuentran al caer la tarde alguna serpiente, la proximidad de estos individuos les hace perder la razon.

El Sr. de Humboldt, despues de haber reproducido en su *Viaje á las Cordilleras*, una curiosa pintura consagrada por los aztecas, y á la cual hemos aludido ya otra vez, añade estas notables palabras:

“Este grupo representa la célebre muger de la serpiente Chocacahuatl, llamada tambien Quilazli ó Tonacacahuatl, muger de nuestra carne; ella es la compañera de Tonacacacahuatl. Los mexicanos la miraban como la madre del género humano; despues del dios del *Paraiso celeste*, Omítecutli, ocupaba el primer lugar entre las divindades de Anahuac. Vesela siempre en relacion con una gran serpiente. Otras pinturas nos representan una culebra abigarrada, ó de varios colores, hecha pedazos por el grande espíritu Tezcatlicpala ó por el sol personificado, el dios Tonatiuh. Estas alegorías recuerdan antiguas tradiciones del Asia; nos parece ver en la muger de la serpiente de los aztecas la Eva de los pueblos semíticos; en la culebra hecha pedazos, la famosa serpiente Kaliga, ó Kalizaga, vencida por Vishnu, cuando tomó la forma de Krischna.

Parece que no será fuera de propósito el presenciar ahora á nuestros lec-

tores, como absolutamente incontestables, las juiciosas conclusiones del Sr. Roselly de Lorgues.

“Claro está, dice, que la serpiente bajo un título ú otro, y por una parte ú otra, figura en este hecho misterioso cuya escena fué el Paraíso de la tierra, y los espectadores las inteligencias del cielo; puesto que en todo el globo, por todas las naciones y países se toma á la serpiente por el símbolo ó señal de la perfidia, de la mentira y de la muerte, y aun mas, en el sábio Egipto, significaba la ciencia del bien y del mal. Querer enumerar los signos, los costumbres, los ritos de veneracion ó de horror de que es objeto este reptil, sería pasar revista de todos los pueblos y de todos los cultos, tanto extinguidos como vigentes, pues no hay reino, ni pueblo, ni horda que haya podido eximirse de honrar ó de aborrecer este símbolo. ¿Para qué dar á esta forma tanta importancia? ¿Por qué motivo la adopcion simultánea de esta figura en la religion del verdadero Dios y en el paganismo? ¿No se vislumbra en esta universalidad de tiempos y de lugares algo de extraordinario? ¿Cómo es que figura la serpiente en los doctos santuarios de Memphis y bajo la choza del juglar de Ohio y del lago Erieno? Si la historia de la caída del hombre fuese una pura invencion, ¿sería así, como la tradicion del diluvio, comun á todas las regiones habitadas? Los salvajes de la Grande Liebre, de la Tortuga y de los Largos Cuchillos, ¿la habrán ido á buscar en la Grecia ó á solicitarla al Irán? Toda vez, pues, que las naciones separadas por la inmensidad de los mares, el lenguaje y el orgullo mas indomable, no han podido comunicársela, fuerza es que venga de mas lejos, y que sea anterior á las emigraciones primitivas por haber sido llevada de este modo á las cinco partes del mundo.

“Estos hechos, estas analogías, estas conexiones troen consigo la fuerza irresistible de la mas concluyente dialéctica. Pues podemos decir á nuestros adversarios: nosotros los esponemos, y os dejamos que saqueis la consecuencia. ¿Os parece quizas errónea nuestra opinion? En este caso, esplicadnos, pues, cómo la serpiente, ser tan inferior en la escala de la creacion, este vil habitante del lodo, de los escombros y de las ruínas, ha sido representado en los altares, honrado por los magos de Babilonia, por los sacerdotes de Memphis, del Ganges, de la Tartaria, de la China, de los Archipiélagos indios y de las dos Américas? ¿Decidnos, por qué pasó á ser el signo imperial de la monarquia, como emblema de la ciencia del bien y del mal? ¿Como es que aun hoy dia en las naciones inmóviles de las estremidades del Asia figura en el sello de los emperadores y en los estandartes de los ejércitos? ¿Si esto no es por el papel que hizo en la historia de la caída primitiva, hallais algun otro motivo? Y si

la importancia universal de la serpiente proviene del relato de la caída, luego este relato presentóse ya en su origen bastante justificado para merecer una creencia absoluta; luego fué anterior á la dispersion de los pueblos; luego esta tradicion es primitiva. Y entonces la teoria del progreso continuo se hunde por su base, pues que el fetichismo inicial y progresivo fué imposible. No solamente la figura de la serpiente del Génesis no es fatal al catolicismo, sino que antes bien rehabilita la ensenanza de sus doctrinas, y aun en nuestros dias, segun la imagen de los israelitas en el desierto de Hor, las crueles mordeduras hechas á la fé por la sierpe calumniosa del último siglo, quedan curadas á vista de la serpiente histórica, colocado bajo su verdadero punto de vista.

Nos ha parecido oportuna esta digresion sobre el carácter peculiar de la serpiente, por encerrar datos curiosos acerca la importante tradicion de la caida original. Continuemos ahora el sagrado testo.

El Señor dijo tambien á la mujer: “Multiplicaré las angustias de tu preñez, parirás los hijos con dolor, estarás bajo la potestad de tu esposo, y él te dominará.” Y efectivamente, el dolor quedó para siempre unido á la fecundidad, y lo que tan solamente hubiera sido la gloria y contento de las madres, es para ellas un peligro y algunas veces un suplicio. Y en oposicion con el orden establecido al principio, la mujer cayó en un estado de sujecion con respecto al marido, cuya blanda superioridad se convirtió muy pronto y por largo tiempo en un áspero y suspicaz dominio. Nada es comparable con el despotismo y el envilecimiento que una mitad del género humano hizo pesar sobre la otra mitad casi en todas las partes del globo por espacio de cuarenta siglos; pues no sabemos expresar de otro modo lo que era la mujer en las costumbres y en las legislaciones paganas, como tendríamos ocasion de verlo y examinarlo mas adelante. Aun en el dia no se halla vuelta á levantar de esa degradacion entre los pueblos que no han aprendido todavía del culto de la cruz el respeto debido á la debilidad. Solo los pueblos cristianos, concediendo una afectuosa veneracion á la mujer, la han protegido contra su propia fragilidad y contra la dura tirania del hombre: bajo la proteccion de las costumbres y de las leyes que el Evangelio ha hecho florecer en el mundo, puede ella usar de su libertad sin usurpacion, y estar sumisa sin abatimiento.

Y Dios dijo en seguida al hombre: “Porque tú diste oídos á la palabra de tu mujer, y comiste del fruto que yo te habia prohibido tocar, la tierra será maldita por tí, y si sacas de ella tus alimentos, será con el trabajo por todos los dias de tu vida. Ella te producirá espinas y abrojos, tú comerás la yerba de la tierra, y comerás el pan con el sudor de tu ros-

tro, hasta que tú vuelvas á la tierra de la cual eres formado, pues polvo eres y en polvo te has de convertir. El trabajar con fatiga, la humillación en la muerte, castigo y remedio de la sensualidad y del orgullo de nuestros abuelos, tales es la herencia asegurada á todos los hijos de Adán. Dotado el hombre de un espíritu generoso, de un corazon volcánico, engañado por fuerza ó rebeldes ó débiles, pide á todas las cosas con una esperanza que nunca decea, una felicidad que nada le da. Su recuerdo le habla de un reino perdido, y sus deseos nunca saciados no anhelan sino gloria é inmortalidad. Todo lo compra á costa del más duro trabajo, al precio de sus sudores y de su sangre, todo absolutamente, la fortuna, la reputación, la ciencia, la virtud. Su existencia se parece á una ruina, por tan miserable, y al sueño de una noche por tan rápida. Gritos, lágrimas, alguna sonrisa, muchos dolores amasados en un corto número de días, goces raros y fugitivos sazonados con amargura, todo esto arrastrado por el torbellino del tiempo, hacia el sepulcro; nacer, llorar y morir, he aquí lo que se llama la vida. Triste ilusión y sin embargo amada!

En el momento mismo de la caída del primer padre, fué decretada, ó mas bien fué anunciada la redención en los consejos eternos de Dios. Su misericordia fué tan inmensa, como su justicia, y aun puede decirse que la superó. La desdicha de la criatura era irreparable, si un Dios no se hubiese resuelto á repararla. Esta escena adorable y magnífica, que pasó en el seno insondable de la Divinidad, apiadada del hombre, la veremos bellamente delineada en el siguiente cuadro, fragmento precioso del poema citado mas arriba.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació y la ondulosa llama
En puntas sube y por el aire vano,
Brotando entre los dedos se derrama:
Bia á lanzarlo ya, y el soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
De un esplendor de gloria y ambrosia
Que amor, se faz bautizando, despedía
Cuando al morir los siglos eniga ardiendo
Desde su cumbre el sol; y el regia trom
Sobre su hoguera asiente; y al estruendo
De la trompa y los rayos en su incendio

Lance los astros al abismo horrendo,
No así parecerá; dulce patrono,
Ora del misero humano, amor le apiadado,
Amor le ofrece ante su diestra aizada,
Padre, dice (y los cielos la carrera)
Suspenden á su voz, Padre, mi gloria,
Tu bella imagen á la saña fiera,
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria,
El impostor se jactará? El espera, cuando el castigo
Vengar de su castigo la memoria,
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu escabelo agrado,
Y triunfará el traidor? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor; es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Dá mayor gloria á nuestra gran dulzura,
¡Oh! ¡viva el hombre! tu poder suspende,
Y mi poder admira la natura,
Ora admire tu amor; llore el impío,
Que sus engaños frustre el amor mio,
Sus engaños; osado en su malicia

Pecó el ángel: el hombre seducido
Cayó en dura batalla: su injusticia
Un nuevo crimen de Luzbel ha sido:
Es así, Padre, la eterna justicia
Debe ser aplicada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre
¡Oh! ¡lánzale en tus iras sobre el hombre!
Mas ved el hombre en mí: yo su delito,
Yo he de satisfacer: arde inextinguible
Por salvarle mi amor: seré el precito,
Seré tu maldición: ¡oh! sí, el infausto
Viva, yo moriré: venga infinito
Sobre mí tu furor; el holocausto
De mi pasión, oh Padre, tú recibe
Y sepa el hombre que en mi muerte vive."

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Había el Hijo, y de rosada lumbre
Iluminado en visos aparece
Ledo el iris de paz, y en su vislumbre
Cercada la cruz santa resplandece :
Ante ella, la celeste muchedumbre
Se postra silenciosa : desaparece
Súbito el rayo de la eterna diestra,
Y mezclado en su seno amor se muestra.

" He aquí, Padre, mi triunfo (el sacro Verbo
Prosigue): el ara ved en que inmolado
Hostia del mundo, figurado en siervo
Mi sangre verteré por el culpado :
¡ Oh Padre ! parto : el sacrificio acerbo
Me espera : parto de tu seno amado
A salvar a los hombres : tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte."

" Sea, el Padre responde : así en mi mente
Lo ordené ante los tiempos, cuando ujido
Naciste de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hizo : entonce oído
Fuíste en tiempo agradable : tú la gente
Congregarás dispersa ; y atraído
Cuanto aguilón y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza.

" Yo, Dios, yo la he jurado : tú el eterno
Sacerdote serás : serán tu herencia
Los pueblos y naciones : tu gobierno
Son las lídes del mundo : tu sentencia,
Tú lo juzga : tu diestra el hondo averno
Postrará , y el autor de inobediencia,
En cien cadenas á tu cruz atado
Llorará el torpe sollo derrocado.

" Cíñete, y triunfa, en tu derecha mano
La fortaleza va : tú el poderoso :
Mueres, si ; mas mi brazo soberano
Te alzaré de la tumba glorioso,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Primicias de los muertos : este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal : en tantolore,
Y en tristes votos su salud implere."

El Altísimo dijo : y dentro el seno
Lanzado el Verbo y el Amor divino,
En su almo rostro de cariño lleno,
Al hombre anuncian su feliz destino :
Depuso la justicia el raudito trueno
Que á la alta diestra ministró continuo,
Y abrazó la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

" Y Santo, Santo, en himno de alegría,
Los serafines claman : á tí gloria,
Gloria al Dios Sabot : la frente limpia
Del dragon tú domaste : la victoria
Es el asiento de Jehová. ¡ Oh ! envía
A tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.

" Ven, oh Jesus : ya el triste del tesoro
De tu pasión recibe su consuelo,
Cual antes de nacer, sus rryos de oro
El sol despunta en el rosado cielo :
Lloved, nubes, al justo," el santo coro
Cantaba, y de su trono, en alto vuelo
Se levantó Jehová, la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En alas va del huracán : delante
Vuela un querub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centelleante :
Safán en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
Triunfo, empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el Paraíso.

«Hoye, le manda, pérfido, ¡créiste!...
 Poder frustrar mi soberano intento...
 De hacer feliz al hombre!...
 El premio digno: tu furor sangriento...
 El hombre postrará, y tu cuello triste...
 Quebrantará su planta." El sacro acento...
 Oyó Satán, y raudó desaparece...
 Cual humo ante aquilon se desvanece...

«Vivid, mortales, y esperad: propicia...
 Nacerá la salud, que vaeis llanto...
 En goza torné y celestial delicia...
 La salud nacerá; gemid en tanto...
 Necios futuros, mi eternal justicia...
 Adorad humillados con espanto...
 Llorarán todos heredado el crimen...

«Ellos, débil muger, serán despojos...
 De tu dolor: y tú de la morada...
 Do naciste lanzado, con tus ojos...
 Baña la tierra en tu vengauza armada...
 Suda, misero, y llora, cuando abrojos...
 Te vuelva el suelo por la mies sembrada...
 Llora, mientras que tornas á la tierra...
 Que tu deidad soñada el polvo encorra..."

Calló, y el triste Adán en pos seguido
 Del armado querube, en lento paso
 Silencioso camina, y oprimido
 Solloza el pecho con aliento escaso:
 Eva llorosa sigue, y dolorido
 Con las manos cubriendo el rostro laso,
 Salen de la mansion de la alegría,
 Donde ¡infelice yo! nacer debía.

Sujeto á la muerte, por sentencia divina, y conociendo que de él debían salir otros hombres, Adán dió á su muger el nombre de Eva, que señala la vida porque ella debía ser madre de todos los vivientes. Uno y otro se vistieron con pieles de bestias, y secundando Dios su inteligencia, é ins-

pirando el primer esfuerzo de la industria que venia á endulzar los males de la existencia, é imprimir á los usos mas vulgares y mas indispensables el carácter del gusto y de la belleza, creación secundaria en la cual el hombre confecciona á semejanza de su espíritu y transfigura la materia sometida á sus necesidades. Dios dijo por fin, como con una especie de ironía paternal: "Ved ahora Adán hecho como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal: cuidado que no estienda su mano al fruto de la vida, y comiendo de él no viva eternamente." Y en medio de estas santas y formidables irrisiones, arrojó á los culpables del jardin de las delicias, quedándoles la entrada prohibida, y sobre ella un querubin ángel de luz armado con una espada de fuego. Desde aquel dia la vida, trocada en tenebroso desierto, se parece á un sueño pesado, en que el dolor nos hace esperando el despertar de la muerte.

Fijémonos por un momento en el rubor del delito que asomó por primera vez en el semblante de Adán, despues de haber delinquido. Cuando éste, llamado por Dios, le dijo haberse escondido por vergüenza que le causaba el estar desnudo, replicole Dios: "¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?" El rubor, pues, quedó como testimonio perenne de la culpa, efecto temible y universal, inherente á nuestra naturaleza, marcado y reconocido por el primer hombre, luego despues de haber sido delincuente; efecto que vemos ya consignado en la primitiva tradicion, y que sentimos en nosotros mismos como todas las demas miserias que nos afectan. Tal es el rubor.

Pocos filósofos se han detenido en el estudio de este natural sentimiento, ó porque no hayan fijado en él su idea, ó porque lo habrán considerado como un accesorio de la conviccion del delito, que no merece fijar por sí solo la atencion. Sin embargo, considerado el rubor como una verdadera pasión que afecta al alma convenida de su propia fragilidad, y que produce una tan viva impresion, que se trasluce en lo exterior; y observando el enlace inmediato que tiene este sentimiento con el primer sentimiento que probó el padre de los hombres despues de su delito; no deja de ofrecer un vasto campo á la reflexion del filósofo cristiano, que descubre en el rubor una marca sensible de nuestra degradada naturaleza, y un aviso continuo que dejó la Providencia al hombre para que se humillase reconociendo su miseria y su debilidad.

La palabra rubor, expresando la idea de una causa moral por medio de un efecto sensible, toma su origen del color encendido que saca la vergüenza al rostro, y se usa indistintamente, ó para expresar este mismo color, ó para indicar la turbacion interior que lo produce. Es una sensa-

cion desagradable, hija inmediata de la conviccion de haber delinquido y de aquella oculta increpacion de la conciencia, era que el hombre se acusa á sí mismo, y que se llama remordimiento. Mas esta sensacion se diferencia del remordimiento, en que éste es hijo de la reflexion del alma sobre sí misma, y la sensacion del rubor es instantánea, inevitable, y que coje como por sorpresa al entendimiento mas prevenido. Aquel impulso dominante que sentimos delante de otro despues de haber cometido una mala accion, y que no está en nuestra mano evitar; que crece y se aumenta cuanto mas la comprimimos, y que buelta á veces todas las precauciones de nuestra voluntad, es una prueba irrecusable de que nuestra alma en medio de sus flaquezas no ha perdido el sentimiento de su dignidad, ni el conocimiento del bien y del mal, ni el amor á la inocencia y á la justicia. Prueba es que está impreso aun sobre nosotros el sello indeleble de aquel que nos crió, y que si bien por nuestro primer pecado nos dejó sujetos al error y á la malicia, conservó en nosotros el sentimiento íntimo de la virtud y de la honestidad, permitiendo que tuviésemos en nosotros mismos el secreto é inexorable regulador de nuestras acciones; la conciencia, que nos hiciese conocer por medio del rubor nuestras propias caidas é iniquidades.

Salta á los ojos de la razon, que el hombre, en el estado de la inocencia, no conocia esta impresion causada por el reconocimiento de la culpa. Así es, que no solamente su alma estaba libre de esta interior increpacion de su inocencia, sino que su cuerpo, sin otro velo que el de la inocencia, no producía en él el menor rubor. Este pasaje de la Escritura merece ser estudiado profundamente; porque este conocimiento del mal, esa vergüenza difundida por toda la especie humana, es un testimonio perenne del estado lastimoso en que se hallaron despues de su culpa los padres del linaje humano.

La Escritura no nos dá otra idea del estado de la inocencia en la cual se encontraron aquellos dos progenitores del mundo, sino que, hallándose desnudos, no se avergonzaban. Muy difícil es á nuestro pensamiento el penetrar con esta sola idea negativa la perfeccion purísima de aquella gracia original que brillaba en los dos felices esposos. El alma pegada á nuestra carne corrompida, no puede formarse idea de aquella pureza angélica de que se halló dotado el hombre al salir de la mano omnipotente. Sujetos á la razon todos los sentidos, no ocurriría al pensamiento del hombre inocente la menor idea de desarreglo ni de rebelion en todas las potencias y facultades. He aquí la feliz ignorancia del mal, inseparable de la gracia primitiva; he aquí la paz interior del alma, gozando de libertad para escoger entre lo bueno, pero en perfecta armonia con la ra-

zon, que era la voluntad misma de Dios, inspirada á su pensamiento y á su corazón. Ese equilibrio inexplicable de las potencias del alma, que constituye la paz y la felicidad, y que no podemos percibir sino de lejos á fuerza de fatigas y de una lucha eterna con nuestras propensiones perversas, conservaba la deliciosa comunicacion del hombre con su Dios sin el menor esfuerzo, y alimentándola de su amor, lo hacia sentir de continuo nuevas, puras é inexplicables delicias. Cerremos nuestros ojos carnales á las primeras escenas del Edén, cuando Dios hablaba con el hombre en la deliciosa soledad del Paraíso, tal vez revestido de fúrnas corpóreas para hacerse mas accesible. El Crisóstomo llama á los dos esposos dos ángeles revestidos de cuerpos, sujetándose su carne al espíritu sin la menor repugnancia. Y los mas profundos entendimientos han reconocido la gran dificultad que tenemos en formarnos alguna idea del admirable candor de Adán y Eva en el estado de inocencia.

En los primeros momentos despues de su delito, abriéronseles los ojos, y conocieron que estaban desnudos. Como la idea de bien es en nosotros relativa, y no podemos formarnos idea de bien sin formarnos la del mal por esto dice la Escritura que Adán y su esposa no conocian el bien y el mal. Bien era y bien superior á toda idea el que disfrutaban en su felicidad, pero puede decirse que lo sentia y gozaba su corazón, sin que lo conociese su entendimiento como opuesto al mal, del que por dicha suya no tenían la menor idea.

Delinquieron y abriéronse sus ojos carnalmente, para conocer el bien que habían perdido y el mal que les amenazaba. Entonces entró en sus almas la turbacion del delito, y el terrible conocimiento del mal de que habían sido capaces. Vieron todo el horror de su situacion, y sintieron perdido el velo de candor que cubria antes su hermosa y angusta desnudez. En aquel mismo momento nacieron en su alma la malicia, y la concupiscencia, y los primeros síntomas de aquella rebelion de la carne que había de afligir á todos sus descendientes. Viéndose desnudos de la gracia, asomó en su rostro el rubor de su delito y la vergüenza de sí mismos. Corridos y amedrentados, buscaron en el umbrado abrigo de los árboles como huir de la vista purísima de su Criador, como dos reos convictos huyen de la presencia de su juez. Y el instinto de aquella ciega fineste, que acababan de adquirir con su desobediencia les hizo ocultar recíprocamente su desnudez; aquella desnudez que no podian aguantar sus ojos.

Mas ¿cuál seria su rubor y turbacion cuando, llenos de confusion y de óprobio, y oprimidos con el peso de su delito, llamó Dios á Adán diciéndole: ¿Dónde estas tú? Confundido el previcador, confiesa que había

oído su voz en el Paraíso, mas no confiesa su culpa, sino su temor y su vergüenza que era resultado de ella. El Señor empero le redarguye con la causa de esta vergüenza, que era su delito: confésalo Adán, pero descargándose antes con la mujer, que Dios le había dado por compañera así como caía, reconvenida después por el Señor, se escusó con la serpiente tentadora.

En este corto diálogo se resúmen todas las miserias que habian de afligir al linaje humano: el orgullo de querer igualarse á Dios, la debilidad del hombre en ceder á su esposa, todo un mundo sacrificado á la criminal condescendencia del amor. El entendimiento quedó ofuscado con la ignorancia en castigo de su orgullo, y el corazón juguete del desórden de las pasiones, en pena de su amor desarreglado á la criatura. A pesar de tan espantoso trastorno, el Señor dejó á Adán el rubor del delito, rubor saludable, que humillando nuestra soberbia, y haciéndonos reconocer nuestra iniquidad, prepara al alma para el arrepentimiento.

El rubor, pues, ha quedado en el mundo como otra de las pruebas de la prevaricación original, de la caída del hombre, y de la misericordia de Dios. Y el pudor, que no es sino el rubor de la modestia, ha quedado tambien como un sentimiento universal, una virtud de la naturaleza, que si bien sirve de una guarda poderosa á la inocencia y á la honestidad, nos recuerda el estado de flaqueza y de vergüenza desnudez en que quedaron nuestros cuerpos, no revestidos ya con el velo del caudor primitivo anterior á la culpa.

El sentimiento del pudor es un sentimiento universal y tan antiguo como el mundo. Vémosle naturalmente en el hombre en todos los estados, en todos los países, en todos los siglos. Aun en aquellos climas en que abrazado bajo las rayas del sol, anda desnudo por los bosques, respeta sin embargo en sí mismo las leyes de la decencia y del pudor. Cuanto algunos hombres, ávidos de buscar en la brutalidad del salvaje la ley suprema de la naturaleza, han recorrido los desiertos inhabitados para hallar una ú otra escepcion de esta ley, y para afrentar á la humanidad, en lugar de cubrir con un velo aquellos monstruos morales de la especie humana; se les ha respondido, que el hombre sencillo y no corrompido, en el estado de pura naturaleza, ha conocido siempre la ley del pudor y la ha respetado, á menos que no haya llegado al último grado de degradación moral, esto es, á una abominable disolución de costumbres. El estado de naturaleza, tal como se lo han imaginado algunos filósofos, no es mas que la brutalidad aplicada al hombre. Si fuese cierto, dice el autor del catecismo filosófico, que los othaitinos ó algunos otros pueblos salvajes, apenas conciben el pudor, eso queria decir, que han aprendido á

no respetarlo, y que los sentimientos más naturales y más fuertes del corazón humano, se habian ido debilitando y destruyendo poco á poco con impresiones y hábitos contrarios. El celerico no conoce las dulzuras de la mansedumbre, ni el ébrio el mérito de la templanza; el avaro las delicias de la beneficencia, ni el ambicioso el pacífico encanto del retiro. ¿Y de esto deberemos inferir que tales vicios forman el estado de la pura naturaleza, ni que cuanto estos hombres viciosos ignoran es efecto de la educación, ó pura invención humana? ¿No es más fácil de comprender cómo la pasión, el hábito, la educación pueden debilitar y extinguir poco á poco el sentimiento moral, que lo es concebir cómo estas mismas causas pueden embotar la sensibilidad física; pues en uno y otro caso ellas hacen violencia á la naturaleza? Y sin embargo, ¿no es bien claro que la naturaleza ha inspirado al hombre una cierta reserva, una impresion de modestia y de confusión respecto á cualquiera sensación humillante, por el imperioso contraste que luce á la razón, por los efectos contradictorios á su fin natural, y por los dolorosos desórdenes que resultan en todo género? Permitaseme, dice un autor, á quien no se tachará seguramente de exagerador, hacer una breve digresion sobre tantos objetos y prácticas obscenas, con que estaban manchados los antiguos misterios de los gentiles, y particularmente los de Baco. La vergüenza no es una virtud de convencion, sino que la debemos á la naturaleza, la cual se sirve de ella para hacer mas amable la belleza, la fealdad menos insoportable, y aun á veces interesante. La custodia de nuestras costumbres parece confiada á este pudor innato, tan favorable á la propagación de nuestra especie, el cual en vano el vicio se esforzaria á contrariar. Se dirá, sin duda, que la religion habia consagrado estas indecencias, y que acostumbrados á ellas desde niños, la imaginacion no podia comoverse por ellas; ó en fin, que no se debe juzgar de las costumbres de los demas países por las nuestras. Estas razones frívolas quedan bien disipadas por la experiencia y por los hechos.

El pudor, pues, es un sentimiento natural, así como lo es el rubor, con la sola diferencia que este nace de los reproches de nuestra propia conciencia, y aquel es producido por los sentimientos de la modestia. Uno y otro sentimiento hacen salir los colores al rostro, en presencia de los demas. Mas el rubor del delito tiene algo de siniestro y degradante que no se halla en el inocente pudor lleno muchas veces de gracia y de embeleso, y guarda la mas segura de la virginidad. ¿Cuántas veces el pudor ha sido la única defensa de una virgen tímida delante de su seductor! ¡cuántos prodigios no han nacido de este sentimiento que es el heroísmo de la honestidad! ¡Desdichado del hombre que llega á perder el rubor, ese re-

cuerto involuntario de la virtud perdida; eso ingenuo precursor del arrepentimiento! ; Desdichada de la mujer que ya no tiene pudor, y cuyo semblante es tan audaz como impuro su pensamiento!

La civilización mas adelantada, lastima, pero fuerza es decirlo, no pone á cubierto al hombre de la pérdida del pudor. En casas grandes ciudades, en donde el hombre, olvidado casi de su destino, rejeta entre el tumulto de los placeres, en esos frecos de pasiones desencadenadas, en donde se levantan altares á la disolución y á la molice, y la corrupción sirve de pasatiempo; es tambien en donde se ha llegado á sofocar el grito santo de la naturaleza, y basta condenar el pudor como una debilidad: fruto de una mezquina educación ó de anejas preocupaciones. Allí es donde se hallan estos enjambres asquerosos de mercenarias prostitutas, que venden su honor y su cuerpo al precio mas vil; allí es donde una juventud, embrutecida y provocada por mil incentivos públicos y privados, corre á saciar en lujos inmundos una pretendida necesidad que reclama la naturaleza abandonada á todos sus instintos, y que se dora sin embargo con los nombres mas bellos. . . Basta, no descorramos mas ese velo tenebroso que oculta tantas abominaciones. Por perseguido, por insultado que sea el pudor, por desterrado que se halle en algunas almas perdidas no por esto deja de ser un sentimiento natural, poderoso, dominante, irresistible, lleno de atractivos; guarda fiel de la virtud en todos los corazones no contaminados. Así como, no porque tantos hombres herrenados con el crimen han logrado sofocar los remordimientos, deja de ser el rubor el efecto inmediato del delito. Una de las mayores pruebas de nuestra degradación original es la existencia de tantos monstruos en forma de hombres, que se alimentan del crimen y no respiran sino infamia, cuya presencia llena de horror á la humanidad y hace estremecer la tierra que los sostiene.

Por mas, pues, que la malicia humana sufoque estos gritos perennes de la naturaleza, esos sentimientos inherentes á toda nuestra especie, ellos subsistirán como prueba de nuestra caída y de nuestra fragilidad original. El que no sintiere rubor de su delito, es porque su alma yace ya sepultada en la iniquidad y atargada en el crimen, de cuyo letargo no despertará hasta aquel momento terrible, en que invocará á las montañas que caigan sobre él y le hundan en sus abismos para evitar el semblante lleno de indignación de un Dios vengador. Entonces, por no haberse aprovechado del saludable rubor de sus culpas, se verá confundido para siempre. Todos nosotros sentimos la ley de la carne en rebelion con la ley del espíritu, y en este sentimiento se funda el del pudor, siempre que descubrimos nuestros cuerpos, rebeldes por inclinación á las leyes de

la razón y de la justicia. Esta propension humillante es en nosotros el origen del pudor. Algunos antiguos filósofos no agoraron ese sentimiento natural, y lo respetaron como una inspiración virtuosa. La gentilidad misma levantó templos al pudor. Otros lo condenaron tambien como una debilidad; y los impuros cínicos hacian profesion de sofocarlo. Algunos modernos han envidiado esa brutal licencia á los sectarios del cinismo, renovándola en nombre de la razón y de la filosofía en el centro de un pueblo civilizado. Y ese desprecio del pudor continúa en figurar en la lista de las desprecupciones.

No es de nuestro objeto, por ahora, presentar semejantes dejunos en toda su deformidad moral y filosófica. No es este lugar oportuno para poner en contraste la moral evangélica con la moral de la relajada filosofía, por lo que respeta á la pasión mas tempestuosa y terrible del corazón humano. No hemos entrado todavia en el exámen de las pasiones. Tan solo hemos tratado del pudor por incidencia, como formando parte de aquella vergüenza y confusión que es en nosotros el efecto del primer pecado. Hemos querido añadir esa prueba de mas á las muchas que dejamos ya alegadas, y que inspirará á cualquier hombre el simple buen uso de la razón natural, de que nuestra especie prevareció en su origen, y que nosotros estamos tocando á cada paso y sintiendo en nosotros mismos los resultados funestos de esta prevareción original.

Eva, entretanto, dió á luz un hijo, y como para consolarse de su propia mortalidad le puso el nombre de Cain, diciendo: "He aquí que yo tengo un hombre por la voluntad de Dios." Tuvo en seguida otro hijo que fue llamado Abel, es decir, vanidad, para demostrar sin duda la fragilidad de la vida. Cain, pues, cultivaba la tierra y Abel cuidaba de los rebaños. Los dos sacrificaban al Señor una parte de sus bienes que do el recibian, pero eran muy diferentes las disposiciones de su corazón.

Un sabio del pasado siglo, el celebre y eruditísimo Fénelon, al trazar el cuadro de los crímenes de los hombres, para desvanecer la preocupacion entonces popular de que el mundo nunca habia sido peor que en nuestros tiempos, describe de un solo rasgo el carácter del vicio desde que fue introducido en el mundo por la culpa. El vicio, dice, apareció ya gigante desde su cuna. En efecto: en el fratricidio que se cometió entre los hijos de Adán vemos una reproducción de la funesta escena del Paraíso. La envidia que indujo al espíritu tenebroso á seducir y perder á los primeros padres, emponzoñó tambien el corazón del primer hermano. El hombre, condenado á morir, vivía aún sobre la tierra, y su misma mano fué la que debia dar la primera víctima á la muerte.

El uso de los sacrificios remonta naturalmente á la primera edad del

mundo. Los primitivos pueblos ofrecían sacrificios á los dioses en las cimas más elevadas de los montes, en el más sagrado templo de la naturaleza. Este acto de reconocimiento del Creador por la criatura, importa la triple idea de gratitud, de súplica y de expiación. La primera familia humana conservando la memoria del grande infortunio del hombre, y del castigo á que fue condenado por su desobediencia, él y su posteridad, no tenían más recurso que humillarse en la presencia de Dios justamente indignado; y viéndole una esperanza de misericordia y de reparación, rogárle con lágrimas un suelo ingrato al cual se consideraban arrojados como en un destierro; y manifestar por medio de humildes sacrificios el reconocimiento de su culpa, de su infelicidad, y del supremo dominio de Dios sobre sus criaturas, procurando que fuesen los mayores posibles á los divinos ojos.

Los hijos de Adán y Eva, pues, ofrecían estos sacrificios. Sin embargo, no todos fueron igualmente aceptables para Dios. Abel, modelo de justicia y de rectitud de corazón, en cuanto puede serlo el hombre cotechado en el pecado, ofreció primogénitos de sus ganados como pastar que era de ovejas. Cain, empero, que se ocupaba en la agricultura hizo ofrendas de las frutas de la tierra. Mas como Dios lee en el corazón de los hombres, y se complace no en los dones de los miserables mortales, pues no necesita de ellos, sino en la pureza y la humildad con que se le ofrecen, vio las diversas disposiciones con que los dos hermanos le rendían aquel tributo ó homenaje de adoración. Abel, penetrado de gratitud y de amor, ofreció á Dios las primicias de sus rebaños, Cain, empero, según nos indica la Escritura, no ofreció precisamente de lo mejor, sino tan solo de los frutos de la tierra, dando á entender por esta circunstancia que la ofrenda de Cain era de lo más precioso de lo suyo, ni iba acompañada de aquella fe y de aquel amor que hace meritorias nuestras ofrendas á los ojos del Señor. Pues áya cuando las dos ofrendas fuesen materialmente de un mismo precio, por la fe presento Abel á Dios muchísimas considerables ofrendas que Cain, en expresión del Apóstol. El Señor, pues, no hizo excepción de personas, no atendió sino al corazón, que es el que da valor á todas nuestras obras exteriores.

Aceptó Dios las ofrendas de Abel, y no hizo caso de las de Cain. Es común sentir de los Padres, y expositores, que un fuego descendió prodigiosamente del cielo consumió el sacrificio de Abel, en muestra de aceptación, mientras que el de Cain quedó sin que se consumiese la celeste llama. Conoció Cain que su sacrificio no había sido aceptado por Dios. La envidia que empezaba á corroer su negro corazón, salió ya en su rostro. El odio á su hermano devoraba acuitamente sus entrañas. Palido

y taciturno parecía abrigar en su seno la turbación y las maquinaciones de un delito. El mismo Dios, no obstante, se digna hablarle; y aunque este desventurado sea hijo de un padre delincuente, parece que busca Dios como prevenir el negro proyecto que aquel umbría. Por que, le dice, estás enojado, y está demudado tu semblante? Ved con qué admirable previsión le reconviene ya de antemano, por si osa consumar el atentado que está meditando: «¿Acaso si obraras bien no serás recompensado; y si mal no tendrás siempre ante tus ojos el castigo de tu pecado? Mas de cualquier modo que sea, tu apetito ó tu concupiscencia estará á tu mandar, y tú lo dominarás, si así lo quieres.» He aquí el libre arbitrio en el hombre declarado por el mismo Dios, como si le dijera: «Tus pasiones desordenadas, tu naturaleza corrompida pueden invitarte, provocarte al delito, pero no te pueden forzar á él. A pesar de sus sugestiones, si ellas te dominan, tú te dejarás dominar; tú serás siempre dueño de tí mismo.» Estas palabras que Dios dirige á Cain merecen ser meditadas profundamente. El hombre, aun manchado con la culpa original, es todavía capaz de merecer por sí mismo, pero no por sus solas fuerzas naturales; y Dios es el que le promete las recompensas por el bien que hiciera. Toavía sus obras pueden ser agradables á los divinos ojos. Hijo de maldición y de ira, esclavo de la culpa y de la muerte, ¿cómo hubiera podido merecer por sí mismo la menor recompensa sino por los méritos infinitos del futuro Reparador, prometido por Dios luego después de la primera culpa, por quien fueron salvos los primeros prevencionales?

El justo Abel era ya un símbolo del Redentor del mundo: su mansedumbre y su amor eran figura de la de Jesucristo, y su inoculación treinta por la envidia de un hermano figuraba aquel Cordero divino, víctima del odio y de la perfidia de los hombres.

Salgámas á fuera. Esta fue la voz de la adversidad. El hermano de Abel no puede ya contener la rabia que le devora. Busca la soledad del desierto para consumir la maldad que medita. ¿No abunda su corazón de fieras la docilidad con que le obedeció y le siguió su inocente hermano? Cain es aquí el primer modelo de la perfidia y del engaño, es el tipo detestable de los falsos amigos y de los traidores. El universo dió un gemido en el momento en que el hombre delinquirá la primera vez, pero presintió gemirá la tierra al recibir en su seno la primera víctima del crimen, el primer despojo de la inerte.

Estremeció á la verdad el figurarse aquel primer grupo de la implacable venganza que fatigó al mundo por primera vez; un hermano meditando el dar la muerte ó el perder á su inculpable hermano, y en haber el bárbaro sacrificio de la sangre del hombre á su señoría; á la satisfacción

atroz de su envidia y su orgullo, pasiones funestas de quienes ese primer idólatra del vicio había hecho el dios de su corazón. El célebre Gesner, uno de los más fecundos genios de Alemania, nos describe con el vivo colorido de la verosimilitud y del sentimiento el golpe fatal y alevoso que hizo caer á Abel. Derribado en tierra, palpitante y ensangrentado, Cain que tal vez no tenía una idea de la muerte, le llamará por su nombre: ¡Abel! Asombrada de verle así y postrado, recibirá quizás sus últimas miradas, miradas de perdón y de piedad. Al verle después como un tronco inanimado, sin movimiento, sin vida, que nada respondió á sus clamores; qué horror, qué hiel mortal, qué horrible convulsión debió apoderarse del fratricida!

Así como el Señor llamó al confuso Adán después de su delito, y le preguntó: ¿dónde estás? asimismo llama al asesino de Abel, y le dice: ¿En dónde está Abel, tu hermano? No se humilla por esto la audacia del peñón; y añadiendo á su crimen un imprecación sacrilega, después de haber dicho que no lo sabía, añade con altivo desdoro: "¿Soy yo por ventura guarda de mi hermano?" Perido: ¿no te basta haberle sacrificando: todavía osas insultar á ese mismo Dios que vio tu crimen nefando, y que ha de vengar á la inocencia? "¿Qué has hecho?" replica el Señor, la voz de la sangre de tu hermano está clamando á mi lado la tierra." Dios ofendido repite contra el criminal la terrible maldición que dió á la serpiente. "Maldito, pues, serás desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto la boca y ha recibido de tus manos la sangre de tu hermano." Y reñeva también el Señor la sentencia fulminada contra el hombre. "Después que la habrás labrado, no te dará sus frutos: viviras errante y fugitivo sobre ella." Estremecido el traidor con tan terribles palabras, reconoce su delito, mas en vez del humilde arrepentimiento, se arroja de pronto á la desesperación. Aterido por su misma iniquidad, se considera con horror arrojado como un réprobo de la divina presencia, y llevando siempre consigo la imagen sangrienta de su hermano y los viciales remordimientos del infierno. La confesión de Cain fué, pues, de temor, no de amor. "Andaré errante y fugitivo por el mundo, y cualquiera que me hallare me matará." La idea de la muerte y la convicción de haberla merecido horroriza á Cain; ese cruel, ese bárbaro en el crimen tiembla con la idea del morir. La crueldad acostumbra ser la madre del temor. Sin embargo, la misericordia de Dios es inagotable. El Señor, tantas veces y tan vilmente ofendido por el hombre, no desampara al desdichado Cain. "No, le dice Dios, no será como tú dices." Y amenaza al que lo matare con septuplicado castigo.

Dios echó en cara á Cain su delito; ¡Ineprecación terrible en boca mis-

ma de la Divinidad! Mas no le abandona, no le deja en su desesperación horrorosa; permite que expie su crimen con una vida prófuga y errante; y con este rasgo asombroso de misericordia, convida en la persona de Cain á todos los hombres culpados para que esperen en él, antes de abandonarse desesperados á crímenes mayores. Dios no perdona á Cain al momento después de su delito, no es protector de un asesino, de un fratricida: consérvale la vida para que sea penitente sin prometerle la impunidad cuando no expie su crimen con la penitencia. La misma voz de elocuencia y de perdón se ha prolongado por todas las generaciones de Adán, y se prolongará hasta el fin del mundo por los méritos de aquel, que en medio de los tiempos reconcilió la tierra con el cielo.

Crean la mayor parte de los padres que la señal que puso Dios á Cain para que cualquiera que lo encontrase no le matara, fué un continuo temblor de todo su cuerpo, acompañado de un semblante atroz y horrible que daba á conocer la agitación de su conciencia. Conturbado este criminal por su hecho desastroso, rodeado de fantasmas aterradoras, pareciéndole siempre ver la víctima que caía, y manos alzadas contra sí propio para vengar aquella, podía Cain expiar su delito, y no desamparó del perdón, en sentir de sabios intérpretes, que hacen interrogante aquella cláusula pronunciada por el fratricida después de haber oído su condenación por la boca de Dios. "¿Es tan grande mi maldad que no merezca perdón? Este mismo sentido le dan, según Du-Clois, los comentaristas hebreos.

Salido Cain de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente del Eden. Las sagradas letras nos ocultan el fin de este fratricida. De todos modos la historia de su delito nos ofrece en todas sus circunstancias serias é importantes reflexiones, que de paso hemos procurado indicar.

La muerte, pues, con este fratricida, empieza á tomar posesion de su dominio sobre el hombre. El egoismo, los celos, la ambicion, todas las pasiones y todos los crímenes van á inundar el universo; los mas sagrados deberes, los sentimientos mas hermosos y los mas fuertes serán desconocidos y pisoteados. La efusion de sangre marca el origen de la primera sociedad, fundada no obstante bajo la mano inmediata de Dios, y con elementos que todo conspira á hermanar y á mantener en armonía. ¿Qué será, pues, cuando las familias se desunian alejándose de su cuna, y que las diversas sociedades no serán mas que un fisco de multiplicados y opuestos intereses? La historia aparecerá entonces como una gran tragedia que la virtud casi siempre perseguida llenará con sus desgracias, y en la cual el vicio vendrá á menudo á expiar el escándalo de su audacia

en las agitaciones y en las penas figuradas por la villa errante de Cain.

El Señor consoló el luto de Adán y de Eva, enviándoles un hijo en lugar del que acababan tan infelizmente de perder. Eva le dio el nombre de Seth, para significar que todas sus esperanzas estaban desde entonces fundadas en él; y en realidad fue justo como Abel, y su posteridad siguió los preceptos del Señor, mientras que la de Cain marchaba por la senda trazada por su desdichado padre. Adán y Eva tuvieron aún muchos hijos y muchas hijas que se enlazaron en matrimonio, propagando así la especie humana, haciendo Dios que todos los hombres descendiesen de un mismo tronco; para que nunca jamás olvidasen, á pesar de la distancia de los tiempos y de los lugares, que son todos hermanos; y que la diversidad de intereses, de hábitos y de leyes no debía dividir á los que se hallan unidos por vínculo tan dulce como fuerte de un origen común.

Adán vivió novecientos años. Atribúyese por lo general la longevidad de los primeros hombres á la fuerza de su temperamento, á las calidades naturales de los alimentos que sacaban de la tierra; jóven todavía, á la sencillez y frugalidad de su vida. Debe añadirse á esto que la Providencia quería gobernar al mundo con sabiduría; así como le había criado por amor, y que entraba en sus eternos designios el conservar por largo tiempo los hombres, bien fuese para la rápida multiplicación de la especie, ó bien para la instrucción de las nuevas razas; pues los patriarcas tenían numerosos hijos, y cargados ya de muchos siglos, parecían detenidos en el umbral de la tumba para dar testimonio á la historia de los antiguos días á la faz de muchas generaciones reunidas.

En cuanto á Eva nada se sabe de fijo sobre la época en que murió; sólo se conserva una opinión apoyada en muy antiguas tradiciones que pasó sobre la tierra algunos años mas que Adán. Algunos escritores en particular, los que colocan el Eden en la Palestina, creen que nuestros primeros padres fueron enterrados sobre la montaña del Oltuario, cerca de la cual, se estiende, como es sabido, el valle de Josafat; en donde las almas vendrán á asistir á su postrer juicio. ¿No habría quizás en realidad para las cosas, así como para las personas, sus destinos reservados? ¿Y no sería conveniente que este drama solemn que se llama la vida de la humanidad, que llenará por la unidad de su acción la serie entera de los siglos, presentase en un lugar mismo las tres grandes escenas de que se compone, á saber, la caída, la redención y el juicio?

La tierra está llena del nombre y de las desgracias de Eva; nuestra madre común. Estas desgracias, unidas á los grandes sucesos que acabamos de describir, se hallan consignadas mas ó menos distintamente en las zo-

mognias y relatos históricos de los pueblos antiguos, y en las tradiciones desfiguradas de bardas idólatras y salvajes que habitan el Nuevo Mundo en el tiempo de su conquista. Según los indios, los persas, la mayor parte de las naciones del antiguo Oriente, los natchez y los mexicanos, el hombre fué criado puro, y después se alteró su naturaleza, y todos los infortunios que le sobrevinieron derivan de la credulidad de la muger engañada por el dragón.

La poesía cristiana ha revestido con las pompas de su lenguaje los sucesos memorables que fijaron la suerte de la humanidad. El Tasso ha cantado los siete días de la Creación; Vida, Samnazar y otros no tan célebres han pintado con graciosos colores algunas de las escenas del jardín de las delicias. El delicado Gevær ha delineado en preciosos cuadros de fantástica poesía, la tragedia sangrienta de los dos primeros hermanos, trazando para diamante la acerbidad del desenlace, los amores fraternales de Cain y de Abel con toda la candidez encantadora de los primeros días. Pero sobre todo, el cantor de Eden por excelencia, el inmortal Milton, de quien hemos presentado ya algun fragmento, descuella en este género tan fecundo como difícil. El *Paraiso perdido* es la gran *liada* del cristianismo; es el astro del genio del hombre que resplandece en los modernos días como un reflejo brillante de los días primeros del mundo; y tan superior al cantor de Aquiles como la historia de la humanidad es superior á la historia de un solo pueblo, y como la figura eterna de Dios es mayor que la débil imagen del hombre. Fuerza poderosa de invención, profusión brillante de imágenes; riqueza exquisita de colorido, superan en mucho á las faltas que la severidad literaria se ha creído con derecho de inculpar á esta sábia y sublime composición. Eva inocente aparece cubierta de una dulce magestad, ornada de gracias y de nobleza; Eva culpable se vuelve tímida y medrosa, y aunque usa de alicia en sus palabras, queda postrada por sus lágrimas; y Dios le ha dejado en su caída algunos reflejos de su primera gloria, que la rodean de un resplendor mezclado de terror, como una guarda celeste.

Los bellas artes han prevenido ó imitado la poesía. El dibujo, la pintura y la escultura, trazaron varias veces y felizmente los principales paisajes de la creación, y particularmente la historia de nuestra primera madre. Las catacumbas, la capilla Sixtina, el Vaticano, las puertas del baptisterio de Florencia, el cementerio de Pisa, las fachadas y las vidrieras de nuestras antiguas iglesias, las Biblias y los misales góticos, reproducen algun paso de la vida de Eva, su creencia, su tentación, su caída y su penitencia. Angelico de Fiesole, Ghiberti, Nicolás de Pisa, Cimabue, Miguel Angel, Rafael, Murillo, pintores ó escultores han descrito sobre

telas inmortales ó gravado sobre la piedra los goees y las de gracias del Eden, ó la imagen de nuestra primera madre. Entre todas estas admirables maravillas del arte cristiano, debe colocarse en primer lugar por la composicion, propiedad y bella expresion de las testas el tan conocido cuadro de Dominiquino. En él se ve á Dios que arrostra al hombre su desobediencia, Adán que acusa su muger, y Eva que rechaza la falta sobre la serpiente. Esta triple actitud está expresada con el mas exquisito sentimiento, y el espectador participa involuntariamente de la ansiedad de nuestros progenitores que aguardan de la boca de su gran Juez la sentencia merecida. Con todo, la justicia del Juez no borra la misericordia, y échase de ver que habrá simultáneamente dos caminos para llegar al cielo, la inocencia y el arrepentimiento.

Como desde Eva no se ofrece hacer mención especial de muger alguna hasta las mugeres de los patriarcas postdiluvianos, nos ha parecido de algun interés, atendido el carácter de estas lecturas, dar una sucinta idea del grado de corrupcion á que llegó el mundo antediluviano, antes de transportarnos con placer á las sagradas y respetables tierras de los granportarnos con placer á las sagradas y respetables tierras de los grandes descendientes de Noé, llamados por Dios para progenitores del famoso y predilecto pueblo, á quien escogió para teatro de sus maravillas bendiciones.

Pocos datos nos han quedado, fuera de lo consignado en los sagrados libros, sobre la época que transcurrió desde la creacion hasta la gran catástrofe que, reduciendo á la nada casi todos los seres animados del globo, preparó como una segunda creacion en la única familia que por providencia especial de Dios pudo sobrevivir á la submersion del mundo. En los quince ó diez y seis siglos que transcurrieron, según los cómputos mas admitidos, desde la creacion al diluvio, la naturaleza jóven y ufana se mostraba con toda la lozana fecundidad que á sus primeros periodos convenia, tanto en el sustento y regalo de sus frutos y flores, como en el vigor y copulencia de todos los seres vivientes, entre los cuales descendía el hombre como rey, aunque decaido, de la creacion. Según el sentir de algunos santos Padres, la propagacion desarrollábase asombrosa, tanto por la longevidad de los propagadores como por la fecundidad de las madres, produciendo muchos fetos en un solo parto. Numerosa, pues, y casi innumerable debía ser la poblacion que, derramándose por el globo, y extraviándose en sus caminos hasta llegar á corromperlos, hizo arrancar de Dios aquel gemido de dolor, hablando en lo humano, que en el lenguaje del historiador sagrado le hace llegar hasta á arrepentirse de haber criado al hombre. Vicinda toda carne por la culpa del primer padre, fuente inagotable de todas las calamidades y miserias, una atmós-

fera de crímenes debía cubrir la tierra como un diluvio, mas terrible que el que se desplomó despues de las cataratas del cielo. Llegó el hombre embrutecido á desconocer la ley sagrada de la naturaleza pura, huodióse en un abismo de degradacion y de infamia, dejándose arrebatar por los impulsos de esta naturaleza corrompida. Esclavo vil de propensiones brutales, hacía servir su robustez y larga vida, y la fuerza de un temperamento henchido, por decirlo así, por la saludable nutricion y suculencia de los manjares que la tierra producía espontánea, á la satisfaccion desenfrenada de sus apetitos. Entregóse, pues, á toda la perversidad de sus instintos dejándose encadenar por el deleite; y no por turbacion del pensamiento ni por imbecilidad del querer sino por deliberada malicia efecto de su depravada costumbre, se entregó á sabiendas y sin pudor, hollando todo respeto á Dios y á los hombres: hambriento de gozar, precipitose hasta la maldad del bruto y descendió aun mas allá. Viendo Dios que habia mucha malicia en la tierra, dice el texto sagrado, y que todos los pensamientos del corazon eran dirigidos al mal, se arrepintió por haber hecho al hombre en la tierra; y precaviendo para lo futuro, y conmovido de dolor en lo mas hondo de su corazon, "borraré, dijo, al hombre que he criado, de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales: desde el reptil hasta las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlo criado."

¿Que mejor prueba de que la malicia del hombre no se hallaba circunscrita á esta ó aquella region, sino estendida por toda la faz de la tierra; que no era de un solo género sino vária y universal; que abrazaba toda especie de maldades, y en un alto grado y al punto mas culminante degradacion y embrutecimiento á que podia llegar, *malitia completa et consummata*, como dice la Escritura? Todos los afines del corazon tendian á la adoracion ciega de los ídolos del placer y de la carne. Pues si bien en Dios no cabía ira, dolor ni arrepentimiento, con todo, el sagrado historiador acomodó al humano lenguaje los altos designios de Dios sobre sus criaturas, para expresar con toda la energía posible la nocividad de las iniquidades humanas y la ofensa infinita que daban á Dios, el que á pesar de la inmutabilidad esencial de su naturaleza, se vió en cierto modo provocado por la perversidad del mundo á descargar sobre él todo el peso de su justa indignacion.

Precisáremos de mentar la mudanza y las alteraciones que sufrió la superficie del globo por la inundacion universal; y desechando por absurda y temeraria la opinion de que antes del diluvio la tierra no era tosa que una dilatada llanura, pues está en contradiccion con lo que nos dice la Escritura acerca haber subido las aguas quince codos sobre los mon-

tes mas encumbrados, y haber reposado el Arca sobre el monte Ararat, no puede ocurrir duda de que antes del diluvio existian ya pueblos y ciudades en mas ó menos estension y número, pues sobre ser indispensable los albergues para tanta multitud de hombres como poblaban la tierra despues de diez y seis siglos de propagarse, sabemos que la primera ciudad fué Enoch, construida por Cain, habiéndose borrado con el diluvio nombre y la memoria de las demas. Lo mismo persuade el estado floreciente en que debian hallarse entonces las ciencias y las artes, ya por la ciencia infusa que debemos suponer en el primer hombre y comunicada á sus inmediatos descendientes, ya porque de los cuatro primeros libros del Génesis se desprende que los hombres se hallaban ya instruidos en la naturaleza de los elementos, en el modo de sacar de la tierra y fundir los metales, prepararlos y modificarlos; en el arte arquitectónico, y aun en las artes de cálculo y de placer, como las matemáticas y la música.

Por el antiguo libro de Enoch, aunque apócrifo, con todo, escrito por una tradición antiquísima, y muy conforme con los fragmentos que del verdadero y profético libro de Enoch nos han dejado los Santos Padres; consta entre otras cosas el desecno de los hijos de Dios á las hijas de los hombres, de los gigantes producidos por el coito de los ángeles.

Así habla de los gigantes el sagrado testo: *Gigantes autem erant super terram in diebus illis; postquam autem ingressi sunt filii Dei ad filias hominum, illaque genuerunt, ille sunt potentis á sæculo viri somni.* Asegura, pues, el testo sagrado que habia gigantes nacidos de los hijos de Dios; en la inteligencia de cuyas palabras no están de acuerdo los intérpretes. Quieren algunos, que nacieron de la union entre los hijos de Seth y de Cain. Era, pues, Seth progenie de Adán legítima y fiel á su Dios, por cuyo motivo aseguran que fueron llamados sus descendientes hijos de Dios, al paso que la progenie de Cain quedó degenerada y maldita. Por donde pretenden estos intérpretes que los gigantes fueron producidos por cópula entre buenos y malos, y de este parecer es el águila de Hipona San Agustin. Otros, empero, por hijos de Dios, no entienden hombres sino espíritus ó ángeles, que acercándose á las hijas de los hombres, por un prodigioso concubito engendraron los monstruos gigantes, como así lo enseñan los rabinos, y se deduce del libro apócrifo de Enoch; bien que semejante opinion es desechada y rebatida como absurda por casi todos los intérpretes mas sensatos de las sagradas letras. La opinion mas verdadera, esto es, la mezcla de la progenie de Seth con la inicuca estirpe de Cain, es profesada por Cirilo, Josefo, S. Agustin, S. Gerónimo, y entre los modernos por Pereiro. Cornelio con otros muchos deduce de las mismas sagradas letras, que en este lugar los gigantes son llamados así no tant

por su insólita e increíble corpulencia y grandor, sino por su soberbia por su fortaleza y por su inhumanidad; pues se hicieron famosos por su corpulencia, por su robustez, por su saber, por su poder y por su fortaleza en los combates que era sobrehumana; siendo terribles asimismo por su fiereza y formidables por su crueldad, por cuyos crímenes quisieron destruir el mundo con el diluvio. Refiere Beroso Anabito que su ciudad ó residencia era junto al monte Libano, cuyos cedros colosales guardaban analogía con aquella raza gigantesca; bien que es muy verosímil que no todos los hombres de aquella época fuesen de tan vastas dimensiones, sino que habia de todas como en el día, y es absolutamente inverosímil que fuesen del grandor que suponen los poetas y mitólogos antiguos, haciéndoles poner montes sobre montes para escalar el cielo, destruir al mismo Jove. Añaden los visionarios rabinos que tenían cien codos de altura, apareciendo como torres de carne. Imposible parece que tales especies hayan pasado por humano entendimiento. ¿Dónde están los restos de las casas que debieron edificar para su guarida? ¿Qué frutos de la tierra hubieran bastado para alimentarles? ¿qué bosques hubieran sido suficientes para dorles hácules y palos? ¿Dónde estarían las mujeres igualmente corpulentas y colosales para formar progeie? Aun es mas absurdo lo que Aderoso añade, diciendo que tales gigantes eran Noé y su familia, cuando se deduce del mismo sagrado testo que si el Arca no tenía sino treinta codos de elevacion, mal podria contener personas que la excediesen de 76 codos. Además cuán presto hubieran consumido tales personas el alimento que por espacio de un año entero bastó para sustentar á todos los animales que en el Arca se albergaban. Los mismos ó peores absurdos refieren los árabes del gigante Og, rey de Basán, en su Historia Sarracénica; suponiendo que Noé, perseguido por Og, se escondia para librarse de él en las cavernas de los montes, en donde Og no podia penetrar por la inmensa mole de su cuerpo, y que irritado de no poder alcanzarle, arrojó tras él los pedros de su barba que se convirtieron en altísimos cedros que formaban una isla y espesas selvas de cuyos troncos formó despues el su Arca. Añaden que las aguas del diluvio en su mayor elevacion llegaban á las cumbres del gigante; que éste cazaba las ballenas tragándose las de un solo tiro, y otras insulsas sandeces que se leen en el tomo II del *Tratado de los árabes*. Mas como en el libro de Enoch se habla de estos gigantes y de sus mores, llamádoles con una voz griega que significa *Titanes*, algunos espositores entienden por ellos los ángeles malos que tenían comercio con las hijas de los hombres; bien que S. Agustin, entre otros padres, aunque reconoce que Enoch tuvo algunas revelaciones, condena sin embargo por apócrifas muchas de las ca-

LAS MUJERES DE LA BIBLIA

pecies que en su libro se refieren. Y este comercio de los ángeles malos ó demonios con las hijas de los hombres, repugna á mas con el sentido comun y con el sentir de casi todos los Santos Padres é intérpretes; viniendo catos en que bajo este comercio monstruoso quiere significar el horroroso desenfreno y las uniones infames con que los hombres y en especial la maldita estirpe de Caín llenaban la corrompida tierra, atendido el extremo abominable á que habian llegado los crímenes de los hombre.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

